CARLOS MARIA YDIGORAS

LOS HOMBRES CRECEN BAJO TIERRA

EDITORIAL ARRAYAN

CARLOS MARÍA YDÍGORAS

LOS HOMBRES CRECEN BAJO TIERRA

COLECCIÓN AVANTE
EDITORIAL ARRAYÁN
MADRID BUENOS AIRES
TERCERA EDICIÓN
Depósito legal M. 4.801 — 1961

Allá abajo, bajo la larga noche.
Donde se forjan los hombres
en cuarteles bajo tierra.
Donde silba el grisú y la quiebra amenaza.
Donde la muerte es más fría…

Allá abajo, morada de la guerra solitaria,
de hombres de hulla y del pulso de una raza;
allá van entregando a la paz sus muertos,
la muerte desafiada,
los muertos de los que no cuentan…

Allá abajo, donde crecen los héroes anónimos,
y ocultan su gloria los titanes con alpargatas.
poemaAllá, donde una dura raza combate en tinieblas…

Allá abajo, en el propio infierno, hermano…

ENVÍO

A vosotros, mineros, símbolo del trabajo…

Nada os debo y nada espero de vosotros. Por eso puedo decir de la gran impresión que me causó la raza dura y sobria que formáis los hombres de las fosas; manifestar mi admiración por la cotidiana heroicidad, en marcha por caminos de paz y de trabajo, a la que os obliga la forzosa convivencia con el peligro.

Desde un principio —esto viene de las minas del Ruhr— me sentí empujado a conoceros. Pero fue años después, en los pozos norteños, cuando me decidí a trabajar bajo tierra, a pediros que me llevaseis de la mano por esos reinos subterráneos donde arrancáis el pan de cada día; donde, como auténticos titanes desafiáis el grisú y los derrumbes, distintos perfiles de una misma muerte siempre acechando.

Tal vez penséis que un hombre de pluma, aunque antes le haya sido familiar el martillo y la llave inglesa, no tiene las manos encallecidas; negaréis que pueda reflejar fielmente el modo de ser y de sufrir de los seres que laboran en las minas. En parte esto es verdad, pero lo que os ofrezco es todo lo que está a mi alcance: un intento de testimonio. Con ello pretendo que los que ignoran vuestra auténtica calidad de hombres, miren a la Mina, ya que no con amor, al menos con respeto.

Mi historia comienza allá, en el año 1900…

A vosotros, mineros, os la ofrezco…

EL ALARIDO

—¡Pan! ¡Pan!

El alarido de aquellas gentes resonaba estremecedor, sacudiendo las primeras horas del nuevo siglo.

—¡Pan! ¡pan!

De las laderas y el suelo sucio de carbón brotaba aquel grito que corría desatado por el vértice del Valle. La esperanza, el odio, el miedo, la bestialidad de un cataclismo humano, se movían pesadamente tras una antorcha, símbolo de la revancha, del rencor y la destrucción. Millares de pies, millares de voces, formaban un alarido con el que las gentes, hambrientas y decepcionadas, dejaban escapar el rugido de sus vientres vacíos.

—¡Pan! ¡pan!

Como una manada de bisontes recorriendo la tierra estéril, aquel rebaño de hombres, mujeres y niños arrastraba por el Valle su obsesivo pataleo. Cuando, por unos momentos, la caravana de protesta montaba campamento, una nueva hoguera se alzaba en cualquier lugar de la cuenca. Se dinamitaban instalaciones, se desmoronaban galerías; levantaban vías, rompían cables, volcaban trenes; a golpes de pólvora hacían saltar las máquinas e incendiaban caserones; inutilizaban las bombas, inundaban las minas… En su suicida marcha, hollando, arrollándolo todo con una insistencia maligna, aquel ejército de insensatos bramaba en un estallido de tempestad humana… ¿Qué buscaban?, ¿qué mágica energía animaba aquella interminable sierpe, aquel coro de rugidos, toses y blasfemias que helaban el cuerpo? ¿Qué mal les habían hecho las minas y aquella tierra martirizada?…

—¡Pan! ¡pan!

Pero en el fondo de sus voces se hallaba agazapado un anhelo feroz:

—¡Sangre! ¡sangre!

El alarido recorría los campos, aquella manada cruzaba una y otra vez la carretera y el río, haciendo retumbar el puente de

madera. Por otros lugares, semejando una Numancia viajera y delirante, lo atravesaban por los vados, con el agua hasta las rodillas, hasta el pecho, dejando que la corriente, embravecida por las nieves, se llevase algún viejo, la vida de algún niño. Pisando de nuevo tierra firme, dominados por un sentimiento de vida o muerte, continuaban su marcha…

—¡Pan! ¡pan!

Parapetado tras alguna arruga del terreno, un grupo de fusiles vomitaban fuego, cortando un tentáculo más de aquel pulpo humano que, deteniéndose un instante, vacilando, dejaba luego a sus espaldas unos seres pataleando agonías. Alargando la garra de su vanguardia, herido y torpe de movimientos, se arrastraba, tomaba las formas del terreno para desaparecer en una hondonada, para surgir poco después llevando en sus fauces unos cuerpos humanos, ya arrancados a zarpazos trozos de su vida. Escupiendo sobre las carroñas saliva y odio, seguían, seguían…

—¡Pan! ¡pan!… ¡Sangre! ¡sangre!

El eco del Valle parecía decir que la sangre con sangre se pagaba… ¡Adelante! La trágica estela de carnes calientes y pisoteadas; de llamas, de humo y ceniza, ya formaba un rosario de piras y asombro. A la espera de refuerzos, como guardianes de una tropa salvaje, los guardias vigilaban de lejos la carrera de aquellos que pedían pan destrozando la tierra que se lo proporcionaba.

Como un sombrío augurio, la tarde comenzó a declinar melancólicamente sobre los puños agitándose en el aire, golpeando inútilmente el viejo mundo que les asfixiaba; sobre las gargantas, clamando sangre y justicia; sobre el silencio de los que ya nada esperaban. Desalentados, infinitamente desalentados…

Tanto caminar, tanto odio, pareció ir llenando de arena las bocas y el ánimo de aquellos desesperados. Fue acallándose el rugido, enronqueciendo el alarido. Bajo una luna acercándose curiosa al Valle, aquel ejército que a la salida del sol se lanzó a la calle ávido de abrir la tierra y los cielos, de castigar el pecado de los hombres, comenzó a vacilar… Algo horrible había ocurrido. Presintiendo que una nueva maldición se abatiría sobre el Valle, que empezaba a oler a muerto, que el fracaso de «su» universal juicio ya se adivinaba en las hogueras que prendieron sus propias manos, la inmensa sierpe se fue disgregando, desbandándose las gentes, corriendo a refugiarse en los montes, en sus casas…

Esperando, esperando…

No tardarían en llegar las represalias, la nueva hora que haría sangrar aún más la desocupación y el hambre: aquella huelga que

duraba ya dos meses y medio.

Algunos, sin embargo, como desheredados de toda otra ilusión que no fuese prendida en la punta de la antorcha, aún seguían tras ella. Aún ardió alguna casamata, aún murió alguien más, víctima de los últimos coletazos de la horda…

A lo lejos se oyó el galope de muchos caballos. Un ejército de uniformados, destacándose del agonizante crepúsculo, cabalgaba hacia la gran hoguera.

Recibidos por algún niño silencioso, la caballería irrumpió en el poblado como un nuevo cataclismo, con olor a viento terrible.

En el fondo trágico de la noche se recortaba el cabalgar de la última razón.

* * *

Siguieron los días de desolación, de hambre y miedo. Una acritud espantosa flotaba sobre el Valle. El invierno, olvidado de los humildes, lanzó una helada más y sobre el telón blanco de sus nieves comenzaron a pasar las semanas. Vinieron otros años y otras primaveras y nadie logró ahuyentar el poso violento y triste de aquel recuerdo.

Las semanas, las primaveras, los años…

El tiempo siguió rodando, indiferente a las tragedias de los hombres…

CAPÍTULO PRIMERO
VALLE DE VALHUNDIDO

Era un sábado… El siglo comenzaba a estirar sus piernas.

Muy viejo era mi Valle, mil veces más viejo que el siglo que se fue diez años antes. Se llamaba Valhundido, nombre tomado del cauce que lo atravesaba. Era hermoso mi Valle, aterciopelados sus prados, ariscos y cantarines los arroyos. Y el río, que lo partía en dos y aplacaba su sed y la sed de los árboles, vivos y muertos, que venían escoltándole desde muy lejos.

Saltando en torrentes y barrancales, alumbrado por la lluvia y el sol, el río iba estrechándose en las gargantas abiertas por las fuerzas lentas y devastadoras de la naturaleza; descendiendo ebrio de libertad y de salud. Al acercarse a las laderas bajas, llenas de cicatrices, a las excavaciones mineras y las escombreras que amagaban asfixiarle, se recogía asustado. Después, rejuvenecido, proseguía su ruta, dejando en las riberas de mimbre partes sucias de su cuerpo.

Nacía en la divisoria de la cordillera, junto a la desmochada ermita que sirvió de orientación a los peregrinos de Santiago. Las ovejas de lana ennegrecida, que entre tomillo y romero triscaban aisladas, le veían pasar ya más domado, perdiendo ímpetu al aproximarse a la carretera, a cuyos lados se alzaban las casas de Valhundido. Ante el puente de madera, el río formaba un enorme remanso. Allí morían las truchas, allí lavaban los huérfanos y las viejas el carbón encontrado entre la escoria. Allí iba también a suicidarse, en aguas con olor a islán[1], un tumultuoso arroyo.

El río fue el espíritu de aquella tierra. Luego vino la mina.

Era hermoso mi Valle, tan reluciente por las frecuentes lluvias que parecía siempre nuevo, cubierto de un sudor pulcro que encantaba. El río y la aldea, unidos en su fondo, daban la sensación de estar allí desde la creación del mundo. Y las torcidas laderas, los manchones verdes, las cimas colgadas de las nubes. Y el silencio…

Las minas y las nieblas que angustiaban a los silicosos; los prados, el color sucio de las labrantías, las yuntas y los hombres…

* * *

El día despertaba tras el pico Punta Débiles. Por allí aparecían los primeros rayos de sol, yendo presurosos a calentar el cementerio donde los perros de Cándido, el sepulturero, acostumbraban a pelear entre las cruces. Las viudas mineras parpadeaban agradecidas y, sin interrumpir sus oraciones, contemplaban la bola de fuego agrandándose, reflejarse en el castillete del Pozo, cuyo frío armazón se alzaba sobre los tejados de pizarra o madera de la aldea.

La vida comenzaba… las cuadrillas de mineros en marcha hacia el tajo, los gritos de los chiquillos, los carros de la verdura y el pan, las diligencias que partían para los poblados vecinos… Luego, sin prisa, retornaba el silencio. La vida terminaba en Valhundido.

El sol se iba por el otro extremo, por la «Sala», un declive de la cordillera en forma de corazón. Allí se concentraban los hombres de la hulla cuando sonaba la llamada de los grandes acontecimientos. Entonces, centenares de hachones, candiles y lámparas se agitaban entre el mar de nubes que el viento de los amaneceres acostumbraba a aprisionar en la alta hondonada.

Una gran congoja se apoderaba en aquellas ocasiones de las mujeres mineras. Mirando hacia la «Sala», sus ojos tropezaban con la llamarada del Carmelón, quemando incansable los gases extraídos de las minas. Agitando la enorme antorcha en las noches negras o plateadas por la luna, él también semejaba la angustia ardiendo, la mano de un náufrago al que sólo los toques de cuerno, orientando al viajero de las alturas, prestaban algún consuelo.

La bruja del Valle decía que era la lengua del diablo.

* * *

Sí, recuerdo que agonizaba un sábado… Ya estaban dando las doce campanadas en el reloj de las oficinas; recuerdo que no lograba dormirme porque la reunión, que todos los fines de semana tenía lugar en mi casa, se prolongaba más de lo habitual. Una voz cascada, que me era desconocida, hablaba de lucha y firmeza, de justicia. Mi padre hizo referencia al descontento producido por las nuevas tarifas impuestas por la Compañía; hablaba de rampas y del

grisú aullando en el Pozo.

El tono de su voz, tan distinto al de otras veces, me mantuvo desvelado…

* * *

La fiesta del ocio, del amor y del vino alegraba los corazones de los mineros. Aquel día la mina era olvidada; los hombres se alejaban del peligro y aquello suponía una aventura ingenua y limpia, en la que brillaba sin trabas su contenido humano, el gran gozo de las pequeñas cosas. Jugar con los hijos, aún acostados, ayudar a peinarles, pasearlos por la carretera… Hasta el paisaje cambiaba los domingos. Sin humos, sin ruidos, paradas las minas, detenida por unas horas la sangría de mi Valle.

Era bonito mi Valle, tan callado, tan limpio por la fiesta…

Para los silicosos, la belleza del Valle, encuadrada en el marco triste y doloroso de su enfermedad, era sólo melancolía. Encajonado entre dos muros montañosos, los vientos saltaban de rasante a rasante sin turbar las masas de calor, frío o niebla que en él se estabilizaban. Para ellos vivir no era respirar sin notarlo; respirar suponía un triunfo para los viejos silicosos. Caídos en el camastro o en las cunetas, en la cruel interrogación del hombre que cumplió a rajatabla la maldición bíblica, jadeaban con los ojos muy abiertos, como si por sus cuencas quisiesen expulsar la piedra agarrada a sus pulmones.

Su presencia era una voz de alerta avisando a los jóvenes mineros.

Yo esperaba los domingos como se esperan los acontecimientos extraordinarios. Paseaba con mi padre y le acompañaba a la taberna, donde oía hablar a los hombres de cosas de minas. Aquel día gozaba más que otros de sentirme hijo suyo, de que las gentes lo supiesen. Yo estaba muy orgulloso de mi padre. Tenía treinta y cinco años, y era alto, moreno y fuerte; y uno de los mejores picadores de la cuenca. Cuando nos miraba a los hijos, sus ojos adquirían una bondadosa expresión infantil. O a mi madre, de la que estaba tan enamorado como el día de la boda. En los ejercicios de fuerza, sólo le ganaban Dale-Dale y sus amigos Gago y Vitelón. Una vez le vi dar tal puñetazo a un picador que le tuvieron que llevar al hospital. No sé por qué le pegó, pero sin duda que tenía razón. El señor Marcos, medio ciego a causa de un desprendimiento de retina, causado por la caída de una mamposta, le habló un día del principio de una alegre y endurecida dinastía de mineros. Y en

ella estaba él y estaba yo, muy juntos. Mi padre se sentía muy orgulloso de su árbol genealógico y tenía especial empeño en que también me lo sintiese yo. Le gustaba repetirme la historia de los suyos:

—Mi abuelo dio el primer golpe de pico a la tierra de Valhundido. Él y un hermano suyo, que se mató poco después, abrieron la primera galería. Mi padre entró en la mina con los huesos aún blandos y durante cuarenta y nueve años vivió entre tinieblas y pólvora. Tres veces quedó encerrado y cuando murió tenía el cuerpo lleno de cicatrices. A dos hermanos suyos se los llevó el grisú y el otro se pasó media vida sin la pierna que perdió en una quiebra. A tus tíos del otro valle ya los conoces; llevan en la mina veinticinco años, dos más que yo.

Y cambiando de tono, bromeó:

—¡A ver si encuentras un aristócrata que tenga una historia tan limpia como la nuestra! Lástima que en vez de medallas nos dan garrotazos. ¡Ibas a ver a tu padre con más condecoraciones que media docena de generales juntos!

—Por eso dice el señor Marcos lo de la dinastía, ¿verdad, padre?

Al señor Marcos le llamaban el Patriarca. Era la voz respetada y rectora de la minería. Sólo él conseguía hacerse oír por los jóvenes más díscolos. Sus palabras, siempre justas y esperanzadoras, apartaron a muchos silicosos de la cuerda y el árbol, su acariciado sueño, el remedio a tanta adversidad. Su absoluta pasividad frente a cualquier vanidad humana, situado muy al tanto y muy por encima de las tormentas de los hombres, le daban una autoridad indiscutible. Había luchado y sufrido mucho por la olvidada familia minera. Golpes, huidas, arrestos, cárceles… Lejos de endurecer su sensibilidad, aquello le había humanizado aún más. Llevaba la serenidad prendida en sus ojos, claros y semiciegos, en el rostro, en sus comedidos modales. Los ácidos se le habían infiltrado en la piel, en la sangre, y un leve entorpecimiento le obstaculizaba el juego del brazo izquierdo. Andaba arrastrando los pies, sobre los que colgaban, como enrollados a un hueso, unos pantalones sin color definido y remendados por todas partes.

Era fácil encontrarle entre los grupos de retirados y enfermos, caídos en cualquier cuneta o calentándose la vida ante un vaso de vino. Los sábados por la noche iba a mi casa. Allí se reunía un grupo de mineros, entre los que se contaba Gago, el dinamitero[2], aún apenado por la muerte de su pequeña Rosa, acaecida durante el Alarido, colofón de la más larga y feroz huelga que conoció el Valle.

Mi padre y yo íbamos a su encuentro las mañanas domingueras.

* * *

El sol, rodeado de una escuadra de nubes, sonreía sobre la cuenca. Había un algo de felicidad en el ambiente, olía realmente a ella. No quería reconocer que, en parte, era motivada por la perra chica que me dio mi padre. Era la primera vez que tenía tanto dinero y ello emocionaba mi vida de muchacho.

Íbamos cogidos de la mano, carretera adelante, cantando, jugando, felices de ser.

—Padre, ¿cómo eras tú de pequeño?

—¿De pequeño?… Pues creo que como ahora, los huesos más cortos, pero la misma sangre caliente. Y esperando siempre que mi padre me diese una perra.

—¿Tú jugabas, padre, como juego yo, y te pegabas con los chicos?

—¡Ya lo creo, amigo, y hasta me daban rabietas cuando perdía!

—¿Y tenías alguno con el que peleabas muchas veces, como yo con Colás?

—Pues sí… —pareció perderse en sus recuerdos—. Se llamaba Rosauro y cuando se mató en la mina, el miedo no me dejó pisar la galería en un par de días. Éramos buenos amigos, pese a todo.

—¿Tú miedo, padre?

—Sí, amigo, ¿te extraña? Pero eso era antes. Ahora que tengo la «Bruja de la suerte» —bromeó sacando del bolsillo un feo fetiche que representaba una diosa hindú—, ¡ya puede la mina pegar los coletazos que quiera!

—¿Te gusta, padre?

—¡Ya lo creo que me gusta! Si eres capaz de alcanzarla —añadió estirando el brazo— te regalo otra perra chica. ¡Vamos!

El sol arrancaba al amuleto vivísimos destellos. Intenté arrebatárselo y en uno de mis saltos, agachándose bruscamente, mi padre me cogió por la cintura. Yo pateaba y él reía, reía… Usando el índice a modo de batuta, comenzó a tararear su canción favorita, aquella que hablaba de mina, de dolor y esperanza. Brotaba de sus labios alegre y honda. Y yo le imitaba, cantando con él cosas de mina, de dolor y de esperanza.

—¿Cuál es la capital de Noruega? —me preguntó depositándome en el suelo, siguiendo nuestro entretenimiento favorito.

—¡Oslo!

—¿Y la de Méjico?

—¡Méjico! A ver tú. ¿La capital de Honduras es…?

—¿Honduras?… —mi padre se rascó la nuca pensativo. Le

costaba confesar que no se acordaba.

—¡No lo sabes!, ¡no lo sabes!

—Está bien, amigo, pero a ver si sabes tú cómo se llaman los tres molinos de…

—¡De «El Quijote»! —le interrumpí jubiloso—. ¡Infante, Sardinero y Burleta!

Carretera adelante, como adentrándonos muy juntos en la vida. Los vientos cálidos venían a jugar con nuestras risas, asustando a las amapolas, enroscándose como amantes pegajosos en las mismas hiedras, en los cerezos y los melocotoneros; en los corros de los viejos y los juegos abiertos de los niños; en las bandadas de pájaros, saltando de almendro en almendro, de pareja en pareja de enamorados. Yo, el continuador de aquella dinastía minera de los Landa, como decía el señor Marcos, gozaba junto a mi padre de un momento más de felicidad.

Era maravilloso el sentirnos tan sanos, tan seguros de nosotros mismos y, pese a las penurias y a la mina, siempre acechando, tan alegres y confiados.

—¡Allí están, padre! ¡Mira el señor Gago!

—Ya los veo… Crispín con los ojos en el suelo, como siempre.

* * *

Eran hombres a los que en el mundo todo les había ido fallando poco a poco. Ni asombrados ni enfurecidos, todo lo esperaban. Crispín, mirando a la tierra, parecía buscar en ella alguna claridad para su existencia de enfermo incurable. Crispín, pasivo, como una canción helada en silencio y resignación, iba por la vida con la necesidad y el frío a sus espaldas, sin comprender por qué tanto trabajo pasado no era suficiente para aspirar a una vejez tranquila. Y eso era todo. Al igual que una avecilla ciega, andaba errante, intentando descifrar este gran misterio. Un sabor amargo en su corazón, habituado a las explosiones de la dinamita, ensombrecía su ánimo, bajándole la mirada, como enterrándose en vida. Su vecino, el bromista Seisdoble, parecía gozar con las tribulaciones del viejo barrenista.

A su lado estaba Angelón, compañero de mechas y pólvoras, antiguo y vencido luchador. El rostro congestionado, la boca replegándose en un rictus despectivo, muerto para la sonrisa…

Angelón había amado demasiado a los hombres; los había encontrado demasiado cobardes para enrolarse en la gran misión de purificar el mundo. Según él, desaparecida la actual sociedad, se

levantaría un nuevo pueblo, libre de tiranos caprichosos y empresas prepotentes, de fraudes y miserias. Cuando le hablaban de reclamaciones y de huelgas, levantaba los hombros, ya resignado a que la humanidad no comprendiese que contra los viejos privilegios sólo la sangre era eficaz. El fuego, el revólver, que los trabajadores tomasen conciencia de su fuerza, que los ricos tomasen miedo. Era necesario un vengador histórico. Los feudales, y sus hijos, y sus casas, ¡todo debía perecer! Y con ellos aquella sociedad que obligaba a los hombres a engañarse y matarse y a la que los mineros mismos sostenían con su trabajo.

—Está en manos de cuatro bribones espabilados —añadía—, ¡ciegos! Será necesario abrirles los ojos a golpes de dinamita. Cuando suene la Gran Trompeta…

Angelón, que había repartido su vida entre la mina y la cárcel, parecía tener una cuenta personal con los capitalistas, a los que llamaba los «ocultos».

—Este monstruo devorador de carne humana es el responsable de todo. El desconocido, el parapetado tras las acciones y los dividendos. Él es quien nos da balas cuando pedimos pan, quien nos roba el dinero y apalea, lanzando contra la minería guardias y soldados, hombres como nosotros. ¡Ah!, un día verán sangrar y cambiará el mundo, como estuvo a punto de cambiar el Valle hace unos años, cuando el gran estallido del hambre y el rencor.

El anarquista pensaba que había sido una buena ocasión para purificar el Valle y la región, y hasta el país entero, si los hombres no fuesen tan cobardes; si los estómagos vacíos no gritasen tanto cuando el hambre reposaba en ellos.

—Cosa triste es que los pobres se maten entre sí por defender a los ricos.

Angelón, el idealista fracasado, reconocía su ingenuidad juvenil, ahora que comprendía lo peligroso que era pedir justicia. En sus años mozos adivinaba un horizonte en el que, pasada ya la infantería de los incendiarios, se elevaría la luz nueva, el norte de los desheredados, de los embrutecidos por una miseria transmitida de mano en mano como una herencia humillante. Mirando a la lejanía intentaba buscar en un punto indefinido y escondido aquellos seres tan odiados, aquella masa anónima de hombres borrosos y paquetes de acciones.

* * *

Uno de los más impresionados por las prédicas del anarquista,

era Roxo.

Roxo era muy amigo de Crispín, quizá porque éste nunca le interrumpía cuando en alta voz paladeaba sus inquietudes económicas y la preocupación por la hija menor, escapada unos años antes a la ciudad. Roxo era un buen hombre. Fuerte y animoso, la mina fue comiéndole poco a poco las energías, dejándole indefenso como un niño. Roxo lloraba muchas veces, con resignación, con un suave odio que no intentaba comunicar a nadie.

—Si aún tuviera fuerza —repetía en los momentos de optimismo — me haría anarquista, como Angelón. Es la única manera de dar la vuelta a tanta injusticia.

Pero Roxo hablaba por hablar. Él sólo aspiraba a morirse en una cuneta, sin más dolor, aletargado por un sol primaveral. Y quizá acompañado en el último momento por el señor Marcos, el de la voz profunda y hermosa, único capaz de llevar un poco de calor a su viejo desaliento.

—Sí, sí… si tuvieses los pulmones como yo —refunfuñaba Roxo.

Pese a sus débiles protestas, los silicosos se sentían reconfortados. Roxo y Crispín levantaban los ojos, intentando entibiarlos en las palabras del señor Marcos. Manolín, con una sonrisa que era una mueca desconsolada, casi brutal, decía con la cabeza que sí a todo. Angelón escupía saliva y carbón. Y algo de sangre. Quedaba mirando al esputo, atemorizado por su destino.

—Déjalos, que si saben cantar, algún día sabrán llorar — refunfuñaba rencoroso.

—Sí, nos agarran el corazón con sus garras de avaricia y nos lo rompen…

Crispín, cerrando los ojos, con lo que su rostro adquiría más expresión que cuando los mantenía abiertos, murmuró:

—Nuestra vida de trabajo ha sido inútil, ¿todo para esto?

—¿Por qué ellos tanto y nosotros tan poco? —insistió Roxo, quizá por millonésima vez, estirándose como quien ensaya el último ademán.

—Hay que tener un poco de aguante —dijo Gago, el dinamitero, intentando consolarlos—, en definitiva esta vida es corta para todos. ¡En la otra quizá nos hagan un poco de justicia!

Aquel era el punto de partida de tanta discusión, hosca y amable al mismo tiempo.

—Tú con tus misas lo arreglas todo —masculló Angelón de mal talante—. ¿Ya te escribió tu sobrino cura?

—Hay que tener ilusión aunque sea a recortes —intervino el Cauto, un entibador a quien el cáncer empezaba a comerle la cara,

dejando ya a la vista sus encías sucias y desiertas—. Ya ves yo, desde que el médico me dio dos meses de vida le pegué al vino. Parece que así no aprieta tanto.

—A ti nunca te apretó… —se burló Roxo.

El Cauto fue bautizado un día que descubrió que su mujer le engañaba con un entibador. Según él, había empezado poco a poco a retirar el saludo al adúltero.

—¿Qué voy a hacer? Estuve treinta y dos años trabajando en la mina para terminar de pinche. Ya no servía para nada. Y luego este cáncer. ¡Mira que eso de que la mala suerte esté siempre abierta en el camino de la esperanza!

—Y luego te echarán tierra en la cara —insistió Crispín sin levantar la voz.

—¿Hacéis algo para cambiar las cosas? —refunfuñó el viejo dinamitero—. La palabra desnuda no sirve para nada. Hay que poner un cuchillo en la punta de la lengua.

—El hombre se ve en las ocasiones. Y yo me jugué mucho la vida a fuerza de despreciarla —repuso el Cauto.

—Pues ahora te vas a jugar la muerte. A ver si topas con ese paraíso que dicen que hay. No sé, no sé… —dudó amargado e irónico el anarquista—, te rozaste poco con los curas. Si fueses un ricachón de sangre pura…

—¡Esos no verán a Dios ni en dibujos! —opinó Roxo.

—Los ricos no son de sangre pura, Angelón —le contradijo Gago, adivinando la intención del antiguo barrenista—. No verán a Dios, ¡seguro!, porque lo han apartado de muchos de nosotros.

—Lo verán o no, pero desde que creen en Él mira qué tripa se les ha puesto. ¡Ojalá exista el infierno que tú dices y tengan que pagar sus culpas!

—Doy por su pellejo menos que por mis pulmones —exclamó Crispín como despertado por un violento pensamiento—. Hay que decirles a todos: ¡Dios les guarde a ustedes muchos años en la cárcel!

—No como nosotros, que si nos descuidamos morimos de ayunas —dijo Manolín, el antiguo caminero atacado de ankilostomiasis[3] —. Ellos van a misa, bajan la cabeza para escuchar al cura y están arreglando una fechoría más.

—Y aún tienen el valor de decirnos: «Si ahorrasen y no bebiesen tanto»… ¡Y hasta se extrañan de que tengamos muchos hijos!

Crispín, que pese a su mísera vida distaba mucho de ser un desesperado, volvió a la carga:

—La religión es una cosa y los curas otra. Los «dorados», aunque

vayan a la iglesia, son los mismos que aquellos que vivían en la selva, ¡todo para mí!

—Dicen que el mundo se hizo perfecto… —dudó Roxo—; ¿por qué está lleno de dolor? La vida es buena cuando se espera algo bueno, pero nosotros…

—Es que se durmieron esas cuadrillas de ángeles que dice Gago —rió Angelón hiriente— ¡Bah!, todos los trabajos empiezan con la partera y terminan con el enterrador.

—Al otro mundo no sé —dijo Felipe, un atacado de «agobio»[4] —, pero a éste no le vendría mal la cerilla que tú dices. ¡No entiendo cómo siempre hay quien gana en el juego y quien siempre pierde!

—En el otro mundo serás feliz porque no tendrás hambre —sonrió amargado el viejo anarquista—. A ver si es ésta la felicidad de que hablan los curas…

—Ser hombre es una triste historia —concluyó Roxo—; vivir de esta manera y luego la muerte que viene así… pues no lo entiendo. ¡A mí que me tengan siempre lavado!

—¡Bah! —Angelón escupió—. ¿Tú sabes lo que es un muerto? ¡Pues un hombre que no se mueve!

Eran las conversaciones de siempre, el amor de trapo a una vida que no la merecieron, a un nubarrón inmenso del que apenas cayeron un par de gotas reconfortantes.

* * *

—¡Hola, Landa! —exclamó el señor Marcos, acariciándome los cabellos. Sus compañeros nos saludaron con un débil movimiento de cabeza. Yo me acerqué a Gago porque siempre me daba un céntimo.

—¿Qué cuenta la minería? —preguntó mi padre, jovial, sentándose en la cuneta.

—Tonterías, hablando de justicia y de pulmones podridos —repuso Angelón levantando los ojos hacia la ladera de enfrente.

—Pues sí… —convino el Patriarca.

Y sin perder su bondadosa sonrisa, añadió:

—Está alto tu chico, ¿eh? ¡A esta edad dan buenos estirones!

—Sí —contestó mi padre con orgullo— las lluvias de este año le regaron bien. Ya va para los once.

—Pronto podrás llevarle al Pozo —dijo Manolín.

—Mientras yo tenga dos brazos no verá el Pozo ni de lejos.

—¿Por qué, padre?

—Tiene razón —le apoyó Roxo—, para empezar es mejor un Grupo de montaña. El Pozo es demasiado duro para un chiquillo.

—Procuraré que no vea la mina. Le estoy haciendo estudiar y parece que no hace ascos a los libros. Me gustaría que fuese… no sé, marino o aviador. Mira que esos que andan por ahí como los pájaros…

—¡Gran cosa! Sobre todo si lo comparas con pasarse la vida entre las grietas de una rampa —el Cauto parecía hablar hacia adentro. Tenía un acento extraño, quebrado.

—Yo también quise otra cosa para mis hijos —intervino Crispín —. Y ya ves: mi padre minero, yo minero, mis hijos mineros y mis nietos serán, como tu hijo, mineros.

—Los tiempos cambian, Crispín. Mi padre no sabía leer, yo sí sé y mi hijo sabrá algo más.

—¡Ojalá!, ¡ojalá! —repitió pensativo Felipe, moviendo la cabeza como presa de una vieja obsesión.

—Bueno, ¿y cómo van esos respiraderos? —preguntó mi padre cambiando de tema.

—No van mal —contestó Roxo—; éste está peor, ¿eh, Crispín?

El aludido tosió por toda respuesta. Angelón observó atentamente al barrenista. Luego escupió saliva sucia de carbón, pese a haber abandonado la mina hacía tres años, y siguió mirando a lo lejos. Angelón tenía ideas confusas sobre muchas cosas. De lo único que podía estar seguro era de su esperanza muerta, de su odio caliente, reverso de un desaforado amor por sus semejantes.

Una hora estuvimos haciendo compañía a los viejos mineros. Nos vieron partir con ojos inexpresivos, de bestias domadas. El señor Marcos y Gago quedaron allí intentando, ya por costumbre, borrar del espíritu de aquellos desgraciados tanta rudeza, tanta frialdad, comunicarles un hálito de ilusión por algo. Aunque sólo fuese por una muerte buena.

De nuevo saltando, intentando atrapar el fetiche. A veces me retrasaba. viendo a mis amigos jugar a policías y ladrones. Otro día me hubiese gustado acompañarles. Pero era domingo y mi padre estaba conmigo. Y a mi padre y al Valle era a lo que más quería yo en este mundo.

Dicen que si voy a la mina
podré matarme, podré matarme

Alguien cantaba a lo lejos.

* * *

«El Oasis» era la taberna más frecuentada de Valhundido. Allí iban a olvidar sus tragedias los hombres de las profundidades, los héroes del carbón. Sabía que eran héroes porque mi padre me contaba cosas de su trabajo. Y yo sentía miedo y un secreto deseo de bajar con él al Pozo.

Los parroquianos siempre eran los mismos. Mineros jóvenes mineros viejos. Los primeros, junto al mostrador, bebían y cantaban entre grandes risotadas. Los retirados ni reían ni cantaban y apenas disponían de una perra chica con la que pagarse un vaso de vino. Entre ellos estaba el Enterao, leyendo en voz alta el periódico a través de sus viejas gafas, huérfanas del cristal derecho. Rodeado de antiguos picadores y barrenistas, traducía a su modo los acontecimientos. Cuando se dignaba comentar alguna noticia con el analfabeto auditorio, se armaba tal guirigay que hacía volver la cabeza a la clientela entera.

—¡Ya andan los letrados nerviosos! —comentaba alguien.

—¡Cómo gritan! Luego dicen que tienen los pulmones rajados.

—Debe de ser interesante lo que acaba de leer el ojo libre del Enterao…

Uno de los que más voceaba era el anciano tío Libros. A través de todas las generaciones conocidas, no se había dado el caso de que un miembro de la familia supiese leer. Un día había comentado:

—Para las mentiras que nos cuentan…

El Auténtico, llamado así por ser un borracho a carta cabal, también era punto seguro en «El Oasis». Su «filosofía», que databa de la juventud, venía a decir: «Cuando me doy cuenta ya estoy liado, y cuando estoy liado, ¿qué saco con darme cuenta?»

El rostro desfigurado por una explosión de grisú, las orejas quemadas; por nariz dos agujeros repugnantes. Enlutado, siempre grave, lo más destacado del Auténtico eran unos enormes bigotes rubios resaltando sobre la piel negra. El brazo izquierdo, tieso, paralítico, también formaba parte de su personalidad. Y el enorme vaso de vino, dejándose contemplar por su mirada sin brillo, muerta. El Auténtico era muy amigo de María del Mar, la pequeña lazarillo de Rafalón, un ciego de trabajo que rifaba pollos y ristras de chorizos. María del Mar sabía muchos cuentos que encantaban al viejo minero. La tragedia de Caperucita y el Lobo le producían algunos sobresaltos, principalmente cuando la alimaña se zampaba a la abuelita. Pero el que verdaderamente lograba turbarle era el de Blancanieves y su odiosa madrastra. El Auténtico los había oído

cien veces, y cien veces seguían embelesándole porque la catástrofe le había vuelto infantil. Producía una amarga ternura ver en aquel rostro monstruoso unos ojos abriéndose y abriéndose, emocionado por las desventuras de la indefensa ovejita de «su» Blancanieves en peligro, para después entornarlos y frotarse las manos nervioso, dichosamente, llegado ya el desenlace feliz. María del Mar apoyaba su manita de ángel sobre la del viejo picador, deformada por el fuego, y, levantando la voz, ponía fin a la narración.

—¡Y colorín colorado, este cuento se ha acabado!

—¿Y el lobo ya no volvió más? —quería aún seguir sabiendo el Auténtico.

—No, porque vinieron los leñadores y lo mataron.

—La Blancanieves se salvó para siempre, ¿verdad?

—Sí, Auténtico, para siempre.

—¡Ah!… Oye, María del Mar, ¿le dejas a Rafalón que tome un vaso conmigo?

—¡No y no! Siempre dices lo mismo.

—Uno solo, mujer… —rogaba—. Fíjate con qué cara me mira. ¿No te da pena?

—No te puede mirar porque es ciego. Y además hoy es domingo. ¡Vamos, señor Rafalón!

El ciego obedecía. Era enternecedor ver la sumisión de aquel hombre ante la frágil niña, conocer cómo en pocos meses se había ido durmiendo en una dependencia que le era vital.

—¿Qué le has contado hoy al Auténtico? —preguntaban los clientes, sonriendo burlones.

—¡A ti qué te importa! Se rifa un pollo… ¡ya quedan pocas!

Abría la puerta, le empujaba con suavidad y desaparecían callejón arriba. La niña, vestida de harapos, iba delante, tirando de él.

Rafalón se alejaba lentamente, con la boca seca.

* * *

María del Mar era un ángel que entraba y salía, un ángel inconstante. Pero «El Oasis» contaba con una chiquilla traída allí por un hada buena. Rosita, la mesonera, con sus nueve años espigados y morenos, era un torbellino de vida moviéndose entre mesas y silicosos. En aquel ambiente de almas descamadas por la adversidad, de seres de callado patetismo, a los que les faltaba todo excepto años y sílice, Rosita era como un jugo fresco, contagiándoles su bulliciosa alegría, capaz de hacerles volver a la

infancia, de la que se encontraban a un paso. Mil cosas le decían y a las mil contestaba la niña. Eran dichosos aquellos mineros, desvalidos por dentro, siempre ansiando compañía. Limpiaba la mesa y con el mismo trapo sacudía el rostro de algún anciano barrenista que le pellizcaba las piernas. Jugaba, reía, les empujaba, peleaba con ellos, les perseguía para atraparles unos pasos más allá, donde se detenían congestionados por la tos, felices…

* * *

Cuando entrábamos en «El Oasis» yo solía saludar a Rosita tirándola de las coletas.

—¡Tonto!, ¿ya estás? —exclamó rabiosa—. ¡Pues te podías ir por donde has venido!

—¿Yo también? —preguntó mi padre riendo, encaminándose hacia el mostrador.

—Usted no, señor Landa, pero este tonto…

—Pero este tonto… —la remedé burlón, yendo tras de mi padre, que se había encontrado con un picador del Pozo, muy amigo suyo, llamado Vitelón.

Era altísimo, brusco y noble el gigante Vitelón; la mirada serena, ancho, musculoso, de cráneo potente, mantenido por un cuello de toro. En aquel momento sostenía en vilo al minero Cubadín, de poco más de metro y medio de altura. El picador le propinaba en la coronilla, cubierta por un esparadrapo, fuertes coscorrones. Vitelón llevaba a Cubadín un par de años y éste tenía la misma edad de otro hombrecillo, también de su estatura, que observaba la escena con grandes muestras de desaprobación.

—¡Ay, qué cansamiento más intrínseco me produce este hombre!

—¡Calla, Repetidor, que te repites repetido! —exclamó Cubadín, ya con los pies en el suelo.

Cubadín y Repetidor formaban la pareja más célebre del Valle. Tenían veinte años y cara de viejos. El primero era caballista del Pozo y el segundo, señalero. Y los dos, pequeños, arrugados y puntillosos. Siempre peleando y siempre juntos. Cubadín, desenfadado y borrachín; el otro, debido a unos años pasados en la ciudad, donde su tosca mentalidad no pudo asimilar un lenguaje que le pareció elegante, y qué en su afán de imitarle se había convertido en una palabrería pedante y deshilvanada, era una verdadera desgracia. Había regresado al Valle con un ingenuo aire de superioridad que provocaba la burla de sus compañeros, entre los que sobresalían los infaltables Vitelón y Cubadín. Los llamaban

la «muta», si bien únicamente el picador recordaba en algo la energía de los perros de caza.

—¿Qué te pasó en la coronilla? —preguntó mi padre al caballista.

—Cualquier cosa, señor Landa —repuso Repetidor por él—. ¿No se percata que es un borracho vinícola de pura fe?

—¡Qué borracho! Si en vez de estar arriba tocando los platillos estuvieras en la galería como los hombres, algo te pasaría también a ti.

—¡Muy bien, Cubadín! ¡Pero que muy bien! —le felicitó el gigante, dando palmadas en sus mejillas.

Este, enfurecido, cogió la bota que solía llevar en bandolera, y, apretándola, echó un chorro de vino sobre el traje de Vitelón.

—¡Otro día te cortaré el pelo al rape para poder ver tus pensamientos antes de que se conviertan en coces! —gritó, corriendo a refugiarse entre las mesas.

—¡Ja!, ¡ja! —rió divertido Repetidor—. Te felicitó, Cubadín, por la simplicidad simple de tus argumentos.

—¡Calla, cencerro ilustrado! —repuso el aludido sin osar acercarse.

—Oye, Cubadín —habló comedido el señalero, yendo hacia él—, el que tú seas un bruto no circunstancial, no significa que todos debamos retrotraemos a los antiguos de antes.

—Ahora estuviste bien, Repetidor —le felicitó el gigante con fingida seriedad—. ¡Si pudiese te echaría trescientos años de prisión!

—Sois unas bellísimas personas —rió mi padre—; ¡estáis locos perdidos!

—Señor Landa, conviene que antes de expectorar se certifique de lo pensado. Es de mala indiosincreancia decir mentiras no piadosas.

—Cuidado, que mi padre bebe vino de pelea —exclamé divertido, parapetándome detrás de Vitelón.

—En condiciones muy circunstanciales —repuso Repetidor mirándome fijamente— el hombre debe hacer frente a cualesquiera que sea y en cualquier sitio.

—Este cada día está más metafísico —se burló Cubadín, acercándose receloso—. ¡Tiene cosas que parecen bolsas!

—Como la tía Vacas —dijo Vitelón.

—Que a éste también le impresiona correctamente —apuntó el señalero—. Para esto más le valdría no haberse matrimoniado y seguir merodeando carnosidades como un muscívoro cualesquiera…

¡Pobre de la esposa Mimos!

—¿Y si la amaba? —preguntó Vitelón, ya olvidado del incidente.

—¿Amarla?… Como tú amas a las que trae la tía Vacas ¡De una manera carente de amorosidades!

—¿Quién es la tía Vacas, padre?

—¡Calla! —exclamó Vitelón, dándome un capón que me escoció.

—Padre, ¿es que no se pueden saber cosas?

—Sí, hijo… Claro que en determinadas ocasiones…

—Es una buena señora que tiene unas bolsas aquí y que… —empezó a explicar el caballista.

—¿Será posible —no le dejó terminar Vitelón— que con la munición que se pierde en las guerras estés tú aquí vivo?

—Los que están bien vivos son estos amantes de Teruel —repuso Cubadín moviendo la cabeza en un vaivén que quería ser de inteligencia, mirándonos a Rosita y a mí.

—¡Eres tonto!, ¿sabes? —le grité, ruborizándome. Le hubiera pegado un puñetazo.

—Y un bobo ¡más que bobo! —chilló también la chica, corriendo a refugiarse en un extremo del mostrador.

—Pero bueno, ¿qué pasa aquí para que se subleve así el cotarro? —preguntó mi padre haciéndose el desentendido.

—Tú también eres un bobo, ¡sabes! —ardía de indignación.

Aquella era una vieja historia.

—Está bien, amigo, perdona si te ofendí —repuso, inclinando la cabeza en un ademán humilde—. ¿Vamos, amigo Landa?

—Vamos, amigo padre… —repuse aún enfurruñado.

* * *

Cuando nos encaminábamos hacia la puerta nos llamó Antón, un joven picador del Grupo Tronquera. Nos invitaba a un refresco a cuenta de su boda, que se celebraría para las fiestas. Rosita lo sirvió sin apartar los ojos de la mesa. Cuando levanté la vista, tropecé con la mirada de mi padre, sonriente y burlona. Y volví a indignarme.

Dejando a nuestras espaldas aquel mundillo de penas y alegrías, llegamos al Camino. Uno tras otro, ya reconciliados, subíamos lentamente, canturreando. Cerca de la pequeña explanada donde se elevaba nuestra casa, nos detuvimos para contemplar el Valle. Aún seguían jugando los chicos a guardias y ladrones. Y allá lejos, por la otra vertiente, el hijo del dueño de la región, Pepito el «exquisito», como le llamaba Colás, paseaba a caballo acompañado de un lacayo. Un tren minero les ocultó y terminaron desapareciendo

entre la nube blanca de los humos. Por un momento el Valle pareció desierto, como una inmensa y sagrada hondonada donde cabían todos los sueños serenos; todas las primaveras, dispuestas a estallar en armoniosas sacudidas. ¡Qué hermosa y desnuda la belleza de mi Valle! El sol era más dulce que el sol de otros lugares y el cielo azul, más azul. Que pena tenía que dar morirse un día cara a su luz, ser enterrado en aquel campamento blanco: el cementerio amenazado por la gigantesca escombrera.

Cuando entramos en casa, mi hermana Carolina, sentada en el suelo de la cocina, jugaba con unos trozos de hulla. Mi madre se disponía a lavarla y Ana ya estaba preparando la mesa.

—Hola, María —la saludó mi padre, besándola en la frente—. ¿Sabes que ha ocurrido algo?

—¿Qué pasó? —preguntó asustada.

—Pues que se nos casa Landa. ¡Acabo de hablar con su prometida!

Llorando de rabia me refugié en mi cuarto. Desde allí oía las carcajadas de mi padre, de todos. Hasta de Carolina, que reía siempre sin saber de qué.

* * *

El sol del lunes estaba a punto de ocultarse tras una pequeña nube, deshilachada por las montañas. Y yo le imitaba, saltando tras un espeso racimo de setos. El Muecas y Tinín venían conmigo, custodiando tres prisioneros que habíamos hecho a la banda de Colás, el «capitán» de los guardias. Desde mi escondite le veía maniobrar un centenar de metros más abajo, junto al cauce. La lata de sardinas que llevaba a modo de cartuchera despedía vivos destellos, delatándole. Espiando sus movimientos, sonreí ante la torpeza de Colás, a quien iba escondiendo el terraplén del río. El Marquesita y Seisdoble, que había heredado el mote del padre, y éste a su vez del abuelo, fueron tras él.

El Valle volvía a su inmovilidad. Aunque a lo lejos se agitasen hombres y mulas; aunque las ruedas del castillete siguiesen girando, girando…

Bruscamente me incorporé. Y agarrando nervioso el brazo del Muecas, grité con toda la tuerza de mis pulmones:

—¡El Pozo! ¡El Pozo!

De su ancha boca salían dos camillas. Negros, cansados, un grupo de hombres las rodeaban. Otros se acercaban corriendo. Y del pueblo y del Camino acudían las gentes de la cuenca, con dolor en

la garganta.

—¡El Pozo! ¡El Pozo!

Del Valle parecía elevarse la seca melodía de un himno aún sin componer. Al principio bronca, como si llevase mucho tiempo sin usarse; luego la voz fue desplomándose en el reconocimiento de la tragedia repetida. Yo siempre decía que era la voz del viento dando la alarma. Petrarca, un ex-oficinista, llamado así por su afición a las letras, había compuesto un verso para aquella música del viento.

¿Por qué has de morir
ahora que el Valle te necesita?
Los hombres son hijos de la Vida,
¡vive minero!, y reanuda tu cantar…

—¡¡Vive, minero!! —gritaba yo, saltando zarzas y arroyuelos en dirección a la explanada del Pozo. El Muecas, Tinín y los tres «prisioneros» me seguían.

—¿Quién es?, ¿quién es?

Mezclados ya con las gentes de la maniobra, correteábamos de un lado para otro.

—Es tu padre, Muecas… No llores, que tuvo mucha suerte —le consoló Vitelón, el gigantesco minero.

—¿Mi padre?… ¡Ay, madre, madre! —gritaba el chico, con los ojos desorbitados por la angustia, aún incapaz de llorar.

—¡Cállate! —insistió el picador—. ¡Aquí los lamentos sobran!

—¿Y mi padre, Vitelón? —le pregunté ansioso.

—¡A ver si crees que somos carne de cordero para asarnos todos a la vez! Estará al salir; era ya la hora cuando les estalló el bombón. ¡Vamos, Muecas!

—Gracias, Vitelón, ¡adiós!… ¡Adiós, Muecas, y suerte! —me despedí, dispuesto a volver hacia la jaula.

No me contestó. Sus ojos, ya enrojecidos, por los que empezaba a escapar la pena, se clavaron en mí. Me dio mucha lástima el Muecas, el desgraciado de turno. Levanté la mano e intenté sonreírle.

—¡Suerte, Muecas…!

En aquel momento escapó el chico, camino de su casa. Yo me acerqué a la boca del Pozo, donde seguían reunidos los mineros que el ascensor acababa de dejar en la superficie. Rostros negrísimos, costras de polvillo y sudor en las que brillaban, asustantes, los dientes y el blanco de los ojos. Las lámparas y esponjas colgadas del cuello, herramientas, hachas… Parecían obreros de un infierno en construcción. Entre ellos estaba Enpazdescanse, llamado así por

haber permanecido ocho días enterrado y dado por muerto. Al volver al sol, encontró a su familia de luto y aquello le turbó más que su propia tragedia. Era muy amigo de mi padre. Gago se aproximaba en aquel momento.

—Buenos días, señor Gago. ¿Ha visto usted a mi padre?

—¡Hola, Landa!… Seguramente subirá en la próxima. Le dejé esperando la jaula.

—¿Qué pasó? ¿Se morirá el Muecas, señor Gago?

—¡Qué va a pasar, pequeño! La mina está rota por dentro y donde menos se espera salta una bolsa de grisú. Y hoy lunes… ¡Es un crimen trabajar ahí abajo!

Las palabras salían cansadas de su boca. Enpazdescanse asentía con la cabeza. Hacía mucho tiempo que el rescatado se había habituado a las tragedias.

—¡Estos cerdos! —masculló un picador a mi lado. Escupió de nuevo y se alejó lentamente.

—Ahí debe subir…

El montacargas volvió a vomitar carne negra. La línea sana y limpia de una sonrisa dividió el rostro de un minero. Era mi padre. Corrí a su lado, cogiéndole de la mano.

—Hola, padre. El Muecas no se va a morir, ¿sabes?

—Sí, y también sé que te voy a poner el traje perdido, ¡apártate!

—No importa, ¡madre lo lavará!

—¡Hombre!, nunca había oído una cosa tan bien dicha. ¡Toma!, para que aprendas a hablar peor.

—Padre, si yo… —quise decir, rascándome el coscorrón.

Ya no se ocupaba de mí. Estaba hablando con Gago.

—El Muecas está algo peor. De todos modos curará en una semana. Macario, más que nada, el susto. Sin que nadie le oyese estuvo arrastrándose con la pierna rota un buen rato. ¡Si no es porque oyen la explosión, aún está abajo!

—Ese no se muere ni a tiros. Se cortó la hemorragia con un trozo de mecha y el mango del hacha y andando. Y el otro empapuzándose de ácidos. ¡Podría haberle sacado de allí!

—No, Gago. Fue a buscar auxilio e hizo bien… Bueno, que en casa andarán preocupados. ¿Vamos, amigo Landa?

—¿Vamos, amigo padre? —bromeé, dichoso. Mi padre estaba vivo, cuando podía haber muerto.

Nos alejamos de la maniobra. Detrás quedaban los mineros comentando el accidente. Llegados a la carretera, me esforzaba por acompasar mi paso al de mi padre, ágil y cadencioso.

—Háblame, padre —le pedí mirándole a los ojos.

—¿Qué quieres que te diga, amigo? Sus ojos brillaban felices y la sonrisa fue a caerle en la boca.

—No sé, algo…

Me gustaba la vida junto a mi padre. Y oírle contar cosas de amigos, del carbón, de sobresaltos y sorpresas; del amor que sentía por todos nosotros. Me gustaba su palabra y su compañía, las buscaba como si, inconscientemente, adivinase que nuestras citas no serían largas. Pese a la tarea ingrata que la vida le ofrecía, en su pecho había siempre algo caliente, un rescoldo de esperanza.

—Padre, hoy he visto a Pepito el «exquisito». ¿Por qué él tiene caballos, y criados, y trajes, y yo sólo puedo comer chorizo una vez a la semana?

—Ya te lo explicaré cuando crezcas un poco.

—Padre, ¿por qué no me cuentas lo del Muecas?

—Hay poco que contar, amigo. La mina no reúne condiciones, pero los dueños no quieren comprenderlo. ¡Carbón!, ¡carbón!, sólo quieren producción. Ya han calculado que cada equis número de toneladas tienen que caer un par de hombres y les parece natural.

—¿Son malos, padre?

—¡Psss!, ni buenos ni malos. Están enfermos. Se puede padecer de avaricia como del hígado o del «agobio». ¡Ya se cansarán!

—¿Y si no se cansan, padre?

—Algún día lo pensarán bien. De otra manera tendremos sangre y hasta lutos y entonces perderemos todos.

—¿Habrá chorizo, padre?

—Puede que haya… —respondió malicioso, desarrugando el ceño—. Ahora veremos qué dicen tus deberes de la semana. Ayer no me los enseñaste.

—¡Pero si estamos en vacaciones!

—Tú lo estás siempre, amigo —respondió, guiñándome un ojo, con lo que me tranquilizó un poco.

—Además te regalé la «Bruja de la suerte».

—Y a cambio yo te compré unos pantalones. ¿Tienes algo que añadir, jovencito?

—No seas malo, padre —murmuré, apretándome mimoso contra él.

El Camino se abría ante nosotros, retorcido, empinado. Custodiadas por el verde de los prados y las casitas blancas, algunas flores, en un esfuerzo de la naturaleza, nacían entre la tierra oscura y pisoteada. Los niños reían, cantando bajo el sol; tiraban piedras a las vacas o hacían comistrajos en cualquier ángulo de una tapia. Los avellanos, los cerezos y los hombres respiraban los aromas que traía

el viento, liberándose a medida que ascendíamos. ¡Qué bonito era mi Valle! Gozaba pensando que los valles de otros sitios tendrían los prados y el río secos, quemados por el sol de julio. Qué limpia, qué hermosa aquella alfombra de amapolas rojas balanceándose sobre tallos delgados y jóvenes; y el sol, y el cielo. ¡Nunca la lluvia había soñado una obra tan perfecta!

—Padre, mira que si llega a morir el Muecas…

—Sí, hijo; sería triste morir cuando el Valle sonríe así.

Mi padre se volvió para mirarlo una vez más y en sus ojos brilló una llama serena y afectuosa. Mi padre amaba el Valle con toda su alma. Tenía muy niño el corazón, y la vista de sus laderas y sus cumbres suponía para él un gozoso rescate de la infancia, de aquellos años a los que la mina quebró las alas de su temprano vuelo. En el Valle estaba escrita su niñez, las primeras hambres, sus primeros miedos, el amor y el dolor de tantos muertos. La vida entera de mi padre estaba allí muy hondamente clavada. Allí había conocido a mi madre y allí habíamos nacido todos los hermanos, cuando la tierra no estaba aún tan desangrada ni había tantas bocaminas. El Valle de mi padre debía ser maravilloso, ¡más aún que el mío!

—Padre, me hubiera gustado nacer cuando tú —le dije reanudando la marcha—. Entonces no habría tantas manchas negras en el Valle, ni huelgas ni nada, ¿verdad?

—La lucha y el trabajo es el ejercicio de la vida, amigo. El Valle sigue siendo hermoso aunque tengamos que arrastrarnos por los coladeros y pedir a gritos lo que es nuestro… ¡Mira, Carolina nos saluda!

Mi hermana, agitando un trapo, corría Camino abajo. Mi padre se puso en cuclillas y la esperó con los brazos abiertos. Dando un gritito de alegría se precipitó entre ellos, abrazándose a su cuello, apretando contra su débil cuerpecito la esponja[5] y la lámpara, poniéndose perdida de carbón. Carolina tenía cinco años y aquella era ya una vieja historia. Al principio mi madre se enfadaba, luego tuvo que resignarse a cambiarla de vestido cuando se acercaba la hora de la sirena.

—¿Hoy fue buena Carolina? ¿Hizo rabiar mucho a madre?

—Yo no, padre, pero Ana sí. Ana es muy mala, ¿sabes?

—Y tú muy acusica, ¿sabes?

—Es que… es que no quiere el libro ni lavarme. Ella sólo quiere jugar conmigo a las casitas.

—Y tú con ella, ¿no?

—Yo sí, pero como soy pequeña…

—¡Ah!, vamos, ya salió el quid de la cuestión.

—Oye, cara sucia —pregunté tomándola la mano—, ¿echó madre chorizo a las alubias?

—Sí, pero para ti no, ¡bobo!, que te comes todo.

—Vaya con Agustina de Aragón —reía mi padre—. ¿No tienes nadie más con quien pelear?

Cuando entramos en casa, Ana le besó con cuidado de no mancharse. Para sus ocho años recién cumplidos, Ana era una mujercita. Mi madre estaba inclinada en la pila. Era de pequeña estatura y tenía en la mirada algo soñoliento. Cuando se hallaba cansada, toda ella parecía cobrar nueva vida; sus ojos, grises, se volvían como oscuros, envueltos en un velo de ternura. Era bonita mi madre, aunque su belleza no tuviese nada de espectacular. Era la suya una belleza honesta, escondida.

—¡Hola, María! —saludó mi padre yendo hacia ella. Apartó de su rostro una mata de pelo, pegado por el sudor, y la besó en la mejilla.

—¡Gracias a Dios, Landa! —murmuró como en un rezo.

—¿Por qué había de ser yo? A mí ya me tocó una vez.

—¿Has echado mucho chorizo, madre?

—¡Ya estás tú con tu chorizo a vueltas! —exclamó bruscamente, olvidándose de la tragedia—. Sí; medio cerdo, ¿estás contento?

—Sí, madre —me frotaba las manos de alegría—. Padre, trae la lámpara y la esponja que las lleve al cuarto.

—Lo que tienes que hacer es prepararle la cuba. Y tú, Ana, pon la mesa, que yo termino en seguida.

—Sí, madre. Y Carolina que seque los platos.

—Yo no hago nada porque soy pequeña, ¿verdad, padre?

—Tú lo que eres es un diablillo. —Empezando a desabrocharse la camisa, mi padre la miraba embelesado.

Llevé un par de calderos de agua caliente al corral y allí los vacié en la cuba, entibiándola con la que tomé del arroyo que lamía las paredes de la casa. Mi padre llegó momentos después y comenzó a arrancarse la costra de carbón. Cuando terminé de secarle la espalda, volví a la cocina y me acerqué al puchero.

—Ya estás pegado al fogón. ¡Quítate de ahí, tragón! —me gritó mi madre.

—Hago algo malo, ¿di?

—Ponerme nerviosa, ¿te parece poco?

—¿Qué pasa?, ¿se revolvió la cabila? —preguntó mi padre entrando.

—Que está metiendo la nariz donde no debe, ¡eso es todo!

—Pues no es gran cosa, ¿verdad, hijo? —sonrió, guiñándome un ojo.

—Sí, tú dale todos los caprichos y así saldrá —rezongó aún, quitándose el delantal, ya terminada la faena.

—Yo no le doy nada ni quito nada… A ver esa comida, que tiene un olorcillo…

Apartó la silla para sentarse a la mesa, pero en vez de hacerlo se aproximó al fuego. Con gesto pícaro y humilde, preguntó:

—¿Puedo oler, señora dueña?

Mi madre se acercó a él y le retorció las orejas en un ademán de falsa cólera. Mi padre rió, y mi madre, y yo. Y las pequeñas palmoteaban dichosas. Y en todos nosotros brillaba una sonrisa y una mirada feliz, porque el amor y la paz reinaban en nuestro hogar.

Tomamos asiento y pronto humeaba ante nosotros el potaje.

—Landa, ¿se salvará el Muecas? —Mi madre levantó los ojos, preocupada.

Mirándola fijamente, mi padre no ocultó su contrariedad.

—María, sabes que no quiero que hables de esas cosas delante de los chicos. ¿Lo has olvidado?

—No, Landa —repuso sumisa—; es que bajó su mujer corriendo por el Camino. ¡La pobre debía creer lo peor!

—No fue gran cosa —explicó, al fin, de mala gana—. La explosión arrancó una piedra que le golpeó la espalda y perdió el conocimiento. Y Macario lo de la pierna. Hoy es un día para cantar en vez de preocuparse. El Pozo se portó bien, María.

—Tuvieron mucha suerte, ¿verdad, padre? —intervine sin perder de vista la comida.

—Ya lo creo. Los solteros estarán todos en la taberna, festejándolo.

—Gracias a Dios…

Al decir aquello, mi madre tembló como una caña movida por el viento. Fue un instante, luego volvió a sonreír. Se le notaba el esfuerzo que hacía por apartar de su mente el recuerdo de las tragedias mineras.

—Estas mujeres…, ¿verdad, amigo? —refunfuñó mi padre moviendo la cabeza dubitativo.

CAPÍTULO II
EL GRISÚ AVISA

Los lunes son peligrosos. Durante veinticuatro horas, abandonada a su suerte y al peso de la montaña, reblandecidas las explotaciones por los gases, la mina tiene tiempo de afilar sus garras. Ni un picador que grite alerta, ni un entibador que refuerce el cuadro que evitará una quiebra[6]. Por otra parte, el obrero, dominado por la excitación posalcohólica, dormidos los reflejos tras la ausencia dominguera, es más fácil presa de los tantos peligros como le acechan en el reino del grisú y los derrumbamientos.

Graves y estoicas, las mujeres de la cuenca miraban al castillete y a las bocaminas con temor recogido. Muchas vidas se habían borrado con el lápiz negro de los lunes. Muchas muertes se llamaban lunes. Los hombres lo olvidaban. Para ellos los lunes, los viernes o los martes eran iguales: trabajo, tensión, recelo. Únicamente los domingos dejaban expansionarse lo que la vida tenía de bello, se emborrachaban de amor a los suyos, de vino y tranquilidad. De los paseos por la carretera y el mostrador de «El Oasis», a las rampas[7] gaseadas del Pozo, había un abismo que no podía ser salvado sin un gozoso sobresalto de los sentimientos. Veinticuatro horas de paz tras haber pasado seis días en penumbra, en las fauces negras de las galerías y sobreguías. Y así iba transcurriendo la vida.

Las ventanas y el horizonte empezaban a iluminarse. Poco después, el recio pisar de los hombres de las profundidades anunciaba la nueva semana comenzando. Envueltos en el aire silencioso y soñador del nuevo día, iban congregándose en torno a la jaula, dispuestos a enterrarse en la mina. La pausada palabra de los veteranos y el inquieto revolverse de la carne joven, se mezclaban en empujones, risas, silencios y algún temor muy escondido.

—A ver si aguantó la trabanca…

—Hoy habrá que limpiar bien las rampas ¡Cómo pase algo va a arder Troya sin fuego, que es como más duele!

—¡Oye! —preguntó un muchacho entrando en el montacargas—, ¿tú estás seguro que éste es el tranvía que va al infierno?

—No, hombre, es el de las doce, que tiene caballos. Este va a la gloria. ¡Vaya susto para San Pedro cuando se dé de narices contigo!

—Eso del Imperio del Sol Naciente me está empezando a resultar simpático —habló otro levantando la cabeza—. Qué cosas, ¿verdad?

Y mirando al sol pestañeó un instante. La broma murió en sus labios. La jaula se lo fue tragando, empujado al fondo por sus compañeros.

El encargado se acercó al montacargas y tendió la cadenilla. Aquel ascensor iba directamente a la cuarta planta.

—¡Dale, Repetidor, que ya está la carne en el asador!

Sonó el gong y los hombres de la sala de máquinas soltaron el freno. Aquel armatoste de tablas, revestido de chapas de hierro, comenzó a bajar, al principio lentamente, luego con asustante velocidad. Colgado de un cable iba hundiéndose entre gemidos y ruidos estremecedores, chocando contra las guías, crujiendo como si fuese a destrozarse. Una negrura más espesa que la noche se apoderó del gigantesco embudo, de los hombres, ya iniciada una vez más la caída en el vacío, el repetido ritual. La jarcia se había roto alguna vez y a los ocupantes de la jaula —según expresión de Cubadín— tuvieron que recogerlos con tenedor. En una ocasión el descuido del maquinista permitió que el ascensor subiese hasta el castillete, deshaciendo cráneos y arrojando a la maniobra hombres que morían aplastados contra el suelo o partidos por los hierros de las vagonetas. Lo más temido era que la jaula quedase trabada y que sobre ella se amontonase el cable. Al soltarse bruscamente, el tirón lo rompía, despeñándose el montacargas en un abismo de centenares de metros de tinieblas. Los más sensibles al miedo —campesinos últimamente llegados al Pozo— miraban hacia arriba, donde un círculo claro parecía volar hacia el cielo; a sus compañeros, queriendo serenarse con la serenidad ajena. Como un rayo de vida pasaba la luz de una planta, de la segunda… El aire, que se había enrarecido súbitamente, iba tomando presión, calentándose. Y el suelo seguía fallando bajo los pies a una velocidad impresionante.

—El tipo de la máquina debe estar todavía «espumao» —dijo alguien con voz grave—. Como ayer fue domingo.

—Debían prohibirles beber. ¡Un día nos escabechan a todos

juntos!

—¡Bah!, en la cama muere más gente que en la mina.

—¡Ay, la cama!…, ¡quién te pillara, Dorotea!

La jaula fue aminorando la marcha. Dejando ver la fortificación de hierros y maderas, aún sin terminar, se detuvo en la planta cuarta. Fue un aterrizaje perfecto, como posada sobre un montón de heno. Algunos rostros se animaban, ya pasado el «salto del diablo».

—Hola, Bola, ¿qué tal va este paraíso?

El encargado de la maniobra, gordo, seboso, de carnes fofas y ojos muertos, era el símbolo de la vida agriada. Dieciocho horas permanecía allí encerrado. Los ácidos habían entumecido su cuerpo, sacudido por un desgraciado «baile de San Vito». Cuando el año pasado se inutilizó la máquina de extracción, los mineros debieron recurrir a la escalera de salvamento. El Bola quedó abajo, como las mulas. Y allí les llevaron un pedazo de pan y un poco de alfalfa.

Los hombres se encaminaron hacia el transversal. Pronto oyeron el agua murmurar en las cunetas y gotear del techo. Los pies desnudos o calzados con unas alpargatas viejas, se hundían en el fango, chapoteando en los charcos sucios de islán. A ambos lados del túnel se estiraban vagonetas volcadas y troncos caídos, como monstruos durmientes; y hombres afanados sobre los carriles o los tubos de ventilación; mugidos de turbina y mulas. Fantasmas, allí había muchos fantasmas… ¿Qué eran si no aquellas dos manchas que venían a su encuentro…? Detenidos, pegado al sudor el polvo que escapaba de los coladeros, transportaban un enorme tronco. Sus siluetas, alumbradas por las amarillentas luces, ofrecían el aspecto de dos peregrinos diabólicos, de dos resucitados conduciendo un féretro. A lo lejos, con la agitación de almas en pena, aparecían y desaparecían lucecitas oscilantes; se apartaban, se acercaban entre ellas, como hablándose íntimamente.

A sus espaldas, en la entrada del transversal, se agitaban confusas las luces de los que la jaula seguía arrojando a las profundidades.

Atrás iban quedando seres y cosas abismales, desterrados en un infierno.

* * *

Un grupo de mineros se perdió por la primera galería, la más próxima al circuito de ventilación. Los demás siguieron, ya abriéndose la camisa en movimientos instintivos, sofocados por el aire espeso, enrarecido por el calor y las avanzadillas del gas. Las

primeras palabrotas, pasos que retardaban su andadura porque aquella boca de lobo agigantaba los pensamientos. Rito, silencio, en el que bullía la posibilidad de una tragedia siempre en vilo, como amasada por dedos invisibles.

Hacía un mes que las rampas habían comenzado a destilar grandes masas de grisú, que se resquebrajaban las galerías. La mina amagaba.

En el segundo túnel quedaron cuarenta y dos hombres más. El equipo de Landa pertenecía a la tercera galería y aún había otras dos, hacia las que se alejaron despacio los hombres del carbón.

Habían recorrido un kilómetro y medio. Los picadores llegaron a la boca de las rampas y Landa, encaramándose en una vagoneta, metió la cabeza por el coladero, oliéndolo.

—¡Ahí dentro hay gas para cocinar un buey! —dijo preocupado —. No hay quien trabaje sin limpiarlo antes.

El picador penetró en la rampa, abierta en un gran anchurón —por aquella parte la capa tenía seis metros— y saltando de mamposta en mamposta intentó clarificar la espesa gasa de metano[8] que acosaba los pulmones. El resto de los picadores, subiendo a los testeros superiores, le imitaron.

Pronto sus fuerzas se reblandecieron, invitando al sueño. Ya empezaba… la lengua seca, las manos frías, la cabeza zumbando, como presa de misteriosos fluidos. Pero Landa, todos los Landa que con él estaban, humildes seres de las tinieblas, allí debían seguir, combatir aquel enemigo impalpable con una manguera, con un débil chorro de aire, porque lanzado a presión haría explotar el grisú.

Tras una hora de pacientes trabajos lograron aligerar el ambiente. Poco después los martillos comenzaban a ronronear.

Entre tinieblas y soledad media docena de seres rumiaban los mismos pensamientos, gozando por sentirse vivos.

¿Cuánto tardarían en traspasar aquel trecho envenenado? ¿En alcanzar espacios donde el trabajo no fuese un suicidio?

* * *

La mañana iba transcurriendo con agobiante lentitud. Dos veces hubieron de abandonar la rampa, dejando la manguera colgada de una mamposta, hostigando al gas, a los ácidos y las negras cenizas. Pero Landa sospechaba que la lucha sería inútil, que el grisú era más fuerte. Conocía la mina y veía la gran cantidad de polvillo mantenido en suspensión por el aire. La naturaleza de las capas y la

poca humectación contribuía a ello. En caso de explosión, este polvillo aumentaría los estragos; y hasta sería por sí solo capaz de provocarla. Mezclado a la atmósfera enrarecida, era explosivo con sólo un uno por ciento de grisú, gas producido en abundancia por los desprendimientos instantáneos. No lejos de allí había unos minados viejos que, mal rellenados, estaban hundiéndose, extendiendo a los trabajos actuales grandes masas de metano. Si los derrumbamientos coincidían con el avance de las explotaciones, el peligro se alejaba; en caso contrario hasta las galerías sufrían la contaminación,

Llevaban varias jornadas desafiando el grisú, oyendo cantar sin pausa al mortal enemigo que desplomaba el carbón en grandes cantidades. Era el Gran Picador. A lo largo de todo el frente de arranque, los gases ahorraban a Landa la mayor parte de su trabajo. Estallaban las celdillas, saltaba el mineral amenazando hacerle perder el equilibrio cuando picaba pegado a la veta. De la pared, del carbón ya arrancado, seguía emanando metano, arañando su ánimo, amenazando la lámpara que languidecía sofocada. El color natural de la llama había dejado paso a un azul verdusco, convertido después en una aureola turquesa cuando, para comprobar la acumulación de gas, reducía su altura a un par de milímetros. La levantaba sobre su cabeza, midiendo, comprobando, luchando con el temblor. Allí debía de haber un quince por ciento de hidrógeno-protocarbonado; más arriba, un diecisiete: el grisú dispuesto a descargar su mortífero hachazo.

Con los ojos fijos en la luz, hipnotizado, iba descendiéndola lentamente, temiendo que el menor tirón en la corriente de aire pudiese proyectar fuera del tamiz el gas inflamado, provocando la catástrofe.

El grisú continuaba ardiendo en contacto con la red, dando a las tinieblas un tinte sobrecogedor.

A su lado, José Luis, el «valín»[9] de trece años, le contemplaba jadeante de miedo. Un olor pestilente y extraño arropaba la llama. Picaban los ojos, la nariz, flaqueaban las piernas; el cerebro zumbaba atontado, apretando la oscuridad, disminuyendo la sensación de peligro…

Como un relámpago, por la mente de Landa cruzó la imagen de una explosión, de cuerpos destrozados, de su hijo…

—¡Vamos! ¡Sal de aquí!

El «valín» corrió rampa abajo, descolgándose de tronco en tronco con una agilidad endiablada. Landa, después de llamar a los picadores, fue tras él, despacio, midiendo aún la intensidad del

metano en las diferentes alturas de la rampa. El coladero escupía figuras negras y sudorosas; hombres y niños.

Se sentaron en unos troncos apilados frente al agujero. El picador, nervioso, sacudía la cabeza intentando alejar los gases, la angustia. Grisú, en mayor o menor cantidad, había siempre. Además, ¿qué otro recurso quedaba que pasar el tramo peligroso, que tratar de dominar aquel maldito pozo?

«Es lunes —intentaba serenarse—; también otros lunes…»

¡No!, nunca había oído zumbar así el gas.

Diez minutos permanecieron allí cruzando las mismas palabras, maldiciendo la Empresa y la mina.

—Mire, señor, aquéllos también dejaron el tajo.

A lo lejos se movían unas luces. Poco después se detenía ante ellos un grupo de mineros, los rostros tensos, borrosos.

—Aquí no hay quien pare. ¡Vámonos!

Lentamente comenzaron a andar por la galería. Un silencio pesado flotaba en el ambiente. Balanceándose agitada, una lámpara venía a su encuentro. Era Carmelo, el hijo de Tobías, su «valín».

—Están reunidos en el transversal. ¡Dicen que vayan todos!

El chico no sabía lo que pasaba, él acababa de bajar de la fragua, donde fue a buscar una pica.

—¿Qué viste por arriba? —preguntó un barrenista—. ¿Cuántos soles hay?

—Uno, señor, pero brilla mucho y los muchachos están jugando junto al río; en la taberna del tío José hay música y…

—Nada más…

—Dice el señor Ruperto, el de la fragua, que para las fiestas va a venir una compañía de titiriteros.

—Vaya, menos mal…

—Y con osos y todo. Y dice que a lo mejor traen diez camellos.

—¿Diez…? No, son muchos; estaría bromeando.

—Pero lo del oso, sí, ¿verdad, señor?

—Sí, lo del oso sí…

De las bocas de lobo, los coladeros[10] que se abrían a ambos lados de la galería, surgían figuras escupiendo blasfemias sólo para ser dichas por demonios. Parecían resucitados, portadores de un tenebroso mensaje. Otros aún permanecían en sus tajos, entre el polvo negro que se hinchaba y revolvía. Se oía tabletear un martillo y en lo hondo parpadeaban palabras y resplandores debilísimos. En aquellos momentos Landa creyó que aquellos hombres semidesnudos y renegridos que salían de los agujeros de la tierra no eran de su raza; que venían de muy lejos, de lugares sólo alcanzados

en su sueño insensato.

—Qué desgracia la nuestra; ¡maldita sea! —se quejaba alguien.

El hijo de Tobías, arrastrando los ojos por el suelo, marchaba detrás, junto a José Luis, junto a los «valines», adivinando el temor de los mayores, agotados por el mal aire y el continuo esporiar. Los pequeños diablos de la caverna, con sus rostros aniñados y el grisú zumbando en sus almas infantiles, parecían tiernas bestias desterradas.

Acordándose de su pequeño, un escalofrío de cariño le dolió muy adentro a Landa. Y escupió, arrojando la suciedad que llevaba en los pulmones, su asco hacia la vida en tinieblas.

Hombres, bandadas de seres sucios, irreconocibles, arrastraban los pies entre el barro, caminando hacia el transversal en busca de un poco de aire limpio, ¡sólo aire!, donde pudiesen abrevar sus pulmones. Hombres huyendo del grisú.

Alguien cantaba. Las notas caían de sus labios, espesas, con un ritmo vencido:

A mí me gusta lo blanco
Viva lo blanco, muera lo negro.
Que lo negro es cosa triste
Yo soy alegre, yo no lo quiero…

—Si ahora mismo pudiese ver el sol, creería en Dios.

El óxido de carbono hacía ya mucho tiempo que se había apoderado de sus pechos. Algunos jadeaban como asmáticos. Un viejo posteador se tambaleó, a punto de desvanecerse; le sujetaron y hacia adelante, hacia el amplio transversal, donde podría respirar, lejos de aquella atmósfera pobre en oxígeno, del calor de cuarenta grados.

Allí se reunirían; llamarían a los capataces, al ingeniero; les harían entrar en las rampas para que comprobasen en qué condiciones se les obligaba a trabajar.

* * *

La concentración de lámparas daba al túnel un aspecto increíble. Parecía en ferias, en una fiesta infernal. Además del grisú, alguien había organizado aquel justificado plante. Alguien que conocía los reglamentos, alguien con horror a morir.

Sentados en el suelo o sobre los troncos de roble, apoyados en los hastiales o las vagonetas, los hombres del carbón hablaban del

gas amenazando, de posibles catástrofes, de tragedias pasadas.

—¡Qué hay, amigos! —saludó Landa acercándose a un grupo en el que estaban Gago y Enpazdescanse.

—Qué va haber… —contestó el rescatado—, que en mi galería no hay quien respire. ¡Estos cerdos saben que llevamos una semana a punto de traca y como si les picara el moco!

Landa quedó unos instantes pensativo.

—Hay demasiado grisú… Nunca como hoy tuve la impresión de estar cavando mi sepultura.

—No, esto no está para chistes —habló un minero de rostro macizo y marcado por la mina llamado Joselón—. Una vez en el pozo La Romería estábamos igual y acordaros de lo que pasó. Una docena patas arriba… ¡Y mira que se lo avisamos al capataz!

Vitelón y Tobías se acercaban en aquel momento.

—¡Qué!, ¿esperando que venga el ogro?

—Va a haber más que voces —presagió una voz sombría.

—¡Que las haya! Yo no estoy en una rampa donde el grisú me cuenta al oído cosas tristes. Y si me obligan a volver, haré como en el otro valle, ¡diré que estoy enfermo y a la galería!

—Y en tu lugar mandarán a otro a oír los canturreos —dijo el Empalmao, llamado así por su delgadez y extraordinaria altura—. Eso no es compañerismo; si hay que pasar un mal trago se pasa entre todos y en paz.

—¡Será o no será! —exclamó Tobías agitado—, pero si yo muero mis hijos se mueren también, ¿entiendes? Yo vengo aquí a trabajar, no a matarme. ¡El mal trago no lo pasas, te pasa él a ti!

—Tiene razón —le apoyó mesurado Enpazdescanse—. Dicen que somos valientes, pero contra mí me digo que nos hemos cansado de tener miedo. ¡Ahora, de eso a matarse por capricho!…

—¡Claro, hombre! —se calmó Tobías—. Yo no tengo la culpa de que haya tanto suicida trabajando en la mina. Yo no me pondría donde está Landa por nada del mundo.

—Es igual —habló cansado el aludido—. La planta está parecida por todas partes. Es un tramo de veta que da pena verlo. Antes de que acerques el martillo se derrumba el carbón.

Guardaron un momento de silencio, como repasando la imagen de lo que dejaron a sus espaldas. Luego la conversación tomó otro giro.

—Si yo volviese a abrir un ojo a la atmósfera —masculló alguien — me haría bandolero o carretero, todo menos minero. Este trabajo tiene menos humanidad que un suplicio.

—Y me temo que así será siempre. El mundo apenas sabe que

existimos. ¡Mineros!… y al decir esto nos figuran con rabo.

—¡Claro! Y si algún gordo se acerca al Pozo, los «dorados» eligen unos cuantos que a todo dicen amén, pintan las puertas, le marean con banquetazos, ¡y se van como han venido!

—Y si queremos algo, tenemos que ir a la huelga. Y luego viene el rencor, la sangre y el miedo y quedamos peor que estábamos.

—Esta sociedad, ¡o suciedad!, en que vivimos —exclamó Vitelón — nunca estuvo bien hecha, ¡siempre los mismos!

—Yo me pregunto —pensó alguien en voz alta—: ¿dónde estará el padre de los obreros? Nos rebajan el precio de la vagoneta, tenemos que pagar más por la madera, ¿pero qué quieren de nosotros? —terminó desolado.

—El padre de los obreros es otro obrero, así que estamos en las mismas. Quieren nuestra sangre. ¡Igual que los bichos esos que vuelan!

—Los «dorados» sólo se preocupan cuando ocurre alguna desgracia gorda —insistió Enpazdescanse—. Se ponen nerviosos y empiezan a hablarnos de mejoras. Y el caso es que nos callamos. Nos olvidamos y otra vez en alto el látigo de los dividendos. ¡Bah, es un asco!

—Mira cómo el tío Dineros subió el pan y los huevos. Mi mujer no sabe qué hacer… ¡Esto tiene que estallar!

—A veces somos tan burros que merecemos la vida que llevamos.

—¿Burros? —se extrañó Tobías, el preocupado por sus hijos—, ¿adónde vamos? Si estás una semana sin trabajar, semana que no comes. Y no digamos cuando te meten en una lista negra y tienes que cambiar de mina y hasta de país… Ellos aguantan. Un billete menos que entra en el bolsillo; en nosotros es una cucharada de garbanzos que no brinca en el estómago. ¡Y esto es más serio!

—Se aprovechan de nuestro miedo y harán con nosotros lo que quieran.

—Algún día perderemos la paciencia y tocaremos la flauta. Seguro que ellos no saben bailar.

—No quieren más que beneficios, aunque sea a costa de la miseria de los demás. ¿No ven que no se puede trabajar?, ¿que el grisú está pidiendo contienda?

—Pensar que los don Magnífico y compañía, y una cincuentena de familias más, manejan el dinero y la salud de un país entero…

—Ellos y dos mil clanes o tribus que se mueven a su sombra.

—De pequeño oí a un tío con unas barbas muy largas que venía por el Valle hablando de justicia. ¡Y eso que entonces no había casi

minas! Gritaba: «¡Despertad, Hijos de la Santa Ira!». También decía que donde tú golpeas se aparta el hambre.

—Ya, y te echan encima los «feroces» y a callar. Los «dorados» tienen buenas armas y, como dice el señor Marcos, es difícil atacar a un león con un mal palo.

Poco después, dejando flotar en el aire cálido las resonancias multiplicadas de los topetazos, se detenía un tren ante ellos. Cubadín, pavoneándose, anunció que los capataces y vigilantes se habían reunido con el ingeniero en la maniobra y que ya venían hacia allí.

—Ya deben estar llegando a la curva… ¡Con ellos viene algún soplón!

—¿Y tú por eso te traes a Sandalio? —preguntó Vitelón señalando a un minero que se había apeado del tren, acercándose al grupo—. ¡Aquí ya tenemos bastantes ratas para que nos espíen!

—Cuidado con las palabras, que se te pueden atragantar —repuso, rencoroso, el recién llegado.

—Seguro. Si llamas a tus amigos guardias…, ¡soplón!

Y empujándole brutalmente, añadió:

—¡Vete de aquí, que no quiero que me huelan mal las manos!

—Este es más desgraciado que todos nosotros juntos…

—Ya veis lo que hacen los «dorados» con un hombre, ¡un chivato guarro!

Un grupo de luces apareció en el fondo del transversal. Cuando se acercaron, los mineros se pusieron en pie y el secular respeto y temor a los jefes les hizo retroceder, aplastarse contra los hastiales, la mirada caída. Algunos se descubrieron, respetuosos.

—¿Qué pasa a la minería? —sonó bronca la voz del capataz.

Hubo unos instantes de silencio. A romperlo vino la palabra airada de Vitelón.

—¡Pasa lo que tiene que pasar! —repuso decidido a todo—. No hay quien trabaje aquí. ¡Hay grisú para embadurnar un país!

—Aventar un poco. Hay que pasar pronto el trecho malo.

—Hemos tenido tres horas las mangueras abiertas —Landa se adelantó hacia el ingeniero, quien se encontraba rodeado del capataz y varios vigilantes—. No conseguimos nada. El aire está demasiado «cansado».

—Sí, estamos en un mal punto —reconoció el técnico—. Dentro de una semana lo habremos dejado atrás y…

—Lo habremos… ¡nosotros! —gritó alguien desafiante—. Llevamos diez días así y diez años casi igual.

—¡Cállese!

—¿Por qué? —los mineros iban reaccionando—. No soy un ladrón y me estoy jugando la piel.

—Lo que más les gusta es eso, ¡que nos callemos!

—Hay que darle de prisa y pasarlo cuanto antes —intervino el capataz—. La mina no puede pararse porque encontremos un tramo difícil. Este trabajo lo tiene que hacer alguien.

—¡Yo tengo diez hijos y no me meto ahí! —gritó Tobías exaltado.

—Pues ya saben… —silabeó el ingeniero mirando a aquella masa de hombres ennegrecidos, los ojos brillantes, la lámpara al cuello, descalzos muchos de ellos—. El que no esté conforme que lo diga. Otros están esperando. Hay mucha gente buscando jornal.

—¡Eso!, ¡eso! —le apoyó el capataz.

—¡Buen arma, cabrón! —volvió la misma voz desafiante—. ¿Ya te has olvidado de cuando eras un desgraciado como nosotros?

—No hay peor palo para un obrero que el manejado por otro —refunfuñó Landa, mirando al capataz con velada agresividad.

Este no se daba por enterado de las ofensas que le dirigían, pendiente de las reacciones del ingeniero.

—Otras veces estuvimos igual y salimos adelante —dijo éste—. ¡Vamos, a los tajos! Y el que no quiera que lo diga ahora; la jaula espera y arriba hace un sol espléndido.

La jaula espera, arriba hace un sol espléndido… ¿y después? Abandonar el Valle, huir a otras cuencas suplicando un empleo, en vano, porque sus nombres pasaban de gerencia en gerencia. Caras excitadas, ojos agigantados por la cólera reprimida, bocas entreabiertas, por las que escapaba un ronroneo salvaje y contenido… Asombraba ver la ira que les dominaba, y cómo sobre ella, aplacándola, caía el recuerdo de los suyos. No podían pensar en sus hambres sin que un escalofrío les asustase el corazón. Pero en las rampas la muerte acechaba. Y si ellos morían…

—Están borrachos de avaricia —mascullaba Landa en medio de aquel confuso coro de voces y resoplidos.

—Rebajarán nuestros jornales, nos echarán, si no volvemos a la galería —decía alguno, ya vacilante—; luego habremos de correr tras del carbón donde nadie nos conozca.

Tobías, a su lado, seguía en voz alta el hilo de sus pensamientos.

—Y si en algún sitio encontramos trabajo, nos harán hacer de aprendices y pagarán lo que quieran. No podemos con la Compañía, traerán otros de fuera y ocuparán nuestros puestos; y nosotros a mendigar y pasar vergüenza. ¿Pero es que en la vida no hay un medio de vivir dignamente, trabajando decentemente?

—¡Calla, cobardón!

—¡Huelga y listo! —gritó uno con la espalda encorvada, como dispuesto al ataque.

—Traeremos gente de fuera —amenazó el capataz, dando la razón a Tobías.

—¡Y guardias! ¡Para eso se dan buena maña!

—¡Huelga, no! —repuso el ingeniero bajando el tono—. Sería un mal para todos. Además, antes de una semana os moriríais de hambre, ¿qué haríais?

—¡Alguna vez les preguntaremos eso a ustedes!

—¡Huelga, no! —repitió cohibido un vigilante.

—¿Por qué tanto susto? —dijo alguien dejando escapar una risita irritada—. La Compañía la provoca a veces. Sólo necesita tener almacenados media docena de vagones.

—Vamos a ella ¡todos! si no es tiempo perdido —gritó el Empalmao—. Cuando estemos unidos verán cómo se les acaba eso de «arriba hace un sol espléndido». ¡Debería darles vergüenza hablarnos de sol a nosotros!

Por la cabeza de Landa iban pasando recuerdos viejos… Huelga, humillaciones, miserias, la hija de su amigo Gago matada por el Alarido. El tío Dineros no haría nada. Él estaba a las órdenes de la Compañía. Volverían las deudas, la desesperanza. Y aquellos hombres de la cólera contenida, tendrían que ceder una vez más.

—El carbón no puede quedarse en la tierra…

Los vigilantes se removían asustados ante el rumor de la minería inquieta. Alguno apagó la lámpara.

—Ni tampoco arrancarse de una manera tan estúpida y criminal. ¡A tantos muertos por mil toneladas!

—¡Claro, hombre! —le apoyó sarcástico Vitelón—, el carbón es para las cocinas, no para hacer albóndigas con nuestra sangre.

—Esta vez estamos dispuestos a seguir viviendo… Oiga —le preguntó Gago al ingeniero, acercándose descaradamente—, ¿usted nunca tuvo la barriga vacía y el grisú sacándole la lengua?

Este estaba confundido, asustado. Aquellos rostros negros, el temor, el odio, la desesperación; manos retorciéndose, ansiando acción. Se oían amenazas, burlas de los jóvenes y la prudente reserva de los viejos. Dos centenares de seres aullaban como lobos ultrajados.

—Los reglamentos dicen…

—Los reglamentos son una cosa y la vida otra… ¡Luego dice el cura que hay que amar al prójimo!

—A estos ricos vagos había que ahorcarlos a todos.

—La sangre es mala cosa. Eso dura hasta después de muerto…, ¡pero ellos ni se enteran cuando es nuestra!

—¿Que no? Yo no sé mucho de estas cosas, pero creo que nadie se condena por matar una rata.

Con un ronroneo confuso y agresivo, los hombres del carbón, empujados por la decisión de algunos compañeros que osaban enfrentarse a los superiores, iban creciéndose.

—Mis hijos, no sé qué va a ser de ellos —murmuró Tobías quejumbroso.

—¡Calla de llorar! —le espetó alguien dándole un codazo—. ¡Pareces una hiena enferma!

Daba pena Tobías. Hacía muchos años que estaba cansado de luchar, de llevar una carga tan pesada. ¿Matarse? ¿Dejar el trabajo? El resultado era el mismo. Tenía los ojos brillantes, reflejando su lucha interior. Sobre ellos se extendía una neblina, un velo que parecía un sollozo reprimido.

—¡De acuerdo! Pondré en conocimiento de mis superiores vuestra resolución —el técnico había cambiado de tono, convertido en parlamentario—. Los que quieran regresar al tajo que lo hagan. ¡Los demás que esperen aquí!

Volviendo la espalda rápidamente, se alejó seguido de sus incondicionales. Aquel brusco e inesperado acto pareció confundir a los mineros. Ellos preferían entendérselas con el capataz. En definitiva, era un hombre del Valle.

—Nos echarán a todos, y mis polluelos… —temió el Empalmao, empezando a vacilar—. Yo creo que debíamos volver a los tajos. Las mangueras los habrán limpiado un poco.

—Yo también lo creo —le secundó Tobías— si no, a lo mejor mañana estamos despedidos todos.

—Tienes vista —habló mordaz Vitelón—; es preferible estar muertos… ¡A lo mejor, dice el congrio éste!

—Yo pienso —habló Landa— que tenemos toda la razón para hacer un plante, pero debemos esperar el momento oportuno. No sabemos siquiera si nos apoyaran las plantas restantes y menos las otras minas. Solos, iremos derechos a la calle. Podíamos ver como están las rampas, ¿Que te parece Gago, tu, Vitelón, Enpazdescanse…? ¿Vamos, Joselón?

—Creo que sí… —se resignó alguno de los aludidos.

—¡Baaah!… ¡mierda! —barbotó Vitelón, comenzando a andar—. No somos nada, no podemos nada. Ahora baja un cerdo de esos con un papel firmado y hambre para todos. ¡Vamos!

En silencio fueron separándose, perdiéndose los hombres en las

distintas galerías. El socavón quedaba desierto instantes después.

* * *

Los hombres de las profundidades caminaban silenciosos hacia el tajo. Era su oficio, su suerte; si unos morían, otros esperaban en la bocamina. Y todo se olvidaba. La miseria quedaba muy escondida tras las puertas y ventanas cerradas.

«No tienen razón —iba reflexionando Landa, andando como un sonámbulo, los ojos fijos en la lámpara que colgaba de su brazo caído—, siempre entre grisú, entre peligros… ¿Por qué no escuchan las voces de tantos muertos? ¿Por qué primero el carbón, luego el carbón, siempre el maldito carbón? ¡Es lo único que les interesa! Los hombres, como las mulas, sobran en la cuenca. Más aún, porque cada mujer echa al mundo seis o siete chicos ¡y a veces a pares!… Pero quizá tengan razón —seguía diciéndose—; considerándolo fríamente, una docena más o menos de mineros patas arriba no es motivo suficiente para espantar el lucro de unos hombres que ni siquiera conocen el Valle. A los «ocultos» las noticias de una tragedia les llegan frías, mezcladas con otras… Un campeonato de tenis, el nacimiento de un perro con dos cabezas… Mientras los dividendos les sigan llegando regularmente, en la mina y en el país hay para ellos orden y paz. Alguien tiene que morir, en todos los oficios ocurre igual. Su idea de lo social es bien clara, unos trabajan, otros ganan. Siempre fue así… Mientras haya gentes con hambre nos será difícil conseguir algo. Nos ponemos firmes, pero a la primera amenaza nos rinden. Si al menos lográsemos unirnos los especialistas… A los otros es fácil sustituirlos, a nosotros no…»

—¡Malditos sean! —exclamó apretando los labios.

Una vaga opresión invadía al picador. Entre el barro negro de la saliva volvía a escupir la voz interior que le irritaba. De nuevo la impotencia. Regresaba conscientemente a la rampa de donde poco antes debieron retirarse porque el grisú aullaba, donde seguiría aullando. Le hería aquel continuo sobresalto, le fatigaban sus dolores y los dolores de los demás, de su «valín», del desgraciado Tobías. ¿Por qué aquel encogimiento general hacia los olvidados de siempre? ¿Por qué ganarían siempre los mismos? ¿Por qué aquella gran carga y, lo que era peor, por qué habrían de llevarla con conciencia de derrota?

Las pisadas de los hombres resonaban lentas en la tercera galería. Los picadores iban perdiéndose por los coladeros. Los entibadores que apuntalaban una quiebra cerca del corte, y los

barrenistas, continuaron hasta el fondo. Un tubero y dos camineros iban con ellos.

* * *

En el minúsculo infierno de la rampa se reanudó el trabajo, arrancando a la tierra el oro negro que tantas angustias y dinero producía. Landa fue adentrándose en él, perforándolo con la mandíbula de su neumático. La veta iba abriéndose, gemía con el grisú, turbando a los picadores con aquel suave vértigo que emanaba de la oquedad de tinieblas, de aquella pared de noche que sabía cuentos malditos porque en ella, desde su principio, habían quedado pegados muchos huesos de hombres. El muro carbonífero y el ronroneo del martillo producían una pesadilla acompasada, adormecedora. Y contra ella luchaba Landa, todos los Landa que vivían de la mina.

A sus pies, mirándole con ojos abrillantados por la fiebre y el miedo, trabajaba José Luis, encogido como un sapo entre maderas y mineral. Tenía trece años y hacía dos que debió olvidar el correr por los montes y bañarse en los remansos. Y del sol, convertido ya en una culebra negra, en una más de las que se arrastraban entre las rendijas de tierra.

* * *

Un ruido parecido al de la lluvia, la canción negra del grisú, continuaba esparciéndose por los cortes y frentes de arranque.

Por la tarde vino un ingeniero acompañado del capataz y durante una hora inspeccionaron los trabajos. Landa les oyó hablar de irrupciones de gas, debido a desprendimientos regulares del carbón; de escapes continuos, de caídas de rocas encajantes, de «soplos» y de grandes bolsas de grisú que punteaban el subsuelo. Vieron las burbujas que hacía el metano al escapar entre las aguas estancadas; revisaron los techos de las explotaciones, donde, más ligero que el aire, se concentraba el traidor enemigo. Landa les explicó que debían remover continuamente la atmósfera para acelerar la mezcla de aire y gas, ya que, dejada a una difusión normal, tardaría tres y cuatro horas en hacerse, acumulándose el grisú. Parecieron preocupados ante el color del aire, que si bien ofrecía el ligero tono etéreo propio de los terrenos hulleros, ricos en carbones grasos recubiertos de margas, allí estaba

sorprendentemente acentuado.

El técnico, ya vaciados los frascos de agua para que en ellos penetrase el aire, y sin necesidad de que los llevasen al laboratorio a analizarlo, supo que la proporción de aquellas mezclas grisuosas era decididamente alta.

Comprobaron que el peligro acechaba, pese a todas las precauciones tomadas por los mineros. Pero aun reconociendo la poca seguridad que ofrecía la mina declararon que no podían suspenderse los trabajos.

El Pozo, por tanto, debería continuar en funcionamiento.

Si el técnico hubiese permanecido allí dos horas más, habría visto… Nada, simplemente una tragedia más.

La quiebra que estaban levantando cerca del corte, acababa de matar tres hombres.

* * *

Estaba sentado en un taburete, cerca de la ventana, respirando el aroma de mi Valle que entraba fresco y soleado. Enfrente tenía un libro, inútilmente abierto, en el que leía la ecuación sin intentar resolverla:

«Si a un hombre le corresponden siete naranjas, a siete hombres, ¿cuántas les corresponderán?»

Mi Valle era muy bonito, aunque no tuviese naranjas. Qué callado estaba durante las horas de la siesta, arropado por un sol claro que arrancaba chispas al azul, muy alto. De la tierra poderosa, de aquellos avellanos y melocotoneros que custodiaban los caminos y las ásperas cuestas empinándose sobre las montañas, brotaba a cada hora una melodía distinta. Las casas, clavadas en las laderas; las tierras, labradas muy lejos, parecían carnes viejas; el verde de los prados, las vacas, los hombres, pequeñitos, como en un sueño liliputiense… Cuando soplaba el viento en fuertes rachas, humedeciendo el Valle, los hombres que subían por el plano levantaban la cabeza, agradecidos. Y los niños, jugando en las arenas negras; y el río, rizado levemente por la brisa o brincando en las infantiles cascadas, lavando en espuma sus aguas oscurecidas. Aquellos aires que saltaban del valle vecino eran una bendición; hasta los viejos silicosos respiraban aliviados, olvidando sus penas por una hora o un día, naufragados entre aromas de flores y pastos. ¡Qué bien olía mi Valle! ¡Cuántos colores tenía! Incluso por la noche, cuando en su fondo brillaban las débiles lucecitas amarillas del pueblo, cuando parpadeaban las señaladoras de bocaminas,

como temblando de ansiedad y cansancio, la voz conocida del Valle entraba en mi cuarto, saludándome con el canto de sus vientos cambiantes. Era mi Valle, porque lo llevaba muy dentro y en él jugaba mi infancia. Aunque en sus entrañas mi padre tuviese que horadar la tierra, buscando la comida que llevar a casa. «Valle del Sol» lo llamaba yo, pese a que la lluvia era su compañera favorita, pese a que por la noche, cuando antes de acostarme miraba a las estrellas y cantaba en voz baja, para no despertar a los míos, me producía miedo. Tan grande, tan oscuro…

A veces pensaba que los hombres lo estaban entristeciendo. Aquella enorme escombrera que, como el lomo de un gigantesco elefante semienterrado, cabalgaba sobre el verde prado, a punto de devorar el cementerio de blancas tapias; las míseras chozas, donde vivían las familias de la meseta, llegadas al Valle en busca de trabajo, las vagonetas, volcándose continuamente entre polvorientas nubes… En las orillas sucias de mi río, harto de ver día a día su cauce empequeñeciéndose; en los árboles que nacieron conmigo, alargando su tronco, estirando el cuello de su copa para no ser sepultado por las escorias, yo veía escrita mi vida. El fondo del Valle, cuna antaño de un jardín salvaje, ahora seco, negro, donde el castillete…

—¡El Pozo!, ¡madre, el Pozo!

Mi madre se incorporó como un resorte saltado. Me cogió del brazo hasta hacerme daño, mientras la costura rodaba a nuestros pies. Inmovilizada por la impresión, empezó a rezar, los ojos muy abiertos, clavados en el castillete… Luego los cerró, repitiendo como en su oración:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Voy a ver, madre, ¡voy a ver si es padre!

Salí al Camino, bajaba por él como enloquecido, fija la mirada en las tres camillas que lentamente se acercaban a la carretera. Un grupo de gentes las seguían. Y un alarido humano, como el sonido de una campana cargada de malos presagios, dejaba flotando en el aire jirones de sentimientos. Las pobres esposas miraban sobrecogidas a la caravana funeraria, sin atreverse a preguntar…

—¿Es… es mi Juan?

—No, no es tu Juan.

—¿Y mi Rodolfo…? ¿Es mi Rodolfo?

—¡Señor Empalmao!, ¡señor Empalmao!, ¿es mi padre?, ¡mi padre!

Me agarré a su chaqueta como un pigmeo desesperado.

—No, Landa; tu padre quedó levantando la quiebra.

—¡Júremelo!

Seguía tirando de él, deteniéndole, deteniendo la parihuela sobre la cual iba un cadáver, tapado con sacos sucios de carbón.

—¡Vamos, lárgate de aquí!

—Sí, señor Empalmao… ¡Gracias!, ¡gracias!

Quedé inmovilizado, como una piedra más de la cuneta. La gente seguía pasando a mi lado; ya eran muchos los que acompañaban al cortejo funerario; silenciosos, ahogando sus penas, ahogados por los tentáculos viscosos de la tragedia resuelta. Tan sólo de lo alto del Valle, donde el dolor llegaba más tarde, seguía rodando con desconsoladora desnudez el viento y los versos de Petrarca.

¿Por qué has de morir,
ahora que el Valle te necesita…?

¿Por qué has de morir…? —repetía yo sin mover los labios, regresando hacia el Camino.

Mi madre, entre un grupo de mujeres, corría hacia la carretera. Al verme se detuvo y alargó los brazos, en una plegaria infinita. Yo también me paré. Haciendo bocina con la mano grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡No es padre!, ¡no es padre!

Se cubrió el rostro, dejándose caer sobre las piedras de la tapia rota. Las otras mujeres se acercaban, preguntando a gritos:

—¿Quién?, ¿quién es?

—¡No sé!, ¡no sé!

Pasaron a mi lado, sin mirarme, al igual que fieras enloquecidas, jadeantes, desgreñadas por el dolor, los ojos inyectados, algunas con espumarajos en la boca, como perros rabiosos. Un murmullo opresivo quedaba tras ellas, trozos de angustia caídos en la tierra gastada.

Mi madre se había incorporado y venía hacia mí lentamente, con los brazos muertos, la mirada ausente, agotada por un momento la veta de los sentimientos. Me dio mucha pena. Tomé la mano que me ofrecía y así subimos el Camino, silenciosos, muy juntos, como queriendo unir nuestros cuerpos y almas en una dicha tan honda que era un pecado.

Cuando entré en la cocina, el libro estaba todavía abierto.

«Si a un hombre le corresponden siete naranjas, a siete hombres, ¿cuántas le corresponderán…?»

Por primera vez supe lo que era una sonrisa amarga. Y cerrando el libro con un sentimiento indefinido, recordé los problemas que se

planteaba mi padre.

«Si para que viva un hombre tienen que morir mil, para que vivan mil, ¿cuántos tendrán que morir?»

Mi padre, el que aún vivía, hacía así las cuentas, a su manera. Y con ello reía y lograba hacerme reír.

«Para que un hombre sin trabajar gane un millón, mil hombres trabajando deberán ganar cuatro noventa…»

—«Es la regla de tres inversa, ¿sabes, amigo?» —me decía ya serio.

Yo sentía una gran curiosidad por saber en qué consistía aquella regla de tres inversa que mi padre llamaba capitalismo. Aprovechando cualquier descuido de mi madre, tomaba algún libro de los prestados por el Patriarca o de los que trajo de la ciudad el hombre de la voz cascada. Aunque no los entendía, adivinaba que tras aquellas oscuras frases latía una gran verdad. Y me dejaba vencer por una inquietud que, pese a serme grata, me asustaba. Aquel libro de la tapa amarilla decía:

«¿Por qué el dinero ha de ser el monopolizador de los beneficios? El obrero y el trabajo son mercancías ¿y el dinero no? ¿Por qué se priva a las masas de la posibilidad de aumentar sus bienes de consumo, mediante un salario justo, una participación en los beneficios? ¿Por qué se prefiere detener la producción, destruir alimentos, lanzar mercancías a los fondos de los mares, quemar cosechas, cuando hay millones de seres que sufren desocupación y hambre…?

«La guerra, reguladora ciega de la producción capitalista…»

No entendía aquello. Además, ¿cómo podía ser posible que se quemase el trigo o se arrojase al mar cuando los hombres lo necesitaban para comer?

Cerré el libro. Mi pensamiento corrió hacia la galería desplomada que mi padre estaba levantando; hacia los muertos recientes…

—Cuando sea mayor ingresaré en la Brigada de Salvamento. Y, además, no dejaré quemar el trigo…

* * *

Mi padre llegó muy tarde. Debían ser más de las doce porque la luna ya estaba escondida tras la llama del Carmelón. Le oí hablar largamente con mi madre en voz baja, como si estuviesen confesándose. Oí los golpes que daba contra la mesa para vaciar la pipa, y por la cantidad de veces que la cargó comprendí que fumaba

muy de prisa, que estaba nervioso. Me levanté con mucho sigilo, acercándome a la puerta. Apenas lograba destacar de la confusa murmuración algunas frases sueltas, lo suficiente para despertar mi inquietud.

Aquel mismo amanecer ya habían enviado emisarios al Enquistao. Se reunirían en la «Sala» para decidir si al toque de sirena entrarían o no en las minas. Mi padre hablaba de grisú, de quiebras, del pobre Seisdoble. Luego oí una frase que me estiró la piel.

—Habrá huelga —decía volviendo a golpear la pipa.

El frío de las baldosas estuvo a punto de hacerme estornudar. Si mi padre hubiese sospechado que espiaba sus conversaciones, se hubiese llevado un disgusto. Y mi padre ya tenía suficientes preocupaciones. Volví a la cama y mirando fijamente aquel fuego eterno del Carmelón, que, como la llama de una olimpíada ardía día y noche en la cuenca del Valle, repetí muchas veces:

—Habrá huelga…, habrá huelga…

Tardé mucho en dormirme.

CAPÍTULO III
HUELGA

Me dormí muy tarde. El chirrido de una puerta me despertó poco después. Según el «reloj» de la llama del Carmelón, no serían más de las cuatro. Y la luna no mentía.

Mi padre ya andaba en la cocina; debía de estar desayunando. Salté de la cama y aparentando aire de inocencia salí al pasillo.

—¿Qué haces levantado a estas horas? —me preguntó en voz baja.

—Voy a orinar… ¿Y tú?

—¿Desde cuándo tengo que darte cuenta de mis actos? —repuso intentando aparecer despreocupado.

—Como ayer pasó eso de…

—Eso ha pasado muchas veces. Voy al Pozo, amigo. Hay que poner orden en la galería hundida.

—Padre… —tragué saliva antes de proseguir—. Tú nunca me has engañado, ¿verdad?

—¡Hombre! —contestó un poco desconcertado—, creo que no.

—Ahora me estás engañando. Yo quiero ir contigo.

—Ir conmigo…, ¿adónde?

En la habitación contigua, mi madre se revolvía en la cama.

—Landa, ¿qué te pasa? —oímos una voz soñolienta.

—¡Ves! —exclamó mi padre enfadado, ahogando las palabras—. Tanto cuidado para no despertarla y tú…

—¡Voy a orinar, madre!

Quedamos un momento callados, conteniendo la respiración como dos chiquillos cogidos en falta. Al fin mi padre, colocando su mano sobre mi hombro, me confesó:

—Hoy te engañaba, hijo. Nos reunimos en la «Sala» para decidir si acudimos o no al toque de sirena. Hay que tomar urgentemente una decisión. Creo que habrá huelga.

—Gracias, padre —contesté sumiso, volviendo a mi habitación.

Mi madre se levantaba en aquel momento,

* * *

Cuando le oí cerrar la puerta me incorporé de un brinco y comencé a vestirme. Abrí la ventana y salté al frío de la noche, que me produjo un escalofrío. Había llovido y de las latas que techaban la casa caían gruesos goterones. Sacudiéndome como un ave aterida, comencé a correr en dirección a una llama que, estirada por el viento, llegaba ya a las vías del plano que pasaba frente a mi casa. Debía de ser el hachón de mi padre, aquel mismo con el que tantas noches de invierno le vi perderse en las tinieblas, camino del Pozo.

Poco después me detenía sorprendido. Animado por los fuegos fugitivos y flotantes, el Valle ofrecía un aspecto melancólico, casi fatalista. Luces o lágrimas que parecían arrancadas del seno de la naturaleza, de la noche; decenas de hachones y lámparas, en un asombroso cortejo de resplandores, formaban un foco potente de siluetas rojizas. Llegado a la entrada de la «Sala», la oscuridad se lo fue tragando, como un sol sumergiéndose.

Yo seguía tras de mi padre, procurando aprovechar el débil resplandor de su llama, temeroso también de ser descubierto. Cuando, bajando por senderos de cabras, se unieron a él media docena de mineros, ya marché más tranquilo. A medida que me acercaba a la «Sala» experimentaba un frío extraño que no provenía de la temperatura. Algunas sombras, inmóviles y vigilantes, se confundían con los árboles. Eran guardias.

«¡Huelga!, ¡huelga!» —gritaba algo dentro de mí, llenándome de malos presagios.

Me parecía oír la voz contenida de mi padre cuando la noche anterior hablaba de Ramón y de las rampas invadidas por el gas.

En aquella escapada, que significaba una verdadera aventura, mi emoción iba aumentando por momentos. Grupos de antorchas seguían apareciendo por cualquier arruga del terreno, para extinguirse poco después en la elevada hondonada. Las voces, las toses con las que los mineros sacudían sus pulmones sucios, empezaban a separarse del viento.

La noche aparecía congestionada, junto al reposo grave de la luna.

Cuando llegué a la divisoria de las laderas me pareció penetrar en un gigantesco templo… ¿Qué era si no aquella caverna negra, sin bóveda, iluminada por centenares de antorchas y lámparas? En un

extremo, más elevadas, rodeadas por un círculo de fuego, había media docena de llamas. La escena tenía algo de indeciblemente tenebroso y a la vez bellísimo. Un golpe de viento me trajo el murmullo de una voz bronca, cambió el viento y volvió el silencio.

Me escabullí entre un montón de piedras, las pasé y fui a parapetarme tras unas zarzas, a una veintena de metros de la manifestación. Uno de los improvisados oradores terminaba de hablar en aquel momento.

—¡Por eso vamos a declararnos en huelga!

Intenté reconocer a los mineros reunidos sobre el altozano. Allí estaban Enpazdescanse y Gago, el barrenista del Pozo, íntimo amigo de mi padre. Y tres o cuatro hombres más que nunca había visto. Uno de ellos llevaba corbata. En el centro, sentado en una banqueta, se hallaba el señor Marcos, el Patriarca. Debía de tener mucho frío y tosía con frecuencia. Le vi volver la cabeza porque alguien hablaba a sus espaldas. Era mi padre. Su presencia me produjo un extraño nerviosismo. Me sentía tan orgulloso que salí del escondrijo, queriendo hacerme notar por los mineros que, con la antorcha en alto, saludaban la aparición de Gago. También se alzaron algunos cuchicheos de desaprobación que parecieron turbarle. Los más numerosos, sin embargo, impusieron silencio y el barrenista hizo uso de la palabra.

—¡Ya sé que algunos me censuráis porque voy a la iglesia! —su voz era casi un grito—; lo acabo de comprobar una vez más. La iglesia es para los señoritos, decís muchos de vosotros. Pero me vais a permitir, compañeros —el orador, que había comenzado a hablar bruscamente, alzó las manos— que me aparte del motivo que aquí nos trajo para explicaros en cuatro palabras lo que considero un gran error. Otros hablarán de la huelga, a la que iremos porque nos asiste toda la razón. ¡Escuchadme bien! La misa que vosotros decís, la religión que yo digo, nada tiene que ver con el capitalismo, aunque muchos desgraciados ejemplos os hagan creer lo contrario. Es más, os digo que el capitalismo es una fórmula antirreligiosa por lo que tiene de inhumana, de injusta y materialista; el capitalismo es anticristiano y el primer deber de los hombres que creemos, es luchar contra esos mixtificadores de Cristo, contra esos estafadores de la fe. ¿No os dais cuenta de que quieren ocultar sus especulaciones financieras con la etiqueta de la religión? Aunque veáis ir a misa a esos hombres, a los que la avaricia y la codicia les lleva a intentar tratamos peor que a animales, no os preocupe. Ellos nada tienen que ver con la religión; ellos lo que pretenden es monopolizar el sentimiento religioso para sus chanchullos

financieros… ¡Compañeros, es preciso que esto quede bien claro, salir de la confusión que han logrado establecer! Yo sé que las apariencias os dan la razón, que no tenéis por qué poneros a hacer distinciones cuando su política ha sabido camuflarse detrás de algo que es justamente lo contrario de su falta de generosidad, de su mala fe y su egoísmo…

Gago siguió hablando. Cuando terminó, un absoluto silencio acogió sus últimas palabras, con las que pedía unión para desencadenar la huelga.

El señor Marcos tomó a mi padre del brazo y le atrajo hacia sí. Cuchichearon unos instantes y adiviné que iba a hablar. Adelantando un paso, quedó unos instantes contemplando el magnífico espectáculo de la «Sala». Levantó los brazos y… ¡qué emoción la mía!

—Compañeros: ¡estoy de acuerdo con mi amigo Gago! ¡Hay que ir a la huelga! No hay otra solución, no podemos hablar de leyes, porque están hechas por y para el sistema capitalista, ni de jueces que están para cumplir esas leyes, ni de caridad, porque la Empresa no sabe lo que significa. Daremos un no rotundo a la injusticia y les obligaremos a que nos escuchen. Si el capital abusa una vez más de su prepotencia social, y nos impone la ley del más fuerte, si cree que el mundo va a estar siempre dividido en una tertulia de señores satisfechos y una masa de hombres sin pan y seguridad, nosotros decimos ¡alto…!

—¡Bien!, ¡bien! —un confuso rumor se extendió por la hondonada. Las antorchas se agitaban en señal de asentimiento.

Mi padre siguió hablando largo rato de las razones que les obligaban a declararse en huelga. Luego su discurso, empujado por la pasión, fue tomando vuelo.

—No hay duda de que ha sonado la hora del capitalismo. Sus cimientos se agrietan como esas rampas del Pozo a las que ataca el grisú; sin embargo, aún ha de costar mucha lucha y sufrimiento; hambre, sangre, muertos… Ni nuestros hijos ni los hijos de nuestros hijos conocerán quizá la aurora de la paz, de la justicia, de la equitativa distribución de los bienes y beneficios que en el mundo están y están para todos. El capitalismo divide la sociedad en hombres libres y esclavos. Dan un salario mínimo para no morirse de hambre, para que nuestros brazos puedan funcionar. Nos compran, como se compra el esfuerzo de una mula o la resistencia de una vagoneta. Y como compran lo que quieren, desprecian al hombre… Pero, ¿no os dais cuenta, no estáis viendo lo que ocurre en el Pozo? ¿No es seguridad lo que estamos pidiendo?; ¿no

estamos hartos de ver caer a nuestros compañeros y de sentir el fantasma del hambre invadiendo sus hogares…? ¿No veis con qué brutalidad el capitalismo, representado aquí por la Empresa, nos llega con proposiciones que rozan nuestra propia existencia? Sólo nos queda un camino: ¡la huelga! Iremos a la huelga, pero bien organizados. Una derrota supone una revancha patronal cuyos resultados ya los conocemos: aumento de una hora o dos en la jornada de trabajo, listas negras, «lock out» y mil artimañas más que tan bien manejan…

Mi padre fue interrumpido por gritos de aprobación. Hablaba pausadamente, agitando con suavidad la mano derecha, los ojos fijos en la noche, como buscando inspiración. La gente se revolvía inquieta. Por primera vez en mi vida veía a mi padre en su papel de hombre, de conductor de hombres. Me daban ganas de gritárselo a todos los que estaban a mi lado. ¡Qué orgulloso me sentía aquella noche!

Mi padre tenía una voz distinta, más reposada, como si meditase cada palabra.

—Sabemos que nacimos para extraer carbón. Y que los hombres no nacen todos iguales. Pero nos rebelamos cuando intentan convertirnos en una máquina de carne a la que se la puede arruinar el cuerpo y mortificar el espíritu; a la que pueden exponer, sin ninguna responsabilidad, a peligros como los que hoy encierra el Pozo…

Siguió hablando de hombres y de hijos de hombres a los que los Reyes Magos echaban por todo juguete una pala y una lámpara…

Un griterío aprobatorio, bronco y amenazador, de fieras acorraladas, sacudió la «Sala». El señor Marcos se acercó a mi padre para estrecharle la mano. Yo era el chico más feliz de la cuenca. Aunque tiritase de frío entre tanta antorcha alzada.

Un hombre alto y delgado, saludando nervioso, tomó la palabra:

—Nos hemos reunido en el límite de los valles para ser más y estar más juntos. Yo vengo del otro lado de la cuenca del Enquistao, a ofreceros nuestra solidaridad. Hoy sois vosotros los amenazados, antes fuimos nosotros. Y nosotros y vosotros formamos parte de la gran familia minera. Mis compañeros han delegado en mí para que os diga que también iremos a la huelga. Nosotros os ayudaremos a hacerla, nos uniremos todos para decir, bárbaramente si es preciso, lo que bárbaramente ocurre, aunque para ello tengamos que…

El minero alto y delgado gritó cosas que me pusieron la carne de gallina. No me gustaba aquel hombre que hablaba de matar.

—Yo conozco a uno que tropezó con los huesos del que había

matado y se volvió loco —dijo a mi lado un joven entibador al que llamaban Risueño.

—Sí, pero los «dorados» se ríen hasta cuando van a babear al cementerio.

Un hombre, el único que llevaba corbata, pidió silencio. Empezó diciendo que ya estaban cansados de las «polacadas» de la Empresa y de que en el carro de la sociedad fuesen uncidos siempre primero los derechos del capitalismo y detrás los de los trabajadores; del dramático regateo que se traían con sus jornales, de la injusticia del mundo financiero, que dejaba a la sociedad dividida en dos clases irreconciliables…

El hombre de la corbata habló de muchas cosas que yo no entendía. Además comenzaba a cansarme tanto discurso. Anhelaba que al fin se levantase el señor Marcos. En mi afán de no perderme una palabra suya, me iba acercando al altozano donde se hallaba el Patriarca, rodeado de sus amigos. Sobre su rostro de asceta se estrellaban, en un doble pugilato, la claridad del amanecer y las luces de los hachones.

—Amigos del Valle y del Enquistao…

Hizo una pausa. Calló la minería. Hasta el chisporroteo de las antorchas pareció enmudecer para mejor oír al viejo luchador. Su cuerpo, doblado por la mina, las luchas laborales y las cárceles, atraía los resplandores, que le prestaban una contextura más alta, más gallarda. Semejaba un apóstol cansado.

—Habéis oído palabras precisas, claras. Poco puedo yo añadir. No hay duda que la bandera de la justicia está a media asta. Este instrumento todopoderoso llamado dinero, ya sabemos que no entiende de dignidad humana en cuanto se refiere a nosotros; no comprenden, o no les interesa comprender, que el grisú amenaza; no comprenden lo que es negar la seguridad en el trabajo, ni el derecho que hay a la seguridad en la vida. La ceguera de su ambición no les deja ver que nuestro bien es su bien. ¿Alguno de vosotros duda que un jornal justo y una mina en condiciones no redundaría en una mayor producción?… Cuando hace unos años declaramos la huelga y me nombrasteis para representaros ante los patronos, les dije lo mismo que ayer. Y lo mismo me contestaron. Nos llamaron revolucionarios y nos mandaron a trabajar. ¿Revolucionarios por qué pedimos seguridad?, ¿por qué nos rebelamos contra la idea de esclavos o cosas que de nosotros tienen?, ¿por qué pedimos un salario mínimo y una garantía en nuestros puestos laborales?… Nuestra voz, amigos, es una voz pacífica, pero también una voz de alerta. Como se ha dicho aquí,

está sonando la hora. La esclavitud del hombre ya terminó hace siglos, pero nació una nueva esclavitud que ya está durando demasiado tiempo: la del jornalero. Hoy no son cadenas ni latigueros los que muerden nuestras carnes, hoy es la necesidad y la miseria, en una palabra, ¡el hambre!, nuestro verdugo. Se nos dice que somos libres, que podemos elegir entre aceptar las condiciones que nos imponen o marcharnos. ¿Marcharnos, ¡adónde!, si en todas partes la sociedad está montada sobre don Dinero, único señor, dueño y amo de vidas y haciendas? Es necesario transformar esta sociedad de arriba abajo. ¡Y esto se hará, mal que les pese, aunque, como muy bien se ha dicho, cueste años y vidas!

—¡Bien!, ¡bien!

—Por eso, amigos, repito: hoy nuestra voz es una voz serena, hasta conciliadora, porque ningún hombre es más hombre por llevar las cosas a la violencia. Pero eso sí, de llamada y de advertencia. La fuerza de un hombre que pide justicia…

—¡Viva!, ¡viva! —palmoteaba yo.

—¡Calla, mocoso!

—Nosotros sabemos que nos asiste la razón y que la razón es la auténtica justicia…

Volvieron las voces de aprobación, los vivas. Algunos dejaban caer las antorchas para poder aplaudir. ¡Era hermoso! Cómo palpitaba mi sangre oyendo al señor Marcos. Y viendo a mi padre entre los hombres importantes.

El Patriarca siguió hablando de los que se empeñaban en quitarnos la paz, de la amenaza a nuestro querido Valle…

—¡Eso!, ¡eso! —palmoteé de nuevo—, ¡nuestro querido Valle!…

Alguien me dio un empujón y debí callarme. ¡Con lo bonito que me parecía aquello de nuestro querido Valle!… Los hombres no lo entendían, demasiado pendientes de la luz roja de peligro que se iba encendiendo en la hondonada, de la tierra que ardía con tanta antorcha en alto.

—¡Huelga!, ¡huelga!

—Es preferible pertenecer a una clase sana que a una sociedad podrida, aunque se nos persiga porque al reclamar justicia y pedir pan hagamos difícil la digestión de unos cuantos; la digestión de sus banquetes y comilonas que con tanta frecuencia celebran para festejar los dividendos que les producen nuestro sudor y hasta nuestros muertos.

—Algún día el dinero dejará de mandar. El hombre y su dignidad están por encima de él. Si además está concentrado en manos carentes de toda generosidad, de todo sentimiento, peor,

mucho peor, porque entonces se convierte en un elemento auténticamente perturbador de la sociedad.

—¡Huelga!, ¡huelga!

Con aquel grito unos pedían justicia, otros venganza, aunque en ella les fuera la piel y la piel de los suyos. Algunos callaban, demasiado cansados, desesperanzados de todo.

* * *

Los mineros comenzaban a disgregarse ante la mirada atenta de los piquetes de guardias. Un mundo de luces se desparramaba por cuestas y senderos, en una procesión bella y sobrecogedora. Iban ilusionados, juntando sus esperanzas a la diana del nuevo día, ya abriéndose por levante. Entonaban canciones de guerra social, triunfantes, como un cuchillo de monte clavándose en la presa. En aquellos momentos la minería estaba luminosamente viva, como caminando voluntariamente hacia un noble sacrificio. Aquellos oscilantes hachones, envueltos en la bronca canción, suponían un látigo, una voz distinta partiendo de las sombras hacia un nuevo amanecer.

La espantable malla de fuego ahuyentaba la noche, la abría lentamente como queriendo dejar ver el horizonte presentido.

Confiados, temerosos algunos, los hombres del carbón caminaban hacia el Valle, hacia la huelga, como quien camina hacia la redención.

Yo corría plano abajo, pensando en las palabras del señor Marcos.

«Algún día el dinero dejará de mandar, porque no es lícito sacrificar la dignidad de los hombres…» «No estés nunca con los perseguidores, es más noble ayudar al perseguido».

—¿Qué querrá decir? —me preguntaba intrigado.

Una desconocida perturbación sacudía la paz sencilla de mis pocos años, como si en el alma se hubiese refugiado un extraño miedo, un ansia dulce y apetitosa de comprometerme en la lucha ya planteada. La religión, el hambre, los guardias, las leyes, el capitalismo…; la lucha terrible e inhumana por el pan de cada día. De aquel magnífico espectáculo de la «Sala» emanaba una sensación de fuerza incontenible… Sin embargo, sentía lástima por mi padre, por todos los mineros allí congregados, condenados a protestar para poder vivir, resignados a ser una y otra vez apaleados al igual que ladrones o asesinos.

Sin comprenderlo, en aquel amanecer habían quedado en la

«Sala» los restos maltrechos de mi infancia. Ahora ansiaba ir en busca de Angelón para que me explicase bien qué pasaría después de quemar el mundo, despreciadas las pequeñas revoluciones, en las que siempre ganaban los mismos y la cosa estaba bien porque lo estaban ellos.

De una manera indefinida me sentía defraudado, amedrentado, identificado ya con el trabajo y el dolor de los hombres.

Había salido del reino de la infancia, de lo gratuitamente hermoso; entraba, a marchas forzadas, con toda puntualidad, en el campo de los héroes del vivir y del luchar.

Una tristeza inesperada penetraba muy dentro de mí, invadiendo mis sentimientos.

Uno de aquellos días cumpliría once años.

* * *

Cuando mi padre llegó a casa, yo estaba acostado. Oí que cuchicheaba con mi madre; que ella sollozaba débilmente. No sé por qué que, pero aquella madrugada yo también lloré. Pensaba en mi padre, en la huelga y en el otoño que vendría pronto, y me puse muy triste.

No pude dormir; eran demasiadas cosas las que danzaban en mi cerebro; demasiadas palabras graves, cuando apenas estaba preparado para resolver una regla de tres.

Cuando aulló la sirena de la mina, me vestí rápidamente y salí a la cocina. Mi padre, junto a la ventana, miraba pensativo al Valle, sumido en un profundo silencio.

—Buenos días, padre.

—Buenos días —repuso sin apartar la vista del castillete. Luego se volvió lentamente y sentándose en el arca me tomó por los brazos. Me miraba con infinita ternura, como pidiéndome perdón.

—Hijo mío…, hay huelga. Quizá pasemos días difíciles, pero era la única solución. Lo hemos decidido esta mañana. El Pozo está mal…

—Ya lo sé, padre.

—¿Lo sabes? —frunció el ceño sorprendido—. Escuchaste detrás de la puerta, ¿no es eso?

—No, no lo escuché detrás de la puerta…

—¡No mientas! Hay que decir siempre la verdad, aunque cueste.

—No miento, padre. Anoche cuando saliste… fui detrás de ti. Te oí hablar en la divisoria. ¡Yo estaba muy contento de que fueses mi padre!

En su rostro asomaron chispazos de enojo; luego fue dulcificándose.

—Hiciste mal. Ya tendrás tiempo de oír hablar de estas cosas. A ti te esperan también tiempos difíciles; quizá más difíciles. Tendrás que luchar mucho…

—No importa, padre. Pero tenías razón cuando decías que había que traer a casa pan para los hijos, y chorizo y todo lo que se necesitaba.

—De chorizo no dije nada… —me contradijo intentando de nuevo sonreír.

—Y hablaste de que los Reyes a unos echan coches y a otros una pala, y te aplaudían, y las luces se movían mucho. Era muy bonito, ¿verdad, padre?

—Sí, hijo, muy bonito… —suspiró muy hondo, incorporándose —. Bueno, voy al Pozo a ver qué pasa.

Y mirándome serio, añadió:

—Tú en casita, ¿eh? Para escapadas ya está bien la de anoche.

—No, padre…

—¿No qué?, ¿qué quieres decir?

Intentaba parecer severo, sin conseguirlo. Nos miramos fijamente y tuvo que abrir la puerta de prisa para no descubrir la sonrisa que escapaba de sus labios. Le seguí con la vista, Camino abajo. El pueblo parecía distinto; numerosos grupos de mineros se hallaban desperdigados por la aldea, en la explanada del Pozo o en torno a las bocaminas. Se oía un bronco murmullo, un rugido que sobresaltaba:

—¡Huelga!, ¡huelga!

Los hombres del carbón se revolvían inquietos, decididos. Las mujeres corrían hacia sus casas, llevando pan y patatas, preparando la plaza para el sitio de hambre que se avecinaba. Algunos cantaban y en aquellos coros había algo que temblaba y hacia temblar.

Huelga. Deberían ganarla y pronto. Dos días después la necesidad haría llorar a los pequeños, agrietando el ánimo de la minería.

Mi madre ya lo presentía. Acababa de llegar de «El Robadero» con una bolsa de víveres. Sentándose en el arca, comenzó a sollozar mansamente, como se lloran las penas grandes.

—Madre, es mala la huelga, ¿verdad?

—Sí, hijo… Dice Petrarca que hoy no hay clase, que ya os avisará.

—Yo no iba a ir, madre. ¡Voy a la huelga!

Mi madre se enfureció bruscamente.

—¡Vamos, a acostarte ahora mismo si no quieres que te ponga el trasero caliente!

—Sí, madre —repuse sumiso, marchando a mi habitación.

Cerré por dentro y saltando por la ventana corrí prado abajo, hasta el Camino, hasta la carretera. Hacia mi padre.

* * *

El día había aparecido envuelto en una calma asustante. Los trenes, detenidos en las laderas o bajo los tendejones; las escombreras sin ruido, sin polvo. Había cesado el obsesivo traqueteo de los lavaderos; las ruedas del castillete estaban inmóviles; custodiadas todas las maniobras. El martillo y la dinamita no estremecían las entrañas de la tierra; las galerías, en tinieblas, callaban, como muertas.

El Valle se hallaba sumido en un silencio que atemorizaba. Únicamente la llama del Carmelón, por la inercia de los gases acumulados, daba movimiento a un mundo detenido.

Nadie entraría en la mina. Sólo por medio de la huelga los hombres de las profundidades podrían hacer oír su voz, tanto tiempo desatendida, amordazada por el fantasma de la desocupación. En cada rincón del Valle se reunían grupos de hombres, hablando, dándose ánimos en minúsculos mítines. Las gentes iban y venían, corrían llevando y trayendo febriles esperanzas, febriles desalientos.

—¡Huelga!, ¡huelga!

Daba miedo ver tanto hombre ocioso, los ojos relampagueantes por la emoción, hosca la palabra, como el sordo rumor del viento de la cordillera.

—La huelga será larga y vendrá el hambre…

—Si no ocurre como hace años, cuando los niños empezaron a…

—Las fuerzas del orden público han restablecido el orden público —intentaba bromear alguno.

—¡Huelga!, ¡huelga!

Las mujeres de las laderas, fija la mirada en el Pozo, apretaban a sus hijos contra el pecho; las del pueblo, refugiadas tras las ventanas de sus casas, palpaban el drama más de cerca. Se asustaban ante sus hombres con gravedad en el semblante; y tantas carreras, tanto guardia patrullando las calles. Algunas lloraban dócilmente; otras, se encrespaban, como dispuestas al salto felino. Centenares de seres aguardaban con la esperanza en suspenso el resultado de la gran aventura. En las bocaminas de montaña se

habían apostado piquetes de huelguistas que obligaban a los timoratos a volverse a sus casas. Las fuerzas del orden, apresuradamente reforzadas durante las primeras horas del día, ocupaban los puntos claves del Valle, dificultando su labor. Las casas de los cabecillas se hallaban vigiladas. Los considerados más violentos como Joselón, Gago y Vitelón, andaban huidos. De cuando en cuando restallaba algún barreno que el eco del Valle multiplicaba por diez. Los guardias detenían a los más exaltados; las mujeres, a mordiscos, a arañazos, intentaban liberar a su hombre; los chicos cooperaban al esfuerzo con sus abucheos, en tono de inconsciente odio.

Para ellos la huelga tenía algo de feria y de peligro. Los huérfanos recientes vagaban entre aquella gran inquietud que no terminaban de comprender. Las gentes les acariciaban y les daban perras, intentando mitigar su pena, haciendo aflorar a sus labios una tierna sonrisa. Con sus brazaletes negros, los cabellos revueltos, sin separarse mucho de sus madres enlutadas, suponían un grito de alerta. Perico, Simón, María del Mar, la dulce chiquilla de los cuentos de hadas… Otros, ocho más, les acompañaban.

Eran los herederos de las tres últimas víctimas de la mina, las figuras del drama recién estrenado. Hablaban de ellos. Y ellos iban de un sitio para otro, recogiendo lástimas que en su alma infantil se trocaba en admiración.

* * *

Sobre las once empezaron a llegar datos concretos de la marcha de la huelga. Por la tarde el éxito del plante seguía en suspenso. En los Grupos alejados habían «cogido lámpara» la mayoría de los trabajadores; en la Tronquera, uno de los más importantes, menos de la tercera parte. Los timoratos ya decían que iba a llegar un tren con obreros de otros lugares y que bajarían los jornales cuando se reanudase el trabajo. Pero pasó un día y la cosa siguió igual. Alguna de las minas que habían trabajado, se sumaron al plante y en otras, que en un principio se mantuvieron fieles, brotaban síntomas de indecisión.

El señor Marcos no tenía un momento de descanso. A lomo de una mula recorría las bocaminas, instando a resistir, animando a los mineros, contagiándoles su confianza en el triunfo. Cuando descendía a la explanada, la muchedumbre allí reunida le recibía con una salva de aplausos.

—Hemos ido a la huelga y la sostendremos. De una manera u

otra es necesario poner fin a esta injusticia. Mientras los poderosos desprecien al minero, negándonos la paz del espíritu y la del estómago, nos sublevaremos y mantendremos firmes en la sublevación. Pedimos pan y justicia y la conseguiremos, porque la minería, cuando se pone en pie, no se rinde jamás…

En una de sus intervenciones el Patriarca fue interrumpido por un griterío de alarma:

—¡Los feroces!, ¡los feroces!

Aún logró ser oído, cuando ya el drama se avecinaba:

—¡No es política dar palos y luego no saber qué hacer con el palo! ¡La justicia no necesita de la fuerza!, ¡no la necesita! —gritaba sacudido por la tos.

Un movimiento de inquietud sacudió la muchedumbre. El sordo galope de caballos provenía de la carretera, sobre la que se alzaba una gran polvareda. Los rostros, fieros o angustiados, se alzaron en una muda interrogación. Lo que todos temían, la caballería, lanzada como supremo juez, se acercaba a marchas forzadas.

La suerte estaba echada. Una vez más la fuerza bruta aplastaría la razón.

* * *

Estaba oyendo hablar al señor Marcos cuando el grito de «¡los feroces!» se clavó en mi imaginación con aterradora gravedad, súbitamente la huelga había perdido todo lo que tenía de pintoresco, para convertirse en un peligro para mi padre.

—¡Los feroces!, ¡los feroces!

El riesgo, las vacilaciones… Pasados los primeros momentos de confusión, la rabia y la hombría se transformaron en un rugido amenazador. Los mineros se mantuvieron firmes, formando rápidamente una barrera delante de los viejos, los chiquillos y algunas mujeres que asistían a la concentración. Centenares de seres temblaban de emoción y de cólera.

—¡Los feroces!, ¡los feroces!

Ocupando un amplio semicírculo, apareció la vanguardia de la caballería. Sables en alto, hombres y animales subían por el largo terraplén que separaba la carretera de la explanada, donde iba a lidiarse la desigual batalla. Salieron a relucir garrotes y ballenas. Un hombre, con cara de enloquecido, empuñaba un revólver; otro un hacha, un tercero crispaba las manos, garras temblorosas y más temibles aún que un arma.

Yo cogí unas piedras… y cuando sonó el afilado clarinazo

llamando a los guardias al ataque, comencé a arrojarlas. Resoplaban las bestias y los hombres. Envueltos en un ensordecedor griterío, los mineros más decididos se adelantaron. Allí estaba el gigante Vitelón, Gago y varios más, sujetando por la brida a los caballos, esquivando con una barrena los sablazos, descabalgando los jinetes, que eran golpeados, pisoteado su cuello caliente y blando.

Ya corría la primera sangre, mezclada a las canciones de guerra social que entonaban los hombres de las profundidades.

No tardaron en producirse movimientos de retroceso, algunos huían despavoridos; otros parecían gozar con la refriega. Yo seguía tirando piedras, incansable, gritando con heroico orgullo, viendo a algunos mineros que, ya subidos en las bestias de sus enemigos, enarbolando los sables arrebatados, peleaban valientemente…

La acometida fue feroz. Los guardias, penetrando hasta el centro de la muchedumbre, derribaban a las gentes a golpes de porras y sable. Muchos caían bajo las patas de los caballos, soliviantados por los gritos y los espolazos. Los que huían o les hacían frente, iban cayendo. Polvo, aullidos, insultos, bocas entreabiertas profiriendo maldiciones que venían de los infiernos. Los hombres luchaban, las mujeres rugían. Un vaho de salvaje locura se había apoderado de los mineros y los guardias, a los que el temor de verse desbordados volvía implacables; apaleaban, se ensañaban. Sombras fugitivas corrían, se escondían o peleaban. Se dispersaban, aparecían aquí y allá causando estragos entre las fuerzas del orden. Cinco uniformados acorralaban el caballo pardo que montaba Vitelón. Gago, a lomos de un enorme jumento, intentaba liberarle. Un unánime rugido, estruendos que estremecían el Valle, brotaban de la tropa y la minería, ya en lucha abierta; del viento, que silbaba envalentonado, mezclándose a la indignación, al espanto, al valor. Las gentes de mi Valle eran sacudidas en cuerpo y alma por un ritmo vertiginoso; por un grito de desesperación que venía de muy hondo, de mucho más adentro que su impotencia ante los caballos y las armas. La sed de venganza ardía en sus cerebros.

La lucha, que había comenzado con una brusca y espantable violencia, llegaba al punto culminante: se acercaba la derrota. El viento se encolerizó súbitamente, uniéndose al grito gigante, a los clamores remotos, como si hasta el último rincón del Valle estuviese sufriendo.

En su huida, el sol se recostó en la explanada, pintándola de rojo.

Un vaho de acritud horrible se apoderó del campo de batalla. Y vino el silencio para caer sobre las víctimas de la desigual lucha. Se

arrastraban, los labios blancos por la excitación, o rojos por la sangre, entre polvo y barro, sin premio ni brillo para su valentía, vencida ya la insospechada energía que desgastaron en la refriega.

Perplejidad, temor, incertidumbre de la minería por las horas que se avecinaban. En los ojos de las gentes que ayudaban a los heridos, o eran arrastrados por los guardias había rencor y sorpresa. Y algo perdido en mucha tristeza. Una vida más limpia, más bella, más justa…

Algunas mujeres aún lanzaban al aire sus llantos y lamentaciones, aún restallaba la injuria de los mineros detenidos entre un cerco de caballos y hombres, sintiendo sobre ellos los sables desnudos. Tenían tierra en los ojos y en el corazón; y esa saliva pegajosa del ser tanto tiempo acorralado, fatigado de almacenar en el alma burla y asco, como una insistente música de rigor humano.

Al Valle volvía el orden; de él huía la paz y el entendimiento. Un capítulo más se cerraba en una asustante intimidad.

A lo lejos, en cualquier rincón del coto minero, los perros ladraban inquietos.

* * *

Derribado por un sablazo, caí sobre la arena sucia que tantas veces pisoteé en mis juegos de policías y bandoleros, la mirada perdida en una nebulosa en la que se movían extrañas cosas que eran hombres y caballos. Un hilito de sangre en la boca y un corte en la mejilla, donde el sable de un guardia había inciso mi primera señal de hombre. Me dolía la cara, el cuerpo entero, hasta el alma. Logré incorporarme y me arrimé a un árbol; de allí no me moví. Me sentía distinto, un desgraciado superviviente. Palpando la sangre, me olvidaba del sufrimiento, porque era un mundo nuevo el que estaba conociendo. Me hubiese gustado verla manar. Algo caliente hervía en mí, muy adentro, mirando aquellos tres bultos que debían de ser cadáveres…, sí, eran muertos. Un bramido monstruoso ponía en tensión la piel de mi cuerpo, empujándome a ser hombre, a coger un cuchillo y rasgar carne de forasteros vestidos de uniforme. Con lágrimas distintas sollozaba por mi herida, por todo mi ser, detenido el corazón por el asombro. Lágrimas vírgenes, que no eran de niño, que eran de hombre, humedecían mis mejillas, mezclándose a la sangre. Era aquel el llanto de las cosas que no se olvidan jamás, puesto ya en marcha el mecanismo de los rencores.

Los muertos esperaban, grupos de siluetas seguían moviéndose

en el campo de batalla, tomado rojizo por el sol recostándose en la montaña.

En mi vida, corta y hasta entonces intacta, afloraban nuevas voces, un pequeño asesino que hubiese despertado en mí, inocente y salvaje, dispuesto a cualquier monstruosidad…

* * *

—«¿Dónde estará mi padre?»

Como un sonámbulo, empecé a andar… ¡Cuánto había ya caminado! ¡Qué lejos estaba de unas horas antes, cuando aún era niño y tenía la cabeza llena de ilusiones! Confuso, asombrado, herido…

¿Por qué?, ¿por qué?

Una brutal soledad me embargaba, allí donde tanta gente había.

Los heridos iban desapareciendo por el terraplén, camino del hospital; los muertos quedaban sobre la arena negra, escoltados por centinelas. Estos gritaban, intentando ahuyentar a los familiares. Pero allí seguían, como jabalíes junto al retoño alcanzado por el plomo del cazador.

Invadido por el temor, me acerqué a ellos.

—¿Quiénes son? —pregunté a un uniformado.

—No conozco a ningún minero. ¿Qué te pasó en la cara?

—¿No sabe quiénes son?

—Ya te he dicho que no. Vamos, ¡largo!

Sin apartar los ojos de los muertos, tapados con sacos, me alejaba del lugar cuando una mujer me serenó.

—Tu padre no está ahí. Se lo llevaron los guardias.

Iba a preguntarla algo más, pero temí acentuar su tristeza. Aquellos ojos, que se hubiesen inundado de lágrimas ante el hombre muerto en la mina, estaban secos, relampagueantes de odio.

—Vete a que te cure tu madre —dijo alguien a mis espaldas—, ¡anda, corre!

Obedecí. Cuando llegué a la carretera encontré al señor Marcos. Acompañado por su hijo Félix, era conducido por un guardia que parecía tratarle con consideración. El Patriarca, como repasando su dolor con cuidado de narciso, llevaba la mano a las mejillas secándolas. Cubierto de polvo, la cabeza caída, iba arrastrando su dignidad de viejo luchador vencido, la amargura de las cosas que han dejado de ser, que fracasaron. Movía mucho los dedos, como amasando la realidad, la huida de toda esperanza. Se notaba que el cuerpo le pesaba demasiado, que le dolía el corazón y el cerebro.

Le vi alejarse muy despacio, llevado por sus articulaciones gastadas y la vista tanteando la carretera. Yo corrí camino arriba. Cuando me acercaba a casa, me volví para mirar al Valle. Un silencio augusto y solemne flotaba en el aire, bajo el sol terminando. La brisa, venida de muy lejos, agitaba las ramas de los árboles y la arena de la llanura. Había terminado la lucha y con ella se calmó el viento. Todo volvía al orden. Aunque hubiese sangre en la llanura, aunque la gente se congregase ante las puertas del hospitalillo y el cuartel de los guardias, pidiendo el cuerpo de los suyos, rugiendo y rezando por ellos.

Otros quedaban en la explanada, velando unos bultos cubiertos con sacos sucios, esperando las mulas que se los llevarían, con los brazos colgando, hacia el depósito de cadáveres.

Miraba al Valle como si quisiese recoger toda la pena que por él andaba esparcida.

¿Por qué?, ¿por qué?

Me iba haciendo hombre tempranamente.

«Tu padre no está ahí. Se lo llevaron los guardias…»

* * *

A mi padre se lo habían llevado. Cuando llegué a casa, mi madre tampoco estaba. Nos andaba buscando. Encontré a mis hermanas pegadas a la ventana. Carolina palmoteaba, sujeta por Ana, quien guardaba en los ojos señales de haber llorado. No se asustó cuando me vio entrar con la cara ensangrentada.

—¿Te pegaron, Landa? —preguntó con voz baja.

—¡Son unos brutos! Vienen con caballos y sables, tocan la corneta… ¡así ya podrán! Si peleasen a pedradas ya verían.

—¡Ahí va!, y tiene sangre. ¡Por malo!, ¡por malo! —Carolina daba gritos de alegría.

—¡Cállate, boba!

—¡Por malo!, ¡por malo!

—¿Te duele mucho?

—¡Bah, un poco! ¡Antes me dolía más!

—¿Por qué no vas a casa de la señora Andrea? Si te ve madre así, llorará.

—¡Es verdad! —exclamé saliendo al exterior para correr a la casa de al lado.

La anciana vecina me vio entrar y cerró un instante los ojos. Tardó unos instantes en reaccionar.

—No es nada, señora Andrea, la sangre ocupa mucho.

—Sí, hijo, la sangre ocupa mucho… Siéntate, que voy a curarte.

—¿Tiene usted un espejo, señora Andrea?

Encima de la repisa había uno, desazogado todo él. Me llevé un gran susto y comprendí que mi hermana Ana era muy valiente. Tenía la cara cubierta por un barro enrojecido y la sangre seguía manando de mi herida, de aquel certificado de hombría que me extendió un guardia.

—¡Estos brutos! ¿Te duele mucho, hijo?

—Un poco. Si llego a ser mayor les…

—¡Dios mío! ¿Qué va a ser ahora del Valle?

—¿Volverá pronto mi padre, señora Andrea? Me dijo la tía Magras que se lo llevaron los «feroces». Vitelón hirió a uno y casi lo mata. Dicen que se escapó con el señor Gago.

—Esta noche o mañana vendrá tu padre… Aprieta los dientes, que voy a restregarte con alcohol.

La buena mujer me desinfectó la herida y me dio un caramelo. Orgulloso de aquel trapo que cubría mi herida, volví a casa y repartí la golosina con mis hermanas. Carolina protestó, como siempre.

Me senté en la puerta de la vivienda, bajo aquel árbol que mi padre plantó el mismo día que yo nací. Quería que me viesen las vecinas, que supiesen que había resultado herido. Era el mío un orgullo fiero e ingenuo.

Mi madre llegó una hora después. Desencajada, los ojos abrillantados, como una fiera acorralada durante mucho tiempo y al fin vencida. Quedó unos instantes mirándome fijamente, como si la costase reconocerme. Dejándose caer sobre el arca comenzó a llorar en silencio. Me acerqué a ella y acariciándola los cabellos, murmuré:

—Madre, si no me duele…

—Sí, hijo… luego te daré un poco de chorizo, ¿quieres?

—Pero poco. Dice la tía Magras que vamos a pasar mucha hambre.

Aquella misma noche vinieron a registrar mi casa. Abrieron los colchones y vaciaron el cajón de los libros, dejándolos esparcidos por el suelo, despreciados, como si se tratase de cosas contaminadas por algún virus repugnante. Sentí en la garganta una angustia inexplicable y me temblaban los labios. Después, la cólera fue pasando y terminé por apiadarme de aquellos hombres, obligados a llevar a cabo tan humillantes tareas.

* * *

Al día siguiente enterraron los tres muertos. Yo cumplí once años.

* * *

Los trabajos se reanudaron dos días después, con la condición de que habrían de ser puestos en libertad los detenidos y habrían de regresar a sus casas los obreros expulsados de las viviendas propiedad de la Compañía, que ocupaban desde hacía muchos años. Como a media mañana, por no haber llegado la orden de la capital, los mineros seguían presos, las bocaminas comenzaron a escupir hombres ennegrecidos. Tan sólo el Bola continuó en su puesto, ajeno a toda solidaridad. Volvieron los gritos y los mítines, que la fuerza pública disolvía inmediatamente. El Muecas, que ya podía tenerse en pie, había abandonado el hospitalillo. Con la autoridad que le daba su reciente accidente, el cuello encogido y vendado, iba de grupo en grupo, animando a los huelguistas a mantenerse firmes.

Un peligroso desaliento reinaba en el Valle. Se decía que las represiones habían llegado hasta la otra cuenca. El fantasma del hambre ya asomaba en los humildes hogares de la minería.

Los hombres se inquietaban más y más ante el tremendo interrogante de lo por venir, clavados los ojos en los guardias victoriosos que chuleaban por el Valle. Una agitación interior les sacudía, haciéndoles vacilar entre la solidaridad y las necesidades de los pequeños. Y aquello llevaba trazas de eternizarse.

—Quieren darnos una buena lección y lo están consiguiendo —decía alguien con acento desolado—. Vamos a tener que bajar. Si queremos comer, tenemos que darle al martillo.

—Sí, saben que así se nos quitarán las ganas de pedir otra vez lo que nos pertenece. Mira Gago y Joselón, perseguidos por ahí como jabalíes. Y Vitelón. Menos mal que es soltero…

—Los ricos pueden aguantar mejor. Lucen mucha grasa en sus barrigas. Llevan engordando cientos de años. Los vientres, ¡es asunto de vientres!

—A los míos se les está acabando la poca que tenían. ¡No sé qué va a ser de mis chicos!

—Pan y agua no les faltará en unos días. Y con eso nadie se muere. Hay que ser hombre y resistir, si no nunca saldremos de miserias.

—Los pequeños… Yo, por mí, daría hasta la última gota de mi sangre por acabar con los burgueses.

—Ya terminará esto… ten un poco de paciencia. Con matar no

se consigue nada.

—Por mí… ¡tendrías que oírlos berrear por las noches! De vez en cuando hay que echar mano al cuello. Por los chicos…

—Sí, el hambre grita. Me grita a mí, que puedo decirla cositas dulces para acallarla…

* * *

Los días iban pasando lentos, desesperantes. Las mujeres, con ojos graves, miraban a los soldados llegados para custodiar el Valle; los hombres les volvían la espalda. Algunos niños mendigaban por las calles semidesiertas, otros lloraban, gritando: ¡pan!, ¡pan!, sentados frente a las casas de los burgueses y los capataces, esperando que les arrojaran un mendrugo para correr a devorarlo tras cualquier árbol. Una irritación creciente sacudía a los mineros, exasperados ante la vista de los mandamás de las minas paseándose en sus «landós», demostrando que por ellos la huelga podía prolongarse indefinidamente.

La Empresa había colocado avisos llamando al trabajo. Al toque de sirena, unas docenas de hombres se encaminaron hacia el Pozo y las bocaminas, sufriendo en silencio los insultos y hasta las pedradas que les arrojaban los críos y las mujeres. Asustados, los rompehuelgas volvieron a sus casas. El resto seguía firme, sin frecuentar las tabernas, apenas sin salir de casa, evitando la tentación de un vaso de vino, de una deuda más. Se pedía un pan donde no había, se discutía, se peleaba por el motivo más fútil porque la irritación colectiva, contenida ante la presencia de los guardias, tenía que romper por alguna parte. El ensañamiento de la Compañía llegaba a tales extremos que se prohibió a los mineros pescar, argumentando que el Valle entero era concesión suya. El tío Dineros, que había adelantado algunos víveres cuando la solicitante era de buen ver, recibió tal reprimenda que a partir de aquel momento el enorme almacén repleto de alimentos resultó inabordable.

Era un cerco por hambre, el viejo cerco del hambre…

Alguien decía que la Sociedad cedería porque la mina necesitaba manos que la cuidasen; que en algunos grupos se estaban hundiendo grandes tramos de galería, pese a los esfuerzos de los vigilantes, y algunos esquiroles bien remunerados, y al de los capataces trabajando como obreros. Un intento de arrastrar a los primeros a la huelga había fracasado. Pese a ello, buenos conocedores de la minería, recomendaban a la Empresa que liberase

a los presos, reforzase la ventilación en la tercera galería y dejase sin efecto las nuevas tarifas, original causante del malestar que culminó en el plante. Convenían con los ingenieros en que la huelga era un mal para todos, pero aseguraban que los mineros no cederían.

Así era. Orgullosos como veteranos soldados, mantenían la guardia frente a la insolencia de la Compañía. Que implantasen los precios que quisiera, que les mermase impunemente el jornal. No importaba. Hombres del carbón, estaban acostumbrados a vivir en las rampas gaseadas y a apretarse el cinturón. Ellos no se rendirían.

* * *

Nadie hacía nada, nadie se movía, esperando inconscientemente la llegada de un milagro; el estómago vacío, la cabeza ardiendo, víctimas del secular y legalizado pillaje. Únicamente, cuando corría la voz de que en determinado grupo habían «cogido lámpara» los obreros, o alguien anunciaba un tren conduciendo esquiroles, una ola de furor sacudía el Valle. Hombres, viejos, mujeres, críos… como si bramasen las viejas tumbas de los que cayeron en la gran huelga, en la represión del Alarido, incluso las de los resignados que murieron esperando que un día se les haría justicia, la cuenca entera se sobresaltaba. Desafiando a los guardias que custodiaban las bocaminas, o entrando por coladeros sólo por ellos conocidos, llegaban a los túneles, a las tinieblas de las rampas, donde luchaban como fieras rabiosas, unos por su vida, otros por la vida de todos.

Las viejas pugnas entre los rompehuelgas y la minería, firme, dispuesta a triunfar.

El paro volvía a ser total; la calma renacía.

Los niños ya reían menos, y los viejos daban un paso más hacia la tumba. El señor Marcos, sintiéndose responsable de aquel estado de cosas, no creyendo nunca que la Compañía podría obstinarse de tal manera en negar lo que tan justo era, se hallaba desmoralizado, presintiendo un nuevo triunfo de los pacíficos y feroces enemigos de la minería.

Le habían dejado en libertad, avergonzados de tener entre rejas a aquel hombre bueno y semiciego.

* * *

Seguían transcurriendo los días. Se organizaban reuniones que la

fuerza pública disolvía inmediatamente; aparecían octavillas que nadie adivinaba de dónde podían provenir. Pegados en la puerta de la iglesia o del cuartelillo de los guardias, en un acto de osadía que entusiasmaba a los mineros y levantaba un poco su ánimo, aparecían carteles subversivos. En ocasiones, el Valle era despertado por gritos y carreras, por los disparos y los débiles humos de las pólvoras. Las puertas y ventanas se abrían bruscamente, resonaban aullidos, silbatos, voces de mando y trote de caballerías.

Un hombre era izado sobre una mula, los pies y las manos colgando. Seguido de los gritos de sus retoños y los lamentos de su hembra de su dolor vindicativo, desaparecía en dirección al casetón de los muertos.

Otra vez la calma, entre el silencioso bramido de miles de pechos rugiendo. Los «landós» ya no se aventuraban a pasear por la carretera. D. Magnífico, que rodeado de un cinturón de guardias osó visitar el poblado, no pudo evitar un escalofrío de temor. Centenares de ojos se clavaron en los suyos, relampagueantes por el odio.

—¡Me ha de pagar la muerte de mi hombre!

—¡Para qué quiere tanto! ¡Mi hijo, no come mi hijo!

—¡Pan!, ¡queremos pan! —gritaba alguien mostrando los dientes, como si el mismo D. Magnífico pudiese servirle de alimento.

Otros callaban. Apenas, con un gesto cansado, levantaban la mirada hacia aquel hombre, símbolo de la muralla que les separaba de los «ocultos», del monstruo escondido y terco. Por todo testimonio de agresividad, ofrecían a la luz del día sus rostros demacrados, sus pechos fláccidos, a los que un crío se aferraba inútilmente, fatigado de chupar.

Pequeños féretros construidos con tosca madera eran conducidos al cementerio. Reposarían al lado de los hombres caídos en la lucha. Allí, en la tierra sagrada, bajo el amago creciente de la escombrera, se mezclaría el polvo primitivo de tantos huesos.

Habían previsto seguir el camino hasta el fin y con una dedicación firme y sin desmayos iban recorriéndolo, como inspirados por una voz que les decía que aquellos muertos anunciaban una nueva era, la del fin de todas las injusticias. Embargados por un sentimiento fiero, adivinaban que su triunfo podía ser el de todos los trabajadores, que una derrota no sería sino el principio de la nueva oportunidad.

En las cunetas quedaría la carne de los más débiles. Siempre fue así.

Tan pasivos aparentaban estar, tan callados, que parecían haber vuelto a la antigua resignación, sólo en ocasiones sobresaltada, bruscamente, como explota una caldera a la que por descuido se la dio exceso de presión.

Por dentro sentían el alma tensa, podían hasta oír sus vibraciones, como la piel de un tambor también demasiado tirante.

—Sí, el hambre grita. Me grita a mí, que puedo decirle cositas dulces para acallarla…

* * *

El hambre no habría callado, el hambre habría matado a los pequeños y terminado de desmoralizar a los mayores si alguien no se hubiese encargado de torcer el destino, en estos casos siempre determinante de la derrota del más débil.

* * *

Me despertó la sirena de la mina, que aullaba lúgubre y como suplicante. Las cinco debían de ser, porque la luna estaba a cuatro dedos de la llama del Carmelón. ¿De qué se quejaba, qué le ocurría al Pozo? Abrí la ventana y quedé mirando al Valle, lleno de oscuridad y silbidos lastimeros. Semejaba un gigantesco navío mostrando las luces de situación a los costados, en las bocaminas lejanas: y arriba, en el castillete, en el palo mayor. Un navío surcando valientemente el mar de la noche, avisando con el quejido hondo de su sirena. ¡Qué bello era mi Valle, aun en sombras, cuando se disfrazaba de infierno! ¡Cuántas estrellas tenía! Y aquella llamarada, ardiendo, ardiendo siempre como una alarma incansable.

¿Habría dormido bien mi padre?

Oí un ruido en la habitación de al lado. Mi madre se estaba vistiendo. Las gentes del Valle despertaban y una tras otra fueron iluminándose las casas, asustados por aquella llamada inusitada. Algunos mineros ya salían a los caminos, con los hachones alargados corrían hacia el Pozo. Poco después la explanada de la maniobra ardía en rojizos colores. Y la sirena seguía dolorida, llamando, llamando…

Mi madre entró en el cuarto y al verme vestido me amenazó con atarme a la pata de la cama. Me quería mucho y sufría pensando que pudiera ocurrirme algo. Pero yo quería más a mi padre porque

no me trataba como a un niño. Ya había cumplido once años. Y tenía la mejilla abierta por un sable.

—¿Qué pasará, madre?

—No lo sé. Sólo oí otra vez silbar así la sirena. fue una noche que se incendió la capa.

—¿Y la apagaron?

—Tuvieron que bajar los hombres a tapiar las galerías. Tardaron tres días en ahogar el fuego.

—¿Cuándo vendrá padre?

Mi pregunta parecía arrastrar el lastre de una nostalgia infinita.

* * *

La mina se estaba inundando. Una avería había paralizado las bombas y el agua comenzaba a anegar las galerías. Era preciso tabicar rápidamente algunas bocas y colocar bombas movidas a mano. Los técnicos electricistas repasaban nerviosamente los cables, los ingenieros tomaban medidas teóricas, ya que la mano de obra se resistía a secundarlos. La caldera, de siete metros de profundidad, se había desbordado, inundando parte de la última planta. La jaula había bajado a unos voluntarios, pero los huelguistas les obligaron a desistir. Contaban que eran verdaderos riachuelos los que corrían por las entrañas de la tierra.

El agua subía y subía y los hombres, alumbrados por las antorchas y la luna clara de julio, se mantenían alejados, reunidos en la explanada, discutiendo una decisión. La mina podía anegarse y los trabajos se paralizarían por largo tiempo; además de las grandes pérdidas que causaría el agua invadiendo las rampas, derrumbándolas, pudriría la madera, provocando nuevas quiebras. Ellos estaban dispuestos a bajar a la mina, a evitar la catástrofe. A cambio exigían la inmediata libertad de los presos.

Los enlaces iban y venían, las líneas telefónicas despertaron a propietarios y autoridades.

¡Se ahoga el Pozo!, ¡se ahoga el Pozo!

Aquello suponía una catástrofe para todos, para los mineros y los accionistas.

Los detenidos fueron puestos en libertad.

Inmediatamente los hombres del carbón entraron en la jaula y el artefacto de hierro y madera, golpeando furiosamente contra las guiaderas, como feliz de reanudar su misión, se abismó en la oscuridad. En el cuarto piso se detuvieron. Allí estaba el Bola, mojado hasta los tobillos, sacudido por su trágico «baile de San

Vito» y su vida agriada.

—¡Hola, cerdo!, ¿ya te pagaron?

—Si tu madre te hubiese parido en sangre, algo hubiese ganado el mundo.

Por las rampas de la tercera planta descendieron las mangueras. Absorbidas por las bombas colgantes, las aguas eran vertidas en las cunetas del piso superior, de donde las recogían las de la sala segunda. Grupos de mineros, mojados hasta el vientre, hasta el pecho en determinados sitios, construían compuertas, taponaban trozos de galería. Se revisaban los cables, las máquinas. La enorme boca del transversal fue tabicada con ladrillos y arcillas y reforzada con piedras y sacos de arena. Los técnicos esperaban que resistiese la presión del río subterráneo.

Tres horas después se había conseguido estancar la riada. A mediodía, los mecánicos, ya libre de agua la sala que contenía las enormes bombas, lograron poner en funcionamiento una de ellas, confiando en reparar pronto las restantes. Ahora sólo cabía esperar.

El sistema de desagüe debería estar un par de días trabajando a pleno rendimiento. Luego podrían reanudarse los trabajos.

La planta cuarta se había salvado.

* * *

Mi padre volvió a casa muy desmejorado, dominado por una desilusión absoluta, hundido en su propio fracaso. Tenía esa melancolía de las cosas que ya murieron definitivamente. Me daba pena verle, tan distinto de aquel que la noche de las antorchas pedía decisión a sus compañeros y hablaba de justicia. Había regresado más dulce, más bueno; sólo las señales de rabia en los ojos, ferozmente oscuros, como urdiendo —¡él, tan contrario a los métodos violentos!— pensamientos de sangre, le traicionaban. La señora Andrea me preguntó si le habían pegado y no pude contestar porque su hombre soltó una palabrota que nos asustó.

Inútilmente mi madre se esforzaba en animarle, en procurar que comiese. Junto a la ventana, con los ojos clavados en el Pozo, parecía estarse confesando. A veces, su rostro se animaba un instante, como sacudido por una alegría cruel; luego volvía a refugiarse en una sombría intimidad. Era la suya una pena desnuda, transparente.

—Padre, ya puedes volver al Pozo, ¿verdad?

—Sí, hijo, ya está todo arreglado.

—El señor Marcos está muy triste. Le dijo al Muecas que él tiene

la culpa de todo.

—No, él no la tiene. El señor Marcos lucha por nosotros. A veces se fracasa…

—Ya no me duele la cara, padre —me separé el vendaje para enseñarle la herida—. El Muecas está también ya curado.

—Tuvo mucha suerte.

—Ya lo sé… Padre, hasta que no tengáis caballos y sables no otra vez a la huelga, ¿verdad?

No contestó.

En adelante yo reiría menos. Ya empezaba a adivinarlo.

CAPÍTULO IV
LA VEGA

Los picos de la lejana cordillera se inflamaban con el sol descendiendo. Ya terminada la faena, las mujeres y los niños marchaban hacia la aldea. Los hombres del campo aún quedaban reunidos en cualquier altozano, mirando con regusto melancólico la vega que se ofrecía a sus pies, a las nubes plomizas y tristonas que sobrevolaban las tierras llanas; a los desparramados caseríos, sin otra comunicación entre ellos que los campos a medio segar. Como puentes de enramada, los abedules y los castaños temblaban con la agonía del día. Semejaban centinelas eternos, marcando límites de tierras y aguas. Ellos llevaban de la mano al río Vastión, que entraba encogido en el pueblo, donde ya alguna vieja asustada encendía el candil de aceite.

Gustaban los campesinos de contemplar la lejana cordillera, tras la cual el sol se ocultaba entre ardientes tonos de luz. Y la luna, aún desleída, galopando despacio hacia la aldea, alargando sus cuernos al poniente. En los tiempos de la siega, solía aparecer escoltada de una jauría de oscuros manchones que se desvanecían al platear la noche. Una neblina ligera como el tul, oliendo a mies, flotaba entonces sobre la vega, sobre el río, estrecho y hondo, discurriendo entre las viñas y los trigales a medio segar, entre la esmeralda de los prados y los nidos de los pájaros.

Los vientos entrechocados de la estación, plegándose en la paz del atardecer colgado aún de los manzanos y las acacias, acompañaban a los labriegos cuando regresaban al pueblo. En su umbral solían cruzarse con alguna silueta solitaria, inclinándose aún sobre el arado, tras la vaca cansada. Los ojos de las casas ponían una belleza inconcreta en la neblina crepuscular, bajo la luna cobrando ya fuerza. Algún perro ocioso la ladraba inútilmente, luego, buscando objetivos más próximos, levantaba el hocico hacia el campanario de la iglesia, desde el cual una cigüeña contemplaba

desdeñosa el mísero poblado de casuchas. A lo lejos se elevaba, soberbia, la mansión de don Andrés, el señor de la comarca.

Como en un sueño de vaguedades, la tenue ceniza del anochecer caía despacio, envuelto en algo muy parecido a la tristeza.

Una dulce paz se esparcía por el cielo a la hora del Ángelus.

Sobre la vega se desvanecía un silencio augusto recargado de aromas. Silencio en los hombres, paz en ellos.

* * *

Los hombres de la vega iban dispersándose por callejuelas sucias de estiércol. En los hogares les esperaba el pote de maíz, cocido con unas gotas de aceite y sal, y un trozo de pan. Rodeados de los suyos, comían en silencio, inclinando a veces la cabeza para seguir el vuelo de un ave nocturna o la aparición de la nube que hablaba del tiempo, blanqueando a lo lejos, junto a la luna en menguante que enredaba con ella.

Luego vendría el rato de charla en la plaza, sentados en los poyos que circundaban la fuente, chupando lentamente el cigarro, apagado casi siempre. Los viejos, parcos como la tierra que les vio nacer y que tan mal les trataba; los jóvenes, charlatanes, inquietos, ansiosos de vuelo por las noticias que llegaban de la cuenca minera, donde decían que los hombres ganaban un jornal diario. La lejana cordillera que tapiaba la vega del Vastión era frontera con el valle de Valhundido. Y mirando hacia ella, velada por la noche, solían correr los secretos suspiros de los ancianos y muchas ansias de los mozos. El tío Mañón, como un soberano indiscutible, presidía aquellas reuniones nocturnas.

El tío Mañón tenía solo dos hijos, Felisandro y Pedro, porque su Petra murió joven, de parto. Era ya viejo y andaba a trompicones, con mucha paz en los ojos y alguna esperanza en el corazón. El traje negro de raída pana, que parecía clavado con alfileres en su huesuda anatomía, sobre la piel color tabaco, contrastaba con el cabello blanco, cayéndole sobre el cogote arrugado y el cuello remendado de la camisa, de tres o cuatro colores.

Pasaba el día, y parte de la noche, con la mirada puesta en los campos trigueros, recorriendo las tierras cuadriculadas por las líneas de los surcos encontrándose; en el sol marchando y las estrellas viniendo. Y en la luna. El tío Mañón era un viejo amigo de la luna, sobre todo desde que sus manos dejaron de ser útiles al campo. Y de la vega, su mundo antiguo y de ahora, el único que conoció y donde, cuando se cansase de defender la vida, quería

terminar sus días como un buen cristiano. Conocía a los pájaros y a los perros, y con los hombres sostenía un diálogo que olía a tierra profunda, a nubes, a eternidad. Compañero inseparable del río, con el que las gentes decían que hablaba tanto como si estuviese loco, amaba dormirse en sus orillas, dulcemente, como en el regazo de una madre amante. En aquella tierra que tanto arañó y en la que tanto sudor dejó pegado, el tío Mañón era como un árbol más.

De sus cojeantes paseos regresaba con un haz de leña. Se decía así que aún servía para algo, y que, en la medida que le permitían sus tuerzas, pagaba el pan que le daban sus hijos. Resultaba menos amargo, aunque la madera sobrase en la vega.

Casiano, el gigante, era también un punto seguro en aquellas reuniones. De gran estatura, tieso como un roble, el rostro enjuto y curtido por el sol y las lluvias, tenía el cabello negro y manso, la mirada franca y valiente. Durante la mayor parte del año iba descalzo; los domingos cubría sus pies con unas alpargatas blancas, subidas las cuerdas hasta media pierna. No vestía otra cosa que unos pantalones descoloridos, de color indefinido, y una camisa remendada y siempre abierta, dejando ver un pecho de atleta. Su espléndida vitalidad contrastaba violentamente con el viejo Mañón, siempre con aspecto de fatiga, como empujado a palo limpio a través del tiempo. La encarnadura de Casiano, sana y limpia, parecía insultar a la del anciano. Componían algo así como dos testimonios: el del pasado y el de la virilidad.

* * *

Don Antonio, el ya ex contable del señorito Andrés —despedido días antes por «perturbador»—, solía acudir a la tertulia de vez en cuando. En ella, con voz igual y convencida, explayaba sus ideas sobre el campo y la sociedad. Hablaba de explotadores y explotados, de hartos y hambrientos, de la reforma agraria que quitaría las tierras a los parásitos feudales. Combatía la «legalidad» que estaba hecha por y para los ricos y aseguraba que el primer paso a dar debería tender a establecer una verdadera legalidad que no estuviese basada en el fraude y la fuerza.

—Hablan de libertad, de humanidad, de caridad, de todo menos de que la tierra debe ser para quien la trabaja. Si a alguien se le ocurre decir esto le gritan: ¡Violador de la propiedad!, y piden «orden», más «orden», que ellos traducen por más guardias. Se encariñaron con una libertad que les permite avasallar y con la que hay que terminar, como con su «legalidad». Hay que dar a todos

oportunidad de vivir dignamente; luego, si sobra algo, que se compren palacios y caballos de pura sangre, ¡pero después, no antes! ¿Cómo podéis creer que es justo que todo esto —señaló al semicírculo de horizonte— sea de un hombre solo, cuando una aldea entera se pudre en una miseria irremediable? Aquí os persigue el hambre desde que nacéis; aquí, en esta sociedad en que vivís, no se os permite la menor esperanza de redimiros. La sangre de millares de hombres como vosotros está concentrada en un coche, en el oro de sus candelabros, en las joyas que lucen sus mujeres y sus queridas; es decir, solo vinisteis al mundo para hacer posible estos lujosos insultantes. Coméis, dormís y no os dejaron aprender a leer…; estáis cegados por la necesidad, como vuestro amo lo está por la conservación de sus privilegios, cegados hasta tal punto que encontráis natural que vuestros hijos no estén alimentados, que mueran por falta de médicos y cuidados, que no tengáis nada propio, que nunca lo tuvisteis, que nunca lo tendréis. Os habéis preguntado alguna vez ¿por qué nos apartan?, ¿por qué existe el hambre sí en el mundo hay para todos? Sin quererlo os embrutecéis con esta vida que os han impuesto. Parecéis cautivos de cualquier guerra perdida, cuando en realidad sois los trabajadores los que movéis y conserváis el mundo, con todos los gandules que en él vegetan. Es necesario hacer algo que cambie este estado de cosas: negar el derecho de un hombre a tener centenares de hectáreas sin cultivar; negar el derecho a arrendar la tierra, porque ésta no es instrumento de renta, sino de producción. No se puede permitir que el amo se acerque a vosotros una vez al año para recoger el fruto de vuestro esfuerzo, indiferente a la miseria en que os deja.

—Hay que entregar la tierra al campesino —repetía machaconamente— al que la trabaja. Si es necesario pagar algo, que el Estado ayude, como hasta ahora les ayuda a ellos a mantener sus privilegios. Mientras sigáis sin saber leer, mientras sigáis saliendo al amanecer a buscar el pan incierto de cada día y debáis encontrar un dueño que alquile vuestros brazos, mientras no haya un mínimo de seguridad social garantizado, el nombre será igual que la oveja… ¿Cuántos millares de hectáreas estériles usadas para cotos de caza ¡o ni siquiera eso!, hay en el país…? Bien podríais vivir todos dignamente y un día viviréis. Aunque tengáis que permitir a los ricos que coman a vuestro lado…

* * *

Envejecido prematuramente, los ojos muy abiertos, queriendo verlo todo antes de que fuese demasiado tarde, allí acudía Tomás, el ex-barrenista atacado de silicosis, huido del valle en busca de un clima más benigno para sus pulmones. Pelo cano, escaso, cejas medio despobladas, bajo las cuales los ojos se hundían en la carne arrugada. Su tez amarillenta, de hombre casi nacido y vivido en las profundidades de la mina, no compaginaba bien con los rostros curtidos de los campesinos.

—Huele a muerto —bromeaban a costa de su palidez.

Y el tío Mañón añadía que era el castigo que Dios daba a los que sacaban de la naturaleza aquello que Él escondió. Tomás, cuando llegó a la vega, donde un pariente de su ayudante le alquiló un chamizo, no fue bien recibido. Era un hombre de la mina, de un mundo distinto, extraño, donde había huelgas y muertos. Luego las cosas fueron cambiando; llegó a ser uno más. Sin embargo, su carácter retraído, pese a las reuniones nocturnas, le mantenían apartado en cualquier rincón de la llanura, o resguardado a la sombra de alguna tapia, como esos niños silenciosos y solos. Tomás, al igual que sus amigos los labriegos, había tratado mucho con la necesidad. Además, conocía el soplo de los ácidos y los gases, un peligro al que día a día debió enfrentar entrando en el Pozo dispuesto a todo. Allí se moría o de allí había que irse muy lejos, donde hubiese sol y aire. La enfermedad ponía en el corazón de Tomás mucho desánimo, una tristeza casi infantil. En sus imprecisos sueños, no era el menos frecuente el que acariciaba una muerte en paz entre aquellas buenas gentes de la vega. Tomás sentía nostalgia de la mina y un secreto horror hacia ella; se ahogaba en múltiples sentimientos, sin fuerza ni brío, mediatizados por su extraña soledad sin remedio, por su suerte, tan exacta y duramente reglamentada por el destino. La llamada de los suyos, del valle, de la tragedia transmitida de mano en mano, como una codiciosa herencia; el dramático relevo de personajes… Su vida dejada atrás llegaba a él con un regusto nuevo. La voz de su mujer muerta, a la que ahora reconocía que no había querido todo lo que se merecía; la taberna, donde tantas cosas se olvidaban, naufragando en unos vasos de vino la sensación de vivir de prestado…

Poco a poco los campesinos habían ido buscando la compañía del ex barrenista porque éste contaba cosas de un mundo desconocido y atemorizador. En las largas veladas nocturnas les hablaba del reino del grisú, de las capas de carbón y de los hombres que lo arrancaban; les describía los pozos y las bocaminas, los sistemas de ventilación y arrastre; las rampas verticales de seis

metros de anchura, que asustaban al más templado, y las sobreguías de 0,40, donde un hombre se asfixiaba, hostigado por el esfuerzo, el polvillo y la estrechez. En aquellos sitios, escondidos entre la hulla, era donde trabajaban los picadores. Los de su oficio, los barrenistas, eran los encargados de avanzar la galería. Dinamitaban la roca, recogían los escombros y colocaban un «cuadro», sujetando así metro y medio más de galería. La conservación del maderamen o conjunto de «cuadros» que armaban el túnel, corría a cargo de los entibadores, los hombres del hacha y los troncos. Los camineros tenían por misión el tendido de vías y los tuberos todo lo relacionado con la conducción de aire. Hablaba de los caballistas —aunque generalmente se usaban mulas— y de su incesante ir y venir trayendo maderas y llevándose escombros y carbón; de los tableristas, del hombre del tractor y de los maquinistas de la sala de extracción; del encargado de puertas y de los responsables de las bombas que expulsaban a la superficie verdaderos ríos subterráneos.

El minero Tomás se refería después a los accidentes y las dolencias provocadas por la mina. Al grisú, que tantos muertos había causado; a las quiebras, al «veneno de perros» y a los gases ligeros; al «agobio», a la sílice y a la antracosis; a la vida de los hombres sin sol, a la producción, a los salarios, a las huelgas, para terminar centrando la conversación en los dinamiteros, en su oficio.

—Se barrena, se dinamita, se cargan escombros. Y al día siguiente vuelta a empezar… El mundo es tan grande ahí abajo —concluía con una mueca que quería ser una sonrisa— que no acabaremos nunca de recorrerle.

* * *

Allá, a la plazoleta sin luz, acudían también Juanito Juan, Felisandro, Casimiro, López, «El Tuerto»…, eran muchos los que formaban el abultado corro, hablando de cosas suyas, fumando, viendo cómo la noche se movía lentamente, borrando campos y arboleda, abriendo la puerta grande de las estrellas. Bajo aquel inmenso anfiteatro, se agitaba el pequeño mundo de humildes campesinos, presididos por los viejos de la aldea, por el viejo Mañón, el de los graves silencios y las sesudas sentencias.

—¡Por Apis! El sueño amaga…

Con su exclamación favorita solía poner fin a la velada.

* * *

Los burros eran aparejados cuando el horizonte, fatigado, iba abriéndose paso con una suavidad buena y dulce. El amanecer era entonces una soledad descarnada, en la que las débiles luces de las chozas, diseminadas por las cortas laderas y el remanso de la llanada, clavaban una nota supersticiosa. La tierra tomaba después una tonalidad lechosa, arropando las parcelas verdes, muchas encinas y bosques de castaños.

La lejanía comenzaba a aclararse con tonos plomizos, luego iban tomándose violáceos porque al otro lado de la tierra el sol comenzaba a desperezarse. Para entonces los hombres de la tierra ya llegaban a los trigales y a las tierras rojizas, color de vientre fecundo. Llegaban todos. Y ellas, y los niños. La siega era una de las pocas bendiciones de la vega y había que recoger jornales para los tiempos de paro. El trabajo comenzaba entre débiles cánticos, como expulsando la añoranza dulce que todos llevaban en el corazón. Luego, las coplas iban subiendo de tono y saltaban de una hilera de espigas a otra, sobre las que se afanaban parejas de segadores. Los encargados de amontonar la mies y transportarla en carros eran Casiano, el gigante, y Juanito Juan. Descalzos, pisando la tierra humedecida por el rocío de la aurora, luego ardiendo con el sol de julio, iban y venían incansables. Casiano cantaba siempre, aun cuando los demás callaban ya vencidos por el esfuerzo. Se acompañaba, cuando se permitía un pequeño descanso, con un plato descascarillado sobre el que golpeaba un chinarro. Juanito Juan le secundaba desde lejos, llevándose la mano a la boca, a modo de trompeta. Y otra vez a la faena, a doblar el espinazo, al acarreo.

Los brazos fuertes y diestros de los segadores iban transformando la llanada de oro, abriendo en su cuerpo de pan enormes claros sobre los que se inclinaban los chiquillos recogiendo las espigas caídas.

Chirriaban los carros, perdiéndose repletos de trigo por el camino; gozaban las gentes de la vega ante tanta riqueza pasando por sus manos, sólo pasando…

A media mañana hacían un alto para almorzar. Debajo de algún castaño o chaparro las mujeres ya les esperaban. Del zurrón iban sacando, depositándolo sobre el mandil extendido, la hogaza y una cacerola donde se mezclaban trozos de tortilla, aceitunas, maíz y curruscos mojados en vinagre. Sedientos y sudorosos los hombres de la hoz descansaban unos instantes, esperando pacientes que el botijo siguiese la ronda. Luego comenzaban a comer, en silencio

A medida que el hambre iba pasando y el sudor era secado por

el viento, se hacían más locuaces. Casiano y Felisandro solían sentarse juntos. El primero, remangados los pantalones por la rodilla y un manojo de hojas en la copa rota del sombrero de paja, tenía algo de héroe mitológico. Felisandro, el hijo del tío Mañón, cara delgada, ojos pardos, con algo sonámbulo en la mirada, se asemejaba a su padre. Los brazos caídos, doblado el espinazo por la siega, vendimia y privaciones. Tenía treinta y cinco años y aparentaba bastantes más. Era menguado de carnes, con un algo de bestia resignada en sus palabras, que salían envueltas en una amargura no patética, pero sí muy honda, siempre reflejada en la boca, ancha y roja, de dientes bien unidos y ennegrecidos por las aguas.

—Padre, ¿quieres un pedazo más de tortilla? —le ofreció Selva, su hija.

—Si hay…

—Estoy harto de sembrar y segar, segar y sembrar y siempre viendo si hay… —dijo Casiano, mientras se limpiaba los dientes con una ramita, los ojos fijos en la llanura, incendiada por el sol amarillo.

—¿Qué vas hacer? Mientras no falte un…

—Un pedazo de pan y castañas y bellotas, ¡que lo coman los cerdos!

—Antes no hablabas así, Casiano. Este minero te calentó la cabeza —protestó Felisandro sin gran convicción.

A él no le debió de ir tan bien cuando tuvo que venir aquí a curarse —intervino Juana, la mujer de Felisandro.

Volvía el tema que desde hacía meses inquietaba a los mozos de la vega.

A los cincuenta años cualquiera está enfermo; mientras tanto, un jornal diario y un trago de vino a tiempo.

—A cambio del sol y la salud. Ya dice el minero Tomás cómo viven los mineros.

—¡Pues mira nosotros! Te digo, Felisandro, que si quieres tener un día algo hay que echarse a la mina.

—Tú puedes, Casiano, pero yo tengo diez años más que tú y me pesan las arrugas. El campo come mucho.

—Tú eres soltero, Casiano —insistió Juana.

—Yo no quiero ir a la cuenca, padre —se quejó Selva—. Dicen que los mineros son malos.

La hija de Felisandro dejó vagar la mirada, entre temerosa y soñadora, hacia la cordillera, tras la cual estaba el mundo desconocido y hosco de la minería. Sus grandes ojos, negros y

rasgados, defendidos por largas pestañas, tenían ya algo de mujer. Era la suya una belleza prometedora, tras aquellas piernas flacas y la debilísima forma de unos pechos que empezaban a despuntar. Esbelta y ágil, lucía un cabello oscuro, larguísimo y recogido en bien trenzadas coletas que le llegaban hasta la cintura. Los brazos, al desnudo, estaban tan tostados como su rostro, animado por un algo irónico o travieso.

Felisandro guardaba silencio.

—Además, si nos vamos, el señorito Andrés se llevará una rabieta —dijo al fin.

—¡Claro! y por eso tenemos que rabiar nosotros, ¡que reviente! Hay que vivir donde se pueda vivir y aquí ya ves, ¡ni siquiera nos enseñaron a leer!

—Llevas mucho tiempo hablando de la mina, Casiano —volvió a intervenir la mujer—, y creo que no te decides y haces bien. Ya ves lo que dicen, que está aquello muy revuelto.

—No quiero irme solo. Juanito Juan quiere venir conmigo, pero aún lo duda. Y yo… llegar solo, un campesino, entre esas gentes…

—Tú puedes dormir en esos dormitorios colectivos que dice el minero Tomás, ¿pero dónde meto yo a Juana y a mi Selva?

—Otros han construido una choza en unas semanas. Yo te ayudaría.

—Me cuesta dejar la tierra, Casiano, la llevo muy adentro.

—Si vas a la mina, más dentro te llevará ella a ti —repuso el gigante intentando sonreír.

—Allí lo único —seguía Felisandro dando vueltas a la cabeza—, que pagan más. Y que mi Selva podría crecer mejor.

—¡Allí se mata la gente, Felisandro! —avisó su mujer— y no ven el sol y enferman. Mira el minero Tomás. ¡Parece que no le entendéis cuando habla!

—Sí lo entendemos, pero también entendemos que aquí trabajamos de sol a sol, y lo que es peor, sólo unos meses al año. ¡El resto a por bellotas que nos deja coger el señorito Andrés! Yo quiero saber lo que es un jornal diario, aunque sepa a carbón.

—Ya se arreglará, Casiano…

—La tierra la trabajamos, pero nunca nos dijeron que era algo nuestro. D. Antonio tiene razón. ¡Algún día! Si pudiésemos plantar un viñedo o echar una vaca al monte… Alguien anda por ahí hablando de eso de reforma agraria y de repartir la tierra. Pero ya ves, el huerto que tenía López se lo tuvo que vender al señorito Andrés cuando lo de su hija… ¡repartir!

—Me daría mucha pena que todos nos fuésemos y el campo

quedase sin brazos para abrir surcos y recoger la sementera —meditaba Felisandro en voz alta.

—¡Más pena da ver que echas la cuenta y gana toda la familia, unos meses con otros, veintidós duros! No ves esas laderas —señaló al frente—, son terreno baldío. Ni las labran ni dejan que lo hagamos. Echan cuatro cabras y todos contentos.

—Cuando estés metido en esos agujeros que hacen en la tierra —seguía oponiéndose Juana— y no veas estos trigales ni huelas la vega que te vio nacer, verás cómo quieres volver.

—¡Qué trigales ni olor a tierra!, si ni siquiera tienes unas gotas de aceite para hacer una pota de maíz. ¡La tierra sólo da miseria!, ¿no lo veis?

—Pero no es culpa de ella, ella nunca engaña. Es como el vientre de una mujer que pare todos los años. Hay que saber ararla.

—¿Y para qué quieres que sea fecunda si no la puedes tocar? Ellos, que vienen una vez al año a recoger las perras, sí que la tocan, ¡y bien!

—Algún día podremos cavar nuestra parcela, verás cómo sí, Casiano —seguía Felisandro terco, con voz velada por una esperanza tantas veces frustrada.

—¡Y dale con algún día!… ¡hay que enfrentar las cosas de una vez, Felisandro! Es de chicos vivir con la ilusión a la espalda. ¡Hay que marcharse de aquí!

Casimiro y López, bajo la sombra del árbol vecino, les llamaban. Los campesinos se pusieron en pie y volvieron a la faena. Otra vez sus carnes sudorosas, oprimidas por el aire caliente y pegajoso. Se encorvaron, la hoz en la mano derecha, apretando la brazada contra el pecho, dejando atrás centelleantes haces de oro.

Su vida no tenía demasiadas vueltas, quizá tan sólo una: la resignación, transmitida también —como la minera— de mano en mano. La tierra pedía surco para el grano nuevo, ellos le arrojaban; la mimaban segaban año tras año los espléndidos retoños, ¿y qué? La vega les vería caer exhaustos; otros vendrían, nada cambiaría. El señorito Andrés era hijo del señorito Melquíades; el campesino Felisandro, del campesino Mañón. Todos debían ser fieles a la historia de sus huesos. Así estaba escrito.

Sólo en los mozos brotaba una llama juvenil que amenazaba romper con la tradición. A los Felisandros les sería imposible. Eran viejos antes de tiempo, incapaces de soñar con futuros que creían imposibles. Eso quedaba para otros. Pero los Casianos verían alzarse tantos obstáculos ante ellos, que muchos claudicarían.

La vida de aquellos campesinos era un árbol, parecido al de la

mina, la soñada, que el viento azotaba demasiado. Y como el árbol, tenía raíces en la tierra y tierra en el corazón, que les pesaba y agotaba, cerrándoles toda posibilidad de emanciparse.

En su paz humillada, en las auroras y los crepúsculos, ante la pota de maíz y la charla en torno a la fuente, tendrían que hallar todo lo que la vida podía ofrecerles. Además, ¿adónde iban ellos sin saber leer, incapaces de otra cosa que no fuese manejar el arado y vendimiar las cepas?

Por el momento podía olvidarse la tentación de emigrar. Eran buenos aquellos días, los de la siega. Había tanta alegría en la vega, que el señorito Andrés, que venía a controlar sus finanzas, llegaba incluso a descabalgar para preguntarles por la familia. Los sábados, pese al cansancio, Felisandro tocaba la gaita y los mozos bailaban con los pies descalzos, sobre la tierra a medio pelar, generosa e ingrata, hecha surcos.

Cuando el atardecer terminaba de perder sus tonos tristes y caprichosos, convirtiéndose en sombra, regresaban, los ojos brillantes, cantando, las gentes de la vega.

* * *

Por la noche, en los cabildeos en torno a la fuente, el tiempo, el campo y los animales eran tema obligado de conversación. Sin embargo, en los últimos días la noticia de que la cuenca minera estaba revuelta y que los guardias habían matado a tres huelguistas, sobresaltaba el sereno discurrir de los campesinos.

Felisandro era uno de los más impresionados por las noticias que trajo el cartero. No se había vuelto a preocupar por las lluvias o las semillas; ni por lo gordo que estaba el burro «Resoplido» o la desgracia de Casimiro, a quien se le había despeñado la «Paquirra», una vaca que tenía en arriendo, ahora que iba a parir para San Blas. Convertida su memoria en una caja de ecos, en las largas horas de vigilia le iban siendo devueltas las conversaciones mantenidas bajo las estrellas. Felisandro, inconsciente, tan secretamente que hasta él mismo lo ignoraba, ansiaba la posibilidad de dejar la tierra, de marchar lejos, aunque fuese a la mina, donde decían que había huelgas y muertos. Una aspiración que procuraba borrar diciéndose todo lo contrario, aunque la sintiese muy honda, dormitando dentro de él…

«Casiano tiene razón, ¡basta de hambre! Sí, la vida en la vega es ruin… Pero por lo menos tenemos un currusco y sol. Allá, en la mina, el viento trae dinero, pero el mismo viento se lo lleva, según

dice el minero Tomás. Y además, si caes enfermo te tiran a la calle como si fueses agua sucia. Aquí, al menos, si ocurre una desgracia, castañas y bellotas no faltan. Y con esto no se muere nadie. Se les enseña a los chicos a sembrar y cosechar, se hace un pan y en paz se lo comen. En todas partes los pobres tienen que lavarse con sudor. Y allá eso de las quiebras, del grisú ¡y tanta topera! Claro que, por no ver a Juana y a mi Selva así, soy capaz de irme; venga de donde venga el viento, peor no será. Y si marcho a la mina y el susto no me deja entrar… ¡Luego en casa cenaría reproches! Se gana más pero se gasta más y siempre se está igual. De todas maneras, hay que caminar la vida por nuevos senderos. Esta vega la araron mis abuelos, mi padre, yo ¡y nada es nuestro! Ya que la trabajamos nosotros, podía ser de todos. Claro que también los abuelos del señorito Andrés la compraron y se preocuparon de ella. ¡Ja!, ¡ja!, mira que decir don Antonio que a lo mejor la heredaron de uno que ayudó a cagar a un príncipe… ¿Y el administrador? ¡Eso de que no sea más un «mandao» y pueda arrancarnos el real! Y hay que callarse… Tener la necesidad en la boca es mala cosa… Irse de la vega, nosotros que somos mitad árbol, mitad hombre… Y si nos vamos y cualquier día morimos… ¡bah!, más serio que la muerte es la vida; yo acabaré en cualquier parte lo mismo que aquí. Lo malo es que con eso de que somos campesinos nos tratarán como quieran. Esos mineros… Además, los que mandan parece muchas veces que se están vengando de algo. Son unos tiranillos, cuando no unos zoquetes, según dice Tomás, y tiene razón. Con nosotros serán aún peor. La vida es una casa de rencores, porque la enfermedad la llevamos en el cuerpo, ¡eso es!, la llevamos dentro. De todas maneras, aquello será como en todos sitios, si vas bien con tu tarea, luego pones una velita y andas en paz con Dios y contigo. Es difícil dejar de ser pobres, pero nuestra pobreza es limpia, no como la riqueza del señorito Andrés… ¡Bah!, ¡peor para él! Algún día vendrá alguien a dar a cada uno lo suyo, sonará la gaita, se pondrán los huesos firmes ¡y zurriagazo va y viene! ¡Ja!, ¡ja!, me gustaría verle desnudo el día del Juicio Final… Hay que andar de prisa por la vida, dice el minero Tomás; el mundo, aunque lo parezca, no está en el mismo sitio, y nunca sobran las huelgas ni los hombres echados para adelante que estropeen la digestión de los burgueses… Yo, con que me dejen trabajar en paz… Si pudiese hacerlo en la vega… No, aquí no; habrá que cruzar ríos y valles; luego a lo mejor se cae en otro sitio igual de desnudo y desarmado ¿y para eso volver todo boca abajo? El señor cura habla de resignación, pero viviendo de esta manera es difícil tenerla… bueno, yo sí… ¿Por qué

no le dice al señorito Andrés que nos dé algo de lo que le sobra? Seguro que él no suelta un real, menudo es… Ni para la escuela, que no quiso que la pusiesen.»

La noche brillaba alta y muy clara. A lo lejos, una nube estrecha y larguísima cortaba el cielo como un cuchillo de tres filos.

Aquella imagen cambió el hilo de sus pensamientos. Recordó la noche anterior cuando Tomás estuvo más de dos horas hablando de un minero llamado Vitelón.

«¡Ese sí que es decidido! Cuando los palos de la huelga va y se sube a un caballo y venga a dar leña, ¡ja!, ¡ja!, ¡vaya hombre! Es uno de los mejores picadores y ha tenido que darse a la fuga. Nadie sabe dónde está ¿Dónde aguantará tanto tiempo escondido? Tomás dice que por la cuenca se rumorea que se le apareció a un guardia por la noche y que unos días antes encontraron un oso muerto, con un cartel que decía: "¡Haré lo mismo con todos los vagos del uniforme!" ¡Vaya hombre! Si yo fuese así de decidido… El minero Tomás cree que logró refugiarse en la isla estéril del Pantano. Por lo menos le están esperando los guardias en la orilla. ¡Y el tal Gago…! ¡Otro con la misma cintura! Mira que Vitelón matar un oso con las manos y poner eso de hacer lo mismo con los vagos del uniforme… ¡vaya hombre!».

Felisandro clavaba los ojos en la nube blanca y afiladísima. Mirándola, repasaba su ansia fracasada de ser hombre de acción, el sueño nunca antes despertado de dejar de ser pasivo y resignado, de revolverse contra el único mundo que conocía, y que empezaba a encontrar injusto, irritante.

—Vitelón, mira que… ¡vaya hombre!

Felisandro se quedó dormido.

* * *

Felisandro oyó que golpeaban suavemente la puerta. Le extrañó. Era ya muy tarde y la gente de la vega se recogía a buena hora para levantarse antes de que se fuese la luna. Se puso los pantalones y respondiendo algo ininteligible a la pregunta de su mujer, encendió el candil. Dirigiéndose a la entrada, tomó la tranca que sujetaba la puerta y sin descorrerla gritó:

—¿Quién anda en la noche?

—Soy yo, Felisandro, el minero Tomás.

Corrió el tablón y, amarillentas por la llama del candil de aceite, descubrió las siluetas de dos hombres. Al ver junto a Tomás un forastero, se adelantó desconfiado, levantando la luz.

—Es un amigo, Felisandro. ¿Nos invitas a un trago? Queremos hablar contigo.

—Sea quien sea, contigo es bien recibido. Pasar.

Entraron en la cocina; el campesino les invitó a sentarse. Trajo una jarra de vino y mientras servía, mirando al desconocido, le preguntó, aún receloso.

—¿Viene de lejos?

—Sí, de lejos —repuso Tomás por él—. Tuvo que darse una caminata buena.

—Entonces un cacho pan y un pedazo de magro no le vendrá mal.

—Gracias, amigo…

Felisandro se subió al taburete y cortó el pedazo de tocino que colgaba de una cuerda. Se lo ofreció al visitante, y éste, sin grandes ceremonias, comenzó a comer.

—Escucha, Felisandro —habló pausado el minero, midiendo las palabras—. Es un buen amigo mío, de la cuenca; ¿sabes? Tuvo sus líos cuando la huelga y debió escapar al monte. Lleva así una temporada y no sabe dónde ir. Se llama Vitelón, ya me oíste hablar de él.

Los ojos de Felisandro se encendieron un instante. Luego bajó la cabeza.

—Sigue, Tomás.

—Vino a verme a mí, pero ya sabes que estoy en casa ajena. Había pensado que podía quedarse en la tuya, que es grande. Lo de comer ya lo arreglaríamos.

—¿Y los guardias?

Las pupilas de Vitelón brillaron en un chisporroteo agresivo.

—Creo que eso no debe preocuparte. En el pueblo tú estás bien considerado y nada tiene de particular que para la recolección venga un primo tuyo de la otra vega. Tiene buenos brazos y no será una carga para nadie.

—¿Hablaste con mi padre?

—No, es tarde ya. Además, eres tú, Felisandro, no tu padre.

—Ya lo sé —repuso preocupado—. Mal asunto. Tú sabes que con los del fusil hay que estar a echar un trago, si no te toman entre ojos y te hacen la vida mala.

—Se trata de ayudar a un hombre, Felisandro —dijo el barrenista poniéndose en pie—. Piénsalo pronto; tenemos aún tiempo de ir a casa del Tuerto.

El labriego miraba atentamente a Vitelón, quien, ausente de la conversación, devoraba el tocino y el enorme trozo de pan que le

ofreció el labriego.

«Este hombre tiene hambre» —se dijo Felisandro.

—Está bien, Tomás. Que se quede. Mañana veremos cómo lo arreglamos.

—Gracias, Felisandro. Estaba seguro que le admitirías. Entre hombres no es difícil entenderse.

—Voy a prepararle un poco de paja en el cuarto de los aperos —repuso el campesino levantándose—. Otra cosa no puedo ofrecerle, forastero.

—Está cansado y dormirá como un tronco, ¿es así, Vitelón?

El aludido asintió con la cabeza.

—Le llamaremos Paco, ¿le parece? —propuso Felisandro.

Poco después el picador caía sobre el tosco lecho. No tuvo mucho tiempo de pensar en el nuevo giro que había dado a su vida de fugitivo.

—Veremos mañana…

Tomás tenía razón. El sueño se desplomó sobre él.

* * *

Abrió los ojos porque le zarandeaban. El amanecer del nuevo día entraba sin fuerza por la ventana, asomándose con la luna, un poco triste y sucia de nubes. Una vaga inquietud se apoderó de Vitelón al tropezar sus ojos con la figura encorvada del campesino. Ya en pie, adivinó a lo lejos la línea confusa de unas serranías y se acordó del Valle con nostalgia. El pueblo aún dormía, si bien algunas siluetas borrosas se movían por sus callejuelas. Pasó un carro tirado por una pareja de bueyes y oyó un juramento. En el alto cielo planeaba un buitre madrugador y lo tomó por mal presagio. Quizá hubiese sido preferible seguir errando por los picos; al menos era libre y podía defenderse. El campo liso, la llanada sin fin, increíblemente silenciosa bajo la templada madrugada, le produjo un extraño escalofrío que palpitó en sus venas… ¡Malditas huelgas!, ¡malditos guardias!, ¡malditos ricachos!

Oyó que le llamaban y fue hacia la cocina. Felisandro comía un tomate y una mujer barría el suelo empedrado con una escoba de ramas.

—Buenos días… —saludó cohibido.

—Buenos días nos dé Dios —repuso la mujer, sin suspender la tarea.

—Juana, este señor es Paco. Habrá que decir que es un pariente nuestro de la vega baja. Así le haremos trabajar.

—Que sea en paz de Dios… ¿Quiere tomate, señor Paco, o prefiere gachas?

—Tomate…, lo que coma su marido.

—Siéntese —le invitó éste—. Aquí tenemos la costumbre de comer poco por la amanecida. Luego las mujeres nos dan a media mañana algo más sustancioso.

La hija de Felisandro entró en la cocina, aún con sueño en los ojos, restregándose las legañas.

—Buenos días… ¡uy!

—Es el señor Paco, medio pariente nuestro, que llegó de la vega baja —explicó el labriego—. Viene a ganarse un jornal por la siega.

—¡Qué grande es, padre! —exclamó la muchacha, sonriendo al gigante.

A Vitelón le gustó la sonrisa de la chiquilla y empezó a sentirse menos incómodo.

—¿Cuántos años tienes, muñequita?

—Diez y el año que viene hago once, ¿y usted?

—Algo así como dos veces y media los que tú.

—Es muy grande, ¿verdad, padre? ¡Casi tanto como Casiano!

Fuera se oyó un prolongado ¡sooo! y un hombre, quitándose la gorra, entró en la cocina. Más bien alto, cabellos negrísimos y tez cetrina. Los ojos oscuros, un poco más que las venas, anchas, dibujadas en sus brazos musculosos. En sus labios, quieta, una sonrisa que parecía de suficiencia, como si su dueño estuviese más allá de las cosas o las comprendiese todas. Apoyándose en la vara, quedó plantado en el centro de la estancia. Semejaba un animal noble, confiado en su fuerza y su astucia.

Manifestando una gran extrañeza, Vitelón se puso lentamente en pie, acercándose al recién llegado.

—Perdone…, ¿usted no tiene algún hermano o pariente en… vamos, fuera de este pueblo?

—Es Paco… viene de la vega baja —le presentó Felisandro, interrumpiendo el desayuno—. Este es mi primo Juanito Juan… ¿Pasa algo, Paco?

—No, nada… ¡qué parece cosa de brujas! Se diría que le hicieron con el mismo molde que a Landa, un amigo mío de la… vega baja.

—¡Eh!, puede ser —bromeó Juanito Juan, ya entrando en confianza—. A veces les da a los padres por ir de aquí «p'allá» y nadie sabe dónde dejan la puesta.

—Echa un trago, Juanito Juan —le invitó su primo.

«Juanito Juan —se repetía Vitelón— ¡vaya nombre retorcido!

¡Parecen dos quesos hechos con la misma leche!».

Afuera cedía el ímpetu del amanecer, empezando a desvanecerse la divina geografía de las estrellas. La luna, siempre perezosa, aún seguía en el alto cielo, mirando lasciva al sol, desperezándose ya en el centro del mundo. El aire de julio, quieto y sensual, parecía envolver la aldea, llamando a las puertas.

Los hombres comenzaban a marchar hacia la vega, donde les esperaba la línea alta de la mies, pletórica, como las ubres olvidadas de una vaca ansiosa de la mano amiga.

CAPÍTULO V
GRISÚ

Cuando se reanudó el trabajo —y con objeto de pasar el trecho grisuoso y reforzar las bóvedas resquebrajadas por el gas—, trasladaron al Pozo medio centenar de trabajadores pertenecientes a los Grupos de montaña. Tantas lámparas había en la cuarta planta, que la mina parecía distinta. Discurrían los trenes abarrotados de seres negros, semidesnudos, cansados; de raíles, maderas, tubos; chirriando, tragados por la galería, como engullendo lombrices. Las parejas de entibadores se apartaban, reaparecían un instante después, ansiosos de seguir cavando balsas, cabecear mampostas, de sostener los techos, presionando, crujiendo. Jadeaban, a gritos se llamaban, se daban órdenes y nadie oía nada. La piel al aire, lavados con sudor, en la boca una asquerosa mescolanza de polvillo y saliva. Terminaban de apuntalar una quiebra y corrían cincuenta metros más adelante, bajo otro inminente desplome. La huelga, y la inundación después, habían reblandecido las entrañas de la tierra, herido la entibación. Centenares de postes sustituían a los reventados por el peso de las rocas encajantes, por los enormes costeros, dos y tres veces embastonados y siempre a punto de desprenderse. Entre retumbes que sobrecogían el ánimo, la piedra escondida seguía rajándose; o saltaba en pedazos, empujada por la dinamita que manejaban los hombres del barreno, deseosos de dejar atrás la pesadilla de aquel tramo, de alargar lo que parecía un ataúd.

Mareados por tantos ruidos y sombras veloces, por el agitado centelleo de luces, los temerosos no se atrevían a comprobar las horas que estaban viviendo. Los más templados observaban la lámpara, asfixiándose en la atmósfera viciada, con ella daban golpes a los hastiales, que repercutían con un sonido hueco; con la llama a ras del suelo comprobaban la concentración de anhídrido carbónico, el «veneno de los perros», y, levantándola, recorrían el telón de

grisú aplastado contra el techo; metían la cabeza en los agujeros para oírle silbar, para sentir contra sus mejillas el soplo inocente que llevaba mil muertes en sus entrañas… El trabajo seguía. Trozos de galería se abrían por los costados como carnes podridas… Juramentos, palabrotas, hachazos… Semiinconscientes por el agotador esfuerzo, por aquel ritmo feroz, muchos caían derrengados. Llegaban relevos, hombres que poco después se tambaleaban, vencidos por el asfixiante calor y el esfuerzo. Pero seguían en el tajo, estorbándose, queriendo trabajar más aprisa, haciendo frente a todas las amenazas concentradas en el túnel.

«¡Vamos!, ¡vamos!» —gritaban sin palabras en aquella carrera contra el peligro, contra la muerte.

Había que sostener la bóveda y arrancar el carbón, que rellenar los enormes vacíos… entonces ¡podrían respirar!

Los que trabajaban en las rampas estaban aún peor. Sus lámparas, como un termómetro de vida, se cortaban en unos fuegos fatuos, ofreciendo resplandores mortecinos, verdeazulados. Un quince, un diecisiete por ciento de grisú, la red ardiendo. Cuando el metano lograba apagarla, el «valín» debía marchar al transversal, un kilómetro de galería, para poder encenderla sin peligro.

* * *

Landa seguía arriba, picando a ciegas, ansioso de escapar de una vez por todas de aquel cepo negro. El esfuerzo le vencía y bajaba a la galería, esperando que la manguera abierta clarificase la atmósfera, que los ventiladores extrajesen por sus tubos de cinc el aire envenenado por las emanaciones.

Regresaba al ambiente opresivo; las fuerzas se debilitaban, la mente perdía lucidez en un constante amago de desvanecimiento. Allí había que continuar, ¡querían carbón! Y el grisú se lo entregaba a toneladas, suelto, saltando a veces en bruscas explosiones. Los mineros ayudaban a ello, febriles, aproximándose y alejándose de aquel mineral envenenado. Era tanto el metano encerrado en las vetas, que constantemente debían cambiar la pica por una barrena y perforar, sondear la bolsada de grisú en una profundidad de cuatro metros, aliviando así la presión que sostenía la capa. Por los agujeros salía silbando el gas, el demonio impalpable siempre al acecho.

La rampa de Landa —donde Tobías no se pondría por nada del mundo— avanzaba con rapidez. Prácticamente, su trabajo se limitaba a postearla, ya desprendida la hulla por el metano. Los

largos troncos de pino o roble mantenían abierto el espacio dejado por el mineral, el abismo de piedras encajantes, alto como la distancia que separaba las dos plantas.

Agotado de palear y sostener las enormes mampostas, José Luis se movía a sus pies como un escarabajo negro. Landa sentía una infinita lástima por aquel niño de trece años, mezcla de condenado y titán, arrojado a la mina como un guiñapo. Cuando el trabajo los acercaba, descubría tanto miedo y súplica en sus ojos, que experimentaba un escalofrío. Muchas veces, en una visión inconcebible, se le aparecía transfigurado. Aquél era el rostro de su hijo, estremecido, horrorizada su alma de chiquillo. Un juramento sacudía sus labios, negros y secos. Se restregaba la boca, escupía un pegote de carbón y saliva y, rechinando los dientes, dejaba escapar palabras coléricas, llenas de amor:

—¡Vete de aquí! ¡No quiero verte en la rampa!

Él quedaba allí, jadeando, como una bestia ansiosa de lucha. Un bulto, una lucecita se perdía mampostas abajo, caía sobre el carbón que se deslizaba vertiginosamente, como si también él quisiera escapar del peligro.

* * *

… el mundo estalló.

El estruendo que se apoderó de las profundidades adquirió resonancias espantosas. El gas inflamado se estremeció con un alarido de terror. Hombres, bestias, rocas, troncos, vagones arrancados de los carriles, también encabritados… Una fuerza ciclópea había enloquecido súbitamente. La mina crujía, desarticulándose; trozos de ella, como casas, se agitaban en un delirio de fuerzas desbocadas. La montaña temblaba, las bóvedas se tambaleaban sobre los muertos, los hierros y la hulla, sobre el agua desatada. Los soportes de la planta entera se desplomaban como palillos, destrozando los macizos que la configuraban. Una infernal lengua de polvillo ardiendo corrió por pozos y coladeros, creando un caos de grisú y carnes achicharradas, de aullidos que no se oían. Desde los derribados encadenamientos de la entibación, de las guaridas abiertas en la intimidad de la montaña, saltaban monstruos y alaridos ¿humanos? La piedra, los hombres, el carbón, las bestias ¡todo se quejaba! Entre destellos inimaginables, la mina se transformaba, triturada por el flagelo de los gases dilatados con increíble potencia. Segundos, segundos…

En la contracción, la onda retomó como retoman los soldados

carniceros en busca de muertos que aún respiran. Llegó golpeando, bramando, martirizada por su propia ansia de destrucción; haciendo explotar las bolsas de grisú que escapaban por los recovecos y los coladeros mal cegados, provocando, aumentando los estragos en los circuitos de ventilación. Los hombres que lograron escapar del primer hachazo, se arrastraban horrorizados tras los montones de escombros; el nuevo ciclo derrumbaba lo que aún se mantenía en pie. Todo parecía arder en una dantesca mezcolanza; la respiración abrasaba las entrañas de seres y tinieblas, como estaba abrasando las de aquella inmensa quiebra que era la cuarta galería… En ella ya se movían legiones de fantasmas, medio en llamas, como desorientados.

Un silencio espeso, de muerte, turbado por ayes desgarradores y risas sarcásticas, por relinchos estremecedores, se desplomó sobre la mina.

Las llamas comenzaban a tostar carnes desvanecidas.

* * *

Una ola de humo, lenta, pesada: el pánico oscuro del anhídrido carbónico y el óxido de carbono que en ondulaciones sucesivas, como movidos por acordes misteriosos, iban apoderándose del poco oxígeno que quedaba en el túnel. El polvillo ardiendo y las maderas en llamas, cooperaban a ello. Y el carbón ya prendiéndose. La boca del infierno, un inmenso brasero velado por la humareda, era la galería, el ataúd donde se revolvían un centenar de condenados. El resplandor rojizo y negro del incendio ondulaba entre hombres y cascadas de agua, asfixiando a veces, ahogando otras. Alguien, aún con fuerzas, levantaba un madero… como un enorme escarabajo, lo que fue una figura humana se despegaba de la tierra, se alejaba a gatas, sin mirar hacía atrás. Los heridos, acurrucados, bañados en sangre, sollozaban; algunos reían enloquecidos, otros corrían, pisoteando muertos, hasta la próxima quiebra que les detenía. Allí se desplomaban sobre los escombros y el fuego, como un retorcido y sangriento manojo de huesos y pellejos.

Algunos se refugiaban en un rincón, disponiéndose a morir. Uno cantaba, arrancándose la piel quemada, como quien deshoja una flor. Sus labios, ya ausente el cerebro, chapoteaban entre polvo y sangre…

Aunque no lleva corona
ni tampoco ramo azahar

¿será que no podrá llevarla?
porque ya tara, tara, tara…

A su lado, un montón de pequeñas piedras se movían acompasadas. Debajo aún vivía un hombre. Más allá, de entre el carbón deshecho, fácilmente removible, surgía bruscamente un fantasma ciego, haciendo un extraño sonido con la garganta, abrasado, chorreando un sudor frío. Avanzaba unos metros, caía de bruces y comenzaba a roncar entre bocas abiertas, cabezas deshechas, labios y dientes tan grandes, tan salidos, que parecían de fiera, masticándose entre ellos. Intentaba hablar sin lograr proferir el menor sonido. Un temblor espantoso convulsionaba a aquellos seres. La débil luz que aún parpadeaba en su cerebro, les gritaba que algo horrendo había ocurrido. Se aplastaban contra el suelo como sombras asustadas; al fin conseguían chasquear un grito que era un quejido; otros contestaban. Luego caía el silencio, como un plomo. Desnudos, en llagas, el instinto animal les conducía hacia donde la mina se inundaba. Sus rostros plomizos brillaban unos momentos entre las llamas y el humo; luego las aguas se nivelaban, ahogando sus desesperados lamentos. Por todas partes deambulaban figuras ensangrentadas, enloquecidas por el miedo y el furor; o vencidas por una serenidad que escalofriaba. La catástrofe había despertado en algunos los instintos primarios. Y comían y robaban la comida de los muertos en un angustiado afán de llenarse el estómago, presintiendo que el viaje sería largo.

Lúgubres resplandores rojizos, una atmósfera abrasadora, inmensas cucarachas que escarbaban, crujían, arrastrándose sobre el negro estrato, en un infierno de fuego y gemidos. Hasta las tinieblas parecían ceder, asustadas de lo que estaban viendo. Un entibador enloquecido mantenía un hacha en la mano, en una constante guardia contra las sombras que creía acosándole. Un tubero, aturdido por los gases, se le acercó. Cayó desplomado, con el pecho abierto de arriba abajo.

El demente, tirando el utensilio, fue a sentarse a su lado, presa de un súbito ataque de estornudo. Y estornudando murió.

Allí había más hombres que piedras. En torno a un enorme madero que ardía con vivísima llama, atraídos como tenebrosas mariposas, se iban congregando un grupo de ellos, mezclándose a otros ya carbonizados, a los mutilados hasta tal punto que espantaban.

Una nube densa velaba la tragedia.

Allí llegó también Tobías con su hijo mayor, Carmelo, el único con edad para meterle en el Pozo. Venían muy juntos, rampando

entre los escombros, entre los muertos, en una evasión infernal e imposible. Junto a la antorcha de madera se detuvieron, abrazados, sosteniéndose entre sí. Carmelo dobló las rodillas y su padre, tirando de él, lo apoyó en la pared.

Tobías empezó a sonreír. Mirando a su hijo con los ojos violentamente abiertos, fue despidiéndole, viendo apagarse su vida junto al gigantesco cirio…

Bruscamente el picador se puso en pie. Dejando escapar una escalofriante carcajada, que retumbó en el hondo socavón, huyó despavorido. A sus espaldas quedaba la carne muerta de su hijo Carmelo; quedaban pegados a la mortal galería sus débiles huesos de adolescente.

Tobías fue a detenerse junto a aquél que, caído entre el humo, seguía canturreando, seguía arrancándose la piel quemada mientras su cuerpo iba siendo tragado por los escombros que se soltaban del techo.

* * *

Landa levantó el martillo para hincarlo una vez más en la veta, cuando la onda explosiva apretó su cuerpo, intentando vaciarlo. El golpe le arrojó contra el testero, clavando en sus ojos un arco iris de llamas. En un instante la montaña se derrumbó, destrozándose como un cristal saltado, engullendo la rampa. El polvillo, que prendió como la pólvora, fue apagado por la misma hecatombe que desplomaba el carbón. Otros focos surgían sobresaltados, arriba, a los lados, a sus pies, sobre él. Sintió un dolor horrible que estuvo a punto de desvanecerle; abrió la boca buscando aire y a ella acudieron las sombras, el latigazo de una llama, el gas ya libre.

El aire retornó con tremendo estruendo. Con la contracción volvieron las explosiones, el fuego, el agua.

Un silencio de sepulcro, vacío, total, cayó sobre la rampa donde había quedado encerrado. Le hacía daño el humo, las inacabables tinieblas. Era tal el sufrimiento, que no lo sentía más que en el pecho y la cara, como si sus miembros hubiesen sido arrancados del cuerpo. El dolor aflojó sus músculos, tirándole de bruces sobre una mamposta ardiendo. Las nuevas quemaduras le hicieron reaccionar cuando ya los ácidos acudían voraces. Incorporándose con temblores de paralítico, se palpó el rostro. No encontró las orejas, ni la nariz, ni el cabello; se llevó la mano a la boca y clavó espantado las uñas en un revoltijo de pellejo y sangre que era todo lo que quedaba de lo que fueron unos labios.

Un gemido bronco y prolongado, que procedía del testero superior, le hizo olvidar su desgracia… ¿Quién podía vivir, quién estaría allí muriendo?

Movía la lengua, reseca, arrancando al pellejo de los labios el poco jugo que les quedaba. De las celdillas seguía saltando el grisú, zumbando en sus oídos, revolviéndole el estómago, hurgando en las llagas de su cuerpo. El dolor se había amortiguado, su mundo físico parecía haber muerto, aunque tuviese sed y sudase y tiritase bajo la piel quemada. Tragado por la mina, aquellas tinieblas y llamas le ofrecían imágenes espeluznantes que llegaban a tomar cuerpo, agitándose en la nube rojiza y negra. Sus ojos desorbitados seguían sus ondulaciones en las que a veces creía ver el techo soltándose, cayendo sobre él sesenta metros de montaña. Y el agua, que ya libre entre la tierra dislocada se acercaba taimada, queriendo arrebatar a las llamas y los gases una presa segura…

Morir amando así la vida, dejando en ella a María, a sus hijos, ¡a Landa, caído a los once años en la mina, como un eslabón más de la dinastía maldecida!

Una desesperada ansia de salvarse puso temblor en todo su cuerpo. De pronto, brutalmente, había despertado esa débil esperanza que el hombre guarda para el último momento.

—¡Vivir! ¡Vivir! Arriba alguien se mueve. Iré a buscarle, ¡escaparemos juntos!

Con increíble energía comenzó a apartar escombros. Se movía como un espantado, un autómata. Él había estado otra vez enterrado, él logró resistir atmósferas que a otros asfixiaron. A través de la hulla oía correr una veta de agua. Si no le ahogaba, ella se encargaría de combatir el óxido de carbono y el ácido carbónico, aniquiladores de todo lo respetado por la explosión.

Maderas humeantes, carbón y piedras iban quedando atrás, dejando libre el camino de la vida. ¡Escaparía de aquel maldito Pozo!, ¡él!…

Bruscamente se detuvo. La imagen de su «valín» se alzó como un muro ante el camino que le conducía a la planta superior, a la maniobra, ¡al sol! Por un instante sus sentimientos entraron en pugna, olvidándose de su cuerpo llagado. ¿Salvar al «valín» a cambio quizá de su propia vida? ¿Amar para morir? Temblaba como un epiléptico.

Tan bruscamente como se detuvo, se revolvió en la estrecha cueva y comenzó a descender, abriéndose paso entre aquellas mismas piedras que poco antes desplomó en su desesperada ascensión. La sangre le latía aceleradamente en las sienes, en los

oídos, en las muñecas, en la punta de los dedos, con los que, semejando un gigantesco topo, iba horadando la tierra caliente y suelta, provocando nuevos derrumbes que cegaban las fisuras, el camino hacia una posible salvación. En su ansiosa búsqueda del pequeño José Luis, apartaba escombros y la rampa, perdido un sostén, daba un apretón más, haciendo vacilar su vida. Pasado el peligro, un tirón de esperanza volvía a ponerle en movimiento, lentamente, tomando el pulso a aquellos minúsculos terremotos. El humo era tan espeso que semejaba una pared negra; la tos le sacudía con tal violencia que, pasado el acceso, una sensación de paz, un bienestar que adormecía, le dominaba. Lágrimas negrísimas corrían por su rostro, lavado por el sudor. Landa no lloraba, eran los ojos que estaban ya quizá desintegrándose con tanto calor y gas.

«José Luis… ¿Dónde estás, José Luis?»

Se movían sus labios rotos.

La mina había caído en un silencio sobrecogedor. El picador gritaba para no sentirse tan solo en aquella tumba, en su lucha por salvar su vida y la del pequeño «valín», la encarnación de su desamparado hijo.

* * *

La sed comenzaba a hacerse insoportable. Sus manos quemadas palpaban piedras y carbón en busca de algo húmedo. Cuando tropezaba con algún trozo de mineral, caído de allí donde se oía barbotar la cascada, lo llevaba a sus labios rotos, lamiéndolo, lamiendo el polvo. Y seguía buscando… ¡qué era aquello!

De un inconsciente tirón apartó la mano. Luego fue acercándose, doblando las rodillas, como orando ante una deidad maldita y apiadada. ¡La manguera!, ¡la manguera! El aire silbaba suavemente, también en trance de muerte, pero vivía, ¡daba vida! Ahora eran dos a luchar contra el metano y el humo. Levantó la piedra que la oprimía y el silbido aumentó. Abrió la boca y estuvo mucho tiempo sintiendo entrar en sus pulmones oleadas de oxígeno; chupando aquellos alambres húmedos que remendaban la grieta de la goma. Luego reanudó la marcha.

Piedras, piedras. Un enorme costero que parecía guardar la puerta de la salvación, rodó con gran estrépito, arrastrando todo a su paso… ¡luz!, ¡luz!

Por el boquete libre gateaba un tenue resplandor. Y aullidos hirientes y murmullos de fieras.

Landa dejó escapar un grito de vida.

Una escalofriante carcajada corrió a su encuentro. Con los puños cerrados se tapó los oídos. La risa desapareció.

Silencio, llamas, tinieblas y agua… Y una carcajada enloquecida.

* * *

Las minas intentan esconder las tragedias amortiguando los ruidos. Ni los viejos silicosos que chupaban el sol cerca de la maniobra sintieron el brutal golpetazo.

Por la tumba abierta del Pozo subían los primeros hombres, trayendo en sus ojos el bramido silencioso de la gran catástrofe. Tras ellos venía la humareda, escalando tenebrosamente el embudo. Fue entonces cuando el Valle despertó de pronto, salvajemente.

El temblor primero que produce la sorpresa sacudió la cuenca a eso de las diez y media, rompiendo la calma de la mañana. De casa en casa, de prado en prado, del Camino, va trillado por tantas penas, saltaban gritos de dolor y desesperación. Como hordas dispersas, las familias de aquellos héroes del vivir y del luchar bajaban por los senderos, de los montes, por la carretera, descompuestos; ellas desgreñadas por la desesperación, la boca espumajosa…

—¡Mi hombre! ¡Mi hombre!

Los chicos, callados, con esa serenidad que presta la vecindad continua de la tragedia, un poco ausentes del drama, corrían junto a los mayores, tropezando, los ojos clavados en el castillete que, ya envuelto en el humo de los incendios subterráneos producidos por la explosión, parecía un austero sarcófago donde estaban enterrando al mundo.

Tras las paredes de alguna choza, un chiquillo lloraba, llamando a su padre con una ternura hondísima, embelesada.

Sí, el Valle despertó salvajemente. Se había cortado la canción del trabajo una vez más; el sol y el verde y las cumbres se ensombrecían, ahora que nadie les miraba.

Sobre los aires del Valle, solemne y vibrante, el padre viento enhebraba notas de pesar.

¿Por qué has de morir
ahora que el Valle te necesita?
¡Vive, minero!…

—¡Vive minero! —gritaban las gentes con amor y angustia, con voces que parecían salir de las grutas del miedo, porque la tragedia

se adivinaba escalofriante.

Las viejas viudas mineras, refugiadas en los altozanos alejados, murmuraban entre dientes cosas de ausencias, de muertos arrancados de la vida. Luego, inútilmente tristes, gritaban desde muy lejos el nombre de los suyos; alargaban los brazos, como queriendo salvarles con aquel manojo de sarmientos que tenían por articulaciones, con el valor de su humana herida.

En una soledad tremenda y humilde, lloraban y lloraban, limpiando el alma de tanta pena.

Las pobres viudas mineras…

Por la boca del Pozo empezaba a salir un aire caliente y violento, con olor a ácido.

* * *

—¡Cuatro por ocho, treinta…

—¡Treinta y dos, cabezota! ¿Cómo vas a hacer una regla de tres si no sabes ni siquiera multiplicar?

—¡Bueno! ¿Y tú cuando eras pequeña lo sabías?

—¡No preguntes lo que no te importa! —repuso mi madre un poco confundida, acomodando en su regazo al polluelo que piaba dolorido.

—¿Qué haces, madre? —la pregunté, contento de encontrar un pretexto que me apartase de aquella odiosa tabla de multiplicar que siempre olvidaba.

—Se le rompió la patita y voy a ponerle un algodón. Sigue con la tabla que…

—¿Y por qué se la rompió? ¡Parece bobo!

—¡Un día verás tú, tanto saltar por sitios malos!

—Sitios malos, dice; ¡no te amuelas!… Y si un día me parto una pierna ¿también me la pondrás de algodón?

Sentía deseos de hacer rabiar a mi madre.

—Ojalá no te la rompas nunca —repuso distraída.

—A lo mejor sí. Mira el del tío Ángel.

—Dios no quiere y Él manda en todo.

—¿En las piernas también? ¿Y en la de todos los chicos?

—Sí, porque Dios ve todo. Por eso no está contento contigo.

—¡Ahí va! Pues debe tener muchos ojos. ¿Y no está contento conmigo por qué no sé la tabla de multiplicar?… ¡Pues no me importa!

—Como te coja por mi cuenta el trasero, verás si te va a importar… ¡ven aquí!

Conociendo a mi madre, ya me había puesto en pie, alejándome de su alcance. Me acerqué a la ventana, por la que bruscamente pareció penetrar un vago rugido.

—¡Madre!… ¡¡El Pozo, madre!!

Las gentes corrían hacia la maniobra; una agitación febril reinaba en torno al castillete, entre cuyos soportes brotaba una débil columna de humo. Un murmullo de voces broncas se iba congregando, unificando, como si la tragedia tuviese una sola voz.

—El Pozo, el Pozo… —repetía en voz baja, como embelesado, sin poder creer lo que estaba viendo. Mi madre, que como un felino había saltado a mi lado, clavaba las uñas en mis brazos sin conseguir articular una palabra, inmovilizada por la impresión. Levanté los ojos y vi los suyos cerrados, quizá formándose en su telón negro las horribles imágenes de una explosión de grisú. Al fin sus labios se movieron en una frase obsesiva.

—Dios mío… Dios mío…

De un tirón me aparté de ella y salí al camino, lanzándome como un poseído cuesta abajo, paladeando la resaca de un sollozo que brotó en mí como un alarido de lágrimas, un aullido que se movía en mi sangre. Saltando piedras, hoyos y tapias corría por los atajos, fija la mirada en aquella humareda que escapaba hacia el sol.

—¡Padre!, ¡padre!

Volvieron las lágrimas, rabiosas de amor.

—¡El Pozo! ¡Maldito Pozo!… ¡Padreee!

Cuando llegué a las proximidades de la pirámide metálica, me detuve de golpe, como queriendo entrar en el drama de puntillas, Una cuadrilla de obreros del exterior mantenía a las gentes a distancia. En silencio, con una gravedad que impresionaba, las mujeres mineras esperaban el Gran Veredicto.

La humareda, atacada por los vientos encontrados del Valle, se revolvía en la explanada, empezando a ocultar las poleas encargadas de subir y bajar de aquella trampa infernal hombres, diablos, muertos… Las mujeres, aisladas o en grupos, iban y venían, preguntando, rezando, suplicando, en una agitación colectiva de dolor y ansiedad. Cuando de entre los humos revueltos surgía alguna figura humana, quebrando la monotonía de la tragedia hasta entonces sólo adivinada, el silencio era roto por algún grito histérico. El escapado, quizá un grupo de escapados, decían su nombre y un obrero de la maniobra lo repetía, lo repetían las gentes, iba de boca en boca, como un rosario de desilusiones, hasta llegar a una mujer, a un hijo, quienes expresaban su alegría de una

manera ruidosa que en aquel ambiente resultaba insultante.

Unas manos, muchas manos se prendían de ellos; rompían sus ropas, ya chamuscadas por el fuego, hasta despellejaban sus brazos lamidos por las llamas…

No sabían nada. Sólo que allí abajo había ocurrido algo horrible.

La excitación crecía cuando algunos mineros que intentaban bajar por la escalera de salvamento, regresaban poco después, sacudidos por la tos.

Las sucesivas oleadas de humo comenzaban a entenebrecer la atmósfera. Las ruedas del castillete apenas se distinguían, manteniéndose en una angustiosa inmovilidad.

¡Por qué no giraban! ¡Por qué no bajaba la jaula!

Ante aquel altar de la adversidad que simbolizaba el castillete, cubriéndose los ojos con el delantal o las manos arrugadas, lívidas, ansiosas, las mujeres mineras destilaban sin una queja su trance amargo e irremediable. Los viejos silicosos, hostigados los pulmones por el humo, tosían, gritando que les dejasen bajar a la mina; que ellos querían salvar la carne joven de su carne, que nadie como ellos conocía el oficio de rescatar hombres y sacar muertos.

Era el suyo el gesto magnífico e inútil del viejo soldado del trabajo.

Los del cordón les empujaban suavemente. Allí quedaban, con los ojos llenos de fiebre, con sus silencios, sus juramentos, sin darse cuenta de la magnitud del dolor que les dominaba.

—Se salvarán, ¿verdad?… ¡se salvarán!

Nuevos hombres seguían saliendo a la superficie; seguían sin saber nada. Algo horrible había ocurrido. Ellos trabajaban en la segunda galería y lograron escapar antes de que los gases les alcanzasen, ya arañados, ennegrecidos por las lenguas de fuego que serpenteaban por los coladeros. Sacudidos por un terror que no llegó a despertar, emergían de entre la humareda sosteniéndose mutuamente, pestañeando ante el sol, intentando reconocerle. Algunos se desvanecían, rotos los nervios que les sujetaron en momentos que debieron ser espantosos. Los hombres de la barrera los conducían hacia las gentes que les esperaban alargando los brazos, en una súplica muda.

Aquellos hombres venían de dentro, de donde la muerte estaba digiriendo los cuerpos de los suyos entre aullidos y carcajadas escalofriantes; de la gran fosa, el gran ataúd velado por el centinela impenetrable de los ácidos, las llamas y el humo.

Arropados con sacos y chaquetas, resguardando el cuerpo del aire que avivaría las quemaduras del grisú, se alejaban en dirección

al hospitalillo, o hacia sus casas, hacia la vida que les había sido devuelta.

—Por la escalera de salvamento están subiendo algunos —decía uno con voz débil—, no sé si llegarán…

—El humazón es demasiado fuerte —añadía un compañero—. Hace soltar las manos.

—¡Están subiendo algunos!, ¡están subiendo algunos!

Un bramido apagado corría tras la noticia.

—En la tercera planta quedaron más de cien hombres —decía de nuevo un herido—. Están esperando a ver si pueden bajar a la cuarta y salvar alguno.

—Roberto, el de la Jamona, murió delante de mí.

Otro rescatado, que andaba con los brazos estirados, conducida su ceguera por un compañero, daba más detalles.

—Quiso salvar a Wenceslao y allí quedaron los dos. Está en la maniobra; lo sacarán con la noche.

—¡¡Murió Roberto el de la Jamona!!, ¡murió Roberto el de la Jamona!, ¡murió Roberto el de la Jamonaaa…!

La voz iba perdiendo fuerza, llamando por su nombre a los muertos.

La noticia, el nombre de un muerto, excitaba los ánimos. Cuando sacaban alguno que murió en el camino, alguien lanzaba un grito, hincándose de rodillas sobre el cuerpo querido.

La muchedumbre avanzaba, retrocedía, se oían aislados aullidos, como si al identificar aquellas carnes quemadas el Valle se sobresaltara. Los silicosos intentaban llevar esperanza a las mujeres mineras, ellos que tanto sabían de humos, de quiebras y muertes.

Las ruedas del castillete seguían inmóviles, taponando la gigantesca trampa. En ocasiones giraban unos instantes y un estremecimiento sacudía a la multitud.

—¡Suben!, ¡suben! ¡Pedro! ¡Pedro!

—¡Tobías! ¡Tobías! ¡Ay, qué va a ser de mis hijos! ¡No han muerto, les han matado!

—¡Mariano! ¡Mariano! ¡Dios mío, mi Mariano!

Odio, amor y gritos recorrían la piel de aquellos seres que temblaban. Y el humo seguía elevándose al cielo, como una oración negra.

—¡Hay más de cien muertos!, ¡hay más de cien muertos!

* * *

Había logrado colocarme en primera fila, junto a los brazos

nerviosos de los mineros que formaban el cordón, pegadas mis manos a las suyas, deformadas por el trabajo. Cuando los ¡cien muertos! rugieron en las gargantas de la multitud, un brutal empujón rompió la barrera.

Hombres, viejos, mujeres, chicos, nos lanzamos contra la humareda, como deseosos de perpetrar un colectivo suicidio.

* * *

Allá, al otro lado de la cordillera, donde la falsa paz tenía su morada…

En el fondo de la mina
con pena escuché un cantar
era la voz de un minero
que nunca podré olvidar…

En la provincia limítrofe, el viento cálido y acariciante venía del campo abierto, purificado por los árboles que lavaban sus raíces en el río. Silbaba muy quedo, en una canción pura y seca, como la tierra, amanecida en oro; luego el aire se volvía transparente, sosteniendo la neblina del calor. Las eras, extendidas en las márgenes de la carretera, también eran de oro; sobre ellas resonaba la cantinela machacona de los cánticos iguales y los ¡arre, mula! o ¡tira, vaca! Una quietud de siesta reinaba en la vega en la época de la trilla, vencida por el gran cíclope de fuego bajo el cual toda la angelería parecía colgada del alto azul, ociosa, porque en el mundo había paz. El impresionante silencio del mediodía sólo era turbado por el rumor de las caballerías y los críos; y algún canto que lograba sobreponerse al agobio de la temperatura.

En el fondo de la mina
con pena escuché un cantar…

Vitelón podía cantar a sus anchas porque estaba solo en lo alto del camino. Por él se empinaba una pareja de bueyes arrastrando un carro desbordante de sacos de trigo. Ya habían pasado los días peores, la intranquilidad de los primeros momentos, la pareja de guardias presentándose en la faena preguntando por él. Vitelón sonreía cuando recordaba a Felisandro jurando por toda la corte celestial que era hijo de su hermana Dorotea, que vivía no recordaba dónde. ¡Y hasta su Juana! También había desaparecido la

secreta antipatía del hombre del campo al hombre de la mina. Los consejos de Tomás le habían sido muy útiles. Gracias a ellos pudo evitar salir a palos con Casiano, ahora un buen amigo suyo.

El minero picaba a los bueyes, les gritaba, luego seguía cantando cosas de la cuenca, de su Valle, al que todos los amaneceres saludaba dando un estridente silbido, tan fuerte que, sin mucho esfuerzo, el viento sería capaz de hacerlo volar hasta el otro lado de la cordillera.

No se encontraba mal Vitelón en la vega. Al señorito Andrés lo había visto una vez de lejos. La gente era sencilla y se notaba que no les estorbaba. Con el tío Mañón había hecho buenas migas y también con Felisandro. Era, sin embargo, con Selva con quien mejor se entendía. Durante la siega, ya desde el primer día, solía esconderse entre los trigales, gritando:

—¡Pacooo!, ¡Pacooo! ¡A ver si me encuentras!

Vitelón sonreía recordando su nuevo bautizo. «Paco… Paco… —repelía sintiendo tras sus pies los cencerros de los bueyes—, ¡mira que si me llego a llamar Paco de verdad!».

A veces le parecía haber olvidado la nostalgia. Se sentía bien fuera del Pozo, de aquella topera negra. Allí había canciones y pájaros, y el aire limpio, y los almendros en flor y amapolas rojas entre los trigales. Y un río limpio y gentes tostadas por el sol… ¡Qué tanto agujero y tanto carbón en el pecho! Y cuando amanecía, en vez de meterse en la jaula, comenzar a andar vega adelante, con el fresco del rocío… ¡Y aquel silencio, en vez de tanto ¡ra-ra! de los martillos, que ya lo tenía escrito en los tímpanos! Allí el sol parecía distinto, hasta más grande. Y había surcos, en vez de escombreras; y el viento olía bien, no como en el Valle, quemado por el horno del Carmelón… Claro que aquellas laderas y picos; y «El Oasis» y la charla con los amigos… ¡no todo iba a ser allí malo!

—¡Vamos, «Conquistador»!… ¡Tira, «Josefo», que ya llegamos!

El minero gozaba andando por aquellos senderos solitarios; y en las madrugadas lechosas, viendo los campos aún dormidos, despertando poco a poco. Le gustaban los atardeceres, el poniente rojizo, larguísimo, allá por la cordillera, cuando se iba el sol sembrando vapores de incienso que subían hasta el cielo. Entonces el mundo parecía tener una piel fría y azulada, más desnuda que el resto del día. Se sorprendía de que, prácticamente, nunca se hubiese detenido a ver cómo salían los días y entraban las noches.

«En la mina no hay tiempo para estas cosas —se consolaba—. ¡Siempre en el agujero!… Claro que también estos, doblados sobre trigos y cepas, con este sol que quema y acarreando cosechas que

no les dejan ver ni un céntimo…»

—Bueno, ya llegamos «Conquistador»…

Vitelón descargaba la mies en el granero y regresaba hacia la vega. La vuelta era cuesta abajo, más ligera, cara a la carretera, por donde de cuando en cuando pasaba algún coche levantando una gran polvareda. Cruzaba el carro, parsimonioso, ante los chiquillos buscando espigas en los surcos resecos; se acercaba sin prisa a las eras, donde unos trillaban, otros aventaban y las mujeres ataban los sacos, ya repletos de granos. Por aquellos sitios Vitelón, el Paco de la vega, ya cantaba otras cosas…

Un hombre va por la vega
quién sabe dónde se irá
un hombre va por la vega
¡no lo quieras preguntaaaar!

Cargaba el carro y otra vez con el sol a la espalda, camino arriba. Entonces volvía el minero:

Con el fuego del grisú
ardiendo en la sangre arisca
por el amor de una moza
que de su amor no sabía

—¡Tira, «Conquistador», que estás hoy muy rezongón!… ¡iep!

—¡Señor Paco!, ¡señor Paco!

Vitelón volvió la cabeza, apartándose para dejar paso a los bueyes. Un chiquillo venía corriendo hacia él. Cuando estuvo a unos metros, ya a punto de acabársele el fuelle, gritó:

—¡Ha explotado…! ¡el ese…! ¡en la mina!… ¡Dicen que hay más de cien muertos!

—¿Qué dices, condenado?

—Sí, señor, ¡sí, eso! Se lo han dicho a mi padre… ¡un coche! Paró un coche para echar agua y se lo dijo a mi padre, y él dijo que se lo dijese a usted.

—Pero qué… ¡qué! ¡Habla, macaco, ¿qué es eso que explotó?, ¿el grisú?

—Sí, señor, ¡sí, eso! Se lo han dicho a mi padre… ¡Un coche que paró para echar agua al motor que echaba humo!

A Vitelón se le llenó el alma de emoción y de rabia y sintió mucha pena y mucho asco. Algo pavoroso le estrujaba, como si la víctima, aun estando lejos, fuese él. Sintió que le ardía la cabeza, y los ojos, que llameaban, los clavó en el pequeño. Le tomó por los

brazos y levantándole en vilo, gritó:

—¡Macaco!, ¿estás seguro de lo que dices?

—Sí, señor Paco… —repuso el chico comenzando a lloriquear, asustado.

—¡Toma! —le depositó en el suelo, entregándole la vara—. Lleva el carro al granero, ¡vamos!

Vitelón alzó la cabeza, mirando a la cordillera. Los puños crispados, chasqueándole los dedos.

—¡Malditos sean!, ¡malditos sean mil veces!

Por aquel mismo camino donde tanta placidez había encontrado, comenzó a correr como un loco. Felisandro le vio acercarse y detuvo los burros. Frunció el ceño, inquieto.

—¡Ha estallado el grisú, Felisandro! —gritó Vitelón deteniéndose en mitad de la parva—. ¡Ha estallado!, ¡hay cien muertos!

El campesino no supo qué responder. La gente se aproximaba, atraída por la inusitada actitud del minero.

—Estalló el grisú —explicó Felisandro con voz velada—. ¡Hay cien muertos!

—¡Cien muertos!, ¡cien muertos! —repetían los hombres de la vega sin alcanzar a comprender la importancia de la tragedia.

—¿Qué hago, Felisandro?… ¡tengo que ir!

—Te cogerán, Paco… Ya sabes cómo son. No respetan nada.

—¡No importa! Si logro meterme en el Pozo alguno sacaré. ¡Me lo conozco mejor que ninguno!

—Lo harán otros, Paco. Las desgracias no se solucionan porque vaya uno más.

—Debe de ser minero —comentaba una mujer a sus espaldas.

—A lo mejor es el huido ese que decían los guardias…

—¡Sí!, ¡soy un huido y me llamo Vitelón!, ¿qué pasa? —barbotó el picador volviéndose hacia el grupo de mujeres, quienes se replegaron atemorizadas.

—Necesitarás un buen caballo, Pa… Vitelón —terminó el campesino de nombrarle, dejando caer los brazos, dando ya todo por perdido—. Yo sólo tengo un burro y son sesenta kilómetros.

—De aquí a la vía no hay más de veinte y por allí pasan los trenes de la cuenca.

—Pídeselo a Casimiro, a lo mejor él…

Vitelón no contestó. Se lanzó a la carrera, bordeando la carretera, saltando entre los límites de las eras, sin hacer caso de los gritos y las preguntas que le dirigían. Cuando llegó a la parva de Casimiro se detuvo un instante, dudando. No tardó en decidirse.

—Casimiro, necesito el caballo. ¡Ha estallado el grisú y tengo que volver a la cuenca ahora mismo!

—¿El caballo? —preguntó el labriego, poniéndose entre el minero y la bestia, como protegiéndola—. ¿Pero la cuenca… tú allí qué…?

—Sí, el caballo —Vitelón había empezado a desengancharle, sin que el campesino se atreviese a impedirlo—. ¡Soy minero!, ¿entiendes?

—Paco… o como te llames, ¡este caballo es del señorito Andrés y…!

—¡Al cuerno el señorito Andrés! —exclamó el picador echando fuera de la era los aparejos—. ¡De él es todo!

—Ya sabes que se me despeñó la «Paquirra» —comenzó a lamentarse el hombre—. Si ahora pierdo el caballo me arruinarás para toda la vida.

Vitelón, de un ágil salto, cayó sobre el caballo.

—¡No lo perderás y si lo pierdes la minería te comprará otro!

—¡Escucha, Paco!…, ¡escucha!

Vitelón ya cruzaba la carretera al galope.

* * *

Landa llegó a la galería. Crujiendo quejumbrosos, ardían los maderos que aún sostenían en pie aquel trecho de túnel. Otros aparecían hundidos, a medio devorar por la tierra resquebrajada. En busca de su «valín», del pequeño José Luis, Landa empezó a andar como un alucinado, a recorrer aquella tragedia inconcebible. Entre las penumbras rojizas descubría ovillos negros que eran hombres; se alejaba de ellos, sin querer comprobar si aún vivían. Habían cesado los gritos, las carcajadas. Un fantasma de las profundidades semejaba aquella silueta encorvada, vacilante, cayendo sobre carnes achicharradas…

Los nervios saltaron. En un gesto incontrolado se llevó los puños a la garganta, dejando escapar un ruido de fiera. Alguien contestó y la carcajada se unió al coro. Las piernas se negaban a sostenerle; sacudido por grotescas contorsiones, se detuvo frente a otro «durmiente»… ¡José Luis!

El rostro despellejado del chico dejaba adivinar los horribles sufrimientos que experimentaba. Con manos temblorosas palpó aquellos ojos espantados, brillantes, casi muertos. Luego los suyos fueron tras la obsesiva mirada del «valín»… ¡Un pie!, ¡un pie se movía! Lento, rítmico, como una respiración. Parecía que a aquella

extremidad, quizá lo único que vivía del sepultado, había huido el corazón, que seguía latiendo en aquel pie. Eso era, ¡un corazón!, ¡un corazón metido en una zapatilla!

Hipnotizado, se tambaleó hacia el enterrado e hincándose de rodillas comenzó a quitar piedras, a escarbar en la tierra ardiendo… La escalofriante carcajada estalló unos metros más adelante. Luego oyó una voz suave.

¿Ves cómo se mueve el piececito…? —Es Rafa que está buscando oro. Mira como saluda, saluda…

Una mano negra, medio derretida por el fuego; un dedo tieso, con el que seguía el ritmo del pie agonizando, imitando sus espasmos en una sangrienta burla.

—¡Ja!, ¡ja! ¡con lo bien que se está muerto!

Aquel desgraciado que tantas veces se doblegó para que sus hijos viviesen, Tobías, el enloquecido por el terror, reía enseñando los dientes, como hidrófobo, reducidas a jirones sus carnes y las ropas. Pesa a sus carcajadas, Tobías mantenía una mirada dominadora y penetrante, clavaba los ojos en aquel pie ansiando adivinar lo que estaba ocurriendo bajo el montón de escombros.

Aquel terrible secreto, el saberse en íntima compañía de muertos, su desesperanza de salvación…, ¿qué fue lo que le enloqueció?

Tobías no debía de sufrir, no sentía el madero humeante desplomado sobre su hombro. Los gases, pese al agua y los silbidos que escapaban de la conducción de aire, amortiguaban su dolor, prestándole el suave bienestar de la asfixia.

Cuando Landa apartó la trabanca que le aprisionaba contra la pared, Tobías pareció volver a la razón… No, Tobías ya era un pobre loco. Movía los labios como un ave sedienta. Estaba cantando:

A mí me gusta lo blanco
viva lo blanco, muera lo negro

Cantaba con un ritmo extraño y delicado, como si en su locura hubiese resurgido esa vertiente infantil que el hombre guarda para las ocasiones desesperadas.

que lo negro es cosa triste,
yo soy alegre, yo no lo quiero…

Como aplaudiéndose, otra histérica carcajada restalló en la gigantesca mortaja. Landa sintió que la risa también empezaba a

moverse dentro de él y echándose a José Luis al hombro huyó asustado, tropezando, cayendo sobre escorias y tablones en llamas, entre toses mortales y ronquidos de estertor, entre bultos negros que roncaban aunque ya estuviesen muertos. Muertos… ¡cuanta sangre tenían los hombres!

Entre ellos caía José Luis, sin sufrir ya, muerto para el dolor.

Volvía a recogerlo; seguía alejándose de aquel loco, de aquel pie… un infinito gozo le asaltó súbitamente. El de ser, el de existir sencillamente. Aquel pie no era el suyo; ni era la suya aquella cabeza trastornada…

Tanteando las paredes, comprobando que la explosión había cegado los coladeros por donde escapar, por donde llegar al piso superior, ¡al sol!, Landa avanzaba conducido por la oscilante luz de los incendios, por las llamas, pegándose a su cuerpo. Llevando bajo el brazo a José Luis, tirando a veces de él, se arrastraba bajo trozos de bóveda amenazando derrumbarse. Presentía, veía cuadros horribles. Junto a una trabanca ardiendo, consumiéndose con ella, encontró al pequeño Carmelo, el hijo del Tobías loco. Le trasladó bajo el agua, al enorme charco donde se congregaba el mundo infernal de los seres que se iban quemando, agonizantes. Carmelo había muerto, otros lo estaban haciendo, fijos los ojos en cualquier punto, idiotizada su expresión por los gases. La llama del terror volvió a brillar en los ojos de Landa… El relincho enloquecedor de una mula, más impresionante aún que los aullidos humanos, tembló en la galería. Instantes después apareció ante él, como el monstruo mayor del infierno, negra, agigantada, las pupilas en ascuas, entenebreciendo aun más las mueblas, pisando hombres, hombres…

Dejando a José Luis en el suelo, sus manos palparon carnes, cascotes y maderas. Tropezó con un hierro, cogió la barra e incorporándose con el ademán de un gladiador maldito, espero la acometida del animal. Este avanzaba coceando, piafando, la boca tan abierta que parecía capaz de tragarse todos los ácidos que envenenaban la galería… Le clavó la barrena en la garganta y animado por una titánica y súbita energía la hirió muy adentro, hasta destrozarla quién sabe qué, hasta nacer desplomar la mula a sus pies.

Aquella masa de carne chamuscada, obstruyendo el socavón, dejaba escapar gruñidos de dolor que en poco se diferenciaban de otros que sobresaltaban la galería. Landa, tirando del brazo del desgraciado «valín», pasó entre las piedras que arañaban su espalda y la piel caliente del animal. En su pecho desnudo sintió un repulsivo escalofrío. Al otro lado del obstáculo, aquel escalofrío se

rompería en un grito. Separándose de la penumbra como un aparecido, se aproximaba una silueta negra, los brazos estirados, evitando rozar el cuerpo llagado, moviendo las piernas como un muñeco mecánico. Debía estar intentando gritar pero apenas alcanzaba a emitir un bufido apagado, murmullos que costaba creer fuesen articulados por un ser humano. Cuando las carcajadas de Tobías retumbaron una vez más, aquel resucitado se detuvo espantado. Y llevándose las manos a la cara, los dedos tan separados que amenazaban romper el ligamen, lanzó su respuesta en forma de penetrante aullido.

Era aquella una desgarradora conversación, el morse de los malditos.

Landa le zarandeó hasta obligarle a callar. Luego, dejándose caer sobre el hastial, jadeó:

—¿Qué ha ocurrido, Juanón? ¿qué ha ocurrido?

—¡El grisú! ¡el grisú! —El quemado miraba nervioso a los lados, buscando por donde escapar.

Juanón resopló, los ojos extraviados. Luego fue serenándose.

—Hay muchos… ¡ahí delante hay muchos!… ¿Quién es ése?

—Mi «valín»… Tenemos que escapar, Juanón ¡tenemos que escapar!

—Hay muchos… ¡mira!

Juanón volvió a aullar. Como un palomar revuelto por la llegada del buitre, el silencio de la galería brincó asustado. Lamentos y gemidos, mezcla de dolor y espanto… ¿eran voces humanas? Los gritos, las tinieblas, el seco ruido de las montañas al romperse, al reajustarse… Landa sentía unas náuseas que iban más allá de lo físico.

—Hay que mirar por donde escapar, ¡hay que escapar de aquí!

Siempre en busca de un agujero por donde subir a la vida, Landa avanzó hacia aquellos ayes y maldiciones. A su paso brotaban llamaradas que un instante después se extinguían.

—Mátame… mátame —suplicaba una voz semienterrada— ¡por mi hijo te lo pido!

Un caos de materiales, de sangres sueltas y ropas quemadas, carnes rotas… ¡¡Juanón!!

No, no era Juanón. Era otro resucitado, también despegándose de las penumbras rojizas. Se había incorporado violentamente y… ¡le ardía la piel! ¡Era un hombre en llamas!

¡El fantasma de la mina! ¡el fantasma de las almas tragadas por la tierra negra! ¡el fantasma que vieron los viejos mineros recorriendo las catástrofes!… ¡Venía, se acercaba avisando con un

ulular sobrecogedor!

Landa se escondió tras los escombros, acurrucando contra su cuerpo la menuda y quemada humanidad del niño. Allí, paralizado por el terror, helado en medio de tanto fuego, cerró los ojos… el mismo pavor le obligó a abrirlos, desorbitados, clavando en sus pupilas la silueta de aquel monstruo que pasaba a su lado, los brazos en alto, como dos antorchas chisporroteantes, golpeando la cabeza contra las piedras de la bóveda, los cabellos tiesos, congelados parecían. Y unos ojos también echando llamas, queriendo escapar, antes de que fuese demasiado tarde, de aquella masa repugnante que era el rostro, pegado a un tronco que se bamboleaba borracho de muerte.

Unos metros más adelante cayó, retorciéndose como un montón de trapos y carnes humeantes.

La carcajada de Tobías pareció sacudirle, sacudir la bóveda para que un costero se desplomase sobre el cuerpo de Landa.

Juanón huyó.

* * *

Mucho tiempo quedó Landa pegado al hastial, intentando recuperar sus nervios a punto otra vez de traicionarle. Luego, en su ansiosa búsqueda, siguió avanzando, recorriendo penumbras ondulantes que contundían piedras, maderas y hombres. Al fondo parecían arremolinarse los humos, como faltos de tiro. Empujado por un fatal presentimiento, intentó apresurar la marcha…

La galería terminaba allí; allí comenzaba la quiebra que quizá llegase —un kilómetro de túnel hundido— hasta el transversal. Dejó caer a José Luis sobre los escombros y cerró sus párpados.

José Luis había muerto, allí, donde terminaba la esperanza.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, escociendo su rostro. El presentimiento de estar perdido, de que su hijo también lo estaba, porque quizás pronto imitaría al «valín» muerto a su lado, le desesperaba. Miró a José Luis, increíblemente sudoroso, como si pudiese llorar después de muerto o estuviese desintegrándose. Por un instante aquella cara se trasfiguró, reflejando en ella la de su pequeño Landa. Y un escalofrío le heló las entrañas, reconociendo su gran fracaso. Su hijo, «capitán de bandoleros», siempre triunfante, debería seguir el camino trazado por aquel muchacho que unas horas antes se encogía a sus pies, adivinando la muerte; por aquel chico que el grisú convirtió en un pequeño monstruo.

Ana, Carolina… con amarga sonrisa recordó las travesuras de su

pequeña. María… Ella ya había preguntado muchas veces… «¿muerto?» Ella ya estaba familiarizada con las tragedias mineras.

Intentando estrangular aquellos recuerdos que le oprimían el ánimo, se golpeó la cara, tan destrozada que no le dolía. Sin nariz, sin labios, sin orejas…

Volvieron las lágrimas, muy hondas entre tanto silencio y soledad. La tragedia al fin se apiadó de él, llevándole al sueño.

* * *

La montaña, dominada por una insaciable ansia de revancha, seguía moviéndose, bramando; el túnel se sacudía, devorando sus propias entrañas.

Landa despertó sobresaltado. Tan pesado había sido el sueño, que tardó en comprender su situación. La realidad llegó poniéndole en pie de un brinco. El picador se movía, arañaba, babeaba como un epiléptico; mirando nerviosamente al techo, a los lados, semejaba una fiera acorralada olfateando un boquete que le comunicase con la vida, ya a punto de escapar. Se dejó caer sobre los escombros, tocó una chapa; y unas piernas. Debían de ser las del caballista.

El aire, que salía silbando por los agujeros de la tubería rota, había desvanecido la pesada atmósfera. A su lado descubrió un hombre, una mirada dulcísima que le contemplaba fijamente. Sólo sus labios, temblorosos como los de un niño espantado, como los suyos, hablaban de la gran tragedia. Landa se sintió hipnotizado por aquella expresión suave, allí, en aquel lugar de muertos… Sí, debía de ser un muerto más llegado ya al limbo.

Llovía sobre el entibador e intentó cambiarle de lugar… ¡Aquellos ojos gritaron! Como una liebre asustada, un chorro de sangre, contenida hasta entonces por la roca incrustada en la espalda de aquel desgraciado, se estrelló contra su rostro, produciéndole unas náuseas incontenibles.

La explosión le había lanzado contra el hastial y el puntiagudo costero iba acabando con su vida lentamente, provocando aquella agonía que ponía bondad en su mirada.

Volvió a apoyarle sobre la piedra que abrió sus carnes. Los ojos recobraron la serenidad. Aquel hombre parecía sonreír.

¡Aquello era superior a todos los gritos!, ¡a todas las carcajadas!

Palpó las piernas del caballista sobre las que se había sentado poco antes. Las venas estaban hinchadas, a punto de romperse. A su lado se dejaba ver la parte anterior de un vagón, del que se había

soltado la mula que él mató. El recuerdo debió producirle un ramalazo de miedo porque tomó una piedra y comenzó a golpear piedras, maderas, el tubo de ventilación. Aquel tren sepultado le hablaba de muchos muertos, de un ataúd inmenso. Machacó frenético, luego se aplastó sobre el hierro, pegando a él el oído.

Nadie contestaba. Al otro lado del muro todo era silencio, convertida la galería en una inmensa cámara mortuoria.

Landa, semiinconsciente, acomodó el cadáver de José Luis sobre los escombros y empezó a andar hacia el corte, huyendo de aquel hombre que moría en paz y por el que no podía hacer nada. Adentrándose de nuevo en la gran trampa, revivía las mismas tragedias; y otras que la mejor visibilidad ahora descubría. Cadáveres boca abajo, comidos por los cascotes y los troncos negros; piedras rojas de sangre, en las que aquellos desgraciados escribieron sus mensajes del Más Allá. Hombres que hipaban y entre hipos morían, rostros sin piel, siluetas negras y caídas, como brujas fracasadas. Llegó a la mula muerta, pasó sobre ella y al otro lado… Quedó inmovilizado, sobrecogido… ¿qué era aquello?

Nada. Un hombre como él, un minero en pie que podía hablar. Y aquello le había asustado.

—¡Muecas!

—¿Quién eres tú?… —preguntó el aludido con un hilo de voz.

—¿Quién soy…? ¡Muecas!

Landa se llevó las manos al rostro, se palpó como un poseído. Con aquel grito había dejado escapar su desesperación, la respuesta a una terrible realidad, descamada ahora por las palabras de su amigo. Sus hombros comenzaron a sacudirse, al principio imperceptiblemente. Más… más… Landa ya sonreía. Luego suavemente fue llegando la risa, algo parecido a un ladrido.

—¡Calla, condenado! —le gritó el picador, agarrándole por los brazos, los ojos muy abiertos, quizá a punto de secundarle en el desvarío.

Calló. Y volvieron las lágrimas.

—Soy Landa. ¡Landa!

—¡¿Landa?!

—¿Te acuerdas de aquello de «afuera otros esperan y hace un sol espléndido?»… ¿Te acuerdas? ¡Ja! ¡ja!

—¡Calla, Landa! Vamos para atrás. Ramírez también está vivo. Y Roque.

El picador obedeció. Necesitaba un sobrehumano esfuerzo de voluntad para controlar sus nervios deshechos.

—Cuando bajé del coladero no había nadie… Estaban muertos.

Sólo Juanón y Tobías… ¡Se volvió loco!

—Ya lo sé. Ramírez y yo espabilamos hace poco. La explosión nos atontó. ¡Gracias que no se cortó el aire!

Palabras secas, afiladas, que en aquel ambiente mortal sonaban a embrujo, a sacrilegio.

Medio centenar de metros más adelante tropezaron con una trabanca que al desplomarse había reavivado el fuego. Debajo había un busto. Era imposible saber dónde empezaba la carne, dónde terminaba. Aquello era un enorme tizón. Apartaron el poste y con sus manos llagadas extinguieron el fuego de aquella piel, de aquel cuerpo sin vida.

Ramírez estaba un poco más allá, junto a dos mineros. Uno de ellos roncaba sonoramente, haciendo borbotar la sangre que le llenaba la boca; de entre sus labios abiertos surgían las encías, los dientes partidos.

—Tuvimos que rompérselos con una piedra. Se estaba asfixiando y se tragaba la lengua…

Ramírez levantó la cabeza, luego la ladeó hacia su vecino. Roque, que movía sin cesar su rostro desfigurado, irreconocible… ¡Comía!, ¡estaba comiendo! El pedazo de pan desaparecía por… ¿la boca?, ¿la barbilla?, ¡por dónde comía aquel desgraciado!

—Es Landa, Ramírez… —le «presentó» el Muecas, dejándose caer junto al desvanecido. El entibador, sin demostrar la menor sorpresa, comenzó a arrancarse el pellejo quemado que ensombrecía sus piernas desnudas. La calma de aquel hombre espantaba.

—Hay que escapar —dijo al fin—. ¿Encontraste muchas quiebras?

—Sí, hay que escapar…, ¡aquí está el fantasma de la mina! —exclamó Landa mirando temeroso hacia atrás, otra vez sacudido por los nervios—. ¡Yo le he visto!

—No hay fantasmas, Landa —dijo el Muecas, inquieto—. Escucha, tú vienes de allá, ¿qué viste?

—Está cegada sobre el tren —repuso el picador intentando acompasar la respiración—. Tenemos que huir por los coladeros.

Roque seguía comiendo.

—Aquí han muerto más de treinta. Y allá…

—Allá no vive ninguno. Estuve golpeando el tubo y no contestan.

—A nosotros tampoco —añadió desesperanzado el Muecas, cogiendo una piedra.

Landa le imitó y volvieron las angustiosas señales de los enterrados en vida. Machacaban el hierro con ansia vital, los dos…,

ahora ya los tres.

—Parar —dijo el Muecas al cabo de un rato.

Pegaron el oído al tubo. Segundos que parecían eternos. El rostro monstruoso de Landa iba transformándose, haciéndose aún más horrible. Y el del Muecas, el de Ramírez…

—¡Nos oyen!, ¡nos oyen!

Unos golpes debilísimos, exhaustos de atravesar tanto derrumbe, llegaban hasta ellos como la voz de la vida.

—¡Nos oyen!, ¡nos oyen!

Hablaban con piedras, les respondían con piedras, en la conversación más tétrica que puede imaginarse. Luego volvía el desánimo.

—Pueden ser otros que cayeron en otro cepo. ¡Estarán igual que nosotros!

—¡Pero están vivos! —exclamó Landa, a quien el reconocimiento de no hallarse solo en aquella caverna maldita abrillantaba sus ojos—. ¡Hay que escapar!

—¡Sí, hay que escapar!

—¿Cuánto tiempo hará que explotó el grisú?

—No lo sé, a mí me durmió. Pero hay agua y aire; ¡podemos escapar!

Roque había terminado de comer. Ausente de los mineros, quizá hasta de su propia tragedia, estaba entretenido en encender una lámpara. Su desvarío se centraba ahora en eso.

—Por la galería tardarán meses en llegar. Por arriba también nos estarán buscando. ¡Tenemos que ir a su encuentro!

—¡Sí, Landa! —exclamó bruscamente el Muecas, con los ojos inflamados—, ¡no estamos aún muertos! ¡Hay que salir de esta trampa!

—Yo iré al mío, que lo conozco bien, Antes se podía subir, luego cayeron escombros y lo taparon. Vosotros a los vuestros. Si pasa algo y vamos juntos… ¡No estamos aún muertos! —repitió en un grito de rebeldía vital.

—¡Vamos!, ¡vamos!

Había en sus palabras, en aquellos susurros entre llamas y tinieblas, una desgarradora ansia de salvación.

¡¡Vida!! ¡¡Vida!!

* * *

Comenzaba a atardecer en el Valle. El sol corrió hacia Poniente, como huyendo de la humareda, desvaneciéndose frente a la

cordillera; colgado sobre los picos, rojizo, sofocado, producía un calor húmedo y pegajoso que abrillantaba los rostros, suspensos por el viejo y sagrado terror al grisú. Los ojos de la angustiada minería no se apartaban un instante de la jaula, que devolvía a la superficie a los supervivientes y los muertos que iban siendo rescatados. Tres veces habían ya descendido los hombres de la Brigada de Salvamento, cuyos medios de defensa resultaban insuficientes, por pocos y deteriorados, para enfrentarse con la gran tragedia.

—¿Por qué no piden ayuda a otras minas? —repetía excitado un silicoso—. Es mucho drama para nosotros solos. ¡Maldito Pozo!

—Ya la pidieron…

—¡Nunca vi estallar el grisú así!

—¡Parece que les estaba esperando! No hacía ni dos horas que comenzaron la tarea.

Aquellas conversaciones eran ahogadas por los apagados sollozos de las mujeres, hincándose las uñas en las carnes doloridas, rompiendo las telas de sus vestidos, hiriendo sus enflaquecidos pechos. Los miembros de la Brigada seguían diciendo que oían gritos, que alguien reía. Los rescatados hablaban de relinchos que asustaban más que los aullidos de los encerrados. Y de que luego todo fue apagándose, asfixiado por los ácidos, A la noche oscura de la mina había llegado la muerte. Se referían a ella con el acento de los primitivos terrores, reconociendo haber escapado una vez más a su sombrío destino. En su cerebro, enturbiado por los gases, aún se estrellaban gritos, súplicas, carreras, derrumbes. Y ahora, ya liberados, alguna maldición como si ellos tuviesen la culpa de haberse salvado. Con palabras que parecían venir de un resucitado, repetían, repetían…

—Vendrán otras Brigadas y sacarán a todos.

—Sí, los sacarán a todos. Ya salió hace dos horas la del Enquistao.

—¿Por qué no os quedasteis a sacarlos vosotros? ¡di! ¿por qué?

—No podíamos, mujer —se defendían fatigados—. Sin máscara no hay quien aguante abajo.

—¡No podíais!, ¡no podíais! ¡Si fuese mi Juanón ya os habría sacado a vosotros!

—Mira como estoy —se excusaba un desgraciado, el rostro hinchado por el grisú y los cabellos quemados que, arropado en un saco, era sostenido por dos compañeros—, ¿crees que yo podría hacer algo?

—¿O yo? —se atrevió a insinuar otro que ofrecía un aspecto menos lastimoso.

—¡Tú, sí! —bramó una mujeruca fuera de sí, abofeteándole.

El minero, los labios trémulos, se pasó los dedos por la cara. Comprendiendo el dolor de aquellas mujeres adivinando a los suyos retorciéndose en la gigantesca fosa que era la tercera galería, bajó la cabeza y se alejó con un gesto extraño, de muerto, como intentando recordar algo que creía olvidado para siempre.

Se iban todos, encorvados, acompañados de los suyos que en silencio gozaban de su hombre devuelto; o reían a gritos, como estupidizados, insultantes.

Las gentes y la maniobra, y el silencio… Otra vez el mundo suspendido de las ruedas de aquel castillete altísimo, de aquel altar del dolor.

* * *

En la explanada se detenía en aquel momento una tropilla de caballos. Hombres y utensilios, los miembros de la esperada Brigada. Venían de muy lejos, cansados. Rápidamente se colocaron unos cilindros de oxígeno y se ajustaron las máscaras. Los «marcianos», como cariñosamente se les llamaba en la cuenca, tomaron picos, inhaladores y rollos de tubería y se dispusieron a descender a aquel caos de humo. Daba emoción verlos, ¡jóvenes, valientes, generosos! Alguien pudo aplaudir; los demás formaron un impresionante coro de súplicas, de nombres y lágrimas. Otros movían los labios sin hablar, rezando, rezando…

La más hermosa empresa les estaba reservada a aquellos héroes. Acababan de abandonar una mina lejana para abismarse en un Pozo en ruinas, en el reino de la muerte acechando.

Un grupo de hombres se acercó transportando media docena de ataúdes de leño.

Aquellas toscas cajas pronto estarían llenas de cuerpos destrozados, de muñecos de carne rotos por la onda. Los niños adquirían gravedad de viejos; los viejos y las mujeres miraban con asco, con rabia y amor aquellas ruedas qué giraban de prisa, llevando hacia las profundidades los toscos féretros, ya corriendo tras los hombres de la Brigada.

—Madre, ¿ya salió padre? —preguntaba un niño sin alzar la cabeza, enredando con dos palitos.

—Todavía no, hijo…

Aquella mujer tenía los ojos encendidos por un arrobamiento salvaje, fijos en el hueco de la jaula, como persiguiendo las cajas de pino o zinc recién descendidas.

—Dicen que están todos muertos, madre —insistía el pequeño con voz dulce.

—Todos no…

Un apagado rugido rompió la falsa calma. La jaula acababa de subir a la superficie un grupo más de hombres.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Quiénes son! ¡Quiénes son!

—¡Juan, perdóname! ¡Por Dios! ¡mi Juan! ¡mi Juan!

Algunas rogaban ser perdonadas por el hombre que no subía, al que creían ya muerto… ¿Por no haberle hecho feliz?, ¿por no haberle querido más, ya que su vida debería ser tan corta?

* * *

Mi madre estaba a mi lado y no nos habíamos visto. Su semblante, tenso y envejecido, llegó a asustarme. El desaliento, la fatiga de tres millones de años se hallaba concentrado en su rostro, perdida ya irremisiblemente toda voluntad de lucha. Sin embargo, ausente de cuanto la rodeaba, aún seguía rogando.

—¡No me lo lleves, Dios mío!, ¡no me lo lleves!

—¿Qué hemos hecho, Señor, para que nos castigues así? —preguntaba una mujer levantando los brazos al cielo, como pidiendo cuentas al Hacedor.

Supervivientes, más supervivientes…

La muchedumbre intentó romper la barrera. Los familiares de los nuevos rescatados les palpaban con manos de ciego; las mujeres el cuerpo entero, obscenas, queriendo asegurarse de que su hombre aún estaba caliente, de que vivía, de que seguía siendo macho.

Rígidos los labios, rígidos los ojos, las demás gentes esperaban. Era imposible imaginar aquellas palideces; hasta la última gota de sangre parecía haber huido de sus cuerpos temblorosos.

—¡Mi hijo! ¡Dios mío, mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

—¡Habéis visto a mi Calixto!, ¡habéis visto a mi Calixto!

Me solté de mi madre y escabulléndome entre los mineros que formaban el cordón, me perdí entre el humo. En el centro se alzaba el castillete el altar negro en torno al cual se movían confusas siluetas, tosiendo, apenas resguardadas por unas toscas máscaras, la careta de esponja o un simple pañuelo.

—¡Padre!, ¡padre!

—¿Quién llama por ahí?…

—Por la parte del recodo se hundió toda la galería. Eso no se levanta ni en un año.

—De ahí no sale ninguno.

—Pedraza murió cuando le subían. Estaba…

Un golpe de tos le interrumpió.

De una camilla colgaban las manos muertas de un muchacho. Se acercaban otras manchas, también tosiendo. Venían de la cueva del horror, donde dejaran a sus compañeros aplastados bajo la bóveda. Con ellos llegaba un débil hálito de resurrección, de esperanza. Salían de la jaula o eran sacados, cubiertos por sacos y chaquetas.

—¡Los muertos tendrán que esperar! Estas cosas hay que hacerlas por la noche. Son muchos y la gente se asustará.

Era imposible reconocer a los que hablaban.

—¡Padre!, ¡padre!

—Vamos, chico, ¡lárgate! Aquí no haces nada.

—Mi padre, señor; ¿ha visto a mi padre?

Pese al pañuelo mojado la tos oprimía mi garganta.

Me acerqué hasta tocar la confusa silueta. Bruscamente me cogieron del brazo y me sacaron de aquella humareda que hería los pulmones.

—¡Déjeme!, ¡déjeme!

—A tu padre le sacarán en seguida. ¡Vete a casa, que aquí no haces más que estorbar!

Era el Bola.

—¡No lo encuentran! —grité fuera de sí—. ¡Si no lo están buscando!

—¡Calla mocoso!… ¡a él más que a otros!

—Dígame la verdad, señor —le supliqué, enturbiados los ojos por unas lágrimas hondísimas.

—Te lo estoy diciendo —repuso con rudeza—, ¡más que a otros!

Y bajando la voz, añadió:

—Está abajo Vitelón y no hace más que preguntar por él. Levanta más cascotes que media docena de hombres.

—¡Vitelón!… ¡Vitelón! —grité.

—¡Calla, condenado!

Me tomó del brazo, oprimiéndomelo hasta hacerme daño.

—Sí, señor, sí…; ¡gracias!, ¡gracias!

* * *

El humo seguía viniendo de allá abajo, donde los hombres se asfixiaban y los locos reían. Las gentes mineras se decían que una vez más llovía sangre sobre el Valle. Allá en las cimas, las viejas viudas iban serenando su angustia porque había llegado lo

irremediable. Movían los labios en una plegaria que traía música filtrada del corazón:

Ya llegó nuestra hora del dolor
tu cuerpo ha sido devuelto a la tierra
¡eras valiente, minero!
y la muerte se enamoró de ti…

* * *

La noche velaría la tragedia. Al amparo de sus sombras sacaron los muertos. Siempre fue igual.

* * *

Yo presentía que mi padre no saldría en aquellas cajas de leño. Vitelón había venido a salvarle y aún vivían muchos… ¡estaban hablando!

Una de las veces que el gigante, ansioso de respirar aire puro, se aventuró hasta la penumbra de la humareda, la gente le descubrió y un alarido de agradecimiento recorrió la multitud. Volvió a esconderse y sentí unos irreprimibles deseos de ir junto a él, de besarle los pies.

Había venido por sacar a mi padre, sólo por mi padre. ¡Yo lo sabía!

—Madre, Vitelón ha venido a por padre, ¿le has visto?

—Sí, hijo. Es muy bueno… ¡Dios le proteja!

Había en sus palabras mucha desesperanza, demasiado desamparo para poder creer en otra cosa que en la propia tragedia.

* * *

Iba andando a trompicones, empujado por el instinto, tambaleándose borracho de vida. Ya no le importaba que allí oliese a grisú, a sangre, a miedo. ¡Su pequeño Landa no tendría que ir a la mina! ¡Se salvaría, salvándose él!

La esperanza había renacido, como una llamarada vital.

¡Vida!, ¡vida!

Tobías dormía y a su paso pareció despertar.

—Espera, Tobías. Ahora vendrán a por ti. ¡Ahora vendremos!

Cuando se encaramó en el coladero, la carcajada del loco puso duda en su ánimo. Se esforzó en olvidarle y metió su cuerpo en la rampa desplomada. Hacía un calor asfixiante, aunque el fuego se había extinguido. Los ojos comenzaron pronto a dolerle, como si sangrasen, arañados por el humo que se retorcía en el agujero, a la manguera, que seguía soplando débilmente, no tardó en sentirse aturdido. Jadeaba, sudaba…, ¿era sudor aquello?

Landa comenzó a apartar carbón y pedruscos, huyendo de la muerte que parecía pisarle los talones. Abajo, semicegado por los escombros que iba removiendo, desaparecía la penumbra del túnel. El picador iba cortándose la retirada. Encima colgaban cincuenta metros de montaña, un muro suelto imposible quizá de atravesar.

¿Descender otra vez a la galería?, ¿seguir? Llegó el miedo, un pánico negro le invadió. Llamaba, gritaba, queriendo ahuyentar tanta soledad. El calor le sofocaba, los músculos, agarrotados por los ácidos, movían sus brazos lentamente. Tosía de una manera brutal, a punto de echar los pulmones por la boca. Y así seguía luchando contra aquel manto de humo, de polvillo, maderas y escombros.

Un costero enorme obstruía el camino, como un hueso de la tierra. Ayudándose con un pedazo de mamposta, logró apartarle. El techo, libre de un soporte más, comenzó a desmigarse. Pegado a una de las paredes, lavado ahora el rostro por el sudor del espanto, veía pasar a su lado, rozándole el pecho, enormes masas de hulla, troncos, agua y piedras, muchas piedras…

Sintió un dolor horrible en la pierna y cayó de espaldas. Los ojos se le nublaron. Una enorme roca desprendida le tenía aprisionado contra la veta. Cuando pasó el derrame, un silencio de muerte se apoderó de la rampa. Entre el polvillo y el humo se movían masas negras, como si los espíritus de la mina, ya despertados, iniciasen una desequilibrada danza.

Era inaguantable aquel sufrimiento, al que venía a unirse un terror desconocido, la muerte que por primera vez veía decidida y plantada ante él. Apretó los dientes; silbaban sus pulmones, oprimidos por un jadeo rápido y seco, tras el que se adivinaba algo terrible. Como una bestia a punto de perecer, clavó sus garras en el carbón, en el costero que estaba matándole. Algo zumbaba en su cerebro con una monotonía trágica y enervante, venciéndole. ¡Qué momentos aquellos!… Semidesnudo, enlodado, la sangre escapando, asustada; ahogándole la espuma negra que no podía tragar ni escupir, que luego le caía por la barbilla cuando, con gran

esfuerzo, lograba expulsarla de sus labios rotos y vacíos.

Dejó escapar un gemido largo. Y palabras confusas, no ordenadas por el cerebro.

Landa deliraba, tiritando de dolor y de frío, de debilidad. Durante unos instantes pareció pasar ante sus ojos una nube blanca y oyó murmurar al río y trinar los pájaros. Luego todo fue oscureciéndose.

El costero iba devorándole poco a poco, chupándole la sangre que ya empezaba a faltarle. Enfrente, la veta, con el canto del grisú explotando en sus celdillas, parecía contemplarle piadosa. Era la misma que llevaba varias semanas amenazando, avisando también.

Con los ojos muy abiertos por el dolor, mirando al muro negro, perdió el conocimiento.

La mina, turbulenta y enloquecida, seguía destrozándose.

* * *

Habían pasado dos días. Las gentes iban desertando de la maniobra; el castillete del Pozo continuaba semivelado por los humos de los incendios subterráneos, ofreciendo esa melancolía de las cosas que parecen eternas. Ya se sabían los nombres de las nuevas víctimas del grisú, ya se habían ido los resucitados y los gozosos alaridos de sus familiares. Y otros, con sus muertos, llevándose el luto a sus hogares. Habían sido rescatados treinta y dos cadáveres, los encerrados en la quiebra más cercana al transversal. Algunos estaban tan desfigurados que costaba creer que aquellos trozos de carne un día formaron un ser humano.

Ya había llegado la resignación. Silenciosos, allí seguían las mujeres y los hijos de los aún tragados por la mina. Y los viejos silicosos, llenos de tantos recuerdos que podían sonar despiertos, como en una pesadilla, la angustia de los sepultados.

Las dos Brigadas de salvamento se desplomaban día y noche en la jaula, permanecían unas horas hurgando en aquel caos y volvían a la superficie, donde recambiaban los agotados cilindros de oxígeno. Y otra vez a las profundidades. Su marcha era seguida por la mirada ansiosa y agradecida de los que en ellos habían puesto sus esperanzas, quizá ya sólo la enfermiza esperanza de que su hombre no quedase enterrado en el Pozo.

Aquellos fantasmas que después se aparecían a los mineros…

Los de las Brigadas repetían que la quiebra iba siendo levantada. Y que al otro lado algunos vivían, porque estaban «hablando»…

—¡Están hablando!, ¡están hablando!

Como llevada por alas, la noticia se expandía por la maniobra, corría Camino arriba, resonando hasta en las cumbres del Valle.

También decían que los encerrados dormían a veces, que no contestaban a sus golpes. Cuando se perdía la esperanza de encontrar más supervivientes, las señales se reanudaban, agitadas, como si alguno hubiese despertado súbitamente, espantado. Los que transmitían parecían encontrarse afiebrados, deliraban en sus enloquecidos mensajes que llegaban debilísimos al lado libre del túnel.

—Parece que hablan de allá, de ultratumba… —confesaba al señor Marcos un minero llamado el Luces.

—Gracias a que no les falta el aire y el agua…

—Se morirán de hambre si antes no se los comen los ácidos. Hemos intentado mandar comida por el tubo, pero tememos que se atasque. Si deja de llegarles el aire…

—Aún faltan diecinueve… según las lámparas.

—Sí, diecinueve. Y Vitelón, que se matará si sigue haciendo el burro. Donde ve un agujero allí se mete, aunque esté más suelto que el virgo de la tía Vacas.

—Está Landa encerrado; ya sabes lo amigos que eran.

—También sé que no se puede correr así. La labor de conquista necesita muchas precauciones, señor Marcos. Si no, nos desgraciamos todos. ¡Mira, ahí sube!… Hasta luego…

Un grupo de mineros salían en aquel momento de la jaula. A su encuentro iba la brigada de relevo y el saludo de la minería, ya más débil, porque la pena se había ahondado. Pronunciaban algunas palabras de aliento y una mujer dejaba escapar una risita enfermiza, brotada después de escarbar mucho tiempo en el corazón.

Ellos subieron el cuerpo de un rescatado más y las gentes se apelotonaban, se revolvían las gargantas. Gritaban un nombre y la esposa corría tras aquel revoltijo de carnes, llorando suavemente porque ya había visto muchos otros, porque ya todo lo esperaba.

Los demás se disponían a seguir esperando. Desde lejos contemplaban a los hombres de la Brigada, descansando al amparo del cordón de mineros. Algún viejo silicoso, algún niño que hasta allí logró escabullirse y al que nadie tenia valor para alejarle, les acompañaban.

—Vitelón…

—No le encuentro, Landa… ¡Le estoy buscando como si fuera mi padre!

Vitelón, vaciando en el suelo su cansada mirada, semejaba un titán. La cabeza caída, sin mirar a nadie, ausente. Tenía las pupilas

enrojecidas y, aunque fatigadas, centelleantes, con un brillo heroico. No parecía un hombre como los demás, sino perteneciente a una raza extraña, ya desaparecida. Era, sin duda, el más valiente de todos y en él, más que en ninguno otro, se notaba el contacto con la muerte estirada allá abajo, en la planta cuarta.

—Tú encontrarás a mi padre, Vitelón.

—Sí, yo le encontraré…

Sobrecogido de una manera desgarradoramente íntima por lo que estaba viendo, costaba trabajo reconocer su voz, quebrada, sin la menor inflexión. Tenía las aletas de la nariz increíblemente dilatadas, como emborrachándose de aire; el rostro desfigurado por el carbón y el sudor.

—Come algo, Vitelón —le ofrecía el Patriarca, acercándole un capacho.

—Deje, señor Marcos, no tengo gana.

—Es una tortilla, te dará fuerza.

—La hizo mi madre, Vitelón.

—Traiga…

Comía sin ganas, obsesionado por una idea fija que a veces debía sobresaltarle porque se sobresaltaban sus ojos. A mí me daba mucho miedo cuando le pasaba aquello. Sentía ganas de llorar.

—Tienen aire, ¿verdad, Vitelón?

—Sí…

—Y están todavía hablando, ¿verdad?

—Sí, Landa…

Me alejaba a dar la buena nueva a mi madre, que la recibía en silencio. Poco después estaba de vuelta, preguntando, admirando a Vitelón. El señor Marcos seguía rogándole:

—¿Por qué no descansas un rato, Vitelón? Se acabarán las fuerzas y harás menos. Tienes que dormir algo.

—De ahí no sale nadie más con… bueno —se interrumpió—, ya me entiende, señor Marcos.

—Están hablando. Puede que la quiebra no sea tan larga como creéis.

—Hablando… ¡muy lejos!… —se decidió a ignorar mi presencia —. ¡Deben de haberse vuelto locos!

Vitelón alzó bruscamente la cabeza. Le llameaban los ojos.

—¡Y los perros esos qué dicen!… ¿Aún me buscan?

—Te dejarán tranquilo. No quieren encizañar más la cuenca.

El minero volvió a vaciar su mirada sobre la arena sucia; su cerebro debía seguir dictándole escenas escalofriantes.

Atraído por la catástrofe, un hombre se acercaba. Tras él venían

un oso y dos camellos. Eran los encargados de alegrar la chiquillería del Valle en las fiestas que el calendario, sólo el calendario, señalaba para una semana después.

* * *

Pasaban las horas. Las mujeres continuaban agitándose cada vez que las ruedas del Pozo, anunciando que la jaula vomitaba una camilla más, se ponía en movimiento.

—¿Quién?, ¿quién?

—No se sabe. Está todo quemado.

—¡Es Macario!

—Ahora que su mujer iba a parir…

—¡Es Marión!

—Ahora que se iba a casar…

Cuando sacaban el cuerpo destrozado de algún campesino venido solitario a la cuenca, se lo llevaban de prisa, como despreciado por el dolor colectivo. Ya llegaría el soplo del drama a su vega, a su surco, a su hogar.

Pasaban las horas… Silencio espartano en las mujeres. Allí, ante el castillete, como asistentes a una misa negra, estaba Numancia, callada y humilde, esperando la hora del dolor comprobado. Daba vértigo tanta entereza, aquella sumisión ante un destino vulgar y heroico.

Aquellas mujeres que un día oyeron cantar al oído, con picardía en el acento:

Si tú quisieras mirarme…
aunque aún no me quieras…
Si tú quisieras mirarme…

Ellas, eran ellas, cuando el mundo sonrió por un instante.

Después empezó la vida de inquietud. Sus hombres debían bajar a buscar el pan al Pozo, ofrecer su vida jugosa y fresca, amenazada cada día, cada instante, como víctimas de un juego eterno de deshumanización.

Allí estaba Numancia, callada, vulgar y heroica…

Yo también había aprendido a llorar por dentro.

* * *

—María… María…

Llamaba sin fuerza, con voz ya muerta. María no acudía y él no podía gritar más. Se sentía agonizar, pegado aún a la vida por un hilito de sangre. Le dio una arcada que no terminaba de subir a la garganta, que fue muy larga. Y seguía llamando a María, cuando nadie contestaba y el mundo estaba caído en un silencio de tumba.

Tenía fiebre. Intentó moverse y el tirón del dolor estuvo a punto de desvanecerle.

¡Qué solo estaba, qué pavor infundía aquel silencio perfecto! Le dolía muy adentro, más aún de su cuerpo quemado, de su pierna deshecha por el costero. Otra vez la mina, vengativa, encerrándole, otra vez presa de aquel ataúd que él mismo fue día a día construyendo. Una voz interior le asustaba. Y oyendo cómo un viento que le contaba cosas pasadas, se acordó de Roxo, cuando fue al río a bañarse y se puso la ropa limpia porque pensaba ahorcarse.

El sueño fue posándose sobre su larga desesperación. Imágenes brillantes brotaban como chispas que rasgaban la negrura, de donde a veces parecía despegarse, envolverle con sus brazos de gasa, el monstruo físico del grisú. Herido, enfermo, indefenso, Landa aún tenía fuerzas para combatir al fantasma, enterrado como él en el fondo de la mina. Le escupía, le insultaba… después el delirio iba pasando.

Volvía la calma, velados los dolores por la asfixia. Debía de llevar una vida entera ahí encerrado porque se acordaba del Muecas con la sensación de haberle visto hacía mil años.

—Landa…

Su humana herida, la herida de padre, sangraba ahora por el recuerdo de su hijo. En los delirios visuales que volvían, estaba allí, ante él, impresionantemente mudo y con mucho desamparo en el semblante. Al fin movió los labios y en los pliegues de su voz y de su tono todo fue amargura.

«Padre…»

Confusamente se agitaban en él nociones de amor, de esperanza, de muerte. Parecía un absurdo contador de cosas idas, de gritos que iban hacia adentro, desarticulando ya su propia existencia.

* * *

Landa llevaba muchas horas desangrándose. Aquel enorme costero abría sus venas poco a poco, como gozando con la larga agonía del minero, con la aterradora soledad de que era víctima. En medio de tanta tragedia, traídos por ella, llegaban instantes de

tregua. De entre los laberintos de la memoria surgían entonces recuerdos dulces, temblores de emoción. Y se acordó de cuando era muchacho y tenía la cabeza llena de ilusiones.

Comenzó a llorar en silencio porque por unos instantes su alma se había vuelto cuerda.

La rampa daba un apretón, una dentellada más y caían maderas y cascotes, golpeando su cuerpo llagado. El agua le lavaba el polvillo, produciéndole arcadas. Y aquello también parecía comenzado hacía mil años.

Vencido por tanto sufrimiento, Landa fue poco a poco sintiendo deseos de morirse, de encontrar paz, llegando allí donde ya no llovía sangre, ni grisú, ni amores que dolían. Con gran esfuerzo logró llevar la mano al cinto, apretado contra la carne desnuda, y en su mano brilló la fealdad de aquel fetiche que le regaló su hijo un día que quiso unos pantalones nuevos. La «Bruja de la suerte» le llamaba su pequeño Landa.

Al conjuro de su aparición, unos estremecedores ruidos rompieron la nueva serenidad de la mina. Como un zarpazo, una piedra le golpeó el hombro y el fetiche cayó sobre los escombros polvorientos, huyendo de la muerte que llegaba entre tanta negrura y soledad.

Landa quedó sepultado. Sus fuerzas, exhaustas para todo intento de lucha, le mantuvieron inmóvil. Aún su cerebro regía, haciéndole respirar regularmente para así morir mejor. La muerte fue apoderándose de él muy despacio, como de mala gana.

* * *

No sufrió mucho Landa. En el último momento, como premiando a un elegido, su boca se arrugó en una mueca serena. Era la muerte, que tenía una sonrisa propia, haciéndole comprender que ella era la única salvación.

—Landa, hijo mío…

Aún llegó a ver un chisporroteo de luces. Así murió.

CAPÍTULO VI
EL ENTIERRO

Los hombres de mi Valle…

La repetición de las tragedias les comunicaba una fortaleza distinta, como si la honda de dolor llegase a ellos cansada. Se esforzaban, entre tragos de vino y canciones broncas, que tenían algo de viento triste, en olvidar su íntima desolación. Volvían la espalda a los muertos y a las chozas habitadas por las viudas mineras, allá en las cumbres; y al peligro, esperándoles al día siguiente; al polvo de las rampas y a las dinamitas, hasta a la vida, a la que no debían ninguna gratitud. Las penas largas eran para las gentes grises y amancebadas que podían gustarlas despaciosamente. Un rosario negro e interminable sería entonces aquel ir y venir continuo al cementerio… ¿qué hacer? Olvidar pronto para poder gozar de los intervalos de paz. A casa había que seguir llevando el pan. Que los muertos rodasen a los hoyos, mañana podían ser ellos. Otra vez había estallado el grisú, de nuevo rodeados por una estela de ausencias, por medio centenar de caídos… ¿Y qué?

Eran soldados del trabajo, obligados a una tarea demasiado dura para que la naturaleza no les ayudase a sobrellevarla.

Trabajaban sin ilusión, sin amor, sin esperanza de mejorar algún día, cansados de corazonadas fallidas, de marchar en hilera tras unos féretros que terminaban por dejarles fríos, sin emoción alguna. A veces, hasta les desagradaba aquel frecuente empujar y descender ataúdes, echarles tierra encima, oír rezos, lloros…

—¡Bah! ¡Siempre la misma historia!

¿Cómo podría ser de otra manera? Sus padres habían sido devorados por la mina o andaban caídos por las carreteras, chupando el sol y tosiendo la sílice que oprimía sus pulmones. Los hijos correteaban por los campos, endureciendo sus bíceps, preparándolos para empuñar pronto el martillo y hurgar en la dinamita. Padre, mineros, hijos, ¡todos!, antes o después caerían en

las tinieblas, en la trampa de una jungla negra y asustante. Así, el fuerte tronco de las dinastías mineras cumplía su sino. Arrastrarse por las galerías o morirse de hambre. Y de vez en cuando caer apiñados, víctimas de una batalla más contra el grisú.

Su sino. Como el de otros era acudir voraces a recoger el fruto de tanta sangre vertida. Así estaba escrito, parecía, desde el principio de la creación.

* * *

Camino del cementerio avanzaba lentamente un cortejo. Borrosas siluetas se recortaban en las tinieblas del día. Los transeúntes se santiguaban o, quitándose respetuosamente la boina, engrosaban la comitiva. Los niños, empezando a adivinar lo que significaba aquello que llamaban muerte, preguntaban…

Iban a enterrar al Muecas, el último rescatado. Las mujeres rezaban en voz alta, en un grito colectivo que trepaba por la niebla. Los hombres repasaban recuerdos personales y la tragedia que se llevó a un camarada. Ni uno solo de los huérfanos de la catástrofe faltaba a la cita.

El hijo del muerto marchaba a mi lado. Me había contado que le dejaron verle un momento y que tenía los párpados hinchados y el pecho casi partido por un costero; y que en el semblante no demostraba dolor porque los gases le ayudaron a morir.

Me daba mucha pena el Muecas. Como me la dio aquel día lejano que jugábamos a policías y bandoleros y corrimos al Pozo cuando su padre ya iba camino del hospitalillo. Me daban pena aquellos huérfanos, unidos a mí por la común desgracia…

No, la mía era mayor porque mi padre parecía definitivamente tragado por la mina. Rodeado de ojos, de gentes que se me antojaban extrañas, alejado de mi madre para no verla sufrir tanto, miraba el féretro dominado por un misterioso deseo, por una súbita esperanza.

«Si encontraran a mi padre, si pudiesen enterrarle como a los demás…»

Sentía una pena que enlutaba mis once años poco antes cumplidos; un primitivo terror hacia las derrumbadas galerías, hacia el Pozo. Y ante el recuerdo de las noches de pesadilla en las que veía a mi padre despegándose de las piedras: un fantasma deformado, monstruoso, vivo… ¡llamándome!, ¡llamándome!

¿Por qué a él le estaba vedado el descanso bajo la tierra conocida? ¿Por qué yo no podía hablarle, rezar por él en la tierra

amiga del cementerio?

El alma aterida, abierta a mil interrogantes que me asustaban. Ni un destello de esperanza traspasaba aquellas tinieblas de amargura.

—Padre, padre… —repetía andando tras aquel féretro que se balanceaba bajo la lluvia.

Llorando, iba quedándome rezagado. Como un perro que por equivocación marchase tras un amo que no era el suyo.

* * *

Llegué al cementerio cuando las gentes ya se retiraban. Se fueron los hombres y se fueron las mujeres. Y el Muecas, cogido de la mano de su madre. Yo quedé allí, como un caminante que no encuentra buen sendero para proseguir su ruta, dominado por la sensación de estar en vísperas de un gran acontecimiento, de un grito torrencial que partiese de aquella tierra removida donde dormía el picador Muecas, el compañero de mi padre, el único quizá que podía decirme dónde estaba sepultado y si la muerte se portó bien con él.

Vencido por la angustia se me iban doblando las piernas; me hinqué de rodillas y comencé a rezar por mi padre caído y enterrado en el Pozo.

Así destilaba mi doble pena de huérfano, junto a aquella muerte que se me antojaba caliente y terriblemente próxima…

—¡Usted lo sabe!, ¡usted lo sabe!

Los perros de Cándido, el sepulturero, ya venían a pelear junto a la cruz recién clavada.

Me puse en pie. Estaba solo. E impresionantemente solo me sentía.

* * *

Desde que sepultaron al Muecas mi mente manoseaba una idea obsesionante. Con su enterramiento, semejaba borrarse la última posibilidad de rescatar el cuerpo de mi padre. Presa de una tristeza hasta entonces ignorada, ella iba despertando en mí esa pequeña hombría de los niños, transformándome en un chico distinto, un hombre distinto también a aquél que nació bajo el sablazo de un guardia.

El Muecas había sido enterrado y Vitelón se daba por vencido.

En los atardeceres solitarios, con la vista fija en el Pozo, creía escuchar una canción que hablaba de mina, de dolor y esperanza. Era aquélla que cantábamos carretera adelante; la misma que ahora llegaba a mí con distinto acento, traída por la voz de mi padre muerto. Otras veces, en mis impresionantes sueños, mi alma se llenaba de hermosos acontecimientos y avanzaba resuelto por la galería, apartaba escombros, levantaba cuadros en busca de mi hermano grande… ¡Allí estaba! Negro, quemado, extendiendo los brazos, sonriéndome entristecido. Luego hablaba… Un sentimiento horrible se apoderaba entonces de aquellos sueños, haciéndoles saltar, despertándome. Y aún así en mi cabeza seguían entrando torrentes de miedo.

Por el día, la pena dejaba paso a una profunda melancolía. Parecía abrigar en el pecho un desconocido que fuese dictándome palabras y sentimientos nuevos, algo que provocaba en mí sollozos mansos. Mi pobre madre, pálida, los ojos enrojecidos por las lágrimas, me llamaba a su lado, apretándome contra su cuerpo, uniendo nuestra común angustia, nuestro común desamparo. El drama, que no era sólo su viudez o mi orfandad, la muerte a secas, ofrecía en nosotros sus contornos más trágicos.

—La carne hay que enterrarla, madre —gemía desconsolado—, hay que enterrarla. Lo dice el señor Marcos.

—Sí, hijo…

—Le ponemos una cruz y así es un muerto como los demás, ¿verdad, madre?

—Sí, hijo. Un muerto como los demás.

—Dicen que ya no le encontrarán, que está el túnel suelto y que van a tapar la galería.

Se apartaba de mí. En un silencio impresionante, seco ya el llanto, se apoyaba en el quicio de la ventana, desde donde se divisaba el castillete del Pozo. Ya no salía humo. Metían maderas, entraban hombres. Y sacaban escombros, escombros… Alzaba la cabeza y nuestros ojos se encontraban. En los suyos brillaba tanta soledad y angustia, que tenía que correr Camino abajo para no romper en sollozos delante de ella.

Lentamente, sin rumbo, andaba y andaba, alejándome a veces hasta del pueblo. Marchaba en dirección al Pantano, donde la tía Mogotes preparaba filtros que provocaban abortos y curaban el reuma.

Era rico en leyendas aquel maldito lago, de superficie gris y mortal. Decían que, ya retirándose camino de su país, los soldados de Napoleón habían arrojado en él un valiosísimo cargamento. Lo

que era cierto es que allí estaban los cuerpos, y quizá hasta las almas, de algunos silicosos que acabaron con sus vidas zambulléndolas en aquellas aguas, suicidándose después de tanta resignación. Ante sus orillas, viendo reflejarse al sol sobre el lago, quedaba largo rato soñando nubes de muertos, preguntándome quién pondría en el mundo tanta pena, quién permitiría aquella matanza de inocentes. El Pantano, que parecía el vómito de mil tragedias reunidas, me atraía, contándome al oído el tremendo secreto de los muertos retenidos bajo sus aguas, de los otros, olvidados en el reino perdido bajo tierra.

En las márgenes de aquella tumba abierta crecían algunas pobres flores y ladraba el perro de la tía Mogotes, atado junto a la puerta de la mísera choza. Me daba pena aquel perro, como si lo sintiera muy igual a mí, también huérfano de padre y amigo. El también debió nacer para ladrar sin pausa, para saborear amarguras y quejarse.

En aquellos diálogos con el atardecer y el Pantano, recorriendo con la mirada sus aguas turbias y las fantásticas siluetas que el crepúsculo dibujaba en la lejanía, me sentía abandonado del mundo, sin un poco de ilusión que llevarme al alma. Ni por las noches, cuando el recuerdo despertaba sobresaltado, experimentaba tal abatimiento.

En un inexplicable ademán, solía despedirme del Pantano metiendo la punta del pie en el cieno. Luego cogía una piedra y la tiraba a la choza de la tía Mogotes. La vieja salía gritando con voz chillona, amenazando con soltar al perro.

Me alejaba corriendo, llorando, sin que lograse comprender por qué la presencia del Pantano me producía aquella congoja.

* * *

El Pantano parecía reavivar mi angustia. De sus orillas a la maniobra del Pozo había más de dos kilómetros, que los recorría en pocos minutos. Llegado al amaine, me mezclaba con los mineros, experimentando un sentimiento de alivio ante la compañía de aquellos hombres que trabajaban en la planta donde estaba sepultado mi padre.

Seguía saliendo carbón…

El reino de las tinieblas escupía mineral y hombres y más hombres. Respirando a pleno pulmón, y tras un gruñido de despedida, se alejaban hacia las tabernas del pueblo o las colgadas en las laderas, junto a los hornos destilando hulla. Echaban un

trago, deteniéndose luego un rato ante los fuegos donde se calentaban los viejos y hablaban de amor las parejas de novios. Los hornos de coque, como hijos del gran Carmelón, punteaban el Valle, dando a sus noches un aspecto melancólico, con algo de superstición.

Ellos se iban; yo seguía preguntando, seguían respondiéndome como hablando a un niño siempre enfermo.

—¿Ves esos vagones de escombros? Vienen del curvón. ¡Tu padre no puede estar mucho más allá!

Me acercaba a las piedras, las tocaba, acariciándolas casi. Formaron parte de la última curva, donde quizá las tocó él.

—¿Cuándo le encontrarán?

—A lo mejor esta misma noche.

—La semana pasada me dijo usted lo mismo.

—Por eso… —respondía el Empalmao confuso—; ¡ya estamos más cerca!

El Empalmao también se iba. El sonido chillón de la campana me atraía de nuevo junto a la jaula. El cable ya corría vertiginosamente hacia abajo, temblando por el esfuerzo, arrojando al abismo una docena más de hombres ansiosos de levantar quiebras, de encontrar a mi padre. A algunos apenas les conocía.

—¿El cable no se rompe nunca?

—No, nunca…; ¡vamos, alguna vez!

—¿Y si se rompe?

—Bueno…, entonces es necesario pensar un poco.

—¿A cuántos metros está mi padre enterrado?

—A unos trescientos y pico. Y luego un kilómetro y medio andando. Las ratas conocen bien el camino. ¡Toma, echa un trago!

El picador escupió saliva negra, tendiéndome la bota que sacó del bolsillo.

—No, gracias. Yo no tengo carbón en la garganta.

—Pronto lo tendrás, ¡bebe!

Me mojaba los labios. El minero echaba un largo trago, se guardaba la bota y entraba en la jaula. Poco después se desplomaba en las tinieblas.

No tardaba en oír un ruido confuso. El montacargas regresaba con un cargamento más. Carbón, escombros…, o subiendo algún animal. «Alegría», el viejo caballo que a diferencia de sus compañeros de cuadra no era sacado los sábados por lo díscolo que regresaba, al fin volvía a ver las estrellas. «Alegría» hacía ocho años que cayó en aquel reino de la noche. Ahora subía para morir. Se había roto una pata e iba a ser sacrificado. Quizá la lesión le hacía

sufrir, pero «Alegría» lo olvidaba, perdidos sus sentimientos en aquel gozoso rescate de una vida dejada muy atrás, cuando correteaba entre arroyuelos y árboles y un hombre vino a comprarle. Pese a ser de noche, a estar acostumbrado a moverse entre lámparas, «Alegría» parecía desorientado. Andaba a trompicones, sin una queja, arrastrando su extremidad quebrada, sacudido su pequeño cerebro al intentar recordar aquel sol que se fue para siempre, aquellos montes que adivinaba bajo el horizonte estirado de las estrellas. El viejo caballo debió olvidarse del día en el mismo momento en que, temblando espantosamente, le colgaron de un cable que enganchaba la enorme cincha que rodeaba su barriga. «Alegría» fue cayendo en el vacío del embudo, desplomándose en un horrible silencio, sólo roto por sus angustiados relinchos. Luego el terror estranguló su garganta. Abajo encontró otro condenado —la historia de «Alegría» la conocía todo el Valle—, juntaron sus hocicos en una cariñosa bienvenida al reino de la noche y marchó tras el «anfitrión», aún temblando. Un par de veces subió «Alegría» a ver la luz, de aquello hacía ocho años. Después para él murió definitivamente el sol y el prado, la gran felicidad de mojar el morro en un río de frescas aguas y correr tras alguna yegua de hermosa cerviz, bien peinadas las cerdas.

A palos lo alejaron de la maniobra. Medio kilómetro más allá, en una pequeña explanada llamada el «Cementerio de los brutos», un barrenista le ató a la cabeza un cartucho de dinamita y lo encendió.

—Ahora un momento quietecito, ¿eh, «Alegría»? —le pedía palmoteándole el cuello—; tranquilo y verás que pronto estás dando coces a los angelitos. ¡Mejor que en la mina vas a estar, no te preocupes!

Un fogonazo rasgó la noche. El cráneo del animal saltó en pedazos.

Allí quedaron haciendo un hoyo.

Yo pensaba en lo poco que se diferenciaba la vida de los hombres de la vida de las bestias.

Solía regresar tarde a casa. Mi madre no tenía ánimos para reprenderme. Estaba al corriente de que iba al Pantano; la habían dicho que me pasaba las horas ante la boca del Pozo, atento a cosas de rescates y de muertos. Me daba la cena y en silencio, los ojos nublados por lágrimas contenidas, me veía comer sin apetito.

Mis hermanas ya hacía un par de horas que estaban acostadas.

* * *

Me sentía extraño a los juegos y a los chicos de mi edad. La compañía de los viejos silicosos y los atacados de «agobio», suponía para mí una gozosa novedad, una dramática distinta que me era agradable. Oyéndoles hablar de desesperanzas y quiebras, iba adentrándome en los sentimientos de aquella tragedia de dimensión colectiva, calmando en parte el dolor de mi gran pena. Angelón, suspirando por incendiar el mundo; Crispín en su perpetua autodestrucción espiritual; el Cauto, relatando cosas de peligros y hombres rescatados… Eran muchos, muchos grupos andaban desperdigados por el Valle sin más ilusión que seguir arrastrando, con un poco menos de sufrimiento, sus hostigadas vidas. Hablaban a media voz, suspirando sin querer.

—Cuando no se puede trabajar, es tonto vivir…

—¿Acaso vivías cuando trabajabas?

—Un vaso no faltaba. Y los hijos, que iban saliendo adelante, ¿qué más podías pedir? La vida real es empujar vagonetas y picar carbón.

—Los ricos también tienen sus tristezas. Y están peor porque tienen de todo.

—Engordaron con el trabajo de muchos muertos. Para terminar con tanta masacre hay que terminar con todos ellos. ¡Son ricos, pero lo único que dan es hambre!

—Sí, es hambre… Mira el crío, once años y ya aprendió a llorar.

—Yo no lloro… —protesté—, sólo quiero que encuentren a mi padre.

—Si se largase esta disnea que dice el médico…

—¡Ji!, ¡ji! —rió entre dientes Angelón—. ¡A eso lo llama Cubadín diarrea respiratoria!

—Si no fuera por los hijos que ayudan algo… Cuarenta años de mina para que después le tiren a uno a la orilla.

—Los hijos seguirán nuestros pasos. Al nacer había que ponerles una cerilla en la mano. Unos puros y champán y otros piedras en los pulmones. A esto llaman un «mundo de orden»…, ¿quién lo hizo?

—Así nunca terminaríamos, Angelón. A los hijos habría que enseñarles a… ¿Pero qué les vamos a enseñar si no sabemos nosotros?

—A los hijos, no. Serán los nietos quienes encontrarán cambiado el mundo. La tierra necesita sangre y hay que dársela.

Sobre los hombres de la cuneta caía el silencio.

* * *

Uno de los días que me hallaba sentado en el borde de la carretera, frente a los viejos enfermos, uno de ellos exclamó:

—¡Hombre, mira quién aparece por allí! Y como siempre, seguido de un esclavo.

—¡Ya! —se asombró otro—; hace tiempo que su papito no le dejaba suelto.

Se referían a Pepito el «exquisito», quien desde la explosión de grisú no había aparecido por el Valle. Su vista produjo en mí un bramido de rabia y rencor. ¡Pepito, el hijo de don Magnífico, estaba profanando el Valle!

Con la ligereza de un gamo corrí a su encuentro. Me planté frente a él y agarrándole por la pierna le desmonté violentamente.

—¡Tu padre mató al mío y te voy a romper las narices!, ¡te enteras! —exclamé, jadeante, dispuesto al ataque—. ¡Y además tiene espías y guardias!… ¡es un cerdo!

El muchacho no parecía dispuesto a reaccionar.

—No lo mató, Landa. Es la mina. Cuando supe lo del grisú, lloré mucho.

—¡Llorar tú…! ¡Y morirán más porque sois unos asesinos! ¡Y tu padre es un avaricioso! Nadie le quiere, ¡te enteras!

—¿Murió tu padre?

—¡Sí!, y está todavía enterrado. No lo pueden sacar, ¡sabes! Tu padre mete madera podrida y no hace caso cuando le dicen que hay grisú; ¡es un avaricioso!

Pepito abatió la cabeza, desarmando mi ansia de pelea. Dejé caer los brazos y volviéndole la espalda, me alejé. El criado llegaba en aquel momento.

—¿Qué te ha pasado con ese desarrapado, Pepito? —preguntaba el siervo a gritos—. ¡Tú, ven! tú, mal educado, ¡ven aquí!; ¿por qué desmontaste al niño?

Cogí una piedra y la lancé con la peor intención. Perseguido por las amenazas del criado corrí a refugiarme tras el Auténtico, que en aquel momento pasaba por la carretera.

—¿Qué te traes con el hijo del rico? —me preguntó huraño.

—Nada, iba a pelearle y después…

Me daba tanta lástima aquel minero mutilado que era cariño lo que llegaba a sentir por él. Siempre bebido, detenido en cualquier esquina hurgándose los bolsillos en busca de una perra chica que le permitiese un trago más. La mayoría de las veces no encontraba nada, porque nada tenía. Pero en la cuenca, el Auténtico no necesitaba dinero. Él estaba así por desafiar el peligro, por llevar su generosidad a extremos que casi supusieron un suicidio. Tres

hombres del Valle vivían gracias a él.

Era una historia antigua, de una quiebra y una bolsa de grisú, allá en el Grupo Peleón.

El Auténtico soltó un sonoro eructo y se sentó en el borde de la cuneta. Según decía su mujer tenía los pulmones como trapos viejos, quemados por los gases, y en sueños gritaba cosas inspiradas por el demonio. En años pasados, y como quien prepara un sedante para dormir mejor, el Auténtico colgaba una soga de la viga del cuarto de los trastos. Luego fue resignándose, aquello pasó. Ahora el monstruo vivía gracias a la falsa ilusión que le proporcionaba el alcohol.

Empezó a cantar con un soniquete de beodo:

Quiera Dios que al cielo vaya
el alma del picador,
el martillo al purgatorio
y al infierno "to" el carbón… ¡ji! ¡ji!

—¿Usted bebe todos los días, señor Auténtico?

—¡Todos! —repuso convencido—, ¡por eso me llaman el Auténtico! Y tú, ¿qué?

—Yo no bebo.

—Ya me lo figuro, pero tampoco juegas, ¿por qué?… ¡hip!

—Ya no jugaré más. No encuentran a mi padre y mi madre llora mucho. Yo quiero ir a la mina para ayudarla… ¡trabaja mucho!

—Si tu madre llora, tú ríe. Las lágrimas no sirven para nada, Yo también lloré y ahora mira.

—No es porque esté… Si pudiera verle, aunque estuviera muerto y negro y luego enterrarle…

Guardamos silencio, los ojos fijos en el Pozo. Tras él, a punto de ser devoradas por el inflexible avance de la escombrera, resaltaban las blancas tapias del cementerio. Por allí correteaban mis amigos, viniendo hacia la carretera.

Por la curva apareció una ambulancia. De un brinco me puse en pie, gritando:

—¡A lo mejor encontraron a mi padre!

—Siéntate, Landa. Tu padre no necesita ambulancias. ¡Una caja de leño y en paz!

Le obedecí. Levantando mi barbilla con sus dedos de carnes pegadas por las llamas, intentó animarme:

—¡Vamos, alegra esos ojos! Te hablo así porque muy pronto vas a tener que ser hombre.

Cogió un puñado de tierra, la estrujó y, arrojándola a sus pies,

barbotó:

—¡Aprende y otra vez no vuelvas a nacer hijo de pobres!

—Sí, señor…

«Bandoleros» y «policías» llegaban en aquel momento. Prisioneros los del pañuelo al cuello, radiantes los «guardias», acaudillados por Colás, cuyo lugarteniente, desde hacía unos días, era Tinín. Fueron a sentarse a mi lado. El Muecas, tirando la pistola al suelo, se quejó descorazonado:

—¡Siempre nos ganan! Si quisieras jugar tú…

—¡Sería igual! —exclamó desafiante Colás—. Hoy preparé bien el ataque y cuando vi que descuidabais los flancos…

—¿Qué flancos? —preguntó extrañado el Marquesito.

—¿Qué flancos van a ser…? ¡Pues los de los lados!

—Yo os estaba viendo desde aquí —me animé—; tú, Muecas, crees que escondes a la panda y se os ve a todos. Tenías que haber ido por el río hasta la escombrera y luego caer por el cementerio…

—¡Ya está el general! —saltó altanero Colás, mi rival—. ¡Anda, ven tú a ver si es tan fácil!

—No, no quiero jugar más.

—Pues con él siempre ganamos —alzó la voz un renacuajo llamado Quintín—. ¡Juega, Landa, para que vea este tonto! ¡Toma, te dejo mi pistola!

—¿Tonto yo…? —preguntó Colás despectivo.

—Landa, me parece que ha llegado la hora de demostrar que tienes algo más que palabras —dijo el Auténtico—. ¡Hala!, a ver si no me equivoco… ¡hip!

Lograron vencer mi resistencia. Poco después, capitán de «bandoleros», saltaba por zanjas y matorrales; llegué con el sol tibio de la tarde a las cumbres de las cercanas colmas y corrí infatigable por picachos y estrechos barrancales. En un momento dado desplegué la tropilla de «bandoleros» y cayendo por sorpresa sobre la banda de Colás, le obligué a rendirse. El Muecas y Quintín, pavoneándose, fueron desarmando a los contrarios.

Por unos momentos me olvidé de mi triste destino. El júbilo de la victoria suponía un gozo de esos que también se pegan al alma, limpiándola de tantas pesadumbres.

Poco después el Pozo se alzaba de nuevo ante mí, agigantado.

Carretera adelante marchaba el Auténtico y corrí tras él. Le vi detenerse ante una taberna, donde, con la chaqueta, empezó a dar capotazos a un perro amigo mío llamado «Vagabundo». El chucho embestía, sabiendo que un pedazo de pan caería de algún sitio. El Auténtico, coreado por los presentes, cantaba a gritos:

Yo soy feliz
yo tengo ganas de ser feliz…
¡viva la vida!

Entró en la taberna. Allí tomaría unos tragos y quizá se pusiese a llorar. Vendría María del Mar con su gigante ciego y se encararía con los parroquianos:

—¡Ya le habéis dado de beber!, ¿verdad, sinvergüenzas?

El Auténtico se secaría las lágrimas y volvería a ser el hombre tieso y enlutado que conocía el Valle. Y suplicaría a la niña que le narrase un cuento más, que le repitiese que Blancanieves se libró para siempre de su odiosa madrastra y que el lobo sólo provisionalmente se zampó a la tierna abuelita.

* * *

Seguíamos jugando a policías y bandoleros. Sin embargo, yo había propuesto nuevos entretenimientos que parecían ser del agrado de mis amigos. Uno de ellos consistía en una especie de adivinanza que, obligándonos a preguntar a los mayores, nos ponía al corriente de las cosas mineras.

—¿Cuántos barrenos lleva una galería?, ¿y un transversal?

—¿Cómo llaman los libros al grisú?, ¿cómo funciona el circuito de ventilación del Pozo? Cuando un costero aplasta la pierna de un minero, ¿qué hay que hacer? ¿Y si se empapuza de ácidos…?

Uno de nosotros —solía ser Quintín o el Libros— se fingía desvanecido y le hacíamos la respiración artificial. Colás era el que más maña se daba, si bien yo le aventajaba en conocimientos, debido a que el Empalmao, que era de la Brigada de Salvamento y amigo mío, contestaba pacientemente a todas mis preguntas. Llegó hasta regalarme una careta vieja, con lo cual el juego tomaba tal verismo que nos encantaba.

Algunos días, y aunque el sol brillase sobre el Valle, encendíamos antorchas y nos íbamos al otro lado del río, a una hondonada reproducción minúscula de la «Sala». Sandalio, el hijo de Sandalio el «soplón», quería participar en los juegos, a lo que Colás y Tinín se oponían firmemente.

—¡Es un espía! Se lo contará a su padre, que es un cerdo, y su padre a su amigo guardia.

—A lo mejor no —respondía yo sin gran convicción.

—¡Claro que sí! —insistía Colás—. Mi padre dice que la sangre podrida se hereda.

—¡O no! Podíamos probar; si vemos que es un chivato le damos una buena zurra y en paz.

—O le ahogamos una noche en el río —intervino Quintín—. Mi padre dice que los guardias lo hacen algunas veces y luego dicen que se suicidó.

—No, ahogarlo no —seguía oponiéndome—. Decía mi padre que con la violencia no se llega a ninguna parte.

—¡Pues mi padre dice que sí! —arremetía terco Colás—. Dice que los «dorados» han cogido a unos hombres y los han convertido en bestias para que zurren a los mineros. Y que hay que ahogarlos por ser sumisos. Dice que como no piensan, que pegan y que son más desgraciados que nosotros.

—¡Eso sí es verdad! Cogen a unos y les dan un sable para que nos peguen, como cuando la huelga, y ellos comiendo pollo. ¡Mi padre decía que ya se acabará todo!

—Pues mi padre dice que no se acabará hasta que no lo acabemos nosotros.

Colás se agachó bruscamente y cogiendo una piedra amenazó a Sandalio, quien, creyéndose olvidado, se había acercado más de lo prudente.

—¡Vete de aquí, espía, o te abro la cabeza!

—¡Por qué, ¿di?, por qué! —intentó defenderse el chico, dándose anticipadamente por vencido.

—Déjale que venga —le pedí—. A lo mejor la sangre podrida no se hereda…

—¡No viene!

—¿Y si respondo yo por él…?

—Bueno, si respondes tú… —concedió Colás de mala gana.

—Ven, Sandalio —le llamé—, ¡pero a cerrar el pico!, ¿entiendes?

El muchacho, iluminándosele los ojos, asintió con la cabeza.

Llegados a la pequeña hondonada, nos abrimos en círculo. Yo me subí a una piedra. Intentando adoptar los ademanes de mi padre cuando pedía unidad para ganar aquella huelga, inútil porque explotó el grisú y la compañía se salió con la suya, empecé a hablar. Alumbrado por las antorchas y el sol brillante, iba recitando frases aprendidas de memoria…

—¡Compañeros! —levanté las manos en un arrebato de inspiración—, ¡hay que desmontar el sistema capitalista!…

—¡Bien!, ¡bien!

—¡Callaros, tontos, si todavía no he terminado!… ¡Compañeros!, estamos hablando de los tiempos de la esclavitud como si fuesen

cosas de otro mundo, cuando ahora ¡ahora!…

—¡No!, ¡no! —aulló Colás, disconforme—. Dice mi padre que lo que pasa…

—¡Cállate, siempre estás con tu padre!…

—¡Y tú con el tuyo!

—Pero el mío está muerto, ¿entiendes? ¡Por eso vale mucho más!

Aquellas reuniones solían terminar con un gran guirigay, en el que se mezclaban las voces de aprobación y de protesta. En ocasiones, acudían chicos que no eran amigos y una vez nos juntamos más de cuarenta.

Un día me levantaron en hombros y aplaudieron todos, excepto Colás.

Y aquel fue un momento de intensa felicidad.

* * *

Los nuevos juegos iban prendiendo en el gusto de todos nosotros. Algunas tardes marchábamos al Pantano, en cuyas proximidades yo había descubierto una bocamina abandonada, ya semioculta por la vegetación. En ella trabajaron «Los violentos» y allí dejaron olvidados un par de picos y cuatro palas. Para alumbrarnos usábamos candiles de aceite construidos por nosotros mismos.

Aquella galería tenía el techo suelto y los hastiales salientes, como granos de una enfermedad incurable. Olía a sudor seco, a viento podrido, a muerto. Al adentrarnos en ella, las débiles luces proyectaban sobre las rocas y las maderas crujientes un conjunto de siluetas fantasmagóricas, de sombras inquietas, vacilantes. La hilera de resplandores asustaba a las ratas y las arañas; y hasta a un gato ido a vivir allí, desterrado voluntariamente. En algunos sitios el socavón se achicaba de tal manera que debíamos traspasar a cuatro patas el trecho averiado. Las piedras afiladas rompían nuestros pantalones y hasta hacían sangrar las carnes. En aquellos juegos, animados por un orgulloso sentido de la virilidad, nadie se atrevía a confesar su miedo, aumentado a veces por los coladeros, abiertos hasta la superficie, que dejaban entrar al viento. Desembocaba en el túnel con el sonido de una tormenta que se quejase.

Un día que nos habíamos aventurado más adentro de lo normal, nos llevamos una agradable sorpresa.

—¡Mirar! —señalé jubiloso a la cuneta—, ¡tenemos un vagón! ¡Vamos a levantarlo!

Aquel carromato, empujado por los más pequeños de la panda, a quienes dirigía el grandullón del Libros, empezó a chirriar, despertando de tan larga inmovilidad. También, como el viento, parecía quejarse.

Cuarenta metros más allá tropezamos con una quiebra. Un silencio de muerte reinaba en aquel lugar.

—A ver, ¡los que quieran ser entibadores que levanten el candil!

—¡Yo! ¡yo!

—¡Yo también!

—Yo quiero ser picador —dijo Colás, arrebatando el pico a uno de los críos—. ¡Me voy a subir a una rampa!

Yo también quería ser picador. Sin embargo, experimentaba una extraña dicha por el hecho de encontrarme ante un derrumbamiento, parecido sin duda al que había en el Pozo y bajo el cual estaba mi padre enterrado. Un suave temblor movía mis labios; debían de brillarme los ojos, clavados en aquel trecho desplomado.

«Jugar a la mina». La quiebra me atraía, me repugnaba; en aquel entretenimiento había mucho amor y un poco de burla, de asco. Y un desaforado deseo de levantarla, de seguir adelante, adentrándome en las tinieblas vacías, de encontrar un derrumbamiento, y otro, de restaurar el túnel hasta llegar…

—¡Venga!, darme el otro pico y traer madera.

Apartaba piedras, otros las cargaban en la vagoneta. Quintín, en aquel juego que podía ser mortal, me ayudaba a colocar pequeñas y podridas vigas que sostenían el hueco que íbamos abriendo. La sensación de estar llevando a cabo algo verdaderamente importante, de cooperar con los que en el fondo del Pozo buscaban a mi padre, aceleraba mis movimientos.

Bruscamente me detuve.

—¡Esto es una tontería!

—¿Qué es una tontería? —preguntó Quintín extrañado.

—¡Esto!, ¿qué va a ser? ¿Para qué lo hacemos?

—Para jugar. A mí me gusta casi más que jugar a los bandoleros.

—A ti sí porque eres tonto… ¡vámonos!

—Espera un poco, Landa —me suplicó—. Cargamos un vagón más, ponemos un «cuadro» y nos vamos. ¡A lo mejor cuando seamos mayores nos regalan esta galería!

—Si te van a regalar… —refunfuñé, cediendo.

No tardé en olvidar mi desaliento. Volví a la tarea, firmes ya los nervios. Sí, aquello servía para algo, aunque sólo fuese para salvar un día al padre de un huérfano como yo.

—Al padre de los demás también hay que rescatarlos…

—¿Qué dices, Landa?

—¿Yo? ¡Estás tonto o qué!

—Decías que a los padres de los demás también…

En aquel momento llegaba un chico, asustado como un topo perseguido.

—¡Landa!, ¡Landa!… —el Libros temblaba de pies a cabeza—, ¡arriba hay un hombre! ¡Está muriéndose!

—¿Será el fantasma de la mina? —preguntó Quintín, brillándole los ojos de emoción.

—¡A lo mejor sí! —exclamé apartando a mis amigos—. ¿Dónde está?

—¡Allí!, ¡allí! —señalaba el muchacho estirando el brazo, corriendo de lado hacia atrás.

Cuando el Libros se detuvo bajo un coladero, mi respiración parecía una tormenta. Alguien vivía allí dentro, alguien llamaba, quejándose. Como la voz de un recuerdo, sólo soñado, llegaba hasta mí el aliento agonizante de un hombre. Así tendría que quejarse mi padre, así estaría quizá aún llamando.

—¡Un fantasma!, ¡es un fantasma!

—¡Hay que subir! ¿Quién sube?

—¡Sube tú!

—¿Yoooo?

—¡Yo subo! —me decidí, esforzándome por vencer el miedo, por apartar la extraña repugnancia que me producían aquellas tinieblas mineras devoradoras de carne de hombre—. ¡Auparme!

Temblaban las manos que me ayudaron a izarme, temblaba yo cuando metí la cabeza por aquel agujero invadido por la noche, espantosa porque en ella alguien estaba muriendo. Me agarré a un saliente de la roca y guiado por los debilísimos lamentos, empecé a avanzar. Un instante después me detuve y miré hacia la galería… Rostros borrosos, amarillentos, ansiosos. Estuve a punto de retroceder y fue el recuerdo de mi padre el que me dio ánimos. Aquella voz plañidera era asustante; parecía estar allí, al alcance de mi mano. Alargué el brazo y toqué una cabeza, la boca, llena de una espuma pegajosa; el cuello…

—Hay grisú…, hay grisúúúú… —murmuraba un lamento apenas audible.

Bruscamente recordé que Colás había subido a una rampa y mi miedo cedió. Sí, era él, agarrado a una mamposta, crispados los brazos en torno a ella, ya dominado por el gas. Intenté separarlos, pero mis fuerzas resultaban escasas para vencer la tensión del grisú

ya comenzando a devorar lo que creía presa segura. Al fin logré irle liberando…

—Hay grisúúú, hay grisúúúú…

Cuando conseguí apartarle de la mamposta, me incliné y dejé que Colás cayese sobre mí; los brazos volvieron a cerrarse, ahora en torno a mi cuello, ¡me ahogaba! Y ahogándome comencé a descender…

Alcancé a ver el grupo amarillento de mis amigos; en las súbitas tinieblas que velaron mis ojos, aún vi unos brazos levantados y rostros deformes, monstruosos, que se agrandaban, agrandaban…

Me desplomé sobre aquel montón de carne. El mismo golpe, que me liberó de Colás, me devolvía poco después el conocimiento.

—¡Ya vive!, ¡ya vive! —oí una voz lejanísima. Unas manos me apoyaron contra un hastial. Aún tardó largos minutos en borrarse la neblina formada en mis pupilas.

—¡Landa!, ¡Colás…!, ¡se muere Colás!

No sé de dónde saqué fuerzas para golpearme la cara. Me hice daño. Al fin, dejando escapar un resoplido, me incorporé.

—Subirle a la vagoneta…, a la vagoneta…

Poco después, tambaleándome, corría tras el carretón que llevaba al desvanecido Colás. Doblamos la curva que formaba la galería y un círculo de luz se clavó al fondo. Cuando llegué al exterior, ya estaba el muchacho estirado sobre unas chaquetas.

—¡Venga, Landa! ¡La respiración artificial! ¡Se va a morir!

—La culpa la tiene Sandalio, ¡soplón!

—Entró en la galería sin luz. ¡Venía detrás de nosotros!

—¡Cállate, cotorra! —le grité nervioso a Quintín.

Poniéndome de rodillas, y procurando recordar las enseñanzas recibidas del Empalmao, comencé a agitar los brazos del asfixiado. Colás tenía los párpados semicerrados, dejando ver unos ojos nublados, extraviados; la boca totalmente cubierta por una baba blancuzca y espesa. Cuando comenzó a dar señales de vida, le limpié los labios y pareció respirar mejor. Poco después su pecho subía y bajaba rítmica, normalmente.

—¡Ya está! —exclamé incorporándome, mirando a mis amigos con cierto orgullo.

El muchacho aún tardó media hora en estar en condiciones de andar.

Cuando nos encaminábamos hacia el pueblo, le pregunté:

—¿Todavía quieres ser picador?

—No… —repuso con voz débil—. Seré barrenista. O a lo mejor trabajo en el exterior.

—Pues yo sí, ¡yo seré picador como mi padre!

* * *

Algunos días, recorriendo en mi insistente peregrinación los lugares frecuentados por mi padre, entraba en «El Oasis». Allí encontraba muestras de simpatía y escuchaba muchas mentiras sobre los trabajos de rescate, mentiras que, pese a todo, agradecía inconscientemente. A veces el tío Años y la tía Seguidora me invitaban a su mesa. Él tenía más de cincuenta años y ella frisaba en los cuarenta. Y hacía más de veinticinco que estaban prometidos. Nadie comprendía un noviazgo tan largo, excepto los interesados, que parecían estar conformes con aquella extraña situación. Eran el blanco preferido de las bromas de Cubadín, que no perdía ocasión de mofarse de ellos.

—Qué, tío Años, ¿preparando ya el ajuar?

—Sí… ya hay que ir pensando en el matrimonio. Se va uno haciendo viejo. Además —añadió mirando con ternura a su pareja— mi Josefa parece que se va impacientando.

—No, Pepe. Cuando tú quieras…

—¡Je! ¡je!, estas mujeres cómo saben pedir las cosas, ¿eh, Cubadín?

—Yo creo que deberían esperar al año que viene, que dicen que va hacer menos frío —opinó el caballista distraído—. A lo mejor al desnudarse cogen un catarro y se acabó la película. ¡A estas edades hay que cuidarse!

—¡Qué dices de edades, Cubadín! —exclamó malhumorada Josefa—. No olvides que lo importante es tener el alma joven, ¿verdad, Pepe?

—Eso, eso, ¡que no huela! —insistió Cubadín recorriendo con la vista la taberna, alejándose al fin hacia el mostrador.

* * *

La buena nueva corría por el Valle con la rapidez de un relámpago.

—¡Encontraron a Landa!, ¡encontraron a Landa!

Las gentes de la cuenca, dueñas del feliz secreto, iban de casa en casa, la voz recorría el pueblo, subía por el Camino.

—¡Encontraron a Landa!, ¡encontraron a Landa!

El cuerpo desaparecido de mi padre ensombrecía al Valle. Un

hombre tragado por la mina, convertido en piedra, formando en la legión de fantasmas que asustaban a los mineros… El rescate de Landa concernía a todos, y todos se animaban, liberados de aquella adversidad que la superstición hacía colectiva.

—¡Encontraron a Landa!, ¡encontraron a Landa!

Había sido hallado a primeras horas de la madrugada. Durante el relevo de los obreros, el capataz, que acompañado de tres hombres más recorrían la quiebra, creyó descubrir una pierna quemada, un tizón más emergiendo de aquel caos de escombros y carbón. Cuando la cuadrilla llegó, encontraron a mi padre ya encerrado en un ataúd y colocado en una mesilla. Decían que estaba horriblemente mutilado y que por humanidad no sería mostrado a la viuda. Así se evitaría que guardase un terrible recuerdo de lo que debió de ser la muerte de su hombre.

Fue conducido directamente al depósito de cadáveres. Aquel mismo día, por la tarde, tendría lugar el sepelio.

* * *

Había llovido y las aves sacudían su plumaje. Y el Valle una pena más, ahora que sus gentes se reunían en el cementerio dispuestas a dar a mi padre la paz definitiva, a enterrarle en la tierra amiga y hospitalaria.

El cortejo atravesaba lentamente el camposanto, invadido de barro y flores silvestres. Volvió la lluvia, cayendo sobre el drama repetido de la minería, mezclándose a las lágrimas y los pies arrastrándose.

En aquella caja iba el último mensaje de mi padre, matado por unos hombres que estaban muy lejos y que ni siquiera conocían el Valle. Ya retumbaba en las paredes del cementerio el himno de rezos y palabras sólo pensadas, subiendo al cielo como el gemido de un niño. Era un responso de desesperanza, de resignación:

Ya llegó nuestra hora de dolor,
tu cuerpo ha sido devuelto a la tierra.
¡Eras valiente, minero!
y la muerte se enamoró de ti…

Así cantaban los viejos seguidores de los enterramientos; y los chicos que, un poco ausentes, corrían de aquí para allá, intentando ordenar en su tierno cerebro tanta seriedad y sollozos.

Yo también cantaba, embargado por una doliente dicha. Miraba

a mi madre andando maquinalmente entre las tumbas, vencida por el peso abrumador de su pena; miraba a sus ojos, totalmente muertos. Me daban ganas de gritarla:

«¡Madre!, ¡madre!, no llores, ¿no es esto lo que queríamos, que padre estuviese enterrado? Ya lo está, madre, ya lo está, ¡está ahí dentro, en esa caja!»

Llegamos junto al nicho, rodeado de tierra crecida. El sepulturero y sus perros esperaban, contemplando aburridos la escena. Cándido se introdujo en el agujero y a calderazos lo desaguó. El sacristán, con el gesto maquinal del hombre que se sabe de memoria los lamentos y los rostros tristes, apartó a las gentes y el cura entró en escena, deshilvanando sus oraciones bajo un cielo encapotado. El viento silbaba, uniéndose a la pena del Valle.

Padre, ya llegó tu hora de reposo
tu cuerpo va a ser devuelto a la tierra…

El enterrador ató unas cuerdas al sarcófago y entre cuatro hombres, el señor Marcos, el hombre de la voz cascada, Vitelón y el Auténtico, fue descendido. Las aguas enfangadas lo cubrieron ligeramente. La última imagen que quedaría en mí grabada sería una madera negra, sobre la cual se movió unos instantes el diminuto y terroso oleaje. Las palas se pusieron en movimiento, oí un grito contenido… y ya todo fue barro.

Sentía una helada felicidad al pensar que mi padre ya no andaría por la noche recorriendo las galerías y llamando a los mineros por su nombre. Los viejos decían que así ocurría y debía ser verdad. Y la bruja Mogotes, que sabía mucho de hechizos y aparecidos.

* * *

Las gentes iban dispersándose. El señor Marcos tomó del brazo a mi madre y apartándola con suavidad de la tumba, empezaron a andar hacia la salida. Vitelón colocó su manaza sobre mi hombro y fuimos tras ellos, repasando las lápidas y «hechos de armas» de aquellos que precedieron a mi padre, de aquellos que a golpe de martillo y dinamita levantaban el país, y a quienes la mina mató.

«Antonio Ruiz, caído en explosión de grisú el día 4 de noviembre de 1904.»

«Manuel Rivadavia López, caído en accidente de trabajo el 2 de abril de 1910.»

«José Mantón Cañavales, caído en accidente de trabajo el 26 de

enero de 1905.»

«José Regueo Martín, caído en accidente de trabajo el 26 de diciembre de 1907.»

Eran muchos, muy grande era aquel cementerio reservado a los héroes fecundos. Al día siguiente escribirían en la tumba de mi padre:

«Landa Jalón Nava, caído en explosión de grisú el día 7 de julio de 1910.»

Yo iría a leerlo todos los días. Y me sentiría muy orgulloso. Según decía el señor Marcos, aquellos eran los aristócratas del nuevo orden, los que trabajaban y trabajando morían como valientes.

Su tumba quedaba allí, junto a la pared blanca, asustada por la enorme escombrera amenazando invadir la tierra sagrada, sepultar por segunda vez a aquellos mismos que formaron el muro estéril, emergiendo en el corazón del Valle como el lomo de un animal antidiluviano.

Pronunciando palabras humildes, en una especie de angustiosa fruición, marchaba un grupo encogido bajo la lluvia, hablando del justo precio de la resignación y la sangre. Un drama hondo se alejaba con aquellas gentes, unidas por una delicada y hermosa fraternidad.

Era mi madre y Vitelón y el señor Marcos, y yo…

El hombre de la voz cascada quedó atrás, junto a la tumba caliente de mi padre.

* * *

La vida volvió a su cauce. Habíamos sepultado a mi padre y con él parecía enterrado el gran mundo de mis angustias. Un íntimo dolor quedaba como recuerdo de la tragedia terminada. Me gustaba oír hablar a las madres que llevaban luto, y a los que perdieron la luz de los ojos cuando tenían veinte años. Ellos, y los que se arrastraban por las cunetas como premio a sus veinte o treinta años de mina, eran mis amigos; en ellos veía escrito a golpes de presentimiento la vida que se abría ante mí.

La ausencia de mi padre, llevado por el viento negro del Pozo, me sumía en un mar de dudas sobre la vida y la muerte, el bien y el mal, dudas que el señor Marcos se esforzaba en aclararme…

¿De verdad había muerto? Yo recordaba sus palabras y hasta la manera de vaciar la pipa, como si la noche anterior hubiésemos estado juntos, hablándome con palabras sencillas de lo que él

entendía por una sociedad justa. Estaba conmigo, le oía, llegaba a «sentirle» cuando me sentaba frente al Pozo que me lo arrebató.

Mi padre no moriría nunca, estaría ausente, alejado físicamente. Todo lo demás seguiría igual.

* * *

Aquellos brazos fallecidos no nos dejaron otra cosa que la necesidad como única heredera. Y la fatiga y el desaliento. Mi madre se destrozaba las manos lavando las prendas ennegrecidas de los mineros de la vecindad; mi hermana Ana la ayudaba, aprendiendo también a mirar de frente a la vida. Yo había vuelto a mis libros, sobre los que me afanaba a la vuelta del monte, donde iba a recoger leña que nos compraba la señora Andrea. Cuando el anochecer se acercaba lentamente, como suspirando, y el Ángelus de la tarde adormecía el día, mi madre nos acercaba a la ventana. Desde allí orábamos, los ojos fijos en una tumba que se distinguía junto a la pared del cementerio. Otros días, esperando que las luces terminasen, me sentaba en cualquier montículo a saborear mi secreta alegría. Ya no miraba al Pozo. La voz y el recuerdo de mi padre parecía ahora venir de aquel sol moribundo, brotar de entre las cenizas del crepúsculo, de aquellas siluetas fantásticas que eran nubes en ascuas o ensombrecidas.

Cuando el astro encendía las primeras estrellas volvía a casa, donde estaban las cosas que me unían y recordaban a mi padre. Me gustaba verlas, acariciarlas. Tocaba el cajón forrado de chapa en el que guardaba sus libros y un día acerqué a mis labios la armónica que le regaló el señor Marcos poco antes de casarse. En otra ocasión llegué a ponerme su vieja zamarra y así vestido aparecí en la cocina, como muerto de frío espiritual. Ocultándome las manos, la prenda casi cubriéndome los pies, debía parecer un espantapájaros doliente, el niño más mísero, más desheredado del mundo.

Mi madre rompió a llorar; yo quería pedirla perdón por tantas penas como la causaba… Me sentía incapaz de articular una palabra, incapaz de sobreponerse a aquel estado de ánimo que ahondaba el luto de mi casa.

Corría a mi habitación donde, caído de bruces sobre la cama, dominado por los sollozos, iba aligerando el alma de tanta adversidad.

Al día siguiente me levantaba temprano para sentir en mis manos los libros que mi padre me compró y que ahora leía con extraña ansia, como siguiendo su última voluntad.

* * *

Iba pasando el tiempo muy de prisa, aunque los días continuasen teniendo veinticuatro horas. Hacía tres meses que mi padre había sido rescatado y sepultado en la tierra amiga. Hasta el orgulloso gallo japonés, de potentes espolones, había sucumbido al hambre de mi casa. El señor Marcos, con su bondad, ponía una nota de esperanza entre tanta pobreza y desaliento. Animaba a mi madre, jugaba con mis hermanas y me tomaba las lecciones. La niñez del señor Marcos había sido también dura. Me hablaba de lo que era tener frío en el alma y cómo vencerlo. Y yo le escuchaba maravillado de que alguien pudiese adivinar sentimientos tan íntimos. Más tarde me decía cosas para ser oídas por mayores. Yo me ponía muy contento, aunque no terminaba de comprender aquello de realidades amargas, de sencilla esperanza, de nobles impulsos, de almas embargadas por asustantes interrogantes, de somnolencia social y avaricia… En la cama, sin poder conciliar el sueño, repasaba aquello de «sobreponerme a la adversidad, al agotamiento físico de la mina», «mantener el espíritu abierto a todo lo que pueda moldearlo, elevarlo»… En aquellos paseos que daba en su compañía, el viejo minero se refería a mi padre, explicándome el sacrificio de los que caían en la mina, sacrificio que serviría de base a un mundo más justo.

«Los hombres crecen bajo tierra. Eso decía tu padre.»

«Los que ganan las batallas son los soldados que caen…»

El señor Marcos era uno de esos seres que cruzan por la vida como un canto de bondad, de profundo amor hacia sus semejantes. Y para aquellas gentes sencillas que poblaban mi Valle, era algo así como una inextinguible voz de esperanza.

Para mí se estaba convirtiendo en una razón de crecer, de ser fuerte, de hacerme hombre. Era tal el mundo que día a día me iba describiendo, que ardía en ansias de luchar mucho, ¡mucho!

* * *

Los meses, a caballo del tiempo, seguían pasando…

Una lata de sardinas a modo de cartuchera y una cinta negra colgada del revólver de madera. El antifaz también negro. Seguido de mis partidarios, trepaba por laderas y cabalgaba a lomos del río, cuyas aguas cruzábamos a veces por la parte de las cascadas sucias y bulliciosas, mojándonos hasta el pecho. Eran tácticas «guerreras»

que nos permitían saltar sobre la banda del desprevenido Colás, que casi siempre terminaba por caer prisionero.

Durante un par de horas correteaba todos los días con mis amigos, peleándome muchas veces con Colás, a quien irritaba perder.

Aquel día el juego daría paso a algo tremendo que sacudiría mi adormecida tragedia.

—¡Alto! ¡alto! —le sorprendí, encañonándole.

—¡Alto!; ¡te vi yo primero! —aulló revolviéndose rápidamente —; ¡te vi yo!; ¡te vi yo, mentiroso!

Frente a frente, jadeantes por la carrera, nos miramos retadores.

—¿Mentiroso yo?… ¡Ahora vas a ver!

Éramos los dos fuertes; para nosotros todos los momentos eran buenos si se trataba de pelear. Instantes después rodábamos por el suelo, abrazados. Las pistolas, las fundas, el antifaz, todo desperdigado, aplastado por nuestros cuerpos caídos en el amplio ring formado por las dos bandas, animándonos con un guirigay ensordecedor. Como dos fieras que saben la pelea larga, nos incorporamos, los músculos arqueados, el rostro y los trajes sucios de polvo. Y otra vez al asalto; otra vez rodando. Manchas bermejas ya punteaban nuestras narices, los labios, la herida que en mi mejilla abrió el sable del guardia…

Una voz cantaba, acercándose sin demasiada prisa.

El polvillo y el grisú
todo lo traga el minero
¿cómo puede ser posible
que pueda llegar a viejo?…

—¡Qué pasa ahí, machangos!

El corro de chicos fue abierto por dos manazas enormes; dos piernas, cubiertas por unos pantalones remendados, se plantaron como dos pilares entre nosotros. Sentí dolor en la cabeza porque Vitelón, tomándonos por los cabellos, nos obligó a incorporar. Cuando intentamos enzarzarnos de nuevo, de un fuerte tirón nos separó aún más.

—Otra vez os habéis cogido los dos prisioneros, ¿no es eso?

—¡Le vi yo primero, Vitelón!, ¡él tuvo la culpa! ¡Es un tramposo!

—Fui yo, ¡mentiroso!…

—¡Mentiroso yo! —ardía de indignación.

—¡Sí!, y tú… —me miró con ojos llameantes, los labios temblorosos, como asustados de lo que iban a decir—, ¡y tu padre no está enterrado!, ¡para que lo sepas!

Vitelón sacudió bruscamente a Colás.

—¡Calla, condenado! —exclamó, silbando las palabras.

—¡Enterraron cascotes! ¡Por eso no se lo dejaron ver a tu madre! —siguió cruel Colás—. ¡No le encontraron!, ¿lo sabes ya?

—¡¡Calla!! —rugió el minero apartándole de un empujón, que estuvo a punto de arrojarle por tierra.

Ya era tarde. Aquellas palabras me habían golpeado con una fuerza aterradora. Vencido por la horrible revelación, abrí mucho los ojos, ¡mucho!, para que en ellos pudiese caber toda la angustia que me inundaba.

—Mi padre… Vitelón, ¿mi padre no está…? —balbuceaba.

Levanté la mirada hacia el minero como se levanta al cielo.

—¡Cómo no va a estar, macaco!; ¡no le enterramos nosotros o qué!

La ansiedad, la cólera, una pena punzante y honda venida de allí donde ninguna mirada desciende jamás, iba brotando en mí. La silenciosa búsqueda de tantas noches se derrumbaba para dejar de nuevo paso a las grandes pesadillas.

—¡Colás! ¡Colás!… —le suplicaba sin encontrar más palabras.

Del semblante de mi amigo había desaparecido la rabia de la pelea. Colás estaba asustado. Los otros chicos también, mirándome en silencio, respetando mi tragedia que algunos de ellos debían conocer.

Dominado por una ternura hondísima hacia mi padre muerto, aparté la mano de Vitelón y me separé del grupo. El minero quiso detenerme; esquivándole, corrí hacia la carretera.

Corría, corría… Tropezando, cayendo. En los ojos llevaba agolpadas tantas lágrimas que los velaban. ¡Cuánto daría por poder ver a mi padre en aquellos momentos, aunque fuese destrozado! ¡Por poder decirle cuánto le quería!

El drama se iba convirtiendo en un pálpito de misteriosidad que me espantaba.

«¡Enterraron cascotes!, ¡lo sabes! ¡Por eso no se lo dejaron ver a tu madre!»

«¡Enterraron cascotes!, ¡enterraron cascotes!»

Queriendo callar aquella voz maldita, me apreté los oídos. Un desmoronamiento espiritual me estremecía, enfrentado con una repentina y brutal soledad. ¡Cómo me dolían las palabras de Colás!

«¡Lo sabes ya!, ¡lo sabes ya!»

Mi padre enterrado en la mina, convertido en una piedra más, en un fantasma de esos que…

—¡¡No, padre, no!!

Las gentes se asustaban de mis gritos, de mis llantos. E intentaban detenerme. Yo corría, saltaba, escapaba. No llegaba a verlos, gozando ferozmente de mi pena.

Otra vez las pesadillas, otra vez su rostro despegándose de las sombras, asustándome por las noches; de nuevo arrojado de la tierra amiga donde unos días antes había encontrado la paz que merecía.

—«¡Lo sabes ya!, ¡lo sabes ya!»…

* * *

Cuando entré en la cocina, mi madre estaba lavando. No dije nada porque el drama inmovilizaba mi lengua.

—¡Hijo mío! ¿Qué te ha pasado?

—Madre… quiero ir a la mina.

—¡Por amor de Dios, di qué te ha pasado! —repetía poniéndose de rodillas para mirarme mejor a los ojos.

—Nada, madre… Quiero ir a la mina, ¡al Pozo!

—Ya dirá el señor Marcos cuándo vas. Eres aún pequeño. Dime, Landa —me suplicó—, ¿qué te ha pasado?

—Todos los que su padre muere en la mina, van a la mina. El Muecas va a ir y es como yo… ¡Quiero ir al Pozo!

Hacía esfuerzos increíbles por contener el llanto. Al fin brotó estrepitoso.

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío!, ¡qué ha ocurrido!

—Dice Colás que no encontraron a padre, ¡qué enterraron cascotes!

Se separó de mí en un brusco movimiento. Sus ojos relampaguearon, secados instantáneamente por la llama de la cólera.

—Por eso no te lo dejaron ver. ¡Lo dice Colás!

—¡Hijo mío! —gritó, reaccionando, cogiéndome el rostro entre sus manos, apretándolo hasta hacerme daño. ¡Yo vi su cuerpo!, ¡lo vi yo!

—Dicen que enterraron cascotes, madre…

—¡No, hijo mío! ¡¡no!!

—Dicen, madre, dicen…

Ya vencida, se incorporó lentamente, fue a sentarse sobre el arca, cubriéndose la cara con el delantal. Su cuerpo entero se estremecía, sacudido por unos sollozos incontenibles y triunfantes.

—¡Perversos!, ¡perversos!

—Madre, enterraron cascotes…, ¡enterraron cascotes!

—¡Perversos!, ¡perversos!
Aquel día comenzó mi gran tragedia.

CAPÍTULO VII
ÉXODO

Entre rizos de alborada, las mañanas aparecían envueltas en una niebla glacial y melancólica, bajo un cielo sin sol. ¡Qué silencio el de la vega!, apretada entre las serranías dentadas y el río crecido y envalentonado. El agudo canto de los vientos, encajonando en la hondonada las nubes bajas, venía por ráfagas, como la avanzadilla de eso hermoso y triste que es el invierno; se afilaba por las callejuelas de la aldea, prisionera del paisaje, y penetraba por las ventanas mal ajustadas de las viviendas. Silbando siempre, el viento escapaba luego por cualquier rendija de enfrente. Cuando cesaba, volvía la calma, alargándose leguas y leguas por la tierra desnuda y amarga, cuarteada por la primera helada y el abandono de los hombres.

Los días iban casando con la delicada monotonía de siempre. Aquel invierno amenazaba ser crudo; el tío Mañón ya estaba echándose encima todos los trapos viejos que encontraba en casa. Algún jilguero aparecía muerto de frío y los chiquillos se olvidaban del suyo para enterrarlo con toda pompa en el «cementerio» de los pájaros. El ventarrón se encargaba de empequeñecer las «oraciones», con voz de piano, un poco triste.

Se acercaba la época de las grandes heladas, de los fríos continuos. El tétrico mensaje invernal ya reagrupaba sus fuerzas en la alta cordillera. De allí llegaba a veces el fugaz sol del crepúsculo vistiendo de rojo los ventisqueros, arrancándoles centelleos que encantaban. A aquella hora, los hombres de la vega solían reunirse en casa de alguno de ellos, en torno a la lumbre. Allí iban dejando transcurrir las horas y las semanas, en un ocio resignado… Los meses parados, sin trabajo, sin jornal…

Algún tomate y bellotas; alguna cebolla, maíz y patatas. Y que no faltase.

Las casas de Casimiro, de Felisandro o de su hermano Pedro,

donde vivía su padre, el tío Mañón, eran las más frecuentadas. Aquella tarde se agrupaban en torno al hogar de Felisandro, esperando al minero Tomás. Había ido a la cuenca con una misión cuyo resultado aguardaban con ansiedad y algo de pesadumbre en el corazón. El campesino, por el mero hecho de haber albergado a Vitelón, se había constituido, al igual que el barrenista enfermo, en una especie de cordón umbilical que uniese el campo con la mina.

—Ya no tardará —murmuró el Tuerto, acercando los pies a un tizón humeante.

—Pronto pasará el invierno y volverá la siega y habrá jornales para todos —repitió incansable y sombrío el tío Mañón—. Hay que arar la tierra y en la mina la cosa ruge.

—Al hombre perdido, todo le conviene —dijo Casiano.

—La tengo ira. Allí se mata la gente. ¡Y no se puede saltar a la huida! Una vez que vas, tienes que quedarte.

—Quieren dinero para lujear. Es malo tener apetitos de esos —habló el viejo Matías.

—Buen bocado pegó la mina… —meditaba el Tuerto en voz alta.

—Sí, cincuenta y un muertos.

—No será difícil que el minero Tomás os encuentre trabajo —siguió terco Matías—. Donde unos mueren, otros pueden vivir.

—Es como con las moscas, matas una y vienen cien al entierro —le secundó el tío Mañón—. Cincuenta y un hombres menos. ¡No es un charco de risa! Si viviese Petra, la mía, que Dios la tenga en su gloria, no sé qué diría. A mí no me gusta preguntar para que no me pregunten, pero ¿creéis que en la cuenca será de otra manera?

—¡Claro que sí! ¿Cómo no va a ser? —exclamó convencido Casiano.

—Mira, mozo, yo no soy de esos que les mezclan las manos y luego no adivinan cuál es la derecha. La juventud nunca supo mucho de nada y sin cabeza la gente se estrella ¡cómo la vaca de Casimiro!

—Hay que vivir donde se puede vivir.

—¡Y matarse! Los muertos son más inútiles que un pedrusco. Cuando llegues, que te digan las viudas y los huérfanos y me lo escribes.

—Ya pasó una gorda. Ahora tardará tiempo en venir otra.

—¡Ma que así sea!, si te respeta la mina morirás empachado en tu propio vinagre. La gente de la cuenca no es tan noble como nosotros. ¿Tú eres conforme, Matías?

El anciano Matías asintió.

—Serán como nosotros, tío Mañón —se atrevió Felisandro a

contradecir a su padre—. Ya ve a Vitelón y al minero Tomás. Lo que pasa es que creemos que lo nuestro es bueno y lo de los demás malo. ¡Nos ponemos enfrente y a dar estacazos!

—Eso teníais que haberlo pensado antes —repuso el tío Mañón severo—; cuando ibais diciendo que el señorito Andrés y el administrador eran unos perros.

—¡Y lo son! —exclamó Casiano sin poder contenerse. Luego, bajando los ojos, añadió:

—Perdone, tío Mañón, pero… ¡no hay que jugar con la verdad!

—Perdone, perdone —repuso paternal el viejo labriego—. Así son los mozos, dicen la mayor barbaridad y se arrepienten a la vuelta del surco. ¡Si no flotasen tanto vuestras cabezas!

—Saben poco, saben poco —refunfuñó Matías sin apartar la vista del fuego.

—No hace falta saber más, señor Matías —volvió a rebelarse Casiano—. Yo no sé leer, pero según dicen todas las guerras las armaron los viejos que sabían. Además, ¿para qué quiero saber más que cuatro y cuatro son ocho y que no pueden ser todas para el señorito Andrés?

—Allí serán para otros señoritos. Si Dios ha querido que seamos pobres… ¡la música se lleva por dentro, mozo!

—Pues yo no lo quiero, ¡por lo menos tanto! La mitad de esta vega está sin cultivar y parece que así fue siempre. Al menos allí vamos tras el filón y le arrancamos algo. Y si no dan lo que deben, a la huelga y en paz. ¡Estoy cansado de ser para el patrono menos que un caballo!

—Jornaleros hay muchos —dijo una voz escondida.

—Antes de ir ya estás hablando de huelga —musitó Matías desalentado.

—Igual que ustedes hablan de muertos… ¿Y no dicen siempre que el hombre tiene alas?

—Hay que ir donde el tiempo y el trabajo sean otra cosa —intervino Juanito Juan, no muy convencido—. Aquí no te dejan echar una cabra al monte ni engordar una vaca, ¡cómo los pastos son también suyos! Ni que Dios hubiese hecho el mundo para que cuatro vivos se recreasen la vista.

—¡Prefieren tener pastos a labrar la tierra! Así no tienen que pagar jornales. ¡Se sentaron en la butaca de la vida y ahí están!

—Hay mucho diablo suelto —concedió Matías—. No se dan cuenta y aun ponen velitas al santo.

—¡Ellos tienen un Dios especial que les permite comerse a los hombres y hasta las piedras!

—La suya no es una enfermedad que se cure con un Padrenuestro. ¡Hace falta un buen garrote!

Hay que conformarse, Casiano —seguía infatigable el tío Mañón—. Cristo nació en un pesebre y salvó al mundo.

—Pero muchos de los que dicen seguirle nacen en palacios y lo empuercan. ¡Amasan riquezas con lágrimas de prójimo!

—Y cuando la cosa ruge, a correr —se animó Casiano—. ¿Os acordáis cuando el lío de la vega baja? Los señoritos desaparecieron una semana antes y nos echaron los guardias. No volvieron hasta que vieron muchas cadenas en la carne del campo. Sólo así están contentos.

—En seguida se ponen sucios de miedo… ¡El día que se le desarme la lengua al mundo!

—En esa latitud estoy yo también —reconoció el viejo Matías—. Aunque se quiera, no se puede sacar el cuerpo por ellos. Y mira que uno intenta llevarles a las buenas…

—Es difícil estar en el guiso y en la procesión… —dijo el Tuerto reflexivo—. Ni con nosotros, que lloramos y reímos porque sí.

—Debían quedarse aquí como nos quedamos todos nosotros, y aguantar a pie firme —insistió Casiano.

—En la mina sí que vas a tener que aguantar ¡Y atar la vida con una cuerdecita! Tristes y desnudos hay en todos los sitios.

—Usted de joven no tendría miedo. Como nosotros ahora —dijo Juanito Juan—. Además —intentó sonreír—, es bueno ver hacer valentías a un cobarde.

—Si me hubieses conocido cuando tenía las alitas bien… —asintió halagado el tío Mañón—. ¡Poco importaba morir de un salto! Pero luego —añadió resignado— se fue estropeando el pasodoble pasito a pasito.

—Los años ponen fundamento en la cabeza… —sentenció Matías entornando los ojos—. Hacen rendir las armas.

—Y meten alarma en el cuerpo —siguió el tío Mañón—. Cuando ya no servimos para nada, tenemos más miedo que nunca a caer con la palanca para arriba.

—Como la mano izquierda, lo más inútil que tenemos en la vida —remachó Matías—. De jóvenes, el conocimiento es corto pero valemos más. El tiempo es como una hermosa zagala que se vuelve fea.

La conversación fue interrumpida por la llegada de un muchacho anunciando al minero Tomás subiendo por la cuesta. Los campesinos, apartándose para dejarle lugar junto a la lumbre, se refugiaron en un profundo silencio. Consciente o

inconscientemente, adivinaban que unos minutos después la rueda de su destino, empujada por vientos nuevos y tal vez fatales, comenzaría a girar en otra dirección.

—Si dice que sí… —Casiano no se decidió a continuar la frase.

—A lo mejor no pudo —añadió Felisandro, deseándolo, temiéndolo.

Entró el minero Tomás, se quitó la zamarra y, sentándose en una banqueta, extendió las manos hacia el fuego. Permaneció largo rato sin que nadie osara preguntarle. Había algo de sortilegio en los tensos rostros de los labriegos, en las llamas reflejándose en ellos. El tío Mañón, fijos los ojos en los leños chisporroteantes, parecía rezar con palabras de hombre. Cuando los levantó hacia el minero, estaba preguntando.

—Está todo arreglado. Mañana mismo pueden marchar.

En la vida humana y elemental de aquellos campesinos algo se encogió, afligiéndoles. Ellos, ya ganados por el fabuloso potencial de sugerencias que la palabra encerraba, por el espejuelo de un jornal seguro, deseaban ir a la mina. Pero ahora que Tomás les abría las puertas, un vago temor, una nostalgia anticipada por el limado de la vega, que aun palpitaba en ellos, les embargaba. En sus semblantes se pintaron gestos de desamparo, de duda, faltos de fe en la empresa, de convicción.

—¿Así que está todo arreglado?… —la voz de Casiano no era firme.

—Sí. Terminaron de apuntalar la planta donde explotó el grisú y aunque hay tres galerías cerradas, conseguimos meternos.

—¿Y Vitelón?… —preguntó Felisandro intentando darse ánimos.

—Se han olvidado de él. Trabajó como un loco durante los peores días y salvó media docena de mineros. Si a un guardia se le ocurre echarle mano, arde el Valle. Además, es un buen especialista y la empresa le necesita.

—¿Han ido algunos de otras vegas? —preguntó Casiano, como tanteando el terreno.

—Sí, unos cuantos. Ahora irán más porque han abierto dos nuevas bocaminas. Levantaron unos barracones colectivos y allí caben muchos.

—¿Y los suyos?

—Hasta que la compañía construya viviendas o eche a los deudos de los que murieron, no podrán ir. Felisandro —se dirigió al dueño de la casa—, Vitelón me ha vuelto a decir que tú tienes donde meter a Juana. Él se irá a vivir a los barracones hasta que os arregléis. ¡Pan con pan se paga!

Volvió el silencio. En él resonaban llamadas febriles y otras más bien tristes. Hablaron poco y callaron mucho. Aquella feliz oportunidad, tanto tiempo soñada en secreto, llegaba entretejida de temor y desasosiego. Ahora sólo veían el lado malo, un extraño mecanismo de desventuras que podía ponerse en marcha al abandonar la vega. Su pequeña paz estaba a punto de romperse.

—¿Qué dice usted, padre?

—Que llegue la muerte cuando quiera, pero no es sesudo ir alegremente a buscarla… ¡poco tengo que decir!

—Yo hice lo que me dijisteis —aclaró el minero Tomás, un poco confundido por tanta indecisión—. Casiano va de entibador, Felisandro de ayudante de un dinamitero y Juanito Juan de caballista. Si no queréis, aún estáis a tiempo.

—¡Quién dijo que no queremos! —exclamó el gigante reaccionando—. ¿Qué tenemos que hacer? ¿Ver a Vitelón?

—Sí, él os dirá. Así os evitáis el mal trago del «reconocimiento».

—¿Te tiene que ver el médico? —quiso saber Matías.

—No, son los capataces que reúnen a los solicitantes en la explanada para mirarles los músculos y la boca. Si andan con pocos dientes o encorvados, no sirven. ¡Quieren carne fuerte!

—Es natural, dura más.

El viento invernal se colaba por las rendijas, golpeando en los cristales, afilando la duda de las gentes de la vega. Las ráfagas cesaban para dejar paso a un silencio desolado, invitando a la reflexión. Era la llamada de la tierra que acudía con un algo de misterio y seducción.

—¿Cuándo salimos, minero Tomás? —dijo Casiano poniéndose en pie lentamente.

—Si estáis decididos, al amanecer. El camino es largo.

—¿Y qué haremos con esto…? —se preguntó Felisandro recorriendo con la vista los míseros enseres de la cocina.

—Con tus dos burros y mi caballo —ofreció Casiano— podéis llevar algo. Para empezar no necesitáis muchas cosas.

—Bueno… —suspiró el campesino—. Cuando venga mi Juana del rosario se lo diré a ver qué piensa.

—¡Estas cosas son de pantalones! —le aconsejó rudo Casiano—. Las mujeres nacieron para poner miedo a todo.

—Amigos, voy a ver si me echo un rato —el minero Tomás se incorporó—. Mis pulmones no están para estas caminatas. Si me despertáis, os diré adiós. Y ya sabéis, ¡allí preguntar por «El Oasis»!

Tras él fueron desfilando los hombres de la vega.

* * *

Felisandro quedó solo. Se puso en pie y les vio alejarse. El atardecer se recortaba sobre unas nubes negras y el campesino vio en ellas un presagio de desventuras. Los secos alaridos del viento invernal, traduciendo en él extrañas resonancias, cooperaban a ello. El brusco cambio que se disponía a dar a su vida le producía una emoción depresiva, le acobardaba.

¡La mina! ¡la mina!

Felisandro se resistía a romper con lo escrito, con la sumisión y resignación heredada. Él estaba muy pegado a aquellos campos que le vieron nacer, que recogieron su trabajo. Miraba a los árboles mecidos por el ventarrón y les iba hablando, llamándoles por su nombre, porque a todos conocía; les contemplaba con ojos extraños, con una súbita desesperanza. Se acordó del señorito Andrés, altivo, bajito, regordete; repasó su rostro sonrosado, su nariz aguileña, los ojos pequeños y vivarachos, escrutadores.

«¡Estamos hartos de tanto señorito Andrés y señorito "mongo"!» —recordó palabras de Casiano.

Felisandro sonrió triste. Tantos años trabajando para él, que llegaba a sentir…, bueno, cariño no era, pero algo había. Cuando su Selva enfermó por la primavera pasada, le ordenó al encargado que le procurase algún jornal. Algo era…

—Mañana a la mina —repetía en su pesadilla.

«¿Qué será eso de ayudante de barrenista? Yo sólo sé manejar la azada… Bueno, cuestión de aplicarse; a lo mejor en unos años puedo ganar para regresar. Compraré una huerta y un cacho de terreno y entonces ya será otra cosa… El minero Tomás ha sido barrenista y por eso debió venir a la vega, tan amarillo, a alargar un poco la vida… Si al menos no hubiese huelgas ni tiros…»

«Sí, hay que irse, la tierra da riquezas para uno y sumisión y miseria para nosotros. Hay que irse…»

En aquel momento llegaba su mujer, acompañada de la pequeña Selva. Felisandro no tuvo necesidad de explicarle su decisión. Estaba metiendo los cacharros de barro en un cesto. Un saco lleno de patatas ya estaba apoyado en el quicio de la puerta.

—¡Dios mío, qué va a ser de nosotros!

—Hay que irse, Juana. Ya tenemos trabajo. El minero Tomás pudo arreglarlo. Salimos con la amanecida.

—Felisandro, ¿por qué no lo piensas? ¡Habla con tu padre! Así, de golpe…

—No es de golpe, Juana. Ya está pensado. Fuimos nosotros los

que le pedimos que hablase en la cuenca. Mi padre, ya sabes, está demasiado pegado a la tierra. ¡Anda, ayúdame!

—¿A la mina, padre? ¿Nos vamos a la mina? —preguntaba Selva asustada.

—¿Por qué, Dios mío? ¿por qué? Si la tierra da para todos, si sólo con un poco de…

Calló porque no quería ahondar la pesadumbre que adivinaba en el corazón de su marido. Puso manos a la obra y junto a las cazuelas de barro y al trébede fue guardando lágrimas y suspiros. Su fino instinto de mujer le decía que les esperaban muchas tristezas, muchos ahogos y nostalgias. En sus idas y venidas miraba cada rincón de la casa con esa angustia que producen los adioses definitivos e inesperados. Luego, su imaginación voló hacia las tierras desventradas, sin un árbol, sin una espiga ni trecho verde; hacia las gentes amarillas de la mina…

* * *

—¿A la mina, padre?

En la pregunta de Selva vibraba el sagrado terror a lo desconocido.

* * *

Las sombras hacía ya muchas horas que rodaban por la vega y Felisandro continuaba despierto. Reconociendo que ya no podría conciliar el sueño, se sentó en la cama y lió a tientas un cigarrillo. Lo encendió y quedó mirando a la noche, negra, silbante. Debía hacer mucho frío.

—Habrá que abrigar a Selva —se dijo.

El resplandor del pitillo iluminaba vagamente a su mujer, que se revolvía intranquila. ¡Pobre Juana, cuánto peso llevaba en el corazón! Ahora de nuevo como el primer día, cuando se casaron; otra vez suplicando trabajo, el jornal del día siguiente. Aquello había sido su luna de miel, su vida. ¿Sería eso, en verdad, la vida, una guerra solitaria y sin término? Tantos años de inútiles esfuerzos… ¿para qué?, ¿para nada?

—Ya terminó —murmuró en voz baja—. Ahora la mina…

Felisandro dejó escapar un largo suspiro. Apagó la colilla contra las piedras del suelo y comenzó a vestirse. Aparejaría despacio los burros e iría a llamar a Casiano y Juanito Juan, no fuera que se

descuidasen. Encendió un candil y se acercó a su mujer. Quedó un rato mirándola con infinita ternura, mirando aquel rostro ajado por el sol y las lluvias, aquel seno aplastado bajo el brazo caído, ella que había sido alegre y codiciada, la moza más hermosa de la vega. Le parecía que hacía mil años que la conocía y recordó el día que la besó por primera vez. Luego el amor comenzó a llenarse de preocupaciones y necesidades. Felisandro sintió la rabia hurgándole muy dentro y le hubiese gustado llorar, poseerla en aquel momento, como pidiéndola perdón por no haberla hecho feliz. Pensó que la vida estaba llena de buenas cosas y que muy pocas o ninguna había podido ofrecer a la buena de su Juana. Un deseo punzante de despertarla, de abrazarla, de contarla todo aquello que llevaba guardado en el sentimiento desde hacía muchos años… Algo le ataba, acababa su voz, consciente de que sólo podía ofrecer palabras.

Sus labios se plegaron en una sonrisa amarga. El viento seguía silbando, como riéndose.

Cubrió el pecho desnudo de su mujer y abandonando la habitación se dirigió a la cuadra. Los burros alzaron la cabeza y uno de ellos, estirando las patas en un desperezo casi humano, dejó escapar un prolongado rebuzno que debió alborotar la aldea.

—Calla, «Resoplío», que aún es temprano… ¡Arriba, «Pintao»!

Abrió la tranquera y sacó los pollinos a la noche. Cuando volvió a por las albardas, Selva ya estaba levantada.

—¿Ya nos vamos a la mina, padre?

—Aun falta un poco… No podía dormir.

—Yo tampoco. Te oí cuando rascabas el chisquero.

La madre salía del cuarto en aquel momento. Después de un ¡Buenos días nos dé Dios!, se entregó a la tarea de ir arrimando bultos a la puerta. Felisandro, ya aparejados los burros, acomodaba la carga. La muchacha encendió el fuego. Las patatas no tardarían en empezar a cocer.

—¡Hija, vete a avisar a Casiano y Juanito Juan! —la mandó Felisandro—. Yo voy a despertar al abuelo para que nos diga adiós.

—Sí, padre. Y que nos dé su bendición.

Las espesas sombras les vieron perderse en distintas direcciones. Cuando el campesino se acercaba a la casa del tío Mañón, una luz recortaba la ventana.

—¡Buenos días nos dé Dios! —saludó entrando.

—¡Alabado sea siempre! —repuso la voz del padre desde la cocina.

Su hermano Pedro estaba inclinado sobre el hogar. Cuando

brotó la llama se volvió.

—Te levantaste pronto, Felisandro.

—No podía dormir.

—A nosotros nos despertó «Resoplío». La Angustias está vistiéndose. Anda algo mal del vientre.

Felisandro se sentó en el poyo, los ojos fijos en las llamas.

—¿Ya os vais?

—Sí, padre. Son sesenta kilómetros. Para la puesta del sol podemos estar allí.

—La tierra te llamará, Felisandro.

—Déjelo, padre… ¿para qué hablar? Usted, si alguna vez quiere, pues ya sabe. Allí siempre habrá un rincón y un currusco. Nosotros le queremos bien, padre.

—Aquí también está bien —habló Pedro—. Además, esta casa es suya.

—La casa de Vitelón dicen que no es pequeña. Y tengo buenas manos para hacerme otra. Y los que van conmigo ya ayudarán.

—Yo soy hombre de vega, Felisandro. No quiero ver la tierra destripada.

—Siempre es bueno ver, padre. Morirse sin haber palpado otra cosa… y a Pedro hay que dejarle solo algún rato.

En aquel momento entraba Angustias.

—¡Buenos días nos dé Dios!

—¡Alabado sea siempre!

—Le estaba diciendo a padre que alguna vez podía venir a la cuenca. Tanto como por ver…

—Está bien aquí, Felisandro. Que muera en paz en la vega.

—A mí me gusta oír ladrar a los perros y rebuznar a los burros. Y hacerle guiños al sol.

—Allí también hay sol, padre… ¿Y si viniese con nosotros y?…

Le brillaron los ojos a Felisandro. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Llevándose a su padre se llevaría parte de la vega, sentimientos que de otro modo quedarían atrás, mortificándole. Con el tío Mañón la partida dolería menos y hasta su Juana marcharía más conforme.

—Padre… ¡y si se viniese con nosotros! —exclamó dispuesto a convencerle.

—No, Felisandro. Mis huesos reposarán aquí.

Pero en la voz del tío Mañón había poca firmeza. También a él le brillaban los ojos entre los alegres resplandores de las llamas. Felisandro se dio cuenta de que todo podía ser.

—Sí, padre. Tiempo tendrá de pensar en morirse. Son sesenta

kilómetros. Para la puesta del sol estamos allí y cuando quiera en otra jornada regresa.

—No, Felisandro, no…

¡Qué tío Mañón!… Ahora resultaba que la aventura, a la que tan hostil se mostraba, le seducía; que la cuenca quizá también fuese para él un sueño acariciado en secreto. ¿De qué estaría hecho el tiempo para no poder revolverle? La proposición de su hijo despertaba en él bandadas de sentimientos, tan fuertes, que parecían capaces de romper ese dolor que es el apego profundo a las cosas enraizadas en la propia vida.

—No, Felisandro, en la cuenca llueve sangre.

El viejo tío Mañón se defendía. Pero sin convencimiento. Seguía hablando por eso, por mañas.

—Ya llovió, padre. Ahora toca el remanso. ¡Vamos en época buena!

—No te lo lleves, Felisandro —suplicaba Angustias con voz plañidera.

Pero ella también alentaba una secreta esperanza. Quedarse al fin a solas con su Pedro y sus tres pequeños, ser dueña de un hogar, poder moverse… Sí, podía moverse, pero… aunque fuese unos meses. Que luego volviese, porque allí se le quería bien.

—Juana se pondría muy contenta, padre. Usted sabe cómo es Juana, le quiere bien. ¿Tú qué dices, Pedro?

—Qué voy a decir, que está bien donde está.

Tampoco había seguridad en la voz de Pedro. Quedarse a solas con su Angustias por una temporada. No estorbaba mucho padre, pero… Luego volvería. Allí se le quería bien, él lo sabía.

¿Oyes cómo chilla el viento, Felisandro? El camino será frío.

—Por eso no, padre —dijo Pedro—, yo le dejo mi zamarra.

—Y puede llevarse también una manta —añadió Angustias bajando los ojos—. Ya la devolverá cuando venga el verano.

—¡Mantas hay en casa! —insistió Felisandro, jubiloso.

—Además tendría que acompañarles yo y si no la necesita me la traería —se atrevió a decir Pedro.

—El «Maestro» tiene buen andar. Aunque paren a echar un «bocao», para la tarde están allí.

—Tiene razón Angustias —siguió hablando su marido, sintiendo un extraño gozo que le producía confusión—. Y cuando quiera, pues manda aviso y voy por usted.

—¡Claro, padre! Usted se viene y si mañana no le gusta pues…

—No, Felisandro; aunque no me guste unos días habrá que… ¡no, Felisandro, no voy!

El tío Mañón estaba decididamente vencido. Así lo comprendieron sus hijos.

Una sensación de desahogo, de opresión desvanecida, se apoderó del humilde hogar. El tío Mañón decía a su manera que, ante la aventura de la cuenca, se encendía en su imaginación una lucecita desconocida. Pedro y Angustias, aún jóvenes, sentían el amor clamando por sus fueros con más frecuencia de lo que permitía la estrechez de la vivienda. Felisandro era el más feliz de todos. Hasta la tristeza, el adiós a una tierra que llevaba muy dentro, hasta el temor que le acosó durante la noche en vigilia, había desaparecido.

¡Cómo no lo había pensado antes! El tío Mañón siempre con sus cosas… ¡con él nunca se sabía!

—Padre, voy a decir a Juana que se viene con nosotros. ¡Verá qué contenta se pone!

—Todavía no he dicho que voy.

—¡Ni lo dirá! —rió nerviosa Angustias—. Pero mi Pedro le va a aparejar el «Maestro» y yo voy a aviarle alguna cosilla, ¿verdad, tío Mañón?

El tío Mañón no contestó. Se sentía demasiado alborozado para continuar con sus viejas triquiñuelas.

* * *

Los pies desnudos, colgadas de los hombros las alpargatas de cáñamo; el seco golpear de los cascos sobre la tierra dura… La caravana de hombres y burros bajaba por el estrecho camino en dirección a la carretera. Como el quejido de los campos, el viento seguía silbando, riéndose aún de la tragedia de los hombres.

Con las entrañas ardiendo, la mirada apagada, recorrían quizá por última vez aquellas sendas que les vieron nacer. La noche se iba abriendo, intentando acercarse, curiosa, al drama de las gentes. Juana lloraba en silencio, arrullada quizá por la misteriosa y sencilla razón de su pena. Pero el tío Mañón venía con ellos y con él se llevaban los surcos, aquellos árboles de la hondonada, el río. La pena de Juana podía alegrarse. Levantó la cabeza y mirando las sombras de la cordillera, dejó escapar un suspiro de alivio.

«Dios es bueno. Y si ayuda a vivir a los pájaros, ¿por qué se va a olvidar de los hombres?»

—Padre nuestro, que estás en los cielos…

Selva, montada sobre «Resoplío», se dejaba mecer por el andar del animal. Callaba, asustada por el viento, por la vida que se ofrecía tan arisca ante sus diez años tan dignos de ternura. Daba

pena verla así entristecida, ensombrecido aquel rostro tan vivaracho y lozano.

—¡La mina! ¡la mina! —repetía, como horas antes, presa de un terror sagrado.

* * *

En los atardeceres del sábado, día de paga, «El Oasis» rebosaba gente. Entre humazo, vocerío, olor a pescado frito y vino derramado, Rosita iba y venía, llevando botellas y trayendo dinero. A Juanón el Zorro le brillaban los ojos, recocido su cerebro de lata de tanto sumar perras y más perras. Gordo y rebosante de salud, colorado como un centollo escaldado, era hijo del Valle y enemigo de la mina, por la que sentía algo parecido al miedo. Además, ¿para qué escarbar en la tierra si los doblones venían solos a su viejo mostrador de zinc? Era un tío Dineros, aunque en menor escala. Él también fiaba; él también afilaba la mirada cuando alguien caía enfermo o herido debiéndole unos litros de vino. Únicamente con algunos picadores y un par de viejos respetables, según el concepto que él tenía de la respetabilidad, se mostraba confiado. Y con Petrarca, el poeta.

Antiguo empleado de las oficinas, expulsado por sus relaciones demasiado estrechas con la minería, Petrarca —bautizado así por un titiritero que llegó para las fiestas— pasaba sus malas rachas. Cuando tenía un duro en el bolsillo, conseguido ayudando a los mineros a sacar cuentas de horas y jornales, o dando clase a sus chicos, trataba de tú a las musas «carboníferas»:

Minero, héroe mayor de la gloria cuna,
vengan vates a cantar las grandezas tuyas,
a tu clave de cantos heroicos,
de secretas hazañas…

Sin embargo, empujado por el vino o la necesidad, su ingenio marchaba a menudo por otros derroteros. Petrarca se resignaba a vender su inspiración a Juanón el Zorro por un cuenco de potaje. En los platos de porcelana que adornaban «El Oasis» estaban escritas cosas como éstas:

Cuando lleves las cuarenta
tienes derecho a cantar,
mientras tanto, buen cliente,

¡es más discreto callar!

Otra de las ocupaciones del ex-oficinista, cuya fama en este aspecto había rebasado los límites de la provincia, era la de «fotógrafo». Petrarca cobraba una peseta a los mayores y un real a los niños por «retratarles». Su letra menuda y exacta aparecía colgada de la pared de todos los hogares de Valhundido. En aquellos cuadritos podía leerse:

«El niño Josito Ruiz Iriarte, alta estatura, riente, los labios finos y unos ojos azules y grandes, por los que parece asomar un deseo de acción, de plena vida…»

El poeta-«fotógrafo» siempre estaba rodeado de picadores. Era un buen «cebo», aunque dejase a deber algún vaso. El negocio era eso, Juanón lo sabía, soltar dos por un lado para recoger cuatro por el otro. También Rosita, inconscientemente, cooperaba a los manejos crematísticos del tío. Rosita era el alma de «El Oasis». Cuando salía al parquecillo nevado, donde los viejos silicosos daban vueltas y más vueltas sin poder entrar, por falta de dinero, a echar un trago que alegrase sus entrañas, parecía un simpático cabo de varas. Levantaba la manita, amenazadora. Y ellos, en un gesto de pueril orgullo, fingían no verla. Mirando de reojo, con algo de rencor, a los afortunados que bebían o jugaban una partida de cartas pegados a la estufa, pasaban junto a la pequeña mesonera, quien, describiendo un círculo con el índice, gritaba burlona:

—¡Una vuelta más! ¡panda de borrachines! ¡Vamos, venir aquí!

Era la escena repetida. Se apelotonaban, necesitando de todo su ánimo para hacer frente al peligro que representaba aquel diablillo descubriéndoles su debilidad, llamándoles. Ella sabía que su tío se enfadaría, pero la pequeña hada del delantal sucio no sabía de avaricias. Además, tarde o temprano pagaban, el día del «retiro», aunque por la noche ya debiesen.

Uno de los retirados rompía al fin la formación y los otros, como mansas ovejas, iban tras él, camino de la puerta. Rosita les esperaba con el trapo en la mano, plantada en el umbral.

—¿Con que os habéis gastado el dinero, eh, panda de viejetes sin juicio? ¡Vamos para adentro, que parecéis pájaros desplumados! Os voy a dar…

Y les daba. Entraban a empujones, el último, el más débil, trastabillando, intentando correr entre toses de silicosos y risas primaverales.

—¡Trata bien a esas antigüedades que pueden romperse! —gritó alguien.

—Podrías intentar ser más respetuoso con las ancianidades

viejas, Cubadín.

Y volviéndose hacia la mesonera, que se dirigía al mostrador, Repetidor añadió:

—Cuánta concurricción tiene usted hoy, señorita Rosita,

—Es que es día de paga. A los retirados como les pagan cuando quieren…

Allí estaba el trío de siempre: Cubadín, Repetidor y el «reaparecido» Vitelón. Con ellos bebía el Aplomao, tieso, remilgado, pendiente siempre de encontrar el momento de soltar una de sus frases prefabricadas. Se tenía por hombre distinguido, debido a su condición de oficinista, y en aquel ambiente de trenes mineros, bocaminas, escombreras y grisú, parecía una planta de invernadero. Pero allí estaba y era bien recibido, sobre todo por el caballista, de quien era «blanco» preferido.

—¿Qué te pasa, Aplomao, que hoy no sueltas un eructo de los tuyos?

—En boca cerrada no entran moscas, amigo Cubadín. Es bueno que vayas aprendiendo a respetar la vida de los demás.

—Muy bien, señor Aplomao —le aplaudió Repetidor—. Hay naturalezas que merecen que se las reconvenciones constantemente.

—Tú debes tener moral de ahorcado —habló irónico Vitelón—. ¡No sabes con quién te estás jugando la vida!

—Sí, un día le van a calentar los mofletes —opinó el Aplomao.

—¡Estoy vacunado contra la muerte! —galleó el pequeño caballista.

—El que mal actúa, mal acaba —aconsejó paternal el hombre de la camisa blanca.

—¡A ver, fenicio, unos vasos para todos! —pidió el caballista, demostrando que las palabras del oficinista le tenían sin cuidado.

—Gracias, Cubadín —le agradeció el Aplomao siempre dispuesto a la reconciliación—. Los próximos serán míos. ¡Al César lo que es del César!

—No le dé usted las gracias porque él pide pero nunca paga in itinere. Carece de pulcritud moral, ¿sabe usted?

—¿Que no pago yo?… ¡Venga, fenicio, sirve que yo vengo aquí a ilustrarme no a verte la cara!

—A ver si un día la Olga te llena los ojos de tierra y nos dejas tranquilos —refunfuñó el tabernero alejándose malhumorado en busca de la frasca de vino.

—A mí ese tío no me gusta —dijo serio Cubadín—. Por algo le llaman Juanón el Zorro. Un día se metió conmigo, le pedí una razón y me sacudió una bofetada. ¡Me dieron ganas de meterle la

verduguina dentro y echar mi firma en sus tripas!

—Pero te las aguantaste, ¿verdad? —dijo Vitelón distraído, volviéndose de espaldas al mostrador—. ¡Mirar el de los bigotes cómo sopla!

Y llamando a Rosita, le pidió:

—¡Pon una tranca al Auténtico!

—Ya bebió mucho, Vitelón; está borracho.

—No importa, es mejor que viva un mes bien a veinte años mirándose esa cara.

—Los bigotes de este tipo son los más hermosos de toda la cristiandad —dijo grave el caballista—. También su mujer…

—Pues la tuya —rió el gigante—. Debió de creerse que le dieron al marido en un aguinaldo.

—Tú, Vitelón, eres muy bruto y sin embargo muy tonto.

—Pues sí —asintió dándole un sonoro capón que hizo apartarse chillando al pequeño minero—. Tanto que en un bocadillo me zampo un par de Cubadines.

El caballista ya no le oía. Irritado, se había alejado, mezclándose con la clientela que llenaba «El Oasis». Se acercó a una mesa donde los viejos silicosos hablaban de cosas de muertos.

—Se quemó el polvillo, pero aquello sería sólo la señal. Por la noche, a la chita callando, el carbón prendió y a la mañana siguiente los gases iban «bajando» a los hombres conforme entraban. Nadie se daba cuenta hasta que llegaba al «cepo». Al fin uno pudo avisar y entramos por los desvanecidos. Nos asfixiábamos, pero todos teníamos buenas entrañas. Es como en la guerra, si no se va por el herido, allí queda. Sacamos a todos menos a uno que ya había subido al tajo. Cuando le encontramos tenía en los pulmones más ácidos que vicios la tía Vacas. Le estuvimos haciendo la respiración más de tres horas, pero nada. Estaba muerto. Tuvimos que correr de allí porque la montaña rota empezó a echar agua y…

—¿Estaba muerto enteramente y para siempre? —preguntó Cubadín, haciéndose el beodo.

—Calla, muchacho —le pidió un viejo barrenista de rostro marcado por el grisú.

Y tomando la palabra se dispuso a contar, quizá por milésima vez, la misma historia:

—El agua tiene más defensas. Una vez íbamos montados en el tren y el caballista levantó la lámpara para ver cómo estaba la atmósfera, haciendo estallar una bolsa de gas que se paseaba por el techo. ¡La que se armó! Parecía que el mundo se nos venía encima. Ahora, pensaba yo, no queda más que morir. Pero lo dije como un

tonto, no sentía nada, tenía el cuerpo… ¡mirar mi cara! Enpazdescanse, que cayó a mi lado, me dio de beber y entre el vino y el gas agarré una buena. Luego él, por querer escapar por donde no se podía, estuvo ocho días en la sepultura. Yo perdí el conocimiento y cuando lo recuperé empecé a puñetazos con los que venían a salvarme. Después me desplomé como una piedra. ¡Está muerto! ¡está muerto! decían. Yo les oía pero no podía decir que no. Aquel día comprendí que había cogido miedo a la mina. Pero con miedo o sin él, estuve catorce años más haciendo el topo.

Otro, también desfigurado el semblante por los accidentes, habló de una trampa de cuarenta metros de larga, de ropas y carnes quemadas y el ácido carbónico que les iba comiendo como si fuesen ratones.

—A uno que se había vuelto loco le dio por engullir la merienda y la congestión le mató. Tenía unos ojos que asustaban. A otro le dio por reír… hasta que se desmayó. Cuando volvió en sí fue para morir ya del todo. Estábamos encerrados y no esperábamos que llegasen a tiempo, ¿verdad, Matías? Sin embargo, mientras nosotros arañábamos la tierra, en la galería superior hicieron un pozo que calcularon bien y nos encontraron con vida. Sólo el pobre Ruiz quedó turulato y con quemaduras para hacer dibujos.

Un entibador que se había acercado poco antes, después de oírles un rato, exclamó brusco:

—¿Y qué hicieron para evitar tanto tango? Si en vez de callar y tanta pena de mina pudiesen contar algo de papeles y de cárceles, mejor les hubiese ido.

—Nosotros sabemos poco de letras —repuso uno de los retirados, sin levantar la cabeza.

—No es leer sólo, el corazón también está para algo. Y si no, se le arranca la piel.

—Ya somos viejos…

Cubadín, aburrido de tanta tragedia y reconociendo que únicamente con sus amigos lo pasaba bien, se acercó al grupo, procurando aparecer enojado. Mirando bravucón al gigante, exclamó:

—¡Un día te voy a vacunar contra el vino a ver si dejas de dar coces!

Un muchacho entraba en aquel momento dando voces:

—¡Vitelón! ¡Ahí fuera hay unos palurdos montados en burros que preguntan por ti!

—¿Unos palurdos en burro?… ¡Diablos, no será Felisandro y compañía!

De tres zancadas se plantó en la carretera, seguido del chiquillo. Deteniéndose a unos metros de la humilde comitiva, de aquellos hombres cohibidos, asustados por el mundo tan distinto en el que acababan de penetrar, abrió los brazos en un saludo cordial y hospitalario.

—¿Pero qué hace por aquí la familia campesina? ¡Esto sí que es llegar Tomás y besar el santo!

—Si lo pensamos no venimos —dijo Felisandro, intentando sonreír.

—Pero… —el picador, burlón, se acercó al tío Mañón— ¿me estarán engañando mis bellos ojos?

—Ya sabes, Vitelón… a veces la vida nos da un taponazo que nos traspone.

—¡Vaya! ¡Vaya! —el minero estaba encantado—. Y la señorita Selva ¿no da un beso a su amigo?

—Anda, Selva, baja del burro y besa al señor Paco —la dijo la madre.

—Aquí no me llames Paco —rió el picador—. ¡Armas una buena!

—Claro, mujer —la reconvino el esposo—. Sabes que se llama Vitelón.

Selva se había apeado del borrico y se empinaba para besar al gigante. Este, tomándola en vilo para volver a subirla sobre «Resoplío», preguntó:

—¿Está muy cansado, tío Mañón?

—Hicimos bien el viaje…

—Tendrá frío, como siempre, ¿no? Podría tomar un aguardiente mientras las mujeres van poniendo en orden la casa. ¿Qué le parece?

—Vitelón, ¿y usted ahora dónde?…

—Juana, no quiero oír ni una palabra de este asunto —dijo serio el picador, entregándole la llave de su casa—. Ahora el chico os dice dónde vivo y a trabajar… ¡hala!

Sin esperar contestación, ayudó a desmontar al anciano.

—Me voy con ellas —dijo Pedro—. Alguien tiene que cuidar de los burros. Ir tranquilos que es bueno que vayáis conociendo a los mineros.

—¡Pues en marcha! Tú, chaval, llévales a mi palacio, coges lo que te dé la señora Juana y se lo entregas al encargado de los barracones. ¡Ah, y le dices que esta noche llegaremos los tres mosqueteros! ¡Él ya sabe!

—¿Me darás una perra, Vitelón?

—¡Toma! —le propinó un coscorrón— ¡ya estás pagado! ¡Hala!

Los burros, sobresaltados por unos rápidos puñetazos de Vitelón, se pusieron en marcha. Abriendo los brazos empujó a sus amigos hacia la taberna. En la puerta, curioso, esperaba Cubadín.

—Vaya burra alta y rubia —dijo a modo de saludo—. ¡Parece una inglesa!

El tío Mañón entró en primer lugar. A la vista de aquel humazo y tantas voces, se detuvo. Parecía con deseos de retroceder. Vitelón le condujo hacia un rincón donde había una mesa vacía. Los otros fueron detrás. Cubadín fue el primero en sentarse.

—¿A ti quién te silbó a esta mesa? —le increpó Vitelón, fingiéndose molesto.

—Los forasteros, que siempre pagan un vaso —repuso el caballista con el mayor desparpajo.

Repetidor, desde el mostrador, movía la cabeza suficiente. A una seña de Vitelón, vino hacia ellos, estirándose.

—Señores visitantes, en nombre de Valhundido les doy la bienvenida al Valle.

—¡Que sea la paz de Dios para todos! —repuso el tío Mañón, solemne.

—Bueno, mirar —se dispuso el gigante a presentar a sus amigos —; estos señores son el tío Mañón, Juanito Juan, Felisandro y Casiano. ¡Con éste cuidado, Cubadín. ¡Si un día estornuda vuelas al otro valle!

—¿Quién dijo miedo habiendo hospitales y cementerios? —repuso el caballista un poco molesto.

—Lo malo es que si te pega una bofetada no te aprovecharán ni las hormigas.

Cubadín, tamborileando con los dedos sobre la mesa, quiso demostrar su indiferencia.

Teresita baja ya
que yo ya estoy aquí
a cantar la serenata
sólo, sólo para ti… ¡Rosita!

—¡No chilles así, animal humano! —le reconvino Repetidor, intentando catalogar la impresión que causaban sus palabras a los forasteros.

La mesonera se acercó. Parecía cohibida.

—Rosita, aquí te trajimos otro vejete con el que podrás jugar —bromeó Vitelón—. Se llama tío Mañón y quiere un copazo de ¡aguardiente. Y un par de botellas de tinto para los demás, ¿no?

—Por mí sí…

—Y por mí…

—Bueno —añadió cuando se alejó la chiquilla—. ¡Otra vez juntos, eh, Felisandro!

—Que haya paz y larga vida. Es lo que hace falta —repuso su padre por él.

—No se preocupe, tío Mañón. Mañana a descansar y el lunes a la mina. Me salieron las cosas bien y los compañeros echarán una mano. Vais los tres a trabajar en mi galería.

—Si es todo para bien…

—¡Pues claro que sí!

—Luego llega el sábado, que es la fiesta de las estampitas, y a gastar unas perras.

—Y el lunes otra vez sin un cobre —profetizó serio el caballista.

—Cubadín, tú porque eres una especie de animal que no conoces las cosas. Si practicases el goce del ahorro…

El caballista, recorriéndole con la mirada, soltó un ex abrupto.

—¿Es que quieres que estos señores se den cuenta de que estás aún sin capar?

—¡Qué aberración tan aberrante estás diciendo! —se sobresaltó Repetidor sin dejar de mirar de reojo a los campesinos.

—Déjalo —intervino Vitelón tomando las botellas de las manos de Rosita—. Él si que está… ¡eso! y después tuvo cinco hijos.

—¡Este! ¡este! —rió el caballista señalando a Repetidor.

—Coceas demasiado personalmente, Cubadín. Cómo se ve que no has comprendido aún la excelsa cuantía de la amistad.

—Calla, que cada cual sabe su vida y yo la de todos. ¡Qué hay quien dice que alguna respetable esposa antes de casarse era una planta de regadío!

—No te estarás inmiscuyendo de una manera malévola en la interioridad de mi honra, ¿verdad?

Casiano no pudo contenerse por más tiempo. Dejando escapar un resoplido, preguntó:

—A esta yunta de charlatanes ¿les parió la cuenca o les trajo el viento?

Vitelón soltó una carcajada que retumbó en «El Oasis». Juanito Juan y Felisandro también reían. Sólo el tío Mañón permanecía silencioso.

—Oiga, señor campesino —habló ceremonioso el señalero—, la educación de nuestros mayores es algo que se heredó sin dinero. ¡cómo los instintos más primitivos!

—Ten cuidado, Casiano —le avisó Vitelón sin dejar de reír—.

Este Repetidor es capaz de aplastar una mosca de un puñetazo.

—De los hombres más grandes salen más palillos —dijo bravuconeando el caballista, poniéndose de parte del señalero.

—También a Cubadín tienes que vigilarle —siguió Vitelón—. Si te desafía a salir a la calle a lo mejor coges una pulmonía, ¡este invierno vino crudo!

—Sí, vino crudo —asintió grave el tío Mañón, poniendo seriedad en el grupo. Quedó mirando hacia el parquecillo por donde algunos retirados ya se alejaban hacia sus casas.

—Aquí lo notará más, padre. Como está la cordillera encima del Valle…

—Vamos a irnos recogiendo —dijo al cabo de un rato el viejo campesino—. Las mujeres necesitarán de nosotros.

—Como quiera, tío Mañón —repuso Vitelón haciendo señas a Rosita—. Tiempo habrá de venir por aquí.

A la hora de partir, Repetidor les despidió con grandes reverencias. El caballista esperó a que volviesen la espalda para hacer un gesto grosero.

—¡Vaya panda de palurdos!

—No seas demagogo, Cubadín. La humanidad debe amarse intrínsecamente.

* * *

Vitelón y Casiano, como desafiando a la gente con sus corpachones de gladiadores victoriosos, iban delante. Les seguían, encogidos y silenciosos, el tío Mañón, su hijo y Juanito Juan. El sol se había apagado hacía tiempo y las lámparas del pueblo se encendían, punteando de suave melancolía el agonizante atardecer. Los campesinos levantaban inquietos la cabeza, husmeando las ráfagas de polvillo negruzco que, arrancado de las escombreras, volaban hacia las crestas y poniente, manchando los cerros. Las casetas de las herramientas, las oficinas de los Grupos, los tendejones de los planos y el camino aéreo, con sus tolvas detenidas en un punto del cielo, como castigadas por cualquier travesura… Todo les sorprendía, les asustaba, ahora que el mundo se disponía a confundirse con la noche, ya planeando cercana. La mirada de Felisandro buscaba ansiosa alguna zarza, un espino, tierra donde se pudiese cultivar una patata y brotase el pasto si la mina lo dejaba en paz. Grupos de negras nubes, moviéndose desorientadas, presas de la absorción del estrecho y gigantesco Valle, cooperaban a formar el cuadro desolador que ya hería la sensibilidad del

campesino.

Junto al río, sucio y acosado por las escorias, tan distinto a su Vastión, se detuvieron. Al otro lado, como un ojo negro y desierto que vigilase tanta naturaleza vencida, se abrían las fauces de dos bocaminas. El parpadeo humilde de los faroles ponía en el campo destripado una nota desalentadora. Felisandro sentía que por aquel agujero podría surgir el espíritu de la tierra, que por allí salía la voz del diablo hablando de sangre y tinieblas. Aquel boquete era el principio de un camino que llegaría al infierno; a los infiernos, una mandíbula ansiosa de devorar carne de hombre, carne de campesino.

—¿Ve, padre?

—Sí, Felisandro… Eso son cosas del demonio. Por ahí buscan lo que Dios escondió.

Mucha amargura había en sus palabras. La conciencia parecía remorderle, contagiado por esa vaga impresión que sacude al hombre cuando siente que se le viene encima algo irremediable. Inmóviles, los ojos clavados en el boquete, lo miraban con repulsión. En aquella herida, feroz y auténtica, adivinaban su nueva vida, la grandeza de aquel nuevo mundo acabado de hollar y del que ya se sentían esclavos. Un acusado sentimiento de indefenso, de perdido irremisiblemente, invadía al hijo del tío Mañón.

—¿Ve, padre?

—Es la mina, Felisandro… —habló Juanito Juan con voz apagada.

Los tres labriegos, como tristes almas en pena, semejaban enfrentados con una adivinanza que les producía angustia.

Poco después se detenían ante el puente. Nunca habían visto nada parecido y el tío Mañón volvió a sentir la mano satánica del hombre.

—A los ríos no hay que ponerles bozal.

Cuando divisaron la llama de Carmelón… ¿Cómo dudar que aquello era la lengua del diablo, ardiendo, intentando arañar el cielo? ¿No olía a humo, a tierra podrida? En aquel Valle ni siquiera debía haber luna. Sólo búhos y algún pájaro asustado… ¿Qué comerían? De aquella tierra muerta y negra emanaba un sortilegio extraño, un temor supersticioso, primitivo. Amarga, desnuda, desmenuzada por hombres, palas y blasfemias.

Sí, era una tierra muerta sobre la que planeaban aves negras, una aldea llena de tintas, sin una sola planta, sin una flor. Descolorida, fantasmal.

Se acercaban a la casa, ya encendida por dentro. Un

impresionante silencio se había apoderado del Valle.

Y de los hombres de la vega una profunda depresión en la que el miedo se erguía triunfante.

—Padre, ¿tenemos que vivir aquí siempre?

Temblaba la voz de Selva.

CAPÍTULO VIII
EL PEQUEÑO LANDA

El tío Dineros era propietario de una enorme tienda que la gente llamaba «El Robadera». Sujeto únicamente a la moral de la máxima ganancia, aquel hechicero de las humildes finanzas del Valle, mago de la cartilla y el chanchullo, no era estimado por nadie. Su rostro de bulldog, ojos pequeños y maliciosos, incrustados cerca de su tortuoso cerebro —apenas velado por una piel arrugada y unos cabellos ralos— acentuaba este sentimiento general. Pegado a la puerta de la trastienda vigilaba las ventas, en las que intervenía personalmente, como una araña perezosa, cuando olfateaba una víctima importante.

Nadie sabía de dónde vino; alguien aseguraba que durante unos meses merodeó por el pueblo y hasta osó robar manzanas en tierras de don Magnífico. Y que estaba enfermo de ambición. Comprando y vendiendo todo lo imaginable, un buen día abrió un tienducho. Por entonces había mucha miseria en la cuenca y no le fue difícil prosperar. Ni las frecuentes palizas que maltrataron su pequeña humanidad, ni el conato de incendio que amenazó con dejarle de nuevo robando limpiamente, lograron doblegar su ánimo. Vejado, humilde y sinuoso, siguió construyendo con paciencia de topo su negocio, la revancha de una vida tantas veces humillada.

Pero todo esto pasaba por vieja historia. El tío Dineros era ahora, al menos exteriormente, respetado. La amenaza de retirar el fiado a una familia suponía una tragedia. Al final de cada semana, ayudado en menor escala por Juanón el Zorro, se apropiaba de los jornales que pagaba don Magnífico, el representante de los «ocultos». Campechano o quejumbroso, movía los hilos de la necesidad, y hasta del drama, con la maestría de un torpe iluminado.

Los que usaban un correcto lenguaje decían que tenía conciencia de desalmado. Otros le llamaban directamente «hijo de burra

podrida».

En «El Robadera» terminaba cayendo indefectiblemente toda la minería. Si se quería comprar tabaco o unas alpargatas, camisetas, sal, pan… Una de sus primeras victorias consistió en lograr la exclusiva de los suministros. Sabía tener contentos a los ingenieros y capataces, al alcalde y hasta al propio don Magnífico, al que se aventuraba a hacerle algún regalito. Y ya de su parte el mundo superior de la cuenca, no le fue difícil que los guardias alejasen a otros de su calaña, ávidos de ayudarle a desplumar a las gentes mineras.

A mí el tío Dineros me daba mucho asco. Lo sentí por primera vez un día que encontré la tienda llena de mujeres llorando y noté que a él no le importaba. Cuando iba a comprar algo no le miraba a la cara. Pero no quería por nada del mundo que se me notase aquella repulsión. Si nos quitaba el fiado, ahora que mi padre no lo ganaba…

Ya nos lo había dicho una vez.

* * *

Era domingo y había mucha gente en «El Robadero». Logré escabullirme hasta el mostrador y pedí al dependiente:

—¡Tres trozos de jabón y una hogaza! Que lo pongan en la cartilla que ya vendrá mi madre.

El tendero se acercó al patrón. Les vi cuchichear unos instantes. El tío Dineros decía que no con la cabeza y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Dice don Julián que le debe lo de dos semanas y que no fía más. ¡A ver otra! ¿Qué quieres tú?

—¿Y la hogaza tampoco?

—Ya te he dicho que no. ¡Vamos, lárgate!

Miré al tío Dineros con tan intensa rabia, que sentí que me empezaba a faltar el aire. Como cuando me golpeó el guardia desde el caballo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrarle el asco que me daba y me puse a llorar.

Cuando salía tropecé con la señora Andrea.

—¿Qué te pasa, hijo?

—El tío Dineros nos ha quitado el fiado, ¡es un cerdo!

—No hables así, Landa…, ¿qué te pidió tu madre?

—Tres pedazos de jabón y una hogaza. ¡Y ni la hogaza me quiere dar!

—Yo se lo llevaré. Pero ni una palabra en casa, ¿entiendes? Ya

se arreglará todo.

—Sí, señora Andrea…

Sin rumbo, marché hacia las afueras del pueblo. La nieve caía mansamente; silbaba el viento, acercando los aullidos de los lobos. Rodeado de gigantes blancos, la aldea, pensativa, parecía un Belén abandonado. ¡Con lo bonito que era mi Valle y aquel cerdo del tío Dineros!… Si pudiese ir a la mina…

—¡También el señor Marcos parece tonto!

Me llevé la mano a la boca como si hubiese dicho una blasfemia.

Mi Valle ¡tan bello! iba haciéndome olvidar la rabia. En aquella hora temprana aparecía casi solitario, envuelto en la melodía fría de invierno comenzando, en el gesto lánguido de una serenidad que acariciaba. Semejaba una planta salvaje y única, un templo donde cabían todas las amargas ternuras de las gentes de la cuenca.

Los días de fiesta los hombres de Valhundido se levantaban tarde. En la cama se reposaban bien las fatigas de la semana y, sobre todo los solteros, el cansancio que producía el vino y los cánticos de la noche del sábado. Tan sólo los campesinos-mineros animaban las primeras horas de las mañanas domingueras. Por los caminos se empinaban hombres y mulas. Hacían desmontes, acarreaban materiales; levantaban paredes y extendían techos, construyendo humildes hogares donde cobijar a los suyos esperando aún en las vegas.

—Este cerdo…

Caminaba distraído acordándome de mala manera del tío Dineros, cuando descubrí un pájaro caído junto a una piedra y semisepultado por la nieve. Ante el hallazgo, yo que tantos había matado, me impresioné. Desde la revelación de Colás mi mundo interior había cambiado, dejando paso a un torbellino de sensaciones, inocentes o salvajes, pero todas obsesivas. En la dulzura de aquellos ojos muertos adiviné mucha tristeza, tantos rastros de sufrimiento que toda la intimidad de una tragedia estaba en ellos escrita. Su pico, entreabierto, parecía suspirar desde muy lejos. Aquel pajarillo tenía algo de desesperación, de dolor humano. Le limpié el plumaje y miré al cielo, porque alguien lo estaría buscando en las alturas, bajo las nubes plomizas de la mañana. Lo lavaría en el río y luego abriría un agujero. Los muertos debían ser enterrados; el señor Marcos lo repetía todos los días.

—¡Hola, «Vagabundo»! ¿Tú por aquí?

El perro, sin lanas, tiritando de hambre y frío, se acercó con el rabo entre las patas. «Vagabundo» era amigo mío. Los hombres le daban patadas y los chicos le tiraban piedras. Me gustaba hablar

con Vagabundo.

—Mira lo que encontré. Debe tener sed, ¿sabes? Todos los muertos la tienen. No sé cómo se llamará… ¡Pajarillo! Le voy a hacer un hoyo y le pondré una cruz…, ¿qué miras? No querrás comértelo, ¿verdad?

Ya en el río, el plumaje pegado a sus débiles huesecillos y la cabeza caída, el ave parecía aún más muerta. Lo sequé contra mis ropas y ahuequé las alas. Y llevándole con mimo en mi mano semiabierta, seguido del perro, tenaz y esperanzado, seguí mi paseo, rozando como tantas veces de la íntima dicha de recorrer los caminos que mi padre había recorrido, de acercarme a las bocaminas que le vieron entrar, de pisar sus huellas, sintiéndome así más unido a él. Volvía a nevar y un tren minero dibujó entre los copos un juramento de humo que terminó por ocultar aquella choza medio caída, aquel monumento a la debilidad que dormía su sueño de frío junto a la gigantesca escombrera. De ella salía una mujer enlutada, profanando también el manto de nieve. Se detuvo un momento, como cansada. «Vagabundo» ladró por compromiso y siguió husmeando, perdido en una de esas quimeras de los perros. Se volvió hacia mí levantando la cabeza, suplicando.

—El pájaro no te lo doy, «Vagabundo». Cuando vaya a la mina y gane dinero, te daré comida, ya verás… Tendré miedo aunque no lo creas… bueno, tú de esas cosas no entiendes. Seré minero y los domingos iremos al campo y te mataré muchos pájaros… Pájaros no, pero codornices y sapos sí. ¡Vas a ver, «Vagabundo», cuando vaya al Pozo! Ya me veo así de alto —levanté la mano sobre mi cabeza—, andando por la galería, ¡plas! ¡plas!, y barrenando, ¡ra-ra-ra! Mi madre se pondrá muy contenta. ¡Y padre, no creas que no!

Súbitamente me ensombrecí. Pero «Vagabundo» estaba mirándome y la nube se disipó.

—El tío cerdo del tío Dineros nos quitó el fiado… No importa, algún día pondremos todo patas arriba y aunque nos quiten el fiado no pasará nada. El mundo está mal hecho, unos queman trigo o lo tiran al mar y a otros nos quitan el fiado y si nos descuidamos nos morimos de hambre. Pero verás cuando sea yo mayor… ¡Bah!, no sé cómo los hombres son tan cobardes… Bueno, no es cobardía. Decía mi padre que les da miedo que les quiten lo poco que tienen. ¡Si tuviesen libros! Eso es lo que hace falta, muchos libros. En ellos ves bien claro y se te enciende el pelo y quieres ser mayor para luchar. ¡Ya verás cuando crezca y venga la gente los sábados a reunirse en mi casa! Habrá líos, porque los ricos, cuando te retuercen un brazo, creen que estás domado para siempre. A mí no me importa que me

lleven a la cárcel. Decía mi padre que a todos los que quieren algo bueno para sus hermanos le pegan y le encierran, y hasta le matan. Fíjate, Cristo…, bueno, tú no sabes nada de Cristo. A mí no me gusta que Cristo fuese tan bueno y tan pobre y que el señor cura esté tan gordo comiendo con los ricos y hable a los mineros sólo de resignación… ¿A ti te gusta? Tú eres bueno y no sabes de estas cosas. Si fueses malo te sobraría la comida como al tío Dineros y a don Magnífico Floro. Ya verás cuando vaya al Pozo, ¡tengo que ir, «Vagabundo»!…

El perro me miraba estragado. Parecía un peregrino tenaz de esas cosas que dejan más amargura que otra cosa.

Dos lucecitas amarillas parpadeaban a los lados de un socavón. Un grupo de mineros entraban en aquel momento en la galería inclinada. La lámpara encendida al hombro, se perdieron en la caverna oscura. Fue debilitándose el resplandor de sus luces, cayendo en el silencio triste de la noche subterránea. Otros subían, negros, los ojos hundidos, sudando, la chaqueta al brazo, al aire la fuerte musculatura. Tosían y colocándose la prenda comenzaban a perderse por los caminos empinados de la ladera, abriendo sus pulmones, llenos de gas y tufo, al viento helado. Alguno se sentaba junto a la entrada, canturreando con voz ronca y pausada. Los ojos fijos en la nieve, maravillándose quizá de tanta blancura, saludaba con un movimiento de cabeza a sus compañeros entrando en el túnel, adivinando en ellos ese inconsciente y continuado temor al tacto de una muerte posible, allá abajo, en la topera que los dos farolones disfrazaban de interminable ataúd.

Como un cancerbero humano, domingos y no domingos, la boca de aquella galería y Dale-Dale eran inseparables. Dale-Dale, el hombrón norteño, tenía una expresión bondadosa y algo remoto en la mirada que le hacía parecer hombre de otras edades. Las manos, en las que residía una fuerza sobrehumana, solía mantenerlas semicerradas, en una inconsciente voluntad de lucha. Pero Dale-Dale hacía ya tiempo que odiaba la pelea. Dale-Dale, golpeado, encarnecido, echado al exterior, injuriado tantas veces que perdió la cuenta, había cedido. Fue después de la huelga cuando se derrumbaron definitivamente sus energías morales. Tres días duró el cambio, tres días a vergajazo limpio. Luego siguió andando por la vida con el temor a la espalda, con el triste temor de los hombres domados. Como al Auténtico, la tragedia le volvió infantil. Dale-Dale, antiguo campeón de peleas, se refugió en el amor a los suyos y en una pueril inclinación a participar en los juegos del menudo mundo del Valle. Eso era todo. En los campeonatos de bolos o de

tiro con honda, en las carreras de los críos, en los partidos de fútbol, Dale-Dale estaba en primera fila, manteniendo el orden con su enorme corpachón y su voz de trueno.

Se acercó a mí sonriendo. Poniendo su manaza sobre mi hombro, me hizo un guiño de amistad.

—¿Qué haces aquí, hombrecito?

—Con «Vagabundo»… ¡Mira, encontré un pájaro muerto! Estaba casi tapado por la nieve. Ya lo lavé.

—¡Buen tesoro! ¿Y vienes a enseñarle la mina? Tíralo por ahí; la carne podrida no sirve para nada.

Debió notar mi repentina tristeza, porque añadió atolondrado:

—Tú… tú me entiendes, ¿verdad, Landa?

—Sí, Dale-Dale, pero le meteré en un agujero y así no lo pisarán. Sí, claro, claro, la carne muerta hay que enterrarla, lo dice el señor Marcos. Bueno… —siguió turbado—. ¡Hola, «Vagabundo»! ¿Hay hambre?

El perro tiritaba pegado a mis piernas.

—Yo le daré de comer. Ya hice once años y quiero ir a la mina. El tío Dineros nos quitó hoy el fiado.

—Claro, claro… ¿os quitó el fiado? —movió la cabeza desorientado—; ya sabes, los pobres nacimos un poco maldecidos. La herencia es ésa ¡el martillo, el arado o la piqueta!… ¿Os quitó el fiado?

Del fondo de la mina salió en aquel momento una «tirada» de vagones cargados de piedras.

—¡Son escombros, Dale-Dale! —exclamé mirando hacia abajo, a aquella tumba negra y abierta.

—Sí, pero ahí dentro no hay nadie muerto. Trabajan como se debe. Es una quiebra que amenaza y están reforzándola.

—No, no hay nadie muerto… —repetí cabizbajo, alejándome.

Allí quedaba el gigante de corazón infantil, cerrando sus enormes manazas, arrepentido de su imprudencia. Él, que siempre escogía las mejores palabras para agradar a los chicos de la cuenca…

Indeciso me detuve en mitad de la nieve. Al otro lado del puente, dando al Valle un aspecto febril y envejecido, se alzaba la masa oscura de los barracones construidos para las gentes que llegaron a la cuenca después de la explosión. Nunca había entrado en ellos, me rechazaban con una extraña repugnancia. Decían que aquellos hombres venían sólo por el dinero, que se robaban y que dormían amontonados. De noche, cuando en los albergues se encendían las lámparas de petróleo, como melancólicos fuegos de

artificio, parecían una tumba inmensa despegándose de la cuenca, tan grandes, tan negros. Así viviese mil años, no pisaría jamás aquel lugar donde se refugiaban los «cuervos», los atraídos por la carne matada por el Pozo.

—¡Son todos unos palurdos más agarraos que no sé!, ¿verdad, «Vagabundo»?

—¡Landaaaa!

En la puerta de uno de los caserones, desperezándose y obstruyéndola con su enorme humanidad, apenas vestido con una camisa abierta y un pantalón, estaba mi amigo picador.

—¡Ven acá, machango!

—¡Hola, Vitelón! ¿Qué haces aquí? ¿Vives en los barracones? —Me parecía inconcebible.

—Pregunto yo, ¿qué haces a estas horas pisando nieve? ¿Coleccionando huesos de pájaro?

—Estaba casi enterrado y me dio pena de él.

—Vaya, y yo que creía que tú eras el terror de los niños y los jilgueros…

—Antes sí, Vitelón, pero ahora…

—¡Ah, vamos! ¿Qué te parece si entraras a tomar un mordisco? ¡Tira eso! y vamos a desayunar.

—¿Entrar yo ahí, Vitelón? —pregunté guardándome el pájaro bajo el jersey.

—¿Entrar tú aquí? ¡Qué barbaridad, señor duque! ¡Vamos, machango!

De un empujón me metió en el hogar de los sin familia. Y la impresión tan desagradable que me causó aquella mezcolanza de hombres a medio vestir, camastros de leño y superpuestos, pajas, sacos y cacerolas, me obligó a detenerme. Pero las manazas de Vitelón ya me llevaban en vilo hacia un grupo de campesinos mineros. Agachados en un rincón del enorme recinto, animaban a soplos una pequeña lumbre, sobre la que cocía un potingue blanco.

El «cuervo» que con un palito daba vueltas al guiso, se puso en pie. Era tan alto y fuerte como Vitelón. El otro siguió agitando las gachas.

—¿Qué te parece este parvulito, Casiano? Se llama Landa, ¡casi nada! ¡Tú, Juanito Juan, saluda a este hombrecito!

El llamado Juanito Juan se incorporó. Y sentí muy dentro un golpe titánico y maravilloso que me hizo sonreírle con afecto. Aquellos cabellos revueltos y negros, el color cetrino de la piel, la nariz recta, y aquella mirada, sin querer un poco burlona…

—Hable, ¡hable, por favor!

Juanito Juan miró al picador en una muda interrogación.

—¡Acabáramos! —exclamó el gigante, tomando mi barbilla entre sus dedazos—. Que se parece a tu padre, ¿no?

Y dirigiéndose a su amigo, añadió:

—¿No le acuerdas que te dije en la vega que te parecías a un tal Landa? Pues éste es Landa hijo, ¡el trasto más grande de la cuenca!

Vitelón me restregaba los cabellos intentando bromear. Ya seguía mirando a Juanito Juan, rogándole:

—Hable un poco, ¡ande!

El campesino parecía cohibido.

—Bueno, ya que te empeñas, pues…

—¡Gracias, señor!

Hasta su voz era parecida. Y aquello, contra toda lógica, me produjo una alegría desbordante.

—Qué bien, ¿verdad, Vitelón?

—Qué bien ¿qué?

No supe responder. Era algo desnudo y muy hermoso lo que me embargaba, algo que me hablaba de dolores comunes para que así la carga fuese menor… No, eran tonterías mías…

—Bueno, yo me voy. Las gachas no me gustan, y ya desayuné.

—¿Que no te gustan las gachas?… ¡No te dije que hoy te levantaste duque! ¡Venga, siéntate en ese camastro!

Le obedecí de mala gana. Poco después comíamos todos de la misma pota. Casiano y Vitelón hablaban de la noche anterior, de «El Oasis», donde, acompañados de Juanito Juan, permanecieron hasta la madrugada. Este asentía con la cabeza, sonriendo ante las anécdotas que contaba Vitelón quien, luego de acompañarle a los barracones, se fue con Casiano a visitar el salón de la Tía Vacas.

—…y cuando habíamos saltado por la ventana, nos encontramos… ¡ejem! —carraspeó burlón—, me encontré con que entre nosotros hay un angelito llamado Landa.

—¡Buena cara de diablo tiene! —exclamó Juanito Juan mirándome con afecto.

—Pues si creas, pues si creas —bromeaba el minero haciendo gestos raros con los ojos—. Fíjate si será bueno que me fui a la vega sólo para buscarle novia.

—¡Tonto!

—Sí, tonto. Ya me dirás cuando la veas. ¡Tiene unos ojitos que alumbran solos!

—Habrá que contar con Felisandro —intervino Juanito Juan siguiendo la chanza—. Ya sabéis que es un poco raro.

—Así que ya estás enterado —insistió Vitelón—. ¡Ahora mismo a

casa del tío Dineros a comprar el anillo de novia!

—¡El tío Dineros!… —mascullé rencoroso—. ¡Es un cerdo! Nos quitó el fiado.

—¡Chis, chis! ¿Qué palabra es ésa? ¿Dices que el cerdo ése os quitó el fiado?

—Fui por jabón y una hogaza y no quiso dármelo. ¡Tengo que ir a la mina, Vitelón! El señor Marcos no quiere porque mi madre le engaña y cree que estamos bien.

—¡Eso es otro cantar! Por lo pronto vamos a decirle dos palabritas al fenicio ese!

Vitelón se puso en pie y casi en vilo me sacó del barracón. El picador andaba dando grandes zancadas. Cuando llegamos a «El Robadera» se abrió paso entre las mujeres y plantando sus puños sobre el mostrador llamó a voces al tío Dineros. Este, antes de acudir, le miró unos instantes temeroso y hostil.

—¿Qué quieres, Vitelón? —le saludó rencoroso, acercándose.

—¡Sopazas! Que este crío cada día está más tonto. Dice que le has quitado el fiado. ¡Cómo voy a creer eso de un bicharraco como tú que te alimentas de sangre de cristiano!

—Tú no escarmentarás nunca, Vitelón…

Había en su tono una amenaza velada, largo tiempo retenida; un ansia de venganza nunca saciada.

—No escarmentarás nunca. Aunque sabes a los guardias mirándote mal.

—No me hables de guardias que te escabecho, ¡come mierda! ¡Vete a decírselo que yo encontraré un trecho para retorcerte el cuello!

Por los ojos del tío Dineros cruzaban relámpagos de cólera, de rebeldía. Pero el tío Dineros era un buen cobarde.

—Abrir el fiado a la de Landa —ordenó a un dependiente, alejándose.

—¡Mala carne! ¡Mala carne! —refunfuñó el picador apretando los dientes.

Vitelón me compró una hogaza y cuando salimos, empujándome hacia mi casa, me dijo:

—¡Hala, corre! Voy a buscar al señor Marcos a ver si hoy mismo arreglamos lo de tu mina. Después de comer te espero en «El Oasis».

—¡Gracias, Vitelón! ¡Gracias!

—¡Eh!, espera. No tantas gracias que me tienes que pagar con algo. Vete a ver a la señora Rosalía y dile que esta tarde la mandaré algo y que no se preocupe por Gago, que está bien.

—¿Va a volver al Valle? —le pregunté preocupado. Colás decía

que a Joselón, sorprendido en un refugio de las cumbres, le habían matado los guardias.

—Claro que sí, mocolindo. ¿Crees que es un jabalí para estar siempre huido?

—Como mataron a Joselón…

—Gago no se deja cazar tan fácil. ¡Vamos, haz lo que te he dicho! Y a tu madre ni media palabra, ¿entendido?

—Sí, Vitelón, ¡gracias!, ¡hasta luego!

Corrí hacia la carretera. El perro, excitado, seguía tras de mí, demostrándome su presencia con animados saltos.

—Ya te veo, «Vagabundo». ¡Toma y lárgate! —le tendí un trozo de hogaza—. Luego nos veremos.

Mucha hambre tenía «Vagabundo». No necesitó oírlo dos veces. Desapareció por una callejuela, camino del río. Le vi subir por la ladera, alejarse mucho para gozar a solas de su gran felicidad canina, de aquel pedazo de pan blando.

Alcancé al carro del carbonero y de un brinco me subí a él. El Empachao había tragado tantos ácidos en la mina que le retiraron creyendo que moriría al día siguiente. Y de esto ya habían pasado dos años.

—Baja de ahí, crío, que te vas a manchar —me reconvino cariñoso.

—No importa, señor Empachao. Como ahora voy a ir a la mina… ¿Sabe que voy a ir a la mina?

—Con muchos gorgoritos lo dices. ¿Quién te engañó?

Me sentía otra vez alegre. Cuando llegué al Camino me apeé de un brinco y fui a esconder a «Pajarillo» debajo de unas piedras. Le enterraría por la tarde.

* * *

Bajaba por el Camino corriendo, saltando, tirando piedras a los avellanos que tiritaban desnudos, dormidos en su muerte periódica. Una nerviosa felicidad me embargaba. Estaba seguro que Vitelón habría convencido al señor Marcos, le habría explicado bien que mi madre le engañaba cuando le aseguraba que con el lavado íbamos tirando. Aquella mañana el tío Dineros había puesto todo en claro.

Experimentaba un intenso sentimiento de vivir, un pálpito maravilloso que, atrayéndome hacia la mina, me asustaba también. Era mi destino, el que ya estaba escrito cuando abrí los ojos al Valle y al que, pese a la tragedia que en él adivinaba, encontraba ahora lleno de posibilidades. En un laberinto de confusas ideas, iba

repitiéndome jubiloso:

—¡Voy a ser minero! ¡Voy a ser minero!

En la puerta de la taberna encontré a «Vagabundo», esperando que alguien tirase a la calle unas espinas de truchas o un trozo de pan mordisqueado.

—¡Voy a ir a la mina, «Vagabundo»! ¡Verás luego qué bien!

Cuando entré en «El Oasis», Vitelón me llamó desde un extremo del salón. Estaba con sus amigos campesinos. A uno de ellos no le conocía. Al acercarme, me presentó ceremonioso:

—Aquí el señor Felisandro, aquí el señorito Landa. ¿Qué te parece el yerno que te busqué, Felisandro? ¡Es para tu Selva!

El campesino me tomó del brazo, invitándome a sentar.

Me sentía a gusto entre aquellos labriegos, ahora que había encontrado a Juanito Juan.

—¿Así que quieres ir a la mina, pequeño? —me preguntó sombrío el llamado Felisandro.

—Sí, señor. Y voy a ir, ¿verdad, Vitelón?

—Creo que sí. Esta mañana hablé con el señor Marcos. Se resistió un poco pero luego comprendió que no había más remedio. Falta que convenza al capataz.

—No debían dejarlos a estas edades —dijo Juanito Juan, mirándome serio.

—Si no los dejan ¿de qué comen? Murió su padre y lavando no se puede sacar adelante tres fieras.

—¿Y ustedes cuándo van a la mina?

—Mañana —repuso Felisandro con un imperceptible temblor en la voz.

—¡Pues yo no tengo miedo!

—¿Quién habló aquí de miedo? —se sorprendió Vitelón, haciendo gestos raros para contener la risa.

—¿Por qué eres minero si puedes ser otra cosa? —preguntó, ingenuo, Felisandro.

—Claro, por ejemplo campesino ¿no? —intervino Juanito Juan, mordaz.

—No hay quien escape del cepo, amigo Felisandro —resopló serio el picador—. ¿A dónde vas a ir? Las escuelas son para los ricos. Para salir de aquí hacen falta apellidos o dinero… ¿A dónde voy yo llamándome Vitelón?

—¡O yo Felisandro!

—Hay que ser un señorito cristiano, como don Andrés, que además se llama no sé cuantas cosas más —añadió Casiano.

—Esto habría que cambiarlo, ¿pero cómo?… ¡Hombre, aquí

entra Antón! ¡¡Antón!!

El aludido se volvió, mirando hacia las mesas. Al fin descubrió a Vitelón y se acercó a nosotros. Dándome un cariñoso coscorrón, exclamó:

—¡Qué hay, heroico capitán de bandoleros!

—Siéntate que hoy ya encontré quién pague todo —le invitó el picador—. Estos son mis amigos de la vega. Los que me ayudaron a esconderme.

—Bienvenidos a la cuenca, amigos —saludó Antón tomando asiento—. ¿Qué tal les va por el Valle?

Pues bien —respondió burlón el gigante por ellos—. Sobre todo por «El Oasis». Como sabían que te casabas para las fiestas, se dijeron ¡vamos a tomar unos vasos de arriba!

Sí, ya me echaron la argolla —repuso el aludido halagado—. Veremos a ver…

—Con un poco de armonía hay mucha paz en el matrimonio —comentó Felisandro.

—¡Y con un poco de desarmonía, mucho estacazo! —retrucó Vitelón.

—Tiene que haber de todo… ¡Qué hay, Landa, hombre grande! —volvió a saludarme para cambiar de tema.

—Nada…

—Algo sí hay —me contradijo Vitelón, encarándose con Antón —. Oye, ¿tu «valín» te funciona bien?

—Hombre, no puedo quejarme. Es un poco corto de brazo, pero ya espabilará. ¿Qué te traes entre manos?

—Nada, que Landa va a ir pronto a la mina si no se estropea la canción. Y habíamos pensado en Verde, pero es un poco duro de mollera. Porque le cuidases un poco los primeros días. El señor Marcos dijo algo de ti.

—Es muy chico aún, Vitelón. Si me lo llevo, tendré que picar y apalear yo.

—Se trata de echar una mano los primeros días —insistió serio Vitelón—. Luego ya se endurecerá. Al Pozo no quiero llevarle. ¡Es más duro!

—Ya…, pero para qué me llamaste, ¿para que os invite a unos vasos o para endilgarme al chaval?

—Para los vasos, hombre —repuso el picador un poco amoscado.

Antón se rascaba el cogote con lentitud. Parecía reflexionar. Al fin se decidió:

—Tienes razón, Vitelón. Si tiene que ir a la mina, con nadie

mejor que conmigo. Entré en el cepo cuando tenía su edad y le gustará que le limpien el culo como me lo limpiaron a mí. ¿Qué dices tú, pequeño?

—Sí, señor Antón.

—¡Ya está éste hablando en morse! —rió Vitelón—. ¡Uff! —se repantigó en la silla, satisfecho—. ¡Ahora ya puedo descansar tranquilo en la sepultura! Mira por dónde su padre te lo agradecerá desde el otro lado de la nube.

—Ya verás, chaval, cómo el león no es tan fiero como le pintan.

—Si yo no tengo miedo, señor Antón.

* * *

Media hora después llegaba el señor Marcos, un poco retrasado, dijo, por haber ido a visitar a mi madre. Su hijo Félix venía con él. Vitelón se levantó para cederle su silla, presentándole a los campesinos.

—Bienvenidos, amigos —resopló el Patriarca sentándose—. Ya sabía que iban a venir. Vitelón me tuvo al corriente. ¿Quién de ustedes es Felisandro?

—Un servidor.

—Pues gracias en nombre del Valle, Felisandro. Aquí se encontrarán bien, al menos en lo que de nosotros dependa. La minería parece un poco dura, pero ya la irán conociendo.

Y echando un trago del vaso que le ofreció Antón, mirando a todos con infantil picardía, preguntó:

—¿Y quién de ustedes es un hombretón que se llama Landa y que se pasa el día gimoteando por ir a la mina?

—Soy yo —repuse estúpidamente.

—¡Ah, vamos! —el señor Marcos dejó escapar una risita—. Bueno, pues venía a poner en conocimiento del nuevo minero que la cosa está casi arreglada.

—¡Cómo casi! —exclamó Vitelón extrañado—. ¿Puso pegas ese cerdo?

—No es ningún cerdo, Vitelón. Me dijo que lo dejásemos para después de las fiestas, pero vamos, creo que el asunto está listo.

—Le dije a Antón que se lo llevase con él —le comunicó Vitelón satisfecho—, y parece que no hizo muchos ascos.

—Había pensado en ti, Antón; pero ya sabes, estas cosas son delicadas. Nadie mejor que tú. Eras amigo de su padre y tienes cabeza para andar entre las rampas.

—Yo creo que aceptó porque se va a casar. Ya no sabe negarse a

nada —rió el picador—. ¡Estos apalabrados se vuelven tontos!

Un intenso gozo me hacía saltar de la silla. Ardía en deseos de correr a comunicar a la gente la gran nueva. ¡Ya era minero!

—Ya me voy, ¿eh, señor Marcos? —le pedí permiso—. A lo mejor mi madre me necesita.

—Sí, vete…, pero, ¿no te invitaron estos hombres?

—¡Es verdad! —el picador se llevó las manos a la frente en un burlesco ademán—. Anda, dile al Zorro que te dé un silbido de algo y que lo cobre aquí

—Y ya sabes —añadió Antón—; dentro de unos días, como dos hombrecitos, a la rampa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor Antón. ¡Muchas gracias…! ¡Adiós!

Abandonando a mis amigos, me acerque al mostrador.

—Señor Juanón, de parte de Vitelón que me dé un trozo de pan y una sardina, que él lo paga.

—Toma y largo de aquí…

Me encaminé hacia la puerta. Allí seguía el perro, levantando la cabeza cada vez que alguien salía.

—¡Ya está, «Vagabundo»! Toma un cuscurro que pronto te daré más. Estoy contento, ¿sabes?

Cuando bajábamos hacia el parquecillo encontré a Repetidor que se dirigía a «El Oasis».

—¡Señor Repetidor! —corrí a comunicarle la buena nueva—. Después de las fiestas voy a la mina. ¡Ya está todo arreglado!

—Me congratulo sobremanera, Landa —contestó ceremonioso—. Sólo me queda recomendarte que tengas cuidado sumo en inmiscuirte en sitios altamente peligrosos.

—Como voy con el señor Antón, no tengo miedo.

—El miedo es propio de la encarnadura humana. Anda, ve a aprovecharte de la naturaleza en flor antes de que las sombras te acojan.

—¡Será en nieve! —contesté riendo, alejándome.

Dueño de lo que me parecía un gran secreto, embargado por una mezcla de gozo turbulento y melancolía ante mi suerte marcada, saltaba y corría, como enfermo de vitalidad. Al fin podría entrar en las rampas, palpar el carbón y las tinieblas que me acercarían a mi padre. Desde allí me sería más fácil hablarle. Y aquello suponía una extraña liberación.

¡Qué orgulloso estaría si supiese que yo era ya un hombre! ¡Que el tío Dineros nos fiaba otra vez gracias a mí!

«Cuando me haga mayor —me decía ilusionado—, iré al Pozo a buscarle y le enterraré en la tierra amiga, en el cementerio de los

héroes del Trabajo. Así descansará él y descansaré yo».

Jugando con el perro fui aproximándome, cuando horas antes los miraba con repulsión, a los sombríos barracones. Ante la puerta me detuve, titubeando. Al fin, me decidí a entrar. Estaba casi vacío y algunos ex campesinos andaban de camastro en camastro, ofreciéndose un cigarrillo o hurgando en los sacos que tenían por maletas. Otros dormían sobre el mísero lecho, sobresaltados por los sueños o tiritando de frío, hostigados por las abundantes goteras. Una gran humareda, entre la cual varias siluetas se inclinaban sobre unos comistrajos o lavaban ropa, cubría el fondo del recinto.

Un hombre se dirigía hacia mí y corrí al exterior. El perro andaba atareado escarbando la nieve. Súbitamente me acordé de «Pajarillo» y grité al chucho:

—¡Vamos, «Vagabundo»! Hay que enterrar a «Pajarillo».

Llegados al lugar donde lo escondí, lo tomé cuidadosamente y marché Camino arriba. «Vagabundo», el de la eterna esperanza, me seguía con el hocico levantado, suplicando siempre. Cuando llegué al árbol, que mi padre plantó enfrente de casa el día que yo nací, aparté la nieve y agujereé la tierra humedecida. Y con el barro —¡tanto había preguntado y oído hablar sobre el Pozo que me sabía de memoria su arquitectura interna!—, fui formando tres minúsculas plantas y una más espaciosa, la cuarta, en la que abrí una galería. En ella hice un pequeño nicho.

—¡Madre! ¡Madre!

Apareció en la puerta, secándose las manos con el delantal. Al ver mis manos y rodillas enfangadas, vino hada mi reprendiéndome.

—Mira, madre…, ¿ves? —volví a inclinarme—. Este es el Pozo y aquí dentro, donde meto el pájaro, trabajaba padre…, ¡y todo se hundió sobre él!

Sin un temblor abatí el puño sobre la construcción. Nivelé la tierra y la cubrí con nieve. Como movido por un resorte, me incorporé. Debía parecer un lunático husmeando el origen de mi tragedia.

Mi madre se llevó el delantal a los ojos y regresó a la vivienda.

Mis actos y los sollozos de mi madre me producían una gran congoja. Reconocía, sin embargo, que no podía evitarlo. Desde que murió mi padre no siempre era dueño de mis acciones, en muchas de las cuales llegaba a experimentar un morboso placer. Yo sentía que ella sufría mucho por él y por mí.

Quedé mirando al Valle con ojos extraños. Pero no estaba triste. A lo lejos flameaba orgullosa la llama del Carmelón y la contemplé con un sentimiento agradecido.

Aquella antorcha velaba día y noche por todos aquellos que la gente terminaba por olvidar.

* * *

Mi madre había entrado en casa y fui tras ella.

—Madre… ya voy a la mina.

Me hizo sentar a su lado sobre la vieja arca, casi siempre vacío. Parecía presa de una nueva tragedia, que era yo haciéndome hombre tempranamente. Se le ahogaba la voz.

—Ya lo sé, hijo; vino el señor Marcos y dijo que te van a dar el papel.

—Cuando pasen las fiestas iré a la mina. Así podré ayudarte y no trabajarás tanto.

—¿Estás contento, hijo mío?

En su acento había mucha impotencia, una infinita ternura.

Resignados, nos sentíamos huérfanos de una misma mano amante, de un cariño ausente. Tuve que hacer muchos esfuerzos para no llorar.

—Sí, madre, ¿y tú? Padre estará contento, ¿verdad?

—Se sentirá orgulloso de ti.

—Madre, tendrás que ponerme pantalones largos.

—Sí, hijo; ser minero es cosa de hombres.

—El Muecas fue con pantalón corto, pero el capataz le dijo que tenía que llevarlos largos. Madre…, ¿por qué se hundirán tanto las minas?

—¡Calla, hijo, por amor de Dios!

—Si no me importa, madre… Pero ya verás cómo no se hunde. Y entonces ya no trabajarás tanto y podrás echarte a dormir después de comer.

—Sí, hijo; pero si ves que las mulas están inquietas, te sales —siguió deshilvanando una idea fija—. Ellas saben bien cuándo se va a hundir la galería.

—¿Y si no quiere el picador, madre? ¡Ojalá me deje el capataz ir con Antón!

—Te dejará, ya lo verás. Antón era amigo de tu padre, ya lo sabes.

—¿Y el oso, madre?

—Se ha debido marchar al otro valle. Pero yo iré contigo y llegaremos el revólver de tu padre.

—Si vienes te cansarás y luego no podrás trabajar.

—¡Si tu padre viviese te contaría cómo andaba yo de joven! —

sonrió acariciada por el recuerdo de los años mozos.

—Cuando yo gane compraremos todo lo que has vendido, y luego pondremos el techo de tejas, ¿verdad, madre?

En aquel momento entraban las niñas. Venían de casa de la señora Andrea, donde solían pasar algunas horas haciéndola compañía. Se aburrían un poco, pero la esperanza de la merienda las mantenía pegadas al hogar, oyendo cuentos que Ana ya se sabía de memoria.

—¡Hola, madre!, ¡hola, Landa! —saludó, seria, mi hermana mayor.

—¿Sabes que voy a la mina? —exclamé pavoneándome.

—¿Vas a la mina?— Los ojos de Ana se abrieron asombrados.

—¡Y yo!, ¡y yo! Madre, yo quero ir a la mina —pedía Carolina, quejica, extendiendo los brazos. Mi madre la sentó sobre las rodillas y comenzó a besuquearla.

—Sí, hija mía; primero va Landa y luego tú, ¿quieres?

—¡Será tonta! —refunfuñé, acercándome a la ventana.

Camino abajo corría encogido «Vagabundo». ¿A dónde le llevaría su pobre esperanza?

Hundida en el Valle, fría y soberbia, brillaba la pirámide del Pozo.

* * *

Cuando, después de cenar, pasé ante el cuarto vacío de mi padre, experimenté el estremecimiento de todas las noches. Me cerré en mi habitación y abrí la ventana de par en par para mirar a gusto a la antorcha del Carmelón.

Aquella noche no lloré, como hacía casi siempre a modo de oración.

No me sentía tan triste. Al fin iba a ir a la mina.

Y había conocido a Juanito Juan.

CAPÍTULO IX
FELISANDRO

En los amaneceres invernales el Valle parecía temblar bajo el impulso de las heladas ráfagas de viento y el abrazo de las tinieblas. Las nieves, ya amortajadas las cumbres, combatían inútilmente los enanos fuegos de los hornos de coque. Las escombreras dejaban escapar nubes polvorientas que borraban del horizonte el vago resplandor del día, aún lejano. También los farolones de las bocaminas contribuían a la melancolía del paisaje; y el río, discurriendo mansamente, olvidado ya de rumorear a pleno pulmón. El solitario andar de algún minero madrugador se acercaba a saludarle. Y algún niño harapiento, afanado sobre los residuos de la mina, recogiendo el carbón olvidado.

Un sortilegio especial emanaba de los amaneceres de Valhundido cuando los aires del invierno desvanecían las nieblas que humeaban encajonadas en la cuenca. Contra ellas, y como hostigando a un posible rival, la gigantesca antorcha del Carmelón vomitaba continuamente llamas. Su aliento de dragón y el velo blancuzco de la neblina cubriendo el Valle, ponía suavidad en los montes y en los animales; en el río y los hombres.

Poco antes de las cuatro, grupos de encogidos y malhumorados mineros desembocaban de las callejuelas y recorrían los caminos, bajo una noche propicia para el ir y venir de inofensivas brujas; o salían de los dormitorios colectivos donde, debido a los diferentes turnos, los camastros —un jergón de virutas y la raída manta— estaban siempre ocupados. Se oían sordas exclamaciones, restallaba alguna blasfemia, que las sombras tragaban. Algún grito rasgaba el sortilegio de las tinieblas, asustando a los perros de Cándido, que pronto comenzaban a pelear entre las cruces.

Los mineros se acercaban al Pozo; el viento quedaba atrás, golpeando los cristales de las ventanas y sacudiendo las cortinas de saco que tapaban los huecos de las puertas Desde ellas, con

expresión resignada e inquieta, las mujeres veían los hachones entrar en la maniobra, apagarse luego, porque sus hombres se disponían a enterrarse en vida.

Los ojos inexpresivos, como ausentes, con mucho frío en el cuerpo y algo en el alma, los nombres de la fosa se iban congregando en torno al castillete, alto y puntiagudo como un nuevo Babel. Bajo el metálico caparazón, en las profundidades de la tierra, les esperaba la repetición de las tragedias, un temor cuya onda llegaba a ellos cansada. Pobladores del reino del grisú y de los derrumbamientos, se disponían, una vez más, a incrustarse en las fisuras de las negras y enfermizas provincias. Algunos tenían miedo, oían confesar el suyo a un compañero que llevaba veinte años de pozo y se consolaban.

—El miedo no sirve para nada, ¿entonces?…

Los hombres entraban en la jaula —el montacargas los tragaba de quince en quince—, descalzos muchos de ellos, el estómago mal entretenido. Desde las cuatro de la mañana, y durante las veinticuatro horas del día, el ascensor seguiría engullendo carne de minero. Doce, catorce, diez y ocho horas en la fosa. Había muchos que entraban y salían del Pozo sin que les fuera dado ver el sol. Vivían prácticamente en la mina, a la que intentaban olvidar en los mostradores de cinc; luego en los camastros, donde caían derrengados.

Las lluvias subterráneas y el aire viciado; el grisú silbando en las rampas, con rumor de débil tormenta; crujidos de trabancas quebrándose: la muerte al acecho sobresaltaba a veces sus pensamientos. Todo lo demás era mecánico, embrutecedor. Se habían despeñado en el embudo como una confusa mezcolanza de trapos sucios y cuerpos sudados, oliendo a agrio; habían gastado alguna broma, alguien se preocupó del estado de su tajo. La jaula les dejó en la maniobra, recorrieron un kilómetro o dos de galerías y, cumplida la arriesgada tarea, regresaban a la superficie. Eso era todo, su vida de inconscientes y embrutecidos héroes.

Con paso cansado, otra vez, otro día desparramándose en dirección a las tabernas. También esto formaba parte de la rutina. Era preciso beber porque tan continuado esfuerzo quitaba el apetito, limpiar la garganta y el ánimo de tanto carbón y tensión. Increíblemente ennegrecidos, traían en los ojos la inseguridad de las tinieblas, de aquel mundo escondido que les igualaba a las ratas y a las arañas de la fosa, a aquella olvidada fauna que no conocía el sol. Bebían un vaso, luego otro, en silencio, cumpliendo un rito, gozando intensamente de aquel alto en la tarea. Se marchaban;

otros seguían allí. Pasada una hora, ya estaban eufóricos, poco después borrachos de vino y fatigas, embrutecidos por aquella vida en la cual no había más horizonte que la mina y el alcohol.

Los que lograban superar tanta desolación espiritual, cogían un libro o, junto a los suyos, entibiaban los sentimientos y la esperanza. Pero eran los menos. Los Landa, los Gago, los Antones…

En aquel mundo sombrío había caído Felisandro.

* * *

Lunes. La cuenca despertó entre luces amarillentas y laderas cubiertas de nieve. La luna, enredando quién sabe con qué, se retrasaba sobre los hombres del jornal, moviéndose ya por los senderos, las calles y las maniobras. Lámparas, piquetas al hombro, dinamitas. Los pertenecientes a los Grupos escalaban, rampaban por las escombreras como liliputienses actores de un coliséum fabuloso. Otros se dirigían hacia la fosa. El tenue vapor de la amanecida y el aire tomando claridad terminaban de alejar el sueño de la minería.

A la luz de los farolones, el Pozo emergía de la penumbra como una lanza negra. En torno a ella los trabajadores se quitaban o cambiaban las alpargatas y ataban a los postes los burros que les trajeron de lejos. El aire ardía de frío, peleando con la gran hoguera del Carmelón. Llegaban los carros de la verdura y la leche; poco después lo haría la yegua del pescado.

Las caballerías, conducidas por chiquillos, se empinaban cuesta arriba, llevando materiales con los que, a la salida del tajo, algunos campesinos levantaban sus nuevos hogares. La tierra aún tiraba de ellos porque construían en lo alto, donde hubiese un árbol y se oliese a huerto, a vega. Se apartaban de las estrechas callejuelas con sabor a humo y polvo negro. Se emancipaban al fin de aquellos malolientes barracones donde dormían apelotonados, para alejar el frío, y comían en ollas comunes; de aquellos tristes caserones que vomitaban carne cansada cuando el aullido de la sirena afilaba la madrugada.

Era lunes. El trabajo se reanudaba.

* * *

Antes de que la luna se desvaneciese, el tío Mañón ya estaba levantado. El campesino recordaría aquella noche como la peor de su vida. Fueron muchas las angustias, repitiéndose en un trágico

rosario que aquellos agujeros que vio el sábado no tardarían en engullir a su hijo, que en ellos tendría que arrancar su Felisandro el pan que él comería.

El tío Mañón había pasado el domingo contemplando la cuenca abierta a sus pies. Con el lunes, el Valle cobraba movimiento. Despertaban las chozas de la minería y se abrían las ventanas de las mansiones de los ingenieros. Durante una hora todo fue agitación, luego la aldea languideció, tragados los hombres y los niños por las bocaminas o descolgados en la jaula. El tío Mañón les veía desaparecer embargado por un temor hiriente y desconocido. La vida de aquellos seres tenía que ser una auténtica tragedia. Y no se resignaban, blasfemaban, ¡él lo sabía!, y cuando muriesen irían todos al infierno, ¡todos!, hombres y muchachos, quizá hasta su Felisandro si seguía entre ellos mucho tiempo. Aquella posibilidad le producía dolor en el corazón y entornaba los ojos, llenándose de arrugas sus párpados.

—¡La mina!, ¡la mina!

El tío Mañón se estremeció. En la vega, donde había nacido su padre y su abuelo, donde estaban todos ellos «escritos», quisieran o no, había salvación. Aunque comiesen bellotas y el señorito Andrés se llevase lo de todos.

* * *

Después de desayunar un plato de gachas, Felisandro —que entraba en el turno de las siete— se dispuso a partir. El tío Mañón le tomó la cabeza y le besó en la frente, dándole su bendición. Igual que aquel memorable día que creyó perderle cuando le llamaron a filas, librándose al fin por tener los pies planos.

—Que Dios te ayude, hijo.

—Gracias, padre. Gracias por la bendición.

Felisandro marchó Camino abajo. Reunidos en la puerta, los suyos le vieron partir como si se fuese para siempre, condenado en vida a un infierno más trágico aún que aquel que pintaban los catecismos de la vega.

Con los ojos inundados de lágrimas, Juana debió refugiarse en la vivienda. Selva quedó junto al tío Mañón viendo a su padre alejarse, mezclarse a la gente, confundirse con la melancolía de la mañana. El viento helado hacía toser al viejo, que levantó la mano porque Felisandro, ya cerca de la carretera, se volvió una vez más para decirles adiós. Lento, encogido, iba empequeñeciéndose camino de los barracones.

En las laderas de enfrente, los agujeros abiertos en la tierra seguían engullendo carne de hombre.

Siguiendo con la mirada los pasos de su Felisandro, pasando ya sobre el puente de madera, se aceleraba la sangre del viejo campesino. Al otro lado del río estaba el hospitalillo… ¡Santo Dios, cuántas historias de muertos sabría aquel viejo caserón!

El tío Mañón sentía el alma oprimida por una amenaza indescifrable que enfangaba la menor esperanza.

—Aquí tiene que morir mucha gente. Estarán siempre en familia…

—¿Qué, abuelo?

Súbitamente experimentó un profundo odio por todo, por la cuenca, por el señorito Andrés, por Vitelón, por la vida… Apretó a Selva contra su cuerpo y entraron en la vivienda, como queriendo huir de aquel panorama que le empavorecía.

—Sí, abuelo. Aquí estarán siempre en familia.

La voz quebrada de la chiquilla escondía unos melancólicos deseos de dormir mucho, de morirse para no ver aquellos inciertos días que empezaban.

* * *

Felisandro pidió a su padre la bendición porque la necesitaba. Como cuando casi se va a las quintas. Aquellos fueron los dos momentos trágicos de su vida. También apenaba recordar cuando se le mató la vaca, como a Casimiro, que le había dejado empeñado para muchos años. Gracias a que en la vega la gente se ayudaba porque todos tenían poco.

Ahora la mina… Allí no podía haber paz. Los hombres destrozaban la tierra que Dios hizo y buscaban lo que Él escondió. Aquellos montones de escoria eran cosas que tenían que estar guardadas y no al aire libre, como las tripas de un hombre abierto en canal. Ni una espiga, ni una zarza o un espino… Y el pueblo, hundido en el fondo del Valle y rodeado de vómitos negros… Un pecado, ¡aquello era el Pecado del hombre!

«¡Mira que una tierra sin pájaros!— se iba diciendo—. Bueno, alguno hay aunque vuelen como atontados… Si trabajase en el exterior podría verlos, pero dentro… En el exterior se gana poco. ¿Cómo será, ¡Dios mío!, eso de la jaula? ¡Meterse medio kilómetro dentro de la tierra es cosa de demonios!»

Levantó los ojos hacia la cúspide del castillete. Felisandro iba rezando, pidiendo paz.

«Menos mal que voy con Vitelón —intentaba darse ánimos—. Él, si pasa algo, ya me ayudará. Nos quiere bien. Y si la desgracia llega —se resignó—, es que la suerte estaba ya echada antes de nacer. Juana y Selva pueden marcharse, volverse a la vega y allí un pote de maíz y unas castañas no les han de faltar. Pedro sabrá comprenderlo. Yo, si me va bien, también podré ayudarle más adelante a comprar alguna cabra.»

Estos pensamientos le dulcificaban el rostro, donde iban posándose oleadas de ternura. Había un brillo especial en sus ojos, que fue resbalando hasta hacerle un nudo en la garganta.

«Sí, había que venir. En el campo un hombre no puede caminar solo…, ¡el campo! Sin duda que había colores y olores que se pegaban al alma. Como el minero Tomás, que decía que a él se le pegaron los de la cuenca.»

Mirando aquellos montones de escorias, los prados negros y las casas ennegrecidas, no podía comprender a Tomás. Ni sintiendo aquel viento frío y pegajoso al mismo tiempo, enfermizo.

Felisandro se detuvo unos instantes en el puente.

—Hasta el río está sucio…

Dejando escapar un hondo suspiro, se encaminó hacia los barracones. A su encuentro, acompañados por Vitelón, salieron los dos campesinos. Se saludaron en voz baja, sobrecogidos por el temor ante la próxima prueba. El picador, después de golpear cordialmente la espalda de Felisandro, siguió la marcha, cantando:

Si yo fuera picador,
cantaba un chico en la mina,
si yo fuera picador
a mi amor la compraría…

* * *

Los hombres del carbón iban concentrándose en la maniobra. Felisandro, apretando la lámpara contra su pecho, muy pegado a Juanito Juan, marchaba detrás de Vitelón. Le asustaba tantas voces, tanto minero detenido ante la jaula. Y aquel triste espectáculo.

Junto a la entrada del montacargas, una mula, con los ojos vendados, coceando y orinándose de miedo, se encabritaba ante los apuros del encargado y el jolgorio de sus compañeros. Al fin éstos, inmovilizándola las patas y de un brutal empujón, la metieron en el ascensor. Con ella entró el caballista. Se oyó una señal metálica y el

armatoste se desplomó bruscamente, desapareciendo en el embudo. Por espacio de algunos instantes llegaron a la superficie blasfemias horribles, coces, relinchos…

Una bestia y un hombre, en aquellos momentos bestializado, peleaban colgados de un cable sobre un abismo de centenares de metros.

Luego todo calló.

—¿Viste, Juanito Juan?

—Sí…

—Era una mula como aquellas de la vega. Estaba casi ciega, ¿viste?

—Sí… Como se caiga la jaula no llega viva abajo.

—Ni él…

—No, ni él.

—Dice Vitelón que no… ¿Qué pasará, Juanito Juan?

Hablaban en voz baja, como confesándose en aquel ambiente endurecido de los hombres del carbón.

—¡Ja! ¡ja! ¿Oísteis cómo relinchaba? ¡Se estaba cagando de miedo!

—Quién, ¿ella o él?

—Acordaos de hace unos años —habló grave aquel minero alto y seco al que llamaban el Empalmao—. Empezaron así, que yo te empujo, que tú a mí, hasta que tiró al hombre al vacío. ¡El miedo es capaz de cualquier cosa!

—¡Sobre todo el de Tragahombres!

—¡Bah!, es una pareja maldita. Él se emborracha y le da por pelear y la «Gibosa» va soltando tanto trallazo que hay más de uno con la pata doblada.

—¡Y que lo digas! —insistió rencoroso un barrenista joven—. Yo soy uno de ellos, pero un día la voy a limpiar los oídos con cartuchos de dinamita.

—¡Los que deben de entender bien de mulas y moñigos son este par de palurdos nuevos! —exclamó aquél que consideraba a la pareja maldita—. Qué, ¿había hambre en el campo, queridos «cuervos»?

—Sí —repuso atolondrado Felisandro—. Como todo es del señorito Andrés…

—¡Ah, vamos! Tenéis allí un señorito Andrés. Vaya, vaya —siguió recorriéndoles con la mirada, irónico y ofensivo—. ¡Míralos qué juntitos y con un señorito y todo!

—¡Calla, bocazas! —exclamó el que quería limpiar con dinamita los oídos de la «Gibosa»—. Tú también tienes a don Magnífico, que

es otro señorón, pero en negro.

—Y los «ocultos» ¿qué? —remachó un entibador, escupiendo.

En aquel momento subía la jaula. Los hombres se aproximaron a la caña del Pozo. Vitelón y Casiano se acercaron a sus amigos, aún objeto de burlas.

—Ahora a meterse en el embudo y nada de ¡ay mi campo y mis pajaritos! ¿Estamos, rascatierras? Aquí tenéis que… ¡¡Ay, me cagüen la madre del…!!

El minero se volvió, furioso. Pero la masa granítica de Casiano contuvo su brazo. No tardó un segundo en soltar otra interjección aún más soez.

Vitelón había dejado caer su manaza sobre el bromista. Soltando maldiciones, y en medio de grandes carcajadas, se escabulló entre la minería.

—¡Vaya refuerzo que se trajo Vitelón! —decía alguien admirado.

—Con una docena de éstos sobran las mulas.

Se abrió la puerta del montacargas y ante los campesinos pasaron dos vagonetas llenas de carbón. Venían de allí abajo, eran entrañas de la tierra, tripas aún frescas. Los labriegos las miraron con una emoción que tenía algo de reverente. Una voz engolada les distrajo.

—Buenos días, señores campesinos. Parece que se han decidido a matrimoniarse con la mina. ¡Je! ¡je!, que la vida en el Pozo les sea venturosa y demás.

Repetidor, el rostro sucio de grasa y un mono desgastado y recosido, ofrecía un aspecto distinto al del sábado. Casiano no fue capaz de despreciarle en aquel momento.

—Vamos, lombriz de superficie —exclamó Vitelón—. Prepara la flauta que tenemos que ir para abajo. ¡Y toca bien, que no suene a muerto!

—Adiós, señores campesinos —se despidió el señalero, empujado por el gigante; ¡que las mayores venturas os asistan!

Los mineros fueron entrando en la jaula. Eran casi todos jóvenes, carne fresca porque la vieja no la querían en las «verticales». Las energías y el valor iban faltando con los años. Para picar en aquellas rampas aplomadas hacía falta mucha audacia y algo de inconsciencia. Allí llegaba el vértigo y dormía el grisú y dominaba la asfixia.

Picos, palas, barrenos, lámparas, hachas, cajas de dinamita, mechas. Por los bolsillos asomaban las máscaras, las meriendas, las botas de vino. Un pantalón, una camiseta y la raída chaqueta. En la mina no hacía frío y si alguna ráfaga invernal lograba filtrarse hasta

allí, el sudor pronto la entibiaba.

La jaula estaba ya completa. Felisandro, empujado contra la cadenilla del otro extremo del ascensor, como si la gente que aún seguía entrando quisiera lanzarlo al vacío, desorbitaba los ojos, abismándolos en aquel horrible boquete, en las tinieblas que se abrían a sus pies. Intentaba agarrarse a algo y las manos no encontraban más que la cadenilla, ya comba, a punto de saltar le parecía. E inmóviles manchas de hombres que seguían bromeando.

—¡Dale, Repetidor! —tronó alguien revolviéndose entre picos y codos.

—¡Se llama medio polvo, hombre!

El verdajo golpeó desabrido contra la campana.

—¡Muy bien, monaguillo! ¡Escúpete otra!

—Qué campanita más simpática, ¡parece que la robaron en un funeral!

El montacargas despegó suavemente, luego se dejó caer de un tirón que llevó a la cabeza toda la sangre que andaba perdida por el cuerpo de Felisandro. El armatoste de tablas y latas, al entrechocar contra las guiaderas, producía unos ruidos estremecedores que hacían temblar las carnes del campesino. Apretaba los dientes, ahogando un grito de pavor. A Felisandro se le nublaba la vista, lo adivinó ya que no había ninguna referencia, cayendo como un peso muerto en aquella negrura inimaginable. Agarrado con desesperación a la cadenilla, cada vez más curva, medio cuerpo fuera del ascensor, el terror le venció. Clavando las uñas en el brazo del minero vecino, gimió:

—¡Dios mío!

—Aquí hay alguien que tiene hambre. ¡Me está dando un buen sobeo!

—No tendrá perras para ir a la tía Vacas.

—¡Juanito Juan! —pudo al fin llamar con estremecido acento.

—Sí, Felisandro… —oyó una voz a su lado.

Temblaban sus palabras; temblaban ellos hasta las raíces del alma.

La jaula se detuvo en una planta. Allí había luz, ¡dentro de aquel agujero! Hombres renegridos, tizones con manos y ojos, esperaban. Salieron tres mineros y se alejaron juntos por el túnel abierto frente al montacargas.

—¡Dale, que tenemos el viaje pagado hasta la cuarta planta!

El señalero, golpeando una barra de hierro, recitó a gritos:

¡Rin, ran,
bajan blancos,

suben negros!
¡rin, ran!

—Así estaría tu abuela antes de parirte, ¡acomodao!

—Anda para abajo, ¡esclavo!

Otra vez cayendo en aquella boca del infierno, oscilando bruscamente entre las paredes desnudas de la invisible fortificación. Del fondo del embudo subía un rumor confuso, como un viento otoñal que se quejase tímidamente. Desplomándose en aquella tumba abierta, los campesinos levantaban los ojos hacia el círculo de luz, empequeñeciéndose, apenas ya un punto brillante, que les daba la impresión de que sus vidas colgaban de él.

—Felisandro…

—Sí, Juanito Juan…

—Aquí hay algún «cuervo» que está sucio. Va a tener que ir a casa a que mamá le cambie las braguitas.

—Y alguno más a llorar con la abuelita como siga dándoselas de valiente.

—¡Cualquiera le tose hoy a Vitelón! ¡Parece una gallina clueca defendiendo a sus polluelos!

—Tú cierra el pico, Empalmao, que me debes tres duros.

—Te los daré de lo que sobre de mis funerales.

Pasó como un relámpago la luz del penúltimo piso. Debió de haber un fallo en la corriente o distraerse el maquinista, porque los frenos automáticos entraron en acción. La jaula se sobresaltó, quedando clavada por bajo del nivel de la cuarta planta.

—¿Estará bebido el de la palanca? ¡Maldito sea su pellejo!

—Ya pasó lo malo. Ahora queda lo peor.

* * *

El Bola, contestando con un resoplido al aluvión de bromas, soltó la cadenilla. Los hombres del carbón fueron saliendo. En la maniobra esperaban Manuel, el barrenista con el que trabajaría Felisandro, y Garcés, al que ayudaría Casiano a entibar. Juanito Juan iría con Caritas, el esmirriado caballista convertido en «profesor de mulas». Ya se conocían todos ellos. Vitelón les había reunido el domingo ante el mostrador de «El Oasis».

—Andando…

El tren, como una gigantesca lombriz, corrió hacia el gran anchurón, saltó sobre un cambio de vías, las ruedas chirriaron y siguió alejándose, tragado por el fondo negro. Adentrándose en el

vaho caliente de aquel pasadizo inhóspito e interminable, los hombres marcharon tras él. La luz de Juanito Juan, que ansioso Felisandro perseguía con los ojos, se debilitaba hasta terminar por desaparecer. En las paredes parpadeaba alguna lámpara mortecina; olía a madera podrida, a tierra húmeda, a viento sucio. Olía a muerto. Terminaron los resplandores de la maniobra y encendieron sus lámparas. El ruido adormecedor de las pisadas, el agua que se descolgaba por las paredes, discurriendo sin prisa por las cunetas; y los destellos lejanísimos, como viajeros desterrados y borrados de la vida bruscamente, iban grabándose en las sensaciones del campesino. Irreconocibles bajo el polvo y el sudor, manchas humanas se despegaban de cualquier ángulo del túnel, bufando como toros por el esfuerzo; cuerpos retorcidos, dejando escapar una palabrota de saludo, asomaban y volvían a perderse en aquellos agujeros infernales, aquellas bocas de lobo que se abrían a ambos lados del transversal y en cuya honda garganta brillaba alguna lámpara.

Un tractor, iluminando el socavón con su ojo amarillo, corrió hacia ellos. Poco después se perdía a sus espaldas, pero aquellos instantes de claridad permitieron ver a Felisandro la bóveda resquebrada y rezumante, el amago de enormes pedruscos casi sueltos, sostenidos únicamente por el milagro de las rocas encajantes.

—¡Esta maldita ratonera siempre está llorando!

—Mientras no se canse de aguantar…

La voz profunda de una turbina; la montaña también se quejaba entre ruidos que atemorizaban a Felisandro, consciente de haber caído en aquel infierno que explicaba tan detalladamente el catecismo de la vega. Aun alcanzó a ver una lucecita de la maniobra y su sensación de pesadilla aumentó, aplacando el miedo físico, dejando libre aquel otro supersticioso que hablaba de cosas de aparecidos y de fantasmas.

La carbonera se muere,
se muere de mal de amor,
a un minero es al que quiere
¡aunque sea picador!

Alguien cantaba.

—Mira, Felisandro —le llamó Vitelón deteniéndose ante una galería tapiada—. Aquí explotó el grisú.

Obstruido por una enorme puerta, en aquel túnel sólo debía haber silencio y noche y muerte. Ante la sombría adivinanza, se

avivó su sereno terror, tan hondo que parecía natural. Un terror que en poco se diferenciaba del que debió sacudir a los primeros hombres cuando cayeron bajo el reino del rayo.

Se acercaba el ruido de un tren. Y Felisandro respiró aliviado. ¡Era Juanito Juan!

Se oyó una palabrota y el tren se detuvo.

—¡Qué hay, esclavos blancos! A hacerle cosquillas a la mina, ¿eh? ¡Y luego decís que os da manotazos!

—¿Y tú qué? ¡Recorriendo sus tripas como si fueses una diarrea!

—¡Hombre! si están aquí los señores palurdos. Qué, ¿mucha caguitis?

—¿Os acordáis de él? —preguntó el picador a Casiano—. Es Cubadín, la hermana de Repetidor.

—La hermana serás tú, enano. ¡Muy flamenco estás desde que te llegaron refuerzos!

—Venga, sigue con tu ciempiés —le empujó el minero reanudando el camino para lanzar a las penumbras una copla. Aquellos versos no acababan de rimar.

¡Oh! sol majareta
astro que das la vida
¿dónde coños te metes
que te veo tan poco…?

—Está muy ocupado, hombre. ¿No ves que tiene que alumbrar hasta los negros?

Grupos de mineros iban perdiéndose por los túneles laterales. Poco después entraban ellos en la quinta galería, en cuya boca quedaron Garcés y Casiano. Allí la montaña «apretaba» y estaban relevando el entibo.

Unos centenares de metros más adelante, bajo un coladero, un tren cargaba mineral. Los ojos de Felisandro y Juanito Juan se encontraron, brillantes como en una resurrección. Debían creer que hacía mil años que no se veían, que eran felices supervivientes de cualquier cataclismo. El labriego arreglaba los arreos de la mula; Caritas llenaba los vagones.

—Debe tener más de veinte años, ¿verdad, Felisandro? —el futuro caballista abrió la boca del animal—. Y está sin dientes. Y mira los ojos, ¡tampoco ve mucho!

—No, no ve mucho.

—No tiene más que pellejos. A ésta, como al minero Tomás, la venía bien una temporada en la vega.

—Esta ya no; ya está acabada —la voz de Felisandro era apenas

un murmullo.

—Y mira los pulpejos que la cuelgan —levantaban la lámpara recorriendo con la luz el cuerpo escuálido del animal—. ¡Está llena de moraturas! Se parece a la del Tuerto, ¿verdad?

—La del Tuerto tiene menos alzada…

—Pero en el color y la cabeza… Primo, ¿tienes miedo?

—Sí, Juanito Juan…

—Vamos, Felisandro —le llamó Vitelón.

El campesino fue tras él. Algo inmisericorde le soplaba pesadamente al oído cosas de muertos y de ilusiones malbaratadas, de una trampa donde había quedado encerrada su vida. Felisandro ya era presa de ese miedo que no suele pasar nunca, aunque a veces se adormezca. La cabeza le ardía, gritándole cosas que le asustaban. Caídos los brazos; secas, fallecidas las manos por falta de impulso interior.

—Dios Santo, no me abandones… ¡no me abandones! —suplicaba.

Felisandro quería levantar la vista al cielo y sus ojos golpeaban con las tinieblas, con las maderas renegridas que sujetaban medio kilómetro de montaña.

Por un momento le zarandeó algo parecido al odio. Luego volvió la resignación, el contenido terror. Siguió andando, hasta el corte.

Allí terminaba bruscamente el entibado. En la bolsa que formaba el fondo de la galería, la piedra aparecía al desnudo, envuelta en sombras, como unas fauces momentáneamente en reposo. El labriego se resistía íntimamente a creer que en adelante el pan tendría que arrancarlo de aquella piedra que lagrimeaba, de aquella penumbra mil veces más asustante que las mismas tinieblas.

—Bueno, Felisandro… —la voz de Vitelón era grave, como si adivinase el ánimo de su amigo—, aquí está tu cocido. Y ya sabes, menos a los guardias, que son los más valientes, aquí tienes que aguantar lo que sea.

—Sí, Vitelón…

Allí quedó Felisandro, los ojos muy abiertos, respirando sin rumor bajo la tierra. Allí moría la gente. Viendo al barrenista destacarse y moverse en la semipenumbra, el campesino, inmovilizado, parecía una cosa más del túnel. Los pies clavados al suelo, corriéndole el agua por encima de las zapatillas, era presa de una amargura desconocida, de un miedo tan hondo que no añoraba al rostro.

—La mina… la mina…

Colgaban sus brazos, tieso el cuerpo como si se hubiese quedado

dormido de pie. Pálido y tembloroso, parecía estar llamando a ese último soplo de serenidad viril que acude cuando no queremos que nos tomen por cobardes.

—Cuelga la chaqueta por ahí y vamos a cargar estos escombros.

Felisandro colgó la chaqueta «por ahí», se dejó poner la defensa, una esponja, y comenzó a envagonar piedras. No era él, era un niño enfermo y asustado, con brazos de hombre. Los cascotes, al golpear contra las chapas de los vagones, producían lamentos que, sobrecogiendo el ánimo, corrían alargados por la noche de la galería, solitarios, tronantes, yéndose a perder en aquel mar de tinieblas. Cuando el primer vagón estuvo lleno, Manuel lo empujó y levantó otro de los que «dormían» al lado de la vía. El labriego iba detrás, llegando siempre tarde, tocándolo, mirándolo todo con aterradora gravedad. De nuevo la pala, el polvillo blanqueando el corte, juntándose a los lagrimones del campesino con los que expresaba la profunda desesperanza de que era víctima.

Manuel, pasándose la mano por la frente, se sacudió el sudor.

—Qué, amigo, ¿te gusta esto?

—No, señor.

—A nadie le gusta. Pero aquí estamos, cargando y arrancando más piedra para cargarla al día siguiente. ¡Si supiésemos dónde está la última! En el campo sería otra cosa, ¿no?

—Allí era otra cosa. El sol, y luego… —no podía hablar, agobiado por la esponja aprisionada contra su boca.

—Pues aquí, como no lo traigas metido en una botella… —resopló el barrenista reanudando el trabajo.

Escombros, escombros… Y el sordo rumor de una gruesa veta de agua que debía discurrir a un par de metros de allí, por entre la montaña abierta. Los martillos runruneaban sin pausa, con sonido de viento cansado, perdidos, como la veta, en las rendijas de la tierra. De vez en cuando llegaba hasta el corte el rumor confuso de una voz. Felisandro quedaba paralizado, mirando al suelo de la noche de donde emergía una lucecita amarilla. El resplandor se alejaba hasta desaparecer, dejándole aún más solo, inclinado sobre los cascotes y el polvo.

Felisandro sentía que aquello no podía ser verdad, que vivía realmente una pesadilla de la que tarde o temprano habría de despertar. En aquel mundo de sombras y temor le embargaba un inconcreto espanto por las próximas horas, por los próximos días, por la vida que le esperaba. Y rezaba despacio, maquinalmente, experimentando una alegría feroz por respirar, sólo por respirar aún.

Felisandro detenía el trabajo para escuchar el golpe de su sangre y seguía rezando, rogando humildemente una explicación a tanta adversidad; a tanto miedo, roto en mil formas distintas.

Habían terminado de recoger la piedra arrancada. Se quitaron la careta y el labriego respiró mejor.

—Empuja el vagón hasta que choque con el otro. Despacio, no sea que se vayan solos.

El campesino obedeció. Manuel fue con él en busca de madera. Al pasar bajo un coladero, el dinamitero llamó a Vitelón y la respuesta llegó en forma de un largo aullido que estremeció a Felisandro. Se acercó al agujero y arriba, en aquel alto infierno, vio un resplandor debilísimo donde, acosado por las tinieblas y el grisú, trabajaba su amigo. Marchando tras el barrenista se detuvo ante los siguientes agujeros, en el costado opuesto de la galería, donde, entre telones de polvo y runruneos de martillo, se movían otras lucecitas. Parecían diablos peleando. O alumnos de una infernal clase de música.

La mina era el reino de la noche. Parecía la historia larga de la noche.

Felisandro saboreaba despacio un miedo que ahora le iluminaba el rostro.

Eligiendo en un montón de troncos, Manuel señaló el más derecho. Era pesado. Se lo echaron al hombro y chapoteando entre el agua y el barro fueron hacia el corte, donde el ruido de un martillo ya sacudía la bóveda.

—¡Aaaabajo!…

Una mancha negra se movía pegada a las rocas, como resucitada de entre ellas. Cesó de vibrar el martillo y la sombra se acercó.

—¿Cómo va eso, Felisandro?

—Bien… tú, ¿eres tú, Vitelón?

—¿Bien?… ¡Ya irá mejor, no te preocupes!

—Siéntate a horcajadas sobre el tronco y lo vas moviendo según te diga —le ordenó el barrenista.

Como un autómata, el campesino seguía las instrucciones de Manuel, ya cabeceando el poste. Vitelón le estaba hablando de los primeros miedos, de los últimos sustos, para luego no ocurrir nada… Claro, hasta que ocurría. Pero Felisandro apenas le oía. Un árbol había logrado adormecer su temor.

«Es roble y apenas tendrá cuatro años. Como los que estaban pegados al río, cerca de la charca.»

—Gira un poco… ¡basta!

Con hachazos secos y exactos, Manuel iba configurando la

«cabeza» del madero

—Al barrenar te ahogas un poco, pero en un par de días te acostumbras.

«Los chopos también deben ser buenos para esto. Y los castaños.»

—Te aprietas bien la careta para no tragar mucha sílice, ¿entiendes?

—¿Entra mucha sílice? —el hombre de la vega levantó bruscamente la cabeza.

—Hombre, algo siempre se cuela —repuso el barrenista distraído, agachándose para aplomar el árbol.

—¿Tanto como al minero Tomás?

—Sí —habló Vitelón—, pero tienen que pasar muchos años.

Manuel se escupió en las manos y mientras las frotaba, comentó:

—Eso depende. Hay quien está aquí toda la vida y se salva mal que bien. Y otros… Ya ves el de la Magras, veintiocho años y anda tirado por las cunetas escupiendo «claveles».

—Ese siempre fue flojo.

—¿Flojo? Pregúntaselo a mi hijo que para las fiestas le pegó una garrotada que le molió.

De nuevo el jadeo, los hachazos, rítmicos y exactos. Vitelón volvió a la regadura. El martillo reanudó su obsesivo tableteo y Manuel hizo señas al labriego para que le siguiese. Pegados al mismo término del túnel y marcando con el pico dos puntos en ambos lados de él, le ordenó:

—Haz aquí dos agujeros… nosotros les llamamos «balsas». ¡Que tengan un codo de profundidad!

Felisandro tomó el pico y como cuando se abrazó al tronco, volvió a evadirse, a sentir algo familiar que pugnaba por paliar la terrible impresión que la mina le estaba produciendo. La presencia de Vitelón cooperaba a serenarle. El picador arrancaba el carbón de la veta que corría entre las paredes de piedra, abiertas sus fauces por pequeños troncos que el gigante aseguraba a golpes. Subido sobre el montón de hulla desprendida, la lámpara colgada al cuello, manejando el martillo o el hacha con una sola mano, Vitelón tenía algo de héroe mitológico, de titán subterráneo.

Se acercaba un tren. Poco después se detenían dos lámparas ante ellos.

—¡Qué hay, Vitelón y compañía!

—¡Hola, Caritas! ¿Qué tal pita tu ayudante? —saludó el gigante.

—Bien; se ve que entiende a los animales y esto ya es algo.

Juanito Juan se aproximó a Felisandro.

—Primo, está muy oscuro, ¿verdad?

—Esto tiene que ser una matanza, Juanito Juan. Mira el techo, ¡está suelto!

—A lo mejor no pasa nada… ¿Tienes aún miedo, primo?

—Más que antes, Juanito Juan. Y el trabajo es más duro que en la vega.

—Y además el sol…

—Sí, y además el sol…

—¿Estáis confesándoos? —les preguntó el picador acercándose.

—¡Lo que están es locos! —opinó Caritas—. ¡Mira que venir a meterse en la mina!

Dejando dos vagones vacíos, el tren se alejó. Felisandro y Manuel empinaron sobre la balsa el enorme tronco y lo revolvieron hasta asentarle. El barrenista le midió una vez más con las dos tablas que le servían de metro y clavando una estaca lo mantuvo enhiesto.

—¡Vamos a por otro!

Por espacio de dos horas y media estuvieron dando forma a los dos maderos restantes. Vitelón ya se había ido, dejando en el corte una tonelada de mineral. Cargaron y empujaron los vagones. A medida que pasaban las horas, Felisandro sentía más repulsión hacia el «estómago» de aquella montaña. Sudorosos, ennegrecidos, lejos de todos, tragando sin cesar polvo y noche…

—Vamos a colocar la trabanca. ¡Arribaaa!

¡Y sin un momento de descanso!

Con gran esfuerzo levantaron sobre su cabeza el enorme roble, haciendo coincidir sus muescas, en forma de «boca de lobo», con las abiertas en la punta de los soportes. A golpes de maza Manuel fue encajonándolo. Mirando satisfecho al «cuadro» sobre el que se apoyaba un metro y medio más de galería, el barrenista exclamó:

—Vaya cuadrito guapo que quedó, ¿no te parece?

—No entiendo, pero creo que…

Felisandro no entendía. Pero el ver sujetas las piedras que colgaban del desnudo techo, le producía cierto alivio.

—Así ya no podrá hundirse, ¿no?

—Hombre, si se empeña… Pero con una buena entibación siempre hay tiempo de escapar… Bueno, ya está la mitad del trabajo. Ahora a comer y luego a darle al martillo. ¡Vamos!

Cogieron la merienda y se alejaron galería adelante. Dos centenares de metros más allá, al doblar una curva, surgió la inusitada aparición de un verdadero mundillo de luces.

Cuando Felisandro se detuvo ante ellos, el corazón aceleró su

pulso. Y algo desconocido, una protesta aun más bronca que las que le nacían en la vega, le dolió muy dentro. Aquellos hombres, caídos, sentados sobre un tronco o la cuneta, eran como él; aquellos rostros tan negros que las escleróticas ardían blancas como si el fuego pudiese tener este color, eran las suyas. Miró aquellos dedos ennegrecidos llevándose a la boca el pedazo de pan o de tortilla; aquellas manos apretando la bota con un algo de religioso, como conscientes de estar prolongando un poco la vida…

Melancolía, fatalismo, una correcta resignación flotaba sobre aquellos hombres del carbón, sobre él.

—Siéntate, Felisandro…

Felisandro se sentó. Se había olvidado del miedo porque nunca había estado tan triste.

«Esta… ésta será mi vida.»

* * *

Veinte minutos después se reanudaba la tarea. Volvieron al corte, al «fondo de saco» de la galería. Manuel preparo el martillo y ayudó a Felisandro a colocarse la mascarilla, ahora reforzada por unos algodones que hacían aún más penosa la respiración. Aquella esponja apretada contra la boca y las narices, impidiéndole respirar libremente, le angustiaba. La tragedia en que se hallaba sumido se preparaba a deshilvanar sus peores momentos.

Felisandro pensaba que había tenido que cargar escombros, cavar balsas, envagonar carbón y transportar troncos. Que estaba cansado, que empezaba a maldecir. Y que llevaba en la mina muchas horas, tantas como una vida entera.

Felisandro ignoraba que la verdadera tarea no había comenzado aún.

Manuel conocía bien la piedra. La contemplaba, la acariciaba con manos estudiosas, buscando sus puntos más débiles. Sobre uno de ellos colocó la punta de la barrena. El martillo comenzó a trepidar. Los hombres, hombro con hombro, encogidos, asidos a las asas del neumático, lo mantenían firme. Otra vez polvo, ahora virgen, flotando entre las dos lámparas caídas a sus pies. La barra de hierro iba penetrando, escupiendo sílice, sílice… El primer «tiro» ya estaba «forado». De nuevo unas manos tanteando la roca, de nuevo el neumático bramando. La polvorienta cortina les envolvía, oscureciendo poco a poco las luces, las fauces de aquel túnel abriéndose y abriéndose…

La durísima piedra —era arenisca— parecía resistirse a ser

perforada. La barrena penetraba lentamente en la parte más compacta de la roca, donde mejor «trabajaría» la dinamita. De la capa de carbón, grasosa en todo el Pozo, escapaba el gas en minúsculas explosiones. Abrían la válvula para limpiar el polvo almacenado en el neumático y un espeso telón se agitaba en la penumbra, ya blanquecina, borrando totalmente las siluetas de aquellos dos seres perdidos bajo la montaña. Una lámpara, dos lámparas poniendo en el ambiente un algo sagrado, como si entre aquellos dos cirios se estuviese celebrando un oficio tenebroso.

Otro barreno. ¡Sílice! ¡sílice! Felisandro sentía dolor en la columna vertebral. Aquellos tirones repercutían en todo su cuerpo. Y el ruido, monótono, obsesivo… Felisandro se ahogaba. Un quejido acudía a sus labios, pidiendo tregua. Allí quedaba, aprisionado con una violencia insospechada. Apretaba los dientes mientras su asustada imaginación huía por la galería, volaba por la caña del Pozo, hacia la superficie. Al aire, a la nieve, ¡al sol! A veces, como alocada, llegaba a saltar al otro lado de la cordillera, a la vega del Vastión donde haría frío y el cielo seguiría siendo muy alto y azul; al secano, al regadío: allí donde nació como un árbol más y de donde nunca debió ausentarse.

Retiraron el martillo. El cuarto barreno estaba listo. Pegado al corte, sintiendo una emoción extraña al palpar aquellas rocas que desde que se hizo el mundo nadie tocó antes que él, Felisandro experimentaba un sentimiento reverente. Aquellos nervios, aquellos huesos de la Naturaleza le producían una impresión parecida a la de aquel día que metió el rejón en unos campos vírgenes, dejados al descubierto por la riada, y le dio por pensar. Se decía que el arado y el barreno eran iguales, que igual eran los hombres obligados a manejarlos. Iguales sus desgracias, con el grisú o la sequía, porque no poseían otra cosa que unos brazos que vendían al señor. Allá, en la vega, los meses sin jornales; en la mina, los años en penumbra, luego la silicosis.

Felisandro reconocía su cansancio lento y seguro, su cansancio de vida, él que ya había aprendido a dominar las cóleras y el dolor.

Y así fue siempre su vida, así debía ser su desgracia, sin altibajos, continuada… ¡otra vez el neumático sacudiéndole!

Aquel repetido reconocimiento llegaba a él con un aire de misterio que le atemorizaba. Sin rodeos, sin piedad. Una esperanza más, la tan largamente temida y acariciada de la mina, había muerto, envuelta en aquella neblina de sílice que en adelante sería su compañera inseparable. En el agotamiento y en las tinieblas, en aquella primera sangre que manaba de su mano golpeada por la

barrena, Felisandro seguía encontrando su inevitable sino, como inevitable era la salida del sol o la caída de la lluvia.

—¡Listo el quinto! —exclamó Manuel con voz sofocada.

Retrocedieron hasta el arca de la dinamita, llevándose con ellos los utensilios de trabajo. Poco después, ante el atemorizado campesino, el barrenista comenzó a medir y cortar las mechas, poniendo en su extremo un fulminante y apretándolo con los dientes. Clavando en ellos un cartucho de explosivo, dejaba el «tiro» ya preparado colgado de una trabanca, como una adormecida serpiente. Terminada la tarea, los recogió, ordenando al labriego que tomase tres cajas de cartuchos. Le temblaban las manos a Felisandro cuando las introdujo en el cajón. Hurgando en aquellos recipientes de cartón, pegados entre sí por la nitroglicerina exudada por la dinamita, el hijo del tío Mañón se supo ya definitivamente en tratos con el demonio.

—No explotará, ¿verdad, señor?

—No…, aunque la dinamita es como las mujeres. ¡Nunca se sabe cuándo te van a hacer la trastada!

La dinamita… ¡Santo Dios! ¡Andando él con dinamita!

Felisandro tenía la seguridad de haber caído en el mundo del mal; de que aquella vida no podía ser de cristianos, que los mineros la estaban despreciando siempre y que aquello era un pecado. En la mina debía de haber mucho dolor.

Apretando contra su pecho las cajas de barrenos, temeroso de tropezar en la penumbra, de caer, de que estallasen, andaba a pasitos cortos, profundamente inclinado, como arrodillado ante la muerte que llevaba en las manos. Felisandro nunca creyó que la mina fuese tan cruel; que allí, donde decían que se ganaba un jornal diario, oliese tan intensamente a humo, a podrido…, sí, a muerte. Que estuviese tan oscuro y tan hondo, y tan desierto. Y que se cansase uno tanto.

—¡Trae!

Manuel fue metiendo los cartuchos en los agujeros. Luego los apelmazó con el atacador.

—Aprende, si te interesa. ¿Ves? se colocan primero dos, luego el cebo, que es el de la mecha; después otros dos y se aprietan bien. Al final uno de tierra inerte para evitar que salga llama y se prenda el grisú.

—¿También el grisú puede aquí…? —Felisandro no terminó la frase.

—¡Claro que aquí! ¿Dónde va a ser? En las rampas también. ¡En todos los sitios!

—¿Y puede explotar igual que cuando los cincuenta y un muertos?

—¡Oye, amigo!, no nombres la cuerda en casa del ahorcado que se me enderezan los pelos de las patas. ¡Eso una vez cada tanto y basta de contar!

—Sí, señor…

* * *

Felisandro, ahora que de sus manos iban saliendo cartuchos de dinamita que poco después embravecerían las entrañas de la tierra, veía ante él la aterradora imagen de un mundo que nunca fue capaz de soñar. Movía los brazos mecánicamente, clavando los ojos en aquellos agujeros, ya tapados por los cartuchos, de los que colgaban media docena de mechas.

—Estos son los estopines, ¿los ves? —le mostró unos pequeños cilindros de cartón—. Llevan dentro un rascador como el de una caja de cerillas.

El barrenista introdujo en los tubitos los cabos de las mechas.

—¡Listo, amigo! Si quieres ver cómo se prende la muerte, quédate. Si no, marcha que esto va a empezar a rugir.

—Me quedo con usted.

El temor le impedía separarse del barrenista.

—¡Eso está bien! Se coge así… —Manuel hizo girar el primer estopín y un débil humo se mezcló a la espesa capa de sílice—. En primer lugar se encienden las zapateras, que son estas de arriba, y luego las rastreras.

Con intervalos medidos, los estopines comenzaban a humear.

Aquello tenía algo de melancólico, de inevitable, de desesperado.

—Y ahora, cuanto antes se vaya uno mejor. A veces viene la mecha mal y en vez de dos minutos que tarda la pólvora en llegar al fulminante da un salto… ¡y nosotros otro!

Se alejaron del corte, hacia el arca. Recogiendo la chaqueta, Felisandro miraba hacia atrás, hacia aquel mundo, ahora sólo adivinado; husmeaba la oscuridad donde el desasosiego de las lámparas ponía el punto final a aquella aventura dura y tremenda. ¡Él en la mina! ¡Él haciendo estallar barrenos! Él minero, ¡dinamitero!… ¡¡Santo Dios!!

Ya se iban…

Felisandro volvía la cabeza, temeroso de una muerte que sentía a punto de alcanzarle. Al llegar al coladero de Vitelón, Manuel dio

un grito. El picador debía haberse ido o estaba muy arriba, perdido en su mundo de carbón y sombras. Cuando apenas se habían apartado cincuenta metros del agujero, el primer estallido paralizó al campesino. Felisandro dejó escapar un ahogado grito de terror.

—Aquí ya no pasa nada, amigo —le serenó Manuel, deteniéndose—. Si quieres ver fuegos artificiales, date media vuelta.

Con la explosión siguiente, la colérica boca de un infierno espantó la oscuridad. Trozos de roca despedazada eran lanzados contra los hastiales y los soportes, haciendo quejarse a los troncos. La bóveda rechinaba, amenazando caer. Felisandro, entre retumbes pavorosos, sentía resquebrajarse el techo, iluminado por los lenguazos de fuego.

—Tres… cuatro… —iba contando Manuel.

Era un espectáculo tremendo y bellísimo. Felisandro empezaba a comprender por qué explotaba el grisú y morían los hombres, por qué había tanto luto en la cuenca y los mineros se ahorcaban. Felisandro nunca sospechó que era posible tan espantosa intimidad con el infierno.

—Cinco… seis… ¡Estallaron todos! ¡Vámonos!

—Sí, señor.

—Hay que contarlos por si falla alguno. Cae entre los escombros y mañana metes la pala… ¡y a volar con los angelitos!

—A volar con los angelitos… —repitió Felisandro, yendo tras el barrenista.

Angelitos allí, en la Gran Cueva, donde la dinamita devoraba la piedra; en el reino de la oscuridad, partida por las furiosas llamaradas. Allí donde los hombres no eran hombres, sino mitad héroes, mitad demonios; y decían blasfemias que nunca las había oído y de Dios no se preocupaban porque decían que, como los ingenieros, nunca bajaba a la mina. Hombres ennegrecidos que escupían saliva negra y tenían los ojos enrojecidos; hombres para los que respirar era una dicha, porque morir era posible en cada momento de la jornada. Angelitos en aquella gigantesca trampa donde los mineros se movían como fantasmas, como lagartijas tragadas por las profundidades; angelitos en los quietos cimientos de aquellos abismos que se abrían en las galerías, en aquellos túneles donde se podía escuchar tanto silencio que el mundo parecía muerto, un inmenso cadáver carbonizado.

Felisandro, entre tanta desolación, llegó a sentirse feliz por no tener hijos, herederos de su sangre que debiesen relevarle algún día. ¡Qué fácil tenía que ser morir en la mina!

—Aquí hay mucha ceniza, aquí llueve sangre…

—¿Qué decías, amigo?

—Nada, señor… que ya terminamos por hoy.

* * *

Al fondo brillaban dos luces. Cuando llegaron a ellas, Casiano mantenía en vilo una trabanca. El entibador la iba introduciendo a golpes de maza.

—¿Cómo va el Pozo, Felisandro? ¡Parece que armasteis ruido!

—Bien… ¿y tú? ¿no sales? —el hijo del tío Mañón intentaba aparecer sereno.

—Dice que quiere quedarse a hacer un par de horas —contestó Garcés por él.

—Usted, si alguna vez quiere hacer extraordinarias se lo dice al vigilante, y listo —le aconsejó Manuel.

—No, hoy no.

—Pero mañana sí, ya verá —opinó Garcés, apoyando la manaza en la pared—. El sueldo no da para respirar tranquilo.

—¿Dónde está Juanito Juan?

—Es el otro de ustedes que hace de caballista, ¿no? —preguntó el barrenista—. Estará por ahí; con esa gente nunca se sabe. Igual está ya arriba que no sale hasta la noche…, ¿seguimos?

—Sí, señor… Adiós, Casiano y compañía. Si quieres tomar un trago vete por casa.

—A lo mejor me acerco.

Cuando llegaron a la maniobra, un grupo de mineros esperaban la jaula. Sentados sobre los raíles, increíblemente negros, repasaban una vez más su vida de picadores, de barrenistas, de hombres de lo hondo.

—Pues mi tajo —decía un picador, cortándose la uña del meñique con los dientes—, no está para sembrar margaritas. Ahí todavía no se mató nadie porque lo acabo de abrir, pero…

—Esto es una aventura. Cada día de mina son quince menos de vida.

—¿Aventura? ¿Trabajar para matar el hambre lo llamas tú aventura? ¿O que un día te caiga un costerazo que te desriñone?

—Sabemos dónde nacemos pero no dónde pegamos el último eructo —dijo otro, distraído.

—En muchos de nosotros no es difícil adivinarlo.

—Yo moriré encima de la Remolque que cada día está más buena —rió un joven vagonero. ¿Habéis visto cómo mueve el culo? ¡No hay hombre que no se vaya detrás!

—¡Es natural! Nos pasamos la vida haciendo cosquillas a la mina —habló otro sin hacer caso de la broma—, y tiene que tomarse la revancha.

—Mientras se es pichón no importa mucho nada. Luego de viejos nos damos cuenta de que tuvimos una moral de suicida que valía su peso en oro.

—El que corre por gusto no se cansa.

—¿Por gusto? ¡A ver dónde escapas! Unos por fuerza y otros más cumplidos que otra cosa.

—Di que sí. Ya di más de cincuenta coladeros. Me he metido en sitios que tienes que ladear la boina para poder entrar y en otros que cabe una catedral… ¡y siempre estoy en el mismo sitio!

—Estos viejarras se pasan la vida hablando de lo mismo —comentó el joven que se sentaba al lado del enamorado de la Remolque.

—No se gana nada y todos son peligros —insistió el picador—. ¿Cuántos viejos hay que no se atreven a meterse aquí?

—Sí se atreven, pero quieren reservar los huesos. En los Grupos hay más paz.

—Bueno, la cosa es que siguen allí, aunque ganando unas perras menos.

—Las rampas de este Pozo siempre fueron un refrito de calamidades.

—Pues de barrenista no creas que todo son silbidos. Te salta la mecha cuando estás manoseando el culo a la dinamita y…

—¡A volar con los angelitos! —se le escapó a Felisandro que, cohibido, dio un paso atrás.

—¡Tú lo has dicho! —exclamó el dinamitero sin mirarle—. Y aquí entierro y luego gloria… ¡ahí viene el coche de caballos!

Los mineros se pusieron en pie. Uno de ellos, levantando las manos hacia la jaula que descendía lentamente, bromeó:

—Jailá, jaulá, jalulá, Roque. ¡Jaulá! ¡Jalulá!

Entraron en el ascensor. A Felisandro se le olvidaron súbitamente los sobresaltos. El temor quedó a sus espaldas, vencido por la nueva prueba. Otra vez colgado del vacío, de nuevo los ruidos con los que parecía que hasta el mismo agujero estaba destrozándose.

Cerraría los ojos, apretaría los dientes y… Sin embargo, para Felisandro era un sueño maravilloso lo que le esperaba. Estar momentos después arriba, respirar casi como se respiraba en la vega, ver el sol, la nieve… ¡ver el cielo!

La jaula subía de un tirón a la superficie. A través de los

párpados crispados, Felisandro adivinó los resplandores de los distintos pisos. Alguien gritó y la voz corrió tras el armatoste, chirriando entre las guiaderas…

¡Rin, ran,
bajan blancos,
suben negros…!
¡rin, ran!

El eco aun resonaba en el enorme boquete cuando el ascensor fue ralentizando la marcha. Con un suave tirón, se detuvo. Habían llegado. Felisandro abrió los ojos y un instante después, empujado por los que venían detrás, se encontró en la maniobra. Al ver de nuevo la luz, una aguda sensación de liberado le hizo apoyarse en uno de los soportes del castillete. Quedó allí mucho tiempo; se sentía mareado, ligero, y en la cabeza mucha confusión, como invadida por la niebla. Era la reacción, el agudo reconocimiento de la supervivencia.

Lloviznaba. En el día gris, a lo lejos, retumbaban los truenos como si en el cielo estuviesen también dinamitando.

Se volvió un instante para mirar hacia el montacargas. Una pareja de vagonetas y varios mineros entraban en él. Algo muy dentro y muy repulsivo le invadió pensando que al día siguiente debería volver a la jaula, a abismarse con ella en las profundidades del Pozo.

* * *

Comenzó a andar por la maniobra. Grupos de mineros marchaban en dirección a la carretera. Felisandro experimentaba un goce desconocido. Llegaría a casa y se lavaría y luego saldría a tumbarse a la puerta, aunque lloviese e hiciese frío, a mirar cómo el cielo relampagueaba, a llenarse los ojos de luz. Centelleaban sus pupilas, su mirada saltaba las escombreras en busca de una zarza, de una encina, de un prado verde, lavado por la lluvia o el viento.

Felisandro abrió la boca como deben abrirla los resucitados.

Sí, se echaría sobre la tierra y se acostaría pronto porque en la cama se olvidaban muchas cosas.

Mirando al cielo, el cielo de su vega venía como en un sueño vivido cientos de años atrás.

«¿Por qué será que en cada esquina de la vida nos espera algo malo…?»

En una evasión nostálgica, el campesino recordó sus años de chico, cuando corría descalzo por los trigales y los viñedos y en mi vida sólo había haces y maíz, y nadie sabía de minas ni de martillos. Él llevaba el traje lleno de remiendos, como ahora, pero se sentaba a comer bellotas bajo una encina y era feliz.

Cuando llegaba a la carretera, Felisandro iba reflexionando si habría hecho bien en traer a Selva a la cuenca…

Su hija, muy pegada al tío Mañón, sentados los dos sobre la misma piedra, estaba frente a él. No le debieron reconocer, porque por unos instantes le miraron indiferentes. Fue la pequeña la que reaccionó primero, corriendo a echarle los brazos al cuello.

—¡Padre! ¡padre!

—¡Selva, que te vas a poner perdida!

—Dame un beso, padre, ¡dame un beso! —suplicaba la chiquilla lloriqueando.

El tío Mañón se incorporó. Había gravedad en su mirada y mucho silencio en sus labios fruncidos, como si en ellos flotase todo el rencor que empezaba a sentir por la mina.

—Felisandro…

—Sí, padre. Ya salí y…

Felisandro no pudo continuar hablando. La agitación interna ponía dolor en su corazón y notó que se le escapaban las lágrimas. Atemorizado por su destino y el de los que había arrastrado con él, el campesino estaba a punto de rogar, de pedir perdón.

—Dime, Felisandro.

—Nada, padre… es un infierno como esos que decía el cura de la vega. ¡Justo esto! Vamos, padre.

—Un infierno, ¿verdad, Felisandro?

—Sí, igual. Hay fuego y mucha noche y blasfeman…

—¿Tú también, Felisandro?

—Yo no, padre.

—¿Y es difícil asegurar la vida ahí abajo? —preguntó el tío Mañón, ya algo más tranquilo.

—Teniendo cuidado, no. Yo creo que me aprestaré para la tarea. Apetito para el trabajo ya sabe que tengo, padre.

Andaban, lentamente, cansados los tres.

—Voy a soñar la vega, padre.

—Estas gentes no son malas, pero están despegadas de Dios y de la vida.

—Tiene que ser así, padre. Para estar ahí abajo hay que tener mucho pecho o estar loco de la cabeza.

—Locos… ¡muy locos, Felisandro!

—Y si no trabajan como deben les echan un pleito y les mandan a los sitios más peligrosos. Tienen que estar aquí; también nosotros vinimos porque había que correr al hambre.

—Ellos es otra cosa. Aparentan para esto porque saben desde pequeños, pero vosotros…, ¿dónde dejaste a Juanito Juan y Casiano?

—Están haciendo horas. Con el jornal sólo no se puede vivir.

—La vida no es una moneda de oro que le cae bien a todos. Habrá que resignarse o marcharse.

—Yo quiero irme, padre —suplicó la chiquilla.

—Todos queremos. ¡Para estar aquí hay que tener el gusto enfermo!

—Tiene razón, padre. Para estar en la mina hay que ser un alma prohibida.

Felisandro andaba mirando al suelo. ¿Por qué vinieron a esperarle? Antes de llegar a casa, él ya se habría contentado un poco. También lo estaba lamentando el tío Mañón, que andaba a su lado con el espinazo doblado, tiritando de frío, los ojos tan hundidos que parecían clavados en el alma. Selva, muy triste, miraba al rostro negrísimo de su padre, con señales de sudor y agotamiento. Una sensación de pena la hacía llorar por dentro.

—Padre, ¿y mañana también tienes que ir a la mina?

—Sí, hija. Y pasado y siempre.

—¿Y si el tío Pedro trae los burros y nos vamos para la vega?…

—Hay que ganarse el pan, hija. Y aquí se gana.

Padre —protestó la chiquilla—. Te pones la cara muy negra y dicen los chicos que puedes matarte.

¿Y crees que tendrás ánimo contra el miedo? —preguntó el tío Mañón, al parecer obsesionado por una idea fija.

—Lo malo del miedo es que no se puede vender…

—Hay que darle fondo a la esperanza, Felisandro. Si no, a proponer, te vuelves loco y echas hasta lo que estás rumiando.

—Ya lo sé, padre. Habrá que agarrarse a la resignación y no pensar que el diablo nos engañó cuando vinimos a la mina.

—Lo vi más primero que tú.

—Lo vimos todos. Pero había que abrir una brechita a la esperanza por si acaso.

Carretera adelante… Marchaban sin prisa, callados, encogidos. Selva, limpiándose con el reverso de la mano mocos y lágrimas, sollozaba en silencio.

La tarde se había desparramado sobre el Valle, poniendo burbujas de plata en las cumbres. Y mucha melancolía sobre el

cielo, encapotado y plomizo.

Luego vino el viento, el Padre Viento…

CAPÍTULO X
FIESTA EN EL VALLE

El sol invernal entibiaba el Valle, limpio y brillante por las nieves derretidas. Refulgían los prados y las laderas, inútilmente ensuciadas por el humo de los trenes mineros y el polvillo que los vientos arrancaban a las escombreras. Las aldehuelas diseminadas por los montes y las chozas retiradas de las viejas mineras, eran sobresaltadas por la dinamita. Los vientos, cansados por el esfuerzo de la víspera, andaban aún por las cumbres, enroscándose con acento de música remota en las copas desnudas de los árboles.

La fiesta de Santa Bárbara caía en invierno y la mayoría de los años el Valle minero aparecía dormido bajo la nieve. Pese a ello, y apenas abierto el día, los barrenazos, cohetes y hogueras sacudían la cuenca. Las gentes, alegres y cantarinas, se repartían por calles y caminos. Bajaba la mocedad ataviada con sus mejores galas; y algunos viejos, liberados por unas horas de su retiro en las montañas.

Como era habitual al comienzo de las fiestas, un petardo explotó en «El Robadera». También era costumbre que algún muchacho resultase herido, como le acababa de ocurrir a Quintín, que aquella misma mañana perdió una mano. Pese a ello, la feliz chiquillería seguía hurgando en la pólvora y corriendo entre las mulas y los bueyes mineros que, deslumbrados por tanta luz y ruido, andaban a trompicones. Sobre los carros que formaban la anual caravana, semivelados por artísticos ramajes, las jóvenes lanzaban guiños y coplas a sus elegidos. La comitiva la abría el titiritero del oso y cerrándola iba una docena de tartanas con mineros venidos de más allá del Pantano. Se llamaban a sí mismos «Los violentos» y vivían aislados, sin mujeres, derrochando sudor y guardando duros que un día les permitirían regresar a sus lejanas aldeas. Se las daban de valientes y el «símbolo», por todos reconocido, era aquella boinita ladeada dejando ver, pegado a la frente, un coquetón flequillo.

Algunos de ellos, que también lucían una hermosa barba, eran conocidos en pueblos y montes por sus ¡ujuju!, que resonaban en las cuencas como el canto provocador de un gallo. Si alguien contestaba al reto, las voces se iban acercando hasta que, frente a frente, se iniciaba la pelea. Luchaban generalmente con palos y se curaban con sal y vinagre.

Eran famosos aquellos mineros solitarios, fuertes y chulapones. Las romerías que no contaban con un par de docenas de ellos, con sus consiguientes grescas, no parecían romerías. Las luchas en las fiestas eran consideradas lógicas. Como la llegada de los churreros y gaiteros.

Mendigos y gitanos, que saltaban de festividad en festividad, marchaban en último lugar.

* * *

El Valle había despertado hermoso y sonriente. Aunque poco después Quintín perdiese una mano. Los mineros aprovechaban aquellos días para dar un respiro a sus agobiados pulmones. Algunos se casaban, convirtiendo entonces las fiestas en luna de miel. Atraída por las bodas, la gente corría a arremolinarse en la explanada de la iglesia. A la salida de los novios, los gritos, gaitas y platillos, confundidos con los lejanos dinamitazos, armaban una algarabía que encantaba a los pequeños y ponía alegría en los viejos silicosos. Hasta el hombre del oso, rodeado de pequeñajos y ancianos de infantiles reacciones, era puntual asistente al festejo.

Las fiestas se presentaban animadas pues, además del boxeo —Vitelón sería el protagonista— y la bueyada, se casaba, entre otros, el popular Antón. Habría una comida bien rociada, que pagarían a escote. Ya Cubadín, que acompañado por su esposa y rodeado de los amigos de Antón esperaba la salida de las parejas, se frotaba las manos con satisfacción.

—¡Hoy lo voy a pasar tan bien que me va a crecer la barba!

—¡Pues ten cuidado! —le avisó Vitelón—. Dicen que esos coches que han inventado atacan a los que beben vino.

—A la que debían atacar era a la tía Mogotes —habló grave el señor Marcos—. Esta tarde entierran a la abortada.

—Esa bruja está descosiendo muchos peines…

—Es que también hay hombres que no se apean ni para hacer sus necesidades —opinó Repetidor.

—A Cubadín le pasa lo mismo —rió el gigante—. ¡Gracias a que tiene los petardos secos!

—¡Cosa que contigo no se puede saber nunca! —intervino agresiva la Mimos—, porque, vamos, ¡mira que siempre bajo las faldas de la Remolque!

—Una cristiana como otra cualquiera —repuso el picador riendo.

Los recién casados aparecieron en el umbral de la iglesia. La gente se alborotó, gritando ¡viva los novios! y no faltó el bisbiseo de las envidiosas:

—Guapa sí es, ¡veremos si sabe manejar la escoba!

—¿Guapa? No es lo mismo el burro con la albarda puesta que sin ella. ¡Mira qué falda más corta!

—Dicen que vivió dos meses en la capital. ¡A saber lo que habrá hecho!

—¡Figúrate! Con alguien tiene que haber andado.

Las viejas «envenenadoras» apuntaban su lengua viperina hacia otra novia. Luego se irían a casa y por el ventanuco seguirían espiando la vida del pueblo, escupiendo su virus. Sobre todo la señora Anastasia, que habiendo entregado su cuerpo y su juventud al diablo, ahora, sin fuerzas ya para ello, ofrecía a Dios las migajas de su vida.

—Algunas de las matrimoniadas tienen buena veta, ¿eh, Cubadín?

—¡Bah! debajo de las sábanas son todas iguales.

Antón, apoyado en el brazo de su mujer, irradiaba felicidad.

—¡Hala, a dar una vuelta por la feria! ¡No empinar mucho el codo que hay que comer!

—¡Pues venga! —exigió Cubadín—. Las «diabólicas» que vayan a casita que ya las iremos a buscar a la hora de afilar los colmillos.

—¿Por qué no vamos todos en buena armonía a tomar un vaso? —habló conciliador el viejo Patriarca—. ¿Qué le parece, tío Mañón? ¿Eh, Vitelón?

—Bueno —refunfuñó éste—. Usted dé confianza a las mujeres y un día nos tienen a pan y agua como si fuésemos ratones.

Marcharon hacia el parque bajo un aire que seguía temblando con el estallido de los barrenos. Llegados a la explanada, formaron un gran corro en cuyo centro colocaron un par de mesas. Poco después se acercaba la mesonera, acompañada de dos entibadores que aprovechaban las fiestas para ganar unos reales.

—¡A ver, Rosita! —tronó Vitelón—; trae vino para los hombres, agua para las señoras y pañitos calientes para los viejos.

—Vino y unas gaseosas —aclaró Casiano recostándose en la silla, cara al brillante sol.

Felisandro entornó los ojos, mirando hacia las cumbres centelleantes, a las limpias y alejadas tierras que se le antojaban fértiles. Y sentía como un deseo de pedir prestado una mula y un rejón y arañar los campos, aunque no fuese época ni le pagasen por ello. Acercando los días dejados atrás, inexplicablemente se le hacía raro pensar en la vega. Extraños le parecían también los sucios animales que bajaban del monte y las mulas sacadas del Pozo. Y los chicos encaramándose en los árboles, desnudos porque era invierno.

«Si pudiese engordar un cerdo… ahora que abrigaré algún real… Para que Selva crezca un poco mejor. ¡Qué piernas más flacas luce la chiquilla!»

—Felisandro, ¿vamos a ver la feria? —le propuso Vitelón.

—¿Venden mulas?

¡Y hombres! ¡Vamos!

Casiano y el señor Marcos les acompañaron. Al otro lado de los árboles, en la parte de la explanada que daba al río, reinaba gran animación. Atraídos por un jornal seguro, los hombres de la tierra, inertes, cohibidos, osando apenas cambiar algunas palabras en voz baja, se disponían a pasar aquel «reconocimiento» que les era vital. La emoción ponía mucho desánimo en sus arrugados rostros, en sus ojos hundidos, inundados por una tristeza que les venía del alma. Así espiaban al «mandao» pasando lentamente de uno a otro, recorriendo la larga fila que empezaba donde terminaba la de las mulas. Algunos llevaban en la cuenca dos o tres semanas, durmiendo al raso, alimentándose de castañas o de lo que otros tiraban, esperando al fin ser «enganchados». Aún no lo habían sido y aun seguían a merced de todos, de todo, suplicando inútilmente un jornal con el que enviar algo a los suyos, quedados en el pueblo en manos de la caridad ajena.

Don Rosauro, uno de los delegados de don Magnífico Floro, conocía bien los hombres; casi tanto como a las mulas. A través de los andrajos, sin necesidad de palpar los músculos, adivinaba el esqueleto y las fuerzas de cada aspirante. Ante él de poco servían las posturas erguidas, las bocas cerradas. Él quería ver los dientes. Ni los ojos muy abiertos para ofrecer más vida; ni las espaldas estiradas por un momento, vencidas por los años y el esfuerzo. Don Rosauro, de baja estatura, flaco, las brillantes pupilas atrincheradas bajo unas cejas que parecían dos cepillos, era inflexible y difícil de engañar. Y cuando decía ¡no!, enseñando sus incisivos superiores que sobresalían como los de un perro de presa, era que no. Lágrimas y ruegos resultaban inútiles. No había otro remedio que esperar a la próxima ocasión, en la que quizá la suerte sería más

propicia.

Don Rosauro era duro y poseía una magnífica memoria visual. Al encontrarse con un «repetido», como él llamaba a los rechazados el domingo anterior, le invadía tal cólera que sus secuaces temblaban como niños. Y, lo que era peor, por aquella semana se había acabado la contratación. Ni siquiera escuchaba a los enviados por la tía Magras, la carnicera, cuya solvencia para adivinar la resistencia de los hombres era por todos reconocida. Severo, implacable, se alejaba en dirección al casino particular, donde una partida de bridge y un trago de whisky lograrían al fin desvanecer su enojo.

Hacia allí se alejaba clamando, los brazos en alto, como si aquel desgraciado campesino que ansiosamente buscaba trabajo, le hubiese inferido una ofensa irreparable.

—¿Qué te parece, Felisandro? Lástima no haber nacido mula, ¿verdad? —intentó bromear el gigante picador.

El señor Marcos, tomando al campesino del brazo, le atrajo hacia él. Vitelón, curioso, se acercó a la pareja.

—Comprenderá, Felisandro, que esto pasa de la raya. Así llevamos años y años sin que logremos terminar con esta injusta trata do hombres. La necesidad no es precisamente nuestro aliado. Los hombres del campo llegan aquí con demasiado hambre.

Y sin cambiar de acento, dirigiéndose a sus amigos que le escuchaban con atención, siguió hablando de los ciegos que se empeñaban en defender un capitalismo que no tenía ninguna defensa.

—¿No veis un ejemplo más de lo que es el puro capitalismo? Ese don Rosauro no tiene idea de que el hombre es algo más que un ser físico, de que le anima un espíritu, por la sencilla razón de que en su mundo no la tiene nadie. Esos desgraciados campesinos representan el empequeñecimiento del hombre frente al dinero, su aniquilamiento me atrevería a decir. Son juguetes, no ya de un patrón, ¡peor todavía!, de un paquete de acciones, de un título de propiedad. Si estos «dorados», en vez de discutir la talla animal de un hombre o el monto de un jornal, pensasen que están ante un ser humano, con todas sus necesidades y sus angustias, descubrirían un mundo para ellos insospechado. Estamos asistiendo a un vulgar contrato de compraventa. Si se tratase de un cerdo o las mulas esas —señaló al grupo de caballerías reunidas cerca de los desocupados — no andarían con más consideraciones. A los antiguos esclavos les miraban los dientes y palpaban los músculos. En ese sentido no podemos quejamos —bromeó amargamente.

Y alzando la voz continuó:

—¿Qué defensa tienen estos hombres? El capitalismo habla de la legalidad por él creada, de «su» libertad. ¿Os figuráis la libertad de que gozan estos seres? ¡Para entrar en el reino de la libertad hay que salir de la necesidad! Este es el quid de todas las cosas. La necesidad ha hecho a unos libres y a otros esclavos y esto por medio de la libre relación entre la oferta y la demanda, que es lo que el capitalismo tiene por ideal. Así, la explotación del hombre por el hombre no conoce otros frenos que los puramente físicos el temor a que un día se agote, ¡agotada!, la mano de obra. Urge elevar a la clase obrera de su inferioridad social, elevarla a un punto en que el capital no pueda aplastarla en el momento que se le antoje. Esa libertad de comercio es simplemente una trampa y un engaño. En nombre de la libertad se cierran minas y condenan al hambre a centenares de familias; se destruyen mercancías que para otros son vitales, con el solo objeto de mantener los precios. Mientras tu explotación subsista, mientras el sistema capitalista este basado en esta explotación, la única libertad que tendremos es la de ofrecernos a este o aquel patrono, a alguien que compre nuestra fuerza de trabajo. Libertad para escoger señor y amo, ¡y ni siquiera eso! cuando la desocupación nos deja inertes frente a los «dorados». Gago, que sabe muchas cosas de ésas, me habló un día de un cura que se llamaba… —el señor Marcos se esforzaba por recordar el nombre— era un apellido francés, ¡ah! el padre Lacordaire. Decía que entre el fuerte y el débil la libertad es la que oprime y la ley la que libera. Y así es. Las cosas están ideadas de una manera que si intentas salir de ellas, inmediatamente la miseria te acogota y obliga a volver a la fila. Es necesario optar entre sufrir o morir y el instinto es de no morir. Por eso estos hombres se humillan y ruegan y suplican trabajo… ¿no los veis? ¡Suplican trabajo al precio que sea, aunque les miren la dentadura!

—Gracias a Dios que me libré de esto —suspiró Felisandro llevándose las manos a las sienes.

—Hoy el enano de don Rosauro estaba de mal humor —intervino Vitelón cuando comprendió que el señor Marcos había terminado de hablar—. ¡Vamos a acercarnos a las mulas a ver si con ellas se entendió mejor!

Volvieron a pasar ante la fila de hombres desmoralizados y andrajosos que seguían allí porque no tenían otro sitio adonde ir. La cabeza agachada, una suave angustia en la mirada, parecían presas de un aluvión de pensamientos, todos sombríos. Algunos llevaban así más de un mes.

Cuando llegaron al lugar donde se concentraban las mulas que don Rosauro había elegido, el capataz discutía con el tratante.

—¡Le digo que esta mula ya estuvo aquí! La vendimos por vieja y ahora usted quiere meternos el gato.

—¡Le digo que no, señor capataz! Esta viene de la vega del Vastión.

—¡No es verdad! —exclamó Felisandro sin poderse contener.

—¡Usted qué sabe, so…!

El tratante miró al campesino con desprecio, a punto de escapársele el insulto.

—Cuando mi amigo dice que no es verdad, no lo es, ¿entiende, buen hombre? —el picador le hablaba con acento de suficiencia, amenazador.

—Déjale, Vitelón —le pidió el capataz, encarándose otra vez con el tratante—. Ésta la compró aquí, la engordó una temporada y otra vez a la mina. ¿Ve lo que hace don Rosauro con los «repetidos»? Pues igual voy a hacer yo con usted. ¡Otra vez que ocurra esto no vende en la cuenca ni una oreja!

—¡Pero don Antonio…! —se quejaba el tratante con voz plañidera.

—¡Pero don Antonio…! —le remedó burlón el gigante—, ¡mierda de fenicio!

Colocando sus fuertes brazos sobre los hombros de los campesinos se alejaron de la feria en dirección a las mesas que ocupaban sus amigos. Cubadín y Repetidor también regresaban en aquel momento.

* * *

Juanito Juan sostenía sobre las piernas a una niña. Era morena y de su cabecita bien torneada colgaban unas coletas largas y muy bien trenzadas.

—¡Hola, señor Juanito Juan! —le saludé dándole una palmada en el hombro—. ¿Le gusta mi Valle?

—Hola, Landa… ¡hombre!

—¿Quién es esa chica?

—Pues mira… —sonrió pícaro—, esta es la señorita que dice Vitelón que… ¡eh, Vitelón, ven aquí!

El gigante nos miró y su rostro se contrajo en un gesto de burlona sorpresa.

—¡Quietos! —gritó, haciendo grandes aspavientos con las manos —. ¡Esto es cosa mía!

Pidió permiso a Juanito Juan para ocupar su silla. Y ante la contenida risa de éste, nos sentó a los dos sobre las rodillas. Carraspeó antes de comenzar el «interrogatorio».

—Señorita Selva, ¿jura decir la verdad, nada más que la verdad y un poquito menos que la verdad?

La muchacha, divertida, asintió con la cabeza.

—Usted, minero fuerte y esforzado, ¿jura decir la verdad esa que se usa en este mundo?

—Sí, juro.

—Bueno, ¡ya hay un «juego»[11] puesto! Ahora el segundo. ¿Promete seguir a su marido donde quiera que vaya, aunque sea a comprar un abrigo de pieles para usted?

—Eso no es así —rió la mujer de Felisandro, que asistía atenta a la situación.

—¡Calla! Usted, jovenzuelo alocado, ¿jura no dejar que la cónyuge se ponga los pantalones porque no sientan bien a las mujeres?

—¡Lo juro! —asentí levantando con seriedad la mano.

—Bueno, pues ahora que ya estáis casados, ¡largo de aquí!

De un empujón nos alejó del corro. Y quedamos muy serios, mirándonos como dos gatos recién encontrados.

—Tú te llamas Selva, ¡a qué sí!

—Y tú Landa. Y tu padre se parece mucho a Juanito Juan. ¡Lo dijo Vitelón en la vega! ¿A qué sí?

—Como voy a ser minero iré al Pozo y le sacaré. Está dentro, ¿sabes? Le mató el grisú.

—¿Minero? ¡Vaya trolero! ¿Le mató el…?

—¿Yo trolero? Cuando pasen las fiestas ya me verás bajar de la mina. Como vives donde Vitelón…

—¿No te da miedo? Pues a mi padre sí que le da. ¿Y por qué no sacaron al tuyo?

—¡Fíjate si serán mentirosos los mayores que dicen que está enterrado en el cementerio!

—¡Qué troleros! —exclamó la chiquilla, escandalizada—. ¡Vaya pecado!

—No es pecado, es para que no llore mi madre. Pero llora igual. Yo ya no, porque soy mayor y sé dónde está. El otro día encontré un pájaro muerto y lo recogí. La carne muerta hay que enterrarla, ¿sabes?

—En la vega teníamos un cementerio de pájaros donde metíamos a todos y les rezábamos.

—¡Qué tonta! Tú crees que los pájaros pueden ir al cielo, ¡ja! ¡ja!

—¡Pues claro! Si son buenos, sí.

—Bueno, si son buenos… —repuse yo dudando.

—¿Cuántos años tienes?

—Yo once, ¿y tú?

—Yo diez… ¡casi somos iguales!

Vitelón nos llamaba.

—¡Eh, venir que se acaba la gaseosa! No me explico cómo estando casados podéis resistir tanto tiempo juntos.

Juanito Juan nos hizo sitio a su lado y nos ofreció un vaso, del que bebimos Selva y yo. Estaba tan contento, que me atreví a pedirle al campesino lo que tanto ansiaba desde el día que le conocí: tutearle.

—Señor Juanito Juan… me deja… ¿me deja llamarle de tú?

—¡Hombre! —rió a carcajadas— ¡pues claro que sí!

—Mientras no te llame señorito, ¿verdad, Juanito Juan? —rió el picador.

* * *

La gente se encaminaba hacia el salón. A su paso encontraban algunas viejas llorosas. Los días de fiesta eran los elegidos para recordar a sus muertos. En un desmonte varios carros cargaban tierra. Una cuadrilla de obreros amontonaba materiales en la parte ya allanada.

—Mucha hambre nos espera —comentó Vitelón—. ¡Los fenicios van a montar un Banco en Valhundido!

—Un tío Dineros, pero en gordo —añadió serio el señor Marcos.

Las dinamitas seguían retumbando en el Valle, compitiendo con las gaitas y los tambores que recorrían las calles. Un grupo de viejos silicosos, sentados en las mesas de las tabernas que daban a la carretera, tomaban el sol como quien gusta una copa de aguardiente. Las Tres Gordas ya se retiraban, mirando descaradamente a los hombres. Llevaban ya haciéndolo, sin el menor resultado, veinte años. Poco después se cruzaban con el tío Años y la tía Seguidora.

—¡Mirar cómo mueve el culo! —comentó Cubadín—. ¡Tanto tiempo queriendo conquistarle con malas artes, que se la quedaron pegadas al trasero!

* * *

Sólo dos de las seis parejas que contrajeron matrimonio habían llegado al salón, rebosante ya de gente y alegría. Tomaron asiento y Vitelón, resoplando, exclamó:

—¡Hoy me comería un buey! ¡Tengo la angina de pecho revuelta!

—¡Ojalá haya paella y para «tos» en general! —se refocilaba Cubadín enarbolando su «verduguilla», una navaja minúscula, como si fuera un estilete.

—¡Mira Seisdoble cómo se ríe! —le llamaban así debido a sus seis hijos y sus seis accidentes de mina sufridos—. Aún le dura el diente… ¿Para qué lo querrá?

—Le dejará a un museo cuando se ahorque, que no le falta mucho. Además, como es sordo, ni se enterará ¡Hola, Gago! —saludó efusivo el gigante a su amigo barrenista.

Temiendo, como Vitelón, las represalias de la huelga fracasada, Gago había huido a las montañas. Regresado al Valle dos semanas antes, fue readmitido, si bien prohibiéndole trabajar en el Pozo. Lo habían mandado al Grupo Tronquera. Esperando mejor oportunidad, gozaba con la alegría que reinaba en el salón.

Al fin llegaron las parejas restantes y sirvieron los platos. Vitelón, pese a su «angina de pecho», no prestaba atención a la comida.

—¿Es que no tienes hambre? —le preguntó el señor Marcos—. Parece que no comes.

—¿Cree usted que si este animal tuviese hambre estaríamos nosotros vivos? —rió el caballista.

El picador le propinó un sonoro capón, que irritó a Cubadín.

—¡Felipe, que te va a dar la gripe! ¡Mira que en mi baraja sólo pintan bastos!

Poco después, ya animado por el alcohol, el gigante, en un ágil movimiento, alcanzó de nuevo a dar un coscorrón al pequeño minero.

—¡Ten cuidado, animal! —se quejó el caballista con voz dolorida—. ¡Un día vas a comer lo que no quieras!

—¡Ya casi lo como! ¡ja! ¡ja! Un día encontramos una bomba de mano que perdieron los «feroces», y me dice: Dale a la cinta, cuenta hasta cincuenta y la lanzas. ¡Y casi pico! ¡ja! ¡ja!

—¡Qué hable el poeta! ¡qué hable el poeta! —gritaron de pronto algunos dirigiéndose a Petrarca.

—¿Poeta eso? —refunfuñó el incorregible Cubadín—, ¡y se acaba de comer dos kilos de habichuelas!

Y poniéndose en pie bruscamente, pidió silencio. La gente le

aplaudió y el rostro del caballista fue animándose. Comenzó la versificación a grito pelado:

En una boda rumbosa, que se celebró en el Tablao,
salieron todas las faltas que tenían los invitaos.
Las primeras en salir, fueron las de la novia Felisa,
que una noche sin faroles…

Casiano, agarrándole de los pantalones, le sentó de golpe.

—¡Qué barbaridad ibas a decir, gigante!

—¡Bien, Cubadín, bien! —aplaudían los comensales.

El caballista intentó ponerse de nuevo en pie:

—¡Déjame! que ahora no me meto con ella. ¡Déjame!

Cubadín se salió con la suya y siguió «versificando» barbaridades:

Agua pura y cristalina, madre de ranas y sapos,
donde se lavan los trapos,
¿eso queréis que yo beba?
¡Eso no!, vino puro, de ésos que beben los reyes,
que da fuerza y rompe el muro,
¡el agua para los bueyes
que crían los cuernos duros!… ¡Vivan los novios!

—¡Bien! ¡bien! ¡viva los novios! ¡viva Cubadín!

—Te felicito intrínsecamente, Cubadín. Has estado un poco cornúpedo, pero muy asituacionado.

Después de tan solemne frase, Repetidor respiró aliviado.

Cuando la comida terminó se dirigieron a la explanada, donde los churreros, el circo, los tiros al blanco, los tiovivos, los pobres, las rifas y las gentes del Valle formaban una animada mezcolanza. En aquel momento se había efectuado un sorteo.

—¡El 34! ¡el 34! —gritaba un tío con unos bigotes muy grandes.

Una de las «tres gordas», sudorosa, pese al invierno, se abrió paso reclamando el premio.

—Señora, ¡le tocó un soldado!

—¡Ay, Dios mío! ¿Es posible? —preguntó sofocada, revolviéndose.

—Eso es optimismo con exceso de velocidad —comentó el caballista viéndola tomar una figurilla que representaba un húsar a caballo.

—¡Qué lástima! Para una vez que había tenido suerte… —comentó el picador.

—¿Nos sentamos aquí? —propuso Felisandro.

—Sentaros vosotros —contestó Casiano—. Vitelón y yo nos largamos a dar una vuelta, que por ahí hay algo que morder, ¿no te parece?

—La naranjera, ¿no? El año pasado la rondó Cosme y… ¡vamos! —se decidió, empezando a andar.

Los dos gigantes se acercaron al puesto. Vitelón, apoyándose sobre el mostrador con ademán un tanto suficiente, preguntó a la muchacha que lo atendía:

—¿Qué hay, preciosidad? ¿Sigues enredada en los amores o ya se los llevó el río?

—Si viene a dar a la lengua, es mejor que se marche antes de que se lo diga otro por mí —contestó la joven queriendo aparentar enfado.

—Esta naranjita… —tomó la más grande—. Me gustaría saber cuánto vale, cómo te llamas y de dónde vienes.

—Puedo darle el nombre del alcalde de mi pueblo y terminamos antes— repuso la chica, coqueta.

—Preferiría que me dieses algo de esos que se dan envueltos en unas babitas muy ricas… ¡vamos, lo que te pedí en las fiestas del año pasado, que aún lo estoy esperando!

—¡Anda, cochino! —rió la muchacha escandalizada, tuteándole.

—Ahora de verdad, mineraza —siguió Vitelón animado—. ¿A ti no te interesaría un picador en buenas condiciones, así como para hacer los hijos a pares y ser muy felices? Después, cuando se levantase la veda, comeríamos perdices.

—Y a ti un mamporro, por atrevido, ¿no te iría bien?

—Ya ves, Casiano, me llama atrevido y tengo manos como si las hubiese pillado un tren.

—Muévelas a ver si tienes más suerte —rió el campesino.

—¡En tu cara, atontado! —se enfadó la chica. Luego volvió a sonreír, ya entrando en confianza.

—¿Por qué no os vais antes de que venga alguien a plancharos los hocicos?

—¿Cosme, el de los «Violentos»? Somos amigos, nos zurramos fiesta sí y fiesta también. Es un deporte, ¿sabes, paloma?

—Sí —repuso preocupada, mirando al frente—. Sé que estás fiestas van a ser como las demás.

Dos hombres se acercaban en aquel momento.

—¡Vaya! buena pareja de tórtolos te cayó, ¿eh, Marucha? —ironizó uno de ellos, también un buen ejemplar de raza. El que le acompañaba, un hombre de edad, miraba reprobatorio a la

muchacha.

—Ya les dije que se fuesen, padre. Pero no quieren. Además, si dicen que van a comprar, ¿qué voy a hacer?

—Claro, ¿es que no se pueden comprar naranjas en este pueblo? —preguntó Casiano, estirando el cuerpo.

—No le hagas caso, Cosme —intervino Vitelón sacando pecho—. Hace poco que está aquí y no conoce nuestras costumbres. Estaba piropeando a Marucha, ¿pasa algo?

—Vaya, ¿y con esos morros tan sucios?

—¿Te gusta la moza? —preguntó Vitelón sin hacer caso del insulto—. Te la cambio por una botella de vino.

—Para hablarme a mí así hay que haber comido oso matado por uno mismo.

—Llevo algunos, aquí está la señal —puso en tensión su hercúlea musculatura—. Dime, Cosme, ¿te gustaría quedarte sin flequillo?

—Hombre, por gustarme… —repuso el llamado Cosme retrocediendo unos pasos para despojarse con lentitud de la chaqueta. Una sonrisa de suficiencia bailaba en sus labios.

Sin prisa, ya se conocían de otras veces, Vitelón le imitó. Un instante después se embestían como dos bisontes salvajes.

* * *

Cuando llegué al lugar de la contienda me encontré con un hermoso espectáculo. Nunca había visto pelear así a Vitelón. Enzarzado a puñetazo limpio con Cosme, sostenían una pelea feroz. Casiano mantenía a raya a tres «violentos». Hombres de la aldea y forasteros seguían entrando en liza como la cosa más natural del mundo, porque las fiestas de Valhundido siempre fueron así. Puñetazos, potentes como mazazos, se desplomaban sobre aquellos cuerpos robustos que apenas se detenían instante para sacudirse el dolor, contraatacando inmediatamente con mayor ímpetu aún. Hasta el aire rugía con tanto aullido, con tanto grito y quejido, con los lamentos y las amenazas. El picador y Cosme se golpeaban, serenos, sin prisa, sabiendo la pelea larga. Cuando caía uno de ellos, el otro esperaba, le veía revolverse como un tigre, incorporarse presa de un odio insensato. El mundillo indefenso de la cuenca se arremolinaba en torno al campo de batalla, animando a los luchadores, contemplando con los ojos muy abiertos algunos dientes que saltaban entre espumarajos sanguinolentos, aquellas bocas desencajadas por tanto mazazo. Y a los que parecían asfixiarse bajo la presión del contrario.

Yo buscaba ansioso la oportunidad de demostrar que me gustaban las peleas, máxime aquel día que sabía a mi amiga Selva aplaudiendo, un poco asustada, a los participantes en la fenomenal gresca. Escabulléndome entre los contendientes, apenas conseguía dar alguna patada a un «violento» descuidado, a poner una zancadilla. Me ganaba muchos bofetones pero no importaba. Si encontrase alguno de mi edad con el que medir mis fuerzas…

En los ojos de los mayores brillaba la cólera, un salvaje deseo de golpear, de triunfar; rugía el placer, casi voluptuoso, de chocar, de herir y sangrar.

Y sobre aquel pandemónium, convirtiéndolo en tragicomedia, el Auténtico, subido en un montón de cajones vacíos, aullaba con voz de borracho:

—¡Solidaridad! ¡solidaridad!

Sería la abortada, después de muerta, la que restablecería la tranquilidad.

—¡Un entierro! ¡un entierro!

—¡Quietos, bestias! ¡No veis que pasa un entierro!

Se detuvieron los puños en alto, jadeantes los hombres; los ojos, llameando, clavados en sus rivales. Nadie se atrevía a romper el respeto sagrado que la cuenca sentía por el último caminar de los muertos.

Al otro lado del cauce, como escondiéndose, marchaba el humilde féretro que guardaba el cuerpo de la desgraciada campesina. Media docena de mujeres y hombres era toda su compañía. Bordearon el río Valhundido y, cruzando las vías, se perdieron en dirección a las tapias blancas del cementerio.

Cosme y Vitelón se miraban recelosos. Los demás estaban pendientes de su actitud. De ellos, capitanes de peleas, dependía que la gresca se reanudase. Al fin habló el forastero:

—¿Lo dejamos o quieres más?

—Tú verás. Si te gusta, avisa —repuso el picador los pantalones.

El entierro había desvanecido el clima bélico. Cualquier otro pretexto que permitiese unos minutos de reflexión habría prestado el mismo servicio. Los contendientes fueron separándose. Pasado ya el rito de la lucha, podrían divertirse tranquilos porque el mismo rito parecía prohibir la repetición de la refriega. Esta vez la pelea no arrojó un claro vencedor, con lo cual el «trofeo» continuaba en manos de los mozos de Valhundido. En las fiestas pasadas infligieron tan sonora derrota a los mineros del Pantano, que media docena de ellos fueron a parar al hospitalillo.

Los «Violentos», tácitamente estaba pactado, deberían aguardar

hasta la próxima Santa Bárbara. Entonces, si no había motivo para la revancha, ya se buscaría. Tres días de ocio eran muchos para unos músculos recargados de vitalidad.

* * *

El segundo día de ferias, aunque a lo lejos se concentrasen negros nubarrones, apareció radiante. Casi tanto como Cubadín, que se las prometía felices pensando en la apuesta que la noche anterior hizo con Mr. Kope, uno de los ingenieros belgas llegado semanas antes a la cuenca con objeto de estudiar posibles mejoras en la mecánica de extracción. Aprovechando las fiestas, había aparecido por primera vez en «público» y, como era lógico, cayó en manos de Cubadín. Su sorpresa se puso al rojo vivo cuando éste le aseguró que en algunas galerías utilizaban osos para el arrastre de los trenes mineros.

—Dentro hay una cuadra con lo menos veinte —insistió el caballista—. Son más tranquilos que las mulas y comen menos.

El belga apostó y al día siguiente fue a la bocamina acompañado por el inseparable trío. Cubadín entró en el túnel y durante media hora no tuvieron noticias suyas. Mr. Kope, que creía haber chasqueado al caballista, no tardó en abrir los ojos como platos al verle salir al lado de un oso que, cabeceando parsimonioso, tiraba de media docena de vagones.

—¡Ve, míster! —exclamó Cubadín ufano—. Y ahora no busque quimera ¡a pagar!

El ingeniero, pese a que le entregó el duro perdido, desconfiaba. Fue cuando el oso levantó la cabeza, porque alguien le silbaba desde detrás de unas zarzas, y corrió a reunirse con el titiritero, que dejó de dudar. Al ver huir corriendo a la «pareja» soltó un ¡Eureka! que confundió a los mineros. Acusando al caballista, repetía:

—¡Tú, sinvergüenza! ¡tú, sinvergüenza!

—¿Yo? ¡Habráse visto lo que le llaman a uno!

Y mirando al gigante en busca de ayuda, intentó bromear:

—Le voy a dar una que… ¡pero por si acaso deja la puerta abierta!

Vitelón, viendo el juego de Cubadín descubierto, prorrumpió en sonoras carcajadas que Mr. Kope, buen perdedor, secundó. Acercándose a Cubadín, le entregó un duro más. Luego le abrazó, invitándoles a comer.

Camino del salón, Cubadín iba reflexionando en voz alta.

—Estos «mister» parecen todos cangrejos cocidos, pero son arrogantes, ¿verdad, Vitelón?

* * *

Por la tarde tendría lugar la clásica bueyada en la que los hombres más fuertes del Valle luchaban a brazo partido con un astado al que las banderillas de fuego convertían en una mole enfurecida. Gago hacía un año que no participaba en el festejo porque los pulmones ya comenzaban a quejarse, hostigados por la sílice. A cambio intervendría Casiano.

La rústica plaza —un extremo de la explanada cercada por carros— rebosaba público. Por una genialidad más de Cubadín, allí también se encontraba el oso, más serio y formal que la mayoría de los espectadores. Estaba sentado entre el caballista y Mr. Kope.

La fiesta comenzó y poco después algunos de los que se creyeron capaces de rivalizar con los gigantes ya habían fracasado. Sus espaldas tocaron el suelo, empujados por los testarazos del buey.

La parte más difícil comenzaba. Vitelón entró en liza y con gran audacia se acercó al astado, colocándole un par de banderillas. Rugiendo de dolor, la bestia se abalanzó contra el picador, quien, esquivando con increíble agilidad un par de derrotes, la agarró por los cuernos. En un brutal forcejeo, el pecho al descubierto y arqueando los músculos hasta amenazar saltar, Vitelón mantenía la embestida del buey. El picador se retorcía; el astado levantaba en vilo al minero, revistiendo su alta humanidad de un halo de héroe mitológico. La lucha adquiría sabor épico, sabor a fortaleza bruta y primitiva, una lucha que se adivinaba sin cuartel, que amenazaba sangre. La pugna parecía la verdad del hombre, la verdad del bruto. Una insólita energía les animaba, sostenía dos voluntades sin desmayo, salvajes… el gigante perdió el equilibrio y el astado se abalanzó sobre él. Llegaron al quite sus compañeros de «faena» y el picador, vencido y cabizbajo, se retiró del ruedo.

El segundo gladiador, Dale-Dale, ocupó su puesto. Se repitieron los esfuerzos sobrehumanos, la cólera de la acorralada bestia, su triunfo sobre Dale-Dale, derribado, volteado antes de que Casiano, entre grandes alaridos de entusiasmo, lograse apartarle del buey.

El gigante ex-campesino tuvo suerte. Cogiendo al bruto por las defensas, lo retorció el cuello, tumbándole. Pese a que no tardó más que un instante en incorporarse de nuevo, su espalda, como la de los por él vencidos, había tocado la arena. El buey estaba derrotado.

El triunfo de Casiano fue premiado con una estruendosa ovación, en la que no faltaron los ¡Viva el palurdo! del incorregible Cubadín.

* * *

El tercer día de fiesta, que no era el menos importante porque había boxeo, apareció lluvioso. Los protagonistas serían Vitelón y el Ciclón de Anoeta, un forzudo especializado en derribar héroes comarcales. Dos veces había peleado con el picador y las dos veces le venció. Entrenado ahora Vitelón, la velada se presentaba interesante. Así lo afirmaba Repetidor: «Se contenderán dos moles graníticas a cual más inhumanizada». Cubadín aseguraba llanamente que los dos debían de llevar cuernos y pezuñas.

Los boxeadores subieron al «ring», situado en la pista de «La Danza». El Aplomao, que hacía de árbitro, dio la señal y el Ciclón, haciendo honor a su nombre, se abalanzó con tal furia sobre el minero que estuvo a punto de derribarle. Acosándole el hígado, desorientando el gigante a fuerza de mazazos, no tardó en tenerlo a su merced. El Ciclón se permitía elegir el sitio donde descargar un golpe más, colocando impunemente algunos directos en la mandíbula que sólo una montaña humana como Vitelón habría resistido. Se le doblaba la cintura, la boca aparecía velada por una costra de espuma sanguinolenta. Atacando a ciegas, sin alcanzar la mayoría de las veces al contrario, Vitelón se limpiaba nerviosamente los ojos apartando la sangre que les nublaba. Y otra vez a la lucha, la cabeza agachada, moviéndose torpemente, hasta que el boxeador lo alejaba de un par de potentes zurdazos. El picador quedaba en un rincón del ring, encogido, mirando hacia los lados, al público, como si empezase a faltarle el valor.

Entonces ocurrió el milagro. Alguien le gritó que se quitase los guantes y el minero obedeció. Al contemplar sus puños descubiertos, al sentirse en su elemento, se le iluminó la mirada y avanzó resuelto hacia el adversario. La pelea tomó un nuevo cariz, asombrando, embraveciendo a las gentes. Fue tal la serie de golpes que propinó, tan demoledoras todos, que instantes después el Ciclón aparecía transformado. Desconcertado por aquella brutal reacción, el hombre de Anoeta bajó la guardia. Y sobre el pecho y en pleno rostro, destrozándoselo, cayeron implacables los mazazos del minero.

Aquella masa de carne se derrumbó entre atronadores gritos de júbilo que se volvieron aullidos cuando el Ciclón, desvanecido, fue retirado del ring.

Vitelón, jadeante, los brazos caídos, parecía el primer sorprendido. El haber batido al «coco» de las cuencas mineras suponía para el picador la primera gran conquista de su vida.

Aquellas fiestas no se olvidarían jamás en Valhundido. De la gesta de Vitelón se hablaría por mucho tiempo. Si siempre su fortaleza fue motivo de orgullo para el Valle, ahora su nombre correría de boca en boca hasta invadir las cuencas y provincias limítrofes.

Así debieron correr a través de la Historia las hazañas de los héroes legendarios.

* * *

La noche iba cerrándose. Acompañados de lejos por un gran aparato de truenos y relámpagos, mozos y mozas se dirigían hacia «La Danza». Vitelón, rodeado de sus amigos, al que se unía un admirador más, Mr. Kope, continuaba en «El Oasis». Caído pesadamente sobre él mostrador de zinc, abrumado por el alcohol de tantas invitaciones, se entretenía en dar coscorrones al caballista cada vez que éste decía alguna impertinencia al extranjero. Empuñando su «verduguina», con la que repetía que era diestro en firmar en tripas ajenas, Cubadín intentaba inútilmente hacerse respetar. El picador avanzaba su corpachón a ver si aquello de la firma era verdad y por efecto del encontronazo el pequeño minero rodaba por el suelo. El vino y la euforia del triunfo había trastornado a Vitelón quien, a gritos, lanzaba bravucones desafíos que nadie recogía. Buscando una nueva víctima, tomó el fornido brazo de Juanón el Zorro y sin aparentar el menor esfuerzo fue aprisionándolo hasta dejarlo blanco, arrancando al cantinero un quejido de dolor. Luego le pidió la navaja albaceteña que usaba para cortar jamón. Con una sola mano, sangrando sus dedos encallecidos, fue cerrándola del revés hasta saltar sus muelles. El belga rugía de entusiasmo.

—¡Fenicio! Esto para que veas lo que haré un día contigo si te empeñas en hacerte rico robando a los mineros.

—¡Bah, eso no es nada! —quiso restarle méritos Cubadín, que no veía con buenos ojos la admiración que por el picador sentía Mr. Kope—. Yo una vez fui capaz de…

—¿Tú? —rió despectivo Vitelón—. Como Repetidor, para lo único que servís es para dar la voz de alarma cuando algún guarro tiene un escape. ¡Ja! ¡ja!, ¡tenéis la nariz ahí justito!

—No debes inmiscuirte conmigo —le pidió el señalero—. Tengo que recordarte que estoy eternamente callado. Respecto a Cubadín, está sumamente intimidado.

—¿Qué le parece, míster? Uno eternamente callado y el otro

intimidado. ¿No cree que son el mismo hombre que el Salomón partió por la mitad?

—¡Ya! ¡ya! El Salomón. ¡*Il était très sage*! ¡Ja! ¡ja!

—¡No hables en difícil, calienta purés! —exclamó Cubadín bravucón.

Mr. Kope creyó haber cometido alguna incorrección. El asombro pintado en su rostro hizo reír a carcajadas a Vitelón. El belga se tranquilizó.

—Ahora comer otra vez chorizo y beber vino y luego ir a baile, ¿sí?

—Bueno —condescendió el caballista, dejando sobre el mostrador la bota que llevaba siempre en bandolera—. Pero antes llenar esto, ¿sí?

Rosita sirvió un plato de chorizos y Cubadín se olvidó de su enojo. Empujando a sus amigos para hacerse sitio, tomó la ristra y con la «verduguina» fue dividiéndola en pedazos,

—¿Usted sabe que en mi país probar ametralladora en carne de cerdo por ser más igual a la del hombre? —decía Mr. Kope, queriendo congraciarse con el caballista.

—Yo no saber. —repuso Cubadín, ya comiendo—, pero Vitelón sí. ¡El trabajar en pruebas burras de ésas!

Y mirando al picador con suficiencia se alejó en dirección al reservado.

Cuando cerró la puerta, el gigante corrió al exterior. Instantes después, casi al tiempo que Cubadín salía del corralillo hecho un basilisco, regresaba. El caballista, intentando descubrir al autor de alguna perrería que debían haberle hecho, movía la cabeza en todas direcciones. Tocándose la cabeza se acercó al grupo.

—¿Qué te pasa, Cubadín? —preguntó el picador con aire inocente.

—¿Oyes cómo truena? ¡Pues un día va a tronar así mi «verduguina» en tu bazo!

—¿Qué dice este loco? —se asombró Vitelón—. Vamos, eructa y deja de poner cara de asco.

—Un día se va a acordar de mí el nieto carnal de la abuela virgen que le parió… —seguía refunfuñando el pequeño minero, no muy seguro de la culpabilidad de su amigo.

—Tú beber y cantar, ¿eh, Cubadín? ¿Sí?

—Claro, Cubadín —le reprochó Repetidor—. Si no quieres introducirnos en esta angustia vital, debes narrarnos lo sucedido.

—¡Nada! —se decidió a explicar—. Que fui a dar de beber a los burros y ya en el trono, en vez de hacer pis me puse a hacer pon. Y

apenas había terminado de doblar las patas cuando me dieron un palo en la cabeza que me quitaron la inspiración. ¡Tocar aquí!

Efectivamente, el caballista lucía un hermoso chichón. Vitelón, apretándole como si fuera una pera de goma, reflexionaba:

—Alguno que pasó por la calle y se asomó por curiosidad. Te vio a ti pensando en tus cosazas y palo que te crió. ¡Es natural!

—¿Natural? ¡peatón! Bueno —se resignó— vamos al baile a ver si encontramos una mujer que quiera hacer el papel de ídem con nosotros.

—¡Eso! ¡eso!… ¡fiqui! ¡fiqui! ¿eh, Cubadín?… ¡Oh, marravilloso país! ¡Al baile, al baile!

* * *

Hacía dos horas que Vitelón bailaba con Marucha, quien desde el combate de la tarde parecía mirarle con buenos ojos. El picador, pese a sentirse a gusto con aquella bonita muchacha, echaba de menos la libertad de beber y hasta los tira y afloja que se traía con Cubadín. Pidiendo permiso, o casi sin pedirlo, fue a reunirse con sus amigos, quienes, reforzados por Casiano, bebían como cosacos en la terracilla que circundaba la pista. Un rato después, aprovechando las cabezadas del caballista ya vencido por el alcohol, el gigante tomó la mecha que el minero llevaba a modo de cinturón y le aplicó el cigarrillo. Durante unos instantes la pólvora, corriendo oculta, fue rodeando el cuerpo de un Cubadín que se revolvía inquieto. El fuego, brotando en una viva llamarada, apareció por el otro extremo del cordón.

—¡Ay, que me queman los pellejos! ¡que me queman los pellejos!

Los gritos debieron oírse a dos kilómetros a la redonda. Bruscamente se calló, los ojos inflamados por la cólera. Encarándose con el picador, que reía a carcajadas, le desafió:

—Te crees muy valiente porque eres fuerte; pero si yo te ato a la rueda de un carro… ¡antes de soltarte te has tragado mis puños hasta el ombligo!

—¡Escarmiéntale con un buen escarmiento! —le achuchó Repetidor— A lo mejor puede con el Ciclón y se sumisa contigo. ¡Está borracho indefinidamente!

—¡Borracho y todo puedo con un tren de muñecos como vosotros!

Y levantando al caballista en vilo le sacó fuera de la balaustrada. La gente suspendió el baile, riendo, gritando. El ingeniero

palmoteaba encantado.

¡Il sont fantastiques! ¡Oh, qué marravilloso país!

¡A volar, enano!… ¡Cuidado, que va a caer un gigante!

¡Suéltale! ¡suéltale! —pedían los bailarines a gritos, alzando las manos.

Vitelón, carcajeando beodo, le dejó caer. Pese al amortiguador que suponía tanta gente apiñada, el caballista se dio un buen trastazo. Levantándose quejumbroso, se dirigió cojeando hacia la escalera donde le esperaba Vitelón con los brazos cruzados.

—Te crees muy fuerte, ¿eh? —Cubadín parecía obsesionado por una idea fija—. Pues si te dejas atar a un carro te mueres de hambre, ¡te mueres!

—¿Que me muero? —el picador ponía en tensión sus músculos —. ¡Vamos ahora mismo! Y como me desate, ya puedes darle a la zapatilla. ¡Hala, vamos!

Cubadín pareció resistirse. Un empujón del picador le decidió. Se alejaron de «La Danza» y bajo la noche lluviosa saltaron a un prado vecino, propiedad del Enterao. En un cobertizo sin paredes mugían media docena de vacas. Tomaron las cuerdas que las ataban al pesebre y uniéndolas entre sí se adentraron en busca de un carro. La luz de los relámpagos les descubrió uno en una hondonada próxima al río.

—¡Venga, átame ya, macaco! —le gritó cuando se detuvieron junto al carromato—. ¡Me estoy mojando como un pelele!

Ya pegado a la rueda, Vitelón irguió la imponente mole de su cuerpo. El rostro, amoratado por los golpes y abotargado por el alcohol, cruzado por tantas manchas azules como heridas sufrió en la mina, tenía algo de espeluznante. Cerrando los puños en un ademán retador, resoplando como un condenado, esperaba el momento en que Cubadín, que le estaba atando con minuciosa lentitud, terminase su obra. Le temblaban las manos al caballista, dominado por una tremenda agitación interior. Al fin preguntó con voz velada:

—¿Te até bien, Vitelón?

—¡Tú sabrás! ¿Listo?

Cubadín comprobó una vez más las ligaduras. Y retrocediendo un paso, los ojos inundados por la rabia y el rencor acumulados en tantas humillaciones, gritó como una fiera triunfante, enarbolando la «verduguina»:

—¡Ahora verás, oso maldito! ¡¡Ahora verás!!

El cuerpo entero de Vitelón se estremeció ante el acoso de la primera cuchillada. Una, dos tres… Las puñaladas iban abriendo

rosas de sangre en el cuerpo atlético del minero. Cubadín parecía enloquecido. Su complejo de estatura, tantas ofensas calladas, su afán de revancha, seguían abriendo la enorme humanidad de Vitelón. El picador, con el rostro chorreando agua y el pecho sangre, iluminado por los relámpagos, miraba hacia el cielo sin que su boca dejase escapar una sola queja. Parecía un ser atormentado y mitológico. Forcejeaba como un demonio, como un Hércules.

Las cuerdas iban aflojándose…

Cuatro, cinco…

—¡Toma, oso maldito! ¡¡Toma!!

Al fin, en un supremo esfuerzo, Vitelón logró liberar una mano y lanzó un zarpazo que derribó al caballista. Cubadín se incorporó como una fiera, ávido de seguir hiriendo, ganado por la vista de la sangre. Aún le asestó una puñalada más, consiguiendo que el gigante dejase escapar un apagado aullido de dolor. Las cuerdas seguían aflojándose. El picador estaba a punto de soltarse… Cubadín, presa de un súbito terror, huyó despavorido.

Oyó que le gritaban en la noche, las voces se acercaban sin que sus piernas, entorpecidas por el miedo, pudiesen evitarlo. Una sombra gigantesca, dibujada por los relámpagos, se aproximaba rápidamente…

Cubadín, derribado por un brutal manotazo, cayó al suelo y sobre él se desplomó una losa de carne. Unos brazos que parecían triturarle lo levantaron en vilo, acercándolo al río, cuyas aguas, embravecidas por las lluvias, rumoreaban amenazantes.

—¡Qué tengo cinco hijos! ¡qué tengo cinco hijos!

Aquellos brazos de acero se detuvieron en el aire. Fueron instantes de mortal silencio… Cubadín cayó al suelo como una cosa, como un pellejo.

Vitelón se alejó lentamente. Ante el inmenso alivio del caballista, da noche lluviosa y relampagueante se lo fue tragando.

* * *

Cuando Cubadín fue dueño de sus reacciones, volvió junto al carro. Los relámpagos alumbraron la sangre que tenía pegada a las ropas y, sin quererla mirar, fue limpiándola con el agua que caía del cielo. Recogió la navaja, la restregó contra la tierra mojada y se la guardó. Luego tomó la bota y echo un trago muy largo, nunca había bebido tanto de un solo envite. Dando traspiés, se alejó en dirección al monte. En los contornos de una casa aislada cacareaba una gallina, acurrucada bajo unos setos. Sin darse cuenta exacta de sus

actos, de un salto felino, como Vitelón cayó sobre él, se abalanzó a por el ave. La retorció el cuello y con ademanes de autómata, sin detenerse, comenzó a desplumarla. Marchaba por entre las vías del ferrocarril minero y cuando la lluvia cesó, agotado por el alcohol y las emociones, se dejó caer sobre la menuda alfombra del carbón escapado de los vagones. Cerró los ojos, porque sentía una aguda necesidad de dormir, de olvidar.

Nunca sabría el tiempo que pasó. Despertó porque sentía frío, buscó a tientas la bota y bebió hasta hartarse. Volvía a encogerse sobre el carbón, cuando distinguió una luz que se aproximaba rápidamente. De un salto se incorporó, alejándose de las vías. El tren pasaba unos segundos después.

Acurrucándose en un hoyo, intentó conciliar el sueño…

—¿Habrá muerto Vitelón?

Cubadín lloraba arrepentido.

* * *

Alguien le zarandeaba y despertó. Una pareja de guardias le miraban con ojos escrutadores.

—¿Así que fuiste tú…?

El sueño y la borrachera habían borrado lo ocurrido en la víspera. Pero súbitamente, con espantosa claridad, se presentó ante él la imagen de Vitelón sangrando. Cubadín intentó escapar y uno de los guardias, de un brusco empujón, le arrojo por tierra.

—¡No podía más!, ¡no podía más! —confesaba el caballista inundado de lágrimas—. Estaba ya cansado de…

—Las explicaciones las darás en otro sitio. Y otra vez oculta las plumas, ¡imbécil! ¿Dónde escondiste la gallina?

—¡Ah!, la gallina —nunca había respirado tan hondo Cubadín—. ¡Je, je!, sí, claro, ¡la gallina! ¡Mire que yo robar una gallina!, ¿eh? ¿Así que es por una gallina? Gracias, señores guardias, gracias… ¡Je! ¡je!, por una gallina…

Cubadín rompió a llorar, sollozando nerviosamente. Y llorando se lo llevaron al cuartelillo.

* * *

Sentado tras las rejas del calabozo, el caballista oía comentar a los uniformados lo sucedido al picador. Sus palabras le devolvieron definitivamente la tranquilidad. Vitelón no le había denunciado.

Él estaba allí por una gallina. Reía bajito, inundado de dicha.

«Mira que por una gallina…»

—Dicen que fueron de otro pueblo. No pudo reconocerles.

—Lo que es seguro es que los que pelearon con él ayer tarde no fueron.

—Se salvará. Menos mal que aunque fueron nueve puñaladas, la navaja era muy pequeña. Si no, se desangra como un cerdo.

La navaja… Cubadín se retiró hacia el fondo de la celda y escondió la faca en la alpargata.

—Por una gallina… Diga, ¿por una gallina cuánto tiempo tengo que estar aquí?

—Ya te lo dirá el cabo. Tendrás que devolverla vivita y hacemos compañía unos días, ¿te parece bien?

—¡A mí sí!, ¡a mí sí!

Nunca se había sentido tan feliz. Poco después llegaba la Mimos inundada de lágrimas. Después de unos minutos de confuso palabrerío, entrecortado por los sollozos, pudo hablar:

—A Vitelón le abrieron por todos los sitios, Cubadín. No quiere denunciar a nadie. Dicen que pudo ser Cosme o el Ciclón. Algún día debía ocurrir. Tenía buenos enemigos. Dicen que tiene por lo menos para un mes de hospital. ¡Y tú aquí, mi Cubadín, por una gallina…!

El caballista había recuperado su aplomo. Agarrándose a los barrotes, contoneándose jacarandoso, exclamó:

—¡Estamos buenos!, tú preñada y yo en la cárcel.

Fuera había comenzado a nevar copiosamente.

CAPÍTULO XI
LA RAZA EN MARCHA

Habían pasado las fiestas, despedidas a última hora por una insistente nevada, una especie de bienvenida blanca a mi nueva vida de minero.

El aire, silbando lúgubre, quejándose entre distantes aullidos de lobos de la tragedia helada, ensombrecía aún más mi ánimo. Se acostaron las niñas y yo quedé mucho tiempo junto a mi madre, afanada en hacerme unos pantalones largos de unos viejos de mi padre. De vez en cuando una frase cortada rompía el silencio.

—¿Y el oso, madre?

—Pasó al otro valle. A lo mejor lo han matado.

—Si lo encontrase Vitelón o Dale-Dale lo matarían, ¿verdad?

—Sí, hijo. Tienen mucha fuerza. Y Gago también.

—Pero los lobos, madre. Como ahora tienen hambre…

Volvía el silencio, los suspiros contenidos. Muy poca paz había en nuestro ánimo.

—Madre, el sol es muy bueno, ¿verdad? Como ahora estoy siempre al aire, no me doy cuenta.

—Cuando salgáis a comer, ponte donde dé más fuerte. Y te arrimas a la hoguera, ¿oyes, hijo?

Otra vez el vacío de palabras bajándonos los ojos.

—Aunque te digan que tienes miedo, ten mucho cuidado, hijo. Les dices que tu padre se mató en el Pozo y que tienes que ganar para tus hermanas.

—Cuando sea mayor y no tenga miedo iré al Pozo, ¿verdad, madre?

—¡Al Pozo no! Aunque seas hombre…

—José Luis, el «valín» de padre, era casi como yo.

—Sí, era como tú… —repitió inclinando la cabeza—. Anda, acuéstate que mañana tienes que madrugar.

—Sí, madre; mañana a la mina.

Me puse en pie y la besé en la frente. Aquel beso fue distinto, más dulce; la besé avariciosamente porque me sentía muy desgraciado. No tuvo valor para mirarme.

Allí quedó, agachada bajo el quinqué, deshilvanando sus diálogos con la angustia, haciéndola frente con la desesperanzada paciencia de un niño paralítico.

Sentí una gran piedad por mi madre. Sobre todo ahora que, debido al avasallador avance de la escombrera, se imponía desalojar el viejo cementerio.

¿Qué pasaría cuando llegase la hora de trasladar los «restos» de mi padre?

* * *

Tardé mucho en dormirme. Estaba echada mi suerte y, como en un recuento de fuerzas, intentaba hacerme a la idea de las nieves, las sombras y el frío de las madrugadas; de los lobos, y de aquel oso que vivía a lomo de los dos valles. Y a las galerías negras, la rampa, al grisú… ¿Resistiría las diez horas de la jornada, prácticamente una por cada uno de mis años? Aquella sencilla y amarga realidad me producía escalofríos. Encogía el cuerpo, llorando suave, silenciosamente, como un ser saciado de adversidad.

Tantos deseos de ir a la mina, tanta ilusión convertida súbitamente en algo estremecedor. Sentía un frío extraño muy dentro que me obligaba a quejarme con suspiros que no había pronunciado nunca ni siquiera cuando el Pozo se llevó a mi padre. Afuera mugía el viento, buceando en la noche…

«Y en la mina los hombres trabajaban; los focos se movían nerviosos sobre el carbón, cayendo entre tinieblas, desplomándose por los coladeros. Mezclado con él aparecía algún bulto humano, el rostro deformado por una mueca horrible. Otros bultos, también negros, se agitaban a su lado, gozando del hallazgo. Lo tiraron a un vagón y siguieron buscando. Cuando estuvo cargado el tren, alguien le empujó y salió a la superficie, camino del cementerio. Miles de brazos le acompañaban; en la comitiva iban también las lámparas encendidas de los muertos, alumbrándolos con una luz que peleaba con el sol; y los ruidos de la mina, que animaban el entierro con su desequilibrado responso. Aquellos ruidos, que tenían unas piernas largas y descompasadas, cabalgaban a horcajadas del cortejo, yendo y viniendo en una severa vigilancia. A su lado, como dos alegres compañeros, marchaban «Vagabundo» y «Pajarillo» hablando de sus cosas… Bruscamente un perrazo enorme y bien alimentado se

abalanzó sobre la indefensa pareja. «Pajarillo» levantó el vuelo y «Vagabundo», desnutrido y débil, intentó defenderse. Pobre «Vagabundo»… El perrazo iba tragándoselo entero, ya tenía medio cuerpo dentro y «Vagabundo» miraba muy triste hacia el cielo, ladeando un poco la cabeza, como preguntando. Un hombre vino en su ayuda, tocaba una guitarra y entonaba suaves canciones. El perrazo, levantando una garra, destrozó la guitarra y el hombre de la música dulce, perdida su única defensa, quedó contemplando cómo terminaba de engullirse a «Vagabundo». El tren de muertos seguía avanzando; y el perrazo, ahora más gordo, y el hombre sin canción, y el cancerbero de las piernas largas y descompasadas… Después apareció el Muecas. ¿No estaba muerto? Reía y cantaba, pero no tardó en entristecerse y así fue alejándose hacia las tinieblas…»

—¡Landa, hijo mío! ¡¡Despierta, por amor de Dios!!

—¡Qué! ¡qué!

—¡Despierta, hijo! ¡Estás tiritando!

Miré a mi madre, a la habitación, al techo de lata. Era un mundo triste, irreconocible. Poco a poco fui entrando en él.

Lloraba y no había nada que pudiese contenerme.

—Madre, madre… —tomé su mano que acariciaba mi frente—. Un perro se estaba comiendo a «Vagabundo» y los trenes iban llenos de muertos,

—¡No llores, por amor de Dios te lo pido!

—No quiero, madre, no quiero. ¡Padre se mató en la mina!

A la luz del quinqué descubrí en los ojos de mi madre un brillo apenado, un aleteo mudo en sus labios, como si con aquel temblor me suplicase…

—Ya me visto, madre.

Con impresionante gravedad comencé a ponerme los pantalones de mi padre, achicados para mí la noche anterior. Mi madre se había ido y quedé mirándome en la noche que, a través de los cristales sin visillos, entraba negra, inhóspita. Y el viento, que en sus eternas vueltas, con sus extrañas resonancias, mezclaba su música triste a los aullidos de los lobos, errantes en el temprano amanecer invernal. A lo lejos, con presencia casi humana, brillaba la llama del Carmelón, sola frente a las tinieblas. Sola, como yo…

Había terminado de vestirme y salí al pasillo. Al pasar frente a la habitación desierta, me pareció más oscura, más vacía que nunca.

—Padre, voy a la mina…

Cuando entré en la cocina, mi madre migaba pan sobre un tazón de leche. Quedó mirándome, mirando mi traje distinto. Y como

antes de acostarme, tampoco levantó los ojos. Había mucha pena en ellos y corrió a ocultarse en el cuarto de mis hermanas.

Terminaba de desayunar cuando regresó. Traía los abrigos y el revólver de mi padre, que dejó sobre el arca. Me llamó a su lado. —No sé lo que te esperará en la vida, hijo, pero muchos tienen revólver y por algo será. Tienes que aprender a manejarlo… Además, ¿oyes los lobos?

Las manos de mi madre, arrugadas por el trabajo, manipularon en el arma. Cargaron, descargaron, apuntaron e hicieron ademán de disparar. Luego yo repetí sus movimientos.

—Es como con el que yo jugaba, ¿verdad? Pero este dispara.

Vi sus ojos nublarse. Volvía el llanto.

—Pero ya no quiero jugar. Eso es para los niños y yo voy a la mina. Ya soy casi un mayor, ¿verdad, madre?

—Sí, ya eres mayor. Anda, ponte el abrigo.

La obedecí; en el bolso metí el paquete de la comida. Tomó el hachón y antes de encenderlo pasó al cuarto de las niñas que, ajenas a tanta tragedia, dormían a pierna suelta. Carolina, con la boquita entreabierta, abrazada a su hermana, jugaba feliz con sus sueños. Las tapó y, apartando los bucles de la cara, las besó en la frente, sonriéndolas con embelesada tristeza. Yo iba tras ella, buscándola los ojos, buscando una palabra perdida que me diese ánimos. Y haciendo, pese a todo, ímprobos esfuerzos para demostrar que había dejado de ser niño, por revivir aquella lucecita de ilusión que parecía haberse apagado la tarde anterior, cuando la mina dejó de ser una posibilidad.

Salimos a la noche, muy negra y hostil. El ventarrón azotó la llama; hasta la nieve parecía silbar para dejar impresa una estampa pura y simple de la adversidad, de mi primer día de mina. Mi madre me entregó el hachón, tomó mi mano y, apretándola contra su cuerpo, empezamos a andar. El pueblo dormía aún, apenas sobresaltado por los sofocados aldabonazos del reloj de las oficinas o el sonido del cuerno avisando a los viajeros. Detrás, recortándose en un tímido claro de luna, la llama eterna del Carmelón seguía devorando ácidos. Pasó un coche con todas las luces encendidas y un perro ladró. Debía ser «Vagabundo». Otras luces, hachones, brillando en lo alto de la montaña, como colgadas del cielo, formaban un horizonte resplandeciente que se clavaba en los ojos. Mineros en marcha hacia la mina, arroyos de fuego que se empinaban y descendían atravesando las sombras. De otro punto de la oscuridad surgió una hilera de llamas, una perdida bocamina escupía hombres. Poro después llegaba el relevo. Una nueva tanda

entraba en las cavernas donde se escondía el carbón,

—¿Tienes frío, hijo?

—¿Qué, madre?

—¿Que si tienes frío?

—No. No encontraremos el oso, ¿verdad?

—Con este viento no puede olernos. Y los lobos tampoco.

—¿Oyes cómo aúllan, madre? Más que el aire.

Las casas del Camino quedaron atrás. Sentía los dedos rígidos, los pies pesados y una voz distante, distinta, que era el miedo acercándose. El viento venía cargado de nieve, cuajando sobre nosotros. Mi madre empezaba a cansarse, se estremecía pegada a mi cuerpo, apoyándose en él. El aire glacial nos arrancaba lágrimas de frío, formaba en nuestros rostros una película helada que los endurecía y tapaba.

Llevábamos media hora de camino; un extraño sueño comenzaba a invadimos. El cansancio, el temor, el frío y el cielo, ¡tan negro!, nos atormentaban. La soledad era total, ya sin mineros en marcha, ocultado el pueblo. Sólo los aullidos de las alimañas hambrientas, ahora más próximas, animaban aquel paisaje borrado por la nieve y las sombras. A veces el miedo ponía en ellas ascuas que eran lobos al acecho. Mi madre levantaba el arma y volvía a apoyarse en mí.

Un susto más pasaba.

En las cumbres volvieron a aparecer breves hileras de luciérnagas; minutos después la noche era de nuevo negra, una oquedad horrible. Los monstruos clavados del arbolado, y las masas enormes de la tierra destrozada y abandonada por estéril, se acercaban al camino, redondeando la pesadilla.

—¡Madre!

—¡Qué!

—¿Tienes frío?

—Ya no, hijo.

Jadeaba la pobre, avanzando lenta, cautelosamente, vencida por el esfuerzo. Sentía mucha pena por mi madre. Intenté tirar de ella, sin conseguirlo. Se daba cuenta de mi deseo y queriendo demostrar que no necesitaba ayuda, apretando los dientes para evitar el feroz castañeteo, aligeraba el paso.

Soplaba el viento descompuesto, humedeciendo el Valle. Abajo todo estaba oscuro, ya devorada por la noche la humilde claridad de la aldea.

El sendero fue aprisionándose entre unos tapiados bajos. Al traspasar un repecho más descubrimos la débil iluminación de un

tendejón. Era la maniobra del Grupo.

A nuestras espaldas dejábamos el aullido de los lobos y el miedo al oso y a las tinieblas… ¡al fin!

Vagones cargados de madera y escombros; chozas de mineros. Un buey mugió bruscamente ante nosotros, asustado por la antorcha. De un salto me aparté de él.

—Perdón, hermano…

Había tropezado con un minero que, sin lámpara, se acercaba al tren tirado por el animal. Se detuvo en la última vagoneta intentando encarrilarla con un tablón. Mi madre le preguntó por la casilla del capataz. Con un gesto vago el bueyero señaló hacia una luz que brillaba al final de las vías. Pasando ante montones de escorias que, como monstruos acechantes, se detenían al borde mismo de los raíles, cruzamos un sendero. Junto a él había una casucha de madera. Allí tiré la antorcha y la nieve la apagó. Antes de golpear la puerta entreabierta, mi madre arregló mis ropas y con los dedos peinó mis cabellos, limpiándolos de nieve. Llamó tímidamente.

—¡Pasa! —gritó alguien con voz destemplada.

Un hombre de aspecto rudo estaba sentado de espaldas, frente a un fuego que ardía chisporroteante. No se volvió cuando entramos.

—¡Buenas noches, señor! Le traigo a mi hijo —la voz de mi madre era débil, definitivamente cansada—. Es el hijo de Landa.

El minero se puso en pie y tomó la orden de admisión. Tenía el rostro picado de viruelas y gastado por el trabajo. En los ojos, muy pequeños, brillaba una dura mirada que intentó suavizar cuando se dirigió a mí.

—¿Así que tú eres el pequeño Landa? Pronto la vida se encargó de mostrarte los colmillos, ¿eh? De todas maneras procura dejar fuera ese poco de miedo que todos llevamos bajo el cuero. ¡Es mal compañero de mina!

—Si usted quisiera cuidarse un poco de él… Es el único que tengo.

—¡Ja! ¡ja! —rió franco el capataz—. Las niñeras están en las capitales, mujer, no en las galerías. Además, si tanto temes, ¿por qué no le buscas otra ocupación?

—En el Valle todos son mineros… Y aquí un chico gana algo más.

—En el Pozo te cobraría un real más, si es por eso.

—¡No, al Pozo no! —la voz de mi madre parecía rencorosa—. Allí murió mi marido, señor.

—Y aquí los maridos de otras. Mujer, hazme caso y vete

masticando la idea de que tu hijo es ya un hombre. ¡Será mejor para todos!

—Sí, señor.

—¡Hala!, a la bocamina que por allí estará Antón esperándote. Él es quien tiene que cuidarte. En la lampistería te darán luz y esponja.

—¿Puedo ir con él, señor?

—Hoy puedes ir donde quieras, ¡pero hoy! —su tono se volvió cortante—. No me gustan los mineros agarrados a las faldas de su madre.

—Gracias, señor.

Mi madre me empujó y cerró la puerta a sus espaldas. Poco después llegábamos a una casucha desvencijada. Dos mineros se apoyaban en el mostrador.

—¡Venga, Luces! A ver si arreglaste la 49.

—Espera, hombre. ¡Qué ganas tienes de meterte en la ratonera!

—Ganas, ninguna, pero menos de hacerlo a pie. Ahora entra el Fiebres con madera.

—Buenas noches, señor —saludó mi madre cuando los mineros se hubieron ido—, venimos a por… Mira, hijo, este señor también estuvo buscando a tu padre y se hirió. Por eso está aquí.

—¡Días, mujer! —exclamó jovial el lampistero—. ¡Son las seis!

—Como es de noche… Venía a por la lámpara y la careta de mi hijo.

—Vaya, vaya… —repitió mirándome pensativo.

—Si tuviera una buena esponja, señor… Él todavía tiene los pulmones blandos.

—Los endurecerá pronto. Amigo Landa —me tendió la mano sonriente y ceremonioso—, ¡cuánto disgusto verte por aquí!

Mi madre dejó escapar un suspiro de alivio. Aquel hombre ponía un poco de paz en los corazones.

—Muchas gracias, señor.

¿Qué agradecía mi madre? Nada, una frase del Luces, curandero de penas.

—¡Bien, minerín! Aquí tienes tu careta y tu lámpara, ¡el 64! Apréndetelo bien. Seis y cuatro, diez, ¡número de suerte! Toma —hizo girar el chisquero—, ¡encendida y todo!

—Yo me acordaré, señor.

—Usted lo que tiene que hacer es irse a casita. Bueno… este numerito dicen los mineros que es por si pasa algo poder identificar al «fiambre». Yo, que no me gustan los tangos, he hecho la lotería quita penas. ¿Tienes una perrina?

—No, señor —repuso mi madre—. Mañana se la traerá.

—¡De acuerdo! Te pueden tocar dos pollos o un corte de traje. Y ahora, ¡hala!, a la mina que te está gritando.

—Sí, señor. Vamos, madre…

* * *

Volvimos a la noche, al escalofrío de la bocamina alumbrada por dos lámparas mortecinas, como dos córneas fijas, descentradas; dos pupilas de un monstruo dormido, muerto, al que los buitres hubiesen perdonado los ojos.

Un hombre apartaba la nieve de las vías. Al acercarnos se irguió y, apoyándose en la pala, escupió groseramente.

—Buenas noches —saludó mi madre—. ¿Sabe usted dónde está Antón? El capataz mandó a mi hijo con él.

El minero volvió a escupir. Y limpiándose la boca con el dorso de la mano, barbotó:

—¡Al capataz le mandaría yo, pero sería al infierno!… ¡suponiendo que hay!

—Sí hay, señor.

—De acuerdo, pues Antón está en él. ¡Por allí vi luces! señaló el fondo de la galería—. ¡Allí está esperando hace un rato!

Y disponiéndose a encender el cigarrillo, comentó:

—¿Así que tenemos un condenadito más…?

—No, señor —protestó mi madre tomándome de la mano—. Mi hijo no es ningún condenado. Tiene el alma muy limpia, gracias a Dios.

—Bueno, mujer, no se ponga así… ¡pues vaya!

Allí le debamos, rezongando contra el capataz, contra el infierno, contra Dios. La boca de la galería, negra como una caverna de brujas se acercaba, se acercaba…

—Madre… ¡la mina!

—Sí, hijo —un murmullo helado eran sus palabras—. Verás cómo Dios te ayuda. Él es muy bueno, hijo.

—Madre… ¡la mina! ¡la mina!

Como si me dispusiese a franquear el umbral donde se jugaba la salvación del alma, donde se reunían aquellos condenados de que hablaba el minero que limpiaba las vías, un terror brusco y supersticioso se apoderó de mí.

—Verás cómo Dios te ayuda. Y yo vendré todos los días contigo a la bocamina, ¿Quieres, hijo?

—Madre… la mina…

Tomé su mano, apretándola contra mi cuerpo. Nunca me había sentido tan abandonado, ni siquiera cuando la muerte de mi padre. Me daban ganas de gritar, de echar a gritos por la boca toda mi angustia. Sentía frío y un miedo insospechado hacia algo simple y patético que comenzaba. Mi madre lloraba silenciosamente, cansada va de tanta adversidad.

—Hijo… ¿tienes mucho miedo?

En su acento había una dramática distinta. Con pulso tembloroso me acarició los cabellos, al igual que cuando era aún más niño y me llenaba la cabeza de sonrisas. Lloraba suave, mansamente… Como si súbitamente mi alma se hubiese vuelto cuerda, recordé la noche anterior, cuando lamentaba entristecerla tanto.

—Madre, voy a entrar… ¡Madre, ya entro!

Me aparté de ella y empecé a andar como un autómata. Oí que me llamaba y me detuve un instante, luego seguí adentrándome en las tinieblas, en las tinieblas…

* * *

En la bocamina quedó María. Apoyada sobre un poste, estrujándose la garganta para ahogar el llanto, veía alejarse a su hijo hacia el fondo de la mina, hacia su destino, escrito once años antes. Aun oía sus pasos resonando en la gruta del miedo; luego fueron apagándole; como el resplandor de la lámpara, caminando también por aquella espantosa soledad del túnel. Landa debió detenerse, llamar, pedir ayuda. Y María, impotente, le hacía señas que su hijo ya no podía ver, adentrándose más y más en la noche subterránea.

La viuda aun levantó los brazos; en una súplica pronunció el nombre de su hijo, ya perdiéndose en el socavón. Aun se movieron sus labios en un beso imposible…

Su mano, crispada, saltó a la boca, clavó en ella los dientes y un brutal sollozo convulsionó el cuerpo de María.

—¡Es horrible! ¡es horrible!

Se lanzó a la noche, corriendo camino abajo. Hacia el Valle.

—¡Es horrible! ¡es horrible!

* * *

Nunca creí que pudiese existir tal estado de soledad. Miré hacia

atrás, hacia mi madre, cuya silueta se recortaba aún en la débil claridad de la bocamina, y levanté la mano queriendo darla, pedirla ánimos. La oscuridad se tragó el ademán y seguí adelante, ya vencido, resignado. Por un momento creí oír un llanto a mis espaldas, pero lo olvidé pronto porque de la roca abierta y negra, de entre las rendijas de aquel túnel maldito, brotaba el recuerdo de mi padre; hasta su voz me parecía oír, grave, como cuando me hablaba de los peligros de la mina, de su temor a lo que fatalmente había ocurrido; o despreocupada, deseando para su hijo la suerte del aviador y el marinero. Cada piedra, cada charco, el raíl con el que tropezaba incesantemente, tenían algo que decirme en aquella hora inolvidable. Ruidos, ruidos… Suavemente mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y abrí la boca, como si en el mundo empezase a faltar oxígeno.

Intentando acostumbrarme al débil halo de la lámpara, caminaba sintiendo el agua rezumar por los hastiales y crujir el maderamen; mirando las cunetas por las que los diminutos arroyuelos, llenos de ácidos, se estiraban en la sepultura subterránea. La lluvia que caía del cielo de roca, formando a veces verdaderos diluvios, se mezclaba a las estalactitas blandas y blancas como algodones, en las que la vista, fatigada por tanta noche, encontraba un alivio. Iba muy despacio, tanteando el suelo de la galería, sorteando el inexistente abismo que, entre falsas y vagas imágenes que se movían en el túnel, el miedo cavaba ante mi marcha. El viento que venía del fondo de la caverna y el aire espeso, con olor a humo y a polvo, me atraía de una manera enfermiza, pegajosa.

Allí olía a muerto.

Asustado de aquella soledad, aligeré el paso. Metí el pie en un hoyo y caí de bruces sobre el barro. Limpié la lámpara contra mi abrigo, sin atreverme a encenderla. Tenía las manos llenas de cieno y de aceite. Quise secarme las lágrimas y embarré mis mejillas.

Al fin llegué donde había seres vivos, donde terminaba aquel cerco de aprensiones. Al otro lado de la curva las luces formaban en la noche del túnel una verbena triste y humilde, en la que se movían media docena de hombres.

—Buenas noches —saludé cohibido.

—Buenas y huecas —repuso la voz burlona de un picador. Era Antón que, en unión de varios compañeros, ayudaba a un par de entibadores a levantar un crucero.

Fingiendo no reconocerme, se encogió de hombros. Luego, dirigiéndose al vecino, le preguntó:

—Oye, Gago, ¿quién es este hombrote?

El aludido bromeó haciendo un gesto de extrañeza.

—Debe haber equivocado el camino, fue a cazar pájaros y como hay tantos agujeros en la montaña, se metió aquí.

—¡Qué pantalones tan largos lleva! ¿No será del otro Valle?

—Me los hizo mi madre porque tenía que trabajar en la mina…

—¡Acabáramos! —exclamó Antón—. ¡Si es Landa, mi «valín»! Vaya, vaya, así que el pequeño minero ya cayó en el cepo… Y con miedo en los ojirris, ¿no es eso?

—Sí, señor. Es que se me apagó la lámpara y mi madre dice que no la encienda por lo del grisú…

—¡No, señor! se dice… Bueno, yo la primera vez que me metí en esta ratonera no sabía dónde esconderme —confesó riendo—. ¡Me temo que tendré que prepararme a limpiarte el culo unos cuantos días!

—Sí, señor.

Una gran risotada siguió a mis palabras.

—¡Vamos! —dijo el barrenista Gago, ¡cómo me alegró encontrar a aquel gran amigo de mi padre!, colocando su manaza sobre mi hombro. Comenzamos a andar y los demás nos siguieron.

—¿Qué quieres ser, Landa? ¿Picador, barrenista, tubero…?

—Lo que diga el señor capataz.

—El capataz no dirá más que barbaridades —opinó una voz escondida.

—No es tan malo, hombre —le defendió sin ganas el dinamitero Verde.

—Ahora porque es viejo —intervino un entibador llamado Risueño—. Le pasa lo que a algunos bandidos, que terminan siendo hermanas de la caridad. En sus tiempos robaba el avance a sus compañeros y esto no me gusta aunque el que lo haga sea San Pedro.

—¡Gago! —gritó alguien—, no corras tanto que vas a fundir los plomos.

—Como está acostumbrado a andar escondido por los montes… Aquí los guardias no te… ¡Maldita sea! ¿De dónde habrá salido este agujero?

—Te voy a comprar una perrona de espabila —repuso el barrenista riendo—. ¡Abre los ojos que hoy se te olvidó traer el sol!

—¡Ojalá se nos olvidase también la lluvia! —refunfuñó Antón—. Entre la tierra, el carbón y el agua, tengo la rampa de «natas» que es un contento.

—Hay tanta nieve encima…

Galería adelante, apagado por el barro el rumor de los pasos, Gago y Antón parecían escoltarme. Detrás venían los ayudantes, Verde, Risueño, Moro y cuatro «valines»; Roque y Ramón, hablando de sus hijos y su huerta, cerraban la marcha. Se acercaba una luz, oímos un gruñido de saludo y atrás quedó una canción de minas y amor. Poco después, entre topetazos de vagones y un soez juramento, una figura borrosa se detenía ante nosotros. Era el Fiebres, llamado así por su gran inclinación a las faldas. Mirándonos fijamente con su único ojo, arrancado el otro por la dinamita, parecía un hijo de la caverna.

—¿Qué tal va la «Pechuga»? —preguntó Antón acariciando la mula.

—¡Esta es una hija de mala madre!… ¡Hola, Landa! ¿Ya por aquí? ¡Esta galería se la conocía tu padre bien!

—Lo hemos traído a ver si le interesa —repuso Ramón—. Tenía un empleo de niño rico pero como andaba dudando…

La mula arrancó y el Fiebres fue tras ella. Pronto se perdieron en la oquedad de la noche que enfilaba hacia el exterior…, ¿dónde estaría mi madre?

En una bifurcación de la galería unos entibadores levantaban una quiebra, apuntalando el resquebrajado techo.

—Aquí las dislocaciones del terreno se propagan desde las alturas —comentó Gago mirando a la bóveda con ojos estudiosos.

—Esta mina tiene el corazón herido —añadió Moro.

—No hay que perderla de vista —insistió Roque—. A esta capa la llaman la Superiora porque tiene grisú para fabricar títeres.

—¡Tú sí que estás hecho un títere! —barbotó Antón malhumorado, deteniéndose bajo un coladero—. ¿Os habéis propuesto asustar al crío?

—¡Ya se asustará solo! —rió Roque—. Ahí tienes tu pan, chaval —señaló al agujero abierto en la pared—. ¡Procura ponerle un poco de tocino!

—Vamos…

Barrenistas y entibadores se perdieron a lo lejos, tragados por las sombras. Antón, ya despojado del chaquetón, ató la comida a un alambre que colgaba de la trabanca, al reparo de las ratas, y me ordenó:

—Deja aquí tus cosas y dale un poco al ventilador… ¡y pronto arriba!

Por aquel boquete que se abría en el hastial difícilmente cabía un hombre. Levanté la lámpara y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me imaginaba aquella trampa, no amenazada por el grisú y los

derrumbamientos, sino poblada por fantasmas, por los espíritus de las profundidades, que eran las almas en pena de los muchos mineros que no fueron rescatados. Inmovilizado por el miedo, me disponía a penetrar en lo que creía una terrorífica aventura. Antón debió de notarlo.

—Todo irá bien. Un poco de valor y… Todo irá bien, ¡ya verás!

—Está muy negro, ¿verdad, señor Antón? Una vez subí a una rampa pero…

—Dentro de unos días calaremos y entonces podrás verle las orejas al sol. Mucho ojo y no olvides nunca la lámpara. Es como el fusil del soldado, ¿entendido?

Antón se colocó la esponja y de un brinco se encaramó en el agujero. Metió la cabeza y, después de agitar unos instantes los pies, fue tragado por el boquete. Una soledad asustante se apoderó de la galería. Ni una luz, ni un síntoma de vida; apenas un debilísimo resplandor que, perdiéndose en las entrañas de la tierra, iba escupiendo el polvo y las pequeñas piedras que el picador empujaba al revolverse en la estrecha chimenea.

Aquella luz alejándose parecía marcar la distancia de un camino infinito.

Cuando, después de manejar unos minutos el ventilador de mano, metí la cabeza en el agujero, las paredes apretaron mis hombros, mi pecho. Me asusté, temí que el miedo me venciese. Demudado, hasta las mejillas me temblaban; un huracán de gritos se revolvía en mi cerebro, en la garganta. Sentía las venas tensas, hinchadas. En su brutal triunfo, el instinto hacía latir la sangre, la enfurecía. Me detenía; el resplandor que acompañaba al picador se ocultaba y el mismo temor me obligaba a proseguir, a internarme más y más en aquel reino de tinieblas perdido bajo la tierra. La luz mortecina de mi lámpara dibujaba en las paredes siluetas fantásticas.

—Padre… padre…

Mis murmullos, pegados al carbón y la negra tubería de madera, corrían por aquella noche perpetua en la que por primera vez esperaba que mi padre pudiese contestarme.

¡Qué horrible soledad! Ni un ruido, ni una voz… Inconscientemente me arranqué la careta.

—¡Señor Antón! ¡señor Antón!

Volvieron a esclarecerse las tinieblas de arriba.

—¡Qué pasa, gigante! —oí en un lejano murmullo—. ¿Ya empezamos?

Me ardían los ojos. El cerebro buscaba ansioso una palabra de

excusa.

—Tienes que hacerte un viajero de las profundidades, ¿entiendes? Y agárrate bien que aquí es fácil estropearse el rizo. ¡Hala!

La mina parecía producir un ruido acompasado, tranquilo; otras despertaba bruscamente, entre chasquidos. Había partes tan estrechas que me obligaban a retorcer el cuerpo. Estirando los brazos, medía con el codo las posibilidades de avance, asombrado de que el picador pudiese pasar por aquellos sitios. La asfixiante estrechez y el polvo irrespirable me producían un sentimiento de repulsión por aquellas honduras donde parecía un pecado adentrarse.

Llegué ante una pared. En su parte superior Antón se hallaba detenido. El picador me ayudo a encaramarme en la sobreguía[12] y me dejé caer sobre un montón de carbón.

—Ya llegaste a tu trono, muchacho. Aquí tienes la pala y un agujero. ¡Una herencia como otra cualquiera!

—Sí, señor Antón —repuse restregándome los ojos.

—Landa —me preguntó mirándome fijamente—. ¿Necesitas llorar?

—Sí, señor Antón. —Me embargaba una tristeza más desalentadora que el mismo miedo. Aquel minero rudo y humano debía sentir por mí una gran lástima.

—Muchacho, tu padre murió en la mina y el mío en un sitio peor aún. Todo eso ya pasó. Ahora hay que hacerse hombre. ¡Lo primero es ser hombre!, porque lo demás viene solo. Así que olvídate de que sabes llorar, ¿de acuerdo?

Le obedecí. Hinqué las rodillas sobre el mineral y cogí la pala. La llené de hulla, pero era muy grande, pesaba demasiado para mis fuerzas, acostumbradas únicamente a sostener una pistola de juguete o cargar un haz de leña. Tensos los músculos, las manos agarrotadas contra el mango… no podía. Me decidí a empujar el carbón con los brazos, con los pies. Al cabo de media hora, perdido en el polvillo y la «nata» que formaba con el agua, apenas había arrastrado medio vagón. Antón picaba al fondo de la sobreguía, al parecer desentendiéndose de mí. Apenas volvía un instante la cabeza cuando me oía toser. Una vez me sorprendió tocando el techo, asegurándome que no se hundiría.

—Anda, vete al corte y dile a Gago que te dé el reloj de pared que lo olvidé allí.

—Sí, señor.

Arrastrándome sobre el trasero, inicié el descenso. La pendiente

era en algunos sitios muy pronunciada y debía aferrarme a las mampostas, evitando así caer rodando a la galería. En los estrechones, donde las entrañas de la tierra parecían animadas por un sentimiento de venganza, volvía el desaliento, el miedo, ya un poco amortiguado por lo repetido. Cuando salté al suelo firme, me invadió una sensación de alivio. Aquel socavón que poco antes imaginé una tumba, me resultaba acogedor cuando a mis espaldas había dejado la pesadilla del coladero.

Envuelto en un silencio extraño y total, empecé a andar por el túnel. Oscuridad y lluvia; trozos de bóveda bajo los que me detenía asustado para luego salvarlos a la carrera. Aquellas trabancas[13] partidas, sosteniendo aún el enorme costero[14] que la rajó, me acercaban las repetidas historias de quiebras y muertos; de largas agonías en las que los ácidos, el hambre o el agua se cebaban inmisericordes con los mineros encerrados. Recordé que, según mi padre, para bajar a la mina había que ser algo fatalista y en aquellos momentos me esforzaba por serlo. Aquellas rocas sueltas, aquellos postes crujientes y podridos, medio comidos por las ratas, me asustaban. Y tanta agua, causante de tantos desplomes. Y el sentirme tan adentro y tan forzosamente hombre; tan solo. A veces, levantando la lámpara, intentaba descubrir a alguien, hombre o fantasma, que me perseguía. Oía andar detrás de mí y corría y cantaba y hasta gritaba, luchando contra el miedo. Luego reaccionaba y en un alarde de valor, deteniéndome bruscamente, volvía sobre mis pasos.

Nadie, nadie. Aquello era un reino muerto.

Al acercarme al corte distinguí una sombra gigantesca que, empuñando el hacha, se inclinaba sobre una cabeza. El reflejo de la lámpara mentía una ejecución de seres ignorados, sólo imaginables en aquel mundo fantástico.

¡Hombre, quién está aquí! —exclamó Gago secándose el sudor y apoyándose en el utensilio de trabajo.

—Dice el señor Antón que me preste el reloj de pared; que se le olvido el suyo.

—¿Qué reloj? ¡Ah! ¡sí, hombre! Dile que lo mandamos a arreglar porque tenía tres manillas y las tres adelantaban.

—Lo que puedes llevarle es el escuadratajos —intervino el ayudante.

Tomando dos bastidores[15] formó con ellos un ángulo y los aseguró con clavos.

—Que lo devuelva en cuanto termine, ¿entendido?

Cargué con la enorme escuadra. Me veía y deseaba para

transportarla a través de la estrecha galería. Cuando llegué al coladero me di cuenta de que estaban bromeando a mi costa. Desclavé las tablas, las tiré y cogí una piedra. Después de dar unas vueltas al ventilador, me adentré de nuevo en el repulsivo agujero, en la feroz angustia de las paredes apretándome el cuerpo, el polvillo arañando mi garganta. Volvía la superstición nacida poco antes; volvía el recuerdo de mi padre…

Me aproximaba a la sobreguía; Antón me esperaba asomado a la pared vertical.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez el miedo? ¿A qué se te olvidó remover un poco el aire?

—Sí, señor… no, señor.

—Me alegro —repuso despreocupado—. ¿Has traído el reloj?

Esperando serenarme, tardé unos instantes en contestar.

—Dice que tenía tres manillas y que las tres adelantaban. Pero me dio una piedra para que afilase usted el pico, ¡tenga!

Me miró, desorientado. Luego rompió a reír.

—¿Te la dio él o la cogiste tú?

—Fui yo, señor. Como usted me gastó esa broma…

—Es para que te vayas acostumbrando a entrar y salir en la topera… ¡cuidado!

—¡Señor Antón!

—¡Es una rata, hombre! Hay que quererlas un poco, porque son las únicas que vienen a hacernos compañía.

—Una rata…

—¡Hala, vamos…! ¡Diablos, aquí no se ve ni para cantar! —exclamó, hurgando en la lámpara.

—Hay mucho grisú, ¿verdad?

—¡Sopla y verás cómo lo dejas más limpio que el retrete de Felipe II!

Anión siguió picando; yo intentaba palear. Al fin logré echar rampa abajo el mineral amontonado cerca del borde. Luego debía acarrear el que el minero iba arrancando del fondo de la sobreguía. Antón llenó la carreña[16], me pasó por los hombros las correas y, dando un empujón al latón, me animó:

—¡Anda, valiente!

De rodillas, a gatas, clavando las uñas en el suelo y las paredes, fui arrastrando la pesada carga hasta el coladero, donde dejé caer la hulla. Repetí la operación una y otra vez, hasta sangrar por manos y piernas. Al cabo de dos horas mis energías se habían acabado.

—Descansa un poco, no sea que la mina te coma las fuerzas antes de tiempo.

—Gracias, señor —le agradecí, dejándome caer sobre el mineral. Antón lo hizo a mi lado.

—Falta resoplo, ¿eh? Estabas mejor cuando jugabas a los pistoleros, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Ya ves lo que pasa por no nacer un Pepito «el Exquisito». ¡A la rampa!

—Es la carreña; si pudiese ir de pie, pero de rodillas… me hago sangre.

—Cárgala poco. Un vagón más o menos… Por la sangre no te preocupes. Es de hombres verla manar de vez en cuando.

—Me dijo mi madre que si no trabajo bien, usted gana menos.

—¡Bah!, yo soy rico por casa —repuso, tomando la pala.

Pese a mis débiles protestas, Antón transportó una docena de carreñas. La sobreguía quedó limpia y volvió a empuñar el pico. El picador cantaba:

De pequeño fui minero;
triste y pobre fue mi vida
arrastrado como un topo
por rampas y galerías…

—¿Te gusta la copla?

Sentí un súbito cariño por aquel hombre. Me debieron brillar los ojos.

* * *

Cuando se acercaba la hora de comer, pese a estar agotado, experimenté una gran felicidad. Comenzaba a perder los miedos, a irme familiarizando con la resignación, con la honda angustia que me producía el tocar las cosas que mi padre tocó. Su recuerdo, lejanísimo y presente, adquiría nuevas formas cuando, pegado: a las paredes negras del agujero, una voz oculta me decía que ahora su pena era menor porque estaba más cerca de mí y yo de él.

¡Vamos para abajo, hombrecito! En la galería debimos esperar unos minutos. Nos pusimos en pie al oír el tren y poco después, entre el oscilar de los chirridos y las luces, se plantaba ante nosotros una mula.

—¡Arriba, esclavos, que aquí el «Expreso de Shanghai» no tiene paradas!

Antón me ayudó a tomar el tren en marcha y me acurruqué en el

primer vagón. En el borde iba sentado el Fiebres.

—¿Qué tal va pasando el día de los sustitos? —me preguntó, arreando al viejo animal.

—Miedo para acá y miedo para allá, y a aguantar toca —contestó Verde por mí—. ¿No es eso, chaval?

Alguien cantaba en la cola del convoy:

Y por eso, compañero,
cuando salgas de la mina,
corre aprisa a casa Moncho
a tomar ta "melicina"…

—¡Dale, caballista, que tengo ganas de verme el culo al sol!

Diez minutos después se abría en la oscuridad un punto brillante. ¡El día! ¡Era la luz del día! La entrada a la vida debía hacerse a través de aquella diminuta y lechosa puertecilla, encajonada entre dos telones negros que semejaban la piel vacía de una serpiente. Por ella discurrían arroyuelos, se agitaban ratas ciegas y movían grupos de hombres renegridos, que, de un salto, entre confusos saludos y palabrotas, subían a los carromatos. Se acurrucaban a mi lado, caían sobre mí, convertido ya en uno más, en otro de los que consumían la vida bajo tierra y de los que nadie parecía acordarse.

Chirriaban las ruedas, restallaban los juramentos del caballista al acercarnos a una de las cascadas que entenebrecían aún más el túnel. Como alejado de cuanto me rodeaba, no oía los cantos ni los juramentos; ni sentía el agua arrojándose furiosa sobre el mísero convoy. Fijos los ojos en el final de aquel embudo inmenso, en la salida cada vez más nítida, gozaba pensando que lo soñado durante unas horas que parecieron eternas estaba ahora al alcance de mi mano. Con un pálpito de misteriosidad, como si hubiese olvidado las formas de vida anterior, ansiaba volver a ver mi Valle, el día, la nieve…

—Ya llegamos, chaval, ¿ves qué fácil fue todo? Tanto ¡ay! ¡ay!

No contesté, hipnotizado por la luz, pendiente de mi liberación, acercándose por aquel agujero de claridad turbia por el que ya se perdía la caballería.

Levantó la cabeza y miré al cielo nublado. El cielo más esplendoroso que contemplé en mi vida.

* * *

Los mineros marcharon directamente hacia la hoguera que ardía bajo un tendejón. Yo seguí andando hasta el borde de la explanada.

El Valle, dormido bajo la nieve, se extendía a mis pies. Y la aldea, acurrucada en la hondonada, a punto de perderse en la distancia. Quedé allí un buen rato porque tenía necesidad de dejar que mis ojos recorriesen espacios abiertos, picos, cielos y ríos; que se emborrachasen de resplandores.

Un tren minero, maniobrando en el estrecho sendero abierto en los pliegues de la montaña, casi cortada a pico, ensuciaba de humo la luz del otro valle, filtrándose entre la cordillera y las nubes negras. Por aquella parte aún se adivinaban algunos prados respetados por las minas, algunos manzanos desnudos, medio tumbados, como queriendo pasar inadvertidos porque en ello les iba la vida. Hombres y caballerías merodeaban las bocaminas próximas o, ya terminado el relevo, bajaban hacia el pueblo. Los mineros se dirigían hacia las aisladas casuchas, levantadas en lugares tan agrestes que parecían refugios de cabras montesas.

Otro convoy se movía en el camino de hierro tendido sobre la parte del cementerio viejo, ya amenazado de ser arrollado definitivamente por la enorme escombrera. La máquina dejó escapar un largo pitido, saludando a algún muerto olvidado, y siguió hacia el lavadero. Pasó ante el Pozo, donde estaba enterrado mi padre, y esquivando el castillete que brotaba de la tierra como un extraño monumento funerario, corrió hacia la llama eterna del Carmelón, hacia el fuego olímpico de la industrialización.

Un viejo minero, al fondo del precipicio que se abría a mis pies, escarbaba la nieve intentando plantar quién sabía qué. Su nieto, un crío de media docena de años, paseaba un cerdo atado de una cuerda. Estaba mirándolos cuando me llamó Antón.

—¡Landa!… ¡Ven a comer y déjate de poesías!

Los hombres, en torno a la lumbre, desenvolvían sus meriendas. Me senté al lado del picador y me dispuse a imitarles.

—Chaval, ¿recuerdas cuántas veces me cogiste «prisionero»? —me saludó un minero canoso.

—Ahora le cogió a él la mina. ¡Vaya lo uno por lo otro!

—Toma, Landa, ¡echa un trago que si no el carbón te tapa el gaznate! —me invitó Verde, tirándome la bota.

—No quiero beber… mi madre no quiere.

* * *

Escondida tras un árbol, tiritando, cubiertos los cabellos de nieve

y abrillantados los ojos por la ansiedad, María espiaba las reacciones de su hijo, su angustia o su serenidad, el resultado de la gran prueba. Le estuvo observando mientras comía, la cabeza baja, como ensimismado o asustado. Sintiendo una gran piedad por su Landa, en su ánimo comenzaron a tejerse dolores y sobresaltos. Pero cuando se acercó el vigilante, y Gago, tomando al pequeño por los brazos lo levantó en vilo, invitándole a imitar el ladrido de un perro, la viuda sonrió porque su hijo reía. Luego, de sus labios se escapó un ancho suspiro de dicha cuando, terminado el almuerzo, vio a su chico encaminarse hacia la bocamina, tan insignificante junto a la pesada humanidad de Gago y Verde, junto a Antón, que les alcanzó para colocar la mano sobre el hombro de su Landa, solícito como un buen padre. La viuda volvió a sonreír y embelesada levantó los ojos al cielo.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

Corrió cuesta abajo, como horas antes, cuando tanta tragedia había en su alma. Pero ya no era la mujer triste y maltratada del amanecer. La sencilla esperanza de que su hijo fuese un trabajador, no una víctima, ponía en su ánimo una suave resignación que ya no dolía tanto.

* * *

Estaba a punto de finalizar la jornada cuando a Antón se le apagó la lámpara y me mandó a encenderla donde no hubiese grisú.

Inicié el descenso casi a tientas. Mi lámpara, rezumando aceite por todas sus juntas, apenas alejaba las tinieblas unos centímetros. Agarrándome a la madera o dejándome a veces caer, regulando la marcha con los pies y el trasero, palpando la tierra… ¡Quedé paralizado! Allí había algo que obstruía el boquete. Mis manos tocaron una cosa inmóvil. ¡Era un hombre! ¡Un hombre muerto!

Horrorizado, intenté volver a la sobreguía, llamando a gritos al picador.

—¡Señor Antón! ¡señor Antón!

El nerviosismo me traicionó y perdiendo pie rodé otra vez junto a las piernas crispadas del muerto. Sobrecogido por el terror, fui incapaz de hacer el menor movimiento.

—Señor Antón, señor Antón… —llamaba sin fuerzas.

—¡Qué pasaaa!

Un tenue resplandor se acercaba. Logré ir hacia él y cogiéndome de los pies del picador seguí repitiendo con un hilo de voz:

—¡Hay un muerto! ¡Hay un muerto!

—¿Un muerto? Seguro que estaba esperando a que tú vinieses a la mina. ¿Dónde está?

—Sí, señor; está… está ahí, ahí —señalé hacia un punto de la oscuridad—. ¡Es un hombre! ¡Un hombre!

—¡Tira para abajo!

No había sitio para los dos y debí retroceder, pegarme a aquel bulto que me espantaba. Ahora ya pude contemplarle mejor. Estaba sentado y sobre las piernas recogidas caía su cabeza muerta. Parecía dormir. Antón se acercó a él y tomándole por los cabellos le sacudió bruscamente, dejándome ver aquel rostro contraído, entornados los ojos, abultadas las mejillas, porque en el interior de la boca una lengua, ahora desproporcionada, se había retorcido, hecho una pelota. Una espuma blancuzca, estallando a veces en pequeñas burbujas, como si el muerto aún respirase, cubría sus labios.

—¡Este cerdo no pierde sus mañas! —exclamó colérico el picador—. ¡Vino a espiarte y el grisú le durmió! Vamos a bajarle a ver si le devolvemos su puerca vida.

Temblando y muerto de cansancio, le cogí por los pies. Antón le sujetaba los brazos. Así fuimos descendiendo. Sentía un temor supersticioso a tocar aquel cuerpo, aquel hombre que olía a muerto. El picador continuaba refunfuñando:

—Debíamos haber dejado a este cabrón que se lo comiese la «maleza»… [17] ¡No, la muerte en la mina es demasiado para este puerco!

El accidentado, saliendo del agujero, parecía una enorme raposa abandonando perezosa su madriguera.

Ya en la galería, tendimos a Matanueve entre las vías. Metiéndole los dedos en la boca, el picador le cogió la lengua.

—Aguántala que no se la trague —me ordenó nervioso—. ¡Maldito cerdo, si fuera buena persona ya estaría más muerto que Nerón!

Comenzó a hacerle la respiración artificial. Nuestras sombras, agigantadas por las lámparas, se reflejaban en las paredes del túnel. Aquel bulto tumbado, aquel fantasma que se movía en ademanes iguales y atormentados, aquel otro, inmenso, que era yo inclinado sobre lo que parecía un cadáver, sosteniendo una lengua monstruosa que colgaba de mi mano… Algo extraño y terrible comenzaba a danzar en mi interior. La angustia adormecida, de nuevo «mi» tragedia volvía triunfante. La sentía en el pecho y en los ojos, clavados en el rostro del accidentado; en las mil veces reconstruidas tragedias de la mina. Con aquella ola de miedo, distinto, zumbó en mi cerebro la canción que mi padre solía entonar

cuando estaba contento y marchábamos juntos por la carretera; aquella misma con la que, ya encerrado en la mina, me llamaba moribundo por las noches. Entre tantas sombras y silencio, me parecía, mirando a Matanueve, ver a mi padre caído, impresionantemente solo; le adivinaba agonizando en la rampa desplomada sobre él, naufragando ya en el mar amarillo de la muerte.

«Si al menos hubiese estado yo a su lado, sosteniéndole la lengua, evitando que se la tragase, que se asfixiase…»

Cooperando a devolverle la vida, creía sentir por el vigilante un amor viejo, una angustia infinita ante la posibilidad de que aquel corazón dejase de latir, que lo tuviese ya helado, que en mis brazos pudiese morir un hombre…

—¿Qué pasó, Antón? —oí una voz bronca a mis espaldas.

—¡Este mal bicho que vino a ver si el chaval daba resultado! Se debió quedar dormido.

—¿Respira?

—¡Parece que quiere hacerlo! —repuso jadeando, sin dejar un instante de agitar los brazos del accidentado.

—¡Mira cómo abre la boca! ¡de buena gana me mearía dentro!

Al fin, el vigilante dio claros síntomas de vida. Matanueve, en los espasmos de un resucitado, comenzó a sacudir las piernas violentamente, a golpear, a dar dentelladas. La boca se le llenó de espesos espumarajos; los ojos se le volvieron rojizos, llenos de lumbre.

Cuando se calmó, le apoyaron en el hastial[18], Verde anunció que iba en busca de una mesilla[19].

—Recomiendan que al asfixiado se le ponga a la sombra —bromeó mirando al vigilante, semidesvanecido de nuevo por el transitorio ataque de locura.

El minero regresó y nos encaminamos hacia la bocamina. Tres lámparas en torno a un hombre caído, alumbraban un extraño y movible féretro. Verde cantaba:

…y mi hija se queda
con aquella loba
yo voy al sepulcro
¡y aquí no pasa "na"!

—Este es de los que dice el beneficio propio por la miseria ajena. No morirá en la cama, ¡eso es seguro!

—¡Ya se mueve otra vez el bicho! Podía haber esperado hasta el domingo y le enterrábamos en el nuevo cementerio.

Matanueve intentaba incorporarse. Le ayudamos a sentarse y, agarrándose a los palos que cercaban la mesilla, mirando alrededor con expresión estupidizada, se esforzaba por tomar conocimiento de las cosas.

—¿Qué pasa…? ¿Qué pasa? —preguntaba levantando los ojos al techo, la boca abierta y aún cubiertos los labios de baba.

Ya próximos a la bocamina, Matanueve pidió bajar. Fue a sentarse sobre unos troncos. Volcamos la mesilla, apartándola de las vías, y poco después la nieve caía sobre nosotros. La jornada había terminado.

Levanté la cabeza porque necesitaba respirar cielo, respirar hondo, respirar ese ansia de vida que sólo pueden comprender los niños cuando de golpe les dicen que la vida es algo más que un puñado de juegos e ilusiones; cuando sienten que, sin estar preparados para ello, han sido arrojados en su peor rincón. Aquella implacable evidencia me empujaba a gustar despaciosamente el rumor de las brisas, a repasar con la mirada las montañas y la nieve, a sumergirme en el templo blanco y magnífico de la naturaleza, porque todo aquello significaba el reverso de las tinieblas subterráneas. Era la cara y cruz de horas antes, de mi vida de ayer y la que había comenzado. Me sentía feliz de haber superado la primera prueba, los primeros miedos, el primer acto de un drama íntimo que llegó a asustarme tanto como el mismo túnel. El señor Marcos decía que en la mina, como en la guerra, el miedo venía después. No importaba, para entonces ya sabría resistirlo. Había terminado la primera prueba y un algo desconocido y jubiloso, quizá únicamente la maravillosa sensación de estar vivo, me empujaba a repasar todas esas cosas pequeñas que ocurren cada mañana y cada tarde en una vida sin grisú y sin mina, una vida que tal vez yo había abandonado para siempre.

—Gracias, mocoso —refunfuñó Matanueve al pasar ante mí, camino de las oficinas.

—¡Cerdo!

No me oyó.

* * *

En la maniobra me había separado de Antón. Me dio un coscorrón de despedida y corrí sendero abajo. Apenas me había alejado un centenar de metros de la bocamina cuando, parapetada tras de unas matas, empalidecida por el frío, apareció mi madre. Nos abrazamos como si hiciese años que no la veía o yo fuese el

hijo que se creía muerto. La nieve caía, rítmica, melancólica, poniéndose a tono con la gozosa resignación de aquellas dos almas solitarias y abnegadas que éramos mi madre y yo.

—¡Hijo mío! ¿estás bien?

—Sí, madre… ¡ya soy minero!

Volvimos a abrazamos. Mi madre limpiaba mis cabellos de nieve, me besaba tan nerviosamente que me impedía comenzar a contarle lo que, sin duda, suponía la gran aventura de mi vida.

—Cargué muchas carreñas y esporié[20], mucho —pude al fin hablar—. Al señor Antón se le apagó la lámpara y me mandó encenderla adonde no hubiese gas… ¡Encontré un muerto, madre!

—¡Un muerto! —se sobresaltó—. ¡Qué dices, hijo!

—Pero no estaba muerto. Dice el señor Antón que casi se le come el grisú. Era el vigilante que vino a espiarme, ¡es un cerdo!

—¿Hay mucho grisú? ¿Notas que lo hay?

—Sí; y pica la nariz y los ojos, y el señor Antón dice que está que alimenta, pero que no pasa nada.

—Si ves las mulas nerviosas, tú te sales, ¿oyes?…

—No las veo casi nunca, madre. Como estoy en la sobreguía… El señor Antón dice que al grisú no hay que temerle, porque cuando explota ya está todo hecho. No es como los ácidos, que te matan poco a poco.

—¿Y comiste bien?

—No tenía ganas porque estaba cansado, pero dijo el señor Verde que si no comía iba a ser un hombre de asco, y entonces comí. Cuando llegué me miraron los pantalones largos y se rieron.

—Lo hacen sin maldad, hijo. Hoy compré chorizo y mañana te haré una tortilla muy grande, ¿quieres?

—Sí, pero quiero también chocolate.

—Eso era cuando jugabas. Ahora tienes que estar fuerte.

—Y lloré, madre, pero el señor Antón no me vio. Luego ya no lloré más. ¿Y el oso, madre?

—No está; si viene le mataremos.

—El coladero está muy negro y parece que las rocas te aprietan en la espalda y no puedes ir para adelante ni para atrás. El vigilante tenía mucha espuma en la boca porque se estaba asfixiando. Madre, ¿sufriría padre mucho? Matanueve yo creo que no sufría.

—No, hijo. Los que mueren asfixiados no sufren. Les da sueño.

—Así es mejor, ¿verdad, madre? Si un día me muero, ojalá que sea asfixiado.

—Dios no lo quiera. Verás cómo no lo quiere.

—Y los mineros hablan de muchas cosas y dicen que los obreros

no tenemos padre. Y el señor Antón cree que dentro de unos días calaremos al prado y que entonces veremos el sol y ya no habrá grisú. Pero luego empezamos otro y otro. ¡La mina no se termina nunca, madre!

—Es muy grande. Todas estas montañas son carbón por dentro.

Enlazados por la cintura, y acompañados por los vientos cambiantes del mensaje invernal, seguimos cuesta abajo. En las laderas de enfrente las «tiradas»[21] de vagones se movían sin prisa, arrastrados por bueyes; más allá, uno tras otro, empujados ahora por hombres, llegaban al borde de las escombreras, donde eran volcados con gran estrépito. Por los planos subían y bajaban maderas y carbón. Abajo, el pueblo aparecía encogido, asustado por tanta nieve y montaña.

Veía el Valle con ojos nuevos porque la prueba parecía haberme transformado, transformado el mundo.

Estábamos acercándonos a las primeras casas desperdigadas por las laderas cuando oí que me llamaban.

—Es de allí, hijo; de donde vivía Vitelón.

—Son los campesinos amigos míos. ¡Espera un poco!

Me sentía feliz de que los labriegos me viesen ennegrecido, bajando del Grupo. Ahora se convencería Selva de que era capaz de ser minero. Corrí hacia la vivienda en cuya puerta me esperaban Felisandro y su hija.

—¡Hola, pequeño! ¿Sales ahora de la mina?

—Sí, señor. Salí hace un rato. Y no me dio casi miedo, ¿sabe?

—Que no le dio… ¡Será trolero! Si con sus lágrimas se podían cocer garbanzos, ¿verdad, padre?

Selva me miraba con expresión traviesa. Después, para demostrarme su indiferencia, se entretuvo en arrancarse unos pellejitos que se le habían levantado en la mano. Bruscamente rompió a reír de una manera tonta.

—¿Qué pasé yo miedo? Pregúntaselo a mi madre, ¡flacucha!

—Padre, me llamó flacucha, ¡dile algo! —se quejó la chiquilla.

En aquel momento salía el tío Mañón.

—Hola, hijo, ¿ya se pasó el mal rato?

—Sí, tío Mañón. Y estuve arrastrando carreñas y salvé a un hombre que se estaba asfixiando.

—¡Santo Dios! ¿Qué dices?

—No le haga caso, abuelo, que es un trolero. Como tiene la cara negra no se le nota que se pone colorado.

—¿Qué dices, pequeño? —insistía Felisandro impresionado.

—Pues que fue el vigilante a espiarme y se quedó dormido y…

—A ti… ¡no te amuela!

—Calla, niña. ¿Y se murió?

—No, porque le hicimos la respiración artificial. Yo le sujetaba la lengua para que no se la tragase.

—¡Uy! ¡qué bobo! —me mofó Selva sacando la suya—. ¿Así?

—Mala gente —refunfuñó el tío Mañón—. ¡Con esos hay que tomar la brusca!

Y dirigiéndose a su hijo, añadió:

—¿Por qué no le das al chico un poquito poco de algo? ¡Que meriende, hombre!

—Muchas gracias, pero está mi madre esperando. Además hoy me compró chorizo. Como ya nos dieron el fiado otra vez…

—¿Chorizo?… ¡Ahí va qué rico! —palmoteo la chica.

—Si quieres, vienes y te doy un poco.

—¿Me dejas, padre?

—¿Vas a ir a comerte la merienda de un minero? —dijo Felisandro en un tono que me llenó de orgullo.

—Yo sí, padre. ¿Verdad, Landa?

—Buena rapaza estás tú hecha para atracar —refunfuñó el tío Mañón condescendiente.

—Bueno, pues si queréis, ir en paz de Dios —autorizó Felisandro.

—Pero que lleve el pan, ma que sea —aconsejó el viejo.

—No hace falta, tío Mañón. Como ya soy minero, ahora tenemos hogazas. ¿Vamos, flacucha?

—¿Vamos, cara sucia? —repuso la chiquilla haciendo un mohín travieso.

Cogiéndonos de la mano corrimos ladera abajo.

—Mira, madre, se llama Selva. Es hija de uno de la vega que escondió a Vitelón.

—Tienes una amiguita muy guapa, Landa —dijo mi madre, feliz de verme contento.

—Viene a merendar conmigo, ¿quieres, madre?

—Claro que sí, hijo.

Por las puertas y ventanas de las casas, mezclándose al aire helado, emanaba un agradable tufillo a comida. Algunos mineros ya se sentaban en torno a la mesa. Las mujeres de otros, esperándoles aún, me saludaban al pasar. La vecindad entera sabía que había entrado en la mina y sus palabras me enorgullecían, máxime ahora que la presencia de Selva me producía un sentimiento tan parecido a la hombría.

Habíamos dejado adelantarse a mi madre y corrimos a un

arroyuelo que, saltando entre peñas, bajaba junto al Camino.

—¿Hay peces?

—No, mira…

Metí en el agua el brazo desnudo. Estaba tan fría que dolían los dedos. Selva, echándose sobre la nieve, acercó la boca al arroyuelo y bebió un largo trago.

—¡Qué valiente eres! ¡ja, ja! y cuánto ruido haces.

—¡Bien rica que está!… Y hago ruido porque quiero, ¿sabes, tonto?

—En la mina hay un agua que cae del techo y huele a huevos podridos. Pero se bebe, no creas. ¡Luego pegas unos eructos…!

—Oye, Landa —la chica me miró seria—, ¿has estado todo el día en la mina?

—¡Pues claro! Como eres una niña no lo entiendes.

—¡No soy una niña! —protestó—. ¡Voy a hacer ya once años!

—¡Fíjate!, yo ya los tengo desde hace mucho tiempo.

—¿Y de verdad no tienes miedo?

—Pues… un poco. Pero ahora ya no.

Selva, que inexplicablemente parecía ruborizada, clavó en mí sus hermosos ojos, llenos de seriedad y admiración. Yo era feliz porque me miraba como si fuese un héroe. Acercándose bruscamente, me dio un beso en la mejilla. Me pasé la mano por aquella sensación caliente que había quedado pegada a mi rostro, y ahora el ruborizado fui yo.

—Eres como mi padre, ¿verdad? Los dos sois mineros. Por eso te di un beso.

—Cuando sea como él seré más minero todavía —repuse un poco atolondrado.

—Ya no me quiero ir del Valle, ¿sabes?

—Ni yo tampoco. Este Valle es el más bonito del mundo.

—Pero tú eres de aquí. Yo quería irme a la vega y anoche lloré porque no nos íbamos.

—¿A la vega? ¡Allí todos son palurdos! Bueno… —rectifiqué rápidamente—, todos no.

—¿Yo también?

—Tú no, porque tú eres amiga mía.

—¿Y por qué me llamas flacucha?

Nos lanzamos cuesta abajo. Mi madre me tendió la mano. Y así, ella orgullosa de su hijo; yo, radiante de vanidad, entramos en el pueblo. Por las ventanas y las puertas seguían saludándonos los vecinos. Bajo la nieve insistente, andando muy de prisa, erguidos e ingenuamente desafiantes, parecía que veníamos de ganar una

guerra. Un algo desconocido entonaba mi ánimo, reconociendo quizá que había entrado a formar parte de los hombres.

Estábamos acercándonos a casa cuando nos cruzamos con el pobre manco de Quintín, quien no me reconoció. Aquello me dio mucha alegría. Mirando a su brazo vendado, intenté bromear:

—¿Dónde vas, tonto? ¿No me conoces?

—¡Eres Landa! ¡Ahí va!, menuda envidia que le va a dar a Colás —Quintín ardía de asombro y ganas de desquite—. ¿Y estás en la rampa? ¿Vienes ahora?

—¡Pues claro! Y hoy saqué al vigilante, que se había asfixiado.

—¿Sacaste al vigilante? ¡Ahí va! ¡Ahí va!

—Si no es por mí, se muere. Estaba en la sobreguía, y yo bajaba solo y lo encontré.

—¡Ahí va! ¡Ahí va! —Quintín sacudía su única mano contra el aire—. ¡Uy, Colás! ¡Voy a decírselo para que rabie!

Quintín se olvidó de dónde iba. Corrió hacia la explanada dando saltos. Parecía una liebre. ¡Pobre Quintín!

Cuando nos detuvimos frente a mi casa, llevé a Selva junto al árbol que sombreaba la explanada.

—Aquí está enterrado «Pajarillo». Es un pájaro, ¿sabes?

Mi hermana, desde la puerta, nos llamaba y fuimos hacia ella.

—Mira, Ana, te traigo una amiguita. Se llama Selva. Es amiga mía —insistí, vanidoso.

Entramos en la vivienda donde Carolina, como de costumbre, ponía el suelo perdido con sus dichosas casitas de carbón. Al ver a Selva levantó la cabeza, arrugando la nariz.

—¿Quién es esa tonta, madre?

—¡Niña! —Ana la dio un manotazo en el brazo—. ¡Tonta eres tú!

—¡Madre! ¡madre! —comenzó a gimotear la pequeña, obligando a que la tomasen en brazos.

—Calla, Carolina. Esta noche duermes conmigo, ¿quieres?

—Me pegó, madre; me pegó…

—Ya sé… Ana, pon agua en la tinaja que tiene que lavarse tu hermano.

Yo me voy a mi casa —dijo de pronto Selva, marchando hacia la puerta.

—¿Por qué, hija? Siéntate, que ahora vais a merendar.

—Quiero irme a mi casa —insistió la chiquilla—; quiero irme a mi casa.

—¡La que tiene que irse a dormir es este renacuajo! —exclamé airado, con lo que Carolina arreció en sus lloros.

Selva, nublados los ojos por las lágrimas, levantó el pestillo y salió. Poco después corría como un gamo cuesta arriba. Zarandeadas las faldas por el viento, que arremolinaba sobre el rostro su hermosa cabellera negra, no tardó en perderse de vista.

—¿Qué dirán esos señores? —preguntó preocupada mi madre cuando volví a la cocina.

—¡Nada, que Carolina es tonta! —repuse enfurruñado.

Me lavé, cambié de ropa y nos sentamos a la mesa. Ana, dándome un pedazo de pan y chorizo, me preguntó:

—¿Ahora ya no podrás jugar con nosotras?

—No; ahora no —repuse de mala gana—. Me canso, y como tengo que trabajar… Además, padre quería que estudiase.

—Yo también hago comidas y lavo y puedo jugar.

—¿Vas a comparar el lavar un pañuelo con estar en una rampa? ¿Tú vas al coladero y encuentras un muerto?, ¡di!, ¿lo encuentras?

—¡Quero chorizo!, ¡quero chorizo! —pidió Carolina, gimoteando de nuevo.

—No, hija; esto para tu hermano, que tiene que ir a la mina.

—¡Yo quero ir a la mina! ¡Madre, yo quero mina!

* * *

¿Por qué será que cuando pasan las grandes pruebas dan ganas de llorar? Me acosté pronto y tarde muchas horas en conciliar el sueño. Tanto, que llegué a oír los barrenos que estallaban a media noche. No me sentía mal ni tenía frío, pero tiritaba. Volvieron las extrañas pesadillas de la noche anterior, fantásticas, más concretas y angustiosas. Y, acompañado por el monótono tintineo de la lluvia hostigando los cristales, lloré silenciosamente, por algo inconcreto, como si el dolor fuera por otro; como si al fin la soledad me hubiese dejado ver la triste desnudez de la vida, que en aquellos momentos adivinaba corta y triste, como la de un enfermo. Las horas pasaban, el viento se hacía más inclemente y fuerte; el Camino de Santiago y la llama del Carmelón me decían que la noche iba girando, velando aquel espíritu maligno que gozaba hurgando en mi llaga, ahondándola sin compasión. A veces lograba adormilarme y en los sueños aparecía la rampa y un monstruo negro, que era Antón; después, haciéndome guiños, surgía el vigilante asfixiado. Sudaba y debía revolverme en la cama porque una vez creí oír ruidos y me di cuenta de que, procurando ahogar sus pasos, mi madre se apartaba de la puerta. Estaba espiando mi sueño. Echándome el abrigo sobre los hombros, salí a la cocina. Allí la encontré, con los ojos

enrojecidos por el llanto.

—Madre…, no puedo dormir. Veo la rampa y al vigilante. ¡No llores, madre!

Me abracé a ella y lloramos juntos largo tiempo. Y aquello nos calmó a los dos. Cuando volví a la cama, por un momento intentaron renacer las pesadillas. De nuevo quedaba encerrado en el coladero. Otra vez parpadeaban las lucecitas y aparecía la mula del Fiebres; y aquel hombre que gritaba: «¡el expreso de Shanghai!»; y aquellas piedras que me aprisionaron. Y la noche, la noche…

Al fin llegó el sueño. A mi lado, sin yo percatarme, velaba mi madre, mirándome con infinita ternura. Me lo diría al día siguiente.

CAPÍTULO XII
LANDA, ERES UN HOMBRE…

Había transcurrido una semana. El sol, inusitado para la época, derritió grandes cantidades de nieve. El Valle, pese a que las cumbres aún permanecían blanqueadas, comenzaba a mostrar su rostro verdinegro. A lo lejos se arremolinaban bandadas de nubes portadoras de nuevas nieves, chillaba el viento con el acento de un confuso galopar de caballos y el río bullía más saltarín que nunca, replegándose al acercarse a la choza de la tía Mogotes. Por allí, costeando el Pantano, comenzaba a recogerse sobre sí mismo, adentrándose en los terrenos minados. En aquellas aguas, ya enturbiadas, o en las tinas situadas ante las puertas de las casas, las mujeres lavaban los trapos gastados de la minería. Las largas hileras de pantalones y chaquetas puestas a secar, rectas como los cables por los que discurrían las vagonetas aéreas, o serpeantes como los caminos que se aventuraban entre las escombreras y los planos, semejaban desfiles de hormigas disciplinadas. Otras hormigas, mineros en marcha, pocos porque era fiesta, iban perdiéndose por las bocaminas, camino de un pan esperando ser arrancado en las negras profundidades de los túneles.

Era domingo, mi primer domingo minero. Me había acostado pronto y tardé mucho en dormirme, fijos los sentidos en la llama del Carmelón y el cuerno de caza, aviso de los caminantes. El rumor afilado del viento, como un grito absurdo que rasgase la noche, también cooperaba a enhebrar aquel canto atormentado que suponía el traslado de los «restos» de mi padre, la tragedia despertada bruscamente. El saludo de un perro al amanecer, aún me encontró despierto. Un amanecer más en fiestas, que, tan callados siempre bajo los clavos brillantes de la luna y el descanso de los hombres, encantaban mis ilusiones de niño.

Sí, me encantaban las madrugadas festivas. Eran horas y días inventados para cobijo de todas las ilusiones, aunque al anochecer

cayese como una losa el desánimo de la nueva semana comenzando. Los domingos, mi madre me ponía el traje «nuevo», que, aunque muy recosido, brillaba de limpio. En vida de mi padre solía pasear con él y luego comíamos juntos, sin prisa, hablando de minas y futuros.

Aquella mañana sería diferente a las demás, llena de sueños a punto de cristalizar. Consciente de estarme forjando a golpes secos y calientes, ansioso de que la gente lo supiera, ardía en deseos de llegar a la explanada de la iglesia. De allí partían las noticias. El Valle entero diría pronto que yo era minero. De no ser por el traslado del cementerio, que tendría lugar por la tarde, y que me producía un confuso temor, aquel día hubiese sido uno de los más hermosos de mi vida.

* * *

Debía llevar a casa de Antón su ropa sucia. Cogí el paquete y me encaminé hacia el monte. Mi Valle, aligerado por el sol de grandes masas de nieve, parecía respirar aliviado, contento. Yo también lo estaba, ya cobrado el primer jornal de mi vida. Con él reducimos un poco la deuda que teníamos con el tío Dineros. Mi madre me había dado un beso que no olvidaría nunca.

Marchaba silbando por entre las escombreras abandonadas, grandes como colinas. Sobre las viejas escorias, convertido en polvo su caparazón, comenzaba a brotar, en forma de avanzadillas, un pasto descolorido. Poco más allá se levantaban un grupo de chozas habitadas por campesinos llegados a la cuenca dos años antes. Frente a ellas, sin duda poniendo aún pesadillas en los sueños de sus moradores, se abría una bocamina. Ni un árbol, ni un pájaro que acercase los recuerdos de la vega.

De un túnel salían en aquel momento tres obreros. Sucios, cansados. Saludaron a dos niñas que, contrastando la blancura de sus ropitas con tanta tierra ensombrecida, marchaban cogidas de la mano, y siguieron adelante comentando cosas de entibos y barrenos. Ellas, en el idioma increíble de los balbucientes años, hablaban de vestidos y comidillas. Otras jugaban a las casitas, construidas con barro negro y espeso. Eran casi todas rubias. Aquellas laderas formaban la solana del valle. Por allí, decía mi madre, las vacas daban más y mejor leche.

La mina vomitó una cuadrilla más de mineros y ahora experimente un súbito y extraño desasosiego. Eran picadores, venían de una rampa, igual, quizá, a la que unas horas después me

volvería a ver arrastrar carreñas. Miré mis pantalones cortos, mi chaqueta recién planchada. Y seguí asombrándome de aquel contraste, de saberme mitad niño, mitad hombre.

El terreno estaba socavado por los túneles. El techo de varios de ellos afloraba a la superficie, provocando el hundimiento de algunas chozas y el reblandecimiento de los prados. El cráneo de la tierra se agrietaba, cedía ante la mina avasalladora. Lo contrario de lo que ocurría al otro lado de la carretera, donde se crecía con la escombrera, amenazando el campamento blanco del cementerio. Allí, el estéril, abalanzándose sobre los huesos de los mineros enterrados, obligaba a trasladarlos. Decía el señor Marcos que con los restos transportarían un metro de tierra sagrada. También se irían los caracoles que vivían entre las tumbas, iguales a aquella familia que en fila india atravesaba el sendero. Les dejé pasar sin molestarlos, porque mis juegos de niño me habían enseñado que eran los únicos que en las noches sin luna hacían compañía a los muertos. Tampoco cogía nidos ni mataba pájaros. Reconocía que algo había cambiado en mí, si bien a veces recordaba con facilidad las cosas de chiquillo.

Eso lo comprobé una vez más cuando, ya dejada la ropa en casa de Antón, bajaba a la carretera. Me crucé con las «tres gordas», juntas, enlutadas y emperifolladas, y, como siempre, marchando del brazo camino de la iglesia. A grito pelado me burlé de ellas, llamando la atención de unos mozos que, aprovechando el domingo, amontonaban piedras ante sus casas, previniendo las posibles riadas del Valhundido. Los jóvenes, también a gritos, les recordaban sus vidas sin macho. Las «tres gordas» se enfadaron y yo reía a mandíbula batiente.

Cuando llegué al templo ya había empezado la misa. Encontré a mi madre arrodillada bajo el púlpito. Estaba muy guapa con aquella saya negra y el pañuelo recogiéndola los cabellos. Se había puesto las madreñas nuevas y los escarpines grises, con brillantes abotonaduras. Se las había regalado mi padre cuando eran novios.

En las primeras filas se hallaba don Magnífico, rodeado de los principales de la cuenca. Detrás, los capataces y vigilantes.

—Reza por tu padre. Pide a Dios que se apiade de él —me murmuró al oído.

—Sí, madre… «Padre nuestro, que estás en los cielos…»

No pasaba de ahí. Prefería repetir:

—Padre muerto, que estás en el Pozo…

Mi madre, fijos los ojos en el Cristo, parecía conmovida por la plegaria. Yo la miraba de reojo. Oró largo rato; luego bajó la vista

hacia el grupo de notables. Y dirigiéndose a Jesús recitó con voz apagada una extraña oración:

—Señor, para nosotros poco te pedimos. Es por ellos, Señor, que pusiste en nuestro camino para apartamos de la fe. A otros como ellos les arrojaste del templo; a éstos, perdónalos, Señor, que no saben el mal que nos hacen. Dios te salve, María, llena de eres de gracia…

Yo rezaba otras cosas que me había enseñado la tía Mogotes. Rezaba por aquellos que hacía dos mil años salieron de Valhundido para pedir a Jesucristo que viniese a predicar a mi Valle. El único que logró regresar dijo que había visto el árbol de donde hicieron la cruz, y que llegó a un sitio donde el mundo estaba en llamas y los hombres hablaban como perros. Las oraciones por mi padre prefería recitarlas frente al Pozo.

Terminada la misa fuimos saliendo detrás de los notables. Estos se detuvieron en la puerta, entretenidos en una greguería sonora. Al fin la dejaron libre, encaminándose a los coches que les esperaban en la carretera.

El Luces se acercó, jovial y dicharachero.

—¡Hola, Landa, qué alegría encontrarte! ¿No sabes que te tocó el pollo? Al bajar lo dejé en casa de la señora Andrea. ¡Es el mejor de mi corral.

—Muchas gracias, señor Luces —agradeció mi madre—. ¡No sé cómo vamos a pagárselo!

La presencia del lampero me ensombreció unos instantes. Con él se aproximaba la mina, por la que seguía sintiendo miedo y repulsión. Pero no tardé en olvidarlo. Antón me había invitado a una gaseosa por llevarle la ropa, y además tenía una peseta que me dio mi madre porque ya era minero. Vería a mis amigos y les contaría lo del vigilante y lo de la rampa. ¡Iban a rabiar de envidia!

—¡Me voy, madre!

Corrí carretera adelante tras un automóvil que iba abriéndose paso a golpes de bocina. La gente le saludaba, cantando a gritos:

El automóvil, mamá,
ya se va para la Rasa.
Por espacio de unos días, mamá,
¡no habrá desgracias!

En el puente estaba la panda, ya dividiéndose en dos bandos para comenzar su juego favorito.

—Mira, Landa! —a Quintín le saltaban los ojos de gozo—. ¿Juegas, Landa?

—No, no juego. Yo ya soy minero…

—Juega, Landa, que si no Colás nos gana siempre —me suplicó el manco—. Sólo una vez. Yo también tengo que ir luego a por truchas. ¡Mira, te dejo mi pistola nueva!

—¡Bah! ¡Yo tengo en casa el revólver de mi padre, que es de verdad, y voy a matar al oso!

—¡Qué le vas a matar! —me contradijo, fastidiado, Colás.

—¿Que no? Y el otro día saqué al vigilante, que se estaba asfixiando. Había merendado grisú, ¿verdad, Quintín?

—Se lo debías de decir a Pepito «el Exquisito» para que rabiase —me recomendó el hijo del tío Libros.

—Él no puede ser como nosotros porque tiene mucho dinero. ¡Es una lástima!

La gente miraba hacia las laderas de poniente. En una bocamina se notaba una animación especial.

—¡A lo mejor pasó algo! —dijo Quintín, nervioso.

—Puede ser —repuse suficiente—. En la mina siempre tiene que haber un brazo o una pata asomando.

—¡Ahí va! ¿Y los domingos también?

Me sentía hombre. Pero aún sabía llamar a las cosas por ilusiones. La de pavonearme ante mis amigos por ser minero, era una de las más hondamente acariciadas.

—Bueno, ¿juegas o no? —preguntó impaciente Colás.

—Pero un rato sólo, ¿eh? Como siempre, el Macario vale por tres chiquitajos.

—¿Me dejas ir contigo? —me suplicó un crío harapiento, mostrándome su pistola de madera.

—Bueno, y otro que vaya con el bando de Colás.

Los pequeñajos no terminaban de ponerse de acuerdo.

—Yo soy bandolero. ¡El guardia lo serás tú!

Levanté el arma y, animando a los míos, comencé a correr.

—¡Adelante, bandoleros de la «Mano Blanca»!

Poco después me sentía regresado al mundo infantil, dejado a mis espaldas una semana antes; a la sonrisa de juego, despierto de nuevo para la fantasía y el regusto simple por las cosas de mi edad. Otra vez corriendo por las laderas abiertas, emocionado con las partidas que yo organizaba y hacía triunfar. Cuando pasaba ante una bocamina o me ocultaba tras los pliegues de una escombrera, un golpe de inquietud me detenía. Mi alma infantil, y quizá ya envejecida, se agitaba desorientada. Lo olvidaba, y otra vez al ataque, empujado por un sentimiento de dicha, de feliz supervivencia. La canción y el juego brotaban al fin,

definitivamente victoriosos; volvía a saborear la vida, adormecido el pequeño triste que en ella parecía haberse anidado.

—¡Ganamos!… Bueno, ahora me voy.

Allí quedaron mis amigos haciendo un nuevo reparto de efectivos. Adecentando mi ropa, llegué a la puerta de «El Oasis». Junto a la ventana tres viejos desheredados chupaban, entre bruscos tiritones, el sol de la mañana. Dentro había mucha gente y aquello me cohibió. El codearme con mineros sin la presencia de mi padre significaba también una puesta de hombre. Casi tanto como subir a la rampa.

—¡Silencio, que entra un minero! —anunció Cubadín a grito pelado.

Me fui hacia él con los puños cerrados, ardiendo de indignación

—Tú eres tonto, ¿sabes? ¡Y, además, un enano!

—¡Je, je! —rió zorro Repetidor—. ¡Qué huerfanito más campestre nos ha salido!

—Calla, Repetidor, que tienes una risa muy roncadora —se mofó alguien a mi espalda.

Cubadín, sin hacer caso de mis insultos, se frotaba las manos lentamente.

—¿Así que a tu temprana edad ya tienes el chisquero seco? ¿Así que vienes a soplar como cualquier animal? ¿Así que…?

—No hables con tan poca alcurnia a un niño infantil —le censuró el señalero, interrumpiéndole.

—Vengo, a buscar al señor Antón que me invitó a una gaseosa por llevarle la ropa, ¿te enteras?

—Estará inmiscuido en la bolera —creyó Repetidor.

—¡Ajá! —el caballista, emperrado en sus bromas, daba vueltas en torno a mí—. ¿Así que tú eres el que cree que las «castañas» van pasando a fuerza de vino? ¡A ver esas manos!

No podía enfadarme con Cubadín porque había buscado a mi padre. Aunque dispuesto a marcharme, le mostré las palmas.

—¡Ya te escribieron la suerte, chaval! —volvió a hablar el minero que opinaba que Repetidor tenía una risa muy roncadora.

—No importa. Como quiero ser hombre pronto…, ¡adiós!

Ya en la calle, el bueno de Vagabundo corrió tras de mí.

* * *

En la bolera reinaba siempre una gran animación. Incluso en invierno, allí se reunían los mineros aficionados a los bolos y los ejercicios de fuerza, que desde la llegada de Casiano habían

adquirido gran interés. Se adiestraban en el tiro de barra, la carrera de rosca y medían sus fuerzas ante un garrote, prácticas que, según decía el señor Marcos, eran heredadas de los atletas griegos y romanos.

Los hombres de la cuenca, acompañados de sus familias, daban a la bolera y a la explanada lindante un ambiente de fiesta. Los viejos silicosos liaban con parsimonia un cigarro, que ahondaría aún más la llaga de sus pulmones, y algunos hasta se decidían a jugar una partida de chito. Los pequeños revoloteaban en torno a los abuelos, pidiéndoles una perra, que, indefectiblemente, iba a parar al puesto de los churros. Siempre había alguien que tocaba una gaita o una armónica, y no faltaban unas parejas que danzasen sobre la nieve sucia. Los enamorados, cogidos de la mano, y después de pasear su felicidad como quien muestra un reloj de oro, terminaban por perderse en las márgenes del río. Cercando el rectángulo de juego, pegado al improvisado baile, los aficionados discutían, apostaban, mientras los protagonistas afinaban la puntería intentando derribar el simétrico artilugio de palos.

A veces, cuando más interesante estaba la partida, un balonazo echaba por tierra los bolos, produciendo gran indignación entre los asistentes. Y allí llegaba el buenazo de Dale-Dale a pedir perdón para sus pequeños amigos y recuperar el esférico. Por el contrario, cuando éste caía al río, los chicos levantaban tal guirigay que el rostro de los boleros se iluminaba con sonrisas de traviesa satisfacción.

No faltaba tampoco algún cohete, reservado de las fiestas, que ardía entre las piernas y las patas de las mesas. Dale-Dale solía ser el instigador de tales chiquilladas. Aunque media hora después apareciese en la bolera rodeado de su mujer y sus siete hijos.

* * *

El tío Mañón se hallaba acompañado por su hijo y Juanito Juan. La señora Juana y Selva se acercaban en aquel momento con un manojo de churros en la mano.

—Buenos días. ¡Hola, Selva!

—Mira lo que compré. ¿Quieres uno?

—Si me das dos, mejor; así doy uno a Vagabundo… ¿Nos deja ir a jugar, señor Felisandro?

—¿Dónde? Aquí estáis bien.

—¡Pues por ahí! A lo mejor vamos a «El Oasis» y tomamos una gaseosa. Como tengo una peseta…

—A «El Oasis», no —se opuso la madre—. ¡Está siempre lleno de hombres!

—Los domingos, no, señora Juana. Van las familias…

—¿Y a qué vas a jugar, Landa? Tú ya eres un minero —dijo el tío Mañón halagador.

—Pues a saltar y robar manzanas y destripar serpientes. Y a lo mejor cogemos una trucha en el río, ¿vamos, Selva?

—¡Vamos!

Con aquel instintivo ademán que ya nos era familiar, nos cogimos de la mano y corrimos por la explanada. Cuando nos habíamos alejado un centenar de metros nos detuvimos, alborotada la sangre en las mejillas.

—¡Qué buenos son tus padres!

—Y tu madre también. Si no fuera por la tonta de Carolina iría a tu casa cuando salieses de la mina. Así estaríamos mejor, ¿verdad?

—¡Claro! Y cuando nos hiciéramos mayores me jurarías que me querías como hacen los grandotes.

—¡Te lo juro!

En sus ojos había una luciente mirada de felicidad.

—Bueno, pero… Los mayores cuando se quieren se ponen muy tontos. ¡Bah!… ¿Vendrás a mi casa?

—¡Claro que sí!… Pero si voy a comer todos los días se enfadará tu madre —se ensombreció la muchacha—. Mi abuelo dice que soy un estorbo y que como por tres.

—Ya no importa porque cobré ayer y voy hacer horas extraordinarias. Ahora ya tenemos siempre pan y patatas. Aunque vengas es igual.

—Todos los días, ¿eh?

—Si comes poco, sí. ¿Vamos a coger truchas y las asamos?

—¡Vamos!

Corriendo, bordeamos el río. Al llegar al remanso encontramos a Quintín rodeado de unos pequeñajos. Tenía amontonados en una cesta un par de docenas de peces.

—¿Me dejas la caña, Quintín?

—Qué chica más guapa. ¡Ahí va, si es la del otro día! ¿Es tu novia?

Quintín estaba deslumbrado.

—No, porque somos pequeños. Pero cuando seamos mayores lo será. Y a lo mejor la beso y todo. ¿Me dejas la caña?

—Si quieres te doy dos truchas… ¡Que la besarás! ¡Ahí va! ¿La besarás? ¡Uy!

—Pues claro, como hace Vitelón con la Remolque y el Fiebres

con la Caricias. ¡Todos lo hacen!

—¡Ahí va! ¡Ahí va!… ¿Y Rosita?

—Dame truchas, ¡anda!… ¿Rosita? ¡bah!

—Sí, ya verás —repuso poco convencido—. Bueno, toma cuatro. Pero cuando juguemos el domingo me tienes que llevar en tu bando. Si no, no te vuelvo a dar.

—¡Tienes que correr más, que pareces un silicoso! Antes no hiciste nada.

—Me estaré entrenando toda la semana, ¿eh? ¡Aunque me falte una mano, con la otra disparo igual!

—Dame las truchas, ¡venga! —volví a pedirle, exigente.

Quintín nos dio cinco peces, uno más para Selva. Dale-Dale nos proporcionó un fósforo y sobre la orilla del río hicimos lumbre. Minutos después estaban asados.

—Están casi tan buenas como el chorizo. ¡Y eso que no tienen sal!

Selva comía con voracidad. La brillaban los ojos de alegría. Se reía enseñando sus dientes de ratita. Bruscamente se ensombreció.

—¿Por qué te hablan tanto de Rosita? ¡Eres tonto!, ¿sabes?

—¡Bah, es una pequeñaja! No vale nada.

—¿Y yo si valgo?

—Tú sí, aunque tienes las piernas muy flacuchas —repuse, afanándome en limpiar el espinazo del segundo peje.

—¿Y si como más ya no las tendré?

—¡Pues claro! ¿No ves que se llena el pellejo de cosas?

—A mí no me gusta el maíz, pero voy a comer mucho, ¿quieres?

—¡Ja! ¡Ja! A lo mejor te pones como las «Tres gordas». Toma, «Vagabundo», ¡más raspas!

* * *

Después de comer se llevaría a cabo el tan esperado y temido traslado. Se abandonaba el «campamento blanco», ya invadido, saltada la tapia por la escombrera. Los carpinteros habían trabajado a marchas forzadas construyendo cajones donde, ante la presencia de algún familiar, eran depositados los restos de sus deudos. En los preliminares del segundo enterramiento a algunos les faltaba valor para asistir al macabro manoseo. Suplicaban con voz plañidera:

—Mire, Cándido, yo no vendré ¿sabe usted? No podría ver los huesos de mi Mariano, pero yo le daré lo que sea. Me los recoge todos y los coloca bien en esta cajita. Que no se pierda ninguno, ¿me oye? Dicen por ahí que tenemos algunos huesines muy

pequeños y que se caen si no se mira mucho. Yo le daré lo que sea…

—Sí, mujer, sí —respondía el sepulturero, arrojando una calavera a un cajón.

Llegaba después otra mujer enlutada.

—Está mi marido y el chico, que ya sabes que se los llevó la mina el mismo día. A lo mejor sus huesos están mezclados. Los de la chica están encima. Como hace menos tiempo tendrán aún carne. Con ella no te confundirás. He traído tres cajitas y luego las metes todas en una, ¿lo harás?

—Sí, mujer, sí…

—Los enterré juntos porque cuesta tanto la tierra… Adiós, Cándido, y no te confundas. Los huesos del chico son más pequeños que los de mi Andrés…

Otra viuda se acercaba.

—A mi difunto hace ya muchos años que le cayó encima el costero, pero a mi Elías a lo mejor le hace falta un cajón grande. Él se mató hace poco. Cuando entró en la galería estaba bien y al volver había cedido. El pobre se dejó el cráneo pegado a la trabanca. En la cabeza verás que tiene una abolladura. Es mi Elías.

—¡Si no se subiesen encima del tren, como se lo tienen dicho!

—Ya sabes, los chicos… Los pondrás apañaditos, ¿verdad Cándido?

—Sí, mujer…

Sentado en los bordes de la tierra, viendo trabajar al sepulturero, oía aquellos ruegos, en los que había tanta amargura, tantas lágrimas amansadas. Pensaba que el señor Marcos tenía razón cuando aseguraba que de una raza de hierro provenían aquellas mujeres mineras.

* * *

Cándido, mirándome de una manera extraña, adivinando quizá lo que quería preguntarle, había intentado echarme varias veces. Pero yo seguía allí merodeando aquel féretro de cinc que se alineaba junto a cinco más. Cuando me detenía frente al cuarto, empezando por la derecha, el sepulturero resoplaba inquieto. En cada uno de ellos aparecía un nombre escrito a tiza. En el de mi padre, la tosca mano del enterrador había garabateado unas letras: Landa.

Cuando le pregunté por qué había escrito aquello, me miró con desconfianza y me acordé de «Vagabundo» cuando quería algo y no

se atrevía a pedirlo. Gozaba inquietando a Cándido porque él fue uno de los que se prestó al dramático juego. Él sabía que no encontraron más que escombros, como yo estaba seguro que mi padre no saldría de la mina hasta que yo le sacase. Aunque para entonces sólo hallase polvo blanco, comido el cuerpo por los ácidos y las ratas.

Me sentía impresionado ante aquel enterrador que manipulaba con los huesos humanos como si fuesen cascotes. Casi prefería que las cosas siguiesen como estaban a que los restos de mi padre fuesen simples piezas de un aburrido mecano en las manos torpes de Cándido. Mayor tristeza experimentaba al contemplar las fragmentadas osamentas de alguien que yo había conocido. «Aquello» era el pobre Roxo, que se ahorcó una noche después de haber ido a bañarse al río y ponerse ropa limpia. ¿Para eso pidió a su mujer una camisa?

«A mí que me tengan siempre lavado» —repetía el silicoso.

«Vienen los hombres y pasan como nubes» —dice el señor Marcos.

En verdad, ¿sabía alguien de dónde veníamos ni a dónde íbamos? ¿Sería cierto que resucitábamos al final del mundo? Me costaba creerlo, ahora que por primera vez veía un esqueleto. Tantos amores, tantas esperanzas, tanta muerte ¿para aquello? ¡Vaya asco!

—Oye, Cándido, ¿los huesos son todos iguales?

—Más o menos —respiró aliviado ante mi ingenua pregunta.

—¿Y los de don Magnífico también?

—Los de ése no lo sé. Le estoy esperando con muchas ganas, pero como está bien cebado…

—¿Y para qué volvéis a enterrar los cascotes de mi padre? ¡Si está en la mina, tonto! —le solté de sopetón, gozando por adelantado con su nerviosismo.

—Tú sí que eres tonto, ¡aunque no estés en la mina! —exclamó reanudando apresuradamente el trabajo.

—Te apuesto algo a que en su caja no hay más que piedras, ¡di! ¿te apuestas algo?

—¡Lo que quieras! Una cajetilla contra una gaseosa. ¡Va!

—¡Venga! ¡Vamos a abrirlo!

—¿Abrirlo?… —me miró con ojos de loco—. ¿Sabes lo que dices? ¡Anda, larga de aquí si no quieres que te dé con la pala en la cabeza!

—¡Ves! ¡Ves! —me aparté de él de un salto, sacándole la lengua —. ¡Lo que pasa es que no quieres pagar!

En aquellos momentos creí que ya no me importaba que el enterrador intentase engañarme. Era minero y las rampas me acercaban a mi padre. Él estaba en el túnel y allí podía rezarle como otros lo hacían en un cementerio.

Sin embargo, cuando al dirigirme hacia la salida volví a pasar frente a la hilera de féretros, sentí por el que mostraba el nombre de mi padre una vertiginosa atracción. Y lentamente, presa de una amargura enternecedora, alargué los brazos para acariciar aquel latón oxidado. Había en mi ademán mucho cariño, mucha caridad, otra vez despierto el vacío que dejó su marcha y que yo intentaba colmar refugiándome en las cosas que él tocó, siendo amigo de sus amigos, ansiando ir al Pozo que le mató. Todos mis sueños y pesadillas estaban al alcance de mi mano, de un anhelo… No era capaz de pronunciar una palabra, de romper aquel silencio que nos unía tan íntimamente. Sólo piedras, allí había sólo piedras, estaba seguro. Pero aun así, aquella caja de muerto sobre la que el tosco Cándido había garabateado el nombre de mi padre, lograba despertar en mí oleadas de sentimientos, acercándome la muerte como algo melancólico y pequeño…

—¡Landaaaa! ¡larga de ahí!

¿Cómo logré creer que aquel traslado que durante toda la noche atormentó mi sueño no me impresionaría? ¿Cómo pensé que al ver el ataúd de mi padre sobre la nieve sucia y deshilachada no iba a sentirme indeciblemente triste, a sentir abriéndose sin ruido la herida provisionalmente cerrada?

En mi dolor había mucha comprensión para los mayores que engañaban; para el falso indicio de sus voces, dictadas por tanta y tan continuada tragedia.

De aquel ataúd emanaba un algo que arrebataba toda otra sensación que no fuese la vieja y adormecida pesadilla, la honda pena que sentía por mi padre y por todos aquellos que estaban a su lado. ¿Por qué la gente que queríamos moría y llegaban otros que sólo conocíamos de vista y a los que empezábamos a querer para que el olvido fuese mayor? ¿No sería la vida una burla, tan sólo unos sucios huesos los hombres que morían a nuestro lado o ya se habían ido? Mi padre, cuando se sentaba a la mesa y jugaba con Carolina, mirándola embelesado mientras limpiaba la pipa, o cuando marchábamos juntos por la carretera, cantando, llenos de vida… Mi padre, allá en la mina o en el ataúd que mis dedos tocaban con respeto sagrado, ¿también se habría convertido en media docena de repugnantes huesos?

Mi padre debía de estar vivo y había muerto. ¿Por qué? ¡por

qué!

El sepulturero se acercaba gritando y tuve que marcharme. La gente comenzaba a llegar y por nada del mundo quería que mi madre me viese inclinado sobre los féretros terrosos, enrojecidos por el óxido.

Debía de estar vivo y había muerto, ¡¡por qué!!

Corrí, huyendo del cementerio. Algo me decía que no sería capaz de asistir a la farsa a punto de empezar.

* * *

Desde la alta atalaya veía a las gentes aglomerarse ante las puertas del camposanto. Los más allegados penetraban en él y tomando los féretros, volvían sobre sus pasos. Tras aquellos cuatro seres encogidos se formaban diminutos entierros que, pasando lentamente sobre el puente de madera, llegaban a la carretera. Cruzándola, enfilaban hacia las laderas de la solana, donde se alzaban las tapias blancas del nuevo cementerio.

Vitelón y sus amigos campesinos —«huérfanos» todos de víctimas mineras— llevaban sobre sus hombros el ataúd de mi padre. Casiano y el picador iban delante, seguidos de Juanito, Juan y Felisandro. Detrás marchaba mi madre, mirando, escudriñando gentes y laderas. Estaba buscándome.

No me agradaba que cambiasen el cementerio. Allí, junto a la escombrera, los mineros muertos seguían oliendo el carbón y oyendo del río amigo el continuo pasar de su corriente. El señor Marcos decía que muchos marineros pedían ser enterrados en la orilla del Océano para escuchar la llegada de las pleamares y asistir a la salida del sol. Además, ¿pondrían en las nuevas tumbas los letreros en los que rezaban los «hechos de armas» de los caídos en el trabajo?

«Landa Jalón Nava, caído en explosión de grisú el 7 de julio de 1910.»

Estaba dispuesto a pedírselo a Cándido, a trasladar yo solo las cruces de todos los vencidos por la mina; a impedir que la gente olvidase que fueron valientes, aunque no marcharon a la guerra entonando himnos ni les dieron medallas. Para bajar, para arrancar a la mina el pan, había que tener durante toda una vida madera de héroe, había que vivir en esforzado, en continuo alerta y generosidad ante otras vidas en peligro.

Eso decía el Patriarca y tenía razón.

¡Cuánta alerta, cuánta generosidad iba escondida en aquellos

bamboleantes cajones! ¡Y qué bello parecía mi Valle, recorrido por tantos diminutos entierros! ¡Qué blanca la nieve y qué encogidas las gentes! Andaban despacio, a pasitos cortos, como temerosas de que un bandazo pudiese despertar a los muertos, aquellos «huesines» que con tanta ansia rogaba la mujer enlutada que estuviesen bien apañaditos. Desde mi atalaya, presa de una soledad impresionante, iba repasando con lentitud de obseso mis íntimas inquietudes, mi secreta desolación. No era tristeza. Algo extraño me embargaba, como el peso de una amargura cuando ya se ha olvidado el motivo del dolor.

Ya estaban las gentes enterrando sus huesos queridos, echándoles tierra encima, nivelándola. A mi padre le metieron en un agujero, visible desde mi casa, junto a la tapia. Mi madre debía estar llorando, seguiría buscándome. No me importaba que sufriese. Más sufría yo alejado de la farsa, en las alturas, como un pájaro ebrio de ternura, de desolación humana. ¿De dónde venía yo? ¿A dónde iba? ¿Por qué estaba mi suerte tan duramente reglamentada?

¡Qué solo me sentía!

* * *

Aquella noche comencé a comprender al Auténtico cuando decía que «lo mío» era como echar agua al sol o soplar a los vientos. Tal vez por eso callaron los recuerdos febriles, aquella desesperación humilde y tímida en la que mi espíritu parecía enronquecer de llamar y llamar. Inexplicablemente la farsa del traslado me había serenado el espíritu. Dormí profundamente.

Me despertó mi madre. Después de desayunar, tomando el hachón y el revólver, salimos a las tinieblas. El viento silbaba lúgubre sobre el rostro arrugado del valle; ni una estrella rompía la hosca inquietud de las alturas. A lo lejos, los aullidos de los lobos y las hileras de antorchas entenebrecían aún más el ambiente. Mi madre, como habíamos convenido la noche anterior, me acompañaría tan sólo unos metros, hasta el repecho del Camino…

—¡Vete, madre…! ¿Me oyes?

—Hijo, espera que vaya a por el abrigo… ¡iré contigo!

Sin decirla adiós comencé a correr. Poco después me envolvía la noche absoluta, tragadas las luces del pueblo por un desmonte.

Quedé sólo con mi miedo, aquel mismo que en la galería me obligaba a volverme, creyéndome perseguido por un fantasma; un miedo que daba más frío que el viento o la nieve. Pero no duró mucho. Me sentía empujado a ser hombre, a evitar a mi madre

tantas fatigas que terminarían por quebrantar su salud. No podía gritar ni ser cobarde. Me puse a cantar, como siempre que quería alejar el temor a los túneles, a los campos, a mi habitación a oscuras: el miedo primitivo a las tinieblas. En un esfuerzo de voluntad sobrehumano, me detenía frente a las matas que podían ocultar lobos, las apartaba, vencía. Luego, mirando desafiante a la oscuridad punteada de nieve, resucitadas por un momento las ingenuas bravuconadas de los juegos infantiles, gritaba:

—¡Sal si te atreves, maldito lobo!

La tensión de los nervios, el frío y la caminata iban debilitando mi ánimo. Felizmente no tardé en distinguir el resplandor de una hoguera. Aprovechando la noche, un grupo de campesinos-mineros habían comenzado a levantar unos chamizos de piedra y adobe. Ante la hoguera dejé que se derritiesen los trocitos de hielo pegados a las pestañas, que se calentasen mis pies y manos, doloridos, entumecidos.

—¿Dónde vas a estas horas, muchacho? ¡Y con revólver!

—A la mina. Como hay lobos…

—¿Minero tú?

—Buena noche para andar por ahí solo —dijo otro—. ¿Quieres un trago de aguardiente?

—Bueno…

Bebí. Era la primera vez que tomaba alcohol y me resultó tan fuerte que creí quemarme las entrañas. Cuando pasó el dolor sentí como una llama dentro del cuerpo y cesé de tiritar.

Camino arriba. Media hora después aparecieron las luces del Grupo. La segunda gran prueba de vida había terminado. Era feliz.

Todo lo feliz que puede serlo un hombre que se siente valiente.

* * *

Dos meses después el vigilante Rogelio, viejo amigo de mi padre, quizá apiadado de tantas caminatas y horas de trabajo, me prometió subirme con él en la vagoneta del plano. Me había puesto de ayudante con el ex campesino Nicasio, llamado Pechoduro porque en la cuenca éramos muy dados a los motes. Aficionado a la bebida, fuerte como un caballo, un poco contrahecho, la cabeza grande, altiva, Pechoduro había sido contratado dos años antes en el parquecillo donde se compraban y vendían mulas. Tenía en común con mis amigos de la vega la nostalgia por los surcos, la azada y los riegos. Sufría como un niño contemplando los despojos de lo que debieron ser hermosos prados, la tierra horadada, invadida por

oleadas de escombros.

—Aquí ya nunca podrá crecer un ciruelo.

Mi obligación consistía en enganchar y desenganchar vagones. La tarea requería cierta práctica si se quería terminar la jornada con los dedos completos, ya que casi siempre estaban en movimiento los pequeños trenes. Sin embargo, días después estaba tan familiarizado con mi trabajo que lo cumplía mecánicamente.

Junto a Pechoduro terminé de darme cuenta de la diferencia que existía entre los hombres de la galería y los del exterior. Tan profunda era, que cuando después de trabajar tres horas con ellos me despedía para encaminarme hacia la rampa, donde junto a Antón palearía carbón diez más, había en mis palabras de adiós un acento de íntimo y viril orgullo. Pechoduro y los suyos estaban fuera de peligro, de esa continuada ansiedad, compañera inseparable del hombre de las profundidades. Por lógica, tenían menos dinero y más hambre. Pero no por eso deseaban imitar a los envidiados picadores y barrenistas.

No olvidada aún la vida anterior, en la que el tiempo transcurría sin prisa, encontraban bueno cualquier momento para echar un «trago de conversación», según decían ellos.

—Pues yo te digo que la tierra no da vueltas. ¿No ves que ese pico está siempre ahí?

—Es que gira todo, Benito, ¡no seas bruto!

—¡Qué va a girar! ¿Tú crees que es verdad eso que leen los chicos en la «Grafía»? Alguna vez tendríamos que estar boca abajo, ¿no?

—¡Claro! O llegar a la tierra del vino. Da todo vueltas, hombre, por eso estamos siempre mirando al cielo —insistía Joselín, el vagonero.

—¡Bah! Tú te las quieres dar de sabiondo… ¡cuidado!

Un vagón se les había escapado, cogiendo rápidamente velocidad porque el plano tenía una inclinación de 45 grados. Dando saltos, terminó por tomar «vuelo».

—¡Eeeeeeh! ¡Ahí va esooo!

La vagoneta, empequeñeciéndose, se aproximaba a los hombres de la bocamina inferior, que corrieron a resguardarse de lo que se les venía encima. El carretón fue a destrozarse con gran estrépito contra el «estrelladera».

—¡Fuiste tú!

—¿Yo? ¡Tú, con tus vueltas a la tierra y el pico ese!, ¡atontao!

—Nos espera buena…

—¡Y usted que lo diga, par de animales! —el vigilante se plantó

ante ellos hecho un basilisco—. ¡Les voy a poner de patitas en la calle como vuelva a ocurrir! ¡Medio jornal de multa!

El vigilante se alejó refunfuñando, y tras él fueron los insultos velados de los campesinos.

—Medio jornal… —renegaba Joselín—. Pues a mí no me gustan las cosas a medias. ¡Ahí va eso!

De un empellón lanzó otra vagoneta hacia la pendiente.

—¡Ahí vaaaaa!

Los hombres de abajo, ya desconfiados, saludaban la llegada del bólido con agitados ademanes.

—Por una cincuenta ¿quién no goza viendo «navegar» un vagón? —se preguntó Benito, encantado por el espectáculo.

El vigilante Rogelio, aunque incapaz de despedir a nadie, no era un hombre cuando corrió hacia ellos. Amenazó cobrar el otro medio jornal y les cambió de puesto.

Cuando se disponía a marcharse, se le encaró el vagonero Joselín:

—Oiga, yo he visto a su hijo borrar en los cuadernos, ¿sabe?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que si él se equivoca, igual puedo equivocarme yo. ¡Y más si el lápiz es malo!

En lo del lápiz, aunque no guardase relación con su atolondramiento, había algo de verdad. Aquel material, comprado de desecho en una mina extranjera, era deficiente. Tanto el cable que, enrollándose en un enorme tambor subía y bajaba los vagones, como estos mismos, estaban tan desgastados que, pese a la continua vigilancia, no eran raros los accidentes. Esto lo sabía bien el señor Rogelio, el vigilante de la maniobra.

* * *

Durante los trabajos en el exterior, y muchas veces seguido por un perrazo lleno de garrapatas llamado «Nublo», debía pasar ante las bocaminas. Conduciendo un tren arrastrado por un buey, recogía «tiradas» de vagones aparcados en alguna vía muerta, o llevaba madera y hierro a la puerta del túnel. Entonces no podía evitar un ligero escalofrío. Aunque una hora después entrase en la mina y allí permaneciese diez más. Era instintiva la repulsión que sentía por aquellas gigantescas toperas.

Solía encontrar al Fiebres fumando un cigarrillo cerca de la entrada, en el límite de las sombras. Me hice amigo suyo un día que la gente se arremolinó en la puerta del hospitalillo porque habían

traído un muerto y un herido. El herido era el Fiebres, con un «ojo en la mano», según decían. Aún recordaba la maledicencia de las viejas «envenenadoras» del Valle.

«Ahora se le habrán acabado los amores con la Caricias» —masculló una mujeruca desdentada.

«Le está bien empleado, ¡por guarro!» —respondió la vecina.

Siempre que me acercaba al túnel me quedaba a charlar un rato con él. El Fiebres procuraba hurtar el cuerpo al trabajo todo lo que podía. Su pretexto siempre era el mismo: «coger luz», es decir, permanecer unos momentos en las primeras sombras con objeto de que los ojos se aclimatasen a las tinieblas.

¡Hola, Fiebres! El capataz viene por ahí.

¡Que venga! Yo tengo que «coger luz», que no soy un murciélago. No tengo ganas de andar dándome trastazos contra los hastiales… ¿Te gusta mi mula nueva?

—¿Es nueva? ¡A ver!

—Bueno, nueva en esta plaza. Pero ya debe de ser abuela. La bautizamos anteayer. Se llama «Francesa». ¿No ves que tiene los pechos al aire?

—¡Ahí va!, ¡si casi no tiene morros!

—¡Claro!, como que la debían de uncir a la «Pechuga». Esta «Fiesta de las mulas» va a resultar interesante. ¡Me voy, que por ahí asoma la trompa del vigilante!

El Fiebres, que ya había recibido buenas reprimendas, se alejó a buen paso. Según sus cuentas, el tiempo que pasaba sin hacer nada era jornal que aumentaba. Se sentía tan feliz robando un real a la Empresa, que yo ya le había visto golpear varias trabancas, desencajándolas. El Fiebres había provocado más de una quiebra, que si bien no ofrecieron peligro para sus compañeros, obligaron a trabajar en ella durante algunos días a una docena de entibadores. Contaba con mi silencio, argumentando:

—Si saben que esto está mal, pondrán más cuidado. ¡Así no pasará como cuando tu padre!

* * *

A veces me hacía la ilusión de que el tiempo de mina transcurrido iba endureciéndome. Sin embargo, no tardaba en reconocer que la rampa seguía siendo para mí una aventura dura y peligrosa; que ella avivaba mis sentimientos; que no terminaban de desvanecerse las suaves melancolías que me embargaban cuando pasaba por sitios o situaciones que mi padre conoció. En los

momentos más impensados volvían las antiguas tristezas, como traídas de la mano para hacerme odiar la mina. El recuerdo de mi padre matado por ella se traducía en un dolor extraño, deshaciéndose en mil formas, cuyo denominador común era aquella ausencia irremediable. Y yo la regustaba con paciencia de enfermo, sabiendo que aquello sólo me serviría para hacerme más desgraciado.

De aquellas recaídas sólo Antón era testigo. Mi madre hacía mucho tiempo que me creía liberado de tales angustias, olvidada ya de la impresión que debió de causarla el verme enterrar a Pajarillo para aplastarle con el puño, para sepultarle como estaba mi padre sepultado.

Pese a aquellos vaivenes de los sentimientos, sin duda que iba imponiéndome al mundo de las profundidades. Ya no me asustaba entrar a oscuras en un coladero porque se apagó la lámpara y el grisú prohibía encenderla; ni los ruidos de la galería o los ácidos que menguaban la luz y la vida. Ya conocía los síntomas del metanomuerto —Antón me había enseñado muchas cosas— y del que podía explotar. Y sabía cuándo, para hacerlo las menos veces posible en una atmósfera viciada, debía respirar suavemente. Tenía una rata prisionera como otros llevaban un pájaro. O un chucho, detector del anhídrido carbónico, el «veneno de los perros», que se extendía a ras del suelo. Era capaz de distinguir la quiebra inminente de los desprendimientos ligeros y sin importancia. Y hasta, en los momentos de ánimo, de decir en voz alta: «¡Aquí es donde se ven los hombres!», frase que provocaba la hilaridad de mis compañeros de trabajo. Había llegado a la conclusión de que ser hombre no era tan difícil como a primera vista parecía. Y me sentía feliz por reconocerlo. Aquel continuo contacto con lo sucio, lo duro y lo húmedo; con el peligro y la muerte amagando en cada esquina, suponía una buena escuela.

De cuando en cuando, en las rampas también se conocían grandes alegrías. El momento de romper el último tramo de tierra, de verla derrumbarse para permitir al sol bajar a alumbrar aquel infierno de tinieblas, era una de ellas.

Buenas o malas, todas íntimas, aquel molino de sensaciones iba acompañándome a través de los días y los meses, conduciéndome hasta casi los doce años que iba a cumplir la semana próxima.

El mes de junio ya jugaba con la primavera. Tres semanas después haría un año que mi padre nos dejó.

* * *

El polvillo y el grisú,
todo lo traga el minero.
¿Cómo puede ser posible
que pueda llegar a viejo?…

Arrojando distraídamente luz a mis pies, como si fuera incienso, cantaba galería adelante. La montaña, invadida por tanta sombra y arroyuelos, «lloraba» por la mayor parte de los sitios, reblandeciendo la tierra, obligando a un continuo relevo de postes y mampostas. Llegada ya la hora de reunirme con Antón, nos dirigíamos hacia el coladero. Yo daba unas vueltas al ventilador de mano, aireando la rampa. Mientras, el picador, despojándose de la chaqueta, repetía su vieja cantinela:

—¡Hala, a ponerse el traje de luces y arriba!

Aquel día era uno de los que el minero esperaba con más ilusión.

—¡Hoy calamos, chaval! Si la cosa va bien, a la tarde pinchamos la noche.

—Y ya van cuatro, ¿verdad, señor Antón?

—¡Justo, amiguito! ¿Te acuerdas cuando salimos por primera vez a la superficie y viste el sol?… ¡Casi te asustas!

De un ágil salto se encaramó en la chimenea, y yo le imité. Ya había aprendido a estirarme, a amoldar mi cuerpo a los estrechones y las curvas de la tierra, incluso a ir sobre la marcha tapando con «nata» las juntas abiertas en las tuberías de madera que servían de conducción de aire. Creo que lo que seguía impresionándome más eran los esfuerzos de Antón, el verle revolverse intentando pasar de frente o arrastrándose de lado, y a veces en sentido inverso, un tramo difícil. También me hostigaba el aire podrido. Cuando, buceando en las ondulantes entrañas de la tierra lograba llegar hasta la sobreguía alguna ráfaga medio limpia, mis pulmones se sentían liberados. Los días de fuerte viento, silbando ante las bocaminas como un guardián enfurecido, las rampas ardían de calor.

El picador, cuando me creía en alguna situación difícil, intentaba entretenerme. Me llamaba junto a él, y por unos minutos dejaba la pala y descansaba mi pecho, marcado por las correas de la carreña.

—Mira, esto es castaño —señalaba una mamposta que se disponía a colocar—. Es mala madera, se tuerce sin avisar que la montaña te cae encima. El eucaliptus es también de mala cría, orondo por fuera y podrido por dentro. Como don Magnífico Floro. Si alguna vez puedes elegir, escoge el roble. Es noble, cruje y te dice

cuándo no puede más. Así hay tiempo de escapar… ¿Qué miras tanto al techo?

—Nada, que…

—¡Que no hay gusanos de luz! Parece que a veces vuelve el mieditis, ¿no? Aquí hay que poner el ánimo de pie, si no…

—Sí, vuelve; pero cuando sea mayor ya no volverá nunca.

—No esperes tanto. El miedo, o lo matas o crece. La oscuridad, aunque no lo creas, nos viene bien. Si en la mina, sobre todo en el Pozo, hubiese luz, no se atrevería nadie a meterse en aquellas bocazas. ¡Se verían demasiadas cosas!… ¡Hala!, a ver si calamos antes de comer, que hoy debe hacer un sol de esos que salen en las películas.

Durante dos horas cargué carreñas y las arrastré al coladero. Antón picaba con ímpetu en aquella capa, empinándose a medida que se acercaba a la superficie. Agua, sombras, polvo; y mucha maleza, que se revolvía espesa, lejos como estábamos del poco aire limpio que vagabundeaba por la galería. Se desplomaba el carbón en bloques, deshaciéndose por efecto del choque, anulando el polvillo la visibilidad. Antón, como un héroe maldecido, luchaba sin cuartel contra la tierra honda; la destrozaba, presa de un ansia viril, de llegar arriba, al sol, a la nieve. Estaba pegado a mí, y cuando hablaba apenas lograba oír un sonido de ultratumba. A veces se detenía un momento y en la casi oscuridad me sonreía, torciendo su rostro cubierto por una costra de agua, sudor y carbón, entre la que resaltaba una hilera de dientes blanquísimos.

—Se respira mal, señor Antón —le decía, por contestar a su gesto.

—Esto de tener los coladeros sin calar, es mala cosa. ¿Te fijaste en la curva que pasamos esta mañana? Eso se llama un repuelgo. Hay un nervio de piedra en la tierra y hay que rodearle. Y esto donde estamos ahora, una «estrella.» ¡Más estrecha que las leyes penales! ¡Ven!

Sostenido por el picador, metí la cabeza en una abertura recta, encajonada entre dos paredes lisas, como un sepulcro vertical. Tan angosto era, que hasta un muerto se sentiría allí incómodo. Empujado por el señor Antón, sentía una vez más nacer dentro de mí un temor que no era físico. Y una desmedida impresión de palpar paisajes vedados a la vida, de tropezar al instante siguiente, ya que únicamente podría dejarse ver en sitios como aquél, con el espíritu de mi padre…

—¡Señor Antón! ¡señor Antón!

En aquella tumba la voz adquiría tonos sobrenaturales. El

picador me tiró de los pies y caí sobre el carbón, temblándome los labios, inundado por un sudor frío.

—¿Qué pasa, Landa?

—Señor Antón… —hacía esfuerzos sobrehumanos por dominar los nervios—. Ahí dentro está muy apretado y muy oscuro. ¡Parece donde entierran los muertos!

—Pues es una «estrella» ¿qué te parece?

—Una estrella…

—¿Te asustas? ¡Y yo que tengo que estirarme como si fuese una lombriz! ¡Es un fallo de la montaña! Apréndete el versito: «¡Fallo a la cabeza, carbón a los pies!»

—Es mala esta capa, ¿verdad? —le dije, intentando hacerle olvidar las preocupaciones que le causaba.

—¡Bah! lleva matada mucha gente, pero es por otros sitios. Aquí corre firme.

Antón volvió a perderse entre las rocas encajantes. Aquel agujero vertical no tendría más de cuarenta centímetros de ancho, y la hulla arrancada quedaba detenida por el cuerpo del picador. Con frecuencia debía descender, trayendo tras de sí un centenar de kilos de mineral y escombros. Pizarra, piedra, carbón, tierra…

—¡Mal aire! —refunfuñaba con voz apagada—. Dentro de poco tendremos el sol para nosotros solos.

—La rata está durmiendo. Se me doblan las piernas, señor Antón

—Hasta que nos durmamos nosotros aún falta un rato… ¡Maldita sea. ¡Aquí no se ve ni la luz!

—El terreno está muy blando —le dije palpando la tierra húmeda que caía— A lo mejor se desploma.

Al acercarse arriba siempre está igual. Es el agua. ¿Te acuerdas del último coladero que nos dio un susto?

—Sí…

Aquellas conversaciones parecían el bisbiseo de dos fantasmas,

* * *

La mañana iba transcurriendo lentamente. El picador se ensañaba en la veta, ya dejada atrás la «estrella». El carbón y la tierra se rompían, se quejaban. Un infierno de agua y polvo era aquel agujero donde dos bultos, dos seres nos revolvíamos como lagartijas gigantes. A veces, Antón, derrengado, se dejaba caer sobre el mineral, y yo le imitaba; apoyado en la pared, secándome lágrimas de cansancio e impotencia, la garganta reseca, me apartaba la esponja para escupir polvo y desaliento. Pronto

volvíamos a la tarea. Los huesos parecían rechinar, protestar por el esfuerzo: «¡Esto es lo tuyo!, ¡para siempre!» —gritaba dentro de mí una voz airada—. Recordaba mis primeros días de mina, cuando intentaba trabajar de prisa, limpiar pronto la sobreguía del mineral arrancado, buscar un fin a tanto esfuerzo. Luego había desistido. La tierra era infinita, estaría vomitando hulla días, años, siglos. Y días y años yo tendría que palear, dar vueltas al ventilador y sacudir la chaqueta, removiendo el aire podrido; aventar aquella atmósfera donde, en buena lógica, no podría respirar un ser humano.

La imagen de mi madre lavando, de Carolina pidiendo pan, me daban ánimos. La tía Mogotes decía que los muertos no morían del todo, que nos vigilaban. Quizá mi padre sabría de mis esfuerzos y angustias. Creía que estaría contento conmigo, y aquello me alentaba.

* * *

Antón había avanzado dos juegos más, la tierra era fácilmente removible, y me mandó a por unas mampostas[22].

Llevaba un cuarto de hora en la galería preparando los troncos, cuando me pareció oír un grito. Recorrí con la vista la oscuridad del túnel y sólo encontré tinieblas. Como impulsado por un resorte, corrí bajo el coladero y quedé unos instantes escuchando. Nada, silencio. Sin embargo, empujado por un sombrío presentimiento, me encaramé en la rampa y gateé por ella con toda la rapidez de que era capaz. El estrecho camino parecía querer sujetarme.

—¡Señor Antón! ¡señor Antón!

Me detuve esperando oír el familiar ¿quéeee? del minero. No llegaba y quise pensar que el picador estaba ya en la superficie… No, quizá no… Mis movimientos fueron espaciándose; un sudor frío invadió súbitamente mi rostro. ¿Estaría sepultado? ¿Se habría hundido la tierra sobre Antón? Sentí deseos de retroceder, de huir, de correr a llamar a los barrenistas, pero aquella tardanza podía serle fatal. Reuniendo ánimos, seguí adelante. A medida que avanzaba, el miedo intentaba paralizar mis movimientos; me espantaba la posibilidad de tropezar en aquellas tinieblas con un muerto. Los temores, las aprensiones, aquellas sensaciones inolvidables de mi primer día de mina, de aquel Matanueve que creí muerto, volvían agigantados. Las paredes, ¿no se juntarían, aplastándome? ¿No me desvanecería el grisú? Tuve que apelar a toda mi hombría de niño castigado, a todos los buenos recuerdos que guardaba del señor Antón, para seguir avanzando en aquel

agujero reblandecido y mortal.

Llegué al repuelgo, avancé hacia la «estrella», arrastrándome en busca del embudo final… Bruscamente me detuve. Un pálido resplandor se reflejaba, allá, hacia arriba… ¡El sol! ¡era el sol! Antón había calado, estaría descansando, tumbado en el césped, en la tierra. Agarrándome a los salientes del boquete, escalaba rápidamente el agujero, ansioso de salir yo también a la superficie… Quedé paralizado… Tocaba una cosa blanda, arrugada. ¡Ropas! ¡eran ropas!

Mis nervios se empinaron, amenazando saltar. Los salvaron, quizá, el inconsciente y febril esfuerzo de voluntad con el que, clavando las uñas como garfios, comencé a apartar escombros.

El cuerpo del desvanecido picador se hallaba cubierto de tierra y piedras hasta el pecho. Con el brazo izquierdo doblado sobre la cabeza, aún parecía intentar defenderse del derrumbe, que seguía amenazando. Sangraba su rostro, negro y rojo, asustante bajo el sol, ¡maldito sol!, que hasta él llegaba para empavorecer la imagen de un hombre muerto. ¡No!, el señor Antón respiraba suave, acompasadamente. ¡¡Vivía!! ¡¡Vivía!!

Apartaba la tierra con la furia de un enloquecido. Ya había logrado librarle de escombros el pecho, luego la cintura. Ahora me afanaba sobre las piernas, luchando contra minúsculos trozos de prado que seguían cayendo envueltos en agua y carbón. ¡Hierba! ¡Tocaba hierba en aquel condenado agujero! Nunca comprendería cómo, frenado momentáneamente el derrame, logré colocar un par de mampostas. Ya más sereno, cogí los brazos del desvanecido y comencé a agitarlos. ¿Era así como le hicieron a Matanueve la respiración artificial? ¿Cómo se la hice yo a Colás el día que jugábamos a los mineros?…

¡El picador abrió los ojos!

—¡Señor Antón! ¡Señor Antón! ¡No esté muerto! ¿Me oye? ¡No esté muerto!

En aquel rostro ensangrentado, en la boca hinchada, como estragado por los ácidos y los gases latía un infinito agotamiento. Intentó sonreír y el dolor le heló la mueca. Movió los labios sin lograr articular una palabra. En sus ojos, hostigados por el sol, intentaba adivinar lo que debía hacer, adivinar si la muerte avanzaba o, vencida por mí, se iba a retirando.

Una pierna ya estaba libre; la levanté, doblándola, porque el estrechón era agobiante, y fui echando debajo de ella los cascotes que cubrían la otra. Al fin, el magullado cuerpo del picador, que se agitaba como presa de minúsculos ataques epilépticos, quedó

liberado. Pese a su estado, Antón seguía siendo el práctico minero desconfiado de las rampas. Sus ojos, que vigilaban sin cesar las paredes del embudo, me avisaron del inminente desplome de un bloque de tierra. Me pegué al herido y, protegiéndole con mi cuerpo, manchándome con su sangre, esperé a que se desgajase el pequeño alud.

Pasó rodando junto a nosotros para ir a posarse sobre los escombros que ya obstruían el coladero.

El derrame había abierto una fisura en la tierra por la que surgía un arroyuelo.

—Agua… —pudo al fin hablar el picador.

Tomándola con las manos, acerqué el líquido a su boca. La lengua del minero pareció desentumecerse.

—La mina…, siempre pasa algo ¿ves?

—Sí, señor Antón… ¿Qué hago? ¿Voy a llamar al señor Gago? Se cegó el coladero. ¡Voy arriba!

Gateando como un felino, llegué a la superficie. El sol me obligó a entornar los párpados. Cuando los abrí me olvidé por unos instantes de la tragedia dejada a mis pies. Aquel hermoso prado, verde y verde, tan lleno de resplandores… Y allá el monte Arato; y al fondo la aldea, humilde y espejo de tantos destellos como bajaban deslizándose por las laderas… ¿Cómo podía ser tan bella la vida cuando había luz? ¡Nada más que con luz!

Miré al hoyo. En la penumbra, unos ojos blanquísimos y monstruosos parecían suplicarme. Antón, el rostro cubierto por una costra de sangre y carbón, caído entre escombros, indefenso, parecía el ser más abandonado de la creación.

En el prado vecino un aldeano derribaba árboles. Cuando después de una veloz carrera llegué junto a él, el jadeo apenas me permitía hablar.

—¡Señor! ¡señor!, hay un herido. ¡Ayúdeme a sacarlo! ¡Me oye! ¡Me oye!

—¡Chico, qué dices! ¿Dónde, dónde?

—¡En la mina! ¡Allá arriba! —miraba hacia la colina—. Hay que llevar una cuerda larga. Aquella que tiene la mula —señalé a un animal atado a un árbol—. ¡Corra, señor!

—¡Ya voy, chico! ¡Ya voy! —repetía nervioso el leñador dirigiéndose hacia un extremo del prado.

—Y haga un nudo corredizo. ¡Pero corra, señor! ¡Venga! ¡venga!

Llevando tras de mí al labriego, cuya edad no le permitía seguir mi trote, me lancé ladera arriba. Al llegar al hoyo, Antón, queriendo infundirme ánimos, sonrió. ¡Qué imagen espeluznante! Aquellos

ojos blanquísimos, brillando en lo hondo del agujero, me produjeron miedo y asco. Sentí deseos de escapar, de alejarme de aquella trágica visión que me esperaba. El herido movía los labios. Debía de estarme llamando.

Como quien penetra en un sepulcro, descendí al hoyo. Me encogí junto al picador y con voz velada le pregunté:

—¿Le duele?

—No…, no mucho…

Como eclipsado, el sol desapareció bruscamente, ensombreciendo el agujero.

—¡Aquí estoy, chico! ¿echo la cuerda? —preguntaba el lugareño.

—¡Sí! ¡Sí!

Pasé el nudo corredizo bajo las axilas del minero y me detuve, temeroso de que al izarle, al pender en el vacío las piernas rotas, pudiese sufrir un desvanecimiento.

—¿Le duele?

—Que tire… despacio… Sujétame las piernas, sujétalas…

—Sí, señor Antón… ¡Oiga! ¡Tire despacio! ¡Despacio!

La cuerda se tensó. El herido se retorció en un ademán de dolor y su cuerpo fue despegándose de los escombros. Le obligué a girar para que subiese pegado a la pared y coloqué la pierna más magullada sobre mi hombro. Arañando la tierra, que se desmenuzaba, clavando mis dedos en ella, intenté cooperar al esfuerzo del aldeano. El herido dejaba escapar sofocados quejidos. Asustado, yo gritaba al leñador:

—¡Pare! ¡Pare!

—Bien, chico… ¿Tiro ya?

—Sí; despacio, despacio…

Al fin logramos sacar al minero de aquella maldita trampa. A la luz del sol, su aspecto no impresionaba tanto. Le echamos sobre el suelo y arrancando un puñado de hierba mojada le limpié un poco las desgarraduras de las piernas y el costado. Una profunda cortadura le atravesaba la mejilla izquierda; las piernas daban miedo y asco verlas. El lugareño repetía nervioso:

—¡Estás mal, muchacho! ¡Estás mal!

—¡Ya lo sabemos! —protesté con ingenua rabia—. ¿Usted no sabe que nunca hay que decir a un herido que está mal?

Antón debía de encontrarse mejor. Se esforzaba en bromear:

—Ahora podrás presumir ante Cubadín…

—Hay que llevarle al botiquín, pero así no se puede —decía el leñador—. Tú que tienes buenas piernas trae un par de ramas de aquellas que hay cortadas junto a la mula. Y mi pellico, que no

andará lejos.

Partí a la carrera. Poco después estaba de vuelta. Con las cuerdas y las recias ramas hicimos una simple parihuela, pusimos encima la zamarra y colocamos sobre ella al accidentado. Ya íbamos a levantarle cuando Antón, cogiéndome de la pierna, me sonrió, cansado, infinitamente cansado.

—Landa, ¡eres un hombre!

Ladera abajo, entornando los ojos ante el sol agresivo, pisando la húmeda sinfonía de los verdes prados, no recordaba haber sentido nunca tan intensa sensación de orgullo, de felicidad. Ni haber tensado jamás de aquella manera hasta la última reserva de mis fuerzas, de mi naciente virilidad.

«Landa, eres un hombre» —me repetía, gustando con avaricia las palabras del picador.

La alegre brisa de la adolescencia parecía, por el embrujo de una sola hora, comenzar a colorear aquel mundo mío, tan hostil desde la muerte de mi padre. Un extraño cosquilleo venía a confiarme al corazón cosas simples de mi heroísmo pequeño; cosas hermosas que hablaban de hombría, de un camino que ya me sentía capaz de recorrer hasta el fin.

«Padre, padre… ¿has visto? Mírame, padre, ¡mírame!»

Levanté la cabeza, me erguía todo lo que me permitía el peso que llevaba colgado de los brazos, como queriendo estirar mis huesos

«¡Cuándo se lo cuente a Selva…!»

Adelante, adelante… Cara a la cordillera, seguía repitiéndome aquella frase que parecía haber iluminado mi vida de muchacho, de huérfano ya sin juegos ni ilusiones de niño.

«¡Landa, eres un hombre…!»

—¡Soy un hombre!

CAPÍTULO XIII
HACIA LA HOMBRÍA

Dormía profundamente. Unas voces subiendo por el Camino me despertaron. Me pareció que acababa de acostarme, pero las manillas de la luna y la llama del Carmelón marcaban aproximadamente las cuatro. En aquellos momentos sonaba también el cuerno orientando a los caminantes. Extrañado por el agitado palabrerío, abrí la ventana. Media docena de mineros se acercaban.

—¿Pasó algo en el Grupo?

—Lo de siempre —respondió el que llevaba la antorcha—. ¡Hala, a la cama, que te vas a enfriar el culo!

Reconociéndome, se detuvo.

—¡Hombre, si es Landa!… Ha vuelto a dar un apretón el coladero de Antón y hay gente encerrada. ¡En vez de arreglarlo se desbarató!

—¿Qué pasa, hijo?

—Nada, madre… Esperen un poco —les pedí bajando la voz—. ¡Voy con ustedes!

—No vendrá mal. Tú conoces la topera. ¡Date prisa!

Me vestí, tomé el abrigo y salté por la ventana. Poco después se borraban a nuestras espaldas las luces del pueblo. Por las cimas de la serranía oscilaban grupos de antorchas.

—Van muchos, ¿verdad, señor?

—¡Es lo bueno que tenemos! Si uno cae, volamos a echarle una mano.

Un inmenso nubarrón iba llenando el cielo de penumbra. Terminó hundiéndose en la montaña, cubriendo la luna muy lentamente, como arrepentido. La última claridad fue discurriendo por la cordillera, remoloneó por la ladera y, refugiándose en las copas de los árboles, desapareció cuando ya nos acercábamos al Grupo.

El viento bramaba por entre los relieves de la tierra negra, sobre la que bruscamente surgió un incendio de hachones. Al aproximarnos al lugar del accidente, nos sorprendió un inusitado parpadeo de luces, de gritos y llamadas. Resplandores y sombras se agitaban entre cánticos, como en un feliz jubileo.

Más allá del infierno
vive mi suegra,
si yo quiero la saco
¡si no allí se queda!…

Cantaban con el movimiento de sus antorchas, con sus voces broncas de mineros. El viento expandía por el Valle un grito primitivo de supervivencia.

—¡Aquí ocurre algo santo! —exclamó el que iba a mi lado, apresurando el paso.

Así era. Un hachón corría ladera abajo, hacia el pueblo, llevando prendida la buena nueva en los labios de su llama. Los sepultados habían sido rescatados, ilesos prácticamente todos. Una gran felicidad inundaría el Valle cuando el emisario, deteniendo a las gentes, ya subiendo o gritando tras las ventanas iluminándose, repitiese que la «morena» esta vez había tenido compasión, que la mina no se tiñó de sangre.

Cuando nos unimos a los salvadores y rescatados, uno de estos, Pedro el de la Ramonina, se dirigió a nosotros con voz gritona, nerviosa, no repuesto aún de la terrible impresión.

—Ya veis, ¡con más heridas que un mono loco, pero vivitos!

—¡Menos mal a nosotros! —le contradijo otro, también embargado por una alegría febril—. Dimos, como unos señorones que somos, un coladero de cuatro metros, y unos picando y otros sacando carbón…

—¡Y en dos horas! —añadió un tercero—, cuando normalmente se necesitan cinco o seis. Nos turnábamos ¡y venga y dale!

—¡Por qué golpeábamos y decíamos por dónde debíais ir! —quiso restarle méritos un rescatado, siguiendo aquel palabrerío ingenuo y emocionante.

—No es que valiesen gran cosa los que estaban enterrados, pero…

—¡Pues mira que tú…!

Parecían chiquillos. Aquellos héroes del vivir y del luchar, felices compañeros de sobresaltos y tragedias, tenían el corazón muy joven. Acostumbrados a afrontar duras situaciones, sin ignorar nunca los hechos, se abalanzaban contra obstáculos mortales con la

perseverancia de temerarios, de valientes. Unas veces morían, y el valle se ensombrecía con la tragedia repetida. Otras, triunfaban. Con los cuerpos rasguñados y el alma aún reaccionando, bajaban cantando en la noche, alumbrando con las antorchas el camino de la tasca donde, ante un vaso de vino, darían gracias a la Vida por estar aún entre ellos. Eso sería todo. Su dura existencia les obligaba a estar muy dentro y muy por encima de las tormentas humanas,

Entramos ya en la taberna y aún continuaba el alegre palabrerío:

—Cuando oí que gritabas me dije, ¡bah!, a éste aunque no le saquemos es igual.

—Si no me llegas a sacar, te doy una… —levantó el brazo, amenazándole, como en un juego de críos—. ¡Tranca, échale otro vaso! Yo, al ver que se había echado todo encima y que empezaba a faltar aire, me dije: bueno, por lo menos no pago los tres duros que le debo a Felipe.

—¿Y por qué crees que estuve dos horas dándole al riñón?… ¡Echa otro vaso, Tranca!

—Landa, pide un trago de limón —me invitó Pedro el de la Ramonina, brillándole los ojos en aquel rostro negrísimo y salpicado de sangre.

* * *

Estábamos en la «Sobreguía», la taberna del tío Tranca. Minero hasta hacía un par de años, su vieja afición al vino le hacía perder jornales y quizá hasta la vida, si seguía embriagándose en las rampas. Una tarde se quedó dormido entre los ácidos y estuvo a punto de morir asfixiado. Entonces puso una taberna. Con ella podría vivir y en ella beber. Abrió en la tierra un boquete, lo posteó a modo de una bocamina, y con un par de pellejos, unas botellas, una tabla y varias banquetas, a más de un candil, quedó listo el tenducho. El cajón de los cuartos era el bolsillo y el tío Tranca, pese a estar detrás del mostrador, era generoso. Fiaba tanto que no era extraño que le tuviesen que fiar a él para pagar los bocoyes que bebían entre todos.

La «Sobreguía» había venido a cubrir una necesidad casi tan importante como el botiquín. Por allí desfilaban las bocas resecas de los mineros, sobre todo los que trabajaban en la capa «al aire», una veta que estaba haciendo rica a la compañía. Sin necesidad de entibar ni barrenar, el carbón se ofrecía limpio y barato. Como la sangre minera. Debido a los desequilibrios en los terrenos encajantes, o a las dislocaciones que se propagaban desde las

alturas; a la dinamita o a los ácidos, el pesado andar de las parihuelas camino del hospitalillo era el pan de cada día. En estos casos el tío Tranca jamás faltaba a la puerta de su «Sobreguía». Provisto de un jarro de vino, obsequiaba a los ocasionales camilleros y a los heridos, si éstos estaban en condiciones de echar un trago. Al tío Tranca se le reconocía único para levantar el ánimo a los desgraciados de turno.

A mí me gustaba entrar en aquel agujero con olor a sudor y hulla; oír a los hombres hablar de carbón y accidentes, ver sus cicatrices, que mostraban con el orgullo de viejos soldados del trabajo.

Allí solían acudir también las mujeres del laboreo. Encargadas de separar el carbón de la tierra y la pizarra, algunas trabajaban por su cuenta, otras servían en la cribadora gigante. Desde hacía unos meses dos docenas de ellas estaban a las órdenes de unos ingenieros extranjeros —enviados por sus Gobiernos, ya preocupados por el estallido de una guerra—, que habían montado un horno en el que se aprovechaban los subproductos del mineral: brea, amoníaco… Del islán, que antes se desperdiciaba, se hacían briquetas. Los maliciosos daban por descontado que con la guerra éstas se venderían al precio de la hulla; y aún que con el mineral irían mezcladas grandes cantidades de escombros.

En la «Sobreguía» bebían juntos hombres y mujeres. A veces bromeaban con el tío Nublo, el dueño del perrazo de las garrapatas, un antiguo minero con muchos años a cuestas y el juicio desvaído.

—Qué, tío Nublo, ¿hoy no le «dieron lámpara»?

—No…, a lo mejor para el año pasado.

—¿Cuántos años tiene, tío Nublo?

—Diez.

—¡No, hombre! ¡Ochenta!

El preámbulo del tío Nublo era conocido en todo el Valle.

—Por estos ojos que se van a comer la tierra —decía siempre antes de empezar a hablar.

Después se quejaba de su vista, extinguiéndose. Decía que le daba mucho miedo entrar a ciegas en la muerte. Tenía obsesión por los ojos y aseguraba que los mejores estaban en el rostro de los enamorados y los vigías.

* * *

El vigilante Rogelio entraba algunas veces en la «Sobreguía». Como le disgustaba encontrar allí gente durante las horas de

trabajo, aprovechaba mi presencia para echarme un rapapolvo que iba dirigido a los mayores. Yo le decía a todo «Sí, señor», y salía acompañado de Pechoduro.

Junto al antiguo campesino iba y venía por planos y escombreras, mojándome a veces, otras mirando avariciosamente a un cielo tan azul que me obligaba a recordar que poco después tendría que volver a la galería, en cuyas tinieblas, debido al accidente de Antón, había iniciado el aprendizaje de caballista.

Las fraguas era uno de los sitios que más me gustaba recorrer. Se hallaban enclavadas en una enorme hondonada en forma semiovoidal, vecinas a las mesas de ajuste y al taller de reparación de vagonetas. Los pesados bueyes, tirando de un largo tren, recorrían sin pausa el techo de aquella gran herradura, en cuyos extremos se basculaba el mineral sobre unos grandes carretones que, después de marchar por el circuito encajonado, se lanzaban tras la máquina por las trincheras cavadas en el empinado monte. Atravesando caseríos y pueblecitos, hacían alpinismo entre laderas y vertientes. A veces, cuando una avería les detenía, parecían barcos embarrancados en un mar verde y negro. Los viejos caserones de las oficinas de los Grupos, la alejada y blanca caseta del polvorín; los compresores, pegados a los recipientes de agua que los refrigeraban; las aldehuelas, aisladas entre la agreste y enmarañada naturaleza… Todo resaltaba como otros naufragios del mismo y petrificado océano. Unos metros más arriba de la línea de ferrocarril, el ganado y los carros se movían en las alturas. Desde aquellas cumbres, Valhundido parecía un nacimiento. Liberado por el deshielo de tanta impureza minera, olvidando en sus riberas los residuos de su encarnizada enemiga, el río, relampagueante bajo el sol, corría turbulento, inyectado su caudal por las últimas lluvias.

* * *

Me gustaba trabajar en el exterior. Se ganaba menos pero se vivía más. Me llevaba bien con Pechoduro, quien seguía recordando la tierra que dejó a sus espaldas y llamando locos a los que se arrastraban por las rampas. Era un hombre rústico, del cual poco o nada podía aprenderse, salvo alguna ingenua canción pueblerina…

Acudir aquí, mujeres,
a pelar esta gallina,
que murió como Agapito:
¡con los cuernos para arriba!…

Tres horas duraba la tarea extra; luego me perdía en el túnel durante diez más. Afuera encodillaba vagones y conducía animales, bueyes generalmente, a los que manejaba agarrándolos por un cuerno o pinchándoles cuando, agitando el rabo y escupiendo babas mansamente, remoloneaban demasiado. Me había hecho amigo de un astado llamado «Don José», al cual, sin razón aparente, tomó antipatía al perrazo «Nublo». Le mordía las patas, saltaba sobre su cabeza, hostigándole con saña. Yo defendía a «Don José» y, montado sobre su lomo, seguía llevando carbón al plano y trayendo maderas y raíles a la bocamina, donde los recogía la «Francesa», al que el Fiebres seguía maleando a fuerza de palos.

En buena camaradería, pisoteando las sendas encharcadas y sucias, «Don José» y yo gozábamos de la vida al aire libre. Cuando las noches fueron acortándose y el sol, semejando un incendio gigantesco, animaba presuroso el Levante, nos extasiábamos ante aquella hoguera de tinte extraño que era el nacimiento del día. «Don José», que tenía cierta inclinación por las cosas de la naturaleza, parecía comprender cuando yo le explicaba cosas de los astros y de la Tierra; de aquella tierra arisca de mi Valle y la pista montañosa que corría a nuestros pies, y en cuya construcción trabajó mi padre.

—Fue una de las veces que le despidieron por decir que los campos y las minas no habían sido puestos en el mundo para que unos pocos viviesen bien y mal todos los demás.

* * *

Los días iban transcurriendo iguales, aunque sobresaltados frecuentemente por algún hombre «bastante muerto», como decía Pechoduro. Valentín, un vagonero, se inclinó a encodillar una vagoneta y unos hilos sueltos del cable se engancharon en sus ropas. Arrastrado hasta el castillete, su compañero intentó inútilmente sujetarle por los pies cuando era introducido en el enorme tambor. Allí se enrollaba la potente maroma de acero que el frenista, preocupado de la marcha de la «tirada», detuvo tardíamente. Valentín ya tenía encima tres vueltas de cable triturándole los huesos. Aun así, tardó una semana en morir.

Sentí mucho la muerte de Valentín, un buen compañero de trabajo, un hombre de vida curiosamente reglamentada. Trabajaba diez horas en la maniobra; después iba a cavar el huerto del cura para terminar la jornada en «El Oasis», donde diariamente agarraba una trompa fenomenal. En casa le esperaba la no menos diaria

paliza a cargo de su mujer. Pero tanto ésta como él, el capataz y el cura, en lo que a cada uno de ellos se refería, parecían conformes con tal situación.

—Vivía a gusto de todos —comentaba algún minero apesadumbrado—. Y esto no es tan fácil como parece…

Valentín fue un muerto más de los que taparía la tierra del nuevo cementerio.

Yo le contaba estas cosas a «Don José» mientras rumiaba un puñado del pienso que transportábamos. Cuando le abandonaba para entrar en la mina a pelear con la «Francesa», la de los absurdos desplantes, me seguía con la vista, despidiéndome. El Fiebres me esperaba en la primera curva, donde me la entregaba ya nerviosa. No tardaba en tener que escapar de las coces de aquel «armatoste con patas», como la llamaba el tuerto. Palabrotas y juramentos resbalaban entonces por las orejas del animal, grandes y mordidas por las ratas. Para mí eran los consejos, muchos, porque en esto el Fiebres era infatigable. Golpeando con la lámpara algún lugar del túnel, me decía que por allí había que pasar corriendo, que allí podíamos quedar enterrados vivos. En otros sitios —el lógico desnivel de la vía era de un medio al uno por ciento, pero los camineros la inclinaron más de un dos— el convoy tomaba velocidad. El caballista me enseñaba cómo «trancarlo», metiendo unas barras en las ruedas, operación en la que se arriesgaba quedar aplastado contra las paredes de la galería.

—Ten cuidado en dejarte una pata pegada aquí, que luego nadie se entera. ¿Cuánto dinero dirás que ha dado mi ojo a la empresa?

—No lo sé. ¡A lo mejor cincuenta pesetas! —calculé por lo bajo.

Cuando se soltaba un vagón y la mula seguía su desmadejado trote hacia la bocamina, el Fiebres arrojaba la lámpara sobre su cabeza. El golpe y la luz la asustaban, deteniéndola.

—¡Se da un canguelo que se espatarra de gusto! Pero hay que saber dónde se hace, porque si «pinchas» una bolsa de grisú te puede entrar un catarro.

Mire cómo arruga los morros, debe estar enfadada.

—¡Se está riendo, hombre! Tiene malas entrañas… Hay días que vas a pasar por un lado y la señorita que se pega al hastial; vas para el otro, y la guarra que se pega al de enfrente. Andas de puntillas y mueve la cabeza como diciendo: ¿para qué crees que tengo las orejas? Los ojos son los que la sobran. Cuando sale lloriquea como si la hiciese daño la luz. ¡Ve mejor dentro que en el exterior!

—La «Pechuga» era más buena, ¿verdad?

—¡Igual! Son las dos de deshecho y saben más que Lepe. Antes

trabajaba con la «Revoltosa» ¡Con esa sí que nos queríamos! ¡Era una marquesa! Al verme daba unos relinchos de alegría que había que oírla. La mató una vagoneta en el plano… ¡Tira, mal parida!

El Fiebres la propinó un estacazo, la mula soltó una feroz coz y empezó con sus marrullerías. Fingía esforzarse, se dejaba ir a los lados como preparando el estirón eficaz… y quedaba donde estaba. El caballista, lanzando un juramento capaz de derribar una catedral, volvía a enarbolar el palo. La mula, que sabía cuándo amenazaba y cuándo estaba dispuesto a dar de firme, inició un trotecillo borriqueño. Yo marchaba a su lado, golpeándola cariñosamente las ancas.

—¡Lo único que faltaba es que vinieses tú a enamorarla!… ¡Mira la mal parida, de presumida que es no tiene ni dientes!

En la maniobra el animal se mostraba deslumbrado. Andaba a trompicones, en constante peligro de despeñarse por la ladera. Yo la encontraba increíblemente sucia, los ojos enrojecidos, enormes los cascos, abiertos de andar entre raíles y charcos de islán; los belfos siempre cubiertos por una costra de carbón, salpicados de sangre reseca… ¡Daba asco la pobre bestia!

Terminada la tarea en el exterior, el Fiebres arrojaba el cigarrillo Acercándose a la mula, pegando la boca a su oreja, bromeaba:

—¡Vamos para adentro, compañera, que este sol no es para cristianos!

Arrancaba de prisa, huyendo de la claridad. Ya dentro, el animal volvía a recobrar su silueta agigantada, fantasmagórica. Como el Fiebres, que parecía otro hombre, más alto, diabólico.

Con ellos seguía recorriendo las tinieblas por las que Pechoduro sentía un tranquilo horror.

* * *

Dos días después, el Fiebres subió a la rampa y yo me hice cargo del tren. La mula «sintió» que debía habérselas con un novato, y extremó sus malas artes. Ante mis palabrotas, reaccionaba contrayendo los belfos, y no me cabía duda de que estaba riéndose de mí. Respecto al uso del palo, no las tenía todas conmigo.

Pese a la dureza del trabajo y a «la enemistad» del cuadrúpedo, yo cumplía mi tarea. Sacaba carbón y escombros y llevaba a la mina maderas y hierros. Ya conocía el laberinto de galerías y ramales y los lugares donde se reunía el aire viciado, tomando turbia la atmósfera; donde habitualmente crujía la mina y la sensación densa y cálida que denunciaba la concentración de grisú. La «Francesa»

sufría en aquellos sitios. Y en otros, tan estrechos, que antes de reanudar su trotecillo perruno se dejaba pegado a los hastiales pedazos de piel. Cuando, por defecto de las vías o la velocidad que alcanzaba el tren, descarrilaban los vagones, amontonándose, creando lo que parecía una catástrofe irremediable, yo me desesperaba. Vencido por el cansancio y el temor a ser despedido, debía descargarlos, encarrilarlos y volverlos a llenar antes de que me descubriera Matanueve.

Lo único que la semiciega mula hacía bien, y de buena gana, era la rutina de cargar el tren bajo los coladeros. Pese a ello, algunas veces parecía quedarse dormida de pie. Clavándola una tranca en la barriga, la hacía despertar entre relinchos enfurecidos, encabritase, inútilmente, porque ya había aprendido a ponerme fuera del radio de acción de sus patas. Olvidado el malhumor, enterraba las pezuñas en el cieno y, estremeciéndose aún, arqueando el lomo, comenzaba a cabecear pausada hacia el exterior.

Un mes después, día a día bregando con la «Francesa», nuestras relaciones, lejos de dulcificarse, se habían agriado. La mula demostraba que los muchos años de mina no lograron crear en ella el menor sentimiento de compañerismo. Ramón lo achacaba a que necesitaba el «trago» que el Fiebres la daba al comenzar la tarea. Y lo curioso es que tenía algo de razón. Había jornadas en las que mi trabajo era un verdadero infierno. Palabrotas, cansancio, descarrilamientos, coces… Pero ya me atrevía a hacer frente a aquella masa de carne que, agigantada por el furor, presentaba en la penumbra del túnel un aspecto terrorífico.

El sacar a comer a la minería suponía para mí un motivo de orgullo. Era el conductor del «Expreso de Shanghai», y me decía que todos los muchachos de mi edad no serían capaces de manejar un tren minero. Ni de conseguir que le tratasen como a uno más, pese a no tener más que doce anos.

—¡Vamos, chaval! ¡Y a ver cuándo engrasas el «Expreso», que parece que tiene las ruedas esquinadas.

—Es la mula, que está pidiendo a rebuznos que llegue la «fiesta» —reía alguien, hostigándola.

—Que si lo pide… ¡Que te diga el chaval!

Yo podía contar tantas cosas sobre las artimañas del animal, que cuando anunciaron la esperada «fiesta de las mulas» lamenté que no la hubiesen incluido entre las inservibles.

La «Francesa» tenía años y aristín[23] suficientes para alejarla definitivamente del mundo de los vivos.

* * *

Selva, pidiéndome que no se lo dijese a su padre, subió a presenciar la masacre. Faltaba aún un rato para que comenzase la «función», y la llevé a que conociese a la «Francesa», que, aún enganchada al tren, permanecía oculta tras una pila de troncos. Al verme llegar levantó la cabeza y dejó escapar un relincho quejumbroso. Le corría la sangre por los corvejones y los cascos, apenas contenida por los pegotes de carbón.

—¡Jolín, qué risa!, relincha como un gato! ¡Y qué hocicos de liebre más amarillos…!

—Dice el Fiebres que es porque de joven fumaba en pipa —bromeé, arrancando de la boca del animal costras rojizas y purulentas—. ¿Quieres que la lavemos un poco?

—Las mulas son más pobres que los mineros, ¿verdad? —preguntaba la chica, acariciándola el lomo con ojos de entendida.

No creas. Algunas sólo salen del Pozo cuando las van a matar, pero también nosotros… Hay algunos que hacen un turno, descansan un rato y entran con el otro relevo.

—Mira qué mal respira. Debe de tener piedras en los pulmones, como mi padre.

Cerca corría un arroyuelo. Obligué a la mula a meterse de patas en él, y mientras Selva le arrojaba agua con las manos, yo la restregaba la piel con una piedra. Ante las frías salpicaduras, la «Francesa» se estremecía y contraía los ijares, quejándose con relinchos apagados.

—¡Qué risa! Si parece un perrito. Si yo fuese mayor no dejaría matar una mula. ¿Y tú?

—¡Ni yo!… ¿Cómo seré yo de mayor? —me pregunté súbitamente—. ¡A lo mejor soy como Vitelón o Casiano!

—Y yo como la Remolque. El otro día la vi, ¡uy, qué risa! Es más grande…

Ya lavada, llevé a la «Francesa» a la cuadra. Al regresar encontré a Selva entre los viejos mineros, que, como era costumbre, acudían de todos los rincones del Valle a presenciar la «fiesta». Tampoco faltaban los chiquillos. En contraste con los ancianos, que comentaban las características de los animales y el grado de enfermedad de cada uno de ellos, los críos se entretenían en tirar piedras, afinando su puntería sobre los cuernos de los astados y las orejas de las mulas. Presintiendo su próximo fin, las bestias so quejaban formando un coro de mugidos y relinchos. «Pechuga» era una de las que aparecían más atacadas por el aristín.

Los condenados a muerte, siete mulas y dos bueyes, estaban agrupados sobre un montón de leños y ramas, fuertemente atados entre ellos.

Llegó el capataz y dio la orden de comenzar. Ramón, el barrenista, ayudado por Roque, sería el encargado de la ejecución. Cortaron las mechas e introdujeron los extremos en los fulminantes. Clavaron en éstos los cartuchos de dinamita y los amarraron al testuz o a la frente de los animales. Dos mineros del exterior rociaban con gasolina los leños, y un tercero preparaba una antorcha.

En medio de una gran expectación, Roque quitó los seguros y el barrenista fue encendiendo los estopines. Sobre las orejas y los cuernos surgieron leves humaredas, que, unidas al griterío de los chiquillos, aumentaron el nerviosismo de las bestias. No tardó en estallar el primer cartucho. Una res se desplomó con la cabeza destrozada; poco después, las dinamitas iban explotando una tras otra, se producían mortales carnicerías. Horribles relinchos y mugidos de las bestias agonizantes, de las heridas por las descargas vecinas, ya a punto de llegarles a ellas el turno. Ciegas por los fogonazos, se espantaban, se desangraban, hacían cabriolas increíbles en su intento de escapar de aquel círculo de muerte. La res aún en pie, con la mecha a punto de agotarse, logró romper la cuerda. Como una grotesca imagen del espanto, se lanzó velozmente hacia el corro de espectadores, quienes, tirándose al suelo despavoridos, fueron pisoteados por la bestia. Se oyeron gritos de miedo y muchas voces de alerta, mientras algún suicida se acercaba al astado alejándole de la gente. Al fin, entre clamores de júbilo que apagaron el temor reciente, el buey cayó fulminado. Media docena de mineros, cogiéndole por las patas y los cuernos, le arrastraron hacia el montón de leña donde se revolcaba un apoteosis de carnes destrozadas y riachuelos de sangre.

El hombre del hachón arrojó la llama. Un instante después una enorme hoguera cubría aquel montón de pellejos.

Olía a cuerpos quemados. Aún se oían débiles quejidos, se presentían agonías horribles…

Selva, olvidada de que «si fuese mayor no dejaría matar una mula», saltaba gozosa en torno a las llamas, entre las que aún se retorcían los animales. Unos metros más allá tres mineros abrían una fosa. Allí serían enterrados los restos calcinados de las víctimas de los años y el aristín.

Los viejos, venidos trabajosamente desde muy lejos, se iban desperdigando, rememorando los tiempos pasados.

—Aún me acuerdo de la primera vez que hicimos esto. Fue cuando el siglo aún no había nacido, y vino a verlo todo el Valle. Ahora, con el baile y el gramófono…

—Entonces los atábamos con cadenas, ¿te acuerdas, Curro? Éramos más desconfiados, ¡je, je! —la risa del anciano se convirtió en tos.

Fueron perdiéndose en dirección a los caseríos y la aldea; hacia la noche, ya abriéndose a lo lejos.

—¿Vamos, Selva?

—Vamos… Oye, los hombres son más burros que los burros, ¿verdad?

—¡Pues claro que sí!

Nos cogimos de la mano y corrimos cuesta abajo, hacia el pueblo. El viento silbaba encolerizado.

—¿Te gusta vivir, Landa?

—A mí, sí ¿Y a ti?

—A mí, también.

* * *

El día que cumplí trece años le pregunté a Selva si quería ser mi novia. Corrió a consultarlo con el tío Mañón, y volvió diciendo que éramos unos críos y que merecíamos unos azotes. Ella, por su cuenta, aceptó, y creo que aquello fue lo más importante que ocurrió en el Valle durante aquel año. Porque los rescatados, los matados por la mina y los que el sufrimiento ahorcaba, era el pan de cada semana.

El tiempo corría y corría, y con él marchó el verano. Y el otoño fue detrás. Selva y yo nos veíamos todos los días. «Novio minero», me llamaba con cierto orgullo.

* * *

El vigilante Rogelio seguía llamándome a la hora de subir al Grupo. Montados sobre los topes de las vagonetas, el rocío de la madrugada nos empapaba, mientras la tierra, sucia y muerta, iba discurriendo lentamente bajo nuestras lámparas. De vez en cuando las acercábamos al rostro, derritiendo así la película que el hielo formaba en las cejas y pestañas. Llegados al tendejón, Pechoduro me gritaba sus órdenes, no sabía hablar de otra manera, y, unciendo «Don José» al tren minero, comenzaba a trabajar. A las ocho

entraba en la mina, donde poco a poco iba ascendiendo de categoría. La marcha al Pozo de varios especialistas, entre ellos Gago y Antón, favorecía mis propósitos. Aunque sin categoría reconocida, pese a que el capataz se había mostrado últimamente dispuesto a ayudarme, ocupaba prácticamente el puesto de un picador. Me ofrecía los tajos más fáciles y exentos de peligro, y hasta me puso un «valín», «Pelillos», el hijo menor del vagonero triturado por el tambor del plano. Dándome buena maña para postear, había días que lograba extraer tres y cuatro vagones de hulla.

A la salida del tajo, los «valines» bajaban saltando por el camino, como potros sin domar. Yo quedaba un rato en la caseta minera del señor Rogelio, aprendiendo cosas técnicas del oficio y comentando el «Manual del minero» que me había prestado. Cuando el cielo se ponía negro por encima de la cordillera, me despedía y marchaba hacia casa, donde Ana tenía preparado un barreño con agua caliente. Mientras yo intentaba quitarme los cerquillos negros de los párpados, mi hermana me frotaba la espalda. Luego me obligaba a oler la comida, porque era ella la que ahora cocinaba algunas veces. Se había desvanecido, parecía que para siempre, la pesadumbre nacida con la ausencia de mi padre. Mi madre estaba rejuvenecida, y aun cuando se agachaba para remendar la ropa, no se encorvaba tanto, no ofrecía aquel aspecto de vencida, cuya entristecida imagen repasé durante tantas jornadas mineras. Como ganaba algún real más, los sábados por la tarde la tomaba del brazo y nos íbamos a «El Robadero», donde, siempre sin éxito, intentaba comprarla alguna chuchería. Terminábamos adquiriendo algo para mis hermanas.

Algunas veces, en los momentos de melancolía, secuela de algún accidente que agudizaba en mí el recuerdo de mi padre muerto, me dirigía, andando como un autómata, hacia el Pozo. Tenía que contenerme para no entrar en la jaula, para no abismarme en el origen de la tragedia. A ello me ayudaba el temor a que me ocurriese algo, a los días de hambre que volverían. El recuerdo de mis hermanas, que sufrirían un segundo orfanato, me alejaba de la maniobra.

—¿Quién velará por ellas, Landa? —me preguntaba mi madre.

Repasando tantos dramas pequeños y grandes como ensombrecían el Pozo, reconocía que no debía hacerlo. Me consolaba diciéndome que Antón ya se había ido, que yo era ya un adelantado aprendiz de picador y que por lo tanto no se haría esperar mucho la ocasión de bajar a trabajar en la fosa de

Valhundido.

Mi padre estaba allí esperándome.

* * *

No era martes, pero sí trece. Hombro con hombro subíamos plano arriba el vigilante Rogelio y yo, cuando la «tira» de vagones se detuvo. Simultáneamente, el cable se enroscó en la noche con el silbido de un gigantesco látigo que mordiese el aire. El instinto me hizo brincar. Un instante después rodaba por la tierra helada, sintiendo en la muñeca un dolor horrible. El vertiginoso rumor de ruedas alejándose, empujadas por los 45° de pendiente, me lo hizo olvidar. Un vagón debió descarrilar inmediatamente; en la negra madrugada restallaron los chasquidos de las chapas golpeando contra las rocas, después un grito de sorpresa. Oí un alarido desgarrador con el que parecía escapar una vida…; luego, silencio.

—¡Vamos, chico! ¡Vamos a ver qué pasó! —el vigilante hablaba nervioso, adivinando una tragedia.

—Me duele la muñeca, señor Rogelio. ¡La debo tener rota!

—¡A ver! ¡A ver! —casi gritó, ayudándome a levantar y encendiendo la lámpara que el golpe apagó.

Cogió mi mano con sus dedos sucios de barro. Yo apretaba los dientes, ahogando los lamentos.

—Sí, algo tienes… Aguanta un poco y vamos para abajo. Ha debido ocurrir algo grave. Estaba agitadísimo.

Tanteando las sombras, la noche, comenzamos a descender, uno por cada lado de las vías. Me asustaba la posibilidad de tropezar con un muerto. Aún seguía resonando en mis oídos el desgarrador grito, v me dije que así debían gritar los que morían. A veces me detenía ante un bulto, dominado por un miedo que no terminaba de desaparecer cuando dejaba atrás la piedra. Me parecía ver en cada rincón de la tierra carnes pegadas. Marchaba temeroso, conteniendo la respiración, como si temiese despertar al cadáver que «me» buscaba en las sombras.

—¡Landa!

Volví junto al vigilante, que sostenía en sus brazos un hombre desvanecido. Con la boina intentaba taponar la sangre que manaba del brazo del herido. Era Joselín.

—Vete arriba y que preparen… ¡Ya bajan! Diles que traigan dos vagones con paja.

En lo alto del plano se agitaba un grupo de luces. Los hombres del tendejón ponían en la noche colores sin fuerza. También en el

piso inferior parecían alarmados. Alguien iniciaba la ascensión,

—¡Sigue buscando!

Nunca me pareció la noche tan negra. Ni tan asustantes aquellos fantasmas que eran rocas y zarzas bordeando el camino… Me detuve paralizado por el terror. Y sin atreverme a posar los ojos en el suelo, apreté más el pie, sobre lo blando, lo blando…

—¡Señor Rogelioooo!

Fue un grito histérico. La misma impresión me hizo bajar los ojos. Formando con la lámpara círculos de luz, como si no quisiera perderme nada de la macabra representación, quedé hipnotizado por aquel bulto negro que resaltaba sobre la nieve, ya cuajando sobre él. Benito, el hombre que gozaba viendo «navegar» los vagones, estaba caído boca arriba, espatarrado, con una profunda herida en el pecho; del vientre, que el golpe de la vagoneta había abierto de arriba abajo, escapaban la sangre a borbotones, las tripas, los… ¡¡Era horrible!!

Benito mantenía aún el gancho de la lámpara colgado del cuello y en el rostro reflejaba el tremendo dolor de un instante.

—¿Qué pasa? ¿qué pasa? —se acercaba el vigilante dando voces.

—Un muerto, señor Rogelio; un muerto. ¡Es el señor Benito!

—¡Maldita sea! ¡Y éste, que tiene más hijos que una coneja! Vamos, diles a esos que bajan que enganchen una «tirada» y que metan heno dentro. Y Benito no está muerto, ¿entiendes?

—Si está muerto, señor Rogelio… ¡Está muerto!

—¡Te digo que no! ¿entiendes?

—No está muerto…, no está muerto —repetía maquinalmente—. Sentía un nudo en la garganta.

—¡Vamos, haz lo que te he dicho! —me gritó.

Allí le dejé, cubriendo con su zamarra el bulto ensangrentado. Cuando llegué al encuentro de los que bajaban, les transmití la orden del vigilante y dos de ellos corrieron plano arriba. El otro, atraído por los quejidos del herido, marchó hacia él y fui tras su sombra. Vuelto en sí y echando espumarajos por la boca, Joselín era sacudido por epilépticas convulsiones. Tenía la pierna rota y del brazo, sobre el que él mismo sujetaba una boina, seguía manando sangre. Debía sentir grandes dolores porque se revolcaba en el suelo como un poseído.

—Cálmate, Joselín, cálmate —le pedía el recién llegado—. Ahora vendrán a por ti y el «matasanos» te pondrá las cosas en su sitio.

—¡No puedo!, ¡no puedo! —resoplaba el vagonero.

Vamos, Joselín… Quita esa boina que ya no chupa más. ¡Ponte

esta!

En aquel momento llegaba el vigilante.

—¿Qué pasó, Rogelio? Otra vez el cable, ¡maldita sea su madre!

—¡Se les vino todo encima! —repuso el encargado con voz chillona—. ¡A ver si llegan esos imbéciles!

—No tardarán. Arriba quedó Pechoduro arreglando el enganche. Ya vuelven, ¡mira!

Unas lucecitas se movían al final del plano. Descendían lentamente, entre chirridos de ruedas. Cuando llegaron a nuestra altura, uno de los que venía montado en los vagones hizo una señal con la lámpara y la «tirada» se detuvo. Rogelio mandó avanzar unos metros más y colocaron el cadáver sobre la cama de heno. En el segundo vagón fue acomodado el herido.

Intentando ayudarles me movía como un autómata, como un testigo de extraños embrujos.

«No está muerto, ¿entiendes?» —me repetía.

Aquellas manchas que se agitaban a mi lado eran hombres, endemoniados sus rostros por las lámparas que llevaban colgadas a modo de cencerros. Hombre era aquel de los quejidos estremecedores; de hombre aquellas piernas, los brazos muertos, caídos por fuera de los carretones… Algo fantasmal, un vaho de aquelarre emanaba de aquel ambiente, penetrando cautelosamente en mi alma para que no pudiera borrarse jamás. Por primera vez en mi vida había encontrado, pisándole, un muerto.

Mi muerto, mi primer muerto.

El tren comenzó a subir lentamente. Detrás iban los mineros, el último, yo, a punto de ser alcanzado por los que venían del piso inferior.

—¿Qué pasó, muchacho?

—Saltó el cable… —apretaba los dientes, ahogando el dolor que se había extendido a todo el brazo.

—¿Hay algún muerto?

—No…

Dando grandes zancadas me adelantaron, uniéndose al grupo.

* * *

Un mundillo de expectación se había formado bajo el tendejón. Querían saber, se inclinaban sobre los vagones como si estuviesen confesando a algún fantasma. A la «silla la reina» llevaron a Joselín al botiquín. Detrás, con la cabeza caída, iba Benito. El practicante tenía las camillas preparadas y sobre ellas tendieron a las víctimas.

Rogelio mandó alejar a la gente. Llamando al que le ayudó a cargar el cadáver y a mí, cerró la puerta.

—Date prisa, «matasanos», que hay que llegar con vida al hospitalillo. ¡Corta la hemorragia y vámonos!

—Será a Joselín… ¡A éste ya se le cortó para siempre!

—Este llegará con vida. Apriétale bien el vientre a ver si aguanta.

—Es que no voy a saber que está…

—Tú sabes lo que te digo, ¿no?

—Es igual —se desentendió—. No creo que vaya a sufrir mucho por el camino.

—Por eso… ¡Si lo dejamos aquí empezarán los jueces y los papelotes y tenemos fiambre para una semana! ¡Y eso es malo para todos!

El practicante, ya cortado el pantalón, limpiaba las heridas del vagonero. Este, pasado el nerviosismo y el susto, y aunque rugía cuando el alcohol penetraba en sus heridas, parecía más calmado.

—¿Qué ocurrió, Rogelio? —pudo al fin preguntar.

—Se rompió el cable. Ya sabes, no es culpa de nadie.

—¿De nadie? ¡De los «ocultos», que un día les pincharé donde sangren y se vacíen!… Menos mal que me cogió de refilón, si no estoy ahora cagando mierda.

—Ya no le sale sangre —dije intentando darle unos ánimos que no necesitaba.

—Ahora va a salir chocolate con churros… —intentó bromear, la boca crispada por una mueca de dolor—. ¿Qué cara pusiste cuando viste el «fiambre», chaval?

Había terminado la cura. Dando un resoplido en el que al sufrimiento se mezclaba la satisfacción de encontrarse vivo, se encaró con el vigilante:

—¿Qué, Rogelio, le quitamos medio jornal?… ¡A los que se lo van a quitar entero van a ser a los conejos de Benito! ¡Van a comer piedras!

—Hoy 13 —dijo el practicante limpiando con alcohol el rostro ensangrentado del muerto—. ¡Cómo para no creer en esas cosas!

—Yo tuve suerte —se animó Joselín—; es la segunda vez. Lástima de eso de que no hay dos sin tres…

El enfermero estaba haciéndome una cura de urgencia, vendándome hasta el codo, cuando entró el capataz. Antes de que empezase a hablar, Rogelio, tras una seña de connivencia, le explicó:

—Tres heridos; se rompió el cable. Hay que bajarlos

inmediatamente.

—¡Pues venga, para abajo! Tú, chaval, ve alumbrando la senda. No tardará en venir el día.

Y llamando a cinco parejas de mineros, tronó:

—En marcha ¡y rápidos! ¡Los demás a su sitio!

Cabizbajos, los mineros se desparramaron en dirección a la bocamina o los tajos del exterior.

* * *

Nos pusimos en camino. Yo iba delante abriendo el cortejo. El día amanecía hosco sobre el Valle. Por las laderas, alarmados ante la noticia de la tragedia, ya rodando cuesta abajo, los caseríos despertaban. Los vientos invernales, lamiendo las ventanas, parecían ir encendiendo bruscamente las luces, abriendo las puertas. Algunas gentes, grupos de antorchas, ya corrían hacia el drama.

Cuando pasamos por delante de la «Sobreguía», el dueño estaba esperándonos. Las camillas se detuvieron unos instantes y los que las transportaban echaron un trapo de vino. Joselín también se animó. No se recordaba que ante la puerta del tío Tranca hubiese pasado una tragedia sin sentirse aligerada por la «inyección» que le suministraba el minero renegado.

Debimos paramos ante la llegada de un tren minero, que pasó lanzando a la amanecida sus confetis rojos. Al otro lado de la trinchera el sendero se hizo más transitable y el accidentado dejó de quejarse.

Nos acercábamos al piso inferior cuando uno de los que conducía la camilla que iba en cabeza, me gritó:

—¡Para, chaval!

Y dirigiéndose al que marchaba a su lado esperando el momento de relevarle, le preguntó:

—Parecen ropas, ¿verdad?

—¡Voy a ver!

Cruzando el plano, descendió hacia una pequeña explanada cubierta de matorrales. A mitad del camino se detuvo e hizo con las manos unos agitados ademanes.

—¿Qué dice? —el camillero se volvió hacia su compañero de atrás.

—Me parece que nada bueno. ¡Vamos a ver! —exclamó, posando en el suelo la parihuela.

—¡No me dejéis! ¡No me dejéis! —suplicaba Joselín.

No me moví de su lado. Sí, aquello eran ropas; «aquello» era otro muerto. Les vi despojarse de la chaqueta y echarla sobre un bulto que desde allí apenas se distinguía. Cuando regresaron, a sus espaldas quedaba una lámpara y un minero velando un cadáver.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntaba el herido apretando los dientes.

—Verde, el barrenista. Por ahorrarse un trecho de camino mira… ¿Tú no sabías que venía uno detrás?— Se dirigía a mí.

—Sí… el señor Benito.

—Pues hay otro patas arriba, ¡maldita sea! La vagoneta está cincuenta metros más allá. Debió de coger «vuelo».

—Verde… Verde —repetía yo, humedeciéndose al fin mis ojos. Por unos instantes se me apareció lleno de vida, bromista, cantando junto a mí por la galería.

Diez minutos después la gente ya corría a nuestro encuentro. Otra vez las demás preguntas:

—¿Es mi Juan?

—¿Es mi Rosendo?

—¿Quién es? ¿Quién es?

Alguien daba en voz baja los nombres, las mujeres suspiraban aliviadas y en un silencio impresionante dejaban pasar la caravana.

Un chiquillo corría cuesta abajo, llevando a la aldea la mala nueva. Alguien debía habérsele adelantado porque los quinqués comenzaron a encenderse como por arte de magia; a saltar, uno tras otro, los asteriscos luminosos de las ventanas.

—¡Qué pasó! ¡Qué pasó! —Las gentes llegaban jadeantes a nuestro lado.

—Se rompió el cable y los vagones tomaron «vuelo».

—¿Cómo murió? —preguntó un chaval con los ojos muy abiertos.

—Pues, como todos… ¡Dejando de respirar!

El camino estaba obstruido por una vaca. El dueño discutía agriamente con el guarda jurado.

—¡Ya te cogí dos veces en la amanecida!

—¡Y qué! Con lo que gané en la mina pude comprarme una vaca y ahora no voy a tener donde darla de comer… ¡Vamos!

¡La vaca! ¡La vaca!… La gran ilusión de los campesinos-mineros.

—Eso no son cosas mías.

—¡Ni mías! De ellos, ¡todo es de ellos! —señalaba los cuatro puntos cardinales, congestionado por la cólera—. ¡Todo!

—¡Oiga, aparte ese bicho! —le gritó alguien, desabrido.

El antiguo labriego obedeció. Quitándose la gorra dejó pasar el

cortejo. Pero debía ser grande su agitación. No preguntó, no quiso saber quiénes eran. Un instante después volvía a increpar al guarda, a amenazarle, a llamarle esclavo y vendido.

Cuando nos acercábamos a las primeras casas del pueblo, alguien esperaba ya al marido muerto. Otra mujer, dejando escapar desgarradores gritos que sobresaltaron aún más la aldea, vino corriendo a nuestro encuentro. De un brusco tirón destapó al muerto y, no reconociendo a su hombre, zarandeó a uno de los que conducía el cadáver.

—¿Dónde está mi Verde? ¡Dónde está!

—Quedó allá arriba —señaló con la cabeza—. Donde está aquella luz. Hay uno velándole.

Hacia allí fue la viuda, llenando de gritos la claridad del nuevo día. Con él pude ya descubrir mi casa. Allí dormían…, allí acababan de encender la lámpara. Instantes después se abría la puerta y distinguí una silueta que corría ladera arriba, que tropezó y estuvo a punto de caer. Mi pobre madre…

—¡Madre! ¡madre! ¡Soy yo!

—¡Calla, chaval! Ya verá que eres tú.

Al fin debió de descubrirme, porque se detuvo bruscamente. Llevándose las manos a los ojos, los restregó como si quisiese asegurarse de que no la engañaban. Lentamente fuimos acercándonos. Al llegar a mi lado, apretándome contra su cuerpo, estalló en sollozos. Queriendo evitarla un sobresalto, había ocultado en el bolso del chaquetón la mano vendada.

—¡Déjame, madre! Puede morir si no llegamos pronto.

—Quédate, hijo; ¡quédate, conmigo!

—No, madre; me dijo el capataz que fuese con ellos.

Su pena, su alegría, eran demasiado grandes para oírme. Seguía manteniéndome unido a ella. A nuestras espaldas ya desfilaba la caravana de un muerto y un herido; de mineros y mujeres.

—¿Sufrieron mucho, hijo?

—No, madre, murieron de golpe. Déjame, anda… —la pedí cambiando de lugar la lámpara, cuyo gancho me hacía daño en el hombro. La colgué del cuello.

—¿Tenéis que volver al trabajo, hijo?

—Yo no… —Apretaba los dientes, aguantando el dolor de aquella maldita muñeca.

Seguía preguntándome. Yo no la prestaba atención porque estábamos acercándonos a casa de Selva. La distinguí en la puerta, junto a su padre, quien levantó la mano saludándome. La chica corrió cuesta abajo, desgreñada, con el cabello suelto flotando en el

viento invernal. Y más saltarina que nunca.

—Hola, Landa —se acercó a nosotros sin demostrar impresión alguna—. ¡Buenos días, señora María!

—Hola, hija. ¿Qué vienes a hacer por aquí?

—Pues nada, a ver a Landa —repuso tomándome la mano—. Como le vi bajar… ¿Están muertos los dos?

—No; sólo uno. ¡Arriba hay otro!

—¿Tú encontraste alguno?

—Sí. Iba buscando y pisé una cosa blanda. Era un muerto.

—¡Uy, qué susto te daría!, ¿verdad?

Mi madre nos sonrió. Y fue quedándose atrás hasta desaparecer.

—Fíjate, íbamos subiendo, ra-ra-ra y de pronto, ¡zás!, el cable que salta. Me tiro al suelo y los vagones ¡uuuuuuu!, que pasan hacia abajo. Luego se oyeron gritos y eso, ya sabes, lo de siempre…

—¿Y tú le pisaste cuando estaba vivo?

—Estaba ya muerto, pero vivo. No lo entiendes, ¿verdad?

—No.

—Cuando seas mayor te lo explicaré.

Quise decir algo más, pero el dolor, que iba aumentando hasta paralizarme ya el brazo, me lo impedía.

—¿Y tenía mucha sangre?

—Sí; un hombre tiene casi tanta sangre como una mula.

—¿Yo también?

—Tú… como una mula pequeñita —intenté bromear—. ¡Vamos de prisa!

¿Y por qué no apagas la lámpara? ¡Ya es de día!

—La llevamos encendida… ¡No sé!

Nadie se preocupaba de apagarla. Parpadeando las mortecinas luces en un impresionante silencio, solo roto por el acompasado andar de los hombres, llegamos a la carretera. Parapetados tras los cristales de sus casas, los viejos silicosos nos veían pasar. Ellos no tenían necesidad de preguntar nada, ellos sabían demasiado de tragedias. Vencidos por la dolencia, quizá envidiarían aquel fin brusco, un rápido epílogo en el que nadie viniese a hurgar en sus pulmones para hablar después de lesiones tuberculosas, de sílice y peste blanca. Un epílogo que, por largamente esperado, algunos provocaban con una soga. O yéndose a morir bajo las aguas del Pantano.

Cuando se abrieron las puertas del hospitalillo, dos camillas se perdieron en el destartalado caserón. Detrás quedaba la gente, rumiando las conversaciones de siempre. Selva se volvió hacia mí y con gran tranquilidad, haciendo balancear mi brazo al compás del

suyo, me preguntó:

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora?… Nada.

Y nada era. Aquel era un pueblo minero.

—¡Mira! —había en mi ademán, al mostrar la mano vendada, un fiero orgullo—. Me disloqué la muñeca. ¡A lo mejor está rota!

—¡Qué valiente eres! ¿No te duele?

—Sí, pero no importa. Cuando terminen de curar al señor Joselín entraré yo.

Me miró largamente, brillándola los ojos de una manera especial. Algo equivalente a una declaración de amor.

Arriba, curiosa, planeaba un águila.

* * *

La vida, que parecía llevar en sus venas un ansia de mal, nos empujó brutalmente hacia el origen de la tragedia, cuando la muerte de mi padre nos dejó huérfanos de cariño y posibilidades. Había pasado una semana y con aterradora gravedad se presentó el primer sábado sin jornal. Quince días más, según decía el médico, debería permanece: alejado de la mina. Un profundo desasosiego reinaba en mi casa, apoderándose de nosotros, de mi madre, que corría a encerrarse en el cuarto de las niñas para poder dar rienda suelta a sus sollozos; de Carolina, volviendo a pedir pan; de Ana, intentando, pese a su poca edad, llevar un poco de ánimo a aquel hogar amenazado por el fantasma de la necesidad. Yo procuraba mitigar el desaliento de los demás y olvidarme del mío, de aquella espina dolorosa que era mi padre muerto y en mi casa hambre.

El domingo traería un poco de esperanza a tanta resignación. Al real diario que me había concedido la Caja de Socorro, regentada por el señor Marcos, vino a agregarse la «buena voluntad» del tío Dineros, según decía Vitelón.

Soltando una carcajada, añadía:

—¡Es retorcidamente feliz de poderos ayudar en este mal trance!

Aquel atraso de tres semanas sin cobrar supondría una deuda que arrastraríamos durante varios meses.

Un día vino a verme Petrarca. Intentando aparentar sinceridad me dijo que no tenía dónde meter tanto chico, por lo que me proponía que le ayudase. A cambio me daría íntegro lo que él cobraba por enseñar números y letras a la media docena de críos que me cedía.

La presencia en casa de unos escolares, el verme dando clases,

reavivó el ánimo de mi madre. A veces entraba en mi habitación, —sobre la cama habíamos colocado una tabla que servía de pupitre colectivo— y quedaba largo tiempo oyéndome hablar de cuentas y faltas de ortografía, de los reyes godos y el nacimiento de los ríos.

Entre los alumnos se encontraba un hijo del Empalmao, un chico de nueve años, renegrido y listo, al que su padre llamaba Tizón. Un día le mandó preguntarme si, una vez yo reincorporado a la mina, podría seguir acudiendo a clase. El sábado, cuando vinieron los críos a traerme los cuatro reales que pagaban semanalmente, aparecieron con una gallina que compraron entre todos, idea, sin duda, de sus padres.

Aquella tarde experimenté un sentimiento de triunfo parecido al de mi bautismo de mina. No era una victoria espectacular, sino para ser gustada en silencio; sentida más que dicha, pero en todo caso inolvidable.

Infundiéndome ánimos mi pequeño triunfo como maestro, me invitaba a reconocer que, aunque la vida fuese difícil, ya era capaz de afrontarla; que esperase, que supiese esperar hasta hacerme hombre.

Esperar hasta hacerme hombre…

* * *

Las primaveras pasan pronto. Y los otoños. Aquellos veranos fueron calurosos, y muy fríos los inviernos, como todos los que servían de trampolín a los años de Valhundido. Quince iba a cumplir y seguía trabajando de picador y devorando libros. El señor Marcos, satisfecho de mí, me recomendaba que avanzase lentamente y «digeriese» lo leído, no fuese a tomar —bromeaba— un «atracón de verdades».

El día de mi cumpleaños, aprovechando que la práctica del oficio me permitía arrancar algún vagón de hulla más, y por tanto aumentar el jornal, compramos tres pollos y, el Patriarca presidía la reunión, en torno a la mesa se sentaron los hombres por los cuales mi padre sintió más amistad. Aquella comida quería representar un pago sentimental por todo lo que habían hecho por nosotros; era todo lo que nosotros podíamos hacer por ellos, por el Patriarca y Antón, por Gago y Vitelón, por el hombre de la voz cascada y el escribiente del juez. Selva, en la que mi madre ya veía algo más que una amiga, no faltó a la cita. El Empalmao y Enpazdescanse vendrían después a tomar café y una copa de aguardiente. El Luces les acompañaría.

Aquel día fui plenamente feliz. Allí estaban todos los amigos de padre, allí estaba gran parte del «Estado Mayor» de la minería. No me costó gran esfuerzo sentirme uno de ellos, un miembro más por el que habría que esperar un tiempo, pero cuya presencia estaba asegurada. Comimos en buena armonía y a los postres hablamos de mi padre y sus largas vigilias, en las que consultaba libros y maduraba ideas; de lo mucho que, como producto de lo leído y pensado, escribía, y de las reuniones que tenían lugar en aquella misma cocina los sábados por la noche. El señor Marcos se refirió a la Casa del Minero, al dinero ya recolectado para su construcción, y a las futuras mejoras por las que la minería habría de luchar duramente. Insistiendo en el mismo punto, Gago contó lo que ocurría en otros cotos mineros, donde despedían a los trabajadores sin la menor consideración. Durante largo rato habló de las desproporcionadas jornadas laborales, por las que se pagaban salarios de hambre; de la necesidad de conseguir pensiones y retiros para la totalidad de los obreros y el acuerdo al que habría que llegar con la empresa para evitar que los accidentados viesen al día siguiente de su desgracia el jornal cortado y suspendido el fiado de «El Robadero». Vitelón, que no sabía mucho de letras, opinaba —un poco de oídas— que «lo más necesario son las escuelas para aprender y un garrote por si no sirve de nada lo aprendido». El hombre de la voz cascada, siempre muy al tanto de leyes y políticas, explicaba lo leído en diarios que periódicamente recibía del extranjero, y con gran lujo de detalles indicaba el camino a seguir, en el que habrían de ir conjugados la acción de los mineros y los recursos ante las autoridades nacionales.

Encontrando el ambiente propicio, me atreví a pedir firmemente los cuadernos que componían el «testamento» de mi padre. El señor Marcos guardó silencio —en él significaba asentimiento— y mi madre no se atrevió a negármelos. También quedó acordado, sellando el pacto unas silenciosas lágrimas, que ya había llegado la hora, llevaba cuatro años esperándolo, de ir pensando en trasladarme al Pozo. El dinamitero Gago creía que antes de seis meses ascenderían a su ayudante, cuyo lugar podría yo ocupar. Y si quería hacer horas extraordinarias, Antón, siempre que no fuese en las rampas verticales, los «cementerios volantes» que llamaban los mineros, por los que mi madre sentía horror, intentaría proporcionármelas.

Fue aquella una tertulia inolvidable. En ella constaté una vez más que, con mis quince años cumplidos, iba haciéndome hombre tempranamente, como temeroso de llegar tarde a la cita. Aquella

reunión, arrojando nuevos vientos sobre el velamen de mis ilusiones, me aproximó bruscamente a las fronteras del mundo que mi padre soñó, y para cuya conquista yo me sentía elegido. Sin embargo, era perfectamente consciente de que, como un altísimo muro, mucho sacrificio, muchas lágrimas y trabajo me separaban aún de él.

* * *

Después de Valentín murió Benito. Sus hijos andaban mendigando por el pueblo, tan desheredados como «Vagabundo». Otros muertos, ¡tantos!, iban llenando de cruces altas e inscripciones sencillas y para mí hermosas, el nuevo cementerio. En el mundo de los vivos cundía el desaliento, la impotencia de aquellos humildes mineros que eran expulsados o multados arbitrariamente por sus contactos con los «revolucionarios», como los nuevos feudales, los patronos e ingenieros, habían dado en llamar a los que se esforzaban por constituir la Casa del Minero. Viendo un gran peligro en la unión de los trabajadores, todas sus malas artes se encaminaban a amedrentar a los futuros miembros, aislando así a los dirigentes. Halagos y amenazas, interesados consejos y razones falsas hostigaban a aquellas masas amorfas y anónimas, pero ya empezando a tomar conciencia de su fuerza.

La vida de las gentes de mi Valle, en la que ya iba penetrando con los ojos de la razón y la inteligencia, comenzaba a parecerme irritante. A veces, en mi fuero interno, reprochaba al señor Marcos y a sus seguidores la excesiva paciencia con que trataban temas tan acuciantes como eran el pan de la minería y la injusticia de que era víctima. Sin embargo, tales ideas, constitutivas de mi «despertar», tardarían aún cierto tiempo en precisarse. Sería la llegada de una riada humana, arrastrada por la guerra, la que aceleraría esta cristalización, conquista en la que cooperaría decisivamente el Patriarca. Ya decidido a considerarme miembro activo de su «grey», me hablaba con el acento de viejo maestro de luchas y futuros. Así hablaba a los hombres. Y yo, con el ardor de un orgulloso aprendiz, me extasiaba oyéndole describir un campo de batalla donde por enemigos teníamos seres que fríamente humillaban y mataban de hambre, y hasta físicamente, por conservar sus paquetes de acciones y el dorado de sus muebles; seres aferrados a sus privilegios, más queridos por cuanto representaban títulos con los que dominar al semejante que por la honesta felicidad que reportaban.

—A esta batalla tenemos que acudir armados de conocimientos,

puesto que la razón ya es nuestra. Unos días comeremos mejor que otros, se sucederán las épocas de miseria a las de relativo bienestar, pero yo te aseguro que el trabajo y el dolor de los hombres tendrán su recompensa…

—Sí, señor Marcos.

—Sobre todo jamás pierdas de vista el objetivo de sacar con dignidad los tuyos adelante; luego, el gran objetivo de sacar adelante a la minería entera. Sólo así la vida tendrá una alta significación y evitaremos que la sociedad siga basándose en la injusticia, en la resignación y la prepotencia. Los monopolios, esos compadrazgos políticos llevados a la economía…

Sí, la grave atención con que escuchaba al señor Marcos quizá señalase el principio de un definitivo despertar. El Pozo tragando tanta sangre humana; aquellas galerías invadidas por un aire muerto y el grisú, donde trabajábamos seres sin derecho a nada, ni siquiera a la ilusión; seres que éramos allí arrojados como auténticos esclavos de almas mudas, a los que nos daban un pedazo de pan y unas legumbres para que pudiésemos seguir tensando los músculos; a los que se nos negaba el pan y las legumbres cuando estos músculos, por la causa que fuere, no estaban en condiciones de arrancar hulla… Empezaba a verlos, a verme, como siervos de un mundo antiguo a los que sólo les era permitido el cansancio embrutecedor y el alcohol; a los que se les prohibía soñar con un mundo nuevo, cubriendo con la codicia y la mentira verdades tan sencillas como las que repetía Casiano:

«Se ganan cuatro y las cuatro no pueden ser para el señorito Andrés. ¿Para qué quiero saber más?»

Sentía una ansiosa necesidad de aprender. Pedía periódicos al señor Marcos y suplicaba a mi madre, ya casi vencida en su negativa, que me permitiese hurgar en el cajón donde mi padre guardaba los apuntes y su «testamento». En él debía legarme lo único que poseía: su afán de un mundo mejor, con menos risas y menos lágrimas. El Patriarca y Javier, el hombre con corbata de la noche de las antorchas, me proporcionaban libros y semanarios y me prometieron, cuando se hiciese realidad la tan soñada Casa del Minero, el puesto de bibliotecario. Javier habitaba en el Valle de Enquistado, era escribiente del juez, y hasta allí me trasladaba algunos domingos, siguiendo después hasta la cuenca fronteriza donde saludaba a mis tíos, ya retirados y uno de ellos a punto de marcharse para siempre.

Los días de trabajo salía de prisa de la mina, corría a casa, comía más de prisa aún y desaparecía, quizá hasta avanzada la noche.

Habían terminado definitivamente los juegos, la poca infantil alegría que aún podía esconderse en mis quince años, ilusionados y envejecidos. En algunas ocasiones acompañaba a Gago y Vitelón cuando iban, el uno como orador y el otro como guardaespaldas, a pronunciar discursos en los vecinos cotos mineros. Era entonces cuando, imitando sin querer los gestos y las palabras del barrenista, experimentaba un acusado deseo de hablar a las gentes, de comunicarlas todo aquello que, si bien aún confuso, se agitaba en mi interior. Aquellas masas atentas parecían dueñas de una fuerza inagotable; los gritos que de ellas emanaban me entusiasmaban, me hacían, respaldado por la minería entera, sentirme invencible. Eran reflejos escapados de algún bello cuento de hadas, el eco de las leyendas de justicia esperando aún al héroe que las diese carne y vida. Gago, el protagonista de aquellas jornadas inolvidables, moriría algún día y yo podría reemplazarle en cualquier momento, entrar de lleno en la historia de mi Valle reivindicándose. Modesto y desinteresado, los pulmones averiados y su pequeña y única hija Rosa víctima de la huelga y el hambre más terrible que conoció el Valle, el dinamitero era para mí un ejemplo. El acompañarle, el oírle hablar y ver las reacciones que provocaba en mineros desconocidos, y a veces desconfiados, me emocionaba; y el saberme mirado con respeto por formar parte de su escolta…

Era algo hermoso y excitante.

En medio de aquellos torbellinos de sensaciones había momentos en que me sentía invadido por súbitos ataques de desaliento. ¿Hacia dónde iba? ¿De dónde venía? ¿Qué quería, qué buscaba? Pasada la fugaz crisis, me decía humildemente que iba tras la verdad, tras el motivo de tanta injusticia. Aquella verdad que yo adivinaba esquiva y huidiza, muy difícil de hacerla comprender a los poderosos. Esto lo repetía el señor Marcos, enumerando todos los obstáculos que habría que vencer para hacerla realidad. Él, como mi padre y tantos otros, hacía tiempo que estaba en tratos con ella. Pero también lo estaban, para escamotearla tantas veces como fuera necesario, los don Magníficos de todo el mundo, por lo que sería necesario luchar mucho y trabajar más. Como venían haciéndolo desde su juventud el Patriarca y los hombres que le secundaban.

Ellos estaban situados en otro plano. A mí me correspondía, por el momento, uno más inferior. Por ejemplo, el de animar, el interesar a los muchachos de mi edad en cosas de hombres, porque por hombres nos tomaban cuando desde pequeños la mina empezaba a despellejarnos la vida.

Desde jóvenes, pues, deberíamos agrupamos en torno a la gran obra que el viejo picador denominaba «la revolución de nuestro mundo minero».

¡Cuanta razón había siempre en las escuetas palabras del señor Marcos! ¡Cuánto desprendimiento y valentía en sus constantes pugilatos con la Empresa y las autoridades! ¡Cuánta lealtad en sus escritos, en sus llamadas a la esperanza y a la unión de la sufrida raza humana!

* * *

Aquellos hombres, todos ellos, enfermarían o les mataría la mina; los Gagos y los Marcos morirían y yo era uno de los llamados a sustituirlos. Debería tomar de sus manos la antorcha de su ideal y levantarla aún más, porque eso era, según mi padre, lo exigido a cada generación. Ello requería estudios y una dedicación que consistía en ser hombre, en ser buen minero, para así poder convencer, arrastrar a las gentes tras la bandera de lo justo y, por justo, combatido.

En una especie de entrenamiento, llevado a cabo con la pasión de un arriesgado juego, reunía en mi casa a un grupo de amigos. Leíamos fragmentos de algún libro que me prestaba el escribiente del juez y los comentábamos a nuestra manera, apuntando yo cuidadosamente los puntos oscuros que en la próxima cita, por haberme aleccionado el señor Marcos, ya podía explicar convenientemente. Otros surgían, muchos, pero poco a poco, ¡tantas horas leía que mi madre temió que entre la mina y la lectura fuese a enfermar!, iba adentrándome con seguridad en el mundo social que mis adelantados quince años me permitían entrever.

Tinín y el Muecas, los más decididos y entusiastas, eran asiduos a las reuniones. Colás aparecía alguna vez, casi siempre para provocar a Sandalio, el hijo del espía, al que obligaba a marcharse. Tizón, pese a no tener más de once años, nos «protegía», ayudando a mi hermana Ana a vigilar los alrededores de la vivienda. En la prevención, recuerdo de aquellos sábados que en vida de mi padre solían mantenerme despierto hasta la madrugada, había más fantasía que necesidad.

Una decena más de muchachos, con los que no congeniábamos en los olvidados juegos infantiles, pero a los que nos unía ahora la nueva tarea que creíamos tener ante nosotros, terminaban de formar aquel cuadro juvenil que abarrotaba la cocina de mi casa. A algunos de ellos les mandaban acudir sus padres y aquellas

reuniones llegaron a ser tan conocidas, que un día se presentó el cabo de los guardias. Aparentando despreocupación, dio una vuelta por las habitaciones, revisó mi pequeña biblioteca y se llevó un libro, propiedad del escribiente del juez.

—Yo también tengo derecho a ilustrarme, ¿no os parece, galopines? ¡Ya os lo devolveré!

Aquel incidente apenó a mi madre, quien, como si con ello viviese una prolongación de su marido, asistía a todas las reuniones. Mirándome desde un rincón, bebiendo prácticamente mis palabras, se emocionaba con mis arrebatos oratorios y un tanto ingenuos a veces; con los cánticos que hablaban de mina, pero a los que insuflábamos un acento que los convertía en heroicos, en épicos. Ella, que ya empezaba a no comprender muchas de las cosas que yo decía, se asustaba al oír de mis labios alguna barbaridad de las que Vitelón lanzaba contra la empresa, por la que mi madre sentía una especie de primitiva sumisión. Me suplicaba silencio, asegurándome que un día me expulsarían de la mina, que me llevarían los guardias al igual que hicieron con el libro de las tapas azules, al igual que se llevaban a mi padre. Yo le preguntaba si había olvidado lo que él decía y lo que Gago y el señor Marcos repetían todos los días; si no sabía que todo aquello tendía a evitar que otras familias mineras pasasen por el trance que nosotros pasamos; que otras mujeres se viesen tan desamparadas como se vio ella cuando su hombre cayó en la mina. Llevado por un entusiasmo vehemente, desplegando ante sus ojos un mundo en el que habría menos ricos y menos pobres, me sentía hombre y guía de hombres.

El forastero de la voz cascada, al que desde la cama oía intrigado en las pasadas reuniones de los sábados, nos visitaba algunas veces. Él cooperaba a tranquilizar a mi madre, quien, pese a todas sus angustias, se sentía orgullosa cuando la hablaban de mí como de una gran esperanza de la minería, del Valle de Valhundido.

De mi querido Valle, sobre el que comenzaba a extenderse una inquietud colectiva: la guerra, que parecía a punto de estallar.

* * *

Me sentía ganado, si bien mis ideas las reconocía confusas y hasta embrolladas, por la causa de los hombres de mi Valle, de todos los valles del mundo donde la gente tuviese la garganta enrojecida de pedir pan y pan para los huérfanos. Me repetía sin descanso que para triunfar en mi empeño debía comenzar por ganarme el respeto de los muchachos de mi edad, luego el de los

hombres, cuando ya hubiese conseguido ser un buen minero. En la rampa, la práctica llegaba a agotarme. Los libros harían lo demás. A la salida del tajo, junto a mi madre que cocinaba o hurgaba en el cesto de la costura, estudiaba concienzudamente las lecciones del *Manual del Minero* que me prestó el vigilante Rogelio. En aquel libro, que me ayudaría a progresar en el oficio, también creía encontrar fundamentos para la construcción de aquel mundo nuevo de que hablaba el Patriarca…

«La congelación —repetía en voz alta— hace a la dinamita menos sensible al choque y a los fallos. Al usarla se debe deshelar en el exterior de la mina y nunca próxima al fuego. Se llama «carga límite», a partir de la cual la mezcla grisuosa hace explosión.»

El hombre era, otra faceta importante:

«Se estima que un hombre puede sostener un esfuerzo de 12 kilos durante ocho horas caminando a una velocidad de 0,60 metros por segundo. O sea desarrollar un trabajo total de…»

El resultado arrojaba una cifra altísima. Pero nosotros trabajábamos trece horas en vez de ocho. Y había quien de las veinticuatro apenas descansaba cinco o seis.

Leyendo y tomando notas, trabajando todo lo que daban de sí mis fuerzas, me aplicaba por ser algo en la vida. Luchaba por mi bien y el bien de los míos. Y sobre todo por el bien de la gran familia minera.

—Si quisieras que fuese al Pozo, madre… Allí podría aprender más.

—¡Al Pozo, no! Por lo que más quieras…

—Madre, ya soy un muchacho y quiero trabajar donde él trabajó y leer lo que me dejó escrito. ¡Necesito el «testamento», madre! —casi la exigí.

—Sí, hijo, ya llegará el día. ¡Pero al Pozo no irás!

—En la fosa es donde se ven los buenos mineros y yo debo ser de los mejores. Me oyes, madre, ¡debo ser! He dicho al señor Antón que me lleve con él a la Brigada de Salvamento y ya está de acuerdo el señor Sansón. Me dejarás, ¿verdad?

Bajaba los ojos y sobre el canastillo de la costura caía la primera lágrima.

—Puedo ir al Pozo y no picar con el señor Antón. Él trabaja en la cuarta galería, que hace «frontera» con la tapiada. Ya sé que no quieres oír hablar de ella, pero puedo ser ayudante del señor Gago, ¿eh, madre? Con él puedo aprender bien a dinamitar. Otros más pequeños que yo, ya están en la fosa…

—Madre —terminé mirándola fijamente—, ¿quieres que me

tomen por cobarde?

CAPÍTULO XIV
EL POZO

Al fin llegó el tan ansiado momento de trasladarme al Pozo. Me presenté en el amaine con media hora de anticipación. El hondo desasosiego provocado por los lloros de mi madre ensombrecía mi ánimo.

Un par de mulas coceaban inquietas ante la jaula. Una de ellas debía ser la primera vez que se acercaba a una mina. Vendados los ojos, adivinando quizá el horror de aquella caída en el vacío, se resistía a entrar en el ascensor.

Esperando la hora de mi turno me alejé hacia las instalaciones de la maniobra. Lentamente fui recorriendo lugares y complejos mineros que me sabía de memoria, pero que aquella mañana adquirían contornos distintos. Todo parecía nuevo, desconocido.

En la sala de máquinas me detuve unos minutos contemplando el tambor, grande como una casa, en el que se enrollaba el grueso cable que sostenía el montacargas. Cada vez que se ponía en marcha, un ruido hiriente y acompasado, como el rumor de una conversación gigante, se apoderaba del amplio recinto. El mecánico, subido en un alto sillón, y atento a los avisos que le transmitía el señalero Repetidor, manejaba los mandos de frenos y velocidad. Simultaneando con la marcha de la enorme rueda, un extraño artilugio, provisto de dos agujas, iba dibujando en un cilindro los viajes que efectuaba la jaula y el tiempo que estaba detenida. Sobre una barra vertical se repetía una operación más simple, limitándose a marcar el lugar del embudo donde se encontraba el ascensor en aquel momento. Al acercarse la flecha a la planta deseada, el maquinista, echando hacia atrás la palanca, ralentizaba la marcha del cabestrante hasta inmovilizarlo.

Volví al amaine. Bajo el chirriar de las poleas del malacate seguían subiendo vagones cargados de carbón. Se abrían las puertas y el topetazo de los vacíos, accionados por aire comprimido, los

sacaba, yendo a ocupar su puesto en el ascensor. La alargada fila de carretones repletos de hulla, deslizándose por la pendiente del camino de hierro, entraban en un engranaje sin fin que, empujándolos por los ejes, los alejaba. Lentamente iban pasando al otro lado del puente, junto a cuya barandilla cuatro enormes tubos arrojaban al río el agua extraída de la mina. Ya encajonados en un volquete, dos hombres los descargaban sobre una franja de goma, también sin fin, que transportaba el mineral hacia las tolvas. Bajo sus enormes embudos esperaban los trenes, cordón umbilical que unía el Pozo con los lavaderos.

Las vagonetas vacías, empujadas de nuevo por la cadena, volvían a pasar el puente. Llegadas al semicírculo inclinado, la inercia las devolvía a la puerta de la jaula. Allí esperaban turno para empujar a las que acababan de subir a la superficie, para ocupar su puesto y perderse una vez más en las profundidades del Pozo. Así se cumplía el ciclo sin fin.

* * *

Se acercaba la hora y los hombres iban concentrándose en torno a la caña del Pozo.

—Me pondré la gorra no sea que caiga una vagoneta y me abra la cabeza.

—¿Vas a entrar cubierto en un sitio cerrado? ¡Cómo te vean los burgueses te excomulgan!

—¡Y pensar que cuando llegué a este agujero me dijeron que el país del bello amanecer estaba ahí abajo!

—¡Hola, Landa!

—¡Buenos días, señor Gago! Qué, ¿dispuesto a empezar?

—¿Yo? —rió el barrenista—. ¡Llevo metido en este agujero desde que perdí la razón! Toma, coge esto —me tendió unas cajas de dinamita—, ¡son churros del diablo!

En aquel momento llegaban Felisandro y Vitelón.

—¡Ya te saliste con la tuya! —exclamó el picador jovial—. ¡Ahora a rascar las tripas al Pozo!

—La jaula te dará un poco repelús, ¿no? —dijo el campesino con cierta vanidad—. También a mí me asustó el primer día.

—¡No, hombre! Este es valiente por parte de padre… ¡Bueno! ¡ejem!, a ver si llega el armatoste… —terminó el gigante un poco confundido.

—Estaremos una temporada barrenando —me explicaba Gago—, y cuando te encuentres con fuerza, y quieras, subes a la rampa. En

la galería se te pondrán los pulmones como los míos.

—O como los míos —añadió Felisandro con voz opaca.

A pesar de mi aparente serenidad, apenas les oía. Me sentía dominado por una dolorosa impresión, como si al fin fuesen a despertar los fantasmas de las antiguas noches, a hacerse realidad tantas y tantas pesadillas. Las recordaba, ahora con los ojos abiertos, y ya me veía entrando en el Pozo, andando por sus socavones, empezando a levantar el túnel donde mi padre estaba enterrado, donde entre tinieblas, monstruoso, llamándome…

—¡Hola, Landa! ¿Ya por aquí?

—Ya ves, Casiano…

Todo aquello que se agitaba en el silencio de mis noches infantiles resucitaba ahora a la luz del día y rodeado de amigos y palabrotas; volvía con un parpadeo supersticioso e inquietante. Asomándome al hueco del agujero, mirando al mar de tinieblas, un estremecimiento recorría mi cuerpo. Aquel lugar se me antojaba la tumba donde cabrían todos los muertos de la cuenca; unas fauces infinitas tragando y tragando hombres, digiriendo muertos, manteniéndoles eternamente entre sus garras de derrumbes y grisú.

—Hondo, ¿eh? —Alguien me palmoteaba en la espalda.

—Hola, Antón… ¿cómo anda tu pequeño?

—Pasó buena noche. Ya veremos… Y tú, contento, ¿no?

—Al fin me salí con la mía —intenté sonreír—. Tenía que ser así. En el Grupo son muchas horas y poco jornal.

—Claro… Arreglé con el capataz dos horas extras. A la hora de comer te pasas por mi galería a ver a dónde nos mandan. Seguramente iremos a echar abajo un túnel viejo. Lo pagan por metros y no hay que hacer más que quitar macizos y dejarlo hundir.

—¿Qué galería es?

—La primera del norte. Y la voy a dar con ganas porque ya se cargó mucha gente. ¡Hubo una época que era el coco del Valle!

—¡A ver esa jaula! —gritó alguien a mi lado.

—Mucha prisa tienes —bromeó Vitelón—. ¿Te espera abajo alguna socia de la tía Vacas?

—Me espera que todo el tiempo que esté arriba no estoy abajo. ¡Y es abajo donde tengo el pan!

Llegó el ascensor, salieron un par de vagones repletos de escombros y fuimos entrando los mineros. Entre ellos, empujado por ellos —nunca había experimentado un sentimiento de soledad tan intenso—, me dispuse al fin a bajar a la Tierra Prometida, a desplomarme en aquel embudo de donde parecía brotar un eco de amargura, de resentimiento, de temor y deseo. Aprisionado entre

lámparas, codos y barrenas, mis labios se movían imperceptiblemente con unos versos que me enseñó Petrarca cuando en el Pozo llovió sangre:

En amistad te lloramos
y te somos fieles…

El señalero dio la orden. La jaula despegó con lentitud, luego cobró velocidad. Bruscamente experimenté un temor, una fascinación extraña por aquella marcha vertiginosa hacia las tinieblas, por la súbita caída en la noche total. Aprisionado entre hombres silenciosos y serenos, luchaba contra un miedo desconocido. El rápido pasar de las luces de las plantas y los ruidos estremecedores que producía la jaula al chocar contra las guiaderas mal encajadas, ponía fondo a mi angustia.

—¡Vaya música! ¡Ni que la estuviesen rompiendo el virgo!

—Si hubiese traído Felisandro la gaita podríamos echar un pasodoble.

Punteando la gran aventura que en aquellos momentos era mi vida, otra vez el silencio, el vacío, los tirones del cable, las palabrotas…

—Vaya juramento bonito… ¡Hasta San Pedro sonreiría si te oyese!

—Este de darle a la pala no sabrá mucho, pero de escupir culebras…

«Ya estamos llegando, ahora, ahora…»

Experimentaba una expectación sagrada ante la proximidad del socavón donde la galería tapiada…

La jaula se detuvo.

Aquella era la cuarta planta que un día reproduje con barro y nieve para sepultar a «Pajarillo»; el santuario negro donde estaba enterrado mi padre.

Íbamos saliendo. El Bola refunfuñaba ante las bromas de los mineros. A nuestras espaldas el ascensor ya se había desplomado hacia el fondo del embudo donde estaban perforando un nuevo transversal, abiertas ya media docena de galerías.

—¡Hola, Empalmao! ¿Cómo por aquí? —saludó Gago al padre de Tizón.

—Psss… hacer unas horas extras más. Entro a las cuatro y salgo cuando me acuerdo. ¡Ahora iré para allá!

Algunos, ya marchando hacia el socavón, cantaban a coro:

Resaladina y guapina

me lo llaman los mineros;
otra vez que me lo llamen
al Pozo me voy con ellos…

La enorme boca del transversal, a cuyos costados se abrían los túneles, fue engulléndonos. Se oía el murmullo del viento podrido, de las aguas, de palabras sumergidas: la voz de las Tinieblas. Y yo respondía moviendo apenas los labios, como si no tuviese necesidad de pronunciar un nombre. Sentía el espíritu especiante ante el pálpito de misteriosidad que emanaba de aquel negrísimo boquete donde se abría la tercera galería, la tapiada. Atemorizado, borrados de golpe todos mis años de rampa, me parecía que aquel era realmente mi bautizo de mina. Las paredes, el techo, en los vagones y los troncos caídos, creía adivinar una corriente invisible, un fluido que me hacía llamar a mi padre solamente con el aliento, en un angustioso y feliz bisbiseo. En aquel socavón había trabajado, allí había muerto y sus huesos reposaban, como maldecidos, unos centenares de metros más adentro. Todo aquello él lo había visto, tocado los hastiales, los postes… quizá hasta comió en aquel descansillo donde un minero, quién sabe a qué hora entrado en el Pozo, estaba comiendo. Tal vez en aquella cuneta, en alguna trabanca de aquellas se conservaban sus huellas; oyó, sin duda, como yo oía, el mismo acompasado pisar de los mineros y el silbido de la turbina, encolerizándose a medida que nos aproximábamos. Aquel transversal, los anchurones que se abrían a su costado…

La primera galería.

Un grupo de hombres se perdió por ella. Inconscientemente iba retrasándome, quedando a solas con aquellos parajes de mis nostalgias en los que mi padre estaba hundido en la muerte. Como un ser fatalista, marchaba embargado por los recuerdos de mi infancia, por la fatiga espiritual de tantas pesadillas, resucitadas ahora al repasar con paciencia de enfermo todo lo que me unía a él. Tantas misteriosas presencias sentía agitarse a mi alrededor, que a veces me obligaban a detenerme, como esperando oír surgir de las sombras la voz de mi padre, aquella voz entristecida que me llamaba en los sueños de niño…

Por la segunda galería apareció bruscamente el ojo potente y amarillento del tractor. Poniendo incienso en la oscuridad, fue rompiendo, al saltar sobre los carriles con danza desequilibrada, el silencio del túnel. La enfermiza luz parecía un guiño de los muertos, de los no rescatados. Fuegos fatuos, lejanísimas lucecitas, moviéndose en un lento e impresionante vaivén, les acompañaban. Los resplandores de los viejos eucaliptus, brillando como díscolas

partículas de un sol caído, cooperaban a crear el escalofrío que emanaba de aquellas profundidades. Enormes costeros a medio desgajar, que la luz del tractor había agitado en un asustante rito, parecían palabras de roca, frases escritas en el techo para ser comprendidas sólo por mí.

La segunda galería…

Hombres fantasmagóricos surgían de cualquier ángulo de la bóveda. Cuerpos cansados, polvo espeso y negro, blasfemias afiladas como navajas… Iban a tumbarse en la cuneta, sin ánimo para recorrer el camino que les separaba de la jaula. Un tren se acercaba poco después rechinando sobre el hierro, arrastrado por un animal que, vencido por el agotamiento y tantos ácidos respirados, parecía insensible al castigo que sin cesar le infligía el caballista. Los hombres del relevo subieron al convoy, pronto llegarían al montacargas, al sol…

Al otro lado de una curva nos cruzamos con una pareja de vagoneros,

—¡Oye Ruiz! —llamó uno de los que iban conmigo a un minero que canturreaba en vos baja—. Acabamos de bajar y arriba andan diciendo que tu mujer está por los prados con un tío. ¡Te lo digo por tu bien!

—¡Mi mujer! ¡la madre que la parió!

Ruiz se lanzó como un loco hacia la maniobra. Quizá intentase subir por la escalera de salvamento porque la cólera no le permitiría esperar la jaula. Apenas se distinguía ya la luz de su lámpara y aun se le oía gritar. La risa de los mineros se unía a sus aullidos.

—Le gastamos la broma veinte veces y las veinte pica. ¡Es más tonto que un agujero!

—Yo no creo que sabiendo la vida que llevo mi mujer me haga una trastada —dijo alguien serio.

Reanudamos la marcha. Atento al encantamiento que emanaba do aquellas espesas penumbras, yo seguía retrasándome. A medida que me acercaba a la tercera galería creía oír más nítida la voz de mi padre, ahora suave y amigable, como si nunca hubiese sufrido y sin sufrir muriese…

Inmovilizado por unos tentáculos invisibles, me detuve bruscamente. La lámpara, que iba recorriendo la pared del túnel, temblaba en mi mano. Frente a una tabla en forma de semicírculo que tapiaba un hueco…

«¡La tercera!, ¡la tercera!»

La leyenda hecha realidad…

Al fin había llegado al origen de mi tragedia, a la obsesión

nacida cuando Colás me enfrió el alma; a la causa de tanto odio y amor y lágrimas de resignación. Aquella imagen que durante años me persiguió implacable, se alzaba oscura y silenciosa ante mí, llenándome de deseo, de terror. Movía los labios en una helada confesión.

«Padre, ya estoy aquí. ¡Ya vine!»

Mi tierna y humana tragedia, el delicado abrazo al padre muerto y al fin encontrado, brotaba en aquellas palabras de salutación. Lo tan largamente soñado estaba ahora a la distancia de una mano, tras aquella puerta que tocaba con reverente tacto. Aquel era el umbral del santuario donde se hallaban los restos de mi padre, umbral tantas veces cruzado con la imaginación… Como un mensaje del Más Allá, una corriente de agua sucia discurría bajo la puerta, proveniente de aquel mundo tenebroso y perdido. Una sensación parecida a la que me invadió la tarde que trasladaron el cementerio, se había apoderado de mí.

«Ya estoy aquí, padre, ya vine.»

—¡Vamos, Landa!

Antón se hallaba a mi lado porque él estaba muy al tanto de mis sentimientos.

—Ese agua viene de ahí dentro… ¡Escucha, Antón! —le agarré de un hombro, nervioso—. ¿Oyes su canción?… ¡es la que él cantaba!

—No seas chiquillo, Landa. Eso estaba bien antes, cuando llevabas pantalones cortos.

El extraño «espejismo» duró sólo un instante.

—Un día entraré ahí. ¡Tengo que verlo, Antón!

—Ya hablaremos de eso. Ahora piensa en ganarte el pan. Primero están tu madre y tus hermanas… ¡Vamos!

Tomándome del brazo me apartó de la galería tapiada. Otra vez el túnel, las rocas, los troncos, en algunos de los cuales, semejando gigantescos murciélagos, aparecían martillos colgados de un hierro. Bajo un coladero, jadeando de una manera impresionante, unos mineros daban «tira» a la madera. Tensos los músculos, contraído el cuerpo por el esfuerzo, subían a brazo enormes árboles. A su lado alguien limpiaba las vías del carbón caído, cantando con voz desafinada.

Anoche echeme borracho,
borracho me levanté,
¡ay qué desgracia la mía!,
ya estoy borracho otra vez…

No lejos de allí un caballista mantenía un altercado con la mula. Juramentos y coces contra los vagones, que retumbaban como dinamitazos. Un minero con cara de pájaro, al que encontramos también comiendo, dijo distraído:

—Cubadín discutiendo con «Olga». ¡Menos mal que se tratan de tú a tú!

—¿Ya estás dándole al diente, Repique?

—Entré a las tres de la mañana. ¡Tengo agujereada media conducción de aire!

El tubero, un protagonista más de aquella representación minera que se me aparecía tan distinta a la conocida, quedó atrás. Yo seguía mirándolo todo con ojos extraños, intentando librarme de la impresión, del hechizo que me producía el Pozo.

Agua, pisadas, chapoteos, silencios impresionantes; agujeros en cuyo fondo parpadeaban debilísimas luces…

—¿Qué te parecen esos diablillos laboriosos? —me preguntó el picador.

—¡Buen boquete!

—Regular… ¡seis metros de ancho por sesenta de alto! Y a hacer equilibrio si no quieres perder pie y llegar abajo sin cabeza y sin patas.

—Caes ahí y te vas dando trastazos contra las mampostas…

—¡Así es! Y dejando en cada una un cacho de carne. ¡Antes de pedir picar en las verticales piénsalo dos veces!

Andábamos despacio. El aire cálido producía un extraño anquilosamiento. Aquel calor que comenzaba a molestamos habría desvanecido a hombres no acostumbrados a la mina. Otra turbina se acercaba con rumor a viento tempestuoso, retumbando en el gran túnel que era el transversal Sur.

En la entrada de la cuarta galería dos entibadores relevaban un cuadro. Uno de ellos hurgaba en la lámpara sin lograr avivar la luz. Fastidiado, quitó el precinto.

—No sé si hay mal aire o es que esto es un cacharro —masculló al tiempo que chiscaba.

—¡Lo que no dudarás es que eres una mala bestia! —le censuró Antón—. ¿Aún no caíste que ya no estás en la vega?

—Si quieres volar, avisa para irnos —añadió serio Gago.

El antiguo campesino arrojó la lámpara al suelo. Malhumorado, quedó mirando a Antón que, acompañado de una docena más de mineros, se alejaba túnel adelante. El resto seguimos adentrándonos en el socavón. Diez minutos después nos deteníamos ante un agujero sin postear.

—¡Huele a vieja! —exclamé mirando con repulsión aquel boquete negro y lluvioso.

—Pues aquí no hubo más accidentes que en otros agujeros… Vienen y dicen: ¡vaya malo que está esto!, y se largan a matarse en otro sitio. La mina hay que conocerla.

* * *

La quinta galería aparecía nublada por un telón de agua. Gago entró a la carrera y fui tras él. Unos metros más adelante cesaba la lluvia para reanudarse cerca del corte[24]. El barrenista se subió sobre los escombros arrancados y colocándose la mano a modo de visera, para preservar los ojos del minúsculo diluvio, estudió los efectos de la explosión. Parecía un conquistador contemplando los resultados de la batalla de la víspera. Al descubrir un trozo de mecha pendiendo de un agujero, se encolerizó súbitamente.

—¡Cuándo no saltan y dejan un par de tipos patas arriba, se apagan a la mitad! Ya decía yo que me la había jugado.

Retrocedimos hasta el arca, arrinconado un centenar de metros más atrás, y guardamos en ella las cajas de dinamita. Las meriendas, que no podíamos dejarlas allí por el peligro que suponía la glicerina exudada por los cartuchos, las colgamos de un alambre. Nos despojamos de la ropa, quedándonos en calzoncillos.

—Al menos estaremos fresquitos, ¿no te parece?

—Si no baja alguna muchacha y nos ve en trazas menores… —intenté bromear.

Volvimos bajo el agua. Gago portaba una barra de hierro cuyos extremos se alargaban en un pincho y una diminuta cucharilla. Introdujo ésta en el agujero cargado y revolviéndola con gran cuidado extrajo el primer cartucho, dejándolo sobre los escombros. Poco después salían el segundo y el tercero. El siguiente, que contenía el fulminante, vino tras la mecha. Los dos restantes debieron ser sacados pinchando directamente en la dinamita. El boquete quedó vacío.

—¡Pasarse la vida hurgando en el trasero del diablo no termina de gustarme!

—Vienen las mechas malas. Esto debe de ocurrir todos los días, ¿no?

—¡Y que lo digas! La otra tarde se presentó el viajante de la fábrica e hizo veinte pruebas, ¡todas bien! Lástima que no podamos meterle una en el oído y prenderla, a ver si sube como un cohete.

Poco después vimos llegar a Máuser con el «vacío». Dejó un par

de vagones y pusimos mano a la obra. En una hora quedó el corte libre de escombros y llamé al Empalmao, que picada en la rampa vecina. Cuando llegó, después de dejar escapar un saludo en forma de gruñido, se pegó al carbón de la guía[25] y comenzó a arrancarlo. Nosotros nos alejamos en busca de troncos. El trabajo se dio bien. Cuatro horas después un cuadro recto y potente, perfectamente encajado, sujetaba un metro y medio más de bóveda.

—¡Listo!… ¡Vamos a llenar un poco la tripa que está rugiendo! Como tienes que ir al corte del socavón a por el martillo, elige si vas ahora o después de comer.

—Iré ahora y me acercaré a la cuarta a ver dónde me espera Antón para las extras. Si logro que el jornal aumente unos reales pondré un buen techo a la casa.

—¡Hay que andar despacio! De otra manera pronto dejarás el pellejo pegado a la mina.

—A ver si en un par de meses puedo subir a las rampas. De picador se gana algo más y se aprende a ser minero.

* * *

Nos despojamos de los calzoncillos ya chorreantes, y sobre la piel desnuda nos pusimos el pantalón y la camisa. Tomamos la merienda y, avanzando por la galería, llegamos al otro lado del recodo, donde ya estaban reunidos un grupo de mineros. Dejé allí la comida y seguí hacia el transversal. Llegado al socavón me deslumbró el faro del tractor. Pasó ante mí arrastrando un par de docenas de vagones y de un salto me encaramé en el último. Aquel ojo de cíclope arrancaba al túnel y a los hombres que en él trabajaban contornos distintos, asombrosos. A veces debía agacharme, pegarme a los bordes de los carretones porque el techo amenazaba con las mandíbulas de sus aristas de piedra. Aquel inmenso agujero semejaba una ciudad negra y fabulosa, llena de dientes, de huesos; de hombres agotados y silenciosos.

Las luces de los mineros, pegados a las paredes del boquete, iban agrandándose, inmóviles entre tanta negrura y agua. Poco después desaparecían a mi espalda. También por allí llovía con rabia. Destacándose de un rumor confuso, propio de los espacios hondos y desiertos, llegaba el bramido de los martillos y el golpe seco de la mina al reajustarse; y palabras apagadas, como pronunciadas por demonios agonizantes. Los hombres surgían desde cualquier agujero de la tierra, de arriba, de abajo, de los lados. Era impresionante verlos moverse en el enorme transversal escondido a medio

kilómetro de profundidad; en aquella tierra por la que la humeante luz del tractor, avanzando por el recto túnel o describiendo amplias curvas, parecía marchar tras de algún paraíso oculto y maldecido.

Cuando llegué al corte, manejada por dos hombres completamente desnudos, encontré una máquina que, bramando, embestía contra los escombros caídos ante ella. Levantaba la pala, quejándose por el esfuerzo; la izaba, arrojando por encima del armatoste enormes piedras que retumbaban sobre el vagón de cabeza. Semejando una insensata devoradora de montañas, la máquina rugía, chirriaba como los huesos de un hombre abrumado por el peso.

En aquel momento sus mandíbulas aprisionaban un afilado costero de una tonelada de peso. La máquina y la roca daban la impresión de una lucha personal y a muerte entre dos seres vivos.

El costero fue vencido, arrastrando en su muerte al enemigo. La cadena, excesivamente tensa, saltó. Un bulón salió despedido y tras él corrió una blasfemia.

—¡Se cansó! —exclamé acercándome.

—¡Bah! —repuso el ayudante resignado—. ¡Queremos hacer todo en media hora y no puede ser!

—¡Qué queremos hacer ni qué puñetas! ¡Esta máquina es un cacharro! Bueno —ordenó—, que se lleven los vagones llenos y «silba» al mecánico.

El ayudante hizo unas señales con la lámpara. A lo lejos, clavando una línea vertical en la oscuridad, contestó una luz debilísima.

—Ya entendieron… ¡Qué hay, Landa! Te vi esta mañana en la maniobra. ¿El Pozo bien?

—Bien… Vengo a por el martillo. A ver sí terminamos pronto que estamos tan empapados como vosotros.

—¡Esto no es un marquesado, no! —refunfuñó el ayudante.

En marcha. En la sexta galería el «Otto» maniobró para dejar en ella los carretones de escombros. Moviéndose sobre unos raíles, tendidos en determinados trechos al borde de los agujeros, el tractor daba la impresión de practicar un amago de suicidio, de desear también él despeñarse con las piedras que, ya volcadas las vagonetas, caían con gran estrépito, rellenando los huecos dejados por el carbón arrancado.

Así la mina se sostendría, evitando peligrosos hundimientos. El Pozo vivía, se alimentaba con sus propios intestinos.

Ya sin arrastre, el tractor corrió alegre y saltarín. Al llegar a la quinta galería aminoró la marcha; dejé el martillo y seguimos hasta

la siguiente, frente a cuya boca me apeé de un salto.

El cuarto túnel, contiguo a la galería tapiada, era la «frontera». Detrás de aquel hastial izquierdo estaba todo derrumbado. Un caos de escombros, maderas, agua y sombras. Y los huesos de mi padre.

* * *

Marchaba despacio, tanteando las paredes, golpeándolas con la lámpara, como provocando una respuesta. Ni una presencia, ni un sonido; andaba por un mundo desierto en el que ni siquiera un lejano resplandor hablaba de vida. Pensé que en el Pozo había aún menos ocasiones de olvidar de las que había sospechado y muchas para que resucitasen las aprensiones nacidas de la confesión de Colás. Allí, mezclados al carbón y los troncos podridos, estaban los restos de mi padre. Intenté figurármelo vivo, fuerte, seguro de sí mismo, luchando contra la mina y los poderosos, manejando el martillo y la pluma, poniendo en cada acto importante del Valle su corazón y su vitalidad. Me esforzaba, ahora que me hallaba ante la tenebrosa palestra, en imaginármelo haciendo frente a una muerte que se presentaba inoportuna cuando él más amaba la vida.

Entrar en aquellas rampas, visitar la tumba de mi padre… Una ansiedad serena y tranquila, de esas que no descomponen el rostro y descargan el alma de tanto miedo, me empujaba a ello. Solitario, enfrentado bruscamente con mi tragedia, deseaba la compañía de aquellas hondas tinieblas que me acercaban a él. Quería saber, palpar, convencerme. Aquella atracción, sin duda enfermiza, de otros tiempos, se había desvanecido, convirtiéndose en racional, en lógica.

Abrí la luz de la lámpara al máximo y me dejé caer coladero abajo, internándome en aquellas sombras sólo turbadas por el aire enrarecido, con olor a podrido. Como un sonámbulo iluminado, parecía querer participar de la poca vida que allí podía albergarse, de tanta muerte como rezumaba la rampa desplomada. Inconscientemente dejé escapar un grito.

Empecé a sudar y seguía llamando, llamando… En mi súplica volvía a haber algo de desequilibrada esperanza, de delirio, de acento sobrenatural…

—¡Padre!… ¡padre!…

Sin embargo, era plenamente consciente de estar llamando a la nada, de que unos huesos nunca podrían responder. Pero me sentía aliviado, tan cerca de él como no lo había estado desde que murió. Debía apelar a la razón para convencerme de que allí sólo había

carbón, piedras y oscuridad. Y el hálito de un amor infinito, triste y maltratado; un amor hecho de viejos recuerdos. Las paredes caídas, aquellas ratoneras medio obstruidas por tablones podridos que un día las mantuvieron en pie… Allí estuvo trabajando mi padre, allí quedó encerrado. Me lo imaginaba arrastrándose por aquellos tenebrosos caminos, agarrándose quizá a aquel madero que tenía bajo mis pies, al saliente sobre el que se posaba la luz de mi lámpara, como besándolo misteriosa, avariciosamente. Me esforzaba por adivinar los últimos momentos de aquella figura solitaria y maltrecha que era mi padre asfixiándose, agonizando; por descubrir en aquellos cascotes y troncos indicios del tremendo interrogante que fue su muerte entre las armaduras de roca, huesos de la Tierra; entre el carbón, carne y sangre negra de la mina…

—Padre, padre…

Llamaba sin fuerza, como protagonizando una aventura mística en la que el alma, ya alejados los primeros temores, se sintiese abrumada por el cansancio, por tan larga inquietud. Recorriendo aquellos caminos silenciosos, me parecía desandar lo andado por mi padre, vivir lo por él vivido; resucitarle de entre redobles de tinieblas sobre las que la lámpara proyectaba mi silueta de vagabundo maldito. Ahora podía ir reconstruyendo la vida de mi padre allí encerrado, sus inútiles llamadas, el abismal silencio en el que murió y aun estaba, ya quizá transformado en polvo blanco y primitivo.

En aquellos momentos creo que, confusamente, la vida y la muerte adquirían nueva significación; que otras misteriosas existencias, fluyendo mansamente de aquel caos de escombros y negrura, venían a explicármelo. La dramática solidaridad establecida entre mi padre y yo, un día simbolizada en el castillete del Pozo o en la habitación desierta, y ahora estrechada con la presencia de cascotes y maderas podridas, se movía entre ellas, era tan sólo en una de ellas, la más querida. La proximidad de aquel mundo caótico que lo enterró, la gruta desplomada, los crujidos que aun continuaban sacudiendo las tinieblas… Una fuerza oscura me empujaba a seguir avanzando, como si los nuevos derrumbes pudiesen aun matarle y yo, su hijo, fuese el instrumento elegido por el destino para rescatarlo, para subirlo a la vida. La muerte se me antojaba en aquellos momentos terriblemente familiar, separada de los vivos por unas fronteras más aparentes que reales. Tanto silencio, como el salmo de un David apiadado por los matados por el Pozo, coadyuvaba a provocar un desmenuzamiento de sensaciones en el que todo podía fallar y hasta desmayar la razón…

—¡Padre!, ¡padre!

Le llamaba en una mezcla de llanto y esperanza, de corazonada fallida.

No ignoraba que los ojos de mi padre habrían sido comidos por las ratas; que quizá tan sólo los huesos, algún tendón podrido, podrían devolver el eco de mi voz, reflejarse en los destellos de la lámpara, asfixiándose en el aire empobrecido. Aquel buscar mío lo reconocía absurdo, descabellado, pero eran momentos tan soñados que mi lealtad me hacía dichoso.

Al fin, el propósito tan largamente acariciado de descubrir la verdad, iniciaba su marcha. Buscaría en la noche la sangre que mi sangre llamaba; recorrería las sombras y su soledad como un peregrino tenaz e inútilmente triste.

Mi padre estaba encerrado detrás de aquella pared que me cerraba al paso. Remover las rampas caídas sólo sería posible tras muchos meses de trabajo, tras el esfuerzo de muchos hombres que deberían levantar los millares de toneladas de piedra y mineral que se interponían entre mi padre y yo. Una nueva explosión de grisú, sacudiendo la montaña entera, abriendo nuevas vías de penetración… ¡cómo podría desear tal cosa!

Con la desesperanza de las cosas perdidas en el tiempo, pero sin ninguna renuncia, buscaría a mi padre hasta encontrarle. Aunque sólo hallase polvo blanco mezclado al polvo del carbón.

Yo le encontraría, hallaría «mi» paz, caída tras aquellos agujeros minúsculos que se escabullían bajo al telón de sombras y de escombros, como nacidos en el Más Allá. Un Más Allá que adivinaba entretejido de sensaciones propias de fantasmas o alucinados…

—¡Quién anda ahí! ¡quién es!

Aquella voz temblaba. Levanté la cabeza y vi una luz clavada en la boca del agujero. Encaramándome rápidamente sobre los escombras, me dirigí hacia la superficie. La lámpara iba retrocediendo; lo acorralé, ya pisando el suelo de la galería, contra la pared de enfrente. Un hombre me miraba con los ojos desorbitados.

—¡Qué te pasa, atontado!

—¡Vienes de ahí!… ¡ahí no hay más que muertos! ¡Es donde explotó el grisú! ¡¡el grisú!!

—¡Tú qué sabes, palurdo! Anda, tira del tren que te estarán esperando.

Mauser se alejó sin volver la cabeza. Debió creer que los fantasmas le perseguían. Unos instantes después el túnel volvía a

quedar desierto. Apresuré el paso y no tardé en distinguir una pequeña concentración de luces.

«Están comiendo» —me dije.

Cuando llegué al grupo, Enpazdescanse me saludó efusivo:

—¿Qué hay, Landa? ¿Cómo te va por el Pozo?

—Bien, vamos tirando.

Y deseando adelantarme al lengua larga de Mauser, procurando quitar emoción a mis palabras, añadí:

—Le estoy mirando por dentro como si fuera un calcetín. Me metí en una rampa a ver cómo había quedado después de la explosión y Mauser —intenté sonreír— debió creerse que era un resucitado. ¡Corrió como un espantado!

—¡Menuda pieza está hecho! Aún me acuerdo de cuando me lo endilgaron. Tenía más miedo en el cuerpo que yo ácidos. Nada más subir a la sobreguía me dijo con los ojos cagados de miedo: ¡Oiga! ¿por dónde se va a la calle? ¿Qué pasa, Mauser? ¡Ja!, ¡ja!, le bauticé así porque era delgado y alto como un fusil. ¡Nada, que mi madre parió un hombre y no un jilguero para estar colgado de estos palitroques! Se empeñó en bajar y ahí le tenéis, de caballista, Parece que se las entiende mejor…

—No están acostumbrados y temen siempre que les ocurra algo —le excusó un picador—. Han oído hablar de tantos muertos y gases, que llegan a la cuenca con el miedo en los bolsillos. A algunos no se les pasa en la vida. Mira Felisandro, va donde haya que ir, pero…

—¿Qué tal se porta Gago? —me preguntó Enpazdescanse cambiando de tema—. ¿Refunfuña mucho?

—Un poco y con razón. ¡Estamos en remojo como los garbanzos!

—Echar bicarbonato que lo ablanda todo —rió un entibador desdentado al que llamaban Tragadientes— ¡Yo conquisté así a mi mujer!

—¡Lo malo es si hay más de uno que la da bicarbonato! —murmuró, zorro, un caminero.

—Esta mina está maldecida desde que nació —seguía el picador dándole vueltas a una idea fija—. Llevo en ella catorce años y nunca la vi cara de amigos. Y menos mal que el gas está ahora sin fuerza, muerto que decimos,

—Es que hemos aprendido a limpiarle con una cerilla —dijo un rampero, riendo un poco estúpidamente.

—Algunas veces —Enpazdescanse parecía meditar— de lo aburrido que estoy ahí arriba me dan ganas de decir ¡baja, techo, y aplástame!

—Es que guardas buenos recuerdos de los ocho días que estuviste enterrado —opinó el desdentado minero.

—Sí…, y por si falta algo, mi mujer sigue de luto. Como dice que hay que aprovechar los vestidos que se hizo…

—Por cuatro perras más no merece la pena hacer tanto equilibrio —intervino un caminero—. Yo, en la galería, que el pie esté firme. Y si viene el grisú a escapar de prisa.

—Cuando llega la contienda hay pan para todos —opinó el rescatado—. Mira la última. Los de la galería fueron los primeros que cayeron patas arriba. A los de la rampa es más difícil encontrarlos, eso es todo.

—Déjate de palabras que cuanto mayor sea el agujero mejor sale la liebre.

—Sobre todo en este Pozo que tiene unos corrimientos de tierra que… ¡ni que tuviese diarrea! ¡Hombre, mira doña Eduvigis!

Una rata enorme, andando sobre el carril, se acercaba sin prisa. Enpazdescanse la arrojó una piedra sin lograr intimidarla. Presa de una exagerada cólera, el picador corrió hacia ella. Fue tal la insolencia del roedor, que estuvo a punto de dejarse atrapar.

—¡Maldita sea la abuela de estos bicharracos! ¡Nunca he visto tanta valentía en un bicho tan asqueroso!

—Bueno, que no vine aquí a ver ratas ¿Cuándo come Antón?

—No tardará. Si le quieres ver, acércate al coladero y dale un grito. Creo que ya sabe donde haréis las extras. Donde vais a picar estuve yo ocho días bebiéndome la sangre…, ¡ojo al canto!

—¡Ojo al canto, dice! —refunfuñó Tragadientes—. ¡Yo uso hasta el ombligo, para que sean cuatro, y siempre hay algún costero o soplo de gas que me pellizca!

* * *

Cuando regresé a la galería, el martillo había desaparecido. Un tanto desorientado, me dirigí hacia el corte. Barrenando, sujetando él solo el pesado neumático, el dinamitero acusaba síntomas de fatiga.

—Perdone, señor Gago… Entré en la cuarta y me dejé caer en la rampa. Quería saber qué había allí dentro.

—Yo en tu caso hubiese hecho igual. ¡Hala!, vamos a darle al tambor.

Le agradecí al barrenista aquella prueba de comprensión. Despojándome de la chaqueta y los pantalones me dispuse a ayudarle. Ya cubierto el rostro con el algodón y la esponja, no tardó

el agua en mezclarse al polvo desprendido de la piedra. Pronto fueron pegándose a nuestros cuerpos desnudos manchones de barro. La concentración de sílice, que tanto hacía toser a Gago, se revolvía ante la defensa, intentando filtrarse, arañar los pulmones, ir posando en sus alvéolos la muerte que portaba.

Apoyando sobre el vientre el murciélago de hierro, horadando, hiriendo el corazón de la piedra, la mina entera parecía quejarse con lágrimas de barro; lágrimas que caían sobre aquellas luces mortecinas que, inclinadas a nuestros pies, semejaban lámparas votivas puestas al diablo y a las que el martillo, con chillido de viento encabritado, hacía temblar.

Terminado un agujero más, Gago palpó la pared, la veta, sus nervios. Se detenía, sacudido por un golpe de tos, y otra vez a barrenar, a taladrar los intestinos de la mina. Algunas piedras, redondas y lisas, como de río, eran desprendidas por la vibración del neumático. Arriba, en lo que parecía cemento, quedaba un óvalo perfecto.

—¡Quieta, morena, que no va contigo! —murmuraba Gago con voz apenas audible.

Una vez perforada la roca nos dispusimos a preparar la «pega». Cogí el rollo de mecha y, midiéndola con los brazos, corté seis trozos iguales. En sus extremos, Gago iba colocando los fulminantes. Introducía en éstos los cartuchos y los dejaba colgados de la trabanca. Poco después, resguardando la dinamita bajo la camisa hecha un rebujo, volvíamos al corte. La tarea de rellenar y «atacar» los barrenos fue breve. En contra de lo que decían los reglamentos, metimos la carga «cebada»[26] en medio, con objeto de que en caso de fallo no tuviésemos que sacarlos todos con el pincho, operación siempre peligrosa, y como final apelmazamos bien el cartucho de tierra inerte, evitando así la llamarada que prendería el grisú.

La jornada había terminado. Retiramos el martillo y con la manguera libre clarifiqué un poco el aire. Recogimos las herramientas y nos vestimos. Cuando volvimos al corte ya retumbaba la bóveda sobre nuestras cabezas.

—¡Empezó la fiesta de los barrenos! Vamos a poner nuestro granito de arena.

Quité los precintos de los estopines y Gago, con intervalos medidos, los fue encendiendo. Uno de ellos falló dos veces y hubo que cambiarle. Los débiles humos caracoleaban entre el polvo.

—¡Hala, que a los barrenos no les gusta que les miren cuando están comiendo!

Los humos, enroscándose en el agua y la sílice flotante, daban a las penumbras un tinte extraño, embrujado. Gago tosía débilmente.

—¡Tanto grisú y dinamita!… No, esto de prender la muerte aquí abajo no es para asegurar la vida. ¡Vamos!

Nos alejamos de los barrenos, ya preparándose a despedazar la roca. Poco después el túnel se estremecía. El barrenista iba contando.

—Uno…, dos…, tres…, cuatro…, cinco…

Pasaron unos instantes.

—¡Mala sangre de mecha! ¡Otra vez falló la condenada!

De nuevo al corte. Un caos de cascotes y humo, agua y oscuridad. Parecía un pedazo de mundo caído a nuestros pies, aún latiendo. Hasta las paredes semejaban temblar, no repuestas aún del susto. Al frente, entre la roca desgajada, colgaba una mecha a medio quemar. Los barrenos anteriores de la carga habían desaparecido. Estarían mezclados con los escombros.

—Mañana a manejar la pala como si estuviésemos cargando pasteles ¿estamos?

—Sí… ¡mal asunto!

—¿Y quién lo puede evitar? Es muy nuestro eso de cobrar bien las cosas y hacerlas mal sin importar si matan a alguien… ¡Mucha horca hace falta!

Sacamos el resto de los cartuchos, los guardamos en el arca y nos encaminamos hacia el transversal. Cerca de la boca-galería alcanzamos una pareja de entibadores.

—¿Hoy no hay extraordinarias? —preguntó Gago.

—No, a mí se me murió un hijo y una hora menos. A veces da gusto. Estaba saliendo a hora extra por crío…

En la voz de aquel minero se escondía un fondo de amargura.

Cuando nos acercábamos a la maniobra encontramos al vigilante.

—Se apagó un tiro —le comunicó Gago— ¡Falla y falla! ¿qué quieres que yo le haga?

—Nada —concedió el encargado— ¡Así no hay quien trabaje! Bueno… mañana tendrás menos escombros que cargar. Algo es algo.

—Mañana metes la pala y saltas por los aires —exclamé malhumorado—. Prefiero trabajar más pero seguro.

—Tú calla, muchacho. Para protestar sobra Gago.

Los mineros, apiñados en la maniobra, esperaban impacientes la jaula. Un pequeño motín parecía estarse fraguando. Debido a la prioridad que daban al mineral, a veces debían esperar largo rato y

aquello les indignaba. Antón, que en aquel momento desembocaba del túnel, pareció sorprenderse. Luego se olvidó, preocupado de librarse de las coces que soltaba «Olga», a quien Tragadientes andaba manoseando de una manera obscena.

—¡Hijo del rigor! —exclamó Cubadín de malos modos—, deja la mula tranquila no sea que te pongas caliente y tengas que decírselo a tu mujer.

—Está buena… —opinaba el desdentado sin hacerle caso—. Un poco vieja y sin muelas, pero aún tiene una buena cabalgata.

* * *

Antes de comenzar la nueva tarea, acompañando a Gago, Antón y yo quedamos un rato descansando. Los mineros, con sonoras palabrotas, seguían arremetiendo contra la jaula, el Bola y la Empresa. Otros cambiaban los obligados comentarios del hombre de la fosa.

—Ese punto es muy dañino… ¡menos mal que las mujeres de la cuenca paren más mineros que los que se traga este agujero!

—Esto debía de ser como la guerra. Que no se arma otra gorda hasta que nacen nuevos soldaditos que no saben lo que pasó.

—Me han crecido los dientes en la mina. Y sin darme cuenta cuando veo a un loco meterse en el Pozo se me arruga la cara y no doy por él un real. Como tú dices, porque paren de prisa.

—Y eso que no tenemos muchas, como los moros —rió uno—. Aunque pensándolo bien, los ricachos de aquí también las tienen. Allí el pobretón se contentará con una y gracias.

Y echando un largo de la bota, comento jocoso:

—La pala hay que engrasarla bien. Si no, no funciona.

—En la tierra se estaría mejor ¿eh José?, —preguntó Tragadientes a un minero con pinta de asceta. Tenía las orejas mutiladas.

El llamado José pareció reflexionar.

—Allí te dejas el pellejo pegado a los surcos, pero trabajas al aire libre. Siempre es bueno echarse bajo un chopo. Aún me acuerdo cuando íbamos a segar al Hoyo. Luego las fiestas. Yo tocaba la gaita en la plaza, y…

—¡Vamos, lo que se dice un paraíso! —rió un tubero. Y tirabais cohetes ¿no? ¡Bueno, los barrenazos que pegas aquí no son mancos!

—A éste —Tragadientes señalaba a José dirigiéndose al hombre de la bota— se la jugó buena el Hospiciano. El primer día que entró en la rampa le gritó ¡qué se hunde! y teníais que verle tirándose

mampostas abajo. ¡Ja! ¡ja!, no sé como no se mató.

—La broma me costó un mes de hospital —refunfuñó el antiguo campesino.

—Bien te la pagó. Se fue al otro mundo después de estar dos días enterrado. Fue cuando la segunda empezó a dar carbón.

—El Hospiciano era un buen ratonero —intervino Gago—. Mientras otro cualquiera daba una vuelta en la rampa, él daba cinco. Si se desplomaba algo, él iba el primero y en un día ponía diez juegos.

—Cuando la contienda del grisú —añadí yo— entre él y Vitelón levantaron media galería.

—Lo que son las cosas —recordaba el campesino— luego me salvaría la vida. Fui a tirar de los pantalones a una sobreguía y el gas me tumbó. ¡Menos mal que el Hospiciano vio la lámpara!

—¿Y no le preguntaste a las ratas a qué sabían tus orejas?, ¡ja! ¡ja!

—Era buena persona pero me hubiese gustado ponerle los riñones al sol —intervino un barrenista—. Por una tontería que tuve con él me pusieron a perforar donde la roca dejó a Pedrín como una sardina. En fin, ya murió…

—Él fue el primero que habló de las salomónicas ¡como era picador!

—¡Bah!, tener los pulmones agarrotados un día antes o después… Además, a la Empresa tampoco le interesa. Ella quiere que los barrenistas y picadores, que somos los únicos que ganamos algo, vayamos de prisa. Los demás no tienen más remedio que seguirnos ¡si no, pleito al canto!

—¡Al canto con dos reales! Es una vieja artimaña de los «dorados».

—¡Al menos nos dejan beber vino! —se frotó las manos Tragadientes, para luego volver a pasarlas con obsceno ademán por las partes íntimas de la mula— ¡Voy a agarrar una el sábado que me van a canonizar!

—Cubadín es el que bebe bien. ¡Le van a seguir creciendo el pelo y las uñas veinte años después de muerto!

—Deja tranquila a «Olga», ¡Tragadientes! —seguía refunfuñando el caballista—. ¡Como se espatarre de gusto, la vas a tener que consolar tú!

En aquel momento llegaba el montacargas.

—Mete a «Olga» y así subimos más de prisa —le achuchó el desdentado, empujando al animal.

Aquel consejo estaba en la mente de todos. Con la mula dentro

la jaula subía directamente, y a velocidad de material, hasta la superficie. Era un mal trago que lo pasaban con gusto aquellos hombres familiarizados con el ascensor, siempre ansiando luz. El único que no estaba de acuerdo era el Bola.

—¡O bajáis vosotros o baja la mula!

—¡Dale ya, monaguillo!

—Cerdo mío, dale… —añadió otro poniendo los ojos en blanco —. ¡Qué muñeco de carne más arrogante!

—O se baja ella o no doy la salida —repetía testarudo el Bola.

—Di que no te bajes, «Olga» —la pidió el desdentado, de nuevo escondiendo la zurda entre las patas traseras del animal.

—¡Bueno!, pues la mula o…

Aprovechando un descuido del señalero, el minero de la bota golpeó la campana. La jaula se perdió como una exhalación caña arriba.

—¡Maldito tonto! —le increpó el Bola—. ¡Así pasan los accidentes!

—¡Eso es los martes trece, hombre! —se burló el entibador volviéndole la espalda.

* * *

Gago aun debería esperar al siguiente ascensor. Antón y yo, despidiéndonos de él, nos encaminarnos hacia el nuevo tajo. Una masa de vapor nos envolvió al pasar ante la sala de bombas. Poco después, ya entrando en el transversal Norte, el aire, abandonado por el soplo de los compresores, empezó a enrarecerse rápidamente. Aquella parte de la mina, de aspecto cansado y envejecido, ofrecía una desolación que impresionaba. Las paredes, sostenidas por maderas torcidas y mordisqueadas por la humedad y los roedores; las cunetas obstruidas, desbordadas; quebradas muchas trabancas, sobre las cuales sobresalían cascotes que ocupaban medio túnel. Para redondear la hosca visión, encontramos a la entrada de la galería una chaqueta hecha jirones sobre la que se afanaban docenas de ratas hambrientas. De entre los entibados torcidos, como gibas pétreas, escapaban las aristas de los hastiales. De un agujero surgió la voz pegajosa de alguien que cantaba. Pronto enmudeció. Volvió el silencio, sólo turbado por el agua filtrándose y el túnel reajustando su podrido armazón. Olía a tierra fermentada.

—Aquí hay que trabajar sin mirar al techo —comentó Antón—. Tiene la ventaja de que el peligro lo pagan un poco más.

A medida que nos adentrábamos en la vieja galería, la impresión

que iba recibiendo superaba en mucho a las que experimenté en aquellos quejumbrosos y muertos túneles del Grupo Tronquera. Ya despojada de tubos, hierros y de varios macizos, arrancados para aprovechar hasta el último trozo de carbón, aparecía a punto de ser privada de su último soporte.

Aquel socavón había matado tanta gente que la Empresa se veía obligada a condenarlo. El Empalmao, que durante un mes se ensañó con él, decía que cada kilo de mineral que picaba o trabanca que echaba abajo era un gozo que había que celebrarlo con un vaso. Marchaba en busca de Enpazdescanse y éste gustoso pagaba una ronda. Luego, animado por el alcohol, contaba una vez más las sensaciones de un enterrado en vida.

—Le doy de puñaladas que es un contento —también repetía el Empalmao—. ¡Mejor que si fuese un hombre!

—Haces bien, haces bien —asentía serio Enpazdescanse.

El túnel, como si adivinase que estaba condenado a muerte, ofrecía un aspecto tétrico. Lloraba por sus desgarrones, por sus carnes muertas; sollozaba con los ruidos internos, síntomas de un continuo desangrarse, desplomarse. Los abandonados coladeros que se abrían a los costados parecían suplicar la mano amiga del pico, como si tuviese la boca seca y ansiase sudor de hombres. En algunas partes era tanto el peso de la montaña y el hinchazón del suelo, que los maderos se mostraban sólo visibles hasta la mitad, tragado el resto por la tierra, embravecida como una marea alta. Cuando nos detuvimos cerca de lo que prácticamente era el corte, la autodevoración de la mina apenas permitía el paso de un hombre arrastrándose.

Nos despojamos de la chaqueta y puse a secar el calzoncillo.

—Esta es la primera galería que se dio —me explicó Antón—. Tuvieron que abandonarla porque daba falla un día sí y otro no, y entre tanto, ¡a tragarse mineros!

—Parece que llora y grita —opiné, atento a los ruidos que andaban sueltos por el túnel.

—Pues verás ahora que le vamos a arrancar las garras. ¡Vamos!

Subimos a los coladeros. Durante una hora, en distintos macizos, estuvimos picando a mano. El martillo, además de que ya estaba levantada la conducción de aire, no se podía utilizar porque el desplome de grandes masas de carbón muerto podría provocar un hundimiento. Hurgar en las lámparas, avivar aquella luz mortecina, asfixiándose en unos agujeros ruinosos y empachados de grisú, también era peligroso. La presión del gas rompía a veces la capa de mineral que le separaba de la libertad y la explosión amenazaba con

hacerme perder pie. Preso de un súbito temor, agarrado a cualquier saliente, a un trozo de mamposta podrido…

Allí estaba el grisú cuchicheante, la rampa medio suelta, como ansiosa de matar. Allí la mina se ofrecía casi hostil como por aquellos sitios donde horas antes comencé a adentrarme en la historia de mi padre muerto. La canción negra del gas, la luz alargándose, quedando después reducida a una claridad moribunda y verdeazulada; los músculos perdiendo tensión ante el acoso de los ácidos: el aire envenenado de las emanaciones, restando fuerza y lucidez a la mente…

Así decían que estaba la mina el día antes de la explosión; así estaría mi padre cuando abandonó la rampa porque la muerte rondaba…

Con un sentimiento de asco y rabia arrojé el pico a mis pies y salté a la galería. Antón debió ver mi lámpara alejarse y poco después se hallaba a mi lado.

—¿Qué pasa, Landa? ¿Por qué bajaste?

—No quiero seguir. ¡No trabajaré aquí ni un minuto más!

—No pasa nada, hombre. Y se ganan algunas perras… ¡ya te he dicho!

—Si sigo aquí ganaré perras, pero será para mi entierro.

—¿Sentiste…? —Antón no terminó la frase.

—No sentí miedo, ¿te enteras? ¡No quiero morir, eso es todo! —exclamé excitado.

—Yo tampoco; nadie quiere morir. Los macizos siempre hay que mirarlos con respeto, pero si pones cuidado el peligro se marcha.

—¿No hueles el grisú? ¿Crees que con cuidado se larga como «Vagabundo» cuando le das una patada? Hay mucho suicida trabajando. ¡Lo siento, Antón!

—Quizás tengas razón, chaval —se resignó, sentándose sobre un tronco—. Cuando algunos rehúsan este trabajo, por algo será… Landa —el picador parecía meditar sus palabras—. ¿Te acordaste de tu padre?

—Sí, me acordé de él. He oído contar demasiadas veces cómo estaban las rampas poco antes de la contienda… ¡Igual que éstas!

—Creo que no debíamos haberte traído al Pozo. ¿Qué piensas tú?

—¿Por qué no? Si no soy hombre ahora que tengo quince años largos, no lo seré nunca. Llevo cuatro y pico de minero, ¡ya es algo!

—Tendrás razón, pero…

—¿Pero qué? Que me pasaba horas enteras frente al Pozo y que ahora me metí en él. La gente va al cementerio a ver sus tumbas; yo

tengo que venir aquí. ¡Tenía ganas de decírselo a alguien! —terminé, reconociendo que la impresión había sobresaltado un poco mis nervios.

—Si te empeñas en pensar así… —repuso Antón un tanto indeciso. Me miraba como si no reconociese en mí al Landa al que él estaba acostumbrado.

—Y así es. Sé lo que estás pensado; algunos hasta lo dicen. Podéis tener algo de razón, pero eso no quita para que me ponga a bailar un pasodoble cada vez que me acerco a un sitio que me recuerda a mi padre. Si estuviese enterrado, sería otra cosa.

—Quizá lo está, ¡qué sabemos nosotros!

—¿Crees que soy el niño llorón que te tocó limpiarle el culo en la rampa de la Tronquera? —le pregunté mirándole fijamente—. Está aquí, lo sé, ¡y qué! Si algún día puedo entrar a buscarle, entraré. ¡Si esto es estar equivocado, con su pan se lo coman!

—¡Bueno! —respiró Antón sonoramente, como si acabara de quitarse un gran peso de encima—. ¡Veo que eres más hombrecito de lo que me figuraba! Nunca te había oído hablar así… ¡Vaya quince años bien regados!

—Eso es lo que os pasa a todos los viejos —palmoteé su espalda, aliviado yo también—. ¡No os dais cuenta de que otros vienen empujando!

—¿Viejo yo? ¡Aun puedo pegarte un tren de mamporros!

—Pégame lo que quieras. Y escucha, Antón —añadí—, me gustaría que tú tampoco trabajases en estos sitios. Aunque eres un cascarrabias, te debo el haber aguantado mis primeros miedos mineros.

—¡Vaya! —volvió a reír—. ¿Quién me iba a decir que el pichón podría darme consejos?

—¿Te figuras si te pasa algo a ti? —intenté bromear—. Entre lo de mi padre y lo tuyo iba a entrar en el Pozo como quien entra en un caldero de brujas.

—De todas maneras —Antón me miró serio— a mí también me gustaría que intentases dominarte. Querías bajar a la fosa y ver la galería tapiada. Lo has conseguido, ¿qué más puedes hacer?

—No sé, nada…

—Ahora a trabajar como Dios manda y a besuquear a Selva —el picador recuperó su sonrisa—. ¡Se está poniendo como para hacerte trampa!

—Un día quizá te pida ayuda para entrar en la tapiada —dije sin hacer caso de la broma—. Veremos cómo está y me quedaré tranquilo. ¡Sé que terminarás comprendiéndome!

—¡Sí te comprendo, hombre!, pero no puedes solucionar nada, eso es lo grave. Han pasado tantos años que aunque tropezases con él no le verías.

—Puede ser… ¡Pero quién te dice que no encuentro algún hueso! Los demás no pueden estar lejos. Los meto en una caja, al hoyo, ¡y listo!

—Si con ello terminan esas espantadas tristonas… ¡Y menos mal que ahora Selva te entretiene un poco!

—Espantadas… —repetí pensativo—. No sé… Era niño y la desgracia de mi padre me golpeó un poco fuerte… Mira, Antón —reaccioné—. Te repito que unos van a ver las tumbas como yo vengo al Pozo. Vosotros esperáis un día determinado para poneros tristes y yo me pongo cuando lo siento. Todavía recuerdo cuando se ahorcó tu padre, el señor Antón. ¡Te pasaste un mes que parecías un fantasma!

—Ya lo sé… ¡Bueno, hablemos de hoy! ¿Crees que tu madre no pondrá cara larga si después de lo del Pozo te vas a la Brigada de Salvamento?

—Creo que no. De todas maneras, si quieres, pasa por casa. Irá mejor la cosa… ¡Ahí viene alguien!

Se acercaban unas luces. Poco después se detenían ante nosotros media docena de hombres. El vigilante los dirigía.

—¿Qué pasa? ¿Así es como hacéis las extraordinarias?

—Trabajamos media hora —repuso Antón levantándose—. Puedes apuntártela tú porque nosotros nos vamos de veraneo.

—¿Qué ocurre? —se extrañó aún más el encargado—. ¿No vais a decir que llegó el miedo?

—¡Llegó para mí! —exclamé—. ¡Yo aquí no trabajo!

—No le hagas caso. Está mal el tajo y le dije que bajase. Lo siento —sonrió con suficiencia—, tendrás que buscar alguien más valiente que nosotros. Además, hoy es lunes y tenemos que dar una vuelta por la Brigada.

El vigilante comenzó a despotricar contra los que pedían hacer extras y se volvían atrás; contra las galerías y la Empresa, que tardó tanto en derribar aquel túnel donde él tampoco debía de tenerlas todas consigo.

Quedamos allí un rato viendo a los entibadores desencajar los soportes a golpes de maza, para después, enlazándolos con gruesas maromas, disponerse a derribarlos. Cuando nos alejábamos, comenzaron los asustantes retumbes. Un trozo más de galería estaba desplomándose. La mina se quejaba con respiración de tormenta y la onda de aire, como el eco de un estertor más, llegaba a nosotros

con el acento de un trágico y desgarrador bramido, de una súplica. Aquel túnel donde tantos mineros dejaron enterrada su resignación, el sudor y sus huesos; donde quedó frustrada la esperanza de muchos campesinos, que ansiosos de un jornal seguro allí vinieron a morir desde muy lejos, un día fue la angustia del Valle. Quise recordar nombres de cosas, de accidentes, de muertos y afanes; historias acaecidas en aquella primera galería del transversal Norte; historias, sin embargo, amables para mí porque estaban enraizadas en mi niñez, cuando aún sabía y podía reír porque el Pozo todavía no se había llevado a mi padre.

Pese a la repulsión que experimentaba por aquella vieja galería donde, como consciente del hachazo final que se aproximaba, palpitaban vientos podridos y quejumbrosos, iba recorriéndola con ese sentimiento melancólico que producen las cosas confusamente amadas. Como si aquel socavón tuviese hálito humano y yo fuese capaz de advertirlo, el túnel despertaba en mí bandadas de intensas y contradictorias emociones que me empujaban a volver sobre mis pasos, a detener o ayudar a los entibadores que estaban asesinándole. Miraba a la galería con incomprensible afecto, clavando los ojos donde los posaron muchas vidas ya borradas y cuyo último indicio estaba a punto de desaparecer. En adelante, y para siempre, ya serían existencias definitivamente muertas, caídas en esa otra melancolía de los recuerdos que han dejado de serlo.

Como alentado por las ánimas de todos aquellos que había matado, y que ahora se unían a él en la súplica, el socavón parecía pedir un alto a la muerte; una oración con la que esclarecer aquel vacío de sombras, aquel canto del cisne que era el agua sollozando, resquebrajando y acelerando la agonía. Los sonoros desplomes seguían sobresaltando las tinieblas; los huesos y las carnes del túnel continuaban cayendo entre gritos escapados de un terror absurdo, quizá un eco de aquellos muertos que ya sentían su recuerdo dispuesto a enterrarse para siempre con la vieja tumba: la primera galería del transversal Norte.

El túnel condenado, preparándose para el sueño eterno, se llevaba con él las ilusiones de tantos hombres que allí llegaron para arrancarle el pan de cada día; de los Enpazdescanse que lo abandonaron a tiempo y de los que serían polvo o estarían muy lejos, culpables todos de haberse acercado a la tierra maldecida. Él sabía historias de los que se arrojaron en sus brazos huyendo de la justicia y de los que gracias a él encontraron al fin vida de hogar; de extraños y de los habitantes de la cuenca que bajaron a dominarle. Él sabía de la intimidad remota y lejana de tantas confesiones,

tantas cóleras y resignación; de súplicas y miedos que fueron a esconderse en sus capas y sus hastiales. El túnel sabía de cosas pasadas; el túnel, que, con una desesperación apagada, preparándose a morir, ofrecía por última vez sus carnes alargadas.

La vieja tumba acuchillada por la venganza de los hombres. La Tierra de Promisión de otros cuyos nombres ya se habían olvidado…

¡La muerte del viejo túnel!

* * *

Al llegar a la carretera Antón me palmoteó la espalda a modo de despedida y se alejó ladera arriba. Saboreando mi gran liberación, conseguida tras mi primer día de Pozo, me encaminé directamente hacia casa. No quería retrasar el encuentro con mi madre, el momento de borrar de su ánimo la angustia que dejé empezada cuando, con un beso en la frente, la dije adiós por la mañana. Iba pensando en el modo de serenarla, de contarla lo que yo consideraba, empequeñecido el recuerdo de aquella jornada en la que con mis asustados once años caí en la rampa, la mayor aventura de mi vida. La hablaría de Gago, del corte, de Antón y del túnel condenado…

Me detuve sorprendido.

—¡Hola, señor Marcos! ¿Qué le trae por aquí a estas horas?

—Ya ves, Landa —repuso el viejo minero con voz apagada—. Pasaba cerca y pensé que salías ahora… ¡A ver cómo le fue al pichón!, me dije, y aquí estoy.

—Fue bien, señor Marcos… Supongo que querrá saber que vi la galería tapiada —hablaba de prisa, molesto por aquella supervisión de sentimientos a que me sometía el Patriarca—. Sale agua por debajo. Me dejé caer en las rampas abandonadas… ¡está todo destrozado!

—No es eso, muchacho —pareció darse cuenta de mi estado de ánimo—. Claro que quisiera saber si el Pozo te impresionó, aunque desde «aquello» ya te hiciste un hombre. Simplemente, como viejo minero, me gustaría conocer si te tocó buen punto y como andáis de grisú.

El señor Marcos estaba mintiendo. Yo intentaba contestar a sus preguntas, aunque, inconscientemente, no tardaba en volver al punto de partida, a mi obsesión.

—Me metí en una rampa de la cuarta que hace «frontera». Si se quiere ver algo habrá que entrar por la boca-galería… ¡Le debió

caer todo encima!

—Bueno, Landa —el Patriarca suspiró hondo—, ya sé todo lo que le cayó encima; también sé que estas cosas no tienen remedio. Recuerda cuando tu padre hablaba de sacrificios, producto de los cuales nuestros hijos vivirían mejor. Esto te debe animar, el saber que según él cada muerto en la mina es una nueva esperanza y que…

—¡Entonces eran otros los que morían!, ¡él estaba vivo!

Me sentía inexplicablemente ofuscado.

—Y luego él —siguió pacientemente el señor Marcos—. Gracias a los caídos en aquella ocasión se consiguió que llevasen mejor madera a la mina y que pusiesen ventiladores más potentes. Ya fue algo, ya no murieron en vano. Hazme caso, Landa, no te dejes vencer por las aprensiones y el temor o algún día ocurrirá algo…

—¡No tengo miedo! Si ha venido a decirme eso, pierde el tiempo… ¡Perdón, señor Marcos! —me excusé, dándome cuenta de que jamás debí hablarle en aquel tono.

E intentando calmarme, embargado súbitamente por el gran afecto que profesaba al Patriarca, añadí:

—No se preocupe, señor Marcos; seré tan buen minero como el mejor. Me pasa, o me pasaba, eso que… usted sabe… —me interrumpí, bajando la cabeza.

Reaccionando rápidamente, continué:

—Quiero que mi madre y usted estén contentos de mí. ¡Y mi padre también!

—Lo estaremos, Landa. Y si lo estamos tu madre y yo, puedes asegurar que lo estará él. Nosotros sabemos que serás lo que de ti esperamos. Lo fundamental es que no te dejes abatir, que pienses que no eres tú solo, que formas parte de un grupo de muchachos de los que el Valle espera mucho. Al Pozo no se va únicamente a ganar el pan, sino a hacerse hombre para uno mismo y para los demás. Un soldado no muere por ganar una batalla, sino por ganar la guerra. ¡Y no para él!

—Lo sé… Gracias, señor Marcos. Me alegro que haya venido a buscarme. Al principio me molestó, ahora se lo agradezco.

—Ya lo noté, Landa…

El viejo picador me extendió la mano, que estreché con gozo tranquilo, como en una vocación de hombre despertada definitivamente. Era la primera vez que el viejo Patriarca me decía adiós de aquella forma. Como acostumbraba a despedirse de mi padre.

Levanté los ojos. Por los ojos entornados del señor Marcos

discurrían dos lágrimas silenciosas.

Nunca le había visto llorar. Ni aun en los momentos más desesperanzados de la minería, cuyos afanes y desalientos parecían simbolizarse en aquel viejo minero al que llamaban el Patriarca.

* * *

Mi madre, por miedo a molestarme, no se atrevió a acercarse a la explanada, pero pretextó necesidad de bajar a coser a casa de un vecino, desde la cual se veía perfectamente el amaine de la jaula. No pude evitar el sonreír cuando vino a mi encuentro explicándome detalladamente la obligación en que se encontró de ayudar a la mujer del minero porque… ¡Pobre madre, qué ingenua era!

—Y tuviste que bajar y bajaste y ahora subes, ¿no es así? —me burlé, malicioso.

—Sí, claro, hijo mío —repuso nerviosa—. Ahora mismo subimos. Querrás comer ya, ¿verdad?

—¡Claro! Ahora cuéntame el de Blancanieves que también te lo sabes bien, ¡mentirosilla!

La estreché entre mis brazos y la besé con mucho cariño. Mi madre sonrió feliz. Luego, bruscamente, rompió en sollozos. Aquello era también felicidad, a su manera.

—Está Selva esperándote en casa —pudo decirme cuando se serenó un poco.

—¡Vaya! Ya no faltan más que los Reyes Magos. ¡No sabrán que bajé a la fosa!

—No podría comer hasta que te viese salir del Pozo. Sabes, éstas cosas… —decía hipando aún.

—Estas cosas… —la remedé burlón, ya encaminándonos lentamente por el Camino—. Escucha, madre, bajé al Pozo y lo primero que quiso saber es dónde estaba la galería tapiada. La encontré y me dio el corazón un saltito. Luego me metí en una rampa destruida y llamé a padre, ¡fíjate qué tontería!, pero así me quedé más tranquilo, ¿sabes? Yo creí que podía contestarme y…

Me callé porque el despreocupado tono que daba a la narración iba ensombreciéndose. Aprovechando que Selva se había asomado a la puerta, me solté de mi madre. Empezando a correr, la grité:

—¡A ver si me alcanzas!

Mi pobre madre alcanzarme… Pero en su gran dicha hacía esfuerzos por conseguirlo. Yo no miraba para atrás porque unas estúpidas lágrimas nublaban mis ojos.

—¡Maldita vida!

* * *

Dos horas después, Antón fue a buscarme. Entretenido en satisfacer la curiosidad, y hasta la angustia, de mi madre, aún no me había cambiado de ropa.

—¡Hola, hombre importante! —me saludó jovial— ¿Cómo va esa vida, María? —se dirigió después a mi madre.

—¡Ay, Antón!

—Toma un vaso mientras me lavo y como algo… ¡Ah! añadí, queriendo aparentar despreocupación. —Vete diciendo a mi madre que un hombre que va a la Brigada y al Pozo ya puede leer lo que su padre dejó para él.

—¿El «testamento»?… ¡Dáselo, mujer! —le pidió el minero haciendo con la mano un gesto vago—. También tú… ¡ni que quisieras el tesoro para ti sola!

—No es eso, Antón —aún se resistió—. Su padre, que en paz descanse, me dijo que esperase a que fuese mayor…

—¿Y no es mayor un muchacho que saca adelante a los suyos? ¿qué mantiene una casa? Un hombre lo es sólo cuando lo demuestra, lo demás son cosas de calendario. ¡Hay por ahí cada zángano con treinta años que son zoquetes redomados!… ¡Vamos, mujer!

Antón parecía decidido a aprovecharse de mi llegada al Pozo para conseguirme aquello por lo que él me había oído suspirar tantas veces.

Desde el cuartucho trasero, donde había ido a lavarme, oía a mi madre defenderse aún. Cuando calló, y a través de la espuma que semivelaba mis ojos, la vi cruzar el pasillo. Fui tras ella y, descalzo como estaba no sintió mis pisadas, poniéndome a su lado fui testigo de sus hondos suspiros, de la angustia que debía producirla aquella entrega que era nueva «puesta de hombre» en la que ella adivinaba muchos pesares y sufrimientos. Otra vez la estampa pura y limpia de la adversidad, las mismas penas, inmóviles, las mismas penas… De nuevo parecía pesarla la espalda, otra vez los ojos ensombrecidos por la dramática y repetida realidad. Sobresaltos, registros, cárceles…, el mundo recomenzaba para ella.

Sin que llegase a descubrir mi presencia, me alejé de puntillas. Allí la dejé, embelesada con sus tristezas.

Antón jugaba en la cocina con Carolina, quien reía a carcajadas. Una vez terminado el aseo, volví junto al picador, objeto aún de las travesuras de mi hermana. Sobre la mesa humeaba la comida y en un extremo de la tabla, atados con un bramante, había un paquete

de piel de oso por cuya abertura asomaban las hojas de unos cuadernos. Me acerqué a ellos, al «testamento», embargado por una profunda emoción que intentaba dominar. Queriendo aparecer despreocupado, exclamé:

—¡Gracias, madre!… ¿Ves cómo no pasa nada?

—No, no pasa nada. ¡Se te van a enfriar las patatas! —intervino Antón.

Comí de prisa y, poniéndome la boina, cogí el pequeño paquete.

—¿Te lo llevas ahora, hijo? ¿No lo perderás?

—Lo perderé si lo dejo aquí, que volverá a la caja —dije intentando bromear—. ¿Vamos, Antón?

Abandonamos la vivienda. Mi madre salió a la puerta a despedirnos y Carolina bajó con nosotros hasta la carretera. Cuando nos separamos de ella miré hacia arriba, a la pequeña explanada donde se levantaba mi casa.

Mi madre, como el símbolo de una triste y maltratada vida, seguía clavada en el umbral, empequeñecida, como si la nueva pena fuese capaz de menguar su cuerpo.

* * *

Cuando entramos en el recinto que servía de cuartel a la Brigada de Salvamento, ya habían comenzado las prácticas. Rodeados de caballetes, de los que colgaban mangueras, cascos, máscaras y camillas desmontadas, los hombres que dirigía el gigantesco, y ya metido en años, Sansón, estaban dedicados a la limpieza de los aparatos. El jefe de la cuadrilla, paseando arriba y abajo, iba preguntando, «tomándoles» la lección. Al vernos entrar, vino hacia nosotros.

—¿Qué pasó, Antón? ¿Se te cruzó un carro en el camino? —preguntó intentando aparecer enojado.

—Quise traer al parvulillo y me retrasé. Otro día vendremos a la hora, ¿eh, Landa?

—Sí, señor Sansón. La culpa fue mía.

—¡Bueno! —exclamó con su vozarrón de trueno, empujándome hacia el centro del salón—. ¡Aquí está el jilguero Landa! —me presentó—, que si le arrullamos bien podrá convertirse en águila. ¿Qué dices a eso, infante?

—¡Qué ya no soy un infante!

La estruendosa carcajada del gigante, pareció capaz de hacer temblar las paredes de aquella destartalada habitación, fue tras mi engallada respuesta.

—¡Hala, deja ese paquetucho por ahí y manos a la obra!

Poco después se reanudaba la parte teórica del entrenamiento.

—A ver, Manolo, ¿cuáles son los síntomas de envenenamiento por óxido de carbono?

—Flojedad en las piernas, dificultad de respirar —empezó a recitar el aludido como un aplicado colegial—; sequedad de boca, enrojecimiento de garganta, atontamiento y coma.

—¿Y el lento o crónico, Hermenegildo?

—El lento o crónico… —el barrenista, intentando recordar, se apretaba distraído la mano, de donde, por heridas que supuraban, escapaban pequeñas piedrecitas a modo de salpicaduras de metralla —. El crónico —se embaló al fin— se sabe por la palidez, dolor de cabeza, andar pesado, falta de claridad mental, pérdida de memoria, insomnio y amnesia… ¡eso es!

Durante una hora estuvimos repasando enfermedades y maneras de curarlas.

Yo pensaba que aquello era más bien cosa de médicos que de mineros. Cuando llegó la parte práctica, los miembros de la Brigada parecieron enloquecer súbitamente. A un grito del jefe se desparramaron por los rincones y comenzaron a vestirse. Un minuto después, ya deformados por grotescas máscaras de larga trompa, se dedicaron a extender mangueras y abrir cajas, dejando al descubierto los inhaladores de oxígeno. Tomaban hachas, empalmaban tuberías y hacían flexiones, acostumbrándose, bajo la sofocante careta, al esfuerzo y el jadeo. Cuando llegó el momento de ejercitar la respiración artificial, Sansón, que desde un extremo vigilaba el trabajo, tronó:

—¡Venga, Landa, túmbate sobre la lona que vamos a darte «vida»!

Obedecí y poco después dos hombres se inclinaban sobre mí. Otras máscaras se aproximaban a mi rostro, como cercado por una tropilla de seres impacientes e infernales. Tomándome por los brazos, —uno me sujetaba la cabeza— comenzaron, febril y rítmicamente, a practicar aquellos movimientos que a tantos mineros devolvieron la vida. Las máscaras se acercaban, se alejaban…, una decena de ojos, monstruosos, se clavaban en los míos… Empecé a sentir un mareo extraño; hacía calor, ahora lo notaba. Sudaba y un algo negro y pesado vino a revolverse en mi cerebro, despertadas bruscamente las viejas angustias por mi padre muerto. Aquel sentimiento, que pujaba por escapar a gritos por la boca, crispaba mis mandíbulas hasta el extremo de no ser capaz de separarlas ni siquiera para tragar saliva, para respirar.

De entre aquellos seres deformes se destacaron unos ojos conocidos, agrandados por la emoción; ojos en los que estaba reflejada la tremenda sensación que yo experimentaba. Antón debía comprender mi repentina caída en el recuerdo de un mundo donde los hombres morían y sus cuerpos no eran rescatados.

Algo pavoroso pujaba por romper aquel impresionante silencio que aturdía… algo que al fin se hizo grito…

—¡No!… ¡no!

De un salto felino, derribando al minero que agitaba mis brazos, me puse en pie. Me detuve un instante, temblándome el cuerpo, frente a Antón. Se había arrancado la careta y su rostro grave y entristecido, reflejaba lástima.

Me abrí paso entre los miembros de la Brigada. Tomando el paquete de piel de oso, me encaminé hacia la puerta.

Como un perro herido y acosado, salí al exterior para correr hacia las empinadas laderas. Huía a esconderme de la gente. Un frío extraño me acercaba recuerdos que yo creía adormecidos. La muerte de mi padre, que parecía darle más vida; sus huesos sagrados, tañendo en mis sentimientos, resonaban triunfalmente en mí. Ahora, vencido y huido, ya no era capaz de encontrar en aquel mensaje que llevaba en las manos más que una invitación al abandono, a la desilusión, a la renuncia… ¡Qué lejos de unos días, de unas horas antes, cuando me creí conductor de hombres, llamado a redimir la minería entera!

Fui a sentarme tras unas matas, ocultándome, ocultando a la vista de las gentes aquellas confusas nociones de amor, de esperanza y desaliento que me embargaba. Tan mísero, tan desvalido me sentía, que aquel grito hacia adentro que seguía zarandeándome me hacía verme indigno de abrir aquellos cuadernos, tan pacientemente esperados; indigno de la confianza que mi padre depositó en mí.

* * *

Como abatido por el peso de una desmoralización desconocida, comencé a desatar la bolsa de piel de oso en cuyo interior estaban los cuadernos del «testamento». En ellos se hallaba escrito aquel nuevo mundo que mi padre soñó, su gran esperanza quebrada por la muerte. Al contacto con aquellos papeles, en los que debía encontrar trazado el camino para llegar a ser el hombre que mi padre no tuvo tiempo de forjar, la suave obsesión de las cosas largamente ansiadas fue declinando hacia un desconcierto interior,

en el que brincaban confusas todas las menudencias del corazón humano.

Me temblaban las manos cuando abrí la primera libreta. El tiempo había descolorido los rasgos de aquella letra alta y firme con la que sosegadamente, exaltado a veces, mi padre me ofrecía su mensaje, la voz de su inquietud hecha escritura…

«Hay algo que dejar a los hijos mucho más importante que el dinero y es la inclinación a la solidaridad, al prójimo… Se puede limpiar el mundo a fuerza de amar a las gentes, pero a veces debemos también golpear, porque el hombre que echa fama de resignado es pronto devorado por los otros. A los pasivos les ocurre esto, a esa humanidad perdida, arrojada desnuda a la vorágine de la vida, a esos seres sin voz: el olvidado pescador, el desconocido soldado, el humilde hombre del andamio; los que sufren en las plantaciones de arroz o de algodón, los que se queman en las minas de mercurio o de hulla; el despreciado campesino…»

En aquellos resúmenes, perfilados ante un libro abierto o producto de sus reflexiones, mi padre, como si siempre hubiese estado yo presente en su mente, me hablaba de hombres y de futuros, me hablaba, ¡a mí!, del umbral de una raza y de la guerra silenciosa y feroz entre los poderosos y los desheredados. De una lid en la que los infantes del carbón ocuparían la primera línea, en la que habría que ofrecer vidas porque la paz también exigía sus muertos.

«Nuestra obra es sencilla y trascendente. Pero en ella debemos empeñarnos con tenaz perseverancia, decididos a complicar las cosas, a terminar con ese aburrido reincidir en los antiguos errores que parece del gusto de los privilegiados. Varían los personajes, pero el resultado es siempre el mismo porque ésta debe ser la inclinación humana.»

Se refería al llanto de los caídos y al momento en que se abriesen las viejas tumbas de los empujados a una doble muerte; a los cementerios de los vencidos por el inhumano egoísmo que alentaba a los feudales de antes y de ahora; al grito necesario, al punto de arranque de una revolución social que triunfaría porque a través de la historia triunfaron todas las revoluciones.

«Es un camino de espinas el que conduce a un amanecer nuevo y rotundo; a la nueva hora de la minería y de todos los que, como ella, aún se resignan a ver el capital retirado en manos muertas, usado otras veces como elemento de explotación; se resignan a sobrellevar las cadenas de la hegemonía burguesa. La acción abre el camino al triunfo y por ella, con ella, debemos andar, unas veces

como viajeros solitarios y en peligro, otras como esos caballeros del Quijote que hacen virtud en acompañar a viajeros solitarios y en peligro.»

A través de aquellas páginas, iba encontrando el reconocimiento de que la vida era de una verdad brutal y de que así había que admitirla; del obligado forcejeo contra nuestros mayores enemigos: la desilusión, la renuncia, el abandono, la tendencia a hundirnos en el abismo de la falta de entusiasmo. También se reflejaba en el mensaje el inmenso poder que suponía el ser fiel a unas convicciones, el entregarse, voluntaria y fervorosamente, a la tarea de imponer la razón, el bien y la justicia, tarea contra la que no habría victoria duradera que pudiese alzarse.

«La paz con la paz y la guerra con la guerra. Lo que el destino traiga a las orillas de nuestras vidas, debe servir para hacernos más fuertes. Lo fácil es imposible y lo posible, difícil. Por eso la lucha será larga. No importa, larga y hermosa es la obra con la que, no interesándonos por otra cosa que por lo que queda por hacer, habremos preparado para nuestros hijos una existencia más soportable.»

Lo que quedaba por hacer era tanto que, a la luz de las mejoras, previsión, unidad y otras reivindicaciones de distinto tipo que mi padre propugnaba, prácticamente la hazaña se encontraba en su principio.

«Lo conseguiremos trabajando y luchando ¡mucho!; costará a veces penas, a veces sangre, pero no tiene que importarnos. Es sobre los muertos, matados por el grisú o los fusiles, sobre los que se hace el recuento de nuevas victorias. Los hombres que a su paso por la vida hicieron o dijeron algo importante en bien de los demás, son los pilares de toda empresa futura. Parece que así está escrito desde el principio de los tiempos; que para triunfar hay que morir, como si la Historia nos dijese que los hombres crecen bajo tierra…»

Mi lectura fue interrumpida por un rumor de viento cascado, proveniente del otro lado del Valle. Sobre los cerros que cercaban la «Sala» planeaba una extraña águila… ¡Un avión! ¡un avión!

Me olvidé del «testamento» para centrar mi atención en aquel milagro que suponía un pájaro de hierro, volando, volando…

Despacio, cabeceando por efecto de la absorción del Valle, se acercaba el biplano. Su marcha parecía una invitación a la aventura, a los espacios abiertos que tanto echaba de menos mi padre cuando, en las mañanas domingueras, decía al señor Marcos:

«Debe ser gran cosa eso de volar… ¡mira que esos que andan por ahí como las águilas!»

El aparato, asombrando a las gentes del Valle, pasaba ya sobre el pueblo. Dejando tras él una estela de humo… ¡ya estaba allí! ¡encima de mí!

—¡Adiós! ¡adiós!— Agitaba la mano, radiante de entusiasmo.

El avión, tomando altura, saltó sobre la cordillera y fue a perderse entre el cúmulo de nubes que se dirigían hacia el mar.

—Adiós…, adiós…

Su marcha me dejó un poco triste. Era tan distinta la vida de aquel hombre que andaba entre nubes, a la nuestra, incrustados en los rincones de la tierra oculta… Recogí las libretas y las guardé en la bolsa de piel de oso. Procurando olvidarme de que unos vivían como águilas y otros como salamandras, atraído de nuevo por la presencia de mi padre, latiendo en aquellos cuadernos, me dije que los espacios abiertos que poco antes eché en falta yo también tenía posibilidades de conocerlos, de abrir a la minería nuevos horizontes, cerrados ahora por el muro de la incomprensión y la injusticia. En mis manos tenía el «ideario» y en él aprendería a pensar, a meditar, cuando los años me diesen criterio suficiente para comprender exactamente las palabras de mi padre, sobre la obra por hacer, sobre la ineludible obligación de hacerla. En aquel largo mensaje, en el que mi padre puso en orden sus ideas y con el que quiso transmitírmelas por si la mina se lo llevaba antes de que pudiese hablarme de hombre a hombre, yo tenía ya trazado mi camino, un futuro, una meta que tendría que alcanzar si quería ser fiel a su memoria.

El «testamento»…

* * *

Aquel avión sería como un clarinazo bélico. Tres días después la diligencia trajo la noticia de que el mundo estaba en guerra. Con ella se despertaría la fiebre del «oro», de la hulla, arrojando a la cuenca minera ejércitos de gentes cansadas de miserias y humillaciones. Bandadas de hombres y mujeres, niños y viejos, arrastrados por la liberación adivinada, se abalanzarían sobre el Valle, desventrando sus tierras como una manada de encolerizados topos.

Aún habrían de pasar algunos meses. Cuando el monstruo bélico empezase a pedir provisiones, cuando languideciesen las reservas de carbón, alzando su precio, se abriría la tierra para arrancarlo de sus pozos y sus grupos, de los alveos de los ríos y los prados verdes…

¡La «fiebre»! ¡la «fiebre»!… Vendrían en busca de la hulla

millares de trabajadores sin trabajo. Y algún aventurero, algún vago, algún poeta. Un nubarrón humano en cuyo doloroso marco tendrían cabida todas las pesadillas.

La llegada de aquella gente supondría el más triste mensaje que la Humanidad podría lanzar…

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XV
LA «FIEBRE»

Un grito espeluznante rasgó la noche. Gorgoteó el rumor apagado de la sangre, un brusco tirón de la hoz y la cabeza rodó escombrera abajo. El aire crujió quejumbroso, quemado por el frío, horrorizado ante tanta carnicería. Cuerpos sin cabeza eran enterrados cuando aun se retorcían como salamandras destripadas. Uno de los asesinos, desmayado, cayó junto a la cabeza que acababa de cortar; otro se encargaba, cogiendo los repugnantes trofeos por los cabellos, de sepultarlos bajo los escombros. A pesar de que la degollina seguía con ritmo creciente, no se había vuelto a oír un grito. Se mataba calladamente, como en un rito, porque el odio era mucho. A veces, con desgarradora impotencia, el condenado pedía clemencia, se hincaba de rodillas y de rodillas era decapitado. Siluetas fantasmales se inclinaban sobre él, le arrastraban ya muerto. Otras esperaban la nueva víctima, acercándose confiada, silbando quizá. Y silbando le segaban la vida. Moviéndose entre sangre y sombras, los matadores ofrecían el aspecto de resucitados, de un manojo de nervios y pellejos empujando, tapando asquerosas lombrices que eran hombres degollados. Manchas negras y calientes se clavaban en las retinas de los vengadores; y la última estrella en unos ojos espantados, en las cabezas que rodaban latiendo aún. Se oían vómitos de asco y de muerte; y delirios de fiebre. Un vaho de horror se expandía bajo el alto cielo del Gran Puerto.

La voz de la gran venganza movía hoces y espíritus enceguecidos por la ira.

La voz de la Justa Venganza.

Una noche de San Bartolomé.

* * *

Cabalgando sobre la enorme giba de la tierra, límite de dos regiones, estaban construyendo una carretera. En la cúspide se alzaba una ermita abandonada. Decía la tradición que allí vivieron unos frailes que, por haber caído en la apostasía, fueron excomulgados. Desde entonces, viajeros y peregrinos dejaron de oír el cuerno de caza y no volvieron a ver la hoguera que les guiaba a través de los senderos desérticos y azotados por las nieves. Algunos mercaderes, que a lomos de pequeños y fuertes borricos mantenían el comercio entre las dos provincias, encendían los faroles adosados a las tapias del abandonado recinto y por unos instantes la gran cumbre parecía animarse. Poco después el viento y la nieve los apagaban, volviendo con más fuerza la soledad y el silencio.

Un día, bien pertrechados de planos, cadenas, niveles, escuadras y grafómetros, se instalaron allí unos técnicos. Lanzaron sus líneas y llenaron de señales el lomo de la cordillera. Como por arte de magia comenzaron a surgir en aquel desierto rocoso, oficinas, almacenes, barracones. Y un casino. En él se bebía y jugaba y cuando llegaron las primeras mujerzuelas se organizaron bailes que terminaban con la amanecida; allí dejaban los obreros el salario tan duramente conseguido.

La primera paga era para una pistola y unas polainas, la segunda para una mujer; con la tercera quizá se pagasen un entierro que en el mejor de los casos consistía en tirarle a la fosa común y echarle encima una oración. Había en aquellas gentes, siempre abandonadas a su suerte, demasiada vitalidad, demasiada violencia. Aún los que fueron pacíficos sucumbían a la nueva y desatada forma de vida. Con la palabra balbuciente y la mirada vidriosa de los alcoholizados, perseguían a las muchachas y se desplomaban sobre las mesas.

Las refriegas, los muertos… ¿qué importaba? Alguien había compuesto una cancioncilla que terminaba así:

Los muertos al hoyo
¿para qué sirven…?

Las peleas entre grupos rivales alcanzaban tal magnitud en las noches «sabatinas» que «olía a muerto» en el Gran Puerto. Sobre todo las mujeres, que en aquel cafetín que animaba un acordeón eran disputadas a peso de oro, luego a dentelladas, eran causa de tiros y muertos. Los favorecidos por ellas, que buscando protección solían ser los más corpulentos, caían uno tras otro o desaparecían misteriosamente. No tardaban otros en acaparar las caricias de las ajadas hembras. Alguien les provocaba, apagaba la luz y abría

fuego. Algunos eran acuchillados cobardemente cuando salían borrachos del salón. Los responsables se presentaban al día siguiente al tajo y la intranquilidad no les duraba mucho tiempo. En el Puerto había que trabajar, allí los soplones sabían su cabeza en peligro. Así estaba estatuído por los hombres y autorizado tácitamente por la empresa. Era mucha la tierra arrancada a la montaña para que se ahitase por media docena más o menos de cadáveres; inmensos los intereses en juego para arriesgarlos en una huelga. Los guardias sobraban en la obra, porque muchos de los jornaleros hubiesen huido ante su presencia. El Puerto había que construirlo y lo más conveniente era abandonar a los trabajadores a sus propias fuerzas, a su instinto. La ley del oro, del más fuerte; el código del más astuto y desalmado. Las necesidades de siempre, el abandono en que vivían por parte de los responsables, la indiferencia ante su calamitosa situación, habían hecho de ellos algo peor que fieras.

La mujer lo era todo; era mucho el vino, mucha la lascivia. Se peleaba, se soñaba. Futuros clientes de la justicia y escapados de las cárceles; picapedreros y sencillos campesinos; desertores del ejército y renegados; brazos venidos del mar y la montaña… Un millar de trabajadores. Y una docena de prostitutas, hostigadas por la soledad y las pasiones de los hombres…

* * *

De aquel casino se apartaban los casados, los nostálgicos de la familia que a fuerza de ahorro consiguieron levantar una humilde vivienda. La colmena de chozas, formando un campamento compacto, como a la defensiva, se extendía por la ladera de poniente.

Al partir para el trabajo los maridos recomendaban a sus mujeres que atrancasen las puertas; que no abriesen a nadie en su ausencia. Las violaciones estaban a la orden del día porque la carne gritaba en aquellos hombres, fuertes y solitarios. Las esposas, armadas con hachas y cuchillos, defendían como legendarias heroínas sus honras y las honras de sus hijas.

Niñas de una decena de años eran profanadas; muchachas sorprendidas fuera de sus casas eran ultrajadas por dos, tres y hasta cinco hombres. Casadas sobre las que, con los ojos inyectados por el deseo, estrujando aquel cuerpo a punto de desvanecerse por la desesperación y el dolor, se abalanzaban como auténticas bestias en celo media docena de machos. Alguno y alguna morían en la

primitiva lucha; algunas eran vencidas y, pasados los primeros días de duelo, unían «sus ingresos» a los del ya resignado marido. Era tal la tensión que reinaba en aquel campamento de cabañas, que una sombra en la noche suponía un enemigo. Se gritaba ¡alto!, un instante de titubeo y un hachazo abría el pecho de un hombre que rodaba muerto hacia la carretera en construcción. Algunos, cometida la falta, lograban huir hacia las márgenes del río que corría a los pies de la cordillera. Por unos días se alimentaban de pesca. Cuando regresaban, el desquite le esperaba hacha el alto. Los barracones colectivos, donde se cobijaban los sin familia, ya habían ardido, en una venganza insensata, un par de veces. Durante una semana debieron dormir sobre la nieve, iluminados sus rostros patibularios por enormes hogueras que incendiaban la cordillera, sacudidos su ánimo y la noche por juramentos horribles. Una lucha enconada y traidora se había entablado entre los casados y los merodeadores de viviendas ajenas.

Moría la gente. Entre los hombres asesinados eran enterrados los abortos de las rameras. Cuando el agotamiento de cada jornada adormecía la obra, comenzaba para los perros el gran banquete… Dos enormes mastines bajaban hacia el río llevando uno de ellos cogido por los cabellos una cabeza, aun ensangrentada, que el compañero intentaba arrebatarle… Al fin se alejaron en buena armonía, seguidos por los cuervos suplicando los ojos y la lengua. Aquella cabeza correspondía al último violador aprehendido, al ajusticiado aquel mismo anochecer, al obligado ajusticiado de cada día.

La vuelta del trabajo, la llegada a casa, suponía siempre una angustia. Los maridos llamaban con la señal convenida, el alma en vilo…

* * *

Un débil sollozo contestó a Hilario Potencia cuando golpeó la puerta. Se abrió lentamente y a la luz del quinqué vio a su mujer caída boca abajo en el camastro, convulsionada por los sollozos. En los ojos de su hija Joselina estaba escrito el horror.

—¡Qué pasó!, ¡qué pasó, Joselina!

—Hilarín está muerto… Estaba en brazos de madre y le…

—¿¡Muerto!? —rugió el barrenista, abalanzándose sobre su esposa.

De un brutal manotazo la volvió, dejando al descubierto el pequeño cuerpo de su hijo sin vida, arrinconado entre la madre y el

muro. Hilarín le miraba fijamente, las pupilas tan agrandadas que se diría que en el último momento quiso grabar en ellas la imagen de aquel mundo que se le escapaba.

—¡Antonia! ¡Antonia!

La mujer, congestionada por el llanto, no era capaz de responder. En un gesto de desesperado pudor, se cubría el pecho con las manos. El vestido y el corpiño aparecían rasgados por manos impacientes; amoratados el rostro y los brazos por la brutal pelea.

Tomándola por los hombros, la hizo incorporarse. Potencia la miró con dolor y rabia. Y con mucho asco.

—¿¡Fueron ellos!?

Antonia asintió con la cabeza. Soltada bruscamente, estuvo a punto de caer sobre el chiquitín muerto. Hilario Potencia se levantó con lentitud, como si le faltasen fuerzas para aquel supremo esfuerzo, Joselina le buscaba la mirada, ofreciendo la suya donde brillaba todo el horror refugiado en su tierna alma de doce años.

—¿Y tu…?

La chica negó con la cabeza. Y siguió buscándole los ojos. Luego fue a posarlos con infinita pena sobre su madre violada sobre su hermano muerto.

Hilario Potencia levantó el pequeño cadáver y sobre el cuerpo caliente comenzaron a caer lágrimas de padre.

* * *

Una sombra se deslizaba furtiva de casa en casa. Los candiles se encendían un instante, después volvía la oscuridad. Vagas siluetas salían de las chozas, cuchicheaban unos momentos y como fantasmas embriagados se alejaban en dirección a las escombreras. Poco después un chiquillo corría de barracón en barracón donde, vencidos por el cansancio y el alcohol, se hacinaban los jornaleros del Gran Puerto. Allí dentro olía a vomitonas, a humo, a sudor, a pies, a macho. Unos roncaban, otros maldecían; los sueños y sus pesadillas provocaban blasfemias y soeces palabras. Y otras más soeces todavía, como si los hombres de la espuerta y el barreno estuviesen haciendo la digestión de los placeres fuertes y arrancados. Algunos discutían, medio adormilados aún, nerviosos por el estrecho espació de que disponían para descansar. Eran los suyos murmullos apagados, de fieras.

El chiquillo, reconociéndoles a la luz del candil, iba despertándoles.

—¡Qué pasa, «condenao»!

—El señor ingeniero le llama. Van para el otro tramo.

—¡Eso es hablar! —terminaba de despertar el picapedrero, espirándose pesadamente.

El muchacho había encontrado otro «elegido».

—Oiga, dice el señor ingeniero que si quiere ir para el otro tramo. ¡Sale el camión ahora!

—¿A quién le amarga un dulce? ¡Quita esa lámpara, marrano, que me duele la cabeza!

Como un supremo juez, el pinche del ingeniero-jefe seguía señalando a los que minutos después dormirían para siempre.

Le habían dicho:

—Tú ya sabes quienes son…

Eso fue todo.

De los barracones, con paso cansado y titubeante, salían siluetas oscuras que poco después la noche tragaba. Encaminándose hacia las oficinas debían de recorrer la senda, nueva cada día, que cabalgaba sobre la escombrera. Y en un punto de ella, con la furia de un dios vengador, un hombre o un fantasma de ojos enrojecidos surgía bruscamente, hoz en mano. Apenas un grito apagado, luego la cabeza que rodaba y hacía rodar las piedras. Unas manos acudían a retirar el cuerpo. El dios no se inmutaba, movido su brazo por toda la razón que rugía en su honor ultrajado.

Otro decapitado; un condenado más se acercaba. Algunos dejaban escapar un seco alarido como si el acero se hubiese mellado en sus cuellos de toro. Después volvía el silencio.

Era la noche de San Bartolomé que el tiempo haría leyenda.

La noche de San Bartolomé. La noche de la Hoz.

* * *

Como embargados por ese amor maltrecho, en eso que quedan las cosas de este mundo, tres seres ateridos se detuvieron en lo alto del cerro. Sus encorvadas siluetas, recortadas en el azul de la noche límpida, semejaban una oración de la naturaleza. Otra brotaba de sus labios, subiendo al cielo después de encaramarse en la luna, blanca y dominante. Hilario Potencia llevaba en los brazos a su hijo muerto; Antonia, en el alma, toda la angustia de madre y la vergüenza de mujer violada. Joselina el horror hacia un mundo que acababa de presentir.

—Toma, hija, sujeta a Hilarín…

Aquella voz helada destilaba una amargura capaz de machacar

el alma. La chiquilla tomó en sus brazos el cadáver de su pequeño hermano y sus ojos se clavaron en aquel suelo que su padre comenzaba a abrir con las manos; en aquella pequeña tumba donde, alejado de los hombres, muy cerca del cielo, descansaría Hilarín.

Potencia construyó un nicho de medio metro de profundidad. Despojándose de la chaqueta envolvió con ella el cadáver de su hijo y lo depositó con infinito cuidado en aquella tierra fría y apartada. Luego, poniéndose en pie y atrayendo contra su cuerpo a Joselina, la mujer atrás, como despreciada hasta el extremo de tener que despedir a su hijo desde lejos, Hilario Potencia levantó los ojos al cielo y lanzó hacia la luna una plegaria:

—Señor, aquí te entrego a Hilarín. Era pequeño y no podía ser malo. ¡Acógele en tu seno, Señor!

El fugitivo del Gran Puerto se inclinó y comenzó a rellenar el hoyo. Una vez nivelado él colocó sobre la tumba de su Hilarín grandes piedras que le librarían del hambre de los lobos.

—Señor, aquí te lo dejo… Háblale de cuando en cuando para que no se sienta tan solo.

Hilario se volvió y quedó unos instantes contemplando a su mujer que, hincada de rodillas, era presa de un llanto incontenible. Se echó a la espalda los pocos enseres que pudieron llevar consigo y, tomando a Josefina de la mano, comenzó a andar.

A sus pies, por caminos vírgenes, marchaba lentamente la caravana de los huidos del Gran Puerto.

* * *

Cargado con mantas y pucheros, y seguido de Josefina y la madre. Hilario Potencia se alejaba del Gran Puerto. Detrás, como por él guiados, se alargaban hileras de niños, de mujeres y hombres que pisaban la nieve ateridos, asustados por el espectro de la venganza dejada a sus espaldas. Fugitivos de un destino injusto, huían, huían… parecían maldecidos desde siempre, desde que nacieron. Fueron al Gran Puerto en busca de pan; de él marchaban hostigados por el frío, por el hambre ya amenazando. Al otro lado de la cordillera estaba la cuenca, el trabajo que la guerra daba; allí, como en un nuevo Tercio, se olvidaba todo y nadie preguntaría. Allí encontrarían pan. Era el ciclo, el látigo de la necesidad empujándoles vida adelante.

Hilario Potencia, liberado de la callada angustia de tantos meses, de la última y feroz humillación, levantó la cabeza y su mirada se estrelló en las tinieblas. Retrasó el paso para que le alcanzara su

mujer y, pasando el brazo sobre su hombro, la atrajo hacia sí, besándola larga, amorosamente.

—¡Gracias, Dios mío!

Antonia rompió a llorar suavemente. Como se lloran las grandes alegrías.

* * *

En la maravillosa noche de plenilunio, el cielo aparecía azul y el aire limpio y pausado. Las estrellas giraban sin prisa y la luna jugaba con los sobresaltados pájaros y los viejos, reunidos en torno a la plazuela. Los mozos bailaban rondando la fogata, mezclándose a los juegos abiertos de los chiquillos y las sonrisas de los enamorados. Estos, como los buenos caminantes, se detenían unos momentos ante cualquier amigo, echaban un trago y otra vez a andar, a besarse avariciosamente lejos de la gente. La brisa nocturna cooperaba con las gaitas y el tambor, con los aromas fuertes y sanos de la amanecida. Y hasta con el «trovador», animando la fiesta con sus improvisadas versificaciones:

En la copa de un árbol
cantaba un cuco,
¡para medrar en la vida
no hay como ser burro!

La canción era repetida por los críos, llevada por el viento hasta los trigales pelados, hasta los viñedos, también desnudos, donde, bajo el camino de Santiago, meditaban unos chopos viejos y aislados.

Era la gran fiesta del año, la fiesta de todos. Los recién casados, a punto de tener descendencia, cumplían con el rito. Para tener hijos sanos había que beber el día del Santo vino blanco. Y que la esposa mordiese pan de maíz y, de poder ser, un trozo seco de perdiz. Las que para sus hijos querían memoria y «cabeza» se inclinaban por alimentos calientes y húmedos. Todas tomaban gran cantidad de agua, porque si el líquido fecundaba los campos igual fecundaría sus vientres. No faltaba quien corría a esconderse en la casa de la «Acertona», cuya magia había curado a muchas mujeres estériles.

En aquel amanecer, precisamente el día de San Benigno, también las jóvenes tenían algo que pedir. Revolcándose en la hierba, gozaban del rocío que las capacitaría para ser madres. Allí

recogían el pañuelo que arrojaban a sus pies los pretendientes, dando así a entender que aceptaban definitivamente las relaciones empezadas tiempo atrás. Otras, que veían aún lejano el día del noviazgo, las acompañaban porque, según decía la «Acertona», la escarcha «amansaba», siendo así más fácil conservar la honra. Los mozos, pasado el tiempo que marcaba la tradición, iban a buscarlas y entre estruendos de matracas y panderos las rociaban con sal, con lo cual cooperaban a alejar de ellas los malos pensamientos. Luego se echaban sobre sus cuerpos frescos y durante unos momentos forcejeaban amorosamente. Aquello era solamente un rito más porque nadie, en aquella ocasión, pasaba a mayores. Ya de vuelta a la plaza, donde la hoguera y las gaitas seguían animando el baile, las parejas de novios se dirigían hacia una tinaja que rodeaban los ancianos del lugar. Metiendo la cabeza en ella, comenzaban a contarse sus cuitas. Al lado, vigilante, estaba la «sabedora» quien, por la tensión de los músculos de las pantorrillas, adivinaba si se besaban más ardorosamente de lo debido. Si tal cosa ocurría, enarbolaba la vara de fresno y el idilio terminaba instantáneamente, provocando la hilaridad de los mozos que frente a aquella tinaja encontraban su diversión preferida.

Los que nacían el día de San Benigno eran privilegiados. Decían las viejas que, para que el niño redondease las mayores virtudes, la primera mamada la debería recibir de la teta de una mujer de conducta intachable. La improvisada ama hacía unos padres felices y por mucho tiempo en aquel hogar reinaría la alegría… ¡nacer el día de San Benigno!

* * *

Aquellas eran las fiestas más animadas que recordaban los ancianos. Las cinco ollas de comida que colocaban en la plaza para alimento de los forasteros, se aumentaron a diez. Los chorizos y morcillas, que para alivio de las almas anónimas llevaban al cementerio, sumaban más de cuatro kilos. Los mozos que se disponían a desertar del campo cooperaron a la brillantez de los actos levantando ante la iglesia una gran cruz. Ante ella las novias prometieron, a modo de llama votiva, mantener una hoguera encendida durante cuarenta días. La idea fue del más anciano de la aldea quien, recitando, argumentó:

Si viene Dios,
que vea la luz;

si viene el diablo,
que vea la cruz.

Con lo cual, en la etapa difícil que les esperaba, no les faltaría la asistencia divina.

La fiesta se prolongó aquel año porque, además del culto a San Benigno, significaba un adiós a la vega. La guerra había empezado hacía unos meses y se aseguraba que en la cuenca minera un par de brazos significaban un jornal seguro y hasta decoroso.

Familias enteras tenían sus ajuares preparados.

Bailaron y cantaron hasta la llegada del día. Y cuando, brillando aún las brasas de la fogata, se inició el éxodo, más de una moza quedó llorando su honra perdida, entregada al amante ardoroso que así quiso asegurarse de que no sería olvidado.

Se pusieron en marcha como aves que abandonaban el campo faltas de comida.

Aunque ofreciesen cuatro kilos de chorizos a las almas anónimas del cementerio.

* * *

Aquel camino real —antigua calzada romana— corría por frondosos bosques. Rodeada por ellos, en un gigantesco embudo al descubierto, estaba la mina de mercurio. Allí, afanándose sobre la piedra, mezcla de arsénico y cinabrio, habían trabajado y muerto obreros y esclavos romanos; moros y cristianos. Varias veces estuvo a punto de ser abandonada, pero el afloramiento en el último momento de una bolsa que resarcía en un año de lo dejado de ganar en cuatro, volvía a poner fiebre en las mentes de los propietarios. Muy dura era la «mercuriada». Comenzaba la jornada con una larga caminata, «enroscándose» en el interior del cono. Y pronto a barrenar, a maldecir su vida, a agotarse, andando como peleles, los brazos separados del cuerpo porque el veneno del mercurio atacaba las partes sudadas. A la salida del tajo, la taberna, el camastro, el hastío. Vivían poco, mucho menos que los atacados por la antracosis o la silicosis. En un hospitalillo destartalado iban cayendo poco a poco. Luego eran enterrados al otro lado del río, donde se arrojaban los residuos de los lavaderos, ya prohibido hacerlo en sus aguas porque en ellas bebían las mulas y se hinchaban para morir.

Veinte, treinta años. Los más fuertes alcanzaban los cuarenta. Años interminables en los que la enfermedad les iba comiendo,

perdida ya la humedad, el brillo de las córneas, hundidos los ojos como si mirasen desde el fondo de su dolencia y su desesperanza; desde el fondo de aquellos rostros que, amarillentos por el arsénico, rojizos por el cinabrio, ofrecían una coloración de teja pálida, poco cocida.

Sí, hundidos los ojos, atacados sin piedad por los vapores del azogue que dañaban la vista, que dejaban ciegos a los trabajadores del mercurio…

¡La mina! Había empezado la guerra y ella proporcionaría en las rampas buenos jornales. Aunque allí no se viese la luz, se olvidarían de aquel maldito oficio que, con tenacidad enfermiza, iba agotando a las gentes de la planicie marina.

¡Adiós a tanto veneno!, ¡adiós a tanta resignación que velaba la esperanza y hasta las ganas de vivir!

Tierras muertas, sin flores ni follajes, sin nada que adornase la total desnudez de la naturaleza, les vieron partir.

—Adiós…

* * *

Como en una caravana confusa y orquestal, los hombres del mercurio y del Gran Puerto, los campesinos, los carpinteros y los mecánicos, avanzaban guiados por el pico de Punta Débiles. Con ellos iban maestros, cansados de miserias encubiertas, e ingenieros, asqueados de tiránicas administraciones; banqueros y comerciantes de altura y de baratijas. Y gitanos, vagabundos, defraudados, fracasados, volatineros y prostitutas… La gama entera de la humanidad, los maldecidos y los caídos, los esperanzados, los confiados, los resignados, los ilusos… ¡Todos hacia adelante! Adelante el hambre de desquite, de triunfo, de prepotencia. Allí estaba la nueva meta, la seguridad de un jornal para unos, para otros la inútil gloria de amasar dinero.

El rosario caliente de los muertos y las fiestas de San Benigno; socavones de mercurio y talleres, oficinas, escuelas… Todo iba perdiéndose en el pasado. Cimas y valles seguían pasando bajo la rotación acostumbrada de los días y las noches. La alargada emigración, cansada y sudorosa, alentada por la próxima llegada a la tierra de la redención, se arrastraba pesadamente, los rostros tensos, los ojos levantados, queriendo adivinar el porvenir. Unos cantaban cosas de la tierra, íntimas e ingenuas:

El clavel que tú me diste

el jueves de la Ascensión,
no fue clavel, sino clavo
¡que me clavó el corazón!

Otros, los que por creerse ya liberados, victoriosos, semejaban gallos de pelea caídos en desgracia y en la desgracia bravucones, cantaban, gritaban agresivos:

Minerín fachendoso,
voy para tu tierra,
¡que está la minerina
muerta de pena!

Eran muchos los que, bajando la cabeza, se olvidaban de las coplas. Cojeantes, formando una mancha compacta y resignada, aquellos seres parecían presa de ese colosal desánimo que ataca a los desentendidos de siempre, a los amordazados, a los desheredados por la esperanza. Y aquel silencio no era otra cosa que un desgarrador grito clamando calor humano, justicia.

* * *

Lentamente avanzaba la catarata de hombres y sentimientos, de seres zarandeados por las mil desgracias que enlutaban al mundo. Iban, liberándose de la tiranía de un señor, de la adversidad y la pobreza, en busca de un poco de paz. O simplemente a probar fortuna. Arrastrando los pies, un murmullo ronco y que parecía amenazador dominaba el ruido de los pasos. Los campesinos, debilitado secularmente el tono de sus protestas, se entregaban a sus recuerdos y en sus espíritus simples se avivaba la nostalgia de la tierra amada e ingrata. Engañados por unos, deslumbrados por otros, en el mundo elemental de todos ellos sólo había necesidad, sed de ser, de tregua. Tan sólo la esperanza, el goce de poseer cosas perecederas, confortaba a aquellas gentes. Y hacia su conquista marchaban, en grupos o aislados, pisando las huellas de los que les precedieron, contándose íntimamente cosas de ira y de ilusiones. Decididos unos, entristecidos y desorientados los más, porque la meta desaparecía tras la bruma de lo problemático y lo difícil, en común tenían el reconocimiento de que ahora serían ellos, de que en ellos nadie mandaría. Arrancarían carbón y lo venderían. Ellos regularían su jornal y si la suerte les daba la cara quizá hasta consiguiesen alimentar bien a sus hijos. Y quién sabía… ¿Por qué

no soñar con una vejez sin demasiadas renuncias? Se había acabado la sumisión, el triunfo repetido de los del dinero; de los otros, mal llamados hidalgos; de todos los que festejaban ruidosamente el triunfo en la vida con «música de escoba y cacerola», como decía una copla popular.

En la cuenca podrían fracasar, podrían morir incluso, pero no se equivocarían al hacerlo. Dormirían en cuevas, se alumbrarían con aguzos, ¡no importaba! Un cosquilleo venía a confiarles al corazón que la victoria era por primera vez posible, que un día habría cánticos para todos y la vida sonreiría. Terminaron los futuros imposibles, la inhumana y despreciada lucha por el pan de cada día… Sí, pronto podrían soñar con una casita junto al río, con una mujer y unos hijos sanos y vestidos. ¿Quién no había soñado alguna vez con eso?

El pozo cenagoso de tanta injusticia, de señoritos calaveras y la violencia secular de unos seres deshumanizados, enjaulados en sus privilegios que autodenominaban pomposamente «señorío», se iba difuminando a sus espaldas.

Siluetas fantásticas en la claridad crepuscular, luego grandes hogueras en la noche, ahuyentando las fieras. Los viejos y los pequeños, en silenciosa humildad, pronto sucumbían al cansancio. Los hombres repasaban junto al fuego su realidad amarga, su sencillo y presente duelo, la esperanza de un mundo un poco menos malo donde al fin pudiesen usar del estímulo; donde la imaginación sirviese para algo, aunque ella les gritase que allá lejos, ¡quién sabía en qué sitio!, esperaba un riesgo, el inextinguible riesgo de haber nacido pobre.

No importaba. Todo fuese por su Joselina, por la tumba abandonada de Hilarín; y por olvidar la mancha feroz de su Antonia.

O por aquella chica que dejó embarazada para que no se olvidase de él.

O por el abuelo que quedó en la vega, enfermo y necesitado de medicinas.

O por el padre, arrojado por el mercurio a la cuneta de la vida…

¡Por los hijos! ¡por los hijos!

Un jornal, un jornal… A veces la vida se preparaba a sonreír.

Con el pan seguro, el grito surgiría más fuerte. Y el pan y el grito era lo que la cuenca minera y la guerra les ofrecía.

* * *

Atrás quedaba el mundo agigantado de los recuerdos. Había que olvidar, esforzarse en vivir, ahora que por primera vez los sueños tendrían fuerza para crearlas, dulcísimas historias en las que sobraban unos reales y podrían comprar un vestido, ¡y hasta una pulsera!, ¿quién sabía?, sin que durante seis meses sintiesen el aguijón del despilfarro.

Los motivos de rencor, de pesar y de miedo quedaban atrás. La gran liberación traída por la guerra se abría ante sus ojos; ante ellos se extendían nuevos caminos. La luna, redonda y amistosa, parecía alumbrar su marcha a través de los montes y caminos, de aquella lucha perpetua y sin motivo porque en el mundo había para todos. Ella significaba un buen augurio. Se cumpliría, terminaría aquella vida estrujada, sólo dispuesta a ofrecer estrecheces, a dar a uno más de lo que todos ellos juntos podrían gastar en cien años de vida. Uno, unos, los preocupados sólo por las fiestas, las cacerías y los viajes; todo pagado con sudor ajeno. Unos… ¡los grandes Pecadores!

¿Por qué, hasta en su sangre, debían ser continuamente injuriados? ¿Por qué vivir siempre en silencio, humillados?… Adelante, adelante… huir, huir…

Al otro lado de los cerros se encontraba la cuenca, el Valle de Valhundido. Allí había trabajo y jornales asegurados. Con la atardecida del día siguiente llegarían a él… ¿Dónde dormir? Decían que había barracones. Y cuevas. Si encontraban un agujero en la roca y maderas para alejar el frío, no era para asustarse. Para comer una semana ya llevaban patatas en el talego o un puñado de cuartos. Y hasta un pedazo de tocino que les dieron los suyos para que la vida les sonriese los primeros días. Luego, ya verían…

Seres y sentimientos en marcha hacia una liberación que, para cualquier otro que no estuviera tan maltratado como ellos, significaría un infierno.

La luna, redonda y amistosa, seguía guiándoles. A su encuentro avanzaba un nubarrón, lento, recortando la silueta de una torpe paloma de la Paz.

* * *

Pasados unos meses, y como por arte de magia, el Valle comenzó a transformarse. El Valle de las Sombras y la Muerte le llamaban ahora las viejas viudas mineras. Un infernal ritmo de trabajo, apoderándose de los hombres de la «fiebre», seguía llenando el voraz: estómago de la guerra. En las márgenes del río se abrían cien

ojos, cien cuevas de zorro, auténticas ratoneras. Las explotaciones de las laderas, a cielo abierto, mentían zarpazos de un monstruo entretenido en hurgar con el sistema intestinal de la Tierra. Se hacían desmontes, se abría la corteza de la cuenca. En cualquier hondonada o picacho afloraba la veta y unas semanas después, corriendo tras el criadero como inconscientes suicidas, habían construido una trampa más. Entre picos, maderas, acarreos y estallidos, los nuevos hombres del carbón, ariscos y solitarios, mezclaban al ajetreo de los brazos sus canciones bárbaras. Las noches eran agitadas por centenares de antorchas que, como una oración al Dios-Oro, sacudían las sombras. Gemía la cuenca, gemían los hombres, adentrándose sin ninguna seguridad en aquellos boquetes apenas posteados pendiendo, aullando siempre la muerte sobre sus cabezas. Los troncos del entibo, desecho de las minas «oficiales», crujían, amenazaban, sin que los accidentales mineros quisieran pensar en ello. En aquella tierra de aluvión, formada por granitos alterados, sal gema y arcilla —al profundizar se encontraban capas duras de hematites, basalto y pórfido—, la abertura de un hueco podía provocar la ruptura de los hilados subterráneos, tendiendo a cerrar los terrenos encajantes. Un mínimo «golpe de carga» y el trabajo debía rehacerse por completo, una vez enterrados los muertos. Otras veces la tragedia consistía en un filón que iba adelgazándose, huyendo hasta terminar fatalmente por desaparecer. Abrían un agujero cien metros más allá y de nuevo a correr tras la preciosa hulla. Aunque las condiciones geológicas del terreno avisasen que aquello era insensato, se abismaban como topos en las entrañas de la tierra, la hacían temblar, temblaban las casas que, desangrados sus cimientos, terminaban por derrumbarse. En ocasiones posteaban con sus propios huesos; jamás construían un coladero por donde entrase el aire o pudiesen escapar en caso de peligro. Un agujero, en el cual apenas cabía un hombre, y pronto el carbón comenzaba a vomitar bajo sus piernas. Abriéndose camino entre las rocas encajantes, aquellos seres de ojos abrillantados por el agotamiento, prácticamente desnudos, revolviéndose en la noche negra de la mina entre gritos y voces sofocadas, hirientes… Muchos desaparecían para siempre sin dejar rastro y con ellos los perros que trajeron desde muy lejos y que mandaban delante para que los ácidos se cebasen con ellos. Era la única precaución que tomaban los hombres de la «fiebre». Deformados por el esfuerzo, comiendo poco, bebiendo mucho, trabajando dieciséis o dieciocho horas en una monotonía trágica y suicida, seguían su endemoniado combate con el monstruo dormido de la Naturaleza. Poco importaba que la

cuenca aullase, que el cementerio se agrandase como si le hubiesen inflado; que se abriesen fosas comunes. Se diría que el Himno del Valle, que creó el viento y al que Petrarca puso música, había acabado para siempre; que aquellos muertos no eran humanos. Ellos vinieron a turbar la tensa paz del Valle, ellos suponían la pesadilla, otra raza, otra sangre. Muchos de los sepultados no tenían a nadie que se preocupase de rescatarlos; ni siquiera alguien que preguntase por ellos. Había días que los entierros formaban verdaderas romerías. Algún familiar, el resto de la cuadrilla y al hoyo colectivo. Aquella furia de indiferencia llegó a contagiar incluso a hombres de las minas «oficiales», donde se decía que varios cadáveres habían sido arrojados a las rampas, junto al relleno, y que los ocultadores, en connivencia con el vigilante, siguieron durante cierto tiempo cobrando el sueldo del desaparecido. También se hablaba de un chico que corrió en busca del capataz porque su hermano había sido sepultado por una quiebra y que por todo socorro obtuvo una reprimenda por no haber salvado la herramienta del muerto. Eso no ocurría antes. Tampoco hubiese pasado jamás por la imaginación de un minero aquella ley de la jungla que no permitía el menor desmayo, ni pausa, ni rendición. En aquel mundo bárbaro creado por la guerra, las mujeres se echaban hacia atrás para apoyar la esportilla de escombros sobre el vientre, quizá ya abultado por la gestación; los viejos, de piel arrugada y ojos sin lumbre, iban tras ellas, recogiendo el mineral caído, sosteniéndolas a veces. Los hombres entraban en manadas bajo la tierra y salían en grupos, día y noche, lunes y domingos… Extenuados, caían sobre la nieve o bajo el sol, como cosas muertas, sobre los camastros de los barracones colectivos o las mesas de las tabernas. No tardaban en despertar, aguijoneados por la llamada del dinero, por las cuevas de tejón donde parecían haber nacido, por el hostil recuerdo de lo que dejaron a sus espaldas que les obligaba a trabajar, a vencer, para no verse obligados a un regreso que adivinaban preñado de miserias y ultrajes. Terminada la jornada en la mina, o incapaces de resistir más tiempo en aquellos malditos agujeros, se encaminaban hacia los alejados senderos junto a los cuales levantaban sus chozas. Otros, en busca de un nuevo jornal, derribaban árboles o tendían vías de ferrocarril por donde unos meses después, serpenteando entre casas y calles, sucias de un betún negro y escurridizo, un largo tren llevaría hacia los puertos y la guerra el mineral por ellos arrancado.

En aquel mundo caótico, se discutía y se mataba por el motivo más fútil. Los eliminados por la mina o la reyerta en poco se

diferenciaban. La ley del silencio imperaba con tal severidad que el delator podía dar por firmada su sentencia. Iban todos armados. Al entrar en el tajo escondían el revólver bajo el carbón o le mantenían oculto entre el pan. Cuando los trabajos tenían lugar en las proximidades de las bocaminas abandonadas, donde ya empezaban a morir viejos y nacer niños, o las cuevas que les servían de hogar, dejaban las armas al cuidado de sus mujeres, prestas a correr junto al marido a la primera detonación.

A veces los disparos brotaban súbitos, alegremente. Una docena de revólveres vaciaban sus cargadores porque el carbón había asomado la cabeza. La hulla se entregaba al fin. A la señal acudían otros, los ojos enrojecidos por el cansancio y la búsqueda, y los mismos revólveres se montaban rápidamente, alejándolos.

Siguiendo el ejemplo de sus padres, los muchachos peleaban, se robaban, alguno moría; se afanaban en la búsqueda de trozos sueltos de mineral y en el acarreo de materiales. Cobrado el trabajo, depravados y blasfemantes, se dirigían, atraídos por las jóvenes viudas prostituidas, al salón de la tía Vacas. Allí, desenfundando sus revólveres recién comprados, hacían frente a los mineros que intentaban arrojarlos del recinto. Allí también se encontraban con sus padres y hasta con sus hermanas, ya aumentado el local al doble de su inicial capacidad.

Salían juntos, insultándose, para, llegados a la choza o la cueva que les servía de vivienda, dejarse caer borrachos y derrengados sobre un montón de sacos o ramas. Pronto venía el sueño, los sueños que compartían porque en grandes y pequeños brincaban confusos los recuerdos de toneladas, explosiones, maderas y quiebras Se desconfiaba del «penitente» que hacía de capataz, del encargado de pesar carbón, de la chiquilla amiga, de la amante, de la mujer, del amigo. En sueños se hablaba, se gritaba; se forcejeaba con los que se llevaban su mineral y «disparaban» contra los que se abalanzaban sobre el filón por ellos descubierto. En chicos y grandes, a los recuerdos de población o aldea, del mercurio o el Gran Puerto, sucedía un laberinto de túneles, escorias, bocaminas, barracones, desmontes, ollas populares, hombres bestializados, violaciones, muertes… ¡caos!

Valhundido, convertido en Eldorado de la hulla, estaba siendo golpeado por el hacha ciclópea de la «fiebre». Se había turbado su paz, su medida tragedia. El Valle, ofreciendo sus preñadas vetas a cambio de vidas humanas, había entrado ya a formar parte de la insensatez de los hombres.

Dueña de todos los terrenos del Valle, y con la obligación de

vender a sus almacenes hasta el último kilo del mineral arrancado, la Empresa había dejado en libertad aquel aluvión humano. Aquello fue quizá el principio de la anarquía.

Y el símbolo, aquel enorme soplete en cuya extinción se habían declarado impotentes los ingenieros y que, surgido junto a la «Sala», parecía un aviso de las fuerzas ocultas de la Naturaleza.

* * *

Los beligerantes, por necesidad o porque no lo adquiriese el enemigo, compraban la totalidad del mineral y a buen precio. Don Magnífico y el tío Dineros, todos los mayores y menores tíos Dineros que llegaron atraídos por la fácil ganancia, andaban por la cuenca como capitanes conquistadores, felices, ahítos de poder y de oro.

Como un soberano absoluto de aquel caos, don Magnífico, que seguía facturando hulla, escombros y pizarra, cobrando todo al precio del carbón, estaba en camino de convertirse en un Creso. De poco servían las protestas de los extranjeros personados en la cuenca para fiscalizar los cargamentos. Un fuero especial parecía haberse otorgado al Valle; allí estaba permitido robar, matar y dejar que se matasen; que resquebrajasen sus vínculos las familias que en él se aposentaron… Caos, caos…

Alumbrados aún por la luna, hombres, viejos, mujeres y niños abandonaban en grupo sus cuevas o chozas. Poco después se afanaban sobre la tierra negra, los hombres dinamitando, las esposas acarreando carbón, los ancianos vigilantes al menor trozo de hulla olvidado. Los pequeños, como enanos renegados, mantenían la punterola sobre la que el padre golpeaba incansablemente y ayudaban a barrenar. Luego, agarrándose a los salientes del agujero, espatarrando las piernas para tensar hasta el último músculo de su menuda humanidad, tiraban de aquellas carreñas que aplastaban sus pechos. Sudando como bestias hostigadas, descubrían en la penumbra otra pequeña bestia, una niña, y de un salto felino se abalanzaban sobre ella. En la noche del estrecho túnel, sus cuerpos, blandos y negros, rodaban por el suelo; se besaban como veían hacerlo a los mayores y revolcándose después sobre el carbón, temblando sus carnes por el placer adivinado, esperaban algo que no llegaba porque el ciclo de los años aún no había terminado, tardaría mucho en cumplirse, obstaculizado como estaba por los trabajos sobrehumanos a que estaban obligados aquellos chiquillos de diez o doce años. Un

hombre aparecía de improviso y, a patadas, como si fuesen una pareja de perros acoplados, les separaba. Cada uno corría por su lado, dejando escapar de sus labios aún tibios palabras horribles. Poco después eran los niños los que encontraban al hombre echado sobre una hembra, escondido en alguna ratonera del túnel con una esposa, una madre o una hija. Les tiraban piedras, les escupían y robaban la ginebra, que bebían de un trago, ansiosamente, quemando sus entrañas aún no curtidas. Y borrachos volvían a tomar la correa de la carreña, a llamar a la niña que recogía carbón un poco más allá; a extender sus manos, sudorosas, los ojos semidesorbitados por el agotamiento y la lascivia, sobre los pechos de la primera mujer que se cruzaba con ellos…

¿Qué importancia podía tener aquello? Lo fundamental era que cada día se facturasen más toneladas de hulla, que aumentasen los dividendos, que subiesen los puntos de la Bolsa. ¿Que la gente de la «fiebre» se degeneraba, que la avalancha forastera menguaba por efecto de las enfermedades, el agotamiento y las luchas? Si un filón recién descubierto enfrentaba a muerte a varias cuadrillas que se creían dueñas de él, allá ellos. ¿Quién tenía la culpa de que fuesen así, auténticas bestias? No valía gran cosa la dignidad de aquellas gentes; la vida de un jornalero también se sabía que valía menos que un cigarrillo.

Sí, eso se sabía de siempre. Así estaba escrito en la mentalidad de los señores.

Pero a veces ocurría que la de un privilegiado no valía mucho más. Don Magnífico logró escapar de una celada y desde entonces no aparecía si no era rodeado de guardias. A don Rosauro, el tratante de hombres y mulas, el de las rápidas cóleras ante la presencia de algún desgraciado «repetido», le sorprendieron una noche en un lugar solitario. Un garrotazo le desvaneció. Le ataron al vagón de cola del tren de vía grande y según decían «había recorrido treinta kilómetros arrastrando del culo». Fue a morir al hospital. Al tío Dineros le ahorcaron como la cosa más natural del mundo y todos los guardias, dirigidos por un sargento apodado «capitán Barullo», no lograron descubrir al culpable. Por unos días, y al igual que hicieron con don Rosauro, los periódicos que controlaban los «ocultos» airearon la muerte del mercader. Luego todo se olvidó. El motivo último que condenó al tío Dineros fue una mula que murió en la mina. En connivencia con un capataz, éste prohibió que, como era costumbre en la cuenca, enterrasen al animal en el «cementerio» próximo al río. Para ello argumentó que tanto cadáver descompuesto podría provocar una epidemia. Un

viejo silicoso vecino de «El Robadero», a quien la dolencia no le dejaba cerrar los ojos, descubrió el criminal negocio al ver descargar la mula en el patio de la tienda. Aquello fue suficiente. Como alguien se apiadó del largo viaje del «fenicio», le pusieron un compañero. Uno de los desertores del mercurio, acusado de forzar una mujer, se balanceaba junto a él cuando le encontraron los hombres del primer relevo.

Días más tarde un chico confesó a su abuelo que había visto lavarse en el río a tres hombres. Llevaban pistola y el pecho lo tenían cubierto de grumos de carbón. Decía que reían a carcajadas recordando el terror con que el comerciante vio acercarse su fin.

La muerte de los mercaderes y de los trabajadores… La muerte de Perico, el hijo de la señora Andrea; y la de Pechoduro, a quien un costero le vació el cuerpo. Y de otros muchos a los que se añadían los caídos bajo las balas de los guardias cuando, aprovechando la noche, intentaban pasar carbón, porque lo pagaban mejor en la vecina provincia, al otro lado del Valle.

La «fiebre» también se iba llevando a los soplones del Valle. Sandalio conoció una muerte que debió de idearla alguien que sabía historia. Un amanecer le encontraron «sentado» en un palo cuya punta aparecía abriéndole el vientre.

El cansancio, las venganzas, la angustia… Era dura aquella vida pero los viejos anhelos se volvían a veces realidad. Aquellos escapados del mercurio, la vega o el Gran Puerto podían ver a sus mujeres, con algún doblón de sobra en la faltriquera, dirigirse hacia «El Robadero», llamado oficialmente Economato al pasar a poder de la Empresa. Algunas compraban una pulsera de plata de tres vueltas y las muy privilegiadas hasta una chuchería de oro. Ellos, mientras tanto, bebían. Hilario Potencia, quizá el minero que más ganaba de todos los llegados con la «fiebre», se lavó un sábado la cara con el champaña «de los ricos», que él decía, y aquello fue todo un símbolo, el desquite de los desesperanzados, de los que, hora a hora, dejaban pegados a la tierra sudor y vida. Aun había más. Cuando caían en los camastros, y pese a estar derrengados, los sueños les llevaban, las lámparas colgadas del pantalón o el candil clavado en la gorra, hacia paraísos antes prohibidos.

Con el día estos sueños se hacían realidad. Al fin de la jornada, pisando fuerte, porque ya se ganaba un jornal sin suplicar a nadie, los favorecidos por la hulla se encaminaban al salón de la tía Vacas, donde, ¡cuántas hembras!, había hermosas mujeres que les esperaban. Allí había mucha luz y mucha música, y frescas muchachas que se dejaban palpar, que permitían que sus manos,

deformadas por el trabajo, recorriesen sin prisa aquellos pechos y nalgas bien cebados; que luego cantaban con ellos coplas picantes para terminar proporcionándoles placeres maravillosos.

Poco las importaba que llegasen sucios o limpios, cansados o no. Apenas pasado el umbral del salón, les echaban los brazos al cuello y se sentaban sobre sus rodillas. Pronto corría el alcohol, las risas, las groserías que tan agradables sonaban en sus oídos; el dinero, ganado a costa de tanto esfuerzo… ¡qué importaba! Aquel era un trono, su trono de águilas. Ellos mandaban al fin, se habían acabado los arbitrarios jefes de empresa y los señoritos vagos y estirados; el temor a la desocupación. El látigo que siempre les fustigó había terminado porque el dinero, que sólo la guerra sabía ofrecer, se dejaba ya acariciar por sus manos de trabajadores. Ahora podrían hablar de libertad porque sin doblones en el bolsillo todo era falso. El reverso de tantas horas sufridas en los desmontes y las cuevas de zorro; el reverso de tantos años humillados, de tanta miseria almacenada desde el día que nacieron…

Trabajar, pelear, gozar así la vida… No estaban preparados para otra cosa.

* * *

Pese a que la «fiebre» había apartado las fiestas del ánimo de gran parte de la minería, los domingos se celebraban bailes y ejercicios de fuerza. Vitelón, que junto a Casiano y Dale-Dale se habían arrogado la tarea de representar al Valle en lo concerniente a asuntos de músculos, se entretenían en la explanada en matar un cerdo de un puñetazo o atontar a un buey que, después de alejarse unos metros tambaleándose, se desplomaba como un beodo. Sin embargo, entre los recién llegados se encontraban también buenos ejemplares, como Hilario Potencia y un tosco gigante llamado el Crecido, quien levantaba con los dientes una piedra de ochenta kilos. El Crecido comía de una sentada tres kilos de chorizo, cuatro de patatas y cinco panes, bien rociado todo con ocho litros de vino. En su juventud había sido mozo de labranza, marchando después al Gran Puerto donde fue testigo, aunque no protagonista, de la noche de San Bartolomé. Osando mofarse de los mineros que lucían bajo la gorra el chulesco ricito, irritó a Dale-Dale, quien le llamó al orden para el resto de su permanencia en la cuenca. Ahora el Crecido era uno más en el Valle.

—¿Pagas algo?

—¡Sí, tu entierro!

Por una cosa así comenzó la primera gran trifulca.

Los «Violentos», que se sintieron súbitamente unidos a los hombres del Valle, se ofrecieron para frenar la arrogancia de los forasteros y un día sí y otro no se presentaban en Valhundido.

El domingo siguiente a la pelea una chica de la cuenca bailó tres veces con uno de la «fiebre». Aquello fue suficiente. La lucha empezó noblemente, pero cuando, ya cansados de repartir palos y puñetazos, salieron a relucir los revólveres, un hombre pequeño y escuchimizado tiró a matar desde lejos. El hermano menor del vigilante Rogelio se desplomó como fulminado. Al día siguiente le enterraron. Detrás iba el cajón con el cuerpo aún caliente del hombre pequeño, al que tuvieron que ir a buscar al fondo de una de las ratoneras que agujereaban el Valle. A partir de entonces las reyertas fueron frecuentes. Escudados tras la docena de licencias que existían en toda la cuenca, circulaban centenares de armas. No había más que ir al antiguo «El Robadero», que para la gente seguía llamándose igual, y por tres duros el dependiente entregaba bajo cuerda una «Bellota», revólver de dos cañones. Aquella vista gorda de las autoridades era culpable de varias muertes, máxime porque los graciosos se permitían ejercitar la puntería en los cubos que portaban las mujeres sobre la cabeza. Aquello motivó más de un accidente por lo que, obligadas a defenderse de bromistas y violadores, eran ellas las primeras en acudir al campo de tiro, situado en el viejo cementerio y al que la escombrera servía de paredón.

Entre las jóvenes más perseguidas se encontraba la hermana del Crecido, una muchacha de exuberante belleza llamada Eva, y a quien la cuenca había apodado «Búffalo Bill» por la certeza de sus disparos. A uno del «mercurio» le había malherido.

—Me escribió su nombre con plomo, ¡menos mal que se llama Eva! —decía mohíno cuando se restableció.

Casiano, que defendiéndola había roto ya más de una costilla, se había erigido en compañero inseparable de la guapa forastera.

—¡Por San Glorio! —refunfuñaba el Crecido, pese a no ver con malos ojos aquel noviazgo—. ¡Con éste es malo jugar a fuerzas!

Era también durante los domingos cuando los de la cuenca y algunos de los llegados con la guerra entablaban sus amistades. Muchos de ellos se habían hecho el propósito de ser admitidos en la comunidad de Valhundido y poco a poco lo iban consiguiendo. Hilario Potencia era uno de ellos, ya a punto de cicatrizar el dolor y la vergüenza que arrastraba desde el Gran Puerto; a punto también de que una nueva angustia ensombreciese su ánimo. Joselina, que a

los catorce años atraía las miradas codiciosas de los hombres, andaba en malos pasos con Robina, un joven vigilante. Sin poder aun asegurarlo, lo adivinaba en los ojos de la chiquilla. Y en los de la madre, a la que Hilario Potencia gritaba que había salido a ella, tan fácil como ella cuando se dejó poseer por el primero que empujó la puerta. Luego, arrepentido del insulto, tomaba la zamarra y se alejaba hacia «El Oasis».

No, aquello era imposible olvidarlo…

* * *

Al igual que Hilario Potencia había otros muchos hombres, honrados y excelentes barrenistas a punterola y maza. Entre ellos descollaba un grupo, tal vez una tribu, llegada al Valle con cierto retraso sobre la gente de la «fiebre». Eran morenos y más bien rechonchos, presumiendo siempre de polainas relucientes y revólver al cinto. Llevaban colgados de las orejas aros de oro y las gentes decían que venían de más allá de París y que «debían de ser servios o protestantes». La verdad es que provenían de Sicilia, donde se habían asentado después de abandonar su patria de origen: Grecia. Eran incansables y trabajaban todos. Los viejos, lavando ropas y cazando águilas; los niños y las mujeres buscando nuevos afloramientos e incluso algunas, como la Alejandrona, una masa granítica hecha hembra, eran capaces de ocupar en las cuadrillas puestos tan activos como el de arrastrador. Un par de ellas cocinaban para todos, y su régimen de vida era similar al de los gitanos. Presidía la «tribu» un anciano de barba rojiza llamado Kamilnopulos, mezcla de santo y caudillo. Al terminar la jornada reunía a los suyos en torno a una fogata y con voz reposada les leía algunos fragmentos de la Biblia. Luego pasaba a ocuparse de otros temas y el discurso se inflamaba, terminado el cual apagaban la lumbre y se retiraban a sus carromatos. Una hija del anciano griego, casada con un «penitente» que trabajaba con Vitelón, y que demás de su lengua madre hablaba el italiano y el francés, se había hecho muy amiga de Petrarca, quien la enseñaba nuestro idioma. La amistad con el poeta la hizo simpática al Valle, y prueba de ello fue que no tardaron en «bautizar» a la poliglota muchacha. Comenzaron a llamarla la «Borrica» y nadie volvió a acordarse de que un buen día la llevaron a un registro civil de Creta para inscribirla con el nombre de Sofía.

A suavizar tanta acritud, en cuya tarea se esforzaban los hombres de la cuenca y los griegos, también cooperaban algunos de

los forasteros que, en medio de aquel Valle enloquecido por el hombre, encontraban momentos para amarse y comprometerse, para bailar y cumplir, aunque lejos de sus hogares, con los ritos de sus fiestas patronales. Los venidos del sur celebraban la aparición de la burrita ciega que llegó al pueblo trayendo en las alforjas dos niños muertos. Atada a una de las criaturas, escrita con mano torpe, había una pequeña leyenda. Aquello fue suficiente para que, declarados mártires, se erigiesen en protectores de la villa. En la fecha señalada un grupo de familias, olvidándose del carbón, aparejaban una burra, a la que vendaban los ojos, y mientras alrededor los hombres sudaban y blasfemaban luchando con el mineral, ellos se entregaban a las alegrías de la ingenua festividad.

Eran los novios los que, con las diferentes particularidades traídas de sus regiones, ponían en Valhundido la nota más singular. Algunos acompañaban a las chicas a las afueras de la aldea, al campo negro, y durante un par de horas permanecían a solas con ellas. Aquello no decía nada en deshonra de la doncella, pues, por llevarse a cabo la víspera del enlace, era considerado un acto más, el matrimonio «fato». Al día siguiente, ya casados, subían a un carro. Sentados sobre el colchón y rodeados de sus mejores atavíos, daban una vuelta por el pueblo para que las gentes vieran la «riqueza» de su ajuar. El padrino iba detrás y su paso era obstaculizado por los mozos, que accedían a dejar el camino libre a cambio de unas monedas, y las mozas, cantando cosas picantes relacionadas con la noche de bodas, cuyo momento más interesante tuvo lugar bajo las estrellas.

Otras costumbres hacían ir a la novia metida en un cajón hasta la iglesia, en cuya sacristía vestía el traje nupcial. Después de la ceremonia —¡al fin podían imitar a los señoritos de la vega!—, ataban un novillo por los cuernos y lo paseaban por la aldea, terminando por sacrificarlo ante la casa de los recién casados. En torno al nuevo hogar, sobresaltados por los barrenazos y las palabrotas provenientes de la mina contigua, entre el cercano chirriar de máquinas y el próximo jadeo de los hombres, se celebraba el banquete. Terminado éste, los novios se retiraban y el padre de la desposada, plantándose en mitad del camino, entregaba un bollo, cocido exprofeso, a la primera persona que por allí pasaba. Así ayudaba a que el primer hijo viniese sano al mundo.

Cuando llegaba el crío, el marido se metía en una cesta y cacareaba a voz en grito, coadyuvando así al alumbramiento. Cuando al fin el chico daba el primer berrido, y «para que la vida no le vuelva loco», los suegros se apresuraban a repartir pan y

queso entre los asistentes.

Pan y queso. Que la vida no le vuelva loco… Al llegar a este punto los ancianos campesinos movían la cabeza dubitativos. Habían hecho mal abandonando la tierra; allí no faltaba aire ni sol y siempre se tropezaba con un pedazo de pan. Verdad era que sólo los ricos podían matar un novillo cuando se casaban; pero no lo era menos que los hombres no hurgaban en las tripas de la naturaleza, no se maldecían manoseando los secretos de Dios.

—Si no salen locos con estas turbonadas…

Podría ser porque… ¿existiría un mundo más desquiciado que aquel que se ofrecía a los ojos de los recién nacidos?

—Si no salen locos…

* * *

Eso mismo pensaba otro labriego…

—Esto no es cristiano, señor Marcos. No mueren como hombres… ¡como perros! Están loquitos… ¿por qué buscan lo que no es suyo?

—Sí, tío Mañón. La cuenca enloqueció, pero buscan lo suyo. La naturaleza ha escondido bajo tierra grandes tesoros y hay que arrancárselos.

—Están sucios de miedo y no les importa matarse.

—Por primera vez respiran a gusto. ¡Un jornal seguro da buenos pulmones!

—Mala cosa es la avaricia… A las minas las daría un trancazo que no las iba a conocer ni San Glorio, que dice el Crecido.

—No es avaricia, tío Mañón, es un estallido de vida. Ganan todos los días y esto nunca pudieron hacerlo. La necesidad es un acicate que sacude la indolencia y la sumisión de los hombres.

—Ma que sea así…

Se habían hecho grandes amigos. El tío Mañón, apoyado en la pared de su casa —estaba construida en lo alto de la ladera—, parecía un viejo rey guanche destilando amarguras. Llevaba meses, años ya, contemplando las bocaminas con el espíritu desencajado por un eterno ruego:

Perdónales, Señor, que no saben lo que se hacen… Traen hambre del campo, pero…

Los hombres, como tejones en camino hacia sus profundas madrigueras, se extendían por la piel del Valle. Hacían desmontes, luchaban con la roca y las aguas; se perdían por los coladeros abandonados. Tocaban la tierra, sonaba a hueco y no les importaba.

Unos colocaban barrenos; otros sacaban hulla, escombros, muertos. En la noche se agitaban las bengalas, se oían gritos, ladridos, tiros… y nadie sabía si el carbón había aparecido o los jornaleros peleaban, se destrozaban como rencorosas bestias. Poco después, un par de hachones quedaban de guardia, una procesión de luces marchaba cuesta abajo. ¿A dónde iban? ¿A enterrar a un hombre?, ¿a inscribir el filón descubierto?

Los buscadores de mineral seguían incansables dando picotazos en el sufrido cuerpo del Valle. Al término de la jornada se refugiaban en sus dormitorios, colectivos y malolientes; o marchaban hacia el salón de la tía Vacas, sudorosos y semidesnudos en verano; luchando contra los fríos con trapos negros y sucios. Allí pedían, a gritos, alcohol y hembras. Hombres insensibles que renunciaban a todo lo que no fuese mineral, vicios y dinero; que se afanaban por injertarse en la tierra, por dejar sus huesos pegados a ella como un pedazo de piedra más; hombres abriendo en las laderas docenas de agujeros, galerías minúsculas y amenazantes en las que entraban dispuestos a perseguir el carbón hasta el fin del mundo, hasta la condenación eterna parecía…

—Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen…

El tío Mañón continuaba caminando por aquella vida, siempre nueva, sin entenderla demasiado. Él, como un buscador de nada, sabía nombres de plantas y cosas de riegos y de pájaros. Cuando llegó al Valle «presintió» las galerías y el grisú, y se estremeció. Pero lo que ahora estaba ocurriendo en la cuenca sobrepasaba su capacidad de sobresalto, de horrorizarse, porque aquel mundo rugía, bramaba, trepidaba. Trepidaban tierras, cuerpos y almas…

El señor Marcos, desmoralizado al comprobar que la «fiebre» había hecho trizas todos sus planteamientos sociales, venía casi todos los días a visitarle. Le tranquilizaba la sesuda presencia del campesino, sus cortos diálogos y sus largos silencios. Pasaban juntos largas horas. Ya de regreso a casa, iba repitiéndose que aquel huracán de dinero y pasiones pasaría pronto; se esforzaba por convencerse, por comprender aquel caos en el que se abismó el Valle. Una sombra más vino a incrementar tanta amargura. Félix, su hijo menor, fue uno de los que se prestó a servir de «guiero» a los nuevos mineros. Contagiado por el ambiente febril que reinaba en la cuenca, trabajó prácticamente día y noche. Desde la atalaya del tío Mañón, mirando a las cuadrillas de jornaleros, le parecía estar viendo el ir y venir de su hijo; le adivinaba manipulando con las dinamitas, perdiéndose entre los remolinos de humo que, como la respiración de los «mismísimos demonios», que decía el campesino,

formaban los estallidos de los barrancos. Le veía, con troncos arrancados de las minas viejas, dirigir la construcción de una boca, de un nuevo túnel; moverse entre las estrepitosas carreras de las vagonetas… Mucho dolor ponía en su ánimo aquellas grandes hogueras que, asombrando la noche, iluminaban los trabajos de los desmontes y las explotaciones a cielo abierto. Entre ellas andaba su Félix, saltando como un demonio.

* * *

Félix había muerto. Le sepultó la hulla. Y al silencioso Crispín, quien creyó ver la oportunidad de ganar unas pesetas recogiendo, como un niño más, el carbón olvidado en la superficie. Crispín, que después fue entrando en los agujeros sólo para enseñar, para dar consejos, para encontrar la muerte. El Cauto, a quien la acumulación de humos asfixiaba los pulmones y el cáncer apretaba ya más de la cuenta, aprovechó una noche en la que el resplandor de los fuegos le marcaban el camino y se fue hacia el Pantano. Empezó a adentrarse en él, luego el cieno le cubrió. Seisdoble, el bromista silicoso, se pasó unos días diciendo que al salir la luna nueva oía una voz pidiendo perdón y que debía ser la del Cauto, arrepentido de haber abandonado de aquella manera el mundo de los vivos.

Seisdoble era de otra pasta. A él siempre le gustaron las bromas. Un atardecer la gente se arremolinó frente a «Casa Tito». Caído sobre una mesa de la taberna, sacudido por los lloros, Mario, el hijo del silicoso, empujaba en un movimiento obsesivo a Cubadín que, sin éxito, intentaba consolarle:

—Se te escapó, gurriato… ¡ya no hay nada que hacer!

—Si le hubiese seguido, si le hubiese seguido… —repetía el pobre muchacho, inconsolable.

—¿Cómo le vas a seguir? ¡Esas son cosas muy reservonas!

En el retrete estaba Seisdoble, la cabeza torcida sobre el pecho, dejando ver una lengua descomunal y arrugada, asquerosa. Los ojos los mantenía extraordinariamente abiertos, como contraídos los resortes de los párpados. Y tan fijos en la puerta, que sin duda su ultima preocupación fue el temor a verse descubierto, a que alguien viniese a interrumpirle. Aquella mirada vidriosa y apagada, suponía un espeluznante saludo del Más Allá. Colgado de la cuerda que la vieja viga mantenía, crujiendo, Seisdoble aún se balanceaba suavemente, con ese débil arrullo con que se duerme a los niños.

Prendido en sus raídas ropas con un palillo, un papel mostraba

la torpe escritura del silicoso:

Para abril, ¡todos aquí!
¡Si no quieres guardar cola,
vente ahora!

Era la última humorada de Seisdoble, el hombre que se horrorizaba ante la llegada de los primeros calores, de las nieblas; el de los redoblados sufrimientos porque la naturaleza gozaba revolviendo la piedra pegada a las cavernas de sus pulmones.

El cabo de los guardias, acompañado de un número, vino a preguntar, a investigar algo que tenía poco de investigable. Un silicoso más se había ahorcado. Eso era todo. Nada. Algo parecido a la muerte de un perro.

El viejo e indefenso «Vagabundo», cumpliendo mi antiguo sueño, se había dejado despedazar por un perrazo enorme, venido de muy lejos. Fue un día que corrió tras de «Olga», a la que, tan vieja como él, iban a matar.

Cubadín, borracho, ató un cartucho a la cabeza de su vieja compañera de minas. Cuando explotó, escupiéndola encima, la «rezó» un divertido responso. Luego la volvió la espalda y comenzó a reír a carcajadas porque un perrazo estaba destrozando a «Vagabundo».

Mi pobre amigo perro, también él víctima de la «fiebre»… Le recordaría pequeño y feo, color canela y poco inteligente. Y siempre intranquilo, hostigado por el hambre…

Ya no volvería a «embestir» cuando, siempre esperando la recompensa de un trozo de pan o unas raspas, se prestaba a los juegos de un Auténtico beodo.

* * *

Desde el mismo día que comenzó la «fiebre» me sentí atraído por aquella catarata de hombres que, empujados a la revancha inmediata de sus necesidades, se lanzaron a satisfacer el hambre, a hacer realidad un viejo y ávido deseo de ser, de pintar algo en la vida. Tal aluvión humano suponía una enciclopedia gigante de aquel común hacer que el señor Marcos llamaba «conocimiento y justicia». Llegados a lo que creían, pese a la seguridad de un jornal, un mundo hostil, la mayoría de ellos, no poseyendo otra instrucción que la que la vida les había ido proporcionando a palo limpio, se manifestaban de una manera hosca y simple. Era preciso, pues,

acercarse, mostrar con ellos solidaridad, el primer deber del hombre, según me «escribió» mi padre; acompañarles, evitando así que la mina les matase como a descuidados animales; abrirles otros horizontes, desarraigarles de su presente, estrecho y alicorto, tan primitivo como quisieron que fuese los señores feudales que dejaron a sus espaldas. Se imponía el explicarles, como me lo explicó a mí el señor Marcos, las posibilidades de acción y en que se fundaba tal lucha, cuya victoria les rescataría, y sobre todo libraría a los que viniesen después, de tan irritante servidumbre…

«Esfuérzate en ser apasionado, generoso y tolerante; en comprender al compañero, y hasta al enemigo, si éste no te da razones suficientes para demostrarte que su actitud no es error, sino mala fe. Entonces, que la espada no vuelva al descanso…»

Mi padre tenía razón. Habría que empezar por perder la pasividad y la indiferencia; por encauzar aquellos temblores de rebeldía que nos hacían aparecer como hombres sin cultura; aquellos latigazos de cólera con los que poco o nada conseguiríamos. Y menos aún los hombres de la «fiebre», los que destripaban tierras, se mataban y emborrachaban, ganaban y gastaban. Aquéllos componían una auténtica horda social, un gravísimo riesgo, máxime cuando la guerra acabase y volviesen a enfrentarse con los irritantes abusos de siempre; cuando de nuevo debiesen sufrir los rebrotes de esclavitud, lidiar con «aquello» que alguien llamada pomposamente «libertad» y que no era sino ocasión para unos de seguir con sus cochinadas comerciales, obligando al resto a continuar amarrados a unas necesidades que no tenían visos de terminar algún día…

Sí, había que acercarse a ellos. Hablarles, evitar tanta muerte estúpida. Había que tenderles una mano porque en ellos y en nosotros, unidos, estaba la salvación de un mundo que, por justo, parecía siempre predispuesto a desvanecerse en manos de los aprovechados, de los «sucios», que decía Potencia.

* * *

Fuimos muchos los mineros que, abandonando los Grupos y el Pozo, nos convertimos en «guieros» de los audaces e inexpertos hombres de la «fiebre». Por motivos diferentes, un centenar de picadores, barrenistas y entibadores de Valhundido nos unimos a ellos. Antes de un mes ya habíamos conseguido encuadrarles en tandas. En ellas se ingresaba o se era expulsado con arreglo a la opinión de la mayoría. Poco a poco fueron desapareciendo los tiros,

convencidos los forasteros de que se podía ganar un jornal sin necesidad de disputarlo a dentelladas. Con los reacios y los atropelladores del orden, de la ley del carbón y las mujeres, la persuasión sirvió de poco y un domingo por la mañana, cuando mayor era la animación en el parque, tronó el aldabonazo de alerta. Un carro tirado por dos mulas, enloquecidas por las tracas atadas a sus lomos, se plantó en la explanada. El río detuvo el carromato cuando el agua amenazaba ahogar a los animales; y a la gente, que corrió tras ellos horrorizada por lo que había visto. Entre las ramas que los semiocultaban, balanceándose aún por efecto de la carrera, aparecían cinco hombres ahorcados, todos conocidos como matones y violadores.

Aquel toque de atención, pese a que algunos no escarmentaron —un campesino profanaba días después una niña de seis años—, trajo un poco de paz al Valle. Los trabajos adquirieron un nuevo cariz; fueron acabándose las disputas que separaban a las cuadrillas, algunas resueltas tan ferozmente que, incendiadas sus míseras chozas, dejaron a la intemperie a un centenar de seres. Al amparo de una confianza penosamente impuesta, la tarea se hizo más humana y, en la medida que nos permitían los primitivos medios de que disponíamos, enseñamos y aprendieron unos métodos de extracción más racionales.

Empezamos por conducirles hacia el aprovechamiento de las vías naturales de explotación. En las galerías abandonadas por la Sociedad, por ser baja su producción, existían buenas posibilidades si los trabajos los dirigía algún entendido en gases y quiebras. Aun así, la tarea resultaba peligrosa, sobre todo para nosotros, los «guieros», que debíamos dar la primera «lección». Esta comenzaba por limpiar el túnel, invadido por mofetas y ácidos y desprovisto de ventilación quién sabía desde cuando. Consistía la labor en entrar en los «fondos de saco» acompañados de un jilguero o un ratón, quienes nos permitían controlar la acumulación de óxido anhídrido carbónico, aunque no la del grisú que, por respirable, sólo el olfato y las reacciones de un práctico minero podían descubrir. Al señalar los animales la presencia de gas, el «guiero» seguía avanzando hasta comprobar el grado de enrarecimiento de la atmósfera y elementos que la turbaban. Si resultaba excesivo, y de ello era causante el grisú, se abandonaba la empresa, pues un estallido resquebrajaría la mina, dejando la estructura de la galería a punto de desmoronarse, derrumbándola en muchos casos. Cuando el gas se sabía poco potente, caso frecuente por no tratarse de pozos, sino de minas de montaña, atacábamos los ácidos, que por falta de oxígeno quemante

se inflamaban sin explotar, a golpe de llama. Tomábamos por referencia un poste y retrocediendo…

—¡Venga, la tabla y el capuz!

Me ataban a la espalda un ancho tablón; otro me enfundaba una capucha de hule. Ya cubierto el rostro y parte del pecho, las manos también resguardadas, tomaba un hachón encendido y volvía a adentrarme en el túnel. Al llegar al madero marcado, lo arrojaba, aplastándome instantáneamente contra el suelo. La explosión sacudía la galería y, con gran estrépito, se desplomaban sobre la tabla trozos de maderas, cascotes y mineral. Apagadas las llamas, pasado el peligro, que podía ser mortal, me incorporaba rápidamente y despojándome de la defensa comenzaba a alejar los humos, agitándolos con la chaqueta. La cuadrilla ya estaba a mi lado, secundándome en la tarea.

—Ya habéis visto cómo se hace… ¡A ver!, ¡alguno que quiera ser «penitente»! Ganará una peseta más por quintal, según convenimos.

Dudaban. Al fin se ofrecía uno. Ya dividida en picadores, entibadores, barrenistas y transportadores, la tanda quedaba lista para un trabajo que en adelante sería más seguro y práctico.

El tiempo seguiría pasando viéndonos arrancar carbón y limpiar los gases de las toperas como se limpiaban en el alborear de las minas; como lo hicieron los romanos buscadores de oro y cobre.

En muchos aspectos habíamos retrocedido bruscamente hasta los orígenes de las artes de la minería. Se perforaba a maza, se dinamitaba con humilde pólvora y por arrastre contábamos únicamente con el motor humano. Los barrenistas, un ayudante que mantenía la punterola y el maestro que la golpeaba, formaban una escalofriante pareja de endemoniados. En penumbras, machacando sin pausa el reducido círculo de hierro que dos manos mantenían pegado a la cabeza, junto a la nuca…

Un pequeño error y un hombre caía fulminado. Muerto instantáneamente, instantáneamente era relevado. Los hombres del aluvión habían acordado que aquel que matase tres compañeros perdía el puesto de «maestro», debiendo pasar a sostener la barra. Como en muchas ocasiones moría, aquel pacto tenía cierta relación con la primitiva justicia, con una suavizada Ley del Talión.

Solíamos emplear más de una jornada en perforar la roca que permitiría un nuevo avance. Pocas veces contábamos con dinamita y casi nunca con mecha de seguridad, por lo que debíamos recurrir a la pólvora en grano, apelmazada con vinagre. Bien encartuchada, en un extremo se clavaba un cañón de ala de águila —en cuya caza estaban especializados los griegos— también repleto de pólvora.

Por medio de pajas unidas al tosco fulminante, el explosivo llegaba al suelo. Unos regueros de un par de metros, que confluían en un mismo punto, nos permitían alejarnos a tiempo. Pese a ello, una vez aplicada la llama del candil, había que ser ligero de piernas porque en ocasiones aquellos explosivos desarrollaban la fuerza de otros de mucha mayor potencia. Saltada la carga, volvíamos al corte y clarificábamos la atmósfera. Como la piedra solía quedar a medio desgajar, haciendo uso de la «aguja infernal» o la «aguja de mina», introducíamos a mazazos, terminábamos de derrumbar las rocas, adentrándonos medio metro más en busca de la hulla.

El acarreo de escombros y tierra desprendida se efectuaba por medio de espuertas, atadas a la espalda de los transportadores. Los hombres de la «fiebre», encorvados bajo el peso de los cascotes, apoyados en un bordón, el candil pinchado en la gorra, sudorosos y ennegrecidos, prácticamente desnudos, tenían algo de malditos, de esclavos blasfemantes. Clavando los pies en el cieno, las uñas en los hastiales, las correas o cuerdas rasgándoles la piel del pecho, otros tiraban de las carreñas. En algunas ocasiones aplanábamos el suelo y construíamos unos toscos carromatos. O extendíamos «raíles» de madera sobre los que discurrían, a trompicones, vagonetas compradas de desecho. Un animal, que hacía tiempo debía haber protagonizado la «fiesta de las mulas», nos ayudaba. Viejo y agotado, parecía siempre a punto de espatarrarse, de caer muerto. Como los horribles, que en cualquier lugar se desplomaban derrengados. Estos, sin embargo, poco después deberían estar de nuevo en pie, seguir dejándose el sudor en aquellos asustantes agujeros. Existía un «contrato» y la cuadrilla obligaba a cumplirlo a rajatabla.

Con los que sufrían claustrofobia, razón que aquellos hombres tenían por fuerza mayor, guardaban cierta consideración. Mientras los demás procedían al entibado o, arrastrándose sobre el pecho, picaban sin pausa, ellos acompañaban a los «guieros» en la búsqueda de nuevos afloramientos. Hacíamos excavaciones, calicatas que no tardaban en perforar pequeñas bolsas de hulla, porque el Valle tenía las entrañas de carbón. Aquellas explotaciones a cielo abierto, se horadaban rápidamente; preparábamos la carga y alejándonos del lugar, un grito rasgaba los aires:

—¡Fuego y Santa Bárbara!

En ocasiones montábamos nuestro «campamento» sobre alguna veta reconocida oficialmente. Comenzábamos a llenar espuertas y albardas y pronto marchaban camino abajo una reata de burros; pronto también corría la voz y no tardábamos en tener

competidores. Con ellos solían llegar los capataces de la Sociedad y el esfuerzo de una semana debía perderse, debíamos derrumbar las minúsculas galerías. Cuando la inspección se presentaba, no encontraba más que escombros, pero apenas habían vuelto la espalda nos disponíamos a reconstruir el socavón, a seguir arrancando el carbón del Valle y de todos.

Pese a las precauciones tomadas, el ritmo de los trabajos se rompía frecuentemente para sepultar un puñado de mineros. La oración do algún campesino acompañaba desde lejos al simple cortejo, un hombre, o algún grupo de ellos, que, envueltos en mantas o caídos en unas albardas, marchaban camino de la fosa común. No pasaba un día sin que la carretera o las laderas se animasen con el lento andar de un entierro. Aquello, sin embargo, no revestía gran importancia. Peor era cuando nos sepultaba una quiebra o un jornalero se desplomaba, desvanecido por el aire podrido que reinaba en aquellas cuevas de tejón. Durante unas horas era preciso esforzarse en rescatar a los encerrados y ello bastaba para poner de mal humor al resto de la tanda, ordinariamente irritada por otros motivos, el fuego, por ejemplo. Debido a la falta de ventilación, los carbones caídos en los huecos y las pizarras carbonadas se recalentaban hasta el extremo de provocar rápidos incendios. Casos como estos, más que las desgracias, solían despertar entre las cuadrillas el sentido de la solidaridad. Las más cercanas corrían en ayuda de la necesitada y una hilera de mineros, llevando y trayendo cubos de agua, se afanaban sobre las maderas en llamas. El trabajo de un mes, de dos, los doblones a punto de conseguirse después de tanto esfuerzo, se hallaban en peligro de perderse. Y aquello sí era fácil de comprender. Los muertos… ¡bah! En el Valle y en el mundo sobraban hombres.

No había tregua ni cuartel. En los hombres de la «fiebre» se movían confusas las nociones del deber, de la esperanza y la muerte. Pero con absoluta certeza intuían la del dinero. Él les evitaría, ¡al fin!, tantas necesidades y humillaciones; él les permitiría conquistar una dignidad que apenas alcanzaban a presentir.

La mayoría no eran capaces de otro juego. Aquella era su paz, la única que les permitieron aprender.

* * *

En una de las tres cuadrillas que yo dirigía, el «penitente» se

llamaba, o le llamaban, Hilario Potencia. Doblaba exactamente mi edad, mis diecisiete años poco antes cumplidos. Potencia, fuerte y audaz, parecía nacido para lidiar con el peligro. Las malas lenguas hablaban del Gran Puerto, de una noche de San Bartolomé y de algo peor. Una vez que, por haber yo calculado mal la resistencia de un techo, quedó encerrado en una topera, creyó volverse loco. Cuando —logramos rescatarle dos días después— pudo conciliar el sueño, despertó gritando que había encontrado el alma de su Hilarín, muerto al caer de los brazos de su madre violada y enterrado en una cresta de la cordillera. En sus pesadillas, traducidas por ademanes y gritos, parecía horrorizarle la vista de muchas cabezas rodando escombreras abajo.

Hilario Potencia, un miedo cobarde brillaba en los ojos de los culpables, se había erigido en acusador implacable de los depravados que aun seguían ensombreciendo la vida del Valle. Él fue el primero en presentarse voluntario para ahorcar a los cinco desalmados que las mulas llevaron al río; él fue también quien quemó vivo a un violador… Sí, era mucho, y muy justo, el odio que se revolvía en el pecho de Hilario Potencia.

Nos hicimos buenos amigos. ¿Quién iba a decirme que yo debería mi vida a aquel hombre venido desde tan lejos?

* * *

Hilario Potencia y los «penitentes»; los picadores, los barrenistas los peones, los entibadores… Una triste y maltratada reata de hombres. La pulsera de tres vueltas, la ingenua soberbia de alguno que un sábado se lavó la cara con el champaña de los ricos. Era el suyo el vuelo enano de unos seres a los que la vida no les permitió levantar los ojos, a los que mantenía hundidos en la tierra. Sus amarguras no eran para ser olvidadas; un tenaz recuerdo les empujaba a saltar sobre lo que creían la barrera de la adversidad. Hombres de acción, muchos de ellos aptos para ir conquistando si hubiese tierra que conquistar, se encontraban desvalidos ante la mano omnipotente del privilegio, de la deshumanización. Por eso peleaban ferozmente con la tierra y la hulla. Allí, en el trabajo, en la cuenca, adivinaban una posibilidad de redención; allí se había entablado una lucha más equilibrada entre los que iban vestidos y los helados, por dentro y por fuera; entre los que sufrían y los que parecían ejercer una venganza personal; entre los que hacían con las leyes pajaritas de papel y los que, no les dejaron aprender a leer, ni siquiera comprendían que les asistía la más elemental legislación.

La experiencia de la «fiebre», ya terminando al acercarme yo a los veinte años, me sería valiosísima. Ella me permitió adquirir plena seguridad en los principios que me enseñaron, en la sinrazón de aquella lucha inhumana por el pan de cada día, por unas migajas de felicidad. Era precisamente de ardimiento y de ilusiones de lo que estaban más necesitados aquellos millares de hombres que la «fiebre» trajo al Valle con hambre en la cara, aquellos millares de hombres que ya se alejaban…

Adiós… Otra vez la desorientada caravana desparramándose por tierras lejanas; de nuevo el alma llena de terribles interrogantes, maldiciendo a los «dorados», a Don Magnífico y los que, como él, iban por la vida a modo de verdaderos remolones de la justicia. ¡Ellos eran responsables! Así lo decían las canciones de guerra social que entonaban los ahuyentados y zaheridos por la paz, los que marchaban hacia el día de mañana con la cabeza baja; aquellas masas encorvadas, mudas, desalentadas. Ellos fabricaron con sus manos de torpes alfareros, con sus obcecadas equivocaciones, el hombre olvidado y despreciado que se iba; ellos, que le empujaban a que un día afilase la mirada y mirándose hacia dentro gritase muy alto, tronase verdades que ya sería muy difícil ahogar con la amenaza de un «lock out» o el empleo de la fuerza.

Sin embargo, me parecía adivinarlo, aún habría de pasar mucho tiempo antes de que aquel inquieto revolverse de un instante dejase de traducirse en una nueva caída en la resignación de la raza, temblando, siempre temblando ante tanta inquietud y falta de certeza en su futuro…, ¡en nada!

Sí, la «fiebre» había sido una gran experiencia. Ella me explicó que el hombre deja matar o mata al hombre si ello le reporta algún beneficio; y que los jornaleros del futuro siempre incierto eran capaces de destrozarse por unos doblones que unas horas después arrojarían sobre un mostrador o los muslos de una mujer. Había aprendido ¡cuanta razón tenía el señor Marcos! que sería necesario comenzar por enseñarles el alfabeto de las letras y de la vida, porque sólo así podrían fertilizar los caminos de la justicia, que eran los que traían la paz.

Se fueron en cansados grupos. Como señal de su paso dejaron un enorme soplete que, quemando los ácidos de la cuenca, atrayendo a otros por caminos subterráneos que enlazaban con la provincia limítrofe, ardía junto a la «Sala» desde hacía tres años.

El recuerdo de aquellos desposeídos calaría muy hondo en mis sensaciones. Suponía una llamada a la que me disponía a acudir con toda la fuerza de mis ideales, con el ánimo que me transmitía la

fidelidad a mi padre sepultado.

Una llamada que hablaba de pan, de vida. De amor y libertad.

Se fueron. Y las gentes y las tierras de mi Valle parecieron quedar entristecidas.

Cuando el último grupo se perdió en el horizonte, me volví hacia el soplete encendido por los hombres de la «fiebre».

Allí estaba, imponente, flameando en lo alto de la cordillera como un símbolo inextinguible…

CAPÍTULO XVI
RECUENTO DE VIDAS

Un perro golfeaba sin ladridos bajo el cielo gris, enfermo de congoja. El sol, perdiendo fuerza, se iba entre pesados nubarrones color de incendio. Bajo ellos, el viento alisaba en las cumbres el manto de nieve, luego descendía a enroscarse en los minúsculos arrecifes, entrañas de la tierra arrojadas a la superficie por el volcán de la «fiebre». Había llovido mansamente desde el alba y en aquel crepúsculo de transparencia centelleante, agobiado por tan absoluto silencio, el Valle parecía hablar de agonías y nostalgias, de aquellos hombres que se fueron dejando la naturaleza presa de ese regusto entristecido que producen las cosas muertas. En el grandioso anfiteatro de la cuenca, en las montañas desventradas y los prados violados, en los montes y en el río, en las nubes, las máquinas y los hombres… todo inmóvil, azotado por una amarga melancolía. Las esperanzas y los desvelos, conseguidos o no, pero ya marchitos, como embargados por una vejez prematura e irremediable, parecían flotar en los aires.

El Valle semejaba un campo de batalla sobre el que los hombres, ya cansados de matar, andaban perezosamente.

Mineros del relevo y algunos enamorados tomados de la mano; algún viejo llamando a los recuerdos y chicos correteando tras de las vacas que pacientemente buscaban un bocado de hierba. Eso era todo. Y algún rezagado de la «fiebre», afanándose aún sobre las abandonadas vetas, arrancando un carbón que le costaría venderlo y por el que apenas obtendría un puñado de reales.

Un mundo lento y desganado había sucedido a la orgía de la «fiebre». La naturaleza, también lentamente restañando sus heridas, iba ocultando las locuras de los hombres, tapando con un nuevo manto de tierra y descolorida flora las ratoneras y las bocaminas, los múltiples ojos, las tripas secas de la anatomía terrestre…

Habían pasado las ansias… Como un recuerdo de su paso

dejaron la gran llamarada que, rivalizando con el Carmelón, se levantaba en la alta noche de la cordillera.

Nieve y abandono. Una gran tristeza venía envuelta entre los vientos que revoloteaban en el Valle.

* * *

Hacía dos años que terminó la guerra, que la paz obligó a un nuevo éxodo porque el egoísmo y la locura de los hombres así lo quería. En el Valle, y fuera de él, trozos de humanidad eran empujados a rastrear diferentes nortes, a marchar sin caminos ni llegadas hacia nuevas sumisiones, hacia nuevas renuncias. Máquinas oxidadas, desmontes, chozas, cangilones aéreos, detenidos en los cables en una seca pirueta… Eran como manchas de sangre, evocaciones dejadas por aquellos hombres que un día la guerra convirtió en esperanzados, que después se fueron hacia… ¡quién sabía! en bandadas, desorientados. En su eterno peregrinaje, cumplido ya un alto más en gran aventura, en la lucha terrible e inhumana que era su existencia, se alejaban abandonando a sus espaldas muchas tumbas olvidadas, muchas ilusiones muertas. Los años habían pasado destruyendo todos sus anhelos, obligando a aquellos seres de manos encallecidas a reemprender la marcha, la mirada triste, las entrañas ardiendo. Era su sino. Cayeron un día, al nacer pobres, y la sociedad no les dejó levantarse jamás. La tragedia de la necesidad, en su dimensión colectiva, les mantenía amarrados de cuerpo y alma a la estrechez. Alguna vez creyeron despertar, dejaron escapar un alarido de desquite y no tardaron en enmudecer. Eso fue la «fiebre». Aún estaba lejana la hora de la redención, aún deberían seguir a la intemperie, seguir vendiéndose a los administradores del Gran Puerto o del mercurio; a los propietarios y a los despechados señores de la vega que ya les advirtieron, al ver mermado su dominio sobre los siervos, que no osasen regresar a las tierras que abandonaban. Aquel mundo que imponía una vida resuelta en miserias, obligando al éxodo, les repudiaría, ahora que el éxodo había acabado. ¿Dónde encontrar trabajo? ¿De qué comer y dar de comer a los que tras ellos iban?

La fantasmal y descolorida humanidad marchó con la cabeza baja, como el que nada pide, nada espera.

Había acabado la guerra. Otra guerra, aún más terrible, comenzaba para aquellos seres que se fueron despedidos por los canes vagabundos, por aquellos perros que después se entretendrían en hurgar en los huesos de los que en el Valle quedaron para

siempre, víctimas del carbón.

Se iban y la gente les escuchó entonar canciones de guerra social que muchos de ellos jamás habían oído antes.

Sobre ellos flotaba esa soledad angustiosa de las noches sin luna.

Las aves nocturnas, planeando sobre las vísceras de las minas abandonadas, parecían participar de aquella maldición.

* * *

Aquellas masas descorazonadas podían encontrar en cualquier rincón del camino un hombre, que, espatarrado a lomos de un burro viejo y andarín, les vería pasar asombrado y temeroso. Era Pedro, en una de sus esporádicas salidas de aquel mundo agazapado en la tradición. Pedro, un labriego olvidado por unas horas del señor feudal y la falsa paz de los campos.

Por aquellos días caían las fiestas de San Paulino, el patrono de la vega, y Pedro se presentó, como era en él habitual, con dos capones y un garrafón de vino. Siempre montando a «Maestro», no había dejado pasar una festividad sin acudir al lado de su padre. Le parecía que así, acariciando un poco la nostalgia del viejo, pagaba en parte aquella mala acción que ni él ni su Angustias se habían perdonado nunca. Fue cuando, ansiosos de estar una temporada solos, animaron al tío Mañón a trasladarse a la cuenca.

Aquel año venía acompañado de Casimiro, a quien la «Paquirra», que debieron sacrificar al desnucarse, le dejó empeñado para el resto de sus días. El también, creyendo ver en la mina la redención de tantas penurias, se había decidido a abandonar la vega. Según decía, al Tuerto le veríamos aparecer cualquier día por Valhundido.

La presencia del campesino solía reunir en torno a la mesa de Felisandro, nunca se olvidaba de invitarme, a sus antiguos compañeros de surco Juanito Juan y Casiano, quienes venían acompañados de sus mujeres. En gigante, ascendido a entibador hacía mucho tiempo, se había casado con la hermosa «Búffalo Bill», convirtiéndose en un padrazo. Tenían tres hijos y no tardaría en llegar uno más, por lo que la casita que alquilaron, cerca de la de Juanito Juan, comenzaba a resultar insuficiente.

Juanito Juan, al que me unía un gran afecto nacido aquel día que en los barracones descubrí su extraordinario parecido con mi padre, también había sido llevado al altar por Dominica, una medio prima de la vega baja. Se conocían de años atrás y un buen día la escribió diciéndola que al fin tenía con que hablarla en serio y que

contestase en seguida. Al mes siguiente se unieron, yo hice de padrino de boda, y hasta la fecha sólo tenían un Juanito Juan, rubio como un nórdico. Venciendo la repugnancia que le causaban las rampas y sobreguías, había pedido empuñar el martillo y ya llevaba tres años de picador. Era un oficio peligroso y agotador, aunque mejor remunerado.

En un religioso silencio, que únicamente el viejo campesino tenía derecho a romper, comíamos vituallas traídas de la vega. A los postres, echando mano de unas extrañas plegarias, el tío Mañón daba gracias a Dios por habernos concedido aquellos momentos de paz.

—Señor, —levantando los ojos hacia el techo, apoyaba los dedos sobre la mesa con tal dulzura que hasta ellos parecían tomar parle en la oración—, Señor, ya que nos pusiste en este Valle de sombras y de muerte, no nos abandones y ayúdanos a combatir las tentaciones del Maligno. Él es fuerte, Tú lo sabes, pero con el cayado de tu misericordia recorreremos la senda del bien. ¡Ayúdanos, Señor! Padre nuestro que estás en los cielos…

Una gran fe latía en las palabras de aquel campesino. Mucha más que en las de Casiano y Juanito Juan. Y hasta en las de Felisandro, ya a medias enterrada en las tinieblas de la mina; y en las otras, más opacas aún, de la rebeldía o indiferencia espiritual.

—Y ahora te pedimos, Señor, por los navegantes de tierra y del mar, porque todos somos caminantes, Señor, que vamos de la cuna al sepulcro. En especial te pedimos, Señor, por los que tienen que atravesar puertos con la nieve hasta la cintura, acosados por la voracidad de los lobos y la crueldad del oso y por los que se embarcan en un frágil leño, teniendo bajo ellos el abismo de los mares. Padre nuestro…

Cuando terminábamos de rogar por andarines y pescadores —inexplicablemente el tío Mañón se olvidaba siempre de pedir por los mineros—, el anciano impartía la bendición y, como liberados de una opresión, comenzábamos a charlar todos a un tiempo. Luego el viejo campesino pedía silencio para que Pedro, como en años anteriores, nos pusiese al corriente de lo ocurrido en la vega. El forastero narraba acontecimientos que el anciano oía atentamente, como si se tratasen de problemas vitales.

—Pues este año San Paulino también falló…

—¿Salió el sol bailando por la mañana? —le interrumpió su padre apenas comenzó a hablar.

—Sí. Y las mujeres fueron descalzas a la ermita y luego cosieron ante el altar para ayudar a los infieles. Y al alba pusimos fresno a

las casas para librarlas de los rayos. ¿Aquí no hay peligro, padre?

—Ya pensamos en ello. Creemos que Dios nos seguirá ayudando. Mira —señaló un extremo de la cocina—. Con eso, el «látigo» se detiene.

Sobre una repisa había un hacha con el filo hacia arriba.

—Así está bien, padre. Pues… estas fiestas fue el hijo del Tuerto el que estuvo andando sobre las brasas. No se quemó los pies y la Virgen sonreía. La estamos pidiendo a ver si manda lluvia.

—Lo que tenéis que hacer es un canal —opinó Casiano sin atreverse a alzar la voz—. Si no, ahora le pedís agua y luego tenéis que volverla a «sacar» para que deje de inundar los campos.

—¿Ya os entendisteis con San Paulino? —siguió preguntando el tío Mañón, después de lanzar una mirada reprobatoria al gigante.

—No, le metimos durante una semana una sardina salada en la boca, pero nada. Luego le tiramos a la acequia… la lluvia no llega.

—¿Le limpiasteis bien el barro?

—Sí, padre. Ya está otra vez en el altar. Pero aún le tenemos cara a la pared.

El tío Mañón asentía grave.

—A lo mejor se compadece —opinó al fin.

—La tía Acertona anda queriéndole meter mal de ojo, pero el pueblo dice que esto no debe hacerse. Ni chamuscarle tampoco, ni darle de brujas.

—¡Claro que no! —intervino la mujer de Felisandro—. Lo que tenéis que hacer es ir de rodillas a besar las manos de los ancianos. A lo mejor así se conmueve el santo. Ya sabes que nos quiere bien.

—Sí, ya sabemos, aunque a veces… Si quisiera echamos una mano el Acogido…

—¡Ese ya no es quien era! aseguró el viejo, ladeando la cabeza.

—No diga eso, padre. Ayer mismo apagó un fuego de tres resoplidos y se tiró de lo alto de una casa sin hacerse daño. Si lo hace una vaca, se desnuca. Además, curó las heridas que le hicieron al Mariano en una gresca. Ya le vi chuparle la sangre siete veces y quedó como antes.

—¡Claro! —insistió Juana— Padre ya no se acuerda de cuando le curó la rabia al Domingo, soplándole en los ojos.

—Yo creo que debéis rezar a San Paulino y no hacer caso del Acogido —siguió el tío Mañón es sus trece—. Los santos siempre son más fuertes.

—Tiene razón —concedió Pedro— pero para mí me digo que anda enfadado con el pueblo. Y yo creo que esto viene desde el Miércoles de Ceniza que se metieron a palos delante de él.

—¿En la iglesia? —se sobresaltó el viejo.

—Sí, delante de él. Vino el señorito Manuel a comprar unas mulas de labranza y se puso el primero en la iglesia. El señorito Andrés dijo que aquel era su sitio y empujón para aquí, empujón para allá, hasta que se cayeron al suelo peleando. Eso no está bien, padre.

—No debes contar estas cosas delante de Casiano, ¿oyes Pedro?

—Sí, padre.

—Se ha vuelto muy descreído y se reirá… sabe Dios ¡hasta de San Paulino! —El viejo hablaba como si el gigante estuviese ausente.

—¿Sabes, Pedro, que mi Felisandro está dejando de ir a misa? —intervino Juana en igual tono—. Si no fuera por el tío Mañón, no pisaría el atrio.

—Esos que se ponen en primera fila son gentes maldecidas —refunfuñó Casiano—. Llenan los templos de oro y plata que no sirve para nada y a sus peones los matan de hambre. Es gente maldecida, Juana —repitió—, ¡y no se puede vivir cerca del diablo!

—A veces voy, Juana —pareció despertar el barrenista—. La mina cansa mucho. Y cada día —confesó al fin— me es más difícil dar gracias a Dios por nada.

—¡Sí, hombre, porque te permite ir a «El Oasis»! —exclamó mordaz su mujer.

El campesino callaba; callamos todos, excepto el tío Mañón, Pedro y Juana. Eran dos mundos tan distintos los que se congregaban en torno a los capones y la garrafa de vino que traía el labriego para las fiestas de San Paulino, que, aun respetándose mutuamente, parecían irreconciliables.

Hasta el pasivo Felisandro empezaba a comprenderlo.

* * *

Felisandro hacía mucho tiempo que se quejaba de los pulmones. Aquellos diez años de sílice fueron bastantes para agotar su menguada fortaleza, afligiéndole hasta el extremo de volverle indiferente a todos los sobresaltos y tragedias que danzaban en aquel hosco mundo en el que había caído. Sombrío siempre, dejaba que su vida fuese consumiéndose en una mezcla de grito y penumbra, de amor y algo de risa. El pelo cano y los hombros torcidos; las manos hundidas en los bolsillos; la barba crecida y los ojos nublados por la melancolía. Ya pegada a sus huesos la neblina de la cuenca, la vega amenazaba perderse, convertida en un

recuerdo más. Contra este olvido intentaba defenderse, mantenido por la esperanza, que él comprendía ilusoria, de marcharse lejos, de regresar a la tierra donde compraría una huerta y encontraría alivio. Como en un peregrinaje sentimental, solía ir en busca de otros como él. Arrimados al fuego, viendo cocer unas patatas, o ante la tierra negra y martirizada, hablaban de surcos y siegas, de fanegas y lluvias; de las colas que hacían ante la casa del administrador y el pan duro que comían cuando el ocio arreciaba. Hablaban sin prisa, mansamente. Y así evocaban los días terminados, los acercaban, sintiendo esa honda emoción de volver a pensar en el pasado, de volver a ser joven y recordar las gentes que murieron cuando ellos salían a la vida. Embargado por la nostalgia de las cosas idas, clavando en las llamas chisporroteantes unos ojos en los que, aunque él lo ignorase, estaban aún grabados los terrores de la mina, Felisandro aproximaba paisajes lejanos, otros lugares en los que el sol apretaba sobre los arados y las viñas, sobre un pueblo chiquito y ocre donde a veces se podía engordar un cerdo: la vida de «allí»… También, la sementera y la siega, para luego esperar la desocupación… En aquellos largos silencios, la imaginación le permitía vagar por los campos y recorrer, bajo un cielo bello y azul, las espigas abandonadas. Y mirar a un río que partía tierras y separaba los árboles que él plantó. A Felisandro le reconfortaba la cantinela inútil de los recuerdos. Ellos le alejaban de la fosa, de aquel fluido blando y pegajoso que asfixiaba, de un aire inflamándose cuando más descuidados estaban; de aquella sepultura sobre la que se aplastaba la inacabable noche subterránea, capaz, según él, de cambiar el cerebro y hasta el alma de los hombres.

Todo aquello seguiría pesando siempre en su ánimo como una maldición que no mereció.

Los tiempos de la «fiebre» le habían permitido vestir con mejores trapos a Juana y a su Selva. También el tío Mañón tenía ahora un buen traje de pana, que se lo ponía los domingos para bajar a la iglesia. Hasta pudo comprar media docena de cabras a su hermano Pedro, quien todos los años venía a visitarles para regresar con el corazón detenido por el asombro.

Durante una corta temporada, al término de la contienda, Felisandro pensó abandonar la cuenca, no lo hizo y la ocasión pasó. Bien es verdad que desde su casa contemplaba unos pinares y que la consiguió tan aislada que hasta poseía un pequeño huerto. Criaba un cerdo por año y mandó traer a «Resoplío», deseoso de ahorrarse un recuerdo más. El burro ya estaba viejo, si bien aún servía para pasear al tío Mañón, gozar él aparejándolo sin prisa y llevarle al

Pozo. Felisandro era consciente de que el tiempo, mitigando en forma asombrosa su nostalgia y sus miedos, había dejado paso a una manera de vivir en la que los días transcurrían grises e iguales, sumergiéndole en una desmoralización que, por lo repetida, ya no dañaba. También cesaron las eternas preguntas sobre la miseria y un jornal que no llegaba. Mal que bien, era preciso reconocerlo, se cobraba cada sábado, se ganaba la peseta todos los días. Aunque fuese a costa de la salud, de aquella sangre que escupía de cuando en cuando, de un cansancio de «dentro», espiritual, que al principio le asustó y terminó por desaparecer porque el agobio, físico y sin consecuencias, borró toda otra sensación. El opio atontador de las tinieblas, en las que pasaba doce y catorce horas; el poder referirse sin emoción a sus compañeros muertos; tantos entierros a los que asistió, tanta resignación ante el olvido de los paisajes abiertos, habían puesto miedo en su alma, luego indiferencia, endureciéndole. Sin embargo, aquella conformidad se rompía a veces en un sofocado grito:

—¡La vida está llena de mierda y de llamadas inocentes!

Aún sentía atisbos de repulsión hacia aquel mundo sombrío que escondía tanta miseria, disimulada bajo unas bromas en la taberna y el amor a los suyos. Se asombraba de que su esfuerzo, las necesidades tan difícilmente superadas, no tuviesen fin; no sirviesen, cuando los brazos ya fuesen incapaces de manejar el martillo, para ofrecerle, al menos, una vejez decorosa.

—Se trabaja, se sufre, ¿para qué? Luego la muerte…

Felisandro había olvidado el catecismo y hasta las oraciones de la vega. Una vez que le dio por rezar, debió preguntar al tío Mañón cómo seguía el Credo. Se atascaba en aquello de «Está sentado a la diestra de Dios Padre…» Felisandro, en cuyo corazón aquellos diez años de mina pusieron mucha penumbra, guardaba un secreto horror hacia su enfermedad: la silicosis. Ella terminaba de ensombrecer su espíritu.

—Lo peor es que morimos con todas las «luces».

Y hablaba en voz baja, como agónica, de uno que se había hecho el «harakiki» con un cuchillo de cocina; y de otros, que vivían gracias a que su mujer cortó la cuerda varias veces, también con un cuchillo de cocina. Las noches, en los momentos en que la dolencia arreciaba, suponían un tormento. Se levantaba angustiado y angustiaba a la familia. Había días que bajaba a la mina destrozado física y moralmente. Presa de un doloroso presentimiento, aseguraba que el polvo almacenado en sus pulmones pronto le impediría respirar. Las toses de los retirados, caídos en las cunetas,

así se lo confirmaba.

Felisandro se acordaba del minero Tomás y su saludable destierro. Velando secretamente por la felicidad de su hija, se negaba a volver a la vega. Y hasta se rebelaba contra el tío Mañón cuando éste le repetía que los huesos eran ramas de un árbol que debían reposar junto al tronco. Mirando al cielo, parecía reprocharle por permitir que el precepto del Génesis se desplomase con tal saña sobre sus encorvadas espaldas.

Guardaba cama un par de días. Pasada la crisis, el excampesino volvía a la mina. Con sus raídos pantalones de pana y los bolsillos repletos de pañuelos, sucios de sangre seca, de cartuchos de dinamita y algunas manzanas, silencioso y agachado, el barrenista parecía el hombre más desilusionado del mundo.

El tío Mañón le veía partir cada mañana. Le temblaban los labios al despedirle.

Y nadie sabía si rezaba o estaba maldiciendo.

* * *

Aquella frase de «La vida está llena de mierda y de llamadas inocentes», pertenecía al tío Mañón, quien, siguiendo con la mirada a los hombres que se dirigían a las fosas, recorriendo la geografía seca y hostil del Valle, se arrepentía mil veces de haber permitido aquella aventura que siempre adivinó funesta. Se pasaba las horas orando, iluminados los ojos, creyéndose quizá capaz, ¡él sólo!, de salvar al mundo. Desde la puerta de su casa, aletargado, como un viejo consciente a la espera de la muerte, rezaba y rezaba, ya perdido el último indicio de rebeldía.

Unos meses antes había mostrado interés por saber el funcionamiento de la dinamita y le pidió a su hijo que se agenciase una caja de cartuchos y un trozo de mecha.

—Cuando volvamos a la vega y compremos un cacho de terreno, haremos los desmontes con más rapidez, ¿no eres de mi ver?

Un día el castillete del Pozo apareció cojo. La carga de barrenos, explotando bajo sus puntales, hizo temblar la enorme pirámide. Aquella «mano criminal» de que hablaba la Empresa, no fue otra que la arrugada y temblorosa del tío Mañón. De esto sólo estaba al tanto el señor Marcos quien, ante la revelación, no supo reaccionar de otra manera que riendo un poco alelado, como si las maquinaciones del campesino le ofreciesen soluciones en las que nunca pensó.

—¡Le di un taponazo que casi lo traspongo!

—¿Y cómo se animó a enredar en la dinamita?

—El odio da mucha prestancia. Y el peligro tiene que meter ruido, si no, esa bestia que es el hombre, no despierta. ¡Meter ahí niños de doce años!

—¡No sé cómo pudo hacerlo!

—Pues… aunque era de noche, iba andando como una lagartija tomando el sol. Me senté al lado de una pata del castillete, ¡ji! ¡ji!, los viejos tenemos esas ventajas, que se fían de nosotros… Metí debajo los polvos del diablo y diciéndome: ¡Adiós y que las enfermedades sigan en aumento!, me marché para otro rumbo.

—¿Y nadie le preguntó?, ¿no sospecharon de usted?

—¿De mí? —rió el zorro del tío Mañón—. ¿Quién puede figurarse que yo pueda andar con cosas del demonio? ¡Aquella noche dormí como un santo! ¡ji! ¡ji!

El tío Mañón se había quedado repentinamente serio, fulminando el Pozo con los ojos, abrillantados por el rencor. Luego, por una de esas cosas raras de los viejos, pidió al señor Marcos que le hiciese conocer el interior de una mina. Guiado por el antiguo picador, se aventuró en una galería abandonada y la noche del interior, que la luz de la lámpara poblaba de asustantes imágenes, le acercaron súbitamente historias de fantasmas. Allí estaban los reaparecidos que un día le contó su Felisandro y que ahora acudían, se abalanzaban sobre su cuerpo, doblado por los años. Sin embargo, el tío Mañón logró sobreponerse porque siempre tuvo el corazón fuerte.

—¡Qué tripas!, ¡qué tripas! —repetía asombrado, temblándole los labios.

Ya no moriría sin ver las galerías, las tripas de la tierra, como él decía. Aquello le producía un confuso placer. Pero cuando a su lado rodaron unas piedras y la corriente de aire apagó la lámpara, el miedo le paralizó. Intentó huir y las piernas no le obedecieron. Por primera vez en su vida supo lo que era tener los cabellos erizados. Cuando salieron al exterior, el tío Mañón estaba bañado en sudor. Empezó a hipar, luego las lágrimas humedecieron sus ojos, hostigados por las rijas. Cogiendo un pedazo de carbón, caído junto a los raíles de la maniobra, lo contempló largo rato, moviendo los labios quién sabe en qué rezos, en qué juramentos. Luego se fue a sentar bajo un árbol y sacando del bolsillo un pedazo de pan, comenzó a mordisquearlo. El viejo labriego miraba a la bocamina con rencor personal, con sagrado respeto.

—¿Qué le pareció, tío Mañón? —le preguntó el antiguo picador ruando le vio más tranquilo.

—¡Lombrices!, ¡lombrices! ¡Los hombres son lombrices!

—Las lombrices llevan la vida que gustan. Los hombres la que les imponen. Lo que usted ha visto ha sido el trono de la minería. Tendría que entrar en una rampa vertical, ¡en el Pozo!

—El trono, el trono… Por eso Dios se lleva de aquí tantos hombres. Y otros que se van ellos, colgados de una cuerda o tirándose al Pantano. Cuando pienso que allí en la vega, con un currusco y unas olivas podríamos esperar a que Dios nos llamase…

—Ustedes sí, pero los del Valle… Es amargo abandonar lo que uno conoce. Aunque aquí duelan los pulmones… ¡Es demasiado largo todo! —terminó melancólico.

—Mi Felisandro anda ya con las alas flojas, ¡quiera Dios que la «silique» le deje andar a la escapada!

—¡Vamos, hombre! —intentó bromear el Patriarca—. Ya le dijo el médico que apenas tenía unos puntitos.

—Y usted sabía cuando llegué a la cuenca —retrucó seco el campesino— que cuando el doctor habla de primer grado, están en segundo; y si en segundo, ya con un pie en el cementerio. ¿Recuerda o es que mi cabeza desvanece?

—Son cosas que contamos los mineros para darnos importancia. ¿No dicen por ahí que yo veo cada día menos?

—¡Y es verdad! Lo que pasa es que el que no tiene paciencia debe comprarse un traje negro. ¡Usted ya tiene mucha andadura dentro!… ¡Hala, vamos!

Tomando al señor Marcos del brazo, despacio, agachados los dos, se iban hacia «El Oasis». Allí tomaban un vaso de vino, allí seguían comprobando cómo los muchachos se hacían hombres.

El señor Marcos y el tío Mañón… Aquél, intentando llevar derecho el espinazo; éste, agachado, temblándole las manos.

Desde lejos parecían un montón de trapos viejos.

* * *

«El Oasis», que fue ampliado en tiempos de la «fiebre», con la marcha de los obligados aventureros quedó —según expresión de Cubadín— «como el traje del difunto». En aquella cantina estaba escrita una de las más tristes historias del Valle. Rosita, la chiquilla allí puesta por alguna hada buena para alivio de los retirados, se había casado con el Muecas unos meses antes de finalizar la guerra. La luna de miel de los mineros solía durar tres días y «un mes de rabo», al decir del Empalmao. Al Muecas le duró tres semanas exactamente. Un feroz navajazo fue la advertencia. Ocurrió el

percance al intentar poner orden en una de las tantas refriegas que sobresaltaban la taberna, convertida en lugar de cita por aquellos forzados de las minas. Cicatrizada la herida, volvió a la mina para morir sepultado bajo una quiebra. Rosita lloró durante un mes, luego se quitó el luto y aun tuvo tiempo de entregar su cuerpo, a cambio de unos doblones, a algunos de aquellos hombres en los que, a punto ya de desvanecerse la «fiebre» de la hulla, persistía con igual furor la inclinación a la lujuria. Desde entonces, acercándose a ella con unas monedas, fue fácil encontrarla. Hermosa y alegre, su carácter seguía siendo el mismo de cuando hacía felices a los viejos mineros, cuando les amenazaba para, entre risas primaverales y toses de silicosos, meterles a empujones en «El Oasis». Muchos de ellos estaban ya enterrados, los demás definitivamente huérfanos. La «deserción» de Rosita no se la perdonarían mientras viviesen.

Por lo demás, la taberna había recuperado la paz de siempre. Allí estaba Juanón el Zorro, más viejo, más calvo, ya rico. Y el Enterao, leyendo a través de unas gafas nuevas los sucesos del día. Ahora le escuchaba un auditorio más reducido porque la guerra, trayendo la electricidad, permitió que la radio hablara por él. Su misión se limitaba a comentar las noticias de las doce.

El Auténtico, por el milagro del alcohol, seguía vivo y al parecer con pocas ganas de morirse. Un poco triste estaba porque María del Mar ya no iba por allí a narrarle cuentos, entre otras cosas porque tenía novio. Rafalón, el ciego, logró llegar tanteando el camino hasta el Pantano, desde donde decía que, al igual que al difunto Seisdoble, le llamaba el Cauto en las noches de luna nueva.

La gente comprendía aquel suicidio más que ningún otro. Sin la compañía de María del Mar, ¿cómo podría Rafalón seguir viviendo?

* * *

En «El Oasis» seguía armando ruido Cubadín quien, aprovechando la agitación de los años de la «fiebre», cargó a su mujer con dos hijos más. Al igual que Rosita entre las mujeres, él fue la única «deserción» que sufrió el Valle. Cuando abandonó el Pozo, y para dejar bien sentada su categoría de hombre, se hizo amigo de los aventureros del carbón y, colgándose al cinto un enorme pistolón, andaba por la cuenca repitiendo una frase que «prendió» en las cuadrillas:

—«¡Vaya Dios a la cárcel que yo estoy bien aquí!»

Durante una temporada trabajó de «guiero», tarea que debió abandonar cuando ocurrió el accidente que estuvo a punto de

costarle la vida. Fue en una quiebra de la que escapó gracias a que las trabancas caídas le proporcionaron una sólida defensa. A partir de entonces se creció de tal manera, que había que matarle o dejarle por imposible.

—¿Quién quiere morir? —preguntaba provocador.

Claro, nadie quería morir. Se apartaban porque él parecía siempre estar dispuesto a disparar. Al alejarse le oían gritar que había visto matar a muchos por buenos y que a él le matarían por malo. Hasta Vitelón, con el que hizo las paces hacía tiempo, dejó de gastarle bromas. También Repetidor le hablaba con más tiento. Donde él entraba, luciendo, al estilo de los «violentos», un flequillo que le llegaba hasta la nariz, era segura la gresca.

Se le vio acudir de tarde en tarde al antiguo «El Robadero», donde compraba unos comestibles. Con el paquete bajo el brazo andaba recorriendo las tabernas del pueblo y echando siestas fenomenales sobre las mesas o tirado en las cunetas. Generalmente se refugiaba, aunque nadie podía asegurarlo, en una de las cuevas abandonadas por los hombres de la «fiebre». A veces le encontraban en el cementerio, sentado sobre la tumba del Roxo, a quien «ofrecía» un trago. Luego comenzaba a tocar la armónica, a contarle al muerto chismes del pueblo en los que, lógicamente, él salía siempre bien parado.

Estas eran cosas pasadas. Marcharon los forasteros y al verse solo volvió a sus viejas amistades. Una de ellas era el Fiebres, que ocupaba ahora en el trío el puesto de Vitelón. Se había casado con la Caricias quien, en contra de toda suposición, se mantuvo leal en los tiempos difíciles. Algunas mujeres comenzaban a mirarla con simpatía, preguntándose por qué habiendo en la cuenca tantos «machos» a los que no les faltaba un ojo y la llevarían más arreglada, seguía con el minero tuerto y borrachín. Repetidor aseguraba que aquella fidelidad se debía a sus buenos oficios. Hasta parecía ser que un día, según Cubadín, intentó «cobrárselo en carnes».

Repetidor, argumentando que «las amorosidades carentes de suspensión económica me impresionan correctamente», no había aumentado la familia. Por la cuenca corría el rumor de que la bruja Mogotes, que se sentía maravillada ante el extravagante lenguaje del señalero, fue quien le proporcionó un «filtro» para evitar la descendencia.

Hubo una época en la que para la vieja hechicera también corrieron malos vientos, obligándola a desaparecer de la cuenca por una larga temporada. Aquello se debió a que una mañana apareció

por las calles del pueblo un perro, el mismo que mató a «Vagabundo», llevando cogido del brazo a un recién nacido. La verdad era que, como bien reconocía el señalero, la madre dio a luz y para enterrar al pequeño no necesitaban de la embaucadora. Cuando se descubrió que la infanticida, o quien la ayudase, tenía quince años, y que enterraron al niño a tan poca profundidad que un perro pudo olfatearlo y sacarlo a la superficie, un clamor de indignación sacudió el Valle.

La bruja fue absuelta. Al día siguiente desaparecía sigilosamente del Valle una rezagada familia de campesinos-mineros. Ellos sentían ya sobre su vida demasiadas tragedias para responsabilizarse con una más.

* * *

Los tiempos de la «fiebre» siguieron amontonando sílice en los un día potentes pulmones de Gago. Ávido siempre de trabajar y servir a la causa de la minería, su entusiasmo se veía contrarrestado por el fatalismo, por la enfermedad que, como una buena compañera, le iba acercando lentamente a la tumba. Llevaba escrita su suerte en los ojos, y en los momentos de desesperanza decía a los amigos que no tardaríamos en poner una vela en su cabecera. Hasta la voz se le había debilitado, apagado ya hacía mucho tiempo el color de su piel. Hablaba en frases breves, entrecortado el aliento. Rosalía, su mujer, cada día más gorda y colorada, como si fuese apropiándose de la vida que perdía su marido, no sabía a que recurrir para levantarle el espíritu. Lloraba y se lamentaba de su incapacidad para haberle dado otro descendiente que supliese a su Rosa, muerta en los tiempos del Alarido.

Gago iba en busca de Angelón, como si ahora le agradase oír lo que años antes llamaba «barbaridades idealistas» o simplemente barbaridades. Angelón, machaconamente, seguía intentando convencerle de que sólo el fuego podría regenerar el mundo. Luego, ante el silencio del barrenista, pasaba al tema religioso, vieja obsesión del anarquista. Solía comenzar con sus ironías habituales:

—No está bien tratar así a los cristianos ¿eh, Gago?

El dinamitero, dejando vagar la mirada por los cielos, continuaba callado. Luego, como un pájaro errante y cansado de moverse en el mundo de las alturas, bajaba los ojos hacia la llama del Carmelón, más aún, al suelo. Gago sufría un nuevo acceso de tos.

—No sé cómo creyendo en tantas cosas, te sientes tan mal —

bromeaba, amargado, el anarquista—. ¿Por qué no dices a «tu» Cristo que te eche una mano? Tu sobrino cura podría servirte de intermediario.

—Cristo también es tuyo, Angelón —contraatacaba con suavidad el silicoso—. Es de todos.

—Podrá ser —concedía de mala gana— pero de otra manera. Un hombre como nosotros, aunque más decente. Si fuese Hijo de Dios no tendría derecho a pedirnos que siguiésemos su ejemplo. ¡Así es fácil!

—Le das muchas vueltas al magín, Angelón.

—Qué quieres, ¿que haga lo que esos curas que se lían a decir cosas tan difíciles que ni ellos mismos las entienden?

—Por creerlas no te vas a sentir peor…

—Aún recuerdo una vez que entré en la iglesia. Allá dentro, con tantas velas y silencio, creí que la religión era algo importante. Pero cuando oí que hablaban de resignación y me acordé de que en la aldea la gente estaba muriéndose de hambre y de frío, me pareció una humorada con mala uva. Más serio que la religión es la justicia, Gago.

—Las dos cosas son necesarias. Significan casi lo mismo.

—No creas. El mundo lleva rezando siglos y cada vez está peor. ¡Con quince días de verdadera justicia quedaría todo listo! Y no cabría que los don Magnifico y sus mandones pudiesen compaginar un palco en la iglesia con las culpas que tienen sobre la conciencia.

—Esos no son cristianos —habló Gago sin ganas.

—Ya lo sé. ¡Son «míseros»! Van a misa como por la tarde se cuelan en el casino a jugar una partida de «briguide», que dicen ellos. Y los curas no croan ni pío, así que algo deben traerse entre manos. ¡Ji!, ¡ji!, los curas… Hasta que no echen de los primeros bancos a los «ocultos», que no cuenten conmigo. Yo, con que cuando me entierren la gente diga que fui un buen minero, tengo bastante.

—Y que cumpliste con los Mandamientos. ¡Los Mandamientos, Angelón! Escucha…

Angelón, que entró en la mina a los ocho años y logró sobrevivir al tiempo y a sus deseos de ahorcarse, asentía distraído a todo lo que Gago le decía. Cuando el barrenista callaba, el anarquista tomaba la palabra. Según él, sólo había una justicia, a la que se llegaría después de haber prendido fuego a la sociedad actual. Él puso demasiadas ilusiones en los hombres; él, por amor a ellos, intentó asustar a los ricos, espantarles para que en su huida dejasen algo para los desheredados. Todo aquello, ya vencido por los

desengaños, podía resumirse en: ¡Yo no creo en nada!

—Ahora vendrá la muerte —decía sarcástico—. Si por lo menos me hiciese caso la Virgen de los Amparados, que es la que cuida de los ricos…

Había en su acento, ahora que los años le quemaron definitivamente las alas, algo de amarga impotencia, de extrañamente patético, a punto ya de perder la camaradería con los mineros, a los que tachaba de pasivos, cuando no de cobardes. Miraba a las gentes con sus ojos hundidos y soltaba disparates insultantes con palabra torpe, reflejo de un cerebro que empezaba a ser defectuoso. Algún ¡buena suerte! salía trabajosamente de sus labios al cruzarse con los hombres que se dirigían hacia la fosa.

Aquel viejo vengador universal se había acercado una vez al Pantano, cuando supo lo de Rafalón, y nadie podía decir, aunque escapaba a refugiarse en lugares donde no podrían encontrarle, que le volvieron a ver por allí. Obligado por los padecimientos, que le impedían conciliar el sueño, pasaba largas horas, a veces la noche entera, frente al Carmelón. Era en la llamarada donde él veía el símbolo de todos sus anhelos. Frente a la hoguera, que ponía en su rostro reflejos sangrientos, y acompañado de Nicasio y varios «discípulos» más, parecía sentirse bien, como dispuesto a esperar eternamente la hecatombe de «esos hombrecillos colorados y rechonchos, y más bien bribones, que buenas lenguas llaman burgueses». Así se expresaba el hombre más defraudado del Valle.

A veces iban también por allí, le acompañaban otros supervivientes de aquel grupo de hombres que mi padre solía encontrar en las mañanas domingueras tirados en la cuneta. Algunos no tocaban otro tema que no versase sobre lo cara que estaba poniéndose la comida. Por lo demás, como era costumbre en los atacados de agobio, continuaban diciendo con la cabeza a todo que «sí».

—Quiero morir en la cama —se despedían con un murmullo.

Esto lo habían aprendido del tío Libros, que expiró rodeado de los suyos.

—Como haya tenido que «empaparse» los Credos, él, que nunca supo leer…

Angelón seguía con sus cosas.

* * *

Vitelón fue a uno de los que la «fiebre» transformó en mayor medida. Se había unido a Marucha, la vendedora de naranjas, con

quien estableció relaciones formales el día de su victoria sobre el Ciclón de Anoeta. Una de las condiciones que puso la muchacha para casarse con el picador, del que opinaba que era un toro sin desbravar, fue que hiciese desaparecer a la Remolque. Conseguido esto, marcharon al registro y poco después nacía el primer hijo. El tiempo trajo tres más, a cual más bruto, según pavoneaba el gigante. El mayor, Vite, —el estallido de un fulminante que su padre escondió en una lámpara de carburo le había deformado el rostro— iba para los cinco años pero ya andaba a trompicones con muchachos que le doblaban la edad. «José María come como un buey y mea como dos» —seguía galleando el picador. Esmeralda tenía un año y medio pero el minero ya presumía de que iba a salir tan valiente como «Búffalo Bill». La pequeña Marucha, estaba aún en pañales. Era curioso ver aquella masita de carne osando parecerse tal fielmente al gigante.

La gente del Valle no terminaba de acostumbrarse a un Vitelón cambiando a la pequeña los trapitos húmedos; bañándola con aquellas manazas deformadas por el trabajo y surcadas por las manchas azules de tantas cicatrices. Se extasiaban viéndole espolvorear el talco en el culito de la pequeña, arrullar la enclenque cuna que, a cada empellón del forzudo, parecía a punto de destrozarse. Si la cría levantaba el puñito cerrado y reía a carcajadas, porque el minero se aprestaba a la defensa, Vitelón era el hombre más feliz del Valle. Cuando lloriqueaba, llenándosela de babas la boquita, el minero la tomaba entre sus brazos y Marucha debía acudir corriendo, temerosa de que en un descuido la asfixiase.

A la salida del tajo, Vitelón solía sentarse a la puerta de su casa, materialmente inundado de hijos que le colgaban por los hombros y las rodillas. Uno pedía, otro lloraba, un tercero gritaba. Él, impasible, seguía meciendo la cuna mientras la madre preparaba la comida o zurcía calcetines.

Tan cambiado estaba, que Petrarca, a quien aquella transformación le producía verdadero asombro, se ofreció a hacerle gratis un nuevo «retrato» que sustituyese al que tenía el gigante colgado tras de la puerta y que decía así: «Alto, corpulento; cabellos rubios, tez blanca; ojos azules y pacíficos, inyectados, como los de un tigre en celo, cuando es hostigado…»

Ahora Petrarca, con su letra firme y menuda, hizo un «retrato» muy diferente que empezaba de esta manera:

«Fuerte y tranquilo, refleja en sus ojos esa grave serenidad del hombre responsable. Rodeado de sus hijos, parece una roca hecha carne para mejor defender y conducir las pequeñas vidas

desprendidas de la suya…»

Vitelón, al que nadie había logrado arrebatar el cetro de mejor picador de la cuenca, era raro verle ahora por «El Oasis». Trabajaba muchas horas y el tiempo disponible lo dedicaba a la construcción de la nueva casa, ya que la que ocupaba, al igual que le ocurría a Casiano, iba quedándose estrecha. Sus expansiones se limitaban a frecuentar el humilde barracón, añadido a la Casa del Minero, inaugurada poco después de terminada la guerra, donde bebía unos vasos y jugaba una partida de mus. Si se trataba de dirimir algún asunto importante, se sentaba al lado del señor Marcos y allí quedaba como un fiel y mudo soldado.

* * *

Los tiempos de la «fiebre» no alteraron en lo más mínimo la forma de ser de Antón, convertido en un perfecto padre de familia a cuya sombra vivían ya media docena de chicos. Meticuloso y serio, tanto en la mina como fuera de ella, era llamado cariñosamente el «burgués». Durante la guerra continuó trabajando en el Pozo; a su terminación, y empujado por la Compañía, que no parecía dispuesta a olvidar las licencias permitidas durante la contienda, se había manifestado como un sereno y decidido luchador social. Nombrado administrativo de la Casa del Minero, a la salida de la fosa se ocupaba de ordenar las reclamaciones y propuestas decididas por la Comisión, actividad a la que la Empresa replicaba haciendo uso de todas las artimañas imaginables. Entre ellas figuraba la de solicitar de las autoridades que tomasen parte en el litigio, no dudando en algunos casos en apelar a la jurisdicción militar. Esta, obligando a los picadores en edad de servir a reanudar el trabajo, so pena de enviarlos a África, daba al traste con más de una huelga. Un centenar de hombres, al mando de vigilantes y capataces, eran suficientes para el entretenimiento de las minas. Así la Sociedad podía resistir los plantes, esperar a que la minería, acosada por el hambre, se rindiese.

En las épocas de calma, mi antiguo picador se preocupaba de ir mejorando las instalaciones y los servicios de la Sede. En lo relacionado con la balbuceante biblioteca; libros y diarios llegados de todo el país y alguno de Francia, correspondencia y archivo, era secundado por la Borrica, ya afincada definitivamente en el lugar.

Encariñada con el Valle, y sepultado su marido por un derrumbe, rogó al viejo Kamiluopulos que la permitiera quedarse junto a la tumba de su Pablo. Ya alejada la tribu, que regreso a

Sicilia, la hija del cacique heleno entró a formar parte de la gente de Valhundido. Sofía, la Borrica, era respetada por la cuenca entera.

Sobre Antón y la Borrica descansaba la parte burocrática de aquella lucha, sorda o no, que el Patriarca y el hombre de la voz cascada dirigían. Junto a ellos estaba yo, nombrado secretario gremial del Sindicato, de un proyecto que, una vez convertido en eficiente realidad, llegaría a producir muchos quebraderos de cabeza a la Empresa. Tantos como satisfacciones a la minería.

* * *

Las mejillas secas, la mirada corta, el señor Marcos avanzaba trabajosamente camino de la Casa del Minero. Iba apoyado en mi brazo, hasta espiritualmente se diría que descansaba en mí, ya muerto su hijo Félix. La espalda doblada, sin brillo en los ojos, hundidos en un rostro arrugado. Dominado por la serenidad que le comunicaba la semiceguera producida por el desprendimiento de retina, la fisonomía del viejo picador ofrecía un aspecto venerable, más paternal aún que cuando a alguien se le ocurrió llamarle Patriarca, hacía de esto muchos años. La muerte de su Félix, el único hijo soltero, parecía haberle dejado desamparado, pesarle demasiado las desgracias propias y del prójimo. De tal estado de ánimo, éramos contados los que nos hallábamos al corriente. Él procuraba ocultarlo y en su esfuerzo llegaba hasta a alzar la voz, cosa que jamás se había permitido. Hubo una época, los años de la guerra, en la que con la vista parecía írsele escapando lentamente su fe en una victoria por la que llevaba bregando desde que tenía diez y ocho años; desvanecerse aquella rebeldía, pura y generosa, con la que intentaba traer la justicia al mundo minero. Yo le recordaba, junto al tío Mañón, dejándose llevar por esa extraña felicidad de los débiles alejados de las durezas de la vida. Al lado del campesino, repasando con paciencia infinita la realidad humana, agigantada por los hechos de la «fiebre», parecía perderse en un futuro en el que el triunfo se ofrecía lejanísimo y problemático, obstaculizado por la insolidaridad de los hombres. La melancolía, y hasta la renuncia, llegaban en determinados momentos a apoderarse de él. Felizmente, pocos meses después de terminado el conflicto, alentado por nosotros, el señor Marcos volvió a ser el indulgente conductor que Valhundido conocía, el árbitro de los mineros enfrentados por alguna distribución de jornales a destajo; volvió a presidir las reuniones gremiales…

Así fue como el Valle, que sin su activa presencia quedaría tan

desamparado como quedó él cuando la mina le arrebató a su hijo Félix, recuperó al hombre de que más necesitado se encontraba.

No pasaba un mes sin que se enfrentasen los intereses patronales y obreros; sin que, con una nueva huelga, intentásemos, casi siempre sin éxito, oponernos a los caprichosos, o algo peor, dictados de la Empresa.

Nadie concebía tan continuada lucha si no era bajo la mirada atenta del Patriarca. Y menos aún nosotros, los que formábamos parte de la Comisión que él presidía; los que el destino quiso que nos pusiéramos al frente de aquella masa minera embrutecida por el trabajo, el alcohol y la incultura.

* * *

La fragua estaba situada a un centenar de metros de la maniobra del Pozo. Un yunque y dos herreros. Golpes sobre el hierro al rojo vivo y mangueras, cubetas repletas de agua, aceite; palancas y tubos. El hogar, en un extremo, chisporroteando alegre, como consciente de que jamás habría de faltarle sustento. Allí se afilaban y forjaban barrenas y se templaban los suplementos de las guiaderas de la jaula. El suelo aparecía cubierto de varillas, tomillos y latones.

Los domingos por la mañana nos reuníamos allí los hombres del «trapecio». Mientras nos proveíamos de mazas, cascos, sogas y llaves, alguien cantaba; otros gastaban bromas al aprendiz.

—Tú vas colgado de la jaula, como una plomada. Si ves que se desvía el armatoste, avisas. Con que marques el rumbo, es bastante. ¿Tienes vértigo?

—¿Qué es eso?

—No sé, algo que da. Bueno, a ti te atamos boca abajo y lo demás vendrá solo. ¡Como a Tinín! —se dirigía a mí— que le ponen el «cerrojo» dentro de una semana.

—¿Y si se rompe la cuerda y me caigo al Pozo? —seguía preguntando el chico.

—¡Ah! eso es cosa tuya. ¿No dices que tienes que ganar para tu madre?

—Me parece que los que vamos a tener que ganar vamos a ser nosotros —habló serio Nicasio, el «alumno» de Angelón—. Veremos que pasa mañana… Si no entra gente en la mina, la cosa irá bien.

—¡Bah! —bromeó uno de los herreros, entregándonos unos suplementos— Por lo pronto esta tarde vienen los «volatineros» y ya veréis como arreglan todo con su politiquería. ¡Mañana el diablo dirá!

—Mañana no entraremos en la mina —repetí lo que llevaba diciendo en la Casa del Minero desde una semana antes—. Si lo hacemos, no levantaremos cabeza en mucho tiempo. En esta huelga medimos nuestras fuerzas y el que caiga, cae de verdad.

—¡Claro que sí! —me secundó Nicasio, echándose al hombro la maza y dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Todos los días despiden gente como quien se sacude moscas!

—Por ahí dicen que si no entramos —temió un tubero yendo tras él— nos entrarán por la fuerza.

—¡A ti te entrarán! —exclamé malhumorado—. Y si hay muchos que piensen como tú, la Empresa se comprará un capote y nos dará pases de pecho hasta cansarse.

Nos encaminábamos hacia el castillete.

—Pues tú estás peor —Nicasio se dirigió a mí— A los militarizados en seguida os ponen bien agarraditos y a marcar el paso. ¡Y eso si no os dan un fusil para que lo manchéis con sangre de moro!

—Me harán marcar el paso y me darán un fusil, pero la huelga será total —dije convencido—. En ello va la vida del Sindicato y tenemos que triunfar pese a quien pese. ¡Dónde se ha visto que nos impidan agruparnos! ¿Qué defensa tenemos entonces? ¡Cerrar el pico y aguantar!

—Bueno, tú como eres hijo de viuda te librarás de cualquier manera —dejó caer un carpintero.

—Yo me olvido de eso. Si por una huelga le meten a alguno en el Batallón, ¡yo iré detrás!

—¡Ay, qué bello Pozo! —bromeó uno de los del «trapecio» cortando el diálogo, detenidos ya ante el castillete—. ¡Y pensar que dentro está cochinamente negro!

—¡Cómo Don Magnífico! —rió Nicasio, dejando sobre el suelo del amaine dos útiles del trabajo—. ¡Bueno! hablemos de otra cosa… ¡al tajo!

Después de colocarnos las capuchas, era mucha el agua que, filtrándose por los muros, se desplomaba sobre el fondo de la fosa, nos atamos a la cintura unas cinchas de tres hebillas, semejantes a las usadas con las caballerías. De ellas partía un cabo. Ya subidos sobre el techo de la jaula, lo sujetamos a las cadenas que, formando un cono, iban unidas al cable. En caso de accidente, la soga, manteniéndonos en un abismo de tinieblas de centenares de metros de profundidad, nos salvaría la vida.

—¿Listos?

—¡Listos!

Un tirón del cordel y la campana avisó a la sala de máquinas. El ascensor comenzó a descender lentamente, decímetro a decímetro, para permitimos inspeccionar las guiaderas y el cable; el revestimiento del embudo, la escalerilla de salvamento, tras el protector telón de rejillas; las conducciones del aire y del agua: aquel mundo de cemento y hierros sumido en negruras.

El señalero comunicó con la superficie y el montacargas se detuvo. Habíamos descubierto en el cable unos filamentos sueltos que, de no ser reparados prontamente, y de fallar el mecanismo de seguridad, poco convincente siempre, haría que una jaula llena de hombres se desplomase, destrozándolos contra las paredes, las vigas o la caldera. Otras veces eran las guiaderas, desplazadas por los bandazos, las que necesitaban un reajuste. Aquello era la causa de los tenebrosos ruidos que asustaban a los que por primera vez se aventuraban en el ascensor. Las llaves inglesas aflojaban las tuercas, a mazazos encajábamos los verticales raíles, los suplementábamos y de nuevo a afirmar los tornillos.

En el lento recorrido pasamos ante el manchón que señalaba el lugar donde explotó una bolsa de grisú. Fue la primera vez que la construcción del Pozo enlutó un hogar del Valle. Las vigas que partían por dos el embudo aparecían llenas de abolladuras, causadas por las vagonetas despeñadas en un descuido del encargado de puertas. En aquella amplia oquedad que conducía hacia un reino de soledad y silencio, confiados en una cuerda, nos inclinábamos, pendíamos sobre el vacío para, alargando el brazo, dejar que la luz de la lámpara descubriese la menor anomalía. Caía agua y pequeñas piedras que retumbaban en la jaula, agigantado el sonido por la inmensa campana. Nicasio levantaba la cabeza para contemplar el circulito de luz que seguía alejándose. Ya apenas ocupaba el tamaño de una moneda de céntimo. Refunfuñando, volvía a acercarse al borde de la jaula…

Un aullido impresionante rasgó las tinieblas. El tubero, después de dar un paso en falso, había desaparecido en la oscuridad. El único indicio de su presencia era la cuerda, tensa, rozando la arista de la jaula, desgastándose en un balanceo mortal.

—¡Ese comehigos cada día está más tonto! —exclamó, colérico, el encargado de la cuadrilla.

El desgraciado, intentando asirse a la soga que le mantenía colgado por la espalda, agitaba los brazos desesperadamente.

—¡Hay que subirle! ¡vamos a tirar de él!

—Será mejor bajar —opiné yo—. Si se abrochó sólo una hebilla, se nos larga. ¡Voy para adentro!

Abandonando el cabo atado a las cadenas, me dispuse a dar el «salto mortal»… Ya colgaba en el vacío; hice oscilar el cuerpo varias veces y, tomando impulso, me solté… un ruido sordo, sentí un golpe en el costado… Había pasado el peligro. Ya dentro del montacargas, agarrándome a una de las varillas interiores, alargué el brazo hasta coger la mano que me tendía el asustado tubero. Afirmé los pies, respiré hondo y…

—¡Cortar!

Con un enérgico tirón, le atraje hacia mí. Juntos rodamos por el suelo del ascensor.

—¡Estás dormido o qué te pasa! —le increpé, incorporándome.

—¡Qué dormido! —jadeó Nicasio—. ¡Esto te pasa a ti igual! ¡Sí, a ti que andas a veces sin defensa!

—¡Pero ahora fue con tu cuerpo con el que casi hacemos caldo de carne! Los ojos los tenemos para algo más que para mirar arriba.

Tres cabezas asomaban por la parte superior del ascensor.

—¡Venga, toca el órgano! —les gritó nervioso el rescatado.

—¿Por casualidad hay uno por ahí que huele mal?

—¡Caca!, ¡caca! —añadió otro, riendo a carcajadas.

Atento el mecanismo de extracción a las indicaciones de la campana, la jaula subió rápidamente. En el amaine se vaciaron un par de botas de vino porque la ocasión lo merecía. Nicasio pagó de buena gana.

—¡Mira que si te matas y pierdes el circo de esta tarde!

—A estos charlatanes había que colgarlos —refunfuñó el «alumno» de Angelón de mal talante—. ¡Mala cosa es que alguien quiera vivir bien sólo hablando bien!

—Venga, vamos para adentro otra vez que nosotros ya sabemos como tenemos que ganar el garbanzo.

Durante tres horas seguimos revisando el embudo y las frías y complejas instalaciones que lo poblaban. Ajustando, remachando, engrasando. Cuando terminamos, corrí a los lavabos y poco después, ya mudado, me encaminaba hacia la carretera.

El sol, muy alto, parecía sonreír.

* * *

Selva se puso en pie y quedó mirando hacia la maniobra, por la que yo avanzaba presuroso. Cuando me acerqué a ella, quedé unos instantes contemplándola, embelesado por su expresión a la que parecía iluminar una serena felicidad. Me gustaba ver aquellos ojos grandes, de un pálido color castaño, resguardados por unas pestañas

larguísimas. Y su cabello, negro y domado, recogido en una coleta que caía sobre sus pechos, redondos y firmes. Quizá para que me fijase en su vestido nuevo, se subió a una roca y dejó que el viento jugase con la falda, aireando sus piernas, morenas y bien formadas, hasta un poco más arriba de las rodillas. Ágil y femenina, en un salto deliciosamente juvenil, se plantó a mi lado.

—¡Hola, Landa!… ¿Te acordaste hoy de mí?

—¡Hola, «bosquecillo»! Pues sí, vi allá abajo un demonio muy negro y muy feo y…

—¡Tonto!

La muchacha levantó la cabeza, ofreciéndome sus labios. Como era costumbre en mí, la mordí la nariz.

—¡Bobo!, ¡siempre haces igual!

—Es domingo y mediodía, ¿Te parece bien que nos pongamos a besuquearnos como esos tipos que salen en las novelas?

—Nada más que uno, anda —pidió mimosa—. ¡Y te digo una cosa!

—Puedo adivinarlo… Que además del vestido te hiciste un camisón nuevo; que anoche soñaste que, poniendo los ojos en blanco, te decía: ¡te quiero, flacucha!; que…

—No me llames eso que ya no lo soy, ¿entiendes? —me interrumpió para, coqueta, llevarse las manos a las caderas, realzando sus formas—. No, mira —siguió ya seria— que mi padre se levantó y dice que ya puede bajar a la mina otra vez. ¿No te alegras?

—Me gustaría más que bajases tú. Allí la gente y el sol son muy correctos, ¿te parece bien?

Por toda respuesta, Selva me atrajo con brusquedad hacia ella y me besó con rabia.

—¡Maldito! —exclamó, riendo—. ¡Me gustaría hacerte daño!

Enseñando los dientes, bromeé:

—¡Atrévete, anda!

* * *

Éramos buenos amigos. Y nos queríamos mucho. Me gustaban aquellos ojos suyos, almendrados, que sabían mirar tan dulcemente y echaban chispas cuando se creía abandonada, aunque sólo fuese con el pensamiento. En los momentos de placidez, se le iluminaba el rostro con una expresión de ternura que me encantaba. Cuando andaba a mi lado, cogida fuertemente de mi brazo, y levantaba la cabeza para mirarme a los ojos, la boca un poco entreabierta, como

con hambre de amor, tenía algo de felina y suplicante. Su mirada sonriente, soñolienta a veces, como cansada de filtrar todos los ensueños que bullían en aquella cabecita tan bien torneada, era para mí como un bálsamo. Selva rebosaba vida y amor en sus besos, que empezaban en mi boca e iban deslizándose por la barbilla, por el cuello, hasta quedar recostada sobre mi pecho para, en aquella postura, susurrando, pedirme que la quisiera siempre. La veía desvalida, tan hermosa y femenina, tan necesitada de mí, que me asaltaba la penosa impresión de que la mina no consentiría tanta felicidad. Y sentía miedo de lo que pudiese suceder.

—Landa, ¿te acuerdas de cuando me besaste por primera vez? —solía preguntarme.

—Claro que me acuerdo… ¡como que fuiste tú!

—¿Yo? —se separaba un instante, fingiéndose enfadada—. ¡Ah, sí!, eras tan tonto, siempre pensando en tu padre y en el Pozo que…

—Lo que recuerdo bien —la miraba entre burlón y codicioso— es el primer día que… ¡vamos, que mordí esa manzanita!

—Pues eso está mal, ¡sabes! —se ruborizaba, cubriéndose el pecho con los brazos.

—Bueno, eso de que está mal… ¡Habría que preguntárselo al capataz!

Yo sabía que Selva se enfurruñaba cuando hablábamos de estas cosas. Pero me gustaba hacerla rabiar, ver la llamita nerviosa que se encendía en sus pupilas.

—¿Me das un beso? —la pedía después, buscando la reconciliación.

—Ya no te doy más, ¡ya está!

Y era verdad. Siempre ocurría igual. Seguíamos caminando, pero ya separados, sin sentir el agradable contacto de su cuerpo. Selva bajaba la cabeza y yo debía bajarla aun más para lograr mirarla a los ojos. Al fin, dándome un empujón, sonreía. Sumisa y amante, volvía a apretarse contra mí, a rodearme el brazo con los suyos, muy fuerte, como temiendo que escapase, que pudiese un día perderme.

Los domingos solía ir a buscarme al Pozo. Comíamos en su casa y a media tarde nos íbamos a pasear por las riberas del río, alejándonos hacia las cascadas del Pantano. Acompañados por el murmullo amigable de las aguas, apoyaba la cabeza en su regazo y la atraía hacia mí para besarla avariciosamente. Luego, jugando sus dedos en mis cabellos, comenzaba a contarme cosas de su vega, de cuando era niña y un atardecer la asustó la cuenca minera. Yo le contestaba en voz baja, sintiendo en mis mejillas el tibio calor de

sus senos, luego en mis labios. En aquellos momentos Selva cedía, gozando de la caricia. Oyéndome decir que me gustaría pasar una vida entera mirándola, resplandeciente de dicha, buscaba mi mano para llevarla a su boca. Después, en un además de velado deseo, llenando mi cabeza de mil atrevidos pensamientos, la depositaba suavemente sobre su pecho.

Junto al río éramos felices. Hablando de nuestras cosas, o callando en silencios que todo lo decían, yo reconocía que allí estaba la verdad de la vida, que la mujer lo era todo. Aquella calma, aquel cuerpo codiciado sin que ella tuviese culpa… La pedía que se deshiciese la trenza, y su cabello, como las hermosas crines de una potrilla joven y salvaje, era pronto presa de un aire amante; de sus senos, sosteniéndole con mimo… Me olvidaba de sus susurros, cálidos y acariciantes, como si temiese que alzar la voz fuese un pecado; me olvidaba de su instintivo pudor, para estrecharla contra mí, prometiéndola cariño, más cariño que carbón había en el Valle. La decía que la deseaba, loca, salvajemente, que ya podíamos casarnos, que por qué se negaba… Selva, envolviéndome en el resplandor de sus ojos, me pedía paciencia; algo que yo me sentía incapaz de conceder.

—¡Ya estás quejándote como una mariposa! —me apartaba bruscamente, aparentando enfado—. ¿Aún no sabes que el amor es algo más que suspiritos y miradas?

Ella me conocía bien. Aquella reacción la devolvía la tranquilidad. Ya riendo, retrucaba:

—¿Y tú no sabes que eres un tiburón grandullón?… ¡Ah, no! —rectificaba burlona, disponiéndose una vez más a recitarme la «fotografía» que me había hecho Petrarca—. Escucha:

—…Cabellos oscuros; como los ojos, quizá dulces, aunque prestos a volverse duros, poniendo en la mirada una fría virilidad y hasta algo de insolencia. Hay en ellos un sutilísimo velo de tristeza, que dan al rostro, de suave color tabaco, una gran serenidad. Bajo la camisa se adivinan unos brazos vigorosos y flexibles, los músculos tensos y un pecho de atleta sobre el que se enmaraña, acariciando la piel, un poco sucia por el carbón penetrado en sus poros, ese vello negro de los hombres…

Yo seguía la broma:

—De él emana un algo atrayente que huele a fuerza, a espléndida juventud; esa actitud tranquila de los que saben esperar a pie firme los acontecimientos. Como esos hombres que salen diariamente a la lucha, aunque ésta se concrete a trabajar y estar alerta… ¡Uf!, ¡no creas, que me costó mis buenos reales salir tan

guapo!

Reíamos. De nuevo, animado, volvía al ataque, ahora por diferentes caminos. Acariciándola suavemente el vientre, la repetía que ansiaba fecundarlo; que rabiaba por juntar nuestras sangres en unos hijos fuertes y sanos como los de Vitelón y Marucha, como los de Casiano y Búffalo Bill. Selva me miraba, embargada por la ternura, como adivinando la felicidad de los hijos, ella que tanto los deseaba. Y dejando escapar un suspiro muy hondo, en el que se mezclaba el amor y la hembra, repetía sin descanso que tuviese paciencia, que esperase.

Y seguía sin ceder.

* * *

La tarde de aquel domingo era especial. Hacía muchos años que el Valle no gozaba de un espectáculo político.

—¿Vamos al mitin?

—¿Vamos, camarada? —contestó Selva cogiéndose de mi brazo.

Los «volatineros», como llamaban en la cuenca minera a los políticos, llevaban una semana pegando carteles y consiguieron que algunos de nuestros hombres apoyasen sus candidaturas. Aquella concentración supondría el fin de un proceso iniciado meses atrás, cuando los caciques alcanzaron sus primeros triunfos al dividir a la gente del Valle en dos bandos. Se hablaba, se discutía y en el seno de las familias surgieron los primeros incidentes. Los mineros se enemistaban por asuntos que, como decía el señor Marcos, ni les iban ni les venían.

—Traen la guerra y se llevan la paz —aseguraba—. La poca paz que nos deja la Empresa.

—A ella le interesa que tengamos algo para distraernos —insistía Antón—. Mientras nos desgañitemos con estas tonterías, nos olvidamos de lo importante.

—Podríamos recibirles como la otra vez, ¿qué les parece? —proponía alguien.

—¡Eso ni se duda!

—Vienen aquí, te dan una lección de gramática y otra vez a repantigarse en su despacho de la ciudad.

—Pues nosotros se la daremos de pólvora…

Hacia las cinco comenzaron a reunirse en la explanada las gentes venidas de todo el Valle. Hablaría uno de los candidatos y una hora después lo haría su «enemigo».

Y tal como estaba previsto, empezaron los discursos. El primer

orador terminó de exponer sus razones y fue aplaudido calurosa mente. Cubadín saltaba ebrio de alegría y Casiano daba unos manotazos que retumbaban en las laderas. Llegó el turno al segundo y las muestras de aprobación se repitieron. Aun se encontraban los dos candidatos en el lugar, rodeados de sus respectivos seguidores, cuando el antiguo labriego, empujado por Vitelón, que aprovechando la «fiesta de las elecciones» había tomado unos vasos de más, subió al tablado. Ante la sorpresa de los reunidos, y la aún mayor de los políticos, alzó su voz de trueno:

—¡Hombres de la vega y de la cuenca! Ya habéis oído todo lo que nos prometen estos señores. Mayores sueldos y mejores calzoncillos. Pero yo voy más allá, yo os prometo, ¡hombres de la vega!, una carretera, un puente y un pantano. Y que lloverá cuando vosotros queráis y saldrá el sol cuando lo mandéis.

—¡Bien!, ¡bien!

Pasado el primer momento de estupor, la gente reía a carcajadas.

—Y a vosotros, mineros —el picador, de un empellón, había apartado a Casiano—, yo os prometo, bajo mi palabra de honor —se llevó la mano al pecho— que la Empresa desaparecerá. Las minas serán nuestras y lo único que tendremos que hacer es abrir la boca para que nos vayan entrando las perdices una a una… ¡Ah! Y en el Pozo no habrá más grisú porque para eso estoy yo aquí, ¡yo, el amigo de los obreros!

Vitelón siguió hablando, pero ya no le escuchaban. Abalanzándose sobre los políticos, la gente los subió en hombros y, ante los sorprendidos guardias, comenzaron a pasearles por la explanada. Todo eran risas y alegría. Los protagonistas intentaban sonreír, y hasta se atrevieron, siguiendo su innato sentido del halago, a saludar a la masa. Aquellas gentes bulliciosas terminaron de nuevo congregándose ante el tablado.

Animado por el ambiente me solté del brazo de Selva. Encaramándome en el tinglado de madera, pedí silencio.

—¡Compañeros!… ¡Escuchar!… —los gritos fueron aplacándose —. Acabamos de oír a estos respetables señores expresar algunas ideas…

—¡Mear, mear ideas! —gritó Cubadín, dueño y señor de una tranca fenomenal.

Un alegre abucheo le hizo callar.

—Yo, que no guardo buena opinión de la política y menos de los políticos, que no me interesan porque ellos no se interesan por nosotros, os aseguro que estos propagandistas forman parte de esa

tanda de hombres corchos que a todos aluden y a todos traicionan, y que como buenos corchos ellos siempre flotan…

—¡Bien!, ¡bien!

—Lo que nos ofrecen es caciquismo, una de las tantas plagas de nuestra raza. La política es para los que viven de ella. A nosotros nos gusta la polémica con olor a aire limpio, no el chanchullo. Unos truenan contra otros y otros contra unos…, ¡pero la verdad es que todos chupan de las dos tetas!

—¡Dale, macho!

—Nos prometen todo y no se preocupan por nada, pendientes sólo de acaparar buenos puestos, de imponer su voluntad. ¡La verdad es que los que hablan mucho de política, en el fondo lo que les pasa es que no quieren trabajar! ¡No queremos más parásitos!

—¡No!, ¡no! ¡Bien, Landa!

Antes de que nadie lo pudiese imaginar, aparecieron unas cuerdas, ataron a los políticos por, las piernas y los colgaron del mismo árbol. Alguien prendió unos cohetes y los mozos comenzaron a bailar en tomo a los propagandistas que, boca abajo, cubierto el rostro por las levitas vueltas, sofocados y aspaventosos, ofrecían un lamentable aspecto.

Cuando los guardias reaccionaron, los mineros se fueron disgregando entre grandes risotadas.

—¡No espabilan! La otra vez no les fue nada bien y ¡dale a la carga!

—Si antes tardaron cinco años en volver, ahora esconderán el rabo por medio siglo.

Quintín se acercó a mí.

—Les debíamos haber pintado la cara con un poquito de mierda, ¿verdad? —me apuntó pensativo.

—¡Ya está bien, hombre! —solté una carcajada—. Vienen a divertir al Valle y debemos agradecérselo.

* * *

Dos horas después, del mitin y los «volatineros» no quedaba ni rastro. Se había acabado la broma de la política para dejar paso al drama minero.

La tarde transcurría preñada de malos presagios. Otra vez la amenaza de los despidos, del fiado cortado… ¡Huelga! Los viejos hablaban en voz baja; los mozos, empujados por los sueños de triunfo, cantaban y reían. «La Danza», que abrió sus puertas como cada domingo, recibía a los que querían olvidarse del mal momento

que atravesaba la minería. El plante, que estaba decidido para el lunes desde la semana anterior, no permitía otra acción que la de esperar. Al silbar la sirena nos negaríamos a entrar en la mina y evitaríamos que otros lo hiciesen.

Selva me pidió que la llevase al baile. Poco después, alejado de las preocupaciones, cantaba y danzaba; nos cansamos y cansamos a la banda y aún continuamos hasta que la fogata de la explanada, en tomo a la cual se solía improvisar una pequeña reunión, se convirtió en cenizas. Luego nos fuimos a pasear bajo la frescura de los apretados manzanos, escondiéndonos de las gentes y de la luna.

Junto a Selva me olvidaba de las inquietudes del Valle, de aquellos arrebatos de los hombres que tan a menudo lo ensombrecían.

Borrachos ya de besos y de amor, volvíamos a la carretera. La gente joven iba y venía. Y alguien se aproximaba dando voces:

—¡Landaaa! ¡Landaaa!

Sin verme, un muchacho se cruzaba con nosotros. Agarrándole de un brazo, le detuve:

—¿Qué pasa para que alborotes así?

—¡Llevo media hora buscándote! Te llama el señor Marcos. ¡Están reunidos en la Casa del Minero! ¡Ya no hay huelga, Landa!

Me despedí de Selva, quien marchó malhumorada camino de su casa, y corrí hacia la Sede. El barracón se encontraba abarrotado de mineros, y al fondo, sobre un pequeño estrado, se hallaba la Directiva. El señor Marcos estaba hablando y una sensación de nerviosismo reinaba en el ambiente. Cuando me acerqué al Patriarca, y sin tomar asiento, le pregunté el motivo de aquella inesperada reunión.

—La Empresa acaba de entregamos una nota de la autoridad militar obligando a los que están en edad de filas a entrar mañana en la mina. En caso de negarse los enviarán a un batallón. Podíamos haberlo supuesto…

—¡Yo no entraré!

Me sentí súbitamente excitado. Aquel golpe bajo de la Compañía inflamaba mi sangre.

—Escucha, Landa. Tú harás lo que diga la mayoría. Si los otros entran no sacarás nada con rebelarte.

—Si unos cuantos toman la lámpara, fracasará la huelga porque serán suficientes para que se mantengan las minas. ¡No tiene que entrar nadie! Si la mayoría lo quiere, ¡qué entre ella!

—Con la milicia no se puede jugar. Os visten de caqui y se acabaron los humos. A ti no, pero sí a otros como tú.

—Señor Marcos —le miré fijamente—, así estaremos siempre en las mismas. ¡Ha llegado el momento en que pongamos fin a esta situación! ¡Huelga y para todos!

—Sí, Landa —el viejo picador suspiró cansado—, pero ha llegado también una orden que nos vencerá. No es este el momento de…

—¡Es el momento! —le interrumpí.

Hablaba alzando la voz, asombrando con mi osadía a los allí reunidos. ¿Quién se hubiese atrevido antes a discutir así al Patriarca?

—Escucha, Landa, escucha a un viejo que te dice que esto terminará mal. Si deben entrar los militarizados, la huelga está perdida… ¿Y de qué comerá la gente? Hay que estar en guardia, Landa.

—¡Yo lo estoy! ¿Por qué no lo estamos todos? ¿Es que a la primera amenaza vamos a rendirnos? Estos «dorados» tienen que aprender lo que siembran con sus manos ciegas. Tenemos la verdad y debemos ir con ella, ¡aunque caigamos en la primera esquina!

La gente comenzaba a impacientarse. Para unos yo tenía razón; para otros sería el causante de los nuevos males que se abatirían sobre el Valle. Vitelón e Hilario Potencia estaban de mi parte; Gago y Antón me miraban reprobatorios. Pero nadie se atrevía a intervenir en aquel tenso diálogo…

Súbitamente reconocí que mi actitud, basada en la creencia de que no había que calcular demasiado, sino lanzarse resueltamente a acciones que los fines y los resultados terminarían por justificar, podría crear una incisión en la masa minera, siempre amedrentada y perpleja. Mi padre repetía que si nos uníamos venceríamos algún día. Pero aquellos hombres que escuchaban atentamente al Patriarca, de nuevo dirigiéndose a ellos, parecían dudosos, agarrándose con ahínco a la mina, a lo que les ofrecían. Eran contados los que se encontraban con ánimos para luchar contra tal estado de cosas.

Los asistentes aplaudieron cuando el señor Marcos, que les había convencido, terminó de hablar. Volviéndose hacia mí, intentó sonreír. En sus ojos descubrí un brillo oscuro y trémulo y ante aquel paternal reproche, como sacudido por una corazonada más fallida, el desaliento de los días olvidados se apoderó de mi ánimo. Murmuré algunas palabras de excusa y, sin prestar atención a sus llamadas, me encaminé hacia la salida. Algunos me cogían del brazo, deteniéndome.

—¿Vas a bajar al Pozo, Landa? ¿Bajarás?

—¡No!, ¡yo no bajaré!

—Haces bien. ¡Yo tampoco!

—Hay que bajar. ¡Con la «militación» tenemos la baza perdida!

—¡Baja tú!…

—¿Bajarás, Landa?

—¡No!, ¡no bajaré!

* * *

Estaba cenando cuando golpearon la puerta. Abrió mi madre y oí unas voces desconocidas. Un instante después los guardias entraban en la cocina.

—¡Hola, muchacho! ¿De nuevo con ganas de sombra?

—¡Dios mío, otra vez se lo llevan! —gimoteó mi madre, cubriéndose el rostro con las manos.

—Es que con la que hace en la mina no tiene bastante —bromeó otro de los uniformados, enseñando unos dientes amarillos—. El mundo tiene el mal dentro.

—Y usted que lo diga —me decidí a mirarles a la cara—. ¿Qué quieren?

—En la ciudad desean hablar contigo. ¡Inconvenientes de ser un hombre importante!

—Hablar… Con palabras dulces para los que sirven y duras para los que llevan la cabeza alta.

—Cuidado, jovenzuelo, que hay chácharas que hacen caer las muelas.

—Eso…, ¿como hombre o como guardia?

—Calla, hijo, calla. Los señores guardias no tienen la culpa.

Carolina, llorando desconsolada, se abrazaba a mi madre.

—Landa, ¿te ato la manta? —me preguntó Ana con voz grave—. ¿Quieres que te prepare algo de comer?

—Ponme un bocado. Mañana dices al señor Marcos y a Selva lo que pasó. Pero mañana, ¿entiendes?

—Sí, Landa.

Mi madre debió apartarse porque uno de los agentes, abandonando la cocina sin grandes miramientos, se lanzó a registrar la casa. Otro le imitó y poco después los colchones estaban destripados, abiertos los cajones, fisgado hasta el último rincón de la vivienda. La sangre me golpeaba furiosamente en las sienes, la sentía hervir en las muñecas. Cuando terminaron su tarea, intentando mantener la calma, pedí a mi hermana:

—Tráeme la zamarra, Ana. Y si tardo —logré sonreír— que

ocupe Vitelón mi puesto de padrino. Tinín está impaciente y por una firma no vais a dejar de casaros.

—Sí, Landa.

Me acerqué a mi madre y la besé en la frente. Tomando el paquete bajo el brazo, me despedí de los míos.

—Adiós, madre. Siento que tu vida sea siempre la misma. Adiós, Ana… Calla, Carolina, que pronto estaré de vuelta.

—Tápate bien, hijo, que hace mucho frío. Y di a los señores guardias que no te peguen.

Y dirigiéndose a ellos, les suplicó:

—No le pegarán, ¿verdad, señores?… ¡Él es bueno!, ¡él es bueno!

* * *

A lo lejos alguien cantaba con voz ronca. Cuando la puerta se cerró a mis espaldas, aspiré con gusto las tinieblas de la noche. Estrechamente vigilado por los guardias, marché Camino abajo. Una vez más me alejaban de los míos.

Estábamos llegando a la carretera cuando nos cruzamos con unos hombres que las sombras me impidieron reconocer. Poco después unos feroces insultos sobresaltaban a los uniformados. Buscando en la oscuridad aquellas bocas diabólicas, se detuvieron. Luego, de un empujón, me obligaron a reanudar la marcha.

Una camioneta, custodiada por un par de guardias y el chófer, nos esperaba.

—¡Sube, hombre valiente! —me ordenó uno de ellos de mal talante.

El vehículo arrancó. El pueblo dormía y dormido lo cruzamos de norte a sur. Las luces fueron perdiéndose en la lejanía. Sólo el Carmelón, encuadrada la enorme llama en el rectángulo que formaba la lona en su parte trasera, siguió largo rato despidiéndome. Sentía frío en el pecho y me arropé con la manta. Una lluvia suave y tensa comenzó a repiquetear sobre nuestras cabezas. Saltando en los baches de la carretera, mirando con insistencia de obseso los circulitos rojos de los cigarrillos de los guardias, me dejaba conducir por aquellos hombres del uniforme, aquellos que se llevaron a mi padre y me llevaban a mí, los atacados por unas bruscas cóleras que no comprendía. Eran gentes del pueblo, eran pueblo; ¿por qué, entonces, gozaban hostigándonos, convirtiéndose en nuestros enemigos irreconciliables? ¿Sería posible que un miserable jornal envenenase

así a los hombres, que lograse enfrentar a hermanos contra hermanos?… ¿Tan hambrienta y débil de espíritu se encontraba la humanidad?

«Sí, el camino es largo —reflexionaba—, y muchos y bien levantados los obstáculos. Pero tan largo como sea, habrá que recorrerle. Habrá que exigir, que pedir a gritos una supervisión de costumbres. No todo puede ser hambre, y detener y matar; hay que ayudar a los hombres, terminar con los que se aprovechan de las necesidades y la religión, de las leyes y los guardias, para mantener sus privilegios. Es mala cosa —seguía meditando, sacudido por un incipiente escalofrío— jugar con la verdad; no querer reconocer que cuando la minería se inquieta sus motivos tendrá… El cementerio llenándose y los vivos embrutecidos por el trabajo, el alcohol y las romerías. Y sobre este mundo, como un dios orondo, los grupos, las castas, los clanes…

Manoseando unas ideas fijas, perdido en la maraña de mis pensamientos, no me daba cuenta que la lluvia calaba la lona, que estaba calando mi manta y mi cuerpo. Tenía frío y a mi lado temblequeaban dos guardias.

Me sentía feliz. Así como yo era conducido, lo fueron todos los que pretendieron levantar la antorcha de la justa rebeldía.

* * *

Me arrojaron a una mazmorra y el cansancio pronto me venció. Al despertar, tiritaba espantosamente, la oscuridad seguía siendo total. Intenté recordar, contar las horas, y me pareció que hacía miles de años que había estado bailando con Selva, que nos alejamos bajo los manzanos para besamos a escondidas de las gentes y la luna. Me dolía la cabeza y tenía el cuerpo entumecido. Silencio y tinieblas. Por un momento llegué a creerme en una rampa, y sonreí. Aun llegué a acercarme a la pared, como si de ella pudiese surgir, amigable en aquellos momentos, el suave rumor del grisú.

Volví a dormirme. Cuando abrí los ojos, por un ventanuco situado junto al techo descubrí un débil resplandor, parecido al que entraba en el boquete que Antón caló para que los escombros le sepultasen. El sol ya debía estar alto cuando chirrió la cerradura.

—Vamos, cliente, que te esperan arriba.

Salí al pasillo. Ya dejado atrás el lóbrego aire de la celda, me sentí un poco mejor y dejé de tiritar. Subimos por unas estrechas escaleras y no tardé en ser introducido en un amplio y destartalado

despacho. Dos hombres, uno uniformado y un policía, me observaron detenidamente durante unos momentos. El primero de ellos, levantándose con lentitud, me preguntó:

—¿Así que tú eres uno de esos revoltosos que quieren dar vuelo al Sindicato minero?

—Esas son cosas nuestras…

—Procura hablar más y mejor —repuso en una velada amenaza.

Y volviendo a sentarse, añadió:

—Sabemos que eres minero e hijo de viuda. Es lástima, porque estás en edad militar. ¿No te parece una suerte que a estas horas no andes pegando tiros en África?

—Usted es el que debía…

Comprendiendo que estaba a merced de aquella gente, me interrumpí. Luego, dando un brusco giro a mi respuesta, continué:

—Estoy dispuesto a olvidarme de mis «privilegios» —hice una mueca— antes que coger lámpara cuando creo que no debo hacerlo.

—Los mineros no van a la «mili» —intervino el policía—, pero sí pueden pasarse unos meses a la «sombra». ¿Qué dices a eso?

—Soy un hombre, ¿entiende? No tengo miedo a la guerra y me gusta el aire. De todas maneras —añadí lentamente— hay otras guerras que las haría con mucho más gusto.

—Pues por ahora —habló suficiente el uniformado— no tenemos más que la de África. Como no puedes ir, te quedarás una temporada entre nosotros. Sólo hasta que se te quiten las ganas de encizañar a la gente. Dos meses, seis… ¡quién sabe!

Dudé poco porque para enfrentar aquella situación, que llegué a presentirla durante el viaje tal y como se estaba desarrollando, ya tenía preparado mi plan. Aún así, por mi mente pasaron recuerdos y temores. Si me iba, mi madre y mi hermana se romperían los dedos a coser y hasta quizá volviesen aquellos días, la estrechez, el fiado cortado… No, no importaba, ¡adelante! Como un velo que desvaneciese toda otra preocupación, surgió victorioso mi sentido de la responsabilidad ante la minería, mi obligación de luchar por ella. Aunque esta lucha me llevase a otra guerra, yo intentaría quebrar aquella potente arma que la empresa enarbolaba cuando nos amenazaba con «mandarnos al Batallón». El Batallón… un segundo, fue un segundo en el que un estremecimiento vino a mezclarse al que me producía la lluvia calando la lona y mi cuerpo. Irme así, sin despedirme siquiera, irme a la guerra, a morir quizá…

Aquello pasó y me sentí sereno. Luego enhebré aquella respuesta que ahora me disponía a dar a aquella pareja de hombres de la mirada hosca.

—Prefiero presentarme voluntario. Así en la cuenca nadie dirá que chillo porque tengo las espaldas guardadas… ¡Y a ustedes les dejaré un hueco libre que les hará falta! ¡Voy a la guerra!

Ante la ventana pasaba la lluvia inclinada. Algunas gotas rezagadas lloraban mansamente sobre los cristales. Y por allá, por el ancho horizonte abierto a un costado de la ciudad, la vida estaba inmóvil, como muerta.

—¿Qué hacemos con él?

—Si se empeña… ¡que le conduzcan al centro de enganche!

Aquella noche sentí ganas de llorar. No era el miedo; ni la ausencia. Algo indefinido, una tristeza que calaba muy hondo, me cuchicheaba cosas de ansias fracasadas, de esperanzas muertas.

«Voy a la guerra… La guerra…»

CAPÍTULO XVII
REGRESO

Un año y medio después regresaba de la guerra. Sobre el pecho lucía dos medallas y en el cuerpo llevaba marcadas las cicatrices de dos heridas. Galones de cabo en la bocamanga y en el bolsillo una hoja de raído papel: la Orden del Día en la que se me distinguió por mi actuación en las operaciones de Xauen.

El tren avanzaba pesadamente por entre los vericuetos montañosos del Gran Puerto. La tierra conocida me producía una confusa tristeza, secuela de aquella nostalgia nacida en los blocaos marroquíes. A medida que me acercaba al Valle, un laberinto de sensaciones me ofrecía el recuerdo de las gentes que conmigo hicieron la paz y la guerra. Frank, el inteligente legionario bávaro, aparecía junta a la maciza humanidad de Vitelón; el viejo brigada de intendencia y el señor Marcos. Y con Selva, Gladys, la muchacha que conocí durante mi convalecencia en Ceuta.

Muchos recuerdos traía de tierras africanas. Era, sin embargo, del apátrida de quien con más frecuencia me acordaba. Nos encontramos un día que estaba embriagado. Víctima de un complejo de soberbia e inferioridad, propio de los anglosajones incrustados entre latinos, Frank pareció cogerme por blanco de sus impertinencias. Fue gracias a algunos camaradas suyos que aquella tarde no llegamos a las manos…

«Este, cuando empieza a beber, no para hasta quedar como chupete de niño» —bromeó alguien, arrastrándolo hacia la puerta. Suponiendo que volvería a la cantina, al día siguiente fui en su busca. Quería comprobar si sereno era tan valiente como cuando le animaba la bebida. Diez minutos después se plantaba frente a mí. Frank, sereno, parecía otro hombre. Al saber que yo era minero, la amistad quedó pronto establecida. Me habló de sus tiempos de estudiante de Economía en Nuremberg, carrera que no llegaría a terminar, como quizá no terminase pacíficamente su vida, ya

lanzada por el tobogán de los idealistas fracasados. Abandonada la Universidad, pasó a ser delineante en factoría de Hamburgo, a partir de cuyo momento dedicó su vida a escribir panfletos sociales y propinar golpes. La guerra europea le sorprendió ocupando un puesto en la Directiva de una organización gremial. Combatió hasta el último día y, al igual que tantos legionarios con los que había hablado, su ingreso en la Legión quedaba envuelto en el misterio. Con cuarenta años a cuestas, daba la impresión de pertenecer a esa categoría de hombres capaces de salvar o destruir el mundo. Frank, por pertenecer a una unidad que el mando, injertando un grupo veterano entre tanto soldado bisoño, había agregado a nuestro batallón expedicionario, se reunía con frecuencia conmigo. Aunque desalentado, como de vuelta de todo, recordaba gustoso sus tiempos pasados. Un día sí y otro también, nos enfrascábamos en conversaciones que ni las patrullas de vigilancia echándonos hacia el campamento, o la corneta tocando silencio, lograban interrumpir. También solíamos pasar largas horas traduciendo folletos y párrafos de un libro que me prestó el encargado de la representación de su país en África del Norte, un compatriota mío y corresponsal en Berlín durante la guerra. Se trataba de un interesante y definitivo estudio sobre la legislación social alemana… Frank era un hombre extraño. Culto y políglota. Yo me decía que fue la derrota de Alemania la que le echó de la patria. Mezcla de hombre bueno y cruel, repartía la paga entre los cabileños necesitados con la misma indiferencia que cometía cualquier barbaridad. Un día en el que los «pacum» arreciaron más que de costumbre, se presentó en mi tienda acompañado de otro legionario. En sus bayonetas aparecían pinchadas dos cabezas de moro. Dijo que se trataba de una pareja de merodeadores que, sorprendiendo a algún descuidado soldado, le desvalijaban para someterle después a horribles mutilaciones. Podía ser verdad… En otra ocasión le vi ofrecer un cigarrillo a un prisionero y «darle» fuego con un tiro en la nuca. —Según mi padre, si fusilas a un hombre tu alma muere con él. —Puede ser. Pero se olvidó de decirte que en la guerra no hay tiempo para lirismos. El hombre que manejaba con gran soltura citas de Spinosa, Descartes y Esquilo, nombres para mí desconocidos, sólo se mostraba comunicativo cuando tocábamos el tema social. En su conversación yo notaba, cosa que no dejaba de molestarme, que procuraba llevar la plática por derroteros a tono con mi cultura. Al recordar las circunstancias que me empujaron a la guerra, Frank, incapaz de remediarlo, prorrumpía en una sonora y enigmática carcajada. Luego, poniéndose serio repentinamente, se dejaba llevar por su

pasión: —Sí, tienen muchos medios de callaros. Pero, pese a todo, conseguiremos, ¡conseguiréis! —rectificaba siempre con un deje de amargura—, cambiar el timón de la sociedad. —Eso esperamos; algún día… —Vosotros debéis constituir la vanguardia, decir a los amos del dinero, violentamente si es preciso, que no pueden seguir gastando en juergas lo que producen las tierras o roban a vuestro sudor… Sí, vosotros, los mineros. ¡La semilla del desquite trabaja bajo tierra. —Lo estamos intentando. Creamos la Casa del Minero, el Sindicato… —Un sindicato fuerte que les obligue a dialogar y les fuerce a bajar las pestañas, es un buen principio… ¡Hay mucho que arrancarles! ¡Sus castillos, sus acciones, sus insultantes fincas, sus lujos!, toda esa riqueza usurpada. Acabar con los intermediarios, con la Banca…, ¡con ellos! Sí, hay que seguir esta ruta, acabar, ¡acabar con ellos! —¡Antes con el miedo, Frank! Mi gente teme a los guardias, al patrón, al cura, al hambre, a las enfermedades, a la huelga… Se sienten amenazados si hacen esto, si dejan de hacer aquello, y terminan encogiéndose de hombros. Para mucha gente, morir es más fácil que sobrevivir. Callan, sufren, se resignan, ¿qué otra cosa pueden hacer?… —Los resignados es una fuerza social peligrosa. Nacieron ya cansados, porque cansada estaba la sangre de quien los engendró, hartos de forcejear con unas «libertades» aseguradas con dinamita… Para perdonar a estos hombres y a los que ellos manejan, hace falta una gran bondad ¡o ser tonto, que viene a ser lo mismo! Un día las pagarán. —Buscan cualquier esquina de la ley o la hacen a su medida. Es difícil combatirles, Frank. Las grandes obras se hacen lentamente, lo sé. La naturaleza nos enseña esto bien. Pero nos costará desbancar a esos hombres, acostumbrados a acumular riquezas amparados por… ¡creo que hasta por el Código Penal, al que le arrancaron la mitad de las hojas! Había que colgar a más de uno… —La mejor manera de vencer un deseo es satisfaciéndolo. —Con la seguridad que les da el ser ricos, el poder mandar, es peliagudo obligarles a entrar en razones. Mataron a mi padre y aún le tienen sepultado entre los escombros… ¡y así todo! —La carne hay que enterrarla, sea en la guerra o en las minas. ¡Mala cosa es dejar huesos desparramados! Dicen que luego huelen mal —Ya lo sé, ¿pero qué quieres que haga? Llevo diez años obsesionado con ello. Bajé a buscarle no sé cuantas veces… No le pude encontrar. —Toda conquista cuesta sangre y la de tu padre corrió en buen sentido. Es la savia de los muertos la que os levantará, pero antes deberéis levantar colegios y bibliotecas, jardines y baños, porque si no habrá corrido en vano. El obrero, desgraciadamente por ahora, no distingue el patrón-oro de la cólera

de una hormiga. Él se limita a pedir pan, lo cual ya es bastante. No le enseñaron más. —Sí, lo comprendo. Las masas están empobrecidas, las llenan de rencor, de odio, de envidia, las empujan hacia la rebeldía… —Odio, asco, envidia. Maldiciendo la sociedad a que pertenecemos, no se puede ser hombre. Así ves esos proletariados díscolos y hambrientos, faltos de una ley efectiva que les proteja contra su propia impotencia. —Un día se cansan, como ocurrió en mi Valle cuando el Alarido y entonces arden por los cuatro costados cosas que a todos nos interesa conservar. No se dan cuenta, no quieren darse cuenta, y esto… —Están ciegos, les ciega la codicia… —solía terminar Frank, volviendo a introducir la baqueta en el cañón del fusil.

Un par de veces por semana celebrábamos reuniones, «afinidades electivas» que decía el bávaro, un grupo de hombres a los que el mutuo conocimiento nos aproximó. En torno a una mesa de la cantina, o a la hoguera, en la que asábamos un par de gallinas compradas a las moritas, nos congregábamos media docena de combatientes. Uno de ellos explicaba la técnica del sabotaje; otros hablaban de tiros y otros de razones. Pedro, el gracioso del grupo, un panadero en su vida civil y soldado de haber, asistente del alférez, solía poner fin a las veladas con su ya clásico versito. —¡Un momento, que las cucarachas van a tomar el té! —era su consabida frase de atención. Luego arremetía vivamente:

¡Qué mal rato pasó aquella tarde
don Martín Martín Francisco!
Estaba leyendo la sección de Bolsa,
y discutiendo lo que de salirle bien
subiría su cuenta cinco enteros,
cuando de pronto halló rótulo sombrío…

Frank, a quien le encantaba la trova, ponía en juego su vozarrón:

¡Un hombre muerto de frío!

Pedro continuaba:

Entre tanto, un criado con librea
reanimó la chimenea…

A coro, gritando, terminábamos la ramplona poesía:

¡Ah! —exclamó al fin— se trata de una imprudencia

y no de un caso de conciencia.
¿Quién le mandó meterse a pordiosero
de noche y a seis grados bajo cero?

Eran agradables aquellas tertulias, aquellos días de campamento en los que poco a poco iba olvidándome de que maté a un hombre; de que una gumía, que estuvo a punto de rasgar mi vida, se contentó con herir mi pierna, con desangrarme un poco. De allá al hospital y allí, repasando mentalmente las lecturas y lo derivado de aquellas conversaciones en torno a la hoguera, como los clásicos soñadores de las cárceles, obsesionados con el porvenir, me sentía empujado a afilar mis armas; a lanzarme a una palestra donde adivinaba esperándome muchos sobresaltos y sacrificios. En las largas horas tumbado bajo las chumberas o espiando la noche enemiga; en las semanas de convalecencia o paseando por la playa de Uad Lau, iba elaborando pacientemente «mi» plan. Me sabía ya apto para lanzarme a la gran rebeldía, como si la guerra me hubiese dicho que ya estaba preparado para despertar a la minería de sus rutinas y su desaliento… Sí, Frank tenía razón. Nuestro triunfo será el triunfo de todos; éramos los llamados a iniciar la marcha, a reconquistar las auténticas posibilidades del hombre. Allá, bajo tierra, germinaba la semilla del grito que se imponía. Y allí tenía yo que regresar. Ansiaba licenciarme, consciente de que mi alejamiento de Valhundido, el ver otros mundos y otras maneras de comportarse, me prestaron un gran servicio. Aquellos hombres que por tierras moras marchaban de prisa hacia la muerte, me habían enseñado que el camino más corto para conseguir la victoria era el arrojo, entregar la vida si era necesario. Y yo lo haría con gusto. La fidelidad a mi padre y a la cuenca eran sin duda objetivos más dignos de alcanzarse que aquellos tras los que corríamos por llanuras y montañas de África. Mi violenta marcha del Valle, la guerra, las heridas… todo aquello suponía, como la época de la «fiebre», una feliz ocasión de acercarme a comprobar, de adquirir plena confianza en mí. Sentía necesidad de hablar a las gentes, de acusar y convencer. Era el mismo sentimiento, ahora más fundado, la misma emoción humana que cuando, sirviendo de guardaespaldas a Gago, íbamos a dar mítines a los cotos vecinos. Me animaba el deseo de ser algo para todos, de sentirme respaldado por la minería porque así seríamos invencibles, consiguiendo al fin la paz de que tan necesitado se encontraba el Valle. Y otros valles y otras gentes, tan olvidados siempre. Si la paz sólo se alcanzaba con la guerra, ¿por qué no luchábamos como en tierras moras, a fondo, poniendo en juego todas nuestras energías? ¿por qué, si íbamos a la

reconquista del hombre en vez de invadir parajes extraños?…»

* * *

Miraba nostálgico las tierras abruptas, tan parecidas a las dejadas en África, que el tren iba escalando trabajosamente. Hacia el vértice de la cordillera, en la divisoria de las dos provincias, un día llamaron a muerto porque Hilario Potencia estaba segando cabezas. Por allí debió alzarse el desaparecido poblado de chozas; allí violaron a su Antonia y por aquellas laderas rodarían los decapitados de la noche de San Bartolomé, de la noche de la Justicia… ¡Ah, la Justicia!, qué caminos más tortuosos seguía a veces. Este reconocimiento me asaltaba con frecuencia cuando, al igual que hizo mi padre con su «testamento», leía y tomaba notas de todo cuanto se relacionaba con «mi» problema. Una de las más asombrosas «experiencias» que traía de África, era la tentadora «Silesiada», un hecho ocurrido en una mina alemana antes de que la legislación social de aquel país se hiciese efectiva. Con gestos así ¿quién dudaba de que la razón entraría en mi Valle por la puerta grande? Tan claro lo explicaban aquellos libros y recortes extranjeros que me traducía Frank; tan minuciosamente narraba aquella obra los pugilatos mantenidos con la Empresa y las diferentes etapas que debieron recorrer, que me daba la impresión de que, tan sólo con seguir sus huellas, tropezaría inevitablemente con el triunfo. Se refería a la odisea de unos hombres que, cansados de aguantar arbitrariedades, un día dieron el gran campanazo. En tan sólo veinticuatro horas organizaron tan gigantesco sabotaje, que la Sociedad, frenada en seco por las galerías hundiéndose y unos esquiroles alejados de malas maneras, se vio obligada a dialogar abiertamente.

Tampoco dejaba de asombrarme que, pese a las mejoras conseguidas, y ya olvidada la resistencia pasiva, la empresa siguió repartiendo buenos beneficios. Y por mucho tiempo nadie se acordó de huelgas ni reclamaciones…

Sí, resultó un buen mazazo. Pero para ello debieron comenzar por igualar las fuerzas: estómagos vacíos y capital derrumbándose. ¡A ver quién resistía más!

Si hasta el sensato tío Mañón, colocando unos cartuchos de dinamita bajo el castillete del Pozo, decía, a su manera, que era partidario de la «silesiada»…

* * *

El sol cobraba fuerza cuando el tren se detuvo en el destartalado andén de la ciudad. Hasta el día siguiente no había comunicación directa con Valhundido y decidí tomar la diligencia del Valle del Enquistao, la cual, por desviarse de mi ruta al llegar al río, me obligaría a recorrer siete kilómetros a pie. Lo prefería a esperar veinticuatro horas en aquella capital que tan malos recuerdos me traía.

Salí a la calle. Ya en las proximidades de la plaza, punto de partida de la estafeta, me llamaron a gritos. Era Agustín, uno de los «violentos» de las minas del Pantano.

—¡Landa! ¿de dónde sales tan disfrazado? —me abrazó efusivo— ¿Pero qué te pasó?, ¡tienes cara de cadáver!

—¡De África, chico! —repuse un tanto orgulloso—. Estuve dando palique a los moros y agarré unas fiebres raras.

—¡Con medallas y todo! ¡Vaya!, ¡vaya! ¡Fuiste valiente por lo que veo!

—Cuestión de vencer el miedo. Lo mismo que en la mina, aunque allí al aire libre y sólo de tanto en tanto. ¿Qué hay de nuevo por la cuenca?

—Sigue la cosa como la dejaste. La Casa del Minero está más veces cerrada que abierta y a la Empresa, el día que no juega a la taba con nuestros estómagos, parece que la falta algo.

—Hay que aprender a contraatacar… ¡Ahora cambiará la cosa!

—¡Ja! ¡ja!, ¡contraatacar! ¿De dónde sacas esa palabreja? Bueno —siguió ya serio— ya sabes que la huelga es como sangrarnos a nosotros mismos, ¡pocas veces sirve para algo!

—No se hacen bien. Hay que unirse y pegar en toda la línea.

—Ya pegamos —repuso el «violento» sombrío— ¡Y nos pegan! En este año y pico que faltas nos han matado unos cuantos hombres. Y heridos, a espuertas. Y caerán más, ¡ya lo verás! La cosa, aunque ahora parece media calmada, echó malas raíces.

—¿A quién mataron?

—Al Libros…

—Lo sé. ¿Quién más?

—Pues, a Simón, a José Luis, el novio de María del Mar; a…

—¿Cómo fue? —le corté, sintiendo una vez más que empezaba a hervirme la sangre.

—Cómo va a ser… Bajaron los jornales y expulsaron a unos cuantos. Como los demás se soliviantaron, trajeron un tren de esquiroles, unos muertos de hambre que encontraron no sé dónde, y

con fusiles nos tuvieron a raya. Hicimos frente a los guardias y se escaparon algunos tiros. En el Pantano también hubo algo, pero la sangre no llegó al río. A tu cuñado Tinín le hirieron en la pierna. Ya galguea bien.

—Veo que es tan peligroso quedarse en el Valle como marchar a la guerra…

—Más o menos —sonrió el «violento», sin ganas—. ¡Bueno! —se animó—, esto hay que festejarlo con un trago ¿qué te parece?

—Pues bien…, ¡en el frente no nos permitíamos tantos lujos!

Entramos en la taberna más cercana, donde pedí una tortilla y media frasca de vino.

—¡Venga, Landa! cuenta algo de la guerra —me animó, curioso —. ¡O del mar! Creo que me daría más miedo.

—¡Tal vez tengas razón! —reí—. No sé si fue porque nos pasamos cuatro días a base de clarinazos del corneta y sardinas en lata, sin meter nada caliente en el estómago, la cosa es que cuando llegué al puerto se me arrugó el ánimo. Para colmo, algunas muchachitas comenzaron a llorar parque nos íbamos a la guerra y me dije: ¡Aquí hay que aguantar lo que venga!

—¡Eso! ¡eso!… ¡En el mar hay que aguantar lo que venga!

—Chico, teníamos mal tiempo y el viento de cara, la cosa es que aún se veía tierra cuando una vomitona general puso la cubierta como el trasero de un crío. Hasta los marineros —sonreí al recordarlo— sobre los que escupíamos lo que salía de aquellas tripas revueltas, echaron la papilla.

—Buena fiesta.

—¡Y tan buena! Al final de la travesía se extendía de proa a popa una alfombra de cuerpos medio desvanecidos. Y no te digo nada cuando desembarcamos y el brigada músico se empeñó en que la banda tocase una marcha militar… ¡Ja! ¡ja! ¡Aquel fue el mejor chiste que oí en mi vida!

—Mala cosa el agua, mala cosa —refunfuñó Agustín—. Casi prefiero la mina. ¿Y la guerra qué tal te trató? Se puede morir fácil ¿no?

—No es eso lo peor. Lo que desmoraliza es ver muertos, la posibilidad de morir rodeado de ojos extraños.

Durante un largo rato estuve hablando de aquel castillo cercano a la Plaza, en cuyos contornos montamos campamento; le expliqué cómo fui elegido para el examen de cabo y cosas de la instrucción y los ejercicios de tiro; recordé a moros y cristianos, siempre intentando vendernos algo. Una gallina, un Corán…

—Las cantinas estaban a cargo de cabileños. Allí tomábamos té

moruno con sardinas asadas y a grito pelado recordábamos las canciones de nuestras provincias. En uno de estos tugurios conocí a Frank… ¡gran hombre!

Hablé a Agustín de las palúdicas y de un pueblecito llamado El Rincón, de donde partimos para Tetuán. De los momentos de calma en los que releía el «testamento» y la «fotografía» que de mi padre escribió Petrarca. Con nostalgia evoqué las noches africanas y las trampas que tendíamos a los perros salvajes que merodeaban los aduares[27]. Seguí narrándole cosas de mulas despeñándose en los acantilados, de avances por los montes de Beni-Madam y el trabajo de llenar sacos terreros y tender alambradas cuando, desalojado el enemigo de alguna región, nos disponíamos a consolidar lo conquistado. Agustín reía cuando le contaba que en cierta ocasión, deseando confraternizar con los indígenas, asistimos a una boda mora, en la que, como era costumbre, se corrió la pólvora.

—Aprovechando los estampidos, aquellos astutos apuntaron hacia nosotros, ¡con bala!, matando a un par de soldados. Cuando quisimos reaccionar, ya estaban lejos. Desaparecieron tras unas crestas en las que los cabileños tenían emplazado un cañón. ¡Buen artefacto! —reí yo ahora—. Como no les sobraba la munición y nuestro corneta daba un pitido cada vez que disparaba un proyectil, no producía nunca más allá de un par de rasguños.

También se divertía Agustín al oírme decir que, cuando corríamos tras de alguna harca en retirada, encogía el cuello y me esforzaba por no oír silbar las balas.

—¡Claro, anda por los aires la muerte buscándote!

—Pero a cambio conoces esa alegría feroz ante lo que consideras las primeras victorias de tu vida. Es un sentimiento desconocido que te hace aparecer inofensiva esa muerte que dices, y que de verdad parece pasearse sobre tu cabeza.

Se asombraba el minero de que al reconquistar una posición debiésemos recurrir a los efectos personales de los muertos, ya que se encontraban horrorosamente mutilados, para poder reconocerlos.

—Eran por lo general viejas cuentas con los legionarios. Por su parte, ellos sabían corresponder a tales finezas con métodos que escalofriaban.

—Y de chicas, ¿qué?

—Nada… una que… —no quise dar más explicaciones—. Prefería juntarme con hombres que se interesasen por nuestras cosas. Leía, además, cosas de… ¡la «silesiada» la aprendí allí! Ya sabrás lo que es. Otras veces caían en mis manos novelas y hasta un libro de medicina en el que aprendí como aparece, tras diez o

catorce años, un hombre que quedó enterrado en la mina.

—Ya, ya… ¿Y los moros pelean bien? —volvió Agustín al único tema que parecía interesarle.

—Sí, y en su terreno mejor aún. Hasta cuando los jinetes huyen, porque tienen la baza perdida, los infantes siguen resistiendo. Se meten en un agujero con su «arbaida», un viejo fusil francés que se carga por la boca; sus higos, su pólvora y un puñado de balas, y hay que sacarlos de aquella trampa a punta de bayoneta. Otros prefieren esperar agazapados detrás de una roca… ¡Allí, como en la mina, no vale decir que te descuidas! Llevaba más de un año en África, y andaba escarmentado, cuando en un avance, despegándose de las rocas, una enorme mariposa cayó de improviso sobre mí. Brilló una gumía… fue un segundo, en el que los reflejos me levantaron el fusil contra el que fue a estrellarse el acero que apuntaba a mi cuello. El encontronazo hizo rodar por tierra al moro y abriendo el aire con la bayoneta, me arrojé sobre él. Oí el ronquido de un estertor y al mismo tiempo dejé escapar un grito. La gumía, al fin había encontrado carne. Cerré los ojos; no quería mirar aquella masa enrojecida que se revolvía bajo el peso de mi cuerpo; ni a mi pierna, destrozada por el acero del cabileño… Chico, empezó a mover la cabeza hacia los lados, los ojos los mantuvo desesperadamente abiertos, las mandíbulas desencajadas… Aquel desgraciado separaba los labios en regulares bocanadas y por ellos, con resuellos de moribundo, dejaba escapar la vida a chorros.

—Unas cerradas descargas de fusilería se alzaron bruscamente a mis espaldas —seguí hablando tras vaciar el vaso de un trago—. Grupos de indígenas, surgiendo improvisadamente de entre las montañas se lanzaron a una espantosa matanza. Una ametralladora propia, que entró nerviosamente en acción, abatía propios y extraños, ya peleando cuerpo a cuerpo… Habían bajado la trampa, me hallaba cercado ¿lo entiendes? Apartándome del agonizante moro, comencé a arrastrarme, a retroceder. Algunos compañeros me imitaban y tras de nosotros venían varios legionarios, a quien su combatividad llevó demasiado lejos. A través de los claros que dejaban las piedras y la vegetación, veía escenas horribles, adivinaba bestialidades capaces de helar la sangre al más animoso. Llegué a una zanja, donde me di de bruces con tres nativos decapitados… ¿dónde estaban sus cabezas? Y aquellos dos soldados… Tenían las ropas destrozadas y en la boca unas manchas asquerosas ¡eran sus propios testículos!… ¿Qué había pasado allí? ¿Cómo se llevó a cabo aquella repugnante carnicería? Volviendo la espalda al dantesco cuadro, permanecí agazapado, fingiéndome

muerto. Cuando la lucha amainó, poniéndome en pie de un brinco, olvidándome de que tenía la pierna abierta por una gumía, comencé a correr. Corría, corría… —¡Eh!, ¡ven aquí!… ¡aquí! —me llamaron desde detrás de unas peñas. Vi que agitaban un chambergo y, perseguido por las balas que se estrellaban contra las piedras, me dirigí hacia allí. Ya a cubierto, aplastado contra el suelo, quedé unos instantes sintiendo latir mi sangre, repitiéndome que estaba vivo. —¡Te libraste de una buena! —me dijo un legionario, ayudándome a levantar—. Se diría que a estos cabrones Alá sólo les enseñó a tender trampas—. Y era verdad. El legionario me hizo una cura de urgencia, me apoyé sobre las piedras y metiendo una bala en la recámara me dispuse a cooperar a la defensa del nido rocoso. El frente se había serenado… Chico, sin saber por qué comencé a llorar. —Qué, ¿huele mal la sangre? —me preguntaba el veterano señalándome la guerrera. —No me gusta matar. Me cayó encima y tuve que defenderme. —Defendiéndose nunca se gana nada. Si quieres morir, defiéndete siempre…

Miré fijamente al hombre del Pantano.

—Tenía razón, Agustín. Defendiéndose nunca se gana nada.

—Sí, claro —repuso mi amigo, aún más interesado en la guerra que en los litigios laborales—. La cosa es que de buena te libraste. ¡Chico, me das envidia con tantas medallas! ¿de qué son?

—Esta —señalé la del Mérito Militar— me la dieron cuando la operación que te acabo de contar. Como era cabo me hice cargo de aquella posición, tres soldados, el legionario y yo la defendíamos, y resistimos bien. La otra es la de África. Además —añadí vanidoso— también salí nombrado en la Orden del Día. Fue en Xauen, cuando me agujerearon la clavícula.

—¡Vaya! ¡vaya! Cualquiera te tose con tanto hierro.

—Sí, tanto hierro… —repetí pensativo—. Pero para ganarlo tienes que matar. ¡Y tú sabes lo que esto significa!

—Me lo figuro. La sangre tiene que oler mal…

* * *

Despidiéndome del picador, me dirigí hacia la diligencia. Poco después el cochero arreaba los caballos. Dando un brusco tirón, se puso en marcha el carromato. Pasados los primeros momentos, en los que me sentí atraído por la vista de la capital, me dediqué a observar a mis compañeros de viaje. Un matrimonio, gordos y glotones los dos, abría una voluminosa cesta repleta de tortillas, chorizos, trozos de escabeche y tomates partidos. El hombre,

parecían bailarle los dientes, sacó una navaja y comenzaron a comer con avidez. Junto a ellos, mirándoles con suficiencia, se sentaba un hombrecillo de monóculo y bombín, uno de los clásicos burgueses de mi provincia. Dos viejas, arrugadas en un rincón; un guardia, armado, y una muchacha, componían el resto del pasaje.

—Vienes de África, ¿verdad, hijo mío? —croó una de las ancianas, secándose un ojo con la punta del chal.

—La patria te recompensó ¿eh, muchacho? —intervino campechano el burgués, haciendo alusión a mis medallas— ¡Debiste de portarte como un valiente!

—Hice lo que pude —repuse sin ganas de conversación.

—Bien, hombre bien, ¡así se habla! Hombres como tú harían falta muchos para bien de la nación. ¿Cuál es tu oficio, si no es indiscreción?

—Minero ¿y el suyo?

—Rentista, muchacho, ¡rentista!

—¿Eso es un oficio?

—¡Vaya! —se asombró el hombrecillo, recorriendo con la mirada los pasajeros— ¡Pues claro que lo es!… Vamos, podría ser una profesión si te parece mejor.

Sonreí de una manera ofensiva. Volviéndole la espalda, fingí interesarme en el paisaje.

Ya abandonada la ciudad, la diligencia iba dejando atrás desperdigados caseríos, custodiados por castaños y nogales; cultivos y tupidos bosques. A nuestro paso se apartaban rebaños de ovejas y enormes mastines de ojos sanguinolentos. Otras tropillas blancas, escalando la montaña, se recortaban en la trasparente luz de las alturas.

Terminamos de recorrer una amplia curva y al fondo apareció el cauce del Valhundido. ¡El río de mi Valle! que tantas veces, en los momentos de desaliento, creí que no volvería a ver, se acercaba amigable, como estrechando la mano de mis sentimientos.

Allí se bifurcaba la ruta y mandé parar la diligencia. Despidiéndome con un vago ¡Hasta la vista!, salté a tierra. Cuando el carromato, envuelto en una nube de polvo, desapareció en un repecho del camino, me despojé de la guerrera y, echándomela al hombro, comencé a andar.

Me sentía a gusto, gozaba del regreso y de la felicidad de mis veintitrés años. Volvía de la guerra. —Guerra… ¡qué cúmulo de sensaciones encerraba aquella palabra! tantas, por lo menos, como Mina. Sudor, peligros, hambres, miedos, salvajismo… La guerra… No, no me sería fácil olvidarla. Aquellas crestas y valles, calcados

del África lejana, se encargarían de hablarme continuamente de cosas y de hombres, de temores, de corajes y desalientos: de una vida pasada. Marchando solitario por la estrecha carretera, me parecía recorrer aquella corta ruta marroquí, tan hostigada por gargantas y desfiladeros, por los colmillos de una naturaleza embravecida. Aquellos terrenos, tan cubiertos de vegetación que permitirían avanzar sin ser vistos…

«Sonó un «pácum» y el sargento cayó al suelo, retorciéndose, brillándole las tripas al sol. Hacía mucho calor y las moscas acudieron pronto al festín… El fuego arreció bruscamente… Un día sangriento; gritos de rabia, de desesperación y agonía; un día de luto para la ciudad de Xauen. Caída bajo el arrollador avance de nuestras tropas, un silencio mortal se apoderó de la población. Parapetados tras los olivos sagrados, aún mataba alguien a golpe de gumía; aún murieron algunos soldados, sorprendidos por los esporádicos disparos que partían de la Alcazaba, única posición que resistía. Fue duro el ataque, brillaron los curvos aceros, brillaron los machetes… Como ciervos enloquecidos, los restos de la cabila Al Ajmas, viendo la defensa imposible, huyeron a campo abierto. La persecución fue feroz; una de las harcas, cuyo escondrijo no logró descubrir el avión que nos servía de vigía, ¡cómo me acordaba de aquel que señaló al Valle la hora de la guerra mundial!, nos detuvo ante los altos matorrales que ensombrecían un desfiladero. Allí, frente a las huertas de Garuncín cayó el sargento para que las moscas acudiesen pronto al festín; allí se desplomó media sección, muertos. El corneta tocó «armar bayonetas» y, agazapados en el terreno, oliendo a carnes que, desangrándose servían de rancho a las moscas, esperamos órdenes. —¡Cabo Landa!, ¡adelántese a reconocer el terreno!—. El frente callaba, callaban los vientos y los fusiles, ¡era tremendo aquel silencio que gritaba! En aquellos momentos sentía una necesidad física de matar y temblaba como el último cobarde. El próximo avance, medio centenar de metros que nos separaban de una tupida arboleda, debería hacerlo a pecho descubierto. Me creía cerca de una muerte desconocida; la voz de la sangre me cuchicheaba al oído cosas horribles, asegurándome que un momento después volvería a adentrarme en el mundo espantoso de las matanzas. Crispé los párpados, apreté los dientes… ¡Hay que matar! ¡matar para vivir! Estaba a un segundo de hacerlo… ¡Adelante!, ¡hacia aquella ma…! Fue una dentellada la que prendió en mi hombro. En una increíble cabriola, di una voltereta en el aire, caí de costado y, oyendo silbar enjambres de balas, rodé cuesta abajo, hacia el enemigo, hacia un diminuto y seco cauce sombreado

por las chumberas. Arrastrándome con gran esfuerzo, intenté ocultarme de la vista del enemigo… Gritos de victoria y desesperación; aún disparó una ametralladora, después la lucha fue calmándose. La herida empezaba a dolerme… más, cada vez más. A duras penas, apretando el puño contra la clavícula, lograba contener la hemorragia. Me asustaba la vista de la sangre. Y aquella muerte que rondaba, Eran nuevas, distintas a las que tantas veces vi agitarse en las minas… Buscaba con ansia una salvación. No podía escapar por hallarse batido el terreno; tampoco podrían venir a recogerme. La vida, aflojada por la debilidad la tensión de mi brazo, seguía escapándose a borbotones por la herida. Estaba desangrándome y aquel reconocimiento me produjo un desaliento infinito, la misma y callada desesperación que me invadió el día que quedé sepultado por una quiebra. Cerré los ojos, como dispuesto a morir bien, pero poco después el ruido de un avión me obligó a mirar al cielo. Planeando como un águila extraña, descubrí la ya familiar silueta del aeroplano. Se acercaba a baja altura, rozando casi las crestas. Ya me sobrevolaba cuando de su armazón se desprendieron unos cuerpos brillantes. El mundo crujió y una densa humareda comenzó a elevarse sobre mi cabeza. Subía, subía… luego descendió bruscamente para penetrar en mis pupilas como el manto de una noche fantasmal… No supe cuándo me recogieron… Xauen, el hospital de Xauen».

* * *

Pese a mis dolores africanos, gozaba recordando la guerra, acercada, en alas de un viento de fusiles y coraje, por una melancólica añoranza. Fríos, miedos, lluvias, resignación… «Cuando la cojeante caravana de carros llegó a Uad Lau, me arrojaron en un destartalado hospitalillo para que las palúdicas se cebasen en mí. Durante unos días creí que no podría resistirlo; luego volvió la calma. Cuando pude levantarme, me alejaba hacia el mar, sobre el cual el sol contaba los infinitos brillantes que arrancaba a sus aguas. Mirándome, debilitado por la enfermedad y la sangre perdida, ¡cómo afilaba la guerra las sensaciones!, sentía la vida, al igual que cuando era pequeño y navegaba en el océano de los juegos, amante y amiga. El alma debía haberse vuelto niña porque, contemplando aquel mundo salado que corría a hundirse en el horizonte, parecía esforzarme por desvanecer tanta inquietud anidada en mi espíritu, por convencerme que existían otros espacios donde podría olvidar las luchas gremiales y los tiros… Marchar, huir hacia lo

desconocido, hacia donde me ignorasen… Llegaba a creer aquello posible y me dominaba una desagradable impresión, como si hubiese matado mis ideales, enterrándolos vivos. La llegada de Frank, que aprovechando que su compañía se hallaba en retaguardia, descansando, acudía con frecuencia, daba un brusco cambio a mis melancolías. —¡Hola, enfermucho! ¿No tenías bastante con un tiro para que te besuquees con las palúdicas?— Las atrapé hace unos días… ¡No tenemos todos la suerte que tú, y otros muchos como tú, tenéis. ¡Siempre en primera línea y ahí vas con el cuero entero! —¡Igual que «tus toreros», hombre! Bien, ¿y qué hay por tu Valle? —Nada, que otros, siguiendo mis pasos, andan ya por África. A ver si doy con alguno… —¿Eso es todo? ¿No te cuentan algo interesante? —No…, lo de siempre. Guardias, empresa, economato, grisú… La vieja revuelta de hambre… ¡Hasta que no nos compremos una buena corneta para despertarles la conciencia, seguirán portándose igual! —¿Conciencia? ¡Ja!, ¡ja! ¡Quita, chico, formalidad, que cuesta poco! Los embalsamadores del dinero la tienen como las bragas de una vieja, ¡dadas de sí y de no! Vamos, hombre, levanta ese ánimo—. Intentando obedecerle, hablábamos de guerra y de cabos. Luego bromeábamos sobre mil aspectos de nuestra vida de combatientes para terminar, como siempre, dando vueltas sobre el tema que nos unía y al que Frank, con sus frases certeras, hacía siempre nuevo. —Hay que luchar mucho para llegar a donde queréis. Y armaros antes la cabeza y el espíritu que las manos. ¡No lo olvides! Las armas más eficaces son las ideas y las palabras…, ¡no se las puede apalear! Tú vas derecho, ¿a qué desanimarse ahora? ¿O es que un pedazo de plomo tiene más fuerza que todo lo que llevas dentro. —No… Ideas, palabras… Los estómagos hambrientos no escuchan razones y en mi Valle estamos aún en esa etapa. —Es una cadena, la cadena de siempre que todos conocemos bien. Si un hombre no tiene un mínimo, munición que diría yo, de cultura y seguridad en el trabajo, se vuelve peligroso, tanto para los demás como para sí mismo. Es fácil maldecir porque un señor tenga un palacio con treinta habitaciones y una familia viva amontonada en una choza, pero ¿y lo demás? —Repito, en mi Valle aún estamos en esta etapa…, ¡peor!, porque además de darle al pico, debemos acostumbramos a dormir entre rejas. La gente no tiene ánimo para coger un libro ¡seguro que no! —¡Bah!, la cárcel sólo asusta a los que no la conocen. Como la muerte, un acto más de la vida. Los que saben que nunca se desea nada ardientemente si sólo se desea con la razón, no guardan miedo en el cuerpo ni aunque estén cerca de la tumba. Cuando se empieza hay que saber

llegar al fin… —Estamos solos, somos muy pocos. La mayoría, con trabajar y beber tienen bastante. —¿Qué quieres que hagan? Hay que enseñarlos. Cuando a la gente le sobre un real del jornal, el primer día se lo gastarán en vino, después les dará por enterarse de lo que pasa en el mundo. Y esto está escrito en revistas y libros. Es el principio. —Así debe ser… —¡A luchar, Landa! Pero escucha, ahora que te vas quiero darte un consejo. Cuando te lances a la pelea, no te olvides de mirar a todos los lados, hacia los tuyos también. La iniciativa está siempre en el individuo, no en la masa. La gente es tornadiza, quiero recalcarte esto, y puede llegar a escupirte aunque te estés rompiendo los riñones por ella… ¡Y a veces te darán ganas de escupirla! —Ahora me voy, sí, ya me voy pero antes… dime Frank ¿tú piensas pasarte la vida aquí metido? Hombres como tú son necesarios andando libres por el mundo. Este perpetuo vagar de la guerra tiene que terminar. ¡Tú vales, Frank! —¿Valer?… A veces pienso que soy un hombre que camina por la vida sin entenderla demasiado. —La entiendes perfectamente, Frank. Por eso tienes que salir de aquí. —Que quieres que te diga…, ¡con el hambre que tengo ahora no soy capaz de contestarte! Vamos a la cantina a echar un bocado… Escucha, Landa… La guerra nos volvió locos, ¡somos unos pobres locos!…»

Somos unos pobres locos… Eso decía también aquel médico que me propuso para la repatriación. Dos semanas después me encontraba hospitalizado en un dispensario de la península. No había pasado un mes cuando, cansado de tanta inmovilidad y disciplina, y creyéndome ya curado, una mañana, sin esperar el alta, salí a la calle y me dirigí hacia la estación, donde me esperaba el tren que me conduciría a mi cuenca.

* * *

El convoy ya se alargaba tras la máquina humeante, dispuesta a correr hacia las lejanas cumbres donde Hilario Potencia degolló a los violadores de su Antonia; hacia mi provincia, en busca de mi Valle…

Mi Valle… A la vista de sus gargantas y sus crestas, de aquel azul purísimo, marchando por sus humildes caminos, me parecía que nunca me había apartado de él, porque nunca, aunque nos hallemos a miles de kilómetros, nos vamos de donde nacimos. Allí estaba el Pozo y en él mi padre muerto, aguardando pacientemente que enterrasen su carne; allí se revolvía la minería y sus miserias. Mi madre y Selva me esperaban; y el señor Marcos y mis amigos,

ansiosos quizá de que regresase para aportar a la lucha común mi sangre joven y ya enardecida por otros aires y otras pólvoras.

Como adivinando que necesitaban de mí, temeroso de llegar tarde a la cita, apresuré el paso. A lo lejos relampagueaba el castillete del Pozo. En el metálico andamiaje, el sol, arrancando millares de reflejos, parecía contar un inmenso tesoro, reflejarse en la máscara de aquellas insondables profundidades en cuyos abismos se movían los hombres del carbón.

El Pozo, señor y dueño del Valle, se alzaba orgulloso en medio de la gran hondonada. Allí estaba sembrada mi vida y un camino de promesas…

Hacía allí corría…

«África, guerra… ¡Adiós!, ¡adiós para siempre!»

CAPÍTULO XVIII
ADELANTE…

Orillando el río, festoneadas de espumas sus aguas limpias, mal síntoma en una cuenca minera, me extasiaba en la contemplación de la arisca geografía de mi Valle. Por aquella parte, las riberas del Valhundido aparecían semiveladas por enjambres de juncos; más adelante le escoltaban los manzanos, sacudiéndose los vientos que se revolvían, como peleando, entre sus ramas desnudas. Desierto negro, la tierra desangrada; y arriba, sobre las serranías, grupos de neblinas yendo y viniendo desorientadas. Alguna pesada nube permanecía inmóvil, como si esperase que la retratase un sol que navegaba en un silencio absoluto.

Flanqueado por sombríos desfiladeros, recorriendo terrenos semejantes a los que vieron caer al sargento para que las moscas se cebasen en su sangre, me repetía que la guerra reviviría en mí con más frecuencia de la sospechada. Mi vida de combatiente suponía una etapa nueva en la que adquirí plena conciencia de hombre decidido. ¡Ahora sí me creía digno de mi padre!, de continuar la obra que él me impuso con su ejemplo y su muerte.

Me acercaba al Valle como si, de puntillas, fuese penetrando en un laboratorio, en un mundo virgen y maravilloso donde, manipulando a mi antojo, podría hacer realidad tantos sueños extendidos bajo las noches africanas. Me sentía fuerte, maduro para la experiencia; un guerrero veterano y ansioso de lanzarme al encuentro, distinto al que me llevó a la conquista de Xauen, pero sin duda más importante, más humano.

Aligerado de cualquier fatiga, de cualquier compromiso de los que nacen con la vejez, yo plantaría mi bandera de lucha junto al castillete del Pozo, todo un símbolo, en torno al cual iba a lidiarse la próxima batalla. A ella acudía bien pertrechado de combatividad y conocimiento. Yo conseguiría que en cada garganta cuajase la justa voz de protesta; yo convencería a mis gentes de que, como

creían los santos o los héroes fecundos, en el diario pugilato, venciendo todos los fracasos necesarios, estaba la victoria. ¡Atrás todo lo viejo, lo fracasado, lo manido! De una manera tajante y absoluta, me encontraba dispuesto para la misión que sentía vibrando a flor de piel, misión nacida de las cosas que a lo largo de la vida me habían ido enseñando los hombres y los libros…

Orgulloso de mi aventura, de mis heridas y mis medallas, iba adentrándome en la cuenca… Sin duda que era una gozosa novedad el regresar de una guerra. Pese al patetismo que adivinaba en los días que comenzaban, el inminente encuentro con tanta cara amiga y tanta compartida pasión, me sumía en un laberinto de amables sensaciones. Sin embargo, cuando, aún desde lejos, me llegó con los débiles humos de un tren minero la primera señal del Pozo, sonreí melancólicamente y me dije que había estado demasiado tiempo alejado de la cuenca, amando otras tierras más verdes y cálidas…

El Pozo… Una incipiente tristeza me hacía ahora verme solitario, un forastero perpetuo e indiferente a la guerra dejada atrás y a la mina que me esperaba. Regresaba para de nuevo arrojar mi juventud en aquellas tierras negras, en aquella repugnante fosa; para reanudar lo que Potencia llamaba «trabajos forzados con horas extraordinarias»…

«¡No! —reaccioné— ¡Yo quiero, yo debo amar a mi Valle sobre todas las cosas porque en él nací y en él está sepultado mi padre bajo estos terrenos sucios, con olor a carbón…!

Allí, en aquel Pozo, haciéndome ya guiños bajo el alto sol, permanecían sus restos esperando pacientemente que alguien les enterrase. Allí, en el Valle, en sus gentes y su geografía, estaba escrita la fidelidad que yo debía a mi padre desaparecido.

Cuando llegué a la colina que dominaba la hondonada de la cuenca, ya había cambiado de ánimo, emocionado ante la vista de las casas de la aldea, apelotonadas junto al río. Bajo una falsa quietud de paz, iban surgiendo viviendas de madera, renegridas; reuniones de míseras chozas, donde habitaban la mayoría de los campesinos-mineros; hierros, vagonetas, escombros. Y allá el Carmelón; más arriba el «soplete» que, junto a la «Sala», dejaron ardiendo los hombres de la «fiebre». En un extremo del poblado se extendía la plana construcción de «El Oasis», donde alguien estaría jugando a las cartas entre juramentos y vasos de vino. Allí la iglesia; detrás la Casa del Minero, invisible, aplastada en el barranco.

Poco después el pueblo abría ante mí su calle principal…

—¡Landa! ¡Uy, cuando te vea Selva con tantas medallas!… ¡Ah! ¿No sabes? El otro día anduvo de palique con Pepito «el Exquisito».

¡Tiene un coche más grande!

Las viejas «envenenadoras» de la aldea…

Apartando a la señora Anastasia sin gran miramiento, maldije mi mala suerte, aquel encuentro. Felizmente no tardé en tropezar con un minero que, aún con el rostro ennegrecido, corría jubiloso hacia mí. Era Caritas.

—¡Ven aquí, héroe, que voy a darte un achuchón que te van a crujir los huesos! ¡Qué alegría para el Valle!

—¡Vaya colores bonitos que te salieron en los mofletes! —bromeé intentando desvanecer una extraña impresión. ¿Me sentía distante, distinto a aquel hombre sucio que acababa de salir de las profundidades de la tierra? Reaccionando, ¡con qué exquisito cuidado iba meditando mis sentimientos!, volví a abrazarle.

—¡Es la salud, chico! Ya sabes que ahí abajo nos las gastamos así. ¿Te has acordado del Pozo alguna vez o con destripar moros tenías bastante?

—Más de lo que tú crees… Bueno, ¿y qué hay por aquí? Me encontré a Agustín, el del Pantano, y me dijo que anda la cosa revuelta.

—¡Psss!… Un día sí y otro también, pero ya estamos acostumbrados. Ya sabes, ¡tironeando siempre con la Empresa! Hay mucha gente parada.

—Y no habéis logrado… en fin, defenderos. Ya me escribió algo el señor Marcos.

—¿Defendernos? —hizo un gesto vago—. La minería anda cansada. Seguimos con las huelgas y entre los plantes y las suspensiones estamos más tiempo fuera que en la fosa. De todas maneras —añadió malicioso— hay más de uno que al salir no se olvida de desencajar un par de cuadros. ¡Sólo en levantar quiebras, la Sociedad está gastando un ojo de la cara!

—Con eso no se consigue nada… ¡Hombre, Empalmao! ¡Parece que has crecido!

—¿Yo? —rió sin ganas el aludido, estrechando mi mano.

Después de cambiar unas palabras de saludo, ensombreciéndose, me preguntó por su hijo Fede.

—No le vi. África es grande y estábamos muy aislados. No te preocupes, que aquello no es más peligroso que la mina.

—El chaval, ya sabes, no tiene muchas luces y allí solo… Bien —se consoló—, ¿vienes a echarnos una mano?

—Falta hace —respondió Caritas por mí—. Ahora se atreven a cerrarnos la Casa del Minero, cosa que antes ni soñaban. Hace unos días la abrieron otra vez. Si quieres echarla un vistazo, te acompaño

—¡Y yo! —exclamó el alto minero, ofreciéndome su petaca.

Por el camino seguí recibiendo muestras de afecto que, en mi vanidad, traducía por admiración. Llegué incluso a creer que en muchos ojos brillaba una esperanza, súbitamente despertada. Los hombres me apretaban entre sus brazos; ellas, más impaciente, repetían:

—¡Hay que dar palos, Landa!, ¡hay que dar palos!

Alguna viejecita arrastraba sus pies para venir, en un ademán que me turbaba, a besarme las manos.

—Ya te habrás enterado de lo que ocurre. Las hembras tienen razón, hay que hacer algo ¿eh, Landa? —decía algún minero aparentando despreocupación, pero tan inquieto como las mujeres.

—¡Claro, hombre! —añadía otro palmoteándome la espalda—. Cuando vuelve un secretario gremial hay que preparar los cohetes.

—Sí, hay que moverse —respondí, un poco confundido ante tanta expectación.

—¡Vamos a la Casa del Minero! —les comunicó Caritas—. Si os venís…

—¡Vamos!, ¡vamos!

Parecían ya dispuestos a dar principio a la lucha que, con mi llegada, creían posible. Yo debía traer aires nuevos, quizá en tierras lejanas podía aprenderse la solución a tanta desesperanza. ¿Quién sabía? En la cuenca ya estaba todo visto, ensayado y fracasado cientos de veces.

* * *

Éramos ya una veintena de hombres los que marchábamos carretera adelante, los que íbamos hacia las hileras de desocupados que, sentados en el suelo, apoyados en los muros de las casas, almacenaban resignación y odio. La boina sobre los ojos, como si les molestase la presencia del mundo, sacudidos algunos por un catarrazo capaz de rajar sus pechos de silicosos, tenían en común la falsa y peligrosa indiferencia con que dejaban pasar el tiempo. Parecían residuos humanos, fantasmas de una obra que quisieron hacer y que se rompió en manos ajenas. Semanas y meses de huelga o sin trabajo, enfrentados con un abismo de necesidades en el que perdían irremisiblemente toda voluntad de lucha, gritaban en silencio su cansancio ante una sociedad que les asfixiaba. En la triste e inquieta expresión de las mujeres, aquel síntoma afloraba violentamente a sus ojos. «Odian mucho y viven poco», me iba diciendo cuando, al aproximarnos a ellos, levantaban la cabeza con

indolencia. Luego se incorporaban y, metiéndose las manos en los bolsillos, empezaban a andar. Su ceño iba desarrugándose, una alegre brisa debía comenzar a correrles por debajo de la piel. Ellos necesitaban poco para esperanzarse. Ya sonreían, cuando, apartando bruscamente a los que me rodeaban, estrechándome con dureza entre sus brazos, me miraban a los ojos, como queriendo desentrañar todo lo que de renovador pudiese yo traer desde tan lejos… Sí, su desilusión era tan honda que en mí, uno más, veían quizá un salvador.

—Haremos algo ¿eh, Landa?

—No te habrás olvidado de que eras secretario gremial ¿verdad?

—¡Cómo se va a olvidar, cuerno roto!… ¡Este es de la misma madera que su padre!

—¡Verás ahora que viene de destripar moros!

—¡Hay que gritar! ¡Hay que gritar aunque nos caiga el techo encima!

El grupo seguía aumentando. Al pasar frente al cuartelillo de los guardias, ya éramos más de cincuenta. Los hombres del uniforme nos miraban ceñudos, sin acertar a descubrir el motivo de aquello que parecía una manifestación de mineros encabezada por un soldado.

Cuando llegamos a la Casa del Minero, los chiquillos ya habían adelantado la noticia. Dos centenares de hombres, paralizando por completo la circulación, ocupaban la calzada. El recibimiento fue emocionante. Lágrimas, en las que se traducía una dicha hondísima, nublaron mis ojos cuando, en una especie de maravillosa borrachera, me sentía llevado y traído, abrazado, zarandeado, llamado insistentemente. Se empujaban, se increpaban, discutían en su afán de llegar a mí, de estrechar mi mano. El Empalmao y Caritas, erigidos en mis «protectores», lograron al fin abrirme paso hacia el interior de la Sede, y entramos en la cantina.

—¡Quintín echa un tinto al «moro»! —gritó el picador.

—¡Qué sean dos! ¡Otro de mi parte, Quintín!

—¡Vamos, échale un vaso! —se impacientó un tercero.

Pero Quintín, aquel inquieto muchacho que una Santa Bárbara le llevó la mano, no les oía. Había abandonado el mostrador, conmovido como ningún otro por mi regreso. Después de dar rienda suelta a su alegría, volvió a la tarea. Sirvió un par de rondas y me pareció que con el vino iba desapareciendo de mis compañeros aquel desaliento que les tiraba a las cunetas como sobrantes de algún saldo humano. Hablaban a un tiempo, me tendían diez copas a la vez, preguntaban, exigían que les contestase a todos. En medio

de aquella efervescencia, alguien me preguntó a boca de jarro: ¿Sabes que hay gente por ahí formando otro Sindicato? ¡Mala cosa si empezamos a dividirnos!

—¿Otro Sindicato?… —me alarmé— ¡Es la primera noticia que tengo…! ¡Y lo primero que hay que combatir!

—Eso es lo que yo digo.

—¡Y yo!

—Partidos políticos y varios sindicatos… ¡Entonces podrían echarse los «ocultos» a dormir tranquilos!

—¡El señor Marcos dice lo mismo! —exclamó Caritas—. ¿No te escribió nada?

—No querría darle dolor de cabeza. ¡Con los moros tenía bastante!

—¿Quiénes lo forman?, ¡quién!

—Los capitanea el Aplomao. Ya sabes, ¡uña y carne con la Empresa!, pero los que más se mueven son Colás y Risueño.

—Colás… —silabeé su nombre, sintiendo crecer en mí la irritación—. Con ese me las entenderé yo, ¡y hoy mismo!

—Andan bravucones —dijo alguien sombrío— ¿Qué piensas hacer, Landa?

—¡Eh, Quintín! —llamé al cantinero por toda respuesta— ¿dónde está tu sobrino?

—Jugando en la calle ¿le digo que venga?

—¡Y de prisa!

Poco después entraba el chaval, sofocado.

—¡Hola, Landa!… ¡Vaya valiente que has tenido que ser!

—Mucho, Satur —bromeé—. Ve a ver a mi madre y la dices que ya estoy de vuelta y que…

—¡Ahí va! —me interrumpió—, ¡si ya fueron más de veinte!

Sonreí ante aquel ¡ahí va! que tanto me recordaba la niñez de su tío.

—Mejor… que iré dentro de un rato y que prepare algo para merendar. Te llegas a las casas de los de la Directiva y les dices que, si pueden, les espero a las cuatro para echar un trago. No te olvides, el señor Marcos, Vitelón, Javier… ¡Cabeza, palo y ley! Ves a Enpazdescanse, a…

—Javier está en la cárcel —me avisó alguien—. Y a Vitelón no le vendrá bien que le vean en reuniones. ¡Está muy fichado!

—¡Los «feroces»! —se oyó en aquel momento un grito reprimido.

La gente se apartó. Dos guardias, mandados por un sargento, se plantaron ante mí.

—¿Qué pasa en Cádiz? —preguntó el suboficial por todo saludo,

encarándose conmigo.

—Creo que nada. ¿A usted que le parece?

—¿No habrás venido a revolucionar la minería?

—Si usted llama revolucionar a poner las cosas en su sitio, sí.

—¡Pues tendrás que habértelas conmigo! —su voz era cortante, provocadora.

—Eso lo sabía antes de llegar al Valle. Con usted, o con el que estuviese en su lugar… ¡es igual!

—¡Muy farruco parece que eres! —el sargento me miró de arriba a abajo—. Y dime, guerrero —siguió dejando caer las palabras sin prisa—, ¿tantas medallas y aún no aprendiste a saludar a un superior?

—Usted no es mi superior. Ya estoy licenciado.

—¡Pero usted si es inferior!, ¡usted! —remachó la palabra, abandonando el tuteo—. Lleva un uniforme y mientras lo lleve tendrá que…

—Si es por eso, ahora mismo me lo quito —le interrumpí, comenzando a desabrocharme la guerrera.

—¡Fuera los guardias! —gritó una voz escondida.

—¡A su casa, que esta es la nuestra! —le coreó otro.

—¿Alguno quiere venirse con nosotros? —galleó altivo el suboficial, recorriendo con la mirada a los presentes.

—¿Detenidos?, ¡ji! ¡ji! —rió un viejo silicoso—. ¿Le parecen pocos los que tienen en el cepo, señor guardia?

—No te quites el caqui —me suplicó Quintín, a quien la llegada de los guardias trajo a mi lado—. ¡Deja que te vea tu madre con las medallas!

—¡Claro, hombre! —reforzó el Empalmao, empujándome hacia la puerta—. Anda, vamos antes de que se compliquen las cosas.

Aunque de mala gana, comprendiendo que un arresto no favorecería en nada mis planes, le obedecí. El sargento barbotaba:

—¡Ya te eché el ojo! ¡Ahora nos veremos a menudo, muchachuelo!

Sentí un asco extraño. Algo que me subía a la garganta y que me costó trabajo tragar. Como cuando veía las cabezas de los moros pinchadas en las bayonetas de los legionarios. Logrando contenerme, mirando hacia el mostrador, repuse:

—Eso espero, señor guardia… ¡Hasta luego, Quintín!

—¡Sargento!

—Como usted quiera…

Le volví la espalda y salí a la calle.

* * *

Cuando llegué al Camino, miré hacia mi casa. En aquel momento se lanzaban cuesta abajo tres muchachas. Mi madre quedó en la puerta, extendiendo las manos, abrazándome desde lejos. Dejé de mirarla porque Carolina corría hacia mí como un torbellino. Aún estaba lejos cuando gritó:

—¡Uy, cuantas medallas!, ¡uy! ¡uy!

El encontronazo estuvo a punto de hacerme perder el equilibrio. Un instante después llegaba Selva y tras ella venía Ana, saltando delicadamente los regatos, esquivando las piedras del sendero.

—¡Gracias a Dios que estás otra vez entre nosotros! —exclamó mi novia, radiante.

—¿No se enfadará Pepito el «exquisito» si te ve conmigo? —pregunté un tanto hosco.

—Tiene un coche… ¡Me gustaría montar en él!

—Haberlo hecho. Ya que andáis de buen palique…

—Habla francés y todo ¡fíjate!

Súbitamente, debió notar algo extraño en mi comportamiento, la muchacha se quedó seria.

—Además de las medallas y las heridas —intentó bromear— ¿no habrás traído celos de África?

—¡Se los habrán pegado los moros, mujer! —rió Carolina—. Ya sabes que todos los que se van vuelven un poco raros.

—Eso debe ser —repuse distraído.

Tomando del brazo a mis hermanas, reanudamos la marcha. Selva quedó detrás. Poco después sentí que sollozaba y Ana fue a consolarla.

Mi madre bajaba por el camino a pasitos cortos, una mano en la cadera, donde la hostigaba un viejo reúma. Vi que apretaba los labios para que el dolor no escapase por ellos, y corrí a su encuentro. La pobre mujer se dejó caer sobre mi hombro, dominada por el llanto.

—¡Qué alegría, hijo! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

—¡Vaya! —exclamé imitando sus pucheros—. ¡Así que ahora que vuelvo entero, lloras! Y si me llegan a matar ¿qué?

—¡Calla, hijo mío!, ¡calla!

Tomándola del brazo, reanudamos la marcha. Ella, orgullosa de su hijo; yo, radiante de dicha, de vanidad quizá. Como el primer día de mina, cuando fue a buscarme al Grupo, ya pasada la gran prueba de mis once años caídos en las tinieblas y del grisú. En mi fantasía me parecía sentir que en aquellos momentos formábamos el ritmo

originario de los seres de acción, de los prestos al humilde sacrificio y la generosa lucha. Embargados por una inmensa y sencilla alegría, nos reconocíamos ya vencedores en aquella guerra solitaria y sin motivo; en una lucha en la que sólo de tanto en tanto, como en aquella ocasión, creíamos adivinar que la adversidad iba quedando a nuestras espaldas; que, si no perdíamos antes la esperanza, todo podía ser porque lo estábamos conquistando a pulso. Mi regreso, la inmensa dicha de aquella mujer que, doblada por el reúma, caminaba a mi lado… ¿no eran motivos suficientes para confiar en que el drama y los aires de un hostil destino comenzaban a amainar?

Como campanas lanzadas al viento de la amistad, por puertas y ventanas surgían manos amigas, saludos y frases de bienvenida. Debimos detenernos muchas veces antes de llegar a casa.

* * *

Cuando entré en la vivienda, me pareció ver en ella el símbolo de la tierra enamorada que tantas veces evoqué en África. Allí estaba la cocina, allí el cuarto de mis hermanas, y el mío, desde el que tantas noches espié la llama del Carmelón y oí el cuerno de caza, aviso de caminantes.

Había dejado para el final la desierta habitación… No pude evitar un sentimiento de tristeza. Aquella estancia, silenciosa y oscura siempre, brillaba ahora bajo un sol alegre y avasallador. Había desaparecido la cama de mis padres y en su lugar colocaron una nueva, reluciente. Sobre la mesilla un ramo de flores; media docena de muñecos de trapo colgaban de las paredes. El arca no estaba.

—La guardé en el trastero —mi madre contestó a mi muda interrogación—. Como tuvieron que meterse aquí Tinín y Ana…

Fui en su busca, la trasladé a mi cuarto y cerré la puerta. Cuando volví a la cocina, mi gente parecía cohibida, apesadumbrada. Selva aún conservada en los ojos señales de haber llorado; Ana, junto a ella, me observaba con expresión grave. Despojándome de la guerrera, la dejé sobre el respaldo de una silla y tomé asiento. De una manera vaga, me sentía amargado, defraudado por algo que no lograba determinar.

—Bueno —intenté sonreír, deseoso de aligerar aquella penosa atmósfera—, ya estoy aquí. Ahora a trabajar y lo pasado, pasado está. ¿Qué tal os arreglasteis en mi ausencia?

—Bien, hijo. Cosiendo mucho, pero nunca faltó el pan en casa.

—¿Y Tinín? ¿Va bien el matrimonio, Ana?

—Sí, Landa —repuso mi hermana mirándome con ternura—. Le quiero mucho. Es muy bueno.

—¿Y él?

—Él también, ¿verdad, madre?

—Se porta muy bien. Vendrá ahora; tiene turno de tarde. ¡Si vieras qué cambiado está!

—¿Y el tiro que le dieron?

—Ya se curó. Cojea un poco, pero el médico dice que quedará como antes.

—Y tú, Carolina, ¿Qué dices?

—Yo, nada —repuso, haciendo unos gestos traviesos.

—¡Cómo nada! —la contradijo mi madre empezando a animarse —. Anda, dile a tu hermano que cualquier día nos dejas, que ya tienes el ajuar casi listo.

—Es muy pequeña aún. Qué tienes ¿dieciséis años?

—Va a hacer diecisiete. El novio la lleva seis, pero no parece importarles. ¿No adivinas quién es? ¡Cuándo tú te fuiste ya andaban tonteando!

Fruncí el ceño, asaltado por un desagradable presentimiento.

—¿No será…?

—¡Sí, Colas! Ya vino a hablarnos su padre.

Bajé la cabeza; luego mi mirada saltó por la ventana, hacia las laderas de enfrente, como si quisiera confesarme con ellas, reconocer que en la vida siempre acechaba una contrariedad para mitigar las pocas alegrías que encontrábamos. Colás, aquel que me enfrió el alma cuando tenía once años, y que ahora intentaba llevar la ruina a la minería con su maldito Sindicato, iba a entrar en la familia. Aquella confusa insatisfacción que nació cuando cambiaba el arca de habitación, que continuaba con la insospechada noticia, fue lentamente convirtiéndose en tristeza.

—¿Le quieres mucho, Carolina?

—¡Él a mí sí! —repuso vanidosa.

—Bien —murmuré poniéndome en pie—, esas son cosas vuestras.

Y dirigiéndome a mi madre, la recordé:

—Ya sabes que vendrán a merendar el señor Marcos y unos amigos. Prepara un bocado y un poco de vino.

—Es para hablar del Sindicato ¿verdad, Landa? —quiso saber Carolina.

Me dio la impresión de que, bajo su aparente desenfado, mi hermana se hallaba al tanto de muchas cosas, que incluso estaba

preparada para la situación que plantearía mi regreso.

—Sí, es para hablar del Sindicato.

—¿Quieres que avise a Colás? Él también entiende de eso.

—Pero de otra manera —contesté, mirándola fijamente—. Procuraré convencerle de que está equivocado.

—¡De qué le vas a convencer tú! —Carolina se puso en pie de un brinco, retadora. Le había cambiado la expresión, ardían aquellos ojos azules y hasta el rostro aparecía ligeramente transfigurado. Sin duda que en aquel año y pico de ausencia, en el Valle habían ocurrido muchas cosas.

—Él quiere una cosa y tú quieres otra —siguió hablando—. Si te vas a dejar llevar por esos minerotes… ¡Tú defiéndelos y un día te sacarán los ojos!

—¡Calla, mocosa! —me indigné— ¡Qué sabes tú! Minerote, como tú dices, lo era tu padre y lo soy yo.

—No soy mocosa y sé más de lo que crees. ¡Y Colás tanto como tú!

Procurando serenarse, añadió:

—Dile que venga. Estaréis juntos y no pelearéis. Me voy a casar con él, Landa, y tú eres mi hermano.

—Está bien, se lo diré. Iré yo mismo a avisarle.

—Así es mejor, hijo —suspiró al fin mi madre—. También él está de tarde, así que no tardará en salir del Pozo.

Me lavé, cambié de ropa y, sin ganas, comí un par de huevos fritos. Cuando me disponía a salir de la cocina, me detuve frente a Selva, quien, sentada en un rincón, silenciosa, parecía la mujer más desgraciada del mundo. No tuve humor para intentar consolarla. Además, pese a que me esforzaba por olvidarlo, las palabras de la señora Anastasia volvían como un eco desagradable.

Con un vago ¡Hasta luego!, abandoné la vivienda. Poco después, andando de prisa, llegué al Pozo. No queriendo ser visto por los mineros que vomitaba la jaula, me senté tras un montón de bidones vacíos. Vi aproximarse a Antón, acompañado de varios camaradas, y debí reprimirme para no ir a su encuentro. El Crecido e Hilario Potencia abandonaban tras ellos la maniobra. Tinín se presentó solo y con una sonrisa agradecida seguí con los ojos su carrera, aún cojeaba un poco, hacia el Camino, presuroso por llegar a casa. Juanito Juan también salió solo. Le había blanqueado un poco el pelo y su porte y su rostro parecían ahora calcados de los de mi padre. Colás no tardaría ya mucho.

Apareció rodeado de media docena de mineros. Iban muy juntos, como recelosos. Aquella actitud, síntoma de que estaban en

guardia, de que los hombres del carbón comenzaban a dividirse, me inquietó. Esforzándome en calmarme, encendí un cigarrillo y fui a su encuentro. Al verme, Colás se detuvo. Mariano, el hijo del vigilante Rogelio, aquel que tanto me ayudó en mis primeros años de mina, se adelantó unos pasos.

—Hola, Landa ¿ya de vuelta al Valle?

—Llegué hace un rato ¿cómo va ese Pozo?

—Como siempre. ¡Vamos tirando!

—Eso es lo que hace falta…

Y mirando fijamente a mi futuro cuñado, avancé hacia él. Reaccionando, me tendió la mano, que estreché distraído.

—Venía a verte. Quiero hablar contigo.

—Será con todos, ¿no? —intervino bravucón el Risueño, uno de sus acompañantes.

A cada paso, en cada hora, surgían hombres y cosas que pujaban por contenerme, porque en todas ellas latía el recuerdo de mi padre. Aquel Risueño fue el que en la noche de las antorchas que precedió a la huelga en la que un guardia me abrió la mejilla, recordó a un amigo que conocía alguien que se volvió loco porque había tropezado con los huesos de uno a quien había matado unos años antes; Risueño, el mismo que me acompañó en mi primer adentrarme en la mina, en mi primer día de miedo…

—He dicho con él —repliqué suavemente—. Los asuntos familiares, en familia quedan. ¿Estás o no de acuerdo, Risueño?

—Si es por ahí por donde va el asunto…

—¿Tiene algo de malo que vaya a casarme con tu hermana? —alzó la voz Colás.

—Yo no he dicho tal cosa. Quiero hablar contigo; eso es todo.

—Está bien —accedió a regañadientes.

Dirigiéndose a sus amigos, añadió:

—Luego nos veremos en casa.

El Risueño pareció dudar aún. Mirándome desconfiado, propuso a su camarada:

—¿Voy contigo? Con fumarme un cigarrillo unos metros más allá está todo arreglado.

—Ya es mayorcito ¿no crees? —Empezaba a impacientarme.

—¡Será o no será! —barbotó el entibador—; pero como ocurra algo que no nos guste, va a arder el pelo a más de uno.

—En lo de arder el pelo, estamos de acuerdo… ¿Vamos, Colás?

—Vamos…

Dejamos atrás la verja de la maniobra y seguimos carretera adelante. Colás me preguntó por mi vida en tierras de África y yo,

en mi deseo de alejarnos lo más posible de los sitios frecuentados, alargaba la charla con detalles intrascendentes. Luego hablamos de Carolina y de sus sentimientos hacia mi hermana. Me pareció que la quería sinceramente y aquello no me produjo ninguna alegría.

Volví la cabeza. Aquellos parajes se encontraban ya prácticamente solitarios.

—¡Colás! —le espeté a boca de jarro, sujetándole por el brazo—. Te puedes imaginar que no es precisamente por mi hermana por lo que he venido a buscarte.

—¡Lo sé y aquí me encuentras! —replicó rápidamente, como si hubiese esperado aquel momento. Le temblaban los labios, ansiosos de comenzar la pelea que presentía.

—Así se simplifican las cosas. Primero vamos a ajustar cuentas tú y yo y después las arreglaremos con los demás. Yo llevo dos días de viaje y aún me hacen cosquillas las heridas. Tú sales de la mina. Estamos igualmente cansados.

Y señalando hacia un sendero que conducía a una hondonada le propuse:

—¿Te parece que tiremos por ahí?

—Por mí…

El atardecer ya sombreaba el Valle; el viento, cayendo de las montañas heladas, quemaba el rostro. Allá arriba sobrevolaba la cuenca algún águila incansable. Vigilados por ella, nos apartamos de la carretera, dirigiéndonos hacia el monte. Íbamos silenciosos porque, sin haber cruzado una palabra más, teníamos todo dicho. Nos conocíamos desde niños para gastar frases inútiles. Además, él sabía que un día yo habría de regresar, que inevitablemente nos enfrentaríamos.

Cuando, traspasado un pequeño repecho, nos detuvimos en la hondonada, me pareció obligado lanzar una especie de declaración de guerra.

—¿Sigues pensando que al Valle le convienen dos Sindicatos?

Despojándose sin prisa de la chaqueta, replicó insolente:

—¡Eso ya se lo hemos «dicho» a los tuyos alguna vez que otra! Nadie cree —sonrió provocativo— que con palabras se va a solucionar este asunto. ¡Claro, que faltaba el arregla pleitos!

—Pues sí… francamente faltaba y ya llegó. Desde ahora espero que no os vaya la cosa tan bien. ¿Preparado?

—Cuando quieras…

Aunque ninguno de los dos lo sospechásemos, como encallecida la vieja enemistad que nos hacía pelear entre el nervioso guirigay de nuestras respectivas bandas, era mucho el odio que debíamos

profesarnos. Colás se abalanzó contra mí con tal furia que me hizo perder pie, arrojándome sobre un montón de piedras. Logré esquivar un segundo asalto y un instante después me incorporaba. La posibilidad de ser derrotado en aquella lucha, en la que yo creía ventilándose la suerte de mi Valle, me inflamaba la sangre. Mi mundo se centró instantáneamente en aquel hígado, en aquel vientre que debía hacerle retorcer de dolor; en aquella garganta que llegaría a estrujar con mis manos… Un relámpago de serenidad me dijo que en la lucha no había que perder los nervios y, retrocediendo un paso, compuse la guardia. Colás, encogido como un gato salvaje preparando el salto, se acercaba cauteloso… le esperé, le engañé con un falso movimiento y en aquel segundo de indecisión le clavé mi puño en el hígado. El picador soltó un aullido de dolor que no llegó a terminar porque otro potente zurdazo se estrelló en su cuello. Un tercer golpe le tiró por tierra. Crispando el rostro, en el que afloraba todo el sufrimiento, asesinándome con el brillo homicida de sus ojos, enceguecidos por los golpes y el aborrecimiento, Colás jadeaba espantosamente.

—¿Quieres más?

—Espera… espera un poco… —me pidió en una súplica que era un reto.

Lo esperé. Volvió a ponerse en pie y aún logró colocarme un par de ganchos en la mandíbula. Poco después Colás era irreconocible. Velado por una costra repugnante —la sangre y el barro habían convertido el rostro de aquel hombre en una máscara asquerosa— cayó de rodillas. Luego, desencajado por tanto mazazo, ya desplomado sobre la tierra sucia, Colás se llevó trabajosamente las manos a la boca, se hurgaba en las encías, en los lugares dejados libres por los dientes arrancados. Dominado por un angustioso asombro, quedó largo rato mirándose las manos ensangrentadas.

—¿Quieres más?

Colás negó con la cabeza. Lentamente entornó los ojos, increíblemente desfigurados, y, como esperando desvanecerse, se cubrió el rostro con las manos. Colás perdió el sentido.

—Con que asuntos familiares, ¿eh?

Me volví como un tigre. Pendiendo el cigarrillo de su labio inferior, una siniestra sonrisa le deformaba el rostro, el Risueño se aproximaba. Se despojó de la chaqueta y sacando del bolsillo del pantalón una enorme navaja, comenzó a abrirla lentamente.

—Has vuelto muy cantarín, Landa —me provocó con voz de falsete.

Y recitando uno de los tantos dichos del Valle, añadió:

—¿Has olvidado que las cigarras mueren cantando?

Intentaba mantenerme firme. Jadeando sonoramente, le contesté, como escupiéndole:

—Hay otros que les gusta pregonar su muerte. Como los sapos, que se descubren al croar… ¡Tú eres uno de ellos!

—Así debe ser… —repuso suficiente, cortando un par de veces el aire con la faca—. ¿Qué te parece si me entretengo en hacerte crujir las muelas?

—¡Cobarde!

—No tanto… —silabeó arrojando el arma por encima del hombro.

Me sentía cansado, infinitamente cansado. Me dolían los golpes y la clavícula, donde fue a alojarse una bala mora. Embargado por la cólera, por la repugnancia, me sacudí la sangre que, manando de las cejas rotas, me velaba la visión y bajando la cabeza… El Risueño se adelantó. Recibí un mazazo en el estómago, aún logré rehacerme, meterle el puño entre los ojos; aún, moviéndome torpemente, conseguí devolver un golpe por cada tres que recibía. Presintiendo acercándome al límite de mis fuerzas, buscaba ansioso un sitio decisivo donde batir a aquel hombre que, aunque doblándome la edad, era duro como un toro. Dentro de mí rasgaba un grito desconocido; la sangre, como un martillo, golpeaba mis sienes. Buscaba, buscaba… sentí una coz en pleno rostro, luego un golpe en la espalda, en la nuca. En el firmamento de mis pupilas se alejaba la luz rápidamente; aún más de prisa vinieron las sombras. Presa de una angustia desconocida y espantosa…

* * *

Estaba atardeciendo…

Abrí los ojos y en ellos se clavaron, como una pesadilla, un árbol, alto, muy alto. Cerca se dejaba oír el gorjeo de un arroyuelo. Poniéndome trabajosamente en pie, sentía las piernas flojas, seca la lengua, me dirigí hacia el regato. Lavé mis heridas y el agua fría me reanimó. Adecenté un poco mis ropas y peinándome los cabellos con los dedos, procurando no ser visto, me encaminé hacia mi casa. Pese a mis precauciones, no pude evitar cruzarme con media docena de personas, de las cuales sólo una me reconoció. El resto se limitó a asombrarse; las mujeres, haciendo la señal de la cruz, invocaban a todos los santos.

«El triunfo escapa siempre, siempre escapa…»

Apretaba los puños, y en lo más hondo de mi la amargura y el

desaliento se daban la mano.

Cuando me acercaba a la vivienda, adiviné a lo lejos, de un color ocre sucio, el recuerdo de aquel azul con que amaneció el día sobre la cordillera, sobre el tren que aquella misma mañana me dejó en la capital…, ¡con qué rapidez giraba la vida!

Llegado a mi casa, dudé un momento antes de entrar. Pensando que mi tardanza les tendría preocupados, abrí la puerta resueltamente. Alguien dejó escapar un grito de sorpresa; luego fue mi madre la que gimió. Mi pobre madre, a cuyo lado parecía caminar el dolor sin que ella lo pudiera alejar.

—¡Hijo mío!, ¿qué te pasó? —exclamó sollozante, cayendo en mis brazos.

—¡Maldito! —oí un desgarrado chillido.

A través de la neblina formada entre mis párpados hinchados, intenté adivinar quiénes se hallaban sentados en torno a la mesa. Aquél era el señor Marcos. Sí, era él. Los que estaban a su lado eran Gago y Antón… ¿Vitelón? No, Hilario, era Hilario Potencia. Vitelón se apoyaba en la pared. Llegué a ver que movía los labios.

—¿Aprendiste en África a afeitarte con tigres?

—Sí… déjame, madre —le pedí, apartándola suavemente—. No es nada, la cara se hincha en seguida.

—Este es más duro que un chorizo de los malos —rió forzado Hilario Potencia.

El señor Marcos y Gago guardaban silencio.

Al fin, mi madre fue a refugiarse en su habitación. Temí que, sin su presencia, mi hermana diese rienda suelta a la cólera. Me sentía impresionado por aquel rencoroso ¡maldito! que dejó escapar cuando entré.

Así fue. Cuando me disponía a estrechar la mano de mis amigos, Carolina se interpuso entre nosotros. Yo apenas veía, pero aun ciego hubiera adivinado la rabia y el odio concentrados en los relampagueantes ojos de la muchacha.

—¿Te pegaste con Colás? ¡Dilo!

—Al principio. Luego el asunto fue con otro…

—¡Dilo!, ¿le pegaste?, ¿peleaste con él?

—Sí, peleé con él —terminé confesando, dejándome caer sobre, una banqueta.

Apretó los labios, preparando una nueva afrenta.

—¡Asqueroso!

Aquella bofetada me hirió muy adentro, me dolió aún más que los golpes de mis enemigos. Cuando reaccioné, Carolina ya corría Camino abajo. Tras ella quedaba la estela de unos sollozos que eran

más bien aullidos.

—Vamos, Landa, echa un trago —me ofreció Antón su vaso—. Si hubieses venido mañana —intentó bromear—, te habrías evitado unas cuantas cosas. Ana y Tinín fueron a buscarte.

—¿Qué paso, muchacho? —preguntó al fin el señor Marcos.

—Esto no tiene vuelta de ojo —chanceó Potencia—. ¡Que le llenaron la cara de manos!

—Calla, Hilario —pidió el Patriarca, suave pero autoritario—. Cuenta, Landa… Es decir, si no prefieres acostarte y mañana…

—El día aún no terminó para mí —le interrumpí—. Ya que lo comencé bien, quiero terminarlo mejor.

Los sollozos de mi madre sirvieron de música de fondo a mi narración. Cuando terminé de hablar, un espeso silencio siguió a mis palabras. A romperlo vino el vozarrón de Vitelón, quien, golpeándose el pecho con fiereza, exclamó:

—No quiero otra fiesta para este año que encontrarme ahora mismito al Risueño. ¡Hacía tiempo que no se me encendían los faroles de esta manera!

Y poniéndose en pie, terminó:

—¡Con su permiso, señores!

—¡Siéntate, Vitelón! —le ordenó el Patriarca.

—Perdón, señor Marcos —aquella fue la primera vez que vi rebelarse al gigante—. Tengo cinco hijos y ya soy mayorcito. ¿Me acompañas, Hilario?

—¡Eh, muchachito!, ¿qué dices tú? —Potencia, ajustándose los pantalones, se incorporó.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Gago—. Debemos decidir antes las medidas a tomar. No se trata de Landa, sino del otro Sindicato. ¡Con mamporros no arreglamos nada!

El picador contenía a duras penas la cólera que le dominaba. Al fin barbotó:

—¡Haces el favor de dejarme tranquilo!… ¡Vamos, Potencia!

Los dos forzudos abandonaron la cocina.

—Antón, vete con ellos —le pidió el Patriarca—. Este par de locos son capaces de hacer alguna barbaridad.

Mi antiguo picador obedeció. No tardó en volver, para, sentándose desalentado, confesar:

—¡No se puede con ese par de bestias! Dicen que nací fino para repartir golpes y que me viniese o me «venían».

—Está bien —se resignó el Patriarca—. ¡Ojalá no pierdan la cabeza del todo!

—El Risueño trabaja en mi galería y es un buen compañero —

habló Gago—. No sé cómo ha podido hacer esto…

El barrenista guardó silencio. Súbitamente me olvidé de mis dolores para dejarme mecer por uno de esos aislados y hermosos acontecimientos del alma. ¡Qué tranquila estaba mi casa! pese a los lloros de mi madre; ¡qué dichoso me sentía junto a aquellos tres hombres, tan ligados a mi padre y maestros míos después! Como si continuamente estuviese esperando una nueva oportunidad de sacrificio, en aquellos momentos deseaba que ocurriese… no sabía, una ocasión para demostrarles todo mi afecto. Mi cabeza iba despejándose, los nervios los sentía de nuevo firmes. Mirando de reojo mis manos heridas y congestionadas, íntimamente me reprochaba, pese que no faltaría quien les secundase, el no haber acompañado a mis vengadores. Seguro que ya andarían a golpes por la aldea, terminando la obra por mí empezada, preparando el gran triunfo del cual, los más gozosos serían aquellos tres hombres que se sentaban en torno a mi mesa. En una muda gratitud, mis ojos saltaban de uno a otro, como abrazándoles.

Gago opinaba que sí perderían la cabeza, pero que era imposible luchar contra su terquedad.

—Por otra parte —parecía haber cambiado de opinión—, lo que ellos van a hacer, tarde o temprano tendría que hacerse.

—¡No estoy de acuerdo! —saltó el Patriarca—. El hombre es más amigo de la violencia cuando menos le asiste la razón… ¡Y nosotros la tenemos de nuestra parte!

—Pero necesitan que se lo demostremos —dejé caer.

—Puede ser, pero no con tus métodos. Los golpes no pueden darse con lentitud. El día que nos lancemos a terminar con ellos, daremos de firme. Lo que hiciste hoy me parece una equivocación. ¡Te cerraron los ojos pero ellos los habrán abierto!

Se estremecieron mis labios. No pude contenerme:

—¡Para algo somos hombres y no piedras! Lo que buscamos no se consigue con desearlo, hay que conquistarlo. Y antes de la paz viene la guerra. Si hoy lo hice mal, otro día lo haré mejor. Y lo haré con los ojos cerrados o abiertos, ¡es igual!

—Pero siempre en su momento, Landa —repuso ahora paternal el viejo minero—. Hay que vivir un poco sobre la marcha y esto nos obliga a ser prudentes. ¿Crees que habrás conseguido algo si ahora aparece por la puerta un ángel con espuelas y te meten entre rejas?

—¡Está bien todo lo que acaba bien, y esto acabará así! —repliqué tozudo—. ¿Usted que piensa, Gago?

—Por lo pronto —su voz era pausada, como queriendo serenar los ánimos— creo que lo mejor es que el señor Marcos te cuente

algo de lo ocurrido en tu ausencia. Como secretario gremial que eres —añadió halagüeño— debes saberte al dedillo estas cuestiones. Otro día nos hablarás de tus andanzas en África.

—De acuerdo, Gago.

Tomé la frasca de vino y llené los vasos.

—Poco hay que contar —comenzó el Patriarca—. Ya sabes que hasta dos años después de la guerra, el tiempo que tardaron en abrir sus galerías las minas extranjeras averiadas por el conflicto, continuó habiendo gran demanda de carbón. Después bajó, algo recordarás tú de esto, y la Empresa, a quien la costaba desprenderse de las malas artes permitidas con el desbarajuste de la contienda, siguió con sus triquiñuelas. Olvidando que durante muchos años llenaron sus arcas, repetían el célebre cartelito «Despedidos hasta nuevo aviso», y amenazaron con que, en caso de desórdenes, quedarían quinientos obreros más sin trabajo durante un año. Así estábamos cuando la huelga que te «llevó» a África. Se salieron con la suya y si no quinientos, más de la mitad fueron licenciados, pese a que nos callamos. Por si fuera poco, inmediatamente intentaron asestar el segundo golpe, ofreciendo faena a los desocupados a base de un diario más bajo. De esta manera pretendían simplemente «acogotar» los jornales. La maniobra fue acompañada de una represalia, que consistió en subir el precio de los artículos del Economato, principalmente el pan, con objeto de limar nuestro espíritu, de cercarnos por hambre… ¡Fue ya la gran huelga! Ni un solo hombre pisó las minas. El alcalde, un técnico de la compañía, sacó los guardias a la calle y no les dio mejor resultado que un tren de desgraciados traídos de otras cuencas. La división, la «sangría» que por todos los medios intentaron crear entre los hombres del Valle, donde daban trabajo a algunos como de limosna, no tenía visos de prosperar. Los tajos seguían desiertos; los capataces y los ingenieros, que entraban en la mina con ínfulas de hacerse cargo de un batallón de negros, empezaban a preocuparse. A golpes de fusil obligaron a algunos a vigilar el mantenimiento de los entibos, pero poco consiguieron con aquellos brutales métodos. La cosa se ponía mal, pese a todo, y muchos compañeros debieron irse en busca de un real a otros valles y aun a Francia, al tiempo que otros que no conocíamos ocupaban sus puestos…

El Patriarca fue interrumpido por alguien que aporreaba la puerta. Mi madre salió a abrir y durante unos instantes oímos un cuchicheo de conversación. Cuando se despidieron, el Patriarca reanudó la charla:

—Viendo la cosa sombría, la Sociedad pareció ceder. El trabajo

se reanudó, pero una semana después quedaban despedidos los que más se significaron. Y una y otra vez el ataque. Al fin creímos que empezaba a doblar el espinazo y la Directiva, ya teníamos preparadas las bases, apeló a la autoridad. Siguió un forcejeo, Comisiones Mixtas, Paritarias; acudimos a los Tribunales Industriales, la Central del Sindicato vino en nuestra ayuda…

—Un día —suspiró el Patriarca— nos sentimos recompensados. Llegamos a un acuerdo, firmamos y desde la ciudad pusimos un telegrama para que se reanudase el trabajo.

—No tuvimos mucho tiempo de gustar las mieles —siguió Gago —. Apenas llegados a la cuenca, fuimos detenidos, acusados de agitadores. La Empresa, juzgando que las arcas particulares, e incluso las del Sindicato, estarían exhaustas, y que los obreros se hallarían desmoralizados, consideraron papel mojado lo firmado pocos días antes y un nuevo despido ensombreció el Valle. Por otra parte, el cambio de Gobernador, puesto por ellos, fue una baza definitiva que nos costó cara.

—Y tan cara —volvió a hablar el viejo minero—. Otra vez el fantasma del paro, del hambre… Otra vez, con mayores bríos, la reacción minera. Sin embargo —el señor Marcos bajó la voz—, los compañeros empiezan a decirnos que todo son promesas. Se desaniman y buscan trabajo como sea y por el jornal que sea. Esto, para la Empresa, es carta blanca. A agravar la situación vino el otro Sindicato… Ya conoces la historia. El Aplomao y unos cuantos se prestaron al juego y ahora tiene libreta quien, la Sociedad quiere y los días que ella quiere.

—¡No podemos decir que la cosa vaya precisamente bien! — remachó Antón.

—¡Esos «ocultos» no ven más allá de sus narices!… —barboté irritado—. ¿No se dan cuenta de que lo que no es suyo tendrán que soltarlo y cuanto antes mejor para ellos?

Me acordaba de la «silesiada» y de Frank; de mis grandes sueños africanos. Luego me acerqué con el pensamiento a aquellos hombres que vi a mi llegada, caídos en los bordes de la carretera, desamparados, en un continuo duelo que les apartaba de todo aquello que no fuese resignación. Había algo en ellos que dolía, que pesaba y silenciaba sus esperanzas…

—Si ellos perdieron la noción del pecado, que así le llaman, de moral para entendernos, ¿por qué hemos de conservarla nosotros? Es difícil decidirse a abandonar lo conocido, lo sé, pero también sé que de las lágrimas a la risa no hay más obstáculo que la nariz… ¡Vamos a saltarle! Nunca es vergonzoso lo que es forzado.

—Si te explicas, quizá te entendamos —murmuró el Patriarca, apartando los vasos para cruzar los brazos sobre la mesa.

La honda desesperanza que yo adivinaba en aquellos hombres, a los que yo tenía por maestros; el saberlos perdidos en el laberinto de las mismas acciones, de las repetidas acciones que conducían a unos resultados conocidos, y por lo tanto inútiles, me producía un sentimiento de superioridad que se rebelaba contra todos mis intentos de aplacarlo.

—¡Es fácil! Hay seres que parecen gozar redondeando la tragedia, poniéndonos una pinza en la nariz para comprobar cuánto resistimos. Lo que aguantamos ya lo sabemos, aunque aprender nos costó hambre. Ahora se trata de saber cuánto aguantan ellos. Nosotros no buscamos más que paz y pan y lo conseguiremos como sea. ¡No están para buenas maneras los que viven de mala manera! En una palabra —añadí más calmado—, si queremos asegurar un mínimo de bienestar a nuestra gente, ¡tenemos que hacernos más fuertes que los «ocultos»!, más fuertes que el carbón, que nos embrutece, más…

Bruscamente me detuve, los ojos clavados en la mesa, como si en ella pudiese ver las imágenes de un futuro que mi ideal y mi fe creaban y para cuya descripción me faltaban palabras. Apasionado, quizá sin pensar cabalmente en las consecuencias de la acción, me reconocía inventándome triunfos, me convencía de que al fin estaba en mi mano la panacea de tanta podredumbre social…

—¿Quieren que consigamos nuestros propósitos sin romper un vaso? —pregunté tan bruscamente como me había interrumpido.

—Sí, hay que romper algún vaso —convino Gago sin ánimo.

—¡Muchos! Debemos ir a la huelga, pero dejando antes los tajos a punto de despedazarse. Remover los entibos, inutilizar las bombas, agrietar las rampas…, ¡que se hundan las minas si no hay alguien que las sujete, y ese alguien somos nosotros, que nos negaremos a acudir aunque la sirena se quede ronca de llamarnos! Eso hicieron los mineros de Silesia, ¡eso es la «silesiada»!

—Eso es jugarse el todo de todos… —receló Gago.

—La lucha entre el capital y el trabajo es y será siempre sin cuartel. Aquí nos enfrentamos con unos manoseos financieros; en el campo lo hacen con «sus» señoritos. Unos formando monstruosos monopolios; otros viviendo de la herencia de alguien que guerreó; o se aprovechó de la largueza con que un soberano aburrido premiaba a los diligentes en el arte de llevar el orinal a la cámara regia… ¡Es igual todo!, títulos para despedir a la gente y poner el pan donde haya que saltar para alcanzarlo.

De nuevo golpeaban la puerta. Cuando abandoné la cocina, ya estaba mi madre en pie, encendido el rostro por tanto llanto. Al verme, de nuevo se llevó las manos a los ojos, como si aún la horrorizase mi lamentable estado.

—Yo abro, madre.

—Siéntate, hijo, siéntate —me empujó sin fuerza.

Se detuvo ante la puerta. Sin atreverse a abrir, preguntó:

—¿Quién es?

—¡Soy Satur!

Durante unos momentos, el jadeo impidió hablar al sobrino de Quintín. Cuando entró en la cocina, arrancó de carrerilla:

—Dice mi tío que no salga de casa Landa, que hay muchos garrotazos y que creen que él tiene la culpa. Y que Vitelón y el señor Potencia han reunido a muchos mineros y que están baldando medio Valle; y que hay muchos en el hospital y que Vitelón está en el hospital; y que Colás está sin dientes y que el Risueño se va a morir; y que se armó la de Dios y que ya no sabe más…

—¡Bueno! —no pude menos de sonreír ante el inesperado final del crío—. ¿Así que se armó la de Dios y que ya no sabe más?

—No, ya no sabe más —repuso el chico muy serio.

—Hala, lárgate y no digas a nadie que estuviste aquí.

Satur asintió con la cabeza. Poco después desaparecía Camino abajo.

Cuando, ya llegado el chico a la carretera, me aparté de la ventana, me sentí inexplicablemente embargado por una alegría inmensa.

—¿Qué les parece?

—¿Qué te parece a ti? —retrucó Gago un tanto arisco.

—Pues que hemos comenzado bien —pasé por alto el tono del barrenista—. Ahora no queda más que llevar a cabo lo que en el combate se llama «explotación del éxito». Cuando el enemigo se amilana, ¡y ellos andarán con el rabo entre las piernas!, es obligatorio seguir asestando golpes.

—¿Más aún? —intentó bromear Antón—. Parece que la guerra te refrescó la cabeza. ¡A ver esos aires nuevos! ¿Qué crees que pasará ahora? Esta es una situación nueva.

—Yo iré mañana mismo a pedir trabajo —empecé a hablar como si me dispusiese a explicar una lección—. Me lo negarán. Por la tarde nos presentamos en delegación a entregar nuestras peticiones, que las tenemos preparadas y hasta cubiertas de arañas. Les damos cuarenta y ocho horas para estudiarlas, ¡ellos también se las saben de memoria!, y como no llegaremos a nada concreto… —me encaré

con el señor Marcos—. ¡Entonces ponemos en práctica la «silesiada»!

El viejo minero titubeaba. Me dio un poco de lástima el Patriarca, tan curtido por las pruebas y los desengaños. Aquel antiguo enamorado de las eternas preguntas sobre el hombre y las injusticias, pese a que intentaba disimularlo, hacía ya muchos años que perdió la fresca esperanza de creador, tan necesaria en toda lucha. En aquellos momentos, obligado a elegir entre los gastados métodos a que estaban habituados, y las tajantes medidas que yo propugnaba, se mostraba temeroso ante lo que vislumbraba como la última posibilidad.

—Señor Marcos, si dudamos en estos momentos terminaremos: dándonos de narices con un imposible. El ambiente está ahora a punto. Cuando el hombre se remanga la camisa, se dispone a todo.

—Este mundo que parece perfecto, ¿por qué estará lleno de dolor?

El Patriarca recordaba palabras de Roxo y su reacción me produjo una desagradable inquietud. Como si por primera vez le viese, o súbitamente me sintiese defraudado por un hombre al cual, quizá sin estarlo, le creíamos experimentado para conducirnos victoriosamente por el laberinto de los litigios laborales, me resistía a escuchar aquella voz interior que intentaba convencerme de que el señor Marcos había dejado de ser nuestro guía. Sí, él tenía razón cuando aseguraba que para resolverlos era necesario el conocimiento y la prudencia, pero no lo era menos que a nada nos llevaría una acción carente de impulso juvenil. El Patriarca se encontraba demasiado cansado.

—Cuando pensamos que estamos acercándonos demasiado al fuego, es cuando hay que dar el último empujón —insistí yo, tenaz —. Créame, señor Marcos, es así.

—Para mí tiene razón —contestó por él Antón. Al fin alguien se inclinaba de mi lado.

—Podíamos pensarlo detenidamente —propuso el barrenista—. Mañana, con las luces, se aclararán mejor las cosas.

—¡De acuerdo! —consentí.

—Eso está mejor —respiró al fin el Patriarca—. Es conveniente saber antes lo que ocurrió esta noche. Voy al hospital a ver qué gente cayó por allí. Tú, Landa, debes quedarte en casa.

—Eso haré. Hasta mañana y ánimo, señor Marcos —le palmoteé la espalda cariñoso—. ¡Verá cómo todo sale derecho!

Pronto se perdieron por el Camino las siluetas de mis amigos. En medio, encogido, titubeando al andar, iba el Patriarca.

«Pobre señor Marcos… Es un idealista, pero ¿para qué sirve serlo si olvida la espada?»

* * *

—Cierra la puerta, hijo. Si te ven, vendrán a buscarte. Anda, cena algo y te acuestas.

—No, madre. Debo ir a buscar a Carolina. Hace tres horas que marchó.

—Está en casa de Colás. Vino hace un rato su madre a decírmelo. Está el pobre…, ¡dice que casi lo matas!

—No es para tanto… De todas maneras, voy a buscarla.

—Por Dios te lo pido, no salgas esta noche. ¡Yo iré!

—Voy yo, madre —repuse con firmeza—. Te prometo que no pasará nada. Hablando se entiende la gente.

Pese a sus protestas, me puse la vieja zamarra de mi padre y salí a la noche. Procurando no ser visto, di un gran rodeo por el monte y tras un cuarto de hora de camino, fui a parar a la parte trasera de la vivienda del Aplomao. Las luces se hallaban aún encendidas y pude comprobar que en el interior se encontraban varios hombres. Un grupo más, el círculo luminoso de sus cigarrillos los delataba, montaba guardia ante la puerta.

Pegándome a una tapia, me dispuse a esperar. Arriba, como en una versión distinta de la luna, un desleído arco blanco parecía tiritar de frío, como si hasta las alturas pudiese llegar el soplo helado que caía de la cordillera. Por un momento, el cielo estrellado me llevo a los cielos de África. Acordándome de Frank, me dije que me gustaría tenerle a mi lado. ¡Él sí poseía ideas claras de lo que significaba la palabra «acción»!, aunque, al igual que un zorro perezoso y esquivo, marchase por la vida sólo atento a que los años y el olvido diesen buena cuenta de él. Frank… era un pesimista, un cínico a veces… Me resultaba extraño pensar en él, en un pasado en que todo resultaba más fácil. En la vida militar nos movíamos a golpe de órdenes, se podía uno mantener sin pensar ni decidir. Decidir… Me asustaba el futuro y comencé a sentir una extraña inquietud por la responsabilidad que había echado sobre mis espaldas. Aquel maravilloso presentimiento de la nueva existencia que esperaba a la minería; de una nueva sociedad, en la que el producto del trabajo iría a los que con sus mentes y sus brazos lo creaban o arrancaban de la naturaleza, se debilitaba, trocándose en una sutil tristeza. ¿Sería miedo? ¿Miedo a enfrentarme solo contra…? No, no estaba solo. Sería preciso, eso sí, contagiarles,

enseñarles a soñar violentamente con su destino, con los que se interponían en su marcha…

No lograba vencer el desánimo porque, en aquel laberinto de ideas, se mezclaba el ansia de lucha a la imagen de aquellos hombres que quería redimir y cuya personalidad —a la mayoría de ellos nunca les permitieron levantarse— me ensombrecía. Veía su vida, les veía pasear por la carretera, indolentes, aburridos, recorrer los mostradores y hablar siempre de lo mismo, de rampas y tajos, de ácidos y galerías. Y beber, hasta saciarse, entre humo y juegos de cartas. Los domingos, y algún jueves de romería, se balanceaban grotescamente por las calles del pueblo, luego se dirigían al baile, donde el instinto de macho les hacía agarrarse torpemente a las muchachas. Cantaban cosas obscenas, a gritos, ardiéndolos los ojos por el vino y la lujuria; se volvían agresivos, se retaban, peleaban, dando rienda suelta a una impotencia que se traducía en ansia de querella contra víctimas que no eran las apropiadas. Después el regreso, apoyándose en el compañero; caían rendidos en el viejo camastro, apenas amparados de las inclemencias del tiempo por un techo de paja y barro, por una choza donde determinados animales se negarían quizá a vivir. La mirada dolorosamente resignada de la madre o la mujer, de los hijos, vástagos de una raza de miserables, de embrutecidos «científicamente», como ratas de laboratorio en las que era preciso comprobar hasta dónde resistirían un tratamiento agotador, les recibían en aquel estado, les ayudaban a tirarse en el jergón. Poco después les oían roncar, quemadas las gargantas por el alcohol. Incapaces de reaccionar, de soñar, asfixiados sus sentimientos, al día siguiente volvían a la mina para dejarse en una jornada un mes más de vida; para apostar una botella de vino con el compañero a ver quién picaba una vagoneta más de carbón, envite del que sólo la Empresa salía beneficiada…

Miraba abstraído al Pozo, donde aquellos hombres, dominados por ese enorme vacío que avasalla a las masas sordas y aburridas, dejaban su vida a tiras; al hospitalillo, donde iba a parar la sangre despreciada; a las tiendas y el economato, donde se vaciaban sus míseros jornales; a las tabernas, donde procuraban olvidar que sus sentimientos estaban detenidos por el hastío, por ese continuo chapotear en el barro de la falta de fe, del escepticismo que produce el saber que nada cambiará pese a las huelgas y las tragedias mineras. Llevaban muchos años esperando oír el clarín que levantase a la justicia de la cama, tantos que la ilusión había terminado por disolverse en el aire, dejando sus pechos incendiados y los labios secos, las manos heladas, aptos únicamente para gustar

las satisfacciones puramente animales. Su derecho a la vida estaba más que limitado, apartados casi de ella por su penuria económica. Esta les gritaba que no pintaban nada en la marcha de aquel mundo que ellos, y otros como ellos, sostenían desde el más humilde estrato social.

Tan cansados estaban —iban transmitiéndose la desesperanza de generación en generación— que algunos de ellos, como Colás y el Risueño, se prestaban a servir de cebo a la compañía, a introducir una cuña en la minería a cambio de lo cual eran ascendidos.

«¿Qué culpa tienen ellos? —reconocía ahora—, ¿qué culpa tiene nadie si la necesidad o la ambición les obliga a combatirse y odiarse mutuamente? Han sido arrojados a la vida como lobos hambrientos… ¡No!, ¡peor, mucho peor! Humillados, indefensos, tan al desnudo que aman con la misma facilidad que odian; tan impotentes que, excluidos del festín del mundo, deben reducirle a sus rampas, el vino y sus jergones; a juegos, mujeres y terribles juramentos… La mina, chupando sus músculos; los días, esfumándose sin dejar huella; apenas sostenidos por un jornal que les tiran a la cara por una semana sin luz…»

—¡Escuelas! —mi pensamiento se hizo palabra—. ¡Hacen falta escuelas! ¡Instruirlos, que piensen!… Frank, si estuviese aquí Frank…

Dejé escapar un suspiro y me ajusté el cuello de la zamarra. Con el frío, las heridas de la pelea, y hasta las cicatrices que traje de África, reavivaban sus dolores. Felizmente la guardia del Aplomao se disponía a partir. Tres hombres ya se alejaban, y el resto, entrando en la vivienda, se llevaron a los que permanecían en el interior.

—¡Ya se van!

Unos minutos después la calle quedaba desierta. El Aplomao cerraba las contraventanas. Aún tuve tiempo de ver una silueta, la de María Nieves, su mujer.

De cuatro saltos salvé la distancia que me separaba de la casa. Golpeé suavemente la puerta y al reclamo acudió la voz inconfundible del contable.

—¿Se olvidó algo? —preguntó confiado, descorriendo el cerrojo.

Quedó paralizado. Hizo intención de cerrar la puerta, pero, introduciendo el hombro, se lo impedí. Con el acento más amistoso que pude encontrar, quise serenarle.

—Tengo que hablar contigo, Aplomao. No vengo a pelear.

A regañadientes me invitó a entrar. La situación era tensísima. Ya en el comedor, su mujer, al ver el estado de mi rostro, se cubrió

los ojos, asustada.

—Muchacho, si no es porque te oigo hablar y porque sabía que habías regresado, no te conozco —el Aplomao se esforzaba por dar a sus palabras un tono familiar.

—Me lo figuro. Así me pusieron los tuyos, ¿puedo sentarme?

—¡Claro que puedes! —exclamó acercándome una silla—. ¿Los míos?… Nieves, haznos un café que con este frío le vendrá bien a Landa.

—Buena idea…

Esperé a que saliese la mujer.

—Sabes a qué vengo, ¿verdad?

—Me lo figuro… El Valle anda revuelto y siempre te gustó estar al tanto de todo.

—Sí, me gustó estar al tanto de todo… —sonreí ante la ligereza con que el contable enjuiciaba los problemas de la cuenca. Luego quedé unos instantes mirándole, embargado por un confuso afecto. Aquel hombre, tan distinto al que por su remilgamiento oratorio servía de blanco a las burlas de Cubadín, fue buen amigo de mi padre. Recordé mi niñez, cuando en las mañanas domingueras íbamos a «El Oasis».

—Aplomao —dije con voz nostálgica—, tú tomaste muchos vasos con mi padre, ¿te acuerdas?

—¡Muchos!, ¡muchos! —se apresuró a aclarar—. Ya sabes que éramos grandes amigos.

—Lo sé, por eso estoy aquí en plan de paz.

—¡No faltaba más! —el oficinista dejó escapar un suspiro de alivio, lo que me hizo suponer que no debía sentirse muy firme en su puesto de líder minero—. Amigos lo seremos siempre. Esta casa nunca estuvo cerrada para ti.

—Bien… —me decidí—. Escucha, Aplomao, tienes que abandonar esa insensata aventura en la que te embarcaste o te embarcaron —le miré fijamente, inclinándome para acercarme más a él—. ¡Tienes que dejarlo!

—No, Landa. En interés de la clase trabajadora, no puedes pedirme eso.

—Es precisamente en ese interés —intenté pacientemente explicarle— en el que me baso para pedírtelo. Tú lo sabes mejor que yo. Esto no es ni más ni menos que una maniobra de la Empresa. Aunque vuestro Sindicato, hablo del nacional, sea efectivamente algo, aquí sólo representa perturbación. Tú estás fuera de la mina y no sufrirás las consecuencias, pero eres un hombre leído y tienes corazón…, ¿por qué te empeñas en privar a la

minería de su única arma de defensa?

—No es eso, Landa. Tú lo interpretas…

—Yo lo interpreto como es —le interrumpí—. Además, no hace falta que te diga que estamos dispuestos a terminar con este brote de la manera que sea. Empezamos esta mañana.

—¡Ya lo sé! —pareció quejarse—. Habéis mandado al hospital a una docena de ellos, dos por cierto muy graves. El Risueño está aún conmocionado.

—No tomé parte en el asunto.

—No tomaste parte, pero lo provocaste. ¡Es tuya la culpa, Landa!

—Pues bien… ¡lo empecé y lo terminaré! Por eso he venido a visitarte. ¿Ves la cara que me han puesto? —intenté amilanarle—. ¡Pues el Valle va a parecer un lugar de fantasmas como os empeñéis en salir adelante!

—¡Vienes muy decidido de África, muchacho!

El Aplomao empezaba a vacilar. No en sus palabras, sino en su tono. Siguiendo «la explotación del éxito» que aprendí en tierras moras, e intentando poner en mis palabras un acento de suficiencia o suave bravuconería, seguí hablando:

—Tú ya sabes lo que pasa en la guerra, Aplomao. Matas un hombre, le tomas gusto a la sangre y luego no se puede olvidar. Hay veces que es difícil saber cuál es la tuya y cuál la del adversario. Vamos, quiero decir que cuando se está convencido, como lo estoy yo, de que nuestra causa es la justa, no me importaría volver a apretar el gatillo. Ahora, con más facilidad, porque mando en mí y apunto donde debo.

—Bueno, eso era contra los moros, ¿no? —intentó ser jocoso—. ¿O vas a decir que te decidirías a matar gente del Valle?

—La verdad es que los moros no me han hecho nada y los hombres que intentáis formar otro Sindicato me herís en lo más profundo de mis convicciones. No sé si me explico bien. Verás…

—¡Sí, hombre, sí!, ¡ya lo creo que te explicas! —se ensombreció —. Vamos, que estás dispuesto a llevar la guerra donde sea.

—Eso es. Me alegro que me hayas comprendido tan pronto. ¿Y qué me dices a eso?

—Decirte… —comprobé una vez más que no estaba dispuesto a arrostrar tantos peligros como empezaba a presentir—. Se lo diré a los compañeros. Lo que ellos decidan, haremos.

—Aplomao, ahora es fácil terminar con este asunto sin enlutar un hogar del Valle. Aún sois pocos. Luego resultará complicado. Si tú me aseguras que te retiras, me voy tranquilo… Tú no

comprendes —me enardecí— el inmenso valor que tiene para nosotros el poder asociarnos en un solo Sindicato, porque en caso contrario pelearán entre ellos. Entonces es sólo la Empresa la que sale beneficiada y…

La entrada de la esposa del contable me interrumpió. Menuda y dulce, se sentó frente a mí, mirándome bondadosamente.

—En seguida está el café, Landa.

—Gracias, señora.

Poco después lo servía. Ya tomando la infusión, parecíamos haber olvidado el motivo que me llevó a aquella casa. Hablando de viejos amigos, no pude evitar sonreír al saber que Cubadín estaba implicado en el asunto. Luego narré a grandes rasgos mi peripecia africana. Cuando me despedía, me pareció que el Aplomao comenzaba a dudar de nuevo.

—Como tendrás líos con la Empresa, y lógicamente con los tuyos —le dije, seguro de proporcionarle un argumento para decidirse—, lo mejor es que nadie sepa que esta noche estuve aquí.

—Sí, tienes razón —asintió—. Si llegamos a un acuerdo, será mejor enfocarlo por el lado de que, a la vista de lo ocurrido hoy, no quiero ser causa de divisiones en el Valle.

—¡Eso es!, María Nieves —pedí a su mujer—, haga lo que esté de su parte para que no haya lágrimas en esta casa.

—Lo haré, Landa —repuso emocionada—. ¡Si vieras los líos que hemos tenido por ese bendito Sindicato!…

Tomándome la mano, añadió:

—¡Gracias, Landa! Eres tan bueno como tu padre.

—No, no soy tan bueno. Puedo asegurárselo. ¡Buenas noches!

En el exterior, el sortilegio de la noche se veía turbado por la luna minera, inmensa, trepando a lomos de la cordillera…

* * *

Cuando me aproximaba a casa, aún estaban las luces encendidas. La voz de mi madre acudió a la llamada. En la cocina encontré reunida a la familia, Carolina lloraba rabiosamente en un rincón; Ana, que mantenía entre sus manos las de su marido, se levantó para besarme. Apoyando la cabeza sobre mi pecho, rompió a llorar mansamente. El minero permanecía silencioso.

—Fuimos a buscarte antes —dijo Ana, intentando ocultar la impresión que debía producirla.

—Ya estás entre nosotros, Landa —exclamó Tinín, brillándole los ojos—. ¡Si supieras cómo te echamos de menos!

—¡Serás tú, asqueroso! —chilló mi hermana pequeña, mirándonos con odio.

—Fui a por ti, Carolina… No te vi salir.

—¡A mí no tienes que hablarme nunca más!, ¿te enteras? —estalló rabiosa—. ¿Di, te enteras? ¡Ojalá no hubieses vuelto!

—Calla, niña —suplicaba mi madre, acercándose a acariciarla. Mi hermana la rechazó sin grandes miramientos.

—¡Déjame!, ¡déjame!… ¡Ojalá no hubiese vuelto! —repitió.

—Madre —me sentía desmoralizado por la actitud de la muchacha—. Estoy cansado y voy a acostarme. Despiértame a las ocho.

—Tienes que comer algo antes. Llevas unos días… ¡Ay, Dios mío! —terminó suspirando.

—No tengo ganas. Mañana desayunaré fuerte. ¡Buenas noches!

* * *

Entré en mi cuarto, me desnudé y al contacto con las sábanas, limpias y frescas, experimenté un gran alivio. ¡Qué lejos quedaban los piojos y las escuchas, el olor a alcohol y las vendas sucias de los hospitalillos! Ya estaba de vuelta. Eran aquellos los primeros momentos en que podía gozar de tan ansiado regreso.

«Mi Valle, estoy en mi Valle —me repetía dichoso—. Y he venido a arrancarte una venenosa espina. Las otras seguirán la misma suerte, no te preocupes, aunque para ello sea necesario poner en la balanza el dolor y hasta la sangre.»

No importaba, no me impresionaba lo más mínimo aquella posibilidad. Procuraría que los medios justificasen los fines, pero si esto resultaba imposible, entonces los fines justificarían los medios.

«Deberé esforzarme en ser sincero, en seguir luchando así por mi cuenca y por mi clase, por la justicia que mi padre me enseñó.»

¡Con qué claridad entreveía la nueva vida que él presintió y que yo, poniendo en marcha los sueños tan pacientemente enhebrados durante las noches africanas, iba ya acercando! Un sereno y feliz bisbiseo venía a confirmarme al corazón que ya estaba lanzado por aquel camino que en los momentos de desaliento juzgaba infinito, de meta inalcanzable; que la senda comenzaba a iluminarse con luces tranquilas, con esperanzas aún tiernas y temblorosas, pero bien fundadas.

Como envuelto por el halo de una de esas pocas fiestas que la vida se digna ofrecer, descargando el alma de tanta pena, me sentía plenamente feliz.

Al otro lado del tabique Ana y Tinín cuchicheaban. Mi regreso suponía para ellos un motivo de alegría, pero también de preocupación. Carolina, como una niña mal criada, atronaba la vivienda con sus neurasténicos chillidos, deseosa, parecía, de hacer a la vecindad partícipe de su tragedia. A mi madre no la oía. Debía estar llorando mansamente, como se lloran las grandes tristezas.

Crucé los brazos bajo la nuca y quedé mirando al monstruoso aliento de la naturaleza, a mi vieja amiga la llama del Carmelón.

De la montaña llegó el cuerno de caza, aviso de los caminantes. Era mi mundo, la infancia que regresaba en alas de aquellos dos símbolos. Recordé otros tiempos, cuando íbamos de niños al Pantano, donde escarbábamos en las minas abandonadas; cuando, antorcha en alto, corríamos a una hondonada, reproducción de la «Sala», donde yo lanzaba mis «discursos», aprendidos en algún libro de los que escamoteaba a mi padre.

Cómo pasaba el tiempo, cómo nos hacíamos hombres…

Mi boca se replegó suavemente. Era la exteriorización de una hermosa sonrisa interior.

Me dolía la cara. Y el cuerpo, magullado por tantos golpes. Mi gente sufría, mi gente lloraba.

Sentía el espíritu poblado de hondas alegrías.

Era feliz.

* * *

Desperté sobresaltado. Alguien aporreaba la puerta, asustando a la noche. Me puse rápidamente el pantalón. Cuando salí del cuarto, ya estaba mi madre en el pasillo, vestida, porque ella lo esperaba todo.

—¿Quién es?

Su voz temblaba.

—¡Abrir en nombre de la ley!

—¡Dios mío, se lo llevan!

En aquella exclamación había más resignación que dolor.

No me pillaba de sorpresa la llegada de los guardias. Regresé al cuarto, terminé de ataviarme y cogiendo una manta y un par de libros, salí a la cocina. El sargento, acompañado de una pareja, se limitó a contestar a mis displicentes ¡Buenas noches! con un gruñido. Adiviné que era un hombre humilde de los que, por una de esas degeneraciones de la humanidad, gozaban asustando y humillando a sus semejantes.

—¡Vamos, muchachuelo! Ya te dije que nos veríamos pronto…,

¡perturbador!

—¿Está prohibido detener a la gente de día?

—Lo que está prohibido es revolucionar a la minería. ¡Vamos!… ¡Buenas noches, señora!

Tinín se ofreció a acompañarme, pero el sargento lo impidió. Nos fuimos. Atrás quedó mi familia, reunida en la puerta. Los sollozos de mi madre eran sobresaltados por un insistente ruego:

—No le peguen, señores guardias. ¡Es bueno!, ¡es bueno!

Aún la oía cuando perdimos de vista la casa.

* * *

No tendría ocasión de abrir los libros. Cuando me introdujeron en el calabozo, y después de echar un trago de agua, la vasija estaba arrinconada junto a un cubo dispuesto para las necesidades de los presos, me dejé caer sobre el sucio jergón y tapándome con la manta hasta la cabeza, me esforcé en dormir.

«Que desaparezca el cansancio —me decía—, mañana deberé estar despejado, tendré que defenderme. No importa estar detenido, no importa que me metan en esta miserable prisión como a un perro sarnoso. También a Jesús le dieron palos de ciego y cosas peores todavía…»

El cerebro se detuvo en seco, dominado por una idea fija. Me acordé de mi madre y de sus rezos y me pregunté por qué pensaba tan poco en Cristo. Según ella, era verdad, Cristo nació en un pesebre, se hizo fuerte en las torturas y acabó sus días clavado en una cruz. Repetía que había que llevarle por dentro, no por fuera, como lo hacían los ricos y los que de Él se aprovechaban para dominar o mantener sus privilegios.

«Sí, ahora es cosa de ricos —seguía diciéndome, encogiendo las piernas para combatir el frío—, pero no lo fue antes, cuando eligió sus apóstoles entre los humildes. Gago tiene razón. Él también anduvo por el mundo a latigazo limpio con los que, orondos en lo visible y gangrenados sus sentimientos, usaban el poder, y en ocasiones hasta el templo, para sus trapicheos mundanos. Él fustigó a los ricos y esperanzó a los pobres… Si te cogiesen los «dorados» creo que tendría que dejarte sitio en este camastro… Para Ti —sentí un regusto agradable al tutear a Cristo— la situación no cambiaría gran cosa… ¿Qué pensarías Tú —sonreí como si acabase de cometer una travesura— de las Sociedades Anónimas, donde hay tantas cuentas de dolor?, ¿qué harías con estos «dorados» que te llevan colgado en sus pechos sucios?, ¿con esas gentes que cuando en un

rasgo social, faltos de caridad y sobrados de apariencia, practican la filantropía, son incapaces de poner en la acción otra cosa que las manos?… ¿Te dieron tiempo a conocerlos o te mataron demasiado pronto? Perdóname si a veces les odio, pero ellos me emborracharon de rencor; el rencor es lo único que me une a ellos. Yo te aseguro que no les dejaré vivir tranquilos… Y si yo fracaso se las entenderán Contigo, aunque creen que tienen guardadas las espaldas porque esperan poder presentarse en la otra vida con sus triquiñuelas religiosas. Caerán, ¡caerán!, en la hoguera como una furiosa granizada… ¿Te das cuenta?, se encuentran perfectos en medio de tantas miserias humanas porque su religiosidad rechaza todo aquello que significa sacrificio o renuncia, no penetra en su vida; su moral es relajada. Alguno, si un día se te ocurriese volver a nacer en el pesebre de Belén, iría a recitarte:

¿Quién Te mandó meterte a pordiosero,
de noche y a seis grados bajo cero?

Acordándome de Pedro, sonreí nostálgico. Me pareció verle, siempre alegre y decidido, correteando por tierras africanas.

«¡Claro que Te dirían eso! No importa… ¡Qué hermosa aventura la tuya, Cristo!… ¿Qué pensarás Tú de los mineros?, ¿del Pozo?… Bueno, Tú ya conociste los esclavos, para muestra…»

Acordándome de Cristo, como si se tratase de uno de esos amigos que sólo se adivinan, me fue embargando una confusa melancolía. Me sentía, me reconocía huérfano de una mano amante que me librase de aquel cansancio, tan semejante a una vejez espiritual, en la que había caído. Echaba de menos alguien, un ser superior, que nos ayudase en la lucha, que borrase de una vez tanto daño moral creado por la fatalidad y el resentimiento, por el vacío y la impotencia.

En aquel largo «sueño» religioso, sacudido físicamente por el frío y el recuerdo de las palúdicas, deseaba, como auscultando mi desmayo, la nueva llegada de Aquel que predicaba amor al prójimo; de Aquel que fue crucificado, desprestigiado después por los que más alarde hacían de amor hacia Él, manifestado más en las palabras que en las obras…

—Padre nuestro que estás en los cielos… —empecé a rezar, como necesitado de algún confidente, buscando en los escondrijos de la memoria las olvidadas palabras de la oración.

Un rayo de luz, puro y limpísimo, pareció descender de aquel techo descascarillado y ensuciado por las telas de araña.

—El pan nuestro, de cada día, dánosle hoy, Señor…

Una agradable y secreta tristeza iba descargando mi alma de tantas pesadumbres.

Con el «Amén» debí quedarme dormido.

Más tarde reconocí que, sin exacta consciencia de ello, aquella noche me encontraba profundamente desalentado.

CAPÍTULO XIX
LA «SILESIADA»

El sol, adentrándose por el sombrío pasillo del cuartelillo, lamía las rejas de la celda. Acababa de tomarme la pócima que me sirvieron de desayuno, cuando, irreconocibles al principio por efecto del contraluz, un grupo de siluetas se aproximaron al calabozo. Las encabezaba el señor Marcos y tras él venía el hombre de la voz cascada. Dos desconocidos y el sargento de los guardias les escoltaban. Este, que parecía irritado, abrió el calabozo y se retiró.

—¡Vamos!, ¡sal de la jaula, aguilucho! —exclamó el hombre de la voz cascada.

Mucha amistad había en el tono de aquel camarada. Me empujó suavemente hacia la salida y, ya en la calle, me presentó a sus dos acompañantes:

—Señor Hileras y señor Ruiz-Díaz, abogados… ¡Este es el muchachito! —me señaló con cierto orgullo paternal.

—¡Gracias, señores!… ¿Cómo lograron sacarme tan pronto?

—¡Fue fácil, hombre! —repuso el llamado Hileras soltando una risotada—. Nos limitamos a preguntarle al juez por qué te habían detenido.

—Tuvimos que levantarle de la cama —añadió el Patriarca—. No sabía nada del arresto.

—Usted siempre en la brecha, señor Marcos —le demostré mi gratitud estrechándole la mano.

Y recordando los acontecimientos que precedieron a mi detención, añadí:

—¿Qué pasó, por fin, anoche? ¡Vitelón y Potencia debieron de armar una buena!

—¡Y que lo digas! Vitelón está en el hospital. Saldrá hoy o mañana… ¡A veces los jovenzuelos tenéis razón! —me palmoteo la espalda pensativo—. En un par de horas terminaron con el nuevo

Sindicato. El Aplomao ha dicho que no quiere sangre en el Valle y que dimite su puesto. Algo de esto te lo debemos a ti, que diste la primera campanada.

El viejo Patriarca, tan opuesto siempre a la razón de la fuerza, parecía un chiquillo al que regalaron un juguete largo tiempo apetecido, el juguete de la acción directa y total, en la que sin duda descubría ahora posibilidades insospechadas.

—Los que venimos empujando también tenemos ideas, ¿no es eso, señor Marcos? —me esforzaba por disimular mi vanidad.

—¡Más respeto! —rió el hombre de la voz cascada iniciando la marcha.

El Patriarca, tomándose de mi brazo, fue tras él.

—Tu madre ya sabe que saldrías de la «jaula» esta mañana. La pedí que no se moviese de casa.

—¡Bien! —exclamé deteniéndome de nuevo—. Creo que lo mejor es que mientras ustedes toman un vaso en la Casa del Minero, yo vaya a pedir mi reingreso en la mina.

—Eso ya me parece más difícil —habló despreocupado el abogado Ruiz-Díaz.

—A mí, tal como están las cosas, imposible. Pero necesito el «no». Es un arma más a esgrimir.

—Figúrense ustedes —el señor Marcos le contaba el caso a Hileras quizá por décima vez—, vino ayer de África trayendo a cuestas medallas y heridas y por toda recompensa… ¡a la sombra!

—Debe ser para que vaya recordando la mina —bromeé, despidiéndome de mis amigos.

Marché de prisa hacia las oficinas de la Empresa. De nuevo, como a mi llegada al Valle, la gente se acercaba a saludarme. Otros daban pruebas de la impaciencia o el nerviosismo que les dominaba.

—Te daré mis hijas, lo que quieras, ¡pero triunfa!… ¡Llevo dos meses sin trabajo!

—¡No hacemos hijos para que vivan como perros y terminen matados por la mina!

—Ha llegado la hora del recuento, Landa. ¡Adelante!, ¡aunque sea una aventura!

No faltaban tampoco los que me miraban rencorosos:

—¡Tú sigue poniendo extravío en la minería y algún día te haremos arrepentir!

—Eso espero… Y usted guarde la lengua que puede coger una pulmonía.

Me encontraba tan seguro de mí, que me asaltaban sensaciones

desconocidas, como si efectivamente hubiese venido al mundo, como aquel Cristo con el que pensé en mi noche de celda, en práctica de misión. Luego sonreí, avergonzado de mi vanidad.

Cuando entré en las oficinas, y procurando no darme por enterado de la expectación que causaba entre los porteros y demás gente menuda que por allí pululaba, subí directamente al primer piso, donde pedí hablar con el ingeniero jefe de personal. Un conserje, al que no conocía, levantó los ojos del periódico para mirarme fijamente. Con velada insolencia, me preguntó:

—Tú eres el que volviste ayer de África, ¿no? Landa o…

—Sin «o». Landa a secas. Un barrenista del Pozo. ¿Quiere anunciarme?

Poco después me introducían en un despacho modestamente amueblado. Un hombre de alta estatura, al que apenas había visto un par de veces, me invitó amablemente a tomar asiento.

—¡Vaya!, ¿así que tú eres el célebre Landa? —exclamó ofreciéndome un cigarrillo—. No recordaba tu cara, aunque antes de irte ya creo que dabas bastante guerra.

—Es difícil reconocerme hoy —intenté sonreír—. En cuanto a la guerra, sólo doy la necesaria. Trabajamos y pedimos lo nuestro. Eso es todo, señor ingeniero. Usted en mi caso haría lo mismo.

—Ya, ya… —parecía deseoso de hablar—. Y bien —hizo una pausa—, ¿vienes a buscar trabajo?

—Trabajo creo que tengo. Me llevaron a África y deseo reincorporarme. Un simple trámite.

—No lo veo tan simple, muchacho —murmuró el ingeniero levantándose—. Precisamente esta mañana me hablaron de ti. De todas maneras, voy a decir que te has presentado. Yo mando en el personal en situaciones normales. Cuando surge un revoltoso —sonrió— las órdenes vienen de arriba. ¡Espera unos minutos!

No tardó en regresar. Haciendo con la cabeza un rápido signo negativo, volvió a tomar asiento. Cruzó las manos, apoyó sobre ellas la barbilla y, aprisionando el cigarrillo con su perfecta dentadura, exclamó:

—¡No quieren perturbadores! Si hubieses entrado en la cuenca calladito, otra cosa hubiese sido. ¡Anoche armaste una buena, guerrero!

—No tuve parte en el asunto. Yo peleé con un hombre. De hombres es el pelear.

—Sí, lo comprendo, pero no puedo hacer nada por ti y créeme que lo lamento. Dejemos pasar unos días, ¡de esta entrevista limítate a decir que no te admitimos! y vuelves por aquí dentro de

un par de semanas.

—Gracias, señor ingeniero. Me voy sabiendo que por usted mañana mismo estaría agarrado al martillo.

—¡Hala! —se incorporó—. Reconocemos que como minero eres de los más responsables. Ahora procura no armar más líos y la cosa tendrá arreglo.

—Ya que «nos» vamos a limitar a decir que no me admitieron —me atreví a confesarle—, puedo asegurarle que seguiré armándolos, ¡y tan gordos como sean necesarios! Adiós, señor ingeniero. ¡Y gracias!

Dando media vuelta, salí del despacho. Ya en la calle, me dirigí rápidamente hacia la Casa del Minero. Esperando hallar allí a mis amigos, penetré en el barracón que hacía de taberna. Allí encontré a Cubadín, partida la mejilla por un esparadrapo, increpando a gritos al cantinero.

—¡Al mercader y al gorrión con perdigón!

—¡Hola, gigante! —le saludé golpeándole la espalda—. ¿Cómo te fue este tiempo?

—¿Cómo le va a ir?, ¿no le ves? —refunfuñó Quintín—. Llevaba dos meses sin pisar la Casa y por una vez que viene, arma gresca. Estaba con el Aplomao —añadió rencoroso—. ¡Mira cómo le «señalaron» en la garrotada de anoche!

El caballista, que parecía cohibido con mi llegada, reaccionó:

—¡Este también se las trae en lata! Yo voy y vengo pero siempre estoy en el mismo sitio, ¿te enteras, cuerno rizado? El Sindicato ya estaba formado, ¿no?, ¡pues había que formar el otro, chivato!

Quintín echaba lumbre por los ojos.

—¡Claro, hombre! —asentí de buen humor—. De sabios es el cambiar de opinión, ¿no es eso, Cubadín? Ahora te gusta «éste», ¿no?

—Estas mariquitas que se visten por los pies —siguió insultando el caballista con el mayor desparpajo— no tienen en la pelota más que sesos guarros… ¡y cuernos, retorcidos como sacacorchos!

En contra de toda lógica, Quintín rompió a reír estrepitosamente. Luego me explicó que un día que se le ocurrió hacer el mismo chiste a Hilario Potencia, anduvo una semana desriñonado. Poniéndose serio, añadió:

—No te mando al carajo porque hoy no es tu día libre…, ¡vendido!

En aquel momento entraba el Fiebres, quien, al igual que Cubadín, venía a la Casa del Minero con la esperanza de encontrarme. Después de darme un abrazo, se encaró con el

caballista, escupiéndole en las piernas:

—¿Qué haces aquí, culo sucio?

—Como se ve que no te has olvidado de traer el ojo… —se mofó el pequeño minero, mirándole fijamente— ¡ni la nariz!

Tuve que hacer grandes esfuerzos para evitar que el tuerto le golpeara. Queriendo serenar los ánimos, pregunté a Cubadín:

—¿Cuántos hijos te llegaron en este año y pico?

—Uno más, pero ahora sí que se me secaron los petardos. Además, mi Mimos…, ya sabes, las mujeres son como las bombillas, ¡cuándo se funden, ya no sirven para nada!

—Ya tienes, entonces…

—Ocho cabezotas y la parienta…, ¡la tripulación de un barco!

—Y tú el capitán, ¿no? —repuse distraído, mientras pagaba.

Abandonando la taberna, me dirigía hacia la oficina, donde me saludo la Borrica, sinceramente contenta de mi regreso. Los letrados estaban reunidos con el señor Marcos en el salón. Cuando entré en él, el Patriarca terminaba de poner a los forasteros al tanto de la situación del Valle.

—¿Qué?, ¿nada? —me preguntó.

—Nada. Cuando los patrones hacen sus cuentas, del tipo que sean, hay que echarse a temblar. ¡Algún día se echarán ellos, pero será a llorar!

—Paciencia, Landa —me recomendó el viejo minero—. El verdadero sabio es el que sabe esperar.

Una hora después, la próxima reunión se celebraría a primeras horas de la tarde, abandonamos el recinto. Cuando los abogados se alejaban en dirección al hostal, Cubadín, que cautelosamente se había acercado al grupo, exclamó displicente:

—Con chaqueta y corbata…, ¡van disfrazados de maestros nacionales!

* * *

Cuando dejé al Patriarca en su casa, la sirena del Pozo llamaba al segundo turno. Pensé que Felisandro ya habría regresado y decidí ir a visitar a los antiguos campesinos. Un cuarto de hora después golpeaba la puerta de su morada y fue el barrenista en persona quien la abrió. Le encontré envejecido; la barba, sucia y poblada, aparecía blanqueada por algunas partes. El bigote amarillento, chamuscado por el cigarrillo. Me saludó con voz opaca, como si sus palabras estuviesen destinadas a un enfermo:

—Qué alegría verte otra vez entre nosotros. Te echamos tanto de

menos…

Me echaba mucho de menos y le creí. Yo era quizá la única esperanza de aquel hombre acabado, el porvenir de lo que él más quería en el mundo: su Selva.

—¿Qué tal, Felisandro? —le tomé por los hombros, sacudiéndole cariñoso—. ¿Cómo va esa vida, gran hombre?

—Tirando, tirando sólo —intentó sonreír—. Ya sabes, el que vive en una sepultura… ¡Anda, pasa hombre!

La familia se hallaba reunida en la cocina. Juana cosía el traje azul mahón de su marido; el tío Mañón, inclinado sobre el fuego, parecía estarse tostando. Selva, encogida, parpadeaba lentamente, como si la hubiese sorprendido llorando. Mi dirigió una rápida mirada en la que estaba concentrado el cariño y un confuso temor.

—¡Gracias al cielo que te devolvió a nosotros! —exclamó Juana, besándome en la mejilla.

—Bienvenido con Dios —me saludó el anciano, intentando levantarse y sin demostrar tampoco la menor sorpresa por mi aspecto—. ¡Si supieras lo que te echó de menos este viejo!…

—Ya se lo dije, padre.

—¡Y yo a ustedes, tío Mañón! Siéntese, hombre… ¡Vaya! —quedé mirando un marquito que colgaba de la pared—. ¿Un «retrato» de Petrarca?

—No, yo no quiero «fotografarme» —repuso el antiguo labriego, obedeciéndome—. Me dio mi Felisandro unas perras y le mandé que me hiciera un verso. ¡Lee!, ¡lee!, que no te vendrá mal.

Me acerqué al cuadro. Con su característica y armoniosa letra, el poeta había escrito:

«Pobrecitos los mineros,
qué lástima y qué dolor.
¡Trabajan bajo la tierra,
y mueren sin confesión!»

—¡Caray con Petrarca! —no pude evitar una sonora carcajada—. ¡Parece que sabe con quién se gasta la inspiración! Él, que no cree en nada de esto…

—¿Cómo que no cree? —protestó ceñudo el tío Mañón—. ¡Todos los poetas tienen el alma de arcilla y fue de esa tierra de donde nos hizo Dios!

—Está bien… —no quise contrariarle—. Perdone, yo ignoraba eso. Ya sabe, siempre pensando en otras cosas.

—Como mi Felisandro —se quejó Juana—, que si la mina, que si necesita beber… ¡y desde que se juntó con Tresemes, peor!

—¿Tresemes? ¿Quién es ése? —me extrañé.

—Uno de los que trajeron como esquiroles y que se quedó con nosotros —me aclaró el barrenista—. Se pasa la vida diciendo que hay tres «emes» que matan al hombre: el mosto, la mina y la mujer, y de ahí le quedó el mote.

—No está mal…

—Lo que sí lo está —saltó Juana— ¡es que él se pirria por las tres cosas!

—¿Por la mina también?

—¿Cómo no se va a pirriar si es un muerto de hambre? ¡Dónde va a ir que más valga un ganapán de éstos!

—¡Vaya con la mujer! —me asombré, sin poder evitar el desagradable reconocimiento de lo olvidadizos que éramos los hombres.

—Ya sabes —Felisandro cambió de conversación—, cuando la Empresa hizo una de las suyas se trajo más de cien hombres para rompernos las huelgas. Una cuadrilla, ya te figuras quiénes son, los fue visitando uno a uno. La mayoría se pasó a nuestro bando o se marcharon. Vitelón era el encargado de repetirles que para saber su sinceridad no iba a faltar ocasión. Si alguno hacía una pirula y bajaba al Pozo en los momentos difíciles, al día siguiente se arrepentía. Tresemes fue de los pocos que echaron raíces aquí.

—Para desgracia tuya, ¡alelao! —volvió a gritar Juana—, que cualquiera que viene te lleva por donde quiere.

—Mujer, porque tome un vasito… No voy a vivir mucho. Déjame disfrutar algo de la vida.

—Disfrutar de la vida… ¡Aféitate, ve al rosario, cuida de tu hija…!

—Ya lo hago…

—¿Vas a decir que vas al rosario?, ¡so trolero!

—No, pero me ocupo de la chica. Si no fuera por mis pulmones…

—Ay, Landa…, ¡si vieras cómo se torció mi Felisandro! —se quejó la buena mujer, santiguándose.

Cuando fue aplacándose aquel pugilato matrimonial, me volví hacia Selva. En silencio, la muchacha seguía pelando patatas en un rincón.

—Desde que tú viniste anda tristona —se acercó el padre, dejando a su mujer aún refunfuñando—. Me digo que si la emoción me la habrá puesto mala. ¿Qué crees tú?

—¡No, hombre! —exclamé mordaz—. Lo que ocurre es que antes se divertía más. Si yo estoy aquí, deberá atarse un poco las patitas y

esto quizá le desagrade.

La chica levantó los ojos un instante; luego los cerró, conteniendo las lágrimas que súbitamente se habían apoderado de ellos.

—¡Buena la armaste ayer, muchacho! —habló el viejo a mis espaldas—. Hay que andar con tiento. Ya sabes, la política es eso.

—¿Qué es la política? —pregunté distraído, acercando una banqueta a su lado.

—Pues eso, un poco de esto y un poco de antiaquello; otro poco de lo que llaman «sportes» y mucho ruido de cacerolas para atontar a la gente. Si vas con la valentía a la proa, pronto te conocen… ¡Ya me han dicho que estabas transfigurado!

—Lo nuestro no es política, tío Mañón —intenté sin gran interés hacerle comprender—. Al contrario, varios partidos de esos que llaman políticos y varios sindicatos, es nuestra muerte segura. ¡Estamos contra todo eso! Dos partidos, que alguien critique porque si no los que mandan ni se enteran de que hacen algo al revés…

Y lo demás, lucha y espíritu.

—Sí, sí… —rezongó—. Pero te falta aprender a tirar la piedra y esconder la mano. Ya sabes que del árbol del silencio cuelga la manzana de la seguridad. Si lo olvidas, la muerte se te presenta cuando menos la llamas.

—No me gusta morir, pero tampoco lo temo demasiado —hablé despreocupado—. Dicen que los jóvenes la recibimos con más ánimo que ustedes.

—Los viejos no sé— entornó malicioso sus ojillos de cerdo—. Yo, por mi parte, ya la voy preparando. Nacimos llorando, vivimos a empujones…, ¿qué menos podemos hacer que morir en gracia de Dios?

—Si supieses que ya eligió hasta donde enterrarse… —dijo Juana dando vuelta a la costura.

—¡Ji!, ¡ji! —rió zorro el tío Mañón.

—Se ha puesto de acuerdo con Cándido para que le reserve un rinconcito junto a la tapia que mira a levante —me explicó Felisandro—. Quiere que le dé el sol de la mañanita.

—Y ha plantado unas flores al lado de su sepultura —insistió la mujer del minero—. Va a regarlas una vez por semana.

—¡Ji!, ¡ji! —rió de nuevo el viejo—. ¡Aún hay más!, ¡aún hay más! ¡Cuenta, cuenta, Felisandro!

El tío Mañón parecía gozar pensando en lo calentito que se debía estar bajo tierra y con el alma arriba, en los cielos.

El barrenista me hizo acercar a la ventana. En la ladera que

discurría al lado de la casa, junto a unas sábanas puestas a secar, aparecía un ataúd a medio terminar. Un formón y varias herramientas más estaban caídas a su lado.

—Se lo va haciendo poco a poco —murmuró Felisandro con voz apagada—. ¡Le dio por ahí!…

—¡Claro!, ¡claro! ¡Como a ti te da por echar chupitos con Tresemes!

—¡Es usted un burgués con exceso de velocidad! —solté la carcajada—. ¡Eso de llevar a la otra vida las comodidades de ésta, me parece que es un pecado de los gordos! Qué quiere, ¿que cuando se asome Dios a la ventana del cielo vea que todas sus cosas están en orden?

—¡Eso!, ¡eso! Y no como las vuestras… Tantos golpes y Sindicatos y malos sacramentos que… ¡no sé!, ¡no sé! —se interrumpió, mirando a las llamas.

Siguieron unos momentos de silencio. Tuve el presentimiento de que Felisandro llevaba un rato observándome a hurtadillas. También su mujer parecía preocupada. Selva contenía a duras penas los suspiros. Mi aptitud les ensombrecía; yo era la causa de aquella nueva desazón que afligía aquel humilde hogar. Queriendo evitarlo, exclamé:

—¡Bueno, señores!, tengo que confesarles que no vine para enterarme de los proyectos que tiene el tío Mañón para la otra vida. Estoy aquí —intenté dar un tono jocoso a mis palabras— en busca de Selva, con la que voy a dar ahora mismo un paseo. ¿Qué te parece, flacucha?

Levantó la cabeza y en sus ojos brilló un relámpago de esperanza, de dicha. Como si pensase que pudo haberse equivocado, su semblante volvió a entristecerse.

—¡Claro que sí! —se apresuró a decir Felisandro—. Anda, hija, dame el cuchillo que yo seguiré mondando las papas.

—¡Y ponte el vestido nuevo que te hiciste para cuando viniese tu novio! —intervino su madre, nerviosa.

La muchacha intentó negarse, pero el campesino insistió hasta obligarla a obedecer.

Un cuarto de hora después aparecía Selva, más bonita y hermosa que nunca, ajustado su bien formado cuerpo por un vestido color malva. Sentí un gran deseo de abrazarla. Abandonamos la casa y cuando, ya bastante apartados de la vivienda, nos perdimos por las afueras del pueblo, la tomé del brazo, atrayéndola hacia mí. Al contacto de aquellos pechos y caderas, un tanto opulentos, sentí un agradabilísimo escalofrío. Las piernas, largas y perfectas; los senos

firmes y calientes; los labios entreabiertos, como ansiando y rechazando besos… Era hermoso estar al lado de aquel cuerpo adormecido…

—¿Me das un beso, Selva?

—No, Landa… ¡Vamos!

—¿No te gusto con esta cara? —pregunté decepcionado—. ¿O es que te cansaste de esperar?

—Te esperé y te esperaré siempre. Aunque supiese que no regresarías jamás… Pero no me pidas que te bese ahora. No puedo hacerlo, Landa, ¡perdóname!

Deshaciéndose de mí, con aquel andar suyo, honesto y provocativo al mismo tiempo, fue alejándose. En aquel momento hubiese dado media vida por poseerla, por hacerla mía. Aquel cuerpo, ¡precioso cuerpo!, se me negaba, cuando tantas veces pude hacerlo mío. Dominado por una mezcla de amargura e irritación, tuve que contenerme para no correr tras ella, para no besarla hasta arrancarla un grito de dolor.

—¡Escucha, Selva!

Se detuvo. Acercándome lentamente a ella, la obligué a mirarme:

—Carolina me llama asqueroso y tú me rechazas, ¿qué es lo que os pasa conmigo?

Me esforzaba por no levantar la voz, temeroso de ser vencido, como tantas veces, por la dulzura de sus palabras, por sus silencios.

—Tú lo sabes mejor que yo. Si lo único que te interesa son los mineros, puedes irte con ellos.

—¡Y tu carne! —repuse brutal—, ¡tu carne también! De ella formaré mi hijo, ¿me entiendes? ¡Nuestro hijo!

Aquella declaración, que yo quise que fuese de amor, se trasformó en su rostro en una mueca de dolor.

—Selva… —intenté hacerme perdonar—, tu padre es minero y yo lo soy también. Me preocupo y lucho por nosotros. Si esto te parece mal, dímelo.

—¿Por qué viniste a casa? —me preguntó por toda respuesta—. ¡Por verme a mí, no! Habrás dejado alguna por ahí…

Me molestó aquella reacción.

—Escucha —mi tono se volvió frío—. Nunca podrás saber lo que te quiero, lo que te echo de menos cuando estoy lejos de ti. Pero ahora no tengo tiempo de andar explicándotelo. Hay cosas más interesantes por hacer. ¡Vámonos!

Por sus ojos cruzó un relámpago de cólera; luego fueron nublándose, inundados por unas lágrimas que saltaron presurosas.

No me importó. Dando media vuelta, comencé a andar. Marchaba tan de prisa que cuando nos encontrábamos a un centenar de metros de su casa, la muchacha debió correr para alcanzarme. Sujetándome por un brazo, me suplicó, anhelante:

—Landa, haz conmigo lo que quieras, déjame si te cansaste de mí, pero por nuestro Dios te lo pido, ¡hazlo con cuidado! Sé bueno, ¡te lo ruego!… que no sufra mi padre. Está mal, Landa; echa mucha sangre por la boca, ¡mucha sangre, Landa!

Dejó caer su cabeza sobre mi pecho, sacudida por los sollozos. Acercando mi mejilla a la suya, reconocí que la quería con toda mi alma…

Felisandro y sus pulmones rajados; la Empresa, las cárceles; Carolina y nuestro padre, sepultado en un océano de tinieblas; guardias, desocupación; soplones y hambre en las gentes… ¡¡Maldita vida!!

«…¡Soy joven!, ¡soy joven! —se rebelaba en mi interior una voz desconocida—. ¡Quiero vivir! ¿Por qué me obligan a rechazar las satisfacciones de mis años? ¿Por qué no irme lejos, con Selva, donde, sin angustias ni calabozos, pueda gustar avariciosamente eso tan maravilloso que debe ser el amor? ¿O es que hasta él me será negado, es que hasta de él seré excluido por la lucha que la fidelidad a mi padre me ha impuesto?»

Selva, separándose de mí con brusquedad, corrió hacia su casa. La dejé partir, amargado, impotente.

«Echa sangre por la boca, ¡mucha sangre, Landa!…»

—¡Puerca vida!

Apretaba los puños hasta sentir dolor.

* * *

Como quedó convenido, después de comer nos reunimos en la Casa del Minero. Además de la Directiva, estaban presentes el hombre de la voz cascada y los dos abogados. Durante una hora pasamos revista a la situación. Luego nos extendimos sobre la posibilidad de crear cooperativas de consumo que nos librasen de las marrullerías del economato de la Empresa, o de cualquier desaprensivo de los que llegaban a la cuenca dispuestos a parapetar su ansia de dinero, cuando no su inmoralidad, tras un mostrador.

—Por medio de una mayor cuota —insistía yo pasando a otro tema— debemos fortalecer la Caja de Socorro o Sociedad de Socorros Mutuos. Esta nos pondrá a reparo de la invalidez y la vejez; del desamparo familiar en el que queda la familia cuando

enferma o muere el padre, y de la falta de trabajo. Una Sociedad que nos ayudé efectivamente en los momentos de crisis y huelgas…

—¡Bien!, ¡bien! —me interrumpió impaciente el abogado Hileras —. Vamos al grano, a dar forma a las reclamaciones, que debemos entregar esta tarde el escrito.

Comenzamos por exigir que se cumpliesen los acuerdos ya suscritos y tantas veces burlados por la compañía: jornada de trabajo, destierro de la práctica del despido libre y formalización, hasta que el Estado tomase parte activa en el asunto, de ciertos capítulos, entre los que citábamos los que yo acababa de puntualizar. Un salario mínimo, ya acordado hacía diez años pero nunca cumplido, como base de un mejoramiento, y un reajuste de jornales a tono con las continuas alzas en el coste de la vida. También hablamos de seguridad en la mina y de adecuados servicios médicos, así como de la construcción de escuelas y viviendas. Todo aquello, prácticamente, era un resumen de lo tantas veces discutido y archivado por la Empresa.

Con respecto al Sindicato exigíamos su libre desenvolvimiento; que no fuese obstruida su marcha mediante medidas hostiles que iban, desde la no admisión de los inscritos en él, hasta la arbitraria imposición de sanciones. Entre éstas, de una manera velada, figuraban las maniobras de los capataces que obligaban a laborar en los tajos más difíciles y peligrosos a los pertenecientes a la organización gremial. También reclamábamos que la Empresa cesase en sus intentos de controlar los «fondos de reserva» de la Caja de Socorro, Caja en la que, no sin razón, veía la más eficaz arma de defensa de la minería.

Los abogados, ayudados por el hombre de la voz cascada y Antón, redactaban meticulosamente el escrito. Pese a la esperanza que en la gestión intentaba yo depositar, me preguntaba si no se confiarían demasiado, si habrían olvidado las habituales reacciones de los patronos.

—En el caso de que sean rechazadas —pregunté de improviso—, ¿haremos una prueba de fuerza?

—Ellos tienen tanto interés como nosotros en que las cosas vayan bien en la industria hullera —repuso el letrado Hileras, sin levantar la vista.

—De acuerdo. Pero si niegan el petitorio —insistí—, ¿cuál será nuestra reacción? ¡Es ahora cuando tenemos que decidirlo!

—Declararemos la huelga y… —empezó a decir Antón.

—¡Y volveremos al hambre de siempre! —le interrumpí—. Si quieren fiesta, nosotros pondremos los cohetes —me irritaba

aquella noria de soluciones que tenía mucho de pasividad—. Con que encuentren cien hombres, o los traigan de fuera, ya hemos fracasado. La huelga hay que hacerla de tal manera que el puñal les apunte al pecho. ¡Exactamente como ellos hacen!

Hileras me miraba con curiosidad. Al fin, depositando calmoso la pluma sobre la mesa, me preguntó:

—¿Qué propones tú?

Volví a explicar el significado de la «silesiada».

—Donde haya una injusticia yo estaré siempre contra ella…, ¡aunque sea con otra mayor!

El abogado guardó silencio. Luego volvió a interrogarme:

—En último extremo, tal vez… ¿Crees que la gente respondería? Es jugarse el todo por el todo. Tú eres soltero y sin carga se vuela mejor.

—¡Ya lo sé! —me defendí vivamente—. Tampoco hago esto por mí. Sé trabajar y nunca me faltaría tarea. Es precisamente por los otros, por los que tienen hijos, por los que cuando menos lo esperan los tiran a la cuneta como fardos podridos. A un hombre hay que darle trabajo todo el año y de paso alguna ilusión. Si nos lo niegan, estamos en perfecto derecho de recurrir a la violencia.

—El primero en pagar las consecuencias serás tú —habló el abogado Ruiz-Díaz—. ¡Ya viste de dónde tuvimos que sacarte esta mañana! En esta vida es necesario un poco de miedo. Si no, nos desbocamos.

—No hablo de mí —volví a decir, cansado de tanta machaconería.

—Bien, bien —el abogado encogió los hombros, recorriendo con la mirada a los presentes—. En fin, eso no son cosas de juristas. Esperemos a ver qué contestan.

—Sí, esperemos, esperemos… —accedí con velada soma.

Una hora después, el coche que les trajo de la ciudad desaparecía por la empinada carretera, camino del Oeste.

* * *

Aquella tarde la dirección de la Empresa no se dignó recibir a la Comisión gremial. Ni al día siguiente tampoco. Conociendo la expectación que nuestra actitud había despertado en los trabajadores, usaba una vez más de la dilación para desanimarlos. Sin duda que, después de muchas demoras, habría terminado por negarse en redondo si un sangriento incidente no hubiese venido a conmocionar el Valle…

Aprovechando la forzosa espera, y deseando reanudar el contacto con sus habitantes, me trasladé a la cuenca del Enquistao. También quería cambiar impresiones con un tal Manitas, mezcla de picapedrero y escultor. Él podría, si la suerte me acompañaba, construir el monumento al minero que yo ansiaba levantar en un promontorio cercano a la «Sala», donde el enorme soplete dejado por los hombres de la «fiebre» le serviría de llama votiva.

Terminados mis asuntos, ya me alejaba del pueblo cuando, renqueando, vino a saludarme Mauricio, uno de los hombres que habló junto a mi padre en la memorable noche de la huelga. Un derrumbe le había tenido sepultado dos días y desde entonces, el golpe recibido fue tremendo, llevaba un mes arrastrándose por las cunetas. Era aquel que tanta impresión me causó porque hablaba de matar. Mauricio, que seguía empeñado en sus viejas tácticas, ya no me pareció aquel monstruo, ávido de sangre, que se ofreció a mis ojos de niño.

—¿Qué sabes de Javier? —me preguntó al despedimos.

—Pronto le soltarán. Un día de estos van a juzgarle.

—Mala cosa la de este hombre, ¡estar con nosotros y trabajar con un juez!

—Así es… ¡Adiós, Mauricio! Dentro de unos días nos veremos de nuevo.

Monté a caballo y poco después, llegado a la divisoria de los dos valles, la bestia inició un alegre trotecillo ladera abajo. Estaba acercándome a la aldea cuando un chaval corrió a mi encuentro.

—¡Landa! ¡Landa! —me llamaba a gritos, excitadísimo—. ¡Han matado a Quintín y herido a muchos! ¡Uy, si vieras cuánta sangre!… ¡Son los otros, los del otro Sindicato!

Cerré los ojos como si acabase de recibir un mazazo en pleno cráneo.

«Quintín muerto…, matado quizá por mí.»

Como abandonado por mis fuerzas, me dejé caer de la caballería. Sentándome en una piedra, pedí al pequeño:

—Cuéntame qué pasó…, ¡cuéntamelo todo!

—Vinieron en un camión unos hombres de la ciudad y entraron a tiros en la Casa del Minero. ¡Son los del otro Sindicato! Los que estaban dentro dispararon y mataron a cuatro e hirieron a muchos. Los demás se fueron antes de que llegasen los guardias. Rompieron a tiros los cristales de la casa del Aplomao y el señor Marcos está llorando…

—¡Cómo va a estar llorando! —dije un poco estúpidamente—. ¡Los hombres no lloran!

—Bueno —se defendió el chaval—, no llora pero tiene la cara llena de lágrimas. ¡Yo le vi!… Voy corriendo a decírselo a mi padre para que no baje al pueblo. ¡A lo mejor vuelven!

—¡No volverán! —me incorporé con brusquedad, apretando los puños—. ¡No volverán si no es para que les enterremos en el Valle!

Monté de un salto y, dando un rodeo para no ser visto, me dirigí hacia la casa de Vitelón. Marucha acudió a la puerta. Al verme, rompió a sollozar estrepitosamente.

—¡Ay, Landa!, ¡ay, Landa!

—Cálmate, mujer. Ya pasó lo peor y tu Vitelón está vivo. Tuvo suerte de hallarse en el hospital. Dime…, ¿te importaría prestarme su pistola? Mi revólver ya no asusta ni a las arañas.

—¿Qué vas a hacer, Landa? —me preguntó asustada, interrumpiendo sus lloros.

—¿Qué quieres que haga? ¡Defenderme!

Guardándome el arma en el bolsillo, me despedí. Pensaba con amargura que, por primera vez en mi vida —la guerra era otra cosa — mi ánimo se hallaba dispuesto a permitirme matar. Alejándome de la casa de mi amigo, me acordaba de Marucha, de tanta gente amiga que a mi regreso debí saludar con un apretón de manos, con unas rápidas palabras como si mi ausencia hubiese sido de un día. Era tal la fuerza de los acontecimientos, que no había tiempo para la amable plática, para detenernos en un dichoso discurrir sobre mi vida en tierras extrañas y la vida de los demás.

—¡Hola, Landa! ¡Ahí va qué cara tienes! ¡Te han debido de pegar mucho!

Quedé mirando al pequeño monstruo de Vite, deformado horriblemente su rostro por el fulminante que su padre escondió en un bote de carburo.

—¿Te gusto? —intenté bromear—. ¿Qué tal está tu padre?

—Ya está bien. Dio una de puñetazos… ¡Es el más fuerte del Valle!, ¿verdad, Landa?

—Ya lo creo que lo es. Y tú lo serás cuando crezcas. ¿Quieres llevar el caballo al Empachao?

—¡Claro que sí! —accedió jubiloso el chaval.

Oyendo a mis espaldas los enardecidos: ¡A por los indios!, con los que Vite obligaba a la caballería a iniciar un trote corto, me encaminé a grandes zancadas hacia la carretera. Al desembocar en la ruta, la gente corrió a contarme lo ocurrido.

Y a gritos, de ladera a ladera, se transmitían las noticias…

—Y de Valerio dicen que no pasará de esta noche.

—Ellos también se llevaron lo suyo.

—¡Que les llore su madre! ¡Yo lloro a los míos!

—Tienes razón, mujer…

En la carretera reinaba una animación nerviosa. Caras excitadas, desabridas; bocas desencajadas por los aullidos, ojos en lumbre…

—¿Dónde estabas escondido, Landa?

Creí que el mundo se derrumbaba sobre mí.

—¿Quieres que arda el Valle? ¿Tan mal te fue en África para que volvieses?

—¡Huelgas!, ¡tiros!, ¡sindicatos!… Somos libres de ser pobres. ¡Déjanos con nuestro pan!

—¡Ojalá te coman los buitres!

Iban desfilando rostros amenazadores, lágrimas que tenían muy poco de dolor, rabiosas; y hombres que, con la boca abierta, en un significativo gesto, se apretaban el cinturón.

Una pesadumbre desconocida me quitaba las ganas de responder. Sentí que el calor escapaba de mis manos, que me estremecía un frío interior. Reconociendo que necesitaba calmarme, reaccionar contra aquellos lloros e insultos que herían mis oídos, para penetrar después hasta lo más escondido del ánimo, me preguntaba cómo podía defenderme de aquellos aullidos, del mudo reproche de los mineros que, caídos en el suelo, desalentados, permanecían inmóviles para que la sangre trabajase menos, ahora que no había con qué alimentarla.

—¿Hueles los tiros o qué?

—Llegué tarde. Estuve en el Enquistao…

—¡Si acostumbras a llegar tarde cuando hueles la pólvora, a lo que llegarás será a viejo!

—¡Dime!, ¿cómo voy a pagar el pan de la semana? —aulló una vieja escupiéndome en la cara—. ¿No tenemos bastante con la Empresa para que vengan a matamos obreros como nosotros?

—¡Calla!, ¡qué sabes tú! —barboté colérico.

El rostro de aquella desdentada se acercó tanto que llegué a notar el desagradable vaho de su aliento.

Sentí haberme dejado llevar por los nervios. La mujeruca preparaba un insulto más.

—¡Estás hablando con una mujer de la mina, no con un soldado!

Volviéndola la espalda, reanudé el camino… ¿A dónde iba? A la Casa del Minero, ¿a qué?, ¿para qué?

«Somos libres de ser pobres, ¡déjanos con nuestro pan!»

Aquella frase continuaba machacando mis oídos. Se diría que obstaculizaba el paso a cualquier otro sonido, a las frases con que me animaban los que, pese a las consecuencias, aplaudían mi

actitud.

—¡Bien, Landa!…, ¡se llevaron lo suyo! Ahora el campo nos pertenece.

—La minería te sigue, Landa. No hagas caso de los cacareos de las mujeres.

—Si piensas ir a la ciudad a devolverles la pelota, cuenta conmigo.

En mis oídos seguía vibrando, inmisericorde:

«¡Somos libres de ser pobres!, ¡somos libres de ser pobres!, ¡somos libres de ser pobres!»

De pronto me sentí dominado por un reconocimiento, el de la inutilidad de toda mi lucha. Una honda decepción me hacía preguntarme si merecía la pena pelear por la felicidad de aquellas gentes que se rendían al primer tropiezo; por aquellos seres que al menor contratiempo, dejándose llevar por sus irracionales odios, destrozaban lo que poco antes habían suplicado.

«Estos minerotes te sacarán un día los ojos…» —profetizó mi hermana Carolina.

¿Estaría equivocado? ¿O es que había heredado, reforzado hasta tal extremo, el carácter impresionable de mi padre? ¿Me dejaría vencer por unas palabras y gritos nacidos de la callada desesperación y la necesidad? ¿No sería mejor resignarse a ser uno más, a tener un oficio y una novia y a aprender a matar las inquietudes en los juegos de cartas y el alcohol? Me sentía marchando solitario; me encontraba impotente, incapaz de librarlos de aquella miseria moral y material que les estrangulaba… ¡No!, vivir era un poco caminar soñando; sin el deseo y la esperanza, era difícil pasar aquel mal tramo que se llamaba Vida. El Patriarca tenía razón.

Un sueño… ¿Se reduciría a eso mis ansias de llevar al Valle aquello tan maravilloso y simple que se llamaba Paz?

* * *

Desviándome de la carretera, hacia el río, llegué a sus orillas y me eché de bruces. En las aguas se reflejó, hinchada y oscura, mi imagen, tan fatigada, tan envejecida que me estremecí insensiblemente…

«¡Si pudiese abrir los cielos para que cayese pan y justicia! ¡Si fuese capaz de inventar un freno para la ambición de los hombres!, ¡si tuviesen mi cabeza y mi brazo fuerza suficiente para despertar a las gentes, aunque fuese a golpes…!»

—Algún día, ¡algún día llegará la revolución de los vencidos!

Quedé largo tiempo con la cabeza metida en el río. Cuando me incorporé, pese al alivio del agua fría, me sentía cansado. Reconocí que había llegado el momento en que tendría que poner en juego toda mi categoría de hombre. En los gritos y el silencio de mis compañeros, incluso en el aplauso de muchos de ellos; en la mirada de los niños, siempre con las privaciones a cuestas, y en las palabras de las mujeres… Todo lo que yo creía representar se balanceaba peligrosamente entre el triunfo y la maldición. El Valle sufría, todos se quejaban, nos quejábamos…, ¿dónde estaba la solución? ¿Dónde fue a esconderse la felicidad, tan tercamente ausente de la cuenca?

Al pasar ante las casas de ventanas entornadas, algunos de sus moradores me saludaban; otros, parapetados tras los cristales, me juzgaban en silencio, me acusaban quizá. Alguien pitaba, alguien me escupía. Debía hacer esfuerzos sobrehumanos para vencer en aquella lucha que mantenía conmigo mismo, para conservar la fe, pese a la actitud de mis gentes, que ahora llegaban a producirme un sentimiento parecido al temor, a un miedo que no sabía definir.

—¡Vete a ver a la viuda de Quintín que tiene un recuerdo para ti! —croó una vieja minera enseñando sus dientes amarillos, como si quisiera morderme.

—¡Este lucha así porque no tiene nada que perder!

Nada que perder… La misma frase que un día me lanzó el administrador de la Sociedad. Yo no tenía nada que perder, ¿y él, ya frisando en los setenta años?… ¡Su puerco dinero! ¿Qué otra cosa podía ser?

«Nada que perder…, ¡la juventud!, ¡la esperanza!, ¡el ideal!, ¿os parece poco, bestias?, ¡¡os parece poco!!»

Sentía necesidad de gritar y me limité a apresurar el paso.

—¡Perturbador! ¡Mientras yo me siga calzando, tú no pisarás el Pozo!

—Guárdese sus cochinas amenazas, señor capataz. Estas son cosas nuestras, del Sindicato, y lo que hago por él lo he mamado.

—¡No pisarás el Pozo! —insistió, rencoroso.

—Mala amenaza es esa de impedir a un hombre trabajar… No importa, ya sé lo que es luchar con el estómago apretado.

—El señor capataz tiene razón —dijo alguien a mis espaldas. Era Robaina, el que se entendía con Joselina, la hija de Potencia.

—¿Buscas algún favor a cambio de esta bajeza? Ya comprobaste que de alguna manera siempre pagan a los traidores.

—¿Traidor yo? —el vigilante hizo ademán de atacar.

Yo no me moví. Un minero que estaba a su lado, dejando silbar

las palabras entre sus dientes quebrados, le detuvo.

—Si tocas a Landa, hago fideos con tus tripas…

—¡Tú cállate! —le censuró la mujer—. Tú tienes que estar bien con los que te dan de comer, no con estos muertos de hambre.

El hombre no la escuchaba. Toda su atención, su odio quizá, estaba centrado en Robaina.

—Si tocas a Landa, hago fideos con tus tripas… —repetía con suavidad, obsesionado.

—¡Usted habla mucho! —chilló el capataz encarándose con él—. ¡Ya apuntaré su nombre!

—Apunte, señor capataz, apunte…

Pero seguía con los ojos clavados en los de Robaina. Para cualquiera que tuviese sentido común, aquel hombre amenazaba de muerte con la lumbre de sus pupilas.

El capataz y Robaina se fueron. El minero, sin una palabra de despedida, se refugió en su casa y yo seguí carretera adelante, hacia la explanada del Pozo. En su centro, el castillete dejaba que el sol le arrancase minúsculos relámpagos… Como paralizado por una inconcreta repugnancia, me detuve. Allí era donde los hombres convivían con las ratas, las tinieblas y el agua; donde cantaba el grisú y las quiebras desgarraban sus carnes, sepultándolas después; envenenaban los ácidos, mutilaban los derrumbes y dinamitas; allí se embrutecían los hombres y envejecían en un mes, años, lustros. En aquella ratonera de tan brillante coraza, donde bajó como un castigado más, estaba enterrado mi padre.

Me producía un infinito asco el pensar que algún día debería reanudar mi vida en aquella trampa, sumergirme en aquel laberinto de agujeros y tinieblas que, de perder la memoria y no ser conducido, aprisionado como un roedor más, ciego como ellos poco después, me convertirían en el vagabundo de unas profundidades que debían estar cercanas al infierno porque, como decía Felisandro, se notaba el fuego de la tierra bajo las plantas de los pies…

—¿Qué piensas hacer, Landa?

Aquella voz, cortante y seca, me obligó a detenerme. Un minero, acababa de abandonar la mina, sucio aún de carbón, estaba plantado frente a mí.

—Nos llegó la noticia abajo y la gente anda intranquila.

—Lo comprendo…

—Hasta ahora nos mataban los guardias, pero nunca tuvimos líos con los compañeros. Dicen que traes ideas. Nos gustaría saber cuáles son.

—¡Empezaré por espantar a todos esos que tú llamas compañeros! —repuse brusco.

—Piénsalo bien. Si la cosa va derecha, estaremos contigo; si no, habrá que hablar antes. Y procura no marear con tus aires nuevos al señor Marcos. Él siempre supo lo que hacía.

—¿Has terminado? —pregunté con acento agrio.

—Yo sí. Pero encontrarás por ahí otros…

Me volvió la espalda. La actitud de aquel picador me produjo más inquietud que las miradas reprobatorias, que todos los insultos que llevaba recibiendo desde que bajé a la carretera. Sí, no había duda de que la minería estaba inquieta. Mal augurio para mi proyectada «silesiada».

«Cuando te lances a la pelea, mira hacia todos los sitios, hacia los tuyos también. La masa es tornadiza, llegará incluso a escupirte aunque te estés rompiendo los riñones por ella.»

Recordé aquellas palabras de Frank y, como animado por él, me sentí más alentado. Andando de prisa, marché hacia la Casa del Minero. En sus alrededores se hallaban concentrados grupos de hombres. Al verme, algunos avanzaron decididos hacia mí. Pronto se formó un enorme corro. Todos intentaban explicarme lo ocurrido; clavaban sus garras en mis brazos, hablándome de represalias, de heridos, de división entre la gente… ¡Aquéllos eran los míos! ¡La minería estaba conmigo! Los recorrí con la mirada y una sensación de confianza fue renaciendo en mí. ¡Volvían a levantarse los ídolos!, a llenarse los pedestales donde erigí mis esperanzas.

—¿Vino el señor Marcos?

—Está dentro. Preguntó por ti varias veces.

Logré abrirme paso y penetré en el local, custodiado por una pareja de guardias. Sobre el suelo se veían regueros de tierra húmeda y enrojecida; las paredes aparecían agujereadas por las balas. La cantina estaba cerrada.

—¿Cómo murió Quintín?

—Un tiro en la frente —repuso un caminero—. No dijo ni pío.

—¡Ahora, que no se fueron galleando! En el depósito de cadáveres hay cuatro haciéndole compañía… ¡Cubadín se cargó uno!

—¿Cubadín? —me extrañé.

—Sí, y eso que estaba borracho… ¡Ese enano nunca se sabe hacia qué lado mea!

—¿Cuántos heridos hubo?

—Nuestros, nueve, pero sólo dos pueden espicharla. De ellos

tenemos en el hospital media docena.

—¡Lástima que pudieron escapar en la camioneta! No se esperaban un recibimiento tan cumplido.

—Sí, os defendisteis bien —les dije a modo de despedida.

Cuando penetré en el salón donde se hallaba reunida la Directiva, experimenté un sobresalto. Aquellos ojos clavados en mí, ¿estaban acusándome? ¿Sería yo, en verdad, el culpable de aquellos muertos, de la amenaza que se cernía sobre el Valle?… ¡Dios Santo! ¿Me iría a estallar la cabeza, sometida a tan brutales reacciones?

—Estuve en el Enquistao. Me enteré hace un rato de lo ocurrido…

—Siéntate, Landa —la voz del Patriarca se alzó débil—. Hoy ha sido un día de luto para Valhundido. Siéntate, siéntate, muchacho.

Le obedecí. Y mirando uno a uno a los quince hombres que allí se encontraban, me adelanté a sus censuras.

—Supongo que tendré que lamentarme… ¡No voy a hacerlo! Cuando alguien ataca, otros se defienden. Y si hemos atacado es porque si malo es morir, peor es vivir como muertos, como hormigas. Si no les importa, voy a decir lo que a mi juicio debemos hacer… —inicié una pausa—. ¡Y bien!, no ha cambiado nada; cuando se toma una decisión, no se renuncia al primer tropiezo. Este sirve para saber hasta dónde llega nuestra tenacidad y hasta dónde nuestro miedo. El peor momento ha pasado. He visto por ahí algunas caras raras, ¡no importa! Lo fundamental es conseguir hablar con la compañía, presentar las propuestas y obrar en consecuencia. El camino es largo…

—Hace un rato —me interrumpió el Patriarca— vino un enviado de la Dirección a darnos el pésame. Nos dijo que mañana por la mañana están dispuestos a recibirnos.

Arrastrado por una maravillosa sensación de triunfo, por un instante me vi marchando al frente de la minería, las banderas del trabajo desplegadas, marcando victoriosamente el ritmo nuevo que yo presentía.

—Por la mañana… ¡No esperan ni a que pase el entierro!

—Deben temer que haya desórdenes.

—¡Esto tenía que llegar! —exclamé, procurando ocultar mi emoción—. Como la Empresa sólo ve el peligro cuando mete ruido, este incidente tuvo su lado positivo. Señor Marcos —le miré fijamente, inclinándome sobre la mesa—. Ahora es necesario que nos entendamos. Me salió al paso Aurelio, el de la Nicasia, y por él sé que la minería, o parte de ella, anda titubeando. Dicen que nunca hubo roces entre ellos y que usted mandaba, que usted sabe lo que

se teje. ¡Le entendí perfectamente! Y bien, ¿qué hacemos? Sus ideas ya las conozco; las mías ya las he dicho, pero las repetiré para que las oigan todos.

Echando hacia atrás la silla, alcé la voz:

—El primer asalto lo hemos ganado, camaradas, aunque perdiésemos a Quintín. Entregaremos el memorándum a la dirección y como unos días después ya se les habrá pasado el susto, todo quedará en aguas de borrajas. Ya que mi plan hay quien lo considera arriesgado —intenté buscar las palabras más adecuadas porque por primera vez hablaba de votación— creo que lo más indicado es reunir a los setenta u ochenta mineros más representativos y que ellos decidan. Si se inclinan por la «silesiada», se habrán acabado las miradas torvas y no me comerán los buitres, como deseó la madre de Josema.

—Le dieron un balazo en un hombro —le justificó Gago, que ofrecía un rostro enrojecido, congestionado por la tos.

—Y a nosotros nos lo darán en otro sitio, ¡eso no cuenta! Lo fundamental es terminar, ¡terminar de una vez!

Un largo silencio siguió a mis palabras. A romperlo vino la voz de Enpazdescanse:

—A mí me parece aventurado, aunque puede ser definitivo. Lo mejor es consultar con los compañeros. Después de lo de hoy, hay que andar con pies de plomo.

—Habrá más luto en el Valle —auguró el señor Marcos.

—También lo hay en África y nadie dice nada —repliqué terco, escéptico a todos los razonamientos—. Si se quiere algo, hay que saberlo ganar.

Gago tomó la palabra. Durante un rato estuvo repasando los pros y los contras de la acción. Al igual que los años al Patriarca, la enfermedad ensombrecía los bríos del barrenista. Por diferentes motivos, los dos habían olvidado los sueños y las corazonadas. Antón, más joven, dudó antes de inclinarse a mi bando, actitud que terminaron adoptando la mayoría de los presentes.

—No se puede hacer tarea a base de pasión y desesperación —sentenció el señor Marcos.

Cuando propuse ponerme al frente de un grupo que marchase a la ciudad en misión de represalia, se opuso terminantemente.

Y aquel pequeño triunfo pareció reconfortarle.

* * *

A las once en punto, hora de la cita, entramos en delegación en

el edificio de la Compañía. Ya dentro del lujoso salón de sesiones, el señor Marcos tomó asiento y Gago lo hizo a su lado. Otros, contemplando aquellos magníficos sillones y suntuosas cortinas y alfombras, parecían cohibidos. Aparentando interés por una miniatura de hierro —representaba un hombre empuñando un sable en actitud de arenga— dejaba que mi cerebro se fuese preparando para aquel duelo de propuestas y contrapropuestas que se avecinaba.

Se abrió la puerta. Rompiendo marcha el señor Torres de Labanda, al que nosotros apodábamos don Magnífico Floro, entraron cuatro hombres. El Director de la Empresa y un caballero bajo y regordete, al que nunca había visto, pasaron tras el delegado general. En último lugar lo hizo el ingeniero jefe de personal. Tomaron asiento y con estudiados gestos nos invitaron a imitarles. Aquellas frías maneras entre personas a las que, quisiéramos o no, la mina acercaba, aquella falsa cortesía que nos hacía aparecer como enviados de dos naciones en guerra en el momento de firmar el armisticio, no dejaba de producirme un sentimiento de decepción e ironía.

—Ustedes dirán, señores —habló don Magnífico con voz engolada.

—Pues verá usted… —el señor Marcos titubeó—. Venimos a someter a su consideración una serie de propuestas que la minería ve justas, por si la Sociedad cree…

—¿Qué ocurriría en el caso de que no las juzgue apropiadas? —le interrumpió el director, dando un tenso cariz al diálogo.

«Mal principio —me dije—. Ya se les ha debido pasar el susto.»

El señor Marcos guardó silencio. Mi cabeza giraba rápidamente buscando una respuesta. Me adelanté al Patriarca por un segundo.

—En ese caso diremos a la minería que ustedes se niegan a estudiar nuestras propuestas. Si esta es su posición —miré a don Magnífico— ya podemos retiramos.

—¡Yo no he dicho tal cosa! —se encrespó el delegado general—. Por ahora nos limitaremos a escucharles.

—Usted, no; pero el señor director, sí.

—Si me permite —se estiró—, preferiría que fuese el señor Marcos, que siempre se comportó como un fiel servidor de la Empresa, pese a que a veces discrepamos, quien hablase por ustedes. Por otra parte, que yo recuerde, usted no forma parte de la plantilla. ¿Podría preguntarle con qué derecho se encuentra usted aquí?

—Como secretario gremial que soy. En cuanto a no formar parte

de la plantilla, usted quizá conozca los motivos.

El Patriarca se apresuró a intervenir:

—Aquí tiene, señor delegado, las conclusiones a que ha llegado el Sindicato —le entregó un sobre—. Ya las conocen; intentamos llevar un poco de seguridad a la vida de los mineros. Hablamos de un trabajo continuado, de jornales y horarios apropiados y algunas proposiciones sobre retiros y accidentes.

—¿Nada más? —don Magnífico, mirando a sus subordinados, inició una sonrisa.

—Lógicamente —siguió el viejo picador, pasando por alto el gesto— todo hombre tiene derecho al trabajo y a veces, por distintas causas, le falta. Y cuando lo tiene, muchas veces ni la tarea ni el salario es apropiado para un hombre.

—También la compañía, por distintas causas —intervino el director—, se enfrenta con problemas que no la permiten arriesgarse a cargar con las consecuencias de una depresión económica como la que llevamos sufriendo desde hace un par de años. Ustedes saben que con la terminación de la guerra, la mayoría de las empresas han debido disminuir el monto de sus dividendos e incluso alguna de ellas cerrar sus puertas.

—No es el caso de ésta, señor director —intervine, procurando dar a mis palabras un tono conciliatorio—. Esta es precisamente de las que sigue repartiendo grandes beneficios.

—También es una de las que ha efectuado grandes gastos para la adquisición de maquinaria dedicada al Pozo Nuevo.

—Lo que quiere decir —intervino Gago— que no es capital lo que falta. Estamos de acuerdo en la ampliación de las industrias; es un bien para la nación, pero hay que decir que entre tanto muchos compañeros están sin trabajo y los que lo tienen nunca sabemos si a la semana siguiente llevaremos un jornal a casa. El despido libre tiene que terminar.

—¡Exacto! —retrucó don Magnífico—. Lo que usted está insinuando es que debemos mantener a un hombre en plantilla aunque sea un vago o un saboteador. O simplemente un inútil.

—Esos son casos aislados que nosotros mismos procuramos evitar. La norma es lo contrario… —Gago se detuvo, sacudido por la tos—. No vemos justo que nos dejen en la calle a la primera contrariedad de la compañía.

—En la memoria que les entregamos procuramos cubrir a los mineros de este riesgo —continuó el señor Marcos.

Me desagradaba el tono humilde con que se expresaban.

—Bien… —Don Magnífico se dirigió a sus subordinados—. Creo

que no tenemos nada más que discutir. Estudiaremos sus propuestas y en su día les daremos la contestación.

Poniéndose en pie, añadió:

—Nada más, señores, ¡buenos días!

Cuando se fueron, nos miramos desorientados. Ninguno había supuesto que la entrevista iba a ser tan breve, a desarrollarse en una atmósfera tan fría.

—Bueno… —dijo el señor Marcos, frotándose lentamente las manos—, ahora a esperar que lo estudien y contesten pronto.

—Ya lo ha oído, ¡en su día! —exclamé, sin intentar disimular mi mal humor.

El conserje nos invitaba poco después a desalojar la sala. Empujándonos, como una reata de ovejas a las que cambian de recinto, salimos a la calle. Apenas habíamos recorrido un centenar de metros, cuando el mismo ordenanza corrió a alcanzarnos. El director deseaba hablarme. Un poco extrañado, le seguí. Cuando regresé al salón, me esperaba acompañado del ingeniero jefe de personal. Me invitó a sentarme y, ofreciéndome un cigarrillo, abordó rápidamente el tema:

—Usted se llama Landa, ¿no es así? Pues bien, cumpliendo un ruego del ingeniero señor Manchera —señaló a su subordinado con un leve ademán— puedo decirle que su reingreso en la mina será estudiado con simpatía. Por otra parte, y ciñéndome a sus informes, creo que estamos ante un muchacho inteligente y buen minero que podría ser de utilidad a la Empresa. Voy a explicarme —cruzó los brazos con parsimonia—: estoy dispuesto a concederle la categoría de vigilante. Esto, como usted bien sabe, implica trabajo seguro, mejor sueldo… en fin que tendrá ocasión de estudiar y así ¿quién puede decirnos que un día la Sociedad no le contará entre sus capataces? La Compañía tiene interés en mantener bajo sus órdenes hombres capacitados… ¿Qué dice a esto? —terminó, mirándome fijamente.

—Capacitados y sumisos ¿no es así? —repuse sin prisa—. Una vez me ofrecieron algo parecido. De paso me preguntaron cómo iba la Caja de Socorro y algunas cosas más. Gracias, señor director. Ustedes están en su derecho de llevarme a la cárcel, pero no de corromperme. Lo peor que se le puede hacer a un hombre no es matarle, sino intentar ensuciarle. ¡Gracias de nuevo!…

Pedí permiso para retirarme y con un seco ¡Buenos días! abandoné la estancia. No sé por qué en aquel momento pensé en aquel alarido que incendió el Valle cuando yo tenía un año. Me sentía nervioso, irritado. Sin embargo, no había alcanzado aún la

puerta del edificio cuando una sonrisa de triunfo asomó a mis labios.

—¡No sabéis el servicio que me habéis hecho con vuestra cochina proposición!

Quise creer que el ingeniero Manchera no se había prestado al juego, que sus deseos de readmitirme habían sido usados maliciosamente por el director.

Mis compañeros esperaban junto a la carretera.

—¿Qué te querían? —preguntó el Patriarca, intrigado.

—¡Ensuciarme! Dicen que soy un muchacho listo y que están dispuestos a proporcionarme trabajo seguro, estudios y ascenso a vigilante. ¡Y que en su día llegaré a capataz!

—¿A capataz? —se asombró Enpazdescanse—. ¿Y qué has contestado?

—¡Qué con toda seguridad iba a convertirme en un burgués! —reí—. No puso muy buena cara el director.

Bromeando, bravucón, añadí:

—¡Me olvidé hablarles de la «silesiada»! ¡Es una lástima!

—¡Ay, gran loco! —exclamó el Patriarca, haciendo ademán de propinarme unos azotes. Su rostro resplandecía de alegría, que parecía corretearle por entre las arrugas.

Y colgándose de mi brazo, dando a sus palabras un tono íntimo que me llenó de gozosos pensamientos, se preguntó:

—¿Dónde nos llevarás, hijo de Landa?

Era feliz. Como si empezase a perfilar claramente los tiempos que se avecinaban, mi entusiasmo iba tomando vuelo. Apoyado en mi brazo, remolcado por mí, arrastraba los pies el señor Marcos. Detrás marchaba lo más escuchado y combatido de la minería. La fortuita situación la consideré todo un símbolo.

Aquella gente formaba la tripulación, era la nave de nuestro futuro, cuyo timón pasaba a mis manos… ¡Yo iba delante! ¡yo dirigía!

* * *

Nutridos grupos de hombres, ansiosos de conocer el resultado de la gestión, se hallaban congregados en torno a la Casa del Minero. Poco podíamos decir; era necesario esperar. Sin embargo, ¡qué honda satisfacción la mía!, fue largamente comentada la proposición del director. Tenía un gran interés en que la gente supiera que rechacé tan tentador ofrecimiento. Aquella vieja que me escupió en la cara; Aurelio, saliéndome al paso poco después,

habían abierto ante mí un insospechado horizonte: el de la debilidad de los hombres, del exquisito tacto con que era necesario tratarlos, como si luchar por ellos fuese un delito que debía cometerse a escondidas. Que no despertase la primitiva reacción, fácil de producirse por lo que había comprobado; que no tuviesen ocasión de encabritarse al menor contratiempo, de pagar con un camarada la irritación de su desaliento, sus viejos rencores.

«Son fuertes, duros, pero débiles de espíritu —me decía como si les tratase por primera vez—. Su forja no radica precisamente ahí.»

Un solo gesto airado en el entierro de Quintín, cuya muerte muchos me achacaban, podría arrastrar a los demás. Aquello representaría una auténtica catástrofe. Tenía miedo y un miedo aún mayor a mí mismo, a mis súbitos desánimos que me hacían pasar, como la cosa más sencilla del mundo, de conductor de hombres al más despreciable de ellos; del entusiasmo a la desilusión más profunda.

—¿Así que querían hacerte capataz y les diste con la lámpara en las narices? —preguntaba, admirado, un entibador.

—No fue tanto. Simplemente que podía llegar a ello.

—Ya es bastante. Se lo ofrecen a cualquiera de nosotros y perdemos el cielo por alcanzarlo.

—¡A mí mismo!

—¡A ti y a mí, sí!, pero a éste no… ¡Landa es de buena madera!

—Mira si lo es, que en un par de días nos ha hecho a todos sacudirnos las pulgas. Ya verás como la Empresa tuerce el riñón.

¡No tendrá otro remedio!

—No lo torcerá, ¡se lo haremos torcer! —aseguré.

—¡Así se habla! Aunque cueste sangre y guerra. Si hay que morir ¡de golpe!

—¡Claro, hombre! —dijo otro—. Si tiramos derechitos, al menos no nos faltará trabajo.

—No pedimos otra cosa. Creo que es bien poco.

Estaban contentos, radiantes, presa de una saludable excitación que les transformaba, liberándoles de su atonía, de su vieja impotencia.

* * *

Cuando llegué a casa, me aguardaba una desagradable sorpresa. Estaba esperándome la madre de Colás para decirme que Carolina se había ido a vivir con ellos.

—Se lo pidió mi chico en prueba de su amor.

—Perro… —murmuré entre dientes— ¿esas son tus armas?

—Y ya ves, Landa —se defendía la madre que no pudo haberme oído, ya ves… ¿qué hacemos nosotros? Es él quien lleva el pan a casa.

—De acuerdo —respiré hondo para expulsar todo el asco que sentía dentro—. Hablemos de otra cosa, señora Manuela.

—Sí, hijo, sí… ¡ay! cómo estás tú también… ¡Dios mío, estos muchachos!

—Ya pasó, señora Manuela ¿Qué tal está Colás? —pregunté amable, queriendo evitar que se enemistasen nuestras familias.

—Me lo estropeaste mucho, hijo mío, ¡mucho!

La pobre mujer rompió a llorar estrepitosamente. Mi madre intentó calmarla. Ana, que estaba cosiendo, me miró un instante, después volvió a su costura.

—Vamos, señora Manuela —quise serenarla atrayendo su menuda humanidad hacia mí—. Estas cosas son necesarias antes de que la paz llegue al Valle.

—¡Ay, hijo mío! ¿La paz?, ¿crees que de esta manera llegará la paz?

Al fin se sosegó un poco la buena señora.

—¿Qué hacemos con Carolina? Se quieren mucho. Y están como locos, dispuestos a cometer una barbaridad si se les contradice.

—¿Qué piensas tú, Landa? —me preguntó mi madre con voz grave.

—Pues… —dudé unos instantes—. La verdad es que no tengo mucho tiempo de ocuparme en este asunto. Él es un hombre y ella ya no es una niña.

—¡Pero tendrán que casarse, Landa! —protestó orgullosa y contrariada—. ¿Tendré que explicarte ahora lo que es el honor de los Landa?

—No, madre… Sí, deberían casarse… ¡Dame la comida, anda, que dentro de una hora enterramos a Quintín! ¿Usted gusta, señora Manuela?

—Gracias, hijo, gracias. Ya me voy más tranquila. Tenía miedo que te presentases en casa y ocurriese una desgracia.

—No se preocupe. Cuando está en juego la suerte de muchos, no se puede echar todo a rodar por una mocosa, ¡por muy hermana que sea!

—Sí, hijo, sí —seguía serenándose la buena mujer.

—Que sean felices y que no la den mucha guerra. Y dígale a Carolina que esta casa la encontrará siempre abierta. Y a Colás que no me guarde rencor. Fue bien vengado. Espero que algún día nos

daremos la mano… aunque sólo sea por las madres.

—¡Ojalá, hijo! ¡ojalá! —la señora Manuela tomó mi cabeza entre sus manos y me besó en la frente. Luego, secándose las lágrimas con la punta de la toquilla, se dirigió hacia la puerta. Mi madre salió a despedirla. Ana se dispuso a servirme la comida.

—¿Cómo van las cosas, Landa? —me preguntó con voz íntima, como sintiéndose muy unida a mí.

—Van bien, hermanita, —mi tono era jovial—. Visitamos la dirección y prometieron estudiar nuestras reclamaciones.

—Dice Tinín que la gente está un poco desorientada, que tendrías que darles una prueba de que sabes donde vas. Lo ocurrido estos días les hace dudar.

—Es natural. Todos queremos lo mejor, pero muy pocos son capaces de arriesgar algo. La minería está muy pegada a la tierra. De todas maneras creo que voy convenciéndoles.

—Estoy muy orgullosa de ser tu hermana. Todo el mundo dice que podrías ser algo si dejaras la mina, pero que sigues entre nosotros y te sacrificas por todos.

—Soy fiel a padre ¡eso es todo!

—Ya lo sé, Landa…

* * *

Los cadáveres de los cuatro forasteros, junto a los heridos que pudieron ser trasladados, fueron sacados del Valle a primeras horas de la madrugada. Se los llevaron sus compañeros en un camión que llegó custodiado por dos parejas de guardias.

Por la tarde tuvo lugar el sepelio de Quintín, que constituyó una formidable manifestación de duelo. La cuenca entera estuvo presente. Hasta los que trabajaban de tarde, y a condición de recuperarla, abandonaron la mina durante una hora. Centenares de hombres, con las lámparas encendidas colgadas del cuello, negros de carbón, vistiendo los trajes recosidos de faena, se mezclaban a los parados y a los del turno mañanero. Les acompañaban sus mujeres; otras permanecían en las puertas de sus casas, arrodillándose al paso del féretro, rezando en voz alta. Se alzaban ruegos y maldiciones. Los viejos silicosos, dando al acto un grave carácter, abrían la marcha, rodeando a la viuda del cantinero.

Una masa compacta avanzaba sin prisa por la carretera. Cuando cruzamos las vías, dos trenes mineros estaban esperándonos. Los fogoneros, gorra en mano, también querían despedir al pobre Quintín. Consolaba extender la mirada sobre aquella aglomeración

que discurría tras el negro ataúd. Agrupándose en las bocacalles, recortándose en las crestas y las laderas, aquellas gentes demostraban con el grito de su presencia una hermosa solidaridad, su repudio a los incursores y a lo que ellos representaban.

En medio de un hondo recogimiento, metimos la caja en un hoyo y la cubrimos de tierra. El señor Marcos tomó del brazo a la viuda y nos dirigimos hacia la salida. La gente empezó a desalojar el cementerio. Poco después éste cerraba sus puertas. Dentro quedaban los perros de Cándido, el sepulturero, dispuestos ya a corretear en torno a la nueva cruz.

El desfigurado Vitelón, que había abandonado el hospital para asistir a la inhumación, venía a mi lado, recorriendo el suelo con los ojos.

—Toma —le entregué la pistola.

No volví a dirigirle la palabra. No deseaba hablar con nadie para repetirme a mis anchas que los muertos eran necesarios; que todo triunfo los reclamaba como partes vitales de su engranaje. Era sobre la sangre y el recuerdo de los caídos en la lucha o la mina, donde se asentaban los pilares de nuestra victoria.

Sí, mi padre tenía razón. Los hombres crecen bajo tierra.

* * *

Pasaron tres días. Y otros tres que exigió el señor Marcos. A la semana siguiente le convencimos para que se pusiese al habla con el director de la Empresa. Como yo bien supuse, nuestras reclamaciones estaban aún en «estudio». Diez días después nada había cambiado. Al impacientarse la minería, el Patriarca se vio forzado a convocar la reunión que yo propuse. Cien hombres, elegidos entre los más representativos, nos encerramos una noche en la Casa del Minero y por espacio de cuatro horas hablamos y discutimos. Aquel tiempo fue suficiente para que el señor Marcos y Gago reconociesen que sus argumentos, basados en una posible conciliación, habían dejado ya de ser del agrado de la gente. Sometidos a votación los diferentes puntos de vista, el resultado demostró que un setenta y tantos por ciento de los presentes se inclinaban por la «silesiada».

Pasando a la parte práctica, a la acción, se barajaron incendios, inundaciones; desencuadrar los soportes de las galerías y hasta limar los cables de la jaula. Al fin decidimos volar media docena de explotaciones, de las consideradas más ricas; desencajaríamos un centenar de cuadros e inutilizaríamos las bombas de agua.

El señor Marcos parpadeaba nervioso. Las lágrimas parecían a punto de aflorar a sus ojos semiciegos, ante los que quizá ya fuesen extendiéndose las imágenes de la catástrofe que se avecinaba.

«Pobre viejo…»

Después de recomendar la más absoluta discreción, convinimos que únicamente minutos antes del sabotaje se comunicaría a los compañeros el plan a realizar.

—¡Ánimo y suerte! —deseé alzando los brazos, emocionado por una victoria que presentía segura.

—¡Suerte!, ¡suerte! —gritaba eufórico un barrenista apodado Verrugas.

—Suerte y muerte sólo se diferencian en una letra…

Miré fijamente al Patriarca. Y en una intimidad remota y lejanísima, sentí un escalofrío desconocido. Como si el alma se dispusiese a cambiar de lugar.

Nunca se había soñado en Valhundido con semejante hecatombe.

* * *

La sirena aullaba lúgubre, como si hasta su misma garganta llegase el sufrimiento de las minas destrozándose. En una feroz voluntad de suicidio o resurrección, la minería se había decidido a arrojar su destino en la ruleta trágica, donde se ganaba o perdía todo a una sola bola. Ladraban asustados los perros de Cándido y los del pueblo, donde ya comenzaban a encenderse las luces. La luna se acercaba, dibujando un melancólico marco sobre la angustiosa llamada de la sirena.

Me hallaba parapetado tras unas piedras, acechando la noche. Los más significados, para evitar ser detenidos e intervenir si la gente, reaccionando desfavorablemente, acudía al toque de alarma, habíamos acordado alejarnos de nuestros hogares. No nos equivocamos. Poco después de descubrirse el sabotaje, un grupo de hombres penetró en mi casa. Me pareció que la estaban registrando. En la de Hilario Potencia, cuyas ventanas se divisaban desde mi escondrijo, ocurría otro tanto.

Como un general esperando el resultado de la batalla, hostigado por las rachas de aire helado que bajaban de la cordillera, llevaba una hora espiando el Valle. Mis ojos miraban con tanta seguridad que parecían capaces de abrir las tinieblas, de descubrir lo que en ellas se iba tejiendo en aquellos momentos trascendentales. Con el tiempo, la tensión fue cediendo y, abstraído, mi pensamiento voló a

las noches de África, bajo las cuales solía pasar revista al mundo de mi cuenca. Sí, yo estaba en lo cierto cuando, tumbado a la sombra de los sacos terreros, me repetía que aquellas reuniones de muchachos que celebrábamos en casa, en las que cantábamos en tono heroico y nos esforzábamos en aprender, encerraban un significado más directo que las estudiadas y un tanto vacilantes acciones del señor Marcos. «La revolución de nuestro mundo minero…» —decía el Patriarca. Hablaba, razonaba demasiado porque ya tenía muchos años y fracasos a cuestas; porque, acosado por el fantasma del hambre de los niños y la flaqueza de los hombres, le costaba trabajo decidirse a abandonar el camino de las medias tintas.

«Amanece tan despacio…» —solía consolarse el viejo minero.

Frank, el joven, argumentaba de otra manera:

«Echas un trago de agua fresca y te pones a andar. Lo demás son mojigaterías de espíritus débiles. No se curan enfermedades mortales con piadosas exhortaciones. ¡Hay que habituarse al vuelo de las águilas y meter la nariz aunque huela a tiros!»

El aire silencioso de la noche parecía acercarme al legionario, rondar mis sentimientos para decirme que estaba viviendo una maravillosa alucinación… ¡Tantas veces había soñado el momento en que la sirena aullase, porque la «silesiada» era un hecho! Me pellizcaba, quería asegurarme que todo aquello era verdad, que al fin comenzaba a azotar un viento nuevo. El rumor de la sirena, que como una señal de que estuviesen enterrando o resucitando el mundo, seguía desgarrando las tinieblas, se traducía en mil músicas de campanas, de calor humano. Solamente la había oído otra vez quejarse de tal manera. Fue cuando el Bola inundó la mina para libertar a mi padre…

El vuelo del pensamiento se detuvo bruscamente. Varios hachones surgieron de un rincón de la noche y otros les imitaron un poco más tarde, hacia el norte. Por la dirección que llevaban, convergirían todos en la explanada del Pozo. Ansiosamente, ya acostumbrado a mirar en las sombras, seguía su marcha, me esforzaba inútilmente por descubrir la identidad de quienes los portaban. Un funesto presentimiento me decía que la «silesiada», que tan machaconamente impuse, estaba a punto de malograrse, a punto de escapar el triunfo que vendría tras la guerra comenzada aquella tarde…

Las antorchas se detuvieron. A lo lejos se alzaron voces; poco después unas teas caían a tierra. Grupos de siluetas se recortaban en los resplandores. Unos hombres peleaban; luego alguien pisoteaba

las llamas, apagándolas.

«¡Así se hace, minero! Tendrás enfrente a algún cobardón. O al Dientes, a Santiago o cualquier soplón de éstos…»

Un disparo, golpeando el tambor de la noche, rasgó el silencio. Inmediatamente, en nítidos fogonazos, restallaron tres más. Maldije interiormente al que hacía fuego pero no tardé en disculparle, en reconocer que gracias a él los esquiroles detenían su marcha. Algunos, pese a un galope de caballos corriendo en su ayuda, comenzaban a retroceder. Otros, la casi totalidad, les imitaban poco después.

Las luces se alejaban y me pareció que en sus resplandores aleteaba un estremecimiento humano, como si comprendiesen que con ellas se desvanecía el desaliento de centenares de hombres. Eran aquellos que, espiando por las rendijas de sus ventanas, esperaban ansiosamente el resultado de aquella lucha por la que, con honesta violencia, se habían decidido unas horas antes.

Petrarca tenía razón:

Donde no hay nada para entibiar el ánimo,
se alzará un día la inmensidad de ansias…

Volví a recordar a Frank…

«El destino tiene poco en cuenta los deseos y necesidades de los hombres… ¡por eso hay que torcerlo!»

* * *

Perdido en la maraña de mis pensamientos, dejaba pasar el tiempo. El Valle se colmó de inmovilidad. Tan sólo algunas luces y la luna, sorteando estrellas y un lento nubarrón que avanzaba desde el otro lado de la cordillera, ponían un poco de vida en aquella fantasmal hondonada.

La rotación de los astros seguía su curso. Tres horas llevaba desafiando el frío y la oscuridad. Convencido de que la sirena llamaría ya inútilmente, abandoné mi escondrijo.

—¡Ah, poderosos! —agité el brazo en un ademán de triunfo—. Vosotros no conocéis estas armas, pero las iréis aprendiendo… ¡ya las teméis!

* * *

El Valle dormía. Como siguiendo una consigna, de la noche se borraron las luces del pueblo y las laderas. Aunque mi casa estaba a oscuras yo bien sabía que nadie dormía, que espiaban las sombras, buscando en sus recovecos las huellas de mi paso. Cuando golpeé quedamente los cristales del cuarto de mi madre, ella me esperaba.

—¿Quién es…?

—Soy yo, madre, ¡abre!

Salté al interior de la vivienda y, a tientas, me dirigí a mi habitación. Tinín se reunió conmigo. Mientras, en un cortado cuchicheo, me ponía al corriente de las detenciones efectuadas, de la llegada de los guardias y el posterior registro, yo palpaba mi colchón desventrado; los libros y las camisas tiradas por el suelo; el arca…

—Lo descerrajaron con el machete. Estos de las espuelas creen que si tuvieses algo comprometedor lo ibas a guardar donde pudieran olerlo.

—¡Qué saben lo que hacen! —exclamé asqueado.

—¿Y mañana, hijo?

—Sí, mañana… —repuse pensativo—. Será un día movido. Si me dejasen dormir un rato, estaría más dispuesto.

—¿No volverán a buscarte?

—Si vuelven, intentaré escapar por la ventana. No creo, porque son muchos los que tienen que vigilar… ¡Hala!, cada uno a su gallinero.

Dejé el cuarto tal como estaba y echándome vestido sobre el colchón destripado, me esforcé por conciliar el sueño. No debí tardar en dormirme profundamente… ¿Por cuánto tiempo? ¿Minutos?, ¿horas?

Me despertaron con brusquedad.

—¡Hijo!, ¡hijo!, ¡vienen otra vez! ¡Ya suben por el Camino!

Salté al exterior y mi madre cerró la ventana por dentro. Acurrucado tras una tapia, no tardé en descubrir un grupo de guardias, acercándose cautelosamente. En las proximidades de mi casa se abrieron en abanico y dos de ellos, echándose el fusil a la cara, quedaron vigilando sus flancos. La luna, desembarazándose del cúmulo de nubes, arrancaba reflejos en el acero de los cañones.

Alguien golpeó la puerta y la vivienda se iluminó por dentro. Oí que descorrían el cerrojo y tras el cristal de mi habitación se recortaron tres siluetas. Una, encorvada, la de mi madre, negaba con la cabeza insistentemente.

—Pobre mujer…

Poco después la patrulla se retiraba. Fui tras ellos hasta la

carretera y, seguro ya de que no dejaron tendida una celada, volví a casa.

—Ahora ya dormiremos tranquilos, ¿qué dices tú, Tinín?

—Si tuviesen que buscarte a ti sólo… Tu madre les dijo que estabas en la ciudad. No sé si se lo habrán creído.

—No tardaré mucho en ir… —repuse, enigmático.

Cuando me dormí, la sirena seguía llamando y llamando con el angustioso grito de un náufrago que se sabe abandonado.

* * *

El día amaneció espléndido, pese a que los vientos, entrechocados y fríos, combatían furiosamente al sol. Apoyada en la ventana, en una constante vigilancia, mi madre me dio los buenos días. Tenía los ojos enrojecidos; su aspecto, demacrado, acusaba una gran fatiga.

Me miró bondadosamente… ¡Cuánto amor había en su expresión!

—Estaba tan segura de que volverían… Vino la señora Andrea a decirnos que han detenido más de treinta. Y que en el Pozo y los Grupos va a pasar algo terrible.

—Algo habrá pasado ya… —murmuré.

—¡Ay, hijo mío! —se quejó—. ¡Si vieses lo preocupada que me tienes!

—Cuéntame lo que ocurrió —la pedí.

—¿Qué ocurrió…? Que el Pozo se va a inundar y se van a derrumbar muchas galerías. Algunas rampas ya están cegadas. Si no lo arreglan en seguida, ocurrirá una catástrofe. Y dicen que eres tú el de la idea…, ¡mira, hijo!

Por la carretera pasaban en aquel momento dos camiones repletos de guardias. Una veintena de ellos patrullaban a caballo.

—Esta madrugada han debido llegar muchos porque vi luces; otros coches salían de la aldea, llevándose a los detenidos a la ciudad. Al señor Marcos lo prendieron de los primeros.

Quedé unos momentos pensativo. Fueron pocos, porque lo tenía lodo bien pensado.

—Voy a entregarme, madre —le dije intentando quitar importancia a mis palabras—. Una vez conseguida la «silesiada», hay que meter el cuerpo entre rejas.

—¡Que te vas a entregar…!

—Sí, ahora mismo. Es la segunda parte de mi plan. Nos escondimos porque podíamos ser necesarios. Los hombres, aunque

sean valientes, a veces necesitan de alguien que les empuje. Además, vendían a buscarme cada diez minutos y prefiero estar preso a huido. ¡Un hombre en el cepo tiene más fuerza que libre!

—Hijo mío, ¡piensa lo que haces!

—Está pensado —la besé en la frente despreocupadamente—. Anda, dame un buen desayuno que en las celdas se olvidan a veces de los estómagos ajenos.

Comí en silencio, reflexionando, ¡qué noria la de mi vida!, sobre los días inciertos que empezaban. A mi lado, mi madre lloraba mansamente. Ana, que a pesar de haberse casado se pasaba el día cosiendo, levantó sus hermosos ojos, hablándome en silencio. Cuando terminé de comer, me puse la zamarra, enrollé la manta y até varios libros. Adivinaba que ahora la ausencia sería larga, muy larga. Pese a ello, encontraba mi actitud tan justa, tan normal, tan útil a nuestra causa, que incluso me sentía contento.

—Hasta pronto, Ana. Adiós, madre; y no llores. Ya sabes que tenemos gente en la ciudad que se ocupa de nosotros.

—¡Dios te ayude! ¡Dios te ayude, hijo mío!

Penas, lloros, la continuada angustia… ¿Tenía yo derecho a producirla tanto dolor?

«Sí, si lo tengo; alguien debe hacer esto y me tocó a mí. Si mi padre me viese…»

Dejada atrás mi casa, bajando a buen paso por el Camino, experimentaba una confusa e íntima liberación.

Pronto llegué a la carretera. Avanzando ante parejas de guardias forasteros, me dirigí directamente hacia el cuartelillo. Hombres, mujeres, hasta niños, corrían a mi encuentro.

—¡Han detenido a muchos, Landa!, ¿qué haremos?, ¿qué harás, Landa?

—¡Tú les has llevado a la cárcel!

—¡Calla, bicho raro! Si todos tuviésemos los riñones que él, otro gallo nos cantaría.

—Landa, ¡hay que hacer algo!

—Voy a hacerlo ahora mismo. ¡Me entrego!

—¡Eso no! Si os vais los que dirigís el asunto…

—¡Se van a hundir las minas!, ¡se están hundiendo!

—¡Y llenando de agua! ¡Las bombas no funcionan!

—¡Dejadme pasar!, ¡dejadme pasar! —repetía, apartando a las gentes que ya formaban corro en torno mío. Otros muchos me seguían.

—Se han llevado para la ciudad más de cuarenta, ¡muchos más!

—Los soltarán. ¡Me cambiarán con gusto por varios de ellos!

—Que libren a mi hombre. ¡Por favor, Landa, que libren a mi hombre! ¡Tengo en casa diez hijos pidiendo pan y mi Fede está en África!

«¡También cayó el Empalmao!» —maldije, remordido por el recuerdo de aquel hogar siempre en penuria.

De una taberna salió un guardia corriendo. Apuntándome con el arma, me obligó a detenerme. Se acercaron otros y entre ellos, bien custodiado, llegué a la caserna. El sargento rebosaba satisfacción cuando me abrió la celda, ya ocupada por una veintena de detenidos. Tras de cachearme, quedé encerrado.

—¡Te cogieron! —exclamó Potencia malhumorado, abriéndose paso entre sus compañeros de prisión.

—¡Me entregué! Escucha —seguí sin darle tiempo a responder —, ¿qué noticias hay?

—Más o menos las que nos esperábamos. Anoche mataron a Santiago, que quería arrastrar a algunos a bajar al Pozo… ¿Pero por qué te dejaste atrapar? —insistió—. ¡Alguno tenía que quedar para empujar la cosa!

—No te preocupes. Los viejos sabrán hacerse oír. Además, soltarán algunos, ya lo verás. Es difícil probar su participación en la «silesiada» —me agradaba pronunciar la palabra— y hay pocos que se atrevan a denunciar. Si meten en el cepo a todos los que trabajan en las galerías dañadas, tendrán que habilitar las escuelas.

—No es la primera vez que las llenan —dijo una voz escondida —. ¡Pero se armó una buena! ¡Si esto de ahora lo hubiésemos hecho hace años…!

—¿Sabes algo del señor Marcos?

—Se lo llevaron. Estaba el pobre tan apabulladito en su cueva, que no les fue difícil echarle el lazo.

—No importa. Estoy seguro que no le penará. Es un antiguo amigo de cárceles y torturas.

—¡Y del tiempo! Tiene ya muchos años, Landa.

—¡Calla!, se acerca un «feroz»…

* * *

En dos de los camiones que trajeron refuerzos, y sin más vigilancia que un par de guardias, partimos hacia la capital de la provincia. Allí nos esperaban. Cuando los vehículos se acercaron a la cárcel, un cordón de uniformes los rodeó rápidamente. Nos cachearon de nuevo al entrar en el edificio y, después de cruzar el enorme patio, ¡qué familiar me resultaba aquel caserón!, fuimos

repartidos en distintas celdas colectivas. En la que me señalaron a mí, entre una docena de mineros más, se encontraba Antón.

—¡Ya estamos todos! —me saludó un tanto decaído—. ¿Te cazaron esta mañana?

—Me entregué. Una vez lanzada la zarpa, lo mejor es dejar tranquilamente que se desangre la pieza… ¿Cómo caíste tú?

—En casa. Acababa de entrar… ¡Chico, parece que lo adivinaron! Lo siento por los críos, que se quedaron llorando.

—Los del Empalmao también… —empezaba a sentir un sentimiento de culpabilidad que juzgué peligroso. Reaccionando, añadí secamente:

—¡No importa! Se trata de dar la batalla de frente y lo estamos, haciendo, aunque cueste lágrimas. ¿Qué sabes del señor Marcos?

—Está con Vitelón y Casiano. Les dio a última hora por irse a dormir a su casa y cayeron como tres angelitos… ¡Por lo menos no le dejaron solo!

—Vitelón y Casiano… —sonreí, como en un gesto de gratitud hacia ellos—. A mí no se me ocurrió, me hallaba demasiado preocupado con la llamada de la sirena y sus consecuencias. Bien, cuéntame algo, si es que lo sabes, del resultado de la «silesiada».

No eran muy extensas sus noticias. Sin embargo, unidas a las que yo traía, lograron darnos una idea del resultado de la operación. Estaba narrándome lo ocurrido en el Pozo, cuando nos llamaron a gritos.

—¡Landa Jalón!, ¿quién se llama Landa Jalón?

—¡Soy yo!

—¡Vamos!, ¡a declarar! Un tal Antón Garona, ¿anda por aquí?

Custodiados por una pareja, cruzamos de nuevo el patio. Subimos por una estrecha escalera y llegamos a un pasillo, en cuyo fondo se abría una puerta que daba acceso a una amplia habitación. La Directiva en pleno se hallaba allí reunida. El comisario, calándose las gafas, nos miró uno a uno. Parecía cansado, abrumado quizá por tantos acontecimientos como inquietaban, no sólo al Valle, sino la provincia entera. Dejando escapar un suspiro de fastidio, comenzó a hablar maquinalmente de los intereses del Estado y de la patria; de nuestras obligaciones como ciudadanos; de un orden que habíamos alterado y una sociedad a la que debíamos respeto porque formábamos parte de ella. A medida que peroraba, su voz iba subiendo de tono. De una manera velada continuó llamándonos insensatos y quizá algo peor; nos amenazó con hacemos conocer toda la rigidez de la Ley…

El funcionario seguía tronando pero yo me había olvidado de él,

concentrada mi atención en el señor Marcos, quien miraba al comisario con una expresión que llegó a reconfortarme. Serio, pero como en Babia, asistía pacientemente al agrio discurso, igual sin duda a los que, con distintas variantes, llevaría oyendo desde que tenía diez y ocho años.

—Los delitos cometidos directamente por algunos de ustedes, o bajo su instigación, serán castigados como se merecen. Ahora volverán a sus celdas y aclararemos el grado de responsabilidad de cada uno de los implicados en el sabotaje.

Aplastando el cigarrillo en el cenicero, añadió:

—A medida que les vaya nombrando, levanten la mano. Quiero conocer sus caras… ¡A ver!, Marcos Arteaga Tovar.

—Servidor… —contestó cortésmente el Patriarca.

—Gregorio Alvear Calahorra.

—Yo soy —Gago se irguió.

—Víctor Jorquera Martín.

—¡Aquí estoy! —tronó desafiante Vitelón.

El comisario levantó los ojos y por unos instantes le observó detenidamente. Luego prosiguió:

—Hilario Jordana Lorente.

El funcionario volvió a mirar inquisidoramente. El tono de Potencia era una réplica del de Vitelón.

Cuando terminó de pasar lista, nos mandó salir. Ya me acercaba a la puerta, cuando me ordenó quedarme.

Una vez a solas, y después de declararme responsable de lo ocurrido en Valhundido, se dispuso a iniciar un interrogatorio.

—Si me permite, señor comisario… —comencé a decir.

—¡Cállese!

—Quería ahorrarle trabajo.

La cantinela de preguntas y respuestas se extendió por más de media hora. Todo lo que logró sonsacarme fue que la mina estaba en malas condiciones. Él, empeñado en que por mi condición de revoltoso y secretario gremial era el responsable de lo ocurrido, pese a no haber pisado la mina, y yo negando tercamente, llegamos al punto muerto que adiviné desde un principio.

—¡Retírese!

—Buenos días, señor comisario.

Conducido a una aislada celda, incomunicado, me eché sobre el camastro. Encendiendo un cigarrillo, me dispuse a armarme de paciencia.

«Un paso más hacia adelante…»

* * *

Los días que siguieron fueron de gran actividad. Ya me había habituado al olor a cárcel. Desde mi calabozo oía el ir y venir de los camiones. Sin embargo, y salvo el carcelero que me traía el insípido comistrajo, la vida en torno mío se había paralizado. Me inquietaba aquella calma, el abandono en que me dejaron. Sin duda que aquello no auguraba nada bueno. ¿Qué estaría ocurriendo en el Valle?, ¿qué habría sido de mis compañeros de arresto? El único contacto que con ellos tuve me produjo una profunda desolación.

Fue una noche que desperté sobresaltado por unos alaridos dé dolor. Estaban apaleando a un hombre. De un salto me agarré a los hierros del ventanuco. Poco después, una pareja de confusas siluetas arrastraban un bulto por el patio. Me pareció que aquel hombre, convertido en un pelele, se erguía un instante, que aquel grito debió de rasgarle los pulmones…

—¡Landaaa!, ¡traidooor!

Le hubiese oído aunque me hallase confinado en el rincón más apartado de la prisión. Un latigazo de sangre hizo temblar mis manos, crispadas sobre las rejas. Presa de una desilusión descarnada y brutal, me dejé caer en el camastro.

—¡Bandidos! ¡A qué malas artes recurrís!

Ansiosamente buscaba un recuerdo donde aferrarme; algo, alguien que pudiese alimentar mi visión interior; que me dijese que a aquel hombre le habían trastornado los golpes, que era un loco. Me miraba las manos como si en ellas confiase para demostrarle que nunca debió dejar escapar aquel grito; como intentando convencerme de que en ellas y en el corazón estaba la clave que nos permitiría saltar por encima de todos los apaleamientos, por encima de las trampas y las cárceles, de las maniobras de los poderosos y los métodos de aquellos «neutrales», obligados a ensañarse con el prójimo a tenor de los diferentes dueños que enarbolaban la batuta… Me producían vértigo, una mezcla de odio y repugnancia capaz de ahogar en tristeza los más nobles impulsos. ¿Qué ideal sería el suyo para arrastrarse hasta inferir aquellas torturas a un hombre indefenso?, ¿para bailar al son de tan trágico vaivén, movidos por un ser que, aupado por la política, llegaba ordenando herir?

«¿Por qué?, ¿por qué? —recorría la celda como una bestia enjaulada, los puños apretados contra las sienes—. ¿Por qué debemos tener enfrente a los de arriba y a los de abajo?, ¡a los listos y a los tontos!, ¡a los ambiciosos y a los cobardes!, ¡a los sucios, a

los hipócritas, a los feroces!, ¡a media humanidad!… ¡¡Por qué!!, si no queremos otra cosa que llevar un poco de paz a nuestros semejantes…»

Respiré profundamente, intentando serenar mi pulso. Me decía que nada debía enfurecerme ni asombrarme, que aquel trágico mecanismo, aunque después fuese perfeccionado, venía de lejos, del fondo de los tiempos…

«¿Lo ves, Cristo? ¿Cómo podemos acercamos a Ti, si los poderosos, los amigos «oficiales», nos tratan de esta manera? Desembarázate de ellos antes de que empuerquen el mundo. No permitas sus zalamerías, son los mismos que gozan encanallando al prójimo… ¡Escúpeles!, hazme caso, Cristo, ¡escúpeles!…»

* * *

Una noche, hacía unos minutos que el reloj del Ayuntamiento tañó doce veces, vinieron a buscarme. Poco después me introducían a empellones en una sala semivacía. Un par de sillas, un foco y una especie de sillón frailuno componían todo el mobiliario. Tres hombres me esperaban, remangados, nervudos los brazos, la expresión hosca. El que parecía capitanearlos, me ordenó sentarme y comenzó el interrogatorio:

—Tus compinches han abierto el pico. Ahora sabemos que eres tú quien les empujó al sabotaje. ¡Al grano!…, ¿lo confiesas?

Tan brusco comienzo, pese a que en mis horas de soledad había previsto el acontecimiento, llegó a desorientarme.

—No; yo…

Un tremendo puñetazo me machacó la mandíbula; un segundo fue a abrirme la cicatriz que me dibujó el sable del guardia un día antes de cumplir once años. Cerré los ojos, como gustando aquella huella dolorosa…

—¿Lo confiesas?

—No…

Sentí partirse los labios, como saltando en pedazos.

—¡Habla, perro!

Abrí los ojos. Me sobrecogí porque, una vez más, en aquellos instantes me reconocía un asesino consciente. Lentamente volví a entornarlos, asustado de mis instintos.

—¿De quién fue la idea de destruir las minas? ¡Te hemos dado tiempo a pensarlo y los tuyos han confesado!…, ¡te denunciaron!

Los viejos trucos policíacos… Me denunciaron de la misma manera que yo sería un cochino soplón para el desgraciado…

¿Quién sería aquel que me llamó traidor cuando le arrastraban por el patio de la cárcel?

No volví a despegar los labios. No contesté a sus obsesionantes preguntas; no me quejé más, pese a que seguían desplomándose sobre mí, con tremenda regularidad, golpes demoledores, feroces… Poco a poco comencé a sentirlos menos violentos; las carnes, donde podían ya hundirse miles de puños sin que lograsen herirlas, blandas, adormecidas a trompazos. La sangre, como asustada, pareció retirarse a los lugares más escondidos del organismo para desde allí, sobresaltada, continuar latiendo; luego, fue serenándose. Aquel débil y rítmico pulso me invitaba a dormir… Los hombres remangados se acercaban, entraban en mis pupilas, enormes, vociferando, gesticulantes; movían brazos y dientes como grotescos monstruos escapados de algún tenebroso circo… Se fueron difuminando en la noche que se aproximaba; aún un rostro más, desencajado, horrible, fue a clavarse en mis ojos que temblaban… Las luces se debilitaban, dejando paso a algo parecido a una muerte acercándose sin prisa.

Dormir…, dormir…

No supe cuándo me sacaron de allí.

* * *

Al día siguiente volvieron a interrogarme. Como si las torturas, si nos preparamos mentalmente para ellas, perdiesen en parte su eficacia, el nuevo apaleamiento resultó menos brutal. Cuando me devolvieron a la celda, estaba ciego y me costaba un infinito trabajo dar un paso. Me preguntaba si intentarían matarme… ¡No!, no quería morir sin saber si la razón me asistía, si estaba equivocado…

—¡No quiero morir!, ¡no quiero morir!

Me tumbaron en el jergón. Un instante después me arrojaban a la cara un cubo de agua fría. Me reanimé un poco y los dolores arreciaron. Algunas partes de mi cuerpo, como si me hubiesen arrancado trozos de carne, permanecían insensibles. El sufrimiento fue desapareciendo bajo los efectos de una feroz tiritera.

«¡Cómo se gastan los días y los ánimos, arrojado en estos húmedos calabozos, enfrentando una y otra vez el muro macizo de las injusticias!»

Todavía era capaz de pensar…

Temblaba, muerto de cansancio. En la oscuridad de mi ceguera, aún saltaron algunas fugaces estrellas. Mirándolas, el sueño llegó como una dulce muerte…

«La caravana de los vencidos marchaba en grupos formidables, ululando. Juntando miserias venidas del norte y del mediodía, del este y del oeste, avanzaban cojeantes hacia un horizonte cerrado. Eran los residuos humanos expulsados de los asfixiantes complejos industriales y los echados de la tierra que trabajaron hasta agotarse; los miserables que laboraron las minas de cinabrio, el cuerpo cubierto de erupciones y eczemas, ciegos por el azogue; los hombres del carbón y del mar… Los que trabajaban y los desocupados, los muertos y los por morir… Una colmena humana, despegándose de la tierra, ascendía lentamente hacia las alturas. Envueltos en una nube negra, gritaban, exigían ya a Aquel que todo lo podía, una explicación a tanta desventura. A cambio le ofrecían la cuenta de todas sus penurias, de su redención en esta vida por un inhumano trabajo, por haber representado uno de los más grandes dolores de la humanidad… En la Tierra sólo quisieron nuestros brazos, allí se olvidan de que debajo de la piel tenemos algo que se llama espíritu…

Debí de despertar para así seguir el «sueño»…

¿Y por qué no cultivarlo, usarlo para nuestra emancipación?, ¿quién nos lo impide? Somos nosotros, los hombres de las fosas, los que tenemos que empezar. Detendremos la extracción del carbón y paralizaremos el mundo, ¡está en nuestras manos el estrangular la vieja sociedad que nos desprecia! Iremos en masas crecientes hacia nuestra liberación, hacia la liberación de los hermanos ¡del mundo entero!, ¡del mundo entero!…

—Cierra el pico, minero, que aquí es el único sitio donde no caben mítines.

¿Dormía? Pesadillas, pesadillas…

El viejo carcelero se acercó con el aguachinado desayuno, dejándolo en el suelo. Sentía sed y el estómago helado. Alargué la mano, necesitaba un gran esfuerzo mental para llevar a cabo el acto más rutinario, y al intentar coger la escudilla, la volqué. El brazo quedó colgando del camastro, como muerto.

—¿Qué te pasa, muchacho? Como no descanses, mal te va a ir.

—No puedo. Creo que duermo y… —me llevé la mano a la cabeza, que amenazaba estallar—. ¡Bestias, me dejaron ciego!

—Sí, mal te dejaron los ojos.

Por el ruido de sus pasos, adiviné que se alejaba. No tardó en regresar, trayendo un nuevo desayuno.

—Le dije al cocinero que te echara un poco más de leche…

—Gracias, hermano de la cueva —intenté bromear.

—¿Anoche hubo mucho hule?

—¿Y usted me lo pregunta?

Debió notar el velado reproche que ocultaban mis palabras.

—Si me voy de aquí, no tengo donde caerme muerto —habló con desgana—. A cada uno la vida le ofrece un camino y no hay más remedio que tirar por él. Si hubiese nacido en la cuenca, quizá sería minero y si tú abres los ojos en mi pueblo, donde hay trabajo tres meses al año, serías guardia, ¿estás de acuerdo?

—Quizá lo esté —repuse bebiendo a sorbos el desayuno—. Lo que no comprendo es que, siendo iguales a nosotros, tengan alma para golpeamos como si les hubiésemos matado la madre.

—Es la vida, muchacho —volvió a hablar filosófico el viejo vigilante—. Todos los hombres valemos muy poco y es fácil hacer un títere teniendo a mano un puñado de barro. Entre los tuyos también habrá de todo…

—Es fácil hacer un títere teniendo a mano un puñado de barro… —repetí en voz alta. ¡Qué verdad era aquello!, ¡qué difícil, por lo tanto, tenía que ser luchar contra los instintos de poder o los otros, los serviles; contra la voluptuosa voluntad de torturar o arrastrarse que se apoderaba de algunos miserables; o sencillamente de unos hombres simples! Reconocía que el mundo padecía la repugnante enfermedad de los esclavos; que se embrutecía, manejado por unos cuantos que lo mangoneaban como si se tratase de una propiedad personal.

—¿Te dieron ayer mucha leña? —volvió a preguntar el guardia, que parecía impresionado,

—Un poco…

—¿Cantaste?

—No sé hacerlo, no me enseñaron. En las cuencas mineras sólo hay «academias» para los elegidos.

Cuando el vigilante se fue, en una secreta ansia de libertad, mi pensamiento marchó tras él. En alas de la imaginación abandoné la celda, salté al Valle y corrí a adentrarme en las minas, a desplomarme en el Pozo… Allí, si la montaña llegó a moverse por no estar bien engarzadas sus articulaciones, los efectos de la «silesiada» serían catastróficos.

«…Grandes trozos de galería se desplomaban con la insistencia de lo incontenible; crujían las bóvedas entre olas de humo, se agrietaban los suelos, levantando las vías. Uno tras otro, los cuadros iban inclinándose, chascándose, sepultados después por toneladas de escombros. Y aquello era sólo el principio de un ciclo que terminaría por derrumbar los túneles. Los ácidos en libertad, las inacabables tinieblas, rasgadas por focos de llamas que despertaban

sobresaltadas, se unían a las piedras golpeando el metal, al carbón recalentándose con los roces. Surgían «braseros», fuegos que tardarían en extinguirse semanas, meses, como aquel que llevaba medio año devorando, nadie lograba adivinar por donde entraba la corriente de aire que le daba vida, el mineral de la octava galería. Una atmósfera horrible se apoderaba de los socavones en los que los maderos, rompiéndose y contagiando la catástrofe, amenazaban resquebrajar la mina entera. En sitios antes únicamente habitados por ratas ciegas, irrumpía bruscamente el sol, horrorizando a las humildes bestias. Los aludes inflamaban los gases, que estallaban como secos alaridos de terror. Rocas, troncos, vagones; se abrían los macizos que configuraban los laberintos de las explotaciones… Y luego el agua. Las bombas, averiadas, dejaban que se inundasen las plantas del Pozo; las riadas comenzaban a correr por las cunetas, las desbordaban, llegaban a la caldera; el nivel iba subiendo, ya anegaba la maniobra, pudría el maderamen que el peso de la montaña o el fuego respetaron; le obligaban a ceder con un gemido bronco y prolongado…»

Como arrepentido de mi conducta, me esforcé por imaginarme la fosa, tal y como estaba al partir para África. De aquel socavón se bifurcaban las galerías, aquella era la tercera, donde aún me esperaban los huesos de mi padre. Me acordé del primer día de Pozo, cuando me dije que para encontrarle sería necesario remover millares de toneladas de escombros; que quizá sólo un estallido, tan brutal como el que le, sepultó, podría llevarle a la superficie. La «silesiada», ¿no podría hacer las veces de una explosión, descubriendo el escondrijo donde quedó sepultado?… No, la mina iría soltándose lentamente, amontonando capa tras capa de carbón y cascotes…

De un brinco me puse en pie. Extendiendo los brazos para no darme contra las paredes, comencé a pasearme como un endemoniado. ¡Yo!, ¡yo era el causante! Yo cooperaba a incrustar a mi padre aún más en el fondo de las profundidades, en su maldita sepultura. En mi mente y en mi sangre crecían descabelladas soluciones, unos enloquecidos deseos de gritar, de escapar, de llegar al Valle… Diría a los míos que la «silesiada» era una barbaridad, un crimen que arruinaría a la Empresa pero que a nosotros nos dejaría espantosamente huérfanos de toda posibilidad. «¡Correr!, ¡correr! —apretaba los puños impotente, como dirigiéndome a una cuadrilla de obreros—, detener el cataclismo, ¡vamos!, ¡arreglar esas bombas!, ¡apagar los fuegos!, ¡encajar los «cuadros»! Que se mantengan los entibos, que se sujete el carbón en sus criaderos.

Volveremos a la carga, pero de otra manera, hay otros métodos de triunfar…»

Aquella reacción fue algo parecido a un ataque de nervios. Tantos golpes, tanta tensión, tan continuado aislamiento habían logrado arañarme hasta las paredes del alma… Fui calmándome y me dije que la mina no estaba en manos de suicidas, que la Empresa resistiría hasta que sus capataces avisasen la proximidad de la hecatombe, tras la cual todo sería inútil: las represalias y las reclamaciones. Sí, si aún la Sociedad se mantenía firme, era porque las minas aguantaban o estaban siendo dañadas en pequeñas proporciones.

Deseoso de refugiarme en algo que me apartase de tantas preocupaciones, ya sintiendo acudir desde lejos las señales de la melancolía, mi pensamiento voló una vez más a África, donde la lucha era más limpia. Luego regresaba de nuevo al Valle, a mi casa de hacía unos años, cuando tenía quince y ganaba el pan de cada día y aún era confiado. Era aquella una edad en la que, pese a mis inquietudes, creía que se podría ser feliz trabajando y amando a una chica; casándose y rodeándola de cuidados y de besos. Era entonces, en aquellos tiempos que parecían sólo soñados, cuando me prometía dichas honestas y jugaba a ser hombre con muchachos de mi edad, a los que leía libros y hablaba confusamente de luchas y justicia. Nuestros sueños eran iguales, éramos chicos normales a los que el mundo aún no se había empeñado en hacernos andar a empujones. La vida luego nos fue separando, pero no andábamos lejos, volveríamos a encontramos en cualquier esquina de la amistad, ya hombres, deformados exteriormente por los roces del mundo, pero intacta la calidad humana. Otros habían aprendido a renunciar poco a poco; otros se declararon débiles, como Colás…, ¡pobre muchacho! En aquellos momentos me reconocí incapaz de odiarle, incapaz de odiar a mis torturadores, como dulcificado por aquella melancólica huida hacia mi infancia y sus menudas alegrías; hacia la vida abierta y limpia de antaño, en la que tenían cabida todas las ilusiones. Aquellos muchachos que junto a mí estrenaron el mundo, en el que creíamos que todo podía ser, ignorábamos las acechanzas que nos esperaban en el fluir de la vida. Eran ellos, el Libros, que se fue del brazo de la muerte; el Muecas, su compañero de destino; Quintín… Y los vivos… Intentaba reconstruir sus huellas, borrosamente inciertas; alimentar los sueños con leña extraída de los sentimientos, para saborear aquellas amistades convertidas en nostalgias hondísimas y tan cercanas a la tristeza. Luego los vi ya hombres, encadenados al destino de la raza, agotados por un

trabajo demasiado duro, o desesperados por un trabajo que no existía. Me acordé de mi padre y su imagen, inmóvil, se clavó en las tinieblas. Movía los labios, como confesándome con él, diciéndole que yo también sabía ya que en cada curva de la vida nos esperaba una paliza que no podíamos devolver, que eran muchos y muy tenaces los obstáculos; que quizá comenzaba a consumirme tan largo camino, a oscurecerse el sendero que conducía a una victoria que amenazaba esfumarse…

Arrepentido de mi flaqueza, me juraba que por nada del mundo permitiría que el desaliento se apoderase de mí; que quedase sin fruto la semilla que con su ejemplo y sus huesos perdidos él sembró…

Selva… Llegó de improviso, como temerosa de ser rechazada. ¿Por qué era tan injusto con ella?… Sí, cuando abandonase aquella sucia prisión, iría a pedirla perdón, a asegurarla que la quería tanto que, aun cuando me cerraban los ojos a puñetazos, seguía viéndola.

«Nos queremos mucho, ¡claro que sí!, ¡mucho! Tú también, ¿verdad?»

Me diría que sí con aquella voz suya, tan dulce y acariciante, como disculpándose siempre.

* * *

Volvieron los interrogatorios, los apaleamientos, Al fin se olvidaron de mí y un día recibí la primera visita. Era el abogado Hileras. Sentándose con desenvoltura sobre el camastro, y después de mirarme fijamente durante unos instantes, me entregó media docena de cartas. Luego comenzó a ponerme al corriente de la situación en el Valle.

—El golpe resultó total. En unas horas la Empresa vio volatilizadas más de un millón de pesetas —hablaba de prisa, yendo directamente al grano—. Sí, fue un buen golpe, pese a que ya sabes que repudio los métodos violentos —me miró con amarga ironía—. Os detuvieron, pero con eso no han conseguido gran cosa. No llegaron al medio centenar los hombres que entraron en las minas y casi todos fueron vigilantes y capataces. A media docena de éstos les ha expulsado la Compañía por estar de vuestra parte. Arrestaron ciento ochenta mineros, de los cuales sólo seguís en el cepo nueve. La gente se mantiene firme, volaron vías y prendieron fuego a dos vagones del tren que conducía los esquiroles. Los del otro Sindicato, que quisieron aprovecharse de la situación, no pondrán pie en el Valle ni aun dentro de un vehículo blindado. Algunos de sus

seguidores de Valhundido les han vuelto la espalda…, ¡poca visión tienen estos señores! Las mujeres se lanzaron también al asalto del convoy, intervino la fuerza pública y una de ellas murió. Para evitar una violenta reacción de la minería, empezaron a vaciar las cárceles…, ya te dije, ¡quedáis nueve! Las minas siguen aflojándose, ¡se avecina un verdadero caos, muchacho!, y es creencia general que la Empresa terminará por ceder. En su opinión —hizo una burlona mueca— esto es obra de algún espíritu diabólico. Cada día que pasa pierde miles de duros y no sin fundamento piensa que puede arruinarse. La única salvación son los esquiroles, pero después del fracaso del otro día y del asunto de la mujer muerta, no se atreven a soltar los guardias. Uno de éstos murió, lo mató un tal Sandalio. Parece ser que su padre era un viejo soplón y que él quiso librarse de tan deshonroso sambenito. Era un antiguo complejo que él liquidó de una manera insensata. Lo va a pasar mal el muchacho… ¡Bien! —se estiró—. La prensa del país está empezando a ocuparse del asunto y esto les preocupa. En el extranjero se habla ya de Valhundido… Y como defensa contra esto —sonrió suficiente — no se les ocurre otra cosa que clausuraros la biblioteca o la Casa del Minero entera. Bien —repitió dejando caer las manos sobre la cartera—, ¡esto es todo!

Poniéndose en pie ágilmente, alzando la voz para que pudiese oírle el vigilante que se paseaba ante la puerta de la celda, añadió:

—Tu defensa está en mis manos y ya tengo el expediente a punto. Esta última declaración lo apresurará.

—Ocúpese antes de los otros —le pedí—. No es falsa humanidad. Ellos están casados. Además, en mi casa siempre hay algo con que entretener el estómago. Si ve a mi madre dígala que me trataron con consideración. Por lo de las medallas de África, sabe usted —le hice un guiño de inteligencia—. Ella lo comprenderá.

—Está bien, muchacho. Me ocuparé de que no vuelvan a tener «consideraciones» de este tipo. No me permitieron verte hasta hoy pero el juez se alegrará de charlar conmigo. ¿Quieres algo para el señor Marcos?

—¡Que resistan!, ¡que resistan! —me sentía emocionado por las noticias del abogado—. ¡Estamos a punto de ganar la batalla!

El letrado se fue. Yo quedé entre rejas, gozando de una de esas pocas hermosas aventuras que la vida nos proporciona.

* * *

En los días que vinieron, nadie, excepto el carcelero, se ocupó de mí. Sin embargo, yo estaba seguro que el abogado Hileras no me había olvidado. Efectivamente, una mañana, golpeándose suavemente la barriga como si en ella estuviese la resonancia de su satisfacción, entró en la celda seguido del Patriarca y el hombre de la voz cascada. Abracé al señor Marcos y tuve que ayudarle a sentarse en el camastro. Sus ojos aparecían humedecidos por unas lágrimas densas, como agua de lluvia.

—Vamos, señor Marcos, ¿es que se está usted volviendo niña?

—¡Los años!, ¡los años! —intentó disimular su debilidad—. Bueno, hijo —se serenó—, aquí venimos a recibir tus órdenes.

—¡Qué dice, señor Marcos! —no sabía si enojarme o reírme—. ¿A qué viene ahora esa broma?

—Muy fácil… ¡Ah, lo que es la juventud cuando tiene algo en la cabeza! Tenías razón, ¡mucha razón!, muchacho. Las estamos pasando mal, pero nadie duda que ya hemos triunfado.

—La Empresa quiere dialogar —aclaró el hombre de la voz cascada—. Les hemos dicho… ¡Bien! —exclamó halagüeño—. Parece que lo importante para el Valle es lo que digas tú.

Sí, aquello debía ser una realidad porque en mi interior comenzaban a revolverse bandadas de desconocidos sentimientos, claros mensajes que intentaban persuadirme de mi primera y ya fundamental presencia; de que yo representaba algo, ¡mucho quizá!, en la vida de mi Valle.

—Sí, hijo, sí, ¡así es el mundo! ¡El relevo! —brillaban sus pequeños ojillos—, ¡el relevo! —repitió el Patriarca.

—La Empresa está dispuesta a considerar hoy mismo nuestras propuestas —habló el abogado—. Pusimos como condición que liberasen a los detenidos. Lo han hecho con todos, excepto contigo. ¡Quieren juzgarte!, ¿qué dices a eso?

Juzgarme… Su represalia se traduciría en humillaciones, en prisiones. Era triste verse entre rejas cuando la vida fluía por cada uno de sus poros. Encarcelado por meses, ¡años!…

«¡Soy joven!, ¡soy joven!, ¡tengo que vivir!»

—Mi situación podemos estudiarla después —procurando serenar la voz de la rebeldía hablaba fríamente—. ¿Están seguros de que la Compañía concederá lo que hemos pedido, que jugará limpio?

—La minería no quiere oír una palabra más antes de verte en el Valle —contestó el Patriarca haciendo aspavientos—. Respecto a lo de jugar limpio, por ahora tiene la soga al cuello.

—Si consienten en dar libreta hasta al último hombre parado —

insistí— y nos dan lo que hemos pedido, hay que aceptar. Escuche, señor Marcos —le miré fijamente, aunque esforzándome en quitar seriedad a mis palabras—, si usted vino a por órdenes, éstas son: hoy mismo deberán llegar a un acuerdo y mañana, al toque de sirena, todos a sujetar las minas. Ellas serán sus dividendos, ¡pero lo importante es que también es nuestro pan!

—Han cedido en muchas cosas, Landa —intervino el hombre de la voz cascada—. Si esperamos un poco más, cederán en lo tuyo.

—O se desesperan y venden las explotaciones o se asocian. Si caen en manos de algún monopolio, nos será aún más difícil luchar. ¡Qué sabemos lo que puede ocurrir! Los capitalistas se devoran entre ellos como perros hambrientos y nuestra gente tiene que comer. No hay elección posible.

—Sí, hijo, sí —confesó al fin el Patriarca—. Eso es lo que pone un poco de duda en nuestro ánimo. Pero que tú, que has sido el vencedor, vayas a la cárcel por sabe Dios cuánto tiempo… No sé, no sé… —movía la cabeza desalentado—. ¡No es justo!

—Sí lo es, señor Marcos —dije dando por terminada la discusión —. En estas luchas siempre tiene que rodar alguna cabeza. Si me tocó a mí… los moros dicen que todo está escrito y yo creo que es así.

Una dulce melancolía venía a mi encuentro.

—A veces pienso que sigo entre ustedes, que nunca dejaré de ser minero, por mi padre, por ser fiel a mi padre. Él empezó una lucha y yo la continúo. Hay herencias que valen más que todo el oro del mundo y ésta es la mía: ¡llevar adelante lo que él soñó!

—Qué gran hombre era… —murmuró el Patriarca mirando hacia las rejas, hacia el sol, como si en las alturas pudiese evocar mejor el recuerdo de aquel buen amigo suyo.

—Señores —apremió el abogado Hileras—. Vámonos antes de que nos echen. Nos espera un buen camino y esta tarde hay que entrar descansado en la sala de sesiones. ¿Quieres algo para tu madre?

—El señor Marcos se encargará de engañarla bien, ¿eh, amigo? —me permití palmotearle familiarmente la espalda—. Lo único que les pido es que me tengan al corriente de lo que pasa. Si mañana me dicen que se reanudó el trabajo, seré el hombre más feliz de la tierra.

—¡Buen temple, muchacho! —exclamó el abogado estrechándome la mano.

—De tal palo… —bromeé dejando traslucir mi vanidad—. ¿No es así, señor Marcos?

—De fondo, igual de generoso, pero de… —se tocó la sien con el índice— ¡mejorado!, ¡mejorado! No te enorgullezcas —añadió intentando aparecer severo—, ¡es la raza que va progresando!, ¡la raza!

—Bendita sea entonces, señor Marcos…

* * *

Las horas que siguieron, como si el reloj del Ayuntamiento gozase con mi ansiedad, fueron desesperantes. Veinticuatro más transcurrieron sin que me llegase la menor noticia del exterior. Con el nuevo día, el carcelero me pidió que le acompañase y por un momento temí volver a enfrentarme con aquellos energúmenos de las camisas remangadas. Pensé que ellos preferían la noche para cometer sus fechorías y me serené. Por otra parte ya conocía la cara larga que ponía el vigilante cada vez que me llevaba al «potro».

Subimos por la ya familiar escalerilla que conducía al despacho del comisario. Allí encontré, más orondo y satisfecho que nunca, al abogado Hileras quien, sonriente, avanzó hacia mí su amplia humanidad. Después de estrechar mi mano, exclamó con voz grave:

—¡Ya está, muchacho! La orden de libertad reza para mañana, pero el señor comisario, ¡todo un caballero! —Hileras se inclinó zalamero—, permite que te vengas hoy mismo con nosotros… ¡Anda, firma ahí! —me señaló un papel que me tendía el funcionario.

¿Qué era aquello que tenía que firmar?, ¡qué más daba! ¡Papeleos! Una honda dicha, mezcla de milagro y grito jubiloso, me producía algo parecido a un maravilloso desvanecimiento. En aquel estado eché un garabato a modo de rúbrica y contestando con un breve ¡Buenos días! a la despedida del comisario, empujado suavemente por la barriga del letrado, me dirigí hacia la puerta. Hileras, siempre obsequioso, aún quedó unos instantes agradeciendo las atenciones del policía. Cuando cerró la puerta, en un gesto de suficiencia, refunfuñó:

—Con éstos hay que ser finos. Ya sabes, ¡al que a buen árbol se arrima, buenas pulgas le pican!, ¡ja!, ¡ja!

—Bien…, ¡dígame qué pasó en el Valle! —le pregunté deteniéndome un momento en el largo y sombrío pasillo.

—Ya te lo dirán otros, muchachito —volvió a empujarme con el abdomen—. ¡Hala, que afuera están esperándote!

Cuando traspasé la puerta de la prisión, miré al sol, espléndido, como gozando también él con mi libertad. A lo lejos, blanqueándola

aún más, se alzaba la mole de la estación donde un mes antes me dejó el tren que me trajo de la guerra. Las gentes, las cosas… todo parecía cobrar un nuevo movimiento, unas dimensiones distintas.

—¡Te están llamando, chico! —me «despertó» el legista, señalando hacia la acera de enfrente donde, en el interior de un vehículo, aparecían los rostros del Patriarca y el hombre de la voz cascada.

Llegué junto a mis amigos. Los ojos, casi ciegos, del viejo minero ya estaban humedecidos. Alargaba las manos, emocionado hasta el extremo de llegar a turbarme.

—¡Triunfamos, hijo, triunfamos! Ahora la vida será mejor… ¡Verás cómo será mejor!

—Si dentro de un año no vuelven con sus triquiñuelas —bromeé —. Ya sabe que sólo nos pertenece el momento. Mañana…

Bromeaba; sí, bromeaba. Aquella victoria no podría empañarla la más sombría predicción. ¿Qué importaba el interrogante del minuto que venía, si ahora estábamos unidos y sabíamos cómo defendemos?

—Ven, hijo, ven —me atrajo hacia él el viejo picador para besarme en la frente—. No sabes lo que te debe el Valle.

—Hice lo que ustedes me enseñaron —dije, sentándome a su lado—. Yo simplemente me limité —sonreí gozoso— a poner un poco de pólvora en el carro.

—¡Hala, que nos vamos! —exclamó el hombre de la voz cascada, dándome a entender que él también estaba allí.

—Perdone, usted sabe, estos viejos son tan sensibles…

—¡Y tú que lo digas! —rió el abogado, acomodando su voluminosa humanidad ante el volante.

Una vez en marcha, ya más serenados, exclamé;

—¿Es que no van a explicarme lo que pasó en la cuenca?

—Sí, hijo, sí —el Patriarca tragó saliva—. Todo salió bien…, todo salió bien.

—¡A pesar de Marcos! —volvió la cabeza el hombre de la voz cascada, que iba sentado junto al abogado—. ¡Estuvo a punto de echarlo todo a rodar!

—¡Ay, señor Marcos! —hice ademán de amenazarle—, ¿qué travesura se le ocurrió?

Parecíamos niños, gozando en el juego más maravilloso que pudiésemos imaginar.

—Nada —el viejo minero adoptó un aire inocente—, expliqué que con tu presencia la minería trabajaría mejor; que para ellos tu prisión era sólo una cuestión de prestigio, pero para el Valle un

grave motivo de malestar. Que ahora que todos íbamos por buen camino, ¿por qué no retirábamos el obstáculo que suponía tu arresto?

—¡En fin! —le cortó el abigarrado Hileras—, que comprendieron que, efectivamente, no sacaban nada con ello, y aunque de mala gana accedieron. Esto después, ¡claro está!, de hacernos constar la generosidad con que la Empresa trata a sus obreros. Dijeron también que, teniendo en cuenta la proximidad de las Navidades, querían que la llegada del Señor encontrase al Valle en paz… ¡Ah, estás admitido!

—Bueno… —respiré a pleno pulmón—. ¡Hoy voy a creer que nacimos un poco todos!

—Así es, hijo —repuso el Patriarca—. Gracias en gran parte a ti… ¡y a tu padre, que en paz descanse!

—Bajo los escombros… —seguí la frase, ensombreciéndome.

El Patriarca guardó unos instantes de silencio. Luego hizo intención de hablar, pero siguió callado, como si vacilase. Por fin se decidió:

—Landa… sé sincero al contestar. Quieres casarte y necesitas abrirte camino en la mina… —se interrumpió—. Gago está enfermo, peor de lo que él cree. Es un alma gemela de tu padre, tú lo sabes. Tendrás menos sueldo y no ascenderás de categoría, pero has demostrado suficientemente que sabes sacrificarte. ¡Se lo merece, Landa! Quisiera pedirte que siguieses con él hasta que se retire o se lo lleve la muerte. Tu padre te lo agradecería mucho. Y yo también.

Quedé mirando al Patriarca con un reconocimiento infinito. Mis labios se fueron plegando en una sonrisa bondadosa. No contesté. Desvié la mirada hacia el paisaje porque, sin saberlo, estaba quizá llorando…

Al fin podríamos andar más ligeros por la vida, encontraríamos la calma en la que lanzar al viento las campanas de nuestro valor humano. Esperanzas y afanes, dejado ya atrás el recuerdo triste de los días a punto de olvidarse, nos acercaban a la meta, nos elevaban para que pudiésemos contemplar en un cercano futuro la gran obra alegre por la que luchó mi padre y otros como él: Los que yacían muertos, matados por las manos del grisú y los derrumbes.

El paisaje iba discurriendo ante mis ojos como un canto a la vida, a la esperanza. Y en él iba quedando la estela de unas lágrimas, hondísimas y libres, porque ahora sí estaba llorando.

¿Así era como se gozaban las más hermosas alegrías?

CAPÍTULO XX
LA QUIEBRA

El pueblo de Valhundido, envuelto en un silencio desolado, parecía cosa de otro mundo. Bajo el telón de nubes plomizas, las laderas se sacudían las nieves que rodaban a abrevar en el río, encrespado por los constantes deshielos. Una sombra de bruma, con olor a carbón podrido, cubría los desmontes abiertos por los hombres de la «fiebre», las heridas cavadas en el lomo de la naturaleza. El viento helado bajaba de las cumbres, clavándose en los bronquios de los silicosos.

Los mineros del primer relevo marchábamos en dirección a la maniobra. Hacía frío y la palabra era parca. Boinas sucias y gastadas alpargatas. Y en los bolsillos, abultados, mechas y esponjas, botas de vino y las meriendas, que comeríamos a medio kilómetro bajo tierra, manoseándolas con los dedos sucios de hulla. Callados y encorvados, parecíamos los restos de un ejército derrotado, a punto de entregarse a aquel enemigo que era el Pozo.

Sin embargo, éramos los triunfadores, los victoriosos de la «silesiada», una batalla terminada el día anterior.

Nos detuvimos ante la fosa. La jaula, las galerías, el picar… Acabada la lucha, volvíamos al trabajo. De nuevo la mina esperándonos, hosca, más peligrosa que nunca, como reunidos en aquel día que empezaba todos los lunes de un siglo.

Presintiendo los secos crujidos que oirían en las profundidades, en los rostros de los hombres se traslucía la preocupación.

—¿Qué pasará ahí abajo?…

—¿Qué va a pasar?, ¡qué tendremos sobre la «cresta» un kilómetro de muerte! En la primera planta no se puede entrar. ¡Están de agua hasta el ojete!

—¡Y eso que anteanoche comenzaron a funcionar otra vez las bombas!

—Dicen que sólo el Pozo arañó a la Empresa más de dos

millones de pesetas.

—¡Ya será menos! Lo que hace falta es que ahora no nos arañe a nosotros un brazo… ¡o el resuello entero! Veremos lo que pasa a la hora de dinamitar.

—Habrá que empezar por sujetar las bragas a la mina. Las debe tener medio caídas, ¡de mírame y no me toques estará todo!

—¡Bah! ¿No cantan por ahí que si mueres en la mina resucitas en el cielo…?

—¿Tú qué dices, Landa? Nos salimos con la nuestra, ¡eh, gran hombre!

—Cuando nos metamos en el cepo, vas a echar de menos tus correrías africanas —opinó otro.

—¡Y hasta las carcelarias! —quise bromear—. Creo que voy a entrar en el Pozo como si fuera un novato. Ha pasado mucho tiempo…

—Ya sube la jaula —avisó Gago, interrumpiendo por un momento su desagradable tosecilla.

Picos, lámparas, dinamitas; olor agrio, a ropas sudadas y secas, a macho. Entramos apelotonados en el montacargas; un instante después, el toque del señalero desplomaba el ascensor, dejando arriba el pueblo, aún adormecido. Nos descolgábamos por el embudo rápidamente, como si la suerte de la mina dependiese ahora de unos minutos.

—Huele mal…

—¡Este «Tancredo», desde que le dio la conmoción, parece que lleva una boñiga colgada de la nariz!

—No te rías; yo sé algo de eso de cuando me trastearon la cabeza. Se siente siempre un olorcillo más bien guarro…

—¡Cómo cuando entras en el salón de la tía Vacas!

—¡Desgraciado! ¿Dónde va a estar tu nariz más retozona que entre tetazas y patorras?

—¡Ahí abajo debe oler a cuidado!

—A algo peor…

—¿Te diste aceite en el pellejo?

—¿Aceite? ¿Para qué?

—¡Para escapar, mendrugo! Si después de un domingo siempre pasa algo y al terminar una huelga, dos algos, ¡figúrate cómo estará ahora la «morena»!

—Enseñando los dientes, pero merece la pena. La «silesiada» puso firme a la Compañía como si fuéramos generales.

—Ahora, a no dejarnos pisar la coleta. La vida es como los caballos, ¡hay que sujetarla fuerte por las bridas!

—¡Muy bien, trompa sucia!

Preocupaciones, miedo velado; alguna broma, quizá forzada… Hablaban, hablaban. Aquella caída en las tinieblas, de donde parecían surgir vientos huracanados de melancolía y hostilidad, me desagradaba, llegaba a repugnarme. Unos irresistibles deseos de marcharme, de alejarme de aquel tétrico ambiente… Me sentía asombrado de que aquella fuese mi vida; de que las guerras y las cárceles sólo representasen fugaces momentos de evasión que debían ser olvidados.

«Esto pasará —intenté animarme—. Es natural, a nadie le gusta la mina pero luego nos acostumbramos… Nos reacostumbramos —rectifiqué—. El Pozo es el Valle y en él están plantadas nuestras vidas. Aquí hay que estar…»

—¡Marquesito! Hoy se te va a estropear el tupé. ¿Has traído el peine?

—No, ¡pero traje a tu hermana «enganchada»!

Como un relámpago, pasaron las luces del penúltimo piso. Instantes después, cumpliendo el rito del «aterrizaje», la jaula se detuvo. Alguien gastó una broma al Bola; los más le preguntaron por el estado de la planta. Silenciosos, nos encaminamos hacia el transversal, a cuyos costados se abrían los túneles, negros, hostiles, como hambrientos de carne de minero. Por algunas partes, la galería ofrecía un aspecto lamentable; en otros puntos la «silesiada» más bien había fracasado. Los cuadros fueron desencajados, pero la montaña ejerció sobre ellos poca o ninguna presión.

—¿Qué te parece? —el Empalmao se acercó a mí—. ¿Hicimos o no las cosas como manda la cartilla? En las plantas de arriba aún están peor.

—No lo encuentro tal mal y me alegro —recorría con la mirada techos y hastiales—. Si conseguimos lo mismo con menos daño…

Por la séptima galería nos desviamos una veintena de hombres. La oscuridad nos iba engullendo, como tendiéndonos una trampa. El túnel se quejaba por medio de sus trabancas que, a medio deslizar de los soportes, crujían en una grotesca melodía. Bajo ellas quedaban parejas de entibadores; rápidamente ponían manos a la obra, evitando la quiebra que se avecinaba. Cien metros más adelante, los que bajaron en las jaulas anteriores ya hachaban y enderezaban troncos. Un grupo de luces nos cortó el paso…

—¿Otra vez aquí, Landa? —me saludó Casiano, tendiéndome la mano.

—Sí… —le devolví el saludo sin mirarle—. ¡Hola, Risueño! ¿Dónde te has metido que no volví a echarte el ojo?

—Yo en mi casa, ¿y tú? —preguntó desafiante.

—Por ahí… ¡dónde podía! Quería preguntarte una cosa. Dime, Risueño, ¿por qué eres tan perro?

—Te contestaré después, a la salida… ¿O es que también has olvidado que en la mina no se pelea?

—Yo no quiero pelear ¡Quiero saber por qué eres tan perro!

—Tiene razón el Risueño —intervino el Empalmao—. La mina no es lugar para puñetazos. Ya tenemos bastante con el grisú y los derrumbes.

—Vamos, Landa —Gago me tomó del brazo, llevándome con él —. Son cosas pasadas. Si ya les eliminamos ¿por qué quieres ensañarte con él?

Tenía ganas de echarle la vista encima. Me golpeó de una manera cobarde…

Poco después llegábamos al corte. Allí acababa el túnel. Un montón de escombros, arrancados quién sabía cuándo, nos esperaban. Despojándonos de la chaqueta, iniciamos la tarea. Cargamos los canelones y, mientras preparábamos los troncos, el Empalmao vino a picar la guía. Para la hora de comer, ya estaba listo un cuadro más. Después, a barrenar, a manipular con las dinamitas que con tanta frecuencia, en una parte u otra de la cuenca, mordían las carnes de algún minero. Finalizada la jornada, nos vestimos y prendimos fuego a los estopines.

—Vamos…

Nos alejamos del corte. Poco después la primera explosión sacudía la bóveda…

—¡Quieto!

De un empellón arrojé a Gago contra el hastial. La vibración terminó de quebrar varias trabancas, ya abrumadas por el peso de la montaña, y una tonelada de escombros se desplomaron con gran estruendo, obstruyendo la galería, invadiéndola con una ola de polvo. Una veta de agua, liberada por la ruptura, se sumó al caos. Quedamos unos instantes paralizados, mirando al techo que se desarticulaba. Estalló el segundo barreno y, como palillos doblados cedieron tres cuadros más. La nube negruzca velaba el túnel, a punto de abrir una vez más sus mandíbulas.

—¡Hay que retroceder!

—Aún faltan cuatro barrenos… ¡tres!

El socavón se agitó como un flan.

—¡Rápido! —me gritó Gago, empujándome hacia atrás—. ¡Vamos a volcar este vagón!

Invertimos el carretón y nos escabullimos bajo él. Un peñasco,

lanzado por el barreno siguiente, lo estremeció, abollándolo, golpeando al barrenista que, sacudido por una tos nerviosa, se hallaba pegado a la chapa. Otros trastazos provenían de arriba, del techo, desgarrándose estrepitosamente.

—Se debe haber hundido media galería.

—¡Maldita sea!… Nos salimos con la nuestra pero ya empezamos a pagarla.

Cuando terminó de explotar la carga, un silencio de muerte, turbado por el rumor de la veta invadiendo la galería, se apoderó del socavón. El agua iba subiendo; el polvo y un olor pestilente hacían difícil la respiración. Los gases, liberados por la explosión, se arrastraban desde las entrañas de la tierra, se retorcían en el túnel, en nuestros pulmones, en los pulmones de Gago… El barrenista tosía ahora de una manera desgarradora.

—Vamos a ver si podemos salir de esta ratonera —intenté darle ánimos.

El vagón estaba trabado por algún pesado costero. Cuando conseguimos levantarlo, el agua nos llegaba ya a las rodillas. A la luz de las mortecinas lámparas descubrí en los ojos del barrenista, hundidos, enrojecidos por la dolencia y la impresión, una gran fatiga.

—Vamos, Gago. Hay que buscar por donde escapar.

Marchamos hacia la quiebra, adivinándose unos metros más adelante. El resplandor de los quinqués nos dejaba ver las trabancas rotas, las hileras de puntales doblados, los montones de escombros. De rodillas a veces, levantando la cabeza para librarla del agua, seguíamos avanzando. Gago tosía, tiritaba espantosamente.

Allí quedaba cegado el camino.

Con angustia casi humana seguían crujiendo las rocas, aún no encajadas, avisando, avisando…

—Volvamos, Gago. Aquí empieza la quiebra y no está firme.

—Hemos caído en una buena trampa. ¡Y algunos lo estarán pasando peor!

—Si no vienen pronto… El grisú empieza a soltarse.

—El agua lo combate… ¡Nos ahogaremos antes!

Tomando la bota que llevaba en el bolsillo, la apretó con ansia, bebiendo hasta la última gota. Gago había dejado de ser el hombre templado que yo conocía. Sus pulmones, sobrecargados de sílice, le corroían el ánimo.

Un calor sofocante comenzaba a invadir la rampa.

—Tanto agujero que hay en este maldito Pozo y ni uno solo para escapar. ¡Vamos a apartar escombros!

—Caerán otros ¡mira! —señaló al techo—. Además, antes de que nos acerquemos al coladero, el agua habrá llenado la galería ¿no ves cómo va subiendo?

—¿Cuánto se habrá hundido? Si pudiesen hacer un agujero para vaciar el charco éste…

Cogiendo una piedra, golpeé el tubo de ventilación. Un silencio de muerte contestó a mis llamadas.

—¡Tendremos que intentar hacer un boquete en el techo! —exclamé tirando de un pico medio enterrado por las piedras—. Es la única esperanza de salir de aquí.

—Calar a la otra planta… ¿Sabes lo que dices?

—Por lo menos nos elevamos un metro o dos. ¡Es tiempo que robamos al agua! Pueden venir mientras tanto.

—Agua… —repitió el barrenista—. Si no fuera por ella, los gases ya se prepararían a comemos los pulmones. ¡Como alguien no lo remedie, nos quedan unas horas de vida!

—Si no se hubiese ido el aire, el martillo nos abriría paso.

—¡Trae el pico!

Gago pareció atacado por una primitiva ansia de salvación. Por espacio de tres horas picamos aquí y allá; en cada agujero descubríamos las mandíbulas de un nuevo derrumbe y cambiábamos de lugar. Desnudos, sangrando, semejábamos dos condenados intentando evadimos de un infierno. Subidos sobre la vagoneta o los escombros, apartábamos maderas y rocas, provocábamos reajustes cuyos bramidos nos paralizaban, obligándonos a escapar de un brinco, a tirarnos de bruces sobre el agua, ya llegándonos al vientre. Así esperábamos la reacción de los músculos. Ahogados rugidos de rabia y desesperación brotaban de nuestras gargantas… y el tiempo seguía pasando, inflexible, marcado por aquel líquido reloj que era el nivel de las aguas subiendo, subiendo… Gago, restregándose los ojos, clavados en el techo amenazador, repetía nervioso:

—¡Se vendrá todo abajo! ¡se vendrá todo abajo!

—Nos encontrarán antes…

—¡Es que no lo oyes crujir! ¡no para! ¡no…!

—¡Calle!

Un insistente tableteo, el rumor de un neumático lejanísimo, como proveniente del centro de la tierra…

—¡Escuche, Gago! ¡escuche! ¡un martillo!

Como un grito que rasgase el terror de la noche, el barrenista aulló:

—¡Vieneeen!

—¡Vienen! ¡vienen!

Gago abatió la cabeza bruscamente. De su semblante había desaparecido la esperanza. Entre golpes de tos, murmuró:

—Tardarán… tardarán muchas horas en llegar… Llegarán tarde… vamos a… seguir…

—La sobreguía está muy adelantada. Amador pensaba alcanzar el punto mañana o pasado.

—Tardarán muchas horas en llegar… —insistió, tirando el pico a sus pies. Se dejó caer sobre el montón de escombros y el agua le cubrió hasta el pecho. En sus ojos parecía irse apagando una vida.

Me negaba a darme por vencido. A tientas busqué el utensilio. Apoyándome en el saliente de la roca que nos servía de trampolín para encaramarnos en el último boquete abierto…

—¡Gago! ¡El agua no sube!

Levantó la cabeza, estragado. No se movió del sitio, no contestó.

—¡Gago, mire!, ¡no sube el agua! ¡Debe haber algún escape por algún sitio!

Seguía sin creerme… Quizá sus reacciones se veían obstaculizadas por la tos y la tiritona. Ni siquiera despegó los ojos del agua que le mantenía semisumergido.

—¡Escuche, Gago! —grité ahora—. ¡Venga aquí!, ¡venga le digo!

Como un niño asustado, se acercó trabajosamente a mí.

—Mire… cuando subí otras veces, apoyé la mano aquí. ¡Hace más de una hora que no sube el nivel!

Se le fue iluminando el rostro. Movía la cabeza en todas direcciones, recorriendo con la mirada cada trabanca, cada piedra, como en un lento pulso con la vida. Un cosquilleo de resucitado debía ir encaramándose en su cerebro.

—¡Sí, Landa! —exclamó al fin—. ¡El aire! ¡el aire!

Se dejó caer sobre el hastial. Con un suspiro de alivio fue desvaneciéndose su desesperanza de vida. Ya liberado en parte de la angustia, de la proximidad de la muerte, elevándose lentamente, como gozando con alargar la agonía, Gago, el viejo amigo de mi padre, el viejo luchador por todos, volvió a recordarme el minero de otras épocas.

—El aire y el agua no caben en un mismo sitio —habló con voz firme—. Llega un momento en que uno de los dos tiene que ceder. Y aquí no hay la menor ventilación.

—¡Nos salvaremos, Gago!

—Ahora podemos esperar. Ese martillo terminará por encontramos, ¡quizá esta noche!

—Sí, Gago esta noche.

—Quisiera dormir un poco. Si pudiese dormir un poco…

—Apóyese en mi hombro y procure toser menos. Ya pasó lo peor.

—Sí, ya pasó —repitió de nuevo sin fuerzas— ¡Gracias, Dios mío! ¡Tú no te olvidas nunca de tus hijos! Padre nuestro, que estás en los cielos…

La oración, sacudida por la tos, se abría paso entre el muro de agua y tinieblas; perforaba la montaña para alcanzar el cielo en la desgarrada súplica de un mundo sufriente, arrinconado a medio kilómetro de profundidad.

* * *

Con unos troncos incrustados en los rajados hastiales habíamos formado un andamio. El frío y la fiebre, cebándose en el barrenista, agitaban con bruscos estremecimientos su sueño. Las tinieblas —hacía varias horas que las lámparas, consumido el combustible, se habían apagado— cooperaban a reforzar la angustia de aquellos momentos. Gago, dormido, caído sobre mí, siempre a punto de desplomarse sobre las piedras y el agua; de ahogarse, ahora que la vida se acercaba, me mantenía en constante vigilia. Deseaba despertarlo, decirle que el martillo no había cesado de perforar, que ya le oía trepidar sobre nuestras cabezas; que en ocasiones hasta llegaba a percibir un lejanísimo murmullo… No, que siguiese durmiendo, que sólo a medias fuese consciente del tremendo drama que la quiebra y su enfermedad habían tejido. Queriendo mitigar los sufrimientos del minero, perdido en el mundo de sus delirios, repetía en una trágica canción de cuna:

—Ya vienen, Gago, ya vienen… Animo, Gago. Escuche, ¿no oye?

Dolían los ojos en la inacabable oscuridad de la galería. El tiempo pasaba lento, desesperante. ¿Qué hora sería? ¿Habría terminado ya la tarde? ¿Sería de noche o ya estaríamos en el nuevo día? El macizo reloj del barrenista dejaba oír sus tic-tac, sonoros, como en una burla. Me entretuve en contarlos, conté una hora, dos; otras dos más. Era obsesionante, enloquecedor. Luego fui calmándome, cayendo en una infinita tristeza. Metiendo la mano en el agua, la llevé a la frente de Gago. Aquel sudor febril, el palpitar de sus sienes, me asustaron. ¿Moriría aquel hombre abrazado a mí, hostigado por las tinieblas y su razón medio desvaída? ¿Moriría lejos de su sobrino cura, alerta siempre a correr a su lado cuando yo le llamase?… Llamarle —mi boca se torció en una amarga sonrisa— que baje aquí, que venga a preparar a su tío para el largo viaje…

Por primera vez pensé detenidamente en la muerte

«Qué cosa rara es. Dentro de un momento Gago deja de respirar y todo terminó. Seguirá abrazado a mí, pero ya no es, ya no existe. ¿Eso es todo? ¿Tan corto paso hay del sueño a la muerte? Y después huesos y luego polvo. ¿Y nada más? El juicio final, resurrección… ¿Qué significaría en verdad todo aquello?… De todas maneras merece la pena morir bien; si hay cielo, el vuelo deberá prepararse desde tierra… Morir… rápida, amablemente, como podría hacerlo ahora Gago… Así me gustaría irme de este mundo. Sin duda que morir es sencillo, mucho más que nacer… ¿se podrá mirar a la muerte cara a cara sin espantarse? No, debe ser algo parecido al sol… Nosotros estamos ya un poco acostumbrados ¿cómo puede asustarnos el que nos metan en un agujero estrecho, bajo tierra, en tinieblas?… No, son tinieblas distintas; por ellas no se podrá marchar sin temblar… Sin duda que la muerte está siempre cerca de nosotros, mucho más de lo que creemos, ¿verdad Gago? ¿Cuántos habrán muerto? ¿Cuántos hogares habrá enlutado este día que siguió a la «silesiada»? A cambio tendrán pan, tendrán trabajo los hombres y pan los huérfanos. Sí, mi padre sabía lo que se decía. Es con los muertos, con los matados por la mina o los fusiles, sobre los que se hace el recuento de nuevas victorias porque los hombres crecen bajo tierra…»

Me acordé de la muerte de Quintín y experimenté un escalofrío. Si logro salvarme, las gentes del Valle, esas mismas que me aplaudieron ayer, me pedirán cuentas, se encabritarán como lo hicieron el día que asaltaron la Casa del Minero.

El remordimiento y el temor, agigantados por la presencia de una muerte que se detuvo un metro antes de cumplir su ciclo, que aún la sentía moviéndose en las tinieblas, estrangulaban mi ánimo. Esforzándome por evitarlo, me dediqué por entero al cuidado de aquel hombre cubierto de años y de llagas que se hallaba caído sobre mí. Me acordé de mis tiempos de niño, cuando corría a su encuentro las mañanas domingueras porque nunca se olvidaba de darme un céntimo. Era en aquellos días en los que, en unión del señor Marcos, Gago se acercaba a llevar un poco de esperanza a los silicosos caídos en las cunetas. Aquellos felices domingos en los que yo marchaba junto a mi padre carretera adelante, cantando, dichosos de vivir, el sosteniendo en alto la «Bruja de la suerte», yo intentando alcanzarla…

En las largas horas de espera, liberado hacía mucho tiempo de las enfermizas melancolías de mi adolescencia, le sentía cerca de mí porque cerca estaba yo de su tumba. En aquel mundo en silencio se

hallaba mi padre sepultado hacía muchos años. Quizá lo estuviese recorriendo como un fantasma más de la mina, cuyas historias los viejos picadores conocían tan bien. Sí, tal vez estaba allí, a mi lado, sin poder hablar, pero velando por mí, conteniendo las aguas para que la muerte soltase la presa que ya creía segura. Alargué las manos, se esforzaban mis ojos por penetrar, por destacar de la oscuridad una mancha aún más compacta; por aproximar a mi padre que, contemplándome entristecido, como cuando en mis pesadillas de niño aparecía a los pies de mi cama, abría los brazos, llamándome, llamándome…

Me llevé la mano a la frente, queriendo borrar aquel principio de alucinación.

«Padre, ya sabes lo difícil que es entrar en «tu» galería; está prohibido. Pero te seguiré buscando, te encontraré para enterrarte junto a tu amigo Gago. Erais buenos amigos, os pondré juntos. Él sabe muchas cosas del otro mundo; quizá te pueda llevar de la mano…»

Selva se «presentó» sonriente, jugando con sus cabellos que, enmarcando deliciosamente su rostro, la llegaban hasta la cintura.

«Estará esperándome, abrazada a mi madre.»

Me las figuraba sacudidas por la angustia, detenidas por el cordón de mineros formado ante el Pozo…

En un brusco movimiento levanté la cabeza… ¡Llamaban!, ¡llamaban! Di un alarido y alguien contestó. Volví a gritar y zarandeé al barrenista, que se revolvió asustado.

—¡Ya están aquí, Gago!, ¡les oye!, ¡les oye!

—¡Sí, Landa!, ¡sí! No están aquí, pero se acercan. ¡Están cerca, Landa! ¡Hay que mirar por dónde vienen!

Rampando sobre los escombros, agitando los brazos en una grotesca natación, llegamos a un punto sobre el cual el martillo, debía haber encontrado terreno blando, se aproximaba rápidamente.

—¡¡Eeeeeh!!

—Eeeeeeh…

—¡Están aquí! ¡Ya están aquí, Gago!

—¡Sí, Landa! ¡En la cuenca hay hombres!

Le debían brillar los ojos, porque brillaban sus palabras. Temblábamos de frío y de emoción. Sentía el cuerpo helado y me ardían las entrañas en el bramido primero de la supervivencia.

—Ahora sí, Landa…, ahora sí…

* * *

Aún pasaría una hora antes de que, unos metros más allá, hacia la quiebra, se agrietase la bóveda.

—¡Cuidado, Gago!

La galería dio un crujido, desprendiendo un trozo de techo: maderas, carbón, piedras… Un instante después algo cayó pesadamente al agua.

—¡Hay alguien por aquíííí!

¡Hablaban!, ¡hablaban!

—¡Vitelón!, ¡aquí!, ¡aquí!

—¡Vaya!, ¡cangrejos en palangana! Venga, rápido, que me mojo los callos.

—¡Tú tenías que ser, gigantón! —dejé escapar, embargado por la emoción, un grito histérico.

A tientas, Gago me seguía, me dirigí hacia donde partían las voces. Agua, escombros; toqué una cabeza, un brazo…

—¡Quieto, que no estoy tan bueno como para que me soben! ¡Venga, para el cielo, que parece que vine a este mundo sólo a buscar a los Landa atrapados!

Vitelón tenía una cuerda atada a la cintura. Empujé al barrenista bajo el boquete y, atándosela en torno a la cintura, le ayudamos a introducirse en el boquete abierto por el picador. Yo marché tras el dinamitero, rampa arriba.

—¡Rápido! —me achuchaba nuestro salvador, temeroso quizá de que un apretón de la montaña cegase el estrecho pasadizo.

Cuando llegué a la sobreguía, Gago ya se deslizaba por ella. Jadeaba y me pareció que iba hablando solo. Al fondo del horizontal agujero brillaba una luz y me costó trabajo pensar que en el mundo hubiese un sol capaz de eclipsar aquella lámpara. Al llegar a ella, el barrenista se dejó caer sobre el relleno. Alguien, que permanecía agazapado en la penumbra, se despojó de la chaqueta, entregándosela.

—Ya creíamos que no salíamos de ésta —resopló el dinamitero.

El picador llegaba en aquel momento.

—Si calas dos metros más allá, no encuentras más que escombros —volvió a hablar Gago.

—¡Y eso me lo dices a mí, que conozco la mina mejor que los ratones!

—¿Cuántos hay atrapados? —pregunté—. Debe ser larga la quiebra.

—¡Guarda tus curiosidades para otro momento o te tiro a «tu» palangana!

Por mis mejillas discurrían dos lágrimas enormes. Como dicen

que son los grandes sueños.

Bruscamente se borró el recuerdo de las angustias dejadas a mi espalda, allá abajo, a una veintena de metros.

Y me dejé mecer por una ola de reconocimiento hacia aquel gran hombre que se llamaba Vitelón.

—Vamos, que hay que verle los «petardos» al sol. ¡Hoy se los lavó bien!

* * *

La jaula subía con moderada velocidad. Alguien despotricaba contra la mina y la «silesiada». Otro comentaba que nuestra galería «cargaba» mucho y que si, por cualquier causa, se dejaba de la mano, el terreno tendía en seguida a cerrar los huecos.

—Además las maderas son malas, se llenan pronto de hongos, se pudren.

Otros se quejaban de que el aire estaba arriba casi siempre revuelto y que, al no dejar entrar corrientes nuevas que secasen la humedad del Pozo, el material duraba menos.

—Pero si no es por la «silesiada» —insistía el que primero habló — no hay tres derrumbes en media hora.

—Otras veces hay cinco, ¿y qué pasa entonces? Cándido lleva buena cuenta de ello.

—Si tuviésemos que apuntar quiebras y tíos patas arriba, iba a hacer falta un libro muy gordo.

—La cosa es que para trabajar aquí hay que despedirse de la familia siempre que se sale de casa.

—¡Hum!, no me gusta desenterrar muertos y hoy ya van cuatro…

—¡Te quieres callar, hombre importante! —le censuró Vitelón.

Y el «hombre importante» calló. La jaula fue aminorando la marcha hasta detenerse en la superficie. Un espléndido sol me obligó a cerrar los ojos. Vitelón se quitó la camisa y me la echó sobre la cabeza. Me cogió del brazo y empezamos a andar. Alguien gritó mi nombre y la voz se expandió como un reguero de pólvora. Tras él fue el del otro rescatado:

—¡Gagoooo!, ¡Gagoooo!

—¿Qué hora es? —pregunté en voz alta.

—Las doce —repuso una voz que no pude reconocer—. Habéis estado veinte horas encerrados.

—Y en el cepo hay todavía unos cuantos —añadió otra voz.

—¡Vamos, uno que vaya a ver a Rosalía y a la madre de

Landa!… Que están bien y que no se asusten porque van tapados.

A través de la tela que me cubría la cabeza, se filtraba un confuso rumor de voces. Los obreros de la maniobra nos felicitaban, palmoteándonos la espalda cariñosamente. Uno de ellos me tomó la mano y depositó en ella un cigarrillo. Otro, con cuidado de no exponerme al sol, introdujo por debajo de la camisa un botellín con aguardiente.

—Echa un trago, Landa. Es del bueno. ¡Lo guardo para los resucitados!

—Gracias, compañero —le agradecí, devolviéndole el frasco—. Dale un sorbo a Gago.

—Gago ya bebió y le sentará bien. ¡Está tiritando como una vieja!

—Son los pulmones. Las pasó mal. ¡Ojalá no le quede recuerdo!

Sentía un inmenso alivio. No había oído una palabra, no llegué a adivinar un gesto que me hiciese recordar aquella reacción de la minería que tanto llegó a desanimarme cuando mataron a Quintín.

«Cuatro muertos… Y habrá algunos más, quizá muchos.»

Bruscamente un cuerpo se apretó contra el mío. Las manos de mi madre palparon mi rostro, la nariz, los ojos; me besaba como cuando era niño y me veía muy solo, hostigado por la vida.

—¿Ves, hijo, ves? —me preguntó, interrumpiendo sus sollozos.

—Claro que veo, madre, ¡qué tontería!

—¿Igual que antes? ¿Ves como antes, Landa?

—Sí, Selva… ¡Claro que sí! ¡Di a madre que me encuentro bien!

—Ya lo sabe. Como estás así tapado, se asusta… y yo también.

—Es por el sol. Tanto suspirar por él y mira…

Queriendo alejar la angustia de los míos, bromeé a costa de mi madre:

—Me parece bien que llores y me quieras mucho, pero no sé si sabrás que llevo casi un día sin probar bocado.

—¡Ay, hijo, es verdad! —se separó de mí como si hubiese cometido una falta.

Y tomándome del brazo, ya más calmada, me preguntó:

—¿A que no adivinas lo que hay para comer?… ¡pollo!

—¿Pollo? ¿Qué derroche es ése?

—Bajó ayer el tío Luces. Dijo que como estaba seguro de que te sacarían con mucha hambre, que nos lo comiésemos a su salud.

—¡Ese viejo truquista! ¿Te acuerdas cuando fui por primera vez a la mina y aseguró que nos había tocado la pareja de gallinas? ¡Tuvo que pagar doble!

—Es muy bueno el Luces, hijo.

—Sí lo es… ¿Se asustaron mucho las hermanas?

—¡Figúrate, hijo! Ana está la pobre… Y Carolina. Sé que anda preguntando por ti a todo el mundo.

Por el piso noté que salíamos a la carretera. Conducido por mi madre y Selva, nos adentrábamos poco después en el Camino.

—Madre, ¿a que no adivinas lo que estoy pensando?

—¿Qué, hijo?

—Que después de comer me meteré en la cama hasta que despierte yo solito. Y mañana bajaré a «El Oasis» y voy a beber hasta que me salga el vino por los oídos. No te enfadarás, ¿eh?

—Ten cuidado, a padre no le gustaría.

—¡Un día es un día! Tengo ganas de olvidarme del cepo. Y ya sabes la costumbre ¡después de un susto!, tres días de «miedo valiente». Además, una gran tranca da mucha categoría en el Valle.

* * *

Al acostarme sentí unos escalofríos. No tardó el cuerpo en reaccionar y me quedé profundamente dormido. Desperté a las siete de la mañana, desayuné y después de permanecer un rato satisfaciendo la curiosidad de los vecinos, esperándome en la puerta, corrí Camino abajo. Al acercarme a «El Oasis», donde no entraba desde hacía tiempo, me volví —sabía a mi madre siguiéndome con los ojos— para saludarla. Penetré en el local, tomé una copa de aguardiente y, saliendo al parquecillo por la puerta opuesta, marché en dirección a la maniobra del Pozo. Un grupo de gentes formaban la guardia del dolor ante el cordón de cabizbajos mineros.

—¡Hola, Landa! —me saludó uno de ellos, estrechándome la mano, costumbre usada en el Valle sólo en las grandes ocasiones—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Quién hay abajo?

—Unos cuantos. La primera cuadrilla. No caben más de media docena. Atrás hay otros asegurando la galería.

—¿Sacaron alguno más?

—Sí, a Manzano y al Tripas. ¡En pingajos, pero vivos! Los demás siguen «hablando». En tu quiebra creo que hay nueve. En las otras, no sé.

—¿Cuándo entra el relevo?

—Dentro de un rato… ¿No dirás que quieres meter la nariz ahí dentro?

—Voy a ver si encuentro algo que ponerme.

Poco después me saludaba el guarda de los lavabos.

—¿Qué hay, Landa? ¿No vendrás a vestirte de luces?

—Olvidé mi traje en casa. Si tiene alguno por ahí…

Me sentía emocionado. Como si me llamasen los enterrados y ya fuese hacia ellos, ya palpase con mis manos sus cuerpos sepultados. Si lograse encontrar a Casiano… Entregándoselo a su «Búffalo Bill», la diría: «¡Toma, ahí tienes a tu gigantón! Y tú, Petra, a tu Empalmao…»

Ya vistiéndome, respiraba agitado, como un potrillo antes de un gran salto. Así debía sentirse Vitelón y otros como él, voluntarios siempre para bajar a lugares donde danzaba la muerte, cuando se disponían a enfrentarla.

«Yo soy uno de ellos, yo formo parte, desde que tenía once años y ayudé a escapar a Antón, de los que se exponen a cambiar su vida por la de un compañero en peligro.»

Experimentaba un gozo reposado, el firme convencimiento de que mi padre estaba animándose desde el otro lado de la nube, sonriendo porque su hijo, dentro y fuera de la mina, era capaz de aventurarse por caminos en cuyas márgenes estaban plantadas todas las señales de peligro.

Minutos después volvía al amaine. Ante el armazón de la jaula se congregaban una docena de hombres. Colás y un capataz se hallaban entre ellos.

—Señor Juan, yo sé bien dónde se hundió y cómo está la galería. ¿Puedo bajar en la próxima tanda?

—Si es tu deseo… —accedió rápidamente—. No olvidaré de ponerlo en conocimiento de la Empresa.

—Deje la Empresa tranquila, ¿puedo bajar?

—¡Baja!, ¡baja!, mal hablado —refunfuñó—. Bien, ahora se trata de sacar a los enterrados, no de discutir.

—Eso pienso yo.

—Tú, Alfredo, vete a casa —licenció a uno de los que formaban la cuadrilla—. Si haces falta, te llamaremos.

El minero, cumplido ya su deber de conciencia, me entregó su máscara y la lámpara y se alejó a buen paso.

Un cuarto de hora después entrábamos en el ascensor. El Pecas, el Crecido, Emerenciano, José Nublo y Máuser, quien tenía a su hermano Telesforo encerrado en la quiebra, formábamos la tanda. Colás, no habíamos vuelto a cruzar una palabra desde el día de la pelea, bajaba en calidad de vigilante. Su amigo Risueño se encontraba entre los sepultados.

El montacargas, dando un tirón, se desplomó por el boquete.

Súbitamente…

¿Por qué brillaría tanto el sol cuando entramos en la jaula? —¡Suerte, muchachos! —nos habían dicho. Había mirado para arriba y sólo vi piernas, luego aquella maldita oscuridad. Y lámparas, rostros tensos; silencio. Máuser movía las manos nerviosamente. Alguno de la tanda no volverá quizá a ver la luz. La galería nunca estuvo bien y ahora, después de la «silesiada»…

—Las labores de rescate son muy peligrosas —dijo alguien.

Me veía ya escarbando escombros, encontrando piernas, cabezas, muertos.

«Dicen que aún faltan nueve… y esto que hacemos, ¿es lo que después llaman valentía? ¿Qué pensarán íntimamente los héroes? Frank podría explicármelo. No… la guerra es más fácil que meterse en una galería que amenaza desplomarse, más natural que exponerse a quedar sepultado vivo… Sí, la guerra es más llevadera. Y además dura un día o un año, o cuatro. Pero esta guerra nuestra es eterna, somos mineros… Si allí me dieron dos medallas, aquí teníamos que estar todos llenos de hierros hasta el ombligo. Sí, somos mineros, ésta es nuestra vida…»

La jaula descendía lentamente y aquello me producía un sentimiento extraño, como si hubiésemos quedado reducidos a comparsas de una procesión que, alumbrada por unas lámparas agonizantes, se encaminaba hacia el infierno. Alguien tosió, otro farfulló algo que a nadie iba dirigido. Y las paredes negras seguían ascendiendo sin prisa, entre lloros de lluvia y la maraña de tubos y cañerías.

—¡Cuernos, cuándo llegamos! —exclamó al fin alguien.

Nunca tardamos tanto en bajar. Parecía que el hombre de la palanca quería damos tiempo a reflexionar sobre la peligrosidad de aquel voluntariado; a gustar la impresión de que íbamos cayendo, de que caeríamos eternamente en aquel agujero que conducía a lugares donde se acometían encarnizadamente la Vida y la Muerte.

Al fin nos posamos en la planta averiada. El encargado soltó la cadenilla; la maniobra y el socavón se agrandaban ante nosotros, como ansiosos de devorar a la «tanda». Poco después, el túnel, sumido en un extraño silencio, multiplicaba nuestras pisadas. Una mula, tirando de una ristra de vagones cargados de escombros, clavaba sus pezuñas en el fango. Me acerqué a mirar las piedras, a ver si encontraba alguna manchada de sangre. Uno de la cuadrilla intentó canturrear; no tardó en callarse. Nos cruzamos con una lámpara y un sombrío —¡Suerte, muchachos! quedó flotando en el aire. La oscuridad se me antojaba más negra que nunca; y más

blancas, asustantes por blancas, las estalactitas que colgaban de las trabancas. La primera galería, la segunda. La tapiada se acercaba, ya estaba allí, ante mí…

«Padre, voy para dentro…»

Sí, mi padre estaría orgulloso de mí. Salvar hombres sepultados…, ¿podría haber en la vida algo más hermoso? ¿Y si ya estaban muertos…? No importaba. La carne había que enterrarla. Lo dijo el señor Marcos y hasta Dale Dale, el gigante de cerebro infantil, lo repetía.

* * *

Esquivando el obstáculo de los puntales medio torcidos, donde parejas de entibadores sujetaban el techo, nos adentramos en la séptima galería. Un grupo de lámparas se agitaban al fondo del agujero.

—Ya se van —avisó el que iba en cabeza.

Terminada su tarea, el relevo se preparaba a partir. Cuando llegamos junto a ellos, preguntamos, casi a coro:

—¿Viven todavía?

—Sí, aún contestan. ¡Deben estar como en una cueva de brujas!

—El carbón quemado os tostará el culo, pero hay que apechugar.

—Menos mal que los nuevos derrumbes aplacan un poco el incendio —añadió otro—. Hay tarea para rato.

—¿Faltará mucho para calar? Aquí viene Landa.

—¿Hasta dónde quebró el techo? —me preguntó uno de los que se retiraban.

—Hasta pasado el primer coladero. ¡Unos diez metros más!

—Los entibadores estaban más atrás. En este turno o en el que viene encontraréis alguno. Cuidado con avanzar de prisa, ¡se os puede venir todo encima!

Impresionados por haber oído a unos compañeros pidiendo vida, por haberlos «visto» desvanecerse una vez más, morir quizá, aquellos hombres, ensangrentados y semidesnudos, parecían auténticos resucitados. Las débiles luces de las lámparas se entretenían en transformarles en seres irreales.

—No saldrá ni uno con resuello… Está mal el asunto, ¡está mal!

El vigilante relevado opinaba que, al levantar un par de cuadros más, quizá encontrásemos algún trecho de galería en pie, algún agujero por el que pudiésemos arrastrarnos hasta el final. Nos recomendaba precaución al romper el último tabique, tras el cual

tal vez se encontrasen comprimidos los gases o las aguas. Asentimos con la cabeza, secándonos distraídamente el sudor que ya comenzaba a correrno por la cara.

Quedamos en calzoncillos, calzadas las botas. El martillo y los picos estaban allí. Y los vagones, y los cascotes. El vigilante Colás, como en un rito, golpeó la tubería y esperamos ansiosos. Al otro lado de la quiebra todo era silencio.

—Entrar por dobles parejas —ordenó Colás—. Dos a profundizar y dos a sacar estériles. La otra queda aquí de refresco.

—Vamos, Máuser —le animé—. Empezaremos nosotros, a ver si echamos mano a tu hermano Telesforo.

No se oirían muchas palabras más en el resto de la jornada. Todos sabíamos lo que teníamos que hacer. Me ajusté la careta y, poniéndome de rodillas, metí la cabeza por la cueva de zorro que abrieron entre los escombros. Pronto debí aplastarme contra el suelo; el boquete se iba estrechando hasta rasparme la espalda. Súbitamente sentí unos ansiosos deseos de beber agua. Pensé que no debía tener sed, que eran los nervios, ya manifestándose. Las aristas de las piedras herían mi carne, ya me corría la sangre por manos y rodillas, por las orejas. Me escocían los ojos, pese a la careta; el gas y el humo del escondido incendio castigaban las lámparas y los pulmones. El sudor, bañándome el rostro, me obligaba a chuparlo, ácido, salubre. Hecho ya una pelota con el polvillo del carbón y la sílice, intentaba en vano escupirlo. Allí quedaba, pegado a la abertura de goma de la máscara.

Un madero, aprisionado por una enorme piedra, obstruía el pasadizo. Apoyé el hombro, mis músculos se hincharon hasta amenazar romperse y logré levantarlo unos centímetros, calzándolo con un cascote. Podría escurrirse poco después, dejarme aprisionado, aplastado… «Los nervios, primero dominar los nervios», me repetía, intentando respirar pausadamente. Jadeaba y oía jadear a Máuser, y me parecía que, de tan consustanciados como estábamos con ella, era la misma tierra la que respiraba. Sentí deseos de hablar con alguien, aunque fuera para decir una simpleza, para olvidarme de aquel techo derrumbado y dispuesto a desprenderse de nuevo sobre mí.

«Si lograse encontrar con vida a Casiano… O muerto, aunque fuese muerto.»

Otra vez desbocada la imaginación… «Le llevaría en la camilla y cuando se acercase Búffalo Bill… ¡Mira, esto es todo lo que quedó de aquel gigante con cara de niño que te defendía de los hombres de la «fiebre»! No, muerto, no…»

Ruidos sordos, como si la mina gruñese, fastidiada por nuestra llegada. Tinieblas, polvillo, soledad: un mundo amenazador, empequeñeciéndose más y más. En determinados sitios apenas podía moverme. Ni hacia atrás, mí hacia adelante, ¡me ahogaba!

La maldita claustrofobia otra vez en danza; aquélla de mi primera jornada de rampa cuando creí que en la mina había que morir todos los días… ¡¡quieto!!

Oí un tic-tic debilísimo, como proveniente de un reloj enterrado. Se detenía para continuar insistente, llamando, llamando… ¡El tubo!, ¡¡dónde estaba el tubo!!… Piedras, maderas, ¡malditas piedras!, ¡malditas maderas! Apartándome la careta di un grito que revolvió el polvo, revolviendo los fantasmas que debían estar escondidos en aquella cueva… Nada, silencio.

Poco después desembocaba en un anchurón donde cabía un hombre de pie. Máuser salió del agujero retorciéndose. Se sentó a mi lado, restregándose los ojos, tan enrojecidos como debían estar los míos.

—¡Mierda de polvo! —barbotó—, ¡mierda de humo!

—¿Oíste?, ¡llamaban!

—Me parece que eran los nuestros. ¡Dale a ver si es Telesforo!

Aporreé el tubo… ¡Alguien contestaba!

¿Quién era?, ¡quién! ¿Los nuestros, los enterrados?…, ¡maldita adivinanza! Así estaría Vitelón y todos los Vitelones que buscaron a mi padre; los que se esforzaban por rescatar de la gran trampa que era la mina, a todos los que caían entre sus garras.

—Vamos para adentro. Si avanzamos unos metros más, les oiremos mejor.

De nuevo un boquete. No hice más que introducirme en él, cuando retrocedí apresuradamente.

—¡Hay que asegurar esto! ¡Se nos cae encima!

Ayudado por Máuser, calcé el costero con un pedazo de trabanca y, deslizándonos por debajo de la enorme piedra, continuamos la penetración. No tardamos en llegar al fondo del agujero. Empuñando el martillo, comencé a perforar.

«¡Tengo que salvarlos!, ¡tengo que salvarlos!»

Media hora después sentía ya la careta derritiéndose en mi cara. Me dejaba caer de bruces y así descansaba unos momentos, esforzándome por apartar de mis pensamientos aquellas historias que hablaban de derrumbes y de hombres sepultados vivos; de lugares donde apenas cabía un perro y un minero lograba rescatar a los atrapados, a punto ya de asfixiarse; de techos que inspiraban confianza para luego desplomar sobre sus víctimas cien toneladas

de montaña…

Recomenzaba la tarea, picaba y echaba para atrás lo arrancado a la quiebra. Máuser lo recogía, pasándolo a la otra pareja. Manipulando en el engranaje averiado de la mina, trabajaba despacio, meticulosamente, porque precipitarse sería mortal. Ya había perforado media docena de metros, me acercaba a… ¿y si llegaba tarde, si sólo encontraba muertos?… No importaba. Los sacaría para que entre los escombros no quedasen más huesos humanos, para que no se multiplicasen en la fosa aquellos aparecidos que asustaban a los viejos mineros…

Oí a mi espalda un aullido. Un trozo de mamposta, empujada por la piedra, había cedido, atrapando a Máuser. Cuando logré liberarle, dejando escapar un resoplido de alivio, se escurrió hacia atrás. Le seguí y al desembocar en el anchurón le encontré ya en pie, palpándose, bajo la mirada atenta de Emerenciano, el brazo herido. Colás llegaba en aquel momento.

—¡Casi canto las cuarenta! —Máuser se apartó la careta para poder quejarse.

—¿Cómo está eso? —me preguntó Colás.

—¡Mal! Hay que dar algunas curvas. Oímos unas llamadas, ¿erais vosotros?

—Nosotros… —el humo le hizo toser, obligándole a cubrirse la boca con un pañuelo húmedo—, nosotros estamos llamando.

—Veremos si siguen dando señales de vida…

Y dirigiéndome a Máuser, intentando animarle, exclamé:

—¡Ahora sí que ves fantasmas! ¿Te acuerdas cuando me encontraste fisgando en la rampa de la cuarta?

El pobre minero movía la cabeza, asintiendo. De todas sus sensaciones, la dominante era sin duda aquella que venía del otro lado de la quiebra, donde su hermano le esperaba sepultado, muerto tal vez. O quizá aun peor, desangrándose entre gases y agua.

Máuser se puso de rodillas. Metiendo la cabeza en el agujero, desapareció rápidamente.

Alguien vendría a relevarle. Y al Crecido. Después, poco después…

Eso era la mina.

* * *

Cuando volvió mi turno, José Nublo era ahora mi compañero, me escabullí hacia el corte y comencé a picar. A veces sonaba a

hueco y, junto a la alegría de encontrar un anchurón, llegaba la angustia de un techo aflojándose. Las paredes cedían, crujían sin fuerza, como si quisieran cogerme desprevenido. Pese al peligro, me animaba pensando que, tras la siguiente piedra, en el próximo avance…

«¡Hola, Casiano!, ¡hola, Telesforo!, tu hermano Máuser viene detrás. ¡Qué!, ¿un buen susto? Yo también quedé encerrado y casi me convierto en cangrejo. ¡Vaya con Casiano!, ya te dije que habías tenido demasiada suerte cuando la quiebra de la segunda…»

Un nuevo chasquido cortaba el vuelo de mi imaginación. Me apartaba la máscara para espiar cómo alentaba la montaña, las rocas, de nuevo encajándose. Ya asentadas, reanudaba el trabajo. Así iba pasando el tiempo.

Nublo me sacudió el pie. Era la hora. Atrás nos esperaba el relevo.

—Va bien —les comuniqué—. A veces suena a falso, pero no creo que abramos todavía. ¡Hace falta avanzar más a prisa!

—Con cuidado —avisó el Crecido—, que en estos asuntos si te descuidas escupes las tripas. ¡Hala, Emerenciano, sígueme!

Cuando llegué a la galería en pie, encontré a Máuser, ya repuesto del susto. Estaba apretándole el vendaje, cuando se acercaron dos lámparas. Eran los posteadores, interesados en la marcha del rescate. Un tren venía con ellos. Medio centenar de metros más allá, otros entibadores afianzaban la bóveda, removida en un largo trecho.

—¿Encontraréis a alguno? —preguntó el caballista Tragahombres, llamado irónicamente así por su esmirriada constitución física.

—Ya veremos…

—¡Ya deben estar tiesos como alpargatas! —opinó un vagonero de los que cargaban el tren con los estériles que nosotros íbamos sacando.

—Si no hay agua… Mucho gas no parece que tengan. El humo…

Un sobrecogedor aullido, proveniente de allá dentro, me interrumpió. Fue un grito apagado, como de ultratumba. Nos miramos un instante, preguntándonos. Me coloqué la máscara y, con la agilidad de un ratón, me escabullí en el agujero. Temblaba, y no era de miedo. Cuando llegué a la retonda, unos pies, golpeándose como si diesen palmadas, surgían de la otra cueva. Retorciéndose, Emerenciano se puso en pie de un salto. De un manotazo se arrancó la careta.

—¡Le cogió!, ¡le cogió un costero! —repetía agitado—. Tiene el

brazo espachurrado. Íbamos para atrás porque decía que algo sonaba mal y…

—Déjame —le aparté.

Entré en el boquete. Poco después oía un lamento. Nervioso, arañándome la carne con las puntiagudas piedras, avancé hacia él. Tropecé con las botas del Crecido. La manguera de la máscara, suelta, cayéndole sobre el cuello, parecía una trompa descoyuntada.

Un débil reguero de sangre se mezclaba al polvillo, al carbón y los cascotes. A causa del estrechón, debí deslizarme sobre el cuerpo del atrapado, desplomado boca abajo. El Crecido dejó escapar un débil «¡por San Glorio!»; luego sus labios se movieron lentamente, imitando las boqueadas de un avecilla. Después se inmovilizaron porque el minero se había desvanecido. Palpé el suelo, pegajoso, encharcado en algunos puntos. ¡Aquel hombre estaba desangrándose, se moriría si seguía allí más tiempo! Alargué el brazo hasta tocar la mano que emergía al otro lado de la roca, la levanté. Fría, seca, muerta. Intenté retroceder y mis botas golpearon en el rostro de alguien, que lanzó un juramento.

—¡Un hacha!, ¡rápido, un hacha!

Intentando dominar los nervios, caída la cabeza sobre las piernas de aquel desgraciado, esperaba que me trajesen el utensilio. Me asustaba lo que iba hacer. Aquella sangre suelta parecía repercutir en la mía; y la inmovilidad de aquel hombre, su silencio de muerto. Por un momento temí que volvieran las viejas angustias. Me mordí los labios hasta producirme dolor; apreté los párpados, estrangulando las imágenes dantescas que pujaban por formarse en las semitinieblas que me rodeaban.

Un resplandor se acercaba. Era el vigilante Colás.

—¿Qué pasa? ¿Tan mal está?

—Hay que cortarle el brazo. Si no le sacamos ahora mismo, se vacía.

—¿Seguro que no hay nada que hacer?

—¡Nada!… ¡trae!

Por unos instantes me tembló la mano.

«Un solo golpe, seco y derecho. Hay que hacerlo, es cosa de vida o muerte.»

Clavé mis ojos en aquel pedazo de carne que emergía bajo la piedra y… Una cosa viscosa y repugnante me salpicó la cara.

—¡Tira de él! ¡Deprisa!

Arqueando el cuerpo para permitir que arrastrasen al herido, tomé entre mis manos el ensangrentado muñón y lo apreté con fuerza, conteniendo la hemorragia. Llegados al anchurón, le envolví

en mi calzoncillo y seguimos retrocediendo. Ya en la galería, colocamos al herido en una mesilla. Emerenciano y Máuser, empujando al carromato, corrieron hacia la maniobra.

El chirriar de ruedas quedó en el aire, flotando como una risa sarcástica y desequilibrada.

—¿Morirá? —preguntó alguien.

—Perdió mucha sangre; hicimos lo único que servía para algo.

—Si no le cortas el brazo hubiésemos tenido que dejar allí la lámpara encendida y decir algo por su alma.

—Sí, creo que sí.

—Si el médico le pone una inyección de esas de sangre a lo mejor se salva —opinó Tragahombres, retrocediendo hacia la mula.

El tren, ya cargado de escombros, fue tras el Crecido.

—Bueno… Los muertos al hoyo, que otros esperan. ¡Vamos para adentro, Nublo!

El aire de la cueva, cada vez más cálido, nos producía un sudor copioso, nos cegaba la vista, haciendo escocer los ojos, abriendo surcos en la costra de polvillo negro. El caucho de la careta y las botas cobraban un peso multiplicado, como si fuesen de plomo. Llegados a la piedra que aprisionaba el brazo del Crecido, me costó inauditos esfuerzos recuperar aquel pingajo de carne. Entregándoselo al nieto del tío Nublo, éste desapareció con él.

Unos metros más adelante los reflejos sombríos de la lámpara semejaban dar movimiento a las rocas, haciéndome presentir que se deslizaban lentamente, que caerían sobre mí. Reconocí que allí no se podía permanecer un instante sin hacer nada, que era peligroso dejar libre la imaginación. Se necesitaba trabajar sin pausa, evitar que el cerebro girase a su voluntad, porque entonces nos llamaríamos suicidas, nos gritaríamos que no avanzásemos un centímetro más, que en aquella tumba moriríamos todos… ¿No veía moverse el techo?, ¿no «sentía» el boquete ansioso de cerrarse, de sangre nueva?

Tomé el martillo y comencé a picar.

El brazo del Crecido se había ido. También la sangre desapareció, chupada por la tierra.

* * *

Terminó el turno. Una hilera de luces se alargaban por la galería, que cinco parejas de entibadores se esforzaban por afirmar. La lámpara del Crecido la llevaba el Torero, un picador que se acercó a preguntar por su amigo Telesforo.

Aquel sepulcro que acabábamos de abandonar, el brazo del Crecido que yo corté… Experimentaba una fuerte contracción en la garganta, y me dije que era el miedo, pasando a medida que me alejaba de la trampa.

Bajo el último coladero encontramos el relevo. Pequeño, caricolorado, tosiendo débilmente en los incipientes síntomas de la tuberculosis silicótica, Alfredo, el barrenista a quien yo sustituí, formaba parte de la tanda. Potencia dirigía la cuadrilla.

—¿Viven aún?

—Parece que sí. Uno por lo menos. Se oyen golpes.

—¿Cuánto creéis que falta?

—Unos veinte o treinta metros —calculé.

—¿Cómo está el techo? —preguntó Hilario.

—Cómo va a estar… ¡Buena suerte!

Poco después desaparecía hasta el último reflejo de sus lámparas. ¡Buena suerte! Ahora veía en aquellos hombres, sin reconocer que yo quizá también lo fui, auténticos héroes… No, nosotros no tomábamos así las cosas. Unos compañeros estaban enterrados y había que sacarlos. Eso era todo, una simple llamada de la sangre minera, de la solidaridad nacida en unos hombres acostumbrados al peligro.

«¿Qué será en verdad la valentía? —me preguntaba como horas antes—. ¿Cólera?, ¿inconsciencia?, ¿amor al prójimo, deseo de matarle?»

Ya pasado el peligro y el miedo, me sentí desamparado de una manera confusa.

«Pude haber muerto; sí, pude haber muerto… O luego, cuando vuelva a entrar con la tanda, ¡quién sabe!… La galería está cediendo, se nota en los chasquidos, en la presión. Todo depende de que aguante hasta que rompamos el último tabique. ¿Qué encontraremos al llegar al cepo? Oscuridad y muertos. Luego, sí, luego. Cada relevo levanta diez o quince metros. Nosotros haremos el resto.»

Inconscientemente deseaba que fueran otros los que rescatasen a los encerrados. Sin embargo, qué gran cosa sería estar allí cuando, al abrir la pared, al remover los escombros, apareciese Casiano, herido o medio asfixiado, como fuese, ¡pero vivo! Y el Empalmao, a quien esperaban en la maniobra su retahíla de hijos. Y Telesforo, el hermano de Máuser… ¿Viviría alguno? Sí, estaban llamando. Yo les había oído.

«¡Si pudiese olvidarme del maldito techo!»

* * *

Esperando la jaula, los mineros se acercaban a preguntar, interesados por la suerte de los sepultados. ¿Qué podíamos decir? Que volvíamos sin ellos. Lo demás se adivinaba fácilmente. Nos invitaban a vino, alguno nos ofrecía un trozo de tortilla. Ya callábamos todos, ya estaba todo dicho. Entramos en el ascensor y trepamos embudo arriba, atravesando el viento helado que lo recorría. Olía a hombre, a aire podrido, a noche.

El sol nos saludó radiante. Unos aplausos apagados, entre los que se filtraba algún aullido y los nombres de los enterrados, nos dio la bienvenida.

Nos alejamos del amaine. Íbamos encorvados, hastiados de tinieblas, temiendo enfrentarnos con las penas de las gentes, traducidas en unas ansiosas preguntas; en unos ojos angustiados, humedecidos, en los más débiles.

Sobresaliendo su cabeza del resto de las mujeres, Búffalo Bill, de cuyas mejillas parecía haber escapado la sangre, simbolizaba la resignación de las heroínas mineras.

—Todavía no llegamos… están vivos. Les oímos hablar. Siento lo de tu hermano —añadí de prisa—. Fui yo quien le cortó el brazo. Quiero que estés segura de que gracias a eso vive. Casiano también, ¡ya lo verás!

Clavó en los míos sus hermosos ojos, velados poco después por las lágrimas.

—Te digo la verdad, Búffalo Bill —insistí—. Les oímos hablar. Esta tanda o la siguiente abrirá brecha.

—Y mi José María, ¿encontraréis a mi José María?

La mujer del Empalmao, rodeada de su prole, ofrecía un aspecto lamentable. El hijo pequeño, revolviéndose la nariz con el dedo meñique hasta deformarla, levantaba la cabeza, sonriéndome.

—Le encontraremos, Petra. Ahora está abajo Potencia… Sabes que es un buen ratonero.

Colás corría hacia la verja, donde le esperaba Carolina. Alejadas del cordón de retención, como si no se creyesen con derecho a turbar la esperanza que mis palabras ponían en los familiares de los atrapados, mi madre y Selva, acompañadas del Patriarca, me aguardaban junto a la fragua.

—Hijo, ¿por qué me dijiste que ibas a…? —intentó reprocharme cuando me acerqué a ellos.

—Madre —la interrumpí, serio—. Seguro que si estoy encerrado pides que me saquen. ¡Es la misma lección para todos!

—Sí, hijo…

—Tenemos que estar orgullosos de ti, Landa —exclamó el señor Marcos, que parecía emocionado—. Los periódicos vuelven a citarte, y ahora por un asunto bien distinto. ¿Qué tal está la galería?

—Mal, ¡es decir, regular! —rectifiqué rápidamente—. Peligro no hay. Es cuestión de paciencia.

—¿Tienes que volver, hijo? —volvió a hablar mi madre.

—A las diez cambia el turno. Vamos, quiero descansar un poco. ¿Qué tal se encuentra Gago?

—Le afectó demasiado la mojadura —repuso preocupado el Patriarca—. Sus pulmones están muy débiles. Ya se levantó y mañana quiere reanudar la tarea.

—Tiene un corazón de toro. Cuando terminemos de abrir camino, iré a verle. ¿Vamos, madre?

El señor Marcos, como tenía por costumbre hacer en los grandes acontecimientos, estrechó mi mano. Selva y yo tomamos del brazo a mi madre y marchamos Camino arriba.

«La vida es bonita, aunque duela, aunque suene a sangre… ¡Qué gran cosa es estar vivo y poder mirar al sol!»

Me acordé de mi padre, de mi juramento de niño, luego tantas veces repetido.

«Cuando levantemos la quiebra, seguiré buscándole.»

* * *

El trabajo y la tensión nerviosa me habían cansado de tal manera que caer en el camastro y dormirme profundamente fue todo uno. El sueño, sin embargo, debió de ser muy agitado y aquella inconsciente inquietud se prolongó quizá durante toda la tarde…

—¡Hijo, despierta! ¿me oyes?

Tardé unos instantes en recobrar la lucidez. Luego, bostezando sonoramente, pregunté:

—¿Es ya la hora?

—No, son las nueve, pero como dabas esas voces…

—Debía estar soñando.

—¡Soñando con algo nuevo! —bromeó mi madre—. «¡Y ahora callará usted, por muy don Magnífico que sea, y hablaré yo!» ¿A quién te referías, hijo? —preguntó sonriendo maliciosamente.

Me incorporé y, atrayéndola hacia mí, la restregué los cabellos hasta despeinarla.

—Con que no sabes a quién, ¿eh? ¡Te voy a dar yo por burguesa!

Cuando logró escapar, riendo aún, me anunció que había hecho una tortilla de chorizo. E intentando conservar la alegría, dejó insinuar si no podría algún otro ocupar mi lugar en la tanda de rescate.

—Eres egoísta, madre… ¡cuándo te digo que hueles a burguesa!

—Me prometes que tendrás cuidado; que no…

—¿Crees que es necesario que lo haga? ¡Hala, largo de aquí, que voy a vestirme!

Cuando salí a la cocina, ya tenía la cena preparada. Comí con apetito y me fui a respirar un poco de aire. Los ácidos aumentaban su peligrosidad si atacaban en plena digestión, y un paseo cooperaría a acelerarla.

Bajo el cielo oscuro, grupos de hombres, el relevo, se dirigían hacia las bocaminas y el Pozo. Mezclado con ellos, y queriendo enterarme de la marcha de los trabajos de salvamento, pasé por la Casa del Minero. Allí me dijeron que una de las dos quiebras restantes ya había sido perforada, encontrándose bajo los escombros tres muertos. Uno más fue sacado por la tanda que avanzaba en mi galería. Contaban que éstos se llevaron una fuerte impresión cuando desembocaron en la primera trampa, abierta hacia las seis de la tarde. Cinco hombres, entre ellos el Risueño, se hallaban caídos al lado del cadáver, en cuya cabecera había una lámpara milagrosamente encendida. Era tal su posición que cuando los ácidos les fueron desvaneciendo, debían estar reunidos en torno al difunto, como si le hubiesen despedido con rezos o sintiesen una morbosa curiosidad por saber cómo manipulaba la muerte para llevarse a un hombre. Los rescatados, que todavía se encontraban semiinconscientes en el hospital, no habían aclarado aún el misterio.

Aquellas desgracias eran frecuentes en las fosas, con «silesiada» o sin ella. Sin embargo, por un momento volví a temer la reacción de la minería, olvidada quizá de que era mucho lo conseguido, de que nada se alcanzaba sin perder algo en la refriega.

No, «aquello» ocurrió sólo una vez y no fue provocado por una muerte, tragedia que con tanta frecuencia enlutaba los hogares del Valle. Se sintieron desorientados, irritados, porque por primera vez los mineros peleaban entre ellos. Y esto no podían comprenderlo. De la lucha social apenas conocían los más rudimentarios planteamientos.

Aquello había pasado. El constante y cordial asedio de mis camaradas, así me lo demostraba.

* * *

Abandonando la Casa del Minero, me dirigí hacia el Pozo. En torno al castillete parpadeaban media docena de farolones, dándole un aspecto aún más hostil que si estuviese en sombras. El silencio era total; la noche, pegajosa, a pesar del frío. Una calma tirante reinaba en la maniobra bajo cuyo suelo, agonizando, muertos, ¡quién sabía!, nos esperaban unos hombres. En aquel momento sacaban otro rescatado, gritando como una vieja.

Llegó el resto de la cuadrilla, nos entregaron las caretas y entramos en la jaula.

—¡Buena suerte!

—Eso es lo que hace falta…

El montacargas arrancó, dejando que los resplandores de las lámparas resbalasen por las negras paredes. Nadie hablaba; alguien bostezaba, intentando, quizá, darse ánimos. Los quinqués, alumbrando bajo nuestras barbillas, nos presentaban como brujos dispuestos a cometer cualquier atrocidad.

Llegados a la planta, nos encaminamos hacia el transversal, alargada la cuadrilla como si cada hombre intentase encerrarse en un mundo distinto. Subimos a un tren y poco después descubrimos a lo lejos los fuegos fatuos de la tanda que relevábamos. El convoy nos dejó a su lado.

—¿Viven?

—Alguno sí. Faltan unos cinco o seis metros. Si hay suerte, abrís vosotros.

—Hay que tener cuidado al perforar, ¡el aire tiene malas pulgas!

—Y el fuego. Cae agua sobre las rocas al rojo y saltan como petardos. Parece que va avanzando el «cigarro puro».

—El agua debe estar metida en la ratonera y alguno va a hacer más gárgaras de las que quisiera. Debe haber ahí dentro un lío…

—Sí, hará gárgaras. Ya pensamos en ello… Agua, fuego, derrumbes… Ya veremos…

—Y los ácidos, que no faltarán.

—Y los ácidos… Andaremos con ojo.

—Si les sacamos de la trampa, habremos servido para algo.

—Sí, habremos servido… ¡suerte!

Se fue el relevo. Poco después desaparecía la aureola de sus faroles.

—¿Quiénes van primero? —preguntó Colás.

—Es igual —se ofreció Emerenciano—. Yo mismo.

El posteador se puso a cuatro patas; alargó el pescuezo y,

clavando en el suelo sus largos pies, se perdió por el boquete. Tras sus botas fue la cabeza del Pecas. Se oyó una maldición, luego volvió el silencio. Colgándome la lámpara al cuello, les seguí. Aquel primer callejón se hallaba limpio de piedras; alguien se había entretenido en construir una entibación de juguete. El anchurón también estaba más firme y agrandado, así como el agujero que seguía profundizando aquel caos de escombros, por entre los cuales se filtraba el humo del oculto «brasero». Dejé atrás el lugar donde perdió el brazo el Crecido y, ya acompañado por la vibración del martillo abriéndose paso en el corte, llegué a un nuevo ensanche. Allí encontraron al Risueño y a sus compañeros de tragedia. De nuevo un pasadizo estrecho, por el que el Pecas retrocedía en aquel momento. El neumático había dejado de funcionar.

—¿Está muy avanzado?

—Sí, bastante, pero anda todo suelto. Hay que meter maderas de un codo o un poco más. Parece que aún viven.

—¿Se oye algo?

—Muy lejos.

—Será muy débil. Lejos no pueden estar.

Acarrear y apuntalar maderas, sacar escombros. Unos metros más adelante, Emerenciano iba abriéndose paso trabajosamente hacia los sepultados. Cuando terminó su turno, yo le relevé.

Llevaba un rato perforando, cuando me detuve bruscamente.

—Tac… tac… tac…

—¡Viven! ¡viven!

Con insólita energía seguí mi tarea. Abrí un trecho más; me revolvía, sintiendo el pecho y la espalda aprisionados entre la tierra y las piedras; colocaba unos simples soportes y… ¡Yo les salvaría! ¡Yo les arrancaría de las garras de aquel maldito Pozo!

«Ya estoy cerca… Ya estoy cerca…»

Cogí una piedra y golpeé la roca, las maderas. Allá, al otro lado de la vida, alguien seguía suplicando:

—Tac… tac… tac…

Tan obsesionado estaba por la insistente llamada, que me olvidé del tiempo. Me tiraron de la bota y retrocedí. Cuando llegué al primer anchurón, ya estaba dispuesto el relevo. Quitándose el polvo de la boca, Máuser me preguntó desalentado:

—¿Qué tal está? ¿Se les oye?

—¡Sí!, hay que darle de prisa que alguno sacaremos con vida. ¡Esta vez les he oído bien!

—Sí, es mi hermano…

—Aunque… ¡bueno, si es tu hermano, mejor!

* * *

Sentados sobre unos troncos, encajonados entre los mazazos de los entibadores y el perforador abriéndose paso bajo tierra, pasó una hora. Alguien se había acercado a preguntar, luego callamos; ¿de qué podíamos hablar? Apareció la pareja que trabajaba en cabeza. La segunda ya ocupaba su puesto y la restante, Nublo y yo, marchamos a secundarla. Poco después me encontraba a media docena de metros de donde picaba el encabezado. Eran aquellos momentos decisivos. Se sentía, se «olía» en el ambiente; emanaba de aquel muro que, sonando a hueco, anunciaba un nuevo ensanche donde, sin duda, se encontraban atrapados mis compañeros…

Un grito rasgó los aires de la madriguera.

¿Salvados?, ¿sepultados dos hombres más? Me arrastré rápidamente, intentando auxiliar a… ¿Qué era aquello? Un débil resplandor se filtraba a través del telón de polvo y humo. Parecía un sol de pesadilla, posado frente a la salida de una cueva… ¡Vi moverse unas piernas! ¡Allí había un hombre! ¡de pie! ¡allí había vida!…

El mundo tenebroso de los resucitados, de los que quizá no resucitasen nunca. El Empalmao, boca abajo, retorcido sobre sí mismo, como si durmiese. Estaba medio sepultado. La sangre, amasada con el polvillo de carbón, le cubría el pescuezo, el pecho, hasta la cintura le llegaba. Casi caído sobre él, la cabeza levantada, el cuerpo increíblemente estirado, un hombre parecía perseguir con los ojos el poco aire que se movía en la trampa. De sus labios, entreabiertos, brotaban bermellones de baba, rompiéndose en minúsculas burbujas porque Telesforo aún respiraba. Telesforo vivía. Sólo en sus pupilas, clavadas en cualquier lugar de la inconsciencia, se veía la muerte empezando a invadirle.

Casiano estaba sentado sobre un tronco, bamboleándose en el obsesivo movimiento de un oso polar. Entre sus dedos, agarrotados, mantenía una piedra. Debió de ser él quien golpeó, quien llamaba. Cuando levantó el rostro hacia mí, porque, intentando animarle, le sacudí con brusquedad, en sus ojos azules hallé una placidez extraordinaria, como si se dispusiese a sonreír, a ir al limbo…

—¡Vamos a sacarlos! —exclamé disponiéndome a la tarea—. Hay que tirar de ellos. ¡Tú, Pecas!

Uno cogió a Telesforo, las manos atrás, y, como un paquete, le metimos en el agujero. El Pecas le tomó por los pies; otro, para evitar que arrastrase la cabeza, la colocó sobre su vientre. Apoyado en aquella almohada humana, un rescatado marchó hacia la vida.

Casiano, el gigante, se dejó empujar como un niño. Estaba alelado. Para llevárselo hubo necesidad de tres hombres. Se fueron…

Quedó solo, con una lámpara, con mi muerto. Allí estaba el Empalmao, el hombre de las gallinas y los hijos. Me agaché sobre él y tomándole de los brazos probé a trasladarle a la entrada del boquete… Desistí porque era mucha penumbra, demasiada soledad, demasiado muerto estaba aquel desgraciado. Sentí asco, y el cerebro empezó a agitarse. Una vez más, ¡tantas había tenido que hacerlo en mi vida!, procuré respirar pausadamente. Me incliné sobre él y con un trozo de calzoncillo le apreté el cuello, consiguiendo contener en parte la ya débil hemorragia. ¿Para qué hacía aquello? Pegué sus párpados, apagando el brillo del Más Allá que iba y venía por sus pupilas. Sentándome a su lado, me dispuse a esperar. El calor era sofocante y, pese a ello, tiritaba. El frío de la muerte, velando aquel hombre devorado por un Pozo que siempre presintió acechándole, parecía contagioso.

Al Empalmao le esperaba en la galería una mesilla. Colocamos encima el cadáver y, colgando las lámparas de los palos que la cercaban, nos pusimos en marcha. Las ruedas comenzaron a enhebrar una metálica oración por el alma de aquel hombre que sólo muerto podía descansar.

Había terminado la odisea. Nos íbamos, se iba la segunda tanda de rescate, el Pecas, Emerenciano, Nublo… Máuser y el Crecido se habían marchado antes. Uno herido, otro dejando un brazo bajo una piedra. La mina, cosas de la mina…

Los entibadores, quitándose la gorra en el último saludo al compañero muerto, nos vieron pasar en silencio. Alguno movía los labios, rezaba por el alma de aquel que sólo sabía hablar de gallinas y su reata de hijos siempre pidiendo pan; por el Empalmao, uno de los seres más desgraciados que la Vida trajo para divertirse a gusto.

* * *

Un cuarto de hora después la jaula nos subió a la superficie. Hacía frío y la oscuridad de la noche se animaba con el silbido de los vientos. Por la llama del Carmelón debían de ser más de las dos.

La maniobra del Pozo aparecía prácticamente desierta. Los familiares de los rescatados se habían ido. Ya estaba el drama resuelto. El señor Marcos, acompañado de Gago e Hilario, algunos mineros y una «gallina» que, seguida de diez «polluelos», corría al encuentro del muerto, eran los únicos que ponían movimiento en el

amaine.

La mujer del Empalmao quería saber si había muerto bien, si a su José María se lo llevó Dios sin que sufriera mucho. El último consuelo de Petra, la «gallina», que decía el difunto.

Marcharon con el muerto, escoltándole hacia el depósito de cadáveres. Se acabaron los aullidos de Petra y los lloros de los chicos. El silencio retornó poco a poco.

—¡Cumplisteis, Landa! —me felicitó el Patriarca, estrechándome la mano.

—Eso creo, señor Marcos; ¿qué hace aquí? Tiene muchos años para estar a estas horas al relente.

—Mandé a tu madre a casa y para que estuviese tranquila… ¿fue todo bien?

—Sí, lástima de Empalmao… ¡Hola, Hilario!, ¿qué hay, Gago?, ¿cómo va ese ánimo? ¡A estas horas usted también estaría mejor en la cama!

—Andábamos aquí unos cuantos, pero se fueron, Vitelón entre ellos —le justificó Potencia—. ¡No pintaba nada aquí! Yo me quedé por si hacía falta.

—¿Llegó bien Casiano?

—¡Tenías que ver aullar a Búffalo Bill! —exclamó el barrenista con voz apagada—. ¡Es grande, pero casi se lo lleva en brazos!

Acerqué el quinqué para alumbrarle el rostro.

—¿Ya pasó la mojadura?

—La mojadura, sí —intentó sonreír—. Lo que dura es la vergüenza. ¡Mira que un polluelo como tú me tenga que mantener en pie!

—Por las veces que usted y Antón me mantuvieron a mí cuando era crío. ¿Cómo va el nuevo tajo?

—Ya estuve hoy haciendo algo. Mañana lo verás. He cambiado el turno para la tarde. Así podrás descansar.

—¡Hala, lávate un poco y vamos! —me pidió el señor Marcos—. Tu madre nos ha prometido un trago si te llevamos sano y salvo.

Me cambié de ropa y poco después subíamos por el Camino, en dirección a mi casa. Cuando penetramos en la cocina, caliente, acogedora, nos esperaba la mesa puesta. Tomamos un caldo, bebimos unos vasos de vino, y me pareció que todas las inquietudes y temores se desvanecían de golpe.

Cuando mis amigos se fueron eran cerca de las cuatro. Acompañarían a Gago y luego Hilario iría con el Patriarca a velar el cadáver del picador. Potencia marcharía desde allí al Pozo, al tajo.

Minas, muertos… Era nuestra vida. Una como otra cualquiera.

* * *

Estaba cansado. Quizá nunca lo había estado tanto. Sin embargo, no sería aquel un sueño reparador…

«…Dos hombres, vencidos por el peso de un redondo féretro, se arrastraban más que andaban. Detrás marchaba un peregrino, apoyado en un bordón fluorescente. A veces, deteniéndose, dejaba oír unos prolongados jadeos. Ruidos de piedras cayendo del cielo y silbidos escapados por las grietas de aquella tenebrosa naturaleza. Alguien cantaba y sus murmullos se cruzaban con seres que, llevando colgados del cuello un cencerro luminoso, iban y venían desorientados. Debían de ser caminantes de otros mundos. Ennegrecidos, destrozadas sus ropas, formando un circo apto para entretener o despedazar espectros, se reunieron en un rincón. Volvió a pasar el entierro, y los rostros de los asistentes reflejaron una mueca horrible, de asco. Luego fueron tras él. Destellos de fuegos fugaces se debatían entre las tinieblas; eran otras lámparas, otros hombres que, saliendo de las bocas de lobo, de aquellas cavernas que horadaban las profundidades, se sumaban al grupo. Como apariciones divinas, del techo colgaban copos blanquísimos, y por las paredes escurrían gigantes lágrimas, color sangre. El agua caía sin pausa, formando un responso en aquel túnel sobresaltado por bocanadas de llamas. Dos hierros, negros, relucientes, marcaban el camino al cortejo. A los lados se amontonaban los árboles, manchados por vómitos agónicos u hojas verdes, como aproximándose a la muerte o al día de la resurrección. Colgados de los troncos, que sostenían la galería, se destacaban animales deformes inmóviles, acechando el paso de la caravana que, precedida de una penumbra blancuzca, como podrida, se acercaba sin prisa. El entierro subía y se retorcía entre montones de escombros, entre resplandores y sombras. Agazapado en la oscuridad, alguien contemplaba el paso de la romería maldita. Eran rostros monstruosos; los ojos descomunales, de los cuales partía una trompa que iba a enroscarse en la cintura. Uno de los enterradores se desplomó e instantes después se abalanzaron sobre él los hombres de la trompa, seccionándole el brazo de un hachazo. La caravana se detuvo un instante, asustada; luego siguió adelante. Sólo quedó allí el hombre del bordón fluorescente, hipnotizado por la escena, esperando quizá tomar parte en el festín. La luz de su lámpara se había vuelto negra. Un alud de escombros sepultó a la víctima y el peregrino comenzó a apartarlos. Como una salamandra gigante, se fue introduciendo entre ellos. Poco después, retorciendo

la boca como si escupiese juramentos, salió arrastrando un bicho al que habían cortado una pata. Lo cargó a cuestas y, entre oleadas de humo, siguió en busca del entierro. Lo encontró unos metros más adelante, detenido por los ruidos sordos que producía el túnel al derrumbarse. Ante ellos estaban celebrando una misa maldita. Oficiando, estática, se alzaba una figura humana a cuyos pies se hallaban caídas dos luces rojas y un ser de muchos brazos. El peregrino se asustó… ¡Aquel monstruo estaba comiendo carne de hombre! ¡Y tomaba pan y bebía vino! Sin embargo, no parecía preocuparle lo que estaba haciendo, fija su atención en un gigante de un solo ojo que, enarbolando un hacha, se hallaba entretenido en seccionar la pata de un extraño animalejo. Con los movimientos del cíclope, sombras gigantes se abatían sobre el devorador de entrañas, de pan y de vino, velando también a la víctima de aquel cónclave hechizado. El hombre del hacha cayó de rodillas y comenzó a acariciar la salamandra a la que cortó una pata. El peregrino del bordón fluorescente se inclinó sobre ella y, con suavidad, fue uniendo los bordes de sus heridas… Súbitamente el batracio se puso en pie ¡estaba intacto! y era el Crecido, cuyo rostro se iba transfigurando… ¡No!, era mi padre, sonriendo, alargando los brazos, llamándome, llamándome…»

* * *

Eran las tres de la tarde cuando desperté. Después de lavarme fui a la cocina, donde Ana se afanaba en la preparación de la comida. La saludé con un malhumorado ¡buenos días!, y me senté a la mesa.

—¿Dónde está madre?

—Fue al Economato. No tardará en volver.

—¡Si se lían las mujeres a hablar, no terminan nunca!

Mi hermana me miró fijamente. Luego preguntó:

—¿Dormiste bien? Ha venido mucha gente a felicitarte.

—No tendrían otra cosa que hacer… ¡Dormí mal!, ¡maldita sea! —exclamé pasándome la mano por la frente—. ¡Siempre que ocurre algo, mi cabeza parece una fábrica de pesadillas!

—A padre le pasaba igual. Eso dice madre.

—Buen consuelo… Dame el almuerzo. Antes de ir al Pozo quiero dar una vuelta a ver si me despejo.

Ya estaba servida la comida, cuando llegó mi madre. Venía muy contenta. Al verme se ensombreció.

—¿No tuviste buen dormir, hijo?

—Sí… no sé. ¡No tengo ganas de comer!

Quedó mirando unos instantes cómo las patatas iban enfriándose sin que yo hiciese otra cosa que revolverlas, abstraído.

—¿Quieres que avise que estás malo, que no…?

—¡Qué tontería! —le interrumpí, áspero—. ¿Por qué he de estar malo?

—Dice que ha tenido sueños, madre —intervino Ana—. A lo mejor es eso.

Al fin logré vaciar el plato y me acerqué a la ventana. Lloviznaba y un telón de niebla invadía el Valle, en cuyo fondo se alzaba, desafiante, el castillete. Un sentimiento de repulsión emanaba de la vaga ceniza del día, de la tierra, de la aldea, como resucitada la vieja y entristecida llamada porque la muerte del Empalmao me había afectado mucho más de lo que pude creer.

Le recordé en mi primer día de Pozo, cuando vino a «regar» la guía. Y luego, la hora de comer, cuando ingenuamente confesaba que quería tener muchos hijos para que le «aplaudiesen» al llegar a casa.

«A mí nunca me aplaudió nadie, y los hijos… pues ya sabéis…»

—¡Pobre Empalmao!

—¿Qué dices, hijo?

—Nada…

Mi madre se agachó para coger un paletón de carbón. Miré el mineral con obsesión, como si jamás lo hubiese visto. El tío Mañón decía que todas las noches maldecía la hulla y que rezaba un credo pidiendo a Dios que dejase caer sobre el Valle un «pedazo de paz». Para el Empalmao llegaron tarde las plegarias del campesino. ¡A paladas serían arrojados sus «polluelos» a la mina!

Mi madre, intentando contener los suspiros, seguía espiándome.

—¿Voy contigo, hijo?

—No digas tonterías, ¿quieres?

—Es que es ya la hora… La sirena sonó hace un rato.

—¡Déjame, que ya soy mayorcito!

—Sí, hijo…

Tras unos instantes de silencio, añadió:

—¿Te acuerdas cuando tenías once años y te asustaban los lobos? Padre también… a padre también le pasó alguna vez «esto». Fue cuando se mató Rosauro.

En cada esquina, en cada día, en cada recuerdo, un nombre, ¡maldita mina!

En aquellos momentos deseaba dormir, dormir mucho. Como cuando era pequeño y me asustaba la vida.

Una hora permanecí pegado a la ventana, contestando con monosílabos a las preguntas de mi madre, a las palabras de mi hermana. Al fin, con un seco «¡hasta luego!», salí al Camino. Sin corresponder a los gritos con los que los vecinos me felicitaban, roído por mi secreta tragedia, por la peor enfermedad que puede sufrir un hombre: el miedo, corrí cuesta abajo. Me dominaba una ausencia repentina de interés por todo, por los míos y el trabajo, por la Casa del Minero y el íntimo juramento que me hice de ser fuerte y leal. Me sentía cansado de aquella guerra continua y sin premio. Temor y frío, algo patético e incierto echaba por tierra las ilusiones de ser, de atreverse, de triunfar, ya caído en un vacío impresionante. Llegado ante el Pozo, este sentimiento se agigantó, empinando la repulsión que me inspiraba, como si le oyese gritar, oyese el bramido silencioso de aquellos hierros en los que yo veía elevarse la barrera que separaba vivos y muertos.

Me detuve junto a la verja de la maniobra. Por mi cabeza cruzaban nombres de mineros, de amigos que se los llevó la fosa. Y otros viejos recuerdos que, contrastando con mi agitación interior, iban pasando mansamente, al igual que las aguas de un río cansado. Como inmovilizado ante uno de esos abismos en los que el hombre pierde toda voluntad de lucha, fui caminando mentalmente hacia la jaula, entré en ella y con ella me desplomé… El mundo desolado y negro de la caverna, las galerías, las quiebras; y el grisú, el agua, las mechas, siempre a punto de traicionar… ¡tenía miedo!

Con paso receloso me encaminé al caserón de los lavabos. Estaba acercándome a la puerta cuando me detuve. Dominado por un gozo brutal, tan cobarde e inhumano que borraba hasta el menor síntoma de solidaridad, di media vuelta y comencé a correr. ¡Aquellos que quisieran bajar al Pozo, que bajasen!, ¡que se matasen, si ese era su gusto!…

No paré hasta llegar a la primera taberna. Tomé un vaso de vino, luego otro; y un tercero. Trasegaba nerviosamente. Pasé a otra cantina, recorrí una docena de ellas, bebiendo de prisa, ávido de atontarme, de embrutecerme para no pensar en la maldita mina.

Anochecía cuando entré en «El Oasis», donde pedí a gritos media botella de tinto. Juanón el Zorro, cruzándose de brazos, me increpó, ofensivo:

—¡Qué! ¿hoy no sirven vinacho en la Casa del Minero? ¿O es que «El Oasis» lo dejas para cuando estás borracho?… ¡Vaya con el jefecillo!

Tuve que acordarme de muchas cosas para no saltar sobre él.

Apretando los labios, le expeté:

—¡Sirve vino Juanón, que es para lo que has nacido!

En aquel momento se acercaba Rosita, contoneándose provocativa. Apoyando su mano sobre mi hombro, me sonrió suficiente.

—¡Vaya, Landa!, ahora que te veo en tu salsa, me alegro que no te hayas casado conmigo.

—¿Casarme contigo?… —comencé a burlarme, para arrepentirme inmediatamente—. No hables así, Rosita, hoy no sé lo que me pasó…

—¡Nada, que los héroes estiráis la pata por donde menos se espera! Apuesto a que esta noche vas a ver a la tía Vacas, ¡no digas que no!

Negué con la cabeza.

—Sí, irás; por lo menos no puedes asegurar que no. Nunca estuviste como hoy y no puedes saber dónde te llevará el vino.

Ajustándose el vestido por encima de las caderas, para hacer resaltar su abultado pecho, añadió:

—¡Bien tonto serías teniéndome a mí aquí! Y además —continuó insinuante— a lo mejor contigo hacía una excepción.

—¿Me pagarías? —intenté sonreír.

—Tampoco te cobraría… Creo que podía haber un poco de… ¡vamos, de amor! Ya te lo he dicho varias veces, pero esa bendita Selva… Tú eres joven y yo también. Podía haber, eso… un cambio de caricias, ¿qué dices? Ahora que terminaron tus malditos líos sindicales, es la ocasión.

—No, Rosita. Somos amigos desde pequeños y…

—¡Qué importa, pedazo de tonto! Tú me gustas, yo te gusto, ¿o no? ¡Lo entiende cualquiera! Ya sabes que la naturaleza es la que manda… ¡con el permiso de don Magnífico! —terminó irónica.

—¡Eso, con el permiso de don Magnífico! —reí alelado, restregándome la cara, abotargada por el alcohol.

—¡Vamos, eructa ya! —se impacientó Rosita—. ¡A ver si me vas a hacer pensar que…!

—¡Déjame beber vino en paz que no quiero líos!

—Si vas a ver a la tía Vacas, el lío será más gordo. Y te aseguro que vas. No hay en el Valle un solo muchacho que se emborrache y no haya terminado allí… ¡o aquí! —señaló descarada su entrepierna.

Unos viejos entraban en aquel momento.

—¡Rosita! —tronó el Zorro—, atiende a estos amigos.

La muchacha pasó al otro lado del mostrador. Sirvió a los ancianos y quedó mirándome, hablándome con los ojos. ¡Con qué

deseo la hubiese poseído en aquel momento! Aquello era vida, ¡vida!, cuando me parecía estar rodeado de muertos por todas partes. Deseando vencer la furiosa atracción, intenté interesarme en la charla de los antiguos mineros.

—El coladero aquel no tenía nada de particular, salvo que estaba mal parido —decía uno de ellos, sin duda reanudando una conversación interrumpida al entrar—. Llevaba un par de horas en él cuando oí restallar el techo y se me vino todo encima. Estuve dos días oyendo un martillo que me buscaba y preguntándome si llegarían a tiempo. Mal estaban las rampas, ¡sí señor!, y la Empresa lo sabía, pero no hacía nada por remediarlo… ¡no metía ni así de aire! —dio un soplido—, ¡ni así!

—Cuando te encontramos —siguió el que debía de ser su salvador—, te vi acurrucadito como un gorrión. Cerrabas los puños igual que un niño recién nacido. ¡Así le pasó al Ramonín un día que le pilló una quiebra en la segunda del transversal norte!

—¡Quiebras! ¡quiebras! —exclamé fuera de sí—. ¡Pero es que no pueden hablar de otra cosa! Su grisú y sus muertos ¡y sus mierdas! En la vida también se ríe, también hay otras cosas que no son tíos destripados… ¡Siempre contando penas!

Los retirados me miraron sorprendidos. El padre del Torero, que me había saludado al entrar, repuso en tono paternal:

—¿Qué te sucede, muchacho? ¿De qué vamos hablar? De la mina y un poco de vino. Tú eres joven y…

—¡Ustedes también lo fueron y no se sintieron capaces de decir ni de hacer otra cosa que aguantar! Ni una sola vez se les ocurrió reivindicar sus derechos. ¡Miren, miren hacia atrás, a ver si ven algo más que trabajo de esclavos!, ¡a ver si se ven de manera distinta a los siervos de la Edad Media! Palear escombros y picar carbón, ¡igual que lo podía haber hecho una máquina! ¡Han trabajado como forzados, como aún trabajamos, pero nosotros queremos cambiar las cosas! ¿Saben lo que significa el trabajo de minero? —les pregunté inquisidor—. ¡Es infernal!, ¿entienden?, ¡aunque no nos damos cuenta! ¡Y ni siquiera nos pagan la décima parte de lo que este trabajo merece!, ni siquiera quieren concedemos la categoría digna de unos hombres que exponen sus vidas por arrancar un carbón que sólo sirve para llenar las arcas de los «ocultos», de toda esa panda de ricachones con demasiadas camisas para tapar un corazón que no tienen. ¿Por qué no se les ocurrió a ustedes pedir cultura para los mineros, unos salarios mínimos? ¡Algo y con cabeza! Nosotros, ¡nosotros lo hemos hecho! —me golpeé el pecho desaforado—. Y no pasarán muchos años sin que avancemos más de

prisa, sin que lleguemos a participar en los beneficios, ¡ja! ¡ja! qué burrada, ¿verdad? ¡El hombre es un hombre y no una máquina a la que pueden chupar la grasa con la que engordar a los gordinflones del dinero! ¡es un…!

—¡Oye! —me interrumpió arisco Juanón el Zorro—, ¿no te parece que con la Casa del Minero tienes suficiente para tus propagandas?

Me revolví con ganas de matar a alguien.

—Propaganda… ¡¡cerdo!!… Escucha, fenicio —le cogí por las solapas, tirando de él con brutalidad—. Aquí venía mi padre, y no quisiera mover una silla de donde está. Pero intenta otra vez abrir el pico y vas a recorrer la explanada con las patas para arriba, ¡entiendes, dulce marrano!

—Vamos, Landa, que no es para tanto —intervino conciliadora Rosita, que había permanecido atenta a mi perorata—. ¡Allí te llaman, tío!

Juanón el Zorro se alejó hacia el salón. Pedí más vino y, después de excusarme ante los ancianos, les invité a unos vasos y seguí bebiendo. Cuando se fueron, Rosita, inclinándose para dejar ver el principio de sus senos, volvió a la carga:

—¿Y ahora qué?

—¡Ahora nada! —repuse arisco, dejando sobre el mostrador el importe de la consumición.

—¡Tonto redomado! —exclamó decepcionada—. ¡Si supieras cuántas cosas te enseñaría!

—Me lo figuro…

* * *

Salí a la calle. El viento de la noche, ya abriéndose, me refrescó un poco la cabeza.

«En el Pozo está Gago esperándome… esperándome.»

Para acallar el remordimiento, volví a entrar en una taberna. El alcohol tomó nuevos bríos y una agradable inconsciencia terminó por apoderarse de mí.

Cuando abandoné el establecimiento, y sin exacta consciencia de lo que hacía, me encaminé hacia las callejuelas que daban al río. Crucé el puente y marché en busca del sendero que conducía a la aislada construcción de la colina. Allí era donde la tía Vacas tenía montado su negocio.

Hacía frío y en el mundo había calma. Olía a tierra podrida y el aire a carbón. A medida que me alejaba del río apresuraba el paso,

ansioso de llegar a «El Plaisir», donde jamás osé pisar ni aun con el pensamiento.

«Allí hay mujeres —me iba diciendo, ya acercándome a la puerta del caserón—; y se bebe y se olvida uno de todo, ¡de todo! Dentro de unos instantes tendré una mujer, tendré…»

—¡Landaaaaa!

Me detuve sorprendido. ¿Quién me buscaba en aquel lugar? Por un momento recobré la lucidez.

—¡Landaaaaa! ¡Landaaaaa!

—Selva, es Selva, ¡maldita sea!

La voz de la muchacha me inquietó. A mis espaldas se alzaba un rumor de risotadas y música. Miré hacia el caserón. A través de los visillos se distinguían figuras que bailaban, otras se abrazaban. En el piso de arriba se apagaba en aquellos momentos la luz de una habitación. Sentí unos vivos deseos de refugiarme en aquella casa, de huir hacia cualquier sitio donde reinase la inconsciencia, la furia de las pasiones que engendraban el olvido…

—¡Dios mío, Landa! ¿Qué vas a hacer?

Selva surgió de las sombras. Tomándome del brazo, clavó las uñas en él; dejó caer la cabeza sobre mi pecho y rompió en sollozos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Alguien te fue con el cuento! ¿no? —le increpé, colérico—. ¡Quién fue!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —seguía repitiendo—. Íbamos a cenar y nos dijeron que andabas bebido. Corrí a buscarte —el llanto la ahogaba— y Rosita… ¡ella creía que estarías en este horrible sitio!

—¿Quieres que pase la vida enterrado como un topo? Ahí —señalé a mis espaldas con un movimiento de cabeza— se pasa bien; ahí se olvida, ¿me oyes? ¡Se olvida!

—¡Por tu padre que en gloria esté, vámonos! Te lo ruego, Landa.

Con un gesto desesperado, Selva tiró de mí, empujándome cuesta abajo. Cuando llegamos a un pequeño rellano, soltándome de un tirón, exclamé:

—¡Para ti es fácil! Tú no eres hombre, ¿te enteras? ¡No eres hombre! Si yo fuese de esos que no respetan nada, no tendría necesidad de venir a este sitio.

—Sí, Landa…

—Sí, Landa. ¡Y con eso se arregló todo!

—Por favor, ¡vamos, Landa!

Selva arreció en sus sollozos. Y con voz velada, estranguladas sus palabras por la congoja, me habló de sus sueños, de su felicidad, de su amor por mí. Se apretaba contra mi cuerpo como si la

acosasen mil fieras; sacudidos por el llanto, sus pechos acariciaban suavemente el mío. Era aquella una deliciosa angustia; mis manos, abotargadas por el alcohol, fueron alzándose hasta encontrar el seno de la muchacha, se detuvieron en ellos largo tiempo, sin que Selva tuviera ánimo para oponerse. Levantaba los ojos hacia mí, suplicante como alguien que va a morir. Debió comprender por qué la noche, la soledad…

Me rogaba que la respetase, ofreciéndome a cambio lo que quisiera, su vida incluso.

Era tarde para los razonamientos. Algo confuso acababa de saltar en mi mecanismo moral. Aquel cuerpo adormecido me atraía de una manera irresistible, ansiaba poseerlo, por la fuerza, como fuese. Selva, siempre tan dueña de sí, estaba a punto de perder la voluntad, de entregarse, de ser mía, ¡mía!… Lo adivinaba en su vencido llanto, en sus palabras. Por un momento, intentando reaccionar, dejé vagar la mirada por la fría oscuridad, por la negrura del monte y las escorias. ¡Qué solos estábamos! Hasta del fondo de las sombras parecían surgir cuchicheos invitadores, susurros que me enardecían tanto como el alto pecho de Selva, cada vez más; cerca de mis labios, más libres, ofreciéndose sin quererlo. La sangre golpeaba en mis sienes, en la nuca. Tan ingenua, tan indefensa, tan adorable…

—Landa, Landa… —seguía rogando la muchacha, temblando en sus ojos un puñado de lágrimas.

—¿Me das un beso?

—No, Landa, ahora no, ¡ahora no!

—¡Ahora no! ¿Crees que soy un esclavo para estar pendiente de tus gustos?

Clavé mis dientes en sus labios hasta arrancarla un grito. Un sentimiento vago y delicioso exacerbaba mis deseos.

—¿Me das un beso? —insistí brutal.

—Sí, Landa, sí…

Reprimió los sollozos, que fueron transformándose en un llanto íntimo, desesperado. Selva se daba por vencida. Le tomé del brazo y, sin que la muchacha ofreciese resistencia, nos encaminamos monte arriba. Besaba su boca cerrada, sus frías mejillas, aquellos ojos llenos de desilusión, de adversidad. Por un momento llegué a sentir asco por lo que estaba haciendo, asombro por lo que me disponía a llevar a cabo. Sin embargo, como interpretando una comedia que me hubiese sido impuesta, seguí desarrollándola acto por acto. Mis sentimientos galopaban enloquecidos, rechazando, animando aquella caricatura de amor…

Oímos voces y me aplasté contra el suelo, arrastrando a Selva en mi caída. Un resplandor surgió por el otro lado de la pequeña cima. Dos mineros, la lámpara colgada al hombro, pasaban poco después a nuestro lado.

—Esa quiebra no la levantaremos antes de un mes. ¡Desde dónde se mató el Empalmao hasta donde termina, hay más de sesenta metros!

—¡Ya lo creo que más! Y hacen falta pies de plomo. Una galería que se hunde al estallar una carga, va más floja que un flan. ¡La «silesiada» tiene más filos que una faca!

—Ya, pero hemos conseguido lo que queríamos. Por ahora podemos respirar tranquilos. Si nos diesen buena madera, yo aseguraría el túnel como…

—¡Y yo! —le interrumpió su compañero—. Pero seguirán metiendo roble podrido, ¡ya verás!

Las voces se alejaban. A la luz de las lámparas había podido contemplar las mejillas de Selva, brillantes por las lágrimas. Aquel silencioso llorar, el verla tendida a mi lado, cubierta por la noche y la soledad, terminó por sumirme en una borrachera de pasión. Me pareció que algo sobrenatural iba a ocurrir, ocultos bajo el manto mágico de las sombras. El presentimiento, el anuncio de una nueva vida… Busqué sus piernas, levanté la falda y mis manos gozaron con el cálido contacto de unos muslos. La besé enloquecido, y ella, caída en la tierra sucia, sin intentar defenderse…

Selva, como muerta, se ofrecía para una posesión bárbara, animal.

La luna se acercó curiosa. Después, como avergonzada, dejó que un pesado nubarrón la borrase del cielo.

* * *

—¿Vamos, Selva?

Tardó mucho tiempo en contestar. Debí preguntar varias veces hasta conseguir arrancarla un ligero murmullo:

—Sí, Landa…

La ayudé a incorporarse. El frío y el dolor hacían castañetear sus dientes. Estuve a punto de besarla, pero logré contenerme. Reconocí que sería humillarla, recordarla groseramente que su virginidad había sido violada por un tosco borracho; perderla quizá para siempre. Intentando buscar en ella una reacción que me redimiese de tanto cansancio, de tanto asco como me producía el acto que acababa de cometer, atraje su rostro hacia el mío. Inexpresivos,

ausentes, en los ojos de la muchacha, como si bruscamente creyese comprender lo que yo era en realidad, no había más que decepción. Debía sentirse muy lejos de mí; de mí, que empujado por una emoción avasalladora, experimentaba unos locos deseos de acariciarla, de jurarla que la quería más que nunca; de demostrarla que yo no era aquel bruto que acababa de conocer, capaz de poseerla porque estaba bebido, porque me impidió acercarme a aquellas mujeres de «El Plaisir». ¡Ah!, si pudiese convencerla de que yo tenía grandes sueños, de que en ellos estaban, ¡sí!, nuestros cuerpos juntos, pero era porque los acercaba el amor…

Los ojos de Selva, clavados en las estrellas que alumbraban mis espaldas, evidenciaban una soledad tremenda, la secreta tristeza que destrozaba el ánimo de aquella muchacha buena y dulce… ¡Maldito instinto! Ya caminando a mi lado, impresionantemente muda, sentía su cariño yéndose de mis manos, robado por aquella entrega que en otras circunstancias nos habría unido más, ¡mucho más!, pero que ahora suponía amarguras que se quejaban, que se quejarían por largo tiempo, tal vez siempre.

Lo tantas veces soñado, se había convertido en un paraíso envenenado y torpe.

Nos acercábamos al pueblo. Llevaba a Selva cogida de la mano, como cuando éramos niños y yo presumía de minero y ella se reía de todo. Callada, humilde, vencida por la fuerza irresistible de la adversidad… Me esforzaba por mirarla a los ojos y en ellos descubría mil ansias de afectos e ilusiones, defraudados todos; mil esperanzas hechas trizas, ya profanado su tesoro de honestidad y ternura. Incapaz de despegar los labios, parecía buscar en la tierra que pisábamos un lugar para dejarse caer, para el sueño, para el olvido. En una ocasión intentó huir, correr quién sabía hacia dónde; a su casa, donde aún la esperaría la cena, un yantar que entre plato y plato tuvo el entreacto más cruel que Selva pudo jamás imaginar.

Huir donde pudiese dormir y despertar cuando todo hubiese pasado; huir para aliviar así la tremenda impresión de aquel secreto que la avergonzaba, la angustiaba.

Me acordé del tío Mañón y sentí un frío extraño bajo la piel. Ahora tendría motivos suficientes para que, al fin, se colmase la repugnancia que experimentaba por la cuenca minera.

¿Y Felisandro?… ¡pobre Felisandro!, pobre familia campesina, tan vapuleada siempre por el destino.

Apreté la mano de Selva en el beso más amante que diera en mi vida.

* * *

Cuando llegamos al puente, soltándose de mí con brusquedad. Selva corrió hacia una callejuela que desembocaba en la carretera su silueta se perdió en la noche y el viento fue tras ella, sosteniendo una estela de sollozos.

Deseoso de alejarme de aquella tierra que seguiría digiriendo la sangre de un fruto único; necesitando ahogar en alcohol tanto remordimiento, apresuré el paso. Entré en la primera taberna que encontré y pedí media botella de vino, que vacié de un par de tragos. Un grupo de mineros que, entre grandes risotadas, entraron comentando los miedos de un labriego llegado recientemente al Pozo, se acercaron sorprendidos:

—¡Hombre, si es Landa! —me saludó uno de ellos, amistoso—. ¿Te parece bien que un secretario gremial ande así por el mundo?

—A mí, sí, ¿y a ti? —le enfrenté bravucón, dejando escapar un hipo de borracho—. Si soy eso que dices, es porque ninguno de vosotros sirve para ello. ¡Mucho hablar y mucho esconder el rabo entre las piernas cuando llega la hora!

—Claro, claro… —dijo alguien burlón.

—¡No se puede morir dejando atrás menos historia que un ratón encima de un queso!

—En la vida hay que hablar, ¡si miras te vuelves loco! —se conformó otro de los presentes—. ¡Bah!, al final, cajón de cinc para todos. ¡Siempre vivimos así!

—No quiero saber cómo vivimos, sino como debemos vivir, ¿te enteras?

—¡Vaya! —rió un compañero—, ¡parece que le dio peleona!

—¡Ni peleona ni mierda! ¡A mis veintitrés años también tengo derecho a vivir, a echarme algún día todo a la espalda como os lo echáis vosotros tres veces a la semana! ¡Soy joven! —alcé la voz—, ¿entendéis? ¡soy joven!

—Tú sí, pero nosotros… —empezó a decir un maduro vagonero, echando los dientes hacia fuera.

Ladeando la cabeza en un ademán de beodo, le pregunté:

—¿Pero qué hacíais a mi edad?… ¡beber, aguantar y trabajar! ¡Como esos viejos que encontré hace un rato en «El Oasis»! ¡Así va todo!

—Y trabajar… —recordó uno con retintín la frase anterior.

—¿Y yo qué? ¡Mira mis manos de sapo! ¿Es que cuando uno piensa le echáis de vuestro lado? Así nos tenemos que romper cada tanto los cuernos, para que luego…

—¿Estás pasando factura? —saltó otro, mirándome hosco.

—Si lo quieres, ¡sí! ¿O es que no te has enterado de que la cosa no está igual que hace un mes? Se han matado unos hombres, pero en sus casas queda algo para los críos. Y ya no nos echan cuando quieren, ni pagan lo que les apetece, ¿os parece poco? ¡Cuesta hacer comprender que para que resuciten millones tienen que morir miles!, cuesta sacar el hambre del cuerpo a la minería… ¡Ya! —sacudí violentamente el índice contra el aire—, ¡ya sé que todo esto andaba flotando en los papelotes hacía mucho tiempo!, pero si esperamos al que se resuelva solo nos crece musgo en las entrepatas. No lo he inventado yo, pero yo me lancé a romper lanzas y huesos, a conseguir que nadie descanse tranquilo hasta que los «ocultos» vomiten lo que nos roban y roban sin que…

Una ráfaga de lucidez me interrumpió. La resignación, la inconsciente amargura de aquellas gentes, me ponía triste. Aquella mentalidad de pozo negro, olvidado…

Dirigiéndome al tabernero, le pedí que invitase a mis compañeros. Volviéndome hacia ellos, murmuré:

—Estoy borracho… —me restregué el dorso de la mano por el rostro—. ¡Estoy como una cuba, no me hagáis caso!

—Ahora que ya cantó la gallina… —rió el cantinero.

—Tiene razón —convino uno de los picadores—. Borracho o no así está la cosa pintada. Sí, muchacho —me palmoteo cariñosamente—, eres un bruto hablando, pero el Valle te debe una copa… ¡pon de chupar, Feliciano!

Bebimos durante un rato en amable camaradería. Luego, aquel que pensó que estaba pasando factura, exclamó con ánimo provocador:

—¡Gago está esperándote! Si no fuera por Potencia que lleva dieciséis horas sin ver los colmillos al día, le encontrarías tumbado entre el islán. ¿Qué pasó con la quiebra del Empalmao? ¿Te dio repelús?

—¡Si crees que es miedo, hace una buena noche para demostrarte lo contrario!

—No te pongas así, muchacho —volvió a intervenir aquel que opinaba que en la vida había que hablar—. Puede ser miedo, ¿y qué? Lo importante en los mineros es que al día siguiente se haya pasado. Crisis, que llaman los entendidos, las tenemos todos.

—¡Miedos valientes que decimos nosotros! —rió otro—. ¡No te enfades, hombre, que la cosa no es para tanto!

—No me enfado. Quiero saber si éste tiene algo más que decir.

La llegada de Tresemes, con los dedos vendados, serenó el

ambiente.

—¿Que te pasó? —bromeó el cantinero—. ¿Se te pusieron así de tocar la guitarra?

Una mamposta… ¡Menos mal que no tuvieron que cortarlos!

Pedí más vino, vacié de un trago el vaso y estrellándolo con asco contra el suelo, salí a la calle. Corrí hacia el Pozo, corrí tanto que cuando llegué a la jaula jadeaba como un enfermo. Debía ofrecer un aspecto lamentable, porque el encargado de puertas, preocupado, me preguntó:

—¿Qué te pasó, muchacho? ¿Peleaste con alguien?

—Tengo que bajar en seguida, ¿entiendes? ¡En seguida! ¿Qué hora es?

—Las once y media pasadas. Ahora estamos con el material. No puedo dar señal de personal porque el vigilante querrá saber qué pasa.

—¡Toca material! ¡Tengo que bajar al Pozo ahora mismo!

—¿Así, sin lámpara, sin cambiarte?

—¡Así!… ¡en seguida!

—Está bien, Landa, pero vas a marearte. Aun cuando estáis serenos os sacude, así que con dos copas…

—Abajo se me pasará.

Llegó la jaula con dos vagones de escombros; los vacíos los sacaron de un topetazo y me metí con ellos en el montacargas. Un instante después sonaba la campana. El estómago pareció pujar por salirse por la boca; me fallaban las piernas y sentí los pies volar, luego la cabeza. Empezaba a desvanecerme cuando dejé escapar un suspiro de alivio. Había llegado.

El de la maniobra abrió la cadenilla.

—¡Vaya fantasma! ¿A qué vienes ahora?, ¿a dormir en el túnel?

No contesté. Esperando serenarme, dejé que saliesen las vagonetas. Cuando me recobré un poco, corrí en dirección al socavón. Cogiendo una de las luces señaladoras del transversal, seguí adelante, tropezando, cayendo a veces. La lámpara rodaba sobre el barro, apagándose; la limpiaba contra mis ropas y chiscaba, sin preocuparme si estaba bien cerrada, si el grisú andaba por allí agazapado.

Cuando me acerqué al corte, intentando acompasar la respiración, me detuve un momento. Los barrenistas se disponían en aquel momento a colocar los estopines.

—¡Hombre!, ¡al fin apareciste! —exclamó Gago con un deje de reproche.

—Sí, ya estoy aquí. ¿Usted también cree que tengo miedo?

—Yo no creo nada —contestó un tanto desconcertado—. Sólo sé que Potencia lleva en la mina desde las seis de la mañana. Bueno… voy a encender.

Hilario recogió el martillo y los cartuchos sobrantes.

—¿Vamos? —me invitó de mal talante.

—¡Vete tú! Yo estoy bien aquí.

—Sabes que estas mechas fallan a veces —insistió, seco—. Vamos y no seas chiquillo…

—¡Vete tú, te digo! ¡Vas a ver que aguanto más que tú!… ¡Y que usted! —desafié al viejo barrenista.

—Ya lo sé; lo demostraste el otro día —repuso Gago con voz cansada—. Pero ahora no se trata de aguantar, sino de largarse.

—¡O vienes o te saco arrastras! —saltó Potencia, volviéndose con brusquedad—. No me hagas perder la paciencia, porque…

—¡Por qué qué!, ¡prueba si quieres!

—Está bien —intervino conciliador el dinamitero.

Y queriendo impresionarme, añadió:

—Pues aquí nos quedaremos hasta que tú digas…

Y allí quedamos. Me daba pena aquel hombre, tan comido por la enfermedad, hundidos los ojos hasta parecer dos manchas negras. Los mantenía fijos en las mechas, cuya pólvora iba avanzando vorazmente. Miraba como si no le importase gran cosa que los humos entrasen en los agujeros, que prendiesen las dinamitas, que estallasen y volásemos todos. Tal vez para él era una solución, una fácil manera de poner fin a tanto sufrimiento.

—¿Qué hago, Gago, le saco? —se impacientaba Potencia.

—Poco conoces tú a Landa —sonrió con una mueca un poco estupidizada—. A éste, el único que le entendía era su padre. ¡Si ahora viese hacer esto al viejo Gago le iba a poner el culo al rojo, por muy hombre que se crea!

«¡El viejo Gago!, ¡el viejo Gago!»

—Landa, tener miedo a la mina no es tener miedo, ¿aún no lo sabes?

—¡Sí lo tengo, se entera!, ¡lo tengo!

—Si así fuese no estarías aquí. Lo tuviste durante todo el día, que nos dijeron que andabas bebiendo. Ya se te pasó. Cuando quieras podemos irnos.

Se notaba que le dolía el corazón.

El viejo Gago…

A las zapateras no les quedaba más de una cuarta de mecha. No tardarían en explotar. Los humos, lamiendo ya la pared, caracoleaban ante ella, ansiosos de confundirse con las dinamitas.

Súbitamente se alzaron en mi imaginación las imágenes de las llamaradas, de las descargas, de las rocas abriéndose con formidable potencia. Y Gago retorciéndose entre ellas, agonizando, acusándome desde el fondo de aquellas dos manchas negras que tenía por ojos.

—¡Vamos, Gago! —exclamé, empujándole—. ¡Corra!, ¡corra!

El silicoso renqueaba. Potencia me dio un empellón, situándose detrás, como queriendo protegemos de los peñascos que no tardarían en saltar. Yo corría apretando los puños, clavando las uñas en las palmas de las manos, intentando destrozarlas, expiando así tanta estupidez.

Explotó la primera carga y algunas piedras golpearon en los hastiales, casi a nuestra altura. Gago serenó el paso. Se había alejado el peligro. El segundo estallido tardaría aún varios segundos y para entonces ya estaríamos alejados de los proyectiles rocosos.

Ya pasó todo, ya pasó todo…

Sí, Gago, lo siento. Hoy no sé quién soy. ¡Estoy loco! ¡estoy loco!

* * *

Cuando la jaula nos dejó en la maniobra del Pozo, ninguno de mis amigos se encontraba con ánimo de cambiarse de ropa, nos encaminamos hacia la carretera. Llegados a ella, me ofrecí a acompañar a casa al barrenista.

—Sí, acompáñame… —se rascó la cabeza pensativo—. El caso es que antes me gustaría darte un buen trompo y no me encuentro con fuerzas. Hilario, ¿quieres hacerme ese favor?

No tuve tiempo de reaccionar. Oí un rápido «¡con mucho gusto!», y casi simultáneamente un feroz directo a la mandíbula me arrojó por tierra. Me incorporé de un brinco, pero no hice intención de contraatacar. Acariciándome el rostro dolorido, me aproximé a Potencia, quien, sin ánimo de defenderse, se limitó a mirarme fijamente.

—¿Sabes lo que te digo, Hilario? —le pregunté, limpiándome con el pañuelo la sangre que manaba de la nariz.

—Pues no… ¡Tú dirás! —repuso flemático.

—¡Qué con mil puñetazos como éste no pagaría la décima parte de lo que hice hoy!

—Me alegro. Así todos contentos. ¡Vamos!

Marché tras de Gago sin atreverme a caminar a su altura, a enfrentar aquel reproche que emanaba de sus ojos, ribeteados de carbón, hundidos, comidos por la enfermedad. El dinamitero

andaba muy despacio, como sembrando en el camino trozos de su vida. Encorvado, callado, parecía un fantasma de la noche.

El golpe de Hilario Potencia me había devuelto el entendimiento.

Y la paz. Recordé a Selva con infinito cariño. Yo borraría de su corazón tanta pena. Y pronto, ¡muy pronto!

—Selva, Selva… —murmuraba en una llamada susurrante.

Me sentía liberado. Y adelantando el paso, alcancé al barrenista.

—Perdone, Gago.

—Perdone… ¿y si llega a pasar algo, qué? —contestó por él Hilario—. ¡Aunque hubiese tenido que buscarte en el infierno, te cuelgo de un manzano!

—Ya pasó, Landa. Esto es como cuando…

La emoción, quizá adivinando mi drama, le hizo toser. Y oyéndole toser, las sombras nos fueron tragando.

* * *

Poco después llegábamos a casa de Gago. Despidiéndonos de él, volvimos a la carretera. Hilario, que caminaba pensativo, se detuvo un momento para liar un cigarrillo. Se le notaba que tenía algo que decir. Al fin se decidió;

—¡Gago no tiene que pisar la mina ni un solo día más! ¡Está muriéndose!

—Es difícil convencerle. Su orgullo minero… ¡Ya sabes cómo es! Parece que la mina circula por sus venas como si fuera sangre.

—Se deja manejar como un niño y escupe sangre como una regadera; ¡eso no es un hombre!

Bajando la voz, como si hablase a las sombras, murmuré:

—Qué poca vida le queda… Tendré que avisar a su sobrino cura.

A lo lejos rasgó la noche un relámpago. Luego llegó un trueno, como una oración anticipada por la muerte de Gago el Silicoso.

«Pobre Gago…»

CAPÍTULO XXI
PAZ

Mezclándose a la neblina del nuevo día, brotaba a lo lejos el hálito de aquel incendio subterráneo que llevaba varios meses devorando las entrañas hulleras de la cuenca. La lluvia caía sin fuerza, llenando el mundo de melancolía. Hacía frío y, laderas arriba, semejando orgullosos guerreros, las nieves parecían custodiar las tierras desangradas, los complejos mineros extendidos a sus pies.

Con la llegada del día la atmósfera comenzó a turbarse, volviéndose color plomo. Temblaban los farolones a impulsos del viento; temblaban las ramas peladas de aquel único árbol plantado ante el Pozo. Y allá, junto al río, les imitaban las llamas que escupían los hornos de coque. Un águila, aprendiendo a volar entre nubes, planeaba sobre las altas y siempre presentes montañas.

Provenientes de los Grupos abiertos en sus faldas, por la parte de Poniente, tandas de mineros, salientes del turno de la noche, cruzaban la maniobra camino de sus casas. Con ellos venía Gago, quien, despidiéndose al llegar al amaine, se unió a la treintena de hombres que esperábamos frente a la jaula.

—Buenos días —saludé al barrenista un tanto cohibido—. ¿Se descansó bien?

—Hola, Landa… ¿Ya pasó todo? —me preguntó por toda respuesta.

—Sí, ya pasó…

—Lo mío, no. La mojadura del otro día me revolvió bien la sílice de los pulmones. No sé… —sonrió entristecido— me parece que me queda poca mina.

E intentando animarse, bromeó:

—Cuando deje el Pozo, ¿crees que habrá alguien que se lleve con él un trasto como tú?

Gago sabía que yo podía ser picador hacía mucho tiempo; y que

si me resistía a ello, era precisamente por él, por no dejarle solo.

—Alguien encontraré… —solía seguirle la corriente.

En aquel momento llegaba Felisandro con aire abatido. Por si tuviese pocas aflicciones, su Selva se hallaba en cama. La chica nunca se había sentido enferma y aquella caída podía significar algo grave.

—No durmió en toda la noche. El tío Mañón cree que debe ser algo de lo que él tuvo de joven. Cosa del «estógamo». ¿Qué crees tú, Landa?

—No sé, quizá ayer dije alguna tontería. Bebí, y vino a buscarme…

Tras unos momentos de duda, añadí:

—Pero si es que anda tristona, se lo quito yo en seguida.

Y dirigiéndome a Gago, eufórico, le pedí:

—¿Me deja largarme media hora? Espéreme en la planta que le prometo que hoy trabajaré por siete.

—A ver si apareces a media noche como pasó un día —chanceó, el silicoso, haciendo ademán de golpearme en la mandíbula.

—¡Media hora! ¡ni un minuto más! Felisandro, quite esa cara de funeraria y vaya preparando el miriñaque. ¡Me han entrado unas fiebres de matrimonio que asustan!

El antiguo campesino, empujándome emocionado, exclamó:

—¡Anda, trasto, vete a ver si curas a mi Selva!, ¡vamos!, ¿no me has oído?

Poco después corría por el Camino. La muchacha vivía junto al polvorín, lejos, porque su padre y el tío Mañón quisieron levantar la casa donde se viese un pino y pudieran cavar una huerta. Cuando llegué a la vivienda, jadeaba sonoramente, debí esperar unos momentos antes de llamar. Juana salió a abrir la puerta. Preocupada, mostraba en el rostro señales de haber llorado.

—Hola, Landa. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Iba a avisar al médico, porque mi Selva…

—Ya lo sé, está malucha. Pero no son cosas de médico, sino de novios.

—No bromees, hijo, que debe sentirse mal. ¡Nunca la vi esa cara!

—Buenos días nos dé Dios, rapaz —me saludó el tío Mañón cuando entré en la cocina—. ¿A ver a la enferma? No sé, me quedo en breve, pero para mí que es cosa del «estógamo».

—Ya me dijo Felisandro que a usted le pasó algo parecido cuando era joven.

El tío Mañón, acurrucado junto al fuego, los brazos caídos sobre

el vientre, sonrió malicioso. Parecía una momia animada. Juana le acercó un tazón de caldo y comenzó a beber a sorbitos, haciendo ruido.

—Ya veremos con la chica —murmuró sin apartar los ojos del fuego—. Parece ser que tiene… no sé, a lo mejor la caracola. ¡Yo tengo más miedo a esa enfermedad que a una lancha de moros!

—¿No dice que es algo del estómago? —pregunté, intrigado por el tono del anciano.

No sé, no sé… Yo de gallinas preñadas no entiendo.

—Yo tampoco, pero… ¿qué tienen que ver aquí las gallinas preñadas?

—Tú eres joven y con mucha sangre. ¿Un puñado son tres moscas? ¡pues no lo comprendo!

—Ni yo —repuse cada vez más confundido.

—Tú a lo mejor, sí. Anda, ya arregló la Juana el cuarto. Entra a ver a tu gallina.

La mujer me acompañó hasta la puerta y se retiró.

—¡Hola, «bosquecillo»! —me senté a los pies de la cama, intensando aparentar despreocupación.

Y bajando la voz, susurré:

—Dice el tío Mañón que andas mal del «estógamo» y que él no entiende de gallinas preñadas, ¿sospecha algo?

La muchacha negó con la cabeza.

—¡Mira que estos viejos saben misa! —insistí—. ¿Qué dijiste cuando llegaste a casa?

—Que había cogido frío y que no me sentía bien.

Quedamos silenciosos. Selva movía los labios, como si la temblasen. Parpadeaba muy de prisa, ahogando las lágrimas que nublaban sus ojos. Cruzamos la mirada y bajó la suya, en la que se reflejaba una contenida angustia.

—Por eso… ¿Por eso ya no me quieres?

¡Cuánta súplica había en sus palabras!

—¿Que no te quiero…? ¿Ahora que ya eres casi carne de mi hijo, no voy a quererte? ¡Más!, ¿oyes?, ¡más que antes!

En el fondo de sus ojos se encendió una lucecita de esperanza.

—¿Todavía soy tu «bosquecillo»?

—Que si eres mi «bosquecillo»…

Deseaba decirla a gritos todo lo feliz que me sentía después de lo ocurrido; de confesarla que sólo ahora comenzaba a conocer la vida, porque lo acaecido la noche anterior, pese a toda la brutalidad del acto, me infundía una alegría nueva; de jurar que la amaba de una manera distinta y que, contemplándola así, entristecida y

avergonzada, me parecía que nos querríamos eternamente, que eternamente seríamos jóvenes. Empujado por una pasión desconocida, la repetí que nunca un hombre había querido como quería yo y la conté con paciencia de gozoso mil recuerdos de la noche pasada cuando escapó y la imaginé marchando llorosa por el Camino, entrando después en su casa, donde descubrirían que algo transcendental había ocurrido en su vida de mujer.

—¡Soy un bestia, Selva!, me repetía cuando me quedé solo soy una mala bestia pero te quiero más que nunca, porque eres mía, ¡mía! En aquellos momentos, hubiese sido capaz de hacer ¡qué sé yo!, rabiaba por volver a verte, por oír tu voz, por pedirte perdón, porque ayer supe lo que significaba la palabra pecado. Y lo que eran los celos. ¡Mira que yo tener celos! Me parecía que ibas tan sola, tan desesperada, que hasta la misma noche podría aprovecharse de ti… ¿Y me preguntas que si aún te quiero?

Selva me miraba fijamente, como temiendo perder alguna de mis palabras. Poco a poco fue resucitando su ilusión, cien veces matada en aquella horrible noche que debió de pasar. En aquellos instantes yo ansiaba expulsar de la casa a su madre; y al tío Mañón con todas sus «gallinas» preñadas. Quedar a solas con Selva, abrazarla, llenarla de besos…

—Sabré hacerme perdonar, ¡ya verás cómo sabré!

—Yo sí, Landa. Yo te perdono.

En sus ojos había una enamorada expresión; y su voz, lejanísima y dulce, dejaba adivinar la angustia que debió de experimentar ante la idea de perderme para siempre. Tomé su mano y al contacto, sacudida por el recuerdo de aquella carne cálida, la retiró rápidamente. Debí de ensombrecerme, porque por sus pupilas cruzó un relámpago de piedad. Luego vino en mi busca. Una tímida sonrisa brilló en sus ojos…

Selva me besó de una manera distinta, con el mimo de la mujer sumisa y poseída.

—Esta noche… si supieras. Me hubiera bastado un beso tuyo para hacerme la mujer más feliz de la cuenca.

—¿Te arrepientes de haber sido mía?

—Si me quisieras siempre, lo haría mil veces.

—No debí dejarte sola y ya ves, en vez de correr tras de ti me metí en una taberna, donde estuve a punto de pelear con un picador. Todo por tu culpa. Luego bajé al Pozo… ¿Sabes que Hilario Potencia te vengó? ¡Me dio tal coz en la mandíbula que rodé por el suelo como una pelota!

—¿Te pegó? —se sobresaltó la muchacha.

—¡Hizo bien! Ayer yo era un auténtico cerdo… Oye, Selva… —hice una pausa, gustando lo que en aquellos momentos me parecía la mayor aventura de mi vida—, ¿has pensado cómo se va a llamar nuestro hijo?

—Calla, Landa, ¡te lo suplico!

—¿Callar? ¿Por qué? Mira, será alto, moreno, con unos pulmones tan anchos que cuando llore despertará al Valle. Y se llamará Landa… A no ser —añadí burlón— que quieras ponerle Felisandro.

—¿Y será minero como tú? —preguntó emocionada, como empezando a gustar la dicha de la maternidad.

—¡Nunca!, ¡minero nunca! Lo que quería mi padre para mí, lo conseguiré yo para nuestro hijo. Será marino o aviador. O carpintero. Hasta labrador, pero la mina no la verá ni de lejos.

—Todos decís eso y luego dejáis la vida pegada al Pozo… ¡Ay, Landa!… Selva suspiró, ya transformada en felicidad lo que creía una desgracia irremediable.

Mirando hacia la ventana, por donde el sol se asomaba a hacer guiños, su rostro fue iluminándose. En un gesto de pudor mantenía las manos cruzadas sobre el pecho. Acercándome a ella, tomándolas entre las mías, gocé con el contacto de aquellos senos firmes, nacidos para ser acariciados.

—¿Sabes lo que soñé anoche? ¡Qué vamos a casamos antes que cante el gallo! Pero, ¡chisss! —me llevé el dedo a los labios—, recuerda que el tío Mañón nos contó una historia…

—¡Ay, el tío Mañón! —me interrumpió—. ¡Dios mío!, ya no me acordaba.

—Habla por hablar, ya sabes cómo son los viejos. Bueno, quiero verte en pie y con tu vestido malva, ¿de acuerdo? Vamos a ir los dos a tomar unas copas como hacen los hombrecitos… ¿Cómo te llamas?

—«Bosquecillo» —repuso mimosa.

—No, de verdad, ¿cómo te llamas?

—Selva Belínez.

—Selva Belínez de Jalón. Esposa del minero Landa, ¿entendido? ¡Vete aprendiéndolo!

—Selva Belínez de Jalón, esposa del minero Landa —repitió dichosa.

—¿Y nuestro hijo?

—Landa Jalón Belínez.

—¡Muy bien! Y ahora…, ¿sabes que el verte una hora por día no me basta? Si no fuera porque tengo que vivir en la mina para

ahorrar para nuestra casa… ¡Desde anoche me sabes a poco!

—No hables así, por favor.

—¡Vaya!… Oye, si yo no vengo, ¿hubieses ido tú a buscarme?

—¡Qué horror! —exclamó la muchacha cubriéndose el rostro—. ¡Me hubiese dado tanta vergüenza que preferiría morirme!

—Con que vergüenza, ¿eh?, ¡espera!

Levantándome, llamé a la madre, que apareció secándose las manos.

—Señora Juana —adopté un tono burlón y ceremonioso—, resulta que el doctor Rascatripas acaba de curar a su hija. Nada de «estógamo», ¡lo que tiene es el corazón con dos copas de más!, ¿no es eso?

Selva asintió con la cabeza, resplandeciente de felicidad.

—Anoche dije algo que no debía y ella lo tomó en serio… Para demostrarla que la quiero, antes de tres meses nos casaremos aunque tenga que convertirme en un tizón. Estoy dispuesto a pedir hacer horas extras en el fuego, que es donde pagan mejor.

—¿Es verdad, hija mía? —preguntó la madre abrazándola. La dicha de aquellas mujeres era enternecedora.

Dejándolas a solas con su alborozo, salí a la cocina. El campesino seguía sorbiendo el caldito.

—¡Ya está curada, tío Mañón! ¡Era cosa del corazón y lo curé diciendo que dentro de tres meses nos casamos!

—¡Ji!, ¡ji! —rió zorro el campesino, también invadido por un repentino regocijo—. Cuando yo decía que no entendía de gallinas preñadas…

—Usted no entiende de nada, ¡mal pensado! —le reproché familiarmente.

—¡Claro!, ¡claro! Yo sólo sé de gallinitas, de gallinitas…

Dejando al viejo con su juego de palabras, corrí cuesta abajo, hacia el Pozo, donde estaba decidido a encerrarme hasta conseguir reunir el dinero que necesitaba para instalar un hogar en el que sería el hombre más feliz del mundo, ¡el más feliz del mundo!

¡Qué hermosa era la vida!

* * *

Cuando me acercaba al tajo, me saludó desde lejos la tosecita de Gago. Estaba cargando escombros. Le obligué a sentarse y, tomando la pala, inicié la jornada con tanto ímpetu que antes de una hora el corte quedaba libre de piedras. Poco después hacía su aparición Tragahombres, despotricando contra la «Gibosa», una mula que le

llevaba dado más de un disgusto. Arrastró los carretones y nosotros nos dispusimos a cabecear la madera. La atmósfera de aquella galería, empachada de ácidos y grisú, multiplicaba el cansancio. En mi afán de preservar de todo esfuerzo al barrenista, quien parecía estar al borde de sus fuerzas, yo realizaba la mayor parte del trabajo.

—Mueva un poco, Gago… ¡basta!

Seguía hachando, dando forma al extremo del tronco. Cuando el cuadro estuvo listo, Gago, feliz de haber vencido un obstáculo más de los tantos que se oponían a su vida, tomó la chaqueta y muy despacio, alumbrado el camino por mi quinqué, nos fuimos a comer.

—Voy a ver a Vitelón —le dije al acercarnos a la curva del túnel —. Tengo que hablar con él.

El dinamitero asintió con la cabeza. Desde el accidente de la quiebra, Gago había dejado de oponerse a nada.

Junto a la curva se reunía la minería a la hora del almuerzo; allí dejé al barrenista. Estaba llegando al transversal, cuando me crucé con una lámpara. Era el vigilante, revisando las defensas de la mina.

—¿Qué hay, Landa? —me saludó sin apartar la vista del entibado.

—Voy a acercarme un momento a ver a Vitelón. Qué, ¿está buscando ratones?

—Sí, ratones… ¡los resultados de tu bendita «silesiada»!

—No es mía sólo. Si fuese así, ahora que ya se les pasó el susto, estaría por ahí con el atillo al hombro.

—¡La idea!, ¡la idea!… No creas que te tiene la Empresa en pañitos. No te echan porque aún les duele la cabeza… ¡lástima del Empalmao! Tantos hijos…

—Otros hincaron el pico antes y no les quedó a los suyos un corrusco. Al menos ahora entretendrán el estómago.

—Sí, por esa banda se consiguió algo. Bien… Quién sabe si todo esto se debe a la «silesiada». Para mí me digo que desde aquella explosión que se llevó a tu padre, esta planta no quedó muy católica.

—La que sigue cada vez peor es la octava. El fuego no baja. Si puede, me mete a hacer horas extras en ella. Necesito ganar algún real, ya sabe, cuestión de matrimonio.

—No será difícil. Van a tapar de nuevo todos los respiraderos y querrán brazos.

Después de prometerme que hablaría con el capataz, siguió su

camino. Yo continué hacia el transversal. Llovía por algunas partes, y el enorme boquete parecía tiritar de frío y tinieblas. Alguien se acercaba, cantando:

Una vez que te quise
fue por el pelo,
¡ahora que estás pelona
ya no te quiero!

Dos caballistas, uno tiraba de la brida del animal y el otro le propinaba palos y palabrotas, estaban dedicados a «instruir» a una mula nueva.

—¡Buena educación la enseñas, Echenique!

—Sí, a tomar baños de sol, que dicen que son buenos para parir. ¿Sabes lo del Muelas?

—No, ¿qué pasó?

—Se acaba de matar. Con su cerda costumbre de saltar de la jaula en marcha para coger desprevenida a la gente de la maniobra, calculó mal y le aprisionó el ascensor. ¡Le quedó la cintura como la de una artista de cine!

—Le tenía que ocurrir alguna vez. Ya le dejaron caer en una ocasión un costero, pero no espabiló… ¿Qué tal va la párvula? —señalé a la mula, que temblaba de pies a cabeza.

—Como todas. Las meten en la mina y se creen que se las cayó el mundo encima. Luego se aguantan, como cada quisqui.

Acerqué la lámpara a la cabeza del animal. Los ojos, grandes, asustados, se clavaron en los míos, como suplicantes. En ellos brillaban aún los reflejos del sol, el recuerdo de unos campos que no volvería a ver; de la avena fresca y un caballo capado que acostumbraba a acercarse a ella para invitarla a corretear, a retozar honestamente sobre los prados. Ahora la «lluvia», las sombras, el esfuerzo, la continuada resignación de no ver otro mundo que el que iba más allá de los dos metros que alcanzaba la luz del farol.

—¡Dale, «Clotilde»! —la achuchó el caballista propinándola un estacazo.

La mula respiró hondo, bajó la cabeza y tiró del tren.

Aún se oían las palabrotas de los mineros cuando entré en la quinta galería. A lo lejos descubrí una concentración de quinqués. Cuando llegué a ellos, Tresemes estaba repitiendo su vieja cantinela:

—…Y mi mujer me dice: «¡Que estás «maleao», Enrique!; ¡que no eres el que eras! ¿Cómo voy a serlo si ahora vivo bajo tierra?; ¿si no la veo a la luz del sol más que algún domingo que otro? Y luego

el vino. «¡Qué bebes mucho, Enrique, y que en el campo no bebía!» «Pero mujer, la digo, ¿cómo no voy a beber llevando esta vida?» Aquí hay que beber, si no te vuelves loco. Un buen trago de vino se agradece más que un millón de reales. ¡Pero ella, dale con lo del «maleao»! Y luego mi hijo, que quiere bajar al Pozo, ¡lo mato antes! Ya que su padre se condenó, que no se condene el crío. Tiene las carnes frescas y va para los catorce años… ¡Meterle aquí para que se pudra como un perro muerto! En el campo…

—¡En el campo os pudrís igual, aunque tengáis sol! —saltó el encargado de las vías—. Y más vosotros, los campesinos, que tenéis más artimañas que pulgas un viejo.

—Nosotros somos distintos… ¡eso es, distintos! —pareció aplaudirse—. Ni mejores ni peores.

—No tenéis arrestos ni para levantar la voz a un gallo —volvió a provocarle el caminero.

—No es eso —habló alguien en su defensa—. La tierra también come mucho, y desde siempre están acostumbrados a bajar la cabeza. Llegará el día en que ellos también rompan con una «silesiada».

—¿En el campo?… ¡como no lo quemen!

—Va a ser difícil. Estos del terrón están llenos de manías… ¿es así o no, Landa?

—Sí, algo hay de eso —repuse distraído, tomando asiento—. ¿Dónde anda Vitelón?

—Por ahí, poniendo un cartucho… ¡y a palos con Cubadín! ¡Llevan un día de aúpa!

Queriendo aprovechar la espera para comer, desenvolví la merienda. Tresemes, ya olvidado de sus lamentaciones, estiró el papel en el que traía envuelta la comida y soltó una interjección:

—¡Maldita sea!, ¡otro pedo del grisú!

—¿Se «abrió» otra vez? ¿Dónde fue?

—Un Canadá dice aquí… «Explosión de grisú en Canadá. Van recogidos sesenta y siete muertos. Hacía tiempo que la galería no reunía las debidas condiciones de seguridad.»

—Como ésta, ¡que cualquier día nos da un susto!

—¿Y murieron de la explosión o fueron los gases quienes les mataron? —quiso saber un picador.

—Aquí dice que murieron sesenta y siete y que no hay esperanzas de encontrar a nadie más con vida, porque el humo habrá asfixiado a la gente.

—Es lo que pasa. Si no es la quiebra, son los ácidos. ¿A cuántos metros de profundidad estaban?

—Dice que a trescientos veinte.

—Menos que aquí.

—De aquí sería más difícil escapar.

—Sí, ya lo creo que sí.

—Y, además, cuanto más hondo más grisú.

—Claro, cuanto más hondo…

—Pero si no te engancha el zarpazo y tienes un agujero para salir… Por ejemplo, si ahora estalla en el corte y me encaramo ahí —señaló un coladero—, bien que mal llego a la planta de arriba. Desde ella ya es más fácil darle a la zapatilla.

—¡Si no te va a dar tiempo, tonto! Estalla en el corte y el coletazo llega en un segundo al transversal.

—Y además —insistió otro—, siempre hay cuadros que se derrumban, y lo de siempre ¡quedas atrapado vivo! Y luego vienen los ácidos y los gases y te comen como si fueses un pirulí. ¡Como pasó aquí cuando la explosión del año diez!

—¡Panda de cabestros! —barbotó alguien, malhumorado—. ¿Es que no tenéis otra cosa de que hablar que de grisú y de tíos patas arriba?

—Si os interesa —dijo un tubero con voz burlona, apartando un trozo de pan que le velaba el papel— aquí hay una boda de sociedad. ¡Escuchar! —hizo grandes aspavientos—. «Enlace de la encantadora señorita…»

—¡Siempre encantadoras! —le interrumpió un entibador—. ¡Ni que fuesen serpientes!

—¡Cierra el pico!… «Enlace de la encantadora señorita Gabriela Martínez de Torrealta-Ruiz de Alarcón, con el distinguido abogado e industrial don José María de Salta y Mancarazón de Pérez-Martí y Echarri. La novia lucía un precioso vestido de organza natural que realzaba su señorial y elegante figura. El elegantísimo tocado, de tul moteado y sujeto por diamantes…»

—Como para bajar al Pozo…

—«Era portador de anillos el encantador niño…»

—¡También ése!

—«Después de la ceremonia, los numerosos y distinguidos invitados se trasladaron al Hotel Ritz, donde fue servido un exquisito «buffet». La fiesta fue amenizada por la gran orquesta de los "Broter Blub".»

—¡Vaya, hombre! ¡Al final la armaron!

—Aquí también de cuando en cuando se nos «ameniza» la comida y no lo ponemos en los papeles —dijo Tresemes con cara de circunstancias.

—«La feliz pareja salió en viaje de novios para Italia, Suiza e Inglaterra…»

—Pues por Inglaterra dicen que pasa esta misma capa —relacionó alguien— y creo que no tiene tanta pizarra.

—¡Tendrá como aquí, hombre! Lo que pasa es que allí hay más medios y se extrae mejor.

—Dicen que tienen luz eléctrica en las rampas, ¿será verdad?

—No lo sé, pero para mí no la quiero. La lámpara da menos luz pero te grita cuando la acogota el grisú. ¡Y no ves el anchurón y los palitos donde tienes colgada la vida!

* * *

Oímos explotar un cartucho y como pasaba el tiempo sin que viniese Vitelón, decidí ir en su busca. Mordisqueando aún la merienda, me dirigí hacia el corte. Estaba llegando al fondo de la galería, cuando unos gritos me hicieron apresurar el paso. Una lámpara, bamboleándose enloquecida, venía a mi encuentro. Era Cubadín quien, dejando atrás una endemoniada barahúnda de chapas golpeadas y relinchos, pasó a mi lado como una exhalación. Poco después me detenía, asombrado por lo que estaba viendo. Los vagones del tren se hallaban boca abajo; la mula, un boquete en el techo del túnel lo permitía, aparecía casi empinada, atada la cabeza a la bóveda. Las quejas del animal, las penumbras y los humos del barreno, aún diluyéndose, daban al cuadro un aspecto impresionante, al que cooperaba el agua, cayendo sin pausa.

—¿Qué pasó aquí? —pregunté a voces.

—¡Que mis manos no nacieron para hurgar en mierdas! —tronó la voz de Vitelón.

El barrenista, despegándose de las sombras, e intentando contener la risa, me explicó:

—Habíamos sacado un poste que se movió y, en un descuido, Cubadín hizo sus guarradas en el agujero. Cuando Vitelón fue a limpiarlo de escombros, se puso como no te puedes figurar. ¡Ese enano comerá gloria, pero caga feo el mal parido!

—¡Le metí en la lluvia hasta que le convertí en un bizcocho borracho! —refunfuñó el gigante, acercándose.

Rascándose el cuello, añadió:

—¡Me zumbó una pedrada…! ¡Mira, le dejé el tren como si hubiese agarrado una cogorza!

—Parece que de cuando en cuando volvéis a las andadas. ¡Hala, vamos, que he venido a hablar contigo!

Nos acercábamos al grupo de luces cuando nos cruzamos con el caballista quien, con la lámpara apagada para pasar inadvertido, avanzaba pegado a la pared. Vitelón extendió sus manazas, pero el pequeño minero logró escabullirse. Poco después le oíamos poner el grito en el cielo:

—¡Qué desavenencia!, ¡qué desavenencia!

No había transcurrido un par de minutos cuando la mula «Berenguela», relinchando espantada, se abalanzó sobre los comensales, desapareciendo luego en dirección al transversal.

—¡Dónde irá esta loca! —exclamó Tresemes, siguiéndola con la mirada.

—Anda asustada —opinó el barrenista.

Vitelón se disponía a sentarse y le pedí que me siguiera. Unos metros más allá, y mientras desenvolvía la merienda, el gigante me preguntó:

—¿Qué tripa se te ha roto para venir a buscarme aquí?

—A mí no se me rompió nada… ¡Escucha, Vitelón!, lo diré en dos palabras. Anoche ocurrió… ¡bueno, que Selva ya no está como estaba!

—¡Pues es una lástima, porque estaba muy buena! —bromeó el picador, hincando el diente en el pan.

—Tengo que casarme en seguida, ¿me entiendes?

—¡Ajá! —hizo un gesto de inteligencia—, ¿esto quiere decir que el revoltoso Landa anda por esos montes pinchando honras? ¡Ja!, ¡ja! —su risa retumbó en el túnel—. ¿Y qué?, ¿estaba rico?

—¡Déjate de tonterías!

—¿Yo? —volvió a reír—. ¡Tú, que llenaste de electricidad la barriga de la novia!

—Esto hay que redondearlo cuanto antes, Vitelón —me esforzaba por mantener la calma—. No tuve paciencia para esperar a que saliésemos y aquí estoy. ¡Tengo que hacer algo!

—Espera… creo que son nueve meses —seguía con sus bromas.

—¡Me escuchas o no! —empezaba a impacientarme…— Mira, tú estás haciéndote una casa porque ya no cabéis. ¡Podríamos llegar a un acuerdo!

—¿No sería mejor que la Empresa te alquilase una? —habló ahora serio—. Hay un par de ellas libres. ¿Para cuándo es la boda?

—Dentro de un par de meses. Esto de alquilar ya sabes que no nos las dan a ninguno de nosotros. Tú piensas vender la tuya y yo intentaré buscar algunos cuartos. Por otra parte —insistí—, tú eres el minero que más gana de la cuenca. Puedes esperar que te pague poco a poco. Ya he pedido hacer extraordinarias en el «cerco» del

incendio y creo que me lo concederán. Nadie lo quiere, aunque pagan bien.

—Gano, claro que gano, ¡pero también me paso en la mina las mismas horas que cuando tenía que tener contenta a la Remolque!

—Podemos hacer una cosa. Yo te daré lo que pueda y te ayudo a levantar la nueva. El resto, aunque me tenga que enterrar en el Pozo, te aseguro que lo conseguiré antes de dos años!

—¡Está bien, joven deshonrador! —soltó una risotada—. Mañana mismo puedes poner manos a la obra. Es domingo y le daremos un buen avance… Oye, ¿sigues empeñado en no venirte al Pozo Nuevo? Ahora que dejarás a Gago podías aprovechar… ¡Sol y perras!

—Lo pensaré…

—Tienes poco que pensar. Ganas bien y mejor aire. Aquí se respira cada día peor, y por lo que veo se empeñan en no poner una ventilación como manda la vergüenza.

—En la galería no se nota tanto. Veremos en las rampas.

—Está todo igual.

—Volviendo al asunto. Echas cuentas y hablaremos, ¿de acuerdo? Y ahora me voy, que Gago espera.

—Vete, vete… ¡Adiós, pincha globos!

* * *

—¡Vamos a barrenar que tengo una cita conmigo mismo! —bromeó Gago, tomando el martillo.

Un instante después, el lento veneno de la sílice seguiría entrando en sus pulmones, posándose sobre la película de piedra. Sílice, sílice… Aquel gesto resignado con que se colocaba la careta, cubriendo sus arrugas, hundidas; la mirada sin brillo, convertidos sus ojos en dos agujeros mortecinos. Cada día respiraba peor; la tos le convulsionaba continuamente. Sin embargo, a veces intentaba cantar, moverse de prisa, queriendo resucitar aquel Gago que fue. Había momentos en los que todas sus acciones parecían encaminadas a olvidarse de la dolencia, atemorizado por el destino. No tardaba en darse por vencido y un torrente de apagadas palabrotas retumbaba en el túnel. Luego la resignación ahogaba su protesta:

—¡Sea lo que Dios quiera!

—Ya pasará, Gago.

—Ya pasará ¿qué? ¡la vida! Me voy yendo para el otro barrio.

—¿Por qué no trabaja en el exterior?

—El exterior no es sitio para un hombre como yo.

Su orgullo de minero, su Rosalía… La otra cara de la tragedia de Gago era su mujer, a la que dejaba por toda herencia un sombrío futuro. Él conocía la historia del Valle, de tantas viudas naufragando, después de haber vendido hasta el último trapo, en la mendicidad. Aunque, debido a la «silesiada», se había desvanecido en parte tan hosco horizonte, Gago seguía temiendo.

«Ahora las queda algo, pero… ¿quién nos dice que mañana la Empresa no se volverá atrás?»

Agarrados al martillo, enfrentando de nuevo la sílice. Si pudiera expulsarse como el carbón; si aquella piedra, alfarera de tantas tuberculosis…

«Vamos caminando hacia allá…» —solían decir los enfermos con una calma impresionante.

Y así morían. Así moriría pronto aquel hombre que trabajaba junto a mí, con perfecto conocimiento. Pero antes, ya sin fuerzas para resistir las nieblas o el calor, desgarrados los bronquios, estratificados los pulmones, debería recorrer los últimos pasos de la vida como un niño acobardado, mirando a todos los sitios para en ninguno encontrar un asidero contra tanta adversidad.

«¿Repartir beneficios…? Y si en vez de beneficios hay pérdidas, ¿quién nos las reembolsará?» —se preguntaba uno de los tantos trucos capitalistas. Los Gagos, los gastados en todos los oficios, ¿con quién repartirán su siempre cierta pérdida, su irremisible miseria, cuando las «acciones» de sus brazos dejasen de rendir?

—Sujeta bien, Landa…

Era yo prácticamente quien sostenía el martillo y sus embates. Pero para el exteriormente hercúleo Gago, aquel poco de peso era excesivo. Refunfuñaba como un viejo, aunque, fuera de la mina, descansado, volviese a ser el hombre de la cabeza clara, el camarada generoso de siempre. Apretaba con tanto ahínco el neumático, deseoso de acelerar la penetración del barreno, que cuando terminábamos la tarea me encontraba agotado. Luego me esperaban las horas extraordinarias, bajo el agua o entre los humos del viejo incendio.

—¡Listo, Gago! Siéntese un rato mientras yo preparo la carga.

Despojándose de la careta, se dejó caer sobre un tronco, dándose por vencido.

—Esto va mal, Landa. Me falta el fuelle.

—Una semana de vacaciones y todo marchará mejor. En la ciudad dicen que hay un medicamento…

Nada de medicamentos —me interrumpió—. Un balón de

oxígeno para respirar, ahora que vienen las nieblas. Seisdoble, y otros como él, hicieron bien.

—No diga eso, Gago.

—Me está viniendo otra vez la sangre…

—No hable, será peor. Escúpala. Cuando suba, se echa un rato y mañana habrá pasado todo.

—¿Crees que esto es un dolor de cabeza?… Nunca creí que pudiese «prenderme», ¡me sentí siempre tan fuerte que…! Tú estás a tiempo de evitarlo…

Gago empezó a tiritar.

—Debo tener el pecho como una sandía podrida… Vamos, Landa, necesito un poco de aire limpio.

Encendí los estopines y marchamos hacia el transversal. Las explosiones, restallando a nuestras espaldas, decían adiós al dinamitero. Gago abandonaba la mina para siempre, aunque él no lo creyese. Como cuando me alejé de aquella vieja galería que los entibadores cegaban, sentí que en la vida de Gago también había muchas vidas reunidas, que en él estaban todas las formas de adhesión, de apego y de dolor que, a modo de un viejo y forzado amor, creaba la mina. Aquellos caminos y recuerdos, ariscos laberintos donde cayó a los diez años, de donde se marchaba a los cincuenta y uno; aquel túnel que recorría por última vez, se me antojaba en aquellos momentos un inmenso sepulcro por el que Gago andaba, sin prisa, buscando un buen sitio donde acostarse para morir. Ya bien seguro de que el dinamitero, el viejo amigo de mi padre, se iba definitivamente del Pozo, que no tardaría en hacerlo de la vida, una suave tristeza iba apoderándose de mí, marchando tras la sombra silenciosa y encorvada del barrenista.

Gago se ausentaba y yo estaba allí para sustituirle, en la mina y en la lucha por la minería. Era un relevo de generaciones, de pulmones viejos por otros llenos de vida. El pacto, el documento firmado, estaba en el suelo, en las débiles rosas de sangre que Gago iba escupiendo con la resignación de la costumbre, de lo inevitable.

Cuando llegamos a la maniobra, Caritas esperaba la jaula. Él se encargaría de acompañar a Gago a casa. Como un chico cansado de humillaciones y castigos, se dejó conducir. Entraron en el montacargas. Cuando arrancó, mis ojos se clavaron en otros, dilatados y hundidos; en unos labios secos, amarilla la piel, amarillenta la esperanza…

Gago se perdió, embudo arriba. Miré al suelo, a unos rosas de sangre escritas por los pulmones de aquel gran hombre. Era su despedida del Pozo.

«Adiós, Gago…»

* * *

Cuando, para hacer las horas extras, me acercaba al túnel siniestrado, iba pensando que los fuegos en las minas, debido a los efectos tóxicos y asfixiantes de los gases y humos que de ellos se desprendían, cargados de óxido y ácidos, solían tener peligrosas derivaciones. Los vahos explosivos, la mezcla del aire con los diversos hidrocarburos destilados de la hulla en combustión, suponían un traidor polvorín.

Por aquella parte, las capas de carbón, blando o desmenuzado por las quiebras, resultaban fácilmente presa del fuego espontáneo. Otras veces era provocado por piedras que, desprendidas, producían chispas al chocar con los tubos de ventilación. En los pozos, por el gran tiro que suponían los coladeros-chimeneas, estos fuegos solían ser causa de grandes desastres. Se daban casos en que se avivaban tan rápidamente, en que la velocidad de propagación de las llamas era tal, que llegaba a cortar bruscamente la retirada de los obreros, quemándolos vivos.

Si bien eran más peligrosos cuando se traducían en fogatas, los, fuegos «muertos», como el descubierto en el octavo túnel, que llevaba ya latiendo varios meses, resultaban más difícil de extinguir. Por ir socavando subterráneamente los macizos de hulla, los trabajos resultaban agobiantes, cuando no inútiles, por lo que había que recurrir a inundar media mina.

Unas manchas, semidesnudas y deformes, moviéndose pesadamente entre el humarazo, me esperaban. El vigilante me entregó una máscara y poco después me unía a otros dos mineros. Por medio de tablones, tapiando un coladero, cortando un «pulmón» más del fuego, nos dispusimos a acorralarle por aquella parte. Al fondo del túnel, un brasero brillantísimo, «punto puro» llamábamos al núcleo del incendio, enrojecía la galería, arrojando oleadas de humo y aquel pésimo olor a capa quemada que penetraba por las rendijas de la careta. Se oían secos golpes, como cañonazos. Eran las rocas que se contraían, abriéndose después, debido al súbito enfriamiento que provocaban aquellos torrentes de agua que arrojaban desde el piso superior. Otros retumbes provenían del volqueteo de escombros con los que cooperaban también a asfixiar el incendio, aquel fuego que por tres veces ya se creyó dominado aunque luego siempre halló un lugar por donde poder «respirar». Incluso una vez que, como cubriendo un inmenso

sepulcro, los albañiles habían tapiado herméticamente el túnel, logró encontrar aire aquella condenada octava galería.

Unos metros más adelante el calor arrancaba las tablas con que taparon las rendijas de la tierra, y hasta agrietaba las trabancas recién colocadas. Poner fin a aquella combustión que se adivinaba infinita, parecía un absurdo, algo totalmente imposible.

Ya cerrado el boquete, el vigilante de la cuadrilla me hizo una seña y fui tras él, agregándome a la tanda de entibadores que sujetaban la galería en el tajo más avanzado. Una neblina espesa les envolvía, dando a sus movimientos un aspecto de aquelarre. Por aquella parte las piedras de los hastiales ofrecían un color rojizo; el agua rebotaba contra ellas, produciéndonos dolorosos quemazones. Un posteador, intentando alejar el mareo que producía el humazo y el vapor, se restregaba la cabeza. Al fin debió marcharse. Otros se apartaban la careta, obligados por un golpe de tos, y la fumarola agravaba el acceso. Ayudado por alguien que no logré reconocer, me dispuse a taponar un agujero más. El boquete disparaba chispas, como explosiones de un minúsculo volcán. Se oía un ruido suave y continuo: el incendio bramando, devorando insaciable las entrañas de la tierra.

Cuando, para «tantear» la fuerza de la conflagración, nos encaramamos en la rampa, la sensación de ofrecer nuestros pellejos, la carne, al monstruo de las profundidades, llegaba a impresionarnos. Allí, ¡allí estaba aquel infierno que Felisandro adivinaba en la mina!; aquel castigo que él seguía reconociendo con tanta intensidad como cuando un día de otoño sepultó su vida en el Pozo…

Picamos, taponamos; sufrimos quemaduras y la protesta irritada de los pulmones; nos agotamos… ¿y qué? Había que casarse, otros debían alimentar a sus hijos. O simplemente ganar un real más para poder seguir andando por la vida, sólo andando…

* * *

Terminada la tarea, un grupo de hombres marchábamos por el transversal en busca de un poco de aire limpio. Alguien refunfuñaba; otro cantaba entre dientes. Íbamos cansados, hartos de humo y tinieblas.

—¡Mira ése, parece que tornó una copa de más!

Una lámpara se movía a lo lejos, dando bandazos de hastial a hastial. Poco después Cubadín surgía ante nosotros.

—¿Habéis visto a mi «Berenguela»? ¿La habéis visto?

—Estaba leyendo el periódico a la entrada de la cuarta. Yo la vi.

—¡Esa era la «Repinta», hombre! —siguió la broma un compañero—. La «Berenguela» se subió a un coladero a echar un cohete con el Pancracio. ¡Hay cada uno que no sabe qué hacer para ahorrarse los cuartos de la tía Vacas!

—¡Quiá! Yo me fijé que llevaba las bragas sucias y esto salva muchas honras. ¡Ya le pasó una vez con Repetidor!

Despotricando contra la mina y los mineros, echando chispas por los ojos, Cubadín nos volvió la espalda.

—¿Dónde irá a parar éste con tanto asco en el sentir? —se preguntó un entibador.

No fue muy lejos. Cuando diez, minutos después nos encontrábamos esperando la jaula, apareció por la boca del transversal hecho un basilisco. Sobre la gorra llevaba prendido un cartucho de dinamita.

—¡Mira qué cara! Sólo le falta la escoba y salir los sábados a chupar sangre de vieja.

—Parece que hizo pacto con el demonio.

—El que lo va hacer pronto va ser alguno de nosotros —dijo alguien, retrocediendo.

Cubadín, encogido, como dispuesto a saltar, la mecha ya a punto de llegar al fulminante, se acercaba con los brazos al aire, abiertos casi en cruz.

—¡A mí me echarán por la mula, pero aquí morimos todos como el compañero Sansón!

—¡Cuánta «geografía» sabe este pequeñajo! —barboté un tanto preocupado.

—¿Se habrá vuelto loco esta cagarruta de hombre? —se preguntó el Bola, asustado.

—¿Dónde está mi «Berenguela»? —chillaba enfurecido el minero —, ¡dónde está!

El caballista no pudo ver que ya se había acabado la mecha y que el barreno no estalló. Era de tierra inerte, de los usados para atacar la carga, pero tan bien camuflado que logró engañarnos.

Un instante después, el pequeño minero era arrojado a la caldera, donde se concentraban las aguas caídas del embudo y las traídas por las cunetas. De allí eran subidas por las bombas a la superficie.

Cubadín gritaba y chapoteaba, manteniéndose a flote mal que bien.

—¡Quién iba a decir que esta calamidad sabía nadar! —comentó alguien pensativo.

—Es que no pesa, hombre… ¡Oye!, ¡oye cómo chilla!

—No chilla —rió un tercero—. Es que él pide ayuda así. Siempre dije que tenía pinta de rana.

Como aquello interrumpía el trabajo del Bola, éste, jurando por todo lo alto, le lanzó una cuerda. Cubadín apareció en un estado lamentable, dirigiéndonos miradas asesinas.

—Nos diste un buen susto, enano. ¡A ver si así escarmientas!

Cubadín, rojo de ira, corrió a refugiarse en el agujero del transversal.

—¡Hala, tejón!… ¡a la cueva! —le gritó el Torero haciendo ademán de perseguirle.

En aquel momento bajaba la jaula. De ella comenzaron a sacar cajas y estuches sanitarios que colocarían en los sitios obligados por el Reglamento de minas. Iban a pintar las maderas de la maniobra, a poner un poco de orden en el Pozo, porque unos días después tendría lugar la visita oficial que el gobernador de la provincia efectuaría a la cuenca.

* * *

Al día siguiente me encaminaba en compañía de Felisandro hacia el Pozo, cuando, corriendo detrás de su «Berenguela», y al parecer de buen humor, encontramos a Cubadín.

—¿Dónde vas tan de prisa? ¡A ver si viene un coche y te la rompe!

—No hay cuidado, ¡al dar una curva saca una pata y avisa!

—Al que no va a avisar va a ser a algún crío que se la cruce —intervino el ex-campesino—. Llévala despacio.

—Es que vamos a hablar por teléfono. ¡La «comunican» de América para que nos digan cómo tenemos que matar a ese cabrón de Vitelón!

—¿Qué te hizo para que estés así?

—¿Que qué me hizo? —levantó el puño al aire—. Si se quiere despedir del Pozo haciendo una judiada, la pagará. ¡Mira que sacar a mi «Berenguela» a chupar sol! Verás ahora para convencerla otra vez de que su vida está bajo tierra.

Efectivamente, cuando nos presentamos ante la jaula, la «Berenguela» aún forcejeaba, resistiéndose a entrar.

—¡Claro!, tomó gusto a la libertad y ahora dice que la mina para su tía —opinó alguien.

—¡Ya empezó la guerra interanimales! —reía Repetidor.

La «Berenguela» coceaba y se encabritaba. Hubo que atarla las

patas y vendarla los ojos. Ya dentro del ascensor, presa del pánico, aún estuvo a punto de romper la débil cadenilla, de abismarse en el embudo, arrastrando en su caída a alguno de los cuatro mineros que bajaban con ella.

Se fueron hacia la fosa dejando flotar en el aire una estela de relinchos y tremendas palabrotas.

* * *

Con pocas ilusiones de verle aparecer, esperaba a Gago. Pero el barrenista no bajaría aquella mañana al Pozo; Gago no volvería a pisar la mina. Le aguardaba por costumbre, queriendo creer en el milagro que curase en una noche todo el desfallecimiento de muchos años, manifestado cruelmente al fin en las últimas jornadas.

Gago y su valor secreto y repetido frente a las quiebras y las dinamitas diarias, a las necesidades diarias; su heroísmo de hombre bueno y sencillo, un heroísmo que, por familiar, tenía poco de engreído y declamatorio; de «burgués», que decía Hilario Potencia.

El viejo manipulador de barrenos se había ido, vomitado por el Pozo que no gustaba de carnes gastadas.

Se fue. Yo seguiría en la mina hasta que me arrojase de ella una suerte parecida. Era nuestro destino. Y el de aquel chiquillo, uno de los hijos del Empalmao, que aquel día se asomaba por primera vez a la fosa. La mina arrojaba, la mina llamaba en un clásico y dramático relevo de personajes. Se derrumbaba y construía siguiendo la marcha del tiempo, la marcha resignada de la vida. Trabajábamos y a la salida unos cantaban y saltaban como potros salvajes, felices de ver suspendida la tarea durante unas horas; otros se refugiaban entre los suyos, o se entregaban a los placeres sórdidos de la taberna. Y sobre todos planeaba la sombra de los que se preparaban a que les apagasen la mirada con los dedos.

Nada, no era nada. La vida que jugaba y maltrataba. Ahora le había tocado el turno a Gago, el Silicoso.

* * *

Liberado de la obligación moral que me unía al viejo amigo de mi padre, el lunes siguiente fui a solicitar un puesto de picador. A los barrenistas no era difícil suplirles y aquella misma mañana abandoné el mundo de las dinamitas. Fui destinado, a petición mía, a la cuarta galería, la «fronteriza» con la tapiada, donde picaba

Juanito Juan.

Pelillos, el hijo de Valentín, el triturado por el tambor del Grupo Tronquera, también estaba allí. Me había ayudado en las rampas de montaña y me alegré de volver a tenerle de compañero. Pelillos, que, pese al tiempo transcurrido, seguía sin crecer gran cosa, —los años se habían manifestado en unos músculos que parecían de piedra— era una especie de «valín» volante. Como, debido a la verticalidad de las rampas, no era necesario palear el mineral, él acudía donde le llamaban, generalmente a la hora de postear o dar «tira a la madera»[28].

Me entregaron un martillo y una esponja nueva y, guiado por Juanito Juan, me encaramé en las tan temidas rampas.

—Hoy debutas. Mucho ojo, que por algo llamamos a las verticales «cementerios volantes».

—No te preocupes. Mi padre quería que fuese aviador.

Juanito Juan fue señalándome los puntos peligrosos del nuevo trabajo; las múltiples arterias donde el grisú andaba agazapado, sin que a veces la menor señal lo permitiese adivinar. Y otras, «volcán» decía Mr. Kope que lo llamaban los mineros belgas, en que estaba concentrado a catorce atmósferas de presión, dispuesto a estallar, a sepultar a los picadores bajo una tonelada de mineral.

Aquel bosque negro y horizontal sería en adelante mi nuevo tajo. Anteriormente había subido a rampas semejantes —seis metros de potencia tenía la capa—; había entrado en coladeros parecidos a aquél. Sin embargo, y debido en parte a la labor destructora de los gases escapados del túnel tapiado, allí se agigantaba la sensación de ir penetrando en un sepulcro. Aquellas verticales que los mineros llamaban «cementerios volantes», las fosas de sesenta metros de profundidad, sólo adivinados, cortados a nuestros pies por el resplandor de una lámpara que apenas alcanzaba una docena de cuartas, producían vértigo. Era un mundo de polvillo flotante y tinieblas y en él se podía perder pie, tomar «vuelo», al igual que las vagonetas. Entonces un hombre se despeñaría y. golpeando contra las mampostas, dejando pegadas a ellas partes de su cuerpo, se abismaría hacia la galería. A medida que me adentraba en aquella negrura, rota por el armazón de troncos que mantenían abiertas las paredes de piedra, me parecía ir aventurándome entre los puntales, en el esqueleto de una ciudad silenciosa y fantasmagórica; la urbe, una voz interior intentaba convencerme de que así era, donde se congregaban todas las almas de los muertos que en la mina fueron.

En aquella atmósfera, un vahído, la visión que, lesionada por la vida en penumbras, solía traicionar al saltar de un madero a otro…

Sí, el peligro, la muerte a la orden del día, estaba escrito en aquellas rocas que semejaban los huesos de la mina, en aquella hulla, su carne: un mundo que olía a sucio, a grisú y agua podrida. Y a tinieblas, más podridas aún…

—Aquí, cuidado con dormirte. Caes y, cuando te encuentran, te pueden recoger a boinadas…

—Sí, el gas parece que sopla. Si te descuidas haces títeres.

—Hay que «limpiar» la capa a menudo. No corras mucho porque terminas la jornada en el hospitalillo. Además, si te «rompes» por avanzar el primer día, luego te tienes que romper todos. Ya sabes, la Empresa tiene mejor pico para pedir que para dar.

—Los hastiales van falsos…

—Al principio preocúpate más de la entibación que del arranque. Esto anda siempre con ganas de desmoronarse, ¡vomita amenaza la cabrona!

—Lleva vomitándola muchos años y aquí está —dije poco seguro.

—Bueno… —se conformó—. Así pienso yo cuando me dicen que la cuarta para aquí, que la cuarta para allá. De todas maneras hay veces que creo que si te mueves muy de prisa hasta la misma corriente de aire sería capaz de armar un buen estallón… ¡Con una cerilla dejaría esto más limpio que una caracola!

—Se ve que el grisú trabaja —dije mirando a las paredes, que dejaban desprender gruesos trozos de carbón—. Será cuestión de poner un bozal… ¡o mejor pincharle la tripa!

Quería aparentar serenidad, convencerme de que, con peligro o sin él, mi puesto de picador estaba en la cuarta galería, la temida en secreto por la minería entera, la vecina a la tumba de mi padre. Él había trabajado en una rampa como aquélla. A la misma altura en que yo estaba en aquellos momentos, mi padre picó durante muchos años. Y allí, arrancando la hulla, cambiando sangre por carbón, por pan, le sorprendió el grisú y se lo llevó con él. Gozaba gustando aquella proximidad. Mientras Juanito Juan seguía explicándome los defectos de la rampa, yo, ausente, recordando en una delicada fraternidad el rostro de mi padre, las palabras y los silencios de mi padre, sonreía entristecido. Y todo aquello, y la música de su copla minera bailando en mi cerebro, formaban un algo acompasado que convertía el viejo y tremendo drama en una ternura humana, en un amor infinito y amable.

En aquella rampa de la cuarta volvía a encontrar la presencia de mi padre. Yo, que ya creía todo tan olvidado…

—Los ojos siempre bien abiertos. Y los primeros días pica o

golpea, el caso es que hagas ruido. Si te paras, pensaré que pasó algo y subiré.

—¡Qué va a pasar!… A lo mejor soy yo quien baja a despertarte. ¡A los catorce años de mina no te voy a venir con miedos!

—La rampa no es la galería.

—Pero abajo se te garabatean pronto los pulmones. La sílice no espera.

—¡Tienes razón! Vienes de barrenar y no sé si felicitarte o no. Bueno, ¡has llegado a tu palacio!

—Eso me dijo Antón cuando tenía once años —recordé nostálgico—. Eran otros tiempos…

—Y estas otras rampas. Arriba, ¿ves la luz?, está picando el Torero, y abajo, yo… ¡ja!, ¡ja! —rió tontamente—. Pareces un bocadillo de patas sucias. ¡Hala, que hay que empezar!

Juanito Juan fue descolgándose de mamposta en mamposta con agilidad de simio. El resplandor de su lámpara se redujo hasta desaparecer. Levanté la cabeza y sólo encontré tinieblas. El Torero ya estaría pegado al testero, preparando el martillo. Un silencio extraño reinaba en el agujero. De la pared provenía un rumor seco y esporádico: las celdillas del grisú explotando como burbujas en la boca de un recién ahogado. Por una de esas jugarretas del pensamiento me acordé de las doce campanadas de media noche, cuando la aldea estaba muy callada y hasta muerta. Vagas imágenes, hombres que fueron y cosas mías, casi tontas, se mezclaban confusas en mi cerebro cuando, ajustando las cuerdas que sujetaban la piel de oso que nos resguardaba codos y rodillas, me dispuse a trabajar.

Volvió el recuerdo de mi padre y pensando en él empuñé el martillo.

Sobre mi cabeza empezó a tabletear el neumático del Torero. Juanito Juan no tardó en imitarle.

* * *

Apenas llevaba picando un par de minutos cuando me di cuenta de que el sistema de mampostas estaba mal encadenado. Ajustadas con tacos de madera, en vez de aprisionar directamente las paredes del anchurón, ofrecían poca seguridad. Podían escurrirse, desplomarse, y tras ellas caer el muro de piedra, creando uno de aquellos frecuentes caos de carbón, escombros y carne de minero.

Bajando al testero donde picada Juanito Juan, le pregunté:

—¿Quién fue el loco que posteó esta rampa? ¡Está en el aire!

—¿Quién va a ser? —repuso apartándose la esponja—. ¡El hijo del Auténtico! Está mal, ¿no?

—¡Peor!

—Al principio tenía más miedo que una vieja, pero luego pareció que le importaba un basto el diñarla.

—No es sólo él quien puede matarse.

—Pues antes «mordía» ahí Feliciano, el de la Josefa. Tenía tanto repelús, que en lo único que pensaba era en marcharse cuanto antes para…

—Para venir al día siguiente —le interrumpí— y encontrarse el derrumbe preparado.

—Así es; pero lo que él quería era irse cada día. Día que va, día que vivo. ¡Así lo veía él!

—Luego nos quejamos de que cada dos por tres queda un pellejo pegado a estas trampas… Bueno, como tenemos que dar tira a la madera lo podemos hacer ahora y así cambiamos unos troncos de éstos.

Descendimos a la galería, preparamos unos macizos robles y nos dispusimos a izarlos. «Dar tira a la madera» era una de las más penosas tareas mineras. Partiendo del túnel, a brazo, debíamos subir a treinta o cuarenta metros de altura vigas tan largas, de cuatro a seis metros, como ancha era la capa. Escalonados, en un peligroso equilibrio, y luchando contra las confusas penumbras y el polvillo que el jadeo hacía entrar en los pulmones, nos abrazábamos al tronco que nos tendía el situado en el punto inferior. Firmes las piernas, cogidos al madero, siempre dispuesto a hacernos perder pie, intentábamos terminar la tarea sin caer rodando empujados por él, que recorrería el coladero derribando hombres, propinando mortales latigazos…

—¡Iiiip!… ¡iiiip!…

Subía, subía… El polvo comenzó a cegarnos; palabrotas, rugidos que parecían provenir de la montaña misma, vigilada por unas lámparas que, perdiéndose en lo alto, parecían marcar el camino hacia un cielo maldecido…

—¡Iiiip!… ¡iiiip!…

A brazo, a brazo…

Y siempre alguien que arrojaba una broma, como quien escupe. En aquel momento, el Torero, que sofocado por el esfuerzo mantenía el tronco, quiso hacer un chiste:

—¡Cuidado, que voy a sacudirme las manos!

Tras dos horas de trabajo agotador, era diario, la madera llegó al punto. La mayoría de las veces no ocurría nada; otras, la viga

lograba zafarse y un hombre, con tres costillas rotas o el pecho dejando escapar borbotones de sangre, marchaba al hospital. O «con los pies para adelante», como decía el difunto Empalmao.

¿Qué había pasado? Poca cosa, nada. La vida minera; la fosa, que había dado uno de sus acostumbrados coletazos.

* * *

Ya subida la madera, nos dedicamos a postear. Los largos troncos, cruzando el anchurón, manteniendo abierta la «caja» de roca que poco antes el mineral llenaba, afianzaron las casi verticales murallas. A golpes, que resonaban en la rampa como aldabonazos tétricos, terminamos de ajustar el encadenado de vigas. Pelillos, sosteniendo las mampostas que yo acoplaba, cantaba a grito pelado aquella tonada que las niñas de la cuenca repetían jugando al corro:

Desde niño fui minero;
triste y corta fue mi vida
arrastrado como un topo
por rampas y galerías.

Pelillos se marchó y quedé solo frente a la pared negra, tan minada por el metano que, según opinaba Vitelón que la conocía bien, parecía mantequilla reseca. También decía que aquella capa era una «caprichosa», por lo que en ocasiones «saltaba» en fallas de hasta cuarenta metros para reaparecer en otra dirección, quizá perpendicular a la antigua. Y había que buscarla a golpe de pica; bucear en las entrañas de la tierra en pos del carbón perdido. Y luego atacarle, ponerle un buen bozal a sus compañeros de ruta: las rocas. Y pincharle, pincharle sin cesar para obligarle a escupir todo el grisú que escondía entre los tejidos de su cuerpo… Sí, aquel mundo debía sobrecoger si no se daba tiempo a que la costumbre paliase la impresión, a que desdibujase la faz de aquel universo de tinieblas donde unos hombres, empequeñecidos por la naturaleza, enfrentándola con unas artes que parecían infantiles, parecían agitarse en el interior de unas fauces siempre a punto de cerrar sus mandíbulas. Que no se moviesen los huesos de la mina, ya despojada de carnes, del mineral corriendo hacia los puertos; que no se revolviese contra los que la heríamos y destrozábamos, contra los que queríamos dominarla con el simple sostén de unas mampostas…

Tan ingenuo parecía aquel armazón, que obligaba a no pensar

en ello, a olvidarse de dónde nos hallábamos caídos.

Picar. Y desear en silencio un pedazo de paz, una paz que volveríamos a pedir al día siguiente. Y así durante toda una vida de trabajo.

Golpear, picar; golpear, picar…

Y paz, paz en la mina.

* * *

El carbón, ya abierto por el gas, como si estuviese esperando el aguijón que rompiese el equilibrio de la capa, caía ante el solo contacto del martillo. Se desplomaba en tromba, invadiendo la rampa un telón de polvillo que borraba toda visibilidad. Juanito Juan decía que su tajo se encontraba tan malo como el mío; y que no comprendía cómo podía llevar tanto tiempo trabajando en aquella atmósfera irrespirable, pero que así era. Añadía cosas de los ácidos, de los desvanecimientos, de perder pie y llegar al fondo, ya muerto, para salir por el coladero como un escombro o grumo de hulla más, que el caballista envagonaría, quizá sin darse cuenta de que acababa de cargar lo que poco antes era un hombre. Juanito Juan se quejaba después del grisú, vigilado inútilmente; del grisú que, aunque no explotase, al romper con la fuerza de varias atmósferas la capa que lo aprisionaba, arrojaría al vacío medio centenar de vagonetas de carbón. Y con ellas un hombre, siempre un hombre rodando entre las hullas…

Los mineros belgas tenían razón… ¡el «volcán»!

No pensar. Eso era lo obligado para que tan larga tensión no enloqueciese a los picadores.

Tan sólo cuando alguien parecía quejarse en las tinieblas, la atención se sobresaltaba. Dejé de oír el martillo del Torero y una voz gutural, que era más bien un grito apagado, vino tras el silencio… ¿Qué se podía adivinar en aquellas sombras? Detuve el neumático para mejor espiar la mina, porque en la mina siempre se estaba a punto de que ocurriese algo, y con la respiración contenida intenté averiguar la situación del hombre que pendía sobre mi cabeza. Y la de Juanito Juan, sobre el que yo colgaba, apoyado en un simple tronco.

El martillo del Torero volvió a funcionar y yo puse el mío en marcha. Todo iba bien; la rampa nos respetaba. Aquella música trepidante suponía una prueba de vida, siempre balanceándose, como el péndulo de un reloj, entre la esperanza de escapar y los furores del Pozo.

Animado por la paz de la rampa, por la música de los martillos, comencé a cantar:

Luego ascendí a picador
y caminé sobreguías;
¡coladeros de seis metros
los calaba yo en un día!

Recortándose en la penumbra, se acercaba un hombre. Parapetado tras la esponja y la lámpara, como un fantasma de un solo ojo brillándole en el pecho, parecía surgir de aquel mismo mundo de escorias y huesos de la tierra, de maderas y tinieblas. Era el Torero, que venía a ver qué tal me sentaba la rampa. Con él venía otra mancha, uno de los tableristas encargados de encauzar con maderas la riada de escombros que rellenaban los vacíos dejados por el carbón.

—¿Cómo va eso, Landa? —me gritó desde arriba.

Alguien hablaba; al fin se animaban aquellas tinieblas. Y aquello suponía un alivio, aunque bien sabía que, pasados tan sólo unos días, se adormecería bajo la careta de la costumbre. Así se había desvanecido la de mi inicial entrada en la mina. Y el otro hito de mi vida en las fosas: la primera jornada de Pozo. Pese a mis años y mi oficio, seguía pensando que la verdadera mina y el verdadero Pozo eran aquellos que yo iba experimentando en cada diferente bautismo; que eran realmente así de lúgubres y peligrosos, aunque después el hábito deformara las cosas, suavizándolas; aunque la mayoría de mis compañeros, carentes de la sensibilidad necesaria, no reconociesen la gran tragedia que suponía el ser minero. El señor Marcos decía que pasarse la vida en una rampa que escupía grisú por los cuatro costados, o en las galerías a punto de sepultarle a uno vivo, no podría sobrellevarse si no era con la ayuda que suponía la aclimatación del hombre, máxime entre nosotros, que desde la infancia nos familiarizábamos con la mina. Pese a ello, yo reconocía que, así como había una enorme cantidad de seres que tenían miedo, miedo al vértigo, a las alturas, a los espacios cerrados, horror a morir, etc., entre la minería, lógicamente, se daban los mismos casos. La diferencia estaba en que nosotros debíamos vencer estos temores, porque al otro lado de ellos se encontraba el pan nuestro de cada día. Los hombres del carbón estábamos obligados a olvidarnos de todo lo que no fuese entrar en la jaula, incrustarnos en las entrañas de la tierra y no descuidar el trabajo; nos sentíamos forzados a esquivar lo que obstaculizase el avance de las galerías, saltadas por las dinamitas; a evitar que nos alcanzase el que picaba

en el testero de atrás; que nos sacase mucha ventaja el de abajo, el avanzado… En aquella escalera que formaba el taller de arranque ¿para qué servía el temor? Brincar como demonios de mamposta en mamposta, aguantar el gas o el agua, y los chasquidos del mineral, roto por la presión; aguantar, seguir allí como fantasmas de las tinieblas, esperando siempre y no siempre esperando salir con vida.

Estaba claro, ¿para qué queríamos el miedo, si al otro lado se hallaba el pan nuestro de cada día…?

Para aquello nacimos y allí continuábamos, quizá sin plena conciencia de lo inhumano y arriesgado de nuestro trabajo. Tal vez fuese mejor así.

* * *

El Torero, espatarrado sobre una mamposta, seguía preguntando:

—¿Te sientan bien las verticales?

—Es duro, pero habrá que acostumbrarse. ¿Y por ahí arriba?

—Arriba ya sabes que siempre está la gloria…

Miré al techo negro.

—Sí, arriba está la gloria…

El Torero, seguido del tablerista, se fue poco después para su «gloria». El Torero era uno de los tantos casos de temor vencido. Cuando le ocurría algún percance, o si en sus proximidades la vida daba algún «apretón», en dos o tres días no volvía a pisar la mina, atacado por el «miedo valiente» que llamábamos, una enfermedad como otra cualquiera. En tales ocasiones, al Torero, como a tantos otros, ni los guardias eran capaces de sacarlos de casa. Pasada la impresión, regresaban mansamente, riéndose de ellos mismos si los demás se reían, ¿qué iban a hacer? El ataque de miedo, que con frecuencia solía seguir a cualquier tragedia, era reconocido y respetado por la minería. Aunque se mofasen a carcajadas cuando eran otros los protagonistas.

Era una evasión que ayudaba a seguir vida adelante.

* * *

Cuando se acercaba la hora de comer, el Torero bajó con un barreno de trepidación. Sentándose a horcajadas sobre un tronco, al brazo, a modo de lanza, la larga barrena, parecía un grotesco Quijote de las profundidades.

—¿Vas tomando gusto a estar colgado de un palito? ¡Menos mal que donde cavan minas no hay terremotos y se larga el peligro!

—Con el grisú tenemos bastante. Dame la pica.

Entregándomela, apartándose la esponja para escupir, barbotó:

—¡Vaya asco! Salivo negro, moqueo negro, cago negro. ¡Si al menos alimentase!…

—Ahí abajo escupes piedras… ¡Tenía ganas de decirle adiós a la sílice!

Ya engarzada la barrena en el martillo, comencé a perforar la veta. Por el agujero escapaba el gas con un susurro melancólico y continuado.

—¿Oyes cómo se desinfla la cabrona? ¡Y que tengamos que estar toda la vida pegados a sus narices!

—Si al menos avisase cuando va a dar un resoplido…

—Si quieres le metemos un taquín —me propuso—. Así le saltamos los dientes y dejamos el camino más libre para que se vacíe. La dinamita es la única que entiende al grisú. ¡Son a cual más bestia!

—Se cae solo; no hace falta…

Una vez agujereada la veta, y mientras dejábamos escapar el gas, bajamos a comer. Ya pisábamos la galería cuando debió de desplomarse una masa de mineral, haciendo brotar del coladero oleadas de polvo.

—¡Ya se mordió el perro la cola! —exclamó el Torero—. ¡A ver si la da un empacho y se muere para siempre!

* * *

Durante la comida reinó la alegría propia de los sábados. Se hacían planes; se gozaba por adelantado de un día junto a la familia, o de los placeres que proporcionaba «El Plaisir» y la taberna. Se concertaban partidas de mus o de bolos; se hablaba de novias y de hijas; de paseos bajo el sol, a lo largo del río, hacia el Pantano, donde olía menos a carbón. Otros, el caballista Tragahombres era uno de ellos, se lamentaban de que ni el domingo podían dejar la mina, obligados, como el Empalmao, por una reata de hijos pidiendo pan. Aquel día era señalado para algunos porque, trasladados a lo que con el tiempo sería el Pozo Nuevo, dejarían por unos meses de trabajar en las profundidades.

Abrirían calicatas, perforarían; seguirían, por medio de sondeos, la dirección y profundidades de los criaderos. Y todas aquellas labores se harían al aire libre, ¡al sol!, ¡al sol!

El Torero estaba entusiasmado. Oyéndole hablar parecía que había logrado escapar a su destino, que el lunes empezaría una nueva vida, que dejó de ser minero. El Torero se expresaba de tal manera que, al igual que un nuevo millonario, llegaba a irritar a los que deberíamos seguir allí, a Tragahombres sobre todo, para quien la vida suponía una calamidad rodeada de críos por todas partes.

—¡Calla ya, perro de aguas! —estalló al fin.

—Y ahora —seguía tenaz el Torero, retorciendo la bota para exprimirla a fondo— subo a la rampita, doy un par de picadas ¡y para el cielito! ¡Eso de trabajar donde se respire es como tener entre las manos una buena teta!

—¡Te quieres callar!

—No es por nada, pero le pegaría una coz en los riñones —añadió un caminero.

—¿Por qué? Me eligieron para ir y voy. Y los demás, ya sabéis —señalaba con el índice al suelo—, aquí metiditos como esclavos.

—¡Ya entrarás, tontón! Dentro de tres meses estás otra vez bajo tierra como cualquier salamandra.

—Sí, pero esos tres meses, ¿qué? ¡Vida, negrazos, vida!

El Torero, que había terminado de comer, se incorporó; Juanito Juan le imitó. Marchando tras ellos volví a la rampa. El carbón seguía desplomándose y, prácticamente a tientas, debimos encaminarnos a nuestros tajos. Cuando me acerqué a la pared y, empujados por una leve presión de tanteo, desprendí dos bloques de hulla, tras los cuales, por «simpatía», fueron otros. El polvillo hizo la oscuridad casi total.

Escupiendo el carbón filtrado a través de la defensa, me dispuse a la tarea.

De arriba venía un rumor apagado. Era el Torero, los cánticos del Torero.

* * *

La jornada estaba tocando a su fin. Las palabras de Vitelón, instándome a abandonar el Pozo, y las alegrías del Torero, me hacían ver ahora con absoluto verismo la repugnancia que sentía hacia aquellos agujeros del Pozo, que desde niño constituyeron una obsesión. Mil ideas me empujaban a correr en busca del ingeniero para pedir cambio de destino. Otros sentimientos me retenían, se esforzaban en incrustarme aún más, parecía que para siempre, en aquella cuarta galería, vecina a la que ocultaba los restos de mi padre. ¿Sería la ocasión de liberarme definitivamente de aquel

mundo de sugerencias, adormecido y despertado bruscamente, aun cuando estuviese tan lejos como cuando correteaba por las campiñas africanas?…

«Sí, tal vez llegó el momento de apartarme del Pozo y lo que él significa; de casarme, de olvidar. Trabajar al aire libre, luego volveré a la fosa, porque éste es nuestro destino; pero serán otras galerías, unos túneles vírgenes que en nada me recordarán el drama…»

No, no dejaría el Pozo. Si era triste ver a los vivos abandonados, lo era aún más saber a los muertos hurtando su cuerpo a la paz de una tumba; saber que mi padre, como si en vida hubiese cometido tan horribles pecados que no mereciese el descanso de un cementerio, vagaba solitario por las tinieblas. Una secreta esperanza me decía que algún día descubriría la verdad de su sepulcro; y que la revelación debería tener lugar allí mismo, en aquellos sitios que conocí en mi primer día de Pozo y que luego, en una búsqueda sobrecogedora, recorrí tantas veces… ¿Por qué no habría de seguir junto a su tumba?, ¿por qué huir, por qué no acompañarle, aunque se hubiese convertido en uno de esos fantasmas que los viejos aseguraban peregrinando en las noches de las rampas y galerías…?

«Si me voy, quedará olvidado para siempre…»

Además, ¿quién sabía? Mi presencia podía mitigar el miedo que, según decía la tía Mogotes, sentían los muertos cuando se encontraban tan solos.

Recordé que en África, y después, durante los trabajos de la quiebra, me prometí seguir buscándole, que «le» juré que le encontraría.

Había llegado la nueva ocasión. Y con ella las viejas aprensiones, como desafiando mis años y mi hombría.

El Torero seguía cantando porque abandonaba la fosa.

* * *

Terminó la tarea y los hombres de las rampas se alejaban de los tajos. Los barrenistas aún seguirían media hora más, para disparar cuando las sobreguías estuviesen desiertas. Algún picador volvería después en busca de un par de horas extras; algún caminero o caballista y los entibadores que relevaban los cuadros averiados. Pocos en todo caso, porque aquel día, los sábados, eran escasos los que permanecían en los túneles después de acabada la jornada.

Juanito Juan y el Torero me invitaron a tomar unos vasos. Pretextando necesidad de hablar con los dinamiteros, me negué.

Marchando en dirección contraria, hacia el corte, esperé a que desapareciesen sus lámparas. Volví sobre mis pasos y, encaramándome en un coladero, aguardé la retirada de los dinamiteros. Unos instantes después la mina se convulsionaba, sacudida por los estallidos. Después llegó el silencio, sólo roto por un tren que rodaba a lo lejos.

Bajé a la galería. A lo largo de todo el túnel no se divisaba una sola luz. Andando de prisa, me dirigí hacia el transversal. Pese a haber estado cerrada durante largos años la cuarta galería, por temor a las emanaciones surgidas de la tercera, aquella se hallaba profundizada en más de medio kilómetro de la altura donde, en el socavón vecino, ocurrió la explosión.

Llegado al agujero, ahora tapiado con unas tablas, por donde penetré en la rampa hundida el día de mi bautismo de Pozo, comencé a recorrer los alrededores. Buscaba otro lugar por donde introducirme en aquel caos de maderas, mineral y rocas. Con la lámpara pegada a la pared, iba recorriéndola, revisando las entradas, algunas ya franqueadas en mis anteriores incursiones.

Ante unos listones cruzados en aspa, que obstruían un boquete cuyo borde rozaba el techo del túnel, me detuve.

A lo lejos se oía el ruido del tren acercándose. Apagué la lámpara y, desclavando rápidamente las tablas, me escabullí por la abertura. Arrastrándome por entre troncos rotos y la masa de carbón desprendida, fui penetrando en aquel mundo perdido en el tiempo, en espacios silenciosos y ya familiares. Palpaba, revolvía hulla y rocas… A veces me detenía, paralizado por un golpe de temor. Una cosa lisa, alargada… ¡un hueso!, ¡era un hueso!… No, una piedra. Quizá como aquella otra… ¡Una calavera, conservando aún mechones de cabello podrido!… Tampoco; era un trozo de roca ovalado, con carbón pegado a su superficie.

Mi pensamiento voló a África, donde encontré un libro de medicina: «El acceso de aire es condición indispensable para la putrefacción, para el desmoronamiento cadavérico. Hacen excepción las corrientes de aire secas, las cuales pueden determinar una anomalía en el proceso de putrefacción (la momificación)».

—La momificación…

Como el diablo negro de los sueños, la figura retorcida de aquel centinela de la muerte, se clavó en el carbón…

No me atreví a avanzar, pese a creerme dominado por un delirio visual. Alargué el brazo y el espectro se recortó aún más nítido. Estaba sentado, un poco caído hacia atrás. Las piernas, largas, flacas, recogidas hacia un lado. Los ojos vacíos; la cabeza, inclinada,

como mirando hacia lo alto, daban al aparecido una fascinación extraña.

—Padre…

Fui acercándome cautelosamente. Me sentía atraído por la momia y al mismo tiempo temía que aquel fantasma, olvidado de quién era yo, saltase sobre mí en una lucha macabra.

La luz de la lámpara fue desfigurando la visión, la fue arrinconando, incrustándola en el mineral. Cuando, devorada por la hulla, se confundió con ella, marchó despedida por un suspiro de alivio que vació mi pecho.

No, allí el aire no era seco; la momificación resultaba difícil… ¿Y los trapos, los tejidos del pantalón, la camisa?, ¿se conservarían aún?

«Al cabo de cinco años los huesos yacen disgregados en medio de un humus graso, de olor desagradable.»

¿Por qué el libro no mencionaría los vestidos?

Avanzando por aquel mundo impresionante, una especie de desvarío se esforzaba por empujarme más y más adentro, donde sin duda encontraría un trozo de rampa aún en pie… unas ropas, palparía unas ropas: la pista que me haría escarbar hasta tropezar con el esqueleto de mi padre… Envolviendo en mi chaqueta sus huesos, bajaría al túnel, correría hacia la maniobra, hacia el cementerio. Sí, lo enterraría en el sitio que tenía reservado el campesino; que le diese el sol de la mañanita que para él quería el viejo labriego. El tío Mañón podía esperar. Además, él se había pasado la vida mirando al cielo… ¿Qué era aquello?, ¿un hierro? ¡«La bruja de la suerte»! ¡«La bruja de la suerte»!… No, simplemente un pedazo de mineral endurecido.

«Él la llevaba siempre encima; estará con él, donde él esté…»

Levanté la cabeza como si me hubiesen gritado. Un ojo brillante me miraba fijamente, rasgando el terror absurdo de las tinieblas. Era algo parecido a un apagado lucero, llamando, llamándome…

Comencé a rampar hacia él. A medida que avanzaba, parecía alejarse, estar situado en un lugar inconcreto. Al fin tuve casi al alcance de mi mano, se hallaba sobre una colina de hulla, aquel pedazo podrido de eucaliptus, el árbol que tantas luces ponía en las noches de los túneles. Hice un esfuerzo para atraparlo… Bruscamente cedió el débil soporte de carbón sobre el que me había apoyado y en mi desesperado intento por agarrarme a algún sitio, caí de bruces sobre la hulla que, ante mi peso, volvió a soltarse, produciendo derrumbamientos en cadena. Los golpes me azotaban los costados, en la espalda… Me pareció, en aquel estado, oír unos

gritos que provenían de la galería; luego, aferrado a un trozo de trabanca, resguardando la cabeza entre los brazos, el aluvión de mineral y piedras desplomándose ocultó cualquier otro sonido. Se me cegaron los ojos, el dolor se apoderó de mi cuerpo. El carbón me envolvía, empujándome sobre el relleno. Por él, boca arriba, «navegando» en aquel mar de tinieblas y hulla, iba cayendo lentamente. Empezaba a faltarme aire, la asfixia llegaba… Una piedra grande y esquinada marchaba a mi lado y me abracé a ella como un náufrago. Poco después me detuve porque la riada se había parado. Respiraba despacio, racionando el poco aire que pudo quedar encerrado en aquella trampa. Los nervios, los nervios… Me decía que fueron muchos los así atrapados, que aquellos súbitos derrumbes eran frecuentes en la mina; recordé también que en un caso parecido algunos se volvieron locos e intentando serenarme me repetía que el mineral se había desprendido en grandes bloques. No, no estaba apelmazado, el aire podría entrar hasta allí. Como queriendo comprobarlo, dilataba las aletas de la nariz y el polvillo las obstruía, produciéndome un espasmo, una contracción nerviosa que amenazaba con hacer saltar en trizas la calma que me esforzaba por conservar. Intentaba convencerme de que aquellos gritos que oí provenían de alguien que se dio cuenta del accidente, que el carbón estaba saliendo por el coladero, que me deslizaba hacia la galería donde me estarían esperando. Que me salvaría…

Enterrado de nuevo, como cuando la quiebra de la «fiebre». Enterrado vivo…

Impresionado por tan apretadas tinieblas, ¿así estarían los muertos?, me sentía envuelto en un extraño rumor de viento continuado. ¿De ese sonido estaba hecho el silencio? ¿Sería aquel murmullo el que precedía a la muerte, ya acercándose quizá, dulcemente, como una brisa amable…? Me mordí los labios, llegué a partirlos. ¡No, yo vivía!, ¡yo razonaba!

Una plena laxitud iba apoderándose de mi cuerpo. En el fondo de mis párpados crispados empecé ver luces y gentes que se movían…

«Enpazdescanse… ocho días… Enpazdescanse estuvo ocho días así… ¿cuánto tiempo llevaré yo?»

Y las luces y las gentes…

* * *

Desperté, o volví en sí, sobresaltado. El «convoy» se había pues lo otra vez en marcha. Poco después volvía a detenerme; a reanudar

aquel desesperante viaje. Abrazado a la piedra que mantenía mi boca separada del mineral, regulando la respiración, mi pensamiento descendió a la galería… ¿Qué estarían haciendo abajo? El carbón salía. ¿Lo apartarían hacia los lados? ¿Y cuando la marea alcanzase el techo, taponando el coladero…?

Nos paramos, se paró el carbón…

Otra vez deslizándome en un mundo cuyo silencio aterraba…

Fue un instante. La marcha adquirió velocidad. Surgió un relámpago e inmediatamente volvieron las tinieblas. Alguien me agarró de las piernas, tiraban de mí, abrí la boca y…

«¡Aire!, ¡aire!»

Me tumbaron en el suelo, agitaron mis brazos, haciéndome la respiración artificial. Semidesvanecido, veía sobre mí, agigantado por la penumbra de las lámparas, un hombre, un monstruo que parecía dispuesto a ensañarse conmigo. Intentaba decir que respiraba, pero no tenía fuerzas para abrir la boca. Al fin, dejé escapar un aullido:

—¡Basta!, ¡basta!

El caballista Tragahombres me sentó sobre un montón de troncos.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? —preguntaba, semiinconsciente aún, escupiendo la hulla almacenada en mi boca, arrancándomela de las orejas, de los ojos.

—¿Qué va a pasar?, ¡que casi la diñas! Si no es porque empezó a caer carbón y me dije que esto era negocio, ahí te pudres.

—Te oí gritar…

—Tú sí que vas a gritar un día si te empeñas en seguir hurgando en esa cueva de fantasmas… ¡estás como una chota!

—¿Te queda algo en la bota?

—Un trago habrá, ¡toma! —me la entregó de mala gana.

Bebí avariciosamente, limpiando la boca de tanta suciedad; restableciendo mis nervios, la huella de aquella impresión que ya se disponía a unirse al rosario de lo que jamás se olvida.

—¿Cayó mucho carbón?

—No, media docena de vagones y eso que ves ahí —señaló una pirámide de hulla que llegaba hasta el techo—. ¡Menos mal que cuando te vi salir le puse un bozal al coladero… ¡Menuda la que se me venía encima!

—¡De esto cierra el pico! —le pedí, devolviéndole la bota—. Si sabes callar tendrás pagada media botella de vino cada sábado que pase.

—¡Pues puedes prepararte a soltar perras hasta que me pongan

margaritas en la tripa! —exclamó jubiloso.

—Estoy queriendo saber dónde quedó enterrado, pero… —murmuré levantando la cabeza— ¡eso es un desastre!

—¡Uf!, casi nada. Lo saben bien las ratas, que son las que mejor conocen la mina… ¡Vamos a reforzar la tapa del agujero y ayúdame a cargar! Hoy me hiciste ganar unos buenos reales.

—Podían aprovechar ese mineral…

—No merece la pena. Sacas un poco y se te desploma todo. ¡Además, ahí dentro huele a muerto que atufa!

—Sí, ahí dentro huele a muerto…

* * *

Cuando salí al exterior, Tragahombres me estaba esperando. Acompañado por él, entré en el caserón de los lavabos. Allí nos saludó un mundillo de hombres, contentos por haber terminado la tarea y la semana. Risas, gritos, cánticos. Liberados de la pesadilla del Pozo, los mineros respiraban a pleno pulmón. Desnudos, iban de amigo en amigo, se gastaban bromas, bostezaban; se frotaban el vello del pecho, donde se enroscaba el carbón. Carnes jóvenes y carnes arrugadas; se rascaban los párpados, arrancando la carbonilla; los oídos, llenos siempre de hulla hasta el extremo de causar frecuentes sorderas. Cuerpos gruesos, deformes; muchos, musculosos; otros, huesos y piel. Aquellos seres ennegrecidos y vociferantes, cubiertos de espuma algunos, tenían algo de fantásticos, de irreales. A gritos se acordaban de la madre del capataz; hacían sucios comentarios o recordaban su galería, que amenazaba quiebra. Alguien, lavando la esponja de goma, contaba un chiste irreverente; otro explicaba con paciencia la conveniencia de vacunar contra el latrocinio a los mangoneadores del Economato. Acariciándose el lóbulo de la oreja, aseguraba formalmente que él sabía la fórmula de tal vacuna.

Los que terminaban, enfundándose en sus trajes limpios, salían corriendo, despidiéndose a gritos. O se iban sin prisa, los maduros, hablando de la rampa o el huerto. O de las «gallinas» y sus «polluelos», como hacía el difunto Empalmao.

Cuando salí, Tragahombres, que no parecía querer desaprovechar la ocasión de sentirse ligado a mí y al vino prometido, montaba su «guardia». Escoltado por él marché a la Casa del Minero, donde reinaba gran animación. Los hombres leían y jugaban a las cartas o las damas. En el fondo del barracón que servía de taberna, bebían, cantando y riendo. Pidiendo al caballista

que esperara un rato, me encaminé hacia la Secretaría, donde encontré a la Borrica inclinada sobre los papeles.

—Buenas tardes, Sofía, ¿algo nuevo?

—Buenas tardes, señor Landa —respondió con su habitual cortesía—. Sólo estas cartas.

Las abrí. Una de ellas contenía propaganda política; la rompí en el acto. Otra provenía de un coto minero: Un grupo de dieciséis hombres, que trabajaban en una mina particular, y a los que se les obligaba a picar o entibar catorce horas por un jornal de tres cincuenta, solicitaban apoyo sindical. La tercera la enviaba una banda de música, que se ofrecía desinteresadamente para actuar en actos benéficos.

No había nada urgente. Volví al bar, donde tomé un par de vasos en compañía de Tragahombres. Encargando a la viuda de Quintín que le sirviese la media botella prometida, abandoné la Sede, dirigiéndome a buen paso hacia el río. Crucé el puente de madera y me encaminé a la ladera opuesta, donde Vitelón estaba levantando su casa. Ya me esperaba, acompañado de Vite, su hijo mayor, que era el encargado de preparar la masa y auparnos los cubos.

—Pasé un momento por la Casa del Minero —dije a modo de disculpa, despojándome de la chaqueta—. Luego volveré a ver si termino el «Boletín». Y Selva ¿no apareció aún?

—No vino todavía; ¡venga, vamos a darle a la noria!

La construcción tenía ya en pie, hasta cerca del tejado, las cuatro paredes. Nos subimos a los andamios y, ayudados por el hijo del gigante, comenzamos a colocar ladrillos. El picador, con voz de trueno, inició una improvisada canción:

Encima las laderas me hago un nido,
con cuatro ladrillitos y un amor;
veremos lo que se arma cuando el cura…

—¿Cómo van esas relaciones? —se interrumpió—. ¿No está arrepentida de haberse aprovechado de tu borrachera para hacerte un hijo?

—Las mujeres, ya sabes… Nosotros hablamos y ellas eligen.

—¡Lástima que a mí no me eligió una de esas rubias que trajo la civilización!

—¡Bah!, con el sudor se destiñen —seguí la broma—. Las morenas son más naturales.

—Pero se van con el primero que encuentran. ¡Mira, mira quién te la está conquistando!

Por la ladera subía mi novia, acompañada del Empachao, al que el picador contrató para el acarreo de materiales. Cuando se detuvieron junto a la obra, Vitelón, llamando a la muchacha, la hizo penetrar en el interior de la vivienda.

—¿Qué quieres, grandullón?

—Enseñarte el sitio donde vas a hacer los hijitos —señaló a una tapia—. Ahí va a ser donde… ¡ves!, ¡ves!, ¡ya veo corretear a un analfabetito!

—¿Sólo uno? —pregunté yo, riendo.

—Si te llenas de hijos, para verlos luego tienes que llevarte la fotografía a la mina. Cuando rumies esto, ya soplarás el fuego.

—¡Bah!, donde comen dos, comen tres.

—O se aguachina el caldo —intervino el carrero, entrando.

—Lo mejor es estar soltero, ¿eh, Empachao? —bromeó Vitelón.

—¡Eso decías tú siempre, pero bien caíste!

—¿Cómo no lo voy a decir? ¿Quién suponía que se podía vivir con una misma mujer toda la vida…? ¡Vamos, hombre, si eso va contra la naturaleza! Lo que pasa es que mi Marucha carbura en la cama mejor que una locomotora.

Selva pareció ruborizarse. Para evitarla el mal rato, llamé al hijo del picador.

—Venga, Vite, dame un cubo más que tengo ganas de echar un mordisco.

Poco después nos hallábamos sentados bajo un árbol, donde Selva había extendido un mantel. El picador, tomando la bota, dejó escapar un aparatoso suspiro de satisfacción.

—¡Un trago de este vinito limpia los dientes y hasta los pecados!

—¡Qué de prisa vais! —exclamó mi novia mirando embelesada la construcción—. ¡Si no tuvieseis que hacer tantas extraordinarias, en un mes la terminabais!

—¡Que no falten! Ahora que se va apagando el fuego, veremos a ver qué pasa.

—¡Vente al Pozo! Estamos todo el día con el ombligo al sol y hay tajo para rato —me recomendó el gigante.

—Ya hablamos de eso… —repuse sin deseos de continuar la conversación.

—Claro que hablamos —hizo una pausa para volver a beber—. Si te crees que por seguir en esa ratonera te van a dar ciento veinte en conducta…

—¡Cada uno es cada uno!

Y queriendo cambiar de tema, señalando la casa, que era una reproducción en grande de la que dejaría Vitelón, imité la broma

del picador:

—Selva, ¿ves aquel rincón? Allí tendrás el primer hijo. Y luego —señalé al ángulo opuesto—, para que la gente no diga que nos falta imaginación, cambiaremos la cama allí y vendrá el segundo que…

—Tendrás que empezar por hacer comprender al tío Mañón —el gigante soltó una risotada— que las cigüeñas vienen ahora con motor de explosión.

El Empachao debió de sospechar algo, porque, mirándome maliciosamente, refunfuñó:

—¡Eeeeh! ¿Es que ya pinchaste el globito?

—No, pero ganas no faltan —intenté disimular.

—Haces bien; las cosas que más se esperan son las que saben mejor.

—¡O se pudren! —exclamó el picador—. ¿Para qué te sirvieron a ti los petardos?

—¡Eh!, ¡eh! —intentó presumir el solterón—. ¿Quién te dice a ti que alguna socia de la tía Vacas no se llevó en la barriga un poco de carburo de este minero?

—Psss… —repuso despectivo Vitelón—. ¡A ti la mina te comió pronto el chorrito!

—Un poco de orden —pedí formalidad— que Selva va a aprender antes de tiempo.

Y volviéndome hacia ella, en un rápido ademán, posé mis labios en su boca.

—¡Traidor!

—¡Espía!, que dice Vitelón que te aprovechas de los borrachos para…

—¡Por favor, Landa! —me cortó, ensombreciéndose.

Durante el par de horas que permaneció entre nosotros, no logré devolverla la alegría. Cuando, ya terminada la jornada, nos encaminamos hacia el río, la pregunté hosco:

—¿Otra vez estamos con líos?

—¡Los que tú formas!

—De acuerdo, ¡pues yo los deformo y en paz! ¿No comprendes —bromeé— que es una lástima que se arrugue esa carita tan superrequeteguapa?

—¿De verdad te gusto mucho?

—¡Bonita pregunta a estas alturas!

—A veces temo que no voy a saber hacerte lo feliz que te mereces —murmuró, acercándose a mí.

—¿Ahora vienes con filosofías?

Y volviéndome hacia Vitelón, que acompañado de su hijo venía detrás, añadí a voces:

—Me pregunta si sabrá hacerme feliz. ¿Tú que crees?

—Espera que se lo pregunte a mi chico, que de estas cosas sabe mucho.

—¡Sois unos tontos! —se enfurruñó de nuevo. Luego, mimosa, confesó una vez más—: Te quiero tanto, Landa…

—Y yo a ti. ¡Tengo un enamoramiento perruno!

Quedando en vernos más tarde en casa de Gago, nos despedimos de nuestros amigos, encaminándonos hacia los manzanos que se alargaban en dirección al Pantano. Era la hora del crepúsculo, la hora de las tabernas rebosando gente y los enamorados enlazándose las manos bajo algún árbol pelado, de ramas inmóviles, si el viento les dejaba en paz; la hora del grato declinar del sol, muriendo poco a poco en un apoteosis rojo.

Hacía frío y el aire que bajaba de la nevada cordillera arrancaba lágrimas a los ojos de Selva, que se apretaba amantemente contra mi cuerpo. Su contacto, el verla tan fresca y desvalida ante el menor hostigamiento de la naturaleza, despertaba en mi mente paternales pensamientos que poco después se transformaban en atrevidos deseos.

—Selva, ¿sabes que lo que de momento es demasiado luego no es bastante?

—Sí, Landa…

—¿Me has entendido?

—No, Landa.

—¡Eso está ya más claro!… Pues que quisiera irme donde la gente no existiese ni en pintura, donde estuviésemos solos. ¿Te gustaría?

—Si pudiésemos irnos ahora…

—Claro que podemos, ¡ven!

Pasando el brazo por su hombro, la aparté del camino. Durante unos instantes se dejó conducir; después se detuvo, como comprendiendo, y bajó los ojos, avergonzada. La tristeza que debía turbarla afloró a sus labios en una dulce mueca. Abrió la boca, como para hacer una pregunta, pero no dijo nada. Fui yo el que hablé, deprisa, no queriendo dar tiempo a dejarla pensar, impidiéndola reaccionar. Empujado por alborozadas perspectivas, comencé a evocar todo aquello que la hiciese sentirse mía; a acercar recuerdos de amor y de palabras que la unían a mí; a mí, su hombre, que quería poseerla, que así ocurriría porque ya ocurrió una vez y debería ser así siempre. Su cuerpo pegado al mío, como

dejándose caer sobre él; sus labios, temblorosos por el presentimiento. Tomé su mano y juntas fueron a acariciar aquel hermoso pecho, dejándolas descansar sobre la cintura. Apretada contra mí, emborrachándola de besos y de palabras, nos fuimos hacia la tierra desierta hacia donde peleé con Colás.

—¿Qué vas a hacer, Landa?

No contesté, ¿para qué?

—Por favor, Landa…

¿Una petición, un ruego que supliese la resistencia que ella reconocía ausente?

—Siéntate…

La muchacha obedeció.

Cuando busqué sus ojos, los encontré abrillantados por el deseo, ya quizá triunfante. Las mejillas encendidas y un seno que se agitaba, ansioso de caricias.

—¿Me das un beso?

—Sí, Landa…

Como si alguien hubiese tirado de los rayos del sol, el astro se escondió rápidamente tras la cordillera.

* * *

Tendí la mano para ayudarla a levantar. Apretándose contra mí, comenzó a acariciar mis cabellos, a pasar sus dedos por mi boca en un beso maravilloso. Luego vinieron sus labios y cerró los ojos. Cuando los abrió, en ellos había como una disculpa, un ruego de perdón por haberse entregado, quizá por poseer aquel cuerpo que ¡tan insinuante!, ¡tan deseado!, la obligaba a apartarse de la mujer honesta que siempre soñó ser.

—Te quiero, Landa…

* * *

Cuando nos acercábamos a la carretera, ya envuelta en el primer velo de la noche, vimos a su padre que, acompañado de Tresemes, abandonaba una taberna. Venían de beber, de hablar de siegas y lluvias, de vivir un rato más en el pasado.

«Le estará esperando Juana, palo al canto» —me dije, sonriendo.

Un airecillo lento acariciaba el pueblo, ya despiertas sus luces. A lo lejos el tiempo parecía inquieto, sobresaltado a veces por algunos rayos, la muerte que más asusta.

—¿Qué tal estará Gago? Vamos a charlar un rato con él.

—¡Si estuviste ayer, Landa! Además, ¿no dices que tienes que ir a la Casa del Minero?

—Ayer y hoy y mañana. Está muy solo, Selva.

—Ya sabes por lo que es, Landa…

Diez minutos después nos presentábamos en la casa del silicoso. Abrió su mujer, irritados los ojos por tanto lloro, casi siempre oculto, ya que procuraba salir a la noche a dar rienda suelta a su angustia. Haciendo compañía al enfermo, se encontraba el señor Marcos.

—¡Hola, Gago! —saludé intentando parecer despreocupado—. ¿Cómo van esos respiraderos?

—Bien… —repuso con voz débil—. Ya sabes, dos cruces altas y un poco de tierra por el medio. Quiero que me pongáis al lado de tu padre, así podremos echar una parrafada.

—Hoy está desalentado —intervino el Patriarca un poco nervioso—. ¿Cómo van esos amores, Selva?

—Bien, señor Marcos —repuso la muchacha bajando los ojos.

como

—Calla, mujer… Landa, va haber que ir avisando a mi sobrino cura.

—Tiene tiempo. Pronto pasará el invierno y se sentirá mejor.

—¿Por qué tendré flores encima…? Lo único que pido es pasar apaciblemente esta poca vida que me queda… Dales un vaso, Rosalía.

Nos sentamos, acompañando a aquellos seres tan resignados, tan silenciosamente sobrecogidos por la adversidad. Gago muriéndose y a su lado el señor Marcos, fiel vigilante de tantas agonías y luchas. Yendo y viniendo, una mujer llena de vida y aterrorizada por el drama que adivinaba acercándose. Quedé mirando las manos, enrojecidas y estropeadas por el trabajo, de Rosalía.

«Si la Empresa olvida la «silesiada», ¿qué harán luego estas manos?, ¿lavar?, ¿recoger carbón?, ¿mendigar?»

—Sois felices, muchachos. Se os nota en la cara…

—Sí, señor Gago, somos felices —repuso Selva tomándome del brazo—. Nos queremos mucho.

—Lo que tenéis que hacer es casaros pronto y…

Un acceso de tos le impidió continuar. Sobre la sábana cayó un borbotón de sangre, menos roja que la cara del silicoso, arrebolada súbitamente. Cuando le pasó el ataque, se dejó caer sobre la almohada. Su rostro, hundidos los pómulos, fue empalideciendo hasta quedar amarillo como un cirio.

—Ya voy yéndome…, ya voy yéndome…

Como movido por un resorte, volví la cabeza hacia Selva. Tenía los ojos cerrados, contraídos los músculos de la cara. Por su cabeza debían ir desfilando horribles visiones, su presente de hija de un silicoso, el futuro de esposa de un minero. Tal vez fue en aquel momento cuando por primera vez, de una manera desolada, se vio enfrentada con la realidad. Y debió de sentir miedo a vivir, a los tristes y maltratados años que la esperaban. Como traduciendo un presentimiento que destruyese la paz del mañana, el rito delicado de dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Luego el llanto se hizo estrepitoso.

—¿Te asustaste, hija mía? —intentó consolarla la mujer del silicoso, mientras colocaba un trapo blanco sobre la sábana, sucia de sangre.

Gago la miró un instante, luego se llevó la mano a la boca y quedó contemplando sus dedos enrojecidos. Cerrando los ojos, dejó desplomar la cabeza sobre la almohada. El señor Marcos parecía buscar ansiosamente una palabra que suavizase tanta acritud.

—Calla, Selva…, calla —la suplicó el silicoso.

Relámpagos de ideas cruzaban por mi cabeza. Se detuvo una de ellas, brutal, definitiva.

—No es nada… Se siente mal, ¡está embarazada!

Selva reaccionó como si la hubiesen abofeteado. Instantáneamente se secaron sus ojos, brillantes ahora por la cólera. Me miró con rabia y desprecio; luego reanudó sus sollozos, ahora avergonzada. Rosalía, que se hallaba a su lado, se apartó confundida y cambió una mirada de inteligencia con el señor Marcos, quien me contemplaba como si se hallase frente a un loco. Toda mi atención estaba concentrada en el dinamitero. Su rostro se había transfigurado, adquirió una nueva vida, animado por la impresión que debía sentir el silicoso.

«Lo siento, Selva. Mira a Gago, ¡mírale!»

—No quería… En fin, ya que se nota lo que la ocurre, es preferible decirlo.

Selva lloraba. ¡Qué importaba! Gago, olvidado de su dolencia, empezó a hablar, a recriminar mi acción, a pedirme cuentas de lo que pensaba hacer.

—Es una buena familia. Piensa en Felisandro. Este golpe le dolerá mucho.

—Lo sé. Gago. Ya estoy procurando poner orden a las cosas… Si no les molestamos, quisiéramos venir un rato todas las tardes. Selva necesita ahora con quien hablar y Rosalía será una buena

confidente.

—¡Sí, hijo sí, como quieras! —repuso la mujer—. Selva, vamos a la cocina —la pidió Rosalía—. Te haré un poco de manzanilla, verás qué bien te sienta.

—¡No faltaba más! Nos hará compañía… Claro que sí, Landa —susurró Gago.

Se fueron. Allí quedamos los tres hombres hablando de mi futuro. El señor Marcos, mirándome con ojos escrutadores, parecía tener sus dudas sobre la intemperancia de mi confesión. El barrenista, ya animado, me recomendaba silencio y hombría de bien. Cuando calló y, clavando los ojos en la pared, como en un sueño de vaguedades, pareció evadirse hacia su juventud, cuando su Rosalía era joven y la amaba tanto para que juntos amasen la vida. Tosió y una nueva roseta de sangre se pintó sobre el trapo blanco que ocultaba el vómito anterior. Di vuelta al lienzo y cubrí el asqueroso clavel que pintó el viejo amigo de mi padre, ya resignado a esperar el momento de morir a buenas con su Dios: la última meta, tras tanta esperanza fallida, de aquel gran hombre que era Gago el dinamitero.

—¿Piensas decírselo a sus padres?

—Por ahora, no, ¿para qué darles ese disgusto?

—Me gustaría saber cómo te desenvuelves. Por ella no te preocupes, mi Rosalía sabrá darla ánimos…

Durante un cuarto de hora seguimos comentando el asunto. Gago, que parecía recobrado de la debilidad producida por tanto vómito, llevaba la voz cantante en la conversación. Cuando creyó agotado el tema, aún se encontraba con fuerzas para volver a sus viejos afanes sindicales.

—¿Cómo van esos «boletines»? A la gente no hay que dejarla de la mano.

—No la dejamos. El de este mes ya lo tengo casi concluido, pese a que con las extras y la casa no me sobra mucho tiempo.

—Y el poco que tienes —¡Gago sonrió!— lo dedicas a ver qué guardan por dentro las mujeres.

—Somos jóvenes… —le devolví la sonrisa con una honda sensación de dicha.

—Pero hay que serlo para todo, no sólo para correr detrás de las faldas.

¿Por qué me hablaba de aquella manera? También el Patriarca parecía sorprendido.

—No me olvido de mi deber —repuse alzando los hombros—. Esta misma noche pensaba dar fin al escrito y mañana saldrá para la

ciudad. No tiene problemas, es casi copia de cosas que me «dio» mi padre.

—Si te sale bien sería conveniente que lo publicase el periódico —intervino el señor Marcos—. El ver la firma de uno de nosotros anima mucho a la minería. Además, suena el nombre de Valhundido en otras provincias y la Central del Sindicato necesita de nuestra aportación.

Durante un buen ralo estuvimos comentando temas laborales. Cuando las mujeres regresaron al cuarto, había en sus rostros tales muestras de compenetración, de comunicación de secretos, que tuve que contener una sonrisa.

—Landa —Rosalía intentaba parecer severa— ahora a portarse como un hombre que no sabes la perla que te llevas.

—¡Lo adivino!, ¡lo adivino! —repetí incorporándome, gozoso de aquella situación que aligeraba un poco el sombrío hogar de mi amigo Gago.

Selva, aún ruborizada, me pidió que nos fuésemos. Era ya tarde y se encontraba cansada. Mi novia prometió volver al día siguiente. El dinamitero, que ofrecía un semblante mucho más animado que a nuestra llegada, ¡hasta aquellas carnes vencidas por la sílice parecían haber adquirido un nuevo color!, me tendió la mano.

—Gracias, Landa.

¿Qué agradecía aquel hombre?

* * *

Dejando a Rosalía arreglando el embozo de la cama, nos despedimos. Ya en la puerta, el señor Marcos, poniendo la mano sobre mi hombro y bajando la voz, exclamó:

—¡Eres un hombre ideal para que te canonicen o te ahorquen!

—Es igual —repuse despreocupado—. Son dos formas de pasar a la otra vida.

—¡Anda!, ¡anda! —me empujó suavemente—, que la pobre Selva no sabe con quién cayó.

—Diga usted que sí, señor Marcos —comenzó a gimotear la muchacha.

Rosalía apareció en aquel momento para hacer a Selva una última recomendación:

—No te olvides de eso que te dije, ¡verás como así viene el pequeño sano y listo como el hambre!

—¡Qué brujerías se traerán esta gente entre manos! —intenté bromear.

—¡Tú calla, pedazo de sinvergüenza! —me reprochó con familiaridad la mujer del silicoso—. Y ahora a ser hombre y pechar con la granujada.

—¡Hala! —se despidió el Patriarca, retirándose—. Mañana veremos, que la luz se inventó para algo.

Cuando cerraron la puerta, Selva, agarrándome nerviosamente por los brazos, dio rienda suelta a su angustia:

—¿Por qué has hecho esto?, ¡di!, ¿por qué lo has hecho?

—No lo sé. Puede que… ¡en fin, ya está!

—¿Crees que además necesito venir aquí a que me consuelen?, ¡qué vergüenza!

—Ellos a ti no. Tú a ellos, sí —repuse con firmeza.

—Quieres que sufra, ¿verdad?, ¡quieres hacerme sufrir! —se quejaba la muchacha—. ¡Que vea lo que va a ser de mi padre dentro de poco!

—No quiero que sufras, sino que los demás sufran menos. A tu padre no le ocurrirá esto; y si le ocurre, agradecerás que alguien le ayude.

—No volveré a pisar esa casa, ¡no volveré nunca! ¡Dios mío, qué vergüenza! —repitió obsesionada.

—¡Volverás mañana mismo!, ¿entiendes? Y pasado y todos los días hasta que muera Gago. Lo has prometido.

—¡No vendré!

—¡Vendrás!, ¿me oyes?, ¡vendrás!

—Sí, Landa, vendré…

El llanto la impidió continuar. Se llevó las manos al rostro y, sollozando, corrió hacia su casa.

* * *

Caminando hacia la Casa del Minero, no podía apartar de mi mente el recuerdo de un Gago vencido por las fosas; de aquel hombre que la minería reconocía como uno de los más firmes puntales en los conflictos laborales. Le recordaba cuando, siendo yo pequeño, le pedía que me contase cosas del Pozo, de aquellos gases que adormecían a las víctimas para, ya indefensas, devorarlas sin prisa; de quiebras e inundaciones. Compañero de piritas y pólvoras negras, su organismo conocía bien el veneno de la sílice y aquel otro del óxido de carbono, tan violento que al combinarse con los glóbulos rojos privaba pronto de la respiración. Le había oído comentar muchas veces con mi padre cosas de palpitaciones del corazón, de flojedad en las piernas, de unos síntomas que al

intensificarse llegaban a producir el síncope. Eso le había pasado a él en más de una ocasión cuando acudió a salvar a algún compañero en peligro. Aún recordaba aquel día que llegó mi padre a casa diciendo que había conseguido rescatar al silicoso en el último momento, cuando se disponía ya a abandonar la vida con la misma serenidad que los congelados de la cordillera; a irse sin dolores, sumido en una sensación de cansancio infinito que al fin ofrecía un momento de reposo. Era la muerte.

Con Gago no habían podido las quiebras ni el grisú; ni aquella pega que explotó antes de tiempo, dejándole ciego por una larga temporada y decapitando a su ayudante, de esto hacía muchos años. A él se lo llevaría la silicosis, no sin antes estrangularle el ánimo con tanto sufrimiento.

Iba mentalmente recordando la vida de Gago, el silicoso, desde que yo tenía seis años y paseaba conmigo, echando de menos a su hija Rosa, hasta que cumplí los diez y me daba un céntimo siempre que nos veíamos. Luego habló con mi padre en la noche de las antorchas; después vino el grisú y quedé huérfano. Gago y el Patriarca se erigieron en mis mentores, a ellos les debía gran parte de aquellas ansias de lucha que me animaban, de la esperanza en el triunfo y la energía para alcanzarlo.

«El cuerpo goza y sufre, el alma espera…»

Así hablaba Gago, el hombre de la veraz y heroica biografía.

* * *

Cuando llegué a la Casa del Minero, Tragahombres, dueño de una tranca fenomenal, me estaba esperando acompañado del Verrugas y del nieto de Seisdoble. Quejándose de que su mujer había ido en su busca para despojarle hasta del último real de la paga, me rogaba que le adelantase la media botella del sábado próximo, jurándome y perjurándome que se pasaría las horas que fuesen necesarias, si me decidía a repetir la incursión, bajo los coladeros de la galería «fronteriza». Como hablaba a gritos, le tuve que hacer callar, cosa que conseguí accediendo a sus deseos. Estaba pidiendo a la cantinera la media botella, cuando llegó Vitelón.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunté—. No te vi en casa de Gago.

—No habías llegado aun cuando me fui. Ya cené y vengo a echar un mus, ¿te animas?

—No puedo. Voy a terminar el «boletín»… Oye —le llevo aparte —, he dicho en casa de Gago lo de Selva. No tuve más remedio y…

—Tú para unas cosas eres bueno —me miró fijamente— y para otras un perfecto mierda… ¡charlatán!

—Tienes razón —le repuse sin hacerle mucho caso—. ¿Echas un vaso, que te invita este charlatán?

—¡Dale!, ¡dale!

Después de tomar un trago en compañía del gigante, me refugié en la oficina. En mi cartera particular me esperaba uno de los libros que traje de África, un par de cuadernos del «testamento» y el escrito, ya a punto de terminarlo. Antes de proseguir, lo leí atentamente:

«El capitalismo habla de si el jornal es suficiente o no; si la jornada debe ser reducida o no; si los seguros sociales tendrán algún día que admitirlos, pero lo que nunca permite es que se ponga en duda lo «justo» de su posición monopolizadora, es decir, que deje de ser el único dueño de las ganancias. Si alguna vez se desprende de parte de sus privilegios, lo hará bajo la condición de que es de lo suyo de lo que nos regala un tanto, aun comprendiendo que no nos pertenece. Con esto no hace sino demostrar que nosotros no tenemos ningún derecho sobre la producción; con esto nos grita que sólo el Dinero produce y que el Trabajo es algo que se compra y se vende, por lo que una vez pagado tiene que desentenderse de todo lo demás. ¿Es que el Dinero —nos preguntamos— lo hace todo? ¿Por qué permitimos que se adquiera nuestro trabajo al igual que se compra un martillo o una vagoneta, y por qué, ya puestos en esta línea, nos resignamos a que el beneficio de lo que producen nuestros brazos y el martillo vaya a parar en su totalidad al mundo financiero? ¿Tan poca cosa es el hombre, los derechos del hombre, para usarlo, sacarle el jugo y después desentenderse de él como se arroja a la cuneta a un perro muerto? Tú vendes tu trabajo, yo te pago tu jornal. Esta es su torpe fórmula. Tú me prestas tu capital y yo te pago tus intereses, podríamos decir nosotros con mucha más razón.

Así nos encontramos con una realidad en la que la mina no es el fin de nuestro trabajo, no nos sentimos a gusto en ella. Queremos dejar la pala y el martillo porque sólo empezamos a vivir cuando estamos fuera de ella. Es decir, el trabajo no forma parte de nuestra vida porque para ellos no pasamos de ser unas máquinas que se engrasan con sangre y a las que se las puede estrujar hasta el límite, moral y físico. Es la explotación del hombre por el hombre, el hombre no trabaja en bien propio, sino en beneficio de otro hombre. No es un trabajo voluntario, sino forzado, un medio para satisfacer sus necesidades primarias. Trabaja, come, bebe, duerme,

procrea. Este sistema mortifica cuerpos y espíritus, nos hace seres bestiales, porque sólo para estas funciones somos verdaderamente libres. Obligados a no pensar, a realizar una tarea siempre igual, sin el menor horizonte, sin el menor deseo de mejorarnos o mejorar la producción, ya que en ello nada nos va, no tenemos ocasión de disciplinar la inteligencia, convirtiéndonos así en criaturas ignorantes y groseras que es lo que desean de nosotros. Así, de esta manera podrán seguir hablando de la diferencia de castas y de clases, estas clases que ellos han creado para su mal, aunque no terminen de comprenderlo: la de hombres, no ricos y pobres, que quizá siempre los habrá, sino la de los necesitados y los que se afanan por dominar y rodearse de cosas superfluas. Un contraste violento entre estos grupos brillantes y esas masas vencidas, anhelantes y desahuciadas.

¿Y cómo salir de esta situación? En la actual sociedad capitalista es imposible. Engañan, encarcelan, provocan guerras por mantener sus odiosas prerrogativas. Pacíficamente en esta sociedad nunca lograremos pasar al bando de los rectores de las empresas, sentirnos de algún modo ligados a ellas por medio del trabajo, sino que habrá de ser tras haber conseguido ahorrar unas pesetas para comprar, ¡ilusiones!, un paquete de acciones. Es decir, volvemos a lo mismo: Sólo por dinero se puede aspirar al dinero, se puede formar parte del mundo que pinta algo, formar parte de los que manejan el timón de nuestro país.

Nosotros nos preguntamos, si el Capitalismo pone el Dinero y nosotros el Trabajo, ¿por qué no repartir en proporciones justas el beneficio de lo producido por el capital, el técnico y el obrero? Aisladamente ninguno consigue nada…»

Hasta allí había llegado. Tomando la pluma, seguí escribiendo:

«Capital y capitalismo son dos cosas distintas. Un hombre, producto de su labor, consigue reunir cierta cantidad de dinero y nadie puede censurarle. La inmoralidad comienza cuando intenta usarlo como medio de explotación de otro hombre. Esta es una cuestión de principio que pone en tensión las defensas de los «dorados», a los que suena a sospechoso todo lo que sea tener que desprenderse de sus privilegios. Los poderosos, los «ocultos», toda esa gama de hombres que para mantener sus irritantes ventajas se llenan la boca de las palabras «patria», «valores» y «religión», y que sin duda se volverían apátridas y antirreligiosos si un día la nación y la Iglesia les obligasen formalmente a desprenderse de lo que tan injustamente detentan, porque su mal caló muy hondo, no tienen otro temor que a perder sus riquezas. Y esto es así porque son

materialistas, aunque presuman de lo contrario, hasta la médula. «Verdades que no se pueden decir sobre acciones que sí se pueden hacer». Violadores de todo código moral, tienen miedo a todo cambio —sobre todo al del «orden» por la «justicia»— y están dispuestos, para que así continúe la cosa, a echar mano, ¡cómo no!, de sermones y coacciones, de fusiles y engaños para terminar manoseando una vez más «eso» que ellos llaman «valores espirituales», que llaman solamente, ya que no deja de ser una frase más, porque estos valores, que nosotros respetamos seriamente, nos los hurtan los poderosos al privar a los hombres de los medios para mantener la dignidad humana. Esto lo saben, lo reconocen y lo temen. Por eso, cuando alguien alza la voz en defensa de los obreros, éste será un elemento peligroso, perturbador; se defenderán tenazmente, usando todos los medios a su alcance para terminar en el que ingenuamente creen infalible: el «mote» político. Así, las leyes de «su economía», que, entusiasmada con la libertad de contratación en el mercado del trabajo, olvida que hay exigencias por encima de la voluntad de las partes contratantes, se habrán convertido en asunto político al que ya se le puede atacar como tal, poner en marcha su «mecanismo defensor» de la patria, del espíritu y otras cosas tan serias como despreciadas por ellos.

Capitalismo… ¿En verdad él sabe algo de eso que se llama derecho del hombre al trabajo, a la habitación, al vestido, a la alimentación, a la enseñanza, a la higiene; de que todos, sin distinción de raza, nacionalidad, opinión o credo, tienen sus derechos; de que al hombre, no importa su doctrina y procedencia, por el mero hecho de serlo, hay que tratarlo como a tal…?»

* * *

Durante una hora estuve puliendo el escrito y dándole fin. Cuando volví a la taberna, ésta se hallaba concurridísima. La gente bebía y cantaba. Estaba tomando un vaso con el Marquesito y Tresemes, que un tanto ebrio reía enseñando sus dientes de cabra, cuando entró una mujer angustiada.

—¿Habéis visto a mi Ambrosio?, ¿habéis visto a mi Ambrosio?

—No vino por aquí…

—¡Ay, Dios mío!, ¡que me lo atrapó la mina!

—¡Vaya, mujer, siempre pensando lo peor! Como es día de paga estará tomando un vaso…

—¡No! ¡Mi Ambrosio va derecho a dejarme el jornal! Toda su vida lo hizo. ¡Ay, Dios mío, que me lo llevó la mina!

La mujer siguió preguntando, luego corrió hacia la puerta, desapareciendo en las sombras.

Poco después yo abandonaba el local. Cuando llegué a casa, cené y me acosté en seguida.

Pese al susto, aquella noche dormí bien, libre de esos sueños pesados que nunca terminan.

* * *

Al día siguiente me levanté temprano. Pedí al Empachao que me prestase a «Relámpago», su fuerte caballo blanco, y me dirigí hacia el valle del Enquistao. Era domingo y de los caseríos desparramados por las laderas salían manadas de chiquillos, felices bajo un sol que, luchando contra el frío de marzo, sacaba lustre a sus trajes recién planchados. Una nube venía de la otra cuenca, dando sombra al Valle y a las ovejas que en él triscaban; burlándose de las brillantes nieves que cabalgaban a lo largo de la cordillera. El horizonte, transparente y vivo, ponía fondo a un mundo alejado.

Cuando llegué a la divisoria, desde el lomo de la atalaya miré hacia la hondonada del valle vecino, donde las gentes paseaban por la carretera o acudían a misa, atraídas por el insistente repiqueteo de las campanas. En un extremo del pueblo, extendido como una gran sábana, se destacaba el «taller» del Manitas, repleto de cruces y sepulturas.

Cuando un cuarto de hora después me acercaba a la explanada, Manitas corrió a saludarme.

—¡Qué hay, muchacho! —me estrechó la mano efusivo.

—Bien, ¿cómo va eso?

—Aquí andamos, oyendo «música» y trabajando un poco. ¿Vienes a ver cómo va la estatua? Ya podéis ir haciendo el pedestal. ¡Mira a ver si te gusta!

Me llevó a un ángulo del terreno donde se alzaba un gran bloque de piedra. Las líneas de un hombre, desnudo, las piernas abiertas y firmes, la cabeza caída, el brazo derecho recogido, sosteniendo un pico sobre el hombro, dejando adivinar lo que sería aquella escultura de dos metros de altura irguiéndose sobre el cerro de la cordillera.

—¡Me gusta! Tiene fuerza…

—Te gustará más cuando la veas sobre el pedestal.

Después de reflexionar unos momentos, añadió:

—¡No sé cómo no se os ocurrió antes! Hacía falta este monumento.

—Para esto siempre es buena ocasión… ¿Has pensado lo que vas a cobrar por el trabajo?

—Ya te he dicho que nada. ¡Es tan vuestro como mío!

—¿Sigues en tus trece? El señor Marcos piensa que un carro, tú que siempre andas llevando y trayendo piedras, no te vendría mal. No te niegues, porque ya lo decidió la Directiva. Lo inaugurarás para llevar al «Minero» a su emplazamiento.

—Si os empeñáis…

Tras unos momentos, en los que se esforzó por no dejar traslucir la satisfacción que le producía el regalo, el artista se decidió a confesarlo:

—No podíais haber elegido nada mejor. Ahora seré como esos coches que andan por ahí, ¡yo me lo hago y yo me lo ando!

—Me alegro que te agrade…

Después de un rato de agradable charla, me despedí de Manitas Espoleé el caballo y no tardé en dejar el pueblo a mis pies.

«Ya tenemos monumento y ya estamos en camino de alcanzar la justicia que padre soñaba. ¡Ya se acerca!, ¡ya se acerca!…»

Disponiéndome a liar un cigarrillo, comencé a pensar en la leyenda que pondríamos al mausoleo, la frase más acorde con el sacrificio de los caídos en la mina. Durante el tiempo que duró el viaje estuve dando vueltas a la cabeza, imaginando y desechando frases. Al fin, ya me acercaba a Valhundido, una de ellas me convenció:

A LOS PATRIOTAS SILENCIOSOS.
A LOS HÉROES FECUNDOS
MUERTOS EN EL TRABAJO,
¡PAZ!

Ya lo «veía» escrito, esculpida en la piedra la leyenda.

Después de repetirlo varias veces, contento por el hallazgo, me puse a cantar. La vieja copla de las fosas acudió gozosa, como participando del homenaje que preparábamos:

En el fondo de la mina
con pena escuchó un cantar.
¡Era la voz de un minero
que nunca podré olvidar!…

El sol, a punto de ser envuelto por la nube que avanzaba agresiva hacia él, me hacía guiños desde los picos nevados de la cordillera.

* * *

Quince días después, era lunes y estaba a punto de terminar la semanal práctica de la Brigada de Salvamento, Vitelón, que tenía turno de tarde, vino a buscarme. Mientras me cambiaba de ropa, el picador mantuvo un forcejeo «dialéctico» con Sansón, el ya envejecido jefe de la Unidad, con el que de antiguo, y por cuestiones de fuerza, tenía sus tiquis miquis. Sansón, aunque no quería reconocerlo, no era ni sombra de aquel forzudo que mantenía a raya a un Vitelón de veinte años. Debido a ello era Antón quien, en los ejercicios prácticos, dirigía la Unidad.

Minutos después nos dirigíamos hacia la casa del gigante. Cuando llegamos, Marucha estaba ofreciendo un vaso de vino a Potencia y Repetidor, que habían venido a ayudamos. Rodeados de chiquillos y de enseres domésticos, ya alineados en la puerta de la vivienda, el espectáculo tenía algo de campamento gitano. La presencia del Empachao, tirando de tres caballerías, completaba el cuarto.

—¡Hola, tropilla! ¿Ya dispuestos a cambiar de barrio?

—¡Un momento momentáneo! —protestó Repetidor, que parecía de excelente humor—. Tropilla es cosa de cuernos y patas, y a nosotros la naturaleza nos suministró un cerebelo que…

—¡Para de orinar ideas, que te va a doler el pelo! —le interrumpió Potencia, soltando una carcajada.

Ya estaba armada. La verdad era que no resultaba difícil poner en marcha el «mecanismo dialéctico» de Repetidor.

—A usted le hace una ilusión muy ilusionada él introducirse con la gente, ¿no es así?

—Con media gente, querrás decir —volvió a reír el forzudo—. Hasta que no crezcas, y ya creo que «arañando» los cuarenta años no vas a hacerlo, ¡media gente!

—No es que sea de mi peculio penetrar en su «indiosincrasia» —siguió el señalero, severo—, pero es clamoroso que un servidor no tiene por qué resistir las intemperancias de…

—¡Calla! —le gritó Vitelón, cogiendo de la brida a una de las caballerías—. Se te va a secar el cogote como sigas hablando tan relamido.

—¡Tú inmiscúyete en tus cosas!

Y aprovechando que Hilario se apartaba unos metros, disponiéndose a cargar otra de las acémilas, añadió con aire de superioridad:

—¡No quiero silenciarle diciéndole que andan por ahí arguyendo

que se abalanza sobre las indefensas humanidades con los cuernos abiertos!

Vitelón, que debió reprimir una carcajada, intentó disimular, cantando a voz en grito:

Si yo tuviera la dicha, la dicha
que el gallo tiene
¡de tener muchas gallinas
y a ninguna la mantiene!…

—¡Eso es optimismo con exceso de velocidad! —reí yo también, poniendo manos a la obra.

Una hora después estaba preparado el transporte. Agarrados a la brida de «Relámpago», Vite y José María peleaban.

—Tú llevas a «Montañoso» —quiso la madre poner paz—. Anda, Vite, tú eres mayor y tienes que dejar a tu hermano.

—Yo llevo a «Relámpago», ya está. ¡Padre, mira José María!

—¡Déjale, hombre! Es más pequeño.

Al fin, cedió Vite. Pero no por eso terminó el litigio. José María quería tirar ahora del ramal de «Montañoso».

—¡Acabarás de una vez! —gritó el picador impaciente—. ¡Marucha, pon orden en este gallinero!

—¿Tú crees que hay quien pueda con éstos? ¡Venga, José María!, ¿cuál llevas tú de una vez?

Se pudo solucionar el conflicto dejando al pequeño que condujese las dos caballerías. Vite, refunfuñando, se tuvo que contentar con tirar del «Encantao», un penco encorvado y vacilante.

—¡Vamos, arrieros, que se acerca la nube! —les animó el Empachao, poniendo en marcha la reata de animales.

Por el Camino ya subía mi madre, acompañada de Selva y Ana. Provistas de cubos y escobas, se disponían a empezar el arreglo de la vivienda que yo ocuparía una semana después.

* * *

Aunque no eran las fiestas de Santa Bárbara, única ocasión en la que el Valle disfrutaba de fuegos de artificio, los cohetes —¡cómo habían cambiado las cosas desde aquel día que, a raíz del atentado del otro Sindicato, me escupieron a la cara!— saltaban al aire, y una hilera de carros engalanados se alargaban en la carretera. La banda de música, venida ex profeso para mi boda, interpretaba un pasodoble. Embargado por una inmensa satisfacción, me repetía

que Selva ya era mi mujer; y que en tan señalado día la cuenca quería demostrarme el afecto que sentía por mí. Las gentes nos vitoreaban, se empujaban por estrechar nuestras manos, por damos la enhorabuena. Luego la efervescencia fue calmándose y quedamos rodeados de un círculo de amigos.

—Mis mejores votos, Landa. Y para ti, Selva, ya sabes, que seas muy ¡muy feliz! —nos deseaba otra vez el señor Marcos, humedecidos los ojos por la emoción.

—¡Ay, perdónales, Señor, que no saben lo que se hacen! —bromeó Cubadín.

Repetidor, más engolado aún que de ordinario, me aconsejó:

—Procura que tu señora esposa no incube en demasía. ¡La virilidad viril del varón no sólo se manifiesta en estas cosas!

—¡Cómo no va a manifestarse con esa mujer pantera que se echó! —rió Antón.

—¿Cómo sabes que soy pantera? —preguntó mi mujer, haciendo ademán de amenazarle con la mano.

—¡Es fácil! —intervino Vitelón—. Se os conoce porque tenéis siete curvas en la columna vertebral. Tú también las tienes, ¿verdad, Marucha? —con un pícaro ademán tomó del brazo a su esposa—. ¡Por eso armamos cada fiesta nocturna que…!

—Oye, Aplomao —llamó Cubadín la atención del oficinista no te olvides de poner en ese periódico que garabateas que se casó Landa. Y di, como en las «sociedades» esas, que la novia iba metida en vestido de seda natural y salpicada de flores.

—Tus palabras me impresionan correctamente —aplaudió Repetidor, pero en vez de metida que diga inmiscuida, ¡intrínsecamente supera en elegancia!

El Auténtico y Angelón se acercaron a abrazarme. Luego llegó el turno de la «viuda» del tío Años, quien había dejado esta vida sin decidirse a llevar al altar a la tía Seguidora. Cuando se retiró, Hilario Potencia comentó divertido:

—¡Vaya tío Años! ¡Eso es lo que se llama saber dar largas al asunto!

—¡Este fue menos cauto! —me señaló Felisandro, henchido de felicidad—. ¡Landa prefirió la guerra!

—¡Anda por ahí! —gritó de buen talante su Juana—. ¡Vete con Tresemes que os estará esperando el biberón!

—¡Si esto es guerra, que no haya paz nunca!, ¿verdad, gallinita? —el tío Mañón miró malicioso a su nieta—. Al fin le cazaste, ¿eh, muchacha?

—Las mujeres son como el vino, ¡ablandan a cualquiera! —

contesté riendo.

—¡Hay, qué gitanadas más gitanas! —exclamó la mujer de Repetidor, dispuesta a ruborizarse.

Y dirigiéndose al Empachao, que formaba parte del amplio grupo, añadió:

—¡A ver cuándo te animas tú!

—Yo siempre he dicho —contestó por él Vitelón— que cuando pasa una mujer y un hombre no vuelve la cabeza, hay que desconfiar de él en todos los sentidos. Y éste, pues ya sabéis…

—¡No, por mirar no queda! —rió el aludido.

—Este morirá y partirá con destino desconocido antes de claudicar —le secundó Casimiro—. Y hace bien. Mala cosa es esa de agarrarse a una mujer para siempre.

—¡Hasta ahora nadie murió de felicidad! —intervino mi madre, que se mantenía fuertemente tomada de mi brazo, como temiendo que la robasen definitivamente a su hijo.

—¡No tanto, señora! —volvió a la carga el Empachao— que tengo entendido que cuando uno llega a casa fatigado de la mina y la mujer se empeña en sus renguerrengues, da la impresión que debajo de las sábanas hay una cesta de centollos.

Pues si se niega —confesó Juana con desparpajo—, ¡con tenerle a pan y cerillas como a los ratones, cosa lista!

—¡Al cuerno! ¡Ja!, ¡ja! —rió Dale-Dale un poco tontamente—. ¡Eso es lo que hace mi mujer conmigo!

—Y la del Dientes ¡eso me dice!

—¡Deja tranquilo a ese soplón!

Yo, por si acaso, siempre preferí enredar con el grisú y el vino. Los casados no sé por qué me huelen un poco a cadáver —insistió el Empachao en defensa de su soltería.

—¡Di que sí! —le secundó Vitelón—. Desde que el sabio ruso Popop descubrió que se pueden tener hijos sin necesidad de casarse, el matrimonio queda para los paletos.

En aquel momento, acompañado del abogado Hileras, llegaba el hombre de la voz cascada. Apartando a las gentes, vino hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Vaya, muchacho! ¡No sé cómo decirte que estoy más contento que si me hubiese casado yo!

—¡No van a ser todo carreras y cárceles!, ¿verdad, revoltoso? —el letrado me apretó contra su abultado abdomen—. Paz, un poco de paz, ¿eh, chico?

—Ahora va la cosa bien y espero que…

Me interrumpió una chillona algarabía. La gente abría paso

porque Juanito Juan y Casiano, seguidos de sus mujeres y del manco Crecido, avanzaban hacia el grupo achuchando a un novillo primorosamente engalanado. Selva, encantada por el regalo, se agachó a acariciar al animal, momento que aprovecharon los forasteros para despedirse.

—¿Cómo?, ¿se van? —me sorprendí—. ¡Ahora vamos a comer y tienen que estar entre nosotros! Me llevaría un disgusto si no…

—Te prometimos venir y aquí estamos —aclaró el abogado Hileras—. Ahora nos vamos. ¡En la capital nos espera un buen trabajo!

—Hay una docena de compañeros encerrados —añadió el hombre de la voz cascada—. El valle del Roncal anda revuelto y ya sabes en qué terminan estas cosas. ¡Otro día vendremos más despacio!

—Un rato, Bernardo —le pidió el Patriarca—. Es Landa quien se casa.

—No podemos, Marcos —se disculpó con firmeza—. Si los dejamos de la mano se ceban con ellos. ¡Tú lo sabes igual que yo!

No hubo manera de retenerlos. Subieron al coche y, poco después, el vehículo desaparecía por una curva de la carretera. Quedé un poco entristecido, como si súbitamente perdiese interés todo lo que me rodeaba. ¡Cómo los envidiaba, siempre corriendo en busca de una mano que pidiese auxilio! Lo que yo hacía, todas mis luchas… ¡Nada!, no significaban nada comparadas con la actividad de aquellos hombres, coordinando, controlando, defendiendo, como otros lo hacían en la nación entera, a millares de compañeros desperdigados por toda la provincia, por el país. Era el suyo un vuelo de águilas; el mío corto, como cansado antes de iniciarse…

—¿Qué te pasa, Landa? —me preguntó solícita mi mujer—. Te quedaste serio.

—Cosas de muchacho —vino el señor Marcos en mi auxilio—. Le hubiese gustado que se hubiesen quedado un rato haciéndonos compañía.

—¡Buena pareja de hombres! —exclamó Enpazdescanse, fijos los ojos en la carretera por donde marchó el automóvil.

—Sí, son de raza —añadió el Fiebres, que llevaba colgada del brazo a la Caricias.

—Me gustaría ser como ellos.

—Cada uno en su mundo, Landa —habló pausado el Patriarca—. El tuyo es éste, y con velar por él cumples de sobra.

—El mundo es igual para todos. ¡Hay que saber ir por él!

—¡Pero hijo!, ¿es que ni en un día como éste puedes olvidarte de

tus cosas? —me recriminó mi madre—. ¡Hala, vamos, que la comida espera!

Poco después había pasado aquel ramalazo de nostalgia. Selva reía y los cohetes seguían dibujando en el aire sonrisas de humo. Cubadín, que había uncido su «Berenguela» a uno de los carros, pedía paso a grito pelado:

—¡Apartarse, que no quiero que ensuciéis a mi mula!

—¡Si está sucia por dentro! Tiene las orejas llenas de palabrotas.

—¡Eso va con ella! Como va con éstos —nos señaló con un movimiento de cabeza— los pañuelitos de llorar, los cuernecitos, los…

Vitelón, dándole un capón que hizo saltar enfurecido al caballista, le interrumpió. La revancha de Cubadín no se haría esperar. Cuando nos detuvimos frente a la puerta del Salón, fue el gigante quien, empujado por un manojo de cohetes que el pequeño minero colocó entre sus piernas, dio un fenomenal brinco.

—Estos, cuando están contentos, se creen que tienen veinte años —opinó el señor Marcos, pidiendo un poco de formalidad.

—Así empezaron el día que me casé yo —recordó Antón— y terminaron a cuchillada limpia.

* * *

Fuimos a retratarnos. Cuando volvimos, la gente cantaba, ya animada por unos tragos de aquel vinillo que se cosechaba al otro lado de la cordillera. Durante la comida reinó una gran alegría y a sus postres, el Patriarca, haciendo un breve resumen de mi vida, pronunció unas palabras que me emocionaron. Más lo estaba aún mi madre y Ana, a quien el recuerdo de mi padre, al que el señor Marcos atribuía gran parte del mérito que yo podría tener, entristecieron un poco. A borrar aquello vino Petrarca, quien recitó unos ingeniosos versos. Después se levantó Cubadín para gritar una de sus habituales barbaridades:

Un pastor de las meninas,
puesto en un cerro,
por decir vida mía
dijo becerro… ¡Viva los novios!

Luego el pequeño caballista se acercó a mí para entregarme un puro.

—¡Toma!, si explota al llegar a la mitad, es que es bueno.

Estábamos a punto de irnos, cuando un rapaz me entregó una cuartilla. Una letra temblorosa decía escuetamente:

«Felicidades, hermano. Tu hermana, Carolina.»

Guardé cuidadosamente la esquela y despidiéndonos de nuestros amigos, montamos en el «landó» que manejaba el Empachao, quien nos condujo a casa. Nos cambiamos de ropa y a media tarde hicimos una visita a Gago, con el que permanecimos un par de horas. Cuando a lo lejos se apagaba el campo, se oscurecía el cielo, nos dirigimos a «La Danza», donde se celebraba un baile en nuestro honor.

Cubadín, que ya tenía encima una buena borrachera, se encontraba en el tablado. Nos recibió haciendo el payaso. Repetidor y Vitelón le acompañaban. A gritos me llamaron y ante su insistencia debí acudir.

—Voy a anunciar que el cantor está borracho —me comunicó el caballista cuando subía a la tarima—. Luego hablarás tú… ¡hip!

—Pero Cubadín —se extrañó el señalero—, ¿tienes una aproximación aproximada de lo que debes discursear?

—¡Este enano qué va a tener! —exclamó despectivo el gigante.

—Habla suave y no me llames enano. Voy a decir que al hablar ladras y que dijo el médico que si naces dos días después, ¡muerdes!

—¿Pero tú eres capaz de «expresionarte» ante la humanidad? —seguía Repetidor asombrado—. ¿No te angustia que la gente vea tu misma falta de ignorancia?

El caballista alzó los hombres, displicente. Adelantándose, se dispuso a soltar su perorata:

—¡Europeos! Nosotros, los que usamos barba, os decimos… Bueno —bajó la voz—, en primer lugar un saludo para la banda y para ese señor bajito —señaló un hombre gordo y colorado que se hallaba sentado en un extremo del tablado— que no canta porque se afonicó. Parece ser que se descuidó y durmió con el culo al aire.

—¡Bien!, ¡bien! —aplaudía la gente encantada.

—Cubadín —le aconsejó grave Repetidor—, se dice parte posterior y trasera.

Los bailarines seguían gritando, llamando, insultando, animándole.

—¡Quietos, que si no va haber aquí más palos que fideos en la boda!

Un minero, calvo, que mantenía enlazada a su pareja por la cintura, una mujer gorda y sudorosa, silbó estrepitosamente.

—¡Calla, que me parece que tú eres de esos que sólo se peinan los miércoles!

Cubadín volvió a su alegre charloteo:

¡Atención, pantaloneros! He «silbado» a este recién suicidado —me señaló a mí, que asistía divertido a la escena— para decirle delante de todos que tenga cuidado con la mujer. Todas tienen cara de buena pero luego nos llenan de hijos… ¡Y, además, engordan!

—¿Y qué? ¿A las gordas hay que matarlas? —protestó el acompañante de la mujer gruesa.

—¡Sí!, ¡sí! —exclamó la muchedumbre, enardecida.

—¡También las gordas tienen algo bueno! —insistió a gritos el calvo—. ¡Lo que pasa es que tu Mimos se alimenta de alfileres!

—Pero cuando pasa por algún sitio moviendo el «asunto» los hombres no se van tras ella como le pasaba a la Remolque.

—¡Viva las susodichas de la tía Vacas! —gritó un beodo.

—¡No todas!, ¡no todas! —puntualizó Cubadín chillando—. Que yo sé de una que tiene unas tetas que parecen dos huevos fritos colgados de una percha.

—¡Marranoooo!, ¡bien!, ¡ja!, ¡ja!

—Menudo almohadón que harías con ellas si te dejara, ¡cerdo!

Las mujeres comenzaron a protestar, los hombres reían a carcajadas. Aprovechando la barahúnda, abandoné el tablado y tras de mí vinieron mis amigos. La banda tocó un pasodoble y el baile se reanudó.

Cuando subíamos por la escalerilla que conducía a la terraza, Cubadín, señalando a la pista abarrotada de bailarines, exclamó:

—¡Fijaros!, ¡parece una cazuela de cangrejos!

—Es que la humanidad está cada día más apegotonada —opinó Repetidor filosófico.

* * *

Habían extendido en la terraza una serie de mesas en torno a las cuales nos sentamos los novios y un grupo de amigos. Durante un par de horas bebimos y cantamos. Después, ya dominado por el alcohol, Cubadín comenzó a dar cabezadas sobre el señalero, también más bebido de la cuenta. De cuando en cuando el caballista espabilaba.

—Echa… ¡hip!, echa un trago, Repetidor.

—No, que ya tengo el estómago lleno —rechazaba el señalero esforzándose por vencer el sueño que le producía la borrachera.

—No importa, luego lo sacas… ¡hip!, lo vacías, lo restriegas, lo planchas, ¡hip!, y cuando se seque al sol, otra vez para adentro.

—No… no…

Al fin cedió. Cubadín, mirándole fijamente, comentó convencido:

—No hay nada que hacer. ¡Tenemos la guerra ganada!

—¡Eso!, ¡eso! —aplaudió Vitelón, también bastante cargado.

Un cuarto de hora después, con gran aparato de ronquidos, los dos dormían apaciblemente. El gigante cogió un corcho, lo ahumó y tiznó el rostro de la pareja hasta convertirlos en grotescas máscaras. Cuando terminó la obra despertó a Repetidor, quien, al ver el aspecto que ofrecía su amigo, rompió a reír estrepitosamente. Sacudido Cubadín por el señor Marcos, que había acudido a gozar de la broma, el caballista también comenzó a dar berridos de hilaridad. Las risas eran tan contagiosas que los presentes, divertidos por el espectáculo de dos hombres embadurnados que, señalándose mutuamente, atronaban el salón con sus carcajadas de beodos, formaron una verdadera algarabía.

Cuando pasó la broma, dirigiéndome al Patriarca, pedí su consentimiento para levantar la sesión.

—Selva está cansada con tanto ajetreo. Quiere echarse un rato. Si no le parece mal…

—¡Ah!, ¿es que cuando fuisteis a cambiaros de ropa no echasteis de beber al canario? —se asombró, burlón, Hilario Potencia.

—¡Calla, lengua rota! ¿No ves que está recién casada? —rió Marucha pícara—. ¡A las mujeres hay que darlas un par de meses de cuerda para que se acostumbren a hablar de esas cosas!

Cuando abandonábamos el Salón, una atronadora salva de aplausos nos despidió.

Rosita, ajada, brillándola los ojos como ansiosa de un placer insatisfecho, nos vio pasar a su lado. En aquellos momentos la alegre cantinera de mi niñez debía sentir odio, un profundo odio…

* * *

En la puerta estaba esperándonos el «landó». Subimos y el Empachao arreó al caballo. Poco después nos perdíamos por la carretera, mal alumbrada y sucia de carbón.

—Selva…

—Sí, Landa…

—Soy el hombre más feliz del mundo… ¡más feliz que el más feliz del mundo!

—¡Ojalá lo puedas decir siempre! Que Dios me ayude a conseguir que me quieras hasta que nos lleve a su lado… y que entonces sea juntos —terminó mimosa y emocionada.

—Que nos lleve, ¡pero dentro de tres mil años!

Sentí la mano de Selva buscando la mía; sus palabras fueron convirtiéndose en susurros, más íntimas, veladas por un leve estremecimiento. ¡Era hermoso estar a su lado! Acurrucados en aquel estrecho vehículo, cruzándonos con las gentes y separados de ellas por mil ensueños y deseos… Cuando pasábamos bajo alguna bombilla que en los altos palos aclaraban la ruta que servía de calle principal a Valhundido, descubría en sus labios una suave sonrisa, casi melancólica, de esas que sólo nacen cuando la felicidad es muy honda. Se acercó a mí y sobre mis labios dejó el regusto de un beso interminable, el reconocimiento de una mujer poseída por completo. La acaricié el vientre, ya fecundado, y mi mujer, en un sencillo ademán de solicitud, apretó mi mano, como entregándome con aquel gesto al hijo que llevaba en sus entrañas.

—Se llamará Landa y será como tú.

—Y el segundo Marquitos, y el tercero…

—¡Estás loco! —se separó un instante escandalizada. Luego, clavando sus ojos en los míos, los besó con amorosa naturalidad.

—Hasta el último día de mi vida daré gracias a Dios por haberme casado contigo.

—Cuando se va a tener un hijo, todo parece distinto, ¿verdad, Selva?

Pensando en los hijos, quedó un momento callada. Estaba acurrucada contra mí, mi brazo entre sus pechos, sintiendo latir su corazón.

—Me acuerdo cuando fuiste mía por segunda vez. Aquella blusita blanca apretada contra tu carne, tu carita inocente y asustada, tu boca entreabierta. Jadeabas y…

—Lo deseaba, Landa. Quería borrar el recuerdo de aquella horrible noche. Lo quería y, sin embargo, temblaba. Es tan… no sé… ¡tan duro al principio!

—Cómo me apetecía besarte, ¡cómo me apetecías!

—No hables así.

—Ya estamos casados. Ahora es todo distinto.

—No importa… ¡ven, Landa!

Apoyando su cabeza sobre mi hombro, su respiración me acariciaba el cuello en un maravilloso beso, me pidió que me callase.

La vida en el pueblo iba apagándose. Silbaba el viento a lo lejos, como invitando a cerrar las ventanas, a dormir. El «landó» pasó ante la pirámide del Pozo, inmóvil entre cuatro farolones. Algunas sombras —¡qué lejos me sentía de la fosa y de cuanto representaba!

— se movían entre ellos preparando la madera del día siguiente. Cuando el castillete se desvaneció a nuestras espaldas, un hombre, que acompañado de un acordeón cantaba a pleno pulmón, terminó de borrar el sombrío reconocimiento de lo que era mi vida, una realidad que me esforzaba por olvidar. Aparecieron las hogueras de los hornos de coque, poniendo melancolía en la noche; la lámpara de un minero se movió sobre ellos, allá, en las alturas de la noche… Después todo fueron sombras. Tan sólo la luna, inmóvil sobre Punta Débiles, por donde amanecían los días en Valhundido, aclaraba un poco el mundo.

—Tengo ganas de llegar a casa, Landa; de que nos quedemos solos…

El viento comenzó a encolerizarse, trayendo nieve.

* * *

Tres días duraba en Valhundido la luna de miel de los mineros. Como queriéndola respetar, fue el amanecer del jueves el que acercó la tragedia.

Alguien aporreaba nervioso la puerta y encendí la luz. Selva despertaba en aquel momento.

—¡Ay, Dios mío, se nos va Gago!

—Me temo que sea eso…

—¡Landaaaa! —llamaba alguien, impaciente.

—¡Es Antón!… ¡Ya voy!

—Sí, es Antón…

Me puse los pantalones y salí a abrir. El picador, antorcha en alto, enrojecía las tinieblas, azotadas por la ventisca.

—¡Vamos, Landa! Gago quiere decirnos adiós. El cura ya le dejó «listo».

Volví a la habitación. Selva, echándose el abrigo sobre la espalda, se disponía a acudir a la puerta.

—Se muere Gago…

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Anda, acuéstate…

—Voy contigo, Landa. Es por Rosalía, que no esté tan sola.

—Habrá gente. Acuéstate te digo.

—Sí, Landa…

Abandoné la habitación. Selva ya lloraba.

—Vamos, Antón…

Cuando golpeó la puerta a nuestras espaldas, los vientos parecieron arreciar, persiguiéndose encolerizados por entre los

desfiladeros que rastrillaban el Valle.

—Pobre Gago.

—Sí, pobre Gago…

Levanté los ojos hacia la vivienda del barrenista. Allí, dentro de aquella vieja casucha, estaba en aquel momento resolviéndose un drama más de la minería. Arriba, a caballo de las cortas colinas, como adivinando, dando ya la bienvenida a la nueva pupila, se iluminaron algunas ventanas de los hogares olvidados, de aquellas viejas viudas mineras que se retiraban lejos para que nadie turbase su soledad. Allí iría a vivir Rosalía, formando parte de aquel círculo de resplandores, del círculo de recuerdos; de allí bajaría una vez a la semana, enlutada, enlutadas, esquivando a las gentes —porque así estaba establecido que se respetaba mejor la memoria del difunto— para comprar algunas vituallas y asistir a las misas. Luego, con la llegada de la noche, encenderían sus luces, en una oración al Dios escondido. Estaban rezando.

Cuando llegamos a la vivienda, Antón golpeó quedamente la puerta. Angelón salió a abrirnos. En la habitación del dinamitero, uno a cada lado de la cabecera, como montando la última guardia, se encontraban el señor Marcos y Vitelón. El barrenista, entre bruscos hipos, de esos que pueden traer la muerte, deliraba. Tenía los ojos vueltos hacia adentro, como contemplando su espíritu empezando a languidecer, preparándose para la Gran Respuesta.

—¿Qué pasa, Gago…?

No contestó. En el brillo de sus pupilas, por donde asomaba un velado terror, yo creía adivinar dos senderos negros y estrechísimos, a través de los cuales avanzaba despreocupadamente la muerte. Tenía las manos crispadas sobre un crucifijo, sucio, goteando la sangre escupida por los vómitos, salida de aquellas entrañas cavernosas… ¡Aquel rostro consumido por la tisis! Por un momento logró reaccionar y clavó sus ojos enfermos en los de su Rosalía. Gago parecía, más que angustiado, atónito, como si nunca en verdad hubiese creído en la muerte y su proximidad borrase en él toda resignación, convertida ya en horror hacia lo desconocido…

¿Estaría muriéndose Gago? ¿Así terminaría aquel viejo luchador, vencido al fin por tanta pelea, por tanta mina? Vivía, aunque ya asomándose al borde de la nada, porque se había empeñado en ello, quizá porque estaba habituado desde niño a sobrellevar trabajos forzados… ¿Y ahora qué? Él se había hallado siempre en los sitios más peligrosos, en el arranque de la piedra o el carbón; era uno de aquellos que, con menos ánimo que él, fueron a la horca o al Pantano sin poder oír una voz conciliadora que les dijese a la hora

de morir que su sacrificio sirvió para algo, que los salidos de su tronco verían crecer sobre sus huesos un mundo mejor. Despreciados, siempre despreciados por los dioses omnipotentes del dinero… Sí, ¿y ahora qué?

«Te vas, Gago, se convertirán en polvo esos brazos, largos y deformados por la enfermedad; ese pecho, siempre generoso y ahora agujereado por la tuberculosis y la sílice… ¿Desaparecerás para siempre, amigo Gago…?, ¿te vas para siempre…?»

Sentía un íntimo dolor y me acordé, ¡como tantas veces!, de Roxo, cuando mi padre me dijo que fue a lavarse al río porque pensaba ahorcarse con la llegada de la noche. Y de sus compañeros de tragedia, de Felipe, del Cauto, de Manolín, de Crispín y Rafalón. En aquel momento, como en un sufrimiento vertido hacia adentro, todo me invitaba a huir, como cansado de pasarme los años contemplando penas; a escapar de aquella casa y de aquella cuenca; a librarme de mi destino: ganar el pan a cambio de dejar el pellejo, cuyo fin le veía escrito tempranamente en la desnudez de aquella muerte que venía hacia Gago. Huir donde pudiese sentir mi juventud y olvidar que, si aún era joven, no tardaría muchos años en convertirme en un Gago más.

«Pasarse la vida arrostrando peligros y muertes; contrariedades, amenazas, desilusiones que nacen cuando se quiere hacer algo por los demás, cuando debes enfrentarte con gentes que se humillan y humillaban luego; y otras, calladas siempre, en busca de reposo. Y después él golpe final, resignarse a ser arrollado por la enfermedad, por acontecimientos que se adivinan adversos, dirigidos por un sino hereditario…»

Como en mis peores momentos, se volcaban, se vaciaban mis grandes esperanzas; me abismaba en sensaciones que robaban interés a todo y hasta quitaban las ganas de vivir. Un llanto seco, sin que lograse saber exactamente el origen de aquella angustia, me oprimía el pecho. ¿Sufría por Gago?, ¿por mí…? ¿O por las gentes de mi Valle? De lo único que estaba seguro era de mi súbita ansia de paz, de irme…

Gago estaba mirándome. Rápidamente recobré mi serenidad, fría, inmutable.

—Landa… Mi sobrino cura… ahora sí…

«Sí, Gago. Ahora sí…»

El dinamitero movía los labios. Estaba rezando. Yo intenté imitarle, orar por él, y la plegaria fue brotando ausente, distraída. Rogaba porque descansase en los últimos momentos de su vida, porque reposase después en el nicho, junto a mi padre si podía ser.

Gago, el viejo luchador por sus semejantes, nunca moriría en el Valle. De su tumba surgiría una llamada amable porque así fue en vida; y el recuerdo de su desinterés y su ánimo combativo en busca de un mundo mejor. Un recuerdo que nos empujaría a seguir adelante, ya convertido en guía y ejemplo, porque los hombres como él crecían bajo tierra.

«Sí, Gago. Ahora sí…»

* * *

El dinamitero estaba muriéndose poco a poco y aún se despedía de su hija Rosa, llevada por el Alarido hacía de esto veintitantos años.

—Están llamando a la puerta, Rosalía.

—No, Gago, no llama nadie.

—¿Será que «Me llama»?… ¡No quiero morir, Marcos!

—Calla, Gago, no te hace bien hablar. No morirás, pero cuando nos llega ese momento, debemos resignamos. Y tú más que nosotros, tú, que cumpliste con la vida como un verdadero hombre.

El silicoso se rebelaba aún contra su suerte. Apretó el crucifijo contra su pecho y pareció serenarse. Así, con los pulmones podridos, pero erguido, arrogante el alma porque el futuro dejó súbitamente de asustarle, pareció disponerse a ir al encuentro de la Vida.

—Están llamando, Marcos.

—Sí, Gago. Es que vinieron a preguntar cómo te encuentras.

—Landa… acércate, Landa…

No pudo seguir hablando. Apretó mi mano para hacerme conocer lo helada que era la muerte y con los ojos me dijo adiós.

Empezaba a morirse su cuerpo, se iba quedando frío. El barrenista sacudió unos instantes su armazón de huesos. Luego dejó escapar un asqueroso vómito que cubrió los pies del Cristo…

El señor Marcos le cerró los ojos.

Rosalía lloraba, arrojando al exterior lágrimas y lágrimas, como temerosa de que la quemasen el corazón.

¿Qué habría querido decirme Gago? ¿Por qué me llamó precisamente a mí en el último momento?

* * *

Un hombre más había caído en la larga batalla del trabajo, un

epitafio más se alzaría en el cementerio de Valhundido.

El nuevo día asomó por la ventana para ver a Gago metido en un cajón sin forrar, con cuatro cirios velándole. Tenía la boca un poco entreabierta y una lágrima bajo los párpados. De aquel hombre, ya descansando, emanaba una reconfortante placidez. Alguien le había subido el cuello de la chaqueta, tapando la cicatriz que en su cuello estampó la dinamita. Los cabellos, peinados; las manos en cruz, sobre el pecho, aferrando, con esa fuerza que proporciona la muerte, el crucifijo de yeso, ya limpio…

Rosalía le acariciaba la cabeza en movimientos iguales, obsesivos.

—Hay que sacarle, Rosalía…

—Espera, espera un poco…

Aquellas frases se repetían desde hacía dos horas.

Al fin, el Patriarca consiguió que nos fuésemos. Hilario Potencia y Vitelón levantaron el féretro; detrás, Antón y yo les imitamos. Poco después salíamos a la carretera, donde se hallaban congregadas gentes venidas hasta del último rincón del Valle. Una enorme corona, enviada por el Sindicato, se puso al frente del cortejo. Escoltándola iban los familiares y la directiva, entre la cual se encontraban el hombre de la voz cascada y el abogado Hileras. Tras ella se alargaba una gran multitud. Los niños llevaban flores y las mujeres lloraban, mezclando sus lágrimas a la lluvia del cielo, también sollozando, simbolizando la pena del Valle por la muerte de uno de sus mejores hijos; de Gago, caminando sin prisa hacia el cementerio.

A lo lejos marchaba otro cortejo. Debía tratarse de un antiguo campesino. Una mujer iba en cabeza, pregonando a gritos las virtudes del difunto. Pidiendo camino, resonaba lúgubre un cuerno de caza.

Los muertos, los muertos… Había días en los que parecían reunirse en asamblea. Manuel, el hombre que enseñó a barrenar a Felisandro, matado por la misma quiebra que aplastó al campesino cuyo último andar iba pregonando el cuerno de caza, sería enterrado también aquella tarde.

* * *

Un hoyo y Cándido, el sepulturero. La gente lanzaba a los vientos su oración de despedida, que llegaría mojada al cielo porque llovía mucho. El cura se fue y se fueron todos. Yo quedé solo frente a la tumba reciente, frente a Cándido, canturreando mientras

con manos de maestro iba recogiendo la tierra de los extremos del sepulcro. Como quien arregla el embozo de una cama, el viejo enterrador perfilaba la última morada de Gago.

Cuando terminó, se echó la pala al hombro y se dispuso a alejarse, seguido de sus perros.

—¡Oye! —exclamé, como movido por un súbito pensamiento—. Escucha… ¿Sabes que me gustaría que me guardases un lugar junto a Gago?

—¿Ya estás pensando en morirte y te acabas de casar? —refunfuñó sin detenerse.

—¡Qué tiene que ver!… —exclamé yendo tras él—. Si lo haces estaría dispuesto a invitarte a media botella siempre que te encuentre por ahí —procuraba aparentar despreocupación—. Tú sabes que Gago sabía muchas cosas de la otra vida y nunca viene mal largarse para allá con un conocedor. ¿Lo harás?

—Hombre, si es por eso… ¡de acuerdo!

—¡Por la botella, hombre, por la botella! —intenté sonreír.

—¡Anda! —me empujó familiar—. ¡Que estás peor que una chota con tres cuernos!

El viejo enterrador se fue. Y sus perros también.

* * *

Cuando me dirigía hacia la puerta, una pareja de mineros, con caras compungidas, abandonaban el depósito de cadáveres. Me acordé que Manuel estaba allí y entré a verle. En aquel momento se hallaban haciéndole la autopsia y no sé por qué me acordé de aquel día que Pepito el «exquisito» me dejó montar en su caballo. Éramos muy pequeños pero, por uno de estos caprichos del recuerdo, no había olvidado aún cómo crujía el cuero de la silla. Así, exactamente igual, crepitaban los fibrones del tejido al ser abiertos por el bisturí, una hoja que parecía quejarse, mellada por la sílice microscópica.

El pecho de Manuel quedó abierto, ofreciendo una masa gris, matizada en negro la superficie pleural. Allí estaban sus pobres pulmones, como dos esponjas sucias, presentando al cortarlos, para que el parecido fuese mayor, celdillas donde se hallaba concentrada la sílice, reunida en algunos sitios en bolillas tan grandes como guisantes.

El médico los tomó, y aquella masa pulmonar, de la forma y tamaño de un testículo de toro, tembló en su mano como si fuese membrillo blando, atravesado por hilos de sangre roja, tan delgados

como cabellos. De ella caía un líquido serosanguinolento, sucio…

Manuel, los pulmones de Manuel. La segunda muerte, la «muerte sorda»…

Los médicos y un escribiente. Como casi siempre que alguien se mataba en la mina. No había nadie más…

Se hallaba detrás de mí y no le había visto. Felisandro, pintado en su semblante un horror que parecía a punto de enloquecerle, asistía al «descuartizamiento» de aquel Manuel que conoció su caída en el «infierno».

—¿Qué hay, Felisandro? —murmuré, como temeroso de romper aquel silencio de nicho descubierto.

No contestó.

* * *

Cuando, después de haber estado largo tiempo en compañía del señor Marcos consolando a la viuda, a la que no abandonaban un momento mi madre y Selva, me dirigí hacia casa, iba pensando en los motivos que me obligaban a deber unos litros de vino. Y reconocí que, aunque tal vez de una manera velada, mi vida seguía girando en torno al recuerdo de mi padre.

Me crucé con el Auténtico. La muerte de Gago debía haberle impresionado profundamente. Sin duda que a ello se debió, queriendo dejar atrás una pena más, el que cogiese una fenomenal borrachera. Vacilante por los años y el alcohol, iba por la carretera cantando a grito pelado:

Sí quieres ser feliz
y vivir con alegría
toca la flauta
¡noche y díaaaaa!

* * *

Al día siguiente, al salir de la mina, comí un bocado de prisa, y, seguido de una docena de hombres, nos encaminamos hacia la montaña. Cuando llegamos a la «Sala», ya nos esperaba el Manitas. Era él quien dirigía la construcción del pedestal, a punto ya de terminarse. Tenía especial interés en inaugurar el monumento lo antes posible, como un homenaje a Gago, uno de los hombres que

mejor representados estarían en él.

Una semana después poníamos fin a la tarea. El Manitas trajo el mausoleo —para el traslado estrenó el carro que le regaló el Sindicato— y tras un par de horas de manipular con cuerdas y palancas, valiéndonos de una rampa de tierra que llegaba hasta la cima de la peana, alta de tres metros, encaramamos en ella la escultura. Ahora, ya alzado el hombre de piedra sobre la cresta rocosa, la obra resultaba impresionante.

Anochecía cuando retornamos. Proyectándose sobre el rostro noble del «Minero», animándole con sus reflejos, la antorcha que dejaron encendida los hombres de la «fiebre» parecía gozar de tener alguien a quien servir.

* * *

Al domingo siguiente tuvo lugar la inauguración oficial. Gentes venidas de todas las regiones circundantes, y otras muchas de la capital, se unieron a nosotros, al Valle entero allí presente.

Había amanecido el día espléndido pero a eso de las doce, poco antes del acto, el cielo se encapotó, comenzando a soltar una llovizna sin brío y tenaz. No importaba; había demasiada felicidad en los corazones de todos los presentes porque empezaban a comprender que nuestra misión en la tierra debía ser algo importante cuando merecía un monumento como aquél. Ellos, más que yo, se sentían invadidos por una dicha desconocida y fértil de la que se podría extraer —pensaba yo en aquellos momentos— los mejores frutos. Si tomaban conciencia de su valor, si reconocían que debían ser tan hombres fuera de la mina como dentro de ella, su revelación humana, que llegaría únicamente por la senda de la autovaloración y la cultura, encontraría ya abierto el camino.

La ceremonia fue sencilla. Primero hablé yo, recordando a los caídos, a los Gagos que, con su ideal y su trabajo, supieron señalamos el Gran Camino. Luego lo hizo el hombre de la voz cascada, quien, después de poner de manifiesto la fuerza que iba tomando en todo el país el Sindicato, rindió un emocionado homenaje a los mineros muertos. Finalmente tomó la palabra el señor Marcos. Insistiendo en el significado de aquel mausoleo, símbolo de una nueva etapa, anunció que el Sindicato abriría su propia escuela, que se crearía un ambulatorio y que la Biblioteca vería multiplicadas sus secciones.

Habló largo tiempo, pausada la palabra, para terminar diciendo:

—Gago ha muerto. Todos le conocíais… ¡que descanse en paz!

Ante una atronadora salva de aplausos, el Patriarca descorrió el lienzo que cubría la inscripción. Los que estaban más cerca lo leyeron en voz alta y sus frases fueron corriendo de boca en boca…

A los patriotas silenciosos…

—¡A los patriotas silenciosos…! —repetía la multitud.

A los héroes fecundos
muertos en el trabajo,
¡PAZ!

—¡Paz!… ¡Paaaz!… ¡Paaaaaz!…

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XXI
EL TIRÓN DEL PASADO

Y la paz fue larga.

Tan larga que duró tres años. Los vientos de la cordillera habían soplado durante aquel tiempo mansamente, como queriendo cooperar a la tregua que tuvo su colofón en una primavera que amaneció dulce, penetrando temerosa entre tanta nieve y montaña. Ya crecía alguna planta, allá arriba, lejos del carbón; algunos pájaros vinieron a juguetear con ellas, alegrando los ojillos de cerdo del tío Mañón. La vida entonces parecía dueña de un aroma misterioso, tan distinto de los demás aromas; resonaba pura y orquestal en la cuenca de Valhundido, adormecida bajo la larga paz. Pasaban los días tranquilos; y las noches, viniendo suavemente a abrevar en la luna y las luces de la aldea. Y en las crestas, en el cerco funerario que pintaban los candiles de las viudas mineras, entre las cuales ya llevaba largo tiempo aposentada Rosalía, la de Gago el silicoso.

En el silencio de la victoria, tan sólo turbada por la inquietud que entre la minería causaba la mala ventilación del Pozo, el Valle había ido progresando, dando definitivo curso a algunas de sus más anheladas aspiraciones. Según los planos que nos envió el técnico belga Mr. Kope, regresado hacía tiempo a su hogar valón, y ayudados, un poco secretamente, por el ingeniero jefe de personal señor Manchera, el Sindicato había construido una hermosa escuela. Sofía, a la que seguían llamando la «Borrica», y Petrarca, el «poeta-fotógrafo», un poco en baja su «negocio» por la llegada de algunos retratistas ambulantes, fueron nombrados maestros. Tres más, con título oficial de Magisterio, llegaron de la capital para organizar y hacerse cargo de la enseñanza de otras tantas aulas.

Escritos al dictado, problemas, geografía, historia… Al Patriarca le brillaban los ojos, humedecidos por las lágrimas; aquellos ojos, lesionados por el desprendimiento de retina ocasionado por un

accidente minero, en los que la noche comenzaba a caer definitivamente. Ahora había quien decía que aquel suceso fue una suerte para el Valle, ya que de otra manera el señor Marcos habría muerto hacía tiempo. Y así hubiese sido porque los mineros no acostumbraban a vivir tanto. Angelón, el Auténtico y otros como él, suponían una verdadera excepción. Al primero parecía mantenerle en pie su odio a la sociedad; al segundo el alcohol.

El Patriarca ya no veía a más de media docena de pasos, se iba quedando ciego mansamente, sin que le importara demasiado. Parecía ir renunciando a la vida animado por una melancolía que daba a su rostro una gran serenidad. Cada día más unido a la mina y a la minería, la inauguración de la escuela, ya levantado el monumento a los mineros caídos en el trabajo, fue una especie de bendición que le alegraría el resto de su vida. Mayor gozo aún, o al menos tan hondo, significó la instalación —en esta obra, y gracias a los buenos oficios del hombre de la voz cascada—, fuimos ayudados por la Central del Sindicato, del dispensario. Con ello se ponía fin a aquella connivencia entre los médicos, parientes de los empresarios, y éstos; terminaría, pese a que los únicos valederos seguirían siendo los certificados oficiales, aquel dicho: «Si estás en segundo grado de silicosis, dirán que en primero; y si en primero ya estás con un pie en el hoyo», tan irónico como amargo.

Un sabor a aire limpio comenzaba a presidir la vida minera.

Aquella clínica, abierta un año después de la escuela, trajo al Valle grandes venturas. Amainó la mortalidad infantil y la de las parturientas. Hasta los silicosos parecían resignarse a terminar sus días sin necesidad de colgarse de un árbol o zambullirse en los cienos del Pantano. La pacífica revolución caló tan hondo que llegó a manifestarse hasta en los menores detalles, en el aspecto mismo de la aldea, arregladas las paredes de las casas, pintadas ahora de blanco. Era verdad que el polvillo y los humos pronto las ennegrecían, pero, como puesto el vecindario de acuerdo, no tardaba en llegar la nueva mano de cal que volvía a dejarlas «guapas como una novia», que decía el desmoralizado Felisandro.

También era verdad que la gente seguía bebiendo. Sin embargo, aumentaba continuamente el número de mineros que a la salida del tajo se pasaban por la biblioteca en busca de un libro. En general, el nivel de las conversaciones iba elevándose, apartándose un poco de las quiebras, las mujeres y el juego. Una buena prueba de ello era que en los Jurados de Empresa, mediante los cuales íbamos solucionando serenamente los conflictos laborales, ya no formábamos parte siempre los mismos. O al menos nos

acompañaban otros. Un saludable relevo permitía a los hombres de la fosa contar con un nutrido núcleo de representantes en los que poder confiar. Ello suponía un buen tanto ya que la Empresa no parecía haber cedido definitivamente, manteniéndose en una expectativa con la que rompía cuando menos se esperaba para demostrar su superioridad de una forma que indefectiblemente conducía al encarcelamiento de alguno de nosotros. Entonces recomenzaba el papeleo. Salían a relucir, sobre todo en mi caso, los procesos anteriores, se instruían otros nuevos… ¡viejas historias! Aquellas revanchas no solían tener, debido al frente unido que ahora formaba la minería, graves repercusiones. La última vez que debimos manifestar nuestra fuerza fue cuando la cuenca se cansó de que, sin que nadie supiese exactamente de qué le acusaban, tuviesen encerrado tanto tiempo a Javier, el ayudante de juez.

Salió en libertad y poco después pasaba a formar parte del equipo del abogado Hileras.

Sí, habían perdido eficacia muchos de los viejos trucos patronales. Aquel, tan socorrido, de hacer detener a un minero, generalmente de los que más se significaban, para, pretextando sus antecedentes «penales» poder licenciarle impunemente, era agua pasada. Igualmente ocurría con los desalentadores y célebres cartelitos: «No se admiten asociados» que, por ser la más enérgica medida antisindical, tantos trastornos nos causó. La facultad de los capataces para poder expulsar al que creyesen conveniente; o la de la Empresa, de modificar en cualquier momento el reglamento, con las enormes injusticias que tales prácticas entrañaban, también marcharon a mejor vida.

Eran cosas pasadas. La minería, gracias a medio centenar de hombres que nos empeñamos en ello, comenzaba a respirar. Y los hijos y las mujeres de los muertos, que ya no se sentían tan desamparadas. Y los mutilados del trabajo; y los hombres de los pulmones podridos por la roca pulverizada. Mucho había costado traer a la cuenca un poco de justicia, que en el Valle se pudiera vivir sin tanto temor. Allí estaba, sin embargo, la realidad.

No ocurría igual en los cotos vecinos, en el Enquistao por ejemplo, que andaba revuelto, hostigados los trabajadores por la Empresa, debilitados también por la colisión de dos Sindicatos, combatiéndose abiertamente. El Enquistao se encontraba exactamente en el terreno que nosotros habíamos abandonado hacía casi un lustro.

Sí, en el Valle se «respiraba» mejor. Era, sin embargo, en sus entrañas, en las profundidades del Pozo, donde el aire, desgastadas

o insuficientes las instalaciones de ventilación, se agolpaba espeso, sucio, animando al grisú siempre acechando…

Allá abajo nos olvidábamos de la escuela y el ambulatorio, de las mejoras conseguidas y las por conseguir, enfrentados con un peligro que se presentía mortal.

Era aquella la única nube que turbaba la paz de Valhundido. Y que amenazaba, si la Sociedad no se decidía a proporcionar el oxígeno que necesitaban los pulmones mineros, con empujar a la gente a reanudar las viejas luchas.

La catástrofe del año diez estaba presente en el recuerdo de todos. Y no sumaban muchos los valientes que dejasen de temblar ante aquel gran enterrador de hombres que era el grisú.

El viejo monstruo que ensombrecía a los mineros y ponía angustia en el corazón de sus mujeres.

* * *

Una vez más entrábamos en el caserón donde la Empresa tenía instaladas sus oficinas, una vez más nos sentiríamos desalentados. A nuestras peticiones de aire, la Compañía respondía siempre con los mismos argumentos:

—Nos hallamos ante un trecho gaseoso y debemos pasarlo cuanto antes. El material de ventilación está en buenas condiciones. De todas maneras hemos pedido a Alemania nuevas turbinas y pronto podremos contar con ellas…

—No hay aire, señor director. Están los muros calientes y el polvo y el carbón nos impiden trabajar. Nos va a dar el Pozo un disgusto. El otro día a un picador le dio un ataque de locura y…

—No tuvo la culpa la mina. Además, fue transitorio. Ya está otra vez en el tajo. No fue nada…

—No fue nada… ¡pero lo será si no meten aire limpio en el Pozo!

Nos prometían que volverían a revisar la conducción. Sin embargo, para la Compañía lo interesante era que «saltásemos» el trecho invadido; que dejásemos atrás las bolsas, repletas de gas de los pantanos, que nuestros martillos perforaban día a día.

—Un día se cansará el grisú de que le pinchemos y…

Una reunión más había terminado. Cuando se cerró la puerta a nuestras espaldas, Enpazdescanse dio rienda suelta a su malhumor:

—¡Nada!, ¡no se puede con ellos! ¡Por no gastar un duro, prefieren que nos entierren a espuertas!

—¡A nosotros! —le rectificó el puntilloso Verrugas, uno de los

«repescados», como llamaba el Patriarca a los que ahora frecuentaban la biblioteca—. ¡Tú ya trabajas en el exterior!

—Bueno, a vosotros —aceptó el viejo picador un poco a regañadientes, como avergonzado de haber abandonado la fosa—. La cosa es que, ¡o dan aire o sopla el grisú!

—Quizá lo dejemos atrás… —quise conformarme—. Esta mañana se «olía» menos.

—Será en tu rampa, que en la mía… —dejó caer el Marquesita —. ¡Allí está la muerte como dormida!

—¡Vaya, hombre! —rió forzado el Verrugas—. ¿Dónde aprendiste esa frasecita?

—¡Cómo no la voy a aprender si le siento soplarme en el culo!

—Ya que la tienes a culo, ¡sóplale tú a ella! —opinó Casiano de buen talante—. ¡No se merece otra cosa!

—¡Claro!, tú como estás en la galería…

—Cuando explota, explota para todos, amigo.

—No sé, entonces, cómo lo puedes tomar a broma.

—Esperaremos un poco a ver qué pasa…

Tras unos momentos de silencio, se alzó la voz grave del Patriarca, quien caminaba cogido de mi brazo:

—Sí, Landa, está la cosa mal. Lo dicen todos. Es momento de enfrentar seriamente el problema. Si no llegan las turbinas…

—¡Ya podían estar aquí! —le interrumpió Antón—. Y si no protestamos, no las piden hasta que oigan ruido.

—¡Siempre fue así! —exclamé—. Cuesta dinero y a los ricos les ciega el oro como a nosotros la necesidad y el peligro. Luego pasa eso, ¡nos volvemos brutos y cualquiera de los dos comete una barbaridad!

—Con lo fácil que sería repartir un poco…

—¡Ya reparten! —intervino Casiano—. ¡Para ellos los billetes y para nosotros el grisú…! Bueno —sonrió— me voy que si tardo mi Búffalo Bill prepara pronto el rifle.

—Adiós, domado, ¡que te sea leve! —le despidió Enpazdescanse.

Poco después se disolvía el grupo. Cuando quedé solo con el Patriarca, y después de dudar unos momentos, me preguntó:

—¿Ya sabes que Carolina tuvo esta mañana un hijo?

—Sí, lo sé… Lo importante —aparté bruscamente el tema— es que antes de una semana pongan una turbina más fuerte.

—Pesa cuatro kilos. Me da la impresión de que se parece a ti.

No contesté y el señor Marcos terminó resignándose. Le acompañé a casa y tomando un atajo emprendí el regreso hacia la mía. El camino pasaba ante la choza del Empachao, en cuyo

cercado el viento hacía dibujos con la hierba. Junto al prado, derretidas por la primavera, las nieves saltaban alegres en dirección al río; y otras que, rejuveneciendo el tapiz del Valle, sufriente siempre bajo el aliento de los ácidos quemados por el Carmelón y los hornos de coque, bajaban de la cordillera. Los hombres, ya en mangas de camisa, sentados ante las puertas de sus viviendas, me saludaban a gritos, con voces roncas y catarrosas, preguntándome por el resultado de la última gestión.

Me acercaba a casa cuando descubrí a mi hijo Landa. Estaba jugando con su hermano en la rotonda que se extendía a un costado de la construcción. El también me vio porque corrió terraplén abajo, hasta la senda. No sé por qué en aquel momento me acordé de mis años de niño, cuando un día bajaba del Grupo alumbrando la marcha de las camillas y Selva vino a saludarme…

«Me cogió de la mano y marchamos hacia la carretera; el cortejo nos seguía. Yo me sentía orgulloso de mi hazaña; y ella, participando de aquel acto importante. ¡Qué tiempos aquéllos!… Verde quedaba arriba, muerto…»

—¡Pade!, ¡pade! —me llamaba el chiquillo, corriendo a mi encuentro.

Me agaché y, extendiendo los brazos, al igual que hacía mi padre cuando Carolina iba en su busca a la salida del Pozo, esperé que el crío cayese entre ellos.

—¡Pade!, ¡pade!

El chico, una vez que se vio aupado, inició aquellas maniobras que parecían encantarle. Poniéndome perdido de barro y de polvo, agarrándose a mis orejas y mis cabellos, logró al fin sentarse a horcajadas sobre mis hombros. Sin duda que la operación resultaría más fácil si yo le subía directamente, pero aquello no entraba en sus cálculos. Mi hijo era terco como él solo. Selva aseguraba que había salido a su padre.

—¡Mira, Marquitos nos está saludando!

Mi hijo pequeño, viéndonos acercar, nos hacía manitas.

—Nene, malo, ¿verá, pade?, ¡no quere mimí! A él no lapi y papé, ¿eh?

—No, a él no. Sólo a ti.

—¿Ahora, pade?

—Sí, ahora. Nos ponemos a trabajar y Marquitos y mamá fuera, ¿quieres?

—Sí… ¿y me compas camelos?

—Muy pedigüeño estás tú hoy…

Cuando nos acercamos al pequeño, éste levantó las manos hacia

mí, dejando escapar una alegre risa. Sus ojos, tranquilos y oscuros, su pelo, más oscuro todavía; y aquella sonrisa continua, como si hubiese nacido para hacer un regalo a las gentes. Marquitos, con una cabecita que se adivinaba llena de ensueños, era un fiel reflejo de su madre.

Tomándole en brazos, entramos en la casa. Selva se hallaba afanada en preparar la comida.

—Aquí te traigo este par de hombres. ¡Toma! —le entregué a Marquitos—. ¡Tu hijo, que yo me quedo con el mío!

—¡Ay, qué rico es mi niño! —Selva, en uno de sus frecuentes arrebatos de cariño, le besó con tanta violencia que el crío rompió a llorar.

—Nene malo, ¿veda, pade? Llora sempe.

—¡No, hombre! ¡Es que le tocó en suerte una madre que parece un minero!

—¿Sí? —me preguntó Landa, ladeando la cabeza.

—Sí, ¿qué pasa? —contestó Selva, intentando besar al chico.

—Este déjale, que es cosa mía —le aparté, riendo—. ¿Verdad, gran jefe?

—¡Yo gan jefe! —asintió el pequeño, golpeándose el pecho con la mano.

De una manera instintiva, nos habíamos «repartido» los hijos. Tanto a mi mujer como a mí nos hubiese gustado que el segundo fuera niña, pero el destino no lo quiso así. Tal vez para el invierno tuviésemos en casa una Selvita y entonces me «llevaría» también a Marquitos conmigo. En aquella pareja me veía, tendría que encontrarme yo proyectado cuando las fuerzas y el ánimo comenzasen a flaquear, ya el ímpetu vencido por los años. Ellos, mis hijos, se encargarían de seguir recorriendo aquella senda que alguien inició, ya previsto el camino hasta el fin; de llevar adelante la antorcha de una tarea que, a través de los años, llegó a manos de hombres como mi padre, quienes la transmitieron a sus hijos para que nosotros la hiciésemos avanzar un paso más y, avanzando, fuésemos preparando el relevo. Aquello era simplemente una puntual sustitución de generaciones en aquel común hacer universal, y de todos los tiempos, que se llamaba Justicia. Un hacer por medio del cual llegaría el país y el mundo entero a encontrar la paz.

Allí, en mis brazos, tenía el relevo, Landa, el chico de la mirada triste; de constitución maciza y modales algo brutales. Cumplidos ya los tres años, le observaba, le veía fluir; veía el pulso vivo de su formación, robustecerse. Alto para su edad, adquiriendo un grave

porte cuando se enfurruñaba, tensos los labios en un gesto de voluntad, el chico tenía algo especial que me hacía contemplarle embelesado. Él también parecía con deseos de entrar en la vida tempranamente.

—¡Un día te lo vas a comer con los ojos! —exclamó Selva, depositando al pequeño en el interior de la andadera.

—Y tú a Marquitos, ¡estamos iguales!… Hala, dale de comer que luego nos toca a nosotros. Mientras, me voy con Landa a hablar de nuestras cosas, ¿eh, gran jefe?

—¿Y yo lapi y papé?

—Sí, tú lapi y papé.

* * *

Cuando, ya en el comedor, le senté en su alta silla, saqué del cajón de la mesa su entretenimiento favorito.

—Toma —le entregué su lápiz, un enorme lapicero rojo, y una cuartilla de papel—. ¡A ver qué pintas hoy!

—¿Tú tabajá, pade? —me preguntó comenzando a emborronar el papel.

—Sí —repuse cerrando la puerta—. Vamos a trabajar los dos como dos hombrecitos. ¡Hala, tú a dibujar un castillete y un tren!

—¡No! ¡Yo quero dibujá la medala!

—¡Te la sabes ya de memoria, hombre! Anda, pinta una vagoneta.

El muchacho insistió hasta salirse con la suya. Tomé del cajón de la cómoda una de las medallas que gané en África y, después de mirarla unos instantes con agradable nostalgia, la dejé sobre la mesa.

—Toma. ¡Y a ver si no pintas una cruz que parezca un molino!

—¡No, pade! —repuso el muchacho jubiloso, acercando la medalla hasta colocarla bajo su nariz.

Yo abrí mi carpeta, separé los libros de los cuadernos y periódicos y, sintiendo en mi brazo desnudo el contacto de la Medalla del Mérito Militar, comencé a escribir, copiando y creando, una página más de aquello que, sin proponérmelo expresamente, se asemejaba tanto a un nuevo «testamento», una recopilación de lo que quería que mis hijos supieran si un día la mina me llevaba antes de que pudiese transmitírselo de viva voz.

«Los procesos reivindicativos son laboriosos, pero tan laboriosos como sean iremos recorriéndolos, acercándonos, aunque por el momento sea sólo idealmente, a una sociedad en la que el hombre,

partiendo de igualdad de oportunidades y de educación, ejercerá una función libremente elegida. Dentro de cada función, el hombre estará situado con arreglo a su capacidad y esfuerzo. Concretamente: igualdad inicial, jerarquía móvil, función estable. Sobre esta plataforma desplegaremos nuestro sistema económico-social: Los medios de producción en manos del factor Trabajo; empresas organizadas como comunidades de trabajo, con propiedad mancomunada; participación en común de beneficios y, en la medida de lo posible, gestión común. Las comunidades de trabajo, organizadas en Sindicatos por ramas de producción; los Sindicatos, reguladores de la producción y financiadores de su desarrollo, mediante su propio sistema crediticio sindical. En este sistema (que se diferencia de los otros dos hoy en pugna, uno que atribuye la propiedad de los medios de producción al Estado y otro al Capital) se los atribuimos al sector Trabajo y el Estado se limitará a observar una superior vigilancia.

Así nos acercaremos a la meta, a la supresión de esa oligarquía colonialista que, ayudada por el imperialismo, por el capitalismo internacional, detenta un efectivo poder sobre vidas y haciendas. Los terratenientes poderosos, alzándose violentamente contra todo intento de reforma agraria; los fuertes caciques del comercio y la industria, especulando al margen de toda idea humana o de nación, forman aún un bloque, una fortaleza inhumana a la que nos acercamos, que conquistaremos, como ya nos apoderamos de algunas de sus defensas: aumento de salario, disminución de la jornada, derecho de asociación, etc. Nos ha costado sacrificios, huelgas, la mejor arma, tal vez la única arma de que disponemos para enfrentarnos a las maniobras del patronaje, patronaje cada vez más apurado debido a que la gente del trabajo ya ha tomado conciencia de sus derechos. Ahora ésta exige garantías, pide y sabe hacer valer sus razonamientos.

Aún hay mucho por hacer, esto es verdad, máxime cuando sabemos un Estado dominado ideológicamente por los prejuicios capitalistas, liberal con las subidas de los precios, dictatorial con los sueldos, táctica que merma nuestros salarios, aumentando la jornada de trabajo aunque teóricamente se mantengan las mismas horas. Su lema ya le conocemos «Producir más y repartiremos mejor», cuando lo humano sería decir «repartamos mejor y produciréis más».

El Sindicato, que aspiramos a que sea Uno, el mismo para todos los que trabajamos en la misma profesión, una representación auténtica y ejercida ante los poderes por unas minorías, por unos

jefes naturales nacidos de la masa trabajadora, será quien hará de guía, quien nos recordará que nunca debemos perder de vista el carácter revolucionario de nuestra acción, tendiente a la creación de una nueva sociedad. Ya pasaron aquellos tiempos en que los obreros se agrupaban para pedir pequeñas cosas, pese a lo cual fueron rechazados, represaliados con violencia. Así consiguieron los poderosos que creciese nuestra fuerza, que naciese en nosotros la conciencia de que suponíamos un factor histórico decisivo. Ahora nos dan mucho más de lo que pedíamos en un principio, pero esto ya no es bastante. Nos prometen tratarnos mejor, pero siempre a condición de que sigamos siendo siervos, de que renunciemos a alcanzar un puesto directivo en el mundo que nosotros, más que nadie, mantenemos y movemos: un puesto rector del más alto rango en la vida política nacional. Rechazamos el que nos traten bien para que les dejemos tranquilos, sin que tengan que darnos cuenta de sus acciones importantes, como si debiésemos ceder nuestra significación de hombres ante las migajas que, obligado, va soltando el paternalismo capitalista. No, exigimos mucho más. El aplastante triunfo de las fórmulas financieras, el respeto a la vieja propiedad feudal de la tierra, armas con las que un puñado de señores tienen en equilibrio al mundo entero, deberá ir cediendo, al tiempo que nosotros iremos avanzando hacia la conquista de la propiedad de los medios de producción.

Ahí tenemos, el Capital y el Estado, repartiéndose la propiedad y la dirección del país. Pero nosotros nos preguntamos ¿y el Trabajo? ¿Acaso su contribución es tan insignificante que no merece hacer oír su voz? No, es una máquina colosal a la que todavía no se la ha permitido ponerse en marcha; más aún, a la que se la intenta destruir antes de que comience a funcionar, amenazada constantemente por la posibilidad de un reforzamiento de la mentalidad económica colonial de nuestra oligarquía. Y este es un peligro que sólo podemos evitarlo permaneciendo unidos, desencadenando, cuando llegue el momento, huelgas totales, derecho que nos iguala en parte a sus posibilidades de represalia y especulación, derecho sin el cual no hay diálogo posible…»

Selva entró anunciándonos que la cena estaba servida. Guardé, junto a los libros y periódicos, el artículo a medio terminar y, tomando a Landa en brazos, abandonamos el cuarto.

* * *

Entramos en la cocina y tomé asiento frente a la ventana, abierta

ante la agonía del sol. Mi hijo lo hizo a mi lado y durante un buen rato tuve que preocuparme de que comiese.

Hacía unos instantes que terminamos de cenar, cuando el crío se impacientó:

—¡A jugá!, ¡pade, a jugá!

—Hala, vamos…

Nuestros juegos eran siempre los mismos. El pequeño, oculto el rostro por una máscara que representaba un indio, me ataba a un árbol, golpeándome después con su hacha de madera. Luego me «cortaba» la cabellera. Entonces huía, perseguido por mí que, según las reglas del juego, ya había logrado desembarazarme de las ligaduras. Corría tras él, «disparando mis revólveres».

Landa tropezó y cayó de bruces. Cuando llegué a su lado, llamaba a gritos a la madre. Así solía terminar generalmente aquel entretenimiento.

—¡Ya estás haciendo llorar al chico! —asomó Selva la cabeza por la ventana—. ¡Ven aquí, hijo mío!

—¡Acusón! —le cogí en brazos, intentando acallarle—. ¿Tú crees que un llorón puede ser un gran jefe?

—Sí… —repetía haciendo pucheros.

—¡Vamos a ver!, ¿qué harás cuando seas mayor?

—Tabajá y peleá —contestó, ya más calmado, a la conocida pregunta.

—¿Y si te rompen la nariz?

—Yo rompo ota… ¡Yo gan jefe! —repetía su cantinela, aún hipando.

—¡Eso ya me gusta más! Ahora la cometa y echar un trago, ¿de acuerdo?

Tomamos el artilugio. Cuando Selva vio que nos íbamos, nos llamó escandalizada:

—¿Vas a sacarle así a la calle? Ten, duerme al crío —me entregó al pequeño— que voy a lavar la cara a ese cochino.

Mientras mi mujer aseaba a Landa y le cambiaba de pantalones, intenté dormir a Marquitos. Para ello, a modo de nana, le cantaba aquella copla que tarareaba el Auténtico cuando le encargaban el cuidado de algún nietecillo:

Pelona, pelona,
¡más pelona eres tú!
Pelona, pelona,
¡más pelona eres tú!

Landa, ya arreglado, volvió a coger la cometa.

—¿Vamos, pade?… ¡Yo quero cabalo!

—Mucha historia me parece. Mañana vendrá el Empachao y montarás en «Relámpago». ¡Hala, proa a la carretera!

Salimos al exterior. El viento hizo ascender rápidamente el volatín y, siguiendo con los ojos sus planeos, marchamos Camino abajo. Mi chico seguía volviéndose para despedir a la madre quien, meciendo a Marquitos, nos despedía desde la puerta.

Estábamos llegando a la carretera cuando una reata de críos, agarrándose a la cuerda de la cometa, nos obligaron a detenemos. Landa gritaba y me pedía ayuda, sin que yo le prestase la menor atención. La panda de pequeños nos persiguió hasta que llegamos a la tienda. En el umbral se encontraba el Dientes, quien de un ronco «bocinazo» les alejó.

Inclinándose sobre el mostrador, acariciando los cabellos de mi pequeño, la vendedora le ofreció un dulce.

—¿Qué quiere el jefecillo? ¿Otra golosina de estas tan ricas?

—A este no hace falta preguntarle, ¡camelos!

—Quero camelos, pade —repitió el chico, refugiándose entre mis piernas.

—Sí, hombre, sí, ya lo sabemos… Dale unos caramelos y a mí una cajetilla de picadura.

De allí nos encaminamos hacia la Casa del Minero. Estábamos acercándonos a ella cuando Cubadín nos llamó desde una taberna:

—¡Eh, par de hombrecitos!, venir a tomar un vasazo que eso va bien para las parturientas.

Repetidor, atraído por los gritos, acudió a la puerta.

—¡Señorito niño! —quiso halagarle—, ¡qué crecimiento tan intrínseco el de su humanidad!

Era su consabida frase.

Entramos en la cantina. Como asustado por tanta gente y humo, el chico me pidió que le aupase.

—¡Pade, adiba, pade!

Felisandro se aproximó a ver a su nieto. Le cogió en brazos y acercándole al mostrador, le ofreció una trucha.

—¡Si es Cubadín quien le convida le da una ración de ombligos! —rió Casiano que bebía un poco más allá.

—El chico aún «limboea» —le contestó el señalero—. De todas maneras, cuando crezca será sumamente conveniente que no se mezcle con prójimos como éste —señaló al caballista—. ¡Podría asfixiarse anímicamente!

—Ya me cuidaré de que no se roce con él —palmeteé amigable su espalda—. Y tú me echarás una mano, ¿eh, Repetidor?

—¡Yo, siempre que se trate de evitar los infanticidios, soy hombre en pie! —repuso ufano.

Felisandro me invitó a echar un tute y seguimos hacia la Casa del Minero, donde Tresemes y el Verrugas se ofrecieron a completar la partida. El chiquillo, al que entusiasmaba la radio, se entretuvo oyendo música mientras Satur, el sobrino del difunto Quintín, le hacía toda suerte de perrerías.

Cuando nos fuimos, la luna ya cabalgaba por encima del Valle, preparándose a refulgir sobre las noches y el sueño.

* * *

Los meses pasaban, sin prisa. El de diciembre nos trajo a Selvita.

Sí, había paz en el Valle. Tan sólo el aire, la falta de aire, ensombrecía el ánimo de la minería que laboraba en el Pozo. La ventilación, a modo de sangre de la mina, corría sin fuerza, podrida, por los túneles de la fosa. Tal vez debido a ello, aquellas fiestas de Santa Bárbara se presentaban poco animadas. En lo externo, los festejos se anunciaban parecidos, salvo en lo relativo a los concursos, a los de otros años. Comenzaron bajo un cielo nublado por los cohetes, poco después un barreno también arrancaba la mano a un muchacho y los gaiteros y tamborileros, rodeados de la chiquillería, recorrieron el pueblo invitando a la diversión y el olvido. El hombre del oso, aquel mismo de mi niñez, aunque ahora acompañado de distinto animal, pardusco y enorme, abría la marcha de la columna de carros. Como era usual, no faltaban los que conducían a «Los violentos», ya un tanto aplacados sus ímpetus belicistas. Cosme, el un día contrincante amoroso de Vitelón, convertido ahora en un severo vigilante, venía con ellos, aunque haciendo rancho aparte. Seguía soltero.

En la explanada, donde tenía lugar la feria del ganado, se extendían los tenderetes de los churros y las casetas de lona de los titiriteros. Ya había pasado a mejores tiempos aquel mercado de hombres regido por don Rosauro, uno de los tantos seres cuya debilidad se trocaba en soberbia y despotismo, seres que la Compañía gustaba de tener a sus órdenes. Aquel espectáculo de unos infelices quemados por el sol, de dentaduras podridas, manos de mono, de tanto recoger aceitunas y manejar la azada, ofreciéndose como cosas o mulas, había acabado y con él los servicios de la tía Magras, la carnicera que tanto sabía de hombres. Todo aquello desapareció. Como terminó también la vida de don Rosauro, atado a un tren para que muriese después de haber sido

arrastrado durante un buen número de kilómetros.

La paz suele llegar siempre algo manchada de sangre…

* * *

Las fiestas de aquel año fueron más interesantes porque, organizados por el Sindicato, por primera vez se efectuaban concursos de entibadores y caballistas. La pareja ganadora, a pleno aire y buena luz, cabeceó un «cuadro» y lo montó en menos de una hora. Los caballistas —un coladero había sido montado en la superficie y hasta él bajaba el carbón recogido en las tolvas— debían cargar los vagones y transportar el mineral a unos centenares de metros, hasta el volquete, donde lo vaciaban. Tal vez porque el premio, aparte de las pesetas, era una comilona rociada con abundante vino, la competición resultó reñidísima entre Tragahombres y Cubadín, sin que por ello lograse ninguno de los dos llevarse el trofeo.

Como final del concurso intervinimos los miembros de la Brigada de Salvamento. Desde unos días antes habían estado amontonando escorias, con las que se llegó a representar una perfecta quiebra. Durante más de tres horas estuvimos retirando escombros, levantando «cuadros», rescatando a las «víctimas», bien imitadas con telas de sacos rellenas de paja, y a las que «hicimos» la respiración artificial y retiramos en camillas. Con las caretas puestas, manejando tuberías de goma, inhaladores y demás instrumentos pertenecientes a la Brigada, efectuamos un fiel simulacro, cuya ejecución fue premiada con una cerrada ovación.

Antón, que, aunque supervisado por Sansón, ejercía desde hacía algún tiempo la jefatura de la Brigada, fue el más felicitado.

Cuando nos despojamos de las máscaras, ya venían hacia nosotros grupos de compañeros. Nos ofrecieron sardinas fritas y botas hinchadas por el vino. Juanón el Zorro, ya resignado a ver disminuidos sus ingresos, aprovechó aquel año para congraciarse con el Sindicato, invitando a unas cajas de cerveza a los participantes en el ejercicio.

La Brigada de Salvamento, los «marcianos» como nos llamaban las gentes, constituía en Valhundido una verdadera institución. Y sus miembros, aunque nadie lo demostrase públicamente, eran los más respetados del Valle.

* * *

Acompañados por un grupo de amigos, Selva y yo recorríamos la explanada, mordida en sus extremos por las calicatas que, con vistas a la perforación del Pozo Nuevo, abrieron las labores de sondeo, Participamos en las rifas y tiramos al blanco, donde Búffalo Bill se lució una vez más. Luego nos detuvimos ante los puestos de churros, en cuyas proximidades se encontraba el hombre del oso. Por unas cuantas perras permitió que los críos montasen sobre el animal y durante un buen rato el hijo de Juanito Juan, Vite y José María, los dos vástagos de Vitelón, y mi Landa, fueron felices y envidiados por el resto de la chiquillería.

Después el gigante nos condujo hacia «El Oasis», donde tomamos asiento en las sillas apartadas en un ángulo de la terraza. Tirando de la coleta a Selva, el picador bromeó:

—Y pensar que si no es por mí no llegáis a hacer cochinadas… ¡Aquí mismo —señaló el suelo— os hice yo novios!

—Es verdad —recordó Juanito Juan—. Fue en la boda de Antón… ¡Y cuando el Landita este me pidió que le dejara tutearme. ¡Vaya hombre importante que debía ser yo!

—Pues ahora lo es él —intervino Dominica, su mujer—. ¡Ya ves lo que son las cosas! —terminó un poco tontamente.

—Pues sí, así son… —repuso el picador pensativo—. Los hombres tienen que amanecer, si no, aviados estaríamos. Lo malo de los demás es que con cuatro panes y cuatro misas, nos amodorramos.

—Otros están igual —habló Búllalo Bill con desparpajo—. No quieren más que casarse y comprarse un buen colchón. ¡Algo parecido a los malos pescadores que sólo van a engordar a las peces!

—¡No lo dirás por mí! —arrugó el ceño Casiano—. Yo hago lo que puedo.

Luego pareció convencerse de que él pertenecía a distinta categoría de hombres. Y refiriéndose a los «otros», añadió:

—¡Bah!, los hombres son como los coches, ¡salen de la fábrica con un desperfecto y así andan toda la vida!

—Más defectos tienen las mujeres y ahí están —rió Vitelón mirando a su Marucha—. Y éstas son también iguales que los automóviles, ¡no se las conoce hasta que se las pisa el acelerador!

—¿Y dónde lo tienen? —quiso saber Juanito Juan.

—¡Y tan iguales que son! —insistió Casiano—. ¡Como que no funcionan bien si no se las calienta antes!

—¡Calla, calentón! —protestó su mujer— que si fuera por ti estaríamos siempre como perra y perro.

—Eso es lo que yo le digo a mi Juanito Juan… ¡Hija, todos los días no se puede! Luego va a la mina cansado y puede ocurrirle algo, ¿verdad, Selva?

—A éste le pasa igual —contestó mi mujer un tanto cohibida—. Pero no hay quien haga carrera de él.

—Yo lo comprendo… —dejó caer Vitelón.

—¡Y yo qué! —protestó Marucha, enfurruñada.

—Pero tú eres mi mujer… Al cabo del tiempo te acuestas con tu «diabólica» y cuando la tocas el culo te crees que es el tuyo.

—¡Bueno!, ¡bueno! —pedí orden—. ¡Que empezáis quitando un bastidor y se os cae encima la marimorena!

—Es que ser educado y marchar en la procesión —Vitelón dejó escapar una risotada— ¡sólo lo hace el gaitero Bocanegra!

—El que está hecho un Bocanegra es ése… —la mujer de Casiano señaló al Marquesito que pasaba en aquel momento acompañado de Pereira y de otro picador—. En viendo unas faldas, se cree que todo el monte es orégano.

—Salió a su padre y a su abuelo. Nacieron finos y se aprovechan.

—Para mí lo mejor que hizo en su vida —opinó Juanito Juan— fue «cepillarse» a la hija de don Magnífico. El día que se entere el viejo…

—¡Claro! —exclamó Búffalo Bill, despechada—. Esas niñas pitongas, sobre todo cuando tienen ya añitos, se encaprichan de un minero bien parecido y por acercarse al pueblo, pues…

—¡Democracia!, ¡democracia! —reí yo abiertamente.

Rosita, el ceño fruncido, se acercó. Dirigiéndose a mí, y con aquel tono que sabía que molestaba a Selva, me preguntó:

—¿Quieres algo, Landa…?

—Sí, cerveza para todos.

—¡Y para mí, truchas! —añadió Selva, altanera.

Rosita, después de mirarla unos instantes insolente y despechada, la volvió la espalda.

Era aquella una vieja historia. Tan vieja que únicamente Selva se preocupaba por ella.

Y Rosita. También Rosita, aquella mujer que un día lejano fue la ilusión de los viejos silicosos.

* * *

Las fiestas pasaron y los hombres del Pozo nos dispusimos a dar la batalla al «aire». Según aseguraban los técnicos, el trecho más

peligroso ya iba quedando atrás. Si llegaban pronto los equipos de ventilación pedidos a Alemania, el peligro terminaría por desaparecer por completo.

¿Por qué no…?, ¿por qué iba a quebrarse la larga paz del Valle?

Decían que las viejas viudas mineras se pasaban las noches rezando; que ellas alejarían la tragedia de Valhundido. Y que la tía Mogotes se mostraba infatigable en la elaboración de filtros contra el «mal de la muerte».

Aún había gentes en Valhundido a las que aquellas prácticas lograban arbolar un poco el ánimo.

* * *

Fue el llanto de Selvita quien me despertó. No debía hacer mucho tiempo que había logrado conciliar el sueño.

Eran las cinco de la mañana, faltaba aún una hora para que aullase la sirena, cuando me levanté. Caído en el fondo del Valle, custodiado por los vacilantes farolones, se adivinaba el castillete del Pozo. Sobre él, en el último de los treinta metros de altura, sobre los cables y las poleas, brillaba un quinqué rojo.

Un mundo muerto al que pronto los hombres darían vida. Entraríamos en la fosa y con nosotros lo haría el relleno que cegaría las rampas ahuecadas; y maderas, carriles, tuberías, heno… Y alguna mula nueva; o algún viejo animal que salió a curarse una pata, destrozada entre los cambios de vías. Corriendo en sentido contrario, de lo hondo a la boca, salían los mineros del relevo y el carbón. Y algún herido, algún muerto. Tresemes, por ejemplo, que según algunos subió ya «cadáver» para morir en su casa poco después.

Aquella noche apenas había logrado cerrar los ojos. Siempre nos ocurría igual cuando sabíamos esperándonos un tajo peligroso. Pensando en los ácidos y los gases, pedí a Selva que me sirviera un desayuno ligero. Mientras lo tomaba, sin atreverse a preguntar, a dejar traslucir la continuada tragedia de las mujeres mineras, me espiaba a hurtadillas. Cuando me fui, quedó en la puerta, acompañándome hasta el Pozo con la mirada, rezando para que su Dios la devolviese a su hombre al término de la jornada.

Un día me confesó que esto lo hacía siempre que me alejaba hacia la fosa. Esto lo hacían todas las mujeres mineras.

Cuando llegué a la maniobra, una estrella, aquella que estuve contemplando durante la vigilia, blanqueaba sin fuerza un punto del cielo, ya empezando a ser cubierto por una muralla gaseosa.

Silbaba el viento y ante la boca del Pozo se encontraban los aires, obstaculizando la ya débil circulación de la red interior… Sí, allá abajo la atmósfera debía estar más muerta que nunca, vencida por un grisú que, triunfante desde tiempo atrás, la falta de ventilación le permitía crecerse y crecerse…

La jaula subió a la superficie. De ella salió un grupo de mineros, entre los que venía Felisandro. Pese a que solíamos cambiar con frecuencia de turno, él elegía siempre el de la noche. Debido a ello, nos encontrábamos a menudo en el amaine.

—¡Hola, suegro! —le saludé—, ¿cómo fue la tarea?

El ex-campesino levantó los hombros, resignado.

—Mira, otro que dejó la tierra —le presenté a un labriego recién llegado a la cuenca—. Se llama Antonio.

Me había propuesto acompañar a los novatos en sus primeros días de mina, tarea que, por engorrosa, rechazaban la mayoría de los veteranos. Aquel era uno más de los que pedí que me lo encomendasen.

—¿Viene ahora del campo?

—Como se mató Tresemes, te he traído un sustituto.

—¿Viene ahora del campo? —volvió a preguntar el barrenista.

El llamado Antonio asintió con la cabeza.

—Ya tienes otro con el que hablar de castañas y de siegas. Cuando salgamos…

—¿Está muy negro ahí abajo? —me interrumpió el forastero dirigiéndose a Felisandro, como si ahora confiara únicamente en él.

—Sí, está muy negro…

—Dicen que hay gas y yo no conozco eso.

—Sí, hay gas… Si ve que le duelen las sienes, que algo le oprime el pecho, se sale. Aquí hay gente que a los treinta años ya no respiran como Dios quiso. Y entonces, si no rinden, les echan de la mina. Es mejor no venir… En el campo siempre hay un currusco.

El ex-campesino parecía referirse a un paraíso perdido.

—No le asustes, Felisandro.

—No le asusto, le digo lo que debieron decirme a mí… Usted va bien acompañado —me señaló—. Es yerno mío, el marido de mi Selva.

—¿Y se puede uno matar a la corrida? —seguía preguntando el labriego.

—Hay que mirar mucho… Entrar en la mina es como tener abierto ante los ojos un libro del infierno… Bueno, me marcho, ¡que haya paz!

—¡Hasta luego, Felisandro!

El viejo campesino, el viejo desalentado, se alejó. A su encuentro, descendiendo por senderos de cabra, alumbrando las crestas con hileras de luces, como un gran río luminoso, los hombres de las alturas se encaminaban hacia las bocaminas o el Pozo, a las fosas, donde pasaban gran parte de su vida. Más de seiscientos hombres, silenciosos, encorvados bajo el viento frío que venía de la cordillera, iban aproximándose por tandas a la jaula, que no se cansaba de tragar y tragar carne de minero; caían en los túneles, donde el grisú palpitaba enrabiado y donde, quisieran o no, deberían permanecer.

—¿Qué hay, Landa y compañía?

—¡Hola, Tinín! ¿Qué hay, Juanito Juan?

—Poca cosa…

Cuando entramos en el montacargas, la estrella solitaria de mi vigilia acababa de ser devorada por el telón de nubes. Una débil llovizna comenzaba a repiquetear en el amaine.

—A ver si ahora se calma el viento y deja entrar un poco de aire.

—Sí, a ver si se calma… si tuviésemos aire… ¡qué gran cosa es respirar!

El ascensor nos depositaba poco después en la planta. La gente lo fue abandonando. Antonio, cogiéndome de la chaqueta, me retuvo dentro, como si no se atreviese a salir ni quisiera que lo hiciese yo.

—Esto… ¿esto es el Pozo?…

Hablaba con un susurro de voz; pálido, como atemorizado por una realidad que debía recordarle los cuentos de miedo, aquellos que le narraron cuando era pequeño y aún le sonreía la vida.

—¿Por qué viniste a la mina si tienes tanto miedo?

—Me importaba todo poco… —temblaban sus palabras—. En el campo se sufre demasiado.

—¡Hala, vamos! —intenté animarle—. No creas que esto es tan malo como parece. Yo también me llevé mis sustos. Es cuestión de acostumbrarse.

Al fin logré que el campesino dejase la jaula. Cuando nos encaminábamos hacia el transversal, andaba tan pegado a mí que llegaba a entorpecer mi marcha.

—¿Y aquí nunca nevó, ni llegó el sol, ni llovió nunca?

—El sol no, pero llover te vas a cansar de aguantarlo.

Un picador saltaba en aquel momento de un pozo maestro. Al poner los pies en el suelo dejó escapar tan horrible blasfemia que Antonio se detuvo en seco, como si un latigazo le hubiese cruzado el rostro.

—¡Ahí arriba no hay quien viva! —exclamó tras un nuevo juramento—. ¡Están los demonios soltando cuescos y más cuescos!

—¿Los demonios? —me preguntó Antonio, dispuesto a creerlo.

Al labriego le esperaba un buen susto. Habíamos dejado al protestón unos centenares de metros atrás, cuando me detuve sorprendido. Un grupo de luces se concentraban ante el umbral de la segunda galería, «fronteriza» también con la tapiada. Al acercamos, encontramos tres hombres desplomados. Arrodillados a horcajadas de ellos, unos compañeros, agitando nerviosamente sus brazos, intentaban, por medio de la respiración artificial, devolverles la vida. En aquel momento aparecía el nieto de Seisdoble por la boca del túnel. Él sostenía las piernas, otro llevaba al desvanecido tomado por los brazos. Tras él venían dos luces más y en medio una silueta inmóvil, borrosa… ¿Qué había ocurrido allí?

Me puse en cuclillas al lado de Juanito Juan, uno de los que, obstruyendo el ancho transversal donde habían trasladado a los accidentados en busca de aire respirable, se afanaban en agitar sus pulmones.

—¿Qué pasó? ¿qué pasó aquí?

Juanito Juan no contestó. Recorriendo aquel tenebroso cuadro, me seguía preguntando el motivo de tal drama. Poco después ponía manos a la obra. Apartando a un minero que no daba muestras de tener mucha práctica, ocupé su lugar. Él fue quien se encargó de aclarar el misterio.

—Estábamos ya para salir y Alfonso no bajaba. Subió uno a buscarle y tampoco volvió. Marchó otro a ver qué pasaba y allí quedó, ¡y así hasta cinco! Cuando me vi solo, entré en la rampa con el ojo bien abierto y me encontré que estaban los cinco tirados patas arriba, casi agarrados a la bota del compañero. Parecía un rosario de tíos! Se conoce que, conforme iban subiendo a la rampa, y cuando ya tiraban del «fiambre», el gas los iba atrapando ¡Menos mal que el hijo de mi madre de tonto no tiene un pelo! Si no aviso, ya estarían con las tripas en el otro mundo. Así, alguno se salvará…

—Este por lo menos, sí… —opiné, viendo que el desvanecido empezaba a escupir una baba blanca, rota por las burbujas que en ella producía la respiración—. ¡Toma, sigue dándole, que voy a ver a los otros!

Me levanté jadeante, cegado casi por el sudor que me inundaba los ojos. Pereira, mi compañero de rampa, llegaba en aquel momento, sofocado de tanto correr. Traía una manguera, que rápida mente conectó con un «trespiés» de la tubería. Poco después un chorro de aire refrescaba la cabeza, penetraba en los pulmones

de aquellos picadores, tres de los cuales ya daban síntomas de vida. Uno de ellos, el desgraciado de Ruperto, parpadeando ante el vacilante reflejo de media docena de faroles, sonreía idiotizado. Tal vez era dichoso porque se sentía vivir. Pero sin duda que aquel infeliz minero también gozaba pensando que todas aquellas lámparas estaban alumbrándole a él, a quien jamás nadie hizo el menor caso. Nos miraba uno a uno, como queriendo recoger de nuestros ojos la admiración que debía ver escrita en ellos. Luego, como si desease dar gracias a Dios por haberse salvado, levantó la mirada hacia el techo del túnel, tan reforzado que parecía de madera; hacia la bóveda, de donde colgaban, como intentando detener la oración, concentraciones de hongos, grandes como los pulmones de una mula vieja; o finos, estilizados, semejando el llanto blando de la noche…

Media hora continuamos allí. Cuando un tren llegó en busca de los rescatados, cinco hombres se fueron hacia la vida, esperándoles arriba, donde llovía. Con la venida de las sombras, salvo que el «miedo valiente» los mantuviese tres días apartados del Pozo y sus temibles inquilinos, ya deberían estar en condiciones de volver a la fosa.

—Vamos, Antonio…

Antonio no era un hombre. Temblaba de pies a cabeza y por un momento temí que se desvaneciese, que tuviésemos que cargarle también a él en una mesilla y sacarle a la superficie, desde donde huiría a su vega, a un lugar que Felisandro idealizaba y al cual nunca debieron abandonar ninguno de los dos.

—Esto que viste es un plato extraordinario —intenté darle ánimos—. No creas que ocurre todos los días. ¡Tuviste mala suerte, amigo!

—Mala suerte… Tengo sueño, señor.

—¡No me llames señor, que me da mucha risa! ¿Sueño? Es el aire que anda un poco pocho, pero a esto te acostumbrarás en seguida. Además, estamos pasando un mal trecho. Luego cambiará la cosa. La mina es como todo, hay que habituarse.

—Aquí se matan los hombres… y se condenan. ¡Cómo blasfemó aquel señor!

—Matarse, *sí*; condenarse, no. Aquí se purgan todos los pecados que hiciste y hasta los que hacen los demás. ¿No oíste hablar del purgatorio? Pues esto es peor, con la diferencia de que de aquí se sale todos los días a echar un trago.

* * *

Cuando llegamos a la galería, los entibadores quedaron afirmando el túnel y los barrenistas siguieron adelante; los picadores nos dispusimos a subir a las rampas. Juanito Juan, el Marquesito y mi cuñado Tinín quedaron en la explotación del coladero número dos. Pereira, el nieto de Seisdoble y yo, «remolcando» a Antonio, marchamos hasta el tercero.

—Ahora a aguantar un poco —dije al campesino sacando del bolsillo de su chaqueta la esponja—. Tú ven a mi lado y todo irá mejor.

Le enseñé a colocarse la defensa y, ayudándole a auparse, entró en el boquete. Cuando llegué a su lado, la actitud de aquel hombre llegó a impresionarme. Nunca creí que un ser humano pudiese ser víctima de un miedo tan avasallador. Aquellos ojos, ya el rostro ennegrecido, parecían dos tizones en los cuales iba consumiéndose el ánimo, y quizá hasta la vida, de aquel desgraciado. No…, no sería él el primero a quien la mina enloqueció para matarlo poco después.

—Mira, esto es roble —intenté distraerle—. Es buen «chico». Aquí hay que elegir, porque las paredes aprietan lo suyo. Si metes abedul, que se rompe sin prevenir… ¡Las setas microscópicas atacan bien la madera!

—¿Las setas micro…? ¿Y esto queda así para toda la vida? —preguntó el campesino, para el que no debía haber otros términos que los eternos.

—No; aguanta mientras sacamos el carbón. Luego se rellena o se deja hundir la rampa, con lo cual se ciega también. Es para que no se coma el aire que necesitamos los demás.

—¿Se come la rampa el aire?

—¡Estas comen aire y hasta carne!… Bueno —rectifiqué—, el aire sólo.

Seguimos ascendiendo. Seisdoble se adelantó y poco después desaparecía en las tinieblas de las alturas. Cuando llegamos al punto, Pereira nos esperaba.

—A ver si mandan los «palitos»… —habló distraído mirando hacia arriba.

—Cuando entibemos voy a bajar a dar el nuevo coladero —le comuniqué—. Hay que hacerlo un día de estos y así mi compañero —señalé al asustado Antonio— pasa un rato en la galería. Ya hablé con el vigilante. Viene Pelillos a sustituirme.

Mi «compañero», pendiente de su miedo, no prestaba atención a la charla.

—Aquí silba el viento como a veces en la vega, muy flojito…

—¡Ja! ¡ja! —rió Pereira—. El viento como en la vega… ¡Es el grisú, camarada! ¡el grisú! ¿Cómo caíste aquí, palurdo?

—La contrata…

—La contrata dice…, ¡menos mal que los diablos se llevaron a don Rosauro y no tuviste que esperar a que te palpasen los brazos y las nalgas. Éramos niños —se dirigía a mí—, pero al cerdo aquel, ¡que en el infierno esté!, aún le tengo metido aquí —se llevó la mano a la nariz, retorciéndola.

—¿Este grisú es el… el que estalla?

—¡No, hombre!; el que estalla —siguió bromeando Pereira— lo tenemos guardado en cajitas para cuando viene algún jefazo. Este sólo hace música, ¡mete!, ¡mete la mano!

Llevada por la del picador, el campesino introdujo su mano en uno de los agujeros que formaba el mineral.

—¿Sientes cómo sopla? Parece un pájaro, el cabrón, ¿verdad? ¿No te han dicho que el infierno está bajo tierra?… ¡Pues ahí te encuentras, compañero!

—Yo le dije el purgatorio —reí—; ¡no le armes un lío!

—Sí, dicen que está bajo tierra…

—¿Ves esa cosa media roja que está pegada ahí?… ¡es sangre mía!

—¡Sangre!

—¡No le asustes, hombre! —le censuré—. ¿Para qué le dices que es sangre?

—No lo es, pero puede serlo. ¡Que me descuide un momento y verás!

De arriba cayó un aullido. Poco después un madero, colgado de una cuerda, se adentraba en la enorme cavidad. Le cogí por uno de sus extremos e iba a arrastrarlo hacia el punto cuando, como sacudido por una onda telepática, presentí la presencia de un peligro. Dando un grito, solté el tronco y salté junto a Antonio.

—¡Qué vas a hacer, retonto! ¿Quieres que volemos todos?

El campesino, abrazado a una mamposta, incapaz de separarse de ella, sostenía la lámpara entre sus manos temblorosas. Poco antes se había dispuesto a encenderla.

—Se me apagó…, se me apagó…

—¡Aquí no puedes chiscar si no quieres que vuele la mina entera!

—Sí, señor…; sí, señor…

—Este tiene madera de duque, es muy educado —rió Pereira, a quien había acercado la alarma—. Yo creo que deberíamos ponerle unas zapatillas y una barba blanca y sentarle en un sillón de esos

que llevan escuditos y espadas cruzadas.

—¡Venga, vamos a seguir! —exclamé irritado—. Tú, Antonio, quédate aquí sin moverte. Dentro de un rato bajaremos a la galería.

El madero había quedado apoyado sobre la entibación. Pedimos que lo izaran un poco y, dirigiéndole a empujones, lo llevamos a su emplazamiento. Pereira cantaba. Pero la copla parecía un lamento, como si el picador se quejase del esfuerzo; de los gases, hostigando implacables. Avisaba la lámpara, avisaba el olfato y las sienes, rondadas por el grisú, compañero fiel de tantas tragedias. Entre sus ondas, procurando movernos despacio, comenzamos a fijar los troncos que mantendrían abierto el esqueleto de lo que parecía una ciudad de fantasmas. Una insistente laxitud iba apoderándose de nuestros músculos; nos silbaban los oídos, hartos de recoger aquellos golpes que retumbaban en la caverna como aldabonazos tétricos. La respiración, debido al polvillo volante que se filtraba por los bordes de la careta, se hacía cada vez más difícil. Trabajábamos de costado, boca arriba, boca abajo, en un suicida equilibrio que sólo la costumbre lograba hacer llevadero. La sangre acudía a la cabeza, ardiendo con tanto calor; la humedad nos hacía también sudar. Tan sólo el instinto cobraba nueva forma, más eficaz, despertado por el aire muerto que nos rodeaba. Los faroles, como dos puntos rugestres, apenas alumbraban; la tarea se efectuaba al tacto, en penumbras, en las que nuestras sombras semejaban seres de otro mundo, seres sólo resucitados para escupir palabrotas y jadeos. Parte de un cuerpo, agigantado, se movía violentamente en la oquedad de la pared; luego era un puño, enarbolando un martillo. Lentamente nos iba invadiendo una agradable inconsciencia. Sentíamos pesada la cabeza —el sueño de que hablaba Antonio— y en las pestañas una especie de tela de araña. Otras «ligaduras» entorpecían el movimiento de los brazos, de las piernas, que se alargaban hasta confundirse con aquella selva de puntales y vigas. Ellos sostenían aquel anchurón, ellos producían unos horribles crujidos capaces de asustar al hombre más templado, de hacer saltar, a veces, los nervios más firmes.

Era una angustia continua, una vida en plena angustia que procurábamos olvidar.

Pereira, una vez colocado un tronco más, se acercó a mí. Quitándose la careta un momento, y mientras hacía un nudo para acortar la goma, que daba pronto de sí, rompió a cantar:

No quiero mujer bonita
por no vivir en celo.
¡Por no llevar en la frente

lo que llevan los cameros!

Colocándose de nuevo la defensa, comenzó a desvestirse. Yo le imité y, completamente desnudos —tan sólo conservábamos las botas—, seguimos durante una hora más apuntalando los troncos. Cuando terminamos, volví junto a Antonio, quien, inmóvil, perdido en las tinieblas, parecía un cadáver en pie.

—¡Listo! Ahora para abajo. ¡Verás cómo en la galería la vida huele de otra manera!

—¡Aquí no se está tan mal, hombre! —le animó Pereira, uniéndose a mí para ayudar a bajar al campesino de aquel peligroso andamio—. Un poco de ojo y muchas piernas. La vida del minero depende de las piernas. Cuando oigas un crujido sospechoso, ¡zas!: ¡patas para qué os quiero!

Ya en la galería, el labriego se creyó resucitado.

—¿Ves? Aquí es otra cosa, aunque también hay cada quiebra que corta el resuello… Oye, ¿quién te empujó a ti a este tinglado? —preguntó mi compañero, que ahora hablaba en serio.

—Las perras, por ganar unas perras —confesó el forastero—. Dicen por ahí que en las minas se llega bien al jornal.

—¡Ya verás lo bien que se llega! —escupió Pereira—. En el campo y las ciudades hablan a lo loco y creen que ganamos mucho dinero. Lo que nadie hace es contar nuestros muertos… ¡eso, muertos baratos!

—Y que ustedes tengan hijos para traerlos a la mina…

—¿Tú creías que bendiciendo el carbón caía solo…? Pues lo mismo pasa con el pan.

Antonio guardaba silencio. Sus ojos, de párpados arrugados y grandes ojeras; aquellas manos, apretadas contra la lámpara como si quisieran resguardarla quién sabía de qué peligro; aquella protesta sin ruido de sus labios fruncidos; tan turbulenta resignación… ¡Qué hombre!, qué aspecto vencido, cuánta melancolía escapaba por entre los pliegues de su mansedumbre.

—Antonio…

—Sí, señor…

Aquel hombre también me recordaba a «Vagabundo», cuando alguien le silbaba para ofrecerle un trozo de pan.

Levantó los ojos y quedó mirándome, estático, como suplicando la caricia de una palabra amable.

* * *

Colocándome bajo el coladero, comencé a andar en dirección al corte. Iba contando los pasos. Cuando llegué a los que marcaba el reglamento minero, hice con el hacha una señal en la trabanca y, acercando una vagoneta, me encaramé sobre ella. Poco después comenzaba a picar en la bóveda. Carbón, escombros, piedras… Se soltaban, caían, a punto siempre de golpearme la cabeza, los hombros. Media hora después ya llevaba «subido» un metro y medio. Sesenta habría de tener aquel agujero vertical que, a través de la montaña, uniría nuestro túnel con la planta superior.

Descendí. Pidiendo a Antonio que me siguiese, fuimos en busca de madera. Elegí unos troncos finos entre los que se hallaban caídos sobre los lodos de la galería y le mandé que cortase unas mampostas de cincuenta centímetros. Esta anchura tendría en principio el boquete que serviría de punto de arranque a aquellas enormes rampas perpendiculares, anchas de seis y siete metros.

Cuando volví a encaramarme en la «campana» comencé a sujetarla, formando dos escalerillas paralelas que me servirían de apoyo para continuar la penetración. Picaba consciente del peligro que me acechaba, de estar adentrándome en una capa que, reblandecida por el calor y hurgada por el martillo, amenazaba desplomar una tonelada de piedras y minerales; arrojarme violentamente a la galería, donde quedaría sepultado. Pensé que en otros sitios aquella hulla aparecía tan dura como el carril, y que el gas allí la convertía en «mantequilla», y me costaba creerlo.

A través de las paredes de la mina me llegaba el saludo de Seisdoble y de Pereira. Y de Pelillos, que andaría perforando en mi tajo. El ronquido armonioso y uniforme de los martillos ponía cierto ánimo en aquella soledad. Hasta los de Juanito Juan y Tinín, que picaban mucho más allá, parecían esforzarse por entrar en aquel boquete en el que, con los hombros, con la cabeza, intentaba contener, para después dejar escapar, poco a poco, las entrañas de la tierra que iba arrancando de una manera mecánica.

Cuando bajé una de las veces a por madera, Pereira, que también había descendido a la galería, se acercó, reloj en mano.

—Según este trasto que me dejó mi abuelo, es la hora de llenar la tripa. ¡Vamos a comer!

Dirigiéndose a Antonio, le palmoteo la espalda.

—¿Qué hay, Cid Campeador! ¿cómo va esa valentía?

Y poniéndose en cuclillas se mofó una vez más:

—Todavía no hueles y eso es buena señal. Si aguantas los primeros días, luego a reírte de los que vengan detrás.

Ya andando, rompió a cantar a grito pelado:

Miróme de arriba abajo
y me palpé el cuerpo entero
y con palabritas tristes
me dijo de esta manera:
¡silicoso ya en primero!…

La canción de Pereira fue interrumpida por un acceso de tos.

—¡Maldita sea su madre! —pudo al fin exclamar.

—Usted debe estar mal del pecho, señor —opinó Antonio, que parecía deseoso de congraciarse con aquel minero burlón.

—¡No me digas que se me caen las ligas! ¡Es el cabrón del aire que no termina de entrar aquí!

* * *

Cuando llegamos junto al grupo de lámparas se presentaba también Juanito Juan, andando a la pata coja. Tomando asiento sobre un tronco, cogió un pedazo de tabla y, refunfuñando contra aquel clavo que había pisado, comenzó a golpearse el pie hasta hacerlo sangrar. Después, sacando el pene, se orinó sobre la herida.

—¡Vaya «dinosaura» más fea que tienes! —rió Pereira—. ¡No me explico cómo le puede gustar a tu Dominica!

—¡Cosas de mujeres! Cómo no la ven…

Juanito Juan terminó su cura apelmazando polvillo de carbón sobre la parte afectada. Después de calzarse se dispuso a comer. En aquel momento descubrió un fulminante que algún distraído dejó caer.

—¿Quién será el bestia que va perdiendo bombones? —se preguntó guardándoselo en el bolsillo—. Luego, con echar la culpa a la Compañía de todo lo que pasa, asunto arreglado.

—¡Dáselo a don Magnífico, para que se lo ponga en esa muela podrida que tiene!

—Dicen que está malo, ¡el corazón, seguro! Como tenga que pagar todas las que hizo, la enfermedad será larga. ¡Y al otro lado de la nube le espera una buena!

—Nosotros echaremos la culpa a la Compañía —saltó Tinín, contestando al juicio de Juanito Juan—, pero la cosa no pasa de palabras. Ella nos la echa también a nosotros y las consecuencias las pagamos en carne. Si «berrea» un barreno, no es porque la mecha venga mala, sino porque nos descuidamos; si explota el grisú es porque alguien abrió la lámpara… ¡y así todo!

—¿Qué pasa ahora con la ventilación? —siguió el Marquesita—.

Seguro que si ocurre algo también tendremos la culpa.

—Sí, esto parece una caja de muerto —opinó, sombrío, un tubero—. Y de nada sirve que lo avisemos.

—Ellos van a lo suyo. ¿No veis? Ya tienen el pueblo otra vez lleno de guardias.

—Deberían estar todos como el amor: ¡enterrados o en la cárcel!

—Dicen que hay por ahí activistas del Enquistao. ¡Y alguno parece con ganas de camorra!

—Son gentes del otro valle —avisé, comenzando a comer—, pero también del otro Sindicato. Tienen sus líos y quieren arrastrarnos a «su» huelga.

—Podíamos aprovechar para unimos a ellos hasta que aireasen estos túneles.

—Ahora hay paz —le rebatí— y vamos a procurar que sigamos así. Ya estamos ayudándoles como podemos. ¡Que se muevan un poco!

—Se mueven y al cepo —Seisdoble hizo un significativo ademán.

—¡No importa! Mala cosa es querer ahogar las ideas metiéndolas entre rejas. Salen más fuertes y con los dientes más afilados.

—O te los mellan esas «estacas» que se echan sobre ti para molerte a palos. Y luego, aquí no pasó nada. ¡Se despiden deshojando margaritas!

—Por mí, si me ponen ventilación, soy capaz de cerrar el pico —dijo alguien, distraído.

—No es eso, no hay que enfocarlo así —protesté—. Simplemente, andar fuerte y pisar seguro porque nos tienen puestas muchas trampas. No se me olvida aun cuando estaba yo en la cárcel, en tiempos de la «silesiada». ¡Quisieron aprovecharse de que la minería andaba hostigada para meter aquí el pico!

—¡Aire! ¡aire!, lo demás no importa. Si no lo ponen, un día volamos hacia abajo, porque desde aquí es difícil estirar las alas.

—¡Mira que si un día, sin darnos cuenta —bromeó Pereira—, nos largamos al cielo!

—Eso queda para los ricos, que no se cagan en los santos… ¡Quisiera yo ver al mediquito en mi caso!

—¡Deja a tu médico tranquilo!… Te pasas el día hablando del «matasanos».

—Como es sobrino de don Magnífico, cuanta más carne meta en el Pozo, mejor para la Empresa… ¡Así estoy yo!

—Ya te curarás, hombre. No me atrevo a recomendarte un mes a pleno sol porque a lo mejor la diñas.

—¿Curarme?… Sería la primera vez que un silicoso de segundo grado se sana.

—Para ellos nunca tenemos nada. Mira Tresemes, le dio la piedra un coscorrón y en el hospital le dijeron que estaba bien… ¡Bien para llegar a casa y perder el conocimiento para que se lo llevasen así al hoyo!

—¡Eso que ahora con los médicos del Sindicato vamos algo mejor!

—Sí, pero lo que vale es lo que dicen los de la empresa…

—¡Lástima de Tresemes! Ahora que se iba a volver a la vega… No aguantaba esto.

Antonio, demudado, no era capaz de probar bocado.

—La mina se ceba más con los campesinos, no sé por qué será.

—No sé… A lo mejor es porque les huele el culo a hierba.

—Y a ti, ¿a qué te huele? ¡A grisú, que es peor!

—¡Y que lo digas! Aquel día «mío»… Menos mal que el síncope me tiró al suelo y como el gas se pasea por las alturas… Quedamos tres picadores desvanecidos en una rampa de medio metro. ¡No sé cómo nos pudo coger!

—¡Ya está éste con sus historias de miedo!

—Los hijos ponen mucho miedo en el hombre —relacionó alguien.

—Sí, pero son también los que te empujan a meterte donde sea. Si ves que se tienen que apretar el cinturón…

—Cuando se aprieta uno demasiado la correa, el odio se sube al corazón.

—Lo que va a subir va a ser el tufo, pero será a los respiraderos —dijo Seisdoble, levantando la cabeza, como oliendo el gas que, semejando una manta inmóvil, se extendía sobre nosotros—. Dicen que ha habido una avería en la conducción número dieciocho y que hay que cerrar el aire algún rato que otro.

—¡Qué avería ni qué ocho cuartos! Lo que pasa es que no llega el soplo, porque estamos muy adentro y las máquinas son las mismas de hace quince años.

—A mí me parece que en vez de sacar el aire podrido para meter nuevo, es el mismo el que anda paseando por la mina hace una semana.

En aquel momento se presentó el vigilante para damos una noticia que nos estremeció. Nunca se había soñado en la cuenca un asesinato así. Un entibador, antiguo campesino, había discutido con un dinamitero por cuestión de faldas. Después de desvanecerle de un golpe, cogió el martillo de barrenar de su contrincante y le

perforó el vientre.

—Le hizo un agujero y le clavó a la tierra. Creo que por allí salía de todo, sangre, mierda, comida… ¡vaya burro!

—Estos palurdos son mansurrones, pero cuando despiertan se vuelven bestias —exclamó indignado el Marquesito—. ¡En la mina nunca pasó una cosa así!

—Dicen que llevaba unos días tomándole el pelo. Parece ser que le dio un ataque de locura.

—Cuando se trata de hembras y de celos los ataques son todos parecidos.

Durante largo tiempo estuvimos comentando aquel horrible crimen. Luego, ya acostumbrados a las tragedias, la emoción comenzó a ceder. Pereira fue el encargado de hacemos olvidar un poco aquella versión distinta del drama minero.

—¿Qué pasó? —preguntó al vigilante—, ¿trató de «conejear» a su novia?

—Algo parecido. Como en este mundo todo da vueltas alrededor de un agujero…

—¡Le encontraría tocándola las teclas! —exclamó un posteador.

—Yo la conozco. Tiene buenas tetas. Debe de ser de Tetuán.

—¡Lo que es verdad es que es caliente como vieja en baile! ¡Ay! —suspiró Pereira—, ¡cómo me gusta a mí pegar con «engrudo»!

—Eso que no se lo digan al Marquesito, que dice que lo peor de acostarse con una mujer es que luego te tienes que seguir acostando.

—Pues que se ande con cuidado, porque por la práctica hay quien llega a maricón.

Dirigiéndose a Antonio, Pereira prorrumpió:

—¡Pues sí que hemos tenido buen día! ¡Primero los asfixiados y ahora esto! Oye, ¿tú eres gafe?

—¿Yo?… ¿Yo qué?

—¿Que si tienes ese mal de ojo, que dicen los palurdos?

—No, señor. El que lo tenía era el Robustiano, pero ya se le fue pasando.

—¡Pues tú no andas mal tampoco! Sólo te faltaba echar a pacer la lengua.

—¡Qué barbaridad! —exclamó bruscamente Juanito Juan, que no había abierto la boca desde la llegada del vigilante. Pareció necesitar de todo aquel tiempo para comprender la magnitud del crimen.

Era él, sin duda, en unión de Antonio, el más impresionado por aquella horrible muerte que pronto sacudiría los ánimos del Valle

entero.

—¿Y dónde está el cadáver? —pregunté yo—. ¿Se lo llevaron?

—¡Qué va! A lo mejor tiene que venir el juez a levantar el muerto.

—Pues va a estar la tercera planta trabajando a gusto con tan agradable compañía… —dijo Seisdoble, levantándose.

Se había acabado aquella conversación, que empezó hablando de aire, siguió comentando un asesinato, giró en torno a las mujeres y volvió a la tragedia. Cosas de mineros…

Poco después reanudábamos el trabajo.

* * *

Por la tarde seguí profundizando el coladero. Estaba acabando la jornada cuando bajé en busca de un juego de mampostas. Antonio no estaba. Cuando pregunté por él, la sorpresa o preocupación fue general. Al fin un entibador me dijo que le había visto marchar, con la lámpara apagada, hacia el transversal.

Cuando salimos al exterior, me enteré de que, sin esperar siquiera a cobrar el salario del día, Antonio había abandonado la mina.

Decían que huyó de la cuenca, corriendo; que corriendo le vieron desaparecer carretera adelante. Y que parecía un perro asustado, hostigado por la cuenca entera…

«Adiós, Antonio…»

CAPÍTULO XXIII
REVELACIÓN

Antonio huyó a tiempo…

Nosotros allí deberíamos continuar, estar presentes en la permanente lucha por el pan de cada día, pan que… ¿Dónde habría corrido el campesino a buscarlo?

Iba entrando la mañana. En hileras, acompañados por el aire húmedo y el polvillo escapado de las escombreras, los mineros descendían hacia la hondonada. En algún rincón de la montaña o de la aldea encontraban un amigo, le saludaban con un gruñido o una broma y seguían adelante. Poco después, la lámpara al brazo o colgada del cuello, ya pertrechados de mechas, barrenas y dinamitas, se acercaban al montacargas, a aquel embudo que parecía expulsar un viento trágico y sucio. Algunos acariciaban un pájaro o la rata que llevaban por «compañero».

Cuando llegué al amaine lo hacía también Seisdoble.

—A ver cuánto tarda hoy en dormirse el bichito este… —se preguntó por todo saludo, mirando a un jilguero que, atado de una pata, saltaba sobre su hombro.

—Doblará el pico pronto. Nosotros, ¡lo que quiero saber, es nosotros!

Pereira, mi otro compañero de rampa, llegó a tiempo de contestarme:

—Si no se puede entrar no se entra y en paz. El grisú parece que se va creciendo. ¡Ayer le oía silbar con buenos pulmones!

—Sí, se diría que anda con ganas de soltar una buena traca —opinó alguien pensativo.

No se habló más… ¿para qué?

Entramos en la jaula. De un tirón caímos hasta la maniobra de la planta. El aire era sofocante, sucio, aumentando su hostilidad a medida que nos adentrábamos en el socavón. Una turbina silbaba a lo lejos melancólicamente, ya perdido el ímpetu que tiempo atrás la

proporcionaban los ventiladores de la superficie.

Un centenar de hombres marchábamos por el transversal. Quien más, quien menos, vigilaba su rata o el pájaro, ya tanteando la atmósfera. Silenciosos, cansados antes de comenzar la tarea, nos adentrábamos en aquel mundo que la pesada atmósfera volvía acechante. Cuando pasábamos ante algún tubo que dejaba escapar por sus juntas el menor soplo, llamando a gritos al tubero, no avanzábamos un paso hasta asegurarnos que reparaban la avería.

También nos deteníamos, embargados por una vital curiosidad, ante las puertas o tabiques, parcialmente cerrados, que, al tiempo que limitaban los efectos de una posible explosión, distribuían el aire por galerías, pozos y chimeneas. Por aquellos ventanucos abiertos en los portones, la corriente pasaba mansamente, sin fuerza, cuando debía silbar, cruzarlo con el rumor de un lejano huracán.

Los pájaros inclinaban la cabeza, como disponiéndose a dormir. Y los ratones también. Era un simple aviso. El hombre resistía más, algo más.

* * *

Cuando penetramos en la galería, el ambiente terminó de ensombrecerse. De los pozos y chimeneas escapaban los gases, sueltos en unas explotaciones faltas aún de relleno suficiente. Y oleadas de polvillo y calor. Después de dejar atrás media docena de boquetes, algunos de los cuales se extendían hasta debajo de las vías, seguimos hacia la gran curva que un año antes evitó que la onda de una explosión matase a una cuadrilla que se hallaba comiendo a este lado del recodo.

Dos kilómetros había hasta el tajo. Terminamos de recorrerlos en silencio. Las luces iban proyectando contra las paredes del socavón figuras fantasmagóricas, piernas enormes, cabezas que recorrían la bóveda como buscando por donde escapar.

Llegados al «punto», nos sentamos sobre unos troncos caídos bajo un coladero. El vigilante saldría por alguno de ellos. Llevando la lámpara colgando de una cuerda, para retirarse al menor síntoma de peligro, él era el encargado de recorrer la rampa, de dar la orden de abandonar los tajos o comenzar el trabajo. En el amaine había dicho alguien que en algunas explotaciones se intentó aligerar la atmósfera a base de dejar caer chorros de agua; o moviendo de arriba a abajo objetos voluminosos y poco pesados que facilitasen la mezcla. Aun así no se logró en suficiente medida la difusión del gas

en el aire. El perforar un agujero al pozo de ventilación más cercano, no dio mejor resultado. Dos tablas en cruz ante los coladeros, indicaban peligro, cerrándolos al trabajo.

—La cosa se presenta mal…

—Pero que muy mal.

—¿Por qué no os calláis?…

Un farol surgía en aquel momento del techo. Alguien le recogió. Detrás llegaba el vigilante. Saltando a la galería, fue a sentarse a nuestro lado. Le temblaban las pupilas, víctimas de una vida pasada en las tinieblas de la fosa.

—¿Se puede entrar?

—Poder, se puede…

—Lo que es más difícil es salir, ¿no es eso? —preguntó alguien sombrío—. ¡Menos mal que hoy es sábado!

—No hay más solución que dejar atrás este trecho —habló de nuevo el encargado de la galería.

—Según decía mi abuelo —intervino el nieto de Seisdoble—, igual estaban cuando saltó media mina por los aires. ¡Cincuenta y un muertos por pasar el «trechito»!

—¡Vamos! —me incorporé—. Intentaremos entrar a ver cuánto tiempo resistimos.

—¿No sigues el coladero? —me preguntó Pereira.

—Luego; antes os ayudaré a «palpar» la rampa.

En el primer intento aguantamos poco, apenas unos minutos. Con la manguera suelta, echándome aire delante de las narices, subí hasta el primer testero. Pereira y Seisdoble me seguían y pequeñas explosiones saltaban en la oscuridad. Decía el vigilante que allí no había suficiente cantidad de oxígeno para que explotase el grisú.

«Hasta eso… pedimos aire y si viene a cuentagotas…»

La lámpara, a punto de apagarse, colgaba como un péndulo de mi cuello. Así creía recordar haberme visto durante el sueño, la pesadilla de la noche anterior que se esforzó por avisarme del peligro que andaba escondido bajo las montañas de mi aldea. Hacía unos días que en el Pozo Roberna, donde aún trabajaba uno de mis tíos, de la misma profundidad que aquél y surcado por parecidas fallas y pliegues en su formación subterránea, tuvo lugar un desprendimiento instantáneo, un «volcán», que arrancó más de trescientos vagones. Aquello era muy temido por los mineros, ya que no venía precedido del menor síntoma.

«Menos mal que no murió nadie… Fue de noche… Suerte, tuvieron suerte, si no quedan sepultados.»

Para evitar la tragedia había que contar con la suerte. Y con el

camarada que picaba arriba; o abajo: Con el hermano guerrero de la mina.

Empecé a trabajar. Zumbaba el gas en el cerebro, pronto me dolieron las sienes; las piernas se doblaban, el brazo parecía incapaz de levantar los cinco kilos que pesaba el martillo. Y sin embargo, allí debería seguir, arrastrando una vida en la que, además de ganar el pan, podría pensarse que habíamos puesto nuestro orgullo y honra. Sin duda que suponía un heroísmo suicida el frecuentar aquellas rampas, peligrosas avanzadillas de la batalla del trabajo; el estar siempre esperando un fin brusco, la explosión, la quiebra. O aquel otro que llegaba anunciado por una laxitud extraña: el desvanecimiento blando y dulce causado por los ácidos, cuando el gas ya nos había robado la voluntad para huir; cuando nos hallábamos atrapados por las manos fuertes de la muerte.

Se acercaba un farol. Era Pereira.

—¡No hay quien respire! ¡Vamos para abajo!

Dejando la manguera abierta, marché tras él. Cuando saltamos a la galería, el vigilante nos esperaba. A sus preguntas, mi compañero de rampa, cuyas reacciones nunca se podían prever, comenzó a cantar:

Desde la rampa primera
he de escribir a mi madre,
diciéndola que me caso,
¡que no cuente con jornales!

—¡Yo ahí no trabajo! —exclamó después.

—¡Tú, ni ahí ni en ningún sitio, porque estás como una chota! —gritó irritado el encargado de la galería—. Si no te gusta el tajo, ¡ya sabes!, a tomar el sol como las lagartijas.

—No podemos quedar en la rampa —intervine yo, esforzándome por conservar la calma—. Una cosa es pasar por ella y otra picar dentro.

—¿Hasta dónde subisteis?… ¿Llegasteis a…?

—¡Que si subimos! —le interrumpió Pereira—. ¡Con decirle que hasta oímos mugir a las vacas!

—¡Calla tú, lengua de chota!

Media hora después regresábamos a la explotación. Aunque la atmósfera se había aligerado un poco, seguía resultando inaguantable. Cuando volvimos al túnel, Tinín y Juanito Juan se acercaban al vigilante:

—¡El aire está podrido en las sobreguías! —protestó el ex campesino.

—¡Se masca!, ¡se masca! —insistía mi cuñado.

—Se ha debido atrancar con carbón la tubería y el viento no sube —justificaba el encargado.

—¡Estás ahí un rato y no puedes moverte ni casi hablar! —volvió a hablar Juanito Juan—. A mí se me pierden las fuerzas y hasta veo colorines.

—¡Y no ves un buen coño! —soltó, grosero, el vigilante—. ¡No te fastidia este tío qué fantasías se trajo del campo!

—Serán o no fantasías —le defendió Tinín— pero hace un rato que al Marquesita le tuvimos que bajar. Estaba ya roncando y echando espuma por la boca. Si no nos damos cuenta y le tiramos a la galería a tiempo, a estas horas está tocando el ala a los angelitos.

—Bueno —se atusó los bigotes el encargado, como cansado de tanta cháchara—. ¡Venga, cada uno a su tajo y a pasar el mal trecho!

Sin esperar contestación, dio media vuelta y se alejó.

Regresé a la rampa. La irritación me hizo comenzar a trabajar con ahínco. Metí con rabia la pica en el carbón y horadé las carnes de la mina, como queriendo vengarme de tantas angustias como nos producía. Pero cuando la lámpara volvió a amenazar apagarse y unos ruidos sordos, proviniendo quién sabía de dónde, hablaron de un peligro aumentando, me sentí desalentado, invadido por un miedo que no terminaba de ser físico y que me hurgaba ferozmente en el ánimo.

«Según decía mi abuelo igual estaban cuando saltó media mina por los aires; ¡cincuenta y un muertos por pasar el "trechito"!»

Inútilmente me repetía que la mina no estaba peor que otras veces, que eran mis nervios; que todo aquello nacía del temor, quizá de un miedo que ahora me parecía haberlo tenido siempre, que nunca se me fue.

En mi ayuda llegó la música cascada y fiel de los neumáticos, el saludo de los hombres que abrían conmigo las entrañas de la tierra. Aquel rumor nos hacía sentirnos unidos. Tan era así que cuando alguno cesaba de tabletear, la inquietud, dormida momentáneamente, volvía con más fuerza. Alguien daba un grito, otro respondía, el martillo comenzaba a vibrar y aquel ritmo suponía la más bella copla que podía imaginarse. Entonces ya se podía hasta intentar cantar, hacer retroceder el temor con una canción:

Las primeras en salir
fueron las de la novia Felisa…

Los golpes de hacha me ayudaron a seguir la tonadilla. Estaba ajustando una mamposta. Hurgando en aquel bosque de troncos, temiendo que el más ligero suspiro de la tierra desplomase las paredes de la rampa; reconociendo que el grisú podía estallar en cualquier momento… Todo debía olvidarse. Y consciente de ello cantaba, recordando las faltas de la novia Felisa.

El pájaro «detector» ya dormía, quizás muerto.

* * *

Pereira, que picaba en el testero inferior, venía hacia mí, también cantando… ¡los cánticos de los mineros en peligro!:

Dios quiera que al cielo vaya
el alma del picador,
el martillo al purgatorio
¡y al infierno «to» el carbón!

Luego dejó escapar una blasfemia capaz de asustar a todos los demonios que debían andar agazapados por aquellas profundidades.

—¡Estamos bien jodidos! —exclamó, agarrándose a una mamposta para mantener el equilibrio.

—¿Qué quieres?

—Nada, decir palabrotas y que alguien las oiga… ¡maldita tumba!

Su expresión, aquellos ojos inyectados que asomaban por encima de la esponja, juraban con más intensidad que todas las bocas del mundo.

Se fue. Pronto se unió a la vibración de su martillo el de Seisdoble. Aquello, al igual que a los viejos soldados de la guerra sonaba bien el tableteo de las ametralladoras saludando a un frente en calma, ayudaba a serenar los nervios. Y mi pensamiento corrió por unos instantes a África, donde la lucha era más sencilla, esporádica, menos peligrosa.

Trabajaba de prisa, deteniéndome lo imprescindible para asentar el pie en un nuevo sitio o permitir que se desplomase la masa de carbón que acababa de arrancar. Aplastado contra la capa, como queriendo fundirse con ella, me repetía sin pausa: «Hay que pasarlo ¡y pronto! ¡Hay que pasarlo!»

Picando casi a oscuras —los gases no permitían respirar a las lámparas—, acosado por el calor, tan sofocante que parecía estar derritiéndose el pellejo… Me fui despojando de las ropas, quedé en

calzoncillos. Pronto estaba transformado en un Adán con botas, chorreante de agua, de un sudor que cooperaba a agravar aquella peligrosa lesión visual que me obligaba a acercar el pie a los troncos, a tocarlos antes de servirme de ellos como plataforma. No podía mirar nada fijamente sin que el objeto comenzase a temblar, adquiriendo las vigas el movimiento de un minúsculo terremoto. Aquella era una de las tantas enfermedades que la mina producía.

—¡Landaaa! ¡Landaaaa!

El grito… más bien un aullido angustioso. Miré hacia arriba. Allí todo estaba en orden, aunque el martillo de Seisdoble, quizá también él atento a la llamada, se había parado. ¿Sería Pereira; quien se encontraba en peligro?

«¡En la galería!, ¡fue en la galería!»

Me descolgué rápidamente, mampostas abajo. Recordé que si agitaba el aire con brusquedad podía sobrevenir una explosión, y serené mis movimientos. Cuando llegué al tajo de Pereira, el picador había desaparecido. El nieto de Seisdoble, también desnudo, bajaba en aquel momento.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Llamaron. ¡Vamos!

Cuando salté al túnel, un grupo de lámparas se alejaba hacia el transversal. Un chiquillo estaba esperándome:

—¡Se hundió la rampa!, ¡se hundió la rampa!

—¡¿Cuál?!, ¡cuál!

—¡La mía!, ¡la de Tinín y el señor Juanito Juan!

—¡¡Maldita sea!!… ¿Vi…?, ¡¿viven?!

—No sé… ¡Se hundió la rampa!, ¡se hundió la rampa! —repetía el chico, excitadísimo—. ¡Y no contesta nadie!

Corrimos socavón adelante. Al llegar a la explotación siniestrada, Pereira y un caminero esperaban bajo un coladero, sin atreverse a entrar. Del interior provenían secos ruidos y una fuerte polvareda que iba ennegreciendo la galería.

—¡Debe estar viniéndose todo abajo!

—¡Nadie grita!, ¡no se ve una luz!

—¡Estarán muertos!

—¿Cuántos hay dentro?, ¿cuántos hay? —preguntaba ansioso un entibador que llegó jadeando.

—No se sabe, yo creo que tres. ¡El «valín» está aquí!

El chico, mirando hacia la boca del coladero con ojos espantados, como si se tratase del umbral del mismísimo infierno, se retorcía las manos con nerviosismo.

¿Cómo entrar en aquella rampa que seguía desplomándose?,

¿cómo adentrarse en aquel silencio de muerte que brotaba entre desplome y desplome, en aquellas tinieblas…?

—¿Se hundió toda?

—Nadie lo sabe.

—¿Han muerto?

—No se sabe. Están ahí dentro.

—Ahí dentro no chilla nadie.

—A lo mejor perdieron el conocimiento.

—Si no les rescatamos pronto, se los reparten entre el grisú y los ácidos.

—¡Auparme!, ¡voy a entrar! —me decidí—. ¡Hay que sacarles!

Un posteador comenzó a desenroscar su martillo.

—Huele a trampa, Landa —avisó alguien—. ¡A trampa fea!

—Espera que se asiente un poco. Debió de ser un «volcán» y tardará un rato en vomitar todo.

—Los tapará aún más. Quien quiera que me siga. ¡Darme «aire»!

—Yo voy contigo —se ofreció Seisdoble.

—Y yo —se sumó el entibador que había llegado corriendo—. Toma la manguera y ve delante limpiando un poco.

Cuando metí la cabeza en el coladero, me invadió una sensación de miedo, de repugnancia. Intentando vencerla, me adentré en aquella ratonera lo más rápidamente posible. El peligro se adivinaba mortal. Por unos instantes el polvo me dominó y sentí un transitorio mareo. Me agarré a una mamposta y esperé a que pasara. La cabeza de Seisdoble golpeó en mis botas y seguí adelante. En aquel caos de mineral y grisú, no se oía el menor ruido.

—¡Tinín! ¡Tinín!… ¡Juanito Juan!

Toqué un cilindro de goma y tiré de él, sin éxito. Estaba aprisionado por el carbón. ¿Dónde terminaría?, ¿a quién pertenecería aquel martillo? ¿A Tinín?, ¿a Juanito Juan?… ¿Al Marquesito? ¿Dónde, en qué tajo —intentaba recordar— picaba cada uno de ellos?

«Muertos, estarán muertos…»

—¡Tiníííín! ¡Juanito Juaaaaan!

Del techo caían hulla y trozos de roca. Algún costero rodaba a mi lado, deteniéndose unos metros más abajo. Resguardando con los brazos la cabeza, sacudiéndola para alejar el continuo amago de desvanecimiento, seguí adentrándome en aquel mundo desgajado y cubierto por un compacto manto de polvo. Me ahogaba, cogí una piedra puntiaguda y abrí de un golpe la manguera. Un chorro de aire se unió al que yo manejaba, aligerando, un poco la atmósfera.

Aquella caverna tenebrosa parecía dispuesta a derrumbarse por completo de un momento a otro.

Con manos y pies buscaba un hombre o algo que me pusiera en pista de encontrarle. Iba palpando el camino, rocas, hulla, maderas… ¡qué era aquello! ¡Una bota!, ¡una bota!

—¡Seisdoble! ¡Seisdoble!

Dejando la lámpara sobre el mineral, comencé a escarbar.

«Una pierna, es una pierna… ¿Juanito Juan? ¿Tinín?»

—¿Qué pasa?, ¿encontraste alguno?

—Aquí hay alguien enterrado. Dale ahí atrás, ¡de prisa!

—Estará muerto…

Le descubrí la cabeza y tiré de aquel hombre… Un martillo, poniendo en el ambiente un rumor escandalizado, tétrico, comenzó a tabletear. Cuando levantamos al sepultado, vimos que entre sus brazos, pingajos con olor a carne chamuscada y sangres sucias, mantenía aún agarrado el neumático. Los cabellos, las ropas, el cuerpo… ¡daba asco y una pena infinita! La cabeza vuelta hacia atrás, como si aún sintiese curiosidad por saber de dónde había venido la muerte.

—Pobre Marquesito… —murmuró Seisdoble a modo de oración, disponiéndose a bajarle a la galería.

—¡Quieto!… ¡vive!, ¡vive!

Sí, el Marquesito vivía. Le pasé la manguera junto a la boca y, abriendo los ojos, dejó escapear una súplica:

—Matarme… matarme…

—¡Ayúdame!

Colocamos al minero boca abajo y la sangre acudió a la cabeza. Por un momento pareció reaccionar. Luego la muerte fue apoderándose de él mansamente. Se fue abriendo la garra de sus brazos, que cayeron inertes, y con los brazos murió el Marquesito.

—Ya te dije que no había nada que hacer…

—Vi que abría la boca y pensé que…

—¡Estaba destrozado!… ¡Eeeeh!

Acudieron tres mineros más. Uno de ellos traía una larga soga. Amarramos al cadáver por la cintura y con todo tacto, como si transportasen una cosa sagrada y frágil, se lo llevaron. El cortejo se alejaba, descendía entre luces y murmullos. Estaba ya a punto de desaparecer el resplandor de sus lámparas, cuando oí un ruido sobre mi cabeza. De un salto logré apartarme a tiempo, evitando que me sepultara el alud de mineral y estériles. Abajo debió causar daño porque se alzó un clamor, una queja colectiva. Estuve tentado de descender pero pensé que se hallaban cerca de la galería, que otros

irían en su socorro. Y que Juanito Juan y mi cuñado Tinín tal vez viviesen aún, estuviesen esperándome, esperando una mano que apartase la masa desprendida que les asfixiaba.

«¿Dónde estarán? ¡Maldita mina!, ¡maldita mina!»

Apartando las sombras con la lámpara, intentando descubrir en aquel mundo caótico una pierna, un brazo, un trozo de manguera que me condujese a donde encontraría un hombre…

«¡Muertos!, ¡muertos!, ¡siempre muertos!»

Tocaba maderas, hulla… ¿Qué era aquello blando? ¡Ropas!, ¡carne!… No, nada. Carbón mojado y mis nervios exaltados. Y aquella cabeza que zumbaba, el pulso de aquellas sienes que llegaba a oírlo.

Una suicida marcha, la muerte pendiendo sobre nuestras cabezas…

—¡Aquíííí!

Corrí hacia la voz. Cuando me acerqué a la sombra, ésta parecía estar peleando con el carbón. Alguien más, viniendo de abajo, se aproximaba.

—¡Es Tinín!, ¡es Tinín! —repetía la voz sofocada de Seisdoble—. ¡Está muerto!

Mi cuñado aparecía estirado cuan largo era. El mineral se levantaba a sus costados, dejándole descansar en la tumba de hulla que en los momentos de agonía construyeron sus propias manos de picador. Tenía la boca abierta, porque debió de morir pidiendo auxilio. Los ojos, brillantísimos, fijos en las tinieblas de las alturas, el único cielo al que él pudo dirigirse en el último instante.

—¡Este maldito aire dejó la rampa suelta!… ¡Ya van dos!

—¡Vamos a bajarle! —me asaltó una súbita esperanza—. No tiene muchas heridas, las manos sólo… ¡Le haremos la respiración artificial! A lo mejor…

—No, Landa…

—¡Vamos a bajarle, te digo!

Seisdoble me ayudó a cargarme a Tinín sobre la espalda y, sujetándole el picador por los hombros, comenzamos a descender por aquella selva de puntales y sombras. El peso, el polvo, aquel sendero maldecido… Un cortejo que tenía algo de aquelarre.

Cuando llegamos a la galería, eché a Tinín entre las vías y me incorporé lentamente, como borracho de grisú. Un instante después comenzaba a agitar sus brazos, sus pulmones. Unos metros más allá, ya extendido sobre una mesilla, esperaba el cadáver del Marquesito. Cuando se fueron —en el aire quedó flotando el chirrido de unas ruedas moviéndose despacio— apareció el «valín» que nos

comunicó la tragedia. Arrodillándose junto a mí, tomó de manos de un entibador la manguera. Por ella salía la vida en forma de oxígeno.

—¡De frente, no! ¡Que le entre poco a poco!

—Déjale, Landa —dijo alguien a mis espaldas—. Con ése no tienes nada que hacer. Si lo hubieseis sacado un poco antes…

«Si le hubieseis sacado un poco antes…»

El recuerdo de Juanito Juan me sacudió el cerebro.

—¡Pereira! —grité, sin cesar de agitar los brazos a mi cuñado.

—Aquí estoy, ¿qué quieres?

—¡Sigue dándole! ¡Tú, «valín», échale aire sin parar y prepara un palo por si vuelve en sí que no se muerda la lengua!

—Este no vuelve en sí, Landa —habló descorazonado mi compañero de rampa—. ¿No ves que está muerto?

—¡Tú, dale!, ¡y no pares hasta que yo baje!, ¿entendido?

El vigilante, acompañado de otros mineros, llegaba en aquel momento.

Me encaramé en el coladero. Un grupo de siluetas quedaban agrupadas en tomo al caído.

—Apartaros que le dais calor —oí chillar a Pereira.

—¡Un palito, dice Landa! ¿Querrá que su cuñado no sea un muerto tartamudo?

—Si tuviésemos un poco de coñac…

—Sí, para que le pase lo que al de la tía Anastasia, que le dieron coñac en vez de agua y se les quedó tieso en las manos.

Dejó de oírles, ya adentrándome en aquella explotación que amenaza muerte por todos sus rincones. Por un momento pensé en mis hijos y sentí deseos de retroceder. También el recuerdo de mi padre, de aquellas rampas en las que penetré en mi inútil búsqueda, tan parecidas a las que estaba recorriendo, pujaba por limarme el ánimo.

Tres luces se movían entre aquellos paredones impresionantes. Una íntima voz me repetía:

«Aquí hay un hombre enterrado, aquí está Juanito Juan enterrado…»

Juanito Juan, el fiel retrato de mi padre… Volvían las viejas angustias, ahora más fuertes.

«Si le encuentro… Se parecerá a él, aun después de muerto se parecerá a él… Mi padre estaría como le encontraré a él.»

Mi pensamiento se detuvo bruscamente. Y mis piernas, paralizadas por una visión espantosa… ¿Era… era aquello una cabeza? No me atreví a seguir, hasta mi brazo se negaba a acercar

la lámpara a aquel bulto negro y redondo, caído sobre el carbón y sin continuidad con otra cosa que no fuese hulla… ¿Ojos…?, ¿eran unos ojos aquello?, ¿una nariz aquella cosa recta? Carbón, sería un pedazo de carbón… ¡No!… ¿no estaba viendo una oreja? Una oreja… «¡Es una oreja!» Aquella mancha negra descansaba sobre un trozo de árbol, sobre una mamposta que estrangulaba al pobre Juanito Juan. Me aproximé a él, me dejé caer de rodillas para verle mejor. Y en aquella posición, postrado, como orando ante aquella masa de carne, a un dios horrible, sentí los ojos inundándose de lágrimas.

En las pupilas del muerto parecía bailar el resplandor de mi farol, penetrar en aquella distancia infinita y corta, aquel camino que conducía a la muerte. Juanito Juan no tenía los ojos inmovilizados por el terror como los del Marquesito; en la expresión de mi amigo sólo había resignación, una especie de melancolía que parecía inundar aquella masa de carne, negra y blanda, que era su rostro. Claros y diáfanos, semejando los de un niño, en ellos estaba pintado una especie de asombro, como si cuando los gases comenzaron a asfixiarle, liberándole del dolor, aún no hubiese terminado de comprender. Parecía que, ya ausente el sufrimiento, hubiese asistido con plena conciencia a la llegada de la muerte, la hubiese estado viendo acercarse; y que en su interior, en sus paisajes de dentro, se hubiese despertado una sonrisa nostálgica como si él, siempre pobre, sólo a la hora de morir pudiese encontrar la ocasión de tener sueños, allá en el otro mundo, donde decían que se hallaba la liberación.

Juanito Juan, un muerto con angustia de hombre, con melancolía de hombre…

Le pasé la mano por los cabellos, se los peiné. Juanito Juan no reaccionaba, estaba muerto, tranquilo.

«Hace un rato comía conmigo. Cuando murió aún le dolería la herida del pie… Se le infectó, sí, se le infectó a pesar de hacerla sangrar y orinarse en ella…»

En un incontrolado ademán me llevé la mano al cuello, como si ahora fuese a mí al que una garra desconocida, el grisú y los derrumbes adquiriendo forma física, se dispusieran a estrangular. Sentí un miedo extraño que golpeó en mi sangre, la sensación de estar rodeado de un círculo de cadáveres que me llamaban, que insistían en que pasase a su campo.

El reloj de Juanito Juan, aquel que fue transmitido de abuelo a padre y de padre a hijo, seguía con sus tic-tac. Resonaban íntimos, como temerosos de despertar a su dueño.

—¡Eeeeh!, ¡eeeeh!

Alguien respondió, pronunciaron mi nombre y no contesté. Cuando un resplandor se acercó por mis espaldas, me puse lentamente en pie.

—Está muerto…

—¡Y bien muerto!… Es demasiado baja la barrera —continuó filosófica aquella voz desconocida— que separa a los que vivimos y los que la diñaron. ¡Vamos a sacarle!

Le desenterramos y atamos en torno a su cintura una cuerda. Uno le sujetó por los pies, otro le mantuvo derecho para que, como entrando verticalmente en un sepulcro, fuese descendiendo sin tropiezos. Así iniciamos el descenso. Se aproximaron otras lámparas, otros hombres que nos ayudaron en la tarea. Yo fui quedándome atrás para que sobre ellos cayese una lágrima, una sola lágrima que brindaba a la muerte de Juanito Juan, de aquel buen amigo que ya marchaba en busca de un lugar donde reposar su cuerpo, de una cruz que le mantuviese alerta por si algún día tenía que dar cuenta de su paso por la vida.

La mina, en un pulso lento, parecía acompañar al cadáver con sus ondas de gas. Aquellos hombres, semivestidos o desnudos por completo, que transportaban el cadáver, callaban, como si, al igual que el reloj, procurasen no turbar el largo sueño del picador.

También la mina había caído en una profunda calma… ¡qué silencio aquel!

* * *

Cuando llegamos a la galería, el nudo de la cuerda se soltó y Juanito Juan, imitando el sonido apagado de un saco de arena, cayó al túnel, junto a Pereira y Tinín. El «valín», que asistía asustado a la escena, encontró en aquel accidente un nuevo motivo de espanto.

—¡Vete de aquí! —le grité—. ¡Vete donde no te vuelva a ver!

El chico corrió túnel adelante. Poco después, sobre unas parihuelas, Juanito Juan iba tras él.

Los mineros en la mina
se acuerdan del Dios divino
y en saliendo de la mina
de las mujeres y el vino…

Recordé lo que cantaba el antiguo campesino. Y hasta las mofas de Cubadín, que aseguraba que «copleando» era zurdo.

Los recuerdos, las nostalgias de los que se fueron… ¡ya empezaban!

Un tren venía en busca del cadáver. Por un momento las luces se detuvieron. Luego las vagonetas comenzaron a saltar sobre los raíles, a formar lo que parecían estrofas de un rezo metálico.

«Adiós, Juanito Juan…»

* * *

—Landa, tu cuñado no…

—Déjame… ¡iros!, ¡iros todos!

Como dominado por una obsesión enfermiza, me arrodillé a horcajadas de Tinín y comencé a mover sus brazos. Pasó una hora y dos y mi cuñado no daba señales de vida. La gente comenzó a desertar y por unos momentos quedé solo, con la lámpara, con el muerto. Apareció Tragahombres blasfemando como un endemoniado, quizás porque le asustaban las tragedias; o tal vez porque era sábado y veía perdida su media botella de vino. Cuando se fue, de entre las sombras, y como temeroso de acercarse, surgió la menuda figura del «valín». Parapetado tras un poste, asistía a mis obsesivos movimientos. De cuando en cuando dejaba escapar un susurro:

—Está muerto, señor… está muerto…

—¡Te dije que te fueses!… ¡largo de aquí!

Vinieron otros hombres, volvió el vigilante, ahora acompañado del capataz. Y más mineros que, en respetuoso silencio, me hacían corro. Uno se empeñó en relevarme y aproveché la pausa para volver a mi rampa en busca de la ropa. Me vestí y regresé junto a Tinín. Llevábamos más de tres horas haciéndole la respiración artificial sin el menor resultado.

—Está muerto, Landa… déjale tranquilo…

—Quién sabe. A uno que yo sé le trajeron a la vida después de un «paseo» de cuatro horas, ¡quién se lo iba a decir!

—Sacudir así a un muerto no está bien, Landa.

Pero yo seguía manipulando con aquellos brazos fríos, con unos pulmones asfixiados, como animado por una voz secreta, por una de esas corazonadas que rara vez nos engañan.

No fui yo quien lo descubrió, cegados los ojos por el sudor…

—¡Respira!, ¡dale, que ya respira!

La emoción me hizo detenerme. Clavé los ojos en aquellos labios que se movían, aunque imperceptiblemente; en aquella espuma, berbellones negruzcos, que iba saltando en minúsculas burbujas.

Unos instantes después Tinín pareció volver a la muerte, donde tan tranquilo debía encontrarse. Pero Tinín, ¡yo había sido!, ya estaba rescatado, había retomado al mundo de los vivos… ¡Respiraba!, ¡respiraba!

—¡Abrirle la boca!… ¡sujetarle la lengua!

—Con los asfixiados nunca se sabe… —dijo alguien jubiloso, obedeciéndome.

—Quién iba a decir que Tinín… ¡como aquel que yo sé!

Aún pasó una hora más, infinita. Terminamos devolviéndole la conciencia, despertándole los sentidos a golpes de bofetadas. Tragahombres, como un perro fiel, nos esperaba con el tren listo. Subimos a mi cuñado y corrimos hacia el transversal.

Y ahora las ruedas giraban más de prisa, como cantando cosas de esperanzas y de hombres vivos.

Tinín se quejaba débilmente, llevándose a la boca su mano machacada.

—Calla, Tinín —le animó alguien—. Ahora el médico te cortará los dedos y te sentirás mejor.

—¡Cierra el pico, bestia!

* * *

Mi madre y Ana, rodeadas de mi mujer y un grupo de gentes, nos esperaban junto a la boca del Pozo. La angustia y la dicha se hallaban reflejadas en sus rostros porque la buena nueva había escalado el embudo antes que nosotros. Ana se abrazó a su marido, dejó caer sus lágrimas sobre aquel hombre que, con los ojos cerrados, semidesvanecido, parecía ausente de cuanto le rodeaba.

—¡Por Dios, Landa!, ¿vive?, ¿vive? —preguntaba ansiosa.

—Claro que sí, mujer… Anda, vete para casa que le tenemos que llevar al hospitalillo. Yo me ocuparé de él.

—¿Vive, Landa?, ¿vive? —seguía preguntando, pasando ante los labios de su marido la mano extendida.

—¿No le sientes respirar?

—Sí, muy despacio… Sí, Landa, respira, pero muy despacio.

—Tiene las tripas llenas de grisú y de ácidos —intervino un vigilante—. ¡Pero eso se le va con un buen trago!

—¿Y la mano, Landa?, ¿la mano?

—Le tendrán que cortar un par de dedos, pero podrá seguir trabajando. No te quejes, Ana, ¡le tienes aquí por un verdadero milagro!

—Sí, Landa… ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Ana se dejó caer de rodillas y comenzó a orar frente al castillete, como si en su alto, en el enramado de cables y poleas, tuviese el Hacedor montado su trono y desde allí, impasible, contemplase la tragedia de los hombres.

* * *

Tres horas después Tinín estaba fuera de peligro. Le habían amputado un dedo y las falanges de dos más. Cuando salí a comunicárselo a mi hermana, una serenidad espartana embellecía su rostro.

—Ya pasó lo peor, Ana. Ahora a esperar un par de días que se reponga. Pronto te lo llevarás a casa.

—Sí, Landa…

Dejando caer su cabeza sobre mi pecho, comenzó a llorar mansamente.

—Te quiero mucho, Landa —decía entre hipos—. ¡Te quiero mucho!, ¡siempre te quise mucho!

—Ya lo sé, Ana.

—No es porque seas mi hermano… ¡Te quiero mucho, Landa!

—Sí, Ana…

* * *

«La llama de la vida termina pronto, porque todo lo que vale, termina pronto.»

Hecha la autopsia, por la tarde enterramos a Juanito Juan. Aquella fue la oración que el viejo tío Mañón dejó caer sobre la tumba de aquel hombre de la vega, de uno de los tantos campesinos que venían a morir a las minas de Valhundido. Después había comenzado a llorar, secamente, como abierto el corazón; como si dentro de su ánimo todo le dijese que debía escapar de aquella trampa que para él siempre supuso la cuenca.

—Cálmese, tío Mañón —le consolaba el Patriarca—. Todos tenemos tristezas, no lo dude…

Casiano aplacaba sus nervios, su pena, con un cigarrillo. Felisandro y Casimiro estaban tan impresionados que parecían mudos.

El Auténtico, aquel pobre heroico que había logrado elevarse sobre su tragedia, intentaba animar a los allegados al difunto, Angelón, un hombre que odiaba mucho, pero que vertía hacia

dentro su odio, su amor a los demás, le secundaba en la tarea. Los dos, tan desgastados por el tiempo que cualquiera que les viese les aconsejaría que siguiesen un rato más en el cementerio, que no obligasen a andar a la gente. Se encontraban muy juntos, como tiritando ante el acoso de los vientos y la vida.

—Mientras se baje a la mina, nos mataremos. ¡Está así escrito desde siempre!

Felisandro no era capaz de oír aquellas frases que querían ser de aliento. Él sabía bien las cosas de los muertos y de las minas; él, que no se había liberado aún, ¡nunca lo conseguiría!, de la sensación de trabajar en una sepultura. En su callada desesperación, de la que sólo lograba escapar refugiándose entre los suyos, en la compañía de su mujer y su hija casada, la mayor ilusión de toda su vida, había algo que impresionaba. Y que seguía impresionando cuando se era testigo de aquellas charlas en las que, con Tresemes y los que le fueron sustituyendo, hablaba con voz nostálgica de castañas y cosas idas, de vegas y soles y lluvias.

—Esto no es cristiano…, no es cristiano.

—No lo es, Felisandro, no lo es —insistía el tío Mañón.

Abandonamos el cementerio. Uno hablaba de cuando su hijo marchó al Pozo para no volver a ver la luz del sol:

—Era un día como éste. Me lo trajeron a casa entre cuatro. Tenía la sangre tan negra que asustaba. ¡Era un guiñapito el pobre!

Parecía tener en la voz trocitos de hielo.

Otro recordaba a un hermano que murió en el transversal norte:

—Desde entonces no entro ahí ni por todo el oro del mundo.

—Todos tenemos que morir —se resignaba al fin el tío Mañón—. Entre el nacer y el morir está el dolor. Pero hacerlo así, a la corrida…

Un niño, apoyado en la pared de su choza, nos vio pasar. Lloraba… ¿por qué?, ¿por quién? Había demasiadas cosas por las que penar en el Valle. Quizás se asustaba, simplemente se asustaba, sin llegar a comprender el porqué de tanto ir y venir al cementerio.

—A mí me cayó mi hermano, luego mi hijo… Y mi hija ya lo veis, ¡coja!

Buscando la mirada de Felisandro, aquel hombre intentaba, narrándole sus penas, llevar un poco de ánimo al campesino. Pero sus ojos sólo encontraban resignación y una angustia contenida, tan larga que parecía consustancial con él. El antiguo labriego llevaba sobre sus espaldas toda la sequedad que cabía en una vida, una tremenda ausencia de toda ilusión, como tartamudeando siempre viejas y eternas calamidades. Una honda soledad, melancolía quizá,

reflejada en sus ojos de mirada triste y vacía, suponían ahora el rasgo más significativo de su personalidad.

Andaba caído, como dejando por el camino jirones de pensamientos, de sentimientos. La muerte de Gago había supuesto para él un terrible golpe. Y ahora Juanito Juan…

—Se pasa por la vida, se goza un poco, se sufre más, duermes lo que puedes y lo demás trabajo y muerte…

—Sí, Felisandro…

Dominica, la viuda de Juanito Juan, iba a su lado, tropezando, sujetada por las manos despellejadas del campesino. Allá, a sus espaldas, dejó una caja negra, un aterrador instrumento donde su hombre había sido enterrado bajo el Valle, ahora definitivamente.

* * *

Feliz por saberme vivo, sintiendo un hormigueo insistente, un suave bienestar que me calentaba el corazón, yo marchaba apartado de la gente. Me esforzaba por recordar a Juanito Juan en vida, por olvidarme de aquella cabeza que tardé en reconocer porque llegó a espantarme.

Nos alejábamos del cementerio. Selva vino en mi busca, inmovilizados los músculos de la cara por la pena y la ternura. El señor Marcos marchaba colgado de su brazo. En las ya naturales nieblas de sus ojos, que prestaban a su semblante una tranquila gravedad, iba escondiéndose una resignación más.

Todos callábamos ahora, como respetando un pacto de silencio, el recuerdo de aquella vida, pequeña e intacta, que fue Juanito Juan.

* * *

Aquella noche me acosté agotado. Sin embargo, cuando Selva se metió en la cama busqué su cuerpo.

—¡Landa, por Dios! Estás cansado y mañana tienes que levantarte pronto. Hoy no, Landa…

La voz de Selva dejaba traslucir un cansancio espiritual. En la oscuridad alcé las manos hacia sus pechos; luego fui a acariciarla las mejillas porque me pareció que estaba llorando. Se humedecieron las yemas de mis dedos y, como llevado por una corriente afable, aquel manso sollozo fue penetrando en mis sentimientos, embargándome una sensación de tristeza, de amable

desfallecimiento. Acercó sus labios a mi boca y así siguió llorando, en una mezcla de miedo, de angustia y de amor por mí. Por un momento se dejó caer de espaldas, extendiendo su cuerpo, como esperando que la tomase. Luego volvió a apretarse contra mí para susurrarme su temor a la mina, el cariño que me tenía. Me habló de nuestros hijos, de aquella hondonada que me vio pelear con Colás y que después presencio cómo ella se entregaba voluntariamente a mí.

—¿Qué será de nosotros, Landa? ¿Qué querrá hacer Dios con nosotros? ¡Qué hemos hecho, Dios mío, que hemos hecho!

—Nacer…

Afuera, en la alta noche, brillaba un grupo de estrellas, un camino de Santiago que en aquellos momentos se me antojó burlón. A lo lejos explotaba algún barreno; y llegaban también los secos ruidos de los escombros al ser basculados sobre las chapas que alisaban las escombreras en sus partes altas.

—¿Oyes cómo suenan los barrenos, Landa?

—Igual que todos los días. Están abriendo una bocamina.

—Otra… otro cementerio… ¡Dios mío! ¡Dios mío, murió Juanito Juan!

—Sí, Selva… ya se fue. Pero quedamos tú y yo. Y nuestros hijos.

Cayó el silencio. Y en él siguieron resonando los sollozos de Selva. Y aquellos suspiros míos que intentaba contener. Como refugiados en un amor viejo, nos esforzábamos por llenarnos de recuerdos amables, por despertar de aquella pesadilla que suponía la muerte de Juanito Juan. Nos esforzábamos… inútilmente.

—Querer siempre es dolor. Y a Juanito Juan le queríamos mucho.

—Duérmete, Selva. Procura respirar tranquila y te será más fácil. Eso lo aprendí en la cárcel. O cuando los nervios amenazaban…

—¿Por qué no podremos ser felices? ¿Qué habremos hecho para…?

—Nacer pobres, Selva. Y cuando mejor van las cosas, lo más que nos es permitido es sonreír y callar.

—La vida parece una trilla, ¡una trilla de penas!

—Hubiese sido mejor que no te sacaran de la vega.

—No, Landa, nunca dejaré de dar gracias a Dios por haberme casado contigo. A tu lado sufro, pero también vivo.

Hablábamos susurrando, apagando las palabras.

—Estas amarguras no pueden olvidarse. En la cuenca hay muchas. Y otras que yo te doy… Me hubiese gustado ser como los otros. Mejor hubiera sido.

—No, Landa. Yo te quise porque eras distinto. Y porque lo serán nuestros hijos.

—Nuestros hijos…

—Ellos dan ganas de vivir… ¡pobre Juanito Juan!

Otra vez el silencio, intacto, como queriendo avivar nuestro dolor. En una desdibujada película pasaban por mi mente las horas que transcurrieron buscando a Juanito Juan; cuando lo encontré, cuando se lo llevaron para dejarme a solas con Tinín, el rescatado de una muerte que ya se creía triunfante.

—Menos mal que Tinín… ¡Si llega también a morir él!

Una súbita esperanza de paz, de aliento humano, comenzó a invadirme, a limar todo aquello que entorpecía mi ánimo. La duda, el desamparo que me dominaba, fue cediendo.

—Ya pasó, Selva. La mina es como la guerra, tiene sus épocas malas. Y el miedo también es parecido. Cuando ocurre algo, el corazón aprieta un poco. Ya pasó, Selva. En África me ocurría igual y ya ves, aquí estoy.

—Sí, Landa.

—Olvida, hay que olvidar un poco.

—Landa…

—Sí, Selva…

—Si supieras lo que significas para mí… ¿Te acuerdas cuando éramos niños y te daba celos con Colás?

—Sí… Y yo a ti con Rosita.

—Te quise porque eras el minero más valiente de la cuenca.

Y atrayendo mi cuerpo contra el suyo, añadió en un murmullo:

—Olvidémonos de todo, Landa.

—Sí, Selva, olvidémonos…

Como tantas veces ocurre, la tragedia despertó el instinto de supervivencia. Me pidió que la besara y poco después se entregaba a mí con una inercia insospechada, casi brutal. Se unieron febrilmente nuestros cuerpos, como empujados por todo lo que de aniquilamiento significaba el recuerdo de un Juanito Juan muerto.

Él se había ido, pronto vendría otro al mundo a sustituirle. Uno, menos uno, uno. Las matemáticas fallaban para que la vida pudiese seguir su ritmo.

* * *

—Júrame que me quieres con toda tu alma…

—Para qué voy a jurarlo si es verdad… ¿No lo sabes?

—Sí, Landa… ¿Recuerdas cuando nos íbamos bajo los manzanos

llenarnos de ilusiones, a entregarme a ti?

—O allí, al Pantano de la tía Mogotes.

—Allí yo no quería… Me daba miedo.

—Tienes sueño, Selva. Duerme, anda, duérmete…

—Ven…

Selva se acurrucó entre mis brazos. Poco después dormía plácidamente. Abrazándome, la cabeza apoyada sobre mi pecho, parecía ir dejando escapar tanto cansancio, todas las penas que la hostigaban durante el día. Encendí la luz para poder contemplarla y en la larga hora de vigilia gocé acariciando sus mejillas, su frente. Me agradaba el suave contacto de su piel, sus carnes prietas, el alegre correr de su sangre, que notaba pegada a mi cuerpo, a la mía. Abrí sus labios, rojos y un poco gruesos, y me entretuve en acariciar sus dientecillos; luego tomé sus cabellos, que caían sueltos sobre el pecho.

—Cómo te quiero. Selva…

Marquitos rompió a llorar. Desembarazándome con suavidad del abrazo de mi mujer, pasé a la habitación contigua. El chico se había despertado de mal talante y no parecía deseoso de que fuera yo quien le calmase. Le saqué de la cuna y por espacio de media hora estuve meciéndole. Al fin se durmió. Regresé a nuestro cuarto y Selva, que descansaba ahora encogida, apoyada la barbilla sobre las piernas, espabiló al oírme entrar. Bostezando, sonriendo, como si el sueño hubiese borrado la tragedia que con el día ya quedaba a nuestras espaldas, estiró los brazos hacia mí, llamándome.

Me metí en la cama, mi mujer pegó sus labios a los míos y, sintiendo las delicias de aquellas carnes calientes y femeninas, el sueño se acercaba, reparador.

Sí, Selva se había olvidado de las tragedias, de un marido más muerto… ¿Cómo, si no, se podría ser esposa de un minero?

* * *

El día amaneció lluvioso. Cuando desperté, Selva ya estaba en la cocina, preparándome el desayuno. Me lavé y fui a su lado. Silbaba el viento, ensombreciendo los ánimos. A lo lejos brillaban las luces del hospitalillo, donde tanta sangre minera iba a morir.

—¿Hoy trabajáis todos?

—Sí. Antes, cuando caía uno, paraba el Grupo y si eran dos, la Empresa…

—Ahora es distinto.

—Cuanto más se profundiza, mayor es el peligro. Y la gente se

acostumbra a sus consecuencias.

—¿Qué harás hoy? ¿Seguirás dando al coladero?

Más que hablar, parecíamos estar pensando en voz alta.

—No creo. Tendremos que levantar la rampa de Juanito Juan.

—Ten cuidado, Landa.

—No te preocupes… ¿Sabes que esta noche pensé que voy a comprarte un aparato de radio? Así te distraerás un poco y no pensarás tanto en el Pozo.

—¿Con lo que te den por hacer horas extraordinarias…? ¡no, Landa! ¡Prefiero verte subir por el Camino a toda la música del mundo!

Ya había terminado de desayunar cuando la sirena dio el primer aullido, llamando a la minería. Volví a acercarme a la ventana, por donde entraba el tardío amanecer. Por unos momentos me sentí luchando contra los efectos de la impresión de la víspera. Selva también debió recordarlo. Me miró interrogante, luego bajó los ojos y fingió interesarse en la limpieza de la cocina. Poco después dejaba escapar su preocupación:

—¿No te encuentras bien, Landa?

—Sí, ¿por qué no?

—Ya sonó la sirena y…

Las mismas palabras que crucé con mi madre el día que rescatamos el cuerpo del Empalmao, el día que poseí brutalmente a Selva. Palabras que seguirían repitiéndose porque nuestra vida parecía querer discurrir en un perpetuo duelo. Días y días amenazantes, en una lucha silenciosa, despiadada…

«El Pozo…»

Un ramalazo de sentimientos aceleraron mi respiración. No queriendo dejar traslucirlos, me puse el zurrón y abandoné la vivienda. Selva me siguió con los ojos, no volví la cabeza pero lo adivinaba, hasta que desemboqué en la carretera, hasta que las tapias de la maniobra me ocultaron a su vista.

«El Pozo… Ahí estás… ¡¡cabrón!!»

* * *

La maniobra, como llevaba ocurriendo desde unos días antes, cuando se empezó a correr la voz de que algunos activistas venidos del Enquistao intentaban arrastrar a la huelga a la gente de Valhundido, se hallaba custodiada por un pelotón de guardias. El capataz en persona, temiendo quizá que la muerte de dos hombres más inflamase los ánimos, predisponiéndolos al plante, se

encontraba entre los uniformados, supervisando la entrada de los mineros. Alguien decía que un «cencerro» andaba por la aldea llamando a la huelga. Otro añadía que había logrado bajar a la fosa y que por las calles vio algunos forasteros repartiendo octavillas.

Entramos en la jaula. Poco después el encargado de la planta abría la cadenilla y nos encaminamos hacia el transversal. La mina estaba silenciosa; el aire caliente parecía formar un colchón blando en el que se amortiguaban los ruidos y las voces. Pasamos bajo algunos pozos interiores, dados para explotar los retales de la capa, de donde surgía el tableteo de algún martillo. También aquel sonido, como nuestras palabras, tenía algo de gangoso. Parecíamos dominados por una incipiente sordera. La música del relleno, desplomándose sobre un coladero que un par de mineros se afanaban por emboquillar, brotaba lejanísimo, irreal…

—¡Han tirado maíz! —se alzó de pronto un grito.

—¿Qué dice ese loco? —pregunté, agitado por un sombrío presentimiento.

—¿No lo ves?, ¡míralo!

Un grupo de lámparas, moviéndose en círculo, alumbraban una superficie sobre la que, incrustados en el cieno del suelo, aparecían desperdigados puñados de mijo.

—¡Gallinas serán ellos!

—¡También los gallos lo comen!

—¡Cobardes!, ¡me gustaría echarme a la cara a quien tiró esto!

—Quienes van a ser, ¡los del Enquistao!

—Sí, ¡pero los del otro Sindicato! ¡Los tengo bien mamaos!

Recordando otros tiempos, cuando por primera vez peleamos entre nosotros para que alguien se atreviese a escupirme en la cara, apenas oía aquellas conversaciones, entremezcladas con el rumor de una escondida turbina. Fijos los ojos en la borona pisoteada, me decía que aquel acto era grave, el peor insulto que podían dirigirle a un minero. Y un claro lenguaje. Arrojar maíz en una mina era también el lenguaje que entendían más claramente los hombres de las profundidades.

—¡Tiraron maíz!, ¡tiraron maíz!

La voz iba corriendo. Hacia atrás, hacia adelante, entraba en las rampas, subía por los coladeros, por el embudo. Pronto lo sabría la mina entera; y el Valle, tan sensible siempre a todo lo que ocurría en lo que parecía constituir su corazón: El Pozo.

—¿Qué hacemos, Landa?

—Sí, ¿qué hacemos?, ¡tú dirás!

—Creo que será mejor olvidarlo. Puede ser cosa de algún loco

que nos quiere enemistar. Eso, si no es alguna maniobra de… —me interrumpí—. ¡Yo sigo hacia el tajo! Vosotros hacer lo que os parezca.

Cuando reanudamos la marcha, uno de los que me acompañaban, farfulló:

—Si no nos ponen aire, iremos a la huelga, pero mientras tanto cada uno a lo suyo. ¡Que se las arreglen ellos como puedan!

—¡No tanto a cada uno lo suyo! —le contradije de mala gana—. Tenemos que estar unidos, aunque eso no quita para que a la hora de actuar la cabeza la usemos para algo.

—¿Vas a darles la razón? —se encrespó un caminero.

—No. Digo que la minería es una familia y que debemos estar unidos. Eso es todo.

—Buena ocasión para demostrarlo ahora —intervino otro que parecía de distinta opinión—. Ellos quieren ayuda y nosotros tenemos motivos para ir al plante.

—Los tenemos, pero hay que saber dónde se pisa. ¿Te gustaría que tirásemos por la borda todo lo conseguido hasta ahora? ¿Y si no fue gente nuestra la que hizo esto…? —volví a dejar la duda flotando en el aire.

—¡Claro!, va a venir aquí don Magnífico Floro a tirar granitos. ¡Se le ensuciarían los tiros largos!

—Él no, pero los soplones abundan. Entre nosotros hay más de un vendido.

—Puede ser… —aceptó alguien de mala gana—. El Dientes, Marón…

—No sé cómo no escarmientan ésos con lo que le pasó a Sandalio.

Poco después nos separábamos. El vigilante nombró una cuadrilla, de la que, y de ello me alegré, yo no formaba parte. Ella se encargaría de levantar la rampa caída. Los demás fuimos a nuestros tajos. Me desnudé casi por completo y durante media jornada estuve perforando el coladero. Ya se acercaba la hora de comer, cuando empecé a notar que el techo sonaba a hueco. Atraído por el ruido del martillo, alguien, seguramente el vigilante de la planta superior, comenzó a golpear el suelo, guiándome en los últimos dos metros. Enfilé el neumático en aquella dirección y no tardó en desplomarse un montón de tierra y hulla. Aguanté el aluvión. Cuando abrí los ojos, una lámpara, inmóvil, alumbraba la boca del agujero.

—Ya calaste, Landa… Toma— me tendió el encargado unos troncos— postea un poco y después de comer los afirmas.

Subí a la superficie y, luego de respirar durante unos minutos el aire que corría por el túnel, limpio en comparación con el que circulaba por aquel boquete vertical de sesenta metros de altura que acababa de perforar, volví a introducirme en él, descendiendo a mi galería.

* * *

Un grupo de lámparas se hallaban reunidas un centenar de metros más adelante. Cogí mi merienda, que al reparo de las ratas la tenía colgada de un alambre, y me uní a mis compañeros. Comían, hablaban…

—Le cayó encima el costero, pero lo sujetó bien, ¡era un elefante! Cuando íbamos a salvarle decía: ¡Picar por aquí!, ¡picar por allá! Se salvó por chiripa porque la piedra pesaba más de una tonelada… ¿Asunto? —se preguntó— lo mismo que ahora, falta de aire y sobra de calor. ¡Él «soltaba» la mina! ¡Con una huelga se arregló el asunto, y no como ahora que aguantamos como borregos!

—¡Cuándo las cosas se ponen así, no es hora de aventuras, sino de protestar en firme!

—Claro, y si no lo que dice Cubadín: ¡Tráigame el sombrero y la mujer que yo me largo!

—¡Pájaro en mano, pájaro muerto! ¡Es lo que debe decir la mina de nosotros! Las primaveras se marchitan pronto entre la minería.

—Hay quien cree que echándose a dormir en la postura del león todo se soluciona.

—Eso decía el Amable. Y ya ves, por esperar a que le «solucionasen» la rampa, allí quedó. Resistió hasta el amanecer; se conoce que quería morir a la hora de las mulas.

—Pues ése siempre tuvo mucha suerte. Yo creí que iba a durar más que una boina.

—Sí… lo que pasaba es que había aprendido a reírse por dentro.

—Y yo. Cuando veo otros que se quejan me digo: ¡que se aguanten como cada quisqui! Yo soy zurdo del corazón…

—¡Tú siempre con tus egoísmos! —salté, sin poder contenerme —. Antes, que se las arreglen como puedan y ahora zurdo del corazón… ¡Que no te veas nunca solo porque por mí te vas a morir como un perro!

—Hay que pensar en uno —salió en su defensa un compañero—. ¿No ves los ricachos? Ellos soñando con sus «guris» de esas que dicen y nosotros con dar tira a la madera.

—Lo que yo creo —bromeó alguien para desvanecer la tirantez

— es que todos los que usan calzoncillos largos no tienen vergüenza. Eso le pasa a don Magnífico.

—Como aquellos que me contaba mi abuelo —siguió otro, también de buen talante—. Un día me contó que, como eran mitad mineros, mitad labriegos, había épocas en las que tenían que recolectar las patatas y el maíz…

—¡No vuelvas a nombrar el maíz que se me ponen los huevos de punta! —gritó alguien, malhumorado.

—¡Calla!… Pues, como necesitaban tiempo para la recolección, organizaron una huelga. Salieron a la calle dando gritos y hasta con banderas. Ellos habían oído la palabra huelga pero no sabían bien lo que era eso. La cosa es que se presentó el don Magnífico de allá a preguntarles qué querían. Que si era por la jornada, por los salarios… ¡Los pobretones, como no querían entrar en la mina en quince días, no se les ocurrió otra cosa que gritar: ¡Abajo la cooperativa! Y por la cooperativa, ¡ja!, ¡ja!, estuvieron dos semanas haciéndose el avío.

—Tus abuelos no sé, pero nosotros tenemos buenos motivos para dejar la fosa.

—Lo malo es cuando te vienen a invitar llamándote gallina. ¡Yo no iría ahora a la huelga por nada del mundo!

—Yo tampoco, pero…

—¡Quietos! —les interrumpí, poniéndome en pie de un brinco.

Me acerqué con cautela a un poste tras el cual me había parecido ver un bulto sospechoso. Estaba llegando al tronco cuando, despegándose de él, apareció un hombre. Me detuve, aprestándome a la defensa.

—¿Quién eres?, ¿qué haces aquí?

—Un compañero, soy un compañero —el desconocido abandonó su escondrijo—. Quiero hablar con vosotros.

—No son éstas buenas maneras de intentar hablar con nadie. ¡Vamos! —le ordené—, ¡tira hacia la luz!

Le obligué a colocarse en el centro del corro. Entonces me pareció reconocerle. Aproximando aún más mi quinqué a su rostro, exclamé sorprendido:

—¡Mauricio! ¿Qué haces tú aquí con tanto misterio?

El aludido se sentó. Tras unos instantes de vacilación, se dirigió a mis compañeros:

—Soy Mauricio, el del Enquistao. Landa y alguno de vosotros me conocéis. Pasé cuarenta años en la mina —mostró sus manos—. Cuatro accidentes y una explosión de grisú. Llevo retirado siete años, pero…

—Buena presentación —dejó caer, hosco, uno de los entibadores —. Y además de todo eso, «cencerro», ¿no es así? ¡A ver si ahora resulta que los viejos mean vinagre!

—Vamos pasado mañana a la huelga —siguió hablando sin hacer caso de la interrupción— y sólo ganaremos si os unís a nosotros. ¡Os necesita el Enquistao, camaradas!

—Ya os dirigisteis al Sindicato —le enfrenté— y os dimos una respuesta. Esto que haces está pasado de moda. Ahora podemos conseguir muchas cosas pero usando la cabeza, ¡no haciendo el tonto!

—Cierra el pico, Landa, y no te largues —alzó la voz aquel viejo minero que habló de matar en la noche de las antorchas—. Si estoy aquí, es por algo. A veces los compañeros quieren una cosa y los que mangoneáis el Sindicato no se las dejáis hacer.

—¿Dónde has aprendido a hablar así? —empezaba a impacientarme—. Seguro que tú eres de los del «otro», de los que prefieren que haya dos sindicatos.

—Si hubiese aquí también dos, alguno nos ayudaría. ¡Así estamos solos!

—Sí, este es el «cencerro» que andaba por ahí —dijo Pereira mirándole desafiante.

—¡Y el que tiró el maíz! —añadió Seisdoble.

—¡Yo no he tirado maíz, ni fue ninguno de los nuestros! —se encrespó el forastero—. ¡No soy tan tonto como para venir a pediros algo presentándome de esa manera! ¡Debió ser algún traidor!

—¡Algún hijo de puta! —opinó un tubero—. Te lo digo por si le conoces que se lo vayas diciendo.

—¿Por qué has venido precisamente a esta galería si ayer mismo hablaste conmigo? —le pregunté sin lograr comprender lo que se traía aquel hombre entre manos.

—Estuve ya en otras. Y me dicen que tú y Marcos sois los que mangoneáis el cotarro; que lo que digáis vosotros, se hará. Por la calle es más difícil convencer a la gente y además me echarían pronto el guante.

—Mauricio —le miré fijamente— no sé por qué, pero no me gusta la manera de hablar que tienes. Casi te diría que no me gustas tú desde que era pequeño y te oí hablar de matar…, aunque con los años se comprenden muchas cosas. Si vienes a sembrar cizaña, puedes irte. Esto que tú dices se soluciona en un pleno, no andando escondido como un mano larga… ¡Las cosas así salen mal siempre!

—Esta vez lo tenemos bien organizado. ¡Gritaremos fuerte! La gente de mi cuenca me sigue y…

—¡Para gritar hay que tomar clara de huevo, compañero! —exclamó alguien—. De esos que ponen las gallinas…

—¡En su cuenca no les faltan! —añadió, insultante, un posteador.

—De todas maneras los ricachos gritan más alto —intervino un caminero, mesurado—. Ellos no tienen sílice en los pulmones.

—¡No importa! —siguió terco Mauricio—. A veces la calderilla con ánimo vale más que los millones sin él. ¡Nosotros vamos a meter la cabeza entre el rabo y a tirar para adelante!

—Y nosotros a trabajar que ya tenemos la tripa llena —contestó displicente un barrenista, poniéndose en pie.

—¿Quién te mandó aquí? —le pregunté, mirándole inquisidor, como si al fin hubiese encontrado la explicación a tan extraña conducta—. Sabéis que pasado mañana nos reunimos con los delegados de la Central, que estamos pidiendo ventilación y que si no nos la dan, sobre todo después del accidente de ayer, será más fácil mover a la gente. Hemos luchado mucho y andamos escarmentados… ¡Contesta! —insistí con brusquedad—, ¿quién te mandó venir aquí? Tiraron maíz y si no fuiste tú, es una maniobra de «arriba». ¡Hay que aclararlo y pronto!

—¡Por allí viene alguien! —avisó un picador mirando hacia el transversal—. ¡Debe ser el ingeniero y alguno más!

—Si no son los «feroces»… —temí—. Súbete a la rampa, Mauricio —señalé a la desplomada— y procura respirar despacio que hay poco aire.

El «cencerro», después de titubear unos instantes, me obedeció.

—¡Venga, vamos al tajo! —achuché a mis compañeros.

Empezábamos a separarnos cuando nos detuvo una voz autoritaria:

—¡Eh, vosotros!, ¡quietos ahí!

—¿Quién es ese tipo? —se preguntó Pereira en voz alta—. ¡Buena manera de hablar con hombres!

El vigilante, seguido de tres guardias, vestidos con mono y armados sólo de pistolas, se acercó cohibido. Tras él llegó el que parecía mandar a los uniformados.

—¡Aquí hay un «cencerro»!, ¿dónde se escondió? —preguntó gritos.

—¿Aquí?… ¡Como no lo lleve colgado alguna rata!

—¡No te hagas el gracioso, que puedes caer en otra sombra peor que ésta!

—¿Peor?… —Pereira le volvió la espalda—. Cuando les vi creía que venían a coger un pico y resulta que llegan queriendo asustar…

¡Parece que nacieron para eso!

—¿Cuántos trabajan en esta galería? —el guardia se encaró conmigo, que era quien estaba más cercano a él.

—No lo sé… Entre entibadores, barrenistas y picadores, seremos unos veintitantos. El encargado de la galería lo sabrá mejor.

—¡Y uno más! El «cencerro» que viene llamando a la huelga.

—Puede ser… ¡búsquele!

—¿Usted los conoce a todos? —el guardia se volvió hacia el vigilante.

—Sí, los conozco a todos…

—Bien, pues vamos a la entrada que le va a ser difícil salir.

Y dirigiéndose a nosotros, añadió:

—Arriba le están esperando también. ¡No sacará nada con intentar escapar por la planta superior!

—Me parece muy bien, señor guardia… ¡Eso se llama estrategia guerrera!

—¿Guasita?

—No —repuse suficiente—, estuve en la guerra de África y también me acostumbré a tender emboscadas.

—¿Tú en la guerra…? —preguntó despectivo, mirándome de arriba a abajo.

—Sí, yo en la guerra —contesté con suavidad—. Lo que pasa es que cuando la guerra termina, hay que ponerse a trabajar. Se conquista con el fusil, pero si no viene el pico detrás no sirve nada para nada. Cuesta hacerlo, lo sé. ¡Es más cómodo seguir toda la vida pasando facturas y manoseando hierros y palabritas!

El guardia, después de contemplarme unos instantes con hostilidad, dio media vuelta y se alejó. Los dos números y el vigilante fueron tras él.

—Es curiosa la vida —hablaba en voz alta, aunque no me dirigía a nadie en particular—. He aquí unos hombres que nacieron como nosotros, abajo, y que simplemente porque no hay trabajo o no tienen ganas de trabajar, parecen nuestros amos… ¡Sí, son curiosos los chistes que se trae la vida!

—¡A los sacristanes les pasa igual! —exclamó asqueado el barrenista—. ¡Pero ésos no pueden gritamos tanto! Es cosa del capital… ¡el capitalismo es quien tiene la culpa de todo! Les llama, les da un sueldo y una estaca y luego no tiene más que tocar el silbato cuando le parezca oportuno!

—Parece que nos tienen rabia los tipos estos —refunfuñó el que era «zurdo del corazón»—. ¡Y como siempre están descansados, cada vez que se mueven es para gritar o empujar a alguien!

Las luces se perdieron a lo lejos. El nieto de Seisdoble se acercó al coladero y llamó a voces a Mauricio. Poco después el «cencerro» volvía a la galería.

—Lo siento, compañeros. No creí que llegasen a tanto.

—Saben que la chispa salta cuando menos se espera y se previenen —hablé yo—. Lo peor es tu salida. Hombre que no lleve lámpara, no pasa de la boca-galería. Y aun con ella, hace falta que el vigilante cierre el pico.

—Tendremos que prestarle alguno la nuestra —opinó un picador —. Saldrá entre nosotros y el otro a pasar aquí la nochecita.

—Se la daré yo —dijo Pereira—. ¡No tengo miedo a los fantasmas!

—No, es mejor que me quede yo —me ofrecí.

—Tú eres demasiado conocido y te echarán de menos. Están con los ojos siempre puestos en ti.

—Precisamente por eso os dejarán tranquilos. Lo peor —pasé a otro tema— es si el grupo de los soplones da el chivatazo. Estarán reunidos en la maniobra.

—Habrá que avisar a Potencia o Casiano para que les metan miedo en el cuerpo.

—Que vaya luego alguien a avisarles.

—Bueno, eso después —quise dar fin al asunto—. Ahora a trabajar, que hay que arrancar el real. Tú, Mauricio, quédate por ahí. Si ves luces te escondes. Pronto escaparás del cepo.

—¡Gracias, compañero! —me agradeció un poco a regañadientes.

* * *

Cuando terminó la tarea, nos reunimos en la galería. Mientras terminaban de llegar los más rezagados, me acerqué al corte, con objeto de recordar a los dinamiteros que les esperaríamos para salir todos juntos.

Los hombres de la piedra daban el último barreno. Después, el Verrugas, que odiaba el trabajo en el que llevaba empleado treinta años, retiró el martillo y comenzó a escurrirse el sudor que inundaba su cuerpo desnudo. La sudación, mezclada a la sílice y al polvillo, formaban arroyuelos en su espalda, confluyendo sobre el espinazo. El cansancio, que le hacía cerrar los ojos, lo espantaba el Verrugas con blasfemias que iban poco más allá de sus labios.

El ayudante, ¡mis tiempos de barrenista!, apareció con los cartuchos. Cogió una mecha, tomó uno de los fulminantes, que

mantenía en la boca, e introduciéndolo en el cordón, lo apretó con la dentadura.

—¡Este quiere ponerse una mandíbula postiza! —refunfuñó el Verrugas, dejándole hacer.

Cuando la pega estuvo preparada, nos alejamos. Con gran estruendo estallaron los barrenos, la galería gimió y hasta se oyó el chillido de alguna rata asustada.

Poco después de reunimos con el grupo, llegaba Potencia.

—¿Qué pasa? Hay que sacar a alguno arropado, ¿no es eso? Seguro que es al «cencerro».

—A mí… —repuso Mauricio, un poco cohibido ante la corpulencia de Hilario.

—Pues venga, en marcha. ¿Están «hablados los mandos»?

—El vigilante callará —opiné yo—. Lo peor son los soplones. Es cuestión de enseñarles los dientes.

Antes de partir pedí a Hilario que se pasara por casa para explicar a Selva el motivo de mi ausencia.

—Se lo diré. No sé, no sé —bromeó—. ¡Como estará acostumbrada al «cohete» diario, te va a echar de menos!

El gigante abrió la marcha. El forastero, volviéndose un instante, me deseó:

—Que no se te haga larga la noche… ¡Y gracias otra vez!

—Me entretendré en jugar a la oca con las ratas y algún fantasma aburrido que venga a contarme sus cuitas…

* * *

El grupo, capitaneado por Potencia, y llevando en medio al «cencerro», avanzaba por la galería. A lo lejos se veía un grupo de luces, detenidas en la entrada del túnel.

—¡Nos están esperando!

—Como no tienen otra cosa que hacer…

Poco después se acercaban a los guardias. Hilario retrasó el paso, empujando al forastero hacia el lado donde estaba el vigilante. Mirándole fijamente, pareció pedirle ayuda o intentar atemorizarle. Cuando el agitador pasó ante la barrera, el encargado hizo un gesto de sorpresa. Sin embargo, no tardó en reaccionar, apartando los ojos hacia la cola de los mineros en marcha.

El guardia iba contando:

—Dieciséis, diecisiete…

—¡Parece usted un pastor, compañero! —comentó alguien, burlón.

—No podrá confundirse porque nosotros no vamos vestidos tan igualitos como ellos —añadió otro en el mismo tono.

—Veintidós, veintitrés…

Quedó atrás el obstáculo de los guardias y Mauricio resopló aliviado. Hilario Potencia se puso a su lado.

—No sueltes el gallo que aún faltan dos «controles» más. ¡Y en ellos estará algún cabrón esperándote!

No se equivocó. Cuando desembocaron en la maniobra, Seisdoble dio la voz de alarma:

—¡Ahí están!, ¡maldita sea!

—Mira el Dientes… ¡Y Marón!

—Yo me ocuparé de ellos —dijo el gigante avanzando decidido hacia uno de los espías, quien, subido sobre un bidón, iba mirando con aire de superioridad hombre por hombre.

Hilario le cogió por el tobillo y, aparentando gastarle una broma, le apretó con fuerza.

—¡Hola, Dientes!, ¿cómo por aquí?

Los ojos de Potencia relampagueaban de amenaza. El Dientes sostuvo su mirada unos instantes, luego la bajó, vencida, desmoronada la suficiencia que le proporcionaba el sentirse rodeado de guardias.

—¿No te acuerdas de lo que le pasó a Sandalio, astilla de cabrón?

—¡A éste, cuando muera —contestó otro—, le van a salir los cuernos por los lados de la lápida!

Y a gritos, añadió:

—¡Vas a morir caído encima de tu propia mierda!, ¡cobarde!

—Me gustaría matarle para untar pan en su sangre… —dijo alguien sin alzar la voz.

Un runruneo amenazador bullía en la maniobra. El Bola, con aire sumiso, parecía ayudar a los uniformados. Ya no engañaba a nadie, y menos a nosotros, que desde el asunto de la inundación del año diez sabíamos que era leal y hasta decidido. Mucho tuvo que engañar a la Empresa para poder conservar el puesto.

Llegó la jaula, sacaron las vagonetas y entraron mineros, entre ellos Mauricio. Cuando desapareció embudo arriba, Potencia respiró tranquilo. Pero aún siguió apretando, en las mismas narices de los guardias, el tobillo del Dientes. En su mano, crispada, como aprisionando un corazón que quisiera aplastar, se dibujaban los músculos en tensión.

—¿Por qué no sube usted ya? —le gritó un uniformado de mal humor—. Deje a este hombre que está en su tarea.

—Eso es, ¡en su tarea! Como usted en la suya…

Hilario, volviéndole la espalda, se acercó al boquete de la jaula.

* * *

Cuando el ascensor llegó arriba, aún quedaba otra inspección. Entre los guardias se encontraban el capataz y un par de vigilantes, quienes, o no vieron o no quisieron ver al «cencerro». Pasando ante ellos, los mineros que «arropaban» al agitador se dirigieron a la explanada donde estaban aparcadas las bicicletas y burros que montaban los mineros que vivían lejos.

—¡Luego dicen que el garrote vil está anticuado!

—¡Bah!, a mí con que me dejaran retorcer algún cogote…

—¡Caerán pronto! En el mundo los soplones no tienen larga vida. Y menos los de esta calaña.

Poco después se detenían ante un grupo de biciclos. Pereira, tomando el primero que encontró a mano, se lo entregó a Mauricio. Otros mineros ya se disponían a partir. El «cencerro» montó y, pedaleando nervioso, se alejó entre ellos. Potencia aún tuvo tiempo de verle alejarse.

En aquel momento llegaba el dueño, quien, después de revisar uno a uno los velocípedos allí amontonados, gritó asustado:

—¡Me han quitado la bici!, ¡hay un ladrón! ¡Aquí hay un ladrón!

Potencia se acercó a él.

—¡Calla, mañana la tendrás!

—¡Qué mañana! —alzó el minero la voz—. ¡Me la han quitado hoy y hoy tiene que aparecer!

—¡Oye! —Hilario le tomó del brazo, apretándolo—. ¿No sabes lo que pasa ahí abajo?

—¡Nada!, ¿qué va a pasar? —repuso el hombre sin acertar a reaccionar.

—Y el «cencerro» ¿qué?, ¡tonto!

—¡Ah!

No le duró mucho el conformismo.

—Bueno, ¡pero por eso no voy a perder yo mi bicicleta!

—Mañana la tendrás. Te la traeré yo mismo. Anda, dale a la zapatilla que otro día a lo mejor toca que hagan por ti otro tanto.

—Si viviese mi suegra me llevaría a cuestas —se resignó al fin el minero—. ¡Son doce kilómetros, compañero!

Mezclado con otros, Mauricio ya corría por la carretera. Pronto desapareció tras una curva.

Alguien se alejaba comentando:

—Hay un ladrón. A Joselito le han robado la bici.

* * *

Quedé solo.

Aquellas perfectas tinieblas, tan absoluto silencio, como invitándome a penetrar en mil sensaciones distintas, formaban un extraño abismo en el que hasta las sombras deberían estar sufriendo. Mi cerebro, como sacudido por las viejas obsesiones, tan fuertes que parecían un mal hereditario, comenzó a tejer cosas de recuerdos y fantasmas. Esforzándome por olvidarlo, empecé a andar. La galería, sumida en la noche; el polvillo, que continuaba escapando por los agujeros… Pasé bajo la rampa destruida y continué recorriendo aquel túnel en el que el hermano del Marquesito —lo juró en el entierro— no volvería a entrar jamás. Tanta oscuridad, tanta ceniza negra, me hicieron creer por un momento que yo no era sino un grumo más de carbón, un hombre de hulla, que estaba hecho, en contra de lo que decían los libros sagrados, de mineral en vez de tierra…

«El Marquesito… "¡Que nadie se ponga triste!, ¡que el mundo se vista de luces, para gozar de la fiesta de la vida!"»

Eso gritaba cuando tenía un par de vasos encima.

«La vida… No debe ser más que un soplo que va declinando melancólicamente. ¿Y luego…? Quién sabe… Gago entendía de eso. Y Angelón, aunque él no lo crea, porque dice que es preferible ofrecer un cabrito a un pobre que a Dios. Y que si Cristo multiplicó un día los peces y los panes, él lo haría siete veces a la semana… Ha muerto Juanito Juan… Y el Marquesito. ¿Dónde estarán ahora que ya les enterramos? Quién sabe, de todas maneras pronto los olvidará el Valle, la vida es así. Y los hombres… Angelón dice que somos seres sin maleta, que no hay nadie que atienda a nadie… Hombres sin maleta, por eso estamos siempre dispuestos a luchar por lo que sea y hasta morir si la cosa es justa… Sí, como Quijotes con cabeza…»

Por el coladero de la rampa desplomada seguían saliendo humo y polvo, cayendo sobre las aguas tristes y sucias de las cunetas. En ellas se hundían mis pies, detenidos bajo la explotación hundida. El sudor, en forma de gotas, temblaba en mi barbilla.

«Qué túnel… tan largo. Parece un sepulcro infinito para un hombre solo.»

Una sacudida de misterio, de desconocida aventura, parecía manar de aquel socavón que tan familiar debía serme. Había algo

que asustaba, manteniendo el alma quieta, como a la expectativa. Luego se serenó, distraída por un rebaño de ratas ciegas que pasaron chillando, asustadas quién sabía por qué.

«Este coladero parece una fábrica de humos.»

Volví sobre mis pasos. Un nuevo grupo de alimañas, como protestando por mi presencia, llegaban del corte, también chillando. Cogí una piedra y la arrojé con rabia. Debí de hacer blanco porque oí un aullido de dolor. Aquello pareció alegrarme y me puse a cantar entre dientes:

Si yo fuese picador,
cantaba un chico en la mina,
si yo fuese picador
a mi amor la compraría…

Marchaba resbalando sobre los raíles, que me servían de guía. Tropecé con unos troncos que se hallaban mal apilados, y me senté sobre ellos.

«Si pudiese dormir, dormir un poco, aunque… Se haría la noche más corta. Lo malo es después, al despertar, que zumba la cabeza y está uno fastidiado una semana.»

Unas voces lejanísimas me arrancaron de aquellos monólogos mentales. Luego descubrí dos luces que se dirigían hacia mí. Me acerqué a la rampa desplomada y de un salto me escabullí en ella.

«Si son "ellos" aquí no entrarán…»

Poco después un resplandor se estiraba por el coladero.

«Están ahí… a lo mejor entran. Será mejor que suba un poco más.»

Una voz me detuvo. Quedé escuchando atentamente.

—¿No se habrá metido aquí?

—Puede ser… ¡en cualquier sitio! Pero si vamos a «oler» la mina entera tenemos para rato.

—A nosotros nos confiaron esta galería y hay que «ahuecarla». ¡Tiene usted que registrar ahí dentro! —La voz se había vuelto autoritaria.

—Esta es la rampa desplomada y puede caerme encima lo que está en pie. Además, si yo subo, él sube más —el vigilante parecía irritado—. ¿Les parece que busquemos por otros sitios? En el caso de que se haya escondido ahí, se asfixiará. ¡Peor para él!

—No lo creo. ¡Los mineros tenéis buenos pulmones! —repuso el guardia, desconfiado.

—Pero no para meternos en estos agujeros como si fuésemos ratas con ganas de morirse… ¡No! —rectificó—, ellas ahí no

estarían mucho tiempo.

—¡Hay que cumplir las órdenes! Nos quedan sólo tres «hoyos» por registrar y… ¡Vamos, suba a ver si le encuentra!… So pena —el acento se tornó falso, suave— que quiera que le denunciemos por negarse a colaborar con la fuerza pública.

Callaron las voces. La claridad comenzó a moverse, a alargarse. Huyendo de la luz como un fantasma asustado, me fui adentrando en la caótica rampa. El polvillo y el grisú estaban a punto de provocarme un acceso de tos que me delataría. Toqué una madera, presentí que aquel tronco fue el que estranguló a Juanito Juan y apreté la boca contra él. Luego me escondí tras el montón de hulla que revolvimos al desenterrar a mi amigo. El resplandor iba acercándose; fue a detenerse al otro lado del parapeto, como escudriñando los alrededores. El vigilante se hallaba tan cerca que podía oírle refunfuñar contra los «cencerros» y los guardias. Sentí deseos de salir de mi refugio, de echar un rato de charla con aquel desgraciado al que obligaban a buscar a un compañero, a delatarle.

Dejando escapar un suspiro de resignación, me entretuve en contemplar un mosquito que, atraído por la luz, hasta allí se había aventurado. Saltaba torpemente sobre mi mano, como saludándome, queriendo hacerse notar.

«Qué solos estamos, camarada. ¡Y qué hostigados…! tú y yo…»

Aquel bichito parecía el símbolo de la desorientación de la debilidad. A medio kilómetro bajo tierra, prácticamente ciego… ¿Qué buscaría allí?, ¿qué destino fue el suyo para nacer en aquel ambiente? Acaricié sus alas plegadas y no se movió. Debía estar asustado, a punto de asfixiarse en aquella atmósfera donde tan atolondradamente se adentró hipnotizado por una claridad que sus órganos visuales apenas alcanzarían a divisar.

No sé por qué le maté.

«¿Qué hacía aquí? Necesitaba un poco de reposo.»

El vigilante se retiraba. Cuando desapareció el resplandor, me incorporé y por un momento creí desvanecerme. Me invadió un súbito pánico, como si presintiese que no tendría fuerzas para escapar de aquella trampa, para llegar a la galería. Caería entre los ácidos y los gases, se cebarían en mí, me devorarían con la misma facilidad que yo aplasté al mosquito. Sintiendo la ya familiar tela de araña enroscándose en mis piernas, apretando sus tentáculos a cada paso que daba, los brazos rígidos, como dispuestos a crisparse sobre el primer madero que encontraran, avanzaba con gran esfuerzo. Subí colinas de hulla, descendí a los barrancos, donde me detenía, inconscientemente buscando en los hoyos un lugar donde

descansar… Estiraba los brazos, palpaba los bordes de lo que semejaba un nicho y la angustia me ponía en pie, me obligaba a apresurarme; me tambaleaba, caía de bruces. Un agradable sueño venía entonces hacia mí, como intentando, amable y mortal, rodearme con sus manos de gasa, aligerar los sufrimientos que precedían a la muerte.

Empujado por el instinto me arrastraba, me alejaba de aquellos fosos y del peligroso reposo que ofrecían.

Aquel lento caminar no terminaba nunca. Temí haber perdido la pista. La salida no estaba quizá en aquella dirección. En aquellos momentos me reconocía un ser ciego, vagando y vagando entre sombras y gases. Tinieblas y paredes me obstruían el paso, como moviéndose, levantándose ante mi posibilidad de escapar… Pisé en falso y rodé por un hueco, desplomándome pesadamente sobre la galería.

El golpe que recibí en la cabeza debió ser brutal… ¿Cuánto tiempo estuve desvanecido? Había caído al túnel y sobre mí corrían las alimañas; en mi cuerpo empezaban a mordisquear las ratas y quién sabía cuantos bichos más de aquellos que poblaban las fosas, Me levanté con gran trabajo y, balanceándome como un borracho, retrocedí hasta el corte. Allí terminaba la tubería de conducción. Abrí la llave y un chorro de aire me refrescó la cabeza. Cuando me sentí más sereno, busqué dónde sentarme y cerré los ojos.

«Si pudiese dormir un poco… —me repetí—. ¡Qué largo se hace todo en la noche!»

El tiempo iba pasando… ¿con qué ritmo, si allí parecía detenido? De cuando en cuando, a lo lejos, en el transversal quizá, aparecía un resplandor. Luego las tinieblas volvían a ser perfectas. Descubrí a mi izquierda un punto brillante, sin duda un trozo de eucaliptos. Fui a recogerlo y a su amparo intenté mirar el reloj. Como no despedía suficiente claridad —al acercarme a él palideció — quité el cristal y por el tacto quise comprobar la situación de las manillas. Estaban casi juntas. ¿Las once?, ¿las doce?… Poco después oí un sordo rumor, como si el Pozo estuviese reconstruyendo sus partes magulladas.

«Sí, son las doce, media noche. A esta hora creen los viejos mineros que la tierra da la vuelta de campana y que los huesos de la fosa acusan la "volteada".»

Ruidos, ruidos… se encajaba la mina abierta, los tendones de las rampas…

Parecí «despertar». Estaba solo, ¡solo! y allá, al otro lado de la noche, más abandonado aún que yo, se encontraba la galería

tapiada, la tumba de mi padre, cuyo recuerdo llegó súbitamente para hablarme en el tono patético de mis peores días de pesadilla. Aquellos crujidos, semejando el anuncio de un nuevo y total derrumbamiento, terminaron de perfilar aquel cúmulo de sentimientos que en mí provocó la muerte de Juanito Juan.

Empecé a andar como un autómata; la galería iba quedando atrás. Cuando desemboqué en el transversal, descubrí a lo lejos dos lámparas, cuya luz se mezclaba al sonido de una turbina.

«Deben estar arreglándola… O las vías.»

Olía a cuadra cerrada. El ruido de un tren acercándose parecía andar físicamente por entre aquel aire podrido, escurrirse por la bóveda, de roca viva porque allí el túnel no necesitaba entibación.

El convoy pasó dejando en el ambiente un sonido distinto, metálico, sin eco. Dos faroles, dos hombres, esperaban el cargamento de tuberías. Alejándome de ellos —en aquellos lugares la «nata», islán y agua, dificultaban la marcha por el socavón— seguí acercándome a la galería tapiada. A lo lejos aún resonaba el ruido de los vagones y la mina seguía moviéndose, produciendo secos chasquidos, como si las piedras peleasen entre ellas o quisiesen llamar la atención de aquel fantasma, de aquel pecador filial… Al igual que un señor absoluto de las tinieblas moviéndose instintivamente en un mundo de oscuridades y ya sin ruido, las manos extendidas para evitar golpearme contra los hastiales, continuaba aproximándome a la causa de aquel dolor infantil y enfermizo, centrado en un túnel derrumbado, ahora al alcance de mi mano.

Deseaba y temía aquello que me proponía llevar a cabo.

En un recoveco, en uno de los escondites donde acostumbrábamos a guardar los utensilios, encontré una pica. El medio centenar de metros que me separaban del socavón prohibido, los recorrí de prisa, empujado por una inquietud que aceleraba mi respiración. Marchaba por la cuneta, el agua hasta media rodilla, palpando la pared… Una madera, ¡la puerta!, ¡la puerta!

El tiempo pasado pareció levantarse como un nuevo Lázaro, revivir aquel día en el que, junto a Antón, bajé por vez primera al Pozo para conocer el origen físico de mi tragedia. Como en un idioma insondable, del otro lado del muro, donde no existiría otra cosa que una vida totalmente muerta, parecía brotar un susurro, uno de esos diálogos dirigidos a la penumbra. Tanteaba la madera, revisaba sus resquicios, pegando la boca a ellos como queriendo lanzar a través de sus fisuras un bisbiseo embelesado. Me fui agachando para mojar mi mano en un agua que, como si alguien

llorase allá adentro, tras la tapa de aquel sepulcro inmenso donde nadie había penetrado desde hacía muchos años, fluía mansamente por debajo del portón. Allá dentro, donde quizá no volviese a entrar nadie más que yo, empujado por un amor mezcla de obsesión y desaliento…

—Padre, padre…

Parecía estar llamando a la puerta de su morada. Aquel ambiente transformaba mi razón hasta el extremo de que, surgiendo de aquel mundo de silencio y soledad, creía posible que él acudiese a mi reclamo.

Empuñé decididamente la pica y, apalancando la madera, que crujió con sonido de profanación, me dispuse a entrar. Como atraído por el ruido, regresaba el tren, rodando de prisa hacia mí. Temeroso de ser descubierto, me afané en abrir una brecha por la que poder penetrar. Lo conseguí cuando el resplandor de una lámpara resbalaba a una docena de metros de mi escondrijo.

Anoche echéme borracho,
borracho me levanté,
¡ay qué desgracia la mía!,
ya estoy borracho otra vez.

El caballista cantaba. Vi pasar una mula enorme, negra, achuchada por una sarta de palabrotas que las sombras se iban tragando. Detrás los vagones y, cerrando el cortejo —debía estar aprendiendo, habituándose a las tinieblas— marchaba otro animal, blanco, como una piedra caída de la bóveda.

La claridad clavó un rectángulo vertical en el interior de la galería. Fue un instante, lo suficiente para que pudiese comprobar que en un principio el socavón estaba en pie, estrechado en algunas partes, como si la explosión hubiese hecho doblar al túnel el espinazo. La temperatura aumentaba rápidamente, concentrados allí todos los gases de aquella veta abandonada y muerta. Tocaba postes, piedras y nada de aquel mundo desconocido me parecía extraño. Metí los pies en un hoyo, el agua me llegó casi hasta la cintura y, sudoroso y mojado, salí de él para tropezar con una piedra. El golpe no fue doloroso porque me había desplomado sobre un montón de escombros. Alargué la mano y toqué el techo. Allí empezaba la quiebra. Poniéndome de rodillas intenté orientarme, comprobar si existía alguna posibilidad de seguir adelante; algún hueco escondido en los ángulos del derrumbe por donde adentrarme en aquellos espacios tenebrosos. Palpaba maderas, piedras, carbón… Mi mano chocó con una tabla, derribándola. La

tomé, dejé que la mano la recorriese hasta que topó con otra, cruzada, unida a la primera por un trozo de mecha de dinamita… ¡Una cruz!, ¡era una cruz!

Temblaban mis manos de emoción, de cólera. La vieja voz del viejo presentimiento, al fin comprobado. Apreté los labios y dejé escapar una interjección que pareció un trallazo. Fue un instante. Luego me invadió la tristeza, porque para todo estaba preparado; una suave melancolía que me llevó a acariciar aquellas maderas podridas.

Las manos frías y las entrañas ardiendo. Y unas lágrimas rabiosas e íntimas que discurrían por mis mejillas, cayendo sobre la cruz.

En aquellas estacas parecía estar representado todo el misterio de mi padre muerto; de aquella tragedia que fue haciéndome crecer viendo cómo purgaba una culpa de la que no fui responsable.

Abriendo un pequeño hoyo, clavé en él la cruz. La enderecé, enderecé sus brazos, tensando la mecha que los unía. Por unos instantes permanecí inmóvil, indeciso. Luego me asaltaron una turba de pensamientos. Volviendo con brusquedad la espalda a la cruz y a la quiebra, me alejé en dirección a la salida del túnel.

Una vez en el transversal, tiré de la puerta, tapando el socavón, y me encaminé hacia la maniobra…

«¡La lámpara!, ¡maldita lámpara!, ¡maldito "cencerro"!»

Sentía una angustiosa necesidad de salir, de hablar con alguien, de escapar de aquellas tinieblas donde se alzaban cruces misteriosas y algo parecido a voces que aterraban.

Decidido a llegar a la superficie, a mirar a las estrellas, a un mundo abierto que desvaneciese aquella vieja obsesión, despertada y agigantada por la soledad…

«¡Maldita lámpara!, ¡maldita lámpara!»

Retrocediendo, pasé frente la galería tapiada y seguí adelante, hacia aquellos faroles que brillaban a lo lejos. Al acercarme me pegué a la pared, deteniéndome ante el límite de las sombras. Desde allí estuve un rato espiando a los dos hombres, que trabajaban separados. Uno de ellos, el más próximo, manejando llaves y tornillos, hurgaba en la turbina. El otro, un caminero, daba forma con el «gato» a un carril.

Aprovechando que el tubero fue en busca de un rollo de alambre que brillaba en el hastial de enfrente, me acerqué al farol, apagándolo. Lo cogí y me alejé rápidamente —el lodo apagaba mis pisadas— hasta dejar atrás un grupo de vagonetas volcadas. En aquel momento oí una blasfemia. Luego una voz que llamaba:

—¡Joaquín!, trae tu cacharro que no sé dónde coños se metió el mío.

—¿Estás borracho o te haces? ¿Cómo no vas a saber dónde está?

—¡Aquí!, ¡pero no la «tiento»! ¡Trae tu lámpara!

Aún les oí un rato refunfuñar, embargados sin duda por el asombro más grande de su vida.

* * *

Encendí el farol cuando me acercaba a la maniobra. Intentando aparentar cansancio, me detuve junto a la jaula. El encargado de puertas se hallaba medio adormilado.

—No se puede trabajar con este aire… ¡agota a su padre!

Tardó unos instantes en reaccionar. Lo hizo poniéndose en pie de un salto.

—¡Landa!… ¿Así que tú eres quien…?

—¿Quién qué?

—El «cencerro»… tú… Fuiste tú quien le dio la lámpara, ¡seguro!

—Sí, yo fui… ¡Esta que llevo me la bajaron al Pozo los Reyes Magos!

—Pues por ahí dicen que la tuya se la llevó el «cencerro».

—Por ahí… ¡charlatanes! ¡Venga, llama a la jaula que estoy de sombras hasta la coronilla!

—Bueno… —pareció titubear—. Aunque la lámpara sea tuya, si llamo vas a despertar a los «feroces». Mejor será que subas por la escalera de salvamento. Es un duro paseo, pero merece la pena —me guiñó un ojo connivente—. ¿No te parece?

—¿Hay muchos?… ¿Quién está con ellos?

—Muchos no porque se incendió el prado del polvorín y andan por allí poniendo desorden.

—¿¡El polvorín!? ¡Allí viven mis suegros!

Reaccionando rápidamente, pregunté:

—¿Cómo fue?… Esta mañana maíz y ahora…

—Cómo fue no lo sé, ni me importa. ¡Pero que si se descuidan salta la Santa Bárbara es un hecho! Dicen que han desalojado las casas de los alrededores. Para mí que es un sabotaje de los del Enquistao, ¡ya son muchas casualidades!

—¿No pueden apagarlo?

—Lo están intentando, pero vino el padre viento y terminó de fastidiarla.

—Voy para arriba —me decidí, encaminándome hacia la

escalinata—. ¡Ah!, si viene alguien reclamando una lámpara, dile que la tengo yo. Y que le sacaré del cepo, que no se preocupe. Si podéis callar la boca, mejor.

—Está bien. A por el fuego y suerte… ¡bombero!

Marché escalera arriba. Los hierros de los peldaños, desgastados por las aguas que caían de lo alto del embudo, estaban escurridizos. Olía a podrido. Un rumor de tormenta rugía sin fuerza en aquel gigantesco agujero, sobre cuyas paredes, al estrellarse el resplandor de la lámpara, se dibujaban instalaciones y cosas de fantasmas. Había ascendido ya medio centenar de metros, cuando miré hacia abajo… ¡impresionaba aquel abismo que sólo se dejaba adivinar!

Comencé a fatigarme y me detuve en un descansillo. No era el esfuerzo físico, sino el ánimo, los nervios quien desgastaban mis energías.

Cuando pasé por la tercera planta, el señalero y un encargado conversaban animadamente. Al verme se hicieron un guiño de inteligencia y, como puestos de acuerdo, se alejaron hacia el túnel.

«Guardias, que no encuentre guardias…»

Salí a la superficie. Aún estaban mis pulmones gozando con el aire traído de las montañas por los vientos encolerizados, cuando una sombra, despegándose de uno de los puntales del castillete, se acercó a mí. Otro agente, que, manteniendo el fusil entre sus piernas cruzadas, dormitaba frente a la jaula, despertó al oír los pasos de su compañero.

—¿De dónde vienes tú por ahí?

—¿No lo ve? De darle al pico. Ya terminó mi turno.

Pareció dudar.

—¿Y por qué sales por ese agujero?

—Los mineros —intenté sonreír— salimos siempre de algún agujero. Subí por la escalera porque trabajo en la primera planta y no merecía la pena poner en marcha las máquinas… Puede llamar al vigilante si quiere…

—Bueno, bueno —refunfuñó, aún desconfiado.

—¿Serían tan amables de darme un cigarrillo? —añadí, rápido. Ahí abajo se echa de menos y hasta que llegue a casa…

Me lo dieron, me ofrecieron lumbre y volvieron a sus puestos. Lo que en definitiva parecían desear aquellos hombres es que no hubiese líos, que les dejasen en paz.

* * *

Sobre el monte, en dirección oeste, la noche se inflamaba, como

arrebolada por la impresión. Allí había gentes, hablaría con ellas. Sentía necesidad de hacerlo, como si tras aquellas horas pasadas en la soledad, con el colofón del descubrimiento de la cruz, me asustase el aislamiento, la nueva visión de mi padre sepultado, muerto, como muerto estaba Juanito Juan porque el destino parecía haber querido que ellos, que físicamente tanto se parecían, se encontrasen pronto al otro lado de la nube.

El recuerdo de lo dejado a mis espaldas, como envolviéndome en un fluido misterioso, me hacía andar desorientado, sin deseos de llegar a ningún sitio…

«¡El incendio!, ¡el incendio!»

Ya corriendo hacia él, experimentaba unos súbitos anhelos de gritar, de insultar, de pedir una explicación a quien tanto se divertía llenando el mundo de penas. Corrí no sé cuánto tiempo… un ladrido me detuvo, como si los perros de Cándido quisieran recordarme que cerca de allí estaba el cementerio, que cerca de allí había un hoyo donde enterraron cascotes.

Empecé a sentir sed. Y algo opresivo que me estrujaba el pecho. Por unos momentos me creí un ser extraño, grotesco, flotando ante las penumbras de un pueblo, apenas alumbrado, callado. No sentía, no oía nada. Un temor extraño me embargó cuando, sin proponérmelo, me encontré marchando hacia el camposanto, hacia una soledad que, incomprensiblemente, pujaba por transformar el temor en pánico.

Llegué a la verja del cementerio. Sobre él se hallaban detenidas la luna y un grupo de estrellas, bañándole con un resplandor claroscuro que le hacía aún más tenebroso. Silencio, silencio de los muertos… Allí, en aquel rincón, estaba reservada la tumba del tío Mañón. Y allí, un poco más al centro, los… ¡las malditas piedras que decían huesos de mi padre!…

«Allí está la tumba de Gago… Y a su lado la «mía», el lugar que me reserva Cándido a cambio de unos tragos de vino.»

En aquellos momentos sentía muy cerca la muerte, familiarizado con ella, sin que el más mínimo temor naciese de aquel reconocimiento.

En lo alto, en dirección a la estatua, brillaba la noche, enrojecida por el incendio. Y fue quizá aquella llamada la que me impidió entrar en el camposanto, donde, ya sin lugar a dudas, se hallaban enterradas unas piedras bajo la lápida que llevaba el nombre de mi padre… ¡Ah, si no fuera un lugar sagrado!, ¡si para llegar a su tumba no tuviese que pasar ante la de Gago y Juanito Juan, ante la de tantos mineros amigos cuyo reposo podía ser turbado por mi

profanación! ¡Yo abriría la tierra! ¡Yo sacaría aquel ataúd de zinc, arrojando por los aires aquellas malditas piedras! ¡Yo terminaría con tan larga farsa!

Asustados por la fogata, los perros de Cándido, cachorros de aquellos cachorros que vieron sepultar a mi padre, aullaban sin cesar. Luego, cuando descubrieron un intruso pegado a las rejas, corrieron hacia mí ladrando desaforadamente. Echado por los canes, como se expulsa a un ladrón, dejé a mis espaldas la verja y corrí, corrí…

Un bramido silencioso, que no iba más allá de la garganta, me hacía temblar de pies a cabeza.

* * *

El horizonte parecía arder en toda su extensión. En las altas laderas del Valle, azotadas por el fuego, la franja rojiza semejaba un grito de horror o de cólera. Arboles y chozas, y alguna labrantía abierta en los escasos claros del bosque, veían avanzar hacia ellos las llamas, ya escalando los últimos metros de la montaña, como deseosas de pasar al Valle del Enquistao. Aun desde lejos se adivinaban ya rodeando la Santa Bárbara de las minas y el medio centenar de casas y casuchas desparramadas en su contorno. Olía a humo, a resina ardiendo.

Un grupo de gentes, la antorcha en alto, marchaba cuesta arriba. Corrí para unirme a ellos, para juntar nuestros estremecimientos, íntimos, como si en ellos y en mí la tragedia fuese más allá de un fuego y un polvorín que amenazaba saltar. Encorvados, temblándoles los dientes por el frío del invierno, cambiaban secas frases, como obligados.

—¡Quién!, ¡quién ha prendido la maleza!

—Sí… ¡quién!, ¡quién!

El viento corría llevando con él la cabellera roja de la fogata. Aquella furia empujada, inflamaba la noche.

Cuando nos presentamos ante el incendio, las gentes de mi Valle, sentadas sobre los colchones, sobre los humildes enseres que sacaron de unas viviendas abandonadas a su suerte, nos vieron llegar en silencio. Allí estaba el tío Mañón contemplando lo que, sin duda, creía la mayor catástrofe de su vida. Y junto a él, Juana, sollozando estrepitosamente, fijos los ojos en su casa que, aunque alejada del fuego, podría volar si éste llegaba a alcanzar el polvorín.

—Lo apagaremos antes, Juana. ¡Verá cómo lo apagamos!

No contestó. Nadie hablaba, ayudando con los ojos y sus rezos a

los que, haciendo zanjas, cortando árboles, pisoteando los rastrojos, se esforzaban en atajar el siniestro. Había pánico en las mujeres y los viejos, pánico en las sombras. Arriba lucía una luna ancha, curiosa.

Tomando un pico me encaminé hacia el fuego. Semidesnudos, chorreando sudor, atontados algunos por tanto humo tragado, grupos de siluetas se alzaban y agachaban en un fondo negro-amarillento. Sobre ellos caía la oscuridad, entenebrecida por los lengüetazos cambiantes de las llamas; por aquella gigantesca tea que, perforando la noche, se acercaba a la escombrera como deseosa de darla vida, de provocar uno de aquellos incendios subterráneos que prácticamente resultaba imposible extinguir.

Era tal la magnitud del fuego que algunos mineros, desalentados, como dejando a la naturaleza que campase por sus respetos, ya se retiraban. Oían silbar al aire y miraban al cielo, en busca de lluvia. Luego retrocedían en busca de sus enseres, de sus hijos, dispuestos a enviarlos a la aldea.

Otros también se iban, llevados en camillas, hacia el botiquín del Grupo. Allí curarían sus quemaduras.

—¡Quién!, ¡quién ha sido!

Un muchacho llegó corriendo para anunciarnos que, por la parte del Enquistao, se divisaban hileras de luces. Una hora después, ¡impresionaba aquel cortejo!, los forasteros comenzaban a cruzar la divisoria de los valles. Iluminando fantásticamente la noche, ya sin luna, aquel jubileo de luces, como mandados por un estratega, fueron después descendiendo, abriéndose en abanico, marchando por grupos hacia los puntos más amenazados. Aquel refuerzo animó a las gentes de Valhundido.

—¡Vamos!, ¡a ver si logramos hacer un vacío al fuego!

—Mi casa ya se quemó… se quemó todo, ¡el trabajo de una vida entera!

—¡Pisotear bien los rastrojos! Aún se puede hacer algo.

—¡Salvarme la casa!, ¡por Dios, salvarme la casa!

—¡Y la mía!, ¡y la mía!… ¿dónde meteré a mis hijos?

—Si la nuestra no se quema, ya os haremos un hueco.

—O en la mía… ¡será cuestión de amontonarse un poco!

—Claro, no van a dormir estos pobres angelitos bajo la luna.

El tío Mañón rezaba a Santa Ana, la abuela de Cristo, de la que se había hecho ferviente devoto a partir del día que murió Gago.

* * *

Llevaba cuatro horas luchando con el fuego, cuando me retiré ya sin fuerzas, agotado. Me fui lejos, hasta donde se encontraban los niños arrojados de sus hogares, palmoteando ante la grandiosidad del espectáculo; hasta donde las angustiadas mujeres acariciaban sus enseres, los ojos fijos en unas llamas ya acercándose a sus chozas. Allí el aire caliente no hostigaba la piel, que sentía como tostada, escapado mi cuerpo de un infierno.

Cuando media hora después regresaba, me dijeron que el Patriarca andaba preguntando por mí. Un muchacho me condujo hasta donde se hallaba el viejo picador quien, rodeado de mineros sudorosos, se esforzaba por adivinar la magnitud de aquel incendio que se revolvía tras el telón, rojo-amarillento, clavado en sus pupilas.

—¡Hola, señor Marcos!… Esto va mal.

—Sí, hijo… ¡El Valle parece que a veces goza dándonos disgustos!

—El Valle, no… ¡no sé! —me restregué pensativo la frente—. Pienso que fue la banda de Mauricio, la Empresa… ¡qué sé yo!

—Te portaste bien con Mauricio. Me gusta lo que has hecho, Landa.

—Personalmente le hubiese dejado que se pudriese en el Pozo. Lo hice por compañerismo. Si no fue él quien tiró el maíz…

—¡La cabeza la tenemos para algo, muchacho! —exclamó serio el Patriarca.

E intentando ser amable, añadió:

—¿Qué tal el Pozo a solas? ¿Aburre mucho?

—Sí, un poco… ¡Veremos cómo termina esto! —señalé con un gesto vago a la fogata.

—No va del todo mal —pareció animarse—. Si tenemos un poco de suerte y el viento sigue en esta dirección, se salvará el polvorín.

—Está bien cercado de llamas. El que lo hizo —insistí— tenía una idea exacta de lo que es una circunferencia.

—Pudieron saltar chispas como las que prendieron la escombrera.

—¡Todo es posible! —repuse alzando los hombros, como si en aquel momento me resultasen indiferentes el fuego y todos aquellos seres y viviendas por él amenazados.

Tomándole del brazo, quise apartarle unos metros de la gente.

—Venga, señor Marcos…

Cuando quedamos a solas, y tras unos instantes de duda, mirándole fijamente, exclamé:

—¡Lo he visto! Esta noche abrí la galería tapiada y…

Durante largo tiempo me miró en silencio, reprobatorio. Al fin se decidió a hablar.

—¡No debiste haber hecho eso nunca! ¡No lo deberías haber hecho!

—Eso, y meterme en las rampas hundidas, es lo mismo. Estaba solo y… ¡era una buena ocasión! Ahora estoy tranquilo.

En sus ojos descubrí una preocupada interrogación. Y quizá un velado temor.

—¿Y qué…?

—¡Hay una Cruz, señor Marcos! ¡Hay una cruz!

De nuevo la pausa, rota al fin por un murmullo:

—Puede ser…

—El que la puso sabía lo que hacía. Las cruces sólo se ponen donde queda alguien enterrado. ¡Me engañaron!, ¡han estado mil años engañándome!

—¿Te engañamos?… —el Patriarca estaba cohibido—. No es esa la frase.

—¡Qué es entonces!

—Escucha, Landa —pareció al fin decidirse a confesar—. Tú eras pequeño cuando ocurrió la explosión. Pero puedes recordar… Habían sacado a todos, sólo faltaba tu padre y tras él fueron durante más de dos meses. ¡Cuatro hombres murieron en el empeño y más de una docena se malhirieron! Piensa en los otros hogares, enlutados por recuperar un cuerpo, tan sólo un cuerpo sin vida…

—¡Usted lo sabía! Usted sabía que no le habían sacado. Aquí el único que… —me callé antes de poner a un Colás niño como ejemplo de honradez.

—Sé que a tu padre vamos a visitarle al cementerio y que allí…

—¡Por seguir la farsa! —le interrumpí.

—Aunque así fuese… Dime, Landa, ¿no preferirías que siguiese enterrado en el Pozo antes de causar más desgracias a la minería?

—No lo sé —bajé la cabeza, ya abrumado por tantas y tan fuertes sensaciones.

—Templa tu alma, Landa —repuso paternal—. Tu generosidad… Has sido siempre generoso, ¿por qué te empeñas en dejar de serlo ahora?

—Es muy duro, señor Marcos… —volví a pasarme la mano por la frente, como queriendo alejar una pesadilla—. No sé… ¡es muy duro! —repetí obsesionado.

En aquel momento —el lugar donde se encontraba el Patriarca parecía el cuartel general desde donde se dirigía la operación antifuego— llegaban Vitelón, Potencia y Casiano, seguidos de un

grupo de hombres y chiquillos.

—¡Hola, rata de mina! —me saludó el picador—. ¿Cómo te fue en esa fiesta de don Juan Tenorio?

—Bien…

Arrugando el ceño, y dirigiéndose al señor Marcos, exclamó:

—Hay quien dice por ahí que fue Mauricio y compañía quienes armaron esta escandalera. ¡Parece que vieron a alguien encender los matorrales!

—Lo dicen todos —insistió Potencia.

—Yo, una vez que me levanté a orinar —intervino uno de los críos que llegaron con ellos—, vi un hombre que llevaba una antorcha y luego ya no le vi.

La sospecha debió seguir extendiéndose porque cuando, tras dos horas más de pelear con el fuego, ya a punto de ser dominado. Volvimos junto al señor Marcos, que se hallaba ahora rodeado de capataces y un ingeniero, un muchacho, agitadísimo, se plantó ante nosotros.

—¡Están pegando a los del Enquistao! ¡Vinieron a ayudarnos y les están pegando!

—¿Dónde?, ¡¿dónde?! —preguntó el Patriarca, sacudido por la emoción.

—¡Allí!, ¡allí! —señaló el pequeño hacia la escombrera.

Cuando llegamos al lugar de la refriega, encontramos tres hombres caídos por tierra. Y aún atacaban, otros aún se defendían y cayó alguno más.

Mauricio, desvanecido, las ropas destrozadas, bañado el rostro en sangre, se hallaba desplomado sobre el humeante carbón del estéril.

—¡Qué hacéis, insensatos!

Cuando recogimos al «cencerro» costaba creer que aquel hombre pudiese sobrevivir. Por la cara enrojecida, por las mejillas, parecía estar escapándose trozos de carne. Los ojos eran dos horribles manchas negras, cegados por los puñetazos. Los golpes debían haberle sacudido también el pecho porque, de cuando en cuando, dejaba escapar unos vómitos que repugnaban.

—¡Insensatos!, ¡insensatos! —repetía el Patriarca, intentando suspender la feroz refriega que aún tenía lugar unos metros más allá.

Poco después, Mauricio, junto a los demás heridos, fueron trasladados a la enfermería del Grupo. Allí quedaron, haciendo compañía a los quemados por la fogata provocada por manos desconocidas.

* * *

Lo que algunos creyeron una deuda, había sido saldada. Fue quizá una injusticia más de las que las gentes del Valle cometían a veces. El maíz había soliviantado los ánimos y el misterioso incendio terminó de colmar la paciencia. ¿Mauricio? ¿La Empresa, adelantándose, abortando los acontecimientos que adivinaba aproximándose? ¡Quién podía saberlo! La Compañía tenía en sus manos muchas y muy sutiles armas, tan astutamente usadas que podían equivocar incluso a los más prevenidos.

¿Quién había arrojado el maíz? ¿Quién prendió fuego a la maleza? ¿Miembros del otro Sindicato? ¿La Sociedad? ¡Qué sabíamos nosotros, tan acorralados siempre, tan temerosos de una recaída en aquel desaliento de donde escapamos apenas hacía unos pocos años!

Un chico vio a un hombre prender fuego a las hierbas. Y alguien más declaró: «Si no me equivoco, poco antes del incendio desalojaron el polvorín, lo vaciaron de dinamitas».

¿Quién?, ¿quién…?

* * *

El día terminó de abrirse sobre los cerros, ennegrecidos por el fuego. Como un recuerdo de aquella fogata que angustió a las gentes de las alturas, quedaban unas casas destruidas. Y una humareda, surgiendo de la escombrera; «el sordo incendio» de los carbones prolongándose quizá indefinidamente, devorando y devorando las entrañas del falso peñón.

Ahora el monumento a los caídos estaría escoltado en sus dos flancos. Le harían guardia el humo del estéril y la llama del «soplo» dejado por los hombres de la «fiebre».

Aquel monumento donde había ido a esculpirse el recuerdo de Juanito Juan.

A los patriotas silenciosos.
A los héroes fecundos
muertos en el trabajo,
¡PAZ!

El fuego había sido dominado.

* * *

Una hilera de hombres y mujeres se alargaba senda abajo. El Patriarca iba de los últimos, agarrado al brazo de dos mineros. El gigante y yo marchábamos detrás, como escoltándole.

—Vitelón…

Como pasaron unos instantes sin que continuase hablando, el picador barbotó:

—¡Vomita, hombre, vomita!

—Sabes que me quedé en la galería; que presté la lámpara a Mauricio…

—¡Noticia de última hora! —se burló.

—Quedé solo —seguí sin prestar atención a su chanza— y me dio… ¡abrí la galería tapiada!

—Eso ya son palabras mayores… ¡mal hecho!

—¿No se te ocurre otra cosa?

—Sí, ¡que hiciste mal!

—Los primeros metros están en pie. Luego viene la quiebra y allí hay… ¡hay una cruz, Vitelón!, ¡hay una cruz!

—¿Sí…? —el gigante intentaba hacerse el desentendido.

—¡Escucha! —le tiré bruscamente del brazo—. ¡Te digo que hay una cruz!

Vitelón se detuvo. Dejó escapar un suspiro y, golpeándose suavemente el pecho con las manos extendidas, me miró en silencio. Por un instante debió de volver a encontrar abierta aquella herida que él tan bien conocía porque fue testigo de su origen, allá en los tiempos, cuando nos separó a Colás y a mí, peleando siempre por cosas de chicos. Una herida que nació cuando tenía once años y que no llevaba visos de desvanecerse.

Le miraba fijamente, presintiendo que por su mente corrían torbellinos de pensamientos.

—Sí, hay una cruz —habló como de mala gana—. Lo sabía. Recuerda que anduve buscando a tu padre.

—¡También tú engañándome hasta el último momento! —exclamé, dominado por una cólera en la que había lugar para la tristeza.

—No era engañarte, Landa… Había que decir eso. Nos pusimos de acuerdo y lo cumplimos. Hay cuatro hombres en el Valle que conocen el asunto. No soy yo sólo.

—¿Cuatro hombres?… ¡quiénes son!

—Un capataz, un vigilante… ¡no! —rectificó— somos cinco. El señor Marcos, el Luces y yo.

—¡Cinco hombres! ¡cinco mier…! —me contuve a tiempo—. Hasta el Luces lo sabía y yo… —dejé caer los brazos, vencido, como si la sangre se hubiese cansado de tanta agitación.

—Sí, el Luces… Él fue quien colocó la cruz. ¿Recuerdas que le desrriñonó un costero cuando estaba buscando a tu padre? Fue él, yo le vi. Por poner la cruz le cayó encima la piedra. Ya nos íbamos y él… —Vitelón hablaba de prisa, visiblemente cohibido—. Sí, fue el Luces… Bueno, voy a ver si encuentro alguien que te cambie el turno. ¡Estarás cansado!

El gigante había empezado a andar.

* * *

Afuera silbaba el viento. Y sobre su bramido se alzaron unos golpes. Alguien llamaba a la puerta. Me puse los pantalones y salí a abrir. Una pareja de guardias, debían ser principiantes porque me encañonaron como si se dispusiesen a enfrentar un peligroso delincuente, preguntaban por mí.

—Yo soy, ¿qué pasa?

—Que tiene usted que acompañarnos —repuso el que debía ser más antiguo.

—¡Vaya! —exclamé tranquilo—. Llamando de usted y poniéndome los fusiles en el estómago. ¡Se ve que son ustedes nuevos en el cuerpo!

Volví al cuarto, donde Selva, preocupada por la intempestiva llamada, ya estaba en pie.

—¿Qué pasa, Landa? ¿Ocurre algo?

—Nada, lo de siempre. Que quieren los guardias que les acompañe.

—¡Dios mío!, ¿te llevan?

—¿Vas a asustarte por eso? —pregunté, metiendo en una bolsa algunos efectos personales—. ¡Son cosas del oficio!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Vamos, cálmate, que vas a despertar a los chicos.

Cuando cerré la puerta a mis espaldas, bien custodiado por la pareja, el día ya sonreía abiertamente por encima de la cordillera. El viento se había calmado, dejando paso a una brisa helada que estiraba la piel. Cuando llegamos a la carretera, por la que circulaban bicicletas y burros, conduciendo a los mineros de algún relevo, una silbatina general saludó la presencia de los guardias.

—¿Otra vez, Landa? —me preguntaban a gritos, deteniéndose provocativos ante la pareja—. ¡No te preocupes, que te sacaremos

pronto!

—¡Suéltale, hombre!, que tiene que trabajar. Si no, ¿de qué vais a comer vosotros?

—Llevarle con cuidado, morruecos, y así la Empresa a lo mejor os da una propinilla. ¡Nunca viene mal!

Algunos me daban la mano, temblando de cólera.

—¡Hasta la vista, Landa!

Acudieron otros uniformados, quienes disolvieron los grupos, lo que llevaba trazas de convertirse en un alboroto. Ya rodeado de media docena de agentes, penetré en el cuartelillo. El sargento, un hombre ya entrado en años y llegado hacía poco a la cuenca, me recibió con cierta amabilidad:

—Tengo orden de tenerte aquí, muchacho. «Cantó» el tubero al que le robaste la lámpara, y ya sabes, ¡alguien tiene que pagar los platos rotos!

—Me lo figuro… No se preocupe, conozco la celda tan bien como mi casa.

—Si quieren venir a verte o traerte algo, pueden hacerlo.

—Eso tendrá usted que decírselo a los que quedan fuera sonreí —. No creo que hayan puesto teléfono en la prisión.

—¡Hala, pasa!

—Gracias.

* * *

Cuando me eché sobre la colchoneta, me sentía sereno, hasta a gusto, borradas por la misma inercia de la vida las obsesiones de la noche anterior. No esperaba que me detuviesen pero tampoco lo consideraba improbable. En el Valle funcionaba una especie de engranaje mineros-Empresa, en el que todo, o casi todo, podía preverse fácilmente. Inquietud, peligro de revuelta, ¡hombres a la cárcel! Con ello no solucionaban nada, absolutamente nada, al contrario, pero la Compañía no lo veía así y obraba en consecuencia.

Eché un trago de agua y encendí un cigarrillo. Siguiendo las volutas de humo, haciendo alpinismo en un rayo de sol que se colaba por la puerta, me preguntaba cuándo terminaríamos definitivamente de luchar y ser hostigados…

«Cantó el tubero al que robaste la lámpara y aquí me traen, a engordarme, a que descanse. Les encanta meter a los trabajadores entre rejas… Sí, les encanta. Es una debilidad como otra cualquiera. Igual que le entusiasmaría a Angelón romper el mundo para

sustituirlo por otro mejor. Se creen que vivir así es una cosa importante… ¿Qué esperará esta gente? Nos rechazan, nos desangran a golpes y necesidades, se esfuerzan por mantenemos indefensos y humildes, ¿y qué? Se necesitaron años para amasar la fuerza que hoy poseemos; ahora les va a ser difícil dominarnos. Por ahí andan muchos hombres iluminados y otros que nos lanzamos a secundarlos… Sí, ahora les va a ser difícil. Viven de la codicia, nos odian, nos odiamos mutuamente… ¡Bah!, nosotros seguiremos nuestro camino al margen de las fusiladas, cárceles y triquiñuelas. Hay que luchar, que sacrificarse, que morir quizá… ¡Sería capaz de sacarme el corazón y romperlo en pedazos con tal de ver a los demás viviendo un poco mejor!… Tal vez me lleven a la ciudad, me peguen; están habituados a perseguir a la gente hasta el fin, a arreglar a bastonazos las cosas de la razón. ¡Y hasta a fabricar héroes a costa nuestra! No importa; ya van perdiendo la partida, ya no tenemos que escondernos… Antes hasta para beber agua. El Sindicato… ¡bendito Sindicato!… ¿Se amaran los hombres algún día? ¿Habrá paz algún día entre ellos? Sí, pero antes la lucha; tendremos, tendré que luchar aún mucho, que recibir palos ¡muchos palos!, para que otros no los reciban… Y pensar que algunos de estos que los mandan dar se van luego tan campantes a confesar y comulgar… ¿No serán capaces de reconocer esa panda de memos que lo de menos es ir a misa?, ¿que no les servirá de nada recibir a Dios si no se lavan antes sus manos sucias? Mal les va a ir en esa otra vida que se creen poder comprarla desde aquí… Mal, sí, mal… ¿No serán quizá los desheredados de este mundo quienes les juzgaremos cuando todos hayamos muerto?… ¡Eso sería la justo!… ¿Para qué dar tantos palos?, ¿sólo para acumular riquezas o gozar mandando?, ¿para sus coches, sus fiestas, sus juntas de «caridad»?… ¡Ah!, ni lo uno ni lo otro podrán llevarlo cuando estiren la pata… Con lo agradable que es pensar un poco en los demás, en nuestros hermanos; con lo fácil que es amar sin egoísmos y acordarse de los que tienen miedo, O hambre, o frío… No, mientras haya sobre la tierra un inocente que tenga hambre o sea perseguido, millones de seres mantendrán la conciencia sucia. Y nosotros, los que acertamos a verlo, no tendremos derecho a quejarnos, a descansar sin antes haber corrido a socorrerlos…»

* * *

Debí quedarme dormido. Un escozor en el pecho me hizo despertar. El cigarrillo, después de haberme perforado la camisa,

me quemaba la piel. De un salto me incorporé y, después de sacudirme la ropa, comencé a dar vueltas por la estrecha celda.

Media hora después me traían el desayuno, lo tomé de un trago y, agarrándome a las rejas, quedé mirando al exterior, a la carretera, por donde pasaban carros y algún coche. Frente al cuartelillo no se veía a nadie y pensé que los guardias estarían obligando a circular a la gente. Algún grito apagado me aseguraba que mis camaradas no andaban lejos, refunfuñando, como perros dispuestos, pero también temerosos, a saltar.

A media mañana recibí la visita de mi madre y de Selva, a las que acompañaban el Patriarca y Tinín, ya repuesto del accidente. El señor Marcos me avisó que había enviado una nota al hombre de la voz cascada y que no tardaría en presentarse en Valhundido.

Así fue. Anochecía cuando le vi entrar, seguido del abogado Hileras y de Javier, el antiguo escribiente de un juez. El viejo minero, comprendiendo que eran los otros los que más me interesaban, se quedó atrás, hablando con el sargento de los guardias, con el que parecía haber hecho buenas migas.

—¡Esto es pan comido, muchacho! —exclamó Hileras apretando su abdomen contra las rejas—. Una paletadilla de ley y otra de sonrisitas… ¡y libre como un pajarito!

—Gracias, señor Hileras. ¡Ya sé que usted se da buena maña para esto!

—Es siempre lo mismo. A ti te encierran, nosotros te «desencerramos» y todos contentos. ¿No te parece divertidillo el asunto?

—Pues —no pude evitar el sonreír—, mirándolo bajo este punto de vista, la cosa colorea un poco. Siempre que no haya palos, ¡claro está!, y mi gente siga teniendo algo que llevar a la boca…

—Ahora, con el Sindicato, ya podéis estar más tranquilos —intervino Javier—. ¡Es una buena arma, muchacho!

—¿Y usted qué dice, señor Bernardo? —me dirigí al hombre de la voz cascada, que permanecía silencioso—. Le doy mucho trabajo, ¿no es eso?

—Vamos todos para adelante, ¡la cosa avanza! —reforzó—. Y eso es lo que importa. Toma —abrió su cartera de piel de oso—, aquí tienes el último estudio sindical que publicaremos un día de éstos. Empápatelo bien que encontrarás algo nuevo. ¡Y de paso te ayudará a pasar el tiempo!

Después de echar un vistazo al escrito, lo guardé en el bolsillo. Mis amigos se despidieron, prometiéndome liberarme pronto.

Cuando oí que el coche se alejaba, volví al camastro. Durante

unos minutos estuve recordando aquella gente, tan solícita siempre que se trataba de ayudar a uno de nosotros.

«Ellos no trabajan en las fosas, su oficio es otro, pero hacen tanto o más que cualquier minero por sacar la gente adelante. Sí, hay que tirar de martillo pero también de leyes. ¿No inventaron los «dorados» un código a su medida? Pues es con él, usando de sus recovecos y lagunas, con el que hay que enfrentarlos…»

Encendí un cigarrillo y sacando el escrito del hombre de la voz cascada, me dispuse a leer. La amarillenta luz de la bombilla apenas arrojaba un débil resplandor sobre el papel.

Comenzaba haciendo una larga serie de consideraciones sobre la lucha sindical. Hablaba de que la única desigualdad aceptable era la de los que trabajaban y la de los apoltronados; la de los privilegiados que podían comprar medicinas y alimentos y la de los que no las tenían al alcance más que en precarias condiciones. Hablaba de la dignidad del hombre y la falta de dignidad de algunos hombres; de la constante destrucción de energías, de la miseria, de los goces robados, de las apetencias de vida; de un día en el que se estremecería el mundo para consagrar a los verdaderos héroes. Seguía haciendo referencia a la vulgar historia de los despidos y encarcelamientos; al capitalismo y al petróleo, que él presentía como el último baluarte de los monopolios. Luego pasaba a la guerra, no entre naciones, sino entre desposeídos y privilegiados, para volver sobre el capitalismo, un sistema que trataba las cosas por la periferia, sin entrar nunca en la entraña, en el conflicto de las almas. «Gritos hostiles que salen de la avaricia, de la comodidad o el papanatismo…» El decidido sindicalista atacaba la soberbia del hombre, propagada de crimen en crimen, de injusticia en injusticia; el penoso aburrimiento con que los potentados reincidían en sus antiguos errores, olvidándose de que contra la verdad y la razón no había fuerza que pudiese prevalecer. Se refería a los hombres mejores, que eran los que mejor servían a la comunidad; a la brutalidad, que no tenía nada que ver con la violencia, con la que los señores del dinero trataban a los que creían siervos, seres aquéllos que tarde o temprano serían aniquilados porque iban contra las leyes del corazón y de la humanidad, porque parecían haber nacido con el solo propósito, con la prisa absurda de amontonar billetes…

«El capitalismo es un sistema hoy a la defensiva, pronto a ser superado. Aún prevalecerán cierto tiempo sus modos de ser o estar feudales, pero sus días terminan. Ahora sabemos nuestro espíritu cargado de buenos vientos. La tiranía del propietario sobre el

colono, del accionista sobre el trabajador, desaparecerá, arrinconada por una revolución que terminará con todas las formas de usura. Removeremos, violentamente si es preciso, a esta burguesía encasquillada en sus feudos económicos, la haremos trabajar, porque el sistema del porvenir es del que trabaja; aprovecharemos su inteligencia, conquistaremos a esa clase media que no nos conoce y que acabará por sentarse a nuestro lado. Y esto lo haremos porque, aunque parezca un contrasentido, es precisamente una gran parte de esta burguesía media que ahora nos combate a quien también le interesa la desaparición de esa oligarquía, la decidida reforma agraria, la completa desfeudalización del campo. Ellos se creen más ligados a esta oligarquía que a nosotros, cuando en realidad no pasan de ser también unos siervos, si bien mejor alimentados y con más obligaciones «exteriores»; más encerrados en una jaula, en una dependencia mental que en muchas ocasiones les impide lanzarse a grandes vuelos.

»Tenemos que trazar un plan estratégico que nos llevará a la conquista, ¿por qué no progresiva y pacífica?, de los medios de producción y de la dirección económica. A ello habrá de llegar esa «mercancía» que ahora llaman trabajo, ese «instrumento» que ellos llaman trabajador y técnico, manual o intelectual, hombres los primeros cuyo destino no puede resolverse como hasta ahora se viene haciendo, dándoles únicamente libertad para laborar, comer y divertirse… cuando pueden. Hay un espíritu al que hay que manumitir de tanta resignación o indiferencia. Y con él contamos.

»La lucha está bien planteada, una lucha que deseamos, repetimos, pacífica, pero en la que no hay que descartar por completo la violencia, cuando la violencia, aunque solapada, es usada por los capitalistas. La preferimos así, ya que reconocemos que los ánimos hechos al odio, a la intemperancia y la cerrazón, raramente pueden después laborar en paz. En esta lucha, resignados por el momento, tendremos la mirada fija en cosas que nos pertenecen y que son usadas por otros, que no trabajan, para su logro personal, e incluso como instrumento de explotación. ¿Quién puede dudar, si un día ocupásemos las minas y las fábricas, que no haríamos sino recuperar lo nuestro, el valor de lo defraudado por las empresas a lo largo de tantos años, el saldo de lo que nos pagaron y lo que nos adeudaban…? Ellos, que tanto aparentan creer en estas cosas, deberían recordar que existe un séptimo mandamiento que les prohíbe robar, y que, en último caso, les obliga a restituir lo usurpado. No lo hacen y por eso había que

preguntarse: ¿Quiénes son ahora los verdaderos propietarios de las empresas?

»Volviendo al terreno de la actualidad, veamos cómo llevaremos a cabo la acción sindicalizadora de la propiedad y la economía, la acción de los que, con el trabajo, realizan el proceso productivo. En primer lugar, la unidad de acción, la edificación de una organización sindical nacional, única, aunque llegando a ella por medios convincentes, libremente; la creación de una dirección que planifique toda la batalla sindical; la constitución de un organismo de crédito, o un Banco General Sindical, que reúna toda nuestra potencia económica; la clasificación de los sindicatos por ramas de producción, con sus correspondientes direcciones, y desarrollo de la batalla de la propiedad, procediendo a: el estudio de la forma de propiedad más conveniente a cada sindicato; la constitución, según este estudio, de los sindicatos autónomos de empresa, prefiguradores de cada empresa sindicalizada; la conquista de la propiedad por sindicatos autónomos de empresa, invirtiendo en ella todos los recursos; constitución de empresas sindicales cuando el cincuenta por ciento de la propiedad esté en manos del sindicato autónomo de empresa, conforme a la fórmula comunitaria. Esto, cuya realización representará una verdadera lucha, aunque se trate de llevarla a cabo por medios pacíficos y legales, siempre que el capitalismo adopte la misma postura, es la tarea que tenemos por delante, demasiado delante quizá, pero que ya está planificada perfectamente.

»Vamos a la consecución de una sociedad más justa; y vamos sin deseos de hacer mal a nadie, salvo en lo que concierne a que todos debemos ganarnos el pan con el sudor de la frente ¡propia! No cabe la menor duda que nos encontramos en vísperas de avanzar un gran trecho del punto donde actualmente nos encontramos y en el cual nos limitamos a pedir mejoras sociales, de tipo material todas. De ahora en adelante, ¡pronto!, el trabajo conquistará su categoría rectora y propietaria en la economía, porque, cansado ya de los tratos paternalistas del capital, exigimos un rango social de fuerza básica en la nación. Aunque ello lleve aparejado alguna pérdida concreta en ganancias materiales, aunque signifique la adquisición de responsabilidades y tareas como un complemento al trabajo material de hoy. Habremos roto así la costra del feudalismo antinacional que nos oprime y oprime el desarrollo de la nación, habremos…»

—¡El grisú!, ¡el grisú!

El grito me arrancó del camastro.

—¡El grisúuuuu!, ¡el grisúuuuu!

El aullido, con un viento triste, pasó dejando una estela de angustia.

—¡El grisúuuuu…!

Por la calle comenzó a correr la gente. Gritaban, llamaban a Dios, blasfemaban. Los guardias, en un movimiento instintivo, cerraron las puertas del cuartelillo y la celda quedó a oscuras.

«¡El grisú!, ¡el grisú! —me repetía, como si no terminase de comprender—. Estalló, ¡ha explotado el grisú!, ¡ha explotado el grisú!»

Aquellas manos aferradas a las rejas eran auténticas garras. Y no era un hombre el que dejó escapar aquel aullido:

—¡Soltarmeee! ¡Soy de la Brigada de Salvamento! ¡Soltarmeee!

Abrieron la puerta del cuartelillo. En el exterior la gente se agitaba, desesperada.

Una gran catástrofe parecía haberse desplomado sobre el Valle de Valhundido.

CAPÍTULO XXIV
AMANECE

—¡El grisú!, ¡el grisú!

Cuando salí a la calle, mis pies parecieron quedar hundidos en la misma puerta del cuartelillo. Las gentes corrían, como enloquecidas; vi ojos que aullaban, que por un instante se clavaron en los míos con un brillo que hería y asustaba. Lanzados hacia el castillete, o inmovilizados por la impresión, aquellos seres se agitaban desesperados. La nueva tragedia del grisú… ¿¡A quién!?, ¡a quién le habría tocado esta vez la «lotería» del drama!

—¡El grisú!, ¡el grisú!

La noche, planeando cerrada y fantasmal sobre las luces de la aldea, agigantaba el alarido.

—¡El grisú!, ¡el grisú!

El grito saltaba a los aires, se alargaba, como escalando las laderas; se desplomaba después, bajaba rebotando a la explanada. Levanté los ojos hacia las montañas, sólo adivinadas, y la emoción y el cansancio se unieron para avivar aquella desolación inhumana que me embargaba. Sentí un ligero mareo y con él aquellos picos de mi cuenca, las estrellas sin brillo, parecieron tambalearse, amenazar abatirse sobre el Valle como si la explosión marcase el fin de muchas vidas, el fin del mundo.

—¡¡El grisú!!, ¡¡el grisú!!

La magnitud de la tragedia, hasta entonces sólo adivinada, me mantuvo unos instantes junto al cuartelillo. Me volví para ver los guardias que, apelotonados, miraban a las gentes y al Pozo dominados por un confuso temor, al que el sargento vino a poner fin ordenándoles tomar las armas y refugiarse en el interior de la construcción.

De un salto me planté en medio de la calle. Y como si ahora unas energías fabulosas moviesen mis piernas, comencé a correr. Corría, corría…

—¡Ay, Dios Santo!, ¡Dios Santo!

—¡Hubo contienda!, ¡hubo contienda!

—¡Mi Ricardo!, ¡mi Ricardo!

Corría, corría…

—¡El grisúuuuu!…

El castillete dejaba que la luna sonriese sobre su armazón.

Corría, corría…

—Landa, ¡por lo que más quieras!, ¡mi hijo!

—¡La Brigada!, ¡la Brigada!

—¡Están sacando a los heridos del hospitalillo! ¡Lo están vaciando!

—¡Se llenará!, ¡se llenará!

Un implacable grito, con sonido a alarido, a campanas ya tañendo por los muertos recientes; un rosario de palabras perdidas, algo que rompía y tronaba, se retorcía en mi interior, produciéndome una agitación que pujaba por hacer saltar la barrera de los nervios. Los muertos, los amigos, la Empresa, el gas…

Corría, corría…

—¡Dale!, ¡dale, Landa!

Alcanzaba a otros; otros se juntaban a mí. Aquella galopada de medio centenar de hombres y algún chiquillo dirigiéndose al Pozo, era impresionante. Silencio, silencio… Y ruidos de pisadas, roncos murmullos; gargantas y almas que temblaban porque la tremenda sequedad de la tragedia pronto comenzaría a deletrear nombres. Hermanos, hijos, padres… Allí abajo estaban… ya quizá destrozados por la onda, quemados vivos. O esperando unas manos salvadoras, las de aquellos que corríamos hacia la fosa, dispuestos, sin saberlo, a ofrecer nuestra vida a cambio de otras, de otra.

—¡El grisúuuuu!…

Corría, corría…

—Explotó la cuarta, se hundió más de medio kilómetro.

—¡Y parte de la tercera!

—¡Hay cien muertos!

—¡Maldito grisú!, maldito grisú!

—¡Para llegar a ellos tardarán una semana! ¡No se salvará nadie!

—¡Calla, lengua larga! ¡Qué sabes tú!

Corría, corría…

Como una sola voz, los gritos de las gentes del Valle parecían formar un alarido de protesta y de súplica, un murmullo que escarbaba las almas y las cóleras.

—¡El grisúuuuu!…

El grito y los lloros, los ojos secados por la emoción. Y tanto

corazón en vilo… Un rito delicado, delirante…

Corría, corría…

El Pozo acostumbraba a matar el ruido de sus explosiones, como avergonzado de producir tanta desgracia. Alguien tenía que salir de la fosa a dar la mala nueva. Poco después, de casa en casa, de ladera en ladera, escalando las cumbres, donde ya estiraban en su súplica los sarmientos que tenían por brazos las viejas mineras, el grito se apoderaba del Valle, intentaba saltar a la otra cuenca, a los otros valles, como presumiendo de drama. Gritos, aullidos, rezos… Los viejos bajaban la cabeza, las mujeres dejaban que la angustia desfigurara su rostro; los críos, siempre un poco ausentes, intentaban comprender el alcance de la tragedia, escrito en los semblantes de los mayores. Veían a los hombres correr y oían aquel: ¡El grisúuuu!, ¡el grisúuuuu! que, con el tono de un lejano huracán, enfriaba sus almas, pequeñas y aún tiernas.

Los viejos y los niños, las mujeres y los hombres. Allí estaban ya, ante el cordón de mineros apresuradamente formado. Pese a los pocos minutos transcurridos desde que sonó la alarma, una nutrida muchedumbre rodeaba el castillete, silenciosa, mirándole con odio, rogándole también, porque él era dueño y señor del Valle; pidiéndole que fuese compasivo, que se apiadase de ellos. Como si allá arriba, entre los cables y las poleas, se hallase encaramado un sacerdote, el brujo del dolor y la esperanza, oficiando misa, allí miraban. En aquellos seres se reflejaba tanto sufrimiento que parecían más tristes, más viejos que cualquier otro ser humano. Algún antiguo picador forcejeaba por romper él cordón protector, gritaba que nadie como él sabía lo que era el Pozo, que él aprendió a dominarlo, que le dejasen pasar. Su rasgo, inútil, apenas provocaba un gesto, un suave empujón que cerraba su boca para que los sentimientos rugiesen aún con más fuerza. Alguna mujer dejaba escapar un aullido. El resto callaba, esperando que saliesen los suyos, quizá sus muertos. Algún insulto, alguna frase colérica; algún grito pidiendo que se moviesen las poleas, que bajase la jaula, que sacasen a su hombre. Alguien decía que la explosión ocurrió cuando ya se había ido la tanda de la mañana; otro que hubo muchos muertos porque cogió a los mineros de los dos relevos. Un tercero aseguraba que se habían hundido dos plantas y que existía peligro de nuevas explosiones, que era un suicidio bajar a la fosa. No faltaba quien opinaba lo contrario, repitiendo que muchos hombres esperaban en los pisos superiores la posibilidad de descender al túnel sacudido por la onda…

Las ruedas del castillete se pusieron en movimiento. Un alarido

comenzó a alargarse, como deshilvanado por las ruedas del malacate. Un grupo de hombres emergía en aquel momento por la escalera de salvamento.

—¡Están subiendo!, ¡están subiendooo!, ¡están subiendooooo…!

—¡Dejadme pasar!, ¡dejadme pasar!

Allí estaba la muralla humana llamando en silencio a su marido, a su hijo, al padre. Humildes, mudos, despierta quizá ya la resignación en muchos de ellos. Los cuerpos encorvados, la mirada caída, salvo cuando la elevaban hacia las poleas o la clavaban en el amaine, a donde seguían llegando hombres escapados de la fosa. Agotados, expectantes; en el rostro, la angustia, el recuerdo de lo que dejaron a sus espaldas; de los quemados y sepultados, de los locos y los muertos aún calientes.

—¡Dejadme pasar!

No me veían, no me oían; no llegaban a sentir mis codazos, pendientes de aquellos seres que seguía escupiendo la boca-pozo.

—¡¿Viven?!, ¡¿viven?!

—¡Dejadme pasar!

Otros empujaban a mi lado. Al fin nos abrimos paso hasta el cordón de mineros. Allí nos dijeron que la Brigada estaba reuniéndose junto a la fragua, en espera de que llegasen los equipos. Cuando marchábamos hacia ella, nos cruzamos con un recién escapado de la fosa, increíblemente impresionado. Andaba haciendo eses, corría después, borracho de gases y de miedo.

—¡Es Tragahombres!, ¡es Tragahombres! —gritaba alguien a mi espalda.

—¡No!… ¡Es Marcelino!

—Marcelino está de mañana. Es Repique.

—¡Sí, Repique! Ese tiene turno con mi hombre… ¡Repiqueeee!, ¿dónde está mi hombre?, ¡dónde dejaste a mi hombre!

Cuando llegué a la fragua, cinco hombres, como hipnotizados por lo que presentían bajo aquel castillete, brillante bajo una luna espléndida, apenas dejaron escapar un gruñido de saludo.

—¿Cuándo llega la Brigada?

—La Brigada somos nosotros. Nosotros somos los que tenemos que llegar.

—¡Los trastos, digo!

No me contestó.

—¡Maldita sea!… ¡Ya tenían que estar aquí!

—Sí, ya tenían que estar —repuso al fin alguien—. ¡Vitelón y otros jabatos ya están abajo con una careta que no sirve ni para defenderse de un cuesco!

—¡Tiene un corazón más grande que un buey!… ¡Ahí suben más!

Mirando al cielo, queriendo quizá reconocer que aún vivían, que lo dejado atrás no pasaba de ser una pesadilla, media docena de hombres desembocó en el amaine. Como bestias acorraladas entre lo que dejaron en la fosa y la multitud preguntando a gritos por los suyos, se detuvieron, cohibidos. Luego cambiaron la dirección de sus pasos, dirigiéndose hacia nosotros, hacia la fragua, buscando quizá un lugar por donde escapar.

—¿No bajáis…?

—Estamos esperando los equipos. ¿Qué pasa abajo?

—Nadie lo sabe. No hay quien entre en la cuarta planta. Y en la tercera así, así…

—Se mastica miedo y…

—¡Y muertos! —terminó la frase un compañero—. Hay quien grita como si estuviese loco… ¡se le oye desde dos plantas más arriba!

—Lo estará…

—A unos que entraron a ver si se podía hacer algo, los sacaron medio asfixiados. Vitelón estaba entre ellos.

—Poco después volvía a la carga. Yo le vi.

—Y Cubadín también anda por ahí. Aunque la cosa no está para bromas, cambiaron unas cuantas palabras sobre el volumen de sus «petardos» y el pequeño se fue para abajo. Sí, allí está. En la maniobra aún seguía el pequeñajo presumiendo de hombría.

—Y lo es, esta vez lo fue…

Alargando la mirada hacia el caserón de las oficinas, dejó escapar un horrible juramento. Luego habló:

—¡Estos cerdos! Sería capaz de comerlos —se llevó los dedos apiñados a la boca en un significativo ademán—, ¡de comerlos de verdad —insistió—, como quien se come un filete!

—Ya se lo avisamos y nada. Para ellos… «¡pasar el trechito!»

—Ya dijimos que nos «pasaría» él a nosotros.

—¡Ahí vienen! —anunció alguien.

Sansón, sofocado, intentando correr, pese a sus años y su corpulencia, y seguido de Antón y una docena de hombres, se acercaba. Detrás venía un carro. La gente dio un apretón, avanzando unos metros antes de que volviesen a cerrar la barrera. Luego alguien imploró:

—¡Mi Secundino!, ¡mi Secundino!

—¡Sacar a mi Beltrán! ¡Sacarle, por Dios bendito!

Los demás callaban, como desesperanzados de todo.

—¡Venga, rápido! ¡A prepararse y para abajo!

Nerviosos, comenzamos a equiparnos. Los «marcianos», como nos llamaban en la cuenca, nos disponíamos a entrar en acción, Antón, que, desde que Sansón dejó de sentirse con fuerza para la labor, ocupaba el puesto de jefe de la Brigada, nos pedía calma, asegurándonos que con orden terminaríamos antes. Los picos y las mangueras; inhaladores, hachas, parihuelas…

—¡Vamos!

Marchamos hacia el amaine. En medio de un silencio impresionante, sólo turbado por algún esporádico grito, esperamos la jaula. Cada uno de nosotros comprobaba su equipo, la presión de los cilindros de oxígeno, la unión de las correas. Sansón nos daba consejos, organizaba a su manera las operaciones de rescate que, en la práctica, Antón amoldaría a las circunstancias.

Seguían saliendo mineros por la escalerilla de salvamento. Un hombre, después de bambolearse unos instantes, cayó desplomado. El que surgió tras de él, apresurándose a levantarle, exclamó:

—¡Perdió la paciencia! ¡Así no se puede subir! Se desploma un poco antes y caemos media docena de tíos.

—A veces te vas a matar y aún te empujan para adentro —añadió un compañero, alejándose.

—¿Suben muchos?

—Está toda la escalera llena.

Seisdoble apareció en aquel momento. Demudado, un gesto de fatalismo transformaba su rostro.

—¿Qué haces tú por aquí? —le pregunté—. ¿No estás de mañana?

—¿No lo sabes? —repuso haciendo con la mano un gesto vago —. Quería hacer unas horas y mira… ¡casi hago todas!

—Ahí abajo hay más de uno que se va a «apuntar» para siempre —añadió alguien de la Brigada.

—Sí…

—A lo mejor tú, si no te tienen los «ocultos» guardado en la «caja de caudales», estarías también ahora abajo.

—No, nuestro turno es de mañana y no estaba hoy para hacer horas extras.

En aquel momento la sirena comenzó a rugir. Nos miramos sorprendidos. ¿Quién se empeñaba en ahondar la tragedia, la angustia de la gente? Aquel aullido era escalofriante.

—¿A qué viene ahora ese pitido? —preguntó Sansón sin mirar a nadie—. ¡Que paren eso!

—A lo mejor es…

Rugía, rugía… ¡estremecía aquel aullido! Bruscamente se detuvo. Estaba ya subiendo la jaula, cuando un hombre se acercó.

—¡Se volvió loco! ¡Es el Auténtico que se agarró al pito y le hizo silbar! Tiene a sus nietos encerrados…

—¡Querría avisar a medio mundo! —opinó un «marciano»—. ¿Se volvió loco, dices?

—Por lo menos un rato, sí. Está tirado en el suelo dando unos buenos brincos.

—¡Tendrá dos copas en el cuerpo!

—Sí, de sangre…

—¿Se cree que por pitar más fuerte los sacarán antes?

El ascensor se detuvo. Callados, como en un extraño y delicado ritual, del que más que nunca formaba parte la muerte, entramos en él. Alguien nos deseó suerte. Luego un silencio vacío se apoderó de la multitud, como participando también de aquel ceremonial.

Estábamos ya dentro del montacargas, cuando el minero que enganchaba la cadenilla fue empujado violentamente. Un hombre se había lanzado contra él. Era tanta su agitación que, de resultas del encontronazo, cayó al suelo. Poniéndose en pie de un brinco, se introdujo en la jaula como un desesperado que en ella viese la única tabla de salvación.

—¡Dejarme bajar!, ¡dejarme bajar! —gritaba enloquecido—. ¡Está mi José dentro!, ¡¡está dentro!!

Se agarraba el pecho con sus manos crispadas porque debía dolerle el corazón.

—Va la Brigada, ella le buscará —dijo Sansón, intentando sacarle del ascensor.

—Yo también fui de la Brigada, ¡yo también fui!

Tuvo que ceder porque aquel hombre se había transformado en una bestia, de cuyo cuerpo sobresalían, como agigantadas por su estado emocional, las garras y los dientes.

—Bien… vente con nosotros. Si no aguantas, te vuelves. Ya ves éstos —señaló a los que salían por la escalera de salvamento.

La jaula arrancó y el padre del encerrado pareció calmarse un poco.

—José… —susurraba a mi lado en un bisbiseo impresionante—, José, hijo mío…

De un tirón nos descolgamos un centenar de metros. Ante nosotros, en una fantasmal representación, velamos, adivinábamos mejor, aquella hilera, prácticamente vertical, de hombres ascendiendo trabajosamente por la escalera de emergencia. Hostigados por el cansancio, la impresión y el humo, se movían

lentos, con obsesivos ademanes. La cabeza de aquella serpiente hacía tiempo que llegó a la superficie. El cuerpo, empinado, parecía ocupar toda la altura del Pozo, dejando quizá la cola arrastrándose en el fondo de la fosa.

Al acercarnos al segundo piso, el ascensor fue aminorando la velocidad y llegamos a pensar que nos detendríamos en él. No fue así. Sin embargo, por motivos inexplicables, lo hizo un poco más abajo. ¿Qué ocurría? ¿Se habría ido la corriente? ¿Dio el ingeniero una contraorden? Nadie comprendía aquel alto en el camino.

Ahora ya podíamos contemplar mejor aquellos hombres ennegrecidos a los que la luz mortecina de las lámparas daban un aspecto de brujas. Silencio; algún grito, algún resoplido de desfallecimiento. Y pañuelos en la boca, combatiendo el humo. Sus sombras, fantasmales y agigantadas, se reflejaban en las paredes del enorme embudo; y los tramos de la escalera, los descansillos abiertos de diez en diez metros. A veces, aquellos viajeros se detenían un momento. El asma, los resfriados, el sudor… Alguien se había desplomado. Le dejaron en el rellano, pasaron sobre él, alguien le pisó. Subir a un hombre a cuestas retrasaba la ascensión y muchos otros podrían sufrir las consecuencias. Una voz protestaba, se oían blasfemias, se presentía algún rezo. Ruido sordo de palabras. Reanudaron la marcha, y con ella la danza de unas visiones, enormes, que animaban los muros, que se sostenían un instante para ser tragadas poco después, dejando paso a otras, como si en aquel círculo se encontrase un devorador de espíritus, de almas en pena. Algunos llevaban dos horas subiendo y aún estaban a mitad de camino… Una sombra pareció hacer un esguince, un hombre se desplomó, arrastrando en su caída a tres o cuatro más, como en un macabro juego de bolos… ¡Arriba!, ¡arriba! Le apartaban, no eran aquellos momentos para desmayos; de abajo empujaban, había que seguir, que salir a la superficie antes de que el humo fuese tan intenso que aflojase los brazos…

—¡Ya nos vamos!

De nuevo adentrándonos en la Gran Trampa. A tientas seguíamos comprobando el equipo, hurgábamos en los aparatos de oxígeno que salvarían algunos pulmones a punto de envenenarse; y en los palos de las camillas, que pronto estarían manchados de sangre, que oirían, ¡un minuto después!, el último estertor de un compañero, ya comido por los ácidos y los gases, doblado su armazón por la quiebra o despellejado por las llamas… Un minuto faltaba para que, como diabólicos espíritus de las tinieblas, corriésemos transversal adelante, como deseosos de encontrar

muertos, muertos…

La jaula descendía lentamente, queriéndonos dar tiempo a reflexionar sobre lo que nos esperaba abajo; o quizá temerosa, ella también, de penetrar en aquellos lugares donde la muerte, a medio kilómetro de profundidad, se erguía soberbia y desafiante.

El ascensor se detuvo. Alguien soltó la cadenilla y salimos a la maniobra. Allí se hallaban congregados una veintena de hombres, la cola de la serpiente. Un coro de toses nos dio la bienvenida al reino del grisú. La mayoría de ellos se defendían del humo —como aún nosotros, deseosos de ahorrar oxígeno— con un simple pañuelo. Se veían media docena de caretas, antiguas, deterioradas, pese a lo cual una cuadrilla de mineros, conducidos por Vitelón, se había adentrado con ellas en aquel caos de ácidos y humo que asomaba por la boca del transversal. Se movían como bebidos, atontados por una atmósfera irrespirable. Empujándose por entrar en el ascensor que nos descendió, peleaban, alguien golpeó y se oyó un rugido de rabia. Luego la campana. La jaula despegó sin prisa, perdiéndose embudo arriba.

—¡Venga! —ordenó Sansón colocándose la máscara—. Ir para adentro y cualquier contrariedad, aquí estaré yo. ¡Mandáis aviso en seguida!

¿Qué entendería Sansón por contrariedad, él, jefe de la Brigada durante veinte años?

—Hay que tabicar más de una galería, se prendió la capa —avisó alguien.

—Los «miedos los encontraréis» pasado el primer kilómetro. En la cuarta galería fue donde la onda golpeó con más fuerza.

—¿Hay muchas quiebras?

—Más de las que queráis… Yo sólo vi una, pero no hace falta ser adivino.

El hombre nos volvió la espalda. Agarrándose a los peldaños de la escalera de salvamento, rampó por ella. La serpiente estaba a punto de esconder la cola.

El padre de José, arrancando la careta a uno de aquellos que permanecían en la maniobra, comenzó a andar de prisa hacia el drama.

—¡Espera! —le gritó Antón.

No hizo caso. Un tren nos esperaba. Subimos a él y cien metros más adelante alcanzábamos al desesperado minero.

—¡Monta! Y tú —Antón se dirigía ahora al caballista— arrea la mula que tire hasta que se doble. ¡Pero corriendo!, ¿entiendes?

—Nos llevará algo más lejos antes de caerse…

El animal dio un brinco porque un estacazo le hundió el espinazo. A toda marcha nos adentramos en el transversal.

Pasamos ante la primera galería. El tren se movía entre una espesa humareda que, empujada por el circuito de ventilación, avanzaba por oleadas. Pronto la mula comenzó a dar síntomas de fatiga. Sus movimientos fueron espaciándose. La cabeza baja, las piernas perdiendo fuerza, insensible ya al castigo que la infligía el caballista. Nos adentramos bajo un trecho de túnel que «llovía» y aquello nos produjo cierto alivio. Fue un respiro que, inexplicablemente, sirvió para que los sentimientos me cuchicheasen cosas de despedida, repitiéndome que me alejaba de «algo»; que así, subido en un vagón, se podía llegar perfectamente a la muerte. Un pálpito de fatalidad me obligaba a repetirme… ¡era impresionante lo que se adivinada!, que algo macabro surgiría de aquel telón de tinieblas donde un grupo de hombres parecían tambalearse… Me llevé la mano al cuello, acariciándolo, apretándome la garganta, reconociendo que estaba vivo. Aquellas eran las grutas del riesgo y del miedo que tan bien conocía mi padre. Me dirigía hacia «su» mundo, hacia el mundo que lo mató y que se esforzaba por atraerme. ¡Y silencio, que rodeaba y aturdía!, que me empujaba hacia lugares donde parecían congregarse los suicidas, hacia los quietos cimientos de aquel abismo que era el transversal Sur. Alguien comenzaba a jadear, con rumor de tormenta lejana…

La segunda galería apareció entre las penumbras de una humareda. Semejaba que alguien la estuviese fabricando, allá a lo lejos. Al fondo brillaba algo semejante a la punta de un cigarrillo y creímos oír unos gritos. Ya alguien reía, a carcajadas.

Cuando llegamos al tercer túnel, la puerta de la galería tapiada se hallaba medio desencajada por la explosión, que debió propagarse a través de todos los gases que se encontraban concentrados en aquella caverna prohibida. Unos metros más allá la mula dobló las patas y cayó fulminada. Las lámparas ya empezaban a sufrir, cortadas las llamas en su base, como dispuestas a escapar de aquel cepo negro.

Nos apeamos y Antón, por señas, nos mandó avanzar rápidamente hacia la cuarta galería. Al entrar, la carcajada volvió a retumbar, ahora más afilada, en la bóveda. Terminó y un silencio de muerte vino a suplirla. También la oscuridad fue rota súbitamente por una llamarada, por un lengüetazo rojo-amarillento. Debía haber muchas llamas en aquella cuarta galería; muchos hombres deberían estarse achicharrando. O ya dejaron de sufrir, entrados en el otro

mundo convertidos en tizones.

Antón se detuvo. Acercando la lámpara al detector de óxidos de carbono, lo comprobó. Estábamos observándolo cuando una lámpara se destacó al fondo. Otras venían tras de nosotros. Defendidos por unas simples caretas, se adentraban en el drama hasta que la atmósfera y sus pulmones se lo permitiesen. Eran los encargados de ir tendiendo las tuberías de goma en los trechos que apareciese rota; los que levantarían las pequeñas quiebras que impedían circular a los vagones, ahora empujados por hombres, en los que traerían madera y retirarían escombros y heridos; y los muertos que nosotros les fuésemos entregando.

Volvimos a oír la carcajada y golpes de tos. Instantes después un hombre se alzaba ante nosotros sin otra defensa que la esponja que usábamos en el trabajo.

—Es el de Roxo… —murmuró con voz apenas audible, señalando a una mancha caída a sus pies—. Se volvió loco… ¡No sé qué pasa, siempre ocurre igual!

—Llévatelo para atrás.

—No quiere.

El hijo de Roxo nos miraba con una mueca idiotizada. Iba a soltar una carcajada más cuando Antón, propinándole una bofetada, se lo impidió. El minero pareció recobrar la razón. Le obligamos a incorporarse y debimos mantenerle en pie, ¿Podría andar aquel hombre?

—Llévatelo… ¿qué hay por allí dentro?

—¿Qué hay? —pareció asombrarse—. Unos suicidas que están ahí metidos y que no creo que salga ninguno —la tos le interrumpió —. Y muertos, muertos… Aún os falta un buen trecho para llegar.

Aquel valiente se fue arrastrando al hijo de Roxo. Aún tuvimos ocasión de oír una nueva carcajada. Luego silencio. Y otra vez toses, toses…

Algunos costeros aparecían clavados en los lodos del transversal. Señalaba el fin de la onda, donde llegó sin fuerza, ya cansada. Poco después nos presentamos ante la primera quiebra. Estábamos traspasándola cuando una piedra cayó sobre un «marciano». El primer herido, dejando el equipo al padre de José, marchó para atrás.

La humareda se revolvía, iba y venía como presa de una cólera lenta. De ella surgió otro hombre, también defendido únicamente con una esponja. Antón le ofreció la careta del padre de José pero no quiso aceptarla. Él quería irse, huir de aquellos parajes tenebrosos, del drama del grisú. Eran aquellas cobardías que

cualquier hombre podría comprender.

Cuando nos detuvimos ante la segunda quiebra que cegaba media galería, reconocimos que allí comenzaba la tragedia. Dos hombres —parecían haber muerto abrazados— se hallaban caídos sobre la pequeña ladera del desplome. Una horrible herida abría la espalda de uno de ellos. El otro, salvo un hilito de sangre que le brotaba de la boca, sólo hablaba de unos pulmones reventados.

Allí los dejamos, que siguiesen andando juntos por el otro mundo. Nosotros deberíamos seguir adentrándonos en lo que, sin duda, poco tenía de relación con éste. Humo, tinieblas, muertos… Empezábamos a cansarnos, arrastrábamos los pies, hostigados por el calor y los veinticinco kilos que pesaba el equipo; por los lodos y las piedras de la galería; por los troncos y el camino de hierro; los tubos, los eminentes desplomes, reblandecidos por la explosión los cimientos de la mina… Me ajusté la almohadilla que llevaba adherida a las encías, a la boca, llena de baba y polvillo. El oxígeno, lento, seguro, iba penetrando en mis pulmones. Miré al manómetro; ya había bajado cinco atmósferas. Como repasando las lecciones aprendidas, tantos simulacros —en los que pusieron a prueba nuestra sangre fría manteniéndonos durante largas horas en humos escapados de cualquier fogata que prendía Sansón—, yo intentaba tensar los nervios, dominarlos, tenerlos a punto porque adivinaba que muy pronto aquello me sería vital, ya protagonizando el drama tantas veces inventado. Muertos y otros dominados por la asfixia que, incluso antes de que fuese completa, les restarían fuerzas, impidiéndoles la huida, como si la muerte quisiera entretenerse con aquellos seres que aún vivían, que ya estaban irremediablemente perdidos…

Era el mundo que me esperaba, la otra cara de los ejercicios…

Volví la cabeza. Aquellas luces que nos seguían se habían detenido.

«Estarán apagando los fuegos, arreglando la conducción o tapando con lonas las puertas derribadas. Hay que mantener la marcha normal de la corriente… ¿Y el agua? ¿Habrá inundaciones? Si encontramos agua tendremos que… Sí, hay que comenzar desde un nivel superior, rescatar a la gente desde la galería de arriba… No, agua no debe haber mucha. Allá hay luces —miraba ahora hacia el fondo—. Si están ahí no debe haber agua… Óxidos, óxidos, ¿en qué porcentaje se encontrarán en esta atmósfera? El óxido de carbono por sí no tiene olor; huele al mezclarse con otros gases. En un lugar cerrado, ¡tan cerrado parece estar este túnel!, puede matar a una persona en menos de una hora. Síntomas, síntomas…

Opresión en las venas, zumbidos en los oídos, palpitaciones, falta de fuerzas en las piernas para acabar en una parálisis respiratoria. ¿Cuántos encontraremos así? Si les recogemos antes de que se desvanezcan, recordarán todo lo ocurrido; si ya perdieron el conocimiento, la amnesia será total. Los hallaremos retorciéndose en espantosas convulsiones… No importa, el caso es salvarlos. Y esos cuerpos, esas caras de color rosa encendido, coloración que conservará el cadáver hasta muchas horas después… ¡Aire libre! Aire, es lo mejor para los intoxicados. Un poco de respiración artificial, restregarles la cara con agua fría, que huelan éter, vinagre…»

De una manera mecánica, el cerebro me «dictaba» las lecciones. Pronto las olvidé porque, pese a la defensa, el ambiente resultaba opresivo, las fuerzas se debilitaban, haciendo perder lucidez a la mente. Aquello era parecido a una borrachera de gases, oscuridad y humo.

Por aquella parte no aparecían muchos muertos o aparecían solitarios… Una lámpara surgió de las tinieblas y poco después un hombre pasó a nuestro lado, agachado, como agotado por el esfuerzo. Llevaba a las espaldas un bulto, unas piernas, unos brazos que colgaban. Parecía un ser de las cavernas, hipnotizado, privado de cualquier otro sentimiento que no fuese sacar a aquel ser que había encontrado quién sabía dónde. El padre de José se acercó, levantó la cabeza al muerto o desvanecido y, como empujado por el recuerdo, se adentró solo en la oscuridad. Antón le dio un grito y nos esperó. Andar, andar, revisar cada esquina de las tinieblas, cada tronco, cada remanso de aguas, donde introducíamos el pie esperando pisar algo blando, un hombre caído, asfixiado o ahogado ya… El aullido, cercano a mí, me detuvo. Un poste había cedido, dejando caer un costero que aprisionaba la pierna de un «marciano». Cuando logramos liberarle, una horrible herida abría su muslo, dejando ver el hueso, blanco y ensangrentado. Con un trozo de venda cortamos la hemorragia y allí le dejamos, alguien le socorrería. ¡Qué pasaba allá!

Un grupo de lámparas pareció enloquecer de pronto, danzar al son de la mina, convertida en un caos de furias.

Las luces seguían moviéndose…

Un quinqué se acercaba rápidamente. Cuando el hombre se plantó ante nosotros, quitándose en un rápido ademán la careta, habló… ¡si aquello era hablar!

—Se hundió… estábamos trabajando y se hundió… ¡muertos!, ¡muertos!

Un golpe de tos le cortó la palabra. Colocándose de nuevo la defensa, como si huyese del mismo infierno, se alejó. Intentaba correr, caía; se le apagó la lámpara y toda huella de aquel ser, vencido por el miedo después de haber cometido la heroicidad de adentrarse, prácticamente desarmado, en aquel drama, murió en las tinieblas. No le vimos, no le oímos más, ¿quién sería?

La quiebra apareció ante nosotros, humeante aún, fantasmal, crujiendo espantosamente. Unas luces se movían, otras permanecían inmóviles mientras sus dueños arañaban la tierra, apartaban maderas y piedras con movimientos nerviosos, enloquecidos; saltaban como fantasmas desorientados en tomo a los escombros, ellos que habían logrado escapar a aquel nuevo hachazo del túnel. Allí abajo había hombres enterrados.

«¡Aquí!, ¡aquí!, ¡de prisa!»

La mina, sus soportes, los seres, el humo, ¡todo se quejaba, amenazaba o moría!

Un montón de toneladas se habían desplomado sobre aquellos desgraciados.

«¡Venga!, ¡venga» —gritábamos con las manos, con aquel ansia, mezcla de generosidad y cólera… Un hombre, ¡aquello era un hombre!

«¡Hay que desenterrarle!»

El pecho, aquel era el pecho… ¿Y la cabeza?, ¿dónde estaba la cabeza? Un afilado costero se la había segado limpiamente. Unos momentos después aparecía, allí, perdida, como un pedrusco más. Alguien la cogió, ¿se habría vuelto loco?, y, también como un pedrusco más, la arrojó sobre sus espaldas, temiendo quizá que la visión hiciese saltar sus nervios, deteniéndole en aquella tarea que para otros podría ser vital.

«¡Otro! ¡Aquí hay otro!»

Privado del habla por el terror, parecía una mancha retorcida, sólo un manojo de pellejos y huesos bañados en sangre. Y junto a él, un tercero, medio asfixiado, convertida la cara en una papilla asquerosa. Se agitaba aquel rostro porque el desgraciado de turno estaba sollozando. Picos, palas, escombros… quizá aún viviesen…, ¿cuántos? Alguien se los llevaba para atrás. Los demás seguimos hurgando en el derrumbe… Piernas, los pies descalzos, sin dedos, convertidos en un repugnante revoltijo de carnes, sangre y polvillo… Fue surgiendo el cuerpo, ya se le veía la cintura, el pecho. Aquellas manos que escarbaban a mi lado iban dejando libre la cara de…

—¡Cubadín!, ¡Cubadín! —dejé escapar un grito que debió

extrañar a todos los espíritus diabólicos que rondaban el drama.

Volví a ajustarme la trompa, apartada un instante por la impresión.

Como sobresaltados mis músculos, empujé al «marciano» que trabajaba a mi lado. Tomé en brazos aquel cuerpo mutilado y lo aparté de la quiebra. Cubadín, muerto, pesaba poco, menos sin duda que lo poco que debía pesar estando vivo. En aquel rostro ennegrecido brotaba una llama amable, como si sólo después de muerto pudiese acudir a los ojos del pequeño minero la parte buena de sus sentimientos, siempre frenada por las bromas y su corta estatura. Teñía los ojos ribeteados por un cerquillo violáceo, porque la muerte parecía haberse entretenido en clavar en ellos banderitas de angustia. La boca abierta, desencajada por el último dolor —o por la asfixia, que los mineros llegaban a suplicar cuando estaban enterrados vivos—. Quizá Cubadín quiso empapuzarse de ácidos para así terminar antes. O… ¿por qué no?, ¿por qué no podía ser que la muerte, le hubiese sorprendido cuando la estaba dirigiendo alguna de aquellas barbaridades que solía decir en vida? Estaba transformado, desfigurado aquel frágil armazón de huesos que parecía temblar en mis brazos como si aún sintiese frío, un frío distinto corriéndole por las venas, hundiéndole en un silencio del que ya nunca despertaría.

Aparté a Cubadín del derrumbe. Me dominaba una amargura nueva, un extraño asco ante tantas tinieblas y muertos amigos. Y otros que no lo eran y que también me esperaban bajo aquella montaña de cascotes. Sentí un ramalazo húmedo, como si se dispusiese a aflorar a la piel aquella agitación que sacudía mi ánimo.

«Cubadín… Cubadín…»

Le dejé sobre un montón de tablones. Esforzándome por olvidar la impresión que me causó la muerte del pequeño minero, volví a la quiebra y empuñé el pico.

* * *

Llevaba unos minutos apartando maderas y piedras, cuando alguien me golpeó en el hombro. Luego su índice me señaló un punto. Acercó la lámpara, la hizo girar en círculo… Gastada, negra, deformada por el trabajo, pero erguida, contrayendo suavemente los dedos en un delicado ademán, aquella mano parecía concentrar los últimos latidos de un cuerpo enterrado. Se movía ligeramente, adquiría movimiento con los resplandores de las lámparas y los

humos. Parecía la huella de un hereje, de un quemado en la hoguera, donde murió sin sufrir. Como si la asfixia le hubiese proporcionado una suave agonía antes de que la galería terminase de sepultarle bajo el manto de piedras y troncos, aquella mano, tenazmente deseosa de emerger del caos, parecía voluntariosa, dirigir la orquesta de los derrumbes, el apoteosis final de un mundo que se resquebrajaba. Un símbolo, un rito, un sacrificio elevado a las fuerzas omnipotentes de la mina, de aquellas profundidades donde vivían unos hombres condenados, donde se congregaban para morir.

El saludo a un mundo a punto de desaparecer.

Siguiendo aquella mano, llegamos al brazo, al pecho, a un rostro imposible de reconocer.

Yo supe que era Vitelón.

* * *

A una orden de Antón, quien debía suponer que bajo aquellos cascotes no habría más que cadáveres que otros se encargarían de rescatar, la Brigada comenzó a alejarse. Fui tras ellos pero un momento después, como obligado por algún espíritu de aquellos que poblaban la mina, volví sobre mis pasos. Poniéndome de rodillas, con un ansia febril, como si aún creyese que mis esfuerzos podrían servir para algo, me afané por desenterrar por completo el cuerpo de Vitelón. Tomándole de un brazo —no podía con él— le arrastré junto a Cubadín porque ellos siempre estuvieron muy juntos, con sus vidas, con sus bromas, con sus pullas. Alguna de éstas sería la que llevó al pequeño caballista a la fosa, al encuentro de una muerte que él no habría desafiado de no mediar una provocación del gigante. Los imaginaba, aún en aquellos dramáticos momentos, mofándose y defendiéndose sobre la «calidad y volumen de los respectivos petardos». Cubadín bajaría, ¡cómo no!, cuando Vitelón le habló de hombrías y de hombres pequeños.

Les puse muy juntos. Luego me agaché para cerrar los ojos de mi amigo, de aquel hombre que vivió y murió ardiente, generosamente. Como por arte de magia, en aquellos momentos volví a sentir la cabeza despejada, los nervios firmes, como preparándome inconscientemente para lanzar a las tinieblas una oración por el alma de aquel gran desprendido que fue Vitelón. Cuando me disponía a entornar sus párpados, aquel mismo espíritu de la mina debió detener mi brazo, como invitándome a contemplar por última vez los ojos del picador. Los miré fijamente para

descubrir en ellos un algo de sorpresa, de asombro, porque él nunca creyó que se pudiese morir… No, no era asombro, sino calma, una profunda calma, quizá aquella misma con la que en vida enfrentaba los más dramáticos acontecimientos. Tal vez allá, en lo más hondo de sus pupilas, quedaba una huella, un incipiente dolor que no llegó a aflorar porque la muerte llegó avasalladora… Comencé a componer su figura, le crucé los brazos sobre el regazo, estiré los dedos de sus manos. Me movía como un autómata, perdido en el punto muerto de un agotamiento espiritual…

«¡Muerto! ¡Vitelón, muerto!…»

¡Cómo me costaba reconocer aquella realidad! Lo recordé alegre, y por mi cabeza pasaron tantas y tan rápidas evocaciones que se atropellaban, que después dejaron lugar a las tristes señales de una melancolía que venía de muy lejos, del principio de mi niñez, cuando jugaba con aquel hombre que ahora se hallaba caído en la cuneta inundada por los lodos. Él fue quien buscó a mi padre y me engañó tantas veces sobre su destino porque era muy grande el cariño que sentía por todos nosotros…

«¡Vamos!, ¡vamos!…»

Una voz interior me gritaba que me lo cargase a la espalda, que lo sacase de aquel maldito lugar antes de que un nuevo derrumbe le clavase a aquella tierra para siempre, como clavado estaba el fantasma de mi padre. Aquel espíritu de la mina me animaba a correr hacia la maniobra, hacia la superficie, donde estaría esperando Marucha.

«¡Vitelón!, ¡Vitelón!, ¿qué ha pasado?»

Un sollozo seco, la garganta ardiendo… Y así me preguntaba cosas tan simples como por qué salía la muerte de su cueva para cometer tales crímenes; y otras del porqué, el cómo y el cuándo, como si súbitamente hubiese olvidado lo sencillo que era morir en la mina. Aquella mirada vacía, con la que había traspasado el Gran Umbral, parecía aún deseosa de decirme algo, de comunicarme su última palabra, el adiós que Vitelón me quería dirigir porque unos instantes después le abandonaría para que alguien le empujase a la superficie, donde le aguardaban Marucha y un nicho. Y sus hijos, sus muchos hijos.

Cerré sus ojos y así le dije adiós.

* * *

La Brigada estaba detenida un centenar de metros más adelante. Destacándose de ella, unas luces venían a mi encuentro. Tres

hombres, al parecer con vida, escapaban del dios Grisú. Cuando, dejándolos atrás, me reuní con el grueso de la Brigada, empuñe el pico y me dispuse a la tarea, a cooperar en los trabajos que tenían por fin «aliviar» una quiebra más… ¿Cuántos hombres habría allí sepultados? ¡Quién lo sabía! Arriba estarían contando las lámparas, restando los hombres que salían. Y los muertos, los muertos… el humo, ¡maldito humo! Como producto de unos fantasmas que al moverse hubiesen producido polvo, la fumarola obstaculizaba decisivamente nuestra labor. Alguien debió apartarse la careta porque oí una maldición. Allá, «al otro lado» de la vida, se presentía un aullido apagado, como de ultratumba. Por un momento sentí que temblaba y reconocí que no era de miedo. Aquella «cosa» fría, seca, muerta, que me rodeaba… Y los nervios, las aristas de las piedras hiriendo mis carnes; y la lámpara, que reflejando la luz en aquel mundo caído, semejaba darle movimiento, cuchichearme que un instante después se desplomaría sobre mí… ¡Allí estaban los temores, las mismas aprensiones de la quiebra que mató al Empalmao! Y, como en la quiebra, me dije que la imaginación no había que dejarla libre un solo instante porque nos movíamos entre penumbras, entre demasiados muertos aún por encontrar, perdidos en aquel socavón que la onda convirtió en un sarcófago. Chasquidos espeluznantes, sonando a hueco otras veces, el túnel iba encajando o destruyendo los macizos que lo sostenían. Manejando el pico, sudoroso; agotado por tanto movimiento, en los que el utensilio y el equipo parecían multiplicar su peso por diez, por mil, iba abriéndome paso… Unos pies, calzados con botas. Y piedras, piedras. Apareció el cuerpo y allí… Nada, una cosa viscosa que terminaba uniéndose al tronco por un pellejo. Era la cabeza de un hombre, caída sobre el pecho; más abajo aún, sobre la barriga. Enrojecida, asquerosa… Los nervios, primero dominar los nervios. Alguien vino en mi ayuda, sacamos el cadáver y continuamos la perforación de aquella quiebra que creíamos de poco espesor. Una vez que miré para atrás vi luces y oí ruidos. Alguien nos seguía, retirando escombros, apuntalando el techo, impidiendo que aquel pasadizo que íbamos abriendo en busca de muertos, se cerrase, que nos atrapase en el momento más impensado. Trabajábamos de prisa, atropellándonos. Sin embargo, a veces, como en un desfallecimiento, me decía que mi sangre se había detenido, que ya no circulaba. Y entonces llegaba un grito interior, hiriente, que me aturdía para, felizmente, terminar desapareciendo tan bruscamente como empezó… ¿Qué era aquello? Sí, una pata, la pata de un caballo. Cuando en busca de hombres descubrimos al animal, aún

respiraba. Abría la boca de una manera increíble, para cerrarla con golpes secos, dando la impresión de que intentaba morder un aire que siempre huía, que escapaba. Empezó a dar algo parecido a coces y un pico se hundió en su cráneo, dejando flotar en la galería un sonido semejante al lamento de un niño.

La quiebra también quedó atrás. Al frente un trozo de galería; y en ella un aullido apagado que era imposible saber de dónde provenía. Al traspasar una curva, el misterio se desvaneció en forma de carnes tostadas y maderos ardiendo. Cuando nos acercamos, aquellos desgraciados ya habían dejado de quejarse. Nos miraban como hipnotizados; luego, cuando levantamos a la pareja de entibadores para retirarlos de allí, uno de ellos volvió la cabeza hacia el corte de donde alguien parecía llamarle… Allí estaba el derrumbe que se adivinaba definitivo. El túnel… ¿qué estaría ocurriendo en aquella intimidad espantosa?, ¿qué drama se extendería en aquel ambiente convertido en un infierno de miedo, de resplandores rojizos y atmósferas abrasadoras, de charcos y heridos y gritos de dolor?

Fantasmas congregándose o despertándose, carbonizados, mutilados, muertos… Hombres tan quemados, tan calientes sus carnes, que al acercarse se podría oír el milagro de unas pieles que quizá seguirían restallando.

Se adivinaba, se presentía tan fácilmente…

A golpes de pala apagamos las trabancas, devoradoras del poco oxígeno que allí debía quedar. Una nube negra, densísima, velaba la tragedia. Entre ella apareció el rostro plomizo de un hombre. Vivía, abría la boca suavemente, como si estuviese bebiendo agua a sorbitos. Sólo en los ojos, donde había ido a concentrarse la débil luz de un cerebro que debía estarle repitiendo que algo horrible había ocurrido, reflejaban el sufrimiento. Cuando le recogimos cerró la boca para dejar escapar gruñidos de dolor, parecidos a los de un perro que se siente molestado y quiere imponer respeto. Al fin el gruñido se rompió en un alarido y aquel hombre se desvaneció.

Volvió el silencio. Picos, palas… A cada movimiento los músculos se quejaban, como negándose a seguir tensando los brazos. Sudábamos y un vaho caliente, ya recalentada la bolsa de sosa que servía de filtro a nuestra respiración, parecía quemamos la boca. Abrí un poco más la llave de bi-paso y respiré por unos momentos a pleno pulmón. Luego miré al manómetro y volví a apretar el tornillo, reduciendo el consumo de oxígeno. Una música ronca, como proveniente de un órgano escondido y lejano que

dejase escapar ayes y gritos, relinchos y susurros de terror, ¡hasta la mina misma debía estar asustada de su obra!, se esforzaba por atravesar el derrumbe, por llegar a nosotros.

Aquella quiebra no parecía tener fin; se adivinaba maciza, larga. Antón revisó el techo, llegamos a un coladero, nos hizo una seña y uno tras otro fuimos encaramándonos en él, camino de la planta superior.

El equipo, el cansancio, aquella maldita máscara que, aunque proporcionándonos oxígeno, parecía siempre deseosa de cortarnos la respiración… La rampa se ofrecía desarticulada, si bien el tránsito era posible. Apoyándome en maderas y carbón… toqué un objeto metálico y tiré de él. Era el gancho de una lámpara. Se la mostré al «marciano» que venía tras de mí y comenzamos a buscar a su dueño. La explosión, pese a que había llegado hasta allí con tanta potencia como debió sacudir la galería vecina el año diez, pareció querer respetar alguna vida. Allí había un hombre. Estaba echado, caído sobre la veta. Y nos miraba… ¿Vivía? sus ojos, increíblemente enrojecidos, horadando la piel chamuscada; su silencio… ¿Sería un muerto?, ¿podría un cadáver ofrecer aquel aspecto? Sentí una extraña aprensión al acercarme a él, como si aquella mirada me Jo prohibiese, diciéndome que le dejase tranquilo con su vida, con su muerte. Al fin, venciendo la repulsión, me arrodillé a su lado y coloqué mi mano sobre la suya. Sí, tibia, caliente… ¿Sería la atmósfera quien conservaba calientes a los muertos? Me aparté un momento la máscara y le dirigí unas palabras. No contestó. Mi compañero le cruzó la cara de un bofetón y aquel desgraciado movió los ojos, los levantó hacia él… ¡Vivía!, ¡vivía! Quizá la explosión, el horror que perforó sus sentimientos, le habían privado del hablar, de los sentidos.

Le cargamos a hombros y empujándonos, sosteniéndonos mutuamente, fuimos tras nuestros camaradas de la Brigada.

* * *

Cuando desembocamos en la galería, y pese a que también en ella los humos tornaban la atmósfera sofocante, nos despojamos por unos momentos de la defensa y respiramos a pleno pulmón. Tosiendo, volvimos a colocárnosla. Unas lámparas se acercaban de prisa. Varios hombres, tres de ellos defendiéndose del humazo con pañuelos mojados y un cuarto provisto de una careta antigua, se plantaban poco después ante nosotros. Antón les preguntó si habían llegado los del Enquistao, cosa que ignoraban. Luego les dijo que

comunicasen a Sansón que habíamos encontrado una quiebra y que nos disponíamos a «saltarla» bajando por un coladero más avanzado. El picador miró el manómetro —nos quedaban cuarenta atmósferas, apenas media hora de «vida»— y decidió seguir la tarea hasta que alguien viniese a relevarnos. Como para ello se imponía cambiar los cilindros, a punto de agotarse, ordenó:

—En la maniobra habrá ya repuestos. Que los envíen pronto. ¡Tú y tú! —señaló al tuntún a dos «marcianos»— esperáis aquí para bajarlos. ¡Vamos!

Antón se colocó la careta cuando el humo ya ahogaba sus palabras, convirtiéndolas en toses.

En marcha. Avanzamos una treintena de metros, hasta la próxima rampa. Un «marciano», sin esperar órdenes, se agachó para introducirse en ella y Antón, bruscamente, se lo impidió. Debía ser el padre de José.

El jefe de la Brigada inició el descenso y fuimos tras él. Aquella rampa ofrecía un aspecto más desolado que la anterior, pese a lo cual también permitía, aunque trabajosamente, marchar por ella. Algún muerto iba quedando atrás; desenterramos unas piernas, luego un hombre. Nos cercioramos de que no vivía, de que podía esperar, porque los muertos siempre tuvieron paciencia, y seguimos adelante. Un silencio tenebroso, que parecía enseñarnos los dientes; la neblina, la lluvia de cenizas, negras y volantes, dándonos un aspecto extraño y embrujado, como navegando en el mar de gases que hubiese quedado después de destruirse el universo, era aquel mundo en el que estábamos adentrándonos. En algunos lugares las mampostas formaban una escalera; en otros dejaban abrirse entre ellas grandes abismos… Allí, en uno de ellos, había un «rosario», un «rosario» de muertos. Aparecían juntos, casi abrazados, como si la muerte les hubiese asustado tanto que debieron reunir sus ánimos para que se los llevase con un poco menos de horror en el rostro.

«Uno, dos… cuatro, cinco… y unas piernas.»

—¿No serán las de mi José? —se oyó una voz que sonó como un sacrilegio.

De su José… Debían ser, sí, porque la corazonada de un padre le sacó de entre el carbón en un instante. Luego, estirando los brazos, haciendo planear sobre él las manos, como dudando por dónde empezar a acariciar el cuerpo aún caliente de su hijo, le levantó la cabeza… José parecía dormir. Le atrajo hacia él para mirarle la espalda, levantó sus piernas… No, su José no tenía ninguna herida.

Los gases, el miedo, ¿quién sabía?

Para el padre de José la vida quedó centrada en aquel cuerpo

pequeño. El ya no tenía nada que hacer allí. Se cargó a su hijo al hombro y comenzó a alejarse, a ascender, lentamente, sin prisa. El padre de José y su hijo José… Quedamos mirándoles, mirando aquellos peregrinos de la muerte escalando penumbras, camino de las alturas, de lo que podría ser un cielo lleno de demonios y sombras.

Nosotros seguimos bajando, bajando…

* * *

Cuando Antón saltó a la galería, yo lo hice tras él. El túnel estaba por aquella parte aún semicegado, pero unos metros más hacia el corte aparecía en pie. Allí terminaba la quiebra, allí comenzaba el socavón, negro, abriéndose y abriéndose, como ansioso de tragar hombres, la Brigada entera. Al fondo se recortaba un brillante fuego que hacía las tinieblas aún más impresionantes. Y de allí, multiplicado ahora, venía la señal de un mundo agonizante, el eco de aquel órgano de ayes y gritos que oímos al otro lado del derrumbe.

Dejamos atrás una «tirada» de vagones, retorcidos, hechos una pelota porque la onda, marchando en línea recta, golpeó allí con toda su potencia. El detector de óxido de carbono, que Antón llevaba colgado del cuello, había transformado su color en verde, señal de una impresionante concentración de gases. ¿Cómo podría haber en aquel ambiente gente que aún respirase? ¿Cómo podía alguien gritar si aquel óxido, envenenando rápidamente la sangre, asfixiaba sin dolor para matar pronto? Fue cuando llegó a nuestros oídos el rumor de una cascada, que pudimos explicarnos el milagro. Pronto nos adentramos en lugares donde el agua nos cubría hasta las rodillas. Aquello era el caos definitivo. Agua, llamas y ácidos escapando por las grietas; la galería abriéndose por los costados, expulsando carnes podridas. Y hombres, el mundillo de seres quemados y agonizantes… ¿Ninguno de ellos encontró fuerzas para escapar por el coladero que nos permitió descender a nosotros? ¿O fue la onda que los desvaneció, permitiéndoles sólo ahora gritar y quejarse?

Como empujados por una fuerza colectiva, comenzamos a sacarlos de allí, a arrastrarlos unos metros más atrás, hasta donde se amontonaban los vagones. El traslado pareció arrancar a algunos de su mortal resignación o su desvanecimiento. Agitaban los brazos, llegaban incluso a arrancarnos la careta, a romper las cinchas que nos sujetaban el equipo. Alguno murió en nuestros brazos, dejando

pegadas a nuestras manos trozos de piel chamuscada; en nuestros oídos gruñidos de agonía que no parecían humanos. Otros callaban, demasiado maltratados para dejar escapar una queja. Piedras, carnes, ojos que aterraban, rojos, ¡rojos!; potentes voces, alguna carcajada y polvo y humo, fuerte, compacto. Alguno llegaba a pronunciar el nombre de su madre, el de su hijo o el de Dios. Y así entornaban los párpados, para dormir, para morir. En aquel silencio tenebroso y entrecortado, como protestando por haber sido sacados del charco, caían las estridencias, los desvaríos de aquellos hombres; los gorjeos de fiera y vahos de muerte. Alguno de la Brigada, intentando apagar el incendio, caía de bruces sobre ellos, sobre el fuego, agotado súbitamente. Le retirábamos. Se oían explosiones pequeñas y secas, como si los hijuelos del grisú, ya el campo suyo, estuviesen jugueteando por entre la montaña derrumbada. En nuestro esfuerzo por rescatar a un hombre, no nos dábamos cuenta de que poníamos el pie sobre otro, de que quizá el que viviese era aquel que estábamos empujando hasta el límite de su capacidad de sufrimiento. La sangre y las ropas en jirones de aquellas víctimas, las encontrábamos, como buenas trepadoras, desperdigadas por el suelo, colgando de los hastiales, en el techo, enristradas en los carriles levantados. Bajo ellas, en un rincón, apareció un hombre mirándonos con expresión grave, la boca pegada a las venas. ¿Por qué se las había cortado? No era la sed, era… ¿quién sabía? Estaba tranquilo, quizá muerto. Otro, con el pecho abierto, las manos apretadas contra él, como queriendo sujetar los pulmones, aún vivía. Y otro cantaba… ¡siempre un loco entenebreciendo los dramas!:

En el fondo de la mina
ha quedado un picador.
No le esperes minerina
que se lo llevó el grisú…

Quedé contemplándole. La sangre me latía furiosamente. ¿Cuantas veces había oído narrar que en las catástrofes mineras siempre había alguno que reía, alguno que cantaba, ya desvaída la razón? Pero aquel ser, ¿estaría loco? No, los locos solían cantar cosas extravagantes. Aquel hombre sabía lo que se decía:

No le esperes minerina
que se lo llevó el grisú…

Dejó de cantar y metiendo la mano en el bolsillo de la

chamuscada zamarra, sacó el reloj… Las tres, eran las tres y diez. Lo vi perfectamente. Volvió a guardárselo. Cuando le tomé de los brazos para intentar levantarle, me dejó hacer, hasta se esforzó por ayudarme. Nos retiramos, apenas debía sostenerle, hasta llegar al coladero donde algunos de la Brigada se afanaban en subir a la planta superior la carne rescatada.

Me aparté la careta. Aquel hombre me impresionaba. Ni siquiera tosía, pese al humo que envolvía la galería.

—¿Quieres subir?

—¿Adónde?

—Arriba, al sol, a la vida…

—Sí…

¡Aquello era enloquecedor!

Un «marciano» tiraba en aquel momento de un hombre desvanecido, al que habían atado una cuerda bajo las axilas. Una vez dentro de la rampa vendría a su encuentro el relevo, un escalón más de aquel cordón vital que habíamos formado. «Mi» hombre, que no parecía sufrir en aquel ambiente, no hizo el menor ademán de querer escapar de la trampa.

Volví a apartarme la máscara.

—Sube y vete tras él…

—Sí…

No tuvo otra reacción. Me pareció que empezaba a temblar imperceptiblemente y en sus ojos vi una mirada de incertidumbre, como si le asustase la rampa; o el volver a la vida, de donde iba alejándose, sin dolor y sin prisa cuando la Brigada torció su destino.

Le ayudé a subir y desapareció en la sobreguía.

* * *

Salvadores y salvados —¿cuántas vidas habríamos ya rescatado? — marchaban camino arriba. Descendiendo por el coladero aparecieron dos hombres de la Brigada trayendo atadas a la espalda una caja de madera. Cogimos los cilindros, los cambiamos por los vacíos y adelante… Como un monstruo agigantado por las penumbras, aureolada su silueta por las trabancas que ardían a sus espaldas y la humareda, arremolinándose en los laterales… Allí cayó, a nuestros pies, desplomado súbitamente… ¡Los ojos!, ¡aquellos ojos que brillaban de una mañera espantosa!

Había muerto instantáneamente. Le apartamos a un lado y continuamos la penetración, apagando los fuegos —¡bomberos de un mundo fantasmal!— que íbamos encontrando, palpando piedras,

maderas, muertos… ¡Y una lámpara! Aquel hombre se hallaba caído sobre las vías, solitario. Tenía la boca pegada a los raíles, apagando una sed que si las fuerzas le hubiesen permitido seguir unos metros más… No, debió ser cuestión de tiempo, de resistir hasta que la montaña abriese aquella rendija por donde saltaba la cascada, cercana a aquella lámpara que, milagrosamente encendida, velando al amo caído a sus pies, parecía un guiño de las tinieblas.

* * *

Medio centenar de metros más adelante nos detuvimos ante un enorme socavón. La galería había cedido —se desplomó bajo unas vías que seguían tendidas—, confundiéndose quizá con la rampa lateral. De allí surgía una columna de humo que terminó de oscurecer los quinqués, los reflejos alargados y agonizantes de nuestras lámparas, ahora detenidas ante el hoyo, como amontonados los ojos de las tinieblas. Miramos hacia el corte. ¿Seguiría en pie el túnel? No había otra manera de comprobarlo que cruzando el trecho. Apoyando las piernas en un carril, las manos en el otro, comencé a traspasarlo. Había conseguido avanzar media docena de metros, cuando me detuve impresionado. ¿Era el vértigo, el miedo a desplomarme en aquel socavón? ¿La muerte que se me había clavado en los ojos? No… la llamada llegó vibrante, gritando casi. Aquella era una de las rampas que en busca de mi padre tantas veces recorrí, que me vieron adentrarme en aquel reino del silencio donde se hallaba encerrado desde hacía tantos años. Logré dominarme y seguí adelante. Cuando volví a pisar terreno firme, marchando despacio, como si alguien me aferrase por las espaldas, la gran llamada seguía resonando en mis entrañas.

Poco después me detenía ante otra quiebra. A partir de allí el túnel estaba de nuevo derrumbado…, ¿quién podría adivinarlo?, en cien, en mil metros.

Cuando regresé, dos «marcianos» más ya habían cruzado el socavón. Volvimos juntos y deteniéndonos ante el hoyo, quitándome la trompa, comuniqué a mis compañeros la situación. Luego, dirigiéndome al que creía que era Antón, añadí que en aquel boquete que se abría a nuestros pies quizá hubiese alguien, que deberíamos bajar a comprobarlo. Dio su aprobación y soltando la cuerda que llevábamos enrollada en torno a la cintura, atando un extremo al puntal más cercano y dando una vuelta, para mayor seguridad, en torno al carril, me dejé deslizar por ella, descendiendo a la rampa destruida el año diez y revuelta por la

nueva explosión.

Llevaba bajando unos metros cuando empecé a notar un extraño calor; también las sombras se me antojaban distintas. Miré para arriba y vi que otra lámpara me seguía, que otro «marciano» se disponía a acompañarme en aquel viaje a un mundo caótico, velado por telones de polvo, humo y tinieblas… Allí tenía que haber alguien; allí, en aquel ambiente diabólico. Se presentía, se «olía».

Con las manos despellejadas por la soga, que avivó los dolores de aquel callo recalentado y supurante que llevaba hostigándome desde hacía un año, me acercaba al fondo del boquete. Mis pies pisaron terreno firme. Poco después me alcanzaba el otro «marciano» Me pareció que era el mismo que estaba a mi lado cuando encontramos al hombre a quien la explosión o el miedo habían privado del habla. Quedamos unos instantes mirando aquellos puntales sueltos, los costeros a punto de desprenderse, el carbón removido… ¡Cuánto silencio!, ¡qué tinieblas!… Tuve necesidad de apartarme la careta, de sentir mis labios y mis dientes como si ellos pudieran asegurarme que estaba vivo.

Nos separamos para mejor revisar la rampa. Hastiales, carbón derramándose, piedras, maderas. Por entre aquel maremagnum iba abriéndome camino, caía en hoyos, subía pequeños montículos… Me detuve bruscamente. Algo brillaba… un confuso punto se clavaba en las tinieblas. Pensé que sería un trozo podrido de eucaliptus. ¡No!… ¡una lámpara!, ¡aquello era también una lámpara! ¿Cómo podía ser posible que se mantuviese encendida en aquel agujero, en aquel ambiente?

«La habrán encendido después de la explosión.»

¿Quién? No habría logrado escapar. Estaría allí, ¡allí tenía que haber alguien!

«Le tiró aquí el hundimiento y no tuvo fuerzas para subir; no pudo y el miedo… el miedo le hizo prender el quinqué.»

Miré hacia arriba y me pareció adivinar que un resplandor desaparecía hacia el corte.

«Están pasando al otro lado.»

Dejé escapar un grito de llamada y mi compañero acudió. Le señalé la lámpara y como un perro endemoniado comenzó a rastrear los alrededores, a palpar el mineral y las piedras. Yo le imité y poco después fue él quien gritó. Había descubierto la primera víctima. Sentado sobre una mamposta, a horcajadas, la cabeza caída, los ojos entornados, dejando escapar algo parecido a una luz negra, los párpados hinchadísimos, como escupiendo una espuma también negra, un hombre nos esperaba… Palpé

nerviosamente aquellas carnes, abofeteé al desgraciado, que no se movió, ¡pero vivía! Yo oía un leve ronquido, el rumor del «sueño» de los atrapados que conducía a la muerte. Apartamos el carbón y descubrimos su cuerpo desnudo, quemadas las ropas por el grisú. Aquel hombre parecía un símbolo, el símbolo… ¡¿de qué?! Y aquella lámpara… ¡El velatorio más tenebroso que podía imaginarse!

Como aquel que encontramos apagando en las vías su sed. ¿Qué milagros eran aquéllos? ¿Qué fantasmas rondaban invisibles en torno a nosotros, encendiendo lámparas?

Conducimos aquel hombre hasta donde pendían las sogas, le atamos a la cintura una de ellas y dimos unos tirones en la señal convenida. La cuerda se tensó y, sostenido por el otro «marciano», la víctima comenzó a elevarse. Aquella escena de un hombre desvanecido subiendo hacía un cielo de tinieblas parecía avivar mi vieja obsesión, el recuerdo de mi padre muerto. Intentando librarme de ella, seguí buscando. La visión era prácticamente nula y el calor asfixiante. El equipo, rota una de las correas al engancharse en un madero, me pesaba y estorbaba. Encontré algunos trozos de carbón encendido, brillantísimos soles, y los fui apagando, extrañado de que no se hubiesen propagado más rápidamente. Por aquella parte la rampa se hallaba revuelta de una manera impresionante, sacudida, rota hasta su última entraña… ¡Dios Santo! Un grupo… ¡cuántos!, ¡cuántos cuerpos humanos se amontonaban ante mi lámpara!… ¡Carne!, ¡carne!, negra, desvanecida, sin vida…

Me arranqué la careta y dejé escapar un prolongado grito:

—¡Eeeeeeh!… ¡eeeeeh!…

Comencé a mover brazos, a éste… a aquél. Aparté un cuerpo que, caído sobre otro, sobre su cabeza, ayudaba a los gases y los ácidos a asfixiarle. Arrastraba carbón, amontonaba polvillo sobre alguna herida por la que escapaba la vida de una víctima. Ponía orden, un poco de orden en aquel maldito sepulcro.

«La quiebra les hizo correr y cayeron al hoyo, juntos, así, uno encima de otro…»

Una lámpara se acercaba. Un poco más arriba distinguí otras. Tres «marcianos» bajaban. Cuando llegaron a mi lado, sin un gesto, sin una palabra, atamos a las víctimas y una tras otra, con una rapidez endiablada, los fuimos izando. Cuando subió al «cielo» el último de los rescatados, los «marcianos» fueron tras ellos.

Seguí buscando… ¿qué? ¿Qué clase de sentimiento movía mis piernas? A veces me parecía reconocer un madero, alguna esquina del hoyo, de aquella rampa que ya visité en otro momento. Eran

visiones, alucinaciones quizá. Estaba la mina tan revuelta por la explosión —que llegó a trastornar las galerías, y hasta la planta superior— que aquel agujero, situado en pleno recorrido de la onda, sería por fuerza irreconocible. Me dolía la cabeza, como derritiéndose entre cabellos pegados. Pero por dentro debía tener frío… Un hombre, un hombre… ya no me causaba la menor impresión. Se hallaba caído, más bien incrustado, entre dos vigas. Aparecía desnudo y en su rostro no había el menor síntoma de dolor. Resignación, la resignación del ser que sabe avasalladoras las fuerzas adversas, lo difícil que es luchar contra ellas. Tenía el cuerpo en carne viva, como si hubiese caído cuando huía del corte, de adentro, ya alcanzado por la lengua de fuego que corrió con el polvillo, por el aire que provocó la quiebra a sus espaldas.

Hinchado, muerto.

Allí le dejé para reanudar la búsqueda… Una pared se alzó ante mí, impresionante. Semejaba la obra aún no acabada de un albañil de las tinieblas, el tabique que sirviese de divisoria a dos mundos, porque dos mundos eran aquellas dos galerías, la cuarta y la tapiada, unidas ahora por la explosión. Allá, al otro lado del muro, «estaría» mi padre y hacia él, moviéndome como un iluminado, escalando aquella colina de hulla, llegando a su cúspide, fui. Ya arriba, pareció darme la bienvenida una ola de silencio, perfecto, vacío, entristecido quizá, como si en mis sentimientos se trocase en un aliento amable, proveniente de allí donde un día abandoné dos maderas unidas en forma de cruz por un pedazo de trozos de mecha. Por unos instantes me sentí invadido por una extraña aprensión, luego comencé a bajar, a adentrarme, como un peregrino tenaz, en aquel mundo de tinieblas y amor filial, en un reino del cual mi padre era soberano indiscutible. Como empujado por una misteriosa llamada, triunfante y vencido, pero siempre obediente a un mensaje sólo por mí comprendido, seguía, seguía… Andaba ahora lento, seguro, como desaparecido el calor y la fatiga, vencidos los dos por la emoción.

«¡Padre, padre!»

Iba en su busca, en su busca… ¡Al fin había llegado el momento tan largamente esperado!

«¡Padre, padre…!»

Oí un grito y, como cogido en falta, volví rápidamente sobre mis pasos.

Cuando llegué a la «divisoria», adiviné, al fin de lo que parecía una distancia infinita, dos lámparas. Una de ellas se dirigía hacia el muro. Me dejé caer por él y cuando llegué al encuentro del

«marciano», hice con la mano un gesto vago, como diciendo que allí no había nadie más.

Llegados ante la cuerda, la até a mi cintura. Ya bajo el punto donde el boquete subía perpendicularmente, y tras hacer una señal, sentí que se tensaba, que mis pies se despegaban del suelo, que era izado, sacado de aquella trampa. Ya las vías a mi alcance, me agarré a ellas y alguien me ayudó a salir del agujero. Las víctimas habían desaparecido, llevadas quién sabía por quién y hacia dónde… ¿qué importaba?

Al otro lado del socavón se oían ruidos. El resto de la Brigada ya atacaba la quiebra que yo descubrí.

Aún estábamos reponiéndonos del esfuerzo, cuando unas lámparas, proviniendo del derrumbe, se acercaban. Miré el manómetro y comprobé que quedaban cinco atmósferas, las imprescindibles para escapar, para llegar a donde el aire fuese más respirable.

Antón dio la orden de retirarse.

La primera fase de la tarea había terminado. La gran tarea de la Brigada de Salvamento.

«¿Cuántos hombres habremos devuelto a la vida?» —volvía a preguntarme.

* * *

Subiendo por la rampa que nos vio pasar entre sus vigas saltadas, aquella que escondía un rosario de muertos entre los que se encontraba José, desembocamos en la planta superior. Un grupo de lámparas nos esperaba, Sentimos unas manos que estrechaban las nuestras en un ademán que llevaba escondido un saludo hondo y viril. Nosotros veníamos de «dentro», de donde la muerte estaba digiriendo hombres y amenazando quiebras; del gran ataúd velado por el humo y las tinieblas. Y los ácidos, las llamas, la asfixia…

—La otra Brigada está al llegar —anunció alguien hablando rápidamente para volver a colocarse la defensa.

—¡Vamos! —nos ordenó Antón con un movimiento de cabeza.

En hilera, despacio, nos fuimos todos, los de la Brigada y aquellos valientes que, parapetados tras un pañuelo o la simple careta, estaban al pie del drama, dispuestos a adentrarse en él si el drama se desorbitaba.

Volví la cabeza. Impresionaba aquel cortejo de luces emergiendo trabajosamente de entre un océano de humazo.

En la maniobra aparecían alineados más de una docena de

cadáveres tapados con chaquetas, con tablas. Unas piernas, fuertes, largas; y unos pies deshechos, terriblemente mutilados los dedos.

Igual que Vitelón, que Cubadín, esperando aún quizá en la planta inferior.

«Vitelón… hasta luego… Adiós, Cubadín…»

* * *

La jaula se acercaba a la superficie cuando, como temeroso de penetrar en aquel embudo del que salía tanto humo, un rayo de luz nos dio la bienvenida a lo que en aquellos momentos parecía la Vida. Las ruedas se detuvieron y al chirriar de las guiaderas vendría a suplir el apagado clamor de las gentes. Querían saber, estarían preguntando… ¿Qué podríamos decir nosotros? Sí, que algunos hombres quedaron allí abajo, que había muchos muertos… No, eso ya nos guardaríamos bien de decirlo. Los otros, los que rescatamos… Nosotros seríamos los primeros en preguntar, en hacer balance sobre la utilidad de nuestro esfuerzo.

Cuando salimos de la jaula, nos sentimos deslumbrados por unos focos que apuntaban hacia el castillete. Un aullido sin fuerza nos recibió. Por el aire revoloteaba algún nombre, como lanzado por una garganta enloquecida. Luego silencio. Encorvados, cansados, nos alejamos hacia el caserón de las máquinas, al amparo de cuyas paredes, despojándonos del equipo, los miembros de la Brigada nos sentamos, otros se tumbaron, tapándose la cara con las manos, como queriendo alejarse, olvidarse de aquellas gentes y de lo dejado abajo; de ellos mismos. Se acercó un grupo de mineros, el señor Marcos venía con ellos, quienes nos ofrecieron cigarrillos, nos los encendían e invitaban a un trago.

El Patriarca se plantó frente a mí, se acercó mucho, todo lo que necesitaban sus lesionadas pupilas para descubrir lo que yo llevaba prendido en los ojos, «sacado» de allá abajo.

—Señor Marcos… murió Vitelón; yo le cerré los ojos.

Por el semblante del Patriarca paso un relámpago de pena, de absoluta angustia… ¿O era aquello algo parecido al terror?

—¿Murió Vitelón…? —preguntó levantando los ojos al cielo, como si de allí tuviera que llegar la confirmación.

Sansón, seguido de una veintena de hombres, la Brigada del Enquistao, ya dispuesta a bajar a la fosa, llegaba en aquel momento. Antón y unos cuantos de la Brigada nos pusimos en pie y pronto comenzó aquel intercambio de noticias, de velados temores y esperanzas.

—¿Cómo va la cosa?… ¿Mucho peligro?

—Siempre hay… —repuso Antón sin ganas—. La labor de conquista necesita precauciones.

—¿Y el techo? —quiso saber el jefe de la cuadrilla forastera—. ¿Agua?, ¿fuego?, ¿gas?

—Un poco de todo. Está mal. Bajar por la tercera, que allí os dirán el coladero que «salta» la quiebra. Atrás dejamos varias y una que parece larga os espera. Estábamos trabajando en ella cuando se nos acabó el oxígeno.

—Habrá mucho hombre…

—Faltan cuarenta lámparas —anunció Sansón.

—¿Aun contando los que rescatamos? —me asombré.

—Aun contándolos.

—Unos cuantos están alineados en la maniobra de las plantas. Los demás los dejamos por ahí para no perder tiempo.

Una ambulancia, precedida de gran ruido de campanillas, obligó a abrir el cerco de gentes y el vehículo fue a detenerse junto al amaine. Los rostros de aquellos, también protagonistas del drama, se ensombrecieron aún más. Se hallaban algo alejados, pero hasta mí llegó la reacción, la dolorosa mansedumbre de los que esperaban pacientemente bajo el ya desvaído resplandor de los reflectores.

—Las vigas están quebradas, el techo suelto. Hay que andar con ojo.

—Sobre la cabeza cuelga siempre la…

—Para bajar ahí hace falta estar loco —dijo alguien, desalentado.

—Despacio y la cosa irá bien —aseguró Antón—. De todas maneras somos pocos.

—Han llamado del Roncal diciendo que ya ha salido la Brigada para aquí. ¡Buenos hombres da esa cuenca!

—Sí, son buenas gentes… Lástima que sea de noche. Los caballos no andan bien por la montaña.

—Ya amanece…

Los forasteros, dirigidos por Sansón, se encaminaron hacia la jaula. Les vi partir embargado por un sentimiento mezcla de piedad y de temor; de gratitud y afecto. Jóvenes, sanos, venían de lejos a arriesgar su vida por salvar a gentes a las que no les unía nada, a las que ni siquiera conocían.

—¡Sacar a mi Juan!, ¡sacar a mi Juan!

—¡Por Dios, traerme a mi hijo!, ¡es muy pequeño!, ¡es muy pequeño!

Las conocidas, las inútiles súplicas de las mujeres mineras.

—¡Landa! ¡Landa!

Vite, el hijo de Vitelón, logrando burlar la vigilancia, corría hacia nosotros. Se detuvo ante mí después de dar un salto, callado, entristecido su rostro de pequeño monstruo. Luego habló:

—¡Has visto a mi padre, Landa!, ¿le has visto?

Miré al señor Marcos, luego mis ojos buscaron los ojos del chico, ¿por qué estaban apenados si creía que su padre se hallaba con la cuadrilla de rescate? ¿Tanta fuerza tenía el presentimiento para poder calar en críos como aquel?

—Es de noche, Vite, tenías que estar en la cama… —murmuró el Patriarca.

—¿Sabes lo que está haciendo tu padre?

—Está abajo, salvando hombres. ¡Es muy valiente, Landa!

—¡Claro que lo es! ¡El más valiente de la cuenca! Él, siempre que pasa algo, baja el primero a salvarlos… ¿Y por qué estás triste?

—No lo sé…

Sí, el presentimiento no respetaba edades. Ni siquiera a almas tan tiernas como la del pequeño Vite.

—Anda, vete de aquí, que tienen prohibido venir a nadie. Dile a tu madre que…

Me interrumpí, pese a que estaba decidido a seguir mintiendo, a dar tiempo a que en el corazón de aquellas gentes empezase a surgir la duda, aquella corazonada que abría el camino a la resignación.

—¿Qué la digo, Landa? —el chiquillo levantó los ojos hacia mí, esperando que continuase hablando.

No tuve valor para contestar. Empujándole suavemente, le obligué a marchar. El señor Marcos me ayudó a ello. Cuando quedamos solos, a modo de oración, murmuró:

—Tenía que ocurrirle, Landa. Era demasiado generoso.

—Sí, vivía para los otros más que para él. ¡Gozaba rescatando hombres!

—¿Murió bien?

—No parecía haber sufrido mucho. Ni Cubadín. Estaban juntos.

—Que descansen en paz…

—Sí, que descansen en paz…

* * *

Cuando me acerqué a ellos, mi hijo Landa levantó su manita, saludándome. Marquitos y Selvita habrían quedado al cuidado de la abuela. Miré hacia el Camino, hacia mi casa porque presentía a mi madre buscándome con los ojos, sintiendo girar en su alma la noria

de la angustia, del dolor repetido e igual. Sí, allí estaría, en la ventana, solitaria, muda, como silenciosas se mantenían aquellas gentes, ya acabado el murmullo con que despidieron a la Brigada riel Enquistao.

—Landa… ¡por Dios!

—Va la cosa bien… no te preocupes.

Algún grito, algún sollozo, alguna pregunta. Pocas, muy pocas. Los demás, la cabeza caída, como ausentes, enrojecidos o pálidos los rostros, rígidos los labios, rígidos los ojos. Y toses de silicosos que me recordaban a las de aquellos mineros que, mal defendidos por una esponja, se movían en aquella caverna del horror. Algunos hombres, cubiertos con sacos, salían de la jaula que bajó a la Brigada. Se iban a tumbar en cualquier sitio, indiferentes a cuanto les rodeaba, como dominados por uno de esos primitivos terrores que tardan en pasar y que deben hacerlo a solas, como avergonzados de su crueldad. Otros iban en hilera, enturbiadas sus cabezas por los gases, por aquellos gritos de derrumbes que quizá no llegaron más que a adivinar. Alguno se dirigía hacia nosotros, trémulos los labios, restregándose la cara con tal fuerza que parecía estarse haciendo un lavado de cerebro, esforzándose en olvidar, en olvidar… Se sentaban junto a la gente, silenciosos, un gesto extraño en el semblante, como intentando recordar aquella vida en la que, al abandonar la fosa, acababan de penetrar.

—Landa…

—Sí, Selva… qué hay, pequeño, ¿no tienes sueño?

Otra vez el silencio.

La humareda, dominada por los vientos, se arremolinaba en torno al castillete, como negándose a apartarse de él. Al fin una enérgica ráfaga fue alejándola y el Pozo quedó limpio, brillando otra vez bajo un reflector que acariciaba…

* * *

Había vuelto junto a mis compañeros. Hacía apenas unos momentos que había vuelto…

—Landa… mírame, Landa.

Levanté la cabeza, sorprendido por el tono de aquella voz. Ante mí se hallaba, impresionantemente serena, la mujer de Vitelón. Tenía cogida de la mano a su hija Esmeralda. En la otra sostenía un capacho.

—¡Hola, Marucha!… —le saludé, incorporándome, intentando afanosamente buscar una frase, una mentira con la que defenderme

de la pregunta que presentía a punto de salir de sus labios.

—Me dijo Vite que… Traigo aquí la comida para Vitelón… ¿Le espero o os la doy a vosotros?

Jamás me habían preguntado de una manera más brutal por la suerte de un hombre. La vida, dramática, redonda, sin el menor relieve, estaba escondida en las palabras de aquella mujer minera. Desconcertado, sintiendo un infinito afecto por la viuda, bajé los ojos, incapaz de mentir. Cuando volví a alzarlos, Marucha ya me ofrecía dos lágrimas, sólo dos, porque el drama estaba aún introduciendo en su ánimo la máxima tensión, comenzando a desfigurar su semblante…

—Murió bien, Marucha… —no pude evitar el confesarla, creyendo que así provocaría una angustia brusca, preferible a tanta incertidumbre cuyo fin sería el mismo—. Le recogí yo. Fueron los ácidos… No sufrió. Está junto a Cubadín… murieron juntos y juntos los dejé.

Marucha, como si su cuello hubiese perdido el sostén, dejó caer la cabeza. Y me acordé del pobre Crispín, cuando clavaba los ojos en la tierra, como queriendo enterrarse en vida.

—Crucé sus manos y le cerré los ojos. Está bien, Marucha… Está descansando.

Volvió a mirarme, sus pupilas fueron abrillantándose. Me pareció que dejaba de llorar, que se secaban sus lágrimas para que a su rostro aflorase toda la impresionante resignación de las mujeres mineras; su desesperación humilde y tímida, ya llegado el momento fatal —tras de temerlo durante años, una vida entera— que todas ellas presentían agazapado en su futuro. El trance amargo e irremediable fue desbordando sus ojos, debía ir pasando por la garganta, sellando sus labios.

Marucha, inmovilizada por un dolor frío y hondísimo… Dejó el capacho a mis pies y comenzó a alejarse, lentamente, sin prisa. Muerto su marido, ¿dónde iría ella?

«Los hijos, los hijos te sostendrán en la vida… Luego bajarán a la mina para que dejes la cesta a los pies de otro cualquiera.»

El señor Marcos fue tras la viuda, encogido, más despacio aún que ella, como si no se atreviese a alcanzarla, a enjugar su pena, él, tan ducho en aquellas cosas. El Patriarca debía temer turbar con sus palabras aquel dolor, tan grande que gustaba sufrirse a solas.

Se alejaban, se alejaban… Sus sombras fueron alargándose. Vi a Esmeralda que se agachaba a coger quién sabía qué, que se soltaba de la mano de su madre y empezaba a corretear; y que Marucha no parecía darse cuenta de que caminaba sola, como un montón de

angustias hechas carne, perdidas en el drama que enlutaba el Valle.

Sí, iba sola. Detrás caminaba el señor Marcos, empequeñecido, siguiendo sus pasos como un perro fiel.

Llegaron al límite de las luces y las sombras se los tragaron…

* * *

Un grupo de mineros trajo unas cestas en las que aparecía el nombre de cada uno de nosotros. Tomé la mía y me alejé. No sé por qué un extraño sentimiento me apartaba de la gente, me obligaba a estar solo para mejor repasar mis sentimientos. La muerte de Vitelón, el recuerdo de mi padre, cuya tumba había sido revuelta por la explosión… Abrí distraído el cesto, mirando a las gentes, a aquellas mismas gentes siempre presentes en la tragedia de los derrumbes y el grisú, el creador de tantos dramas cuyo dolor cantaban los vientos y al que Petrarca prestó su inspiración.

¿Por qué has de morir
ahora que el Valle te necesita?
¡Vive, minero! y reanuda tu cantar.

En una soledad tremenda y humilde, aquella muchedumbre callaba y callaba, limpiando el alma de tanta pena…

«¡Vitelón!»

Su recuerdo volvió con más fuerza. Venía de la mano de nuestra vieja amistad, de cuando buscó a mi padre y me salvó a mí; se acercaba, ahora que todo estaba vacío, que el gigante recorrió el camino hasta el final, bravucón a veces, tímido siempre aunque no lo supiese; y lleno de hijos y ansias de lucha. Le «vi» en los atardeceres de invierno, cuando me invitaba a su casa porque quería ser el primero en leer los «boletines» que yo escribía…

«Algún día a mí también me esperará alguien junto a las rejas; me esperará en vano porque el Pozo me habrá llevado con él…»

Evocando aquellas mañanas, cuando nos sentábamos en alguna cuneta a leer el periódico, gozando del sol, sin movernos mucho para que nos calentase bien, la figura y las cosas de Vitelón se aproximaban, yo las daba vida…

—¡No puede ser!, ¡no puede ser!

—¿Qué es lo que no puede ser, Landa?

Hilario Potencia estaba allí, mirándome con fijeza, quizá un poco apenados sus ojos.

—Nada, estaba pensando en Vitelón… ¡ha muerto, Hilario!, ¡ha

muerto!

—Era fuerte y valiente. Y la muerte es mujer… ¡tendría ganas de llevárselo con ella!

—Sí, eso debió ser… En fin, no sacamos nada con darle vueltas al asunto.

—No, no sacamos nada… ¡Vamos, come!

—No tengo ganas…

—Pues no creo que esté la fosa como para andar por ella con las patas flojas. ¡Hinca el diente, hombre!

—¿Qué hace mi gente? —le pregunté, un poco tontamente.

—No las dejan acercarse y allí están —señaló atrás con un movimiento de cabeza—. Esperando que termine esta «comedia» con luces.

—¿Por qué no las dices que se marchen? No me gusta verlas ahí.

—Ya sabes, creen que así echan una mano y lo que hacen es rematar el duelo. ¡Come, Landa —insistió—, que se te van a secar los huesos!

Los obreros del cordón. Y el drama y las mujeres, agarrándose a sus manos y ropas, sin que ellos hicieran nada por impedirlo, intentando retorcerlas como si así aplacasen una angustia que afloraba a los ojos y que los labios raramente dejaban escapar. En una soledad impresionante, allá, en medio de tantas gentes, de sus silencios, sus rezos, sus blasfemias… Y sus toses, hostigadas por los humos que, al cambiar el aire, caían sobre ellas como el aliento del gran ataúd donde la carne de los suyos se retorcía ante el gran centinela de la muerte, ante tanta guadaña rematando vidas. Después el humazo, enroscándose en los caminos de luz de los reflectores, cambiaba de lugar y las toses se aplacaban. Alguien más subía. Un enfermero, aunque para ello tuviese que desnudarles, les abría allí mismo las ampollas producidas por las quemaduras, vendaba las partes afectadas y, empujándolos suavemente, llamaba al siguiente. Los accidentados, poniéndose los pantalones o la chaqueta, se alejaban, iban a tumbarse en cualquier rincón. No querían, o no pudieron, seguir en la fosa. Pero tampoco sentían deseos de enfrentar las penas de las gentes. Pese a todo, no se iban lejos, incapaces de alejarse del drama. Alguno de ellos se dirigía hacia la Brigada.

—Quise meterme donde no me llamaban y casi la espicho.

—Sí, mal está la cosa…

—¡Y tan mal! ¿Me das un cacho de algo?, ¡parece que no tienes ganas!

—Toma…

—Los de la Brigada del Enquistao ya están bien metidos bajo el rabo del diablo… A uno de ellos le dio por hacer compañía a los muertos.

—¿Se mató?

—Sí, se mató… Hay que salvar a los camaradas, pero antes se debe sujetar con alfileres la piel de uno, si no…

El hombre miró hacia el castillete. Como si aquella visión le produjese repugnancia, sólo asco, escupió.

—Voy a «Casa José» a echar un trago —se despidió, empezando a andar.

—Ten cuidado —intentó bromear alguien—. ¡A ver si esas ampollas que te desaguaron se te llenan ahora de vino!

Se fue. Poco después pasaba ante nosotros un hombre con la piel chamuscada. Sin cejas, sin cabellos, la carne como derritiéndose. Sus facciones aún parecían humanas. Al día siguiente se habría convertido en un Auténtico más de los que vivían en el Valle, en un monstruo más. Uno de los que le sujetaban o escoltaban, se detuvo al llegar al caserón.

—Cada vez es más difícil quedar allí abajo. Hacen falta buenas caretas. ¡Parece que hasta el hormigón está ardiendo!

—Sí, está la cosa mal… —convino alguien sin ganas de hablar.

—Sacar los hombres y vagones que están encerrados costará mucho dinero. Me parece que más de uno va a tener que acostumbrarse a «vivir» entre sombras para siempre. ¡Esos boquetes, sin madera que los sostengan, ponen miedo al más pintao!

—El problema es saber dónde esperan los encerrados —habló Potencia—. Estarán refugiados por ahí, esperando… solos, en grupos, ¡quién sabe!

Levanté la cabeza y mis ojos se encontraron con los de Hilario. Luego volví a bajarlos a la tierra. Rodeados de camaradas, y tan solo, tan ausente como no recordaba haberlo estado nunca, me sentía pendiente de alimentar aquella visión interior que iba elevándose, tímida al principio, avasalladora después. Debilitándose aquel mundo que me rodeaba, corría mi imaginación embudo abajo, penetraba en la rampa hundida, donde brillaba milagrosamente una lámpara y donde, a modo de muro fronterizo, se levantaba el último obstáculo, resquebrajado por la onda. Tras él se encontraba la panacea que curaría mi vieja herida, tan profunda que no se veía; aquella que se abrió cuando Colás habló de unos cascotes enterrados. Como si en aquel momento desease unirme a mi padre, al Solitario, una cadena de anhelos se iba formando en mi mente, en mi corazón; llegaban exigentes, despreciando los riesgos,

aunque fuesen mortales. La posibilidad de alcanzar, ¡al fin!, la gruta escondida, me enardecía, me fatigaba también. A veces un ramalazo de desánimo me decía que desear lo imposible, lo descabellado, eran síntomas de un espíritu enfermo. No importaba. Ante mí tenía la última posibilidad, entre sombras, porque así parecía ser mi destino y el mundo en el que permanecían los restos de mi padre.

—Mira, por allí viene gente. Debe ser la Brigada del Roncal.

—Sí, vienen. Aquellos puntitos que se desparraman por la derecha de Punta Débiles… Serán ellos.

—Vienen muchos, allí vienen más de treinta lámparas.

«Quiebras, lámparas, Brigada, Punta Débiles…»

«El deseo vence al miedo, allana dificultades. ¿Habré perdido el miedo?, ¿la esperanza?… No, la esperanza no, ¡ahora menos que nunca!»

* * *

Una hora y pico después Sansón nos anunció que era hora de relevar a los del Enquistao.

—Por allí vienen los del Valle del Roncal —señaló a las sombras —. Ahora seréis más y los trabajos llevarán mejor marcha.

Nos pusimos en pie, reagrupándonos. Saludados por el apagado clamor de aquellas gentes, inmóviles ante el Pozo, infatigables en la espera… ¿Cuántos de aquellos seres aprenderían poco después que debían resignarse, como resignado ya estaba su marido o su hijo o el padre, extendidos en hileras que llenaban la maniobra de la planta?

Manos nerviosas nos ayudaban a colocarnos el equipo. Ataban correas, comprobaban los mecanismos del equipo. Antón nos contó. Estábamos todos, la tanda, la Brigada… callados, graves, dispuestos a entrar de nuevo en aquel mundo fantasmal, increíble si no era visto, donde las quiebras y los muertos…

—¡Vamos!

Despacio, como si nadie sintiese deseos de apresurarse, nos acercamos al amaine. No tardó la jaula en subir. Apiladas, porque allí dentro ya nadie sufría, una docena de camillas subían los primeros muertos.

—¡Vamos, sacarlos en seguida y dejarlos ahí mismo!, ¡que no los vean! —ordenó el capataz, nervioso.

—¡Hala —siguió Sansón— y nosotros para adentro que «nos estarán» esperando!

Fueron entrando, entrando…

—Señor Sansón, este cilindro debe estar obstruido, no marca bien el manómetro.

—¡Maldita sea! ¿Y ahora te das cuenta?

—Debe ser cuestión de alguna llave… Voy un momento a arreglarlo.

—¡Si en vez de tanta cháchara os preocupaseis de lo que estáis haciendo! —exclamó enojado—. ¡Venga, y antes de que sople un gallo te quiero ver abajo!

—Sí, señor. En la próxima jaula. Les alcanzaré, ¡me sé bien el camino!

Sansón dejó escapar un gruñido de desagrado y entró en el montacargas, que un instante después se desplomaba embudo abajo, como con prisa de engullir hombres y más hombres. Apenas desapareció de mi vista, di media vuelta y marché apresuradamente hacia el caserón de las máquinas. Penetré en su interior, en uno de cuyos rincones estaban apilados los instrumentos sobrantes de la Brigada, y comencé a despojarme del equipo.

—¿Qué pasa, Landa? —me preguntó el guardián.

—Se desoldó una tuerca. Voy a la fragua un momento a ver si la componen.

Tomando la parte «averiada», y recomendando al vigilante que no permitiese a nadie hurgar en mi equipo, abandoné el edificio. Marché hacia su parte trasera, ocultándome de la muchedumbre, ya sobresaltada por la noticia de que un grupo de cadáveres habían sido sacados del Pozo. Un apagado murmullo, parecido a los gruñidos de una fiera enferma, fue tras de mí. Me alejaba hacia la ladera de enfrente. Una vez más huía, huía… como si mi vida íntima fuese una afrenta que habla que ocultar; y mis sentimientos, movidos por algo tan hermoso que cegaría a las gentes, quienes lo convertirían en locura, porque locura fue siempre lo que creaba vida, fuesen indignos de sacarlos a la luz. Me iba, me iba… Un gozo tranquilo, una absoluta angustia ante lo que me disponía a llevar a cabo, me atemorizaba, llenando también mi alma de hermosos acontecimientos. Sentí el corazón ardiente y algo atormentado. Y la esperanza bramando, bramando… Empujado por un amor filial, que en aquellos momentos se convertía en suave vértigo… Ah, si la suerte me acompañaba, ¡qué gran liberación la mía! Entonces sí que podría andar por la vida más ágil, sin tanto peso en mi juventud y en mi espíritu, libre de aquella congoja que ahogaba a veces los más nobles y decididos impulsos; aquella rémora que suponía mi padre enterrado y que en los momentos más impensados, abismándome en crisis de desaliento, me hacían ver todo indiferente, la inutilidad de

todo. Entonces sí que podría lanzarme a la plena conquista, con todas sus consecuencias, de aquel ideal que él y yo soñábamos. Luchar encaramarme en aquel mundo que humillaba y mandaba a su antojo para desde allí forcejear, ya más cerca de «ellos», usando de sus armas, con las que se empeñaban en reducir nuestro mundo al de siervos, mejor o peor pagados… ¡Llegar hasta ellos pero siendo distinto a ellos! ¡Ah, la paz de mañana y de siempre!

«¡Si lo consiguiera!, ¡si lo consiguiera!, ¡ahora, dentro de un momento, de una hora!»

Salté un regato. Al otro lado se abrían en abanico un manojo de juncos. Y echándome sobre la tierra amiga, miré al Pozo y a las gentes, que bajo los reflectores adquirían una nueva fisonomía, agrandada, agrandando el drama. Alargando la vista, adivinando los perfiles de mi Valle sumergido en sombras, empecé a sentirme embargado por unas ansias confusas y melancólicas. Miraba hacia donde un día se alzó el viejo cementerio. Luego «saltaba» al nuevo, hacia la tapia junto a la cual reposaban los «restos» de mi padre. Un frío interior, como temeroso de la prueba que me esperaba, se alzaba entonces. Entre tanto rumor y tanto monte, y escorias y ansias y penas, entre tanta tiniebla, enfrentando al círculo de luces, donde parecía estarse representando una extraña y fantasmal comedia, me reconocía un solitario, un ser nacido para rumiar obsesiones, una obsesión que tendría que desvanecer algún día si quería ser «libre», que mis sentimientos discurriesen por los cauces normales. Serenándome con las voces del viento nocturno, en aquella canción de dolor brotada del silencio de las gentes; en mis diálogos con el «Minero», allá en las alturas, alumbrado por el soplete, que dibujaba en la noche siluetas fantásticas, aquella huella que hería, que tan tenazmente me persiguió siempre, iba desvaneciéndose, trocándose en melancolía, en triste recuerdo. Como si la acción que me disponía a llevar a cabo me dijese que quizá dentro de una hora o dos, todo aquello que me rodeaba habría desaparecido, ya convertido yo en un lamento más, me acordé de los momentos que en la guerra precedían a un ataque, del «recuento de vida» que solíamos hacer los soldados. Y evoqué aquella aventura necesaria y angustiosa que fue mi primer día de mina. Después los recuerdos, como celosos, acudieron todos, desfilando sin prisa, nostálgicos, despidiéndose tal vez. Y llegó mi padre y su dinastía minera, de la cual se sentía tan orgulloso porque su abuelo fue quien dio el primer golpe de pico en Valhundido y a su padre le mató la mina. Rememoré mi casa de niño y el arroyo que lamía sus paredes; y aquel árbol que mi padre plantó cuando yo

nací y bajo el cual estaba enterrado «Pajarillo», convertido ya quién sabía en qué. Me «fui» al Pantano, donde aún vivía la tía Mogotes, y recordé sus enseñanzas, aquellos rezos por los que un día salieron de Valhundido para rogar a Cristo que viniese a predicar al Valle…

«En aquel escenario de mis juegos de niño entré en una mina abandonada por los «Violentos»; allí se asfixió Colás y vive gracias a mí… ¡Colás!, ¡Colás!, aquel día que tú me lo contaste y ahora, al cabo de tantos años, me dispongo a enfrentarme con la verdad, a comprobarla, a encontrar los restos de mi padre vagando y vagando entre las profundidades del Pozo… Ahora; estoy aquí esperando que pase el tiempo, que los demás gasten oxígeno…»

«Sí, fueron el hombre de la voz cascada y Vitelón los que llevaban el ataúd. Y el Auténtico y el señor Marcos… él le regaló la armónica poco antes de casarse. Era alto y fuerte y se lo llevó la muerte cuando cumplió treinta y cinco años. Sólo Vitelón y Dale-Dale le vencían en los ejercicios de fuerza. Ahora queda Dale-Dale y hay muchos en la cuenca que le dominarían con un solo brazo. También de la «muta» queda sólo uno, Repetidor. Vitelón… tú decías que tus hijos no verían el Pozo, tú también repetías el eterno «chiste» de los mineros… ¿Y ahora qué?… Vendrá el Luces a decir que les tocó un pollo en la rifa… El Luces siempre esta repartiendo pollos entre los críos desgraciados; también le dio uno al hijo de Juanito Juan… A los de Gago, no, Gago murió definitivamente. Gago… aquel día que caí en la fosa… —«Iría a cazar pájaros, se equivocó de agujero y se metió en la mina.» Sí, le gustaba bromear. Luego puso la mano sobre mi hombro y me acompañó galería adelante, limando mis primeros miedos. ¡Qué día aquel!… Y luego, cuando cogido de la mano de mi madre, orgullosos como si viniésemos de ganar una guerra, bajábamos por el Camino. Igual pasó cuando volví de África… —«La lámpara es el fusil del minero…» Antón tenía razón… Son razones que había que aprenderlas más tarde, cuando los músculos tuviesen ya fuerza y nos entusiasmase formar la banda de la «Mano Blanca». Con ella siempre vencía a la partida de Colás… Por eso me dijo lo de mi padre, tenía mal perder Colás… Cincuenta y un muertos hubo en la explosión del año diez, ¿y ahora?… «Aquello» fue para las fiestas… había gentes llorosas y camellos y osos que vinieron para Santa Bárbara… Luego cambiaron el cementerio… Fueron los campesinos, «los cuervos» que les llamábamos, venidos de la vega del Vastión, y Vitelón, todos «huérfanos» de muertos mineros, los que, formando uno de los tantos diminutos entierros que pululaban por la hondonada del Valle, llevaron a mi padre… Los vi llegar al

camposanto nuevo, refugiado allá en la solana. Los vi desde lejos, yo andaba huido… Hacia allí se alzaba el monte Arato… ¡cómo lo miré el día que conducía herido a Antón!… Cincuenta y un muertos. Ya avisaba el Pozo; un día antes la explosión enterraba tres hombres. Fué cuando yo cumplí once años… Muertos, muertos… El primer muerto de mi vida lo encontré pisándole. Era Benito… pobre hombre. Menos mal que sus hijos se hicieron pronto fuertes, que el pan volvió a entrar en la casa, que llegó cuando, como si el río gozase redondeando las tragedias, las aguas empezaban a llevarse la tierra, atacando los cimientos… ¡cuántas historias podría contar este río que murmura a mis espaldas! largas historias que nacen muy lejos, junto a la desmochada ermita que sirvió de orientación a los peregrinos de Santiago, y que van multiplicándose a medida que avanza, porque su cauce no ve más que cotos mineros y hombres ennegrecidos; y mujeres inquietas y carbón… Yo lo he recorrido todo, hasta donde se pierde en el río madre, en el río Grande, cuando iba de guardaespaldas de Gago a dar mítines en las cuencas vecinas. O cuando, ya regresado de la guerra, me acercaba alguna vez a ver las gentes de sus riberas, a convencerlas para que el mal no cundiese y nos viésemos obligados a pelear como tuve que hacerlo con Colás… ¡Pobre Sandalio!, por lavar la mancha de su padre mató a un guardia y no volverá a ver el sol en lo que le queda de vida… Bueno, el poco que se filtra por los ventanucos de las celdas, de esas cárceles que terminan por no asustar a nadie. Lo peor es cuando nos escupen en la cara. Frank, valiente legionario… ¿en qué punto de África o de la vida estarás ahora?… Y aquel otro, ¿cómo se llamaba?, que decía que el que no aprendía a matar debía aprender a morir… Estos Valles y desfiladeros, ahora alumbrados por la luna, tan parecidos son a los de África, a aquellos terrenos por los que andaba arma al brazo, dispuesto a matar a un hombre tan sólo porque llevaba chilaba… Uad Lau, Xauen… Sí, fue dura la batalla. Triunfamos aunque a mí me agujereasen la clavícula… A Fede también le arañaron la carne, menos mal que podía seguir bajando al Pozo en busca del pan que su padre dejó de ganar. Algunos de los que fueron con él habían muerto, quedaron enterrados en algún hoyo de la tierra extraña… ¿Qué será de Gladys?… Las fiebres, ¡malditas fiebres! Y el mar; sí, el mar es tan malo como la mina, quizá peor; si fuese escritor no me moriría sin hacer una novela sobre la mina y los pescadores. ¡Que la gente supiese como vivimos desde pequeños! Y siempre… Los primeros pantalones largos que llevé en mi vida, fueron unos de mi padre, acortados para mí la noche anterior… Luego me vestí de

hombre, si, voy por el mundo vestido de hombre… ¿Por qué me exigirían con tanta insistencia que devolviese el uniforme que traje de la guerra?… Mala entrada tuve en el Valle; Selva hablando con Pepito el «exquisito«y el sargento de los guardias viniendo a dárselas de valiente… Selva… «mi novio minero» me llamaba cuando teníamos doce o trece años… Casi para la época en que Gago y Antón dejaron el Grupo Tronquera para meterse en el Pozo. Poco después fui tras ellos… el señor Marcos me ayudó, el señor Marcos ayuda siempre y a todos. A partir de aquel momento se acabaron los trabajos en el exterior y hasta «la fiesta de las mulas». ¿Qué habrá sido de «D. José» y de «Nublo», el perrazo de las garrapatas? «D. José» está enterrado en el «cementerio de los brutos». ¿Y el perro? A lo mejor junto a su amo, aquel viejo de la razón desvaída y la mirada sin brillo. Tenía miedo a entrar en la muerte ciego, sí, tenía miedo… Decían que se lo llevó con él para que le señalase el camino, como hacía Rafalón con María del Mar… Eso dijo Antón el día que se casó… Aquel día conocí a Selva… Fué cuando estaban removiendo la tierra para construir el Banco que amontonaría el dinero de los otros… Y el sudor. Cuando amaneció entraba en la mina. Luego llegó el Pozo…»

—¡El Pozo!, ¡maldito Pozo!

El reloj de las oficinas me despertó de tan larga evasión mental. ¿Cuánto tiempo llevaría allí metido? ¿Media hora?, ¿una? La Brigada ya habría consumido la mitad de sus provisiones de oxígeno. El «mío» estaba intacto, ¡era el momento!

Me puse en pie y andando de prisa me dirigí hacia el caserón de las máquinas. El hombre que guardaba los equipos me vio acercarme y frunció el ceño.

—¿Dónde te has metido? ¡Como los encerrados estén esperando que les saques tú, aviados estarían!

—¡Baja tú!… ¡Estuve arreglando el chisme éste!

—Yo tengo muchos años para eso y no soy de la Brigada.

—¡Perdona!… Anda, ayúdame a colocarme el equipo.

Minutos después estaba preparado. Abandoné apresuradamente el caserón y corrí hacia la jaula. Las gentes, formando bajo la noche y los reflectores una confusa y patética representación, silenciosas, desesperadamente silenciosas, parecieron despertar por un instante.

—¡Baja un «marciano»!

—Sí, es un «marciano», ¡quién es!

—¡Mi Julián!, ¡saca a mi Julián!

Cuando me refugiaba bajo el castillete, y a modo de un inoportuno saludo del drama, la jaula emergía del embudo,

lentamente, semejando un entierro vertical. Un nuevo grupo de cadáveres, solos, porque nadie quería o se sentía con ánimos de recorrer el medio kilómetro de tinieblas en tan macabra compañía, eran sacados a la noche.

—Hay muchos…

—Está la maniobra que parece un cementerio.

—La cosa es que no los vean los suyos hasta que lo mande el ingeniero.

Un hombre tras otro, sacudidos por la tos, que llegaba a arrancarles la careta; una parihuela, ya ennegrecida por tanta sangre reseca… Los muertos fueron apilados bajo el resalte de piedra que rodeaba el amaine. Encima siguieron extendiendo la lona, tan grande, que parecía capaz de ocultar a media minería muerta. Terminaron y la jaula quedó vacía, como la boca de un dragón después de tragarse sus victimas; una bestia negra dispuesta de nuevo a seguir engullendo carne y más carne…

—¿Vamos? —pregunté al encargado, ajustándome el equipo.

—Los tuyos andan por «ahí» hace una hora. Si esperas un poco, bajas con los del Enquistao.

—No, bajo ahora. ¿Sansón está en la fosa?

—Sí, allí le verás.

Alguien gritó el nombre de un muerto y el aire se revolvió, asustado.

El montacargas fue llenándose de maderas, tuberías de lona y paquetes sanitarios. Entraron media docena de mineros, provistos de viejas máscaras antiguas —eran los que iban tras la Brigada abriendo camino a los trenes y sujetando los cuadros a punto de desplomarse—, y mezclado con ellos me dispuse a abismarme en aquel infierno humeante. El cajón metálico comenzó a descender hacia donde la tierra amagaba con tanta quiebra y ácidos. Una oleada de humo, espeso, macizo, la envolvió pronto… ¿Por qué olería tan bien el aire cuando entramos en el ascensor? Afuera habían quedado las gentes y sus muertos, esperando… Luego se abalanzarían sobre ellos, los cubrirían de lágrimas. Tocándoles por última vez, se los llevaron y marcharon tras el ataúd de cinc; se separarían del dolor colectivo porque el suyo era distinto, concretado. Igual que el año diez, sí igual… Entonces fueron cincuenta y un muertos. ¿Y ahora…?

Las gentes mineras y sus héroes muertos quedaban arriba.

—Mal asunto este…

—Sí, mal asunto.

Voces sofocadas por la máscara, voces que terminaban en

seguida; en seguida volvía el silencio.

—Dicen que aún faltan veinte lámparas…

—Sí, deben faltar.

Los quinqués alumbrando bajo nuestras barbillas; la marcha, lenta, a través de las tinieblas, en aquella jaula que crujía como dispuesta a romperse, a cooperar en la gran hecatombe. Una vez más, como cuando quedé a solas con el Empalmao, sentí que tiritaba y que no era de frío. Quizá tampoco de miedo…

«Donde anda revoloteando la muerte, aunque haya llamas, debe hacer siempre frío.»

A medida que descendíamos, el calor se volvía sofocante. Cuando el montacargas se posó en la planta, aquello parecía, ¡era!, la boca del infierno. Entre la humareda se veían algunos puntos rugestres: lámparas, palabras, manchas fantasmales: hombres. Y otros tirados a los lados, muchos. Había que bajar el farol para descubrirlos, para recorrer con los ojos mantas, chaquetas, piernas… Allí estaba todavía Vitelón… Y Cubadín, el de los pies convertidos en una papilla asquerosa…

Me tocaron en el hombro. Sansón, por señas, me preguntaba el motivo de mi tardanza. Me limité a señalar el equipo. Luego me dijo que debía haberme apeado en la planta superior. Le contesté con un gesto que el subir y bajar por las rampas lo hacía yo en un momento. Me volvió la espalda. Yo comencé a andar de prisa, hacia el drama…

Ya en el transversal, me detuve ante el primer grupo de obreros, maniobrando con vagones cargados de madera.

—¿Se sabe algo?

—Sí, están «hablando». Debe haber gente bajo la quiebra grande —el hombre se llevó apresuradamente el pañuelo a la boca—. Les deben quedar una veintena de metros para calar. Eso se dice…

Me sacudía ya la tos. Metí entre mis encías el caucho de la trompa y reanudé el camino.

—¡Buena suerte! —oí a mis espaldas.

Poco después quedaba en tinieblas, aunque bien sabía que en aquella oscuridad se movían hombres. Oía golpes y algún grito apagado. Andando como un alucinado quien, pese a todo, sabía exactamente hacia dónde se dirigía, en un gesto instintivo me acariciaba la garganta, como si después de aquel «examen de vida» que dejé tras el manojo de juncos, estuviese preparado para lo peor, para desafiar aquella muerte acechante, presente.

Me cruzaba con alguna mancha, alguien se detenía, ofreciéndome su rostro desfigurado por el sudor, la fumarola y la

luz de la lámpara. O despellejado por aquellos incendios que se alzaban súbitamente para extinguirse de la misma manera.

Un golpe en la espalda al «marciano», un mudo ¡buena suerte! y adelante. La primera galería quedó atrás. Y la segunda… ¿Qué ocurriría cuando llegase a la tapiada, cuya puerta había entreabierto la explosión?… «La tapiada, ahora, dentro de unos minutos…» Sentí un temor que no era físico; me encontraba demasiado solo, enfrentado con el viejo drama, abandonado por todo lo que no fuese humazo y tinieblas.

«Ahora, ahora es la ocasión. Me estará llamando, pensará que si ahora no le busco no lo haré ya jamás…»

Sí, me sentía demasiado solo porque ni siquiera la lámpara, vieja compañera del minero, ponía en aquel ambiente otra cosa que tetricidad. Mi cerebro empezaba a agitarse, ya agitado hacía tiempo el corazón. Procuré respirar pausadamente…

«La tercera, la tercera, la tapiada, el sepulcro donde un día ¡Mauricio me dio ocasión de profanarlo!, entré para encontrar la cruz.»

De aquel túnel brotaba algo extraño, contagioso, amenazante. Apenas lograba descubrir sus contornos, desdibujados por la onda de humo y los gases empañando mi visión. Ante el gran interrogante, a punto de ser descifrado, una tristeza inesperada vino a suplir aquella agitación interior. Desaparecieron los miedos, me olvidé de mi «examen», como si ya estuviese todo resuelto, todo pasado. Una ausencia repentina por aquel mundo negro que me rodeaba, por los que estaban sepultados y los salvadores, venía en alas de una emoción desconocida, del polvo de la melancolía, como obligándome a reconocer que detrás de los sueños no había otra cosa que un enorme vacío, aquel que, disfrazado o no, dominaba a los hombres. El peso de tanta desesperanzada espera se abatía ahora sobre mí, detenido ante una galería que parecía invitarme, empujarme con sus brazos de humo y oscuridad, a penetrar en ella.

Me volví bruscamente y seguí mi marcha. No había recorrido medio centenar de metros cuando una nueva corazonada me obligó a regresar. Andando de prisa, tropezando, cayendo a veces, llegué a la maniobra y, procurando no ser visto por Sansón, me dirigí a la escalera de salvamento y comencé a rampar por ella. El calor, el calor… Tardé más de un cuarto de hora en llegar al piso de arriba, en cuya maniobra aparecían caídos, estirados en una ordenada hilera, una docena de cadáveres. Haciendo caso omiso de los gestos y las preguntas de la gente que allí manipulaba con muertos y troncos, marché transversal adelante. Cuando llegué a la galería,

aunque menos compactas que en la inferior, las ondas de humo vagaban entre hombres y cascadas, entre maderas caídas y techos amenazantes. Era necesario agacharse, arrastrarse a veces para poder traspasar determinados trechos. En ellos no era difícil tropezar con alguno que, tirando de una camilla, venía del corte. Le cedía el paso, ante mí desfilaba una masa de carne negra, bañada en sangre. O intacto, muerto, sereno. Pasado aquel tramo, encontraba otros cadáveres que, caídos en las cunetas, rescatados por la Brigada del Enquistao o de Valhundido, que los subió a la superficie, a la planta superior, esperaban que alguien se acordase de ellos. Una inmensa noche parecía aquella galería a la que, de cuando en cuando, alumbraba alguna estrella, alguna lámpara de tan fatigado resplandor que no alcanzaba más de un metro.

Ante el coladero, en una guardia permanente, había media docena de hombres. Encontraría otros —ya descendiendo por la rampa destruida donde el padre de José se llevó a su hijo—, formando un sistema de braceo merced al cual muchos muertos y heridos habían escapado de la gran trampa. Iba pasando a su lado sin que cambiásemos un gesto, una palabra, como actores de un drama mudo y estremecedor. Alguien escupía, se oía alguna blasfemia, se exteriorizaba algún deseo. Luego silencio y sombras. Y carbón revuelto, maderas, piedras…

Ante la misma puerta del coladero, pegada a él, debía hallarse una lámpara, un sol, el mismo sol de pesadilla que encontré en la quiebra que mató al Empalmao. Al asomar mis pies, se retiró. Caí al túnel y un hombre de la Brigada, como colocado allí para dirigir la circulación en una urbe de fantasmas, me señaló al suelo, donde estaban amontonadas un montón de ropas. Luego al fondo. Me desnudé y marché hacia el corte. Pronto llegué al socavón, apoyé pies y manos en los raíles y pasé al otro lado, donde la Brigada se afanaba en el levantamiento de la quiebra. La labor de conquista llevada a cabo por medio de un túnel en miniatura, iba sosteniendo aquel boquete que sus compañeros abrían trabajosamente.

Cuando me acercaba a aquellas figuras borrosas, ennegrecidas, a las que las caretas y la trompa daban una apariencia fascinante, cogí un tronco y lo arrastré hacia ellos. Alguien me hizo una seña y le ayudé a colocar una pequeña trabanca. Ya era uno más en aquel ambiente de seres irreconocibles, desnudos, ¡nunca había visto hombres tan desnudos!; ya nadie podría echar de menos mi tardanza. Me acordé del manómetro y le di media vuelta, colocándole boca abajo para evitar que en un descuido alguien descubriese que mi provisión de oxígeno era superior a la suya.

Trabajando enardecidos, dominados por los jadeos y un sudor que, pese a la máscara, adivinaba deformándoles el rostro, iban, venían, picaban, sostenían, perforaban, se adentraban suicidamente bajo una montaña que, sostenida por entibaciones que parecían de juguete, podía desplomarse en cualquier momento… ¡era emocionante el desprendimiento de aquella gente! Algunos estaban heridos y no les importaba; quizá el drama de los demás borrase sus dolores. Seguían en la brecha, en aquella boca del infierno que iban agrandando en busca de los tragados por la mina. Del fondo, como escarabajos nacidos de la tierra, retrocedían algunos a gatas, les dejábamos paso y unos metros más allá se desplomaban sobre un montón de escombros. O se refugiaban en cualquier rincón, con el gesto agotado del que va a morir. Ellos, lo único que querían era descansar un poco, recuperar fuerzas para volver a empuñar el pico, para perforar y perforar…

El tiempo iba pasando. Aquella careta, aquel ambiente que, pese los simulacros, nos hostigaba despiadadamente, cansados de chapotear entre polvo y humo y rastros de sangre; obligados a realizar un esfuerzo que no parecía tener fin… Otro se retiraba. Fui a ocupar su puesto, avanzado; a atacar el derrumbe entre el cual aparecía de cuando en cuando algún cadáver que ya apartábamos como si se tratase de un madero más. Nos movíamos como empujados por un vértigo, por la angustia de saber a nuestros compañeros atrapados, porque no era difícil adivinar que bajo aquella quiebra, o al otro lado de ella, había hombres, hombres… Un brazo, una pierna… una zapatilla sin pie… Y el sudor, como un mar, invadiéndonos. Un ahogo que a veces parecía mortal, que enardecía los nervios y pasaba como una angustia más… De prisa, de prisa, a por los sepultados… aunque nos sepultásemos. Oíamos al lado gruñidos y jadeos, respiraciones de hombres que procuraban contener el aliento para dejarlo escapar en un bronco resoplido; de hombres desnudos que clavaban sus garras en la tierra como si tuviesen un pleito personal con ella. Alguien dejaba caer una palabra, con sonido a viento subterráneo, como se oye el mar cuando estamos alejados de él. Y algún lamento, frío, que quedaba zumbando en los oídos, en la cabeza. En una monotonía trágica y enervante, seguíamos en busca de nuestros camaradas. De cuando en cuando golpeábamos un tubo caído, un tablón… silencio, al otro lado sólo silencio. Nadie contestaba tras aquellas vigas que parecían podridas; que la explosión había chascado como si fuesen palillos. De la boca de mis compañeros, ya agotados, salían burbujas negruzcas, otras parecían sanguinolentas como si se les hubiesen

roto los pulmones. A través de las gafas aparecían ojos saltones, desorbitados… y allá, a lo lejos, relinchaba una mula con lamentos más sobrecogedores que los humanos… No lograba saber si eran mis nervios o si en verdad allí se hallaba enterrada una bestia, viva, junto a la cual habría algún hombre. No le oiríamos, no llegaríamos a percibir el morse de sus quejas porque estaba lejos. Sólo los pulmones de un animal eran capaces de salvar aquella distancia, perforando la quiebra con su queja… No, aquél ya no podía quejarse. Apareció al apartar un tablón, muerto de una manera desagradable, ofreciendo una postura… Atrás; un nuevo viaje… Las piedras, avisando siempre, rebotaban contra nuestros cascos en una cantinela continua… Bruscamente sentimos una ola de calor, fue un instante en el que el polvillo, inflamado, corrió entre nosotros, chamuscándonos la piel, para desaparecer con la misma rapidez que surgió… Una broma del infierno, de aquellos demonios entre los que nos movíamos… Descubrí una bota, en aquel momento la montaña cedió y quedé allí, inmovilizado, sin poder escapar. Mis compañeros —¡tantas veces debíamos ayudarnos en aquella tarea vital!— sujetaron la bóveda, y de nuevo adelante, haciendo esfuerzos por dominar el temor, por olvidar que mi rostro debía haber empalidecido, que la sangre se movía lentamente, ya cansada de agitarse… ¿Qué hombre no tiene miedo a la negrura, a quedar sepultado vivo?, ¿quién no rumiaba en aquella situación sentimientos tan inquietos como masculinos? Allí estábamos la tanda, la cuadrilla, la Brigada de Salvamento de Valhundido… Alguien dio un grito, a ver si era contestado, y calló como si se hubiese quedado sin voz… Y las lámparas seguían buscando, como en un quieto galope de estrellas de las profundidades; alumbrando a unos hombres que parecían trabajar con el corazón en la mano, algunos con un Padrenuestro en la boca… ¡Cuánta rata muerta había allí!, juntando su sangre a la que nos corría por la espalda y el vientre, por las piernas, por el cuerpo desnudo…

«¡Los fantasmas!»

Me acordé de los fantasmas de la mina, ¿dónde mejor podían moverse que en aquella noche pavorosa del derrumbe, picoteando, divirtiéndose con los muertos antes de que los rescatásemos, antes de que alguno de ellos se convirtiese en un aparecido más?

«Los terrores, los terrones de la mina… ¿Volverán ahora?»

Ante mis ojos se movían las piedras, estaba seguro de ello. Apoyaba la mano en ellas y entonces reconocía que permanecían firmes, que aquella maldita enfermedad visual que atacaba a los hombres que trabajaban en las fosas, en las rampas sobre todo,

estaba allí presente. Todo temblaba porque la dolencia arreciaba en aquel ambiente. Sentía temblándome los ojos y los cerré, apreté los párpados y el efecto desapareció. Un instante después volvía. Y así seguí trabajando. A veces las piernas, los brazos, parecían negarse a obedecer, a apartar más piedras. Clavar un puntal me costaba inauditos esfuerzos… De nuevo la calma, la forzada calma de los hombres de la Brigada. Y de nuevo los desalientos, hondísimos. Entonces, inconscientemente, creía necesario despedirme de Selva y de mi madre, de mis hijos, de mis hermanas, de mi padre muerto…

Un «marciano» se desplomó a mi lado, presa de un ataque fulminante, ¿y qué? Le retiraron… ¡qué importaba! Adelante, adentrándonos en aquel mundo caliente, entre piedras que levantaban ampollas y vapores que nos envolvían, mezclándose al humo y al polvo. Adelante aquellas hormigas que se movían en un mundo caótico…

Me golpearon la espalda. Me volví. Haciéndome una seña, el «marciano» inició la retirada. Detrás fueron otros, el último yo. Cuando llegamos al trecho de galería en pie, como presurosos de escapar de aquel infierno, se vistieron rápidamente, se enrollaron las cuerdas a la cintura y, sin esperar la orden de Antón, fueron alejándose en dirección al coladero. Una hilera de lámparas marchaba túnel adelante… la última la mía, el último yo. Ante la bocarampa nos congregamos, fueron subiendo… se iban.

Cuando se encaramó en el boquete el hombre que me precedía, apagué la lámpara y quedé escuchando. Vi los resplandores debilitándose, marchando hacia arriba, hacia la vida. Nadie gritó, nadie me llamaba, nadie supo que yo quedaba allí, dispuesto a cumplir mi pacto de fidelidad, tan largamente esperado, con mi padre muerto y sepultado en la mina…

* * *

Los miembros de la Brigada desaparecieron, desapareció la vida en aquel túnel para que mi soledad fuese perfecta. Para ellos había terminado la odisea, para mí empezaba quizá. Retrocedí rápidamente y no tardó en abrirse ante mis pies el boquete que conducía a aquel muro que separaba, o unía, a la divisoria de las dos galerías. Até la cuerda al raíl, corrí el nudo hasta ocultarlo bajo los bordes del agujero, temeroso de que alguien pudiese descubrirlo, y, como un sonámbulo alejándose de la vida, un peregrino obediente a un mensaje brotado de «allá», lento, seguro, fui descendiendo. Tanta soledad… Por un momento temí que los

nervios se encabritasen, que desfalleciese el corazón, que la fatiga se apoderase de mis brazos. Dejé escapar un gruñido, que quiso ser un grito, para no sentirme tan solo, y por toda respuesta volvió el silencio, señor de aquella boca negra que se abría ante mí. Pisé tierra firme, me libré de la cuerda… El grisú, la muerte, ¿quién soplaba mi lámpara?, ¿quién intentaba apagarla, como cegado por aquella debilísima llama? Comencé a andar.

«Sin luz no podré hacer nada, deberé volver y esta ocasión, tantos años esperada, se malogrará… Por un segundo, por el resoplido de… Sí, huele a muerto, aquí debe tener «ella» su caverna…»

¿Qué era aquello? Un hombre de pie, más negro aún que la noche… Moví la cabeza con violencia, intentando desvanecer la aparición. Cuando las tinieblas volvieron a igualarse, reconocí que empezaba a flaquear mi ánimo, hostigado por la oscuridad, por la emoción y aquellos agujeros que dejaban escapar, silbando, al demonio impalpable del grisú… Por unos instantes me asaltaron grandes sueños, de aire, de sol, de luz… Quise olvidarlos, me colgué la lámpara al cuello y seguí adentrándome en lugares donde yacía la muerte, vieja, ya podrida. El humo y el polvo seguían creando ante mi marcha formas humanas, caídas, de pie, retorcidas, en todas posturas, como en un juego macabro. Fantasmas, serían los fantasmas de la mina mirándome curiosos y asombrados.

«Si le encontrase… le envolvería en la camisa y…»

Iba andando a trompicones, empujado por el instinto, tambaleándome en aquel piso accidentado, en aquel campo de batalla donde debían acometerse los espectros… en silencio, siempre en silencio. Empezaban a dolerme los ojos, como si sangrasen, aguijoneados por el asfixiante calor. Pero en mi ansiosa búsqueda por rescatar los restos de mi padre para llevarle allí donde reposasen tranquilos, calmando así la vieja obsesión nacida de la confesión de Colás, yo no me daba cuenta. Saltando sobre carbones y maderos, recorriendo penumbras ondulantes, tomando el pulso a aquellos pequeños terremotos —los derrames del mineral—, seguía avanzando hacia el muro. El polvo se esforzaba por llegar a la boca, lo conseguía, provocándome accesos, tan fuertes, que a su término experimentaba una sensación de agotamiento, de paz. Recuperado, proseguía aquello que semejaba una evasión infernal…

Allí estaba el muro, la divisoria, dejando pasar sobre su lomo oleadas de humo y tinieblas. Con ellas, provocándome pensamientos dolorosos y aun así alborozados, llegaba la señal, una secreta esperanza que me decía que estaba a punto de descubrir la

verdad, que allí estaba el fin de tanta y tan larga búsqueda. Aquellos espacios silenciosos y ya familiares, en los que mi imaginación me iba presentando situaciones, lugares donde palparía algo que no sería hulla ni troncos ni rocas, que serían ropas y huesos, un hueso de mi padre… Y allí, escarbando, encontraría los demás, a «él» entero.

Llegado a la cumbre de la divisoria, comencé a bajar, a descender por la otra vertiente, ya definitivamente dominado por aquel monstruo que parecía dormir en la mina desplomada… La rampa dio un tirón, un aviso, y a mi espalda oí desplomarse un alud, apagando la lámpara. El monstruo despertaba, sin luz, sin ruido, después de haber dejado caer a mis espaldas un telón de hulla, de cortarme la retirada, como deseoso de que quedase encerrado junto a mi padre, tan juntos como estábamos en vida, y aún después, cuando se lo llevó el grisú.

Como un profanador de aquellos espacios, sólo reservados a los muertos… Dudé, aún podía escapar. Ante aquella tentación se alzó la voz tenaz de la fidelidad, la vieja obsesión…

«Le encontraré, luego me abriré camino, fue un pequeño derrumbe… luego, primero encontrarle…»

Seguí avanzando. De los lados, del techo, caían trozos de mineral, como si la rampa entera quisiera demostrar su desagrado por mi importuna presencia. Una insistente laxitud iba apoderándose de mis músculos, fatigados por tanto esfuerzo. Respiraba despacio, racionando el aire, porque adivinaba que la búsqueda seria larga, tan larga quizá… Intenté una vez más alejar aquellos pensamientos y aprensiones que dolían, que parecían encontrar eco en las calladas tinieblas… De ellas seguían «surgiendo» imágenes y siluetas que intentaban espantarme repitiéndome que aquellos espacios sólo eran permitidos a fantasmas; que me fuese o pasase a su mundo. «Ellos» me obligaban a levantar la cabeza cuando, andando a rastras, palpaba mineral y más mineral; y algunas maderas y rocas… luego rodaba al fondo de algún hoyo o rampaba por las diminutas laderas. «Ellos» sabían que andaba buscando los huesos de mi padre, porque quizá fue él mismo quien se lo dijo; sabían del «mensaje». En aquel silencio creía «oír» la voz de otras existencias, que se acercaban curiosas y amables a contemplar él mundo de los vivos. Y que luego, divertidas o decepcionadas, se alejaban, dejando escapar un grito, un trueno que machacaba el alma. Y palabras perdidas, y otras delirantes… Era la rampa abriéndose, cayendo, cayendo… Volvía el silencio, sólo roto por el apagado rumor de mis manos, palpando,

palpando…

Lo apreté fuertemente, mi mano se sintió dolorida por el esfuerzo… ¿Qué era aquello?, ¡¿qué era aquello?!… Lo restregué contra mi cuerpo, en mi cuello, queriendo limpiarlo del carbón pegado… ¡¿qué era aquello?!… ¡«La Bruja de la suerte»!, ¡aquello era la «Bruja de la suerte»…! que un día regalé a mi padre porque quería que me comprase unos pantalones… Algo rugía en mi interior, mientras los labios los mantenía ferozmente apretados contra el caucho de la trompa, intentando evitar el grito que ¿locura?, ¿dicha?, comenzaba a subirme a la garganta… ¡Vida! ¡Vida!… Como en un rito extraño y delicadísimo, llevé el fetiche a mis ojos; no podía verlo, pero estaba allí, frente a mí. Ya comenzaba a borrarse tanta obsesión y fatalidad, crecida en los años andados. Mi mano, temblando, tensada con una fuerza salvaje; y allá dentro, en los sentimientos, como brotando, palabras de gratitud hacia aquellos fantasmas y rampas; hacia las tinieblas y silencios; a un aire moviéndose pesadamente, buceando en las ondulaciones de la tierra.

«¡La "Bruja de la suerte"!, ¡encontré la "Bruja de la suerte"!…»

Sentí un golpe en la espalda; el techo dejó desplomar un nuevo alud de carbón y, arrastrado por él, el fetiche cayó al suelo. Tras él fue la máscara, que quedó colgada de la trompa, sobre mi pecho. Por mi rostro ya corría la sangre y en los pulmones entraban oleadas de humo y gases. Comencé a toser de una manera brutal y, tosiendo, intenté recomponer el equipo… La manguera estaba rota, como partida por el hacha de un fantasma de aquellos a quienes tanto debía molestar mi presencia… Me sentí infinitamente cansado, dominado por un miedo… por el miedo a tener miedo, a ceder, a huir. No, la voz de la sangre me mantendría allí hasta el límite de mis fuerzas, hasta que de la esperanza se borrase la lucecita que empezaba a languidecer.

«Escapa, escapa antes de que sea tarde, ¡vas a quedar atrapado!»

Consciente de que en ello me iba la vida, porque mis pulmones ya protestaban, amagando asfixiarme, me agaché, encontré el fetiche y, manteniéndolo en mi mano, reblandecidos mis tendones por los gases, recomencé a palpar febrilmente hulla y maderas. Gritaba y hablaba, intentando no sentirme tan solo, conseguir que los nervios —el peligro a morir, ahora real y a corto plazo los encrespaba— me permitiesen seguir allí. Lavado el rostro por el sudor, hacía esfuerzos inauditos por contener aquella tos capaz de rasgarme los pulmones. Tan cruel era el acceso que, sin darme cuenta, dejaba que la boca siguiese abierta, como dispuesta a llamar

a «esa» muerte que, en el último instante, los mineros tenían por amiga. Un tirón de vida me ponía de nuevo en movimiento. Se me doblaban las rodillas, caía en hinojos sobre aquel sepulcro, abriéndose y abriéndose; sobre una rampa que me resistía a abandonar, ya presa de aquella obsesión tanto tiempo amagando… Otra vez un gemido, bronco y prolongado, escapado de mi boca; y el humazo y los ácidos acudiendo voraces; y una extraña «gasa», una férrea tela de araña envolviéndome el cuerpo. Y un zumbido, el trágico y enervante zumbido que sacudía mi cabeza… Debía de estar hablando, pronunciando palabras confusas, ya no ordenadas por el cerebro, como practicando el lenguaje de aquellos fantasmas que me rodeaban. Tiritaba con tanto calor y temor; y un miedo que iba más allá de lo físico, que parecía emanar de aquella «Bruja de la suerte» que mantenía en mi mano y con la que golpeaba y palpaba en busca de…

«¡No puede «estar» lejos!, ¡no puede «estar» lejos! «¡Está» aquí! ¡Le encontraré, le encontraré!»

Me pareció que las tinieblas iban oscureciéndose, que llegaba el desvanecimiento. Un nuevo tirón de la voluntad lo alejaba, invitan dome a seguir buceando en aquella rampa, enloquecida, muerta. La sed comenzaba a hacerse insoportable; el resto de las sensaciones debían haber huido, amortiguado el dolor por la emoción, por mi febril angustia. Con los ojos desorbitados seguía el paso de lo que creía una silueta, más negra aún que la noche; y de otras que se acercaban para después alejarse, decepcionadas. Con su desaparición volvía un poco de calma y entonces chupaba los hierros de mi equipo y hasta el fetiche, sin que en ninguno de ellos mi sed encontrase el menor alivio. Otras «sombras» se aproximaron y yo intentaba empujarlas, escupirlas con mi boca seca; liberarme de todo aquel mundo subterráneo que existía y que sólo les era dado ver a los que hasta él se adentraban… ¡Un hueso!, ¡un hueso!… No, era madera, era piedra, era carbón.

«Mis fuerzas, se van las fuerzas…»

Otra vez el tirón, otra vez revolviendo, palpando…

Al fin, aquel lunático de la aventura tenebrosa que debía parecer yo, el empujado por un amor que tenía tanto de supersticioso, llegaba al fondo del drama… Temblaba, temblaba porque mis manos, mi cerebro… Había llegado, allí «estaba» mi padre. Fué la mano que mantenía el fetiche quien «lo» encontró. Un pedazo de madera, y otro; después un tercero. Luego algo redondo. Estaban juntos, caídos uno encima de otro, cubiertos por una especie de tela que al contacto de mis dedos se desintegró… Sí, allí estaban sus

restos, allí estaba «él».

—Padre, padre…

Aquella emoción, que siempre supuse avasalladora si un día encontraba a mi padre, pareció esforzarse en pasar de prisa, porque la muerte acechaba. Debía salvarme y salvarle, escapar de la trampa; «debíamos» irnos.

Una desesperada ansia de huir, ahora que conmigo venían los restos de mi padre, me atacó bruscamente. Una llamarada de vida me hizo revolverme en el estrechón donde me hallaba caído. Me despojé de la camisa y a tientas recogí aquellos huesos, todos, ¡todos!, metí entre ellos el fetiche e inicié la retirada. Apartaba carbón y maderas, huyendo de una muerte que parecía carcajearse con los soplos del grisú y el silencio; que debía creer inútil tanto esfuerzo, mi vital deseo de escapar. Me movía como un espantado, un delirante a quien empujaban ahora las más hermosas sensaciones.

«¡Padre!, ¡padre!»

Allí «estaba». Había venido conmigo y conmigo seguiría hasta la superficie, hasta que «le» dejase en aquel nicho que, a cambio de unos tragos de vino, me reservaba Cándido. Los derrumbes amenazaban, ¡no importaba!… ¡vida!, ¡vida! Nos salvaríamos, nos salvaríamos los dos; yo mi vida, él su reposo, el reposo noble del hombre que muere para ser enterrado junto a otros, en la tierra amiga del cementerio. Sentí un estremecimiento íntimo, desconocido; y fuera, en la piel, otros que afloraron sin fuerza porque mi organismo, a punto de ser dominado por la asfixia, empezaba a ceder. La angustia, la tos y los temblores… Y aquellas tinieblas; y aquel humo, aquel techo que al derrumbarse «nos» cortaba la retirada…

Rampando perezosamente, ya me costaba esfuerzos sobrehumanos mover los brazos, pensar… Así iba abriéndome paso a través de aquella muralla de mineral que ocultaba su espesor; de aquel obstáculo que los fantasmas levantaron en el camino de la vida. Huyendo de la muerte que sentía pisándome los talones, dominado a veces por una dicha desconocida, otras por un pánico negro, concentradas las pocas energías que me quedaban en los accesos de tos y aquellos brazos fláccidos, seguí adentrándome en el techo derrumbado. Y apartaba carbón y se apartaban aquellas «masas» negras que intentaban espantarme, espíritus de la mina que venían a despedir a un compañero, a mi padre, camino de otra muerte menos cruel porque ahora ¡yo «le» salvaría!, reposaría bajo el sol y la lluvia, junto a sus amigos Gago y Vitelón. Como una

bestia a punto de perecer, clavaban mis garras en el mineral, avanzaba sintiendo que a mis espaldas volvía a cerrarse la trampa, a unirse las entrañas de la tierra como si el soberano de aquel reino decidiese que de allí no saldría nadie más. Aprisionando mi pecho y mi espalda, a punto siempre de inmovilizarme, el apretón de la rampa agigantaba el amago de asfixia… Y así, ya perdido en una especie de sueño oscuro, en un delirio que empezaba, un brazo abriéndose camino, el otro detrás, arrastrando los huesos de mi padre… seguía, seguía…

La mano se perdió en el vacío. De un tirón, en el que tomó parte hasta la última fibra de mis músculos —debía haber llegado a la divisoria—, salí de aquel agujero.

«¡Salvados!, ¡salvados!»

Al otro lado me esperaba una cuerda. Subiría, retornaría a la vida…

«Vamos… vamos…»

Ni el cerebro parecía conservar ya energías.

Comencé a descender, a arrastrarme en aquella desesperada y lenta huida. En un jadeo rápido y seco, como si mi organismo me estuviese repitiendo que no contase con él, que había llegado al límite de su resistencia, huérfano ya de aquel vital tirón que logró sacarme de la trampa… me movía como de mala gana, se me doblaban las piernas y los brazos, el espinazo entero, pidiendo reposo, obligándome a descansar para que los ácidos siguiesen filtrándose en mi sangre, el gas en los pulmones. Como vuelta el alma cuerda después de aquel suicidio que supuso el adentrarme, solitario, en la rampa, reconocí que de allí no saldría, que la evasión ya era imposible. Nadie sabía dónde me encontraba; la cuerda la había ocultado…

«Aunque crucen las vías mil veces, no la verán…»

Mi pensamiento voló a lo alto, a la superficie, donde, bajo lo reflectores, la gente ya lloraría a los suyos. La Brigada descansaría sin saber que faltaba uno de sus miembros, que faltaría ya para siempre. Tras largos esfuerzos, arrastrándome, porque sólo así era capaz de moverme, lograba avanzar un metro, dos… Al cabo de… ¿cuánto tiempo había pasado?, ¿cuánto resistiría un hombre?, creí llegar a la hondonada. Palpando ahora las tinieblas, buscaba la cuerda que colgaba del raíl, una soga, la distancia hacia una salvación, que ya no sería capaz de recorrer.

«La cuerda, la cuerda…»

La única esperanza colgaba de aquel cielo negro.

Allí estaba, la tropecé con la mano, y por un instante bramó el

ansia de vida. Sólo por un instante. Aun así, moviéndome con desesperada lentitud, aún logré levantar los brazos, atar al extremo del cordel el hatillo que contenía los restos de mi padre. Luego, aferrándome al cabo, intenté subir… No fui capaz de tensarlos, de tensar los músculos. El esfuerzo consumió mis últimas energías y, como si el cuerpo, ¡hasta los huesos!, fuesen arrugándose, me fui agachando, me puse en cuclillas, luego caí de espaldas. Y no me moví, aferrada mi mente y mis fuerzas por lo que parecía una tenaz tela de araña. Abrí la boca, porque me faltaba aire, y el humo, y los gases, y los ácidos… El mundo asesino de las profundidades acudió voraz, como queriendo echarme a empujones de la vida…

«Quiebras, humos, muertos. La llamarada…, nada, ya nada, hombres destrozados y galerías derrumbadas; y monstruos, y fantasmas…; ¡gritan!, ¡gritan!, me están llamando…, ya no, silencio, ya han muerto. Alguien se queja; hay miles, ¡miles de lamentos que se oyen! En cada rincón de los túneles están pidiendo auxilio, enseñando los dientes… ¡Qué niebla más espantosa! Hombres, maderos, ¡arden, se confunden, se convierten todos en teas!… ¡Cómo se quejan! ¡Qué estridencias, qué desvaríos…! Ya callaron… Entre aquellos resplandores parece que se mueve uno… ¡Y otro! Este está ahí, debajo de esas rocas. ¿No ves la zapatilla? ¿No ves las piedras manchadas de sangre? ¡Sacadle!, ¡sacadle! Hay que hacerle la respiración artificial. ¡Sacadle! Ya está muerto…, está muerto…, ¡sacadle!… Mira éstos, desnudos; mira sus ropas y la piel, quemadas… ¡sí, la piel!… Y ése con la boca pegada a la muñeca, ¡vaya manera de morir! Tenía sed y se abrió las venas… Sí, la sangre también se bebe… Una cabeza, ¿dónde estará el cuerpo del tío éste?… ¡Vaya manera de morir! Se puso en pie a ver si pasaba la onda de largo y le dejó frito… Eso que se oye, ¿son hombres?… No, son las mulas que también se quejan al morir… ¡Quita ahí, son hombres!… ¡Mira dónde fue a caer ése! La onda le metió la cabeza en un coladero… ¡Socorro!, ¡socorro!… Ahí debe de haber más de uno ¡y vivos! De ahí no escapa ni un santo. Habrá que entrar más adentro… No doy un paso más; no salvaré a nadie y me quedaré enroscado en la muerte… Con éste ¿qué hacemos?… Echadle tierra, y si tienes tiempo tírale un chascarrillo de esos que dicen los curas… ¡Socorro!, ¡socorro!… Aquí no hay nadie… ¿quién grita?… ¡Ja! ¡ja! Tú no sabes lo fácil que es volverse loco…»

Pasó aquel delirio y volví a sentir las manos de «gasa» apretándome los pulmones. La garganta iba cerrándose, obligándome a respirar a golpes secos, como una nueva tos que se unía a la otra, a la que, junto a los gases, me había robado las

fuerzas. Aún mi pensamiento seguía girando, lentísimo, y adivinaba que arriba pronto amanecería, que saldría el sol para sonreír sobre mi Valle. Envuelto, dominado por aquella «gasa» que iba abandonándome a las orillas de la muerte, me despedí de ellos. Luego vinieron los míos. Selva y mis hijos, y mi madre. El último en aparecer, entristecido, con expresión grave, fue el rostro de mi hijo mayor, como si se empeñase en atraer el último recuerdo de su padre a punto de morir.

—Landa…

Aún vi revolotear ante mis ojos un horrible fetiche. La «Bruja de la suerte» fue agrandándose, agrandándose…

* * *

Sentí una bocanada de aire que me raspó la garganta…

Ante mis ojos se hallaba extendida una nube vaga, indecisa… ¿Era aquello el cielo?, ¿estaría «allá» arriba, camino de las alturas, donde había subido, a la nueva vida, tras de ser vencido por los gases y los ácidos, por el Pozo? Fue aclarándose mi cerebro, y en una intimidad remota comencé a recordar mi bajada a la fosa, mi entrada en la rampa… «¡Le encontré!, ¡encontré a mi padre!» Era aquel mi sueño maravilloso… Aire, luz, ¡luz!, ¡luz! Y algún sonido. ¿Palabras? Un estremecimiento sacudió mi cuerpo; fue sólo un instante; luego se detuvo, inmovilizado por unas garras que me apretaban confía algo duro. Volví a ver nubes y de nuevo un cielo que no conocía. Allá, en los perdidos parajes donde me encontraba, todo era silencio; la atmósfera lechosa, igual, envolviéndome, envolviendo mi corazón que latía… ¡yo le oía latir! Donde fuera, pero yo vivía. Aparecieron manchas, ¿hombres?, ¿espíritus?… Mi respiración se hizo tormenta y una garra entró en mi boca, aprisionándome la lengua, al tiempo que «algo» gigantesco, monstruoso, se asomaba al fondo de mis ojos… En ellos relampaguearon destellos rojizos; después, otra vez la nube vaga, indecisa, abierta a intervalos, permitiendo recuperar, también a intervalos, el hilo de las ideas… «¡Le encontré!, ¡le encontré»… Quise decir algo y abrí la boca. La garra que aprisionaba mi lengua ¡qué dolor!… Intenté apartarla para respirar mejor. Y aquellos otros garfios que me mantenían como clavado, venciéndome con su peso abrumador… Abrí los ojos, ¡mucho!, queriendo decir algo, preguntar con ellos en qué mundo me hallaba escondido… Y la nube vaga, indecisa… Y un rumor, como de trueno, que surgía y desaparecía sin dejar rastro… Aquella mariposa negra que se

abalanzaba sobre mí, rodeándome de oscuridad… Se iba, sólo quedaba allí aquel bicho queme mordía la lengua, como dormido, ya cazada la presa. Se acercó otra mariposa y comenzó a agitar mis brazos; me hacía daño y no era capaz de protestar con un movimiento, con un grito, de mover aquella lengua aprisionada y muerta. En mi mente, en mi sangre, comenzaban a bullir descabelladas ideas que no tardaban en convertirse en renuncias. Y volvieron los paisajes nubosos, entre los que debía estar navegando; y algún aullido taladrando aquella soledad que asustaba, aquel vacío impresionante que aturdía. Una voz, que venía de muy adentro, me aterraba por momentos, obligándome, a medida que recobraba la conciencia, a preguntarme si estaría muerto, si así reaccionaban los muertos al otro lado de la vida. Y entonces me acometía una desesperación que… La mariposa negra volvió, pero ya pequeña, recortadas sus alas. Era alta, alta y estrecha, porque había plegado sus alas. En torno a ella, ahora vi muchas estrellas; estaba rodeada de estrellas… Se acercó otra cosa alada para desaparecer un instante después… Las estrellas siguieron. Y dominándolas, un sol blanco y mordido… Quise levantar el cuerpo, como deseoso de calentarme, y las estrellas y el sol mordido se ocultaron porque la mariposa había abierto sus alas, como queriéndome incrustar en la… ¿era tierra? Cuando reaparecieron lo hicieron acompañados de un sonido confuso… ¡Luz!, ¡luz! Una paz buena parecía venir con ella. Y otra vez el rumor, como estallando en burbujas, en chispas que se apagaban tras un segundo de brillo… Se estremecían mis labios; las venas debían de estar hinchándose; mis ojos comenzaron a moverse en una danza estúpida…

Aquel grito desgarró mi garganta. Mi cuerpo comenzó a brincar, enloquecido, súbitamente animado por una fuerza salvaje. Movía brazos y piernas. Y «algo», alguien, intentaba sujetarlos. Y yo golpeaba, golpeaba… Un látigo me cruzó el rostro; y otro, y otro, y otro…

—Ya está listo; escapó de una buena.

Me revolvía, intentando brincar… Y aquel látigo, aquel látigo…

De nuevo la nube, ahora negra… El mundo se borró.

* * *

Abrí los ojos para que las luces de los reflectores me obligasen de nuevo a cerrarlos. Luego volví a separar los párpados, despacio, temeroso: «Estoy vivo, ¡vivo!» Aquello eran unas piernas; mi mirada rampó por ellas; levanté la cabeza, y mis ojos tropezaron con los del

Patriarca. Pude reconocerle, contemplándome bondadosamente.

—Eres un hombre, Landa.

Me pareció que intentaba sonreírme.

—Lo que es, es un loco. ¡Este debió de estudiar para morir! Menos mal que…

—¿Qué pasó? —pude al fin preguntar, con voz bronca, como si llevase mucho tiempo sin usarse.

—Nada, Landa, nada… Descansa.

—¡Ya «salió», señor Marcos! Ahora ya se puede decir que está como una chota.

—Si no llegamos a damos cuenta, a estas horas está más muerto que Nerón.

—¿Qué pasó…? —volví a preguntar, cuando me sentaban sobre un montón de sacos.

—Que te metiste donde no debías, y…

—¿Dónde está «mi» padre? ¿¡Dónde está!?

Mi pregunta fue casi un grito, tensadas en él las fuerzas que ya comenzaban a volver.

—Se «halla» en buen sitio, Landa —era el Patriarca quien hablaba—. Ahora lo verás.

—Estabas caído sobre sus huesos cuando te sacamos. ¿Creías que después de tanto tragar gases ibas a poder rampar por la soga?

«Es Potencia, es Potencia…»

—Le echaste valor al asunto, muchacho. ¡Para hacer lo que tú hiciste hace falta tener eso que tienen los hombres!

—Sí, señor Marcos…

—Ahora la paz, ¿eh, Landa? ¡Ya llegó la paz!

—Sí, señor Marcos…

—Se hizo esperar, ¡ya lo creo que se hizo esperar!

—¿Y Selva?… Mi madre…

—No saben nada. Cuando salió la Brigada, Potencia se dio cuenta de que no estaba el pichón y se lo dijo a Antón. ¡Chico! —¡cómo brillaban, cuánto gozo había en las palabras del Patriarca!—, decírselo y bajar los dos como dos centellas, todo fue uno.

—¿Fuiste tú, Antón…?

—Yo sabía dónde se podía haber escondido un loco como tú —quería aparentar despreocupación— y nada más llegar al agujero, Potencia empezó a palpar los raíles hasta que encontró la cuerdecita. Antes de que tuviese tiempo de echar un eructo, ya estaba descolgado. Dice que se asustó al verte.

—¿Sí…?

—¿Cómo no me voy a asustar si estaba que daba pena verle? Y

cuando fisgué en el «paquetito»…

—¡Ya pasó! —volvió a hablar el Patriarca—. Ahora paz, paz. ¡Tenía ganas de ver tu espíritu serenado! ¡Eres un hombre, Landa! —repitió.

—Quiero agua —pedí en un murmullo que fue poco más allá de los labios.

Me sentía cansado, vacío; como ya llegado al fin de mi camino de un largo camino que siempre encontré poblado de confusos terrores… No; aquel vacío era el lugar dejado por la vieja obsesión, ya desaparecida; o tal vez la seguridad, la confianza con la que empezaba a adivinar que ahora me sería posible mirar al porvenir. Una ola de calor subió a mi pecho y sentí que la paz y la esperanza iban apoderándose, tímidamente al principio, después avasalladoras, de mis sentimientos; que calaban muy hondo, con reflejos de muy hombre. A mi lado, otros hombres hablaban, hablaban… de otros asfixiados y de la respiración artificial que me devolvió la vida, como se la había devuelto a Tinín. Perdido en mis sensaciones, pendiente de aquel aleteo de voces amables que me decían que el drama estaba resuelto, no les oía. Aquel Pozo que se alzaba ante mí, envuelto por la humareda empezando a perder fuerza, ya no era otra cosa que un Pozo como los demás. A partir de aquel momento mi trabajo entraría en los cauces lógicos: el ganar el pan y el conseguir que otros lo ganasen. Ahora todo sería distinto; ahora, ya libre de obsesiones y melancolías, podría conducir mi vida hacia su destino lógico, aquel que me marcó mi padre…

«¡Lo rescaté! ¡Lo rescaté!…»

—Señor Marcos, ¿dónde «está»?

—Lo tengo yo bien «guardado». Cuando te sientas con fuerzas, vamos. ¡Tú y yo, Landa! a llevarle donde siempre debió estar.

—Sí, usted y yo…

En aquel momento aparecía Hilario con una botella.

—Toma, agua —hizo un gesto de repugnancia—. ¡Bebe despacio, no sea que, si antes fueron los gases, sea ahora el agua quien te envenena!

Bebí largamente, limpiando la garganta de tanta impureza. Cuando devolví el envase a Potencia, el gigante lo arrojó al suelo. Luego se sacudió las manos, como queriendo dar por terminado el incidente que estuvo a punto de costarme la vida.

—Bueno, cuando quieras te pones en pie y vamos a dar unas vueltas por el amaine. Los miedos hay que vencerlos inmediatamente, si no, se agrandan. Eso lo aprendí una vez que me tiró un caballo.

—¿Cuántos sacaron?… ¿Sacaron alguno más?

—Sí, alguno más —repuso uno de los mineros que me rodeaban —. La fosa se ha convertido en una tumba.

—¿Levantaron la quiebra?

—Va despacio —habló ahora Antón—. Aunque con la Brigada del Roncal ya somos tres, abajo no hay sitio más que para una docena de hombres. Los demás, sujetando el techo. De abrir… ¡sólo una docena!

—¿Qué dijisteis a los míos cuando os vieron salir?

—Que te habías quedado en la maniobra haciendo no sé qué.

—¿Qué pasa allí? —pregunté, descubriendo —mi vista iba alargándose— unas columnas de humo que se levantaban bajo Punta Débiles.

—Los alumnos de Angelón, que parecen haberse vuelto locos — repuso el Patriarca sin volver la cabeza, consciente de que su visión no llegaba tan lejos—. Están incendiando las instalaciones de los Grupos.

—Lo peor es si «despiertan» a la gente y tenemos otro Alarido — temió un viejo minero que llevaba un rato mirándome con lástima —. Está el dolor demasiado vivo y todos sabemos de quién es la culpa.

«Está el dolor demasiado vivo» —me repetí intentando incorporarme. Debieron sujetarme. Pasado el vahído, y aspirando con fuerza el aire, sentí mis pulmones aliviados. Recorrí unos pasos, como queriendo comprobar que mis piernas respondían, que ya era uno de tantos, que estaba definitivamente a salvo. Marchaba despacio, como temiendo tropezar con algún objeto inexistente. Los reflectores, ya aminorada su claridad por las luces del día viniendo de allá, a los lejos, donde el horizonte había abierto la ventana para iluminar el mundo, extendían sobre la maniobra y la muchedumbre un tinte blancuzco, enfermizo; sobre aquellas gentes que, ya conocidos muchos de los nombres de los muertos, comenzaban a desertar, abandonando a los aún angustiados por la gran interrogación. Se habían acabado los aullidos, las llamadas, los lloros, los rezos: la parte sonora del drama. Tan continuado estremecimiento pareció convertirse en melancolía. Silenciosos, allí continuaban los deudos de los tragados por la mina. Y algún viejo silicoso que pasó la noche en vela, siguiendo con la mirada ansiosa el movimiento de las poleas y el de los hombres de las Brigadas, el ir y venir de vivos y muertos. Ellos quizá no tuviesen a nadie enterrado; era simplemente el recuerdo de la tragedia minera quien les mantenía allí clavados, aguantando los claros de luna y los

humos que, por rachas, caían sobre ellos, cubriéndoles con un manto que se traducía en tristeza y toses. Volvían a quedar visibles, y sus ojos gastados, corrían hacia el horizonte en busca de un sol que no acababa de salir; le aguardaban pacientemente porque él desvanecería en parte la acritud de aquella noche que el silbido de los vientos hizo inolvidable.

Temeroso de que me descubrieran los míos, regresé junto a mis compañeros.

—¿Te sientes mejor?

—Sí…, las piernas ya van reaccionando.

Miré a la llama del Carmelón. Debían ser cerca de las seis. Y por las fogatas que prendieron los «alumnos» del anarquista, era la hora del fuego, de aquella vieja obsesión del viejo Angelón. La campana de la iglesia, al igual que horas antes la sirena que hizo funcionar el Auténtico, comenzó a tañer llamando a oración, invitando a rezar por los muertos, desbordando el mundo de melancolía. ¡Qué amanecer aquel! ¿Por qué no se callaba, si el drama aún seguía en pie?…

«¡Esos fuegos! ¡Hay que apagar esos fuegos!»

—¿No hicieron nada por serenarles? —pregunté al Patriarca.

—Fueron unos cuantos. No creo que lo consigan. Son tan fanáticos como el «maestro». Nicasio los capitanea. Pronto le veremos muerto o en la cárcel.

—Los guardias han pedido refuerzos —anunció alguien—. ¡Pronto estarán aquí!

—Son unos locos… —opinó Hilario—. ¡Pero qué gran «llama» la suya! ¡Ellos también quieren un mundo mejor, como nosotros, aunque su rebeldía brota de distinta manera y con más fuerza! ¡Con más fuerza! —insistió.

—¡Mira!

La jaula se posaba en el amaine. Ahora no sacaron ningún cadáver. Un miembro de la Brigada del Roncal o del Enquistao, apareció con el rostro bañado en sangre. Un compañero marchaba tras él, apretándose con la mano el cuello vendado, como si temiese que la sangre le rompiese el vendaje, desangrarse. Se fueron y la jaula, como con prisa, regresó vacía hacia el fondo de la fosa…

* * *

Dejando escapar un ancho suspiro, con el que parecieron huir tantas cavilaciones como me zarandeaban el cerebro, clavé los ojos en la tierra. Luego alcé la cabeza para mirar fijamente al Patriarca.

No necesitamos cambiar una sola palabra. Cuando me ponía en pie, él ya había comenzado a andar. Mis camaradas, muy al tanto de mi íntimo drama, me abrieron paso. Nadie habló porque aquella tragedia, a punto de resolverse, flotaba en el ambiente con una sequedad impresionante. Antón hizo ademán de decir algo, de seguirme, pero se detuvo, quedó atrás, reconociendo que en aquella triste y maltratada representación él sobraba.

Sí; allí sobraban todos. Todos menos el señor Marcos, que marchaba cojeando delante de mí, y yo. Antón también podría estar presente; y Gago y Vitelón. Era una vieja tragedia que en algún momento de sus vidas sintieron como propia…

«No; el señor Marcos y yo… Solos… ¡él y yo!»

Cuando entramos en el caserón, un hombre montaba guardia ante un bulto que tenía a sus pies. Nos vio acercamos y se apartó a un lado respetuosamente, como impresionado —él, tan acostumbrado a cosas del grisú y hombres destrozados, por aquella situación que debía parecerle sacrílega, propia de brujas…

¡Unos huesos que habían permanecido en la mina tantos años! ¡Un fantasma de la mina sacado a la superficie!

Quitándose la gorra, susurró:

—Ahí está, Landa… No lo tocó nadie.

—Gracias…

Tomé el hatillo —alguien se había preocupado de atarlo fuertemente— y apretándolo contra el pecho, miré al señor Marcos, quien marchó hacia la puerta. Con un vago ademán me despedí del «guardián», quien movía los labios como si rezase, y fui tras el Patriarca.

* * *

Se iba iluminando el Valle. El sol alzaba sus rayos, empezando a oscurecer los incendios provocados por los «alumnos» de Angelón. Marchando hacia Levante, dejamos atrás los rostros empalidecidos de los deudos, de los que aún esperaban. Silencio, silencio… Envueltos por él, nos alejamos de la maniobra. El señor Marcos iba colgado de mi brazo, se apoyaba en mí con gesto cansado, porque fatigado estaba de tantos fríos y desalientos, de tanta emoción como llevaba anidada en su corazón de viejo solidario. A veces se detenía como esperando el posible desmayo que podía llegar en cualquier instante, consciente de que en cualquier momento todo podía fallar, y me miraba fijamente. Resoplando, sacudía la cabeza como que riendo alejar quién sabía qué dolores y sentimientos, y reanudaba el

camino, aquel sendero que nos llevaba al cementerio y que parecía infinito. Sucia la tierra, sucia, muy sucia, bajo el día comenzando. El olor temprano y excitante arrancaba lágrimas en los ojos del antiguo picador, coloreaba su expresión, transformada por una bondadosa tristeza en la que se adivinaba el drama que estábamos viviendo. Apretando contra el pecho los restos de mi padre, como cumpliendo un destino telúrico, yo me esforzaba por mantenerme sereno, porque al rostro no aflorase otra cosa que resignación y el destello de aquella dicha, tan profunda, que parecía condenada a callar siempre.

—¡Señor Marcos…! Ya está entre nosotros…

—Sí, Landa… Estoy tan contento, que no me importarla morirme en este momento.

¡Cuánto amor era capaz de cobijarse bajo la piel arrugada del Patriarca! ¡Y qué débiles volvían los años a los hombres! Mirando a mi viejo amigo, sentí que en su pecho iban formándose sollozos que no tardarían en delatarse. Un sudor frío le bañaba el rostro, como lágrimas que cayesen de aquellos ojos que ya se disponían quedarse ciegos, un mes de aquellos que venían, para que ya no pudiese contemplar jamás aquel Valle que él amaba tanto; el Valle del que formaba parte, más que humana, física casi, como lo formaban Puntas Débiles o el río.

—¿Qué es eso que se oye, Landa?

—Están gritando. La gente que grita…

Cansados, encogidos, como si sintiésemos en nuestras entrañas el peso de toda una vida, el señor Marcos y yo seguíamos caminando por senderos escondidos que conducían al cementerio. A lo lejos alguien aulló. Algún muerto más debía haber sido sacado a la superficie. Y allá, más lejos aún, los incendios. Y las gentes de mi Valle, que, «despertadas» por la acción de los «alumnos» de Angelón, comenzaban a agruparse, a lanzar a los vientos su protesta, reaccionando al fin de aquel suspense que les produjo la tragedia. Oyéndoles, viéndoles moverse en las alturas como un rebaño negro, en aquellos momentos me parecieron seres de un mundo aparte, encabritado y vociferante, profanando el silencio del señor Marcos, mi silencio; profanando el recuerdo de mi padre. Refugiado en mis brazos, apretados sus restos contra mi pecho, como si inconscientemente quisiera darle vida a cambio de la serenidad que él comunicaba a mi espíritu, arañado tanto tiempo por aquel cincel que desde que tenía once años fue grabándole arrugas y arrugas…

«Padre, padre… Ya te encontré, ya te devuelvo junto a los tuyos,

a la tierra amiga del cementerio… ¿Sabes hasta dónde me llevó la fidelidad a tu memoria, la nostalgia de tu muerte? He pasado años, muchos años, pendiente de un imposible, de devolverte a una muerte noble; de arrancarte de aquellos fantasmas entre los que te encontrabas cuando pasé la divisoria de las galerías. Ya estás conmigo. Gago te espera. Y Juanito Juan y Vitelón. Y todos tus amigos muertos. Entre ellos encontrarás a Roxo y Crispín; ahora podéis reanudar aquellas conversaciones que manteníais en las cunetas cuando íbamos en su busca las mañanas domingueras; ahora Roxo te podrá explicar por qué se puso camisa limpia el día que pensó ahorcarse. Entrarás en otros horizontes, padre, y allí habrá otras sombras, distintas, acogedoras; hallarás rostros que harán sonreír a tu alma… Padre, ¿ves quién viene a mi lado? El señor Marcos, es el señor Marcos, tan gozoso como yo porque él parece de nuestra sangre. Pronto te encontrarás con él bajo el suelo de nuestro Valle. Me gustaría enterraros juntos. Y con Gago, también al lado de Gago. Fue por el vino, unos tragos de vino me costó poneros juntos. Vuestras moradas están tan próximas que se mezclan las tierras. Así podéis daros la mano, porque dice la tía Mogotes que los muertos, cuando Cándido duerme y sus perros callan cambian impresiones y hasta salen, fuertes y serenos, a mirar a la luna. Vosotros la miraréis poco, vosotros preferiréis hablar de luchas sociales y de grisú, de ánimos y futuros… Luego volveréis a vuestros sitios, a seguir creciendo, porque los hombres como vosotros crecen bajo la tierra… Tú lo decías, padre; tú, eres uno de ellos. Ahora… ahora tú también estarás representado en el «Minero», ahora sí que podré, ¡gritando a los cuatro vientos!, pedir paz para los patriotas silenciosos, para los héroes fecundos muertos en trabajo. Y ahora no ensombrecerá mi plegaria tu recuerdo, que me mantuvo pegado al Pozo como un ser enfermo de nostalgias y obsesiones… Paz para ti y para mí, padre. Ahora pisarás la tierra buena y a ella te irá a rezar madre y las hermanas. Y yo, y Selva. Y explicaré a Landa y Marquitos… Tengo tres hijos, padre. Les enseñaré a quererte, porque ahora podré hablarles de ti sin que el corazón proteste, como si repitiese que gozo haciéndole sangrar. Ahora será todo distinto, ¡todo! ¿No sientes ese ansia de vida que ruge en mis entrañas? Es la liberación. A partir de este instante podré dedicarme, sin peso en el ánimo, a la obra que tú me enseñaste; olvidaré las melancolías y las caídas en esos vacíos espirituales que tú conocías tan bien, porque dicen que salí a ti… Aquí te llevo, padre. Quise coger la cruz, aquella cruz que te puso el Luces cuando desistió de buscarte… No lo hice. Tú también tienes

derecho a liberarte, a olvidar tu primera muerte. Están allí las mismas mechas, las mismas tablas que te acompañaron desde lejos a través de tantos años que llegó a parecerme una vida entera…»

—¿Se cansa, señor Marcos?

—Sigue, hijo, sigue… Andas de prisa porque ya eres libre.

«¡Libre!… Sí; ya soy libre, ya olvidé mis obsesiones. A partir de ahora dejaré de ser yo, ahora seré para todos, para la minería entera… ¡Ah!, la minería, ya llegó el momento de lanzarme a la gran empresa de abrir horizontes… ¡La vida grita en mis entrañas! La siento gritar… ¡Vamos, Landa, apresura el paso, sepulta a padre en la tierra amiga; que le vean llegar Gago y Vitelón, que se regocijen todos, porque hoy es el día de la gran alegría, de la victoria. ¡Atrás esos infernales parajes, las rampas destruidas y sus fantasmas, los muertos y los por morir! Levantaré la cabeza, prepararé mis alas para el largo vuelo, tan prolongado, que no terminará hasta llegar al horizonte, límite de todas las esperanzas conseguidas. Un horizonte de donde surgirá el sol, un sol nuevo que traerá prendidos en sus rayos cánticos e ilusiones nunca sentidas.»

—¿Se cansa, señor Marcos?

—Sigue, hijo, sigue.

«Entierra a padre y disponte a la lucha formal por la minería, por todos los que trabajan y trabajan; y no te detengas hasta que veas sonreír al mundo caído. Entierra a padre y la "Bruja de la suerte»; que le acompañe en el viaje definitivo. Luego… ¡adelante, adelante, Landa!

El señor Marcos y yo. Y entre nosotros los restos tan queridos… Nada, no éramos nada. Encogidos, cansados, andando despacio, él dando traspiés, yo imitándole a veces, apenas suponíamos dos partículas insignificantes de aquel mundo empequeñecido por la altísima cordillera y el gran sol. Humildes, callados, desafiando con nuestra íntima dicha tanta pena como andaba suelta por el Valle, tanto rencor despertado, avanzábamos hacia la paz.

«El sol…, está amaneciendo…»

A lo lejos, las gentes enfurecidas terminaban de concentrarse para que el grito fuese más potente. A su frente se alzaban unas antorchas, las mismas que prendieron fuego a las instalaciones mineras de los cerros; las que provocaron aquellas columnas de humo que dibujaban en el amanecer el nuevo coletazo de unos seres aún sin liberar.

«Deberíamos ir a su encuentro, detenerlos… Sería inútil, porque ya han lanzado el grito; vendrán los guardias a sofocarlo. No importa, hace años que comenzó a amanecer, que está

amaneciendo. Aún protestaremos, aún lucharemos y nos hostigarán… No importa, ¡ya amanece! Lo sé hace tiempo, pero únicamente ahora, ¡libre!, ¡libre!, me veo dispuesto a correr hacia el nuevo día sin que nada ni nadie obstaculice mi marcha, dispuesto que se abra más de prisa, a que ilumine a mi mundo raído, a que ciegue a los torpes de siempre…»

Por el otro lado, al fondo de la carretera, se levantaba una nube de polvo: la caballería acudiendo a galope a tomar parte en el gran drama del Valle de Valhundido.

Un runruneo amenazador llegaba hasta nosotros. El viento permitía a veces que tradujésemos aquel bramido de tantas gargantas; lo acercaba, curioso por saber cómo nuestras mentes y nuestro ánimo traducirían en aquellos momentos el nuevo encabritar de la minería.

—¡Justicia! ¡Justicia!

La caballería acudía al reclamo.

—Señor Marcos, ¿ve usted cómo brilla el sol?

—No, hijo; no alcanzo a verlo.

—Lo veo yo por usted… Hace poco salió y aún está disipando las nubes… Yo lo veo bien, señor Marcos.

—Sí, Landa…, tú sí. Tú eres joven y para los jóvenes quedan los amaneceres…

—Brilla… ¡Brilla como nunca, señor Marcos! Parece que está soñando con algo hermoso.

Las gentes seguían gritando.

—¡Justicia! ¡Justicia!

La caballería se acercaba a galope al reclamo.

—No tardaremos en verle salir «así» todos los días… Amanecerá un día, un nuevo mundo en el que sobrarán los incendiarios y los hombres del sable y la espuela.

—Sí, Landa, amanecerá. Yo no lo veré, yo estoy ya ciego…, pero tú, sí. ¡Tú lucharás! ¡Tú vencerás, Landa!

El Valle comenzó a estremecerse con aquel grito escapado de mil gargantas.

—¡Justicia! ¡Justicia!

Encogidos, andando despacio, la cabeza caída, tirando del señor Marcos, un barranco nos fue tragando…

V.1 mayo 2014

Epub editado por Sagitario

NOTAS

[1] Polvillo de carbón, mezclado con aguas de remanso. Lodos carboníferos.

[2] Dinamitero o barrenista.

[3] Anemia producida por un gusano que se cultiva en la humedad.

[4] Claustrofobia

[5] Defensa contra la sílice y el polvillo de carbón.

[6] Derrumbamiento.

[7] Lugares donde se arranca el carbón.

[8] Grisú.

[9] De chavalín, muchacho, ayudante.

[10] Boquete por donde se sube a las rampas o sobreguías.

[11] Unidad de trabajo usada en las rampas.

[12] Boquetes abiertos en el interior de la montaña paralelos a la guía o galería.

[13] Las galerías están armadas, sujetadas por «cuadros», dos postes o puntales sobre los que descansa la trabanca que sujeta el techo.

[14] Trozo de roca.

[15] La mitad de un tronco largo y de reducido diámetro, usado para postear, es decir, asegurar con troncos los huecos de la mina.

[16] Especie de vagoneta pequeña y sin ruedas.

[17] En el lenguaje vulgar, grisú, ácidos, gases.

[18] Pared.

[19] Especie de vagoneta que por cajón lleva unos palos desmontables. Destinada al transporte de madera.

[20] Palear carbón.

[21] «Tiradas» o «tiras», convoy formado por cuatro o cinco vagonetas.

[22] O estemples. Trozos de tronco para mantener abiertos los huecos dejados por el carbón arrancado.

[23] Especie de lepra que ataca los cascos de los animales.

[24] Fin del túnel donde alargándolo, siempre siguiendo la

dirección del mineral, dinamitan los barrenistas.

[25] La veta, a veces sólo un «carbonero», encajonada entre la roca, tras la cual se avanza el túnel.

[26] Cartucho donde va el detonador.

[27] Poblados árabes móviles.

[28] Subir los troncos a brazo al interior de las rampas.